ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

9

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO I — LA COLONIA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

Á MI ESPOSA

ROSA LEJARZA DE PUIG

Tú me has dado el ambiente, el gusto, el anhelo y las ilusiones con que he escrito estas páginas. Ofreciéndotelas, te reintegro lo que es tuyo.

JUAN DE LA C. PUIG.

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

LA COLONIA

JUAN M. FERNÁNDEZ DE AGÜERO
JOSÉ GABRIEL OCAMPO
JUAN BALTASAR MAZIEL
JOSÉ PREGO DE OLIVER
PANTALEÓN RIVAROLA
MANUEL MEDRANO
DOMINGO DE AZCUÉNAGA
MIGUEL DE BELGRANO
MANUEL PARDO DE ANDRADE

PROEMIO

En el modesto retiro de mi vida y sin otro propósito que el de saber, ilustrándome á mi mismo, he llegado á formar esta Antología de Poetas Argentinos, que me decido á publicar, solo porque hasta ahora no se anuncia que esté próxima á ser saldada por alguno de nuestros hombres de letras, la deuda que tienen por este concepto con el país.

No es trabajo profesional de gabinete, sino eutrapelia del hogar; y por lo tanto le falta el carácter de estudio sistemático, con orientaciones de escuela, ordenamientos de conveniencia, y formas de exposición mas apropiadas para desentrañar del fondo de la poesía la determinante ética y estética de nuestro pueblo.

Pero para trabajar con éxito en este sentido había que empezar por buscar y reunir la producción de nuestros poetas, que han sido verdaderas «Hojas al viento» que hemos ido dejando perder en nuestro camino á través de la epopeya de la emancipación, la tragedia de la anarquía y la lírica de nuestro federalismo constitucional. Y siendo tan amplio el programa

de los estudios literarios que están aún por realizarse entre nosotros, he creido que no sería mal visto, que otros que los especialistas, interviniéramos en la tarea mas humilde de la investigación y la recopilación; y he dirigido por ese lado mis entretenimientos *at home*, satisfaciendo una inclinación natural y respondiendo á una necesidad muy sentida.

La situación es injustificable. Son las mas altas y mas nobles manifestaciones del espíritu, las que estamos dejando caer en el olvido de las indiferencias burguesas de pueblo grande, rico y poderoso. Son los símbolos mas característicos de nuestra cultura social: el temple de nuestras almas, la bondad de nuestros sentimientos, el valor de nuestros entusiasmos, nuestra grandeza de ideales, gusto por lo bello y decisión por lo justo, lo que vamos tirando al montón de los escombros de nuestra civilización y progreso. Son los eslabones de la cadena que nos liga á nuestra raza, los que vamos perdiendo en el reguero de oro de las cosechas de lana y trigo. Y mañana, cuando nuestra conciencia de pueblo inteligente y culto busque en el ambiente de las conquistas que ha realizado en su vida, algo mas distintivo que el caduceo de Mercurio para alistarse en las primeras filas de la civilización de su época: creencias, tradiciones y costumbres, descubrimientos en el campo de la ciencia, y creaciones en el mundo del arte, si no acopiamos desde ahora las espigas en que podrán cosecharse algunos granos con este objeto, podría suceder que no nos encontráramos diferencia

con cualquier factoria mas ó menos independizada de las que adornan á las grandes naciones que nos honran con su amistad.

Asi lo entendieron nuestros antepasados, los fundadores de la nacionalidad argentina; y lo prueba el hecho de que, á penas se terminó la guerra de la independencia el Gobierno ordenó, por decreto que lleva la firma de Rivadavia (1), que se hiciese una colección de todas las poesías que se habían publicado desde 1810 hasta entonces (1822); y que se pagara el gasto de su impresión, con el *fondo reservado* que se tenía, que era: ¡el saldo del *fondo de guerra* de la independencia!

El mejor discurso con que, en esta ocasión, pudiera prologarse esta obra está en los considerandos de aquel decreto:

«Todo hecho como todo suceso grande por su in«fluencia en la independencia de este país, ha pro«ducido siempre en esta capital un efecto que ha «debido ser notado, mas que no ha podido ser apre«ciado justamente. Tal es el número y el mérito de

---

(1) *Decreto* mandando formar é imprimir una colección de piesas poéticas. Buenos Aires, Julio 9 de 1822. Art. 1. Queda facultado el Ministro Secretario de Gobierno para encargar la colección de todas las producciones poéticas dignas de la luz pública que han sido compuestas en esta Capital y en todas las Provincias de la Unión desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el presente.

Art. 2º.—La colección será oportunamente elevada á la aprobación del gobierno.

Art. 3º.—Aprobada que sea la referida colección se hará de ella una impresión distinguida.

Art. 4º.—Los gastos de la impresión serán abonados al fondo reservado del Gobierno.

Art. 5º.—El Ministro Secretario de Gobierno queda encargado de la ejecución de este Decreto. RODRÍGUEZ. *Bernardino Rivadavia.* (Registro oficial de la Prov. de Buenos Aires. Lib. 2).

«producciones poéticas que han salido á la luz en «tales ocasiones.

«El presentarlas todas bajo un punto de vista, no «solo contribuirá á elevar el espíritu público sino á «hacer constar el grado de buen gusto en literatura «á que este país ha llegado en época tan temprana; «la armoniosa energía con que ha sentido la digni-«dad á que subia y lo que debe esperarse de la dis-«posición de los habitantes, empleando los medios «que han empezado á conocerse y adoptarse. Una «colección, pues, de todos los rasgos poéticos que «desde 1810 hasta el presente, el honor y amor de la «patria han inspirado, es sin duda un monumento «de los mas propios á celebrar el aniversario de la «declaración de nuestra triunfante independencia tan «enérgicamente pronunciada como hábilmente con-«cebida por el Congreso de las Provincias en 9 de «Julio de 1816. A este efecto el Gobierno ha acor-«dado y decreta:»

Así nació la «*Colección de Poesías Patrióticas*» que fué hecha por De Luca, J. de la C. Varela y Echeverría. Esta obra es un volumen de 353 páginas, de cuya edición solo sabemos que exista un ejemplar en la Biblioteca Nacional. (1).

La «Colección de Poesías Patrióticas» se publicó recién el año 1827, pero, según dice don Juan María

(1) Este ejemplar está mal caratulado y peor catalogado. Lo han caratulado «*Lira Argentina*» confundiéndolo con la colección de este nombre, y lo han catalogado entre las *colecciones* y no entre las «*Poesías*». Actualmente tiene el Nº 21401.

Gutiérrez (1) la obra no se entregó á la circulación (2).

Entre tanto, y tal vez presintiendo la demora, apa-

---

(1) «Revista del Río de la Plata» tom. II. pag. 563.

(2) A título de curiosidad bibliográfica trascribimos el Indice de la «Colección de Poesías Patrióticas»:

CANCIONES

ODAS Y CANTOS

reció *La Lira Argentina* ó «Colección de las piezas poéticas dadas á luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia», que fué hecha por don Ramón Díaz. (1).

La «Lira Argentina» es un volumen en 8°, de 515

(1) «Apuntes sobre la vida y escritos de J. C. Lafinur» por M. A. Pelliza en la «Revista Literaria» N° del 1° de Agosto de 1875.

páginas, editado el año 1824. Es obra rarísima de la cual tengo la fortuna de poseer un ejemplar en perfecto estado, y otro al cual le faltan muchas hojas. Casi todas las poesías que están en «La Lira», están en la «Colección de Poesías Patrióticas», con la ventaja de que en esta última aparecen firmadas y corregidas. Pero en cambio «La Lira» es el tesoro originario, porque su editor no quiso «sujetar las piezas á la revisión de sus autores, ni menos á la elección de algún inteligente, postergando el aliño, ó la adopción de lo mas bello ó hermoso, al deber de entregar á la posteridad lo que ella tiene derecho de saber, es decir lo que realmente ha habido.» Este sabor natural y desaliño confidencial en que aparecen las composiciones en «La Lira» tiene grandísimo mérito para el estudio del estilo de los autores, pues la naturalidad de su lenguaje sorprendido por la imprenta sin preocupaciones del juicio de la posteridad, permite establecer para cada uno de ellos su modalidad propia, su idiosincracia poética y sus tendencias, para ver luego en las correcciones que han introducido, las influencias, de sus modelos favoritos.

Después de la época en que aparecieron estos dos libros, que son los que guardan el tesoro de la poesía argentina de los días de la independencia, en los años 1837 y 1838 se publicó una obrita titulada: *El Cancionero Argentino,* (1) que era una «Colección de poesías adaptadas para el canto.»

---

(1) Se publicó en Buenos Aires por la «Imprenta de la Libertad». Es obra rarísima, de la cual solo hemos visto un ejemplar en la Biblioteca de Don J. M. Gutierrez, que es hoy del Senado Nacional.

Son 4 cuadernos en 8º. El 1º apareció en 1837 (el pié de imprenta dice

El año 1839 apareció con el nombre de *El Trovador* un cuaderno en todo semejante á los anteriores.

Apesar de la humilde apariencia de estos libritos, son de un valor inestimable. Porque contienen la poesía de carácter familiar de la época, revelan los usos y costumbres de la vida social de entonces, irradian el calor de los sentimientos que fundaron el patriciado de la familia argentina, y dejan percibir á la distancia el apacible sosiego, la dulce tranquilidad, el seguro respeto y la nobleza de los hogares de nuestros antepasados.

Todo es poesía y poético en estas pequeñas composiciones suscritas en su mayor parte con sugestivas iniciales: el pensamiento que ostentan, el sentimiento que acallan, el lenguaje que figuran, el estilo que lucen, el poema que revelan, los recuerdos que evocan, la armonía en que se funden y el espíritu que los eleva.

Los versos de los Varela, de López, Echeverría, Rivera Indarte, Cantilo, etc., tenían música de Roque Rivero, I. P. Esnaola, E. Masini, Remigio Navarro ó don Juan Bautista Alberdi. ¡Qué cuadro! ¡El búcaro modelado por la musa galante y sentimental de nuestros poetas, envuelto entre las ondas armoniosas de la inspiración musical y del arte del famoso autor

---

1832, pero este es un error, que ha sido anotado por Don Juan María), tiene 80 páginas. El 2º editado ese mismo año 1837, tiene 74 páginas. El 3º editado en 1838, tiene 75 páginas, y el 4º editado el mismo año 1838, tiene 79 páginas.

de las *Bases para la organización política de la Confederación Argentina!*

Después viene el silencio: las liras de nuestros poetas resonaban á lo lejos en el extranjero. Sus composiciones eran ornato de los periódicos de otros países, pero corrían en su mayor parte la suerte de las tablas que el vendaval arranca á una nave en el océano. Nuestros poetas y literatos llegaron á representar la literatura y la poesía de los países en que se encontraban asilados; y sin embargo: ¡cuánto se ha perdido de toda aquella rugiente y apasionada producción del año 40!

Pero aún aquella época aciaga tuvo la suerte de tener un hombre, que salvara muchas cosas del olvido; y la obra de don Juan María Gutiérrez: «América Poética» que se publicó en Valparaíso en 1846 (1) es, por esta sola razón, meritísima, además de serlo tambien por la extensa ramificación continental con que vincula á la poesía argentina.

La situación en que se escribió (en la expatriación), y la amplitud del plan con que fué concebida (Antología de poetas sud-americanos), hicieron que la obra resultara insuficiente para realizar sobre ella el estudio de la poesía de cualquiera de las naciones allí representadas; y si el libro del señor Gutiérrez re-

---

(1) «*América Poética*». «Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo». Valparaíso; 1846. Editado por la Imprenta del Mercurio. Es un volumen en 4º. con 816 págs. Comprende 53 autores; 455 composiciones en total. Los poetas argentinos que allí figuran son: Florencio Balcarce, José María Cantilo, Luis L. Domínguez, Estevan Echeverría, Juan Godoy, Juan Crisóstomo Lafinur, Vicente López y Planes, Estevan de Luca, José Mármol, Gabriel Real de Azua José Rivera Indarte, J. C. Varela y F. Varela.

sultaba interesantísimo de este punto de vista, como obra de ilustración general, como elemento de aplicación particular no resolvía ningún problema.

El señor don Marcelino Menendez y Pelayo que ha podido desarrollar con mas tiempo y comodidad que el señor Gutiérrez el plan de la obra en que trabajaba nuestro ilustre compatriota, ha publicado una *Antologia de poetas Hispano-Americanos* (1) en la cual incluye algunos nombres de argentinos mas modernos: Andrade, Encina, de la Vega, y J. M. Gutiérrez, y ha excluido á otros sin razón ninguna, como á Gabriel Real de Azúa.

En esta obra que, como todas las suyas, es maravilla de erudición y de buen gusto, el señor Menendez y Pelayo se remonta en su exposición hasta los orígenes de la poética en la Argentina, haciendo una reseña muy interesante é ilustratíva, bastante completa, de las composiciones métricas aparecidas en los últimos tiempos de la Colonia y primeros años de la revolución de Mayo. Pero, en cambio, en la exposición de piezas solo hay poesías de los Varela, de la Vega, Echeverría, J. M. Gutiérrez, Mármol, Andrade y Encina,

La obra del señor Menendez y Pelayo es completa en su género. En ella se da noticia de todo lo que ha habido como movimiento literario; se critica á los autores del punto de vista ético y estético, refiriéndose á sus poesías, y se limita la exhibición de piezas á aquellas que él ha juzgado ser las mejores.

(1) 4 Volúmenes en 8º Madrid 1895.

Todo lo demás que se ha publicado ha sido hecho sobre la base de estas dos obras.

Pero, hay que salvar la hojarasca de los sempiternos repetidores de oficio y el arenal de las desdeñosas informaciones extrañas, para llegar á fundar el monumento de nuestra arquitectura poética sobre la roca inconmovible de la verdadera y total producción lírica de sus vates. Hay que buscar en el mundo de los sueños, de las inspiraciones mas noblemente sentidas y expresadas, el nombre de la nueva diosa que inflamó sus pechos en la hoguera de la libertad. Hay que revivirla, destacarla y revelarla, para tener la satisfacción de su presencia y gustar el encanto de su belleza; y eso podrá hacerse ahora, gracias á este pequeño esfuerzo con el cual me es muy grato resultar vinculado á tan loable propósito.

He seguido el método de ordenación cronológica porque era el mas apropiado para nuestro objeto «*La patria es una nueva musa que influye divinamente*», escribía Fray Cayetano Rodríguez á su amigo el Dr. Molina, de Tucumán; y reuniendo las composiciones en ésta forma se siente resonar en las cuerdas de la lira el dulce son de las vihuelas coloniales, el fragor de los combates de la revolución de Mayo, las dianas de las victorias de los ejércitos patriotas, el himno de la libertad, el canto de la paz, el estrépito del progreso, y el rumor de las crecientes multitudes de sus ciudades.

De lo demás, no tengo para que hablar. Todas las deficiencias son debidas exclusivamente á mi falta de preparación.

J. DE LA C. P.

Buenos Aires, Noviembre de 1909.

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

er
y
fi
ha
ra
la
cu
fu
de

co
tr
so
so

ne

qu

D. JUAN MANUEL FERNANDEZ DE AGÜERO Y ECHAVE.

Don Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave era español, licenciado en Teología, bachiller en letras y Capellán de la Real Armada. Fué profesor de filosofía en el Colegio San Carlos desde el año 1805 hasta el 1808, habiéndose después retirado á un curato de la parroquia donde vivía completamente aislado de los hombres y de las cosas de la época, cuando por decreto de fecha 8 de Febrero de 1822 fué nombrado profesor de filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

El año 1797 publicó un folleto de 15 páginas que contenía varias composiciones en verso: un romance trágico, un romance endecasílabo, unas décimas, dos sonetos, un epígrama, un epitafio sepulcral y otro soneto más.

Don. J. T. Mendoza (1) de quien sacamos esta noticia pondera sobre todo el soneto que empieza:

Deten el paso oh peregrino y mira

que es bastante bueno, pues encierra una idea com-

---

(1) «La Imprenta en Buenos Aires» pág. 110.

pleta, noble y elevada que se desarrolla progresivamente con naturalidad y se expresa con sentimiento, siendo ademas su versificación correcta, agradable y armoniosa.

Poco tiempo después de esta primera exhibición del doctor Agüero como amante de las musas, publicó varias otras poesías reunidas bajo el título de «Complemento de las primeras y última demostración de gratitud». Pero el grupo laico de los literatos de la época, formado principalmente por Lavarden, Prego de Oliver y Casamayor, desató las furias de su crítica contra el intruso parnasiano, y ridiculizó sus poesías escribiendo otros versos que no son muchos mejores que los del P. Agüero. (1)

Don J. M. Gutiérrez cita las dos estrofas siguientes de la crítica de Prego de Oliver:

---

(1) Don J. M. Gutiérrez cita las dos estrofas siguientes de la crítica de de Prego de Oliver:

> El coro de las musas
> Antes llenas de gala y gestileza,
> Ahora todas confusas
> Destruído el fulgor de su belleza,
> Lanzan suspiros, y en su pena grave
> Piden de Dios venganza contra Echave.
>
> En la Plaza infelice
> De Priamo no fué tan espantosa
> La entrada, que se dice
> Del Griego y de su hueste valerosa,
> Como ha sido espantosa al Pindo entero
> La entrada que hizo en él don Juan de Agüero.

Estas bromas levantaron ampollas en la susceptibilidad literaria del licenciado, y desafiando las iras de los árbitros de la opinión pública en aquellos momentos, les replicó con una especie de jácara burlona que transcribimos, por que ella sirve para formarse idea de la importancia del movimiento intelectual de aquella época, de la ilustración de sus hombres y de su cultura.

El título resumía el objeto de la publicación y devolvía algunos de los picotazos recibidos. Era el siguiente: «Disección anatómica ó especie de análisis apologético de las poesías fúnebres, y en contra de las críticas que como plaga de ranas han llovido, pero impunemente, sobre el autor del impreso que novísimamente corre, sin especial nota por los sabios y discretos, mas despreciado por los ignorantes y los tontos».

«Ya habréis visto, ó por lo menos habreis oido, mis benévolos lectores, que contra las poesías fúnebres han llovido picantes dicterios y sátiras negras, igualmente que contra su paciente autor. La moderación y tolerancia que es propia de su índole y la exige su alto y respetable carácter, ha disimulado estos insultos é improperios dirijidos á denigrar su fama y abatir su persona, sin mas motivo que, (habiendo extrañado las Musas de estas Argentinas Provincias no cantasen loores y entonasen los debidos encomios á su amable fenecido Gefe) haber querido suplir este defecto con sus elogios, introduciéndose como la corneja entre los hermosos y brillantes faros de este

lucido plantel y precioso odorífero jardín. Mas, apenas se presenta á tan noble y distinguido público con los ejemplares de sus poemas, creyendo que le han hecho algún servicio, y disimulando su falta, aunque no con el correspondiente decoro al héroe á quien le dedica su luctuoso impreso, cuando se toca alarma, aunque no con tanta ventura como los gansos del Capitolio, pero mostrando más habilidad que ellos para graznar todo el congreso de coplistas y poetastros que yacían en un profundo letargo, y al fin despertaron al estallido que dieron las poesías fúnebres luego que se publicaron.

¿Que hace pués, el autor, al advertir tan necios desacatos é inauditos despropósitos? Ocúrrele (usando de moderación) el prudente discreto arbitrio de exponer su queja y presentar su querella en tono de demanda ante el serio y respetable tribunal del grande Apolo. Allí, con el debido acatamiento á tan venerable deidad, exhibe un manojo ó cúmulo indigesto de papeles, cuyos caracteres, unos estaban reverberando el color sanguíneo y amoratado, y otros se dejaban entrever borrosos y medio tintimados. Inmutóse el Presidente del Parnaso, y con un terrible entrecejo y majestuoso severo aspecto, preguntó á qué propósito se presentaban aquellos mamotretos y abultados cartapacios, y cual era, en suma, su contenido.

Sacra Deidad,—dijo entonces el autor de las poesías fúnebres—esos papelejos no contienen otra cosa que unos como poemas, versos ó coplillas, que adul-

terando las reglas establecidas por el arte poético, y contraviniendo á los preceptos sabiamente prescriptos por este decoroso tribunal, á presencia de las discretas sabias Musas, hermosas Ninfas, y laudables Gracias, han compuesto unos hijos adulterinos y abortivos de este castalio coro.

—¡Alto!—se le oyó al punto decir al Numen soberano del Parnaso.—¡Alto! ¡alto! repitió alterado hasta tercera vez. Léanse por las Musas, sin que falte sílaba, de *verbo ad verbum,* y desde la crin hasta la cola, esos papeles ó brevetes que nos presenta y manifiesta ese alumno á quien desde tiempo inmemorial se le ha formado asiento y reconocido por socio de este majestuoso y refulgente Pindo. Sin demorarlo, y en cumplimiento de este soberano decreto, se determinaron puntuales las obedientes agraciadas musas á recitarlos cada una por su turno. Su Presidente las escuchaba atento; mas, notaba el autor que por algunos intervalos torcía el rostro y mudaba el gesto. Al fin, concluida su lectura y terminada por los versículos ó cuartetos que se reputaron como trillados por alguna cuadrupedante yegua morcilla, se alteró el grande Apolo, y en voz altisonante y formidable, pronunció la siguiente memorable sentencia:

—Fallamos, atento á los méritos y deméritos de esta causa, y por este nuestro definitivo pronunciamiento proscribimos, y de ciencia cierta condenamos á todos los autores y fautores de las semi-poesías que se nos han presentado, adulterinas, abortivas y bastardas, por contraventores á las reglas, estatutos, do-

cumentos y preceptos que por esta ilustre sabia Escuela y antiguo respetable Museo se han prescripto y señalado con acuerdo, premeditación y reflexivo discernimiento que por Nos y las nuevas Musas residentes en este Pindo se ha tenido y juzgado oportuno y necesario que: de dichas abominables, indecentes coplas, no quede alguna memoria á la venerable posteridad, porque no se inficionen, vicien y corrompan los que en lo sucesivo quisieren tomarlas por modelo para entrar al estudio del nobilísimo arte de la poesía, y al trato y comunicación de las graciosas sabias musas. Mandamos, y por este nuestro decreto definitivamente ordenamos, que de nuestra orden se pasen á la oficina de Vulcano para que al impetuoso soplo del fuelle se abrasen, quemen y consuman, de forma que aún no quede el menor vestigio de ellas, y sus inmundas asquerosas cenizas sean arrojadas al más rápido torrente; etc., etc.... Dado en el Pindo á 25 de Junio de 1797.»

Siguiendo el autor en su ficción, supone que las Musas reservaron una copia de las poesías que habían sido tan duramente juzgadas por la crítica, y que deseosas de cantar algunas coplillas alusivas á la materia, compusieron varias letrillas y ovillejos, un madrigal, una canción y un romance heroico, de las cuales solo incluyo las mejores que son: el madrigal y la letrilla satírica.

Refiriéndose á esta última época de la vida del Dr. Agüero dice D. Juan M. Gutiérrez: «El profesor de 1822 no era ya el mismo por su doctrina

que el de 1805. En aquella primera época, usando de sus propias expresiones, su razón era esclava de sus ideas teológicas, así como del ominoso tribunal de la Inquisición. El sacerdote católico habíase transformado durante una gran parte de su vida, pasada en el silencio y en el estudio de los libros contemporáneos, en un espíritu fuerte. Expuso y sostuvo sus nuevas doctrinas con el ardor y el tono exclusivo á que habitúa la frecuencia del púlpito, desde el cual no se teme la contradicción. Reaccionaba con todo el vigor de la edad provecta contra un pasado de que se arrepentía, y abria ante sus discípulos que le amaban, una alma conmovida por una larga lucha, y que aspiraba á afianzar la victoria reciente, atrayéndose hacía su bandera combatientes nuevos y generosos.»

El resultado de este cambio fué que se desencadenara contra el Dr. Agüero una furiosa tormenta de persecusiones, llegando hasta el extremo de reunirse el cónclave universitario para juzgarle y condenarle por hereje.

Dice D. J. T. Medina (1): «El día 30 de Julio de 1824 el anciano catedrático, al llegar al Colegio, encontró su aula cerrada por orden del Rector. Trabose con este motivo entre ambos una polémica. Sostenía el Rector que la medida que acababa de tomar estaba justificada por las doctrinas atentatorias del dogma sostenidas por el catedrático universitario; y éste, á

(1) Obr. cit. pág. 126.

su vez, se escudaba con su nombramiento emanado del Gobierno.

A pesar del apoyo momentáneo de este, el partido político que reemplazó á Rivadavia combatió las doctrinas de Fernández como perjudiciales á la causa pública, en un escrito firmado por un *observador*, que se publicó primero en el *Correo Político y Mercantil*, y en seguida en un folleto de 199 páginas por la Imprenta del Estado, en 1827. El hecho fué, al fin, que en ese mismo año, Fernández hubo de renunciar su cátedra universitaria.

Dr. D. JOSÉ GABRIEL OCAMPO

Pocas son las noticias que tenemos respecto á este autor cuya producción conocida se reduce al *Poema panegírico*, que incluimos más como curiosidad bibliográfica que como obra de arte.

La composición está dedicada á D. Santiago Liniers y Bremond y demás personas y gremios que contribuyeron á la repulsa de los ingleses; y está suscrita en la Rioja, el 1.º de Setiembre de 1807, por el Dr. D. Joseph Gabriel Ocampo, cura y vicario de las Doctrinas de San Juan Bautista de Tinogasta, partido de Catamarca, Provincia de Córdoba del Tucumán.

El poema del Dr. Ocampo se publicó por primera

vez el año 1807 por la imprenta de los niños expósitos, en una hoja suelta de las cuales hay un ejemplar en la Biblioteca Mitre y otro en la Biblioteca Nacional (1). Ha sido reimpreso en la obra de D. José Toribio Medina (2) y figura en la Colección Alsina p. p. 480/86.

Dr. D. JUAN BALTASAR MAZIEL.

El Dr. D. Juan Baltasar Maziel nació en Santa Fé el 8 de Setiembre de 1727, y falleció en Montevideo el 2 de Enero de 1788. Fué examinador de Cánones y Leyes, de la Real Universidad de San Felipe, en el reino de Chile; Abogado de esta Real Audiencia y de la de Charcas; Comisario del Santo Oficio de la Inquisición; Canónigo magistral de la Santa Iglesia Catedral; Provisor, Vicario, y Gobernador General del Obispado del Río de la Plata.

D. Juan M. Gutiérrez ha publicado la fé de bautismo del Dr. Maziel, en un estudio biográfico muy interesante (3).

Según él, el Dr. Maziel estudió en Córdoba donde alcanzó todos los grados académicos que daba aquella

(1) Impreso No. 3895.

(2) «Historia y bibliografía de la Imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Platà», pp. 247 - 251.

(3) «Revista de Buenos Aires». Tom. 6, pág. 403.

Universidad, es decir, Maestro en Artes y Doctor, habiendo sido discípulo del P. Gaspar Pfitzer, á quien siempre recordó con respeto.

Por el año 1754, ya consagrado sacerdote, se estableció en Buenos Aires, distinguiéndose pronto por su talento y excelente preparación. Tuvo fama de orador y de literato, pero no de poeta; y así lo reconoce él mismo diciendo: «No era poeta, ni tenía la inteligencia necesaria para aspirar á semejante profesión», lo cual nos releva de la tarea de probarlo.

Escribió dos sonetos encomiando un acto piadoso del Virrey Loreto, sobre los cuales dice Gutierrez lo siguiente: «Estos sonetos han llegado hasta nosotros, y en vista de ambos, podemos asegurar, que si no son modelos de ese género de composiciones, no merecen, ni por la forma, ni por el pensamiento, las críticas que de ellos hicieron los cortesanos del Virrey y los enemigos del autor, quienes derramaron la idea de que aquellas composiciones eran realmente ofensivas á la dignidad de éste, y sagazmente calculadas para disfrazar mejor las intrigas urdidas por Maziel contra el Vice-Patronato de la Iglesia Argentina.»

Este episodio da valor é interés especial á la producción literaria del Dr. Maziel, y es por ello que la incluimos entre las de la época. En efecto, con este motivo, se escribieron muchas poesías en pro y en contra de la laudatoria, tantas, que ellas llegarían á formar un turbión de papelones, según la propia espresión del Dr. Maziel, al hacer la defensa de sus poesías. Entre otros, D. Manuel J. Lavarden, satirizó la

producción, escribiendo al respecto una sátira valiente y cáustica.

El 11 de Enero de 1787, fué el Dr. Maziel violentamente desterrado por orden del Virrey Loreto, embarcándolo para Montevideo, donde murió sin alcanzar á recibir la completa satisfacción que la justicia del Rey había hecho á su queja.

Don J. M. Gutiérrez hace referencia á una colección de poesías dejada por el Dr. Maziel, escritas en su mayor parte en loor de Obispos y virreyes, especialmente sobre la gloria de Cevallos, de donde tomamos el primer soneto que se incluye.

JOSÉ PREGO DE OLIVER

José Prego de Oliver era español, y hasta 1810 desempeñó las funciones de Administrador de la Aduana de Montevideo. Comparte con Lavarden los honores del primer puesto entre los poetas de la colonia, y si bien tenemos el testimonio del homenaje que él rindiera al vate argentino, en cambio, él también fué proclamado el primero de los poëtas del Río de la Plata por otros poetas de este lado.

Don J. M. Gutiérrez llama á Prego de Oliver el *Herrera* de estos pagos (1). El señor don Marcelino

(1) Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX 1865, pág. 105.

Menendez y Pelayo, concede sin trepidar, el primer puesto á Lavarden, (1) dando el segundo á Oliver. La verdad es que Lavarden y Prego eran los árbitros del movimiento literario de la colonia en ambas orillas del Río de la Plata; ambos eran muy amigos, y esto favorecía su despotismo crítico, ensalzándose recíprocamente, y satirizando juntos la producción de los demás.

Vinculado desde el primer momento de su llegada al país, al grupo intelectual de literatos más descollantes, figura como socio corresponsal de la *Sociedad Patriótico-Literaria*, y era asiduo colaborador del *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo del Río de la Plata,* que era su órgano oficial. Prego de Oliver, reemplazó al padre De Luca en el cargo de Administrador de la Aduana de Montevideo (1).

Prego de Oliver cantó á la reconquista de Buenos Aires, asociándose al regocijo nacional de la gloriosa expulsión de los ingleses, con una Oda á la acción de guerra, un canto elegíaco á la memoria del teniente de fragata don Agustín Abreu, que murió en uno de los combates, y otra Oda al héroe de la defensa, al desgraciado general Liniers. Estas célebres victorias, que tanto influyeron en el ánimo del pueblo argentino para precipitar el pronunciamiento separatista de Mayo de 1810, han resonado en las liras de muchos poetas sudamericanos y de la península, contándose entre estos últimos á don Juan Nicasio Gallegos. Pero

---

(1) Antología de poetas Hispano Americanos Tom. 4, pág. CXVI.

no es esta una razón que pueda, á nuestro juicio, relegar á pura curiosidad bibliográfica las producciones de los demás poetas, como dice el señor Menendez y Pelayo, (1) pues, ni ello es razonable en sí, ni estas poesías, dejan de tener su mérito aúnque se las compare con la del poeta Zamorano.

La Oda á Buenos Aires de don Juan Nicasio, es una Silva, metro con que le ha sido fácil, al ilustre cantor del dos de Mayo, despliegar las alas de su imaginación, conservando sin esfuerzo la dulzura, la majestad, sonoridad, elevación y grandeza que caracteriza su estilo; mientras que, la poesía de Oliver, está hecha en estrofas regulares, lisas, lo que traba mucho más su libertad de acción y de expresión.

El sistema de prescindir de una plumada, con un golpe efectista, del trabajo de realizar aquello que se está queriendo hacer, es muy cómodo y muy antiguo; pero no es recurso que cuadre á críticos de la ilustración del señor Menéndez y Pelayo, por más desapego, indiferencia y desdeño que sientan hacia las letras argentinas.

La poesía de Gallegos, podría servirnos para apreciar la relación de espiritualidad, de inventiva, y de arte, que había entonces entre la metrópoli y la colonia; para deducir la influencia civilizadora de la península, y el coeficiente de adaptación de los indígenas y mestizos; para diferenciar la influencia del escenario, y restablecer la de la escuela y el ambiente;

---

(1) Obr. cit. Tom. 40 pg. CXVII

para darse el crítico el placer de hacer levantar los ojos de la hija hacia la madre; pero nunca, para avergonzar á esta última, haciéndola bajar los suyos hasta los andrajos de aquella.

Grecia, pudo alabarse de que era suya la literatura de Roma en el siglo de Augusto; Roma, pudo considerar como propias la ciencia de Séneca y de Latrón, y confundir con las dulzuras de la lira virgiliana la voz de los poetas cordobeses y los cantos de Lucano y de Marcial. Pero la civilización española en el Río de la Plata, no ha podido jactarse de nada, porque nada ha hecho, más que sojuzgar y avasallar. Los poetas como Quintana y Gallegos, no son aerolitos que caigan como llovidos del cielo, en cualquier lugar y en cualquier tiempo.

El espíritu del siglo XVI, no cruzó sinó mucho más tarde por encima de los otros pueblos de la misma Europa en cuyos anales había ya inscripto España su siglo de oro. El ambiente que da vida á los Cervantes, Luis de León y los Herrera; á los Shakespeare, los Milton ó los Dryden; los Gunther, los Klopstock, ó los Schiller; los Moliere, los Corneille y los Racine, es ambiente de sociedad, de supremacía y de prestigio; muy distinto al que formaban en las Indias Occidentales los aventureros, vagabundos, soldados y desesperados, que la honraban con su presencia.

La enorme distancia á que venían á quedar situados estos países, alejados, más que por la naturaleza, por la forma como España mantenía sus relaciones políticas y comerciales con ellos, siguiendo, á través de

todas las épocas, la línea descendente que habían traído los descubrimientos en los siglos XV y XVI; la situación de aislamiento en que de esta suerte venían á quedar colocados los pueblos del Río de la Plata; la mezquindad de su movimiento comercial por las dificultades del transporte; la escasez de mercado y el peligro permanente de los salvajes; el abandono intencional en que se los tenía, en materia educacional; la simplicidad de sus hábitos y costumbres; el tedio de la inacción, y la monotonía desalentadora del territorio accesible, siempre llano, siempre solo y siempre igual; los ardores de su clima, y sobre todo este conjunto agobiador de cosas: el peso desproporcionado de la autoridad de los virreyes, con la sobrecarga del poder espiritual de la Inquisición, no eran, seguramente, las mejores circunstancias para que la imaginación tendiera las alas, y el *mens divinior* de aquellos pobres hombres resplandeciera vestido con las galas del lenguaje.

Al estudiar el movimiento literario de los pueblos fundados por España en el mundo nuevo que le dió Colón, donde sus críticos dicen: ¡eso menos!, nosotros, al admirar lo poco que hay, decimos: ¡eso más! Y no es pretensión, ni afán de jactancia, lo que nos hace mirar así estos pobres esfuerzos del espíritu poético platense, sino el convencimiento de que, en el fondo de esa literatura estancada, están las madréporas del alma nacional.

Entre el elemento más culto de la Colonia, figura, en primera línea, este español don José Prego de

Oliver. El estilo de sus composiciones poéticas, revela su educación literaria y su cultura nada común.

La elegía á la muerte del Teniente de Fragata Abreu es una composición nutrida de pensamientos elevados y llena de sentimiento.

Sin el menor esfuerzo, se pueden distinguir en ella las formas seudoclásicas de su escuela, el nervio ceremonioso de su lenguaje y el sacrificio de la armonía á las exigencias de la rima.

Cuando siguiendo el estro de su inspiración, ha dejado libertad de expresión al sentimiento, el verso corre con mucha mayor naturalidad y soltura, y llega á tener estrofas que no desmerecen al lado de las mejores en su género. Así nos parece que es la siguiente:

> No sonará tu voz en mis oídos,
> Aquella voz que de consejo llena
> El penoso vivir me solazaba.
> Apenas apercibes los gemidos
> Del colono, que atado á la cadena
> Por su perdida libertad lloraba,
> Cuando tu fuerte pecho se extremece,
> Y no queriendo ver la patria hollada,
> Tu pundonor acrece
> El ansia de acorrerla con la espada,
> Al león semejante, que la arena
> Escarba, ruge, y de furor se llena.

Si en vez de compararlos con los versos de Nicasio Gallego, que todavía no se había hecho conocer, ó

por lo menos no había aún alcanzado la justa notoriedad á que llegó más tarde, se comparan los poetas rioplatenses con aquellos con que España clausuró el siglo XVIII, la diferencia no es tan manifiesta como la que ha excusado al señor Menendez y Pelayo el tratar estos trabajos con mas detención y aún se encuentra, en beneficio de los nuestros mayor brío, entusiasmo, y variedad que en aquellos.

Apartándose de la regla generalmente seguida, de no usar las estancias en las elegías, Prego de Oliver da á su Oda la majestad de la estrofa y la sobriedad del período regularizado, ennobleciendo su carácter de *canción elegíaca* con las formas elegantes de la poesía heroica.

Gracias á este recurso, encontramos apóstrofes tan valientes como este:

> ¡Salve Tarifa ilustre! ¡Salve tierra
> Madre de los famosos capitanes,
> Que de ornamento sirven á la historia.
> Tu bastas sola á dominar la guerra,
> Pues si supiste producir Guzmanes
> Que amargasen del árabe la gloria,
> También en en este día,
> En Abreu, nos presentas una hazaña
> Que ha de alcanzar eterna nombradía,
> Con pasmo del bretón y honor de España!

La Oda á don Santiago Liniers es de corte verdaderamente Herreriano. Su movimiento es rápido y su versificación es suelta, rítmica y sonora. Desde la primera estrofa:

¡Gloria inmortal al héroe que al Britano
Lanzó del patrio suelo!
¡Bajo la augusta bóveda del cielo
No resonó, Señor, tu nombre en vano:
Tu militar denuedo
Dió al hispano salud, al anglo miedo!

se advierte la seguridad y valentía de sus pensamientos y el tono firme y levantado de su lenguaje.

Dirigiéndose á las vírgenes porteñas, les dice:

¡Cubrid el suelo de arrayán y rosa,
Que ya, lleno de gloria
Se acerca el capitán, y la victoria
Imprime el pie donde su planta posa,
Marte le dió la lanza;
Virtud el cielo; la virtud templanza.

Con sobriedad de rasgos, pero con precisión de ideas, describe luego el desembarco de los ingleses, y su irrupción armada por la ciudad. Esboza en forma horaciana, el cuadro de la refriega, y apura tanto la expresión para condensar más la frase, que llega al extremo de que cada palabra sea una imagen, y cada verso represente un poema en miniatura. Así dice:

La legión Anglicana que orgullosa
El laurel se promete,
Pugna feroz, intrépida acomete,
Y al pueblo todo sanguinaria acosa:
Donde la planta imprime,
Los troncos lloran, y la tierra gime.

Y más adelante, al describir la batalla:

Aquí donde la guerra se avalanza
Y el enemigo hostiga,
Aquí el furor, la sed, y la fatiga;
Aquí la atroz y bárbara matanza;
Aquí do la refriega
Recuerda Almanza, San Quintín, Brihuega,

La lira de Prego de Oliver era lira de bronce, de cuerdas de oro, que vibraban armoniosas y resonantes, lira verdaderamente fuerte, en donde podía entonar sin esfuerzo canciones tan varoniles como sentimentales; no lira blanda, de aquellas que pulsaban los romanceros que, en la misma época, no hacían más en la madre patria, que odas anacreónticas á Filis ó Dorila, y letrillas ó madrigales á Lice, Clori, ó cualquier otra beldad sahumada á tomillo.

Nosotros nos congratulamos de poder contar entre los precursores de nuestra poesía nacional, poetas de estro tan varonil como Prego de Oliver, en lugar de los afeminados coplistas que pondera el señor Menendez y Pelayo.

Dr. Dn. PANTALEÓN RIVAROLA

Mucho antes de que los trabajos históricos de nuestros hombres de estudio hubieran concretado noticias circunstanciadas sobre el doctor Rivarola, ya su personalidad ocupaba lugar preferente entre el grupo de los literatos de su tiempo.

Los escasos datos biográficos del doctor Rivarola, anotados por don Juan María Gutiérrez (1), han sido últimamente completados por el doctor A. Reynal O'Connor (2), y es fundándonos en los trabajos de estos dos distinguidos biógrafos que nosotros escribimos esta noticia sobre la misma personalidad.

Rivarola nació en Buenos Aires el 27 de Julio de 1754. Cursó humanidades en esta misma ciudad; y para estudiar Derecho y Cánones pasó á Chile, el año 1774, graduándose de doctor en ambos derechos en la Universidad de San Felipe.

Apenas concluyó su carrera, en mérito á sus relevantes condiciones de inteligencia y aplicación, fué nombrado catedrático de prima de Leyes en la misma Universidad, siendo también Notario Mayor del Santo Oficio.

No se ha establecido la fecha en que recibió las órdenes de sacerdote, ni la de su regreso al país, sabiéndose solamente que, el 17 de Febrero de 1779 fué nombrado Catedrático de Filosofía del Colegio de San Cárlos, y que se hizo cargo de la cátedra ese mismo año.

Poco tiempo después fué nombrado Prefecto de Estudios del mismo establecimiento, puesto que renunció para entrar á desempeñar las funciones de capellán del Fifo (3).

---

(1) «Apuntes Biográficos de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina», pág. 123.

(2) «Los Poetas Argentinos», pág. 227.

(3) Así se llamaba al 3er. batallón del regimiento de infantería de la guarnición de la plaza.

El doctor Rivarola había dejado ya este último cargo cuando tuvo lugar la primera invasión inglesa, y es entonces que empieza á surgir su personalidad literaria de entre el vetusto armazón colonial, como cantor de la gloriosa victoria que obtuvo el pueblo de Buenos Aires con la completa rendición del general Beresford al gobernador don Santiago de Liniers y Bremont.

Rivarola es el Centenera de los sucesos de la defensa (1). Sus poemas sobre la reconquista son verdaderos relatos históricos de las jornadas de aquellos días, y están escritos en romance octosilábico, con el decidido propósito de hacerlos más agradables, más interesantes al pueblo y más fáciles de ser recordados.

La siguiente *Advertencia* con que el doctor Rivarola precedió su primer poema titulado *La gloriosa defensa* (2), deja bien en claro la razón y el objeto de esta forma singular de exposición:

«Lector amigo: dí á luz la relación de la gloriosa

---

(1) V. F. López—«Refutación á las comprobaciones históricas»—Tomo 1°, pág. 341.

(2) Se publicó por primera vez en Buenos Aires, por la imprenta de los *Niños Expósitos*, el año 1807. Ha sido reimpresa en Montevideo el año 1851, con la siguiente advertencia de los editores: «De esta composición muy escasos serán los ejemplares impresos que quedan, á causa de que fué mandada recoger apenas emitida, á pesar de ser publicada, como todas entonces, con superior permiso. No sabemos los motivos de esta medida singular, ni cual de las autoridades la dictó. El autor, en su larga dedicatoria, habla de *otros*, no como los elejidos por Dios para aquella empresa, y de los males que hubiera traído el que hubiera recaído el mando en otro que en Liniers, y menciona engaños y traiciones que el vulgo temía por todas partes. Talvez estas alusiones, cuya aplicación no es fácil percibir hoy por la lejanía de aquellos incidentes llegó á ofender, con razón ó sin ella, algunos celos, algunas susceptibilidades, algunos orgullos poderosos. Si no ha sido algo de ésto, nos parece que nada absolutamente se halla en esta obra que la hicieran merecedora de una prohibición».

reconquista de la capital de Buenos Aires verificada el 12 de Agosto de 1806, con el fin, como allí expuse, de tributar al Dios de las victorias las debidas gracias por tan singular beneficio de inmortalizar los nombres de nuestros célebres compatriotas que se distinguieron en esta acción y, finalmente, con el de promover en todos, el deseo y la gloria de sacrificar su reposo, sus intereses y su propia vida en defensa de la religión y de la patria. Estos mismos han sido justamente los motivos que he tenido para presentarte la historia del singular triunfo que concedió el cielo á las armas españolas en esta Capital, el día 5 de Julio del presente año de 1807, contra las armas británicas. Me determiné á escribir aquella, no en prosa, sinó en verso, y no en verso de arte mayor, sinó corrido y suelto, por las razones que allí mismo alegué. Estas mismas, me han movido á presentarte la relación de la presente victoria, en el propio estilo, con cuya previa advertencia excuso tiempo y papel en disculpas y prevenciones.

Los brillantes hechos y gloriosas hazañas que van detalladas en esta memoria, merecen todo el crédito de que es capaz la fé humana, porque son los mismos que constan del parte que se ha dado á S. M. y de las relaciones que me han hecho el honor de darme, por escrito, los señores oficiales y jefes que han mandado y presenciado las mismas acciones que se refieren; y en otras, que no se hicieron por disposición, ni á presencia de oficial alguno, las refiero por deposición de uno, dos ó mas testigos de vista,

que es cuanto se puede pedir á un historiador para que no se le arguya su facilidad de creer y referir prodigios. No dudo que se echarán menos, en esta memoria, otros muchos distinguidos hechos de valor, religión y piedad que obraron nuestros valientes compatriotas; pero sírvame de disculpa, en unos, que del todo los ignoro, y en otros, el no haber podido averiguar la verdad, sin embargo de las exquisitas diligencias que he procurado hacer para examinarlas. No doy mi nombre porque no busco mi gloria sinó la de Dios. Vale».

La razón que daba el Dr. Rivarola para escribir en verso la crónica de la guerra de la reconquista, es la siguiente:

«Presento, en verso suelto, la historia de la gloriosa reconquista de la capital de Buenos Aires, que fué sorprendida y tomada por los ingleses el 27 de Junio de 1806».... «porque la poesía, desde el principio del mundo, ha sido la que ha inmortalizado los gloriosos hechos de los héroes de la religión y de la gentilidad».... «Escribo en verso corrido, porque se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y, por consiguiente, es el más á propósito para que toda clase de gentes lo decore y cante: los labradores en su trabajo, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente comun por las calles y plazas.»

La sencillez de las costumbres de la vida patriarcal de la Colonia, hacía que, este pensamiento del Dr. Rivarola, tuviera entonces gran trascendencia y

significación, porque infiltraba en el pueblo la idea estimulante de su poder y su propio valimiento; propalaba la noticia de las victorias conseguidas contra soldados de la primera potencia militar del mundo; daba á conocer las hazañas de los jefes de la guarnición y de los jefes y soldados improvisados que habían acudido á los puestos de combate, sin más recursos que su valor y su entusiasmo; y, poniendo de este modo en contacto al pueblo con los hombres de pensamiento y de acción que podrían conducirle á la libertad, establecía entre ellos la solidaridad de causa que funda el triunfo y la simpatía que prestigia el valor, levantando, ante los ojos adormecidos de la población, los nombres de los valientes que, habiendo sabido dirigir al pueblo en la pelea, podrían conducirlo á luchar por su libertad, y ya libre, gobernarlo.

Las crónicas en verso de Rivarola deben, pues, apreciarse más por su valor histórico, que por su mérito literario y su poesía; pero, sobre todo, son para nosotros estimables, por el anhelo patriótico que entrañaba ese esfuerzo en la composición, enderezado á halagar los oídos de la fiera que dormía en el ánimo popular, para incitarla á gustar del convite de la libertad que iban á ponerle por delante.

Rivarola fué siempre uno de los mas ardientes partidarios de la revolución de Mayo, y, después de constituido el gobierno provisorio, fué nombrado vocal de la Junta Conservadora de la libertad de Imprenta, que se creó en 1812.

Murió el 24 de Setiembre de 1821.

MANUEL MEDRANO

Pocos son los datos que hemos podido recoger acerca de la persona de don Manuel Medrano.

Sabemos solamente, que era oficial del Real Tribunal Mayor y Audiencia de cuentas y que figuraba entre los hombres mas ilustrados del círculo de Lavarden.

La oda que incluimos, está publicada en el «*Telégrafo Mercantil*» núm. 6 pág. 41, del Sábado 18 de Abril de 1801 y en la crónica general de ese mismo periódico, en el mismo número pag. 45, se dice lo siguiente, en su elogio:

«¿Quien hasta hoy sabía de excelencias del majestuoso rio Paraná, sinó hubiese *Lavardenes, Pregos de Oliver y Medranos* que, (á la manera de tres pintores diferentes que, siendo de una misma escuela, tienen sus gracias particulares, y de los cuales se puede decir con razón: *Facies non omnibus una, nec diversa tamen,* cantasen sus riquezas é hiciesen inmortal?

Esos tres poetas y amados socios mios, no son, no, de aquella multitud que de tropel perturban la paz de las sagradas florestas y con un alma fria é insensible corren por todas partes recitando versos, entonando cantinelas y distribuyendo sonetos, décimas y madrigales. Mis socios, en fin, nada infe-

riores á los *Quintilios, Tucas y Pisones,* instruyen ingeniosamente al público con sus lecciones y elogios.»

Tambien don J. M. Gutierrez nos dá muy pocas noticias respecto á Medrano.

Hablando de la oda «Al Paraná» de Lavarden, recuerda esta otra, compuesta en elogio de aquella, y dice (1):

«Don Manuel Medrano, oficial del Tribunal de Cuentas, compuso tambien una larga oda con el mismo objeto, y en términos que muestran inteligencia y buen gusto literario. Medrano, que debia ser mayor en edad que Lavarden, es sin embargo de la misma escuela y se manifiesta imbuido en las mismas ideas y tendencias sociales que hemos notado antes. El *poeta contador*, no pierde de vista la riqueza especial de nuestro suelo, y, mas atrevido é innovador que el joven, no tiene reparo en mezclar, á la noble urdimbre de sus endecasílabos, la hebra producida por las arañas del litoral. Medrano, soñando con las aplicaciones de un nuevo producto desconocido, se complace en contemplar:

> ... .el incesante anhelo
> Con que la araña entre las verdes tunas
> Sus capullos de seda está tejiendo.

La poesía de Medrano es, á nuestro juicio, una prueba irrefutable del simbolismo de la célebre oda de Lavarden.

(1) «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX.» Ed. 1865 pág. 106.

El pensamiento de la primera estrofa de la poesía de Medrano, no es otra cosa que una atrevida concitación para venir á presenciar la *realización* de la *sublime ficción* del docto hermano de Aristeo, dirigida á la multitud lastimosa que había eclipsado el claro aspecto de la santa verdad, con la ponzoña del error, dañando á la razón.

¿No es un anuncio evidente de la lucha sin cuartel á que se preparaban estos pueblos, esa visión de Marte, que llega, conducido en el estrepitoso carro de la guerra, por la inexorable Diosa, infundiendo en todos el terror y el miedo?

¿Y no es una alegoría perfecta de la desolación, que arrasaría las márgenes del Plata, y un pronóstico heróico de la situación que se seguiría, ese llanto derramado por Pluto en el regazo de su apacible Madre y ese abandono que hacen ambos de las costas del *platéo rio,* para buscar en otros climas el sociego?

En seguida, se atempera esa visión aterradora y se acalla ese estrépito guerrero; haciendo aparecer á un oráculo, á un:

«*Alado querubin del Dios de Délfos*» *que canta,*
«*Los que empiezan así, divinos versos:*»
«*Augusto Paraná!... sagrado rio!*

atrayendo con su canto á Dios, quien desciende *mansamente* á estas tierras, repartiendo los abundantes dones de Amaltea, «*Sin temer de Belona los estragos*».

¿Como admitir que estas figuras, estas imágenes y este lenguaje, no sea otra cosa que obligado tributo del gusto literario de la época á los gastados recursos de la mitología griega y romana, de que tanto abusó el seudo-clasicismo?

El valor intrínseco de la oda de Lavarden, no es tanto que, él solo, pueda justificar su éxito, ni explicar el prolongado coro de composiciones análogas, con que fué glosada y festejada; y, á nuestro juicio, hay mucho que estudiar respecto al verdadero carácter de todas estas poesías.

Dr. D. DOMINGO DE AZCUÉNAGA

Azcuénaga era de Buenos Aires. A juzgar por la abundancia de las poesías suyas que se han conservado, ha sido poeta fecundo, muy en boga en su época.

Cultivó especialmente el apólogo, y sus fábulas demuestran que era hombre ilustrado y de ingenio, que sabía encontrar, entre los secretos del arte, el mejor modo de impresionar al público, presentándole ideas y propósitos morales y políticos, sin cohonestar sus usos y costumbres, y halagando sus propias miras en las acciones de los personajes.

La naturalidad de su estilo, y la dignidad y gracia con que relata los sucesos, lo hacen un apologista muy apreciable, de positivo mérito, además del que ya tiene para nosotros por el hecho de haber sido el primer argentino que cultivara y descollara en ese género de poesía.

Sus composiciones del tiempo de la revolución de Mayo, muestran que fué patriota entusiasta y que siempre estuvo con ella.

Su *crítica á la prensa argentina*, es un precioso ejemplo del tono mesurado y complaciente que debían usar aquellos hombres para ir dando alas al disgusto del pueblo, sin despertar las iras del gobierno; y en esta especie de balance de cargos y descargos, á que somete, en su juicio, al periodismo de la época, se ve que, en resumidas cuentas, aprueba todo lo que estaba enderezado á tumbar la situación y condena todo lo que, no estando directamente vinculado con este objeto, era, por otras razones, criticable.

Así, le parecía mal que se hablara con grosería y desvergüenza, porque, además de ser eso una cosa detestable, podía serles á todos fatal, lo que importaba, no censurar el hecho, sino la oportunidad; y, en cambio, le parecía bien que se auspiciase la supresión del Tribunal de la Inquisición, á cuya institución la llama *secta*, aplaudiendo la aseveración de que la casa reinante era enemiga de sectas, lo cual, no era adherir á la casa, sinó á la revolución contra las instituciones.

Reprobaba que se confundieran las expresiones

libre é *insurgente*, sabiendo, como todos sabían, que la *lealtad* es cosa muy distinta de la *libertad*; y, escarmentado con las contrariedades á que los había expuesto muchas veces la ignorancia y la imprudencia de algunos, los aconseja á que abjuren esos errores, para no acarrear males á la causa ó, como él dice para que no paguen justos por pecadores.

Interesantísimo es también el soneto escrito después del desastre de Sipe-Sipe, que concluye diciendo:

> «*Con que, digamos con angustia tanta,*
> «*Que el diablo se llevó la causa santa.*

porque muestra el estado de abatimiento que produjo aquel contratiempo en el ánimo del pueblo de Buenos Aires; así como también el siguiente, titulado «*al censor en Buenos Aires*», cuya última parte es todo un proceso de ética periodística, notable por la agudeza de la sátira:

> Y aunque digan algunos rodavallos
> Que es Vd. algo escaso de meollos,
> No desperdicie el tiempo en impugnallos,
> Porque todos sabemos que hay criollos
> Que se ponen á hacer papel de *Gallos*,
> Sin que puedan hacer papel de *Pollos*

Aún cuando reconocemos que no tiene ningún valor literario, hemos incluido, entre las poesías del Dr. Azcuénaga, su composición titulada «*Letrilla*», porque es una crónica detallada de las ocupaciones que tenían y de los cargos ó funciones públicas que

desempeñaban muchos de los hombres que más se distinguieron en el período de la revolución, en la política, en la guerra ó en las letras, sobre los cuales conviene recoger el mayor número de datos que ilustren sus vidas.

MIGUEL DE BELGRANO

Don Miguel de Belgrano era porteño. Siendo muy joven, pasó á España para ingresar en las academias militares, y revistaba en el batallón «*Guardias de Corps*» que, por estar destinado casi exclusivamente á prestar servicio al rededor del monarca, ha sido siempre uno de los cuerpos más distinguidos del ejército español.

Se batió contra los ingleses cuando estos pretendieron apoderarse de las naves de guerra que tenía España en el Ferrol, realizando aquel desatentado desembarco de 10.000 hombres en el puerto de Domiño, en que rechazados por los Generales Negrete, Donadio y el jefe del apostadero, Melgarejo.

Durante el tiempo que duró esta campaña, Belgrano escribió la crónica en verso que se titula «*Rasgo histórico poético.*»

Esta composición, escrita en octavas reales, es del género de las relaciones en verso, tan en voga en aquella época, que no alcanzaban á poemas épicos y se pasaban de cantos ú odas.

Su valor literario es muy escaso. La narración no puede ser más simple, el lenguaje rebosa la erudición pagana que informa la poesía del siglo XVIII, y el estilo no llega á salvar las formas de la conversación familiar.

Belgrano estuvo en Buenos Aires en 1801, haciendo uso de real licencia, según él mismo nos lo dice en la introducción con que publicó sus versos en el *Telégrafo Mercantil*, y es de suponer que regresó á la península, pues por el tono del «Rasgo poético» que escribió en obsequió del valor y lealtad con que los habitantes de Buenos Aires repelieron las invasiones inglesas, se vé que él no estaba aquí en aquella época.

Pronunciado el país por su independencia, vino Belgrano á luchar al lado de sus compatriotas, y, en el «*Rasgo épico descriptivo*» con que rememora la batalla de Maipo, palpita su amor á la causa de la revolución y su admiración hacia el General San Martín.

ANTOLOGÍA

JUA

JUAN MANUEL FERNANDEZ DE AGÜERO Y ECHAVE

SONETO

Deten el paso oh peregrino y mira
Lleno de pasmo, horror y sentimiento,
El suntuoso sepulcro y monumento
Cuya inscripción un tierno llanto inspira.

Aquí Melo reposa, y no respira.
Su grandeza y poder que fué un portento,
Rendida, aniquilada, en un momento,
A impulso de la Parca ya se admira.

Cuando gozaba de un imperio quieto
Su vida terminó. ¡Que desconsuelo,
Dejando á la memoria un triste objeto!

¡Mas, no murió, que con heróico vuelo,
Sin eludir el general decreto,
Pasó á fijar su imperio allá en el cielo!

MADRIGAL

En antártico, bello, ilustre polo,
Donde glorioso reina el grande Apolo,
Mi alumno estaba con las Musas bellas
Que agraciadas miraba como á estrellas.

Gozaba satisfecho sus delicias;
Dispensabanle, cuerdas, sus caricias;
Mas, residiendo en argentino suelo
No mira la luz clara de este cielo.

Cuando quieto reposa,
Como nube impregnada y tempestuosa,
Se descarga sobre él el rayo, el trueno,
Oyendo el metro pleno
Horrible y desgreñado,
Que de esta esfera el coro destemplado,
Al cantarse las glorias del gran Melo,
Le inspira horror al cielo,
Pues vomita del Etna y del Averno
Incendios que publican odio eterno.

Cansado Erato ya de dar quejidos
Y de entonar sus justos sentimientos,
Reprime de su pecho los gemidos
Para dar lugar á otros concentos.

Ellos publicarán como impelidos
Los insultos altivos y violentos,
Haciendo ver que puede la malicia
Asaltar impetuosa á la pericia.

Prosigue ya terpsícore cantando
El asunto que vamos lamentando.

LETRILLAS SATÍRICAS

Yo, Terpsícore, que entono
En los bailes y en los cantos,
Para excusar tristes llantos
En música acorde tono,
Sin enojo y sin encono
Reparo, noto y advierto,
Que un Poeta ciego ó tuerto,
Entre otros de su calibre,
Poetiza orgulloso y libre:

Unas décimas compone
Sin claridad, sin dialecto;
Ni advierte que este defecto
No hay versista que lo abone;
Y para hacer que consone
Entre sí el verso incadente,
Al mismo metro desmiente,
Armando un galimatías
Sólo visto en nuestros días.

De su estilo la bajeza
Me pasma, y el guirigay;
Advirtiendo que allí no hay
Concepto, gala, pureza:
Acaso formó de priesa
Su verso ó su geringonza;
Por eso su Musa intonsa,
Mudando acento en graznido
Ingrata se muestra al oido.

La soltura que se encuentra
En tal grado es demasiada,
Que, por ser prosaica, enfada,
Descalabra y atormenta;
Se cree que no llevó cuenta
Al formar esa poesía,
O imaginó que no había
Otra regla que el antojo,
La audacia, furor, y arrojo.

¿Cuando se ha visto elogiar
(Dice en sus ruines coplillas)
A un hombre de campanillas
Como se te ve á tí usar?
Esto es querer abusar,
Repite, de aquel honor
Que á un caballero y señor
Se debe: querrá decir,
Mas no lo supo ingerir.

Yo me asombro, me estremezco,
Al ver que sin justa ley,
Él denomine á un Virrey
Con un título frailesco.
Por Júpiter, que le ofrezco
A ese poeta renacuajo,
Que Apolo como á un andrajo
Le trate, y luego al momento,
De azotes le aplique un ciento.

Y si éste repara atento
Otras faltas y defectos,

De esos errados conceptos,
Le ha de añadir mil á ciento.
Pero su arrepentimiento
Puede, si fuere oportuno,
Hacer que castigo alguno
Sufra, y proteste en tal caso,
No subir mas al Parnaso.

JOSÉ GABRIEL OCAMPO

POEMA PANEGÍRICO

DÉCIMAS *

Meritísimo campeón
Cuyas gloriosas proesas
En bronce quedan impresas
Para honra de la nación;
Ese emulable blasón
Con que Marte te ha premiado
Con aplauso universal,
Nos presenta un General
De valor agigantado.

II

¿Con quién te compararé
Gran aborto de heroismo?
Pues me confundo yo mismo
En los prodigios que sé:

* Impreso No. 3895 de la Bibl. Nacional y, «La Imprenta en Buenos Aires» p. J. T. Medina. pgs. 247 á 251.

Ya pareces un Josué,
A cuyo guerrero aliento
Obedece el firmamento;
Ya el invencible Gedeón,
Que por su ley y nación
En victorias fué portento.

III

Tan poderoso ascendiente
En las batallas teneis,
Que al enemigo escogeis
Como Alejandro, clemente.
Este anglicano valiente
Que tantos triunfos blasona,
Hoy aturdido, pregona
Que sus acciones rivales
Son preciosos materiales
Para labrar tu corona.

IV

Cual otro David triunfante,
Con general alabanza
Arruinaste la esperanza
De ese Goliat arrogante,
De ese émulo protestante,
Que atrevido é insolente,
Con envidia diligente
Quiso burlar nuestra ley,
Y robar á nuestro Rey
Este rico continente.

V

Eres un fuerte Sansón
En la lucha militar:
Sois el nuevo Montemar,
(Diré más bien un león).
En eterna aclamación
Tu nombre resonará,
Y todo el mundo sabrá
Que tu gloriosa memoria
En los fastos de la historia
Por aborto se tendrá.

VI

Cuando hago reminiscencia
De nuestra brillante gloria
El marqués de la Victoria
Resucita á mi presencia:
La fama con impaciencia
Ya quisiera colocarte
En las alturas de Marte,
Para que el mundo conozca
Que todo rival es mosca
Contrapuesto tal baluarte.

VII

Los caminos del trofeo
Enseñais en un momento,
Y con valor das aliento
Esforzado Macabeo.
No hay patricio según veo,

Que respire cobardía,
Porque siendo Vos su guía,
Aun el sexo mujeril
Quisiera tomar fusil
A vista de tu energía

VIII

Esas valientes legiones,
Esas huestes inmortales,
Que tan prontas y puntuales
Aprendieran tus lecciones,
Son otros tantos blasones
Que en apoyo de tus glorias
Publicarán las historias,
Haciendo al orbe patente
Al Anibal más valiente,
Al Aquiles en victorias.

IX

Las británicas gargantas
Subyugadas á tu acero,
Son el clarín verdadero
De las victorias que cantas.
¡Qué campo de glorias tantas!
No le encuentro parangón:
Calle el famoso Scipión
Que se precia sin segundo;
Pues Vos te ganas un mundo
Tan solo con una acción.

X

En mil abismos me hundo,
Cuando presento á la vista
La admirable reconquista
Que hiciste del Nuevo Mundo;
Y mucho más me confundo
Cuando veo que en campeones
Trasformas esas legiones
Que dominaba la paz,
Esos hombres que jamás
Ni vieron las municiones.

XI

Es pública tu energía
A la faz del universo,
Como el valor y el esfuerzo
De los nuestros este día:
Tanta fué la valentía
Que mostró cada soldado,
Que Beresford despechado
Arroja su propio acero,
Y se rinde prisionero
Al español esforzado.

XII

Este altivo general
Que humillaste á vuestros pies,
Argumento claro es
De tu fama sin igual:
¿Qué dirá vuestro rival

A vista de tal acción?
Lleno ya de confusión
Este bárbaro pirata,
Al gran Río de la Plata
Respetará con razón.

XIII

Ya querría el Comodoro
Que se olvide tu memoria;
Pero será vuestra gloria
Escrita con letras de oro,
Para que vuestro decoro
Y talento militar,
En la tierra y en el mar
Se lleven la admiración,
Porque sois de la nación
Un héroe tan singular.

XIV

Cual otro Jepté buscado
De los suyos, fuiste Vos,
Siendo por pública voz
Por general aclamado.
Todo el mundo ha celebrado
Ese honor tan merecido:
Porque solo Vos has sido
Quien en nuestro continente
Por salvar á tanta gente
La defensa has dirigido

XV

Tanto tu mérito alcanza
Por tan heroica función,
Que, tu rey y tu nación
Han puesto en Vos su confianza;
Esa gloriosa alabanza
Con que el soberano mismo
Elogia tu patriotismo,
Prueba, con toda verdad,
Tu valor, tu lealtad,
Y tu brillante heroismo.

XVI

Brigadier de Real Armada
Es tu nombre predicado,
Con que el Rey ha decorado
Esa acción tan elevada:
La patria reconquistada
A costa de tu energía
Quisiera que cada día
Crecieran tus caractéres,
Pues su vida y sus haberes
Debe á vuestra valentía

XVII

De ese Río dilatado
Eres Vos el General;
De la Audiencia Pretorial
Presidente muy honrado:
Gobernador muy amado

De tu pueblo agradecido,
Que á ley de reconocido
Por su pleno Ayuntamiento,
Con perpétuo *Regimiento*
Vuestra casa ha distinguido.

XVIII

El Príncipe de la Paz,
Con el Marqués Caballero
En un encómio sincero
Dan una prueba eficaz,
Que memorable serás
Por el celo agigantado
Con que habeis reconquistado
Esa noble Capital,
A costa de ese rival
Cuya sangre has derramado.

XIX

Si tantas honras, Señor,
Os grangeó la reconquista,
¿Que premio habrá que resista
De los triunfos el mayor?
¡Sabia escuela del valor!
Buenos Aires, di, te ruego,
¿Quien reparó tu sosiego
En el ataque reciente,
Sino ese jefe valiente
Con el vigor de su fuego?

XX

¿Quien enjugó vuestros ojos
Cuando tu ruina llorabas?
¿A quien, á quién exclamabas
Entre tus tristes despojos?
¿Quién sugetó los arrojos
De esa bárbara nación,
Sino ese grande campeón,
Que con truenos en las manos
Supo rendir los tiranos,
Y reparar tu aflicción?

XXI

Cuando esos mares sangrientos
Vuestras calles inundaban,
Cuando los aires poblaban
Alaridos y lamentos,
Cuando vuestros fundamentos,
Bamboleando todos visteis,
¿A cuyo brazo acudisteis
En tal tragedia y estrago,
Sino al del fuerte Santiago?

XXII

Por nueve partes ufano
Os acomete el inglés:
Pero vió segunda vez
Que fué su poder en vano;
Rendido ya el anglicano

Por nuestro gran General,
Haciendo más inmortal
Nuestro glorioso trofeo,
Entrega Montevideo
Por precaver todo mal.

XXIII

¿Puede darse comprobante
Que con mayor evidencia
Acredite la excelencia
De tu fama retumbante?
¿Que prodigio mas constante,
Y de más merecimientos,
Qué mayores documentos
La patria puede desear
Para poderse gloriar
Del mayor de sus portentos?

XXIV

¿Pero que tengo que hablar
Cuando el orbe está sabiendo
Que en Vos está consistiendo
Ese gran brazo de mar?
Es supérfluo ponderar
Un asunto tan notado,
Pues que todos han palpado
Que os burlasteis del inglés.
¡Que mucho si sois Liniers!
Basta, que todo he hablado.

XXV

Solo me resta, Señor,
Que admitas este presente,
Como una prueba evidente
De mi respetuoso amor:
Y ya que tengo el honor
De presentarme al servicio,
Hazme Vos el beneficio
Que suplico á tu bondad,
De rendir mi voluntad
Al más grato sacrificio.

XXVI

Vos ¡oh jefe generoso!
Emisario del valor;
Vos, que fuiste como autor
De tanto triunfo glorioso;
Vos, Huidobro famoso,
Real ministro sin mudanza,
Sois muy digno de alabanza
Por esa acción inmortal,
De darnos un general
Que era toda tu confianza.

XXVII

Sabia Audiencia Pretorial,
Que cual brillante farol
Lucisteis al español
En la noche más fatal:
Rectísimo tribunal,

Por cuyo norte tenemos
Los triunfos que poseemos,
Permite que mi bajeza
De gracias á Vuestra Alteza,
Por tanto como os debemos.

XXVIII

Gran Príncipe diosesano,
Cuyos clamores al cielo
Preservaron nuestro súelo
Del dominio más tirano:
Dignísimo ángel humano,
Que por vuestra mediación
Defendiste la nación,
A nuestra patria y al Rey,
A Vos os toca por ley
Nuestro grato corazón.

XXIX

Muy Ilustre Ayuntamiento,
Cuyo celo singular
Debe el mundo pregonar
Por un glorioso portento:
Vos que auxiliaste al intento
De defender nuestro suelo,
Sacrificando sin duelo
Tus copiosos intereses,
Mil galardones mereces
Por tan generoso celo.

XXX

A Vos, conscripto Senado,
De los aciertos emporio;
A Vos que has hecho notorio
Tu consejo sazonado;
A Vos que tanto has velado
Por nuestra tranquilidad;
A Vos que sois en verdad
Todo el apoyo de Marte,
Gracias os doy de mi parte:
Dispón de mi voluntad.

XXXI

Esclarecidas legiones,
Columna de gran honor,
Que disteis ley al valor
Como temibles leones:
Memorables escuadrones
De hazañas tan distinguidas,
A vosotros son debidas
Nuestras gracias desde luego,
Porque solo vuestro fuego,
Pudo salvar nuestras vidas.

XXXII

Valerosos arribeños,
Cuya gloriosa memoria
Distinguirán en la historia
Aun los émulos isleños:
Vuestros grandes desempeños

En el ataque reciente,
Probarán perpetuamente
Que fuisteis, por el valor,
De los rivales terror,
Y gloria del continente.

XXXIII

Calla, vil calumniador,
Calla sir Home Popham,
Que pretendes con afán
Disfrazar nuestro valor:
Mira, y advierte, traidor,
A la verdad más constante,
El nuevo triunfo brillante
Que acaba de acreditar,
Cuanto procuras negar
De nuestro valor gigante.

XXXIV

¡Oh, vil pirata sangriento!
Que á pesar de tu altivez,
Has sido más de una vez
De nuestra gloria instrumento:
¿Acaso tendrás aliento
Para nuevas invasiones?
¿Por ventura, tus facciones
Querrán renovar el miedo
Que tuvieron al denuedo
De los indianos campeones?

XXXV

¡Ea! pérfida nación,
Ya llevas el escarmiento,
Y nos dejas documento
De vuestra vil rendición;
No quieras otra ocasión
Provocar nuestra energía,
Porque entonces á porfía
Vomitaremos centellas,
Para no dejar ni huellas.
De tu bárbara perfidia.

XXXVI

¡Oh purpúreo monumento,
Que con preciosos carmines
Coronastéis vuestros fines
Sin perder vuestros alientos!
¡Oh despojos cenicientos,
Que entre el polvo disfrazais
Esas glorias que gozais
En la tierra y en el cielo,
Sed protectoras del suelo
Cuyos senos adornais!

XXXVII

¡Oh portentoso patrono
De esta noble capital!
¡Oh María, antemural,
Nuestra defensa y abono:
Vos que fuisteis ante el trono
Nuestro constante abogado,

Vos que más has militado
Por tu distinguido empleo,
Sois el dueño del trofeo,
Gloriosísimo soldado!

XXXVIII

Alábente las naciones,
Divinísima Señora,
Poderosa protectora
En todas nuestras acciones:
Vuestros son estos blasones
Que canta patria y santuario:
En las ruinas del contrario
Vos teneis la mayor parte,
Pues disteis á nuestro Marte
Las armas de tu rosario.

XXXIX

¡Oh Dios grande, Dios clemente,
Árbitro de las victorias!
Vuestras son todas las glorias
Que blasona el Continente:
Por tu brazo omnipotente
Hemos triunfado, Señor;
Vuestro ha sido ese valor
Que alentó nuestras empresas;
Vuestras son esas proezas,
A vos se debe el valor.

Dr. D. JUAN BALTASAR MAZIEL

SONETO

SE CONSUELA Á LOS PORTUGUESES VENCIDOS POR EL

EL EXCMO. D. PEDRO CEVALLOS

Cuando el invicto Eneas vió rendido
Al joven Lauso, que á sus pies postrado,
Sintiendo de su suerte el fatal hado
Maldice el polvo que mordió rendido;

No te aflijas, le dijo condolido,
Por ser despojo de mi brazo airado;
Que el mayor timbre de tu orgullo osado,
Es ser mi espada la que así te ha herido.

Tal es ¡oh generosos lusitanos,
La gloria que revela vuestra caída
Cuando del gran Cevallos sois trofeos!

Pues mucho gana quien se rinde á manos
De este hijo de Minerva, que la egida
Blandió mejor que Ulises y Teseo.

EN ELOGIO DE D. PEDRO CEVALLOS *

APOLO PRESIDIENDO EL CORO DE LAS MUSAS AL SON DE SU LIRA, LAS EXORTA PARA QUE CANTEN LAS PROEZAS DEL JÚPITER ESPAÑOL.

Al dulce temple, hermanas de mi lira,
Las proezas cantad, y las hazañas
Del Júpiter tonante que postró,
Sin disparar un rayo á Lusitánia.

CLÍO

PRIMERA MUSA

Yo al golpe de mi plectro
Haré que en todo el orbe,
Resuene con sus glorias
De Cevallos el nombre.

EUTERPE

SEGUNDA MUSA

Yo con pastoril flauta
Haré que no haya bosque,
Ni montaña, que el éco
De Cevallos no asombre.

* M. S. de la colec. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Sen. Nal. que es copia del original autógrafo.

THALÍA

TERCERA MUSA

Yo en dramas y comedias,
En los teatros y cortes,
Aplaudiré á Cevallos
Cual español Mavorte.

MELPÓMENE

CUARTA MUSA

Yo en trágicas excenas
Que aún al Olimpo asombren,
Haré ver que Cevallos
Emula hasta los Dioses.

TERPSÍCORE

QUINTA MUSA

Yo al compás de mi flauta,
En danzas siempre acordes,
Haré alarde á Cevallos
De sus trofeos y loores.

ERATO

SEXTA MUSA

Yo con metro galante,
Al aire de mis voces,
Cantaré de Cevallos
Las ilustres acciones.

POLÍMNIA

SÉPTIMA MUSA

Yo con mi dulce lira
En odas y canciones,
Haré salva á Cevallos
Con pena de Calíope.

URANIA

OCTAVA MUSA

Yo, que mi voz atrae
Aún los celestes orbes,
Remontaré á Cevallos
En las constelaciones.

CALIOPE

NOVENA MUSA

Yo con versos heroicos,
En sublimes transportes,
Pienso hacer de Cevallos
El héroe de los héroes españoles.

SONETO *

EL MUY ILUSTRE Y VENERABLE DEAN Y CABILDO
DE ESTA STA. IGLESIA CATEDRAL,
HABLA AL EXCMO. SEÑOR D. PEDRO DE CEVALLOS,
SU VIRREY Y VICE-PATRONO.

No del soberbio Capitolio erguido
Hoy envidia su pompa mi fé atenta,
Cuando es la magestad que aquel ostenta
De un Júpiter faláz y fementido.

Aquí el Dios que preside siempre ha sido
Verdadera deidad, que nos presenta
Humanado el espíritu, que alienta
El valor de tu pecho esclarecido.

Entrad héroe, por tanto victorioso,
En este templo de tu Dios augusto,
A hacerle de tus triunfos sacrificio.

Entrad, que nuestro espíritu obsequioso
Sus votos todos unirá con gusto
Para haceros su nombre más propicio.

---

* De un m. s. de Segurola, existente en la Bibl. Nal. No 3354-3361 página 285.

JÁCARA TROTONA *

(*Inédita*)

No extrañen señores
Que yo apoltronado
Haya estado á vista
De un recio fandango.
Ausente me hallaba
Por mi infelíz hado,
Cuando aquí bailaban
Con todos los diablos.
A la voz del ruido
Vine apresurado,
Deseoso de ver
Sarao tan extraño.
Entré por la calle
De los padres magros,
Que cuanto más gordos
Se muestran más flacos.
Y luego, al momento
Me salió al atajo
Uno, que la gorra
Tenía de Pilatos.
Deténgase, dice,
Todo mesurado,
Que por aquí ya
No hay más paso franco.

* De un manuscrito de don J. M. Gutiérrez, existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Hombre, le replico,
¿Estáis endiablado?
¿Quién pudo cerrar
Camino tan ancho?
¿No es esta la calle
Por donde han entrado
Cuantos han querido
Ser afortunados?
¿No está aquí la Aduana
Donde se han cobrado
De las sumisiones
Los hechos forzados?
Déjeme, por Dios,
Que vaya postrado
Siquiera á rendirme
A *Mendaña* y *Blanco;*
Pues sin duda temo
Que de lo contrario,
Seré de estos padres
El hijo bastardo.
Y ya en adelante
Me veré hecho el blanco
Donde asesten todos
Sus tiros mas pardos.
—¡Que pardos,—me dice,
—Ni padres, ó Diablos,
Si hasta de sus casas,
Están ya expulsados!
—Esta voz terrible
Cual si fuera rayo,

Me desconcertó
Y dejó aterrado.
Procuré volver
De mi sobresalto,
Y como mas pude,
Le dije temblando:
—Con qué, hombre: ¿es posible
Que se haya acabado
De *la Compañía*
El reino tirano?
Mas, ¿Cómo es capaz
Que á un poder tan vasto,
Que el bueno de *Alonzo*
Hacía mas osado,
Porque lo afianzaba
En aquel ternario
De ciencia y riquezas
Con muchos soldados,
Haya habido quien
Sea tan temerario
Que se haya atrevido
Y lo haya arruinado?
¿No es éste aquel mismo,
Que ahora pocos años,
Aun de dos coronas
Frustró sus tratados?
¿No es el que triunfó
Y siempre ha triunfado
De cuantos, por Dios,
Fueron sus contrarios?

¿No es el que tenía
En su gran Cevallos
Su imperio absoluto
Bien asegurado?
Pues, ¿y el ministerio
A que iba llamado,
Y con el que á todos
Tenía asustados?
¿Qué efecto ha tenido,
Y cómo ha dejado
Que así se aniquile
Su más rico banco?
¿Qué ha hecho el Padre Diego
Inquisidorazo,
Que del Santo Oficio
No ha vibrado rayos?
Qué el Padre Juan Carrio
Gata mari-ramos,
Que con su Deo-gracias
Invocaba al diablo?
¿Cómo no han podido
Frustrar con engaños
Y sus muchos pesos
Golpe tan pesado?
—¡Qué Diego, ni Carrio,
Cuervos, ni Cevallos,—
Me dijo,—si todos,
Están ya en tres palos!—
Cevallos á penas
Vió volcado el plato,

Vomitó á los dos
Que se había tragado.
Como la substancia
Les había chupado,
Y lo que quedaba
Le había de hacer daño,
Al momento mismo
Las bascas le entraron,
Y las arrojó
Su estómago blando.
Quedaron aquellos
Dos pobres cuitados
Sin piel ni pellejo,
Esperando el santo
Que ya se les dió;
Y luego pasaron
A despellejar
A los italianos.
Cevallos con esto
Desembarazado
De los que ya le eran
Fardos muy pesados,
Fué y entró á la Corte
Como mojigato,
Acechando empleos
Que aquí había soñado.
Todos se le esconden,
Y le paga el diablo
Sus grandes servicios
Por pasos contados.

Pues como él á todos
Dejó aquí engañados
Con vanas promesas,
Se ve allí burlado.
Cuando fué á besar
De Carlos la mano,
Llevó al de San Juan
Para su reparo.
Poco le sirvió
Padrino tan caro,
Pues el justo Rey
Con su seño airado,
Le arrojó una ojeada
Que cual otro rayo
Postró por los suelos
Aquel Goliat falso.
—Quiten de aquí - dijo,
—A ese loco insano,
Estátua de viento
Con los piés de barro.—
Después que volvió
Del fatal desmayo
Recibió una herida
De cien mil morlacos
Que había en el Colegio
De Cádiz dejado
Como de reserva
Para algun fracaso.
Ni se quedó en esto,
Que aquí le han pillado

Cincuenta y seis mil
En los mismos fardos
Que su corredor
El Padre Juan Carrio
Mercó en la Colonia,
Con notable daño
De los comerciantes,
Y del soberano
A quien sus derechos
Defraudó el bigardo.
Con aquestos golpes
Y otros que ahora callo,
Y que no compensan
Lo que ha defraudado,
Se vé el miserable
Tan caído y postrado
Que ya la tiricia
Lo tiene á su salvo.
Y volviendo atras
Sus ojos quebrados
Blasfema de Carrio,
Diego, y sus sectarios.

Luego que escuché
Sucesos tan raros,
Quedé mas confuso
Que un encapillado.
—Adios, camarada
Le dije al soldado;
Y tomé la vuelta

Con tal sobresalto,
Que llegué á dudar
Si estaría soñando,
O si yo gozaba
El rapto de Pablo.
No bien dado había
Tres ó cuatro pasos,
Cuando un buen amigo
Que me encontró acaso,
Me quitó las dudas,
Y paso por paso
Entró á referirme
El suceso extraño.
Me añadió, que, á Roque,
Aquel bello enano
Que hizo su figura
En tiempos pasados;
Aquel fiel conducto
Por donde Cevallos
Nunca saber pudo
Sino lo mas falso;
Aquel que con chismes
Que son de quebrados,
La factura propia
De los contrabandos;
Aquel finalmente,
Que por puro y casto,
Dejó muy atrás
A Sadarnápalo;
Que á Roquillo, dijo,

Me le había tocado
Una buena parte
En aquel fracaso,
Y que por sus culpas
Iba destinado
A purificarse
Allá en Maldonado,
Donde al mismo tiempo
Serviría á Cevallos
Aumentando el pueblo
Que dejó fundado.
También me contó,
Que Lerdo, aquel Sancho
A quien lo pollino
Envidiaba su asno,
Aquel cuyo peso
Lo lleva agoviado,
Y siempre parece
Que le tira al pasto:
Aquel que despues
De ser tan pesado
Andaba ligero
En pos de Cevallos,
Que era su Quijote,
Y el mas desgarrado
Entre la gavilla
De sus muchos criados;
Que era el mayor fuelle
Por donde aquel diablo
Arrojaba el aire

De su álito osado;
Que no perdonó
Ni aún lo más sagrado,
Porque hacía gala
Del mayor escándalo;
Cara de vejiga
De viento soplado,
Según lo define
Todo el Peripato:
Que éste, pues, también
Iba caminando
Con el buen Roquillo
Para Maldonado,
Pueblo en que podría
Como tan maestroso,
Hacer el ritual
A sus Magistrados,
Para ceremonia
De paz, en que tanto
Apuró su ingenio
Mas Lerdo que Sancho.
Díjome igualmente:
Que iba con entrambos
Un tal Arizaga
De talentos raros;
Hombre en quien había
Confiado Cevallos
Cuanto en su conquista
Robó al Soberano;
Y á quien, á si mismo,

Lo tenía nombrado
Por encomendero
De todos sus trapos:
Porque era razón
Que aquellos rezagos
De medias, calzones,
Chupas y zapatos,
Lo fuese á expender
En su pueblo amado
Ya que lo dejó
Desnudo y descalzo.
Que con estos tres,
Iba acompañado
El francés Lasala,
Para hacer el diario
De sus aventuras
Y extraños acasos,
Pues con las gacetas
Que había forjado,
Y de que dió norma
A su suegro Caro,
Cuando de mentiras
Llenaba este teatro,
Tenía á su favor
Los votos ganados
Para ser diarista
De fracasos tantos.
Por fin, me expresó
Que á mas, otros cuatro,
Con esta tormenta

Habían naufragado;
Y que por su dicha
Habían ya ganado
Una isla, en que pasan
Sus culpas llorando.
Yo confieso amigos
Que al oir tan extraños
Sucesos, que nadie
Se había imaginado,
Quedé tan confuso
Y tan abismado,
Que no he vuelto en mí
Ni volveré acaso.
Por esto, á pesar
De mi humor salado,
Me he estado en silencio
Como un ermitaño.
Todo se me ha ido
En mirar á lo alto,
Y adorar de esta obra
La divina mano.
Que Dios la conserve
Por eternos años,
Y guarde aquel héroe
Que la ha ejecutado.

ROMANCE *

ESDRÚJULOS QUE EXPRESAN LA AFABILIDAD Y DULZURA DEL EXCMO. SEÑOR DON PEDRO DE CEVALLOS

Señor, que otras musas Délficas
Canten vuestros timbres ínclitos
Y que te exalte terpsícore
Sobre el Júpiter Olímpico.
La mía que en pobres cláusulas
Explica sus aires métricos,
Hoy por humano y benévolo
Quiere aplaudirte mirífico.
Sois de Jano glorioso émulo,
De dos rastros geroglífico:
El uno á la Iberia célebre,
Otro al Portugal terrífico.
Tu afabilidad sin límites
Este teatro antes horrífico
Lo transforma hoy, sin hipérbole,
En otros campos Elíseos.
El santo sois de esta América,
Que afable, dulce y benéfico,
Haceis sus delicias sólidas
Con vuestro cariño eléctrico.
Con razón, hasta los Pórtugues,
A gritos dicen verídicos:
Viva Ceballos, el héroe
Intrépido y humanísimo.

---

* Papeles m. s. de Segurola. Tom. 10 pág. 219 Bibl. Nacional.

CANTA UN GUASO EN ESTILO CAMPESTRE

LOS TRIUNFOS

DEL EXMO. SEÑOR DON PEDRO CEVALLOS. *

Aquí me pongo á cantar
Abajo de aquestas talas,
Del maior guaina del mundo
Los triunfos y las gazañas.
Del señor de Cabezón,
Que por fuerza es camarada
De los guapos Cabezones
Que nada tienen de mandrias.
He de puja el caballero,
Y vien vaia toda su alma,
Que á los Portugueses jaques
A surrado la badana.
Como á obejas los ha arriado
Y repartido en las pampas,
Donde con guampas y lazo
Sean de nuestra lechigada.
De balde eran, mis germanos
Sus cacareos y vravatas,
Si al columbear á Ceballos
No lo ha hecho así el come gente
O más aina: come Bacas,
Vuestro Don Pina Bandeira
Salteador de la otra Banda,

---

* Papeles de Segurola, Tom. 10; pág. 255, Bibl. Nal. La ortografía es tal cual está en el original.

Que allá por sus andurriales
Y siempre de disparada,
Huyendo como abestruz
Aun se deja atrás la gama...
Ya de Santa Catalina
Las batatas y baranjas
No les darán en el Pico
Aunque más griten chicharras.
Su colonia, raz con raz,
Disque queda con la playa,
Y en ella ¿quando la otra
Harán de azulejos casa?
Perdone Señor Ceballos
Mi rana silvestre y guaza,
Que las germanas de Apolo
No habitan en las campañas.

PÁRRAFO EN OCTAVAS *

Si alguna vez, ilustre y generoso
Príncipe de la Iglesia militante,
Del coro de las Musas fabuloso
Fué el auxilio superfluo y reduntante,
Es hoy, que por su numen decoroso
Te aplaude grata nuestra Escuela infante,
Y logra con envidia de Latona
Un verdadero Apolo en tu persona.

II

De Vos, pues, ya cual refulgente Apolo,
Invoco el sacro númen que propicio
Como sol de esta Escuela, podrá solo
Dar á su influjo el mas feliz auspicio.
Mas ay! que apenas te invoqué cuando Eolo
En sus céfiros suaves, sin bullicio,
A mas alto entusiasmo me arrebata,
Y de mi labio el reato se desata.

* Papeles m. s. de Segurola. No 3354 á 3361, pg. 258, Bibl. Nal. Esta composición fué leida por el P. Maziel en las fiestas que se celebraron en honor del Ilmo. Sr. Obispo de Buenos Aires el año 1781.

III

Si; honor y gloria del Hesperio suelo:
Vos, con la lira de tu dulce acento
El Apolo sereis de nuestro cielo,
Y el bello Atlante de este firmamento.
Por Vos las ciencias fijarán su vuelo
En este de tus luces monumento,
Y sereis en los fastos de su historia:
El fundador y padre de su gloria.

IV

No en vano hace brillar la Providencia
Vuestros primeros lustros en la esfera
Donde toda la ciencia reverbera
El flamante arrebol de su eminencia:
En Salamanca, digo, primavera,
Donde las flores, no sin competencia,
A Minerva le tejen la corona,
Con envidia de Marte y de Belona.

V

Allí el ensayo fué de tu explendor:
Pues cual astro de primera magnitud,
En los destellos del primer albor
Brilló gigante Vuestra juventud.
Mas ya aumentado Vuestro resplandor
De sus luces tendrá la plenitud,
Y á proporción de tan brillante oriente
Verá aquí su cenit mas refulgente.

VI

No, pues, su intelectual fecundidad,
Quiera cohibir su generoso aliento;
Ni permitais que esconda su humildad
El mas precioso don de su talento.
Haced que brille en la Universidad,
Que va á ser de las ciencias firmamento
Donde en jaspe se esculpa, que á tu influencia,
Debe su lustre y debe su existencia.

VII

¡Oh, y á que grado de honor tan soberano
La elevará tu sabia dirección;
Y cual será su gloria si tu mano
Le reconcentra tu alta protección!
Sin duda, que en el suelo Americano
Será el objeto de su emulación,
No ya cual Salamanca, bosquejada,
Sino perfeccionada é ilustrada.

JOSÉ PREGO DE OLIVER

EL SUEÑO

Arnesto, yo soñaba el otro día,
(Una vez que te digo que soñaba
Tu debes suponer que dormiría)
Soñaba, y va de cuento, que llegaba
A la cumbre del Pindo un mozalbete
Con gracioso chapín de tafilete.

Un manto azul de flores matizado
Aseguraba al hombro una presilla,
Y un tonelete de oro recamado
Dejaba descubierta la rodilla;
El pelo dividido en dos guedejas
Bajaba por la frente hasta las cejas.

Un aire fino y magestuoso muestra
El joven en su cuerpo y en su arreo;
Quedé dudoso al verle, y por su diestra
Que empuñaba el sagrado caducéo,
Que era Mercurio conocí al instante,
Mensajero de Júpiter tonante.

A recibirle sale el buen Ercilla,
Y arengándole á guisa de guerrero,
Jura por el bigote y la perilla,
Que será, para todo el Pindo entero
La lisonja mayor dar hospedaje
A tan recomendable personaje.

Lo conduce al palacio, y el monarca
En busca suya corre presuroso;
Con uno y otro brazo el cuerpo abarca
De su ínclito huesped generoso,
E imprimiéndole un ósculo en la frente,
Lo dejó con las babas reluciente.

¿Por qué, hijo de Mayo, dos renglones
A tu venida no has anticipado?
Mi despensa está hoy sin provisiones,
El Parnaso, distante del mercado,
Y tu venida al monte de improviso
Me ha puesto en un terrible compromiso.

No os aflijais por eso, le responde
El dios Mercurio lleno de mesura;
Yo no soy ningún Príncipe, ni Conde,
Y además, que estuve ayer con calentura,
Y el célebre Esculapio me ha mandado
Que en la comida me ande con cuidado.

En el salón entraron, donde estaban
Talia, Euterpe, y las demás hermanas,
Todas á la labor dadas, hilaban,

Que no son de las locas casquivanas,
Que el día gastan en chacota y danza:
¡Que bonito es tener buena crianza!

Ya á la vista te encuentras, dice Apolo,
De las Musas hermosas y doncellas,
Que si corres del uno al otro polo
No encontrarás, tal vez, cuatro como ellas.
Estaban á todo esto las muchachas
Mirando al joven, hechas unas gachas.

¡Oh Númenes Sagrados! grita entonces
El dios Mercurio, en lágrimas bañado:
Oh Númenes mas duros que los bronces,
Que habeis inexorables decretado
Que yo sea quien traiga á estos umbrales,
Poesías teológico morales.

Al nombre se estremece la techumbre,
Y las ninfas llenáronse de espanto;
El sol encapotó su hermosa lumbre,
Resonando por todo el monte santo
Las lágrimas mezcladas con las preces,
Y hasta el Pegaso relinchó dos veces.

La confusión por todo se derrama;
Y yo, queriendo huir del desconcierto,
Me dí un golpe mortal contra la cama;
Y á la violencia del dolor despierto,
Y ya con los sentidos despejados,
Reflexioné que hay sueños endiablados.

A CASAMAYOR *

Oh tú, que en el retiro
De tu casa te metes,
Y no exhálas siquiera ni un suspiro
Por mundanales dimes y diretes:
¿Porque no me respondes?
¿A que tu letra de mi vista escondes?

¿No te acuerdas, cuitado,
Que cuando estuve en esa,
Me tuviste en tu casa aposentado
Y me franqueaste liberal tu mesa,
Y de noche en la cena
Había siempre su marimorena?

Vuelve en tí, hombre adusto,
No niegues la palabra,
No más con tu silencio me des susto,
No hagas, pues, que mi genio se desabra,
Porque si me erizas,
Rogaré á Dios te nazcan tres mellizas. (1)

---

* De un m. s. de la Colec. de D. J. M. Gutiérrez, existente en la Bibl. del Sen. Nal.

(1) La contestación de Casamayor fué la siguiente:

¡Ah, Pepe! en mi retiro,
Ya que á broma lo metes,
Tras la tranquilidad gimo y suspiro,
Y huyo de tantos dimes y diretes.
¿Y á esto que me respondes?
¿Por que tus luces de tí mismo escondes?

CANCIÓN AL RÍO PARANÁ *

Salve, Paraná Sacro:
salve otra vez y mil, Dios majestuoso,
á cuyo simulacro
hace desde hoy sin duda mas famoso
el poema que elogia tu riqueza,
que las aguas que anuncian tu grandeza.
Si tú de clima en clima,
haces que se deslicen tus caudales,
también la santa rima,
que supo dar loor á tus raudales,
pasará ciertamente,
de región en región, de gente en gente.
Las Nereidas hermosas
al salir de sus húmedas moradas,

Verdad, soy un cuitado,
Mas no hay pocos en esa
En quienes está el dolo aposentado
Y se sienta con ellos á la mesa,
Al comer, en la cena,
Y anda por ellos la marimorena.

Sabes no soy adusto,
Puedes creer mi palabra,
Y no entiendas que me da susto,
Ni que nunca mi afecto se desabra,
Ni que el pelo me erizas
Con desearme otras tres mellizas.

* (El Telégrafo Mercantil núm. 4. Sábado 11 de Abril de 1801).

La poesía tiene la siguiente nota, que sigue al título:

QUE EN LOOR DE LA ODA DEL DOCTOR LAVARDEN PUBLICADA EN EL NÚMERO I COMPUSO NUESTRO DIGNÍSIMO SOCIO CORRESPONSAL DON JOSÉ PREGO DE OLIVER, ADMINISTRADOR PRINCIPAL DE LA REAL ADUANA DE MONTEVIDEO.

para hacerte obsequiosas
las ofrendas del culto acostumbradas,
elevan hasta el cielo
al vate insigne, al íncola de Delo.
 Siempre que los Tritones
precedan á tu carro transparente,
sacando ronco sones,
del Caracol torcido refulgente,
celebrarán al hombre
que cantando tus glorias te dió nombre.
 Tu soberana esposa,
encanto de los seres inmortales,
en su mansión algosa,
bajo un dosél de conchas y corales
colgó (por mas decoro)
la *invocación* escrita en letras de oro.
 Si, Paraná, tú mismo,
lisonjeado de verte en el retrato
por el propio *egoismo*,
que aun á los mismos dioses es tan grato,
estimas igualmente,
la encomiástica rima, que el tridente.
 Si acaso, Canción mía,
al acercarte á tu sagrado dueño,
lo enoja tu osadía,
dí, para desarmarle de su ceño,
en tono humilde y frío,
«*Augusto Paraná*....*Sagrado Río*»....

DEFINICIÓN DEL CURRUTACO *

Arnesto mira, mira al *currutaco*
que gastó la mañana en el afeite,
cuan pomposo que sale de su casa,
y con cuanto desdén mira á la gente.
Mírale cuan erguido entra en el corro,
y apenas el fruncido labio mueve,
y el sombrero que lleva cual diadema
ni solo un dedo alzó de su copete.
El ancho corbatín su barba esconde,
y el pelo que desciende por la frente
unido á la patilla crespa y densa,
no más que la nariz deja al ambiente.
Hoy ya no trae del siniestro lado
como hace poco, el espadín pendiente:
¡Arnesto, Arnesto desaparecieron
nuestras costumbres cual la niebla leve!
Un largo alfanje de hoja retorcida
con anchas chapas de metal luciente
su diestra ocupa, y con semblante fiero
¡como lo blande! ¡cual el aire hiende!
Si le dices que derrotó Dario
al Macedón con sus terribles huestes;
que á Troya fundó Rómulo, y que Roma
su nacimiento á Diocleciano debe:

* B. N. El Telégrafo Mercantil T. II. No 29. pág. 223.

La composición apareció sin firma de autor, pero en la pág. 264 (número 32) se dice que es de Prego de Oliver.

Todo lo creerá, por más que añadas
que Witiza dechado fué de reyes,
que las naves cargadas de oro y plata
zarpan del Cuzco y entran en Orense;
y que en Farsalia, Marte por su mano
orló á Pompeyo de laurel las sienes.
Que son juegos olímpicos no sabe;
mas sabe en cambio los del *zacamete*,
de la *banca*, el *parar*, y otros de envite
que no los ha aprendido impunemente,
pues le cuestan mas riesgos y vigilias,
que de Pérgamo el sitio á Diomedes.
¡Pero, que no! Arnesto, ¿te irritaste?
quitame de mi vista al *Currutaco*,
ó de mi mano arranca los Pinceles.

A LA RECONQUISTA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

POR LAS TROPAS DE MAR Y TIERRA
Á LAS ÓRDENES
DEL CAPITÁN DE NAVÍO DON SANTIAGO LINIERS,
EL 12 DE AGOSTO DE 1806.

ODA *

Al ínclito varón, al fiel caudillo
De las tropas hispanas,
Salud, prez y loor: las tristes canas,

* «La Imprenta en Buenos Aires» pág. 205.
Impresos 3850/3927 pág. 521 de la B. N.

La tímida doncella, el parvulillo,
A tí las palmas tienden,
Porque las tuyas su orfandad defienden.
¡La espada manejada por tu mano,
Qué de contentamiento
Hizo nacer bajo este firmamento!
¡Y cuanta angustia al escuadrón britano
Que con su pie amancilla
Un mundo que Pizarro unió á Castilla!
Las náyades triscando bulliciosas
Del Paraná en la orilla,
Súbito dan con la aferrada quilla,
Que transportó tus huestes valerosas:
Atónitas la miran,
Y gozo y miedo y turbación respiran.
Una en pos de otra de la mano asidas,
Con el dedo en la boca,
Y el leve pie, que al suelo apenas toca,
Van cuidadosas de no ser sentidas;
Mas como en la llanura
Nada descubren, trepan á la altura.
Tienden la vista, y miran acampados
Los bravos batallones,
Que las lises, castillos y leones
Tremolan en sus lienzos estampados:
Allí escuchan cantares
De arrojos de Bazanes y Vivares.
Allí un soldado en adiestrar se empeña
Al alazán fogoso,
Mientras que de su tercio numeroso

Hace un ilustre cabo la reseña:
Todos en movimiento,
Su descanso es velar, su arma el sustento.
Ya suena el atambor; y ya en hileras
El fusil ordenado,
Relumbra al sol; y el jefe denodado
A la lid va guiando las banderas
De nuestros combatientes,
Por llegar á las manos impacientes.
Hiende el aire el belígero alarido
De las fuertes legiones;
Recorriendo las filas los campeones,
Celan el órden al valor unido,
Y doblan sus fatigas
Al avistar las fasces enemigas.
Forman ambos ejércitos dos zonas;
Rompe el fuego y no cesa.
Acá y allá se vé una selva espesa
De agudas bayonetas y tizonas;
Y con la artilleria
Retiembla el suelo y se encapota el dia.
La atroz muerte con mano descarnada
Sus cabellos agita,
Y el carro estrepitoso precipita
Sobre una y otra hueste encarnizada:
Súmese el eje todo
En craneos, en escombro, en sangre, en lodo.
Por momentos se enciende la pelea,
Y el ibero revuelve,
Y todo en sangre y fuego al paso envuelve:

La falange de Albión ya titubea,
Y á la diestra cuchilla
Cede por fin, y la cerviz humilla.
La hermosa capital encadenada
Por los crudos britanos,
Viendose libre, al cielo entrambas manos
Levanta enternecida y prosternada;
Sobre los muertos llora,
Y orna la sien del jefe vencedor. (1)

A LA GLORIOSA MEMORIA

DEL TENIENTE DE FRAGATA DON AGUSTÍN ABREU, MUERTO DE RESULTAS DE LAS HERIDAS QUE RECIBIÓ EN LA ACCIÓN DEL CAMPO DE MALDONADO, CON LOS INGLESES, EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1806. *

¡Abreu!....¡Amigo mio!....No responde.
El denso velo de la noche eterna
Su faz encubre, y á mi vista ansiosa
Por siempre me lo esconde.
Grabada en mi alma la memoria tierna
De tu amistad ardiente y oficiosa,

---

(1) Esta oda es la primera de la colección de los *Cantos*, de Prego de Oliver.

El mismo año en que Prego de Oliver publicaba esta oda en Buenos Aires, se daba á luz en México otra composición de mucho más aliento, titulada: «Buenos Aires Reconquistada, poema endecasílavo», por J. B. de Portegueda.

* Historia y Bibliografía de la Imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata. pág. 206.

También está en: B. N. Impresos 3859/3927 pág. 527. En la col. Alsina, página 178.

Te busco Abreu, te busco y no te encuentro.
Sin ti á mis ojos es caliginosa
Del sol la lumbre; y fuera de su centro
Se me aparece toda la natura:
¡Tal es tu falta; tanta mi amargura!
Tu alma voló á las auras: ese pecho,
Archivo de mis cuitas, no palpita;
Y sobre el suelo yace sanguinoso.
El monstruo de la guerra con despecho
El patrio suelo agita;
Y tú á las armas corres, y animoso
Del entorno te arrancas de tu esposa.
De amigos y parientes,
Ni la voz lacrimosa,
Ni los suspiros, ni plegarias sientes
De sangre y amistad los duros lazos,
Superior á Sansón, haces pedazos.
No sonará tu voz en mis oidos,
Aquella voz que de consejo llena
El penoso vivir me solazaba.
Apenas apercibes los gemidos
Del colono que atado á la cadena
Por su perdida libertad lloraba,
Cuando tu fuerte pecho se extremece,
Y no queriendo ver la patria hollada,
Tu pundonor acrece
El ansia de acorrerla con la espada;
Al león semejante, que la arena
Escarba, ruje, y de furor se llena.
Encargado por fin de la jornada,

Al retumbar del sonoroso parche
Gozo y bravura su semblante vierte.
Las filas corre de la gente armada,
Y hace la seña de que al campo marcha.
La via emprende, en pós la hueste fuerte
Sigue al caballo que el caudillo monta.
El pueblo se avalanza
En derredor; se aleja; ya transmonta;
Desaparece; y lleva la esperanza
De la tímida virgen y el anciano,
Que al cielo elevan una y otra mano.
  Vencida la distancia del camino,
A Maldonado ven y al Anglicano
Que formado en escuadras los espera.
Abreu clama:—¡Soldados, el destino
Nuestros votos cumplió; no sea en vano
La estima con que el pueblo nos pondera:
Sus hogares, sus hijos, sus altares,
A nuestro acero fía!
Los que allí véis forzaron nuestros lares:
No quede impune tanta demasía.
La patria gime y el deber nos llama:
¡La muerte es vida, si la vida infame!
—Dijo: y al modo de torrente undoso
Que rebosando el cauce se dilata
Y con ímpetu arrastra cuanto encuentra,
Asi nuestro caudillo valeroso
Corre, atropella, hiende, desbarata,
Y entra la confusión por doquier que entra.
Más, despedido el plomo de un mosquete,

Le taladra un costado,
Y al suelo arroja al ínclito jinete,
En lodo, en sangre y en sudor bañado.
El rio lo ve caer, y sobre el pecho
Inclina el rostro en lágrimas deshecho.
¡Salve, Tarija ilustre, salve tierra
Madre de los famosos capitanes
Que de ornamento sirven á la historia.
Tú bastas sola á dominar la guerra,
Pues si supiste producir Guzmanes
Que amenguasen del árabe la gloria,
También en este dia,
En Abreu nos presentas una hazaña,
Que ha de alcanzar eterna nombradía
Con pasmo del bretón y honor de España!
Cántele, pues, el Apolineo coro,
Mientras yo callo sumergido en lloro.

Á MONTEVIDEO *

TOMADA POR ASALTO POR LOS INGLESES EN 3 DE FEBRERO DE 1907, SIENDO GOBERNADOR DE DICHA PLAZA EL BRIGADIER DE LA REAL ARMADA DON PASCUAL RUÍZ HUIDOBRO.

La guerra, la atroz guerra, el trueno, el rayo,
El polvo, el humo denso, todo, todo,

---

* Hist. y Bibliografía de la Imprenta etc. Obr. cit. págs. 231/32.
Impreso N°. 3850/3927, pág. 531 de la B. N.
En la colección Alsina pág. 214/216.

Su venida fatal al pueblo anuncia.
Desde la mar las naves, y por tierra,
Las huestes enemigas el tremendo
Cañón asestan contra el débil muro,
Y á un tiempo mismo, bocas cien de bronce
El fuego arrojan con horrendo estruendo;
Zumbando globos por el aire vago
Las calles cruzan, templos desmoronan,
Edificios derrocan, y no hay nada
Que á su choque feroz oponga fuerza.
Solo la alcanza el ínclito caudillo,
Veces mil más ilustre por su esfuerzo
Que por la cruz que de su pecho pende.
Con faz serena y con osada planta
No para, y corre á visitar los puestos
Do el fuego, el estampido y los membrudos
Brazos que sirven el cañón, trasladan
El horrísono carro en que el Tonante
Los rayos vibra que Ciclopes forjan.
El plomo silvador que muerte avisa,
Nunca puede abatir su erguida frente,
Que llena de ambición espera un día
Que á la par de los Velascos la sublime
Al sacro templo de la augusta Fama,
Orlada del laurel inmarcesible
Con que Mavorte á sus campeones orna.
Siguen las huellas los varones claros,
Que fueron arrullados en la cuna
Con cantares de abuelo, que á la patria
Inmolaron la vida: don que el cielo

Impone al hombre conservar y la honra
Arrastra á aventurar, todas las veces
Que llama el parche ó el clarín resuena.
El pueblo y tropa, todo en mezclamiento,
No hacen más que pelear: no hay otro oficio.
Yo ví las artes, sí, vílas yo mismo
Azoradas vagar, y demandando
Favor y ayuda, las orejas sordas
Atónitas hallar á sus plegarias,
Los talleres y fábricas cerradas;
Son arrojadas del humilde lecho,
Que antes las albergó; tornan y llaman;
Pero no hay responder. Desconsoladas
Huyen, y huyendo la cabeza vuelven,
Por si descubren algún brazo amigo,
Que corra en pos solícito tenellas.
Más en vano miráis: todos á una
No curan más que del cañón funesto.
Antes del pecho borbotando sangre
Al letal golpe de la bala ardiente
Despedirán la fatigosa vida,
Que la cerviz doblar al yugo extraño.
Bajo un tronco nacieron: bajo un trono
Días vivieron de paz honda y blanda:
Y quieren bajo un trono, que los nietos
Amorosos el lecho circundando,
Con encendidido lloro y mano leve
En el sueño eternal cierren sus ojos.
Las columnas de Albión, que sus pendones
Quieren ver ondear en la asta misma,

De do penden los lienzos que tremolan
Blasones de Castilla, el cerco estrechan,
Aumentan baterías, y doblando
El estruendoso fuego, ni un momento
Es dado á los sitiados de reposo.
Al batir continuado el muro tiembla,
Las piedras desquiciadas se desploman,
Y los escombros mismos son la escala
De la brecha fatal. ¡Ay, ciudadanos,
Cubrid, tapad el boquerón horrible,
Que ha de ser tan fatal, como lo fué en Troya
La máquina infernal del dolo griego!
Quince veces el sol salido había
Por las rosadas puertas de la aurora
De rayos coronado en plaustro de oro
Sin que mostrase lástima ni duelo
Por las cuitas de un pueblo que afligido,
Ve por última vez, que declinando
Su pausado rodar al horizonte
Va á sepultar el magestuoso disco
En las líquidas urnas del undoso,
del sacro Paraná. Queda rojeando
La vida por do fué: más á deshora
Desparece el fulgor, y en todo el cielo
Ni rastro queda de la excelsa lumbre.
Del caos la hija triste sobre el suelo
Densas tinieblas desparrama, y deja
Casi inválido el ojo vigilante
Del atleta tenaz que sobre el arma
Apoya el brazo en que reclina el cuerpo.

La circunvalación del muro todo
De trecho en trecho mílites sustenta
Que inmóviles y atentos representan
Estátuas del silencio, que interrumpe
El éco bronco de olas encrespadas,
Que azotan el peñasco, y luego humildes
Bésanle el pie y escurrense á su centro.
¡Cuanto de malandanza hoy avecina,
Onda de maldición, al triste pueblo!
Tu sonar turbulento: oir no deja
El ruido sordo de la planta insana,
Que arrebujada en el tupido manto
De la noche sombrosa, y atrochando
Por la brecha mortal sin ser sentida
Penetra audaz el lacerado muro.
Al súbito rumor el castellano
El arma requiriendo, presuroso
Al riesgo corre, y al britano altivo
En su valor un otro estorbo opone.
El cañón y arcabuz á un tiempo atruenan:
Densan la lobreguez, y sangre y fuego
Y horror y estrago á todas partes lanzan.
El furibundo Marte en torno gira
De unas y otras legiones, aguzando
La cólera y ardor, é introduciendo
La confusión, las huestes mezcla y junta.
Así mezclados pugnan, y la lucha
Más y más se encarniza, y la atroz muerte
Enarbolando el brazo, la guadaña

Descarga sin cesar, y á centenares
Tiende de cada golpe los varones
Que son apoyo de la madre patria!
Bien pocas son las almas que te quedan,
Ilustre madre, y esas pocas helas,
Helas pelear de sangre salpicadas,
Y tropezando en los gloriosos cuerpos
De los que perecieron anhelando
Volver con el laurel a tu regazo,
Alejando infortunios de tu seno.
  Mas, dado no les fué, y aun esos pocos,
Acribillados lloran la flaqueza
Del brazo que no puede con la espada.
No puede mas, que el enemigo carga,
Y cual voraz incendio se difunde,
Que no hay estorbo que su curso ataje.
Al bullicio, al estrépito, á la grita,
Las matronas y vírgenes transidas
Se llenan de estupor, y en el retiro
De la cámara yerma presagiando
La viudez y horfandad, desconsoladas
Alzan los ojos de llorar cansados
A los cielos, de marmol á sus quejas;
Las manos tuercen, y el vivir desaman.
Del alto alcazar, del dorado solio
Do en torno vuelan las virtudes almas,
La paternal cabeza asoma, asoma
Augusto Cárlos, y verás un pueblo
En escombros envuelto, y cada escombro
Será padrón en que leerán los siglos:

«Al pueblo supo Cárlos regir blando,
Y por Cárlos el pueblo morir supo».

AL SR. DN. SANTIAGO LINIERS *

BRIGADIER DE LA REAL ARMADA Y CAPITAN GENERAL DE LAS PROVINCIAS DEL RÍO DE LA PLATA, POR LA GLORIOSA DEFENSA DE LA CAPITAL DE BUENOS AIRES ATACADA DE DIEZ MIL INGLESES EL 5 DE JULIO DE 1807.

ODA

¡Gloria inmortal al héroe que al Britano
Lanzó del patrio suelo!

---

* Impresos No. 3850/3927, pág. 537 de la B. N.

« Hist. y Bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Rio de la Plata ». pág. 234. En la Colec. Alsina pp. 98/102.

Don J. T. Medina ob. c. pág. 234, en el N. 394 en que da noticia suscinta de esta publicación, dice lo siguiente:

«La dedicatoria del Romance Histórico motivó vivos ataques de los contemporáneos de su autor. Entre ellos merece notarse el que, suscrito por «un patricio» se dirigió al Cabildo, calificando aquel impreso de hallarse lleno de «errores, y falta de noticia en la historia que hace muy poco honor al pueblo de Buenos Aires»; solicitando, á la vez, se imprimiese «para mejor ilustración del Romance». Y los S. S., refiere el acta de 23 de Setiembre de 1807, conociendo estar en él vaciada la verdadera historia de los sucesos de Buenos Aires y recopilados los que omitió el autor del Romance, acordaron se imprima, precediendo la licencia del señor Gobernador y Capitán General». Tal es el origen de las presentes «Adiciones y Correcciones».

Este escrito, dedicado al Cabildo de Buenos Aires, se atribuye con fundamento á don José Joaquín de Araujo, natural de esta ciudad, según Alsina, (Col. de Doc. pág. 98, nota). Y en efecto, las noticias y adiciones que Araujo da en este escrito son las mismas que con menos extensión puso en la Guía de Forasteros del Virreinato de Buenos Aires para el año 1808 de que fué autor.

En la Biblioteca del General Mitre hay un ejemplar de esta publicación.

Bajo la augusta bóveda del cielo
No resonó, Señor, tu nombre en vano:
Tu militar denuedo
Dió al hispano salud, al anglo miedo.
Coged vírgenes flores, cortad palmas,
Y tejed la corona,
Que orle la sien al que con su tizona
Logró dar expansión á vuestras almas:
Cantad himnos en coro
Al tutelar del virginal decoro.
Cubrid el suelo de arrayán y rosa,
Que ya lleno de gloria
Se acerca el capitán, y la victoria
Imprime el pie donde su planta posa:
Marte le dió la lanza,
Virtud el cielo, la virtud templanza.
¡Cual anda el pueblo lleno de heroismo!
El pueblo cuyos brazos
Al enemigo hicieron mil pedazos;
El pueblo y tropas, al Averno mismo
Llevarán el estrago,
Si el caudillo al Averno hace el amago.
¡Son las naos de Albión, ay, cuan veleras
Abordaron las playas
Y como al bosque umbrío densas hayas
Cubrieron sus falanges las riberas,
Amenazando al cielo,
Y provocando con furor al duelo!
Entran en la ciudad y el alarido,
Y el clarín ominoso,

Y el rechinar del carro ponderoso
Do el horrendo cañón es conducido,
La confusión acrecen,
Y el un polo y el otro se extremecen.
  La lid, la lid, Belona sanguinosa
Los ánimos enciende,
El plomo silvador el aire hiende
Cual lluvia de granizo tempestuosa,
La muerte sin sosiego
Discurre envuelta en polvo, en humo, en fuego
  La legión anglicana que orgullosa
El laurel se promete,
Pugna feróz, intrépida acomete
Y al pueblo todo sanguinaria acosa:
Donde la planta imprime,
Los troncos lloran y la tierra gime.
  Los hijos de la patria belicosos
Y el ibero aguerrido
Morir escogen por mejor partido,
Oponiendo sus pechos generosos
Al enemigo duro,
Que vale cada pecho por un muro.
  Aquí donde la guerra se avalanza
Y al enemigo hostiga;
Aquí el furor, la sed y la fatiga;
Aquí la atroz y bárbara matanza;
Aquí do la refriega
Recuerda Almanza, San Quintín, Brihuega.
  Deshechas, destrozadas las hileras,
Las que eran fasces antes

Son ya troncos y miembros palpitantes,
Que cubren calles, ocupando aceras:
¡Eterno monumento
De gloria á nos, al anglo de escarmiento!
¡Oh dicha y gran prez nuestra!
El isleño severo
Tan feroz y orgulloso de primero,
Humillado y vencido ya se muestra:
El que con sus legiones
Leyes dictó, recibe condiciones.
¡Sagradas sombras que en la huesa estando
De Sagunto y Numancia
Servisteis de modelo á la constancia
De vuestros compatriotas; si mirando
La batalla estuvisteis,
Visteis que son lo que vosotros fuisteis!
La América en sí vuelve: joyas torna
A su nevado cuello;
En trenzas repartió el suelto cabello,
Y el ropage con oro y flores orna;
Dáse á los regocijos,
Y abre los brazos á sus dignos hijos.
La vocinglera fama con presteza
Al cielo se levanta,
Las auras corta con ligera planta,
Llega á Madrid, y cuéntale á Su Alteza
En tono humilde y blando
El hecho de las armas de su mando.

PANTALEÓN RIVAROLA

ROMANCE HEROICO

EN QUE SE HACE RELACIÓN CIRCUNSTANCIADA DE LA GLORIOSA RECONQUISTA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES CAPITAL DEL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA VERIFICADA EL DÍA 12 DE AGOSTO DE 1806. POR UN FIEL VASALLO DE S. M. Y AMANTE DE LA PATRIA, QUIEN LO DEDICA Y OFRECE Á LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD, CABILDO Y REGIMIENTO DE ESTA CAPITAL *

PRIMERA PARTE

Santísima trinidad
una, indivisible esencia,
desatad mi torpe labio
y purificad mi lengua,
para que al son de mi lira
y sus mal templadas cuerdas
el hecho mas prodigioso
referir y cantar pueda.

---

* Dice Alsina (Colec. de documentos. . . . en la Nota á la pág. 72 en que reproduce este romance): «El autor de este romance quiso ocultar su nombre; pero no ha podido hacer que pase ignorado á la posteridad. Su autor fué el presbítero doctor don Pantaleón Rivarola, maestro de Filosofía en el Colegio de San Cárlos, donde probablemente se educó; Capellán del Fijo, y Juez de la Junta conservadora de la libertad de imprenta creada en 1812. . . .»

Impreso N°. 3872 de la B. N.

La Imprenta en Buenos Aires, pág. 224.

Ya de su sagrado fuego
mi débil pecho se llena,
é inflamado de tu llama
siento que mi voz se esfuerza.
Ea! escuchadme, señores,
que la relación comienza:

La muy noble y leal ciudad
de Buenos Aires, ¡que pena!
por un imprevisto acaso
ó por una suerte adversa
del arrogante britano
se lloraba prisionera,
sin que pudiera romper
las fuertes duras cadenas
que hacían toda la gloria
de las lúgubres banderas

Sus ilustres habitantes
en situación tan funesta
siempre fieles á su Rey,
su triste suerte lamentan.
Las ninfas del Argentino
y las graciosas nereidas
penetradas de dolor,
en sus plateadas arenas
con las lágrimas que vierten
la clara corriente aumentan,
y el éco de sus gemidos
repite en tristes cadencias:
ay! ya no somos de España:
somos ya de la Inglaterra.

¿Que será de nuestra patria?
¿Que de la Religión nuestra?
despojo será sin duda
de la britana soberbia.
¿No habrá un David esforzado
que valeroso se atreva
á humillar á este Goliat
la erguida cerviz proterva?
¿Donde, amable España, están
los héroes de nuestra esfera?
¿Donde están los Cides y Albas?
¿Donde los Atriscos, Leivas,
los Montemares, los Gages,
los Ceballos y Villenas,
que os dieron tantas coronas
como batallas y guerras?
¿No hay alguno que valiente
á nuestros écos se mueva
y de nuestro cautiverio
rompa las duras cadenas?
  Así lloraban las ninfas,
así expresaban su pena,
corriendo por sus mejillas
en vez de lágrimas, perlas.
Entonces nuestro gran Dios,
cuya omnipotente diestra
á los soberbios humilla
y á los humildes eleva,
entonces compadecido
á nuestras súplicas tiernas,

suscita un nuevo Vandoma,
un de Villars, un Turena,
que émulo del mismo Marte
sea más que Marte en la guerra.
Es Don Santiago Liniers
y Bremont; ocioso fuera
de este ilustre caballero
decir las brillantes prendas:
su religión, su piedad,
su devoción la más tierna
al Santo Dios escondido
en misteriosa apariencia,
en los templos humillado
lo declara y manifiesta.
Este señor, pues, un día,
que el seis de Julio se cuenta
del triste pasado año,
admirado vé y observa
que Jesús Sacramentado
á un enfermo se le lleva
encubierto y escondido.
Temiendo la gente nueva
le acompaña reverente,
le adora, y en su presencia
se enciende su devoción
y se avivan sus potencias.
Siente un fuego que le abrasa,
siente un ardor que le quema,
un celo que le devora
una llama que le incendia,

un furor que le transporta
por el Dios de cielo y tierra.
Los espíritus vitales
nuevo ardor dan á sus venas
y allí mismo se resuelve
á conquistar la tierra,
para que el Dios de la gloria,
Señor de toda grandeza,
sea adorado como antes
descubierto y sin la pena
de verle expuesto al desprecio
de gente insana y soberbia.

Dijo: y luego se prepara
con la devoción mas tierna
para emprender con acierto
acción tan gloriosa y bella.
¡Que cuidado! ¡Que temores!
¡Que sobresaltos le cercan!
¡Que grandes dificultades
se le oponen á la empresa!
Pero, ya determinado
los peligros atropella,
y por caminos secretos,
arroyos y ocultas sendas
en alas de sus deseos
á Montevideo vuela.

! Ea, genios tutelares
del reino y nación Hesperia,
dirigid á nuestro héroe
en ocasión tan estrecha!

Despues de muchas fatigas,
gastos, trabajos y penas,
firme siempre en sus designios,
á Montevideo llega.
Allí con sabia energía
vivacidad y elocuencia
propone á su ilustre Jefe
la acción que medita y piensa,
de reconquistar la plaza
antes que el socorro venga
de la Europa ó del Cabo,
que los ingleses esperan.
El valiente y sabio Jefe
Que la generosa idea
había ya concebido
de tan distinguida empresa,
una expedición formada
tenía por mar y tierra,
pronta ya para salir
y para marchar dispuesta.
Sin embargo á Liniers oye,
medita, examina, ruega
al Señor de las victorias
para que en tantas tinieblas
le alumbre, encamine y guíe,
y que lo mejor resuelva.
Despues de muchas consultas
y meditaciones serias,
determina valeroso
que reconquistada sea
la famosa Capital

que es de todo el reino puerta.
Expide convocatorias
de marcial ardor compuestas,
combidando generoso
á la más gloriosa empresa.
No así los valientes griegos
viendo robada su Elena
de Menelao al convite
corren presurosos, vuelan,
como nuestros compatriotas
oyendo la voz que suena
de este Mavorte español
se animan, arden y vuelan.
Los valientes voluntarios
dejando sus conveniencias
con valor inimitable
se alistan para la empresa,
sin escuchar los gemidos
y lágrimas las más tiernas
de sus amadas esposas,
hijos, y otras caras prendas,
llevando solo en sus pechos
el honor que los alienta
por su Dios y por su Rey.
¡Oh! acción gloriosa, oh grandeza!
La ilustre Gobernadora
más ilustre por sus prendas,
con gracias y donativos
á los soldados alienta;
los exhorta con dulzura,

les reparte escarapelas,
y ellos, llenos de entusiasmo,
le ofrecen con entereza
de pelear hasta vencer,
ó de morir en la empresa.

SEGUNDA PARTE

Preparadas ya las tropas,
el bélico parche suena,
y á su horrísono clamor
acompaña la trompeta
que en roncos sonidos dice:
¡arma, arma, guerra, guerra!
Todos parten presurosos
de Belona á la palestra,
rayos despiden sus ojos
y sus corazones saetas.
El generoso caudillo
que á la expedición se apresta
á pesar de su valor
y del laurel á que anhela,
por un casual incidente
que ni aguarda ni le espera,
se haya, cuando menos crée,
impedido con urgencia
de desamparar su puesto,
en cuya situación seria
no quedandole otro medio,
la expedición encomienda

dando el mando y el bastón
á quien el Dios de la guerra
tenía ya destinado
para tan gloriosa empresa.
Parten de aquella ciudad
alegres por mar y tierra
los héroes, cuyo valor,
cuyo aliento y cuya fuerza
las edades posteriores
en armoniosas cadencias
cantarán para su gloria
y para emulación nuestra.
Con indecibles trabajos
fatigas, gastos y penas,
bosques, arroyos, pantanos
y caminos atraviesan,
hasta llegar reunidos
á la orilla mas frontera
de la ilustre capital:
y de allí como mas cerca
el claro Argentino cortan
hasta la opuesta rivera.
Los ilustres argonautas
plácidamente navegan
los bajeles presurosos
corren la plateada esfera,
sus quillas cortan el agua
hincha el céfiro las velas,
los tritones bulliciosos
y las hermosas nereidas

con sus retorcidas conchas
y voces suaves celebran
de los nuevos campeones
el valor, la fé y paciencia.
Al cabo de doce días
de trabajos y molestias
felizmente nuestros héroes
al puerto de Conchas llegan,
y desde allí sin fatiga,
trabajo, angustia ni pena,
al lugar de San Isidro
todos unidos se acercan.
Allí las gentes del país
de contento y gozo llenas
se apresuran á porfía
en obsequiar con franqueza
á sus reconquistadores
que como á padres contemplan.
El sexo suave, con modos
muy obligantes, se empeña
en servir á nuestros héroes,
de cuyo valor espera
sacudir el duro yugo
de la esclavitud inglesa.
Detén aquí, pluma mía,
detén tu vuelo y carrera,
mientras en breve episodio
mi pobre númen celebra
una acción la mas brillante
que en las edades postreras

será el honor de este suelo
y gloria de nuestra Iberia.
En el campo que se nombra
de *Perdriel*, por una hacienda,
cuyo dueño así apellida,
y desde hoy por excelencia;
en este sitio y lugar
que con corta diferencia
dista de la capital
poco mas de cuatro leguas,
algunas gentes armadas
de fusil y bayoneta
con dos tristes cañoncitos,
sin avantren ni cureñas
se iban juntando sin orden,
sin guardias ni centinelas,
para unirse con el cuerpo
de tropas que ya se espera.
El General Beresford
que esto sabe con certeza,
el día menos pensado
de noche el viage acelera
con tren de volantes fraguas,
y sobre toda esta fuerza
quinientos de sus soldados
con sus sables y escopetas.
Los nuestros que descuidados
dormían á rienda suelta,
reciben secreto aviso
que el inglés armado llega.

Al punto el caso consultan,
entre ellos lo conferencian:
Los Blandengues se retiran
en orden y con prudencia,
porque aún no están en estado
de empeñarse con violencia
en acción tan peligrosa,
inútil y tan expuesta
á la derrota total
de nuestras pequeñas fuerzas,
y este era el prudente medio
que allí tomar se debiera.
Pero, ¡oh valor español!
superior á cuanto pueda
referirse en las historias,
fábulas, romances y poemas!
Cuarenta y nueve resuelven
mantenerse en la palestra,
y sostener el ataque
de toda la gente inglesa.
Dijeron, y luego al punto
se preparan á la guerra.
¡Viva España! dicen todos,
y muera la Inglaterra.
Rómpese el fuego, y el campo
un Vesuvio representa,
los tiros de artillería
por todas partes resuenan.
Aquí el bravo Pueyrredón
lleno de valor se arrostra,

y sin temor de la muerte
embiste, corre, atropella,
y un carro de municiones
hace generosa presa;
mátanle el brioso caballo,
pero con gran ligereza
en ancas de otro montado,
sin daño escapa ni ofensa.
Aquí otros dos Pueyrredones
y Orma con brío y destreza
por el Rey y por la patria
dan las mas gloriosas muestras.
Aquí Don Martín Rodríguez
con heroica gentileza
y su primo Don Juan Pablo
constantemente pelean.
Aquí Don Antonio Tejo
su intrepidez manifiesta
con el brío con que embiste,
y ataca la gente inglesa.
Aquí el intrépido Ansoategui
con otros de igual braveza,
su fé, valor y constancia
claramente manifiestan.
Aquí, finalmente todos
como unos héroes pelean;
nadie muere, y se retiran
con orden y gentileza,
dejando en el campo algunos
muertos de la gente inglesa,

TERCERA PARTE

En San Isidro las tropas
sufren tempestad deshecha,
la que á beneficio nuestro
dirige la Providencia.
Allí á nuestro General
noticia le dan secreta,
que Guillermo Beresford
con trenes y soldadesca
de la ciudad ha salido,
y que viene en busca nuestra.
Tócase al arma al instante,
fórmanse todos en guerra,
y lloviéndoles encima
sin reparos, ni defensa,
valientes, como sufridos,
la noche pasan entera.
Algún tanto reparados
de borrasca tan severa
marchan los héroes invictos
y á la Chacarita llegan,
en donde son obsequiados
con gusto, amor y franqueza;
todas las gentes á gritos
los aclaman y vocean;
todos ofrecen sus bienes,
su pan, su vino y pobreza:
tan disgustados estaban

con la autoridad inglesa.
Los Blandengues de á caballo,
soldados de la frontera,
en número bien crecido
al ejército se agregan
con innumerable gente
que de todas partes llegan
de valor y patriotismo
honor y religión llenas.
En esa misma mañana,
horas de las diez y media,
á un puesto importante arriban,
de la ciudad media legua;
y es una grande llanura,
que de una posesión vieja
corrales de Miserere
se denomina en la tierra.
Desde aquí el General
á su ayudante le ordena
lleve un oficio al Inglés,
en que le intima con fuerza
desampare la ciudad
con brevedad y presteza,
si experimentar no quiere
los rigores de la guerra;
que solos quince minutos
permite para respuesta.
Detenido el ayudante
la comitiva y trompeta
al acampamento nuestro

en breve tiempo regresa.
Segunda vez nuestro jefe
manda á su ayudante vuelva
con la última intimación;
que si detenerlo intenta,
no volverá otra vez
á usar esta diligencia,
estandose á las resultas
de los derechos de guerra.
Entonces vino el britano
sagaz disculparse intenta,
y que á defenderse siempre
está pronto, le contesta.
Recibido ya este oficio
nuestro General ordena
que al parque de artillería
(que el título y nombre lleva,
del Retiro) se dirija
el avance y gente nuestra.
Los intrépidos Miñones
con la gente granadera
á este interesante punto
se encaminan, corren, vuelan,
con dos preñados obuses
que á su frente armados llevan.
Todo el ejército sigue
y aquel camino atraviesa,
que es sumamente molesto
y andar aún se puede apenas.
Es innumerable el pueblo

que aquí se junta y congrega;
los cañones van volando
en brazos de gente nuestra,
quien su valor manifiesta
y su militar pericia
en lo que manda y ordena.
A su lado le acompaña
un joven de ilustres prendas,
don Victorio de Garcia
y Zuñiga, que se empeña
en servir con prontitud
las municiones de guerra.
A estos, por la misma calle,
siguen con igual braveza
el teniente de navío
don Juan Angel Michelena
y don Cándido Lasala
con la marina de guerra.
Por la calle de las torres
con heroica fortaleza
el intrépido Murguiondo
el pecho al fuego presenta
con un cañón de á dieciocho,
hijo de la Parca fiera,
y un obus de á treinta y seis
que diestramente maneja.
Por otras calles entraron
con invicta fortaleza
el generoso Mordell
con su marina francesa,

los fuertes Malvin y Elluri
y el valiente Chopitea,
los insignes partidarios
Nuñez, Vivas y Valencia,
los Alvarez de Bragaña,
los Pueyrredones y Arenas,
Mendez, Ferrer, Somellera,
Fontín, Irigoyen, Pasos,
Viamont, Zamudio y Correa,
Córdoba, Toledo, Ruiz,
Miranda, Cos é Iglesia;
ya no alcanzan los fusiles,
sables, pistolas, ballestas;
todos claman en voz alta:
¡Viva España; el inglés muera!
Avanzan por fin los nuestros
al parque que dicho queda,
como furiosos leones
que temen perder la presa.
Avanzan con gallardía,
sin que nada estorbar pueda
de su intrépido valor
la invencible ardiente fuerza.
Hieren, matan, acuchillan,
y en breves momentos queda
por nuestro el parque y su plaza
con las calles que le cercan.
A golpe tan impensado
se asusta el Inglés, se altera,
y con cuatrocientos hombres,

y tren volante que lleva
hácia el Retiro se avanza
con ardor y ligereza.
Pero el valiente Agustini
con frescura los espera
y con su obus á metralla
con tal primor tirotea,
que los ingleses huyendo
corren á carrera abierta,
quedando muertos algunos
aun en la misma carrera.
Si á este tiempo el General
el último avance ordena,
el fuerte, plaza y ciudad
toman ya sin resistencia,
porque el inglés fugitivo
sólo en escaparse piensa;
pero la noche iba entrando,
y exigía la prudencia
no exponerse á una emboscada
de las que admite la guerra,
ó por no dañar al pueblo
que ignoraba esta sorpresa.
Luego que el fuego suspende
y la gente se sosiega
el pabellón español
se enarbola y la bandera,
con gritos y aclamaciones
de toda la gente nuestra.
¡Viva el Rey! dicen los unos;

otros: ¡muera Inglaterra!
El dia once siguiente
guerrillas bravas comienzan:
los valientes catalanes
y las gentes que se agregan,
persiguen á los ingleses
con tal valor y destreza
que en aquel entero dia
y mañana del que empieza,
acabaron con las guardias,
soldados y centinelas
que ocupaban las entradas
de la grande plaza nuestra.
Empeñada así la acción,
socorro que los sostenga
suplican á nuestro Jefe,
y éste en situación tan bella
entra con toda la gente
más que en marcha, de carrera,
y todos á grandes voces,
su entusiasmo manifiestan.
Avanzan por ocho calles
que son otras tantas guerras,
pues estaban defendidas
con cañón y soldadesca.
Los ingleses á montones
ocupan las azoteas,
torres, ventanas, balcones,
y desde allí tirotean
con la singular ventaja

de que nadie los ofenda,
Pero nuestros españoles
cada uno parece un César;
rompen por entre las balas,
por entre el fuego atropellan.
¿No habeis leido que el Vesubio,
no habeis oído que el Etna
embravecido á las veces
contra las nubes se altera,
y que erupciones terribles
arroja de azufre y piedras,
que el espanto y el horror
á larga distancia llevan?
Así, pues, en este día
la implacable parca horrenda
de las fraguas de Vulcano
rayos despide y centellas,
que la muerte á todas partes
con horrible aspecto llevan.
El valiente General
que en su compañía lleva
al Coronel de Pinedo,
con denuedo marcial entra
por la calle de Mercedes,
en donde una bala austera
por el faldón del vestido
y demás ropa atraviesa
dejando libre aquel cuerpo
que el señor de cielo y tierra
defiende por su piedad,

religión y fé sincera.
No se oye otra voz á todos
que la brava cantinela:
avancen; fuego y á ellos:
¡viva España; el inglés muera!
Por la calle de Cabildo
el jefe segundo entra
don Juan Gutierrez de Concha,
con otros varios sujetos
de tanto valor y fuerza
que á su vista desparece
lo que las historias cuentan
de los Hectores de Troya
y los Aquiles de Grecia;
El valiente Agustin Sousa,
capitan de raras prendas,
hizo brillar su valor,
su lealtad y gentileza
de que dió las más cabales
y las más brillantes pruebas;
una bala de fusil
que silvando viene fiera
corre, y por la misma boca
de su carabina cuela,
inutilizando el arma
que dignamente maneja.
Pero el brioso Sousa entonces
arroja el arma por tierra
y otra más segura toma
que le dá la Providencia.

A estos héroes generosos
una amazona se agrega
que oculta en varonil traje
triunfa de la gente inglesa:
Manuela tiene por nombre
por pátria: tucumanesa.
Aquí un prodigio admirable
una maravilla resta
que referir sin segunda
en las historias de guerra.
Innumerables muchachos
en medio del fuego entran,
ellos arrastran cañones,
y cartuchos acarrean;
ellos rompen su ropita
para tacos, y vocean:
¡viva España y Cárlos cuarto,
y muera la Inglaterra!
Muerto un artillero nuestro,
un niño toma la mecha
y prende fuego al cañón
con valor y fortaleza.
Al fogonazo que ven
de la artillería inglesa,
con vivacidad pueril
se arrojan todos por tierra,
repitiendo muchas veces
esta misma diligencia
con tanta felicidad,
con tal primor y destreza

que ninguno pereció
nadie hubo que herido fuera,
en lo que alabar debemos
la Divina Providencia.
Mas de dos horas duró
el combate y dura guerra,
sin que ventaja se note
para España ó Inglaterra.
Todos embisten con furia;
todos matan y pelean;
nadie cede, nadie huye,
cada uno vencer intenta.
En la fuerza del combate
y vigor de la pelea
un duro plomo incendiado
que despide una arma inglesa,
se dirige á Pueyrredón,
su noble pecho atraviesa,
y de su caballo al pie
cae tendido por tierra,
víctima de nuestra pátria,
y lealtad la más sincera.
Otra bala de metralla
atrevida rompe y quiebra
del generoso Fantín
en el combate una pierna,
de cuyo adverso fracaso
la horrorosa Parca fiera
los laureles le arrebata
que su valor mereciera.

El fuerte Alvarez Bragaña,
de inmortal gloria y braveza,
cuando más fogoso avanza,
cuando mas vivo pelea,
es herido de cruel plomo
desde un alto ó azotea
que le abre sangrienta herida
y le hace astillas la pierna,
de cuyo lance fatal
el alma á su Dios entrega
dejando en su patriotismo
religión y fé sincera
ejemplo de imitación
y á su familia nobleza.
El valiente castellano
por nombre Tomás Valencia
entra con brio al combate
con valor y gentileza,
sin que le amedrente el fuego
ni le asusten bayonetas:
embiste, avanza sin miedo,
los peligros atropella;
pero cuando mas fogoso
persigue la gente inglesa,
un rayo volante viene,
le hiere y rompe una pierna,
y de su resulta pasa
para la celeste esfera,
dejando de su lealtad
y valor la mejor prueba.

Otros varios esforzados
dignos de memoria eterna
por la religión y el Rey
en esta sangrienta guerra
gloriosamente murieron,
para reinar en la esfera
con coronas de laureles
en azul campo de estrellas.
Pero entretanto indecisa
y dudosa la acción queda,
hasta que el famoso Chain,
lleno de ardor y braveza,
resuelve avanzar con brío
hasta la real fortaleza,
si la tropa de marina
guarda su espalda en reserva:
se le asegura este auxilio,
y entonces con ligereza
hasta la gran plaza avanza,
donde Balbín se le agrega.
Embisten con valentía
con su gente brava y fiera.
Ya se acobarda el inglés,
ya desmaya, ya flaquea,
ya vuelve la espalda y huye
á ganar la fortaleza.
Nuestra gente los persigue
llena de ardor y braveza,
y entonces pone su jefe
parlamentaria bandera;

pero nuestro General
por su ayudante le ordena,
que se rinda á discreción
de la Española franqueza,
si experimentar no quiere
todo el rigor de la guerra.
En lance tan apurado
y situación tan estrecha
el pabellón español
enarbola á vista nuestra.
¡Oh soberano Señor,
Magestad de cielo y tierra,
que labio podrá explicar,
ni qué brillante elocuencia,
los gritos y aclamaciones
al ver tan gloriosa seña!
Unos se explican con voces,
otros con lágrimas tiernas.
Ya se dan los parabienes
del éxito de la empresa;
se abrazan sin conocerse
las gentes de gozo llenas.
Las campanas todas juntas
de conventos y de iglesias
en repiques muy alegres
la ilustre victoria expresan.
Todos alaban á Dios
y á la Vírgen madre nuestra,
al verse ya libres de
la dominación inglesa,

mucho más considerando,
por circunstancias muy ciertas,
que ha sido favor del cielo
una gloria tan completa;
por la cual debemos todos
con devoción la más tierna
tributar á Dios las gracias
con alabanzas eternas.
El brillante ilustre cuerpo
que de la Unión nombre lleva,
(cuyos comandantes son
los fuertes á toda prueba
don Felipe Sentenach
y don José Forneguera,
y su sargento mayor
el don Tomás de Valencia)
es el primero que logra
enarbolar su bandera
en la gran plaza que estaba
de ingleses toda cubierta,
abriéndose con la espada
cañones y ballonetas
por entre el fuego y las balas
camino y segura senda
al templo de inmortal gloria
que su valor les presenta.
Y vos, oh! gran Cárlos Cuarto,
dueño y señor de esta tierra,
recibid los corazones
que con amor os presentan

estos humildes vasallos
que tan distante os veneran.
No queremos otro Rey,
más corona que la vuestra.
Viva España en nuestros pechos;
nuestra lealtad nunca muera.
Y vos, ilustre Ciudad,
ciudad fiel á toda prueba,
recibid los parabienes,
de todos la enhorabuena.
Pide al Señor que gloriosa
felicidad os conceda,
y que la paz y concordia
sea en vuestro suelo eterna.
Finalmente, ¡oh compatriotas,
sombra de gloria perpetua,
cuya lealtad y valor
no sabe explicar mi lengua,
dignos de mejor elogio
y de más alta elocuencia,
recibid de nuestro afecto
y gratitud más sincera
lo voluntad que os consagra
quien os ama y os desea
por los siglos de los siglos
La felicidad eterna

LA GLORIOSA DEFENSA *

DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, CAPITAL DEL VIRREYNATO DEL RÍO DE LA PLATA: VERIFICADA DEL 2 AL 5 DE JULIO DE 1807. BREVEMENTE DELINEADA EN VERSO SUELTO, CON NOTAS: POR UN FIEL VASALLO DE S. M. Y AMANTE DE LA PATRIA. (1)

PRIMERA PARTE

Beatísima Trinidad
Dios soberano y eterno,
abismo de perfecciones,
infinito, sabio, inmenso,
fuente de todas las gracias
y de todo don perfecto:
purificad mis potencias,
inflamad mi ronco pecho,
para que al son de mi lira
y mal templado instrumento
cantar pueda con verdad,
con entusiasmo y acierto,
la más ilustre victoria,
gloria y triunfo el más completo
que las armas españolas

* En la dedicatoria á Liniers dice el Dr. Rivarola lo siguiente :—«Cuando tengo el honor de dedicar á U. S. la relación de la singular victoria que las armas españolas consiguieron de las británicas bajo su mando y dirección, no aspiro á buscar Mecenas que la protejan, ni menos á ofrecer vulgares y lisonjeros inciensos, que abomino, sino solamente á dar un público testimonio del amor y reconocimiento á U. S. por haberle Dios escogido para la salud y conservación de esta capital».

(1) Impreso No 3873 de la B. N.

por su valor consiguieron
del orgulloso bretón
en americano suelo.
Es el caso que el inglés,
de furor y rabia lleno,
por haberle despojado
con vergonzoso desprecio
de la posesión que obtuvo
de la ciudad mes y medio,
intenta con nuevas fuerzas,
mañas y ardides secretos,
atacar la capital,
seguramente creyendo
que el ejército español
del vecindario compuesto,
al ver sus lucidas tropas,
trenes, caballos y fuego,
se rendiría al instante,
de pavor y susto lleno.
En sus públicos papeles
que correr hacen impresos,
estampan abiertamente,
de su valor satisfechos,
que cada soldado suyo
necesita cuatro nuestros.
Ellos cantan la victoria,
y reparten los empleos
aun antes de presentarse
al combate y tiroteos.
Con esta satisfacción,

hija de su orgullo fiero
parten para Buenos Aires
desde su Montevideo.
El día 26 de Junio,
(que Viernes era, por cierto,
de mil ochocientos siete)
desde los Quilmes se vieron
sobre más de ochenta velas,
y que se acercan al puerto.
El día veintiocho comienzan
su desembarco muy presto,
y lo verifican todos
sin oposición ni miedo:
pues fuera inútil trabajo
querer estorbar su intento.
Nuestro invicto General
que sabía por momentos
del enemigo invasor
los pasos y movimientos,
tocar alarma dispone,
y el bélico parche horrendo
anuncia la generala
con su clamoroso estruendo
por las calles y las plazas
del fiel generoso pueblo.
Corren todos á las armas,
jóvenes, niños y viejos,
llenos de marcial ardor,
de espíritu militar llenos.
¡Que gritos y aclamaciones

por todas partes se oyeron!
¡Viva España! dicen unos;
otros: ¡viva el Jefe nuestro!
Las calles iluminadas
presentan alegre aspecto
y destierran de la noche
el triste color funesto.
Nadie duerme, todos velan,
y en tan peligroso aprieto
la tardanza les aflije,
les apura y causa tedio.
Entre tanto las familias
con el prudente recelo
de experimentar desgracias
entre las balas y el fuego,
ó de sufrir del britano
de sus bienes el saqueo,
en coches, calesas, carros,
de la ciudad van saliendo
á quintas, chacras, estancias,
villas, lugares y pueblos,
llevando sus intereses
alhajas, ropa y dinero,
sufriendo incomodidades,
trabajo y gastos inmensos.
El ejército anglicano
que ya en tierra estaba puesto,
su marcha pronto dirige
á fin de lograr su intento
por entre horribles pantanos

é intransitables senderos,
sin embargo de traer
para su marcha y gobierno
prácticos los más insignes
y baqueanos los más diestros.
Dos cañones de á diez y ocho
en un bañado perdieron,
(caso que de nuestra dicha
fué presagio nada incierto)
Nuestras tropas ordenadas
en batalla, con denuedo
presurosas corren, vuelan,
del anglicano al encuentro.
Innumerables muchachos
marchan en su seguimiento,
y en repetidos clamores
¡viva España! van diciendo.
Llegan al puente de Galvez,
y todo en órden dispuesto,
trenes, cañones, obuses,
trincheras y parapetos,
al enemigo impacientes
esperan ya por momentos,
brotando llamas de brío
de sus generosos pechos.
Los bretones muy astutos
y en arte de fingir maestros
aparentan que hacia el frente
dirigen su rumbo cierto,
cuando por otros caminos,

rumbos y ocultos senderos,
al país se van internando
para avanzar luego al pueblo.
Nuestros húsares valientes
el rumbo les van siguiendo,
sin perderles de su vista
en su marcha y movimientos,
y de paso, escaramuzas
muy gloriosas van haciendo.
Ya les quitan las ovejas,
que traen para su alimento,
ya en sutiles emboscadas
sorprenden á algunos de ellos,
y ya en sus mismos fogones,
sus tiendas y acampamentos
matan algunos ingleses,
sirviéndose de sus fuegos
en la tenebrosa noche
de farol y rumbo cierto.
Los anglicanos caminan
con ligereza de ciervos,
sin que arroyos ni pantanos
les sirvan de impedimento:
Nuestro ejército los sigue
más que de paso, corriendo,
por horribles lodazales,
por quintas, zanjas y cercos,
metidos dentro del agua
á veces á medio cuerpo,
siendo algunos oficiales

los primeros al ejemplo.
Por dos veces al inglés
el bravo General nuestro
campal batalla presenta
y le ofrece cuerpo á cuerpo.
Pero, sagaz el bretón
huye este fogozo encuentro,
siendo su fin avanzar
cada vez más hacia dentro
y unirse, si acaso puede
con su retaguardia y centro.
Cansados de tanto andar
y muy rendidos los nuestros,
pues no están acostumbrados
á semejantes paseos,
no admiten ya más espera,
más vueltas, ni más rodeos,
y ordenados en batalla
comienzan un vivo fuego,
al que el inglés corresponde
con braveza y ardimiento.
Resuena todo aquel campo
con el pavoroso estruendo
de los preñados cañones
que globos de vivo fuego
despiden por todas partes
como furias del Averno.
La cruel implacable Parca
con su rostro horrible y fiero
de uno al otro campo vuela

su cruel guadaña esgrimiendo.
Al fin el inglés, dejando
en el campo muchos muertos,
del combate se separa
en retirada batiendo,
por no empeñarse en acción
hasta su oportuno tiempo.
En esta corta refriega
el efecto fué sangriento,
pues trescientos y algo más
de los ingleses cayeron,
siendo menos, sin disputa,
los nuestros que perecieron,
entre los cuales lloramos
á un capitan de artilleros
llamado Joaquin Zorrilla,
de honor y valor ejemplo.
Sin embargo, el orgulloso
bretón, general soberbio,
una intimación despacha
al invicto Jefe nuestro,
que la ciudad se le entregue,
y de su parte ofreciendo
salvar las vidas y haciendas
y los augustos misterios
de la religión sagrada,
que por nuestra dicha creemos.
Mas, el coronel Elío
á quien este parlamento
se dirige por ausencia

del señor general nuestro,
contesta con energía
firmeza y valor diciendo
no se oiría proposición
que sonase á rendimiento;
y que hallandose con tropas
llenas de ardor y deseos
de sacrificar sus vidas
por su Rey, y patrio suelo,
era llegada la hora
de manifestar su celo.
Toda nuestra gente estaba
ya rendida y sin aliento,
de tanta forzada marcha
de aquel dia todo entero,
por tan pesados caminos,
y sin probar alimentos:
cuando la noche llegó,
y con su horroroso velo
de oscuras tinieblas puso
á todas cosas silencio.
¡Que situación tan funesta
pudo ser para este pueblo
la dispersión de esta noche,
si la protección del cielo
que tan manifiesta ha sido
no estuviera en favor nuestro!
Nuestras tropas desunidas,
nuestros soldados dispersos,
á la mañana siguiente

del cansancio algo repuestos,
en la gran plaza se juntan
y se reunen á sus cuerpos,
con nuevo valor y brio,
nueva fuerza y nuevo aliento,
todos prontos á pelear
todos á morir dispuestos.
Los ingleses, el dia tres
del mes de Julio por cierto,
comienzan con crueldad
el más horrible saqueo
de los barrios extraviados,
casas, personas, y templos,
matando con ceguedad
niños, mujeres y viejos,
sin perdonar ¡cosa horrible!
aun á los mismos enfermos.
Es incalculable el daño
que en cuatro dias hicieron;
las alhajas de valor,
ricos muebles que rompieron,
las vajillas de oro y plata
y muchísimo dinero
que saquearon y llevaron
de las casas y los templos.
Pero lo más execrable,
lo mas horrible y mas feo
es la sacrílega furia,
el horrendo atrevimiento
de profanar lo sagrado

de nuestros augustos templos.
Ellos rompen los sagrarios,
y con infernal veneno
sacan los vasos sagrados,
sin religión ni respeto.
Las imágenes ultrajan
y llevan los ornamentos;
aprisionan los ministros
del Señor, y algunos muertos,
de suerte que desatadas
parece que del infierno
todas las furias estaban
en estos dias funestos.
No se puede ponderar
con expresiones ni acentos
los trabajos y fatigas,
los clamores y lamentos
de tantas pobres familias
que vagando sin sustento
y desnudas, con sus hijos
van del enemigo huyendo,
por entre espinas y lodo,
por entre zanjas y cercos,
perdidos todos sus bienes,
ropas, muebles y dinero.
Si los bárbaros del Norte,
ó los más feroces negros;
si los turcos ó los moros,
si los indios más sangrientos;
al fin, si los hotentotes

más salvages y más fieros
asi cometido hubiesen
atentados tan horrendos,
delitos tan execrables,
y tan criminales hechos,
nada habría que admirar
de naciones tan incultas,
de tan ignorantes pueblos.
Pero que gente ilustrada,
nación culto, sabio reino,
que en sus papeles anuncia
hacer felices los pueblos,
tales horrores practique,
cometa tales excesos
á la faz de todo el mundo,
á vista del orbe entero,
¿que resta si no que todos
á voz en cuello gritemos
que son afrenta del hombre,
el horror del universo,
y de todos para siempre
la execración y el desprecio?
Su descantado valor,
que hacen correr en impresos,
sólo se ha manifestado
en matar los indefensos,
en perseguir las mujeres,
niños, enfermos y viejos.
Pero, ¡oh virtud española!
¡oh glorioso blasón nuestro!

que sin embargo de tantos
enormes delitos feos,
no se venga en los culpados
cuando viles se rendieron,
pudiendo haber derramado
la sangre de todos ellos,
segun que por sus horrores
y crueldad lo merecieron.
Detén ahora, musa mia,
detén tu carrera ó vuelo,
y á tantas atrocidades
arroja un oscuro velo,
que la humanidad se ofende
al escuchar los excesos,
las vilezas y crueldades
de estos famosos isleños;
mientras prosigo cantando
de nuestra esforzada gente
los militares progresos.
En los dias tres y cuatro
de Julio que dicho llevo,
guerrillas hubo muy bravas,
y en las que siempre los nuestros
grandes ventajan llevaron,
aunque no faltaron muertos.
En una de estas el bravo,
el valiente cabo Orencio,
cuando más fuerte pelea,
cuando hace más vivo fuego,
de una bala de metralla

que despide el cañón fiero
es herido, y una pierna
rompida del duro fierro
colgando queda; mas él,
de honor y valor ardiendo,
corta con su propia mano
y con su brillante acero
su misma pierna, y caido
sangrándose en el suelo,
con marcial ardor exclama:
nada es, nada compañeros;
Defender la patria importa,
defenderla hasta el extremo.

SEGUNDA PARTE

Llegó el dia cinco de Julio,
que domingo fué por cierto,
y á las seis de la mañana
el Britano rompe el fuego,
despidiendo muchas balas
de la ciudad hacia adentro,
y al punto en varias columnas,
en varios trozos y cuerpos
su ejército numeroso
se va encaminando al pueblo
para atacarle por varias
calles y puntos diversos.
Que lucidamente marchan
al son de sus instrumentos,

con la gran satisfacción
de que el ejército nuestro
al ver su brillante tropa,
de susto pavor, y miedo
ó las armas rendirá,
ó quedará sin aliento!
El ejército español
del vecindario compuesto,
ha ocupado los balcones,
azoteas y otros puestos,
bien surtidos de cartuchos
granadas, frascos de fuego.
La grande plaza mayor
y cuartel general nuestro,
por sus ocho rectas calles
en que se divide el pueblo,
fosos y grandes cañones
tenía de calibre grueso
con sobradas municiones
y dotación de artilleros.
En ella los generales
y el Ilustre Ayuntamiento
daban sus disposiciones
y recibian parlamentos.
Allí el Señor don Martín
de Alzaga, alcalde primero,
alienta y anima á todos
con su voz, y con su ejemplo,
poniendo el cuerpo á las balas,
con valor y con denuedo.

Por las calles de la plaza
del Retiro, en cuyo centro
está la plaza de toros
y en uno de sus extremos
el parque de artillería
con el cuartel de artilleros,
entraron por todas ellas
como dos mil y quinientos
de la mejor tropa inglesa
escogida á este efecto.
De los nuestros solo habia
por todos como seiscientos,
á saber: de real marina
cincuenta, sobre trescientos;
de los patricios, ochenta;
peones, criados y artilleros
treinta y ocho sobre ciento;
y del tercio de Galicia
con treinta y dos granaderos
con su bravo capitan
gloria y honor de su cuerpo,
don Jacobo Adrián Varela,
á cuyo valiente esfuerzo
constancia y disposición
se debió morir los menos.
Mandaba en jefe este sitio
el capitán de navío
de honor y conocimiento
don Juan Gutierrez de Concha,
quien de la plaza en el centro

con los demas oficiales
de la real marina y cuerpo
daba sus disposiciones
y ordenaba sus preceptos.
Comienza el duro combate,
por ambas partes el fuego;
parece que aquella plaza
se ha convertido en infierno.
Caen ingleses á montones,
al duro impulso violento
de los cañones y obuses
de mayor calibre grueso
y de la fusilería
que con indecible empeño
manejan más de tres horas
los bravos soldados nuestros,
dejando en tierra tendidos
ingleses como seiscientos.
Empeñados los britanos
en dominar aquel puesto
por entre balas embisten
y avanzan sobre los muertos
como tropas escogidas,
soldados de línea electos.
Mueren tambien en la acción
de los voluntarios nuestros
y de la marina real
como cosa de doscientos.
Pero cuando más fogosos
de ardor y coraje llenos

unos y otros se disputan
el valor, el honor y el puesto,
se nota con gran dolor
y con grande sentimiento
que los cartuchos se acaban:
no hay como seguir el fuego
y que no hay modo ni arbitrio.
que pueda ser de remedio.
Concluidas las municiones,
perdimos con sentimiento
un cañon de á diez y ocho,
que el inglés tomó al momento,
y con el sin detenerse,
á batir comienza luego
la grande plaza de toros,
en cuyo recinto y centro
unidos nuestros soldados
seguian su tiroteo.
En este duro conflicto,
en este bárbaro aprieto,
no queda que discurrir
ni más se ofrece otro medio,
que entregarse al enemigo
ó hacer el mayor empeño
para retirarse en orden,
sin dejar de hacerles fuego,
y de esta suerte salvar
de nuestras tropas el resto,
para con ellas cubrir
otros importantes puestos.

Esta determinación
tomó el valiente gallego
don Jacobo Adrián Varela,
y á todos la anuncia luego,
para que le sigan pronto
los que aprueben su proyecto
Le siguen unos sesenta
en retirada saliendo
del Retiro y sus contornos
por entre balas y fuego,
llevándose la gran gloria
de salvar aquellos restos,
que permaneciendo allí
perecerían sin remedio.
En esta brillante acción
digna de elogio perpetuo,
algunas desgracias hubo
que evitar no se pudieron,
pues cada paso que daban
era un peligro, era un riesgo,
por las muchas emboscadas
de los cnemigos fieros
en las quintas escondidos,
en las casas y en los huertos.
Aquí á don Juan de Calvo
del bizarro ilustre cuerpo
de Galicia, un duro plomo
le atraviesa y deja muerto,
para gloria de su patria
y para honor de su reino;

tres más, gravemente heridos,
hubo de los granaderos;
los démas todos salvaron
las vidas por un portento.
No es posible aqui omitir
el vivo valiente esfuerzo
de don Andrés de Dominguez,
teniente de granaderos
de Galicia, quien al punto
que observó que el cañón nuestro
no hace fuego, matar manda
al oficial artillero,
acción cobarde ó traición
justamente en él temiendo,
quien por fortuna escapó
prontamente respondiendo
que por falta de cartuchos
no continuaba su fuego.
Este valiente oficial
notando esta falta luego
á pasar á la ciudad
se resuelve sin recelo
en busca de municiones,
por entre balas y fuego.
Lo ejecuta con valor,
de honor y coraje lleno:
pero no puede llegar
porque cayó prisionero.
Don Juan Manuel de Pereyra,
joven esforzado y bello,

granadero de Galicia
y natural de este suelo,
dos balazos recibió
en el muslo y en el pecho,
de cuyas graves heridas
murió, dejando el consuelo
de su gran resignación
y cristianos sentimientos.
A sus padres que afligidos
le lloraban ya por muerto,
les dice que no le lloren,
que no formen sentimiento,
pues si mil vidas tuviera
las daría muy contento,
por la defensa gloriosa
de la religión y el pueblo.
Los oficiales que estaban
de la gran plaza en el centro,
defendidos de sus muros,
de sus paredes cubiertos,
viéndose ya rodeados
del enemigo y sus fuegos,
que era imposible escapar
claramente conocieron.
Sin embargo, en tal peligro,
rompen por aquel incendio
de balas y de metralla,
que el aire inundan, y el suelo.
Pero ¡oh desgracia! al salir
don José Rivas fué muerto,

Lazala y Correa heridos,
Ibarra y Villavicencio,
con cinco oficiales más,
de otros diferentes cuerpos.
Don Juan Gutierrez de Concha,
que comandaba aquel puesto,
con todos sus oficiales
del inglés son prisioneros
salvando sus vidas cuando
ya se contaban por muertos.
Del ejército anglicano
por la calle del Correo
una columna va entrando
que era como de ochocientos,
con cañón y municiones
y avance muy bien dispuesto,
cuando de improviso, unidos
rompen los nuestros el fuego
con tal viveza y tal brio,
con tal braveza y denuedo,
que en un espacio muy corto
y limitados momentos
destrozaron la columna,
la formación deshicieron,
quedando toda la calle
sembrada de muchos muertos.
Un resto de la columna
que de este lance funesto
escapó, se fortalece,
llena de susto y de miedo,

en una casa vecina,
número como doscientos.
Pero el cuerpo de Patricios
los avanza con denuedo,
y después de un largo rato
de combate y tiroteo,
se rinden á discreción
quedando allí muchos muertos,
en cuya brillante acción
en valor se distinguieron
el comandante Saavedra,
Viamont, mayor de su cuerpo,
y su ayudante Diaz Velez
con Aguirre, don Juan Pedro.
Otra columna de ingleses
dirige su rumbo cierto
á la puerta falsa de
el religioso convento
de Santo Domingo y rompe
con el incendiado hierro
las puertas y los cerrojos
que le impiden ir adentro.
Atraviesan los corrales,
claustros, celdas y aposentos
como furias infernales
que ha vomitado el infierno.
Se apoderan de la torre,
de la sacristia y templo;
profanan lo más sagrado,
sin religión ni respeto,

y á los pobres religiosos
los afligen en extremo,
hasta la última bajeza
de herir con su vil acero
á un humilde religioso
que hacía de campanero.
Saquean todas las celdas,
la vileza cometiendo,
de derramarles el agua
que tienen para el sustento,
rompiéndoles las vasijas.
¡Que brutalidad de isleños!
El teniente Somavilla,
digno del mayor aprecio
por su valor y piedad,
por su religioso celo,
con la mayor entereza
y sin conocer el miedo
á sus soldados exhorta
con su palabra y ejemplo
á morir en la batalla
por la religión y el reino.
Pero cuando más activo
dispone y ordena el fuego
una bala de fusil
hiere y penetra su pecho
y á pocos instantes cae
á vista de todos muerto.
Pero despues es herido
su fuerte y bravo sargento

Juan de Baranda, exhortando
á sus nobles compañeros,
de los cuales hubo algunos
heridos, y algunos muertos.
Desde el castillo del Fuerte
á la torre se hace fuego
con éxito tan feliz,
con tanto pulso y acierto
que tiembla el vasto edificio
al golpe del duro hierro.
Los ingleses asustados
y penetrados de miedo
bandera parlamentaria
ponen en el mismo templo.
El teniente de navio
Unquera va al parlamento,
y cuando menos lo piensa
de un balazo queda muerto,
con universal dolor
y general sentimiento
de todos los que conocen
la lealtad, valor y celo
de este valiente oficial,
cuyo honor será perpetuo
en el clarín de la fama
y en los fastos de este pueblo.
A nuestro ayudante Pasos
le sucede poco menos,
cuando retrocede incauto
de distinto parlamento.

El general, irritado
de tales procedimientos,
á don Bernardo Pampillo
capitán de los gallegos,
envía, que les intime
á los bretones protervos
que se rindan sin demora,
ó que se arruinará el templo,
y que serán sepultados
en sus cenizas y fuego,
y que no se les concede
para resolver mas tiempo
que el de un minuto preciso,
sin esperar más momento.
Crawfurd pide un cuarto de hora,
y Pampillo grave y serio,
repite: un solo minuto,
y no se admite otro medio.
Entonces Crawfurd confuso,
de temor y asombro lleno,
garantía de su vida
pide, y de sus compañeros.
Pampillo la ofrece á nombre
del suave General nuestro.
Crawfurd entrega su espada,
y aquel se la vuelve luego;
y los bretones rendidos
van desamparando el templo,
desarmados y confusos
de lo mismo que están viendo,

llevando en su rostro escritas
la vergüenza y el desprecio.
Entre ellos iba el vil Pack,
coronel del regimiento
setenta y uno nombrado,
cuyo borrón será eterno.
Este oficial que rendido
había sido en otro tiempo
y de nuestro pabellón
á su pesar prisionero,
bajo palabra de honor
religión y juramento,
gozaba de libertad,
de salvo-conducto y sueldo;
y olvidando tantos lazos
de religión y respeto,
con descaro sin igual,
para afrenta de su reino,
de su persona y nación
que escapó á Montevideo,
imitando la conducta
de su General Guillermo.
Después de acción tan horrible
y de proceder tan feo,
á la frente de sus tropas
empuña su vil acero
contra las armas de España,
para hacer por este medio
mas pública su deshonra
y mas notable su yerro.

Este hombre de tanto honor,
digno del mayor desprecio,
para consumar la obra
de su corazón protervo,
viene lleno de soberbia,
de furor y de engreimiento,
con la vana pretensión
de sojuzgar este pueblo
y rescatar las banderas
de su bravo regimiento
que nuestro piadoso jefe
con devoción y respeto
tenía ya consagradas
á la Reina de los Cielos,
como si hubiera poder
y fuerza en el universo
contra el poder de María,
señora del mundo entero.
Así el insolente Pack,
de su loco atrevimiento
pagó la debida pena,
su orgullo y cerviz rindiendo
en día votado á la Virgen
del Rosario, y en su templo,
de suerte que todos claman
en alta voz repitiendo:
la victoria es de María,
triunfo del Rosario es esto.
Las benditas religiosas
del ejemplar monasterio

de Catalinas, situado
de la ciudad á un extremo,
fueron también asaltadas
de los ingleses soberbios;
porque como era María
del Rosario en este encuentro
la madrina, y elegida
por el buen General nuestro,
quiso esta madre supiesen
sus hijos y sus conventos
la pena que merecía
por sus pecados el pueblo.
Serían las siete y media
de la mañana, algo menos,
y media hora, poco mas,
que el dulcísimo Cordero
todas recibido habían
en el dulce Sacramento;
cuando los fieros bretones
las puertas del santo templo
profanan á golpe de hachas,
su seguridad rompiendo,
causando á las pobres monjas
mucho susto aquel estruendo.
Entran por fin estos hombres,
de pavor ó furor ciegos,
y á un virtuoso sacerdote
que orando estaba á este tiempo,
le amenaza un oficial
con su pistola hacer fuego

al oído, y otro soldado
la bayoneta hacia el cuerpo
le pone á fin que les diga
la entrada que guía al techo
ó bóveda de la iglesia,
para dirigirse presto
á aquel lugar, y de allí
hacer á los nuestros fuego.
Informados que no hay paso
por afuera hacia los techos
rompen del comulgatorio
la puerta que va al convento:
por allí como leones
armados pasan adentro.
Considera, lector mío,
considera este momento.
¿Cual quedarían las monjas
con semejante suceso?
¿Cuál sería su confusión?
¿Cuál su susto? ¿Cuál su miedo
al ver semejantes hombres
sin religión ni respeto
entrarse por los desvanes
y lugares mas secretos
de aquel sagrado retiro
y santo recogimiento?
Vos solo sabeis, Señor,
la aflicción que padecieron
tus escogidas esposas
en tan grave y duro aprieto.

Pero como siempre velas
con particular esmero
en favor de ese rebaño
y virginal coro vuestro,
les preparaste un custodio,
un angel tutelar bello
que estorbase toda injuria
daño, violencia ó desprecio,
y que en su tribulación
les sirviese de consuelo.
Tal fué un soldado enemigo
que parece era sargento,
el cual, movido de Dios
(quizás cristiano en secreto)
de plantón y centinela
sufrió dos días enteros
para estorbar de los suyos
algún loco atrevimiento.
De los ingleses algunos
suben á la torre luego,
y comienzan desde allí
á tirotear y hacer fuego:
otros entran por las celdas,
dormitorios y aposentos.
de las pobres religiosas.
¡Qué inurbanidad! ¡Qué exceso!
Les saquean su pobreza,
ropa, mantas y el dinero
común, que era reservado
para el precioso sustento.

Las imágenes de Santos
y Jesu-Cristo rompieron
se llevaron las alhajas
preciosas del santo templo,
con algunas otras cosas
y sagrados ornamentos.
A repetidos balazos
de sus fusiles abrieron
el cuarto del capellán
y lo llevan prisionero,
habiéndole saqueado
su pobre ropa primero.
¿Qué dirá toda la Europa,
y qué dirá el mundo entero,
cuando estas cosas se escriban
y se sepan estos hechos
de los que se llaman cultos
sabios, finos y modestos?
En esta situación triste,
llenas de susto y de miedo,
las religiosas pasaron
sin comer dos días enteros,
implorando juntas todas
el alto favor del Cielo,
hasta que, algo recobradas
de los pasados sucesos
trataron de alimentar
sus mortificados cuerpos
con avecillas caseras
que tenían en el convento;

y luego, al siguiente día,
los tratados ya compuestos
desamparan los bretones
el devoto monasterio
y vuelven á su retiro
las esposas del Cordero.
Otro gran trozo de ingleses,
como cosa de doscientos,
detrás de Santo Domingo
se atrincheran ya, con miedo
de la invicta fortaleza
con que peleaban los nuestros.
Don Jacinto Adrian Varela,
capitán de granaderos
del tercio ya mencionado
de voluntarios gallegos,
que al frente intrépido marcha
de algunos soldados nuestros,
se adelanta sin temor,
á formar un parlamento,
y el falso bretón afirma
que á rendirse está dispuesto,
pero, que no á un oficial,
solo sí al General nuestro.
En esto, el mismo Varela
les pregunta con denuedo
si está cargado el cañón
que á su frente estaba puesto.
Ellos responden que no,
y aquel engaño temiendo

mete el sable y reconoce
que fué justo su recelo.
El inglés audaz, entonces,
viéndose al descubierto
hiere á Varela en un brazo,
y al punto manda hacer fuego,
de cuya acción resultaron
seis de nuestra gente muertos,
con el teniente Maderna,
que rubricó con su sangre
la fé y lealtad de su pecho.
Al ver acción tan indigna,
llenos de furor los nuestros,
sin reparar que son pocos,
atropellan como leones,
menospreciando los riesgos,
y á bayoneta calada
y, graneado tiroteo,
avanzan sobre el inglés
don Juan Terrada García,
teniente de granaderos,
don Juan Pablo Aguirre y otros,
que animados al ejemplo
de estos bravos oficiales,
pelean con increíble esfuerzo,
y á pocos instantes queda
de ingleses sembrado el suelo.
Pierden después el cañón,
con lo que, de puro miedo
rinden las armas, cobardes,

implorando el favor nuestro,
y aunque eran dignos de muerte,
se reciben prisioneros.
El buen don Pío de Gana,
comandante de arribeños,
persona de bellas prendas
y en arte de guerra diestro,
con su gente regresaba
de una guerrilla á este tiempo,
cuando una bala feroz,
desprendida del infierno,
el bajo vientre le abrasa,
le consume y al momento
á la muerte se dispone,
con mucha virtud y ejemplo,
expresando con sus voces,
en sus últimos acentos,
que moría con la pena,
el dolor: sentimiento
de no saber si quedaba
la plaza por el rey nuestro.

TERCERA PARTE

Una columna de ingleses,
cuyo número es incierto,
de San Miguel por la calle
entra atrevida y haciendo
de nuestras pequeñas fuerzas

burla, risa y menosprecio;
pero, en breve, á pesar suyo,
llora su errado concepto.
Una pequeña partida
de los voluntarios nuestros,
en número de veinticinco,
sin cañón, ni otro armamento
que sus fusiles y sables
y murallas de sus pechos,
se arrojan como leones,
de honor y valor ardiendo.
Aquí don Tomás de Sala,
capitán del noble cuerpo
de andaluces, sin temor,
en tan conocidos riesgos
á sus soldados ordena
y les manda: fuego, fuego.
Estos, que no aguardan más,
comienzan el tiroteo
con tanta felicidad,
con tanto pulso y acierto,
que en breve se vió sembrado
de ingleses el duro suelo.
Como cosa de hora y media
duró el combate sangriento,
sin que el número mayor
intimidase á los nuestros.
Aquí el esforzado Sar,
joven de honor, combatiendo,
de mortal rayo fué herido,

y su alma voló á los cielos,
coronada de laureles,
á recibir premio eterno.
Las bretones destrozados,
el escuadrón ya deshecho,
refugio buscan y amparo
de San Miguel en el templo;
pero aun allí los persiguen
y los apuran los nuestros.
Don José Antonio Pereyra,
capitán de los gallegos,
los estrecha por un lado,
y otros por el otro extremo,
en cuya consternación,
el inglés, de temor lleno,
bandera parlamentaria
pone á la puerta del templo.
Rendición se les intima,
y se rinden todos ellos
con armas y fornituras,
solo las vidas pidiendo.
Otro trozo de columna
que había avanzado hacia adentro
se apoderó de una casa,
de su azotea y su techo,
y, desde allí, tiroteaba
á los voluntarios nuestros,
cuyo número parece
que fué de noventa á ciento.
El coronel don Javier

de Elio que observa esto,
para remediar el daño,
manda á don José Rivero
del batallón de andaluces,
capitán de honor y esfuerzo,
que al britano desaloje
del lugar en que se ha puesto.
Marcha al punto este oficial
con veinte y ocho de su cuerpo,
Arribalzaga y Martínez,
oficiales de honor llenos.
En llegando sin demora,
dura guerra se arma luego.
Los ingleses con ventaja
tiran á cuerpo cubierto:
llueven las balas inglesas
sobre los soldados nuestros,
que, empeñados en la acción
entre la muerte y el fuego,
rompen á fuerza una puerta
de la vecindad, y luego
intrépidos atropellan
hasta el elevado techo,
y á bayoneta calada
acometen con denuedo.
Los britanos, asustados
al ver los soldados nuestros,
rinden cobardes las armas,
de rodillas todos puestos,
implorando la piedad

de los católicos pechos.
Tal piedad no merecían
por sus horrosos hechos;
sin embargo, se les oyen
sus clamores y sus ruegos,
y á la plaza los conduce
vivos don José Rivero,
habiéndose en esta acción
distinguido con esmero,
fuera de otros oficiales,
Fermín Hernando Platero,
con otros varios soldados
y su valiente sargento.
De San Miguel para arriba
como dos cuadras, ó menos,
al oeste, cuarenta ingleses
de avaricia y furor llenos,
se apoderan de una casa,
matando á todos sus dueños;
pero, cuando más ufanos
campeaban en aquel puesto,
doce miñones llegaron
con su intrépido sargento,
el buen Francisco Girona,
que les embiste sin miedo,
y los bretones cobardes
al instante se rindieron,
exclamando á grandes voces:
prisioneros, prisioneros.
Los miñones, informados

de sus horribles excesos,
á ninguno perdonaron,
pasándolos á degüello,
justo y debido castigo
á delito tan horrendo.
Dos valientes paraguayos
á los miñones se unieron,
padre é hijo, que contaba
aun no tres lustros enteros.
Las hazañas y prodigios
que estos miñones hicieron
de honor, valor y lealtad,
en este día tremendo,
no es posible referirlas
ni en limitado compendio,
por ser muchas, y tan varias,
y todas con lucimiento.
Otra partida de ingleses,
número como quinientos,
se apodera de una iglesia
fuerte y grande, en un extremo
de la ciudad hácia el sud,
que fué en el pasado tiempo
de los jesuitas, y, ahora,
aplicada á los enfermos
del hospital de Belén,
sirve á todos de consuelo.
Muchas mujeres del barrio,
á este lugar condujeron
prisioneras, con el fin,

sin duda, ó con el intento
de sujetar nuestra tropa
que no les hiciera fuego.
Sin embargo de este ardid
allí concurren los nuestros,
pero no sacan partido,
victoria, ni lucimiento.
Fuese falta de valor,
de método ó de gobierno,
ó pura casualidad,
yo no lo sé, no lo entiendo,
bien que es verdad innegable
hubo allí algunos sujetos
de conocido valor
y de acreditado esfuerzo;
pero otros, por el contrario,
fué conocido su miedo.
Esta acción quedó indecisa,
y el inglés siempre en el templo
con bandera enarbolada,
valor y gloria fingiendo.
Por las dos calles contiguas
detras del santo convento
de las Mercedes, entraron
ingleses más de trescientos;
pero, en ambas perseguidos,
y vencidos todos fueron,
sin darles tiempo y lugar
de regresar á sus cuerpos.
Cuarenta de estos cobardes,

su pronta muerte temiendo,
á una esquina se refugian
de los que le van siguiendo.
Once de nuestros soldados
patricios y cuatro negros,
otro valiente soldado
de Terrada granadero,
los embisten con valor
á los cuarenta, y, aqüestos,
á tan pocos, ¡que vergüenza!
al instante se rindieron,
dejando en aquel lugar,
fuera de heridos, tres muertos.
De estos mismos hacia el bajo
del Río avanzan, corriendo,
pensando lograr ventajas
con solo mudar de puesto;
pero cuando menos piensan
cercados se hallan de fuego,
ya de la Real Fortaleza,
ya de los soldados nuestros.
El valiente capitán
don Juan Bustos, de arribeños,
con diez y ocho de su gente,
carga con valor sobre ellos,
y se rinden los britanos,
misericordia pidiendo.
Que rindan pronto las armas,
Bustos les intima serio.
Ellos las rinden al punto,

en número de doscientos
diez y siete, con más siete
heridos y quince muertos.
Bustos mismo los conduce
y entrega al General nuestro,
con sus respectivas armas,
y quedaron prisioneros.
De estos mismos unos cuantos,
cuarenta, poco más menos,
se apoderan de la casa,
patios, cuartos y aposentos
de don Vicente Peralta,
y comienzan el saqueo.
El dueño, que en casa estaba,
con otro buen compañero
huyen á un cuarto interior
y se encierran por adentro,
por ver si escapar la vida
pueden en aquel secreto
Llegan allí los ingleses,
Y por un corto agujero
de la puerta, les disparan
fusilazos sin recelo,
con los cuales una mano
le pasan al compañero.
Peralta, que se contempla
en tan apurado riesgo,
la esperanza de vivir
pierde ya en aquel momento
y se resuelve á salir,

su muerte á los ojos viendo.
Invoca con fé á María
de la Merced, por remedio,
pone en sus manos su suerte,
y abre la puerta diciendo:
aquí estoy. El inglés dice:
entrégate prisionero.
Peralta, que no esperaba
tal lenguage en este tiempo,
á voces dice y exclama,
sí, señor, soy prisionero.
Mientras en esta aventura
pierden los ingleses tiempo,
nuestros valientes soldados
habían cercado aquel puesto,
de suerte que era infalible
morir ó ser prisioneros.
En este duro conflicto,
en este arriesgado aprieto,
triste el oficial britano
pide á Peralta consuelo,
¡Español, oh, protección!
en altas voces diciendo.
Aquél la ofrece, y rendir
les manda las armas luego,
lo que ejecutado, él mismo
los conduce prisioneros.
Cuarenta ingleses entrega,
sus fusiles y armamento,
de suerte que, en una hora.

poco más ó poco menos,
de rendido y apresado,
se vió apresador sin fuego,
debiendo á la invocación
de María este portento.
Por la pública alameda,
que es de la ciudad paseo,
sale el general Elio
con un trozo de los nuestros,
de cuatrocientos ó más
y dos cañones violentos,
á perseguir al inglés
que en varios distintos puestos
colocados, nos hacía
mucho daño y mucho fuego:
pero, luego, intimidados
y acobardados los nuestros
del número de enemigos
y continuo tiroteo,
dejándose los cañones
á la Fortaleza huyeron.
Los ingleses, muy alegres
de aquél presente suceso,
corren pronto á apoderarse
de los dos cañones nuestros,
pero, Bustos les sacude
entonces graneado fuego,
y les quita la esperanza
de llegar á poseerlos.
Por otras distintas calles

y sitios se repartieron
los sanguinarios bretones,
y, en todas, vencidos fueron
por los nuestros que, en guerrillas
y en varios piquetes sueltos,
maravillas de valor
obraron con lucimiento.
Es notable circunstancia
que en los ataques sangrientos
de estos días, siempre fué
de nuestra gente la menos.
En una de estas acciones,
con fingido parlamento,
atropeyando las leyes
de honor, verdad y respeto.
hieren y matan cruelmente
á un joven capitán nuestro,
edecán del General
y de ilustre nacimiento,
don Manuel de Arce, que muere
lleno de bocas el cuerpo
á golpes de bayoneta,
con que acaba en un momento.
Con otro paliado engaño,
y aparente parlamento,
á don Francisco Loases,
buen capitán de artilleros,
y al teniente de miñones
Illa, toman prisioneros,
á una cochera los llevan,

y en aquel oscuro encierro,
al cabo de algunas horas
oyen la voz de los nuestros,
que victoriosos corrían
tras los bretones soberbios.
Dan voces, son escuchados;
quedan libres, y los anglos
de apresadores son presos.
No es posible, aquí, omitir,
para honor de nuestro suelo
y de nuestro Soberano,
las maravillas que hicieron
de religión y valor,
los indios, pardos y negros.
todos, todos, á porfía
pelean, con increíble esfuerzo,
ya en el cañón, ya en guerrillas,
y siempre con lucimiento.
Ellos corren por las calles
unidos de noble acuerdo,
con picas, sables y lanzas,
machetes y armas de fuego,
y por do quiera que van,
la gloria los va siguiendo.
Los esclavos de las casas
desamparan á sus dueños,
y, á la palestra de Marte
van á porfía corriendo,
sin que contenerlos pueda
de sus amos el precepto.

¡Que prodigios de valor,
que heróicos hechos no hicieron,
estos valientes esclavos,
á vista del mundo entero,
Ellos al inglés persiguen
con el más noble ardimiento,
avanzan por todas calles
y menosprecian los riesgos,
siendo lo más admirable,
lo más dulce y lo más tierno,
oirles decir con fervor;
que pelean por la fé
de Jesu-Cristo y su reino.
En una de las guerrillas
que por el alto se hicieron,
fué atacado de improviso,
por varios ingleses fieros,
don José Domingo Urrien,
tercer comandante nuestro,
y antes de tener lugar
de valerse de su acero,
un atrevido bretón
á tiro le apunta cierto,
más, cuando va á descargar
el duro é incendiado fierro,
y que nuestro comandante
se contaba ya por muerto,
un negrito que á su lado
le seguía, en este empeño,
con su pica atravesó

del inglés el duro pecho,
dejándole allí tendido,
donde dió el último aliento.
Urrien que libra la vida
en un lance tan estrecho,
rebosando de alegría,
honor y agradecimiento,
dice á su libertador:
muchacho, búscame luego
en mi casa, que eres libre.
Esto dijo, pero el negro,
tan noble como valiente,
no se ha dado á conocer
solo con su honor contento,
ó quizá perdió la vida
en los combates sangrientos
que en estos días terribles
aquí y allí se ofrecieron.
De la Piedad por el barrio,
otro bravo y fuerte negro,
armado solo con pica,
escaramuzas va haciendo,
al estilo de su pais,
tirándose por el suelo,
con el fin de atravesar
de un ingles armado el pecho,
según lo que prometió
á sus otros compañeros.
En su media lengua entonces
el negrito va diciendo:

tira inglés y no me yerres;
si me yerras eres muerto.
Cuando ya se puso á tiro,
le pone los puntos luego
el bretón y le descarga
el fusil; pero, mi negro,
con viveza sin igual,
se dejó caer en el suelo,
y, por entre el humo, corre
hacia el inglés con denuedo,
y, antes que éste cargue el arma,
con su lanza le abre el pecho.
Pablo Jimenez, esclavo,
pardo, agregado á su cuerpo,
maravillas de valor
y piedad, al mismo tiempo,
en este día señalado
obró con gran lucimiento.
Mató, él solo, dos ingleses,
batallando cuerpo á cuerpo,
y libra á su pobre hermano
que se hallaba en grande riesgo.
A otro gravemente hiere
y lo levanta del suelo:
en sus hombros lo conduce
á un hospital de los nuestros,
para que sea atendido
como á herido prisionero.
Estas heroicas acciones
de su amo le merecieron

la franqueza y libertad
que le concedió al momento,
brillando, en amo y esclavo,
honor y virtud de acuerdo.
En este estado se hallaba
de la guerra el duro aspecto,
favorable á nuestras armas
y á los ingleses funesto.
Dos mil y más se contaban
de su gente prisioneros;
otros tantos, quizá más,
de los heridos y muertos;
y si la guerra seguía,
era indudable, era cierto,
que todos perecerían
día más ó día menos,
puesto que lugar no había
para retirarse huyendo,
metidos en lo interior
de la ciudad y del pueblo.
Nuestro General entonces,
prudente, sabio y discreto,
para evitar la efusión
de la sangre de los nuestros,
con el Ilustre Cabildo,
y señor Fiscal de acuerdo,
al general Whitelocke
le propone con esfuerzo
que concede libertad
á todos los prisioneros

de la presente batalla,
con los demás que dispersos
se hallan de la reconquista
en las provincias del reino,
con tal que todos se embarquen
y desalojen los puestos
del caudaloso Argentino
que ocupaban á este tiempo,
y que hostilidades cesen,
envainando el duro acero,
bajo ciertas condiciones,
tratados y pactos serios.
Después de varios debates,
consultas y parlamentos,
se firmaron los tratados
de común consentimiento,
quedando así concluído
con tanta gloria y consuelo,
asunto tan importante,
tan grave y de tanto peso.
Suspende ahora pluma mía,
suspende tu curso y vuelo,
que entusiasmo superior
eleva hoy mi pensamiento,
cuando de Dios las piedades
devotamente contemplo
en tan señalado triunfo,
que todo él es un portento
por cuantas partes le miro,
le medito y considero.

Pues, aún los mismos ardides
del enemigo protervo,
á tan ilustre victoria
visiblemente sirvieron.
Seáis alabado Señor,
seáis bendito, Señor nuestro,
por inmortales edades
y por los siglos eternos.
Bendecid esta ciudad,
favoreced este pueblo,
que en tí solo cree y espera
con el más devoto afecto.
Y Vos, oh dulce María,
nuestra esperanza y consuelo,
seáis bendita y alabada,
pues fuisteis nuestro remedio.
Tu patrocinio imploramos,
dulce madre, auxilio nuestro,
pues, si estais de nuestra parte,
es nada todo el infierno.
Al fin, á vos, ¡oh gran Carlos!,
mi pobre musa convierto
con la voluntad más fina
y el más reverente afecto.
Tuyas son todas las glorias
y los triunfos de este pueblo,
y tuyos los corazones
de estos tus vasallos tiernos.
A tus pies rendido arrojo
mi pluma, mi lira y plectro,

y, á nombre de esta ciudad
te pido, suplico y ruego
recibais la dulce ofrenda
y lealtad de nuestros pechos,
mientras todos, penetrados
del amor más dulce y tierno,
pedimos á Dios os guarde
años y siglos enteros. (1)

OCTAVAS *

I

Venid pueblos, oid atentamente
Lo que nos ha asombrado y aturdido,
Lo que de todo racional viviente
Apenas hoy pudiera ser creído.

---

(1) («La Imp. en Buenos Aires» de J. T. Medina, pág. 235 No. 39). Está reproducida en la colec. Alsina págs. 406/440, y en el tomo II de la «*Historia Argentina*», Imprenta de la Revista 1856; págs. 311/356.

* Impresos N°. 3881 de la B. N.

Dn. J. M. Gutierrez dice que esta poesía es del Dr. Rivarola.

(Esta poesía y las tres siguientes se publicaron por primera vez en un folleto de 8 páginas con el siguiente título: «BREVE RECUERDO del formidable ataque del exercito inglés á la ciudad de Buenos Aires, y su gloriosa defensa por las legiones Patrióticas el día 5 de Julio de 1807»).

La Imprenta en Buenos Aires, página 251.

En la Colección Alsina páginas 477-480.

En la biblioteca del general Mitre hay un ejemplar.

Pero, como el gran Dios omnipotente,
De aquesta maravilla autor ha sido,
Desaparece todo lo imposible
Y cuanto acá en lo humano era increíble.

II

Y tú, pueblo argentino, que afligido
Con disgustos, zozobras y tormento,
Ese terco britano te ha tenido,
Sin dejarte reposo ni contento,
Olvida ya el quebranto que has sufrido
En tan duro y cruel padecimiento,
Al ver el resultado de aquel día,
Que al Perú ha llenado de alegría.

III

Los duros anglos otra vez vinieron,
Y sus grandes columnas acercando,
Hacia la capital se dirigieron,
Fuego, estragos y muerte fulminando.
En el cinco de Julio acometieron,
La ciudad, por mil partes atacando;
Pero el pueblo real, fuerte y constante,
Al britano derrota en un instante.

IV

Cual tigres de la Hircania enfurecidos
Nuestros bravos guerreros peleaban,
Por calles y azoteas repartidos
Con los fieros britanos que avanzaban.

Así, por todas partes perseguidos,
En las casas y patios se emboscaban;
Y acosados del fuego y los aceros,
Los anglos se entregaban prisioneros.

V

El hórrido semblante de la muerte
A los tristes britanos perseguía;
Su guadaña los hiere de tal suerte,
Que las calles volvió carnicería.
Tal fué el ardor de aqueste pueblo fuerte,
Resistiendo á los anglos aquel día;
Whitelock capitula, y diligente
Se embarca con los restos de su gente.

VI

Valerosas legiones, ya vencisteis
De esas tropas britanas la osadía,
Cuando el cinco de Julio resististeis
Con firmeza, denuedo y valentía.
La patria y religión que defendisteis,
Harán siempre recuerdo de aquel día,
Y el anglo destrozado y aturdido,
Llorará eternamente haber venido.

VII

¿Y quien sinó el Dios omnipotente,
Librarnos pudo en lance tan temible,
En peligro tan grande é inminente,
Cercados de una hueste tan terrible?

Sí; el Señor nos libró, pío y clemente,
Dandoós una victoria tan plausible;
Y ha salvado á su pueblo en este día,
A este su pueblo fiel que en él confía.

VIII

Así la patria se transporta en gozo,
El continente llora de alegría,
Y el Soberano oirá con alborozo
Todo lo que su pueblo obró este día;
La santa religión que un gran destrozo
En los fieles y altares se temía,
Rebosa ya en placer, en gozo tanto,
Y practica tranquila el culto santo.

IX

Así, gran Dios, á tí se de la gloria,
Pues, á tu amado pueblo, que afligido
Te imploraba, le diste la victoria,
Quedando el anglo absorto y abatido.
De tanto beneficio, la memoria
Será eterna, en tu pueblo agradecido,
Y á tí acudiendo en sus necesidades,
Hallará siempre prontas tus piedades.

X

Y vosotras, ¡oh! víctimas leales!,
Muriendo por tal causa, conseguisteis
Una gloria inmortal en los anuales
Sacrificios al Dios por quien moristeis;

Y al rendirle sus glorias y loores,
Jamás olvidará sus defensores.

XI

Y vosotros también, ¡oh valerosos
Guerreros de la patria, que aún con vida
Os halleis al presente, muy gozosos,
Al ver ya la victoria conseguida!
Esforzad esos pechos animosos
A favor de la patria defendida,
La que el Señor por tanto beneficio,
Alaba y pide os mire muy propicio.

SUSCINTA MEMORIA *

SOBRE LA SEGUNDA INVASIÓN DE BUENOS AIRES EL MES DE JULIO DE 1807, EN LA CUAL SE DA UNA BREVE IDEA DE LO MÁS PRINCIPAL QUE ACONTECIÓ DESDE EL 27 DE JUNIO QUE SE DEJÓ VER AL HORIZONTE ORIENTAL LA ARMADA Y CONVOY ENEMIGO, HASTA EL AMANECER DEL CINCO DE JULIO. A QUE SE AÑADE UNA VIVA PINTURA DE LA HERÓICA Y GLORIOSA DEFENSA DE LA CAPITAL Y DE TODO EL CONTINENTE, CON DERROTA DEL FORMIDABLE EJÉRCITO DE WHITELOCKE EN AQUEL DÍA MEMORABLE: Y DEMOSTRACIONES QUE SE SIGUIERON Á TAN SEÑALADA VICTORIA.

I

Ciudad de Buenos Aires, valerosa,
Fiel, leal, y constante en sumo grado,
Que has sufrido con alma generosa
Los contrastes de un tiempo desgraciado:
Recuerda ahora el momento en que orgullosa,
Esa terca nación que te ha injuriado,
Te acometió otra vez con arrogancia
Y se estrelló de nuevo en tu constancia.

---

* (La Imp. en Bs. As. pág. 293).

Dice Dn. J. M. Gutiérrez: «De la nota 34, pág. 45 se infiere que el autor de esta suscinta memoria es el mismo que dió á luz, á fines de Setiembre de 1807, el «*Breve recuerdo*».

II

Los obstinados anglos intentando,
Ganar de nuevo esta ciudad constante,
Su gran convoy acercan, anhelando
Desembarcar sus tropas al instante.
Nuestras bravas legiones observando
El desembarque ya hecho, aunque distante,
Se previenen y animan al momento
A frustrar del britano el fiero intento.

III

El bravo Whitelocke, reforzado
Con tropas de la Europa, se avanzaba
Hacia esta Capital, muy confiado
En las grandes columnas que mandaba,
Pero este pueblo fiel que preparado
En el Dios de sus padres esperaba,
Sale como un león al descubierto,
A derrotar al anglo en campo abierto.

IV

El britano sagaz, que había intentado
Entrarse en la ciudad sin resistencia,
Atraviesa el Riachuelo, apresurado,
Por lograr del ejército la ausencia.
Marcha por entre quintas, denodado,
Con veloz paso y grande diligencia,
Para entrar por las calles hasta el Fuerte,
Más, presto se encontró con fuego y muerte.

V

El general Liniers, cual bravo Marte,
Atravesó las quintas por el centro;
De sus bravas legiones, solo parte
Pudo al Anglo salir al duro encuentro,
Y en lo de Miserere, sin baluarte
Batiéndolo, le impiden entrar dentro,
Cuya acción, arriesgada y atrevida,
Libró la Capital de ser perdida.

VI

Con estos valerosos campeones,
También llegaron, (¡qué oportunamente!),
Un trozo de artilleros con cañones,
Que á los anglos batieron de repente:
Poco duró la acción, pero, á montones
Tuvo muertos y heridos, de su gente,
Ese fiero britano, que venía
A cubrirnos de males aquel día.

VII

Esta acción, repentina y arriesgada,
Costó la vida á algunos valerosos;
Pero, tan digna sangre derramada,
Produjo efectos grandes, prodigiosos;
Pues, aterrado el Anglo en su jornada,
Al encontrar los nuestros animosos
Que tal estrago hicieron en su gente,
Desistió de su entrada prontamente.

VIII

Los bravos batallones que pudieron
Alcanzar á los Anglos en su encuentro,
Y los demás guerreros que corrieron
A impedirles el paso por adentro,
Todos en retirada se pusieron,
Replegándose pronto para el centro
A socorrer la plaza en tal conflicto,
Mostrándose así el pueblo siempre invicto.

IX

Aquesta retirada presurosa
Fué, en aquella ocasión, inevitable,
Siendo, por otra parte, ventajosa
Y de una utilidad imponderable;
Pues, en aquella noche congojosa,
Noche de turbación inexplicable,
Se reunieron adentro las legiones
A defender la patria cual leones.

X

Los días tres y cuatro, se pasaron
En reforzar la plaza y abrir fosos,
Y en las muchas guerrillas que trabaron
Con los anglos los nuestros animosos.
Estos, con tal denuedo pelearon,
Que al Britano le hicieron mil destrozos,
Ensayándose así, con tanta gloria,
Para obtener el cinco la victoria.

MANUEL MEDRANO

ODA *

EN HONOR DE LA DEL NÚM. I

Multitud lastimosa que, eclipsando,
de la santa verdad el claro aspecto,
con la ponsoña del error, dañasteis
supersticiosa, el admirable ingenio:
si del fúnebre espacio que comprende
de la aflicción el tenebroso Reyno,
que rodea furioso Flegetonte
desaciendo peñascos con su fuego,
podeis forzar la puerta diamantina,
de quien las llaves guarda el duro Febo:
venid, venid volando, á las llanuras
del Argentino majestuoso suelo
y la ficción sublime realizada
vereis, del docto hermano de Aristeo.
Apareció sobre celages rojos,
que iluminaba con sus rayos Febo,
la inexorable Diosa, en una mano
un mechón encendido sosteniendo
y con resuelta acción, llevando en la otra
las provocantes armas de Miseno.

---

* «Telégrafo Mercantil» Sab. 18 de Abril de 1801; No 6, pág. 41.

La Oda del No. 1 del mismo periódico á que se refiere, era la poesía «Al Paraná» de Lavarden.

Así, un estrepitoso carro guiaba,
tirado de caballos, que en su aliento,
abrasadoras llamas arrojando
iluminaban el brillante centro
en que al sangriento Marte conducian,
quien ya armando el escudo, ya blandiendo
la lanza destructora, difundía
el pálido terror, el triste miedo;
y horrísona una voz, muy semejante
á la que causa formidable el trueno,
resonando en los aires, el espanto
infundió en los mortales con su estruendo.
Medroso el bello Pluto, en el regazo
de su apacible madre, en llanto tierno
explicó su temor, y, ella amorosa
acallando al infante con el pecho,
dejó la orilla del platéo Rio
buscando en otros climas el sosiego.
Y enturbiada la clara faz hermosa
del hijo caro del oceano excelso,
se recogió turbado al rico albergue
que decora su ilustre nacimiento,
dejando con su ausencia descubiertas
las anchas playas, que por tanto tiempo
regó con francas manos, y dejando
los campos que mantuvo siempre amenos,
faltos de la humedad fecundadora,
de esteril polvo en su extensión cubiertos.
Pero bajando á la escarpada orilla
alado querubin del Dios de Delfos,

la cítara pulsó, y al extremado
tono que formó, herido el instrumento,
cantó con suave voz inimitable
los que empiezan así divinos versos:
Augusto Paraná....Sagrado Rio....
Sus voces oyó el Dios allá en su seno,
en que la paz gozaba, y, obligado
de la dulce expresión de sus acentos,
á viajar se prepara bullicioso
las ondas encrespando del *Cabello;*
y, sobre un carro de oro, acompañado
de dorados brillantes y ligeros,
y del vistoso reluciente enjambre
que bebe en sus cristales el aliento,
sin temer de Belona los estragos,
descendió mansamente, repartiendo
los abundantes dones de Amalthea;
y de cumplir así no satisfecho
en suplicar, augusto, caudaloso,
sus líquidos raudales estendiendo,
llegó á besar los pies del savio Cisne
que, rodeado de músicos jilgueros
en apacibles tonos procuraban
las voces imitar con sus gorgeos.
Entonces de nereydas, dulce coro,
abandonando los plateados lechos,
apareció sobre las puras aguas
fluctuando á sus espaldas verde el pelo,
y, tocando con peines delicados
las cuerdas finas de sonoros plectros,

al compás apacible de sus voces,
entonaron en suave heroico metro:
hijo divino del excelso Apolo
sabio argentino, consumado Orfeo,
que usando de la citara armoniosa,
ilustras con tu voz el patrio suelo.
Mira como á tus cánticos suaves
el Paraná sagrado obedeciendo,
descendió, prodigando sus influxos,
y trocando los campos, antes secos,
en fértiles campiñas, que de Flora
aventajan los plácidos recreos:
  Mira allí los ganados que rumeaban
del espinoso cardo el duro leño,
como pacen en verdes, altas lomas,
entre si, retozando placenteros.
  Mira como sus ramas dilatando
los altos pinos y robustos cedros,
con sus frondosas copas, fresca sombra
al útil labrador estan haciendo.
  Mira, mira amorosa la gran madre
de este continente, produciendo
el apreciable añil, la hermosa grana,
la fragante canela y el pequeño
árbol que fructifica la pimienta;
y mira, en fin, el incesante anhelo
con que la araña, entre las verdes Tunas,
los capullos de seda está tejiendo.
  Estos frutos divinos y otros muchos
serán dentro de poco el loable objeto

de la fiel reflexión de algunos sabios;
y pues tu gozas, entre todos ellos,
lugar tan distinguido, vé, y promueve
su purificación y su fomento.
  De la invención sagrada de Saturno,
enseña lo útil, muestra los defectos,
aumentando en geórgicas sublimes,
del mantuano poeta, los preceptos;
y el negociante activo y laborioso,
el artesano, el pobre jornalero
y el labrador que con el corbo arado
para sembrar dispone los terrenos,
mirándose felices por tu influencia,
estarán de continuo repitiendo:
Hijo divino del excelso Apolo,
Sabio argentino, consumado Orfeo,
que usando de la cítara armoniosa
ilustras con tu voz el patrio suelo.

DOMINGO DE AZCUÉNAGA

FÁBULA PRIMERA *

EL TORO, EL OSO Y EL LORO

En un monte fragoso,
Mil bramidos un *Toro* dando estaba,
Y oyendolos un *Oso*,
Desde un bosque, á saber porque bramaba
Se acercó deligente, y, con agrado,
Le dijo: ¿porque bramas? ¿que te ha dado?
No tengas á desdoro,
El decirme, si te hallas desvalido.
Amigo: (dijo el *Toro*)
Ya que estás de mi pena condolido,
Ampárame en mis males que, aunque graves,
Se harán con tu socorro mas suaves.
Yo me siento agitado
De un formidable torozón, de suerte
Que, á no haber tú llegado,
Hubiera reducídome á la muerte.
Pero ya que viniste, solicito
Que me busques de *sen* un manojito.
No tengo inteligencia
En la planta que pides; mas confío
Hacer la diligencia,

* Tel. Mercantil: 1801. T. 2°. No. 2. 5 de Agosto; pág. 14.

Cerca de aquí, con otro amigo mio.
Esto responde el *Oso,* y se encamina
Hacia el bosque á traer la medicina.
  Llegó, y halló cogiendo,
A un herbolario, plantas en el soto;
Díjole: pues comprendo
Que, en materia de yerbas, teneis voto,
Dadme la *sen* para uno que, afligido,
Allí de un torozón queda tendido.
  Ofreciose á buscarla,
El herbolario, y como no la hubiese,
Ni fuese dable hallarla,
Le dió otra *equivalente,* con que fuese
A remediar el mal que molestaba
Al enfermo, por quien se interesaba.
  Llevó el *Oso* la yerba,
Y presumiendo el *Toro* hallar remedio,
Comiola, aunque era acerba,
Sin causarle lo amargo el menos tédio;
Y al momento le dió tan grave insulto,
Que no quedó de él más que el triste bulto.
  Descendió al bosque el *Oso*,
Y viendo al malhechor enfurecido,
Le dijo: hoy, engañoso,
Con darte muerte, el premio merecido
tendrás, pués, fuiste causa, que el doliente,
Muriese con tu yerba *equivalente.*
  Pero un anciano *Loro*,
Que estaba sobre un alamo parado,
Y vió expirar al *Toro*,

Le dijo al *Oso*, viéndolo irritado:
¡Del rústico herbolario el hecho extrañas,
Porque estás entre selvas y montañas!
Pues sabe que, en las cultas
Ciudades, estos mismos disparates,
Con iguales resultas
Se ven. Con que así, amigo, no lo mates,
Porque no hizo otra cosa, el Herbolario,
Que dar un *quid pro quo* de boticario. (1)

FÁBULA SEGUNDA *

EL MONO ENFERMO

Cuentan que en Tetuan le sobrevino,
una noche á las 12, á un mono herrero,
por boca y narices,
un vómito de sangre repentino,
tan fuerte, que dos monos aprendices,
salieron en camisa, y sin sombrero,
por médico volando,
quedándose con él, en la herreria,
Una mona, aguardando
el término fatal de su agonía.
Los dos monos hicieron
muy bien la diligencia; pero fueron
sus pasos escusados,

---

* Tel. Merc. T. 2. No. 14. Mierc. 16 de Septiembre en 1801.

por que estaban los físicos resfriados.
El Doctor pierna tuerta, (alias tenaza),
dijo: *vayan al Médico de casa*;
y diciéndole que era un accidente
replicó: vayan, vayan brevemente.
El sabio Licenciado Boca-abierta
tenía dada orden, *que la puerta*
no abriesen de su casa, aunque pedazos
la hicieran, por llamarle, *á aldabonazos;*
y el bachiller nombrado Pelos-rubios
dijo: que había tomado pedi-lubios;
de tal manera que, al venir la aurora,
llegando á la herrería los monitos
á darle la respuesta á su señora
la encontraron furiosa, dando gritos,
porque el enfermo ya en sueño profundo
se había ido á curar al otro mundo.
¡Quien, señores, creyera
que entre los monos médicos, se viera
tan poca caridad y amor tan poco!
cualquiera lo creerá, sin estar loco,
porque no es menester, (yo lo confieso),
el ir hasta Tetuán para ver eso.

FÁBULA TERCERA *

EL AGUILA, EL LEÓN Y EL CORDERO

Un aguila real,
con rápido vuelo
se subió á la cima
de un áspero cerro,
al pie de la cumbre,
en un prado ameno,
un feroz león
estaba durmiendo.
La aguila de lo alto
quiso conocerlo,
y hacia el prado airosa
se dirigió luego.
El León al ruído
despertó soberbio,
y alzando al instante
su dorado cuello,
erguió su melena
con gala y denuedo,
y de rey vestido
se mostró al momento.
Revolvió la cara
con aire y despejo,
y, con la cabeza,
le hizo acatamiento.

---

* Telégrafo Mercantil T. 2, No 18. Dom. 4 de Octubre de 1801.

Acercóse aquella
con pasos severos,
y entablaron ambos
su razonamiento.
Este se redujo
á hacer menosprecio
de los brutos y aves
con denuestos feos,
diciendo, que estaban
en el universo,
las especies de ambos,
bajo sus imperios,
vanidad fundando
en sus nacimientos.
Pero un corderito,
que había estado oyendo
toda la parola,
sin ser visto de ellos,
(allá para sí),
prorrumpió diciendo:
No hay duda en que sois
por vuestros abuelos
de aves, y de brutos
monarcas excelsos,
pero, si teneis
tan perversos hechos,
que el hurto y rapiña
es vuestro elemento,
la grandeza vuestra,
ni en chanzas la quiero,

pues soy de dictamen
por lo que penetro,
que el lustre, y realce
de mas alto precio
es, el que uno adquiere
por sí, siendo bueno.
En la fabulita
nos dice el cordero:
que jamás hagamos
gala con exceso
del blasón y gloria
que heredado habemos
de nuestros mayores,
y que procuremos,
con nuestra conducta
y procedimientos,
adquirirla nueva
por nosotros mismos.

FÁBULA CUARTA *

EL COMERCIANTE Y LA COTORRA

« Donec eris felix multo numerabis amicos
Tempora si fuerint nubila, solus eris »

Un gran *Comerciante,*
que por su desgracia,
perdió sus haberes,
sin culpa ni causa;

* Telégrafo Mercantil N. 19. Tom. II, fol. 133. Dom. II de Oct. de 1801.

recostado al margen
del *Río de la Plata*
solitario y triste,
así se quejaba:
¿No soy yo aquel hombre
á quien veneraban
las gentes, viniendo
á verme á mi casa?
¿Pues como no tengo
hoy en mis amargas
penas, quien las temple,
ni ayude á llorarlas?
Entre mis angustias
la que más me acaba,
es ver que un amigo,
á quien yo estimaba
tanto, que las gentes,
al vernos clamaban,
que eramos dos cuerpos
en tan sola un alma,
también me ha olvidado,
mirándome en tanta
multitud de azares,
como me acompañan;
¡Ah cruel, ingrato!
más dolor me causa
tu ausencia, que toda
la pérdida infausta
de mis intereses:
En esta batalla

estaba el buen hombre,
quando hete, que le habla
una *Cotorrita*
desde la alta rama
de un *Ombú* frondoso
con estas palabras:
¡Que es lo que pronuncias!
ese que tu tratas
de ingrato y cruel
amigo le llamas,
fué solo tu sombra:
si acaso mañana
volviese á salir
allí en tu morada
el sol, lo tendrás
al lado sin falta;
pero mientras dure
el nublado en casa,
no pienses, que vuelva
á verte la cara.
De esta suerte habló,
y abriendo las alas
remontó su vuelo,
dejando parada
la atención del triste
por mansión muy larga
al oir de su pico
sentencia tan alta.
Yo, señores míos,
no les diré nada

á tales personas,
pues si son ingratas,
para reprehenderlas
las *Cotorras* bastan.

FÁBULA QUINTA *

LOS PAPAGAYOS Y LA LECHUZA

Una apacible mañana
Se dejó ver en el campo
Una horrorosa lechuza
Sobre la cima de un árbol
Revestida con las plumas
De un hermoso papagayo:
Absortas las demas aves
De ver aquel espantajo
A acercársele ninguna
Se atrevió hasta que llegaron
Dos papagayos ladinos,
Quienes luego que miraron
Aquella horrible figura
Con ropage tan bizarro,
Uno á otro se decian
Esta es mucha burla hermano;
Y pues no es justo, que esta ave,
Tan conocida de varios

* Telégrafo Mercantil, Tom. II; No 31; pág. 241. 29 de Nov. de 1801.

En nuestra región; por una
De las del estado bajo,
Haga á cara descubierta
De nuestra prosapia escarnio,
Ocurramos á poner
Remedio á tan grave daño:
  Con estas miras su vuelo
Hasta el Olimpo elevaron,
Y llegando á duras penas,
Ante Júpiter sagrado,
Interpusieron su gresca,
Pintando á lo vivo el caso,
Y pidiendo castigase
Arrojo tan temerario.
  Instruido éste de la acción
Y la justicia de entrambos,
Ordenó que condujesen
La lechuza dos caranchos,
Quienes volando partieron
A cumplir con lo mandado,
Y trayendola vestida
Ante el trono soberano,
En la propia forma y traje,
Con que aquellos la acusaron,
No pudo la pobre dar
Satisfacción á los cargos
Que en presencia del Tonante
Le hicieron los agraviados,
Reduciendo sus respuestas
A un: *cómo :: yo :: sí :: pues :: cuando,*

De suerte que comprobada
La injuria, con seño agrado
Le habló el Dios de esta manera;
Dime, ave de agüero infausto,
¿Con que objeto te pusiste
Ese precioso vestuario?
¿Presumiste ser con él,
Más de lo que eres acaso?
¿No respondes? ¿por qué callas?
¿Confiesas ya tu pecado?
Pues prevente para oir
De tu atrevimiento el fallo.
 Hoy con bulla, y algazara
Serás conducida á un prado,
Y en presencia de las aves
Que convocará el milano
Para que el castigo vean,
Te irá el mochuelo quitando
Las verdes plumas, con que
Te adornaste, y á mis manos
Las traerá, para hacer de ellas
El uso mas adecuado.
Y porque se cumpla, así
Lo firmo, pronuncio, y mando.
 Pusose todo por obra
En el modo mas exacto,
Quedando el supremo Rey
De su cólera templado,
La lechuza escarmentada,
Y alegres los papagayos.

La acción, que Júpiter hizo,
Nos está manifestando
La justicia con que deben
Segun sus clases y estados,
Distinguirse las personas
Porque no nos confundamos.

FÁBULA SEXTA *

LOS SÁTIROS

Navegando un viajero por la China
Condujo de Malaca á Berberia
Cien satiros, por ver si allí podia
Hacer un cambalache de cocina
Vendiendolos por trigo, que este grano
En los paises del norte es plata en mano.
Uno de ellos estaba apoderado
De una sarna fatal tan malignante,
Que al echarlos de abordo, contagiado
Se hallaba de ella el número restante.
Dieronle del contagio luego al dueño
Razón los marineros, y risueño
Dijo el: los habitantes de esta tierra
A la sarna jamás abrieron guerra;
No son escrupulosos,
Ni tienen por que serlo; con que amigos

* Telégrafo Mercantil. No. 5256 del cat. de la B. N. Tom. II—No 36—pág. 295—Dom. 20 de Dic. de 1801.

Salga yo de estos entes asquerosos,
Que lo demás es cuento,
Y asi vayan á tierra todos ciento.
  Divulgose por todo el continente
La voz de tan brillante
Factura; y acudieron muy en breve,
Compradores sin fin; quien lleva nueve,
Quien diez y seis, quien treinta,
El uno veinte y cinco, el otro veinte;
De tal manera que el señor viajante
Hizo de todos prodigiosa venta,
Quedando sin un sátiro al instante.
  Distribuida ya la satirada
Y tomando su importe en trigo y granos,
Alzó al cielo las manos
El vendedor feliz, y dando al aire
De risa una solemne carcajada
Dijo con gran donaire,
Al restituirse á bordo: á Dios salvajes,
Dejad crecer las uñas largamente
Para rascar la sarna, que estos gajes
Son de la estolidez don consiguiente.
  Apenas dos semanas se pasaron
Cuando la sarna se cundió del todo,
Y pocos ó ningunos se escaparon
De tener que rascar en algun modo;
Mas dimos fin al cuento
Y vamos de la Fábula al intento.
  Que acontesca entre Alarbes este daño,
Pintandolos escasos de nociones,

Nada tiene de estraño;
Lo que si raro fuera
Que pudiendo decir de otras naciones
Otro tanto ellos mismos, tradujera
Algun moro en Argel la fabulilla,
Sin pensar en dar vuelta á la tortilla.

FÁBULA SÉPTIMA *

EL MONO Y EL TORDO

Fingendis jam dura seges concrevit avenis

Metióse un mono en un trigal ya seco
Del cañón de la mies á hacer flautillas
Presumiendo tocar, por verlo hueco,
Mil maravillas.
Con sus uñitas lo rasgaba astuto,
Y soplandolo ansioso, procuraba
El hacerlo sonar, pero el cañuto
Nunca sonaba.
Sin sacar de las cañas una avena,
Haciendo de su afan cumplido alarde,
Porfiado se mantuvo en su faena
Toda una tarde.
Pero un tordo parlero, que su encono
Había estado viendo, con gran flema
Desde un sauce, le dijo; señor mono,
Deje ese tema.

---

* Telégrafo Mercantil. No 5256 del Cat. de la B. N. Tom. III. No 5, pág. 57. Dom. 31 de Enero de 1802.

No desperdicie el tiempo en tal apuro,
Las mieses trate Vd. con carantoñas,
¿No advierte, que ya está el alcacer duro
Para zampoñas?
Nadie piense sacar provecho alguno
De aquellos, que pasaron con holganza,
El tiempo conveniente y oportuno
De su crianza.

CRÍTICA Á LA PRENSA ARGENTINA. *

1—Que viéndonos ya perdidos
Faltando á Dios y á las leyes
Digamos que son los reyes
Unos tiranos bandidos,
Cuandos de estos apellidos
Merecemos un caudal:
Esto, me parece mal.

—

2—Que viendo yo en nuestros dias
A la patria en horfandad,
Implore á la Majestad
Clemencia en las agonías,
Llorando cual Jeremias
Por nuestra Jerusalen:
Esto, me parece bien.

—

* M. S. de la Colec. de don J. M. Gutierrez existente en la Bibl. del Sanado Nacional.

3—Que en la precitada prensa,
En vez de hacernos amables,
Nos hagamos detestables
Por decir con desvergüenza
Cosas cuyas recompensa
Podrá sernos muy fatal:
Esto, me parece mal.

—

4—Que el mismo prensista diga
Siguiendo su reflexión:
Que la casa de Borbon
Es de sectas enemiga,
Y que en los reinos abriga
A la inquisición, tambien
Esto, me parece bien.

—

5—Que se afirme que, es lo mismo
El ser libre que insurgente,
Sabiendo que es diferente
Lealtad y liberalismo;
Y que se de este bautismo
A todos en general:
Esto, me parece mal.

—

6—Que cuando huyan los temores
No volvamos á pecar,
Porque podemos pagar
Los justos por pecadores;
Que abjuremos los errores
Aunque otros tristes estén,
Esto, me parece bien.

—

7—Que nuestro prensista asienta
Con plena satisfacción
Que en la Britana nación
Es libre toda la gente,
Cuando el libre es en su mente
El que llama liberal:
Esto, me parece mal.

—

8—Que se encaresca el afecto
Del inglés, manifestando
Ser nuestro augusto Fernando
De su alianza el predilecto,
Aunque por el mismo efecto
Mil desatinos se den,
Esto, me parece bien.

—

9—Que sin justicia y razón
Deseásemos por encono
Que ocupase el regio trono
De España Napoleón,
Sin indagar la opinión
De aquel Indio original,
Esto, me parece mal.

—

10—Que si acaso el lance llega
De vernos aquí atacados,
Humildes y resignados
Evitemos la refriega,
Y al intimarnos la entrega
Digamos todos amen,
Esto, me parece bien.

SONETO. *

Á LA GRAN PÉRDIDA QUE EXPERIMENTÓ RODRÍGUEZ MANDANDO LA VANGUARDIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ Á LAS ÓRDENES DE RONDEAU.

Dalmiro; ¿cuántos fueron los pasados
De las huestes heroicas de Pezuela?
Deja hablar al autor de esta novela,
El tiempo nos dirá los resultados.

Estamos de mentiras tan cansados
Que por más que la prensa nos consuela,
Te digo en mi conciencia que no cuela,
Porque están los gaznates inflamados:

¿Pero que digo cuando tu no ignoras,
Lo que hay de cierto sobre la materia?

Te callas? Enmudeces? Gimes? Lloras?
Apostemos que ocultas la miseria
En que se halla Rodríguez. ¿Qué, te azoras?
Pues sabe que le ha entrado disenteria.

---

* M. S. de la Colec. de don J. M. G. existente de la Bibl. del Sen Nal.

SONETO. *

Que nuestra causa es santa y muy sagrada
Los prensistas lo escriben á porfía,
Y si no hace milagros todavia
Depende de no estar canonizada:

Si paramos la vista en la jornada
De Sipe-Sipe, que se lee en el día, (1)
Veremos la congoja que tenía
El Gobierno en su mente recatada:

Los refuerzos que envía son muy buenos,
Mas ya van tarde, porque está el sistema
Sinó en las agonias, cuando menos

Aparejado con su unión extrema;
Con que digamos con augustia tanta,
Que, el diablo se llevó la Causa Santa.

---

* M. S. de la Colec. de don J. M. G. existente en la Bibl. del Sen. Nal.
(1) Papel público del 31 de Octubre de 1815.

AL CENSOR EN BUENOS AIRES. *

Señor censor; mi amigo, usted no sabe
En el berenjenal que se ha metido,
Si nos lava la cara, es mal querido
De todo pensador discreto y grave;

Si escribe la verdad, en cuanto cabe,
Es de todo pedante aborrecido;
Con que así, opino, que el mejor partido
Es meterse en su casa bajo llave.

Y aunque digan algunos rodavallos
Que es usted algo escaso de meollos,
No desperdicie el tiempo es impugnallos

Porque todos sabemos que hay criollos
Que se ponen á hacer papel de gallos
Sin que puedan hacer papel de pollos.

* M. S. de la Colec. de don J. M. G. existente en la Bibl. del Sen. Nal.

LETRILLA *

Que llanto me oprime,
Que risa me cuelga.

—

Nadie se incomode,
Escuchen con flema,
Porque cada uno
Lleve su receta:
Los que son cofrades
Reciban su vela,
Y si no les gusta
Que tengan paciencia.
Que llanto me oprime,
Que risa me cuelga.

—

Sin faja Escalada,
Balbastro sin beca,
Sin sello Obligado,
Y expulso Larrea,
Pedro Andrés García
Citando terneras,
Y sin sus honores
Manuel Sarratea.
Que llanto etc.

—

* M. S. de la colec. de Dn. J. M. G. existente en la Bibl. del Sen. Nal.

Campana sin toque,
Moreno en tinieblas
Y el Congreso ugusto
Rezando completas.
Sin Cámara Blanco,
Diaz ni Gigena,
Y Jorge Robledo
Pintando proezas.
Que llanto etc.

—

Azcuénaga y Funes
Como almas en pena,
Pasos y Chiclana
Pescando ballenas.
Oliden expuesto
A caer en la percha,
Y haciendo almanaques
Cornelio Saavedra.
Que llanto etc.

—

San Martín mirando
Con Soler y Heras
Si podrán volverse
Por la Cordillera;
Zapiola, Lavalle,
Millán, Necochea,
Buscando las onzas
Que marcó Escabecha.
Que llanto etc.

—

Islas separado
Del ramo en Hacienda,
Metido á fondero
Sellando limetas.
Haciendo cielitos
El doctor Ribera,
Y French y Moreno
Rodando cubierta:
Que llanto etc.

—

Castelli y Alberti
Cubiertos, en tierra,
De cólico el uno
Y el otro de lepra.
Don Domingo Trillo
Sentado en la yerba
Del rio, chanceando
Con las lavanderas.
Que llanto etc.

—

Rodríguez, de vida
Estudiando arengas,
Allá en su escritorio
Con Esguerrenea.
Deudas del erario
Recibiendo Riera,
Y Antonio Escalada
Cuidando á su nieta.
Que llanto etc.

—

Geromo Lasala
Loando las letras
Del canto Italiano
Sin saber leerlas.
Albin disponiendo
Que, por la carrera
De las postas, vuelen
Las noticias buenas.
  Que llanto etc.

—

Rabago elogiando
Con voces diversas
Del Rey Artajerjes
La *overtura* nueva.
Don Manuel Lezica,
Pereyra Lucena
Y don Melchor Lopez
Llenando frasqueras.
  Que llanto etc.

—

Ponderando Velez
Su insulsa comedia
Al femenil sexo
Que va á la cazuela.
El naturalista
Tagle, entre vidrieras,
Divirtiéndose
Con su pajarera.
  Que llanto etc.

—

Torrada, su cota
De malla reserva
Para cuando el luso
Declare la guerra.
Alvear, pescando
Con las portuguesas,
Y sus favoritos
Gimiendo miseria.
Que llanto etc.

—

Alvarez, deseando
Ir á Norte América,
A buscar la plata
Que allí se le adeuda.
Don Pedro Pelliza
Frecuenta las celdas
Donde se dan mates
Con buena canela.
Que llanto etc.

—

Despuig, azotado
Por manos francesas,
Y sin escucharle
Su justa querella.
Victorino Fuentes,
Come en las Iglesias
Santos, y en su casa
Vomita culebras.
Que llanto etc.

—

Gonzalez y Araujo
Ministros de Hacienda,
Con sus escobillas
Barren la moneda.
Guido, cortesías
Hace reverendas;
Y Alvarez, propone
Gigantes empresas.
Que llanto etc.

—

En el consulado
Anda Darragueira
Preparando sala
A sus concolegas.
Del buque Amarante
Pensando Anchorena
Tomarse la carga
Sin reconocerla.
Que llanto etc.

—

Orma blasonando
Protección, en fuerza
De que tiene influjo
En la Fortaleza.
Martinez y Herrera
Haciendo banderas
Para colocarlas
En las Mayas fiestas.
Que llanto etc.

—

En vestir las damas
Grimán se ingenia,
Y Eusebio Barcala
En cobrar gavelas.
Enrique el Platero
Y todos los que entran
En su platería,
La Patria gobiernan.
Que llanto etc.

—

Don Pepe la Rosa
Visitando mesas
Por ver si le toca
Una servilleta.
Don Miguel Belgrano
Tocando tabletas,
Y José Gregorio
Corriendo tabernas.
Que llanto etc.

—

Ambrosio Lezica
Reparte á doncellas
En el Coliseo
Batatas y yemas.
Argerich tocando
La flauta traviesa,
Y su clarinete
Rivero, con muecas.
Que llanto etc.

—

Don Blas, regañando
A toda la orquesta,
Al paso que toca
Del clave las teclas.
Arzac, las arañas
Custodia y las velas,
Y luego espabila
Los cabos de esperma.
  Que llanto etc.

—

Salcedo sin mitra,
Gómez sin prebenda,
Y el clérigo Yllañes,
Con la boca abierta.
Haciendo sermones
Castro, en la cuaresma,
Ya en pro de la causa,
Ya contra el sistema.
  Que llanto etc.

—

Desde su bufete
El doctor Achega
Pronunciando fallos
Y dando dispensas.
El doctor Belgrano
Llorando anatemas,
Y don Lucas Ruiz
Sin sus limosneras.
  Que llanto etc.

—

El padre Muñoz
Metido á poeta,
Toma por sus loas
Plata en recompensa.
El padre Camilo
Recibiendo renta
E injuriando al pueblo,
Con gran desvergüenza.
Que llanto etc.

—

El padre Aparicio
Viendo la comedia,
Y luego gritando
Que es pecado verla.
El fraile Posadas
En una secreta,
Dice con cachaza
Que se va á Ginebra.
Que llanto etc.

—

Don Cosme Argerich
Curándose á tientas
Su oculta aneurisma
Cuando hay malas nuevas.
En su gran sombrero
El padre Mosqueira
Lleva por divisa
Una calavera.
Que llanto etc.

—

El que en la marina
Dicta providencias
Da sus decisiones
Segun su mollera.
Molina y Montufar
Oriundos de Hesperia
Defienden la causa
Por tenerles cuenta.
  Que llanto etc.

—

El doctor Acosta
Con manos abiertas
Ruega á Dios que Oliden
No largue la breva.
Don Justo García
Vestido de felpa
Por haber querido
Lucir en la prensa.
  Que llanto etc.

—

El doctor Azcuénaga
Con la nota puesta
De que es adversario
De la opinión nuestra.
El pueblo esperando
Una polvareda,
Y yo con deseos
De librarme de ella.
  Que llanto etc.

—

Basta compatriotas
Mi numen ya cesa
No porque no encuentre
Sobrada materia,
Sinó porque puede
Cansaros la idea.
Conque á Dios amigos
Salud y pesetas.
  Que llanto me oprime
  Que risa me cuelga.

SÚPLICA DE LOS PATRICIOS Á LA ASAMBLEA

SONETO *

Soberano Señor, si por la bula
De Meco que alegaron los gallegos,
(Sin embargo que no hay tales borregos)
Se les concede hoy montar en mula:

La razón, que los méritos regula
De los libres patriotas andariegos,
Exige, permitirles á sus ruegos,
Montar en mulatilla, siendo chula:

Esta súplica hacemos los patricios,
Estando ciertos que será otorgada
En justa recompensa de los vicios

En que vemos la patria encenegada.
Si lo conseguimos será prueba
De que aun no ha madurado bien la breva.

---

* M. S. de la Colc. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Á LA FUGA DEL REY JOSÉ

SONETO *

Lleno de susto, sobresalto y ansia,
Y sin privarle el curso la esperanza,
Del crudo Pirineo á toda prisa
Huyendo va el rey Pepe para Francia.

No hay escollo ni riesgo en la distancia
Que le quite el fugar de su cabeza;
Quien conozca el empeño de la empresa,
Conocerá del miedo la abundancia.

Allí cae, allí rueda, allí levanta,
Para emprender de nuevo su camino.
Mas allá un gajo de espinosa planta

Le da en un ojo, pero su destino
Quiso que el golpe fuese en miembro muerto,
Porque lo recibió en el ojo tuerto.

* M. S. de la Colc. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

He de cantar, por mas que se atribuya
Mi soneto á locura ó fanatismo,
En las aras del santo patriotismo
El Te Deum, el Gloria y la Aleluya.

Nadie habrá que me increpe ni me arguya
De ingrato en elogiar tanto egoismo,
Pues aunque está en sus trece el ostracismo,
Me temo que el sistema se destruya.

Las canciones patrióticas han muerto;
Gritar ¡viva la Patria! es contrabando;
El nombre *sarraceno* está en desierto,

Y el militar ardor algo mas blando
De forma, que segun miro y concierto,
Se va la santa causa evaporando.

* M. S. de la Colec. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Decíale el famoso Pepe Illo
A un joven que enseñaba á ser torero,
Si observas las lecciones que Romero
Ministra en su arte de torear Juanillo,

No temas de que toro ni novillo
Por más bravo que sea y marrullero
Te ofenda, con que así sigue el sendero
Que en su libro propone aquel caudillo.

Instruído el mozo, al parecer, en forma
Al público su maestro lo presenta,
Y encomendándole éste que la norma

De la cartilla guarde, se le sienta
Preguntando: ¿Y si el toro, por mi suerte,
No entra por donde la cartilla advierte?

* M. S. de la Colec. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Si mi rancia moral filosofía
Engaño no padece en sus problemas,
De mi patria los rígidos emblemas
Veré postrados con vergüenza mía:

Veré la popular soberanía,
Defensora de bélicos sistemas
Encaminándose con sus teoremas
Para el Lethés donde estar debía;

Veré, de esta ciudad la más unida
Parte, llorando su fatal ruina,
A las reales banderas acogida:

Y veré, si mi aliento no termina,
Esa altiva pirámide abatida,
Rubor de la República Argentina.

---

1 M. S. de la Colec. de Don J. M. G. en la Biblioteca del Congreso Nacional.

DECIMA *

CON MOTIVO DE HABERSE QUITADO EL PABELLÓN ESPAÑOL EN LA FORTALEZA DE BUENOS AIRES EL DÍA 22 DE ENERO DE 1815 Á LA UNA DE LA TARDE, Y NO HABERSE PUESTO OTRO EN MUCHO TIEMPO, NI ESPAÑOL, NI PATRIOTA.

Cual bajel que junto á un istmo
Sufre una gran tempestad,
Se encuentra en la actualidad
Zozobrando el patriotismo:
Cansado ya de si mismo,
Y de predicar en hueco
Si es Español ó Marrueco,
Ignora en tal situación;
Pues corre sin pabellón
La borrasca á palo seco.

* M. S. de la Colec. de Don J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO *

AL PADRE CAMILO CUANDO SIENDO CENSOR OFRECIÓ EN SUS PERIÓDICOS OTRO DRAMA TITULADO: LA INOCENCIA EN EL ASILO DE LA VIRTUD.

Si se hubiese en justicia criticado
La Camila como era y es debido,
No ofreciera usted hoy con tono erguido
Otro nuevo papel mal hojaldrado;

Su amor propio lo escusa de pecado,
No dramatice más, tenga entendido,
Que lo que juzga que *embeleso* ha sido,

Es un puro *embeleso* desgreñado:
Mude de oficio, llámese á sosiego,
No pretenda apurar nuestra paciencia,
Mire que el teatro no es cosa de juego,

Minore el precio, cobre con conciencia,
Porque si pide más que á real por pliego
No ha de encontrar *asilo la inocencia.*

* M. S. de la Colc. de Don J. M. G. existente en la Bibliotoca del Congreso Nacional.

GLOSA *

Respóndeme, aunque te pese
El tener que responder:
Siendo el pueblo el soberano,
¿A quien toca obedecer?

1ª

Confieso Armindo que no hallo
Ley, por donde el patriotismo
Hacer pueda á un tiempo mismo,
Al pueblo Rey y vasallo:
Contempla si es justo el fallo
Que la respuesta te ofrece,
Y si acaso no merece
Que la apruebe tu sentir,
A quien deberás servir
Dime, Armindo, aunque te pese.

2ª

Siempre que la autoridad
A manos del pueblo viene
Manda el que más fuerza tiene
A su arbitrio y voluntad:
La prueba de esta verdad
La dió el General Soler

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. G. existente en la Bibl. del Congreso Nacional.

Y ya que no es menester
Dar otro convencimiento,
No diré más porque siento
El tener que responder.

3ª

Nunca habrá gobierno estable,
La desunión será eterna,
Porque si el pueblo gobierna
Es la lucha interminable:
Todos tenemos palpable
La consecuencia en la mano,
Pues, vemos que un ciudadano
Puede, sin ley ni razón,
Aspirar á ser mandón
Siendo el pueblo soberano.

4ª

Es cosa muy singular
Que, siendo argentinos todos,
Litiguemos de mil modos
A quien toca gobernar:
Si no dudas confesar
Que en tu juicio y entender
Está el supremo poder
En el pueblo constituido,
Pregúntale á tu partido
A quien toca obedecer.

DÉCIMA *

Hoy se mira en tal estado
El militar patriotismo,
Que se ha vuelto bandolismo
Para purgar su pecado.
No hay campestre, ni soldado,
Si en ellos tus ojos fijas,
Que no ciñan sus verijas
Con afilados aceros,
Llevándolos los lecheros,
Para guardar sus botijas.

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. G. exte. en la Bibl. del Congreso Nacional.

DÉCIMA *

DEFÍNESE AL DESPERTADOR TEOFILANTRÓPICO

Nuestro místico escritor,
Aparentando concordia,
Es de toda la discordia,
El más cruel atizador.
El es la nata y la flor
De nuestra bellaquería,
Y es tal su filantropía,
Que ha de hacer que soliciten
Que hasta los *virgos* se quiten
Que están en la letanía.

* M. S. de la Colec. Gutierrez existe. en la Bibl. del Congreso Nal.

GLOSA *

Que el mundo se satisfaga
Nada se me da, mi amigo,
Yo lo dejaré que diga,
Con tal que me deje que haga.

1ª

Dicen que no soy patriota,
Ni adoro la libertad,
Porque odio la iniquidad
Que en nuestro suelo se nota.
Nada de esto me alborota,
Nada mi opinión estraga;
Y si digo que me halaga
Quien me nombra *Sarraceno,*
No mentiré, porque es bueno
Que el mundo se satisfaga.

2ª

Haganme mil vituperios;
Digan que soy un salvaje;
Que á mi me sobra coraje
Para tolerar dicterios.
Si juré entre los hesperios

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. S. existe. en la Bibl. del Congreso Nal.

Ser leal, justo es que diga
Las leyes á que me obliga
El juramento que di.
Con que, que hablen de mi,
Nada se me da, mi amiga.

3ª

Que bueno ó malo el sistema
Sea, en eso no me meto,
Porque yo guardo respeto
Al zapallo cuando quema.
Para todo tengo flema
De aquí es que, aunque me persiga
Todo el pueblo, con intriga,
Por mi modo de pensar,
Como no pase de hablar
Yo lo dejaré que diga.

4ª

Si es lícito, á cualesquiera,
Libremente el opinar,
Nadie me podrá quitar
Que yo piense como quiera.
La libertad, que pondera
De la patria la voz vaga,
Todo mi recelo apaga
Cuando me pongo á escribir.
Con que apruebo su sentir,
Con tal que me deje que haga.

SONETO. *

Descríbese el caracter de los patriotas del dia

Apenas se les pinta seriamente,
A los bravos patriotas, algun cuento
Que aluda á triunfo, gloria ó vencimiento,
Cuando toma el valor todo ascendiente;

Pero si se descubre que aparente
Es el lauro, todo es abatimiento.
Si así es de los patriotas el aliento,
¿Que espera tu sistema de tal gente?

Lo que puede esperar es que, si llega
El caso de que sea necesario
Entrar á sostener una refriega,

Cada cual tomará su dromedario,
Y, por no ser testigo de la entrega,
Jugará con el santo escapulario.

* M. S. de la colección Gutierrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO. *

A LA PAZ GENERAL DE LA EUROPA

Ya el templo augusto del bifronte Jano,
Que tantos años se mantuvo abierto,
Se ve cerrado y en feliz concierto
La paz luciendo con donaire ufano.

Ya está la Europa libre del tirano,
La Francia toda con su honor cubierto,
Su usurpador, metido en un desierto,
Y, en España, reinando el soberano;

Ya el fuerte militar, se desahoga
De la fatiga de Mavorte acerba;
Ya, cediendo las armas á la toga,

Se abrirán las escuelas de Minerva;
Y Astrea reinará, dando, el tribuno,
El derecho que tenga cada uno.

* M. S. de la colección Gutierrez, existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO *

CRÍTICA Á LA CAMILA DEL CENSOR

Sin duda las porteñas, mis paisanas,
Al Censor algun chasco le han jugado,
Pues se muestra tan serio y enojado
Con las hijas del Sud americanas.

Sus miras todas le han salido vanas,
Porque, el pueblo argentino, ha despreciado
Su Camila, poniéndolo en estado
Que de dramatizar pierda las ganas.

Al momento que vi la destemplanza
Con que trata el Cacique á Camilita
Dije yo, que, el autor, tomar venganza,

Queria contra alguna porteñita;
Seguro que, en nuestros arredores,
No tienen potestad los quemadores

* M. S. de la colección Gutierrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO *

Solía mandar Nise con jactancia,
A Arnesto, por violetas al mercado,
Y él iba con placer á su mandado,
Sin mostrar la mas leve repugnancia.

Si quieres probar más mi fé y constancia,
Le dice Arnesto con risueño agrado,
Te llevaré, á Morón, aquel recado
Que tienes que mandar de allí á tu estancia.

Mas, si á acaso volviese algo rendido,
Te ruego que, al volver de mi jornada,
Me admitas en tu lecho bien mullido,

Que yo te ofresco no ofenderte en nada,
Con tal que, estando ya en cama metido,
No me hagas levantar de madrugada.

* M. S. de la colección Gutierrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

LETRILLA *

Quien paga y miente,
Su bolsa lo siente.

—

1—Si es brocárdico sabido
Que, el que habla con falsedad,
Cuando dice una verdad
Es de ninguno creído,
En esta parte ha tenido,
La patria, influjo exelente.
Quien paga y miente,
Su bolsa lo siente.

—

2—No me dirás qué sacamos,
Fabio amigo, con mentir,
Si, al último, han de lucir
Las verdades que ocultamos,
Nosotros nos engañamos,
No es engañada la gente.
Quien paga etc.

—

3—En esto de ser pintores,
Nada nos puede ganar,
Porque sabemos pintar
Las cosas de mil colores.
¡Siempre somos vencedores!

---

* M. S. de la colección Gutierrez, Biblioteca del Congreso Nacional.

Ninguno nos mete el diente.
Quien paga etc.

—

4—Lo mejor es que tenemos
Fama ya de baladrones,
Y que saben las naciones
Los males que padecemos.
Si de esta suerte nos vemos,
El provecho es evidente.
Quien paga etc.

—

5—Las ponderadas banderas,
Que entran á cada momento,
Y que son el fundamento
De fiestas tan lisonjeras,
Nos tienen con todas veras
Embaducada la mente.
Quien paga y miente etc.

—

6—Yo ya estoy escarmentado,
De escuchar tantos embustes;
Dime, Fabio cuanto gustes,
Que á todo estoy preparado.
Lloremos nuestro pecado,
Cuente el papel lo que cuente.
Quien paga etc.

—

7—En los choques que sufrimos,
Son nuestros lauros enteros,
Nunca caemos prisioneros,

Matamos y no morimos.
Las balas que recibimos,
Son de materia impotente.
Quien paga etc.

—

8—De Chile el triunfo cabal
Se tiene por increible,
Mas yo digo que es posible,
Siendo un santo el General.
¿Si el milagro es celestial,
Podrá haber inconveniente?
Quien paga etc.

—

9—Dicen que ya está la tropa
En Chillán, Penco y Coquimbo,
Y yo digo que hasta el Limbo
Irán según van en popa.
Guarden las huestes la ropa,
Porque el horno está caliente.
Quien paga etc.

—

10—Cuentan, que ya está Marcó,
Preso por los naturales,
Y que tienen los caudales
Con que dicen se escapó.
Yo no afirmaré que nó,
Pero diré como oyente
Quien paga etc.

—

11—Son tan varios los asuntos
Y las noticias tan varias,

Que pueden las luminarias
Ser también por los difuntos.
Con tan bellos contrapuntos,
Se canta divinamente.
Quien paga etc.

—

12—Como fué de San Martín
El triunfo que se blasona,
Hoy su retrato corona
Un alado serafín.
Yo quiero esperar el fín
Pues si peco de indulgente,
Quien paga y miente
Su bolsa lo siente.

AL BRIGADIER D. MARTÍN RODRÍGUEZ

GLOSA *

Los pechos de las hermosas,
Son aras en que arderán
Los inciensos que reciba
El Marte de nuestra edad.

—

Si á nuestro Marte argentino,
Hoy un patriota inflamado,
Ha ofrecido ó inmolado
Todo el sexo femenino,
Con moral tan peregrina
Y mercedes tan copiosas,
Tocar podrá, entre otras cosas,
Por premio de sus tareas,
Los ombligos de las feas,
Los pechos de las hermosas.

—

Si por incienso le aplica
Lo mas grato de unas bodas,
Y no tiene para todas,
El sexo se mortifica.

* Está en la Lira, pág. 82, sin firma. En la Colec. Gutiérrez el M. S dice: Al Brigadier Don José de San Martín y la dá como de Azcuénaga.

En vano el poeta, publica
Tal ardor, con tanto afán,
Porque ellas apagarán
El fuego que él encendió,
Y, entonces, verá que no
Son aras en que arderán.

—

Si las conduce á la hoguera
Y escucha algún estallido,
Podrá ser que sea el ruido
Expulso por la trasera.
Si cosa tal sucediera,
Nada tiene de nociva,
Porque, aun cuando lo perciba
Nuestro General feliz,
Le entrarán por la nariz
Los inciensos que reciba.

—

Si tras del ruido, por suerte,
Acontece otra tormenta,
De las que el médico cuenta
Que hay en la hora de la muerte
El chasco será mas fuerte,
Porque, hablando en equidad,
Al mirar la novedad
De un suceso tan infausto,
Reprobará el holocausto
El Marte de nuestra edad.

SONETO

Á DON DAVID SILVA, ELOGIANDO SU MÉRITO

Siempre fueron los sabios mal queridos,
Los hombres grandes, siempre desdeñados,
Y en especial los poetas consumados,
Como tú, Silva, siempre perseguidos.

Tus émulos malignos y atrevidos,
Atónitos están y avergonzados
Al mirar tus escritos decorados,
Con laureles y encomios repetidos.

Por esta causa temen en el día,
Que, por el gran soneto que tu has hecho
A la augusta é inmortal Reina María,

Te resulte algún premio de provecho,
Dándote, por castigo á tu malicia,
Un hábito con renta vitalicia.

SONETO

AL MISMO INDIVIDUO

Dime, Silva divino, ¿do adquiriste
Ese sublime estilo, esa armonía,
Que se advierte en tus obras de poesía
Con que tanto que hablar al Brasil diste?

¿No me respondes? ¿Callas? ¡Suerte triste!
Yo quisiera aprender esa ambrosía,
Para ver sí la escasa dicha mía
Merece la mitad que mereciste.

Todos te alaban ¿Si será el motivo
De tus glorias, aquel dulce soneto
Con que el retrato preconiaste vivo

De la augusta Carlota? Te prometo
Que tus obras tendrán, hasta en la Albania,
El destino que aquí y en Lusitania.

MIGUEL DE BELGRANO

RASGO HISTÓRICO POÉTICO *

DE LA VALIOSA REPULSA QUE HICIERON LOS ESPAÑOLES Á LOS INGLESES DESEMBARCADOS EN EL PUERTO DE DOMIÑOS DE LA COSTA DE CANTABRIA EL 2 DE AGOSTO DE 1800.

PASATIEMPO EJECUTADO EN EL TIEMPO DE LA ACCIÓN POR DN. MIGUEL DE BELGRANO, GUARDIA DE CORPS, EN LA SEGUNDA COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE CABALLEROS AMERICANOS, NATURAL DE BUENOS AYRES, Y AL PRESENTE RESIDENTE EN ESTA CIUDAD, EN VIRTUD DE REAL LICENCIA.

« *Talibus viriis non labor insolitus,*
non locus ullus asper aut arduus
erat, non armatus hostis formidolosus
virtus omnia domuit.

Sallust in Bell Catil.

Invocación y asunto

Sacro-Santo Regente de las nueve
Eruditas hermanas, que, á porfía,
Para instrucción del hombre, tu voz mueve,
Dotándolas de sabia melodía:
Ordena á Clío, que mi mente eleve
Con majestuosa métrica armonía,
Para que yo bosqueje aquella estraña
Repulsa, que, al inglés, hizo la España.

* Telégrafo Mercantil, Tom. II pág. 149.

Dedicatoria

Y tú, mi amada, respetada amiga,
A quien gracia, talento y discreción,
El Supremo Hacedor tanto prodiga
Del fuerte sexo para admiración;
Quanto mi lengua balbuciente diga,
De aquel suceso, en esta narración,
Admítelo en tus aras, y entre tanto,
Mi voz escucha, que comienzo el canto:

Salida de la escuadra inglesa de sus departamentos

Ya de la luz el padre, visitaba
En zodiáco, de Virgo, la mansión,
Y ardores y bondades derramaba,
Al suelo nuestro, desde su región,
Cuando, Mavorcia, áncoras levaba,
Grande, movible, inglesa población,
Dejando, en breve, la tenaz arena
De *Spytead Plymouth* y Sta. Helena.

Avístase la escuadra sobre el cabo de Ortegal

Sufre Anfitrite escuadra respetable
De navíos, fragatas y corbetas,
Que al número de ciento formidable
Se llega con transportes y goletas.
Eolo tanto se presta favorable,
Que por las aguas la conduce quietas,
Y en pocos días, con poder notorio,
Asoma de Ortegal al promontorio.

Fondea en el puerto de Domiños

No tan veloz el rayo furibundo,
Se desprende de nube borrascosa,
Como ella, de Cantabria, en tremebundo (a)
Puerto se mete, y sus bajeles osa
En batalla ancorar; para que el mundo
Testigo sea de su acción gloriosa.
Reina en tanto la calma; pues, el hado,
Casi siempre proteje al que es osado.

El General inglés ordena el desembarco

Pronto el caudillo, General marino,
Warren llamado, á cuya gran pericia,
El revoltoso Pitt da por destino (b)
Hostilizar las costas de Galicia,
A sus buques ordena el vespertino (c)
Desembarque de británica milicia,
Que, de la nueva aurora al arrebol,
Debe asaltar la plaza del Ferrol:

Se ejecuta el desembarco y la pequeña batería de Domiños es destruída

Cada vaso á su lancha la refuerza
Con número crecido de soldados,
Que, conducidos por remera fuerza,

(a) El Puerto de Domiños hasta esta ocasión se tuvo por impracticable por ser muy proceloso.

(b) Es notorio cuanto este Ministro inglés ha trabajado para volver las otras Potencias contra la Francia.

(c) Por la tarde, á las dos, se efectuó el desembarco.

En la playa se ven desembarcados.
El duro inglés en redimir se esfuerza
Los pertrechos de guerra, tan usados,
Cediendo del cañón á la violencia
La débil de Domiños resistencia. (a)

El Ejército se apodera de las alturas de Lagraña

Ya de la Gran Bretaña el numeroso (b)
Ejército, reunido en batallones,
Supera de los montes lo escabroso,
Ufano tremolando sus pendones,
Y sometido al eco belicoso,
Conque manda el clarín sus formaciones (c),
Llega, con órden y guerrera saña,
A tomar las alturas de Lagraña. (d)

El Gral. Moreno jefe de la escuadra se dispone á rechazarlo

Mientras que del cansancio se repara,
Ya creido Señor de este terreno,
La vergüenza y la ruina se prepara
El nautico español, jefe moreno,
A quien Minerva, más que nunca, ampara
En esta vez con Marte, que, á su seno
Abrigado, celoso determina,
Volver por el honor de su marina. (e)

(a) Esta era una batería con cuatro cañones de mediano calibre.

(b) Se asegura eran 109 hombres los desembarcados.

(c) En lugar de cajas se servian de clarines.

(d) Pueblo que está frente al Ferrol.

(e) Esta se miraba como deshonrada desde el combate que tuvo en el Cabo S. Vicente á principios de la actual guerra, en el que quedó abatida.

Reune sus tropas y las proclama

Los marinos guerreros, prontamente,
En los buques reune de su mando,
Y prodiga el caudal de lo elocuente,
Sus varoniles brios esforzando:
« *Tiempo es, (les dice), valerosa gente,*
« *En que, vuestro destino recordando,*
« *Animosos salgais á la campaña*
« *Para eterno laurel de nuestra España:*

« *No os aterre el número crecido*
« *De ingleses Batallones, pues, la suerte,*
« *Próspera en nuestro pais, los ha metido,*
« *Para que sufran afrentosa muerte.*
« *Por vuestro brazo se verá vencido*
« *Y puesto en fuga, el enemigo fuerte,*
« *Si de español el nombre, en vuestros pechos*
« *Inspira, como suele, grandes hechos.*

« Marchad, y combatid con tal denuedo
« Los mavorcios británicos millares,
« Que su jefe, que hoy se mira ledo,
« Sufra mañana rígidos pesares.
« *Como origen de espanto, con su dedo*
« *Señale vuestros pocos centenares,*
« *Mientras que nuestras lanchas cañoneras*
« *Os sirven desde el puerto de trincheras.*

Pasan las tropas de marina á Lagraña y el General hace poner camisas embreadas á su escuadra, encargando la incendien antes que entregarla.

Dijo: y en tanto que estas cortas tropas, (a)
Animadas al eco de sus voces,
Dejan las regias, belicosas popas,
Y al puerto de Lagraña van veloces,
El, embreadas, inflamables ropas,
Á los buques vestir ordena atroces,
Y que antes que ceder de su arrogancia,
Imiten á Sagunto y á Numancia. (b)

El General Donadio pone en defensa el Ferrol y marcha al campo

Sabias medidas de defensa toma,
Del Ferrol en la plaza Donadio, (c)
Terrestre General, que luego asoma
Armado de español militar brío,
Y al frente de los nuestros, pronto doma
Del atrevido inglés el poderío;
Que castigada tanto no creia
Quedase por tan pocos su osadía.

Ataque del 25 por la tarde, por las tropas de marina

Al enemigo atacan esforzados,
Dando á la tropa ejemplo, subalternos,

(a) Entre los soldados de marina y los de asturias, que á ella estaban agregados, componían el número de setecientos, que fueron los que en esta acción pelearon.

(b) Vease la historia de España.

(c) Mariscal de Campo Comandante del Campo volante que estaba en Neda.

Que merecen á par de los soldados,
Por su osado valor, lauros eternos.
La muerte se introduce en todos lados,
Ya de los propios, ya de los externos,
Que superando al fin, por muchedumbre,
Ocupan de Brión la llana cumbre. (a)

Anochese y llegan refuerzos á los españoles

La noche, de la luz á los mortales
Privando entonces, que les presta el dia;
Los ingleses, intentos marciales
A la española encubra valentía.
Llegan á su favor de inmemoriales
Un batallon, y Asturias á porfia
Con otro tambien llega, y solo un trozo
Del de Guadalajara valeroso. (b)

Donadio proclama á los suyos, y les ordena ataquen al romper el día

Cuando el jefe reunidos ya los mira,
Los puntos del ataque principales
Les señala, y luego, les inspira
El valor, que le asiste en voces tales:
«Al orgulloso inglés sirvan de pira
«Vuestros brazos guerreros sin iguales;
«Para que vuestro nombre sin segundo
«Las naciones respeten en el mundo.

(a) Monte llano en su cima.

(b) Por mucho que se distinguió en la Plaza de Rosas, sitiada por los Franceses.

«No ser pocos á muchos, intimide (a)
«Vuestros heroicos pechos..! mas, que veo
«Ninguno las adversas fuerzas mide
«Y todos de atacar mostrais deseo!
«O Martes de la Iberia, nos impide
«La noche con sus sombras el trofeo;
«Mas al primer crepúsculo del alba
«Los preñados fusiles hagan salva.

Ataque del 26 al amanecer

A las doradas puertas del oriente,
No bien entreabre la rosada aurora,
Cuando la Ibera hueste, muy valiente,
A la altura se avanza sin demora.
Al peligro se arroja diligente,
Y repetir descargas no demora,
Siempre á la boca del fusil sugeta
La temible punzante bayoneta:

Las británicas tropas enemigas,
Al abrigo de equívocas acciones,
Plomos despiden, cual agosto espigas,
Plegando y desplegando batallones.
Las nuestras, de valor nada mendigas,
Terror infunden en sus corazones,
Fulminando, aunque cortas, tanto rayo,
Como flores abril produce y mayo.

(a) Los españoles, con los refuerzos que recibieron, componían el número de dos mil, y no recibieron más auxilios.

Empeño de la acción, y pierde el inglés el monte que ocupaba

El combate se empeña; ya no puede
Al guerrero regir la disciplina;
Encarnizada cólera precede;
El humo ciega y el metal fulmina.
Todos se mezclan; nadie retrocede;
Grande número al Erebo camina,
De la una y otra parte, pero luego
Vence del español el vivo fuego.

Oficiales españoles muertos y heridos

Pero no sin dejar en los raudales
De la enemiga sangre, que corría,
A uno de sus mas bravos oficiales,
España, muerto con herida impía.
Oliver era, que colmó de males
Al duro moro, cuando á Oran batía; (a)
Que el reducto de Sabal supo ufano
Libertar del furor republicano; (b)

Heroica acción de Oliver

Que colocado estando á retaguardia,
En la atrevida acción del primer dia,
Del capitan Linares la vanguardia
Exigió, por antiguo, con porfía;

(a) Se distinguió tanto este oficial, en el sitio de Oran, que obtuvo grados en premio.

(b) En la última guerra contra la Francia, defendió en el Rosellon, con muy pocos soldados, contra un número muy considerable de Franceses, el Reducto de Sabal.

Que por ser de su patria salvaguardia
Al peligro arrastró con valentía;
Asturias le nombraba en sus guerreros,
Coronel capitan de granaderos.

Quédenos la esperanza mas segura,
De que tu alma resplandezca estrella,
Mientras que de tu cuerpo, piedra dura,
No la memoria, sí el sepulcro sella.
Y pues regó tu sangre la verdura,
Do pisaba enemiga inglesa huella,
Todo mortal, que de ellas se alimente,
Atrevido saldrá, bravo y valiente.

¿Quien es aquel que todo desangrado,
Con vacilante paso es conducido,
Y su derecho brazo atravesado
Por las iras del plomo enfurecido?
¿Acaso es Zayas, que en Oran sitiado, (a)
El mismo brazo se miró rompido?
¡Que dolor! Zayas es; primer teniente
De la asturiana granadera gente.

Dente los cielos, ho paisano mio, (b)
Alivio en tu dolor; en tu quebranto,
Pronto recobres el perdido brío,
Porque del enemigo seas espanto;
Mas si el hado se muestra menos pío,

(a) Este oficial también se distinguió y obtuvo grados en el sitio de Oran.

(b) Es natural de la Habana, y por costumbre nos llamamos paisanos todos los americanos, aunque seamos de distinto continente.

Qué de penas te cubra con el manto,
Sufre paciente, sufre resignado,
Como fuiste en campaña denodado.

¿No miras entre cuatro ser llevado
Un primero teniente fusilero,
Que todo el cuerpo tiene maltratado
Por el metal mortifero extrangero?
Pues es Ortiz, de Asturias, que dejado
Ha la crueldad con álito postrero, (a)
Porque, de los tormentos blanco siendo,
En eterno penar viva muriendo.

En medio de tus ansias, confiado
Espera de los cielos; ¡oh guerrero!,
Que de la muerte te verás librado,
Para ruina fatal del inglés fiero.
Pero si nuestro Dios ha decretado
Que pases al descanso verdadero,
Muere conforme, mientras el deseo
En mis versos te erije mausoleo.

Aquel que en los corales revolcado,
De sus venas, aún quiere en desafío
Dejar al fuerte isleño castigado,
Es Matrite, teniente de navio.
De la marina se verá llorado,
Al paso que refiere el labio mio,

(a) Fué herido de muerte.

Que de la vida el hilo, parca ingrata
Cortó á Godoy, alferez de fragata.

Su compañero gana salpicado
El suelo con su sangre, por herida
Que recibió, dijo: mas no asestado
Bien el metal le perdonó la vida.
Tuvo el Rey el dolor de ver postrado, (a)
A los golpes de bala enardecida,
Con sueño eterno á Plañes, su ayudante,
Y herido á Gotié, su comandante.

El joven Pardo, que por vez primera,
De juvenil ardor acompañado,
En campaña llevaba la bandera,
En el choque quedó sacrificado:
Cadete digno de que no tuviera
Un fin tan pronto, tan precipitado,
Porque, adquiriendo militar pericia,
A ser héroe llegara en la milicia.

De aquel trozo fortísimo observante
De mavorcia doblada disciplina,
Que, puesto del ejército delante,
Sable, granadas y fusil fulmina,
Al alférez Martín en un instante
Miró Guadalajara repentina, (b)
Con herida postrado: mas no pudo
El plomo desatar su vital nudo.

(a) Regimiento de este nombre.
(b) Regimiento así llamado.

Oficiales ingleses muertos

A los tiros de España repetidos,
Oficiales murieron extranjeros
Cuatro, que de ellos fueron muy sentidos,
Por, en sus ropas ser de los primeros, (a)
Y pues que de este llano despedidos
Quedaron los ingleses, siempre fieros,
Dime musa la suerte que tuvieron
En los otros ataques que emprendieron.

Ataque á los castillos y su resistencia

Rechazado el inglés, á sus soldados,
Que sitien los castillos les ordena;
Marchan en dos columnas, bien formados,
Sin mostrar de avanzar la menor pena.
La Palma y **San Martín** con asestados
Basiliscos de fierro los enfrena,
Logrando, por su acierto en este día,
Remitir á Pluton gran compañía.

Ataque de las cañoneras

Del Walon á los fuegos se resiste (b)
San Felipe metales vomitando;
El enemigo avance no desiste,
A los muertos, que tiene, reemplazando;
En tomar este fuerte solo insiste;

(a) Todos están en la inteligencia de que estos oficiales muertos eran de alta graduacion.

(b) En este monte situaron los ingleses un cañon con el que hacían fuego á S. Felipe.

A viva fuerza le acometen, cuando
El terror, el asombro y el espanto....
Cañoneras de España valen tanto.

Estragos que hacen al enemigo

A las mieses no cegan tan veloces
Cuando Ceres las presta ya doradas,
Las encorvadas y cortantes hoces,
Por la mano del rústico animadas,
Como las balas del marino atroces,
A las contrarias huestes enfiladas,
Destruyen y dispersan sus soldados,
Que huyen de temor acobardados.

Se retira el inglés á los montes y destroza ganados

Cubierto el suelo de enemigos queda;
El resto á la montaña se retira,
Sin que el jefe marcial conseguir pueda
Saciar en otros su inflamada ira,
Que en aquellos, á quienes nunca veda
El pasto el labrador, y siempre mira
Como agentes de toda la riqueza,
Que próvida le da naturaleza.

Se enfurece el inglés al ver las tropas que unía el General Negrete

Todas las furias del infierno juntas,
A su pecho maltratan, cuando escucha
Que el General Negrete las conjuntas (a)

(a) Capitán General del reino de Galicia.

Tropas envía, con presteza marcha, (a)
Que armadas de cañones y de puntas,
La muerte le preparan, si es que lucha,
Pues más bien que las armas en campaña,
Su ya visto valor las acompaña. (b)

Manda el inglés que incendien los montes y se reembarquen

De vergüenza corrido, finalmente,
Y poseído de furor insano,
Estas voces prorrumpe fuertemente:
«En los tiznados brazos de Vulcano
«Estos montes poned; todo viviente
«Caiga á los golpes de la inglesa mano,
«Y buscad vuestro asilo cada uno,
«En el húmedo reino de Neptuno.

Incendios y matanza de nuestros ganados

Prontos ejecutores de su intento,
Los ya vencidos bárbaros ingleses,
Con inflamadas teas, un violento
Fuego meten en árboles y mieses;
Suben las llamas hasta el firmamento,
Derrámase la sangre de las reses,
Que al paso encuentra su iracunda espada,
Y corren á la playa en retirada.

(a) Un batallon de Africa y otro de voluntarios de Aragón.

(b) El primero se distinguió en Navarra, y el segundo en los Pirineos, en la última Campaña contra la Francia.

Reembarco. Queda la victoria por los nuestros.

El reembarco practican presurosos,
Protejidos del humo; el corvo diente
De las peñas arrancan vergonzosos,
Y surcan los dominios del Tridente.
Quedan los españoles belicosos,
Ceñida de laurel su invicta frente,
Siendo, la que al reposo los destina,
Su ya valiente sin igual Marina. (a)

El autor á la nación, en obsequio de los muertos

El triunfo, sí, el triunfo celebremos
De esta completa, singular victoria:
Pero negras bayetas arrastremos,
Honrando de los muertos la memoria;
Para ejemplo sus nombres coloquemos
En los hispanos fastos de la historia,
Mientras que por el orbe los derrama
El clarin elocuente de la fama.

A los señores Generales

Oh Moreno! Oh Negrete! Oh Donadío!
Que á Marte conducis en vuestros pechos,
¿Cómo podrá elogiar el lábio mío
Vuestras disposiciones... vuestros hechos?
El talento me falta... cede el brío
Al veros dignos de inmortales techos,

(a) Es acredora á este título por lo bien que se portó en esta empresa.

Renovando en España la memoria
De aquellos heroes que la dieron gloria.

A las Tropas que rechazaron al enemigo

¡Oh vosotros de mar duros Soldados,
Y vosotros de tierra defensores,
Bien pronto quedareis recompensados,
Recibiendo del Rey grandes favores. (a)
Todos aquellos, de quienes guiados
Domasteis los británicos furores,
Estimados serán del soberano,
Y siempre respetados de Belgrano.

RASGO POÉTICO *

Á LOS HABITANTES DE BUENOS AIRES
EN OBSEQUIO DEL VALOR Y LEALTAD
CON QUE EXPELIERON Á LOS INGLESES DE LA
AMÉRICA MERIDIONAL

Amados compatriotas, cuyas sienes
Orlan guirnaldas de laurel eterno,
¿Qué podré yo decir que digno sea
Del valor y lealtad de vuestros pechos?
¿Cómo podré expresar los ingeniosos
Medios de que os valisteis, careciendo
De municiones, armas y soldados,

(a) S. M. se dignó en premio de tan heroica acción, distinguirlos con un escudo en el brazo derecho y dos meses de la paga que cada uno disfrutaba. Esta última gracia no solo dispensó á las tropas, sino que estendió hasta la maestranza de los arsenales.

* «Hist. y Bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata». pág. 307. Colec. Alsina, pág. 563 á 564.

Para hollar doce mil ingleses fieros?
¿Qué expresiones habrá que al vivo pinten
El ardor, la constancia y el denuedo,
Con que los niños, jóvenes y ancianos
Al bravo Whitelocke sometieron?
A vuestra voluntad se rinden todos,
Víctimas siendo del enojo vuestro;
Y si la vida salvan unos pocos,
A costa es de volver lo que cogieron.
¡Levanta la cerviz, oh Maldonado!
¡Alzate tú también, Montevideo,
Y con tus campos todos, oh Colonia!
Himnos cantad al Dios de los ejércitos,
Al Dios con cuyo auxilio Buenos Aires
Su yugo sacudió y el yugo vuestro,
Haciendo que el gran Cárlos y Luisa
Volviesen á sentar allí su imperio.
En vano Beresford el insidioso,
Quebrantando la ley del juramento,
Prodigó las ofertas que acostumbra,
Para formar partidos, su gobierno.
En vano fulminaron amenazas
Contra vuestra ciudad y vuestro pueblo,
Los caudillos britanos, que juzgaban
Vuestra fidelidad de poco precio.
Todo en su daño fué, porque constantes,
Acreditar supisteis con los hechos,
Que el ser de valerosos y leales,
Por sangre os viene, de ínclito sabuelos;
De aquellos esforzados campeones

Que colmando á la Iberia de trofeos,
Sus vidas expusieron conquistando
Las tierras que después poblaron ellos.
De aquellos que valientes dieron nombre
De la Matanza al pago, destruyendo
Los bravos querandis, de los que á Candish
Con su hueste acabar también supieron;
De los que de la Holanda y Dinamarca,
Y de la Lusitánia, los intentos
Hostiles estorbaron cuantas veces
Se dirigieron contra vuestro suelo;
Y de aquellos, en fin, que de la escuadra
Triunfando de Fontain el Caballero,
Llegaron á eclipsar las altas glorias
De Luis XIV de la Francia dueño.
¡Oh dignos hijos de tan dignos padres!
Conservará la historia para ejemplo,
En sus anales, las proezas todas
Que el valor y lealtad os sugirieron.
  España se gloría; el Soberano
Lágrimas vierte de contento lleno;
Las naciones se pasman, y os tributan
Su justa admiración y su respeto.
La santa religión, reconocida
Os cubre con su manto; los guerreros
De la feroz Albión, encadenados
A su pesar, elogian vuestros hechos;
Gime la Gran Bretaña, pesarosa
De Popham á los intentos, maldiciendo:
Os llama inexpugnables, y sus huestes

Jura no exponer más á vuestro esfuerzo.
¿Qué mayor gloria pues? Habeis vencido
Al mismo vencedor en vuestro suelo,
De sus impíos brazos arrancando
Los pueblos que tiranos poseyeron.
A Cárlos y á Luisa, nuestros reyes,
Sublimes pruebas disteis del afecto
Que todo americano les profesa,
En pago del amor que les debemos.
Continuad, compatriotas siendo dignos
Vasallos de monarcas tan excelsos;
Sus glorias aumentad, y sus dominios
Defended siempre con igual denuedo.
De vuestra heroicidad, émulos todos,
Seremos á porfía, dirigiendo
Las acciones de modo que acrediten
Que, en valor y lealtad, no somos menos.
Y mientras que la fama por el orbe
El pormenor publica del suceso,
Dignaos admitir la enhorabuena
Que mi cariño expresa en estos versos.

RASGO ÉPICO DESCRIPTIVO DE LA VICTORIA DE MAYO

DEDICADO AL EXMO. SEÑOR DON BERNARDO O'HIGGINS DIRECTOR SUPREMO DEL ESTADO DE CHILE BUENOS AIRES

¿Que novedad? ¡oh Dios! el baluarte
¿Con ruido estrepitoso nos anuncia?
¿Porque del bronce de las altas torres
Alegres écos por do quier se escuchan?
¿Porque brillan antorchas á millares,
En el pórtico augusto? ¿Que motiva,
Del libre ciudadano independiente,
Tan general aplauso y alegría?
Divina providencia, que constante
La protectora sois del suelo mío,
Mi mente iluminad propicia ahora,
Y en dignos versos cantaré el motivo.
Transportareme rápido á los puntos
Que son el teatro de la guerra insana,
Do en sangrientos combates empeñados
Veré á los hijos de la patria amada;
Veré del patriotismo y el denuedo
Ejemplos raros, que inmortalizara
La pluma de Marón, si conociera
Del Sud independiente las jornadas;

Veré á aquellos guerreros ciudadanos,
Terror y asombro de la gente hispana,
Cuyos heroicos hechos repetidos,
Al viejo mundo llevará la Fama,
Asaltar valerosos y á porfía,
Por caminos buscados con empeño,
Los enemigos puestos, destruyendo
Los concertados planes del ibero;
Los veré cual arrollan denodados
Al lancero jinete, que quisiera
Restablecer el orden del desorden
En nuestra independiente y libre tierra;
Los veré.... mas ¡Oh Dios! ¿como posible
Me será referir aquella empresa,
Aquella heroicidad digna tan solo
De dignos hijos de la patria nuestra?
Yo miro á San Martín de audacia lleno,
De valor, de constancia y de firmeza,
Que al frente de la escolta que le sigue
Parte de Talca, y á Santiago llega.
Allí del cuerpo de municipales
Y próceres del pueblo se rodea,
Y á su derecha puesto el digno clero,
Les dirige la voz de esta manera.
«¡Amados compatriotas! dispersado
Nuestro ejército se halla; protejido
De las tinieblas (1) solamente pudo
Osorio á tal estado reducirnos.

(1) Noche del 19 de Marzo.

De municiones, armas y soldados,
De jefes y oficiales desprovisto,
Para empresa mayor exijo ahora
Dispongais se me den nuevos auxilios,
Ni un instante perdais; vuestros esfuerzos
La patria salvarán. ¡Animo amigos!
Que son los contratiempos los maestros
Que enseñan á triunfar de los peligros.
En otras circunstancias al Estado
Vacilante lo ví, cual ahora miro:
Y en Salta (1) y Tucumán, Belgrano tuvo
La gloria de sacarlo del conflicto:
Haremos mucho más; yo os lo prometo,
Por pocos que podamos reunirnos:
Que á los que libres por la patria luchan
Un número crecido no es preciso.
—«¡Ilustre vencedor de Chacabuco!—
El primer magistrado le responde,
—Manda, ordena, dispón como quisieres.
No quede en la ciudad ni un solo hombre:
De los bienes, alhajas y riquezas
Usa á tu voluntad: salvar la patria,
Y libres disfrutar la independencia,
Para nuestra ventura solo basta.
Cuenta con nuestro celo y nuestro empeño
En tus miras seguir: por mi te habla
El gran pueblo Chileno, que se ofrece
En sacrificio por su amada patria,
Pues antes que ceder, jurado tiene

(1) El 20 de febrero de 1813, y 24 de Setiembre de 1812.

Que á los contrarios, todos opondremos
En defensa tenaz de nuestra causa,
Si faltan armas, los desnudos pechos».
—Dijo: y tomando con su propia mano
El tricolor (1), al pueblo lo presenta:
Al pueblo que, al mirarlo, en multitudes
Acorre diligente á su defensa.
Cada uno, armado cual mejor pudiera,
Su nombre daba.... cuando de improviso
Las vigías anuncian que no lejos
Se avistan las partidas de enemigos.
San Martín presuroso va en persona
A indagar la verdad.—«¡Oh Providencia!—
—En el momento exclama,—son Balcarce,
Alvarado, Quintana, y de Las Heras.
Con su auxilio y las tropas que han sabido
Retirarse en buen orden, yo os ofrezco
Reorganizar en breve nuestra hueste,
Para hollar la cerviz de los iberos».—
Al llegar los estrecha entre sus brazos,
Y diligente al punto les ordena
Que sin cesar trabajen noche y día,
Amaestrando el soldado á la pelea.
A Balcarce confía los infantes,
A Freyre y á Zapiola los caballos,
De Blanco, Cicerón, Borgoño y Plaza,
Toda la artillería pone al cargo.
Al acendrado celo de tan dignos

(1) Los colores azul, encarnado y blanco, componen la bandera nacional del Estado de Chile.

Expertos defensores, pocos días (1)
Bastaron á poner á nuestros bravos
En el mejor estado y disciplina.
San Martín los revista y al instante
Se coloca á su frente y se encamina
Del Maypo á las llanuras, á do sabe
Que el audaz español ya se aproxima.
Aquí á sus oficiales y soldados
Los puestos les señala de la empresa,
Llevando á su lado el sacerdote, (2)
Su deber de este modo les recuerda:
—«¡Valientes defensores!, deslumbrado
El ibero en su dicha pasajera
Hollar quiere la patria, colocando
Sobre nuestros colores sus banderas.
Volemos á arrancarlas prontamente;
Rompamos en sus manos las cadenas
Que al estado de Chile le prepara,
Y al Sud independiente en consecuencia.
De vuestro varonil constante brío
La patria, amigos, su salud espera;
Sean, pues, vuestros brazos á porfía
Su amparo, su sostén y su defensa.
Desarmados por siempre los tiranos,
Nuestras leyes respeten y obedezcan,
Y disfruten también, si se hacen dignos,
Los beneficios de la independencia;

(1) A los 13 días después de la dispersión del ejército y de una retirada de mas de 80 leguas.

(2) El Vicario general del ejército unido.

Que así del orbe las naciones cultas,
Convencerse sabrán, por nuestros hechos,
De que, si á los malvados destruimos,
A los hombres honrados acogemos.
Y vos, en tanto que á la lid marchamos,
Digno ministro, dirigid al cielo
Las fervorosas súplicas, que pueden
Mas que las armas darnos el trofeo.»
—«Marcha, valiente general,—le dice
El sacerdote, de entusiasmo lleno,
—La victoria te anuncio en este día
En el nombre del Dios de los ejércitos;
En el nombre del Dios de nuestros padres,
Que detesta los crímenes horrendos,
Con que á la sombra de su santo nombre
Los iberos mancharon nuestro suelo.
Parte veloz; más antes que al gran cuerpo
Del enemigo embistan tus guerreros,
Unos pocos destaca á que triunfen
De aquellos escuadrones, que allá veo:
Elegidos por bravos los envía
Osorio de vanguardia, y á tu encuentro:
Pruebe pues su bravura lo que puede
Con la ayuda de Dios el brazo vuestro.»
—Dijo: y al punto del clarin resuena
La voz tremenda que al combate llama;
Y la espada empuñando los patriotas
A rienda suelta parten. Las descargas
Del fusil y cañón, que les asestan,
Ni los arredran, ni los desbaratan;

Que antes bien, acometen tan unidos,
Que las contrarias filas desparraman.
Y con tanto tesón, con furia tanta,
Los aceros esgrimen, que tendidos
En aquel mismo instante y sin aliento,
En el campo se ven trescientos cinco.
Vosotros granaderos á caballo,
Mandados por Medina y Escalada,
Bien sostenidos del audaz Zapiola,
Ejecutasteis tan brillante carga.
Vosotros que ya habiais de antemano (1)
Con vuestro capitan Casaravilla,
Siendo solo sesenta, destrozado
Doscientos de las tropas enemigas.
Ya el fuego más atroz y destructivo,
Entretanto Martinez y Alvarado,
Que la izquierda defienden, sostenían
Contra los elegidos (2) del contrario,
Que en columna cerrada sobre ellos
A la carga vinieran denodados;
Más Borgoño feliz con sus cañones
Logra desordenarles los caballos.
Vacila nuestra línea unos momentos,
También nuestros infantes retroceden,
Y conseguir no pueden contenerlos
Ya los esfuerzos de sus bravos jefes.
San Martin que lo observa: «Presuroso

---

(1) Entre San Fernando y Rancagua, con su teniente Martinez.

(2) Entre otros los acreditados regimientos de Burgos, Infante D. Carlos y Lanceros, llegados recientemente de la península.

—Parte, Guzmán, le dice, y á Quintana
Ordénale en mi nombre, que proteja
A nuestra infantería, que desmaya.»
—Llega veloz Guzmán, y al punto mismo,
Quintana, que comanda la reserva (1)
Con Thompson, con Rivera, Conde y Lopez,
Arrojando centellas se presenta.
Al enemigo atacan valerosos,
A la línea sirviendo de modelo,
Que impulsada de nuevo, se revuelve
A los contrarios con mayor esfuerzo.
Freyre carga tambien con sus caballos
De escolta y cazadores, que debieran
Ya la acción decidir, si de Fernando
No fueran estas tropas tan guerreras.
Más firmeza, valor, ánimo y brío
Ostentan á la vez, y con coraje
Nunca visto se atreven á ofenderlos,
Aun revolcados en su propia sangre.
El combate más fiero y más reñido
Se trava cuerpo á cuerpo. No, no es dable
Preveer cual de los dos por mas valiente
Será el dichoso que el laurel arranque.
Mezclados los patriotas y realistas,
A porfía se exceden en proezas:
Se hieren, se maltratan, se destruyen,
Y en lucha tan feroz, ninguno ceja.

---

(1) Compuesta de los batallones 1o y 3o de Chile, y 7o de los Andes, á la que auxilió el 1o de Coquimbo.

Mas los infantes de la patria al cabo, (1)
Que el brigadier Balcarce dirigiera,
Con esfuerzos constantes, de los bravos
El puesto arrancan á la bayoneta.
Cubierto de cadáveres el suelo,
En roja sangre se le mira tinto;
Y ya la patria su laurel ciñera,
Si el enemigo fuera menos listo.
Pero en masa y buen orden se retira,
Los golpes de los sables resistiendo,
Al callejón de Espejo, y denodado,
Para la nueva lid ocupa un cerro.
Aquí apura del arte los recursos,
Despliega Ordoñez (2) toda su pericia,
Y á sus tropas dispone, de tal modo,
Que á los choques y embates se resista.
Muy en breve O'Brain á los infantes
De la patria, de Arauco, y otros cuerpos,
De San Martín á nombre que lo manda,
Les ordena que embistan aquel puesto.
En columna cerrada lo ejecutan,
Arrastrando los fuegos arma al brazo,
Y á pesar de los muchos que perdieran,
No logran los realistas dispersarlos.
Una, dos, y tres veces, en la cima
Trepados se ven ya; pero otras tantas,
Los obliga á bajar el enemigo

(1) Bajo este nombre se comprenden todos los cuerpos de infantería del ejército unido.

(2) Uno de los principales jefes del ejército enemigo.

Por un fuego horroroso de metralla.
San Martin que los mira vacilantes,
Cual rayo de una nube desprendido,
A la altura se arroja, acompañado
Del primero y segundo de Coquimbo;
Y tanto valor, constancia tanta
Arremeten los puestos enemigos,
Que en muy breves instantes, sus aceros,
Más de mil cuerpos tienden en el sitio.
El resto, de pavor sobrecogido,
El arma arroja con que herir solía,
Y en humilde postura,—¡Patriotas!
Perdonadnos,—exclaman,—nuestra vida:
Por vuestros padres, que también son nuestros
No querais por más tiempo maltratarla;
Por el Dios que adoramos lo pedimos,
Lo pedimos tambien por vuestra patria;
Que, mientras respiremos, nuestros brazos
No se emplearán jamás en daño vuestro,
A pesar del injusto y despiadado
Tirano que lo exige con empeño.»—
—Conmovidos al ruego los valientes
Defensores, al punto se desarman;
La mano alargan á los ya rendidos,
Y el general en jefe asi les habla:
—«Desdichados! ! ! jamás fué nuestro intento
Vuestra sangre verter; el insensato
Déspota que os envía, con sus hechos
Atroces nos impele á ejecutarlo:
El quiere que por fuerza á su ominoso

Yugo nos sometais; y todo cuanto
Al éxito conduzca os lo permite,
Aunque á Dios y á los hombres es contrario.
Es en esta virtud....mas ya que nuestra
Compasión implorais, tened la vida;
Y no olvideis jamás que os la conceden
Los mismos que arrancárosla debían.
¿Quien de vosotros es, pregunta luego
San Martín á los jefes que allí mira,
El denodado Osorio?»—«Ya tiempo hace,
Ordoñez le responde, que camina
Con doscientos caballos escoltado,
Su vergüenza á ocultar; despavorido.
Yo mismo le miré que se fugaba
Al solo amago de tu brazo invicto.»
—«*¡ Yo le sabré buscar dentro de Lima !*
Contesta San Martín; tu esfuerzo y brío,
Ordoñez malhadado, de mi afecto
Y de todo mi aprecio te hacen digno:

MANUEL PARDO DE ANDRADE

LA RECONQUISTA DE BUENOS AIRES *

POR LAS ARMAS DE S. M. CATÓLICA EN 12 DE AGOSTO DE 1806.

Cubra Bretaña con altivas naves
La inmensa faz del piélago anchuroso,
Como Saturno de arboleda el suelo;
Desaparezca el mar bajo las velas
De la soberbia Albión; tenga en su mano
Centro, poder é imperio
Del mar que ciñe en torno el hemisferio:
Reposa ¡Oh grande Cárlos! no por eso
Con más feliz suceso
Que en Canarias, Ferrol y Puerto Rico,
Alzar vereis el pabellón Britano
En los australes reinos que separa
La vasta inmensidad del mar opreso
De tu piadoso influjo. No, los cielos
Velan en tu defensa: el mundo todo

---

* (La Imp. en Bs. As., pg. 294).

Impreso No. 3884 de la B. N.

El autor de esta larguísima composición era un oidor de Barcelona, incansable versificador que ya en 1807 había publicado ya otra poesía sobre la derrota de los ingleses, dedicada á «sus antiguos corresponsales y amigos, los valerosos habitantes de aquella leal y gloriosa ciudad.

No rendirá de la nación hispana,
Tan leal como humana,
La sublime constancia, la animosa
Heroicidad con que á morir se expone
Por su Dios, por su Rey, y por su Patria;
Pues son de sus constantes corazones,
El León y los Castillos los blasones.
No, osado Beresford, vano presumas
Haber rendido y conquistado á Jorge
La más bella porción del mediodía,
La hermosa Buenos Aires, que otras veces
Contener supo el ímpetu furioso
De innumerables indios. Bien pudiste
Sorprender un instante
El ánimo constante
De sus fuertes y honrados ciudadanos;
Más no imagines que su noble pecho
A esclavitud infame
Ceda abatido, sin que honor inflame
El generoso elemento,
En que tiene el valor su antiguo asiento.
El eco del clarín que á la venganza
Los españoles llama, escucha y tiembla:
Tiembla, si, Beresford, pues á la empresa
Corre el bravo Liniers, rayo de Marte,
A empuñar con denuedo
El marcial estandarte
De Castilla y León en la siniestra,
Y en su esforzada diestra
El vengador acero

Que ha de llenar de gloria al fuerte ibero.
Todos claman venganza, todos guerra,
Y en sus áridos rostros resplandece
El presagio feliz de la victoria,
Tu castigo, ¡oh britano! y nuestra gloria.
El valiente Huidobro se preparaba
Al glorioso rescate desde el puerto:
Más, viendo que el inglés amenazaba
Rendir Montevideo,
Que ya tenía en bloqueo,
En la defensa de su plaza queda,
Y al ilustre Liniers la empresa fía.
Con quinientos valientes parte el héroe
A eternizar su nombre; todos arden
En llamas de valor; los hondos rios
No tienen sus bríos,
Y sin temer las fuerzas superiores
Que el pabellón britano tremolaban,
Rompen por las furiosas diluviadas
En balsas y jangadas,
(Débil auxilio para empresa tanta).
Pero la heroica gente,
Por llegar á las manos impaciente,
Cual torrente que baja despeñado
Sin que paren su curso acelerado
Del peñascal pendiente los horrores,
Tan enormes peligros arrostrando,
El laurel ó la muerte iba buscando.
Llegan del Sacramento á la Colonia
Donde el bizarro Concha los espera

Con sus ligeras naos y transportes,
De cuyos marineros
Forma soldados fieros
El invicto Liniers, los jefes todos,
Aumentando el poder por varios modos,
Ni el delicado sexo se eximía
Y al aumento de fuerzas concurría.
Ordenada la gente en escuadrones,
Inflamando Liniers los corazones,
Su deber les advierte:
Le escuchan todos, y habla de esta suerte:
«Intrépidos y fuertes españoles,
Que el inmortal Colón conducir supo
A mundo ignoto, do de fama y gloria
Os colmó la victoria
Bajo aquellos caudillos valerosos,
Que en la inmortalidad viven gloriosos;
De vuestro ardiente honor las justas iras
A la venganza os llaman y á pelea
Contra el fiero britano, que alzar osa
El polar estandarte, con que oprime
La Inglaterra los mares en los Fuertes
De Buenos Aires, capital hermosa
De esta provincia fértil. ¡Españoles!
A recobrarla vamos: esta empresa
Es digna de los nietos de los héroes
Que de los araucanos tantas veces
Laureles consiguieron,
Y á Castilla rindieron
Vastos imperios y remotos mundos.

¿Y sufrireis que el insular osado
Os robe el fruto de victorias tantas?
¡Ah lejos de esos pechos animosos
Vaya tan baja idea!
Bretaña tiemble, y toda Europa vea
El valor que os asiste: nadie diga
Ser español, si cual cobarde huye,
Ni en la fuga otro asilo hallar espere
Que muerte infame con deshonra eterna.
¡Ea, pues, valerosos descendientes
De los conquistadores de este mundo,
A la costa del Sur nos llama el eco
Del clarín de la fama! el celo ardiente
Por la gloria del Rey! la vela demos,
Y su rescate Buenos Aires logre
Con el valor de nuestro invicto brazo
Que colmará con tan bizarra hazaña
De gozo al Rey, y de opinión á España.»
Dijo, y todos le siguen á las naves,
Que al Sur las proas y las blancas velas
Tienden al punto, y con tajantes remos
Las olas hienden con presteza tanta
Que parece á los ojos que las miran
Surcar la blanca espuma
Aves que baten la ligera pluma;
Y á empresas grandes decididas, forman
En su navegación línea ordenada,
Y en unión fuerte felizmente pasan
Entre las naves apostadas;
Y del viento obligadas,

Dando fondo en las Conchas. Al momento
Tropa y artillería
Acampa en la altura el mismo día,
Sin que el rigor del clima destemplado
El curso del ejército esforzado
Bastase á contener, que en veloz marcha
Se acerca á la ciudad. Luego formando
En batalla su gente el Comandante,
Al britano arrogante
La rendición intima, que á las armas
El suceso remite; y diligente
Corre luego á buscarle con su gente.
Llega pues, el momento
Que ansia del español el ardimiento;
Y á la señal de ataque, cual leones
Que de zaña y furor encarnizados
Ni el fuego temen, ni los paran riesgos,
En alas del valor, los españoles
Atacan el Retiro custodiado
Por valientes ingleses, que cual dique
Desmoronado al ímpetu furioso
De las aguas, asi rendidos ceden
Al vigoroso ataque de los nuestros:
Huyen los que al socorro se presentan,
Pues apenas divisan las columnas
Enemigas los fuertes españoles,
Se van dispersas y desordenadas,
Cual tímidas manadas
De reses que persigue ambriento lobo,
A recobrarse en la ciudad, perdido

El parque, que tan presto fué rendido.
Tiende la noche el negro manto, y pone
Fin á las glorias del primer suceso
De Liniers y su gente,
Que esperaba impaciente
Del venidero dia la luz clara,
Fausto presagio de victoria siendo
Certero golpe de elevada bala,
Con que cayó abatido y arrollado
El pabellón britano enarbolado
En una altiva nave. Finalmente
Rayó la luz del venturoso dia,
En que el pueblo leal de Buenos Aires
A la dominación volver debía
Del monarca español, y sin más orden
Ni esperar la señal, los impacientes
Catalanes empeñan con arrojo
Un fuerte tiroteo,
Y atajar no pudiendo ya el deseo
Ardiente de la tropa, el Comandante
Impávido, delante
De las columnas marcha, y se presenta
En la lucha sangrienta,
Y acomete la plaza defendida
De mucha artillería, y do apostados
Desde los miradores y azoteas
Los soldados ingleses asestaban
Contra los nuestros incesantes tiros,
Que á cuerpo descubierto
Sufren, y corresponden con acierto

En unión fuerte y línea de batalla,
Resistiendo el rigor de la metralla.
Y cual incendio que á favor del viento
Se avanza estrepitoso, sin que pueda
Estorbar sus progresos, los esfuerzos
De los que en vano á su furor se oponen,
Así nuestros soldados
En la lid empeñados,
Todo lo rinden con ardiente saña,
Corriendo diligentes
Los habitantes leales y valientes
A unirse con los nuestros en el riesgo
Y redimir su afrenta con las armas.
¿Oh quién la valentía
Pudiera describir, que en este día
Mostraron las espadas españolas,
Todas á competencia en la pelea;
En sangre tintas y de honor cubiertas!
¡Quien la constancia y varonil esfuerzo
De la tucumanesa valerosa,
(La amazona Manuela), sin asombro
Celebrar puede, si el arrojo mira
Con que maneja el relumbroso acero
Al lado del consorte! Rinde y mata
Al inglés más valiente y obstinado
Presentando á Liniers en la campaña
El fusil por trofeo de su hazaña?
¿Quién del bizarro General, que á todos
De constancia y valor era alto ejemplo,
Pintar podría la intrepidez heroica

Con que entre espesas nubes de metralla
Animando su gente,
Sin que solo un instante
Se mudara el color de su semblante?
¿Quién de los valerosos oficiales
Y sus bravos soldados dignamente
Podrá cantar las alabanzas justas
Que mereció este día su constancia,
Su arrojo, su lealtad, su fortaleza,
Su loable obediencia y su destreza?
De la plaza y ciudad desalojados,
Despues de una obstinada resistencia,
En que á nuestros guerreros
Doblaron y rindieron los aceros
Los más fuertes campeones de Bretaña,
Al Catillo se acogen los vencidos,
A do furiosos nuestros bravos corren,
Y como tigres forcejando se asen
Del puente levadizo á las cadenas
Por subir con presteza, sin que baste
A detener su nacional fiereza
El volcán de la gruesa artillería
Que el horror y la muerte iba anunciando,
Y su cruel decreto ejecutando.
Ni del combate en el ardor reparan,
Que el estandarte blanco se enarbola
Treguas pidiendo el fuerte:
Y en tan dichosa suerte
A sangre y fuego al enemigo obligan
A enarbolar de España la bandera,

Rendir la plaza y entregarse todos
A discreción del Jefe victorioso
Que es con el enemigo generoso.
Así de la jornada venturosa
En que recobró heroicamente
La Capital hermosa
Del Paraguay, los prósperos sucesos
Terminaron en bien: así á la gloria
Con tal feliz victoria
Elevaron su nombre y sus acciones
Aquellos escuadrones
Que el inmortal Liniers conducir supo
Con tal feliz acierto y tal ventura
En un río bloqueado,
Por terreno fragoso y despoblado,
En medio de estación tan rigurosa
A una empresa arriesgada,
Digna de ser cantada
Por el clarín de Clio, que sonoro
Grave en láminas de oro
La lealtad española, el celo ardiente
De Liniers y su gente,
Por la gloria del Rey y de la Patria.
Si, ¡bizarros campeones! vuestro nombre
Eterno durará, y al par de aquellos
Compañeros de Ercilla,
Que fueron de ese mundo maravilla,
Vivireis inmortales,

Grabando en los anales
Vuestros hechos la historia
Para que se eternice su memoria.
Y tú, Jefe glorioso,
Que al inglés atrevido y orgulloso
Solo con presentarte lo venciste,
Pueda la hispana gente
Ceñir con el laurel tu heroica frente,
Mientras que ya la voladora Fama
De región en región tu nombre aclama.

CANTO *

I

Musas divinas del sagrado coro,
Talía amada, á quien rendido invoco;
Vuestro socorro humildemente imploro,
Y de vuestra piedad las puertas toco.
Franquead á mi indigencia el gran tesoro
De vuestras liras, que yo os provoco
En un asunto en el que, á hallarse solo,
Débil se contemplara el mismo Apolo.

2

La pérdida infeliz y lastimosa
De Buenos Aires, hoy cantar intento;

* Manusc. núm. 3860 de la B. N.

Y de la reconquista más gloriosa
He de entonar con júbilo y contento.
A esta empresa tan ardua y portentosa
El patriotismo anima al pensamiento:
Auxiliad á mi musa, monte santo,
Y acompañen tus liras á mi canto.

3

Soberbio el anglo que los mares bate,
Hallándose en el Cabo victorioso,
Para que más su fama se dilate
Al mar vuelve atrevido y orgulloso,
Sus tropas y bajeles á combate,
Exitando caudillo valeroso;
Igual torrente undoso se desata.
y á inundar viene el rio de la Plata.

4

Popham el General de aquesta empresa
Una espía destaca vigilante
A investigar si puede por sorpresa
Esta plaza tomar tan importante.
El emisario vuelve con presteza
Y así dice á su Jefe vacilante:
Al averno podreis rendir, bien creo,
Pero no conquistar Montevideo.

5

El anglicano nauta aquesto oyendo
Manda que sus fragatas una á una

A Buenos Aires viaje, y proa haciendo,
Marchan á buscar mejor fortuna;
Llegan pues, y las tropas conduciendo
A tierra, sin hallar repulsa alguna,
Municiones, pertrechos y soldados
En los Quilmes se ven desembarcados.

6

A Buenos Aires esta triste nueva
En arma pone aceleradamente,
Y el terror que en sí misma envuelta lleva
Ciega, ofusca y confunde al más valiente.
Escuadrones se forman que en la prueba
Muestran ser bultos, por su poca gente,
Y con esta milicia mal formada
Va el Inspector á resistir la entrada.

7

El anglo, en bien reglados escuadrones
Se avanza con valor y con presteza,
Y jugando certero sus cañones
Nuestra milicia á titubear empieza.
Retirarse á mejores posiciones
Manda aquel que es jefe á su cabeza;
Y esta voz del terror mal entendida
La retirada convirtió en huída.

8

Todo es ya confusión, horror y espanto;
Cada cual á salvarse solo aspira,

El suspiro, el dolor, la pena, el llanto,
Por hombres y mujeres torna y gira;
El inglés victorioso mientras tanto
Hacia el fuerte se avanza, y no respira
Hasta ver esta antigua Babilonia
Hecha de su poder triste colonia.

9

Ya Buenos Aires gime prisionera,
Ya lamenta su pérdida infelice
Y vuelta á Dios en aflicción tan fiera,
Con Jeremias suspirando dice:
Observad oh buen Dios desde la esfera
Que nuestra pena á tu piedad desdice;
Y pues somos Señor el pueblo vuestro,
Mirad Vos compasivo el dolor nuestro.

10

Cual pupilo sin padre nos miramos,
Nuestras madres cual viudas miserables,
A Vos nuestros clamores elevamos
En nuestras aflicciones lamentables,
Cautivos nuestros hijos hoy lloramos
Y oímos sus gemidos espantables;
Con sollozos suspira el niño hambriento,
Y tristes carecemos del sustento,

11

Los himnos de alegría que contentos
Los jóvenes festivos entonaron

Con gemidos, suspiros y lamentos
Hoy miserablemente se trocaron
En augustias, pesares y tormentos;
La corona de honor y de grandeza
A nuestros pies cayó de la cabeza.

12

¿Y quien, Dios, de tanta angustia y pena?
Y de la servidumbre en que nos vemos,
Ha de romper los grillos y cadenas
Si tu piedad Señor no merecemos?
Más, si vuestra justicia así lo ordena,
A ella humildes Señor nos sometemos:
Nuestras culpas así habeis castigado;
¡Ay de nosotros, pues, que hemos pecado!

13

Así aquel pueblo triste se quejaba
Su pérdida infelice lamentando,
Cuando el Dios de piedad escogitaba
Quien lo librase, al anglo castigando;
Y al arrepentimiento que mostraba,
De esta suerte contesta suave y blando:
—Conmovido á piedad de tí me veo.
A librarte irá Montevideo.

14

Pueblo desde hoy feliz con justa gloria
Pues Dios á tanta empresa te ha elegido

Eterna de tu nombre la memoria
Verás, por tu valor esclarecido.
Tú serás en los fastos de la historia
De todas las naciones aplaudido;
El orbe admirará tan gran proeza
De un pueblecito que á existir empieza.

15

Montevideo ilustre, noble, invicto,
Apenas la noticia se le imparte
De estar su capital en tal conflicto,
Cuando sus hijos dan envidia á Marte;
Se ofrecen á salvar el pueblo aflicto,
Y cada cual se esmera por su parte;
Con una heroicidad jamás oida
Sacrifican sus bienes y aun su vida.

16

Los belígeros nautas, los marinos,
En los que es el valor naturaleza,
De los primeros son valientes, finos,
Que la jornada piden con braveza.
Siguen sus huellas los demás vecinos
Imitando el ardor plebe y nobleza:
Al éco de su voz tiembla la tierra;
Arma! arma! grita el pueblo, guerra! guerra!

17

El anciano más débil presuroso
Corre á tomar las armas á porfía,

Al joven más robusto y animoso
Compite con ardor y valentía:
Abandona el pudiente su reposo,
Y el regalo y placer en que yacía;
¿Quién vió jamás tan noble patriotismo?
Su parangón tendrá solo en sí mismo.

18

Si el gobierno prudente no templara
El ímpetu del pueblo belicoso,
Desierto en este lance se quedara
De sus heroicos hijos valerosos;
Pues al que la obediencia lo separa
De hallarse en los ataques peligrosos,
Su fortuna infeliz triste lamenta
Y la obediencia tiene por afrenta.

19

Aquellos generosos ciudadanos
Que ejercer no pudieron su braveza
A favor de soldados y paisanos,
Sus caudales prodigan con largueza;
La liberalidad se ve en sus manos,
Y en su pecho el valor y fortaleza;
Ceres y Marte en ellos competían,
Y ellos á Marte y Ceres excedían.

20

El Ilustre Cabildo y hacendados
Cuantiosos donativos ofrecieron

Con los que las milicias y soldados
A su costa en campaña sostuvieron;
De su alto patriotismo entusiasmados
Eternizar sus glorias merecieron;
No hubo patriota en fin, que no tuviera
Acción gloriosa que lo distinguiera.

21

Nuestro glorioso Jefe vigilante
Arregló las milicias y escuadrones,
Y con celo incansable é incesante
Un Argos es en todas las funciones;
Con ánimo invencible y arrogante
Dirige á un tiempo dos bravas acciones,
Aguarda al enemigo que se avista
Y emprende en otra parte una conquista.

22

Prevenciones, pertrechos, municiones,
Con todo lo preciso y conducente,
Del Fijo, de milicias y dragones
Se alista y forma un escuadrón de gente;
Cien voluntarios más ó cien Miñones
Se agregan á este ejército valiente.
Todo, en fin, un puñado de hombres era,
Pero cada soldado era una fiera.

23

De este ejército bravo y valeroso
A otro mejor Turena se da el mando,

Cuyo espíritu altivo y generoso
El mismo don guerrero está emulando;
De España el pabellón siempre glorioso
Va el invicto caudillo tremolando.
Su ejército le sigue con la gloria
De que en Liniers ya lleva la victoria.

24

Los hijos de Neptuno prodigiosos
De bajeles pequeños previniendo
Una escuadrilla, marchan presurosos
El terror y la muerte conduciendo:
A los mares y vientos tempestuosos
Se ensayan á vencer por ir venciendo,
Y al esfuerzo naval de sus alientos
Se rinden aun sus mismos elementos.

25

A estos guerreros fuertes y leales
Un Don Juan de la Concha los preside,
Cuyo valor y espíritu marciales
Con el talento y la prudencia mide.
Trofeos y laureles inmortales
Y ganar valeroso se despide,
Leva la escuadra y veloce parte
Con estos hijos de Belona y Marte.

26

Nuestras fuerzas terrestres y de mar
En la Colonia se unen, y al instante,

Con el cañón la seña de embarcar,
Da el General astuto y vigilante.
Da á la vela la escuadra y va á tomar
El puerto de las Conchas importante,
Llegan á él, y con presteza extraña
Nuestro ejército pisa la campaña.

27

Municiones, pertrechos, tren volante
Desembarcando todo con presteza,
Nuestro valiente ejército arrogante
Su marcha á Buenos Aires endereza.
De la marina el jefe y comandante
Sus tropas desembarca, y con firmeza
Sigue y refuerza nuestros batallones
Con aquella escuadrilla de leones.

28

La triste Buenos Aires que gimiendo
Su duro cautiverio se lamenta,
Este auxilio con júbilo sabiendo
Su valor y nobleza antigua alienta;
De secreto se alarma, previniendo
La más justa venganza de su afrenta.
Siempre fiel, siempre leal y esclarecida
Fué nuestra capital, aunque oprimida.

29

De la paz en el ocio sumergido
De Buenos Aires el valor dormía,

Y al golpe inesperado recibido
De su letargo recordó este día;
Recuerda cual león enfurecido
A castigar del anglo la osadía,
Y hacerle ver que el triunfo no lograra
Si antes de acometerlo recordara.

30

De patriotas guerreros y leales
Un escuadrón se forma prontamente,
Y á unirse á nuestro ejército en sus reales
Activo se destaca y diligente;
Los vecinos pudientes sus caudales
Prodigan á favor de nuestra gente,
Obra aquí el patriotismo cuanto puede,
Y hombre hay que á lo posible excede.

31

Los Valencia, los Nuñez, Pueirredones,
De honor y de valor ejemplo dieron,
Los Colls, Oyuelas, Castillones,
A sí mismos valientes excedieron.
Todos estos insignes campeones
De un Barragaña que envidiar tuvieron,
El que sus hechos bravo, activo y fuerte,
Con su sangre rubrica y con su muerte.

32

De todo el anglo la noticia tiene,
Y activo siempre en sus operaciones

Con la mayor presteza se previene
Tomando las debidas precauciones;
Los puestos fortifica y los sostiene,
Abocando á las calles los cañones,
De artillería el fuerte guarnecido
Un espía denotaba embravecido.

33

De soldados valientes y aguerridos
Refuerzo á Beresford Popham envía,
Los que hechos á vencer, no á ser vencidos,
Con ansia esperan del ataque el día,
Nuestro ejército en tanto á los egidos
De aquella capital llegado había,
Y acampados allí los escuadrones
Se da principio á las operaciones.

34

Nuestro invicto caudillo al punto pasa
Un oficio, en que al anglo va intimando
La entrega y rendición de aquella plaza
Que gimiendo cautiva está á su mando.
Beresford animoso lo rechaza
Con otro oficio al nuestro contestando:
Protesta en él, la sostendrá atrevido
Hasta verse á cenizas reducido.

35

El valiente Liniers, segundo Marte,
La briosa respuesta habiendo oído,

Al arma toca y como un rayo parte
De su terrible ejército seguido.
Un trozo de enemigos, tiene parte,
Que en el Retiro está fortalecido:
Llegan allí las tropas, y severo
Principia Marte á ensangrentar su acero.

36

Suena el clarín, herido el parque gime,
Volcanes largan las volantes piezas,
Y del incendio que el cañón exprime
Los enemigos fueron las pavesas.
Fuerte el bravo español la espada esgrime
Segando de los anglos las cabezas;
Su intrepidez fué tal que no supieron
Si primero atacaron ó vencieron.

37

A Beresford el tiroteo avisa
El riesgo de los suyos inminente,
Y con planta veloz, nada remisa,
A su socorro marcha diligente.
Llega al Retiro, y aun no bien lo pisa,
Cuando el estrago llora de su gente.
Nuestra bien dirijida artillería
A los anglos en trozos dividía

38

Ministro activo de la parca fiera
Las fraguas de Vulcano gobernando,

Hizo Agustini que el inglés huyera
Sus huestes á balazos destrozando.
Nuestro ejército andante lo siguiera,
Pues por ir en su alcance está clamando;
Pero prudente el Jefe les previene
Que el día espira, y que la noche viene.

39

Los valientes Miñones repartidos
En pequeñas patrullas se avanzaban,
No escapando de ser muertos ó heridos
Todos cuantos ingleses encontraban;
Y anhelando por verlos destruidos
Los piquetes y guardias avanzaban,
Su intrepidez, valor y valentía
Apresura el ataque al otro día.

40

De Agosto el día trece se contaba
Cuando á las diez del día fué avisado
Nuestro caudillo, que el inglés se hallaba
De los bravos Miñones atacado.
Previene el riesgo en que esta tropa estaba
Y á sostenerla marcha apresurado,
La acción furioso nuestro campo apoya;
Aquí empieza la lid; aquí fué Troya.

41

Nuestro ejército en trozos dividido
Por varios puntos el ataque emprende

En los que el anglo está fortalecido
Con el cañón y obús que le defiende,
Por cuyas bocas Marte enfurecido
La tierra abraza y á la esfera enciende.
La metralla y las balas que llovían
Tempestad de granizo parecían.

42

Los bravos españoles animosos
Por sobre los volcanes se arrojaban,
Ya por acometer más presurosos
Con las manos las balas apartaban.
A los tristes bretones hacen trozos,
Y solo con mirarlos los mataban.
Un hércules tebano en aquel día
Hasta el menor soldado parecía.

43

El pueblo se entusiasma de tal suerte
Que aun la feroz Esparta admiraría
Al ver como entre el fuego, horror y muerte
El más tierno rapaz se introducía.
Mejor Thalestris animosa y fuerte
Furiosa peleando allí vería;
Vería una fortísima amazona
Causando envidia á Palas y Belona.

44

Las furias desatadas del averno
Por las calles giraban este día,

Y Aqueronte en la barca hacia el Infierno
A montones los anglos conducía.
Buenos Aires el caos sempiterno
Entre el fuego y el humo parecía,
La horrible confusión de Babilonia
Cifró este día en sí nuestra Colonia.

45

De los leones de España perseguidos
Los anglos á la plaza se acogieron,
En donde del cañón favorecidos
Los últimos esfuerzos exprimieron.
Ocupan los terrados y escondidos
Vencer en emboscada presumieron,
Pero muertos, heridos, destrozados,
En sus ruinas quedaron emboscados.

46

Hecho firme en la plaza el anglo altivo
El combate sostiene con porfía,
Y á los nuestros abraza el fuego vivo
De su gruesa y temible artillería;
El invicto español mucho incentivo
Recibe con la sangre que vertía,
Sobre el cañón se arroja hecho una fiera
Y el pecho opone al fuego por trinchera.

47

Aquí fué de la lid lo más sangriento,
Aquí donde la Parca su guadaña

Cansada ya de herir y sin aliento,
Para poder matar, la entregó á España.
El mismo Marte que lo mira atento
Teme del español la furia y saña;
El horrible semblante de la muerte
Aterra al anglo, y parte huyendo al fuerte.

48

Cual tigres de la Hircania enfurecidos
Los nuestros al britano van siguiendo,
Y á balazos y á golpes repetidos,
Los van entre los muertos escondiendo.
En el fuerte se encierran aturdidos,
De capitulación la seña haciendo;
Pero el bravo español no lo atendía
Y al asalto feroz lo acometía.

49

El caudillo español al anglo advierte
Que el entregarse á discreción rendido
Para evadir el golpe de la muerte
Debe tomar por único partido;
Beresford se conforma con la suerte,
Y da todas las muestras de vencido:
Su espada arroja, y con mortal conflicto,
Arbola el pabellón de España invicto.

50

Nuestro ejército mira flameando
Su bandera brillante y victoriosa,

Y á su vista el furor se va aplacando
De aquella tropa brava y belicosa.
Ya nuestra capital se ve triunfando,
Y ya respira libre y orgullosa;
Y al anglo altivo deja escarmentado,
Triste, abatido, preso y humillado.

51

Ciudad ilustre, fiel, esclarecida,
El parabien os doy de una victoria
Que en mármoles y bronces esculpida
Hará eterno su nombre y su memoria.
Esa anglicana sangre en tí vertida
Inmortal monumento es de tu gloria;
Ella hablará y su lenguaje horrible
Os hará respetable, y aun temible.

52

Y vos, segunda Roma, Esparta nueva,
Alcazar del valiente Gebuseo,
Y aun más que todo como se comprueba
Con otra heroicidad Montevideo:
¿Como podré encomiaros hoy en prueba
Del mirto elevado con que os veo?
Hable por mí tu fama, pues bastante
No es el Parnaso á que tus glorias cante.

53

Ruiz, segundo Moisés al pueblo aflicto
Del triste cautiverio redimiste

Y de su libertad heroico, invicto,
El móvil principal, el norte fuiste.
¿Qué elogio no vendrá corto y estricto
Al mérito gigante que adquiriste?
La admiración del orbe solamente
Será tu panegírico elocuente.

54

Liniers á quien Pompeyos y Scipiones,
Césares y Leónidas envidiaran,
Cuando bravo atacando á los bretones,
Dentro de Buenos Aires lo miraran
Si en tu aplauso nereydas y tritones
Sus retorcidas trompas esforzaran,
El éco estrepitoso, insuficiente
Fuera á aplaudir tu mérito valiente,

55

Vosotras ¡oh matronas valerosas
Quienes dando de honor y patriotismo
Las pruebas de lealtad más ventajosas,
Unisteis la hermosura al heroismo,
Las verdaderas ninfas sois gloriosas
Que en sombras adoraba el gentilismo:
Nuestra gobernadora con su ejemplo
De la fama inmortal os guia al templo.

56

Y vosotros que víctimas leales
Muriendo por la patria conseguisteis

El hacer vuestros nombres inmortales,
A costa de la sangre que vertisteis:
Recibid, pues de lágrimas raudales
Que os tributa aquel pueblo á quien servisteis,
Pues con vuestra memoria ahogada en llanto
Aquí cesa mi musa de su canto.

INDICE

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO I—LA COLONIA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO II)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO II — LA REVOLUCIÓN

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

LA REVOLUCIÓN

MANUEL JOSÉ DE LAVARDEN

VICENTE LÓPEZ Y PLANES

ESTEBAN DE LUCA

JUAN RAMÓN ROJAS

EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

Dr. MANUEL JOSÉ DE LAVARDEN

Se ha enrostrado al movimiento intelectual habido en esta parte del territorio americano, en que se levantara la nueva y gloriosa nación Argentina, la pobreza y escasez de mérito de la producción literaria de la época colonial.

El cargo recaería sobre el valor de la influencia de la cultura española en estas lejanas comarcas, apenas se quisiera encontrar una razón para explicar ese atraso; pero, preferimos aceptar el hecho como indubitable, y reconocer, como lo reconoce el Sr. don Marcelino Menendez y Pelayo (1), que nuestra literatura empieza con la emancipación.

Si; nuestra poesía nació con la libertad, demostrando con eso la musa argentina, que: «no quiso ensayar el vuelo de sus alas, mientras no columbró los vastos horizontes del siglo XIX.» (2)

Trasunto de aquella situación es la siguiente estrofa, puesta al frente del primer periódico que se publicó en Buenos Aires, reverdeciendo el antiguo esplendor de los tipos de la imprenta de los Niños

(1) «Antologia de poetas hispano-americanos» T. IV, pág. LXXXIX.

(2) Don J. M. Gutierrez. Manuscrito existente en la Biblioteca del Senado Nacional. Núm. 1.

Expósitos, que eran los que habian usado los jesuitas en las misiones paraguayas:

> «Al inocente asido á la cadena
> La esperanza consuela y acaricia.
> Suena el hierro en los pies, y dale pena;
> Mas canta, confiado en la justicia.

En ese primer número del primer periódico argentino, el Miercoles 1 de Abril de 1801, se publicó una poesía que constituyó un acontecimiento literario en la colonia, y mereció una verdadera ovación de aplausos á su autor, el Dr. D. Manuel Lavarden, á quien, según la crónica del mismo periódico: no se le podía negar, ni su claro talento, ni su buen gusto, ni su escogida erudición, urbanidad, decoro y, en fin, las prendas más dignas de un literato y mas acreedoras á la estimación y aprecio público.

Esta composición, valió á Lavarden el que lo proclamasen el primero de los poetas de su tiempo, y, hasta lo llamaran hijo de Apolo, otros poetas como Prego de Oliver y Medrano, miembros todos de la *Sociedad Literaria y Patriótica*, que reflejaba, en los nombres de sus socios, el hermoso resplandor de las inteligencias que prepararon la revolución de Mayo.

Don Manuel José de Lavarden nació en Buenos Aires el 9 de Junio de 1754. El señor don Arturo Reynal O'Connor, ha publicado la partida de bautismo de Lavarden, encontrada en la parroquia de Catedral Sud (1), haciendo desaparecer toda duda á este respecto.

---

(1) Los poetas argentinos, pág. 142.

El señor don Juan María Gutierrez, da á Lavarden el nombre de Juan Manuel, y el documento fehaciente nos habla de Manuel José. Hemos visto en la colección del señor Gutierrez, que actualmente forma parte de la Biblioteca del Senado Nacional, varias cartas autógrafas del poeta, firmadas todas así: Manuel de Lavarden.

¿Son los dos personajes uno mismo, ó se trata del padre y del hijo (como supone el señor Reynal O'Connor) y esto ha servido para confundir al señor Gutierrez?

Creemos que se trata de uno mismo, pues, el nombramiento real de Auditor de guerra de la Capitanía General del Rio de la Plata, está extendido á nombre de don Juan Manuel de Lavarden, habiendolo propuesto, para este cargo, el Virrey don Pedro de Cevallos, que lo llama Juan Manuel Lavarden, diciendo de él, que era abogado de crédito y conocimiento.

Todos los documentos que hablan de la actuación del célebre Lavarden, en el Colegio San Cárlos, prueban que el poeta y el profesor de 1773 son uno mismo, y que éste es tambien el autor del notable discurso de 1778, en que el *doctor Lavarden* impugnó la tesis sobre el Criterio, sostenida por el alumno D. Manuel de Irigoyen dentro de la teoria cartesiana.

El P. Castañeda Vega, nos habla del poeta Lavarden, recordandolo así: «el relator que fué de la Junta de Temporalidades y Auditor de guerra del ejército reconquistador, al mando de D. Santiago Liniers» (1).

(1) «Doña Maria Retazos» núm. 10, del 16 de Agosto de 1821.

Por último, la correspondencia cambiada entre Lavarden y el Dr. D. Manuel Basavilbaso, respecto al Siripo, prueba que el autor de este drama es también el mismo Dr. Manuel de Lavarden; y la correspondencia de Lavarden con el Dr. D. Gregorio Funes, de Córdoba, fechada en 1802, que está suscrita por Manuel de Lavarden y contestada á D. Manuel Joséf de Lavarden, prueba que en todos los casos se trata siempre de la misma persona. En carta de fecha 15 de Julio de 1802, dice el Dean, á Lavarden (1): «Si la impugnación prosaica mereciese alguna atención, saldremos de nuevo á la palestra. *Para la de poesía invocaré en mi auxilio la Musa Americana: quiero decir, al amigo D. Manuel Joséf de Lavarden.*»

Lavarden es el poeta de mas numen de la época colonial anterior á la revolución de Mayo, y, con Lopez, Azcuénaga, Medrano, Rivarola y Belgrano, forman los eslabones que unen la Confederación con la Colonia.

La oda «Al Paraná», no es una tentativa de descripción poética americana, como dice con displicencia el señor don Marcelino Menendez y Pelayo (2), sinó una oda ó canción, de la forma más acabada y perfecta entre las composiciones de su género, aunque se la compare con las que en la misma época se publicaban en la madre patria, donde Quintana no había lucido

(1) El original autógrafo está en la Biblioteca del Senado Nacional, en la Colección Gutierrez. Está publicada en la obra: «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX» del señor J. M. Gutierrez, en la pág. 125.

(2) «Antología de poetas hispano-americanos» Tom .IV, pág. CXV.

aún la magnificencia de su estro, y la vieja escuela languidecia entre los voluptuosos melindres de Melendez Valdés y las afectadas hinchazones de Cienfuegos.

La oda de Lavarden, es un verdadero canto ó himno: por la naturaleza del asunto, la elevación de sus pensamientos, la finura del lenguaje, la elegancia del estilo y la riqueza de su colorido. Esta composición, es notable, por la profusión de imágenes que la engalanan, por la naturalidad de su invención, y verdad, propiedad y sabor local en todas sus expresiones.

Es un canto entusiasta á la grandeza del inmenso rio *primogénito ilustre del océano.* Es un apóstrofe, el más gallardo y solemne, que se dirige al país, representado por uno de sus relieves topográficos más notables, pintándolo malhumorado y ceñudo en el retraimiento del rio; y concitándolo á salir de sus antros y escondrijos, es decir, á abandonar la vida de las logias, en donde se urdía el movimiento separatista, y echarse á la calle *por el paso franqueado por el heroismo,* ya que su ardimiento había sido entonces provocado por el bronce marcial en la metrópoli:

> Si el aspecto sañudo de Mavorte,
> Si de Albión los insultos temerarios
> Asombrando tu cándido caracter,
> Retroceder te hicieron asustado
> A la gruta distante, ...
> . . . .
> Desciende ya, dejando la corona
> De juncos retorcidos y dejando
> La banda de silvestre camalote,
> Pues que ya el ardimiento provocado

Del heroico Español, cambiando el oro
Por el bronce marcial, te allana el paso.
. . . .
. . . . Acá tus hijos,
Hijos en que te gozas, y que á cargo
Pusiste de unos genios tutelares
Que por divisa la bondad tomaron,
Céfiros halagüeños por honrarte
Bullen, y te preparan sin descanso
Perfumados altares en que brilla
La industria popular, triunfales arcos
En que las artes liberales lucen;
Y enjambre vistosísimo de naos
De incorruptible leño, que es don tuyo,
Con banderolas de colores varios
Aguardándote están . . . .

Francamente, no comprendemos como pueden haber pasado desapercibidas al claro talento del Sr. Menendez y Pelayo, las alusiones de este lenguaje figurado.

La oda de Lavarden, tiene todas las características de una diana: sus vistas son de auroras, sus versos son vibrantes y animosos; sus frases, valientes y decisivas; su estilo, alegre y bullicioso; su ritmo, como de batalla; y sus arranques: conjuros y promesas. La circunstancia de haber sido publicada en el primer número del primer periódico que apareció en Buenos Aires, nos la hace ver como el primer resplandor de una alborada, y sentir como al primer toque de clarín que anunció al país sus futuros destinos.

Por lo demás, dejo la palabra á nuestro mejor crítico el Sr. D. J. M. Gutiérrez, quien juzga á esta composición del siguiente modo: «La invención es original y

sencilla: la falta por algunos años del crecimiento periódico del gran rio. Le finge retraido por los horrores de la pasada guerra extranjera, y le invita á que descienda en su carro de nácar, tirado por caimanes, vertiendo abundancia y frescor, desde la gruta distante, en donde, entre perlas nevadas y topacios ígneos, tiene volcada su urna de oro. Píntale rodeado de céfiros, de genios y de ninfas; ceñido con bandas de silvestres camalotes, coronado de lirios y arrebatado por caballos marinos á las regiones patagónicas.

Mas no solo el poeta se trasluce en esta composición, sinó, el observador guiado por los buenos principios científicos. No era desconocido, para Lavarden, el auxilio que ofrece la química para proceder con acierto en las faenas de la agricultura, y, en esto, se mostraba discípulo de la escuela progresista á que pertenecían sus compatriotas Vieytes y Belgrano. El sabía explicarse la economía de la naturaleza en sus recónditos procederes y sabía también, como Virgilio y Delille, revelar sus misterios á los profanos, en el lenguaje de las musas» (1)

La oda de Lavarden, fué saludada con encomios poco acostumbrados, por dos de los más lucidos ingenios de la sociedad del Río de la Plata en aquel tiempo: D. José Prego de Oliver, Administrador principal de la Aduana de Montevideo, y D. Manuel Medrano, Oficial del Real Tribunal mayor y Audiencia de cuentas. Ambas poesías se incluyen en esta colección.

---

(1) Manuscrito de la Colec. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado.

Descubriendo el caracter simbólico de la poesía de Lavarden, dice Medrano:

> Multitud lastimosa que, eclipsando
> De la santa verdad el claro aspecto,
> Con la ponzoña del error dañasteis
> Supersticiosa, el admirable ingenio:
>
> . . . .
>
> Venid, venid volando á las llanuras
> Del argentino majestuoso suelo,
> Y la ficción sublime realizada
> Vereis, del docto hermano de Aristéo.

Son muy pocas las composiciones de Lavarden que han llegado hasta nosotros. Incluimos dos décimas acrósticas que sacamos de un manuscrito de D. J. M. Gutiérrez, existente en la Biblioteca del Senado, y, además, dos sonetos sobre un mismo asunto, que están también allí. Estos últimos son bastante inferiores. (1)

El Sr. A. Reynal O'connor (2), dice que es de Lavarden una fábula titulada «Nuevo renombre de Apolo», dedicada á D. José Prego de Oliver, «en elogio de las elegantes canciones con que se ha dignado animar los Genios del país». Nosotros no hemos podido comprobar este dato, y D. J. M. Gutiérrez tampoco parece que lo haya sabido.

La personalidad literaria de Lavarden, ha sido indiscutida en su época. Sus más fuertes y eruditos contradictores en teorías filosóficas, se han expresado á este

(1) No. 56 del Catálogo especial. «Colección de poesías y versos impresos en Buenos Aires ó escritos por argentinos, reunida y arreglada por orden de fechas y tamaños por Juan María Gutiérrez. Segundo volumen. No está foliada».

(2) Obr. cit. pág. 208.

respecto en términos los mas elogiosos. El P. Maziel, que se creía ofendido por la crítica irreverente que le hicieran los del grupo de Labarden (con motivo de los sonetos que publicó en elogio del virrey Loreto), llega á decir de él: (1) «Es un genio, de orden superior, por la singularidad y universalidad de sus talentos. Adornado de los más bellos conocimientos, revela, sobremanera, el numen poético de que le hizo gracia la naturaleza. Y la perfecta comprensión de todos los preceptos y primores más recónditos de la poesía, le hace lugar en las primeras gradas de nuestro parnaso español».

Lavarden ejercía en Buenos Aires las funciones de árbitro, casi inapelable, de la producción literaria de su época, y sabía responder á esta consideración, con el ejercicio siempre culto, mesurado y justiciero de sus funciones de crítico.

Pruébalo así, la forma magistral con que puso término al tumulto que promovieron los sonetos del P. Maziel. Aquella celebrada sátira, publicada por primera vez por D. J. M. Gutiérrez (2), setenta y nueve años después de haber sido escrita, revela los profundos conocimientos literarios de su autor, la facilidad que tenía para el verso y la elegante cultura con que sabía poner de manifiesto las bellezas y los lunares de las composiciones que juzgaba.

Dice el Sr. Gutiérrez: (3) «Lavarden era muy joven

(1) Carta particular á un amigo citada por Dn. Juan María Gutierrez en su obra: «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX». 1865, pág. 52.

(2) Estudios biográficos, etc. pág. 56.

(3) Ob. cit. pág. 64.

cuando compuso esta sátira y revolvía en la mente otros proyectos literarios de más importancia, contando por poca cosa lo que hasta entonces había producido. Sentíase con vocación para la tragedia clásica, en que figuran con aparato altos personajes, y así se proponía, según su propio testimonio, dramatizar la muerte de Alejandro y la pérdida de Jerusalén por la traición de Tancredo. Tenía prisa en ofrecer á su patria las primicias de su musa, y, sin que fuese elección suya, obedeciendo á alguna indicación respetable, y, probablemente para despertar la afición al teatro, recién fundado en Buenos Aires, escribió el «Siripo», tomando el asunto de los fastos de la conquista del Río de la Plata.

La tragedia «Siripo», se representó por primera vez en el teatro ó Casa de Comedias de la Ranchería, una de las noches del carnaval de 1789; y, siguiendo la costumbre de la época, se leyó primero una Loa, escrita en verso suelto, por el mismo Lavarden, la cual versaba sobre la condición de los *expósitos*, en cuyo amparo se había instituído, hacía poco tiempo, una casa que se sostenía con el producto de las funciones teatrales

Respecto á esta tragedia, dice don J. M. Gutiérrez: (1) « Sin más que la presente muestra, sería arriesgado discurrir acerca del mérito de los caracteres y de la consecuencia en la conducta de los personajes, que es una de las primeras cualidades del drama. Sin em-

(1) Estudios biográficos, etc. Obra cit., pág. 89.

bargo, puede asegurarse que, si á este respecto no se trasluce creación alguna en el «Siripo», hay originalidad, y hasta atrevimiento acertado, si se quiere, en el asunto tratado en los términos que lo ha hecho nuestro compatriota.

El se ha ajustado, en cuanto es posible, á la historia, y ha buscado la poesía en la verdad. Cuando Lope de Vega traslada á la escena los personajes de Ercilla, no se inspira en la crónica de la encarnizada guerra de Arauco, sino en su imaginación. La naturaleza que describe no es la de Chile, grandiosa y virgen, sino la que mejor se acomoda con los idilios en que figuran como actores Caupolican y Fresia. El arroyo en que estos dos amantes se entregan á los solaces del baño, no es un tributario del Bio-Bio sino una de las fuentes en que se desalteraban las ninfas en los paisajes mitológicos de la Arcadia poética.

Lavarden (1) ha huido de todo lirismo. No ha enredado ni detenido la acción de su drama con guirnaldas de flores endecasílabas. Los personajes más obran que discurren, y caminan al desenlace según la regla que Horacio daba á sus amigos los Pisones: *Semper ad eventum festinat.* Labarden pertenecía á esa escuela que ha producido entre nosotros una serie de poétas que comienza con él y acaba con el autor de Dido. Escuela que merecería estudiarse por la lógica con que procede y porque ha sabido ser original al mismo tiempo que imitadora. De esa escuela es la oda « Al

(1) Dn. J. M. Gutierrez escribía Labarden con b, pero no nos explicamos la razón desde que la correspondencia particular del poeta, que él logró recoger, está firmada por Manuel de Lavarden.

Paraná » en que se agrandan las maravillas de la naturaleza midiéndolas con los instrumentos que la observación proporciona á la ciencia; que ha sabido hallar poesía en el agua surgente de las perforaciones artesianas; que supo en la lira de Luca transportarse al porvenir alabando las transformaciones que la industria y la población habían de causar en nuestros desiertos, y cantan en fin nuestras glorias militares con los varoniles acentos del « Triunfo Argentino » y el canto « A la batalla de Ituzaingo ».

El «Siripo», está vaciado en el molde de la escuela clásica francesa en cuanto su asunto lo permite y la condición de algunos de sus personajes lo tolera. Sin gran esfuerzo se nota el parentezco que hay entre algunas de sus excenas y el Cid de Corneille y la Ifigenia de Racine.

Sabemos que este drama se ha representado tres veces hasta el año 1813 en que se dió por última vez, en conmemoración del aniversario patrio, el 28 de Mayo, según se desprende de la relación de las fiestas publicada en hoja suelta por la imprenta de los Niños Expósitos, de donde transcribimos lo siguiente: « El día 28 por la noche se representó la tragedia del Siripo, obra célebre de un ingénio americano, y muy digna de ocupar nuestro teatro en las circunstancias por su asunto ».

Nada cierto se sabe respecto al lugar ni á la fecha del fallecimiento de Lavarden. Don J. M. Gutiérrez dice (1): « Así que la madurez de los años desvaneció

(1) « Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas Sud-americanos anteriores al siglo XIX». 1865, pag. 113.

las iluciones del poder y de la gloria, el Auditor, el favorito de los Virreyes, el literato aplaudido, abandonó la capital del rio de la Plata y se soterró en un ameno rincón de la Banda Oriental, estableciéndose en la estancia del *Sauce,* á inmediaciones del pueblito del *Colla,* perteneciente á la jurisdicción de la Colonia ».

Lo único que está probado es que su muerte ocurrió al principio de la revolución, pues el P. Castañeda dice (1): « .... el Dr. Dn. J. M. Labarden, natural de Buenos Aires, Relator que fué de la Junta de Temporalidades, y Auditor de guerra del ejército reconquistador al mando de Dn. Santiago Liniers. Su claro talento, su escogida erudición, su urbanidad, y en fin las prendas mas dignas de un literato lo hicieron justamente acreedor á la estimación y aprecio público. Hubiese sido un exelente patriota si la muerte no nos lo hubiera arrebatado en los principios de la revolución ».

Toda la actuación de Lavarden fué colonial, y por lo tanto, correspondía incluirlo en el tomo primero de esta Antología, especialmente dedicado á la Colonia. Pero no siendo posible separar las épocas por límites personales infranqueables, hemos tomado á Lavarden como eslabón de continuidad entre las dos épocas que se separan el 25 de Mayo de 1810, por la influencia que él tuvo sobre los demás poetas de entonces, que le sobrevivieron y tuvieron la suerte que él no tuvo, de ser los cantores de la libertad.

---

(1) « Da. Maria Retazos », No 10 del 16 de Agosto de 1821.

Dr. Dn. VICENTE LOPEZ y PLANES

El celebrado autor de la Canción Nacional nació en Buenos Aires, el 3 de Mayo de 1787. Como casi todos los hombres de la revolución de Mayo tuvo su iniciación guerrera en las gloriosas jornadas de la reconquista, batiéndose contra las tropas invasoras al frente de una de las compañías del batallón de voluntarios Patricios de la que era capitán.

Pero su inclinación no era la de las armas, y en cuanto desapareció aquel peligro, el hombre de estudio volvió á su bufete de abogado, de donde lo sacó el movimiento revolucionario, para las bancas del Congreso y los estrados judiciales.

Secretario de la Junta del ejército auxiliador en 1810, fué también Secretario del Congreso de Tucumán.

Después de la caída de Rivadavia, el Congreso que aceptó su renuncia nombró á D. Vicente López Presidente interino de la República, el 5 de Julio de 1826

El Dr. López que ya había sido Ministro del Director Supremo D. Juan Martín Pueyrredón, estaba muy vinculado al grupo más representativo del partido directorial, que después degeneró en partido unitario; pero había sabido mantenerse ageno á la po-

lítica de intrigas de la época, mereciendo siempre el respeto y la consideración de sus conciudadanos.

Su disidencia de opinión con la Presidencia permanente fué, pues, una de las cosas que más impusieron á la opinión pública en contra de aquélla, sobre todo cuando su actitud llegó á presentar las formas de una contradicción absoluta, renunciando su banca de diputado para, en manera alguna aparecer solidarizado con la situación, y no inmiscuirse en la lucha demoledora y antipatriótica á que se lanzaban los hombres de los dos bandos.

Al recibir la honrosa distinción, de ser elegido en momentos tan difíciles, para encauzar las tendencias descentralizadoras de sus propios amigos y las miras personales del autonomismo de los caudillos que habían hecho feudo las provincias, sabiendo las dificultades que tendría que vencer, pensó en el primer momento renunciar el alto cargo, y lo hizo, remitiendo al Congreso una nota tan elevada en sus ideas como patriótica en sus sentimientos, en la cual decía:

«Esta honra, si bien ha exitado el reconocimiento de mi corazón, ha sacudido en mi alma todos los resortes del juicio, para buscar el contrapeso de las inmensas dificultades que las presentes circunstancias me imponen, y para poder llenar aquel concepto con un éxito favorable. Quisiera no descorrer el velo de estas fatales circunstancias; pero el compromiso de honor en que se me pone es extraordinario, y debo proferir ante el Congreso Nacional y ante

los pueblos, verdades que pueden ser útiles á mis compatriotas de todos los partidos: Señores representantes! *un gobierno, por el mero hecho de ser electo, no adquiere los inmensos medios de que necesita para desempeñar con suceso los árduos compromisos á que se obliga para con los pueblos.* Esos medios los posee la sociedad: son suyos propios; y los dá ó los retira á un gobierno, á proporción de su confianza ó de su desconfianza. Ahora pues, ¿cuál es el estado de la sociedad que se me llama á presidir, para dirigirla y para salvarla de tantos conflictos?

«La autoridad á cuyo ejercicio tengo el honor de ser destinado, ha sido disputada hasta aquí con pasión en el seno del Congreso, y todavía lo es sangrientamente en algunas provincias. Durante este combate, ambos partidos se han apoderado y distribuido entre sí todos los medios de gobierno nacional, *y los recursos para seguir la guerra contra el imperio del Brasil.* El uno tiene bajo su influencia la unión de las provincias que han disentido del sistema anterior, y los recursos de gente necesarios para continuar la guerra.

«El otro tiene, bajo las suyas, la unión de las provincias que han sostenido dicho sistema, y los posibles recursos del crédito, sin el cual, ó nada puede hacerse, ó hay que echar mano de exacciones tan estériles como violentas. De aquí resulta que, en la actualidad, sin una garantía recíproca que haga á cada partido ceder á la presidencia nacional sus medios respectivos de gobierno y de guerra contra el

imperio, no puede constituirse esta autoridad de un modo que sea verdaderamente obedecida en todas las provincias, y que corresponde á las extraordinarias necesidades de la época; de modo que el ciudadano destinado á ejercerla no puede llenar sus árduos compromisos. Yo me hallo, señor representante, en este caso. Mi persona sola no puede constituir esa garantía que hoy es el punto de todas las dificultades; y desde que hubiese puesto en movimiento las operaciones gubernativas, ya empezarían á faltarme los medios que posee el uno ó el otro de los partidos. Ponga cada uno de los Representantes la mano en su corazón, y verá que, si puedo exponer mi quietud por la patria, jamás debo sacrificar la honra que he adquirido á costa de una larga distancia de las contiendas políticas».

No habiendo sido aceptada la renuncia del Dr. López, declarando el Congreso que: la aceptación de ese cargo, en aquellos momentos, era absolutamente obligatoria para el ciudadano electo, asumió éste el mando el día 7 de Julio.

Restaurada la autonomía de la Provincia de Buenos Aires y habiendo sido electo Gobernador y Capitán General de ella el coronel Dorrego, apenas éste se recibió del mando, López presentó su renuncia, retirándose tranquilamente á la vida privada. Pero al poco tiempo fué llamado á desempeñar la cartera de Hacienda que era la más difícil de atender en aquellos momentos, y el Dr. López accedió á prestar este nuevo servicio á su patria, á pesar de conocer perfectamente

el estado desastroso de sus finanzas, de su crédito y de su moneda.

Los sucesos políticos que sobrevinieron después alejaron cada vez más al Dr. López del orden de ideas en que había al principio coincidido con el partido unitario, y el año 1845, en plena tiranía, desempeñaba el alto cargo de Presidente de la Cámara de Justicia de Buenos Aires.

Como poeta, el Dr. López es el representante del elemento más ilustrado de la revolución de Mayo, si bien no resulta el más inspirado ni tampoco el más fecundo.

El recuerdo de la gloriosa reconquista le dió tema para componer un canto heroico «El triunfo Argentino» que es la mejor de las poesías escritas conmemorando aquellas jornadas. El Sr. Marcelino Menendez y Pelayo, á pesar de reconocer el valor histórico de su testimonio y que en ella el poeta ha acertado á ser intérprete del sentimiento unánime y sincero de su pueblo, la clasifica de romanzón interminable y prosaico. (1)

Este juicio es de un pesimismo exagerado, y se contradice en cada una de las observaciones de forma que ha apuntado.

Olvida el Sr. Menendez y Pelayo que, en la época en que se escribió el «Triunfo Argentino» el romance endecasílabo estaba en gran auge, pues á pesar de su constante repudio hasta entonces, la propia Academia de la lengua fijó esa forma de versifica-

(1) Antología de poetas Hispano-Americanos. Tom. 40 pág.

ción para realizar en ella uno de los primeros torneos literarios con que se propuso estimular el espíritu poético del siglo XIX, y en ella consagró el triunfo de Melendez.

El Dr. López escribió ese romance en la época en que Lavarden y Prego de Oliver empuñaban el cetro de la censura literaria en una y otra orilla del Plata, por eso comienza haciendo solemne reconocimiento de esa soberanía indisputada, y con menoscabo de la dignidad de su canto, antepone el pedido de indulgencia que hace á Lavarden (á quien llama: *hijo de Apolo)*, al de inspiración dirigido á su Musa.

La humildad de esta demanda en nada perjudica al poema, sino al autor; pues, ni la forma puede ser más poetica, ni los versos en que está hecha pueden ser mejores. El desarrollo de toda la composición está sostenida con dignidad, como el mismo Sr. Menendez y Pelayo lo reconoce; abundan en ella las reminiscencias virgilianas á que eran tan inclinados los poetas de entonces. El Olimpo griego es el proveedor de divinidades á las cuales invoca el poeta á cada paso; el seudoclásico amaneramiento envuelve á las ideas en expresiones más solemnes que graciosas, y á cada momento tiene uno que preguntarse si aquello está escrito para pueblos del habla castellana ó para pueblos de Horacios y Virgilios.

El prosaismo de la composición resulta más de su género que de su forma; pues la narración, que debe ante todo ajustarse á la verdad histórica, ya no puede ser levantada en alas de la imaginación; de modo

que si la versificación es correcta, el poeta ha realizado el máximum de belleza compatible con el género.

Sin embargo son muchos los trozos que pueden citarse, en que el poeta ha logrado vencer todas esas dificultades y ha vestido á su pensamiento con las mejores galas del lenguaje poético. Entre otros, el siguiente en que pinta el entusiasmo con que el pueblo corría á las armas:

La tierna madre en su regazo oprime
Y baña con sus lágrimas al hijo
Que huye sus brazos y á la lid escapa;
La esposa, el corazón mas afligido
A su consorte ofrece en los momentos
Que le roba el honor al atractivo
De su pálido seno; el tierno infante
Sus brazos cruza, que la vez de grillos
Hacen del padre en las rodillas caras,
Y se deshace en lúgubres gemidos:
Así el hijo, el consorte y aún el padre,
Sin dar estima de la sangre al grito
Corren al duelo y á los grandes riesgos.

Y la siguiente descripción que hace del ataque que llevaron los argentinos al campo de los invasores, impecable como acción y colorido:

Los oídos
Estruendo solo y confusión perciben:
El humo en densas nubes de continuo
Por todas partes sube, y de los ojos
Desaparece el día. Desprendido
De las armas el plomo, hiere, mata,
Destroza todo, y deja en los gemidos,

En los escombros y trocados miembros,
Patentizado su letal destino.
Todo es horror lo que á la vista ofrece:
La sangre, el fuego, el humo, el estallido,
El mas trágico cuadro representan.
El bronce horrendo truena: el inaudito
Estruendo entre las casas y las calles
Por écos espaciosos repetidos,
Multiplica el pavor, el llanto, el luto.
....

Podríamos criticar el pensamiento general de esta poesía, la humildad de entonación, el servilismo que demuestran todas sus expresiones, la falta de marcialidad de sus héroes, la vulgaridad de sus actitudes más preciadas, y el poco aprovechamiento en fin, de la victoria, para el objetivo político-social que (es de suponer) deseó alcanzar el poeta, fomentando los entusiasmos guerreros del pueblo argentino; pero estos defectos no son de la poesía sino de la educación del poeta, y por lo tanto, reflejos de la cultura colonial, que demuestran: el abandono, el atraso y el avasallamiento en que vivían.

Este romance heroico, mejor que ningua otra poesía de aquella época, podría servir muy bien de cabeza de proceso de la civilización española en el Río de la Plata. Conteste el Sr. Menendez y Pelayo, que tan acerbamente la ha juzgado.

¿Qué espíritu alienta sus tendencias, sus anhelos, sus entusiasmos? ¿Qué conocimientos revela? ¿Qué preocupaciones manifiesta? ¿Qué muestra saber? ¿Con qué ríe? y verá cómo, después de este análisis, el poe-

ma le parece mejor, y sobre todo, podrá entonces apreciar la magnitud del cambio realizado en el espíritu público de este pueblo, en el corto lapso de tiempo que hay entre la fecha de los versos del poema heroico y la de las estrofas del himno con que el mismo poeta saludó su libertad.

Refiriéndose á este último dice D. J. M. Gutiérrez: «Favorecidas nuestras armas por la victoria, era necesario recordar al pueblo los triunfos alcanzados en ambas margenes del Plata y en los extremos de la República, confortarle en la esperanza de nuevas glorias y anatematizar al enemigo que resistía el torrente de la opinión argentina».

«Para lograr estos fines, la asamblea, que tanto contribuyó con sus sabias y audaces determinaciones á preparar la independencia, apeló al talento y al patriotismo del P. Rodríguez y del Dr. D. Vicente López, invitándolos á componer un canto popular que alentase á nuestros soldados en la pelea y mantuviese en el pecho de todos los ciudadanos el entusiasmo de la libertad».

«En la sesión que tuvo aquel cuerpo nacional el día 11 de Mayo de 1813, se leyeron ambas producciones y la de López fué declarada solemnemente como la «Unica canción de las Provincias Unidas». Por desgracia no se dió á luz en el «Redactor» el acta de la sesión de aquel día, é ignoramos por consiguiente las circunstancias y los votos emitidos en aquel acto en que los Representantes del país, comprendiendo la influencia y el poder de la harmonía

y del estro sobre las multitudes, se constituyen jueces en un certamen poético con el fin de añadir una fuerza más á los empeños de la revolución».

«La primera edición de la Canción Nacional se hizo en 14 de Mayo de 1813, en papel y formato de la «Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires» y con tipos de la imprenta de Niños Expósitos, bajo el título de «Marcha Patriotica»: ignoramos si en las fiestas de aquel año se cantó ya con la música que conocemos, en cuyo caso habría que admirar en el maestro Blas Pareda que la compuso é instrumentó, no solo el acierto sino la prontitud en su desempeño». (1)

Si es verdad que al escribir el «Triunfo Argentino» el Dr. López no tenía aun títulos para presentarse á las puertas de los templos de Clio y de Calíope haciendo resonar su plectro de oro ó su trompa de bronce con las notas marciales de su canto, y por ello se veía obligado á requerir la benevolencia del *hijo de Apolo*, en cambio, á partir de este día, su nombre vivirá eternamente grabado en el frontispicio de esos mismos templos, como inspirado autor del canto que resume las creencias, las glorias y los ideales de la patria.

No necesitamos contestar al ilustrado Sr. Menendez y Pelayo su desgraciada crítica del Himno Nacional. Los himnos de las naciones no se discuten, ni literariamente ni de ningún otro modo. Mucho me-

(1) Rev. del Río de la Plata. Vol. 2 pág. 571.

nos puede ensayarse esa discusión por el pueblo que más mortificado resulta por su espíritu, sus frases y sus recuerdos.

El Dr. López es también el cantor de la victoria de Suipacha, que fué el primer triunfo de las armas argentinas alcanzado el mismo año del estallido de la revolución.

Esta oda, compuesta en estrofas regulares de seis versos cada una, endecasílabos y eptasílabos combinados, es muy clásica en su forma, muy cuidada en su lenguaje y muy moderada en su entonación; pero marca una diferencia muy notable en el estro del poeta con respecto á las poesías de fecha anterior.

Ya no aparece aquí en danza ningún personaje de la mitología griega, sino las sombras de los incas como evocaciones del alma americana, y las ninfas del Río de la Plata como graciosa encarnación del espíritu de estos pueblos. Mirando á las tumbas de la Paz, á Potosí, y á la Plata, le da al héroe el título que él acaba de fundar con su victoria, el de compatriota; y lo saluda, en nombre de toda la América, á quien con ese golpe ha libertado.

El triunfo de San Martín en las margenes del Maipo volvió á poner la lira en las manos del poeta de la Canción Nacional, que culminando esta vez en su inspiración, compuso dos poesías que son dos joyas del parnaso argentino.

La primera es la Oda que empieza:

> ¡Oh, si hoy mi poderío
> La esfera de mis votos igualase

Para cantar el belicoso brío
De la legión Maipuana
Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

Esta composición es bellísima y del más refinado lirismo. Imitando el relato del viaje al país de los Hiperboreos, que se lee en el himno de Apolo, del lésbico Alceo, el poeta supone que realiza en el carro del sol el giro de su curso diurno, y que, desde allí, va desparramando por el mundo la noticia de la victoria de Maipú.

Yo entre tanto ocupando
Del grande Tauro el hiperboreo alcázar
Y el humilde horizonte atrás dejando,
Con ráfagas de lumbre
Más vistosas brillara que es costumbre.

Mi mente al desplegarse
Deliciosos poemas sembraría,
Que al leerse por el mundo y meditarse
De Maipo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria.

Así, dice que llegaría al Cenit, en donde entonando un canto sobrehumano, haría que de todo el orbe se levantara un aplauso unánime á los bravos de América.

Después celebraría
Tu rico suelo que llenó natura
De dones abundosos á porfía:
Suelo privilegiado
Para asilo del mundo destinado.

Y después de haber logrado que de todas partes del mundo se levantasen votos entusiastas.

> Deseando gloria á los independientes
> Y paz pronta y durable
> Que á la España negar no sea dable.

dando por cumplida su misión dice:

> Bajaré el gran carro al horizonte,
> Y celajes de un gusto primoroso
> Pondrían fin al día
> Que te ofrecen mis votos patria mía.

Pero todavía es mejor la segunda composición titulada *«A la batalla de Maipo»*.

Su comienzo no puede ser más sencillo, elegante, sentido y digno, tratándose de recordar el contraste sufrido por las armas de la patria en los desfiladeros de Cancha Rayada:

> Aquella ingrata noche había pasado,
> Aquella noche que á la patria un grito
> De dolor arrancara.

En seguida pinta la satisfacción del ibero por el efímero triunfo, apuntando rápidamente los sórdidos afanes que aquella jornada debió reanimar en el ánimo de los dominadores de tres siglos; destaca la situación del espíritu público entre los patriotas, desalentados por aquel contratiempo de su héroe predilecto; y, apenas insinúa su desaliento, cuando, en magnifico salto lírico, haciéndose éco del redoble de los tam-

bores y presentando la vista del odiado enemigo, electriza al lector, cambia el escenario y sostiene el entusiasmo con que se asiste al cuadro de la batalla.

Magnífico es también el apóstrofe con que el poeta realza el valor moral del esfuerzo de los patriotas:

> ¡ Iberia, Iberia ! ¿ qué haces ?... Hubo un día
> En que la Asia, la América, la Europa
> Y la Africa admiraron
> La terrible osadía
> De tu soberbia y numerosa tropa,
> Tus glorias fué, que á su cenit llegaron.
> El curso natural de los Estados
> Cual de toda humanal magnificencia,
> Te obliga á irresistible decadencia:
> ¿ Quieres, insana, combatir los hados ?

La descripción de la batalla es realmente patética. La acción se precipita de golpe, sin divagaciones antojadizas, de esas que son tan comunes en estos casos, para conciliar las exigencias de la rima ó redondear el giro de un periodo. Así:

> ¡ El bronco trueno al trueno, el rayo al rayo,
> El acero al acero, cual responden !

No se puede dar mayor idea de ardimiento, acometividad y lucha que la que encierran estos dos versos; ni se puede dar visión más hermosa que la que, en estos momentos, nos presenta el poeta:

> La Patria encima de los altos Andes
> Se alza, y los campos de la lid descubre:
> Su bello rostro con la mano encubre;
> Son ¡ ay ! los riesgos de sus hijos, grandes !

Una de las cosas más difíciles de las odas, cual es, el sostenimiento de su entonación, ha sido admirablemente realizada por el Dr. López en esta poesía, logrando darle el movimiento necesario á la clase de acción que la motiva, con todo el ardor de los ideales y sentimientos que la impulsan y el sabor sentencioso de sus reiteradas concitaciones pacifistas, sin menoscabo de la magnificencia de su estilo ni de la nobleza de su lenguaje.

Toda la composición está esmaltada con pensamientos brillantes en que resplandecen los más nobles ideales, colocados sin esfuerzo, como artísticos broches de luz con que el *mens divinior* horaciano cerrara cada estrofa. Como último florón de la composición trae los siguientes versos:

En lumbre
Eterna brille el nombre americano;
Y arrojando al león tras el Oceano,
Ponga América el pie sobre la cumbre.

Los sonetos que compuso á la muerte del general Belgrano, y el soneto elegiaco con motivo del fallecimiento del Dr. D. Matías Patrón, lo mismo que la oda á D. Bartolomé Muñoz, demuestran el dominio que tenía el Dr. López de las distintas formas de la versificación, y su inclinación á buscar en los secretos misterios del ritmo y la armonía los mejores efectos para la expresión de sus sentimientos, siempre nobles patrioticos y cristianos.

CORONEL D. ESTEBAN DE LUCA

Esteban de Luca es una de las figuras que se destacancon con tornos más suaves y armoniosos de entre el grupo homérico de los patriotas de la revolución de Mayo.

Descendiente de una familia de ilustración y cultura tradicionales y heredero, que hacía honor á las nobles energías para el trabajo y amor á lo bello en todas sus manifestaciones, que distingue á los pueblos de la patria del Dante que era la de su padre fué, todo lo que pudo ser en aquel momento supremo de la lucha por la libertad de América, dando á su patria todo el contingente de su talento, su aptitud y sus virtudes. Así, fué: soldado, artesano, fundidor, ingeniero y poeta.

Nació en Buenos Aires el 2 de Agosto de 1786. (1)

Fué alumno del Colegio San Carlos, donde estudió latín con el Dr. D. Pedro Fernández, y filosofía con D. José Joaquín Ruiz, siendo condiscípulo de los que más tarde llegaron á ser: el general D. Tomás Guido, el coronel D. Manuel Dorrego, el respetable D. Patricio Lynch y el honorable D. Sebastián Lezica.

La reconquista contó á de Luca en el número de sus más jóvenes é improvisados guerreros, revistando

(1) J. M. Gutiérrez. «D. Esteban de Luca, noticias sobre su vida y escritos» 1877, pág. 6.

en las filas de la heroica defensa como subteniente de bandera del 3e. batallón de patricios; y la revolución consagró los servicios de su espada, incorporándolo al ejército libertador con el grado de capitán, de la 4a. compañía, del regimiento América, por decreto de la Junta Provisional de 27 de Junio de 1810. Su espada es uno de los primeros aceros que chispean en el ambiente de gloria que envuelve á aquellas jornadas inmortales; y su lira es la que primero resuena, trasmitiendo al orbe el anuncio de la *aurora feliz* que se iniciaba.

Como perlas del más acendrado patriotismo, sus estrofas han engarzado: la primera execración al yugo español, el primer franco anatema al despotismo de sus reyes, el primer saludo á la emancipación americana, el primer augurio de la felicidad de estos pueblos en el futuro, y el primer llamado al amoroso entusiasmo de las mujeres argentinas.

La espada de de Luca es un rayo de luz de aquella inmensa aurora; y su musa, es la alondra de la libertad.

Cuando el general D, Manuel Belgrano fundó la *Academia de Matemáticas,* con el decidido propósito de vincular socialmente unos con otros y regularizar los estudios de los jóvenes, que abandonando las aulas universitarias, ingresaban al ejército, ansiosos de cubrirse de glorias en la guerra de la independencia, nuestro ilustre poeta y soldado fué uno de los primeros en inscribirse como alumno. Y cuando, apurando los recursos de la necesidad más extrema, el entusiasmo

de aquellos hombres inmortales los convirtió de la noche á la mañana, de comerciantes ó estancieros en fabricantes balas, fusiles y cañones, en armeros, lomilleros, fundidores, mecánicos é ingenieros, de Luca fué también alumno de esa escuela práctica del primer arsenal de la patria, completando en ella sus conocimientos científicos, hasta llegar á hacerse un armero de primer orden bajo la sabia enseñanza de D. Angel Monasterio, cuya dirección sustituyó más adelante.

El decreto por el que se le nombra Director de la fábrica de armas del Estado, está redactado en términos encomiásticos poco usuales, lo que prueba el mérito de los servicios de de Luca, dice así: «Si un militar consagrado á la defensa de su país es digno del alto aprecio del gobierno, cuando en campaña cumple honrosamente los deberes de su instituto, no es menos acreedor á la gratitud pública el que, fomentando los establecimientos nacionales, descubre con sus talentos y dedicación, medios apreciables de seguridad y de defensa: sobre este principio, y habiendo el sargento mayor graduado D. Esteban Luca, encargado de la fábrica de fusiles de esta capital, presentádome una docena de espadas de caballería como primeros ensayos de la construcción de esta arma, bajo su dirección, cuyo temple y finura haría honor á las fábricas más acreditadas de Europa, igualmente que los fusiles de la primera calidad dirigidos por él mismo, he venido en acordar, se coloquen en la sala de armas de esta Fortaleza á la espectación de los ciudadanos, y

que en retribución y justo premio que merece tan distinguido servicio se le condecore al expresado D. Esteban Luca, con el empleo efectivo de sargento mayor de artillería y el título de *Director de la fábrica de armas* del Estado, dándole las gracias á nombre de la patria».

Con este motivo dice D. J. M. Gutiérrez: (1)

«Para apreciar la importancia de estos servicios es necesario echar la vista al estado en que se encontraba el país en aquella época.

La guerra de la independencia estaba comprometida con la derrota de Sipe-Sipe y sus consecuencias. El ejército al mando de Rondeau, reclamaba auxilio de soldados y de armas. El del general San Martín comenzaba á organizarse al pie de los Andes, y los corsarios al mando de Brown se disponían á zarpar desde el Río de la Plata. Armas y soldados eran de primera necesidad.

La conscripción intentada por el Directorio, podía proporcionar estos últimos: la vena del patriotismo no estaba del todo desangrada en seis años de constantes batallas; pero las armas, elemento tan indispensable como el soldado, no se hallaban en venta en los almacenes, ni la pobreza del erario podía tentar á los especuladores para que las introdujesen desde Europa. Así se explica la complacencia del Director al ver las espadas, los fusiles y las pistolas de arzón, que con materiales del país y por manos americanas, se obte-

(1) «D. Esteban de Luca, noticias sobre su vida y escritos». Opúsculo citado, pág. 12.

nían en los talleres nacionales, en fueza del empeño y talentos de un hombre fiel á la revolución desde sus primeros pasos.

Este importante auxilio que le prestaba el señor Luca, no ha sido tomado en cuenta por nuestros historiadores hasta ahora, y es de justicia la reparación de este olvido. El soldado artífice, ha sido eclipsado por el literato y el poeta en la persona del hombre que reunía ambos talentos y calidades; y bajo este segundo aspecto es como realmente se recomienda más ostensiblemente el señor Luca, en los fastos casi inéditos de los esfuerzos intelectuales de nuestra vida independiente».

Y entre tanto: en medio del fragor de los hornos, del chisporroteo de las fraguas, del ruido de los golpes del martillo sobre los yunques, y del tragín febriciente de la usina, la musa del patriotismo descendía del Olimpo é inspiraba al alma enardecida de aquel vulcano de ojos azules y cabellos rubios; y al sentir el rumor de los azarosos combates en que la patria jugaba sus destinos, entonaba sus mejores cantos al son de las aceradas cuerdas de su lira.

Así vemos, que: la heroicidad de los valientes cochabambinos lo conmueve. Sigue desde su fábrica las anhelantes peripecias de sus alzamientos varias veces sojuzgados, y poniendo en la suerte de aquel pueblo todos los entusiasmos de su alma, mira como:

> Por la escarpada sierra
> Y los amenos valles se derraman ;

y exclama alborozado:

> Se siente á su furor temblar la tierra
> A la voz de *Libertad* que ellos proclaman.

Alze su voz la crítica cuando quiera, para buscar en el sencillo artesonado de esos versos el resabio de la cultura española cuya soberanía institucional se repudiaba, y en las reglas de la métrica y la eufonía los mayores defectos de su píndarico relieve. Los cantos de la guerra no se escriben con el estro conventual de los Luis de León ó los Herrera, sino entre los arrebatos del patriotismo con las ansias desenfrenadas de la gloria.

Por eso dice el poeta:

> Hoy escuela de Marte
> Es Cochabamba; cíclopes sus hijos,
> Que de Vulcano mejorando el arte
> Entre trabajos duros y prolijos,
> Activos acicalan las espadas
> Que dejarán vengadas
> Del adalid las muertes afrentosas
> Con que inundó de llanto á las esposas.

En este género de composiciones el mérito no está en la armonía de los versos, sino en la pureza, en la verdad y en la intensidad del acento con que el poeta se hace eco de la causa popular

> De los pueblos que aborrecen en sus pechos
> Al impio forzador de sus derechos.

Bien puede decirse que, de este punto de vista, de

Luca no tiene rival, y que sus poesías son magníficas salutaciones á la patria naciente, desbordantes de amor, de entusiasmo y de alegría.

Al caer rendida Montevideo, último baluarte de las autoridades españolas en el Río de la Plata, y ver despejarse el horizonte por el lado del Océano que había pesado tres siglos sobre el progreso de estos pueblos con el horrible misterio de sus inmensas soledades, prorrumpe en esta ardiente manifestación de regocijo:

«Salve, patria feliz: á la constancia,
A la heróica constancia de tus hijos
Debes el gran trofeo, la victoria
En que miras destruída la arrogancia
Del soberbio tirano, que prolijos
Tormentos preparaba
Al noble defensor de tu alta gloria
Qne en los arduos combates te invocaba».

Recuerda en forma poética muy sentida la triste condición en que el destino coloca á aquella hermosa ciudad, haciéndola servir de albergue á los opresores; y la compara con la situación de todos los demás pueblo del continente que se aprestan impacientes á la guerra:

De la morada de los patrios manes
La América entretanto se levanta,
Y de los Andes en la exelsa cumbre,
Atalaya del mundo, los afanes
Ve de sus hijos en la lucha santa:

Ya los mira impacientes
Correr tras la enemiga muchedumbre,
Como rápidos corren sus torrentes.

Contempla á los hijos de América ya vencedores en Méjico, en Caracas, *del Austro á los Triones*, y dice: «*¡cual se cuenta su gloria, y cual retumba!* condensando el pensamiento de la lucha en estos dos soberbios versos de la más alta y marcial resonancia:

«Tres siglos vengan de cadena y llanto,
Vueltos los ojos hacia el val de Otumba».

El estro de Luca tiene siempre altisonancia, generosidad y gallardía, aun en sus arrebatos más ardientes. Su musa es deidad de cumbres, y su lira es de bronce con cuerdas de oro.

La victoria de Chacabuco le inspira después la oda que comienza:

Entre guerra y venganzas
Muertes y horrores, el caudillo ibero,
Entre crueles verdugos y acechanzas,
Cual Minotauro fiero
Con centellanes ojos asombraba
De Chile el monte y llano que ocupaba.

en la cual, si el estilo es menos brioso, porque la composición se resiente por el esfuerzo de la conformación dentro de los moldes del seudoclasicismo de la época, en cambio el pensamiento general es de los más levantados y serenos, y su lenguaje muy correcto.

Hablando don J. M. Gutierrez de esta misma so-

briedad y gusto por las buenas formas que distingue á de Luca, y comparándolo con don Juan de la Cruz Varela el más clásico de nuestros poetas, dice: (1)

«Luca se acerca á este último más que á ningún otro de sus contemporáneos: tiene el mismo tacto literario y apunta al mismo blanco; pero, á pesar del uniforme que viste Luca, repugna ensangrentar las ruedas de su carro olímpico en la arena de las batallas y se satisface con cantar y aplaudir la victoria desde las alturas de la filosofía que él descubre en las intenciones de la revolución. Este generoso fin justifica para él la sangre derramada para conseguirlo, y no deja de remontar en todas ocasiones á la barbarie de la conquista y á las injusticias torpes del régimen metropolitano, inculcando por este proceder indirecto una repugnancia reflexiva contra lo añejo y atrasado, en contraste con las perpectivas risueñas de libertad y progreso que vislumbra tras el polvo y humareda de la lucha armada».

Como Olmedo asoció su nombre á la fama del vencedor de Junín, y Varela comparte de la gloria de Alvear, de Luca ha vinculado su nombre con el del insigne vencedor de Maipo y Chacabuco.

Su canto *al vencedor de Maipo* es magnífico, y á nuestro juicio ésta es una de las mejores de sus poesías.

Aquella imagen de la inocente América sentada sobre la cumbre de los altos Andes, en la región de las

(1) J. M. Gutierrez. Esteban de Luca. Noticias sobre su vida y escritos 1877. Pág. 36.

nieves sempiternas, que es el trono en que la han colocado sus hijos, después de sacarla de entre el polvo vil y las cadenas en que por tanto tiempo gimió bajo la denominación del crudo hispano, desde donde contempla el grandioso y terrible cuadro que ofrece á su vista

el solio vacilante
Del monarca español, que enfurecido
Impele al mar las huestes sanguinosas
Con que intenta oprimir al suelo indiano

mirando retratados en sus rostros:

Todo el furor y rabia carnicera
de Pizarro y Cortés........

es de lo más digno, noble y majestuoso en su género, de lo más propio y rotundo como lenguaje y de lo más intensamente colorido como expresión:

«Por todas partes á sus dignos hijos
Rompiendo mira el yugo del hispano;
El grito universal de la venganza
Contra tres siglos de opresión indigna;
El ronco son del bélico instrumento,
El horrízono estruendo de las armas
Que los ecos dilatan y repiten,
En confuso rumor resonar hacen
La bóveda celeste; el patrio suelo
Retumba todo: *Libertad ó Muerte.*

Comprendemos que haya sido siempre mortificante para el amor propio de nuestra madre España la in-

sistencia con que nuestros poetas, la han tratado de tirana y opresora, de sanguinaria, retrógrada y avara; y estamos muy lejos de participar de la opinión de los que puedan ver en la energía de tales expresiones el principal mérito de nuestra poesía patria. Pero prescindiendo de ese detalle fácilmente justificable por la exaltación revolucionaria de la época, el entusiasmo de los combates casi siempre coronados por la victoria, y el cansancio natural á la prolongación de la lucha; la angustia y la desesperación de nuestros soldados-poetas, por la resistencia tan tenaz como desesperanzada que oponían los españoles; creemos que, lo rotundo no tiene nada que ver con lo justo; y que si algún cargo merecieran á este respecto nuestros poetas, él no tiene porque recaer sobre su numen, ni sobre su arte.

Resulta pues una majadería inexcusable en un hombre de verdadera ilustración y reposo (como creemos al R. P. Francisco Blanco García) eso de pretender llenar el hueco de sus conocimientos sobre la literatura de un país, con el menosprecio á *los lugares comunes del odio al despotismo* y *á las pompas de una fraseología gastada aunque halagadora entonces para oídos americanos.* Pues á no ser que el R. P., pretenda encontrar plácemes y bendiciones á España en esos cantos, ha debido recordar que la mayor parte de ellos, y sobre todo los de Luca, se escribieron entre el fragor de las fraguas donde se templaba el acero de las espadas para la guerra á muerte que se había jurado á su dominación, y era allí donde se sentía con ma-

yor ansiedad que en ninguna otra parte, el soplo abrazador del entusiasmo por la lucha. Tampoco deja de ser cómica la pretensión de que, los poetas de la revolución mirasen á España con más buenos ojos que Quintana, quien no ha visto en los conquistadores sino:

> A un odioso tropel de hombres feroces
> Colosos para el mal.

Pero, volviendo á nuestra oda, vamos á ver la sobriedad, la mesura y el comedimiento con que el poeta refiere nada menos que, la lúgubre sorpresa de Cancha Rayada, con cuyo recuerdo bien pudo exacerbarse su encono y su despecho.

Dice así:

> «La luna con su giro silencioso
> La noche acompañaba, iluminando
> Con su argentada llama á los mortales;
> Ningún signo fatal, ningún agüero
> Pudo anunciar el mal que preparaba
> La astucia del ibero á nuestras fuerzas:
> A Hécate invoca y á los Dioses todos
> Que en las nocturnas sombras dan auxilio
> Al mortal despechado; bruscamente
> El patrio campo ataca. ¡Al arma! ¡Al arma!
> Prorrumpen los soldados, y á batirse,
> Y á defenderse corren; más en vano
> Su impertérrito brìo; se confunden
> El amigo y contrario, y retirarse
> A las aliadas tropas es forzoso.

Pero véamos como canta á la victoria, después de pedir á Calíope que lo inspire.

El preámbulo de la batalla es bien conciso y severo. En medio de aquel horrible silencio de que habla la historia, presenta á los ejércitos, y dice:

> Unidas marchan las indianas huestes
> Contra el hispano, que en horrendo fuego
> Inflamando sus líneas, las recibe

y como si la rapidez y la sobriedad de la pintura por el laconismo de la expresión, fuera el mejor modo de destacar la acción principal con toda la sencillez de su grandeza heroica, dando algunas pinceladas breves, seguras y compactas, insiste en el avance en masa de los patriotas, imponiendo verdaderamente la idea, de que

> nada puede
> La carga detener con que se avanzan
> A destrozar las fuerzas enemigas.

El efecto de este recurso se aumenta todavía más con el oportuno recuerdo de que el ejército patriótico ejecutaba esta marcha bajo una lluvia de balas enemigas, sin detener por ello su avance ni tampoco hacer uso de sus armas.

> Aún está encerrado
> En su mosquete el rayo de la guerra,
> Aun no hacen uso del cortante acero
> A pesar de que muchos ya regaron
> Con su sangre la tierra y muertos yacen.

Pero llega el momento de obrar, y el poeta en su canto, como la tropa en aquel instante, lanza un grito de increpación y de venganza, que resume el estado de los ánimos después de la sorpresa de Cancha-rayada.

¡¡ Homicidas feroces!! .....

y sin más que eso, completa su propósito artístico, describiendo el ataque de los patriotas por medio del símil de una tempestad en el mar:

Como suelen
Estrellarse las olas montañosas
Del conturbado océano en los muros
De la soberbia Gades, derribando
Grandes masas, asi nuestros campeones
Entre el fuego y el humo acometiendo,
Destrozan, talan, queman y derriban
Cuanto se opone al decisivo impulso
De la terrible aguda bayoneta.

En toda la descripción de la batalla, á pesar del colorido y movimiento con que está hecha, no hay ni una sola palabra que pueda juzgarse ofensiva para España; ni siquiera una exclamación de odio general á las tiranías, de esas que el P. García Blanco llama lugares comunes del odio al despotismo, por horror á las cuales ha desdeñado estudiar la poesía argentina.

Creo que no hay erudición más fácil que aquella que consiste en hacer referencias y comparaciones en estos casos. Podría acumular en este momento aqui

todos los versos de los poetas españoles más populares, que han cantado á la guerra napoleónica, para hacer un parangón con los de nuestros poetas.

Afirmo que los españoles son muchísimo más insolentes y agresivos; si no hago esta comparación es porque creo que ello no tiene interés ninguno para nadie; pues tan poco serio me resulta el que deja de apreciar ese género de poesías por su fuerza de expresión y resonancia belicosa, como el que no las estima más que por eso.

Tan severa como la descripción del ataque es la pintura de la batalla empeñada entre ambos ejércitos:

«El aire rompen con silbido horrendo
Las balas del contrario, el suelo cubren
Cual lluvia de granizo conducida
En las alas del austro embravecido.
En la diestra el acero fulminante
Domina San Martín á la campaña,
Cercado de peligros y de muerte.
Dueño de la fortuna, de si mismo,
Su espíritu guerrero nada turba;
Los ataques dirige, manda estragos,
Como otro Jove que á la densa nube
Reventar hace en rayos formidables.

Estos dos últimos versos de insuperable corrección, completan la sublimidad de la escena que tan artísticamente ha venido preparando el poeta, á fin de tener el ambiente más digno y apropiado á la presentación del general San Martín.

El efecto obtenido así, por de Luca, es mucho mayor que el que consigue Varela, mostrándonos á Alvear en Ituzaingo en el momento en que ordena una maniobra de detalle al general Brandzen. Pues para apreciar la importancia de esa actitud, es necesario tener en cuenta la verdad del hecho histórico y el valor estratégico de la indicación; mientras que, para admirar la figura de San Martín en el canto de De Luca, no se necesita más que seguir al poeta en su descripción.

La composición termina con una apología al héroe, poniendo á la victoria en alas de la fama, y al jefe invicto por encima de Leónidas y Milciades.

Este canto á la victoria de Maipo fué muy celebrado y valió á de Luca la mas honrosa distinción. En efecto, queriendo Rivadavia festejar de todos modos la noticia de la entrada en Lima del ejército de los Andes, se dirigió á de Luca, por nota fechada el 28 de Septiembre de 1821, en los siguientes términos: (1)

« El gobierno se halla fuertemente penetrado de la importancia de este suceso remarcable, y desea que un hijo distinguido de Buenos Aires, aquel que ha tenido la gloria de cantar sus triunfos con aplauso del mundo literario, cante también la destrucción del coloso español en América y la libertad del Perú.

El gobierno conoce que un asunto tan elevado es digno de ser tratado por los talentos de Vd. y se lisonjea que será desempeñado de un modo que honreá su autor y satisfaga los votos del pueblo de Buenos Aires.»

---

(1) «Don Esteban de Luca» «Noticias sobre su vida y escritos» por Juan M. Gutiérrez. 1877. Pág. 43.

A esta nota contestó de Luca diciendo:

«Me ha causado el mas alto reconocimiento la honorífica comunicación de V. S. que con fecha de ayer se ha dignado dirigirme, instándome á cantar la libertad de la capital del Perú por las armas al mando del general San Martín. Este acontecimiento es tan fecundo en grandes resultados para la patria, que la imaginación de los Homeros y los Virgilios no bastaría á pintarlo con las brillantes imágenes que le corresponden. Debo asegurar á V. S. que nunca como esta vez he sentido la debilidad de los cantos de mi musa. Con todo, el asunto inspira un sagrado entusiasmo á todos los corazones; él quizá me haga superior á mi mismo, y llegue á inspirarme un tono que satisfaga en parte los deseos de V. S. que en el corto tiempo que ocupa el ministerio ha dado muchas pruebas del interés con que mira á los literatos. Para formar una composición digna de tan alto objeto debo preparar mi espíritu siendo de mi obligación el pasarla á manos de V. S. con la posible brevedad.»

Dice don J. M. Gutierrez: (1) «Antes de quince dias, el señor de Luca había cumplido los deseos del gobierno y le presentaba, por conducto del ministro Rivadavia, su: «Canto lírico á la libertad de Lima por las armas de la patria, al mando del general don José de San Martín», acompañándola con las siguientes palabras:

«Tengo el honor de pasar de á V. S. la composición

---

(1) J. M. Gutierrez. Opusc. cit. pág. 45.

poética que se ha dignado encargarme con el objeto de celebrar la libertad de Lima por las armas de la patria al mando del general San Martín. Si se consideran todos los pasos que han precedido á este suceso memorable, si se valora todo lo que han hecho para alcanzarlo los dignos hijos de la patria, se descubre luego el mas vasto campo de glorias que hayan visto las naciones. Los defensores de la libertad de la América, prodigando su sangre y sus tesoros en una causa sagrada, vengando los derechos de la humanidad oprimida por la tiranía de tres siglos, ofrecen á un gran poeta la acción mas noble y heroica para ejercitar la imaginación. Yo que no tengo la dicha de poderme contar entre estos séres privilegiados, de cuya voz están pendientes los siglos, me he visto en el mas arduo compromiso al ejecutar la pequeña obra que dirijo á V. S. Solo ha podido animarme á presentarle á mis compatriotas por el conducto del gobierno, la benignidad con que han recibido otras composiciones que he consagrado en diversas épocas á los triunfos de la patria. Yo creeré merecer la indulgencia del público, si en este asunto digno de la trompa épica de Homero, he logrado al menos, bajo un plan abreviado, reunir á la majestad del canto, el entusiasmo de la oda.

Yo he creído, que debía usar de lo maravilloso en mi composición; pero no me he valido de la intervención de las deidades alegóricas de la fábula cuando bastan á excitarlo las dificultades vencidas por el genio. Por eso es que me pareció mas acertado ha-

cer que San Martín vea á la América sobre los Andes, y las victorias de Chacabuco y Maipú, que nos prepararon la libertad de Lima que va á poner fin á la guerra de la independencia.

«Sobre todo, he tenido presente los grandes sacrificios hechos á la patria, y la suerte dichosa que gozará por ellos la posteridad.

El dichoso porvenir del nuevo mundo, fruto de nuestras vigilias, de nuestras privaciones, de nuestra sangre, es lo que debe lisonjear nuestros corazones, lo que debe inflamar á los poetas del Parnaso americano. Y, á la verdad, ¿qué imaginación bastará á representar las nuevas formas, el grado de felicidad á que llegará la América bajo el influjo de la libertad, de la tolerancia y recíproco interés que formarán los vínculos de la gran asociación americana?

«En tanto que otro genio mas feliz que el mio, logra, empleando la mas alta epopeya, cantar dignamente la época de libertad en que acaba de entrar el nuevo mundo, dígnese V. S. aceptar mi composición como un tributo que rindo al valor, á la constancia, y demás virtudes heroicas de los libertadores de la capital del Perú.»

Esta poesía de de Luca ha sido muy aplaudida por los hombres de letras de ambos mundos. El señor don Marcelino Menéndez y Pelayo llega á decir de ella, que: «contiene trozos de noble y majestuosa entonación en el género de Quintana (1); y podrá medirse

---

(1) Antología del poetas Hisp. Amer. Tom. 4, pág. CXXIII.

la satisfacción con que el Gobierno y el pueblo de Buenos Aires recibieron la composición, por el siguiente decreto que se dió en su obsequio: (1)

«El gobierno ha oído el «Canto lírico» que el sargento mayor don Esteban Luca le ha presentado, con una satisfacción, que solo puede expresarla por el convencimiento en que queda, de que esta producción conduce á su autor á obtener un lugar entre aquellos seres privilegiados de cuya voz están pendientes lo siglos. En su virtud decreta lo siguiente:

1—El canto lírico será impreso con toda perfección tipográfica.

2—Será presentada al autor del canto lírico una de las mejores ediciones de las poesías de Homero, de Osian, de Virgilio, del Tasso y Voltaire.

3—El Ministro secretario de gobierno queda encargado de la ejecución de este decreto.

Rodríguez—B. Rivadavia.

Con este motivo el héroe dirigió al poeta las siguientes breves líneas en que demuestra, como en todos sus actos, las virtudes características de su alma noble: el denuedo, la modestia, y la fé en el triunfo de la revolución.

«Compañero y paisano apreciable: No es ésta la primera vez que Vd. me favoroce con sus poesías inimitables: no atribuya Vd. á mi moderación esta exposición; pero puedo asegurarle que los sucesos que han coronado esta campaña no son debidos á mis

(1) Opúsculo citado pág. 51.

talentos (conozco bien la esfera de ellos), pero si á la decisión de los pueblos por su libertad y al coraje del ejército que mandaba: con esta especie de soldados cualquiera podía emprenderlo todo con suceso.

«Quedo celebrando esta ocasión que me proporciona manifestar á Vd. mi reconocimiento, y asegurarle, es y será su muy afectísimo paisano y amigo.

Q. B. S. M.

José de San Martin.

Durante los años que comprendieron al célebre período que en nuestra historia se llama del año XX, de Luca vivió alejado del torbellino político que formaban las ambiciones de algunos de los primeros hombres públicos del país; y se había entregado por completo al estudio en su laboratorio de la fábrica de fusiles. A pesar de eso, como amigo del general Alvear, fué también sindicado de conspirador, por lo que redactó una especie de manifiesto, para que todo el mundo supiera cual era su opinión sobre las cuestiones políticas del momento; y no lo estuvieran molestando con cargos gratuitos.

Miembro de aquella célebre «Sociedad Literaria» que tanto trabajó por la más pronta realización de los ideales de la revolución de Mayo, derramando en la prensa, en la escena y en el libro, la savia vivificadora de la libertad en que debía desenvolverse la cultura del pueblo argentino, fué uno de los principales colaboradores del *«Argos»* y *«La Abeja Argentina»*.

En el primer número de este último periódico

apareció la poesía de de Luca *«Al pueblo de Buenos Aires»*.

De Luca fué uno de los tres miembros de la Sociedad Literaria á quienes se nombró en comisión para tomar á su cargo el trabajo de la recopilación y colección de todas las producciones poéticas dignas de la luz pública que habían sido compuestas en esta capital desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el 9 de Julio de 1822 en que el ministro Rivadavia lo disponía así, por decreto de gobierno, delegando en la Sociedad Literaria la designación de las personas que los hicieran. El trabajo se realizó, publicándose un tomo de 353 páginas dividido en dos partes, la primera de « Canciones »; y la segunda, de Odas y Cantos cuyo título es: «Colección de Poesías patrióticas».

Al año siguiente, el Gobierno nombró á de Luca Secretario de la comisión confiada al doctor don Valetín Gómez, en el Brasil. Al cabo de un año, al regresar á Buenos Aires y ya en la desembocadura del río de la Plata, el 17 de Marzo de 1824, el bergantín *Agenor* en que venían encalló en el *banco inglés*, donde azotado por el grueso oleaje que levantaba el viento huracanado se fué completamente á pique,

Cediendo á su arrojo, ó quizás temerosos de no recibir auxilio oportuno y antes que verse hundir poco á poco sin poder hacer nada por su vida, de Luca y varios otros valientes se resolvieron á luchar con las olas, tratando de salvarse en una balsa; pero el intento fué fatal, mientras que sí se salvaron reco-

gidos por otros barcos, los que permanecieron en el buque naufragado.

Así perdió la patria al poeta de más numen y de mejores formas literarias de la época de la revolución de Mayo.

CORONEL DON JUAN RAMÓN ROJAS

El coronel don Juan Ramón Rojas nació en Buenos Aires á fines del siglo diez y ocho, y cursó sus estudios en el colegio de San Cárlos.

Cuando cediendo á sus inclinaciones juveniles (ó acaso á la voluntad paterna que á menudo le señalaba la senda que habían de seguir los hijos) se disponía á seguir la carrera eclesiástica, los sucesos de 1806 lo arrebataron por rumbos muy distintos, é impulsado por la corriente que llevó á tantos otros jóvenes á probar sus gallardías en la guerra, abrazó la carrera militar que abría nuevos y más vastos horizontes á su vida.

La defensa de Buenos Aires conmovió las fibras más sensibles de su alma y encendió en su mente el fuego divino de los iluminados. Por eso al evocar á los manes argentinos frente á los baluartes de Mon-

tevideo tuvo la suerte de haber sido el primer poeta que cantara las grandezas del porvenir de la patria.

En 1810 era teniente del ejército español y se encontraba en Montevideo, sirviendo en el regimiento de Murgiondo. Figuró entre el grupo de valientes que, al conocer la noticia de la revolución de Mayo, intentó producir el inmediato levantamiento de aquella; plaza, pero fracasado su intento, por causas que no son de este lugar referir, fué como sus demás compañeros perseguido, procesado y condenado á muerte, salvándose de ella, gracias á que pudo escaparse y ganar nuevamente Buenos Aires.

Regresó á tomar á Montevideo á las órdenes del general Rondeau, sirviendo en el regimiento del Río de la Plata; y durante el sitio que precedió á su rendición, compuso la «Canción Heróica».

Después se hizo artillero; y en 1815 lo encontramos trabajando con de Luca en las fábricas de fusiles que tenía el nuevo gobierno. Así, cuando de Luca fué ascendido á comandante por el hecho de haberse fundido en los crisoles de la pequeña fábrica tres piezas de campaña que llevaban por nombres «El Congreso», «La Independencia» y «Provincias Unidas», Rojas fué ascendido á capitán por el mismo decreto (1).

Fué promovido á comandante el 3 de Febrero de 1816 (2).

A las órdenes de Rondeau que lo distinguía mu-

(1) V. La Gaceta del 23 de Septiembre de 1815.
(2) V. La Gaceta del 3 de Febrero de 1816.

cho y al comando del célebre regimiento de granaderos á caballo que creara San Martín, hizo la campaña del alto Perú, asistiendo al desastre de Sipe-Sipe, y minorando con su resuelta y valiente conducta las consecuencias morales del triunfo de Pezuela (1).

¿Qué causa motivó su alejamiento del ejército á raíz del fracaso de aquella expedición?

Nada se sabe á este respecto. En 1817 ya aparece Rojas en Buenos Aires ocupado en tareas muy diferentes á las que hasta entonces había tenido. Abandonando el sable por la pluma, lo encontramos trabajando con entusiasmo por la reforma del arte dramático, tratándo de hacer prácticas las ideas y el espíritu de la revolución francesa de que se hallaba imbuida su generación.

El reglamento de la «Sociedad del Buen Gusto» que fué redactado por Rojas, es un verdadero manifiesto en este sentido, y allí se decía sin embozo que «el plantel de las buenas costumbres, el foco de los conocimientos domésticos, la punta recta de la sociedad debía estar en armonía con los demás progresos traídos entre nosotros por la revolución feliz de los espíritus» y que «América debía imitar á la parte culta de la Europa, donde la festiva Talía se presenta cubierta con el cándido ropaje del pudor que antes ostentaba con continente lascivo: siendo en su opinión ridículo que «estando en manos de todos las obras de Racine, Voltaire, Corneille, Molière, Shakes-

(1) J. M. Gutiérrez: «Juan Ramón Rojas», pág. 23.

peare, Maffei y Moratin», no se recogieran sus frutos «por seguir los absurdos góticos de los Calderones, Montalvanes y López de Vega».

El primero y más ilustre de sus biógrafos, cree ver en esta campaña de Rojas el propósito de precipitar la reforma social del país por medio del teatro; y de este punto de vista, tributa á nuestro coronel de granaderos encomios que bastarían para destacar su personalidad con caracteres inconfundibles, si su obra literaria diera más asidero para atribuirle iniciativas tan trascendentales.

Rojas tiene numen poético y en todas sus composiciones palpita su amor á la patria independiente, entrevista en su grandeza futura á través de todos los sacrificios imaginables. Sus ideas se agolpan á cada momento como escuadrones lanzados á la carga, sin mirar obstáculos á su paso ni en la dicción, ni en la métrica, ni en la rima. Pero su visión es siempre grandiosa, el tropel resulta hermoso, el desorden se explica y el desaliño fantasea más el poema, viéndose entre las breñas de sus versos al alma de un patriota alentando los entusiasmos de un soldado.

La mitología es el campo donde mas espiga su musa, pero si en esto se parece á todos los de su época, en él es en quien menos choca este recurso; porque sus frases son tan sibilinas que la imaginación acepta fácilmente la ficción de que sean dioses quienes hablan.

Rojas comparte con de Luca los laureles de la espada y de la lira, y en opinión de don J. M. Gutié-

rrez ambos son «dos gemelos intelectuales, dos hermanos en la gloria y en el verso». (1)

También como de Luca, Rojas pereció ahogado en las aguas del río de la Plata. En el Nº 77 del *Argos* del sábado 25 de Septiembre de 1824, se registra la siguiente noticia: «La Gaceta Mercantil del día de ayer, publicando la noticia dada por el capitán del paquete «Pepa» pone fuera de toda duda el naufragio de la «Mosca» en el banco Ortiz, y la pérdida de la numerosa tripulación que conducía á Montevideo. Acompañamos en el sentimiento á todas las personas comprendidas en esta desgracia; pero la amistad nos obliga á singularizarnos, lamentando muy particularmente la pérdida de uno de nuestros más distinguidos compatriotas, el coronel reformado D. Juan Ramón Rojas».

CORONEL D. EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL

En las memorias del coronel oriental D. Ramón de Cáceres, que existen inéditas en poder de D. Andrés Lamas, (1) se encuentran los siguientes datos respecto al coronel Valdenegro:

(1) Tomamos esta información de una nota manuscrita de D. J. M. Gutiérrez, en el cuaderno II del «Diccionario de Poetas sud-americanos» que dejó en preparación.

«Era hombre de buena figura, buen poeta, arrobaba con su elocuencia, tenía el don de la palabra, y maneras muy corteses. Era un valiente oficial y llamaba la atención ya fuese en un estrado entre las damas, ya arengando á las tropas.

Este hombre hijo de una familia pobre, debía su educación á un fraile, que le enseñó á leer y escribir (eran todos sus principios).

Después, fué un calavera perdido, un gran jugador y peleador, que vivía ejercitando su oficio entre las vaquerías. De allí lo sacó Artigas, y lo hizo sargento de Blandengues, antes de la revolución. Cuando ésta tuvo lugar, lo nombró ayudante de campo.

Desde que entró en esta carrera abandonó sus malas costumbres; y como hombre civilizado y culto ha vivido en Buenos Aires y en Estados Unidos, en donde murió de enfermedad».

ANTOLOGÍA

MANUEL JOSÉ DE LAVARDEN

SIRIPO

TRAGEDIA EN VERSO

POR

D. MANUEL DE LAVARDEN

2º ACTO *

MIRANDA

Ya tu solo, Cacique generoso,
Podrías acabar pesares tantos;
No más desde hoy te quejes de Lucía;
Ella su mal ó bien deja en tus manos.
Tuya será Lucía si la quieres.

SIRIPO

Ah! si, la quiero!

MIRANDA

La quisieras, cuando
Merecer su cariño procurases
Con artes justas. Ese culto vano,
Que das al sol, por siempre te separa
De sus tan anhelados agasajos.

---

* Copia del original autógrafo existente en la Bibl. del Senado Nacional, en la Colec. Gutiérrez. El primer acto está perdido.

SIRIPO

¿Tan celosa será, que me prohiba
Hasta de la deidad el amor santo?

MIRANDA

No es deidad á quien ciego le tributas;
Esa es hechura de otro ser mas alto.
¿Será que la deidad se constituya
En estado inferior al de los hombres
A que el mismo dió ser? El don precioso
De que las criaturas disfrutamos,
La dulce libertad, será negada
Al que del universo es soberano?
Será nuestro dar regla de los giros
Con que cierra los meses y los años?
Oh! cacique!, al ilustre entendimiento
De que el cielo te dota, haces agravio.
Con que así no aclaró la luminosa
Verdad, la lobreguez de tus engaños,
Cuando viste al eclipse, tan temido,
De divinos graduar á nuestros sabios?
Sí, yo te ví que altivo le mirabas,
Mientras supersticioso terror vano
Tus timbues arrojaba por el suelo,
Tus agoreros mesmos y tus magos,
Los que la enfermedad del dios caduco
Plañian, con visible sobresalto.

SIRIPO

No es nuevo para mí cuanto me dices,
Ni me juzgues de luces tan escaso
Que á la razón me niegue. Antes de ahora,
Mi espíritu buscaba el desengaño,
No pudiendo entender como Dios era
El que de otra mostraba ser esclavo.
Yo via sus efectos invariables
Y que no era su curso voluntario,
Cual mísero mortal le contemplaba
Que procura en la noche su descanso.
Yo lo creo, ya ves; pero no es justo
Tan en perjuicio mio publicarlo,
Renunciar á la ley de mis mayores,
es renunciar á un tiempo al cacicazgo.
Y por no arrodillarme á un Dios fingido,
Que no me puede hacer ni bien ni daño,
Humillar para siempre la cabeza
Y en cualquier español tener un amo.
Mucho vale Lucía, mas el precio
Que pides por su mano, es demasiado
Para quien libre vió su primer dia
Y ha empezado á gustar del dulce mando.
Yo creo que Lucía es muy amable,
Un amante á creer más no está obligado.

MIRANDA

Depon vanos recelos. La experiencia
De cinco años de paz, el justo trato
Del español y prendas amistosas
Y honradas, además, te habrá mostrado.

SIRIPO

Serán entre vosotros los varones
Que las dóciles hembras más humanos?
La fiereza de tu hija te desmiente.

MIRANDA

Lucía te reserva sus halagos,
Para cuando te vea digno de ellos
Por el modo feliz del yugo santo.
La agua que santifica, nueva cuna
Te da para que seas numerado
Como uno de nosotros. No receles
Que padezca tu mando menoscabo.
Más bien porque Lucía en tales tierras
Es la única mujer del suelo patrio,
De todos sus patriotas el aprecio
Partir haz apacible en su regazo.

SIRIPO

Tú ¿qué dices, Lucía? ¿Porqué callas?
Qué me quieren decir tus ojos bajos?
Que imperioso tu padre te constriñe
A tomar un partido involuntario?

MIRANDA

El natural pudor....

SIRIPO *(impaciente)*

Di, tú, Lucía:
¿Merecedor me juzgas de tu agrado?

LUCÍA *(confusa)*

Cacique, cuando el nombre valeroso
Que los tuyos celebran, y de pasmo
Llena tus enemigos;....cuando el aire
Guerrero, que pregona de tu brazo
El esfuerzo y valor;... cuando tus ansias,
Que supiste mezclar con ruego y llanto...
Capaces no hayan sido de hacer suyo
Un pecho de otro afecto ya ocupado,
Del honor que obsequioso me conservas
Y que sobre mi vida inútil amo,
La fuerza poderosa me reduce
Y el duro corazón hace más blando.

SIRIPO

Luego, tú ¿ya me amabas? ¿Y qué nube
Tu alma cubrió con velo que inhumana,
Escondiendo la luz de tus favores,
De tus iras mostraba solo el rayo?

LUCÍA

Tu culto diferente...

SIRIPO

¿Me privaba
De tanto bien? ¡Sin duda era tirano!
Al sol, yo le rendí, porque mis ojos,
De objeto tan hermoso alucinados,
No habiendo conocido tu belleza,
De mi veneración digno le hallaron.

ESCENA 2ª

LUCÍA—SIRIPO—MIRANDA—LAMBARÉ

LAMBARÉ

¡Cacique!

SIRIPO (*á Lambaré*)

¿Qué te altera?

LAMBARÉ

Cayumari
Del frente del naciente ha retirado
Las vigías del campo.

SIRIPO

¿Con qué intento?

LAMBARÉ

Lo ignoro.

SIRIPO

Lambaré, corre á indagarlo.

(*dentro vocería*)

Y mira... Mas, ¿qué grita turbulenta
A lo lejos escucho?

LAMBARÉ

Será acaso
De su fidelidad...

SIRIPO

No te adelantes;
Pueden ser alegrías del vulgacho.
Anda, sabe lo cierto.

ESCENA 3ª

SIRIPO—MIRANDA—LUCÍA

SIRIPO

¡Cayumari,
Contra su fé, pudiera intentar algo!

MIRANDA *(á Lucía)*

Fuerza es volver por él.

SIRIPO

El modo altivo
Con que me habla, más bien que aconsejando
Provocando mi saña, le condena.
Su orgullo es de sus iras el amago.

LUCÍA

No te alteres, Siripo: Cayumari,
De un imprudente celo arrebatado,
Creyendo que atendiese al útil nuestro
El camino de oriente dejó franco,
Para que huyese yo.

MIRANDA

Pero su dicha,
O quizás el amor, le cierra el paso.

SIRIPO *(alborozado)*

Tú te burlas, Miranda?

MIRANDA

No lo dudes.
Esconderse á tus ojos la era salvo.

SIRIPO *(halagüeño á Lucía)*

¡Cayumari tu fuga protegía,
Y tu patria pospones á mi mano!

LUCÍA *(turbada)*

Yo mi patria pospongo... yo pospongo
(mirando á su padre)
Mi patria, por respeto de un ingrato.

SIRIPO

Ay! Cayumari fiel, de tus lealtades,
En tu crimen se ven brillar los rasgos!

ESCENA 4ª

CUYUMARI, *después* LAMBARÉ—SIRIPO—MIRANDA—LUCÍA

CAYUMARI

Un joven español pretende verte
Que por Nuño de Lara viene enviado.

LAMBARÉ

La grita es de tu gente, que conduce
A tu presencia un joven castellano.

LUCÍA

Cual es?

LAMBARÉ

Yo no le he visto, pero dicen
Los que vienen con él, que habla muy claro
El idioma timbué.

LUCÍA *(á Miranda, atónita)*

Señor, ¿qué es esto?

MIRANDA (*atónito*)

Disimula.

SIRIPO

Lucía, ¿qué te ha dado?
Mortal es tu semblante.

MIRANDA

Ven al toldo.

SIRIPO

¿Qué tienes que temer?

MIRANDA (*bajo, á Lucía*)

Vente, más malo
Es encontrarte aquí.

SIRIPO

Nada receles,
Que mi brío por tí se halla empeñado.
(*vanse Miranda y Lucía*)
Lambaré, ten cuidado de Lucía.
(*vase Lambaré*)
Yo no se á que atribuir su sobresalto.

ESCENA 5ª

SIRIPO—CAYUMARI

SIRIPO

¿Qué pedirá don Nuño?

CAYUMARI

Yo recelo
Que la guerra te mande.

SIRIPO

¿Que. En estado
Hallarse puede de mover la guerra,
De cuatro fugitivos un resago?

CAYUMARI

Tratará de vengarse uno que reste.

SIRIPO

El valor de estos hombres no es humano.

CAYUMARI (*sonriendo*)

¿Con que también le admiras? El mancebo,
Se llega de tu gente acompañado.

SIRIPO

¿Le conoces?

CAYUMARI (*mirando adentro*)

Me acuerdo haberle visto;
Yo voy á conducirle.

SIRIPO (*mirando adentro*)

¡Que bizarro!
Razón para llorar tiene Lucía,
Si era su muerto esposo tan gallardo!

ESCENA 6ª

HURTADO—SIRIPO—CAYUMARI—SALVAJES ARMADOS

CAYUMARI (*bajo á Hurtado*)

Calla, Hurtado, tu nombre, que te importa.

HURTADO

Salud goceis cacique, el fuerte y bravo
Que estas playas domina.

SIRIPO

El Dios de España
Te guarde. Di, ¿que buscas, buen soldado?

HURTADO

(1) Nuño de Lara, Alcaide de este fuerte
Que rendisteis, por vía del engaño,
De paz y humanidad, con raro ejemplo,
Para tratar con vos, poder me ha dado;
El poder que ejercita en el augusto
Y siempre invicto nombre del Rey Cárlos,
Que escuchan ambos polos con respeto,
Y con miedo el oriente y el ocaso.
Creeis solo vosotros sin resultas,
Contra su alteza el cometido agravio,
Que los que la crueldad por valor aman
Reputarán por tímido lo manso.
Nuño de Lara quiere convenceros
De la justicia de su soberano,
Cuyas armas, desde ahora vengadoras,
La fiereza y traición autorizaron.
Juan Diaz de Solis á vuestras playas,

(1) Nuño de Lara murió en la defensa, pero ha convenido fingirle vivo.

Ocultos (1) escondrijos de Leopardo,
La sociable cultura os conducía
Y humanidad, á bordo de sus naos.
Si erais tan inhumanos y feroces,
Para no apetecer dones tan claros,
Reclamarais entonces los derechos
Que quereis que acatemos insultados.
Vosotros le llamasteis, y más fácil
Procurasteis hacer su desembarco,
Para darle alevosos una muerte
Propia de la barbarie de estos campos.
Y nosotros, en vez de la venganza,
Tomamos, más que buenos, vuestro amparo.
Los payaguas y agaces lo atestigüen,
Mas vosotros mostradnos vuestro pago.
Yo lo diré. Gaboto, á quien la suerte
Sustituyó este pais por el Catayo,
Desembarcó, más cuerdo y cauteloso
Finjisteis estenderle amigos brazos.
Mas como las astucias dificultan
El escarmiento ajeno en nuestro daño,
Cinco años la traición y la perfidia
En el cobarde pecho habeis guardado.
Supisteis que Gaboto se ausentaba
A dar cuenta de si en el mundo anciano,
Y que sus prevenciones nos harían
De gentes y de víveres escasos.
Ya no esperastes. El volcán furioso,

(1) En el manuscrito de Lavarden dice: Incultos escondrijos etc.

De pérfidos intentos restañados
No pudo contenerse. Las astucias,
La traición y crueldad, arma tocaron.
Un tercio del presidio había salido
A forrajear, y yo, por mi mal hado,
Huí vuestro furor, con una suerte
Que otro dichosa, yo mezquina llamo.
Entonces acudisteis á los nuestros,
Entre frutos los áspides llevando,
Cuando entre las tinieblas se ocultaba
La luz que mete horror á los malvados.
Se os franquean las puertas; se abandonan
Para que descanseis los lechos blandos;
Cada uno por cuidar de su enemigo
Acuña las rendijas de su rancho.
Ya en silencio, se oían solamente
De las silvestres fieras los baladros,
Y el sueño se derrama por los miembros
Que fatigó quizás vuestro agasajo.
Duermen los españoles; mas vosotros
Estabais con las fieras desvelados,
Con la amistad y el agradecimiento
Que os combaten en valde batallando.
Del cruel Narangoré el inicuo silvo
Por una y otra boca duplicado,
Anuncia á nuestra gente y nuestras casas
El incendio, la muerte y el estrago.
Del herido primero los clamores
Avisan del peligro á los incautos,
Dudando si es del sueño fantasía

Quien duerme sin delito descuidado.
La muerte presurosa, iba siguiendo
Del vencedor cruel los gritos altos,
Y postró su guadaña sanguinaria
La flor de la nobleza por los campos.
Por los campos yacían los valientes
Con cien heridas, ya desfigurados;
Mas guardando por seña de españoles
Los troncos de las picas en las manos.
Oviedo que difunto mantenía
El bordado pendón, el fuerte Ocampo,
El ardiente mancebo Perez Vargas,
De alcurnia heroica generosa hidalgo....
¿Mas porqué refiriendo la tragedia,
Que quizas os deleita, yo me canso?
El recuerdo del mal es escarmiento
A otro delito, no al de los ingratos.
Bien visteis cuan temibles enemigos
Son los que habeis aleves insultado,
Pues no bastó á vencerlos la sorpresa,
La multitud, la noche, ni el letargo.
Visteis al grande Lara retirarse
Con pequeño escuadrón, á lentos pasos,
Y le vereis volver, cual trigre fiero
Que de imprudente mano es provocado.
Advertidos estad. Un solo medio
Os reserva su enojo, conciliando
La bondad del monarca más piadoso,
Con la satisfacción del desacato.
Prevenid su furor, reconociendo

El dominio de un Rey, el más humano,
De Cárlos el prudente, el invencible,
El tres veces piadoso y siempre sabio.
No balanceis un punto. Mas felices
Sereis y libres, siendo sus vasallos,
Que en esa libertad mal entendida,
Que os hace de mil males tributarios,
Libres os quiere hacer el que pretende
A razonables reglas sujetaros,
Los súbditos de todas las naciones
Envidiarán la suerte que os brindamos,
Pero si vuestra bárbara fiereza,
Si no haber tanto bien jamás gustado,
Os le hace baldonar, desde este punto
A sufrir su venganza preparaos.

SIRIPO

En vano, con astuta valentía,
Diestros habeis pensado alucinarnos.
No nos pusisteis miedo vencedores,
Y menos temeremos á un puñado
De míseros dispersos, que va huyendo
La inevitable fuerza de los dardos.
Superfluo es el ardid, cuando nosotros
Arrepentidos ya no os acosamos.
La muerte de Solis no fué nuestra obra.
Los charrúas sin fé la ejecutaron.
Bien es verdad que el alevoso ejemplo
Habemos ignorantes imitado.

Disculparle pudiera. Tú bien sabes.
Qué motivos tenemos de quejarnos.
¿Nos habeis defendido? Os importaba
Guardar los que mirabais como esclavos.

HURTADO

Sí, con nuestra amistad y bienquerencia
Habemos intentado esclavizaros.

SIRIPO

Las manos, con las armas ocupadas,
De amigos nunca habeis podido darnos,
Y las altas almenas de los fuertes
Asombran la humildad de nuestros ranchos.
Los nombres en señal de señorio
Habeis á nuestras cosas ya mudado:
El pariente del mar, Paraná grande,
Es Rio de la Plata; el rico lago
Apupen, ya se nombra de Santa Ana.
Porque á Sancho del Campo le agradaron
Sus buenos-aires, este nombre llevan
Las fértiles orillas...

HURTADO *(le interrumpe indignado)*

No con falsos
Y aparentes pretestos se disfraza
La hazaña fementida. Esos dictados,
Nuestro descubrimiento solo prueban,
Porque los que son propios ignoramos.

Por defenderos, mal correspondientes,
La cota y espaldar nos han grabado.
Armas que hienden son y no cadenas,
Los hierros que os pusimos en las manos,
Hicimos nuestros vuestros enemigos,
Contra ellos, fortalezas levantamos
Que perdisteis vosotros, y mil veces
Del peligro y la muerte os libertaron.

SIRIPO *(suave)*

No pretendo escusar el hecho torpe,
Injurioso borrón del nombre indiano;
Y si nuestros servicios son bastantes
A borrar tal afrenta, aseguraos
Del homenaje puro y apreciable
Que los timbués os hacen voluntarios.
No querais preferir, inadvertidos,
La pesada obediencia del vasallo,
Al noble rendimiento del que anhela
Con ansiosos ingenuos agasajos
Por desmentir de ingrato la ignominia.
Mi mano es de la paz firme resguardo.

HURTADO *(grave)*

No es tiempo ya de creeros. No hay mas medio:
La guerra ó el dominio castellano.

SIRIPO *(alterado y despues mas tranquilo)*

El dominio!... Español, mucho propones
Y tiempo he menester para acordarlo.
En prueba de mis plácidas ideas,
Admitirás por hoy nuestro regalo.
Mañana volverás.

HURTADO *(circunspecto)*

No: respondedme
Sin salir del lugar ó declarados
Quedad por enemigos. *(Siripo queda pensativo)*

CAYUMARI *(indignado)*

¿Pues, Cacique,
Escuchas tus agravios sin vengarlos?
De odiosa esclavitud oyes sereno
Proposiciones?

SIRIPO *(grave)*

Basta. Retiraos
Quiero quedar yo solo.

CAYUMARI *(fiero)*

¿Que nosotros
Podemos estorbarte?

SIRIPO *(airado)*

Yo lo mando

CAYUMARI *(como antes)*

De esa impaciencia y esa valentía,
Usarías mas bien con tus contrarios.

SIRIPO *(suave)*

Me importa quedar solo Cayumari.
A la vista mantente por un rato.

ESCENA 7ª.

SIRIPO — HURTADO

SIRIPO *(afable)*

Con que no ha de haber medio? Los agravios
No tendrán algun fin?

HURTADO

Los enunciados.

SIRIPO

Mas dime ¿si este día fuera dable,
Que nosotros la fé que profesamos
Por la vuestra dejásemos, y fuese
Mediador de las paces este pacto,
La injuria ponderada que os agita
No hubierais de olvidar?

HURTADO *(agradable)*

Por ese cambio,
Yo que con mas rencor os aborresco

Tildara la memoria de mi agravio.
Los heroicos iberos que poseen
El valor y piedad en igual grado,
Si os atendieron antes como amigos,
Os mirarán entonces como hermanos.
Pero ¿como creerán vuestras palabras?
Los modos dulces ya se han apurado,
Y ocurrir al severo de las armas,
Como á última razón, es necesario.

SIRIPO

Arte de persuadir será la guerra?
Mas que vosotros es vuestro Dios sabio,
Que la verdad enseña por arbitrios
Que mirais muchas veces como flacos.
Una hermosa mujer que á mi dominio,
Por camino indirecto, el cielo trajo,
De mi convencimiento es dulce causa
Y de tu Dios conducto extraordinario.
Tu puedes conocerla. La cautiva
Que ya de mis terrenos tiene el mando,
Y que va á coronar todas mis dichas
De la nupcial guirnalda con el lazo.
La cautiva española...

HURTADO *(atónito)*

Que española?
¡Si una que había fué del inhumano
Furor de los timbués triste despojo!

SIRIPO

Aún vive, de mi dicha por encanto.
La muy digna Lucía...

HURTADO

¡Dios piadoso!

SIRIPO

De mi amor obligada...

HURTADO

¡desgraciado!
¿Esa mujer os ama?

SIRIPO *(airado)*

Qué te admira?
No soy uno también de los humanos?
De un joven vencedor á las ternezas
Que Lucía se rinda será extraño?

HURTADO (*disimulando*)

Teneis razón, Cacique, pero cuerdo
Debierais despreciarla en este caso.
De una indigna mujer, que de su esposo
Aún tendido el cadaver sobre el campo,

(*alterándose y conteniéndose*),

En lugar de los gritos funerales
Escucha de otra boda alegres cantos,
Qué fé habéis de esperar? La fementida,
En término tan breve pudo amaros?

SIRIPO

Para amar un instante solo basta.

HURTADO (*finjiendo sonrisa*)

Quizás ella os amaba de antemano.

SIRIPO

Decirlo no podré, si bien es cierto
Que ha escuchado mis ruegos sin enfado.
Que turbarse, sonreirse suavemente
Y su blando mirar, indicios claros
Son del fogoso ardor, que en este día
(Sea de regocijo eternos años)
De su pecho de piedra brotar hizo
El choque venturoso de un acaso.
Cayumari resuelto y caviloso,
De un imprudente celo arrebatado,
De mí pensó apartarla. De mis vallas
El lado del naciente dejó franco,
Para hacerla que huyese sin ser vista
De los mios; mas ella (afortunado!)
Amante, agradecida, no se atreve
A abandonarme así. Me sale al paso.
(Ay de mí cual venía! Nunca el alba

Colores tan hermosos ha pintado)
Descubrían sus ojos celestiales,
Que las luces imitan de los astros,
Sus ansias interiores. Encendía
El fuego del amor sus rojos labios.
Una palabra basta. Yo, rendido
De su beldad al vencedor agrado,
En vano me resisto...

HURTADO (*serio*)

Bien, Cacique.
El tiempo que nos insta no perdamos.
Yo quiero quedar cierto. Haced que venga
Esa mujer...

SIRIPO

Así es. De ella sabraslo.
Yo voy á enviarla aquí para que quedes
Confirmado. Proponla mil reparos.
Repréndela. Procura disuadirla.
Advierte si se pone en embarazo;
Mas si en fin se resuelve á declararte,
Que es á quien ama lo imposible llano,
Ve á decir á los tuyos que el intento
De sus nobles fatigas es logrado.

(*Hurtado queda atónito*)

ESCENA 8ª

HURTADO—CAYUMARI

CAYUMARI

Bien dije yo que Lambaré cobarde
Huiría tu valor?

HURTADO (*aflijido*)

Me preservaron
No sus temores, sí mi desventura.
Me ocultó de sus ojos el airado,
Terrible cielo, que al estremo punto
Su rigor llevar quiere. ¡Hados ingratos!

CAYUMARI

Qué furores te agitan?

HURTADO

¡Ay amigo!
Novela seré yo de desgraciados.
Mi suerte me apartó del venturoso
Lugar en que felices espiraron
Mis nobles españoles la fortuna,
Y sus vueltas traidoras desarmando.
Yo solo introducido tierra adentro
Quedé, para juguete de los hados.
Hados inescrustables, si yo solo
Soy de vuestro rigor el justo blanco,
Porqué sobre inocentes descargasteis
El golpe que al culpado fuera grato?

ESCENA 9ª

LARA—HURTADO—CAYUMARI

LARA

¿Al fin de mi venganza llegó el día?
Ay Hurtado! ¡qué horribles sobresaltos
Has venido á acabar!

CAYUMARI

¿Lucía sabe
Que su esposo y amante es el enviado?

LARA

Al oir que hablaba claro nuestra lengua
De quien era se impuso. No hay cristiano
Que la entienda como él, y su alegria
Ha dicho á la manera del espanto
La noticia impensada...

HURTADO

Bien dijiste.
Temor es verdadero.

CAYUMARI

Yo me pasmo

HURTADO

Cayumari, ¿te pasmas? ¿Tus lealtades,
A su fuga un camino extraordinario
No abrieron? De tu celo compelido,
El frente del naciente sin resguardo
No pensaste dejar para que huyese?

CAYUMARI (*atónito*)

Y á tu noticia puede haber llegado!

HURTADO (*furioso*)

Lucía... Yo la nombro? ¡Quién pudiera
Este nombre olvidar! De ira me abrazo.
La pérfida te vende. No ha querido
Usar de tu bondad.

LARA

Ahora yo rabio.

CAYUMARI

Lucía me malquista! Así mi vida
Espone mis favores mal pagando.

HURTADO

¡Mujer engañadora! Mira como
Huye de mi presencia.

CAYUMARI

Yo no alcanzo...

LARA

No lo dudes. Yo he visto que á sus ojos
El Cacique no ha sido objeto ingrato.

CAYUMARI

Me descubre el Cacique....

HURTADO

Y se descubre
Su boda delincuente apresurando,
Para legitimar en algún modo
La vergonzosa infamia de tal acto.

CAYUMARI (*indignado*)

Así burla Lucía mis anhelos!

LARA

Mira si mi recelo era infundado.

CAYUMARI

Juzgaba que fingía

LARA

No se finge
Con tanta propiedad.

CAYUMARI (*yéndose*)

Venga tu agravio.

YARA (*yéndose*)

Y si para arrancarle las entrañas
Fuerza te falta, te tendré yo el brazo.

HURTADO

Vosotros sois testigos de su crimen
Y con razón podeis aconsejarlo.
Donde andará la infiel?

ESCENA 10ª

MIRANDA—HURTADO

MIRANDA

¿Porqué ventura
No esperada, hijo mio, te restauro?
Ay Dios! si este será de la crueza
Y de tamañas cuitas postrer cabo.
Y como te olvidaste de Lucía?
Tu finamiento habemos ya llorado.

HURTADO (*desdeñoso*)

A bien que las caricias del Cacique
En placeres habrán tornado el llanto.

MIRANDA

¿Qué dices infeliz?

HURTADO

No se me ocultan
Las pérfidas ideas...

MIRANDA

¡Insensato!

HURTADO

Del Cacique y Lucía. Su perfidia
Los lindes del pudor ha quebrantado.

MIRANDA *(triste)*

Que buen acojimiento la previenes
A una mujer del débil sexo lauro,
Que por medio á los riesgos de los mares
Y el furor de las guerras arrostrando
En tu seguida vino encadenada
Por tu amor á lugares tan estraños.

HURTADO *(furioso)*

Es mujer, es mudable, y es...

MIRANDA

¡Con que arte,
Las furias del infierno te han cegado!

HURTADO

Vos estais inocente. Yo lo creo.
Ni como su maldad había de fiaros

La pérfida sagaz. Ella temiera
En vuestra honra un verdugo necesario.
Pues sabed ¡ay de mi! mi amado padre
Que el honor de esas canas venerado
Abandona Lucía. De Siripo
El rendimiento, el ruego, los halagos
(Las palabras me ahogan) la seducen,
Y su injurioso intento colorando
Con título de esposa...

MIRANDA *(indignado)*

¿Se resuelve,
A condición de que él se haga cristiano,
A rendir su beldad á un vil salvaje
Horrible y asqueroso?

HURTADO *(atónito)*

¿Vos sabeis su delito? ¿Y la honra vuestra?
No, no habreis podido remediarlo.

MIRANDA *(indignado)*

Que aquestas mesmas lumbres de mis ojos
Me es mi apreciado honor mucho más caro.
Aun no me tiembla el pulso, y á ser cierto
Que alguien le amancillase, no mis años
Estorbaran mi saña vengativa... *
Yo he sido, solo yo, quien al Cacique
La constancia de mi hija ha subyugado.

* En el manuscrito de Lavarden hay, despues de este verso, otro que dice: Pero tales injurias satisfago?

Comienza tu venganza desde luego.
Indigno es tolerar agravio tanto.
Para estos casos el honor te ciñe
El duro acero que te prende al lado.

(*Con entereza*)

Mal mirado rapaz, no son mejores
Que los buenos Mirandas los Hurtados.

(*Enternecido*)

Ingrato! Quien creyera que tu fueses
Quien un honor que el sol mucho mas claro
Con sospechas indignas atildase!

(*Miranda hace que se va; Hurtado queda pensativo y humillado.*)

ESCENA 11ª

CAYUMARI—HURTADO—MIRANDA

CUYUMARI *(presuroso)*

Estais vuestras desgracias esperando?
No te detengas mas. Cierta es tu muerte.
Habemos todos padecido engaño.
Lucía está inocente. El envidioso
Lambaré me vendió, y apresurado
Corre á instruir al Cacique de quien eres:
Tu nombre se murmura ya en el campo.

HURTADO *(tierno)*

¿Lucía está inocente y me aconsejas
Que la abandone?

MIRANDA

Cielos, ¿hasta cuando?
¿En que hora tan menguada á luz viniste
Hija infeliz de un padre malhadado?
Ya es preciso morir.

CUYUMARI

Aun te detienes?

HURTADO

Que es huir ¿Ni de quien? ¿Pensais villano
Que soy un hombre solo? A pesar vuestro
Hallareis un ejército en mi brazo.

CUYUMARI

Desesperas amigo. Bien lo piensa.
Del campo á la salida yo te aguardo.

ESCENA 12ª

LUCÍA—HURTADO—MIRANDA

LUCÍA (*corriendo*)

¡Compasivo es mi Dios con una ingrata!
¿Respiras todavía esposo amado?
¿Aun duran mis delicias, dueño mío?
Mis lágrimas los cielos apiadaron.
¿Como evitarte á Lambaré sangriento?
Te miro y me parece que es milagro.
(*abriéndole la ropilla*)

Sin duda te herirían y por eso
En venirme á buscar has sido tarde.

HURTADO (*lloroso*)

Hiciéronme creer mis camaradas
Que murieras la noche del asalto.

LUCÍA

Que! ¿Tu lloras mi bien? ¿Y que la dejas
A mi terneza entonces? Los amargos
Fenecidos pesares no dilates
Que se tornaron gozos en tus brazos.
Sí, mi bien. Cuando en dulces soledades
De afanes tan crueles recorramos
El recuerdo serán del amor nuestro
Testimonios que estrechen nuestros lazos.

HURTADO

¡O consuelo infeliz! ¡Consuelo estéril,
El monstruo del furor has abortado!
Más amargo, mi bien, hace este gozo
De nuestra desventura el triste plazo.
Me perdiste y te pierdo. Ya el Cacique
Quien soy sabe.

LUCÍA

Mi Dios! Más cuando te hallo
Constante y amoroso esposo mío,
El morir junto á tí será regalo.

HURTADO

Ello hemos de morir de alguna suerte,
Y ya que es fuerza con honor muramos.
Lucía, mi Lucía, muestra el cielo
Que ha tomado nuestra honra por su cargo.
Me mandó á confortarte. Ten presentes
Tu patria y religión, y cuanto te amo.

LUCÍA

Que! ¿Ya no me conoces? ¿Tu me animas?
¿Dudas que alegre moriré á tu lado?

MIRANDA

Que intentais infelices?

HURTADO

¡Dura pena!

MIRANDA

¿Quien os cubre los ojos insensatos?
¿Tu deseas morir? ¿Y con tu muerte,
Que tu esposa te libre habrás logrado?
Morir conseguirás con el tormento
De revolver los ojos espirando,
Al ver á tu Lucía que la arranca
El violento tirano de tus brazos.
Y tu te gozarás viendo á tu esposo
En tu inocente sangre revolcado,
Que al vengativo amante que te oprime
De recreo le sirve hecho pedazos.

HURTADO

¡Suerte cruel, ni aun este triste alivio
¿Tus rigores ostentas sin contrario?
Fiel Lucía, mi bien, injustamente
Y fuera de lugar desesperamos.
Impaciente me aguarda el fuerte Lara.
El tercio de García le ha juntado.
Yo voy á ser su guía y libertarte
De la injusta opresión. Sabrá el tirano
Que los justos derechos de los hombres

(hace que se va)

No pueden tan sin riesgo ser violados.

MIRANDA

Marcha, pues, hijo mío.

LUCÍA

Que! ¿me dejas?

HURTADO

No es dejarte mi bien.

LUCÍA

Yo no me aparto
De tí. Yo he de seguir tu misma suerte.

HURTADO

¿No ves de tu flaqueza el embarazo?
Yo vuelvo á libertarte, dueño mío.

LUCÍA

Por donde has de volver? No nos juntamos
Tu ni yo por jamás. No me abandones.

MIRANDA

Nos pierde esta mujer. No la hagas caso.
No el honor de las armas aventures.
Nuño de Lara te estará esperando.
Si tu interés al público prefieres,
Serás entre traidores numerado.
¿Que se dirá de tí? ¿Como te olvidas
Que antes que amante fuiste ciudadano?

HURTADO

Esto ha de ser. Lucía yo te ofrezco
Mostrar que soy tu amante y soy soldado.
Ya sufriste lo más, poco te resta.
No está muy apartado nuestro campo.

MIRANDA

¿Pues en que te detienes?
(se va Hurtado corriendo)

LUCÍA

Yo te sigo.

MIRANDA *(deteniéndola)*

¿Que es lo que vas á hacer?

LUCÍA

¡Padre inhumano!

ESCENA 13ª.

MIRANDA—LUCÍA

MIRANDA

Basta, hija. Tú deliras. ¿Quien te ha visto
Descomponerte así?

LUCÍA

¡Cielo sagrado!
¿Que es lo que me sucede? Ay! infelice!
¿Hurtado en tan funesto desamparo
Me abandona? ¿Podrán otros respetos
Ser antes que mi amor? ¿Podré yo acaso
Posponerle á mi vida? ¿Pues mi esposo
No está ligado con iguales pactos?
¿Para esto le seguí? ¿Y así me paga?..
Lo entiendo á mi pesar. El se ha vengado.
Y donde iré yo sola, mujer, débil!
¿Que gruta será fúnebre reparo
A mi triste orfandad? ¿Los fieros tigres
Socorro me darán? Si, serán mansos
Cuando un amante, un padre y un esposo
Su fiereza les roban despiadados.
¿Pero de quien me quejo? ¿Su venganza
No he provocado yo? ¿No es justo pago
Aqueste de mi crimen? Yo no he sido
Quien con ojos risueños ha mirado,...
Infiel, á un nuevo amante que tejía

Con alevosas y sangrientas manos
La guirnalda nupcial, que coronase
Mi crimen y mi boda? Es necesario
Que la muerte le lave. Morir debo.
Yo de mi mesma juez pronuncio el fallo.
El amor lo aconseja, honor lo manda. *

MIRANDA

¿Tantas penas no bastan? ¿Mis quebrantos
Quieres aumentar hija? No apresures
Los males que vendrán mal nuestro grado

ESCENA 14ª.

SIRIPO — *despues* LAMBARÉ — MIRANDA — LUCÍA

SIRIPO *(furioso)*

¿El vil engañador donde se esconde?
¿Esta es la buena fé de los cristianos?
Y tú, si eres mujer, que mas bien creo
Que serás un espíritu, que vago
Viniste á atormentarme, el merecido
Galardón hallarás á tus engaños.

LAMBARÉ

El español huyó. Tus centinelas
Que saliese del campo le dejaron
Fingiendo que con nuevas de las paces
Volvía presuroso á sus paisanos.

* El manuscrito de Lavarden dice: El honor lo aconseja, amor lo manda.

SIRIPO

Pues Lambaré tu criminal descuido
Ha sido causa de trastorno tanto,
Quedaráte la nota de cobarde
Si tu mesmo no atiendes al reparo.
Redime, que aun es tiempo, tu delito,
O teme mi furor. Me has engañado.
Elige los timbués mas corredores
Alcanza al fugitivo.

LAMBARÉ

Voy volando.

ESCENA 15ª.

SIRIPO — LUCÍA — MIRANDA

LUCÍA

Tirano, si pretendes encontrarle
No sufran tus temores mas atraso.
Yo te enseño el camino. En este pecho
Hallarás á mi esposo aposentado.
Traspásalo inhumano. No presumas
Que su lugar ocupes entretanto
Que su imagen la tuya horrible muestra.
Es mas breve la senda que te allano.
Ve que es llegado un día menos triste
En que me sean tus obsequios gratos,
Y me harás el mayor si me libertas
Del enojo de haberte á tí mirado.

(vase)

MIRANDA

¡Yo no engendré tal hija! Vos la hicisteis,
Pues cuidad tambien de ella, Cielo santo!

SIRIPO

Ensalzate arrogante. En breve tiempo
Ese orgullo feroz verás postrado.
Yo sabré hacer de modo que la imagen,
Que da á tu corazón valor tamaño,
Con horrible semblante se te objete,
Y esa sombra vaga y aire vano,
Que ande con tristes ayes y gemidos
Tu sueño y tu memoria perturbando.

SÁTIRA *

Yo no nací poeta, ni presumo
Que con las hojarascas del Parnaso
En torno de mi féretro hagan humo.
No creo, que he probado por acaso
Las virtudes del agua que concibo
Que sabe á la pezuña del Pegaso.
Mas cuando los agravios apercibo,
Que se hacen á mi patria, me preparo
Escusa racional en el motivo.
Ni que yo espere aplauso será raro
Cuando escucho aplaudir por las tabernas
De Códros trasandinos el descaro.
Oh tú que dignamente nos gobiernas,
Culto censor de nuestra policía (1)
Si el celo alguna vez con ócio alternas,
Y llega por acaso la voz mía
A distraer tus graves atenciones,
Ensaya tu nativa bizarría.
Yo te pido, Señor, que me perdones,
Si me atrevo á ocupar en tu defensa,

*** Estudios Biográficos y críticos sobre algunos poetas Sudamericanos anteriores al siglo XIX por J. M. Gutierrez. Tom. I, pág. 56. El m.s. autógrafo de Lavarden está en la Colección del señor Gutierrez, en la Biblioteca del Senado Nacional**

(1) Los publicistas españoles han empleado la palabra *policía* como sinónimo de *gobierno*. Cobarrubia, hablando de los recursos de fuerza» dice: «en lo que toca al *gobierno* ó *policía* exterior ..... etc.« (Nota de don J. M. Gutierrez.)

Del rústico laud indignos sones.
  Sabe la causa, sabe que tu ofensa
Se mezcla de mi patria con la injuria
Por alguno que apoca tu despensa,
  Y que entre la carnívora centuria
Que evita de su gula los desmayos
Disfrazada en obsequio la penuria,
  Al reclamo hospital de tus lacayos
No solo buitres, como yo creia,
Sino tambien acuden papagayos.
  Tú no ignoras, señor, que el otro día
Entre sabios y necios comensales
Que corteja y tolera tu hidalguia,
  Algunos de Helicón seudofiscales
A par de los relieves de tu mesa
Mondaron dos sonetos garrafales (1)
  Parto inmaturo que abortó la priesa
De quien, por otra parte, no se olvida
Que no es la de un soneto poca empresa.
  Algun docto con frase comedida
Mostrará de aquella obra los defectos
Sin exceder la crítica debida.
  Dirá los consonantes incorrectos,
De algunos pensamientos la lindeza
Y los que tal vez haya mal electos.
  Acaso notará la ligereza
Al que á las fuerzas de la ciencia fía
Lo que no concedió naturaleza,

(1) Es de Gerardo Lobo, que dijo: «Mondando soneticos garrafales». (Nota de don J. M. G).

Y dirá cuando mas sin burlería
Con tímidas razones aunque bellas
Que no se adquiere el don de la poesía,
Y que nuestro doctor sigue las huellas
Del Demóstenes Italo, que imita,
Cuya prosa se sube á las estrellas;
Pero que su renombre debilita
El argentino Cicerón cuando hace
Alarde de una musa hermafrodita.
Porque, ello es cierto, que: el poeta nace,
Y el que no lo sacó del menudillo
En vano la mollera se deshace.
Por esto hay de Pomponios baratillo,
De galenos el número da grima,
Y teologazos andan á porrillo;
Mas de poetas de cabal estima
Mucho será se cuenten dos docenas
Como no se numeren los de Lima.
Allí sí que fecundas las Camenas
Alumbran partos mil cada semana,
Por quita allá ese par de berenjenas;
Pues cualquier mulatillo palangana
Con décimas sin número remite
A su padre el Marqués una banana;
Y como el vulgo bárbaro repite
Sus glosas por la calle, se persuade.
Que con Quevedo y Góngora compite.
Por acá es al revés: para que agrade
El juguete más digno de Talía
Es preciso que Febo le traslade.

El pueblo que de libre se gloría
Produce nobles almas, que á ninguno
Quisieran conceder la primacía.
No es este vulgo vil de color bruno
Que cualquiera sandez de un viracocha
Aunque de todas letras esté ayuno,
Le parece de almíbar y melcocha
Y á ensalzarla por juro de conquista
Los beodos gaznates desabrocha.
O dígalo del pobre romancista
La musa que con cuatro pelotones
El nido de las águilas atrista.
Oiga el escarabajo los blasones
Con que distingue sus hediondas trovas
Un pueblo que por fin gasta calzones.
Oh! musa que sacudes las alcobas
De la casa de locos de mi testa,
Cuidado como agora te me abobas.
Cuéntame de cada uno la respuesta,
Pues ya que te arrufaldas de divina,
Debes haberte hallado en esta fiesta.
Mi triste chimenea deshollina,
Y si esta diligencia no es bastante,
Sópame una febea melecina (1)
Las décimas volaron, y al instante
Resonaron inmensas carcajadas,
Riendo tras los doctos el pedante.

---

(1) Este pensamiento es de Góngora; pero me parece que aunque no se pone con toda la libertad que él le añadió, no debiera copiarse por quien sabe que sabe lo que dice y no debe ignorar la nota de Mayans á ese y otros dichos semejantes de Góngora. (Nota de don J. M. G.)

Ocurrieron lectores á manadas,
Como en noche de viernes cercar suelen
La que en la esquina fríe las pescadas.
Uno dijo al oirlas: «cómo huelen
Las coplas á carnero de la tierra;
Si no son peruleras que me enmielen».
«Mal año para el hijo de la perra,
(Un campestre añadió dando un corcobo)
¡Y faltan conchavados en la hierra!
Dijo un escolarcillo que no es bobo:
«De Lobo la mitad tiene el poéta,
Mas con otra mitad no será Lobo» (1)
Un gallego, también de cuchufleta,
Sin acabar se fué refunfuñando:
«Para jaita nun es la chanzuneta»
Un guarda, sus encaros preparando
Gritó: «Favor al Rey; el papel venga,
Que este género es de contrabando».
Se le lleva si no hay quien le contenga,
Y fué no se que quidam de peluca,
Que después de toser hizo esta arenga.
«Señores, esta cosa me trabuca;
Leamos el papel con más cuidado
Porque se me ha fijado acá en la nuca.
No es poéta el autor por de contado;
Convéncelo el asunto que critica
Como á las musas poco acomodado.
La diestra vena todo lo amplifica,

(1) Quiere decir que el poeta de las décimas jamás llegará á ser un Gerardo Lobo, porque aunque tiene la mitad de Lo-bo, que es *bo*, con otra mitad que es otro *bo*, quedará siempre *bobo* ... (Nota de don J. M. G.)

Y sobre los arrullos de una gata,
Versos y pensamientos multiplica.
Aqueste mismo caso que se trata,
Cómo lo revelara si quisiera
Algún numen del Río de la Plata!
Pues no es la de este tal musa ratera
Que, sin criterio ni sin justo tino,
Las dulces espinelas adultera,
Acomodando el metro granadino
A la punzante sátira buida,
Más propia del itálico asesino.
Y lo que peor es, descomedida
La grosera sentencia de estos versos,
Que de un candil ardieran por torcida,
En conceptos vulgares y perversos,
Con vapores pestíferos, empaña
El honor de cristales más que tersos;
Pues cuando lanza su indigesta saña
Contra pueblo que alguno juzgaría
Grato solar de la civil España,
Zahiere con soez chocarrería
El mérito de aquel que tiene á cargo
Velar sobre la urbana policía ».
Mil cosas dijo el criticón amargo,
Que yo quiero dejar en el tintero,
Porque apuntarlas fuera cuento largo.
Solo le ví poner pajizo y fiero,
Cuando volvió á leer la bella frase,
(Pueblo incivil) que ingiere el majadero.
Temí que de furor se desmayase,

O que, según los dientes apretaba,
Sin la mitad de un labio se quedase.
  Y temblando el concurso preguntaba:
«¿Quién será el poetillo mendigante?»
Y tamaños ojazos rodëaba.
  Hallábase junto á él un estudiante
Y respondió de pronto: «Yo me abismo
Que aún esteis del autor tan ignorante:
  Hartas muestras nos da su estilo mismo,
La mestiza dicción poco sonora,
Pues el, «*donde un enfermo*», es cholinismo.
  Las leyes que citando deshonora,
El odio á nuestra patria, todo ostenta
El tal duque de Nájera do mora. (1)
  « Ah! », dijo el pelucón, caigo en la cuenta,
Yo no sé el poetastro en que se funda,
Quítenme ese papel que me revienta.
  A trabarse volvió la barahunda;
El guarda le pedía por su fuero
Y mostraba una cara furibunda.
  Queríale á revueltas un pulpero
Para envolver ají (no sin justicia)
Y un boticario entraba de tercero.
  Métese por los cascos la codicia,
Armase una tremenda safacoca,
Uno vota, otro llama la justicia;
  Mas viendo disputar una bicoca,

---

(1) Había un demente en Buenos Aires, llamado D. José Ortiz, que se daba este título de duque de Nájera, y á cuyo nombre se habían hecho correr las décimas satirizadas. (Nota de Don J. M. G.)

Y andar muy cerca ya las puñaladas,
Un soldado les puso punto en boca,
  Y enviando de vanguardia dos puñadas
Y mostrando en reserva un gran guijarro,
Llegó Cortez y dijo: « camaradas,
Yo tomo este papel para un cigarro ».

AL PARANÁ (*)

Augusto Paraná, sagrado rio,
primogénito ilustre del oceano,
que en el carro de nacar (1) refulgente,
tirado de caimanes, recamados
de verde, y oro, vas de clima en clima,
de región en región, vertiendo franco,
suave frescor y pródiga abundancia,
tan grato al portugués como al hispano:
si el aspecto sañudo de Mavorte,
si de Albión los insultos temerarios (2)
asombrando tu cándido carácter,
retroceder (3) te hicieron, asustado

* El Telégrafo Mercantil, Núm. 1, pág. 4, Miércoles 1º de Abril de 1801.

(1) Hay en el Paraná multitud de conchas, que fácilmente se descascaran, y muestran un bruñido nácar que puede ser un ramo de industria. Los paraguayos los emplean en embutidos.

(2) Bloqueo de los ingleses.

(3) No deben olvidar los amigos del país el raro fenómeno de haberse echado menos en los cinco años pasados el ordinario crecimiento del Paraná, y las grandes resultas de este acahecimiento con respecto al comercio interior y cria de ganados. De semejante suceso no hay noticia y se ignora su causa. El año precedente volvió á su ordinario transborde.

á la gruta distante, que decoran
perlas nevadas (1) igneos topacios,
y en que tienes volcada la urna de oro, (2)
de ondas de plata (3) siempre rebosando:
Si las sencillas ninfas argentinas
contigo temerosas profugaron
y el peine de carey allí escondieron
con que pulsan y sacan sones blandos
en liras de cristal, de cuerdas de oro,
que os envidian las Dëas del Parnaso:
Desciende ya dejando la corona
de juncos retorcidos, y dejando
la banda de silvestre *camalote,* (4)
pues que ya el ardimiento provocado
del heroico español, cambiando el oro
por el bronce marcial, (5) te allana el paso,
y para el árduo, intrépido combate,
Carlos presta el valor, *Jove* los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios
y coronen la popa de tu carro;
las ninfas te acompañen adornadas
de guirnaldas, de aromas y amaranto,
y altos himnos entonen, con que avisen

---

(1) La laguna Apuper, después Santa Ana, hoy de las Perlas, las ha dado pequeñas en su orilla. El fondo no se ha reconocido.

(2) Nace el Paraná en las minas de oro de los portugueses.

(3) Se alude al nombre del río de la Plata, que le dió el Genoves Gavot impropiamente, no criándose este metal en sus provincias, por lo que debiera mantener el nombre de río de Solís, del descubridor.

(4) El *camelote* es un conocido yerbazo que se cria en los remansos del Paraná.

(5) Aprontos navales del Superior Gobierno y Real Consulado de Comercio contra los corsarios ingleses.

tu tránsito á los Dioses tributarios.
El *Paraguay*, el *Uruguay*, lo sepan,
y se apresuren próvidos y urbanos
á salirte al camino, y á porfía,
te paren en distancia los caballos,
que del mar Patagónico (1) trajeron.;
los que ya zabullendo, ya nadando,
ostentan su vigor, que mientras llegan
lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con majestad, reconociendo
de tus playas los bosques y los antros.
Estiéndete anchuroso, y tus vertientes,
dando socorros (2) á sedientos campos,
dén idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que á tu exelsa mano
deudor no se confiese. Tú las sales
derrites y tú elevas los extractos
de fecundos aceites; tú introduces
el humor nutritivo, y suavizando
el árido terrón, haces que admita,
de calor y humedad, fermentos caros.
Ceres (3) de confesar no se desdeña,
que á tu grandeza debe sus ornatos.

---

(1) Hállase en la costa patagónica un marisco, que tiene en su pequeño tamaño, que será de cuatro pulgadas, la bizarra figura de los caballos del carro de Neptuno. Ignoramos si en otras partes los hay de mayor bulto, ó si lo deben á la fecundidad griega. Su cabeza remede con propiedad la del caballo, y la cola torcida acaba en alas como se pinta frecuentemente.

(2) La Sociedad Económica tenga por objeto, aunque sea único, indagar el nivel de los terrenos, para proporcionar el regadío á nuestros campos, cueste lo que cueste, sino puede ser ahora, para de aquí dos siglos. El terreno sin una piedra se brinda. Conseguido esto vea aquí el pueblo escogido.

(3) Indícanse los objetos del periódico y sociedad.

No el ronco caracol, la cornucopia,
sirviendo de clarín, venga anunciando
tu llegada feliz. Acá tus hijos,
hijos en que te gozas, y que á cargo
pusiste de unos genios tutelares,
que por divisa la bondad tomaron,
zéfiros halagüeños (1) por honrarte,
bullen y te preparan sin descanso
perfumados altares, en que brilla
la industria popular, triunfales arcos,
en que las artes liberales lucen (2)
y enjambre vistosísimo de naos,
de incorruptible leño, (3) que es don tuyo,
con banderolas de colores varios
aguardándote está. Tú con la pala
de plata, las arenas dispersando,
su curso facilita. La gran corte
en grande gala espera. Ya los sabios,
de tu dichoso arribo se prometen
muchos conocimientos mas exactos
de la admirable historia de tus reinos, (4)
y los laureados jóvenes, con cantos
dulcísonos de pura poesía, (5)

---

(1) Agricultura.

(2) Buenos Aires.

(3) Industria, artes, navegación.

(4) No se sabe á donde llega la riqueza de maderas que poseemos. Cada vez que se registran los montes se tropieza con un portento. Acaba de probarse para curbas el tortuoso tarañé: madera muy dura, tenaz del clavo, muy ligera y que no arde.

(5) Debe pensarse seriamente en cerrar á las arenas la entrada de los puertos de este rio.

que tus melifluas ninfas, enseñaron
aspiran á grabar tu excelso nombre
para siempre, del Pindo en los peñascos,
donde de hoy más se cantan tus virtudes,
y no las iras del furioso Janto.
Ven sacro rio, para dar impulso
al inspirado ardor; bajo tu amparo
corran, como tus aguas, nuestros versos.
No quedarás sin premio (premio santo!)
Llevarás guarnecidos de diamantes,
y de rojos rubíes, dos retratos,
dos rostros divinales, que conmueven:
uno de *Luisa* es, otro de *Cárlos.*
Ves ahí, que tan magnífico ornamento
transformará en un templo tu palacio;
ves ahí para las ninfas argentinas,
y su dulce cantar, asuntos gratos.

SONETO *

Quiero mirar el astro refulgente,
En su elevado trono al medio día,
Y el fulgor que de allí radiante envía,
A oscuras deja mi confusa mente;

Pero cuando se abate al occidente,
Por entre velos que la tierra cría,
Le observa y forma ya la mente mía,
Concepto á su alcanzar correspondiente.

Así vos, oh gran Dios, Sol de justicia,
Siendo allá en vuestra alteza incomprensible
Al limitado morador del suelo,

Al ocaso vinisteis, y propicia
Vuestra bondad, os muestra perceptible
Por entre el rubicundo humano velo.

* De la colec. de D. J. M. Gutierrez existente en la Bibl. Nal.

SONETO *

A observar alzo presumida frente
Al astro luminoso, en alto día,
Y halla la oscuridad, mi fantasía,
Del mismo resplandor en el torrente.

Mi escarmiento le busca en occidente,
Y entre vapores que la tierra envía,
Se presta fácil á la vista mía,
Claro más, cuanto menos refulgente.

Así vuestra bondad, Sol de justicia,
Al entender humano, inaccesible
De tu supremo ser allá en la alteza,

Os hizo descender é hizo propicia,
Tras velo de mortal naturaleza,
Cuanto escondido más, más perceptible.

* De un cuaderno m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la biblioteca del Senado Nacional, donde se dice que han sido copiados de un manuscrito original y autógrafo de Lavarden. Han sido publicadas solo las dos cuartetas de este soneto y del anterior por el Sr. Gutiérrez, en su obra: «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX», 1865, pg. 112.

A PEPA SOMALO *

ACRÓSTICO

Por la dama más cabal
El orbe todo os aclama,
Pues la vocinglera fama,
Apologista formal,
Sienta que eres sin igual
Objeto tan apreciable:
Moderada, respetable,
Atractiva, liberal;
Luego por un medio tal
Os has hecho memorable.

Por el margen han de hallar
El sujeto más condigno,
Para quien mi metro indigno
Acabo ahora de impetrar;
Salgan pues á analizar
Ociosas plumas lo malo:
Me dirán que no señalo
A la deidad reverente,
Lean y verán patente
Oblarlo á Pepa Somalo. (1)

---

* Esta Señora fué la madre del General D. Tomás Iriarte.

(1) De un m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la biblioteca del Senado Nacional.

Dr. VICENTE LOPEZ Y PLANES

EL TRIUNFO ARGENTINO *

POEMA HEROICO

EN MEMORIA DE LA HEROICA DEFENSA DE BUENOS AIRES CONTRA EL EJÉRCITO DE 12.000 HOMBRES QUE LE ATACARON LOS DIAS 2 Á 6 DE JULIO.

BELLUM IMPORTUNUM, CIVES; CUM GENTE DEORUM,
INVICTISQUE VIRIS GERIMUS: QUOS NULLA FATIGANT
PRÆLLIA, NEC VICTI POSSUNT ABSISTERE FERRO.
Virg. Æneidæ XI.

Hijo de Apolo, (1) tu sublime acento
Suspende un tanto, mientra el furor mío,
Lanzándolo del pecho, á su sosiego
Torno mi espíritu hora enardecido.

---

* La Lira Argentina, 1824, pág. 476.

(1) El Dr. Juan Manuel Lavarden, cantor argentino.

La poesía del Dr. López está precedida de la siguiente carta: Al Exce-

Mi trompa es débil, celestial la tuya,
Por eso teme el acorrerme Clío;
Mas el triunfo alto de mi pátria amada,
Al alma inspira ardor desconocido ;
Déjamelo cantar, deja que ceda
Esta vez mi rubor al patriotismo.
Grata á mi votos ven, divina usa,
Bate tus alas, baja del Olimpo,
Y pues enseñas á cantar proezas,
Anime tu favor mi plectro tibio.
Rayó una aurora (1) en que indignado el cielo

---

lentisimo señor don Santiago Liniers y Bremond, caballero del orden de San Juan, Brigadier de la Real Armada, Gobernador y Capellan General de las Provincias del Río de la Plata.

Exmo. Señor.

Cantar el Triunfo Argentino, es cantar las glorias de V. E. El conocimiento de esta verdad me impele á ofrecer á V. E. esta obrita, pequeño detalle de tan grandes proezas. Mi corazón se penetra de pesar, al ver la debilidad de mis esfuerzos. Ellos no podrán llenar jamás una materia de tanto momento. ¡Cuán sensible me es, que sobreponiéndose tanto las glorias de V. E. y de mi patria, á las de Aquiles y Eneas, no se reproduzcan en esta época, á las márgenes del Argentino, aquellos talentos de privilegio, que supieron sin ejemplar eternizar estos heroes! Sin embargo, seame lícito la satisfacción de haber hecho cuanto podía. Yo no dudo que saliendo este canto bajo la protección de un nombre como el de V. E., será al menos soportable al buen gusto de mis compatriotas.

Nuestro Señor guarde la importante vida de V. E. muchos años. Buenos Aires, 21 de Noviembre de 1807.

Excmo. Señor.

B. L. M. de su V. E. su atento y rendido servidor.

Vicente López

También está en la obra de Dn. J. T. Medina. Historia y bibliografía de la imprenta, etc., pág. 298/360.

(1) El dia 27 de Junio de 1806, en que conquistó la Capital el mayor general W. Carr. Beresford.

Permitió en desventura que los brillos
De Buenos Aires, por sorpresa infausta,
Quedaran tristemente obscurecidos.
Pero este aciago día, recordando
A sus hijos su ser y el poderío
Del Dios que fascinados ofendieran,
De su felicidad fué el gran principio.
Desde entonces sumisos venerando,
Del grande Ser los soberanos juicios,
Postrados á los pies de los altares,
Imploraron con lágrimas su auxilio.
No fueron vanos tan humildes votos,
Los oyó el cielo y suscitó propicio,
Al grande héroe del Sud, (1) nuevo Pelayo,
Que supo, como aquel, favorecido
De brazo celestial, destruir el trono
Que el contemptor de los romanos ritos
Osado levantara en este suelo,
Sosteniendo su espada el edificio
Del culto y religión de nuestros padres.
Libre ya Buenos Aires del abismo
De males que su ruina apresuraban,
Gozosa vió reflejos peregrinos,
Que preparaba á su esplendor el jefe;

---

(1) El señor don Santiago Liniers y Bremond, General de las fuerzas españolas destinadas á la reconquista de la capital, que la verificó el 12 de Agosto de dicho año.

Vió su celo incansable; fué testigo
Del alto esfuerzo con que su entusiasmo
Emprendió en los vecinos (1) infundirlo.
No se engañó el caudillo: halló habitantes
Dispuestos á exceder en heroismo
A falanges guerreras que sus vidas
Consagraran al bélico ejercicio.
Tanto es el fuego que sus almas nutre
Que ¡oh! ¡quién lo creyera! el parvulillo
No tanto aprende la invención de Cadmo,
Cuanto ejercita el movimiento activo
Con que el guerrero los cañones juega.
El que de Ceres los tesoros ricos
Buscando se afanaba; el que en el templo
De Palas solo hallaba regocijo;
El que en busca de próspera ventura
Siguió las huellas que estampó el fenicio,
Miran con odio el plácido sosiego;
Las armas buscan; el marcial ruido
Es continuo embeleso de sus almas,
No teniendo otro anhelo, ni otro ahinco,
Que el aprender la militar pericia.
Tiende la vista, soberano digno,

(1) No habiendo en Buenos Aires sino un pequeño resto de tropas veteranas, era necesario reducir el vecindario á cuerpos militares. Esto lo emprendió el General por medio de enérgicas proclamas, con tan feliz suceso, que en pocos dias logró ver un ejército, y por momentos hacía progresos en la táctica y disciplicina.

Honra este suelo por momentos pocos;
Ve allí acampado cabe el ancho río
Ese ejército grande; vé la veste
Militar que los orna; vé el crecido
Número de estandartes y banderas;
Vé cual se puebla de ordenados tiros
El aura conmovida; cual varían
Diestramente sus puestos al sonido
Del clarín y atambor. ¿Que tropa es esta?
Preguntarás, monarca muy benigno.
Oh! ínclito Señor, esta no es tropa,
Buenos Aires os muestra allí sus hijos:
Allí está el labrador, allí el letrado,
El comerciante, el artesano, el niño,
El moreno y el pardo; aquestos solos,
Ese ejército forman tan lucido;
Todo es obra Señor de un sacro fuego
Que del trémulo anciano al parvulillo,
Corriendo en torno vuestro, pueblo todo
Lo ha en ejército heroico convertido.
  Esta llama feliz la ha fomentado
Vuestro vasallo fiel, vuestro caudillo,
El ilustre Liniers. En su presencia
Se ve á Marte en los pechos argentinos.
Este marcial furor irresistible,
Auxiliado, Señor, del alto empíreo,
Ligará ya con eternal cadena,
A vuestro excelso trono, estos dominios.
Mas, ¿qué súbito trueno me horroriza?
¿Quién allá con horrísonos bramidos

Conturba toda la mansión del Orco?
¿Qué fantasma es aquel? ¿O que vestigio?
Alecto... Alecto...el pavoroso monstruo,
De Plutón y la noche producido,
Levanta su cabeza de culebras,
Crinada con horror; el lago Estígio,
Con ondas espumosas se embrvaece;
El Cerbero, con hórridos ladridos
Hace templar el Erebo profundo:
Así el pavor en torno del abismo,
Súbito esparce el iracundo monstruo,
Al ver la capital, al ver sus hijos,
Al ver sus habitantes que resisten
Con guerrero poder sus maleficios.
¿Será posible, brama, ardiendo en ira,
Que solo en este pueblo mi dominio
Hollado he de mirar? Yo que á Britania
Armé contra él? ¿Que la hayan abatido
Podré sufrir? Si miro indiferente
Esta victoria y los preparativos
Que le concilian eternal sosiego,
¿No se verá ultrajado el poder mio?
Si el británico orgullo así se abate,
¿Quién podrá hacer valer ya mi designio
De ejercitar mi saña entre los hombres,
Turbando el mundo nuevo y el antiguo?
No, no es posible; emprenderé de nuevo
Rendir á mi furor el argentino.
El tartáreo monstruo se resuelve
A valerse otra vez del atrevido

Bretón; su cuerpo sanguinoso arrastra
Por entre breñas y escarpados riscos,
Y llega á Albión; allí distintas formas
Toma á la vez, apura el artificio
De su pecho infernal, y así enfurecen
Al ánglico guerrero sus bramidos:
«¿Qué? el trono ilustre de la Gran Bretaña,
El templo de una gloria, en tantos siglos
Buscada entre la sangre y la fatiga,
Verá enlutada con un velo indigno?
Una porción de meros habitantes,
De Belona en el arte aún no instruidos,
Borrará impunemente tanta gloria?
Una nación que ha visto hasta el Olimpo
Encumbrado su nombre ¿sufrir puede
Ser burlada de míseros vecinos?
Vosotros sois los célebres britanos
Que os gloriais de haber solos resistido
De Napoleón al soberano esfuerzo?
Vosotros sois aquellos que habeis dicho
A la faz de la Europa, que un britano
Es bastante á rendir cuatro argentinos?
¿Qué se ha hecho, pues, vuestro marcial aliento?
¿Donde está que no os veo enfurecidos
La venganza llevar á aquellos mares?
¿Cómo olvidais el nombre esclarecido
Que Malborough os dió? Los paises cultos
Que dirán de Britania?» Más no dijo:
Contra la Capital clama la plebe,
El comercio, el gobierno hacen lo mismo;

Se alegra el monstruo del feliz suceso
Y raudo baja al infernal Cocito.
Retumba todo el hórrido Aqueronte
Al tronar de su voz; hienden sus silvos
Toda el aura letal; llama á la muerte.
Al oir la muerte el trueno repetido,
Rápida sube en su tremendo carro
Que al monstruo guerra ordena conducirlo.
Esta con rojo azote, abruma, agita
Los rabiosos caballos denegridos,
Y el carro guía á do el bretón navega.
Los bajeles de Albión el cristalino
Océano hienden y espumosa senda
Patente dejan por doquier han ido.
He ahí que abordan la marcial ribera
Y un bosque forman sobre el ancho río.
Aqueste amago el español aliento
De ningún modo abate; endurecidos
A la tierna impresión que ante su vista
Tristes cuadros presenta, nuevos bríos
Sus ánimos recobran; con faz leda
A Marte esperan, pues lo ven propicio.
Viendo el ánglico jefe la ensenada
Ofrecerle sus playas sin peligro,
Las llena diestro con sus vastas haces
Y las pone ordenadas en camino.
Esta noticia, rápida volando,
Por el pueblo discurre, y ya el caudillo
A las armas lo llama; en el momento,
Por todas calles número infinito

De ilustre juventud á los cuarteles
Correr se vé, llevando tras su brío,
Tras su heroico valor, tras su entusiasmo,
Al natural, al cuarterón y al hijo
Del tostado habitante de Etiopía.
Entre la muchedumbre, el jefe mismo
La bandera tremola, y con semblante
De una alma generosa solo digno,
Anima y dice que se acerca el anglo
Por la segunda vez á ser vencido.
No de otra suerte el general hispano
Discurre las legiones expresivo,
Que cuando el Ganges caudaloso corre
Y va tomando de los siete ríos
El tributo que plácidos le rinden.
¡Tierno eco de la sangre! ¿Quien deshizo
Al tiempo de esta alarma tus impulsos,
Que jamás aun el héroe ha resistido
Cuando á la guerra y á la muerte marcha?
¡Almas sensibles! ¡Corazones pios!
El pasmo perdonad que me enajena
Al pensar en tan alto patriotismo.
La tierna madre en su regazo oprime
Y baña con sus lágrimas al hijo
Que huye sus brazos y á la lid escapa;
La esposa, el corazón más afligido
A su consorte ofrece, en los momentos
Que lo roba el honor al atractivo
De su plácido seno; el tierno infante
Sus brazos cruza, que la vez de grillos

Hacen del padre, en las rodillas caras,
Y se deshace en lúgubres gemidos:
Asi el hijo, el consorte y aun el padre,
Sin dar estima de la sangre al grito,
Corren al duelo y á los grandes riesgos.
El dragón fuerte y el feroz marino;
El infante aguerrido, el artillero,
El castellano y diestro vizcaino,
El asturiano y cántabro invencible,
El constante gallego, el temible hijo
De Cataluña, el arribeño fuerte,
Y el andaluz; se aprestan al conflicto;
Los pardos, naturales y morenos
Pruebas dan de lealtad y patriotismo;
Vuelta triunfante ó féretro glorioso
Es del húsar (1) el único partido;
El labrador y fiel carabinero
Y el cazador, no tardan en su auxilio:
Prepárase también ¡oh Buenos Aires!
El bélico furor de tus patricios,
Y á la lid se disponen: ya están prontas
Las falanges guerreras: ¡cuanto brío
Y alegría presentan! Ya la marcha (2).
Ordena el atambor. Al enemigo
Con ansias todos de encontrarlo, corren,
Y á vencer ó morir comprometidos,

(1) Esta vos abrasa los tres escuadrones de Pueyrredon, Vivas y Nuñez, y el de Migueletes.

(2) Ordenadas las tropas despues de la alarma del 10 de Julio, dispuso el Sr. General que marchasen á sostener el paso de la puente de Galvez, en el Riachuelo, distante al Sur de la plaza 3/4 de legua.

De sus padres tras sí los votos llevan.
¡Pasmosa intrepidez! ¡Que vaticinio
Ofreciste tan próspero á la patria!
¡Oh!, cual mudaste ante los ojos mios
La palidez de las matronas indas,
Haciendo arder sus rostros amarillos
La llama que en sus ánimos prendiste!
«Andad, varones, no faltó quien dijo,
De esta gran capital habitadores:
Ledos marchad, destruid ese enemigo,
Que viene á degollar á vuestras hijas,
Vuestras esposas, vuestros tiernos niños,
Y todo lo que hasta hoy formó el objeto
De vuestro amor y paternal cariño.
Adiós nuestra esperanza, adiós campeones,
Triunfadores volved esclarecidos.»
  Así por entre armónicas sonatas,
A cuyo son marchaba el argentino,
Se oyeron resonar aquestos rasgos
De algunas heroínas, y festivos
Respondían con vivas los guerreros.
Así á otras también, cual torbellino,
El varonil ejemplo las rebata
Y de farda marcial con muy prolijo
Cuidado se ornan, y despues de armadas,
Abandonan su hogar para seguirlos.
Mientras el pueblo nuestras tropas dejan,
El britano Crawfurd (1) se avanza altivo

---

(1) El Coronel Crawfurd que comandaba la primera columna que divisó nuestra línea y pasó hasta el Miserere.

Dando prisa y fervor á su columna.
Con laurel, que aun no tiene conseguido,
Coronado se juzga; ya en batalla
Los hispanos lo esperan; ¡con que ahinco,
Con que impaciencia anhelan se decida
La suerte de sus armas, convencidos
De su alto esfuerzo y su sagrada causa!
Pero Crawfurd se asombra; ha distinguido
La línea formidable que la entrada
Por la puente le impide; observa activo
La inmensa artillería que arrasarlo
Pavorosa le amaga, y advertido
De sus guerreros, el consejo escucha
Que no admite la acción; toma el camino
Que al paso de la Esquina recto guía (1)
Y sin óbice á puestos escogidos (2)
Sus batallones pasa. El jefe hispano,
Destaca una legión para batirlos. (3)
Hácele ver el célebre momento
De alcanzar un renombre distinguido,
De hacer patente la verdad cantada
Que el río de la Plata, el cristalino
Tributo paga á heroicos moradores.
Muestra á cada uno todo el regocijo

---

(1) Distante al Sudoeste de la plaza una legua y media, donde no había guarnición.

(2) A los Corrales de Miserere, llanura distante al Oeste cerca de media legua.

(3) La brigada del señor coronel del ejército don Bernardo de Velazco, compuesta del batallón de vizcainos, del de arribeños, de poco más de una compañía de veteranos, de cuatro compañías de Miñones; y la brigada del señor coronel Elio, que constaba del batallón de gallegos, etc.

De que se halla animado: á la cabeza
De la legión se pone, y hace el signo
De partir velozmente á la batalla.
Rompen las cajas con marcial ruido;
La legión se desprende de su estanza,
Y rauda marcha, con el rostro mismo
Con que otro tiempo, á encantador recreo.
No la sed ni el cansancio apaga el brío
De sus pechos fervientes: todo afrontan,
Todo afrontar nos hace el patriotismo.
Habían apenas el muy luengo espacio
Nuestros bravos guerreros ya vencido,
Cuando vén á lo lejos parda nube
De polvareda alzarse: ¡el enemigo!
¡Al arma! ¡al arma! por las tropas se oye,
Y á la par que él avanza, crece el grito
Y en mejor orden de ponerse tratan.
¿Quién Calíope sacra, al pecho mío
Podrá inspirar arrebatante fuego,
Para que cante con lenguaje digno
La primera expansión de nuestras fuerzas
Que al anglicano trastornó designios
En que afianzaba su importante empresa?
¿Quién sinó tú podrá, que al vate Argivo
Enseñaste otro tiempo las hazañas
Y los lances con que los muros Ilios
Las armas griegas de pavor llenaron?
Sí, sacra dea, bajo tus auspicios
Voy á cantar aquel primer encuentro
De los fuegos britanos y argentinos.

Luego que el gran Liniers vió ya acercarse
El batallón contrario á su recinto,
Preparada la línea con presteza,
Ordena al artillero dar principio.
Súbito truena el horroroso bronce
Y arrasa y mata el plomo despedido
Cuanto el furor de su carrera encuentra,
Cual suele el aquilón, con fiero silvo,
Arremeter los más robustos robles,
Arrancarlos de raíz embravecidos
Y esparcirlos con rabia por los aires
Envueltos en violentos torbellinos
Y el aura obscurecer con negro polvo:
Con furor el cañón aun más activo,
Obscurece, retumba, tala, quema,
Y todo lo reduce al trance mismo
Que si aquellos guerreros en el caos
Se hallaran de repente sumergidos.
A estrago tan tremendo seguir se oye
Un tristísimo y lúgubre alarido
De las míseras víctimas que yacen;
Y del espanto y del horror transidos,
Los tímidos bretones, ya la espalda
Principiaron á dar al enemigo,
Cuando sus líneas reforzadas miran:
Reanima su saña el nuevo auxilio,
Y se aferran de nuevo en el combate.
  Sostiene con ardor, el argentino,
Esta abrumante carga; triunfo solo,
Triunfo glorioso anhela embravecido,

Cual si mortal no fuera. Pero Jove,
Que los bienes, por medios no sabidos,
Dispensa al hombre aun más de lo que aspira
Cuando de ellos su esfuerzo se hace digno,
Preparaba de gloria mas tesoros,
Con que este suelo fuese enriquecido,
De esta corona en su supremo seno
Participaban otros dignos hijos,
Y este decreto de cumplirse había.
Así fué que un espanto repentino
Discurre toda la legión hispana,
Al ver la saña con que enfurecido
La carga el Anglicano. Ya el desorden
Entra en la línea, mas, aquí el caüdillo
Apura los enérgicos recursos
De su denuedo y celo, pero altivo
Avanza más y más innúmero hoste,
Y le es forzoso abandonar el sitio,
No siendo ya posible sostenerlo.
Aquel en torno queda poseído
De las armas de Albión, gimiendo todo
Bajo el más sanguinoso poderío.
Vosotros Faunos y Dríadas bellas
De esta triste verdad me sois testigos,
Vosotros visteis á las dueñas indas,
Al temblón viejo, al miserando niño,
Y al cautivo infelice, mil querellas
De lo íntimo lanzar al alto Olimpo,
Al verse todos en el trance duro
De sufrir el extremo sacrificio;

Vosotros visteis á los dignos héroes
De la inmortal Albión, envilecidos
Con el estupro, asesinato y robo;
Vosotros visteis más...¿pero, qué digo?
No quisisteis ver más, no amansillaron
Vuestros célicos ojos tantos vicios;
Vosotros huisteis á lo más espeso
De vuestros esmaltados domicilios,
Llevando de aquel campo la alegría
Y dejándolo en lloro sumergido.
El padre Febo, que mirado había
El encuentro feróz, despavorido
Sus cabellos agita y se sepulta
En las ondas del golfo cristalino.
Lanza entonces la noche al rubio día
Y el globo entolda con su manto umbrío,
Entrónase el pavor y aterra á todos,
Pues no se alcanzan los decretos divos.
Cree la plebe que torna el malhadado
Momento de arrastrar los duros grillos,
Que aun acababa de romperles Jove.
En este trance doloroso vino
A dar nervio á las almas abatidas
La briosa legión (1) que había asistido
Allá en el puente do á pasar venía
Una gruesa falange de enemigos.
Sobre las alas del espanto vuela

(1) La brigada del señor coronel del ejército don César Balbiani, compuesta de dragones, patricios, marineros, cántabros, húsares de Pueyrredón, migueletes del Cabildo, y la compañía de Terrada.

El infausto rumor: todo es perdido,
Refiere alguna lengua asaz medrosa;
Mas, los campeones de laurel amigos,
No hacen alto en lo infausto, solo atienden
Al destrozo sangriento que han sufrido
Las británicas huestes; aun es tiempo,
Se oye que dicen, de poder destruirlos.
Este vivo entusiasmo, esta energía,
Vigorizan de nuevo al argentino
Y ánsias le inspira de perder su aliento
Contra el tirano, el sanguinario inícuo
Y agresor crudo de sus pátrios lares.
Recibe á esta sazón Balbiani oficio,
Con orden que las tropas de su mando
Traiga á la plaza, abandonando el sitio,
Que llorosa la patria las llamaba,
Cifrando en ellas su potente abrigo.
No pierde instantes su celoso esfuerzo:
Los subalternos llama, y persuasivo,
El atrevido empeño les propone
De entrar en el momento al centro mismo,
Que el pueblo en riesgo... De consuno, todos
La palabra le embargan y al partido
De defender la plaza se deciden,
Entrando á todo trance; aqueste aviso,
A los bravos soldados nueva llama
En sus pechos enciende enardecidos,
A pesar de las sombras pavorosas,
Esparcidas por todos los caminos,
Do podría repente sorprenderlos

El isleño insidioso, sin ser visto.
Tan íntimo es el interés que toman
En dar al duelo patrio un pronto alivio,
Que aquestos riesgos con valor desprecian
Y se meten en ellos vengativos,
Pisan serenos el terror y espanto,
Y penetran al centro reunidos.
A favor de las sombras, los bretones
Su fatiga reparan. No esto mismo
Los argentinos hacen; todos ellos
De un furor se revisten infinito;
La defensa meditan; nada excusan
Que conduzca á este fin. Con claros brillos
Rutila apenas de Titón la esposa,
Cuando se une al Alcázar gran gentío
A guarnecer los muros y las bocas
De fuego preparadas, y un contínuo
Tumulto armado hacia la plaza corre.
A sus entradas, con fervor prolijo,
Los mayores cañones se colocan:
No así el lago Lerneo defendido
Se vió otro tiempo del dragón cruento
Que á toda la comarca el exterminio
Llevaba en sus flamígeras cabezas,
En su atroz garra, en su hálito nocivo,
Como el fuerte y la plaza Bonaerense
Lo están con los volcanes destructivos
De tanto hórrido bronce. En pos de aquesto,
La altura toman de los edificios
Situados en las calles principales,

El resto todo, y los esclavos mismos,
Que no sin parte en entusiasmo tanto
Con fervor piden armas al Cabildo,
El bretón aun no ataca; pero el pueblo
Arde en deseos de probar su brío:
No espera se aproxime; al anglo campo
Las partidas se van, y con mil tiros,
Ya matan centinelas, ya aprisionan
Algunos trozos, que de su distrito
Se alejan á robar. Algunos mueren:
Más su ardor no trepida. Con tal tino
Sus pequeños ataques ejecutan
Que el anglo de feroz tan presumido,
De su marcial destreza tan pagado,
No se atreve á ofrecer su cuerpo al tiro
Y, ó da la espalda, ó tímido pelea
De los cercos y casas guarecido.
Dos veces Febo sobre el horizonte
Naciente se ha hecho ver y fugitivo,
Y el argentino ejército no cesa
De llevar el terror al enemigo,
Más, ya el son horroroso se apercibe (1)
Del bélico instrumento: he ahí los tiros
Que al arma avisan: del terrible Marte
Ya el carro estrepitoso es conducido
Por el campo y las calles argentinas.
Levanta en medio el brazo vengativo

(1) La mañana del cinco de Julio se apercibió la alarma del enemigo á las seis a. m., y al momento respondió la nuestra, preparándose todos á la batalla.

La muerte descarnada: horrenda nota
En la vasta extensión de ambos partidos
A los que dará fin en la batalla.
Ya cada jefe con marcial estilo
Sus legiones inflama, que con vivas,
Responden á sus ecos persuasivos;
He ahí los anglos, el terror y espanto
Por las calles llevando: no hay peligro
Que á su ciego embestir estorbo sea.
En diversas columnas divididos,
Por todas partes sus fusiles brillan
En torno amenazando el exterminio.
Ya se acercan al centro, el centro tocan,
Ya los vé y se descubre enardecido
El hispano guerrero, y el combate
Horroroso principia. Los oidos
Estruendo solo y confusión perciben:
El humo en densas nubes de contínuo
Por todas partes sube, y de los ojos
Desaparece el día. Desprendido.
De las armas el plomo, hiere, mata,
Destroza todo, y deja en los gemidos,
En los escombros y truncados miembros,
Patentizando su letal destino.
Todo es horror lo que á la vista ofrece:
La sangre, el fuego, el humo, el estallido,
El más trágico cuadro representan.
El bronce horrendo truena: el inaudito
Estruendo entre las casas y las calles
Por ecos espaciosos repetidos,

Multiplica el pavor, el llanto, el luto.
Se enfurece el bretón con el peligro,
Y cadáveres huella y carga osado;
Pero más adelante, ó queda herido,
O víctima de su ira el alma exhala:
El despecho impele otros, y el perdido
Puesto recobran sin sentir los ayes
Del que yace en los últimos deliquios.
Más Tisiphone aquí furiosa vuela
Y empapa en sangre el hórrido cuchillo,
Una y mil veces: ya su ardor no sacia
La sangre que en las calles ha vertido,
Asciende á las alturas, y descarga
Rápidos golpes contra el argentino.
Estos, empero, al monstruo menosprecian,
Y recobrando pavorosos bríos,
Vengan con muertes mil, una tan solo
Que á su vista sufrió cercano amigo.
Ya no hay moderación: se precipitan
Y con arojo buscan el peligro;
Ya indecoroso juzgan mantenerse
En ventajosa altura, y este abrigo
Al momento abandonan. Como corren
Con ímpetu raptor los grandes rios
Al despeñarse de los altos Andes.
Que rabiosos batiendo con los riscos
Mil enormes peñascos arrebatan
Y los llevan rodando al precipicio;
Así los españoles á las calles
Se lanzan con furor, matando invictos,

O haciendo prisionero al anglicano
Que encuentran por doquier hacen camino.
El viendo inevitable su ruina,
Distintas casas gana fugitivo,
Y toma sus altas: hasta un templo (1)
Profana inícuo por buscar asilo
Y ofender de la torre al generoso
Denodado argentino, que impelido
De ardor sagrado, cabe el templo, un crudo
Combate empeña, ansioso de oprimirlo,
De allí arrancarlo, y con horrenda muerte
El insulto vengar que ha obrado impío.
Aproxima el cañón, y con destreza
Dispara rayos contra aquel asilo
Que ruinoso retiembla; del entorno
Se apodera la tropa, que sus tiros
Une á los fuegos que el cañón repite,
Cual Tifeo el jayan, de quien oimos
Que con cien brazos manejaba á un tiempo
Y lanzaba sus armas al Olimpo,
Extremeciendo el firmamento y tierra
Con su empuje potente repetido:
Tal cual uno de aquellos combatientes
Parece que de brazos infinitos
Está dotado: ¡tanta es la presteza,
Con que ataca y oprime al enemigo,
Y lo vuelve á atacar sin darle aliento!

(1) El templo de Santo Domingo, de que se apoderó la brigada del coronel Crawford, y el teniente coronel del 71, Pack, compuesta de cerca de seiscientos hombres.

El pavoroso estruendo de continuo
Lleva el terror hasta el britano oculto;
La bala con fragor los escondidos
Pechos taladra, y postra sepultados
En sangre y polvo á cuantos han subido.
Al ver león tanto que vomita estragos
El britano trepida, su exterminio
Aparece á sus ojos inminente,
O en el plomo tronante, ó en los filos
De tanta espada y bayoneta aguda.
Penetran los caudillos el peligro
Sin recurso en que están; se ven aislados,
Sin medio alguno de encontrar camino
Para ir á unirse con su resto armado:
El triste acento del soldado herido,
El moverse espantoso del que expira,
Los cadáveres muchos esparcidos
Por el suelo sagrado, son ejemplos
Que amenazan su vida ejecutivos,
Y llenan de pavor los pechos todos.
Cede al fin su constancia, el edificio
Sagrado entre las manos argentinas
Arroja de su seno el hoste inícuo
Que osado entrara su respeto hollando;
Presuroso se rinde y busca asilo
A su vida en los jefes españoles.
¡Tanta es la fama de sus pechos píos
Estos, al ver propicia á la victoria
Tender sus brazos para recibirlos,
Olvidando iras, por gozarla humanos,

De su memoria apartan el maligno
Proceder del contrario, y bien que el robo,
La matanza de ancianos infinitos,
Del bello sexo el crudo tratamiento,
Y en el santuario el crimen cometido
Castigo exigen y venganza claman;
Lo perdonan, con todo, compasivos,
Haciendo ver que en los hispanos pechos
Rencor no cabe, ni el sistema impío
Jamás se adopta de acabar al hombre
Que á la fuerza mayor se da rendido:
Tal es su proceder, pues todo el fuego
Que en sus pechos ardía en el conflicto,
En dulce solo compasión termina:
El uno dá sus brazos al herido
Y al hospital lo guía cuidadoso:
A la prisión los desarmados lleva;
Y si alguno este modo da al olvido,
Un rígido censor encuentra al punto.
Esta es la suerte y el suceso mismo
De aquellos que las casas ocuparon:
O rindieron su vida al plomo activo,
O del hispano prisionero fueron.
En este medio, en torno del Retiro (1)
Lugar do Buenos Aires otro tiempo
Muchas tardes buscara el regocijo,
Espectáculo ahora muy diverso
El crudo Marte ofrece. El atrevido

(1) Plaza al norte de la ciudad sobre la costa del río, distante un cuarto de legua.

Bretón emprende todo, y atacando
La ciudad en contorno, no este sitio
Perdona su furor: hasta allá intenta
Sanguinario llevar el exterminio;
Más, los bravos campeones que lo guardan,
Con impávido pecho, rebatirlo,
Escarmentarlo juran: empeñados
En hacerles sentir el poderío
Eterno de las armas españolas,
Armas que ha el mundo militar temido.
Temblad, temblad, injustos invasores;
Llegado ha el triste día, en que al abismo
Rodará despeñado vuestro orgullo.
Ellos se avanzan contra aquel recinto
Y en ráfagas de fuego todo inflaman,
Bien así como airado el monstruo Licio
Contra el joven Isthmiaco, arrojaba
Una vez y otra su hálito encendido,
Y mil lances variando carnicero,
Medio alguno no ahorraba por rendirlo;
El anglo con ataques continuados
Lanzábales de balas cruel granizo,
Y entrar tentaba por el humo espeso.
La muerte asiste á los hispanos tiros,
Y doquier ellos van, allá vuela ella;
De su guadaña ensangrentando el filo.
Crece el tesón por una y otra parte
Y arde en los pechos un volcán activo
Que á todos más y más los precipita.
En ambos bandos brilla el heroísmo,

Resplandece el valor: aquellas tropas,
Salen fuera de sí, y obran prodigios
Sus intrépidos brazos: jamás hubo
Acción más obstinada: nunca se hizo
Más acertado y más violento fuego.
¡Anglicana nación, cuantos caudillos
Ilustres te costó tan crudo choque!
Consagra á su memoria tus suspiros,
Tu llanto y tu dolor; pues ya no puede
Dar más lustre á tus armas su heroísmo.
Ellos solos pudieron á tu hueste
Animar con su ejemplo en tal conflicto,
Do á las armas hispanas toda el aura
De horror poblaban con tremendo silvo.
No amedrenta esto al valeroso Auchmuty (1)
Y armado de ira y de furor regido
Grita, embravece, enciende, precipita,
Y hollando muertos, y pisando heridos,
Lanza por fin sus irritadas tropas
En medio de la plaza. El argentino
Ve con dolor que á su robusto brazo
Un acaso fatal, con no indeciso
Impulso, influye á que las armas suelte
Y las rinda al bretón; más, su inaudito
Valor luchando con la adversa suerte,
Emprende hacia la plaza hallar camino.
Esto no es ya posible: todo en torno
Retemblar hacen los contrarios tiros:

(1) Sir Samuel Auchmuty, brigadier inglés, conquistador de Montevideo, que mandaba la columna de dos mil quinientos hombres que atacó este puerto.

Todo lo ocupa la legión britana;
Gime en tal desventura y cede invicto
Al suelo el peso honroso de sus armas.
¿Qué alma sensible habrá que aqueste sitio
No riegue con sus lágrimas? ¿Qué duro
Pecho hallarse podrá que conmovido
De dolor no se encuentre, cuando traiga
A la memoria los varones dignos
Que vertieron su sangre en la defensa,
En la heroica defensa del Retiro?
¡Oh sacras almas! ¡sobrehumanos héroes!
La gloria recogió vuestros suspiros
En su seno inmortal: en su almo templo
Colocó vuestro nombre: allí esculpido
Durará para honor de España toda;
La capital á sus futuros hijos
Lo enseñará exaltada, y vuestros hechos
Servirán á más gloria de incentivo:
Sí, varones ilustres, vuestros días
De los hijos de Albión fueron castigo;
Pero muy más allá vuestro denuedo
Durará todavía, aunque el sombrío
Sepulcro dé reposo á vuestras dignas
Y gloriosas cenizas: allí activo
Arderá siempre el fuego, el sacro fuego
Que abrazó vuestras almas: allí al niño
Sus padres llevarán, y electrizados
Le dirán: aquí posa el heroísmo.
Al tierno pecho pasará la llama
Que alimentó los vuestros, y principio

Tendrá allí su valor: he ahí los frutos
Que dareis á la patria: he ahí los hijos
Que á la patria darán vuestras cenizas
Y vosotros, ¡oh! monstruos que el abismo
Abortó para oprobio de los hombres:
Venid, venid un rato hasta el Retiro
Y observad un momento el cuadro horrendo
Que allí trazó vuestro furor inícuo.
Allí la sangre de mil dignos héroes
Hervirá al presentaros: mil castigos
Y mil venganzas demandando al cielo
Contra vosotros, que sin dar oidos
Al clamor de ya inermes prisioneros,
Vuestras almas habeis envilecido
Quitándoles la vida. Oh culta Europa,
¡Cuanto tu gloria abate el alto abrigo
Que halla en tu seno esta nación cruenta!
Entretanto que solo este recinto
Pávulo daba á la altivez britana,
El pueblo vencedor lleno de brío
Corría por las calles con la idea
De añadir á su triunfo el sacrificio
De todo cuanto inglés su suelo hollaba,
Sin estar muerto, ó sin estar rendido.
  Por doquier paso con la fuerza se abren,
Y rompen puertas fulminando excidios:
Aquí trucidan al que no se rinde,
Allí dan suave ley al más sumiso;
El falso isleño muchas veces trata
De fascinarlos con el artificio

De falsa rendición: se acercan ellos,
Y de perfídia con atroz ludibrio,
Envueltos cáen en generosa sangre;
Más, de ardimiento súbito impelidos,
Los compañeros la venganza emprenden,
Y de sus armas los agudos filos
Alfombras largas á su planta esparcen
De ruinas y de miembros divididos.
No el sacro rio espectador indemne
Es de choque tan crudo: en recios pinos
Aborda el anglo la anhelada playa,
Y asestando sus fuegos vengativo,
Talar amaga fortaleza y templos:
Responde aquella con tesón seguido,
Y entrambos puestos, lenguas de la muerte,
La difunden en torno, en fiero silvo:
Las Náyades se aterran, y medrosas
Al rededor del venerando rio
Le piden las socorra en pena tanta;
Tierno las oye, y con fervor divino
Al grande Jove aquesta prez dirige:
« Oh Padre Eterno, á cuyo poderio
Los cielos obedecen y la tierra,
Mirad de vuestro asiento este enemigo
Que atropella las leyes más sagradas,
De vil codicia el hálito nocivo
Solamente los mueve, el cruel sistema
De exterminar al que odia sus caprichos
Es el deber que su razón conoce.
Así al colmo llevando sus delitos,

No satisfechos con haber violado
Los templos vuestros, del respeto asilo,
Mi espalda oprime con navales fuegos,
Y al pueblo ataca (empeño prohibido).
Terminad pues aquí, Dios soberano,
Terminad hoy el ejemplar castigo
Que comenzasteis en el campo y calles.
Oyólo el gran Ser, y al punto mismo
La pérdida decreta del britano.
El real fuerte en un globo despedido
Introduce el desorden en las naves:
Ya sosobrar se veian, cuando activas
Los anglos las retiran, escarmiento
Llevando en premio de su empeño inícuo.
Ventura tan contínua, á los hispanos
Sirve á esfuerzos mayores de incentivo,
Y arremeten briosos las relíquias
Que doblar su cerviz aun no han querido:
Todo llena de estragos; más, su furia
La contiene prudente el gran caudillo:
Este varón que nos condujo el cielo
Para el bien de la patria, concebido
Había una árdua empresa, á cuyo alcance
No llegara el soldado ni el vecino
El veia cuanta sangre ya vertiera
Mucha parte del pueblo, los gemidos
Su compasivo espíritu escuchaba
De tanta viuda y pobre huerfanillo,
Relíquias tristes de la infausta guerra.
De allí pasando al anchuroso rio

En raudo vuelo hasta Montevideo,
Sus habitantes ve que allí afligidos
Arrastran bajo el ánglico gobierno
Del cautiverio los pesados grillos.
Si á estos libertar glorioso aspira,
De la sangre preciosa de sus hijos
Acrece la efusión que ahorrar quisiera,
Pues ejército nuevo le es preciso
Ordenar, que conduzca á aquella plaza
La lid llevando ante sus muros mismos.
Tal catástrofe pues, ¿cómo evitarla,
Y romper las cadenas del cautivo
Montevideano pueblo? ¿Tanta gloria
Realizarse podrá? Su pecho invicto
No trepida un momento: en su alta mente
La sangre expersa de los argentinos
Vale otro tanto que esta gloria vale.
« No quiero, dice, acrecentar el rio
De ese coral que sobretodo aprecio,
Y en estas calles con dolor aun miro:
No quiero no, que nazca allá otro alguno
En la banda oriental, do de contínuo
Sus palmas tiende á nos Montevideo:
Para esto lo hecho basta: yo os lo digo.
Las pequeñas reliquias que aun existen
De la falange que nos ha invadido,
Sé que están prontas á humillar su frente
Al ver de nuestras armas cerca el filo;
Más, aspiremos á mayor empresa:
Todo su estrago Whitelocke ha visto:

El comanda no solo estas legiones,
Sujeta está tambien á su dominio
La misma fortaleza San Felipe;
Servir hagamos su fatal destino
Aquí de paz; allí de reconquista.
Si aun permanece en tanto grado altivo,
Que aquestas condiciones me deseche,
Víctima entonces de vuestro heroismo
Perezca con sus tropas en el suelo
Que arrasar intentó sangriento, impío ».
  Como cuando Minas el Euro rompe,
Llevando la iniquidad al mar tranquilo,
Y este se encrespa y su cerviz levanta,
Crinada con undosos remolinos,
Lo vuelven á embestir contrarios vientos,
Y ondas y espumas y horrorosos silvos,
Y espesas nubes y tronante esfera,
Y rayos, aguaceros y granizos
El reino de Neptuno averno lo hacen:
Este al ver tan turbado su dominio,
Majestuoso se eleva, increpa al Euro,
Y con su voz y su tridente divo
Aplaca el mar, y las sonantes ondas,
Cediendo todo á su poder. Lo mismo
Obrar se vieron en el pueblo bravo
Las sublimes palabras del caudillo
Resonando á su entorno alegres vivas:
Tanto es amado, tanto obedecido!
Escribe al punto en un oficio breve
Lo que su labio á los soldados dijo;

Enérgico demuestra el cruel estado
De las armas britanas; pinta al vivo
La bárbara matanza que hará el pueblo
Lleno de ira y furor en cuanto sitio
El ánglico estandarte orlando encuentre.
Más, si esto Whitelocke quiere impedirlo,
Logrando aun la ventaja de que tornen
Los anglos prisioneros al servicio,
Entregue á su legítimo monarca
A San Felipe y todo su distrito;
Devolviendo á la patria los hispanos
Que en la lid anterior fueron cautivos.
Andaba á la sazón investigando
Su estado el General: llega al Retiro,
Y reconoce á un oficial britano
Que le llevara el expresado oficio.
Corre su vista las infaustas líneas;
Obumbrase su mente, y aturdido
Señala un plazo para dar respuesta.
¡Que Ariadne aquí le enseñará algún hilo
Para que encuentre la mejor salida
De este cruel y espantoso laberinto!
Piensa, medita, se aconseja en vano,
Todo, todo concurre á confundirlo.
Acude á las deidades, les suplica
Que le libren del grande precipicio
Que su vida y sus tropas amenaza.
En este trance llega á aquel recinto
Un soldado jovial, rugoso y cano,
Muy moderado y de unos ojos vivos:

En un báculo fuerte el cuerpo afianza
Y una antorcha lumbrosa trae consigo.
Conoce Whitelocke que es el consejo,
Y llamándolo al punto así le dijo:
«¿Qué causa aquí ¡oh anciano respetable!
Te ha traido en medio de tan cruel bullicio?»
«Poderoso anglicano, le responde;
He visto tu derrota: el exterminio
Por todas partes circundarte veo,
Y á librarte tan solo aquí he venido;
Tú estás rodeado de habitantes fuertes:
La envidia los pintó con coloridos
Que impidieron brillasen á tus ojos
Su lealtad, su valor y su heroismo.
Iluso tu probaste las desgracias
De tanto esfuerzo efecto muy preciso.
Dos puestos (1) sólo fuera de éste ocupan
Las tropas tuyas, que el atroz conflicto,
O lo evitaron, ó de entre él huyeron;
Más, os es imposible el mútuo auxilio,
Segun distais los unos de los otros,
Y corto ataque bastará á rendiros:
De un modo solo evitarás tu ruina,
Y ahorrarás á tu tropa el sacrificio:
Y es, que accedas sumiso á las propuestas
Que te dirije el español invicto.
Yo he visto ya la parte más preciosa
De tu ejército en número crecido
Por las calles tendida: á los contrarios

(1) Los corrales del Miserere, y el templo y salas de la Residencia, distante 10 cuadras de la plaza mayor hacia el Sur.

He visto aprisionando á tus caudillos
De mayor graduación: yo tus guerreros
Medrosos ví, postrándose cautivos
Bajo los pies del victorioso hispano.
¿Qué esperas pues? Mavorte al argentino
Yo ví que daba sobrehumano aliento».
Tal es el tono con que al abatido
Whitelocke, el consejo desengaña:
¡Qué tristes aflicciones! ¡Qué martirio
Su corazón penetra! Llama á Gower,
Y lleno de dolor, así le dijo:
«*Guerra importuna hacemos con varones*
Del poder de los dioses revestidos;
Varones invencibles, cuyo esfuerzo
No sucumbe á la guerra: cuyo brío,
Aun subyugados, los mantiene en arma.
Ya tú echarás de ver que hemos perdido
La presente batalla; todo, todo,
Ah! dulce amigo en esta acción perdimos.
Fuerza es hoy que entreguemos San Felipe
Y la Colonia á su monarca antiguo.
Parte, Gower querido; al pueblo parte,
Y dile al gran Liniers que me ha vencido;
Que le cedo el laurel con que venía
A coronar mis sienes. Parte, amigo,
Parte y busca tan solo las ventajas
Que más convengan al que está rendido».
Este parte y concluye los tratados,
Que Liniers y Balbiani, por escrito,
Velazco y Whitelocke y Murray juran.

Cual si la noche con su manto umbrío
Sepulta en triste caos á los mortales,
Y la natura sus veloces giros
Apenada detiene, confundida
Su divina belleza en negro abismo,
Alza la luna su lumbrosa frente,
El cielo baña con hermosos brillos,
Y la enlutada humanidad respira
Al ver el horizonte, el valle, el rio,
Y el monte erguido, apareciendo todo
De la llama argentada embellecido:
Así, concluido ya el feliz tratado,
La victoria se esparce en el distrito
De la gran capital: triunfante vuelca
El carro de la muerte; al lago Estígio
Cáe despeñado el monstruo de la guerra;
Al feroz golpe en grandes remolinos
Se ensoberbece el lago, y queda el monstruo
En el báratro umbroso sumergido.
En este dulce instante alegres todos
Victoria! exclaman, al bretón vencimos:
Esta voz se difunde, y por las calles
Se oye: ¡victoria! repetir á gritos.
De metales armónico concento
En los templos resuena, fiel indicio
Del éxito feliz de nuestras armas.
Cesó ya el son del parche; los oidos
Perciben solo vítores gozosos,
Solo placer, contento y regocijo.
¡Oh heroico jefe de mi patria amada,

Corónete el laurel que te es debido
Por la segunda vez; goza felice
De un triunfo que, tu nombre hasta el Olimpo
Levantará para inmortal memoria.
A tí te ha visto de la Plata el rio
Parte hacer del estrago, que en el Sena
Napoleón á Britania ha prometido:
En su mente imperial acción de estima.
Ya el grande Carlos nuevos distintivos
Prepara en premio de tu afán y celo,
El, ya sin duda, partirá contigo
El gobierno y sostén de estas provincias
Que llenas de contento, al presentirlo,
Se dan el parabien de tal ventura.
Capital bella, que tan gran caudillo
Tener lograste, erige monumentos
Que su gloria recuerden á tus hijos,
Que aprendan á decir con lengua tierna:
¡Viva el héroe Liniers! ¡viva el invicto,
Antiguo general de nuestros padres!
¡Salve, Cabildo ilustre; salve, eximio
Congreso de patrióticos varones!
¡Que copioso raudal de beneficios
En vos hallamos! Vuestro celo exige
Eterna gratitud de los vecinos
De este gran pueblo. Salve dulce patria,
Morada del valor, del heroismo.
¡Salve; terror del anglo, honor de Iberia,
Modelo de lealtad, espejo fino
De amor á Carlos y su culto sacro!

¡Compatriotas felices, hijos dignos
De la gran Buenos Aires, ya resuelto
Ha quedado el problema; ya corrido
El velo está, con que la negra envidia
Procuraba inspirar á los amigos
De vuestra gloria, indigna desconfianza,
Atribuyendo á pompa el ejercicio
Frecuente de las armas, y el plan todo
Que en soldados tornara á los vecinos.
¡Oh, cual vengasteis esta insánia horrenda!
¡Cuan dignamente habeis correspondido
Al concepto supremo que otras gentes
Formaran de vosotros! Vuestro brio,
Vuestro valor y militar denuedo
De un mortal, inminente parasismo
La América han librado. ¡Oh defensores
Ilustres del Perú! ¡Oh esclarecidos
Restauradores de Montevideo!
¡Oh vosotros iberos, oh argentinos,
Que de Roma y Cartago sois afrenta;
Que habeis gloriosamente competido
Con los Córdobas, Ponces y Bazanes!
Yo más admiro vuestro triunfo digno
Al ver que Febo, el rutilante carro
Aun no paseara por los doce signos
Desde que al monstruo de la guerra vierais
Por la primera vez el rostro inícuo,
Cuando vuestro valor llegó al estado
De hollar legiones y rendir caudillos
En el bélico afán ejercitados.

Yo, legiones patrióticas, admiro,
Recordando las haces y la flota
Que cubrian la faz del campo y rio,
No tanto nuestra patria defendida,
Cuanto haberles ganado en un conflicto,
En un solo conflicto, dos ciudades,
Y haber de esta manera sostenido
Todo el gran continente americano.
A vuestros pies, monarca el más benigno,
Nuestro jefe se postra, y vuestro pueblo,
De la efusión más tierna conmovidos,
Implorándoos sumisos la alta gracia
De que grato admitais estos servicios.
Ellos la prueba son del alto esfuerzo
Con que ha intentado su filial cariño
Haceros ver que morirán primero
Que su gobierno abandonar nativo.
Y vosotras ¡oh sombras generosas,
Compatriótas sagrados, que perdidos
En el choque fatal contínuo lloro,
Si aqueste canto desde el alto empíreo
Os dignáreis oir, recibid gratos
Las lágrimas que vierto enternecido.
¡Oh, cómo pintaré cuanto conmueve
Vuestra memoria al triste pecho mio!
¡Memoria, oh cruel memoria! ¿Qué me muestras?
El suelo de mi pátria enrojecido
Con la sangre de tantos que otro tiempo
Su corazón ligaron con el mio,
Llamándome su amigo. ¡Ay, compañeros!

¡Ay, defensores que robó el conflicto!
La madre triste, la angustiada esposa,
El infante pequeño en sus gemidos,
En su luto funesto y lloro amargo,
Diciendo están, que de la sangre el grito
Habeis desatendido por la pátria.
Si, manes respetables, del impío
Habitador de la isla vuestra sangre
Logró verter el bárbaro cuchillo;
Pero no os quitará el eterno lauro
Que muerte tan honrosa os ha adquirido.
Vosotros sois los ínclitos campeones
Que llorará la pátria largos siglos.
Ella al orbe dirá vuestras hazañas,
Haciendo vuestro nombre esclarecido.
Y aun más que todo ¡oh almas venturosas!
Colocadas allá sobre el empíreo
En brazos de eternal contentamiento,
Recompensa halló ya vuestro heroismo,
Y pues morando estais cabe el Eterno,
Pedidle fervorosas de contínuo
Que su brazo sostenga nuestro esfuerzo,
Nuestra constancia, nuestro celo y brio,
Para que el anglo en cuanta lid intente
Humille su cerviz al argentino.

AL Sr. D. ANTONIO BALCARCE

CORONEL DE LOS REALES EJÉRCITOS, MAYOR GENERAL Y VOCAL DE LA JUNTA DE LA COMISIÓN DEL EJÉRCITO AUXILIADOR: EL SECRETARIO DE LA MISMA JUNTA POR

LA VICTORIA DE SUIPACHA *

ODA

Gloria al grande Balcarce; eterna gloria
A su legión guerrera,
Que enrrojeció la espada carnicera,
Con sangre de rebeldes! La memoria
De tan bravos campeones,
Tendrá por templo indianos corazones.

¡Vive, grande Balcarce: vive y sea
Suipacha monumento,
Que eternice tu honor: Suipacha asiento
Te adquirió entre los héroes, y en la idea
De todo americano,
Sois más que el griego, y el célebre romano.

---

* Fué publicada en la «Gaceta de Buenos Aires» el Jueves 27 de Diciembre de 1810, en la pag. 465. Está incluida en la Lira Argentina, ed. de 1824, en la pag. 4, sin firma,
No ha sido incluida en la Colección de Poesías Patrióticas.
En la recopilación de la Gaceta de Zinny se dice por error que esta poesía es del Secretario de la Junta, Don Manuel Belgrano.

Ninfas del rio hermoso de la Plata,
Con angélico acento,
Celebrad el denuedo y ardimiento
Del caudillo inmortal; corona grata
De oliva inmarcesible
Tejed, para la sien del invencible.

Amadores del suelo americano
Llenaos de alegría,
Pues á tiranos mil, en solo un dia,
Balcarce derrivó con fuerte mano:
En Suipacha miradlo,
Y déspotas hundiendo, celebradlo.

¡Usurpadores del Perú; rivales
Del que tiene por cuna
El suelo que os brindó con la fortuna,
El paso detened; los inmortales
Que á Suipacha guarnecen,
Si dejais el intento, paz ofrecen.

Esa legión de indianos generosos
Los aceros no esgrime
Sino en sostén del que oprimido gime.
Quebrantad esos grillos vergonzosos
De los pueblos peruanos,
Y sereis respetados como hermanos.

Más, resuena la alarma; los tiranos,
Llegan con planta osada;
Ya la auxiliar legión bien alineada,

Superior á aguerridos veteranos,
A la muerte altanera,
Enardecida, inimitable espera.

El caudillo con alma imperturbable
Los soldados ordena,
Sus corazones de entusiasmo llena,
A la voz de la patria brilla el sable,
Y sus tropas avanzan,
Y fuego y balas y metralla lanzan.

¡Que valor, que denuedo y energía,
Inspiró á sus soldados!
Como si en leones fueran transportados
Obraban todos en tan fausto dia.
Todos á par peleaban,
Y horrible estrago á par ejecutaban.

Corre toda la línea, corre y clama:
¡O muerte, á la victoria!
¡Viva la patria, y Junta provisoria!
Todo arde á acuesta voz, todo se inflama,
Y en el momento se halla,
Teñido en sangre el campo de batalla.

Más rápido que el rayo, los cañones
Empeñoso investiga;
Habla á todos, anima, incita, hostiga:
Y al tremendo avanzar de sus campeones,
Desmaya el enemigo,
Y huye á los cerros demandando abrigo.

Armas, caudales, cajas y banderas,
Todo â sus plantas queda.
No hay orgullo, ni audacia que no ceda
A su arrogante brío. Las laderas,
Los llanos y quebrados,
De trofeos do quier se ven sembrados.

¡Incomparable capital! ¡Gloriosas
Provincias, que su alianza
Con denuedo jurasteis! ¿Qué alabanza
Bastará á las virtudes generosas
De vuestros defensores,
Al hollar la cerviz de los traidores?

¿Quién podrá bosquejar esa grande alma,
Que á todos impedía,
Cuando nuestra salud se defendía?
Ceda Esparta en Termópilas la palma,
Cédala á los indianos
Que hollaron en Suipacha á los tiranos.

Y tú, bravo Balcarce, cuyo brazo
Cual rayo fulminante
Fué sostén de la patria vacilante,
Perdona el debil númen y lo escaso
Del don que te presento,
Pues no mi númen, gratitud ostento.

Inúndete el más plácido consuelo,
Pues destruiste las penas,
Los cadalsos, los grillos, las cadenas,

Que amargaban á tu pátrio suelo;
Vive siempre felice,
Que la América toda te bendice.

Mira las tumbas de la Paz; escucha
El lamentar profundo
De los que hoy son honor del nuevo mundo,
De aquellos héroes que en gloriosa lucha
Por la patria murieron
Y de un déspota cruel víctimas fueron.

Repara á Potosí; Mira á la Plata
Sus cadenas rompiendo
Y tu mano besando y bendiciendo;
Todos, en fin, con la expresión más grata,
Al nombrarte se inflaman
Y su inmortal libertador te llaman.

¡Salve pues, oh mi heroico compatriota!
¡Vive largas edades,
Y disfruta el loor que las ciudades
Te dan, al ver su servidumbre rota!
¡Salve, mi jefe amado
Pues la América toda has libertado!

MARCHA NACIONAL *

CORO

Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir,
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.

Oid mortales, el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad:
Oid el ruido de rotas cadenas:
Ved en trono á la noble igualdad.
Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación
Coronada su sien de laureles,
Y á su planta rendido un león.

CORO

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos;
A su marcha todo hacen temblar,
Se conmueven del inca las tumbas,
Y en sus huesas revive el ardor,
Lo que vé renovando á sus hijos,
De la patria el antiguo esplendor.

---

* Se publicó en hoja suelta el 14 de Mayo de 1813.
Está en la Lira ed. de 1824, pag. 1, y en la Colección de Poesías Patrióticas, ed. 1827, pag. 1.

CORO

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;
Su estandarte sangriento levantan
Provocando á la lid más cruel.

CORO

¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cual lloran, bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, llanto y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

CORO

A vosotros se atreve argentinos
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa, contando
Tantas glorias, hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

CORO

El valiente argentino á las armas
Corre ardiente con brío y valor:
El clarín de la guerra, cual trueno,
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se opone á la frente
De los pueblos de la ínclita Unión
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo león.

CORO

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó:
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.

CORO

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado á su vista el tirano
Con infamia á la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran magestad.

CORO

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite mortales oid:
Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo argentino, salud.

CORO

LOA *

Con labio respetuoso
Os saludo ¡gran pueblo! y felicito
En uno de los días más ilustres
De Mayo venturoso:
En este veinticinco el más glorioso,
Día inmortal, que debe preferirse,
Con orgullo romano
Por todo verdadero americano.
Salve ¡ó gran pueblo! cuna de varones,
Que desdeñando el círculo humillante,
Dó sus padres la vida malograron,

* Se publicó en el No. 141 del *Censor* el Sábado 30 de Mayo de 1818. Está en la Colección de Poesías Patrióticas, en la pág. 123.—No está en la Lira.

Las cadenas tiránicas trozaron,
Y de América orlando los pendones,
Desde estas cercanías del Atlante
Hasta las sierras del Perú triunfaron,
En libertad poniendo
Cuantos se hallaban opresión sufriendo.

La altiva España, viendo su potencia
Cual humo disiparse,
Y espantada mirando presentarse
Un coloso fatal de independencia,
Contra cuya existencia
Siniestramente aglomerado había
Siglos de nulidad y humillaciones,
Rompe los diques de su atroz venganza,
Y el puñal en la mano
Recorre el vasto suelo americano.
¡Qué crímenes, qué incendio, qué matanza,
Aquí recuerda el alma estremecida!
¡Compatriotas amados! ah! pasemos
En silencio siquiera aqueste día
Las escenas de sangre y amargura
Que pudieran turbar nuestra alegría:
Por este día que del suelo patrio
Los esfuerzos proclama
Y su alta gloria y su brillante fama.

Despliegue su estandarte sanguinoso
Enhora buena España,
La tierra entregue á su furor y saña;

Destruya, arrase, incendie cuanto alcance,
Nada es capaz de producir temores
En los pechos de temple diamantino,
Que de la independencia el gran camino
A nuestro país abrieron.
El rio de la Plata más se exalta
Al rudo estruendo de venganza y guerra:
Y su raudal belígero internando,
Con gloria triunfa en Tucumán y Salta,
Impetuoso arrastrando
Soldados, armas, guiones, ó tambores,
Y cuanto á su ira el invasor opone:
Victorioso revuelve: en el oriente
Su poderío estalla,
Y hunde una escuadra, abate una muralla.

Estrecha cree la esfera circunscrita
A su coraje y brio:
Atrevido la ensancha: y aparece
En las llanuras del Atlante armado.
Ante la altiva Cadiz se presenta
Y sus banderas victorioso ostenta
Vigo, Ferrol, y Vera-Cruz, y Habana
Son testigos también de su osadía
Y en estos, y otros puertos descontado
Gime el comercio hóstil encadenado.

El tiránico orgullo tras los Andes
Fortalecido amaga; más ¿qué importa?
Allá dirije bélicos torrentes,

Y alzándolos entre peligros grandes
Al nivel de las cumbres eminentes,
Los deja caer con ímpetu invencible
Sobre el opuesto lado:
Los escollos arrasa con que osado
Se opone el enemigo á su carrera,
Y es nada en un momento
En que amagó á la patria en su engreimiento.

Sus ímpetus trasmite á los valientes
Hijos de Tucapel, y de Lautaro,
Y sobre Maipo con esfuerzo raro
Repiten ambos tan ilustre escena,
Con tanta mayor gloria
Cuanto más ardua ha sido la victoria.
¡Que victoria, argentinos!
Ella ha borrado en la primer batalla
De la faz de la América unas huestes,
Que audaces en España contuvieron
El vuelo de las águilas francesas:
Unas huestes que hicieron
Creer á la Europa que á su marcha sola
Cual tímidos rebaños
Llevarían delante á las legiones
Que nuestro honor y libertad defienden.
Quién les dijera que el destino traía
Regimiento tan bravo
A servir de trofeo al año octavo.

¡Patriotas! presenté á vuestra memoria
Un bosquejo ligero
De los timbres marciales que engrandecen
De nuestra patria la brillante historia.
Mas no olvideis que fueron arrancados
De en medio de los riesgos y la sangre;
¡Oh! cuantos compañeros denodados
En la flor de sus días perecieron
Por darnos la alegria
De que tanto gozamos este día.

¡Oh! ¡quién tus vidas preservar pudiera!
Más ya que no es posible
Libertarlos del hado y de la muerte,
Sus nombres arranquemos al olvido;
Vivan contínuo en nuestros gratos pechos,
Y de estímulo sirvan, que nos hagan
Contestar al tesón de los tiranos.
Juremos por sus nombres respetables.
Que vivirá la patria independiente
Mientras la sangre en nuestras venas corra,
O toda derramada
Antes será que verla subyugada.

Supremo Director que en tanto acierto
La nave del estado engalanada
Dirijes hácia el puerto:
Patricios todos que á la grande causa
Con las armas servís, con el talento,
O de vuestros sudores con el fruto!

Confirmad el terrible juramento
Que á la presencia de los santos manes
De tantos compatriotas generosos
En vuestro nombre pronunciar he osado.
Vosotras madres que os hallais presentes,
Vosotras todas, bellas argentinas,
De vuestros dulces hijos en el nombre,
En el nombre de todos los que os aman
Yo lo pronuncio en vuestro celo fiado:
Confirmadlo también, y haced que todos.

Los que á vuestra presencia se acercaren,
En vuestro labio, y vuestros pechos dulces
Aprendan antes á morir como héroes,
Que el pie besar del orgulloso ibero.
Que aqueste juramento grande y noble
Con constancia araucana sea cumplido,
Y en muralla de acero
Cada uno de nosotros convertido.
Desde este instante abono
Las nuevas glorias de nuestro año nono.

Mayo 23 de 1818.

LOS OFICIALES

DE LA SECRETARÍA DEL SOBERANO CONGRESO
Á LA PATRIA
EN LA VICTORIA DE MAYPO

—

BUENOS AIRES.

ODA *

¡Oh! ¡si hoy mi poderío
La esfera de mis votos igualase
Para cantar el belicoso brío
De la legión Maypuana (1)
Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría
De Píndaro, de Horacio, y del Mantuano
Aquel estro, grandeza y armonía
Que á los siglos quebrantan,
Y siempre al alma con su magia encantan.

De Eurydice al esposo
La deliciosa voz demandaría.
El mismo Apolo su éco victorioso
Me daría con gusto,
Que siempre ha sido con los héroes justo.

---

* Está en La Lira, pag. 158, sin firma, y en la Colección, pag. 111, firmada y fechada el año 1818.

(1) A Scipión se le llamaba el Africano por el teatro de sus victorias.

Después al rutilante
Carro del sol en majestad subiendo,
De la cordura y rectitud amante,
Cual Faëton no fuera,
Principiaría la inmortal carrera.

Por delante la aurora
Más graciosa, más cándida, más bella
Que en el cielo jamás se viera hasta ora,
Las puertas me abriría,
Y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente
Admirados quedando al presentarse
Fenómeno tan raro y esplendente,
Corriendo á las alturas
Dejarían talleres y culturas.

Yo entretanto ocupando
Del Grande Tauro (1) el hyperbóreo alcázar,
Y el humilde horizonte atrás dejando
Con ráfagas de lumbre
Más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
Deliciosos poemas sembraría,
Que al leerse por el mundo y meditarse
De Maypo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria.

---

(1) Actualmente se halla el Sol en la constelación de Tauro.

Al Zenit más cercano,
Y ya á la vista general del orbe
Entonará mi canto sobrehumano,
Melodiosos torrentes
Moverían las piedras y las gentes.

¡O patria! tú serías
De mis loores el sublime objeto:
Tu pasmosa constancia en tantos días
De apremio y de fatiga
Con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha
Cual si no hubiera pueblos generosos,
Nadie en el mundo tu clamor escucha.
Todos te dejan sola
En brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena
Vertiendo sangre y en sudor bañada,
Con la mano de trueno y rayos llena
Luchas con tus rivales
Y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa
Que en sus pérdidas mismas recobrado
El tirano otra vez la lid empieza,
Y te arrostra atrevido
Como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen.
¡Tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! tus conflictos á la par acrecen,
Mil monstruos parricidas
Que renuevan atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
Que en sus favores te ha donado el cielo
Para colmo de gloria y regocijo,
Se arroja á la palestra,
Y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte
El hercúleo campeón se precipita,
Su gran maza (1) levanta,
Y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
De las célebres márgenes del Maypo,
En donde fuiste !oh patria! coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martín y su legión terrible.

Gloria á tantos varones
Que á los más grandes en la guerra igualan,
Y los vencen en muchas proporciones.
En igual circunstancia
No hubo mayor destreza, ardor, constancia.

(1) Expresión alegórica del ejército vencedor.

Aquesto por extenso
Con majestuoso acento cantaría,
Y asombrado al oirme el orbe inmenso
Prorrumpiera cantando
América, y sus bravos alabando.

Después celebraría
Tu rico suelo que llenó natura
De dones abundosos á porfía:
Suelo privilegiado
Para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
También diría, que en cruenta lucha
Arrebatar á todo el orbe espera
Este terreno amigo
Donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
De do quier hasta el cielo subirían
Deseando gloria á los independientes,
Y paz pronta y durable
Que á la España negar no sea dable.

Paz que á todos ofrezca
El mercado más fácil y abundante:
A cuya sombra la opulencia crezca,
Y nazcan relaciones
Que hagan felices todas las naciones.

Yo entre tanto gozoso
Bajaría el gran Carro al horizonte;
Y celajes de un gusto primoroso
Pondrían fin al día
Que te ofrecen mis votos, patria mía.

A LA BATALLA DE MAYPO *

Aquella ingrata noche había pasado,
Aquella noche que á la patria un grito
De dolor arrancara.
El enemigo, osado
De la victoria el hijo favorito
Se cree con arrogancia: su alma avara
Las riquezas y el triunfo devorando,
Apura, impele, incita sus legiones:
Maypo, ya al oprimirlo sus pendones,
Venganza, corre al mar del Sud gritando.

Nuestro ejército allí. ¡Genio sublime
De patria libertad! Tú solamente
Obraste tal portento.
Mientras el cuidado oprime
Al pensador comun, su brava gente
Reune el héroe con inmenso aliento:
La consuela, la esfuerza, reorganiza,
De pecho en pecho imprime sus ardores...
No hay tiempo á más, que crujen los tambores
Y el enemigo encima se divisa.

---

* Está en la Colección de Poesías patrióticas, pág. 117.—No está en la Lira ed. 1824.

La hidra que hundir sus cuellos altaneros
Chacabuco vió en polvo, ora acrecida
Con más y más cabezas,
Los ojos reverberos
Lanza á las dos naciones: honra y vida
Amenaza arrancarles: ya pavesas
Hace, amor de la patria, tu obra santa.
¡Señor! contra tu ley así el ibero
Se cebará en nosotros carnicero?
¿Y tu diestra, Señor, no se levanta?

¡Iberia, Iberia! ¿qué haces? Hubo un día
En que la Asia, la América, la Europa
Y la Africa admiraron
La terrible osadía
De tu soberbia y numerosa tropa,
Tus glorias fué que á su zenit llegaron,
El curso natural de los Estados,
Cual de toda humanal magnificencia,
Te obliga á irresistible decadencia
¿Quieres insana combatir los hados?

¿Qué puedes prometerte en tanto crimen
Como en tu odioso nombre se consuma
De Méjico hasta el Cabo?
El viejo, el niño gimen
Bajo el azote bélico, que abruma
La extención de una tierra en que de esclavo
Sufrir no es dado el bárbaro renombre:
Sufre el sexo, los templos, las ciudades,

Y por decir de un golpe tus crueldades:
Se insulta á Dios, y se destruye al hombre.

Retira á esos verdugos... ¡Ay, que es tarde!
Rompe el cañón: impávida se arroja
Nuestra hueste á los llanos.
Toda retumba y arde
La dilatada atmósfera. Ya roja
La tierra está do quier. Probad, tiranos,
La pujanza de aquellos que defienden
Su patria y libertad. La rabia, la ira
Con que vuestra alma nuestras glorias mira,
Hoy á su vez nuestra venganza encienden.

¡El bronco trueno al trueno, el rayo al rayo
El acero al acero cual responden!
Cualquier sospecharía
Que allí Cid ó Pelayo,
Aquí Washington ó Nassau se esconden,
Y las falanges rigen este día.
La patria encima de los altos Andes
Se alza y los campos de la lid descubre:
Su bello rostro con la mano encubre;
Son ¡ay! los riesgos de sus hijos, grandes.

Madres cubrid los vuestros, que la muerte
Corriendo sobre el carro del destino
Feroz se precipita,
Y sangre en copia vierte,
Valor hijos del Sud: que el argentino
El arca de sus glorias deposita

En vuestras manos hoy. En ellas Chile
Su vida y su salud. La muerte es nada
Si ella es el precio de la patria amada.
¿Y hoy dejareis que se hunda y se aniquile?

Mas que dejar! Cual torbellino os veo
Lanzaros sobre el campo de batalla,
Y más allá lanzaros,
Hasta que ya el trofeo
En vuestras manos victoriosas se halla.
Ya el tirano se rinde. A coronaros
Se acerca la victoria, de su seno
Manando gracias y placer. Ante ella
El hondo encono súbito se estrella,
Los aceros se envainan: calla el trueno.

¡Manes del bravo Tell (1) de Orange (2) Doria (3)
Y del grande Washington! No insensibles
Sois en este momento
Del héroe á la victoria.
Vosotros os mirais en los visibles
Golpes de genio, militar talento,
Y patriótico amor reproducidos
En la escena del mundo. Conocisteis
Al grande San Martín, y le ceñisteis
Esos laureles nunca envejecidos.

---

(1) Guillermo Tell, libertador de Suiza.
(2) Príncipe de Orange, defensor de la libertad de Holanda.
(3) Andrés Doria, afianzó la libertad de Génova.

Del Camaleón (1) á la Osa (2), de Occidente
Al meridiano de la bella aurora,
Tu gloria es proclamada
San Martín eminente.
La patria que tu diestra valedora
Alzó en firmes quiciales, admirada
Tu nombre sin cansarse ha repetido;
Ella también celebra con ternura
A los héroes de insólita bravura
Que atlétas suyos á tu lado han sido.

Vive, nación ilustre, que supiste
Tu brazo asir al nuestro, y las cervises
Hollar del cruel tirano.
¡Oh! cuanto contribuiste
Preciado Chile, á días tan felices
Como hoy disfruta el suelo colombiano
A tí prez y loor. Desde hoy debiera
Al grato Maypo en eternal memoria,
El Eridano austral ceder su gloria,
Ceder su plaza á la estrellada esfera.

Empíreo gozo á los ilustres manes
De aquellos que el aliento generosos
Por la patria rindieron:
Gloria al que sus afanes
Consagró á la Nación; cuyos gravosos
Días, después el júbilo se hicieron

---

(1) Constelación del polo del Sud.
(2) Idem del polo del Norte.

Y la delicia nacional. En lumbre
Eterna brille el nombre americano;
Y arrojando al león tras el Océano,
Ponga América el pié sobre la cumbre.

Año 1818.

AL SEÑOR DON BARTOLOMÉ DE MUÑOZ

VICARIO GENERAL CASTRENSE
EN SU PROMOCIÓN AL CORO DE LA CATEDRAL
DE BUENOS AIRES *

ODA

(INÉDITA)

Rayó por fin Bartolo aquella aurora
Que tanto había la amistad deseado
La aurora muy felice
En que la patria con placer te dice:

—

Tú amaste la justicia; tú abrazaste
La peligrosa causa de mis hijos,
Desde el primer momento
Que llegó á tus oídos su arduo intento.

—

* De la colección de m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

El polvo, el sol, las lluvias, la guadaña
Que tantas veces afiló el tirano,
Nada ha sido bastante
A quebrantar tu espíritu constante.

—

Cuando á orlar empezaron mis banderas
La vez primera en la oriental campaña,
Ellas allí te vieron
Y tus votos filiales recibieron.

—

Y volvieron á verte al emprenderse
La segunda campaña, retirado
Del recinto oprimido,
Y del bando feroz aborrecido.

—

Los bienes que en honrado desempeño
De tus santos deberes adquirieras,
Unos allí abandonas,
Al público otros generoso donas.

—

En el preciado seno de mis hijos
Fué justo incorporarte, y siempre ha sido
Tal tu correspondencia,
Que no puedo ocultar mi complacencia.

—

En los días más lóbregos he visto
Desplegar tu acendrado patriotismo
Ya recordando ejemplos,
Ya predicando enérgico en los templos.

—

Vi á mis rivales de ponzoña henchidos
Lanzártela en las calles, prorrumpiendo
En risas y baldones,
Al verte honrado con mis distinciones.

—

Tú sin embargo de modestia lleno,
En tus principios de justicia firme
Todo lo desechabas,
Y por mis dichas al eterno orabas.

—

¡Qué contraste no ofrece tu conducta
Pura, enérgica, fiel y generosa,
Con el atroz veneno
De esos espúreos que hay entre mi seno!

—

De esas sierpes horrendas, que nacieron
Para oprobio de un suelo esclarecido,
De un suelo cuyas glorias
Tanta materia dan á las historias;

—

De esos viles á cuyos sentimientos
Jamás convino cuna americana,
Sino un lóbrego pozo
O el más sórdido y negro calabozo;

—

Que por guardar una existencia infame,
Y por honras pobrísimas, que pueden
Conseguir como siervos,
Mis rivales se han hecho más protervos;

—

Que el pecho les rebosa de alegria
En mis grandes conflictos; que en la sangre
Que vierten sus hermanos
Se alegran á la par de los tiranos.

—

Un cadalso debiera.... pero existan,
Y en su afrenta presencien tantos triunfos,
Como el resto querido
De mis ilustres hijos ha adquirido.

—

Y tú entretanto ven que ya es llegado
El tiempo de que alivie tantos días
De constancia y servicios,
Llamándote á gozar mis beneficios.

—

Ven, hijo mío, ven, cabe el santuario
A orar por el gran pueblo: allí yo quiero
Que tu descanso sea
Y premiado tu mérito se vea.

—

Dijo la patria; mi Bartolo amado
Y yo á la par de tus amigos, siento
El más completo gusto
Presenciando espectáculo tan justo.

CONTESTACIÓN

De la benigna patria los auspicios,
De amigos generosos el placer,
Es todo cuanto puedo apetecer
Por mis escasos, débiles servicios.

EN LA MUERTE DEL GENERAL BELGBANO

SONETO *

Muerto está... Su diestra vencedora
No alzará más la espada que algún día,
Terror de la española tiranía,
Dió salud á la patria! El pueblo llora,

El pueblo, á quien la muerte destructora
El broquel le robó, que lo cubria;
Y la piedra que más embellecía
Su cívica diadema. Más desde ora

Cese el dolor, que su sepulcro existe,
Y allí el genio inmortal de las virtudes
Perpétuo mantendrá su fuego activo...

Y si aún ¡Iberia! tu ambición subsiste,
Si tú ¡anarquia! tu hacha atroz sacudes,
Muerto temblad al que temblasteis vivo.

---

* Colec. de m. s. de Don J. M. G. existente en la Bibl. del S. N.

SONETO ELEGIACO *

Á LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO

¡Oh! no abandones á tu patria amada,
No la abandones, hijo predilecto!
De tu alto brazo, de tu pecho recto
Cuando se vió ella más necesitada,

Que en hora tan terrible y malhadada!
¿Qué poder es el mío, el de un insecto,
Contra el querer del grande, del perfecto,
Que formó el universo de la nada

Y que hoy me llama á su supremo lado?
¡No me es dado quedar; queda mi ejemplo!
¿Salvaros pretendeis? Sea imitado.

El os guiará de la salud al templo.
—¡Compatriotas! Oisteis? ¿Qué dudamos?
Imitando á Belgrano nos salvamos.

(1) M. S. de la Colec. de Dn. J. M. Gutierrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

SONETO *

Á LA MUERTE DEL DOCTOR DON MATIAS PATRÓN

Por el ejemplo de tu ardiente celo
La santa libertad el hombre amaba,
En su genio la patria siempre hallaba
A sus angustias eficaz consuelo.

La justicia á su voz, del alto cielo
Descendiendo propicia, le entregaba
La balanza fiel en que pesaba
El bien y el mal con incansable anhelo.

Mas la muerte ¡oh dolor! corta envidiosa
El hilo de su vida, y lastimera
Gime la humanidad. Con faz llorosa

La historia escribe, el sabio, verdadera
De su heróico vivir. Sobre su losa,
Lo invoca el justo con piedad sincera.

* No. 3 de «Argos» del Sábado 26 de Enero de 1822.

CANCIÓN PATRIÓTICA *

DEDICADA Á LOS DEFENSORES DE LA LIBERTAD EN LAS LLANURAS DEL MAIPO

Patria amada! te has cubierto
De eterno honor y de gloria.
Del Maipo la gran victoria
Al tirano deja yerto.
Un jefe bravo y experto
Conduce nuestras legiones,
Y los creídos leones
Son ya tímidos corderos,
Al brillar de sus aceros
Y al marchar de sus campeones.

CORO

Los héroes del Maipo vivan,
Viva, sin tacha, su honor
Y de la patria reciban
Tiernas lágrimas de amor.

—

Salud Nación Argentina!
Nación Chilena, salud!
Goce ya vuestra virtud
La recompensa más digna

* De un m. s. de la colec. Gutiérrez, existente en la Bibl. del Sen. Nal.

Al mirar la pura y fina
Alegria universal,
Vuestros nombres pronunciando;
Y al temblar del rey Fernando
Por unión que le es mortal.

CORO

Tendamos al vencedor
Alfombras de fresca rosa:
Coronas de oliva hermosa
A sus sienes den honor.
Cubra un eterno esplendor
A Buenos Aires y á Chile,
Y si han hecho que vacile
En Lima el poder hispano,
Levanten su fuerte mano
Y aquel yugo se aniquile.

CORO

ODA PATRIÓTICA FEDERAL *

Al hablar al gran pueblo americano,
Que en su amor á la noble independencia,
Parece lo eligió la Providencia
Para alto ejemplo á todos los demás:
Permitid compatriotas lo salude
Con toda la profunda reverencia,
Que al alma impone la magnificencia
De unos esfuerzos sin igual quizás.

Si la mano de Dios á cada pueblo,
Como á cada hombre, su destino inspira,
¡Quién al pueblo argentino no lo mira,
Con un grande destino que llenar!
Cuando la hora sonó de los trabajos
Que á su tranquila infancia fin darian,
¡Cuales indicios en la tierra habían
Para lo que este pueblo supo obrar?

Atado entonces de la España al carro,
De allá venía nuestra paz ó guerra,
Y así tenía la inocente tierra
Por venganzas extrañas que sufrir.

---

* Fué recitada en una función teatral de aficionados el día 5 de Noviembre de 1845.
No 6629 de la Gaceta Mercantil, del 10 de Noviembre de 1845.

En una de ellas nuestra patria amada
Vióse de un grande ejército invadida,
Y de tropas y de armas destituída,
Puso su pueblo mismo á combatir.

Sufrió en efecto la primer sorpresa,
Buenos Aires gimió una vez cautiva:
Más bajo el yugo extraño prende activa
La llama del furor que hace vencer.
Auxilios del oriente se le acercan:
A cuya vista de este pueblo salen
Mil de patriotas, cuyos brios valen
Cuanto puede la táctica ofrecer.

Se ataca al vencedor en sus valuartes,
Se resiste, se lidia, se le doma,
Y desde entonces esta nueva Roma
Despliega su entusiasmo militar.
En pos se apresta con tesón heróico
De la guerra á la dura disciplina:
Porque la Gran Bretaña le destina
Ejército mayor con que lidiar.

Espectáculos, músicas, paseos,
A la trompa guerrera el puesto ceden,
Los simulacros bélicos suceden
A los gustos antiguos de la paz.
Así adiestrados el momento esperan
De acercarse las huestes invasoras,
Que, como antes, no son aterradoras
A un pueblo de heroismo tan capaz.

Y llegaron los días memorables,
Nuestro río se cubre de bajeles
Que muchedumbre de soldados crueles
Vomitan nuestra tierra á desolar.
Se ordenan sus legiones, marchan, toman
De esta ciudad los puestos eminentes,
Y amenazan dejar todas sus gentes
Sin medio alguno de poder salvar.

Más ¡Qué otro medio cuando están los pechos
Los fuertes pechos de sus defensores
Que al fuego de los bronces tronadores
Contestan con el suyo aterrador!
Torres, techos y calles, todo arroja
La vista, el ruído de matanza y ruina,
Y parece que el día se destina
Al fin del pueblo, al fin del invasor.

Más poco á poco el carro de las furias
Detiene su rodar precipitado....
Es... que el breton en cada parte aislado
De sus fuerzas ve rota la unidad.
Ya entre todos sus cuerpos interpuesto
El bizarro argentino los devora,
Ya la fuerza de adentro vencedora
Da el grito de victoria, y libertad.

Libertad de las últimas cadenas
Que imponerle aspiró la Gran Bretaña,
A cuyo yugo el yugo de la España
Hacia el nacimiento preferir.

Más se acercaba el tiempo prefijado
En los decretos de la Providencia,
En que este país también su independencia
De la España debía conseguir

La independencia es siempre combatida:
Y los pueblos que aspiran á obtenerla
Es preciso que sepan sostenerla
Con el valor y militar poder.
En la guerra británica esta escuela
La Providencia trajo al argentino:
Con ella fué que conoció el camino
De hacerse independiente y de vencer.

Y se hizo independiente: y cruda guerra
Le hizo harto tiempo el español valiente:
Más el pueblo argentino alzó una frente
Que contraste ninguno ha de abatir.
Bravo en la lid, paciente en los reveses,
De en medio de sus ruinas se levanta,
Y muchas veces la victoria canta,
Donde el hispano lo pensó concluir.

Liberta en el oriente á sus hermanos
Que de los libres el poder aumentan:
Al Paraguay sus tropas se presentan,
Y se acaba el gobierno colonial.
Córdoba, Cuyo, Tucumán y Salta,
El Entre-Ríos, Santa Fé, Corrientes,
Jujuy, Rioja, Santiago, dan valientes
Al ejército libre nacional.

Y el patrio pabellón en fuertes brazos
En el alto Perú luego flamea,
Y aunque todo peruano amigo sea
Se arma y resiste el español tenaz.
Más los libres unidos lo combaten,
Apagando doquier la resistencia,
Y abrazan Potosí la independencia,
Y Cochabamba, Charcas y La Paz.

Dejar es poco ya á los argentinos
Libre el antiguo vireinato hispano:
En Chile es oprimido un pueblo hermano,
Y debe ir hasta allá la libertad.
Y en Mendoza se aprestan las legiones
Destinadas al paso de los Andes,
Paso que debe entre los hechos grandes
Pasar con gloria á la posteridad.

En vano el español los pasos todos
Cierra con armas, con valor defiende,
Nuestro hábil jefe al cabo lo sorprende
Y en batalla los Andes deja atrás.
Teatro del grande choque es Chacabuco,
Do cada bando su pujanza muestra,
Más la victoria disputada es nuestra,
Y no hay en Chile servidumbre más.

Lima, la antigua y opulenta Lima
Era un gran centro del poder hispano,
Que en el alto Perú con fuerte mano
Nuestras victorias pudo contrastar,

Que al verlas ahora repetirse en Chile,
Siente el riesgo fatal, que se aproxima,
Y nuestras tropas que el valor anima
Envía el real imperio á recobrar.

Entonces vino la funesta noche
Que lloró á nuestros bravos dispersados,
Pero el día también que recobrados
Los vió prodigios de valor hacer,
La jornada de Maipo y su victoria
Brillan del Plata y Chile en los anales:
A Chile libran de futuros males:
De España en Lima amagan el poder.

La escuadra independiente ya se apresta,
Ya arrogante el Pacífico navega;
Y el virrey español firme despliega
Su armamento en las costas de la mar.
Imposibles venciendo, el desembarco
Se hace por fin; y nuestra escuadra en tierra
Lanza los bravos que en su seno encierra:
Y esos bravos se aprestan á lidiar,

¿Quién dice en un momento tantos hechos
Como contiene tan ilustre historia?
Baste decir: cantamos la victoria
Del Perú en la opulenta capital.
Y allí los libres, más allá mirando
Tendieron á Colombia el fuerte brazo
Y con sus hijos hasta el Chimborazo
Un renombre adquirieron inmortal.

¿Inclinais, hombres libres, la cabeza
A un cuadro tan heroico con respeto?
Pues, aun no pudo mucho tiempo quieto
El argentino de la paz gozar.
Pronto vuelven los bélicos afanes
A turbar de esa paz nuestro deseo:
Que en extraña opresión Montevideo
Nuestro brazo demanda de auxiliar.

El argentino en azarosa guerra
Vuelve á entrar á la voz del pueblo hermano,
Y en Ituzaingo con valiente mano
Alza la servidubre al oriental.
Así sirve el intrépido argentino,
Para alzar, ó auxiliar nuevos Estados
Con su oro, sus desvelos, sus soldados:
Misión de gloria, mas misión fatal.

Pues de la guerra nacen las pasiones,
De la preciosa paz ahogando el fruto,
Y sembrando el desorden, sangre y luto
En el seno infeliz de la nación.
Fué preciso atacarlas, combatirlas,
Perseguirlas do quier hasta vencerlas,
Y del orden un genio supo hacerlas
Ceder ante la gran federación.

Mas, cuando cierta estaba la victoria,
Se interpone ambicioso el extranjero,
Y asumiendo el carácter de un guerrero
Su ley pretende al argentino dar,

Y abusa de sus naves superiores
Para hollar nuestra patria y su bandera,
Y fuerzas sobre fuerzas aglomera
Que avisan la intención de conquistar.

Y habrán en vano sido tantas glorias,
Tantos trabajos de alto patriotismo,
Sellos de una misión del cielo mismo,
Que América nos llama á defender?
Tiene bastante allá la engreida Europa
Con sus altos poderes y opulencia,
Dejenos nuestra amada independencia,
Que solo Dios nos quiso conceder.

Sí, solo Dios, ¿porque quién otro pudo
Dotarnos de esa fuerza y poderío,
Con que desde las playas del gran río
Llevamos la victoria al Ecuador?
Y ese don que nos viene del Excelso,
Del que anonada al fuerte de la tierra,
Nos quitarán la Francia y la Inglaterra
Hollando nuestra patria y nuestro honor?

Morir antes ¡heroicos argentinos!
Que de la libertad caiga este templo,
Daremos á la América alto ejemplo
Que enseñe á defender la libertad.
El polvo del gran pueblo de la Plata
Volará por el vasto continente,
Y al caer formará un letrero ardiente
Que diga á todos: «*A la lid volad*».

Un gobierno prudente, sabio, fuerte,
Nuestros destinos en su mano tiene:
Pesa, medita lo que más conviene
Para el bien del gran pueblo conseguir:
Y si él halla la guerra inevitable,
A batallar intrépidos volemos,
Y en hórridas batallas triunfaremos,
O sabremos intrépidos morir.

OBSEQUIO POÉTICO *

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA AGUSTINA ROZAS DE MANSILLA

De mi edad en la tarde navegando
Por el variado río de la vida,
La lumbre de mi sol veo caída
Cerca del occidente;
Y la pálida luna se va alzando
Al lado del oriente,
Mi flor si un tiempo fué de poesía,
En mi mano marchita se deshoja,
Y sus pétalos lleva la corriente,
Faltos de lozanía,
Para quien bondadosa los recoja.
¿Eres una de aquestas Agustina?
Pero á esa tu belleza peregrina,
No faltarán poetas en su oriente
Alzarse el sol, y no la luna, vean;
Esos con alma ardiente
Retratan, idealizan, hermosean
A la misma hermosura,
Y hacen versos de amor y de ternura,
Que con encanto hasta los nietos lean,
Ellos solos, la mezcla encantadora
Que hay en tu rostro de azucena y rosas;
Esos, el talle de tu cuerpo airoso,

* Se publicó en el *Comercio* de Lima.

Y negros ojos, donde el alma asoma
De tan bello organismo animadora,
Realzarán en rimas armoniosas,
En el astro gracioso
Que en Tíbulo y Propercio amaba Roma
La hoja marchita de mi flor un día,
Que impetuosa corriente se arrebata,
Ni un átomo ya exhala de ambrosía
Cual para digna ofrenda yo quería.
Puedan los vates que ora tiene el Plata,
Entre el aroma de sus frescas flores,
Esparcir argentina tus loores,
Merecidas á un tiempo por hermosa
Familia ilustre y de un guerrero esposa,
Y allá perciban los del mundo viejo
Que en nuestro Plata el luminoso cielo,
Casi siempre sin velo,
Vierte en el ser humano su reflejo,
Dándonos con largueza
Valor al hombre, á la mujer belleza.

Buenos Aires Aires, Agosto 3 de 1850.

ESTEBAN DE LUCA

MARCHA PATRIÓTICA *

COMPUESTA POR UN CIUDADANO DE BUENOS AIRES PARA CANTAR CON LA MÚSICA QUE OTRO CIUDADANO ESTÁ ARREGLANDO

CORO

Sudamericanos:
Mirad ya lucir
De la dulce patria
La aurora feliz.

La América toda
Se conmueve al fin,
Y á sus caros hijos
Convoca á la lid.
A la lid tremenda,
Que va á destruir
A cuantos tiranos
Osanla oprimir.

* Está en el No. 24 de «La Gaceta», del jueves 15 de Noviembre de 1810 en la pág. 382.
Está incluída en la «Lira Argentina» en la pág. 9, sin firma y con el título: Canción Patriótica y en la Colección de poesías patrióticas, pág. 7, con el título: Canción. Allí aparece firmada por D. Esteban de Luca.

CORO

De la gloria el genio (1)
Ardor varonil
Infunde en los pechos,
La fuerza sentid.
Si el déspota impío
Atentare vil
Vuestra libertad,
Al punto acudid.

CORO

España fué presa
Del Galo sutil,
Porque á los tiranos
Rindió la cerviz
Si allá la perfidia
Perdió á pueblos mil,
Libertad sagrada
Y unión reine aquí.

CORO

La patria en cadenas
No vuelva á gemir,
En su auxilio todos
La espada ceñid.

---

(1) Esta estrofa no está en la Colección, ni en la Lira ed. 1824.

El padre á sus hijos
Pueda ya decir:
Gozad de derechos
Que no conocí.

CORO

De la patria al seno
Volando venid,
Que el sol os preside
En su alto cenit.
Bellas argentinas,
Con afán sin fin, (1)
Os tejen coronas
De rosa y jazmín.

CORO

---

(1) «De gracia gentil» La Colec. pág. 8 y la Lira, pag.

CANCIÓN *

CORO

¡Oh pueblo americano!
¡Oh nación venturosa!
¡Viva la unión dichosa!
¡Viva la libertad!

¡Oh que hermosa hoy al mundo
América renace!
¡Oh cuanto se complace
En gloria y libertad!

CORO

Mirad el Sol que bello
Se muestra en el oriente,
Mirad en su occidente
Al déspota espirar.

CORO

Triunfó del león de Epaña
El águila francesa,
Postrada su braveza
Tristes rugidos da.

---

* Está en la Colección en la pag. 9. No está en La Lira, ni en la Gaceta.

CORO

Del mal el genio reina
Allá en el mar de Atlante,
El Paraná triunfante
Corre con majestad.

CORO

Los montes y collados
Conmovidos se alegran,
Cielo y tierra celebran
Nuestra feliz edad.

CORO

El consorte á sus hijos
En torno de sí llame,
El pecho les inflame
Con labio paternal.

AL SUPERIOR GOBIERNO

DE ESTAS PROVINCIAS
EN LOOR DE LOS VALIENTES COCHABAMBINOS

ODA *

En aquel tiempo aciago
En que de la virtud triunfar parece
Horrible el vicio, amenazando estrago
A la inocencia, y el orgullo crece
Del que á nombre de Dios cubre la tierra
De odios y de guerra,
Se oyeron en el suelo americano
Tristes gemidos que arrancó el tirano.

Goyeneche más fiero
Que Mahomet, armada muchedumbre
Por el Perú llevando carnicero,
A los pueblos eterna servidumbre
Decreta enfurecido y los condena
A pesada cadena,
La cuchilla en la diestra alzando él mismo
Que sangriento le diera el fanatismo.

El libro del destino,
Iluso en su favor leer pensaba,
Mas el ágil y audaz Cochabambino,
Al presentir el mal que preparaba

* Apareció en la Gaceta del viernes 8 de Mayo de 1812, No 5, pag. 17. Está incluída en la Colección, con el título: «A los valientes Cochabambinos», y es allí que aparece firmada por D. Esteban de Luca, pag. 48-52. No está incluída en la Lira.

A la patria, á sus hijos, á sus lares,
Se reune á millares,
De hermanos por el déspota insultados
Que á la venganza corren denodados.

Por la escarpada sierra
Y los amenos valles se derraman;
Se siente á su furor temblar la tierra.
A la voz: *¡Libertad!*... que ellos proclaman,
El éco vuelve el monte cavernoso,
Y resuena espantoso
En los oidos del que inícuo ofende
La humanidad, y su clamor no atiende.

Las tribus indianas
Acuden todas que el alarma oyeron,
Y el yugo sacudiendo que inhumanas
Las leyes de conquista le impusieron,
Siguen al hijo fuerte de Oropesa,
Que veloz atraviesa
Los cercos del contrario, aprisionando
Escuadras que le esperan asechando.

Las antiguas ruinas,
Al belígero acento se conmueven;
Del metal duro de las hondas minas,
Con manos diestras, á forjar se atreven
Para el combate vengadores rayos;
Y Jove sus ensayos,
Eterno protector del inocente,
Benigno aprueba á la esforzada gente.

El austro, embravecido,
Desde los Andes viene resonando
A traer la nueva hasta el contrario egido,
El pendón ominoso derribando.
Tiembla el tirano de temores lleno,
Más que si oyera el trueno,
Y ¡venganza!... retumba
También del Inca la sagrada tumba.

Como la mar undosa,
Crece la turba popular errante
Que al enemigo estrecha belicosa.
El Jefe, denudado ya el semblante,
Mira de fuerza y de consejo escaso,
Con terrible fracaso,
Al indignado pueblo que á arrojarse
Va contra el trono do pensó encumbrarse.

Hoy, escuela de Marte
Es Cochabamba; cíclopes sus hijos,
Que de Vulcano mejorando el arte,
Entre trabajos duros y prolijos,
Activos acicalan las espadas
Que dejarán vengadas
Del adalid las muertes afrentosas,
Con que inundó de llanto á sus esposas.

Cadalsos levantados
Contra el fiel hijo de la patria amada,
Son por sus fuertes brazos derribados;
La justicia les da su heroica espada

Que al monstruo de la América castiguen
Y los males mitiguen
De pueblos que aborrecen en sus pechos
Al impio forzador de sus derechos.

En la menor refriega
De una ciudad, acrecen la esperanza
Que oprime injusta la ambición más ciega;
En ademán de protección se avanza
El patriota, la virgen le corona
Del laurel, y pregona
Con himnos de victoria á las naciones
La libertad de cien generaciones.

De empresa tan gloriosa
El genio de la patria es mensajero.
La virtud oprimida, vé gozosa
Que la razón en su esplendor primero
Vuelve á ocupar el patrio continente,
Y bajando impotente,
Al abismo, el error que en nuestro daño
Mantuvieron el tiempo y el engaño.

Vosotros esforzados
Fieles caudillos: Arce y Antesana,
Recibid hoy los votos consagrados
Al valor vuestro por la gente indiana;
Buenos Aires celebra vuestra gloria,
Y la mayor victoria
Cantar espera en el tremendo día
Que aniquileis la horrenda tiranía.

A MONTEVIDEO RENDIDO *

ODA

Salve patria feliz. A la constancia,
A la heróica constancia de tus hijos,
Debes el gran trofeo, la victoria
En que miras destruída la arrogancia
Del soberbio tirano, que prolijos
Tormentos preparaba
Al noble defensor de vuestra gloria (1)
Que en los arduos combates te invocaba.

La deidad tutelar tú fuiste, el día (2)
En que, rotas las urnas sepulcrales,
Al grito: *libertad al patrio suelo*,
Viste en furor la hispana monarquía,
Y armándose de bárbaros puñales
A homicidas atroces,
Contra el patricio, que elevaba al cielo
Alegres himnos y guerreras voces.

El clamor *libertad,* va discurriendo
Cual veloz rayo el Indo continente;

---

* Está en la Lira Argentina, pg. 41, firmada con las iniciales B. L. Está en la Colección en la pg. 67. Dn. J. T. Medina en su obra «La imprenta en el Río de la Plata», dice que esta composición debe referirse al año 1814. Esta es la fecha que tiene en la Colección.

(1) Al noble defensor de tu alta gloria, (La colec. pg. 67).

(2) La deidad sacrosanta fuiste el día, (La colec. pg. 67).

Conmueve, aterra al fiero despotismo,
Ídolo horrible baja con estruendo
Del trono impío, y la abatida frente,
Sombría y conturbada,
No pudiendo ocultar en el abismo,
Busca en fuerte recinto su morada.

El día atroz le aflije; el día infando
De sangre en Cajamarca, y la impía guerra
En que del hado cruel señales dieron
Los montes, Chimborazo vomitando
Derretidos peñascos... ¡Ah! la tierra
A sus pies se estremece,
La tierra que sus haces oprimieron,
Y el sol horrorizado se oscurece.

Montevideo, infiel y rencorosa,
Las puertas abre al monstruo ensangrentado,
Cerrándolas con fuertes aldabones
Al númen patrio, á su deidad hermosa;
Allí compara con su antiguo estado
Límite tan estrecho,
Y al pueblo con horribles convulciones
Provoca á la venganza y al despecho.

Para su culto, gótico edificio
Le erije al punto turba alucinada,
Que infernal rabia agita asoladora:
Los ministros, con torpe maleficio,
Falsos presagios hacen; á la entrada
Del templo está pendiente

La cuchilla fatal, que vengadora
Sirve á inmolar la víctima inocente.

Arde en sus átrios la funesta pira
En que su tea la discordia enciende,
Y en sus oscuras bóvedas resuena
El lúgubre gemido del que espira;
El solo nombre de la patria ofende
Al dios aborrecible,
Y acepta el voto cruel que la condena
Al fuego, al hierro, y á la muerte horrible.

De la morada de los patrios manes
La América entretanto se levanta,
Y de los Andes en la excelsa cumbre,
Atalaya del mundo, los afanes
Ve de sus hijos en la lucha santa:
Ya los mira impacientes
Correr tras la enemiga muchedumbre,
Como rápidos corren sus torrentes.

Hoy le da Jove inaccesible esfera,
Donde á sus piés la nube fulminante
Augusta vé. Registra los imperios
Que abrasa el sol ardiendo en su carrera,
Y se goza en su ejército triunfante.
Magníficos altares,
De un polo al otro, en ambos hemisferios,
Le consagran los pueblos á millares.

A sus bravos campeones ya venciendo
Observa sobre Méjico opulenta;

Ya también en Caracas, del espanto
Del terremoto horrísono volviendo,
Del austro á los tritones ¡cual se cuenta
Su gloria, y cual retumba!
Tres siglos vengan de cadena y llanto
Vueltos los ojos hácia el Val de Otumba.

¿Pero, donde tu nombre es más temido?
¿Donde más la voz patria es voz de trueno
Que del tirano la cerviz humilla?
Ante el muro fatal, ante el ejido
Do al mirarse lanzado de tu seno
Se acogió pavoroso:
En la Banda Oriental tu gloria brilla
Del argentino río caudaloso.

¡Cómo allí tus atletas endurecen
En repetido choque el brazo fuerte!
¡Como fieros circundan la muralla
Que el bronce horrible y el furor guarnecen!
Rodando sale el carro de la muerte
De aquella mansión fiera;
Rechina el eje en la cruel batalla,
Y la patria legión firme lo espera.

Mil veces se levanta del oriente
Iluminando Febo á los mortales:
En lid mira tus fasces, y empeñadas, (1)
Las deja al sepultarse en occidente.

---

(1) En lid mira tus huestes, y empeñadas (La colec. pg. 71).

Días de gloria do sentó sus reales.
Alcanza el argentino:
Del averno las furias invocadas
En vano excecran tu poder divino.

Al plomo silvador, á la estallante
Bomba presentan los heróicos pechos;
Y en los peligros el denuedo crece
De tus guerreros, que ansían el instante
De acabar al contrario, y ver desechos
Sus restos excecrables.
Neptuno ya las iras favorece
Que los dioses hicieron implacables.

Ved como surca la velera nave
El sacro río que abundante baña
El suelo patrio: ved que la guerrera
Turba del pueblo á sus orillas sabe
El éxito esperar, mientras la saña
Valiente Palinuro
Sorprende del hispano en la rivera;
El puerto toca y amenaza el muro.

Vuestra divina paz antes turbada
Paraná augusto y Uruguay famoso,
Fué por el ruído del cañón horrendo.
De nuestras naos que en fuga acelerada
Las del contrario ponen orgulloso.
Vuestras ninfas creían
Que los titanes nueva guerra haciendo
Escalar el Olimpo pretendían

Como rabiosos canes siempre atados
Que insaciable sed y el hambre hostigan,
Así el tirano y pérfidos secuaces
Nuestras fuerzas contemplan irritados:
Los pálidos espectros les fatigan
Y las sangrientas manos
Débiles sueltan el puñal que audaces
Aguzaban verdugos inhumanos.

El ruído cesa del cañón tronante
Que el baluarte corona. Ni á tambores
Del fuerte asilo á la defensa llaman;
Solo un sordo rumor muy semejante
Al del mar en bajíos bramadores,
Se oye del vulgo ciego:
En duro trance los sitiados claman,
Y al cielo ofenden con indigno ruego,

Turban su rabia de la paz destellos
Que empiezan á dorar nuestro horizonte,
En globo ardiente y forma misteriosa
Al alma libertad hoy miran ellos
Sobre la cima del cercano monte;
Las diestras desarmadas
La turba impía vaga pavorosa,
Que sombras mil la acosan irritadas.

Eh, que se acerca ¡sin igual portento!
El altar que á la patria levantaron
Nuestros guerreros con ardiente espada:
Las puertas se abren del maligno asiento

En que Alecto y Meguera se albergaron:
La estatua sanguinosa
Del déspota, á su vista derrocada,
En el vecino mar cayó espantosa.

Salud, caudillos de la patria amparo,
Bravos héroes, salud. El duro cetro
De airado mónstruo quebrantar pudistes
Llenando al orbe vuestro nombre claro.
Antes la fama, que el heróico metro
Con éco resonante
Anuncia al mundo antiguo que vencísteis,
Y Gades tiembla pálido el semblante.

Sagradas sombras que á suprema altura
En alas de la gloria habéis volado,
En premio á uniros al celeste coro,
Nuestros votos oid: ved la ventura
Que vuestra muerte honrosa nos ha dado;
Ved que tanto merece
El inmortal Colón que en llanto adoro,
Y el laurel griego que en su tumba crece.

Á LA VICTORIA DE CHACABUCO *

POR LAS ARMAS DE LAS PROVINCIAS UNIDAS AL MANDO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR BRIGADIER GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN.

ODA

Entre guerra y venganzas,
Muertes y horrores el caudillo ibero,
Entre crueles verdugos y asechanzas
Cual Minotauro fiero,
Con centelleantes ojos asombraba
De Chile el monte, y llano que ocupaba.

Alza la erguida frente
Sobre un trono con sangre salpicado
Mil y mil veces de la indiana gente;
El cetro ya empuñado,
El férreo cetro, agudas las espadas
Cierran ya de su imperio las entradas.

Yo conquisté esta tierra,
A sus sangrietas haces les decía;
Que á esfuerzos del terror y de la guerra
Por tres siglos es mía;
En mis iras conoce el araucano
El rayo de que Jove armó mi mano.

---

* Está en La Lira, pág. 131. Las iniciales con que aparece firmada corresponden á don Esteban de Luca.
Está incluída en la Colección en la pág. 75, y allí aparece firmada por Estevan de Luca.

¿Mi dominio rodeado
De intransitables ásperas montañas
Será del argentino profanado?
¿Mil heroicas hazañas
No os gritan que este suelo subyuguemos,
O que al furor de Alecto lo entreguemos?

Así el tirano clama:
San Martín otro Aníbal más famoso,
A quien celeste ardor el pecho inflama,
Practica ya el fragoso
Camino de los Andes, ya el soldado
Toma ejemplo del jefe denodado.

A un lado mole inmensa
Ve levantarse al cielo, á la otra parte
Un precipicio horrendo, y solo piensa
A fuer de brío y arte
Al término llegar de la angostura;
Pigmeo es la montaña á su bravura.

El enemigo bando
Avistan los campeones impacientes,
Sobre él ya cargan rápidos bajando
Como en gruesos torrentes
Por entre riscos el furioso Guano (1)
Que raudo corre por inmenso llano.

(1) Uno de los varios torrentes de los Andes.

Los montes carvenosos
Retumban con el bélico alarido,
Y el tronar de las armas; espantosos
Dando horrible gemido
Desdes sus hondas lóbregas entrañas
De si arrojan al *león de las Españas.*

Ruge herido del rayo
De las patrias legiones, que aguerridas
En fuga ponen y en mortal desmayo
Sus huestes homicidas;
El paso vencen, y al favor de Marte
Tremolan en el valle su estandarte.

¡O deidad que inflamaste
El sacro ardor el númen del Mantuano!
¡O tú qué en plectro de oro celebraste
El valor sobrehumano
De Hércules vencedor! hoy canta solo
El paso de los Andes, sacro Apolo.

No cantes, no, este día,
La cítara divina resonando,
Del héroe de Cartago la osadía
Los Alpes traspasando:
A un otro Anibal canta, mayor gloria
Da al Nuevo Mundo eterna su memoria.

Más ¡O terrible escena!
Del hispano la armada muchedumbre
Los llanos abandona, cruel se ordena

De nuevo en la alta cumbre
De la vecina y escarpada sierra,
Y el pendón alza dc ominosa guerra.

El oprimido suelo
Mira en fuertes guerreros convertidos
Resonando los cóncavos del cielo
Con el marcial ruido;
Clamor universal oye y se aterra:
¡Venganza, Eponamón (1), venganza y guerra!

El grito heroico alcanza
Al mar del Sud en ásperos acentos
Cual austro embravecido; invicto avanza
San Martín los sangrientos
Rebeldes enemigos; ronco suena
El bélico clarín, el bronce truena.

La lid está trabada
En Chacabuco; del guerrero infante
Se ve la línea en fuegos inflamada;
Su acero fulminante
En la diestra revuelve ya el ginete,
Y en el veloz caballo ya arremete.

La intrépida carrera
Del relinchante bruto, el corvo alfange
Rompen al enemigo que lo espera
En cerrada falange:
Al duro choque retemplaba el suelo
Cual si brotara nuevo Mongibelo.

---

(1) El dios que invocan los Indios de Arauco en sus negocios más graves.

La muerte conducida
Sobre el rodante carro hiere, mata
En ambas huestes, la infelice vida
Del cuerpo la desata;
Los muertos huella, corre sin fatiga,
Que el cuádriga fatal la guerra instiga.

Frente á sus escuadrones
San Martín ya decide la victoria,
Clama, atropella, rinde las legiones;
Cubierto va de gloria
Cual otro Aquiles fuerte, invulnerable,
A las troyanas gentes espantable.

Dos rayos de Mavorte
De la patria constantes defensores,
Soler, O'Higins, cada uno en su cohorte.
Gobierna los furores;
De los fieros Titanes este dia
Triunfara en Chacabuco su osadía.

¡O patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron;
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.

Las sombras irritadas
De Tucapel, Caupolican, Lautaro
Dejaron los patriotas hoy vengadas.

Hoy vuestro nombre caro
Llama al hijo de Arauco que la lanza
Tiñe en sangre española en la matanza.

Del arduo excelso asiento
De los nevados Andes hoy la fama
Tocando el estrellado pavimento,
En los orbes proclama
A vuestros héroes, su eco resonante
Va desde el mar del Sud al mar de Atlante.

¡O paternal gobierno
Que enérgico y prudente protegiste
Tan gigantesca empresa! honor eterno
A la patria le diste:
Tuyo es el regocijo á que se torna,
Y el precioso esplendor con que se adorna.

Vírgenes adorables,
Ninfas del argentino sacro rio,
Cantad también los hechos memorables,
Mientras el llanto mío
Tributo al campeon que en la victoria
Muriendo por la patria nos dá gloria.

LA SECRETARÍA DE ESTADO

EN EL DEPARTAMENTO DE GOBIERNO

AL VENCEDOR DE MAIPO

Buenos Aires.

CANTO *

HIC VIR, HIC EST, TIBI QUEM PROMITTI SOEPIUS AUDIS.

Virg.

Allá en la cumbre de los altos Andes
Sobre región de nieve sempiterna,
Donde más brilla el luminoso Febo,
La América inocente colocada
Domina al orbe; asiento majestuoso
Le dan las cimas de elevados montes.
Hoy es su trono mole tan soberbia,
Que servir pudo en el osado intento
De escalar el Olimpo á los titanes;
Trono que incontrastable simboliza
El que firme sus hijos le han alzado
Sobre la base de justicia santa.
Allá del polvo vil y las cadenas,
En que la hizo gemir el crudo hispano,
La levantaron sus ilustres hijos
En las alas del genio poderoso.

---

* Está en «La Lira», pág. 163; sin firma.
En la Colección, en la pág. 88, está firmada y fechada el año 1818.

Hoy repartido en trenzas su cabello,
Ornado el cuello de nevadas perlas,
Puesto al hombro el carcaj de flechas lleno
De tersa y fina plata fabricadas,
El arco tachonado de diamantes,
Los pies cubiertos con sandalias de oro,
Hija del sol y de tesoros llena,
Como virgen del mundo resplandece
Sobre las tres matronas respetables,
La Africa, la Asia y la ilustrada Europa.
De un polo al otro á descubrir alcanza
La extensión toda de su vasto imperio;
No mira en tanto las cavernas ondas
De sus montañas, los inmensos bosques,
Los torrentes y rios caudalosos,
Que atravesando fértiles llanuras,
Corren á enriquecer el Océano;
Un cuadro más grandioso y más terrible
Su vista ocupa, el solio vacilante
Del monarca español, que enfurecido
Impele al mar las huestes sanguinosas
Con que intenta oprimir el suelo indiano:
En sus semblantes retratados mira
Todo el furor y rabia carnicera
De Pizarro y Cortez...¡Ah! que en su seno
Hondamente gravadas permanecen
Las atroces heridas, que inundaron
De sangre el trono de los dulces incas,
De Montezuma en Mexico opulenta!
Por todas partes á sus dignos hijos

Rompiendo mira el yugo del hispano;
El grito universal de la venganza
Contra tres siglos de opresión indigna,
El ronco son del bélico instrumento,
El horrísono estruendo de las armas,
Que los ecos dilatan y repiten,
El confuso rumor resonar hacen
La bóveda celeste, el patrio suelo
Retumba todo: *Libertad ó muerte.*
El fuego, el hierro, los paternos lares,
Arrasan, yerman... más su vista fijan
Los campos que ilustró con sus victorias
El hijo renombrado de la patria,
Que en los duros trabajos de la guerra
Las belicosas huestes ejercita
Que habrán fama gloriosa de invencibles;
Ve al héroe San Martín, vé á Chacabuco
Donde muy más que invulnerable Achiles
Ató á su carro al español feroce.
No ha escarmentado su ambición insana,
Y otra vez vuelve, y el visir de Lima
Vengarse aun cree de la pasada afrenta.
Desde el alto dosel, que rojo dice
La sangre que inocente lo ha teñido,
Reuniendo á los bárbaros sayones
Que de Hesperia vinieron, les ordena
Surcar en breve el piélago anchuroso,
Y abrasar y destruir el altar santo
En que la dulce patria es adorada.

Del Pacífico mar la espalda oprimen
Preñadas naos de armada soldadesca;
Más ¡ó presagio! el Indo sacerdote
Vé entonces desde el seno de las aguas
Levantarse á los cielos una nube,
De sanguíneo color y vasta mole;
Al sol, que va marchando hacia el ocaso,
Ella se opone cual barrera inmensa.
Pero agitando su diadema de oro,
El la entreabre, la rompe y desvanece,
Y con radiante faz se precipita
En las salobres cristalinas ondas.
Consultado el oráculo declara
Prodigio tal en pro de los indianos.
Del rico Chile ya la playa abordan
Entre salvas y vivas los iberos,
Y el nombre invocan de su rey Fernando,
Como el de un dios, idólatras feroces.
La griega mole en la funesta noche
Que á sangre y fuego pereció el troyano,
No arroja de su vientre gente tanta,
Como cada una de las fuertes naves
Que transportó las huestes enemigas,
La voladora Fama anuncia luego
A San Martín, que crueles invasores
El suelo pisan que en unión juraron
Defender los chilenos y argentinos,
La nueva hace saber á las legiones
Del ejército patrio su caudillo.
«Los tiranos, les dice, ya se acercan,

«Vereis en breve mas tremendo Marte,
«Mayor será la gloria, mas laureles
«En el campo de honor alcanzaremos».

Osorio avanza, el adalid famoso
En quien confía el opresor Pezuela;
Marcha veloz hasta avistar osado
El ejército unido de la patria;
El Maule pasa, y su altivez aumenta.
¡Infundada soberbia! ¡vano orgullo!
Sus corrientes no son cual las del Xanto,
Que rebosando el anchuroso cauce,
Furiosas detuvieron á los griegos,
Cuando iban á sitiar la antigua Troya.
No de muy lejos los patriotas miran
Cubrir el cielo nube polvorosa
Que levantan las huestes del contrario;
Ya escuchan el rumor de los clarines
Con que á explorar se avanzan los ginetes;
Ya San Martín sobre el bridón fogoso
Discurre proclamando á los soldados
Del ejército patrio, y de su pecho
Llevador de trabajos, comunica
El fuego generoso que en él arde;
Ya la jornada militar ordena
En que al contrario observa y lo fatiga
Con amagos marciales repetidos.
Los pacíficos dioses, que presiden
A los valles y fértiles comarcas
Del abundoso Chile, se refugian

Al libre Arauco, al oír que fiero ruge
Herido el león soberbio de Castilla.
El ejército unido y el contrario
Sobre Talca se ven al tiempo mismo
Que el sol va á sepultarse en occidente.
Sucede el negro imperio de la noche;
Cubre toda la tierra; y el caudillo
Vigilante y activo varios planes
Medita en su alta mente; el jefe hispano,
Que las fuerzas conoce de la patria,
Y su arrojo y bravura, desconfía
De su poder furioso y agitado.
Como el redil acecha el lobo hambriento,
Que en tempestuosa noche sed rabiosa
De sangre lo devora y se embravece;
Así se halla el hispano, y en mil iras
Se abrasa por destruir la indiana hueste,
La luna con su giro silencioso
La noche acompañaba, iluminando
Con su argentada llama á los mortales;
Ningun signo fatal, ningun agüero
Pudo anunciar el mal que preparaba
La astucia del ibero á nuestras fuerzas:
A Hécate invoca y á los dioses todos
Que en las nocturnas sombras dan auxilio
Al mortal despechado; bruscamente
El patrio campo ataca; al arma, al arma
Prorrumpen los soldados, y á batirse
Y á defenderse corren; mas en vano
Su impertérrito brío; se confunden

El amigo y contrario, y retirarse
A las aliadas tropas es forzoso.
El bravo San Martín á mil peligros
Se arroja reuniendo á los soldados,
Que se dispersan por distintas rutas.
Como cuando el leopardo se ve herido
Por la turba de diestros cazadores,
Las iras reconcentra, y poderoso
Por los venablos rompe, y se abre paso;
No de otra suerte San Martín valiente
Atropella las haces enemigas,
Y del campo se aleja con los restos
Que la adversa fortuna ha perdonado.
Infatigable siempre, noches, días
Lo ve el pueblo chileno, cual invoca
El nombre de la patria, sus derechos,
Y la gloria, y el brillo de sus armas;
A voces tan sagradas, que en sus labios
Adquieren mayor fuerza, se reune
El ejército aliado, y se rehace.
Del Maypo á las llanuras se dirige,
Y arde en deseos de volver en llanto
Y luto la soberbia del ibero,
Que cual engreído Xerxes se aproxima;
Como plagas fatales sus columnas
Se mueven arrasando las campiñas,
Hasta acercarse rápidas al campo
Del ejército indiano; ya se avanzan,
Ya amagan, se retiran; nuestro jefe
Sobre él resuelto marcha... La sangrienta

Batalla va á empezar: Caliope sacra,
Inspírame propicia digno canto
Con que pueda pintar heroicos hechos.

El horrísono bronce ya retruena,
Y lejos lanza de una y otra parte
La muerte horrible; Marte sanguinoso
Rechinar hace el carro de la guerra.
Al frente San Martín de sus legiones
Da ejemplo de valor, y les ordena
Un terrible silencio, que interrumpe
El estruendo tan solo de las armas.
Unidas marchan las indianas huestes
Contra el hispano, que en horrendo fuego
Inflamando sus líneas las recibe;
Mas el jefe ha ordenado, y nada puede
La carga detener con que se avanzan
A destrozar las fuerzas enemigas.
El valor frío, la constancia asombra
De los patriotas; aun está encerrado
En su mosquete el rayo de la guerra,
Aun no hacen uso del cortante acero,
Apesar de que muchos ya regaron
Con su sangre la tierra, y muertos yacen.
Pero llegó el momento de venganza,
¡¡Homicidas feroces!! Como suelen
Estrellarse las olas montañosas
Del conturbado Océano en los muros
De la soberbia Gades, derribando
Grandes masas; así nuestros campeones

Entre el fuego y el humo acometiendo,
Destrozan, talan, queman, y derriban
Cuanto al impulso fuerte se le opone
De la terrible aguda bayoneta.

De los infantes el sangriento choque
Auxilian los ginetes, arrollando
Las enemigas lanzas; corvo el sable
Fulminan, rompen sólidas columnas,
Que en contra forma la española gente.
Los duros callos del fogoso bruto
La tierra baten, pisan y destruyen
Truncados cuerpos, miembros palpitantes,
La lid está dudosa, se enfurece
Alecto entre millares de guerreros;
La ibérica falange se reune,
Y á cargar vuelve con mas dura saña.
Aquí Balcarce, y Alvarado, y Heras,
Y Quintana sus fuerzas desplegando,
La rechazan al fin, y ocupan fieros
Regado en sangre el campo de batalla.
¡¡Cuánto la patria os debe, héroes invictos,
En tan duro conflicto!! Mas aun resta
Otro y otro combate en que la parca
Ve á torrentes la sangre derramarse.
El aire rompen con silvido horrendo
La balas del contrario, el suelo cubren
Cual lluvia de granizo conducida
En alas del austro embravecido.
En la diestra el acero fulminante

Domina San Martin á la campaña
Cercado de peligros y de muerte;
Dueño de la fortuna y de sí mismo,
Su espíritu guerrero nada turba;
Los ataques dirige, manda estragos,
Como otro Jove que á la densa nube
Reventar hace en rayos formidables.
¡Gracias, ó fiero Marte! ¡Dios terrible!
En tal matanza tu sangrienta mano
La vida respetó del gran caudillo.
Todos los jefes su valor concentran
Para el extremo decisivo impulso
Con que envuelven, y baten y acuchillan
A los fieros hispanos que á la fuga
Se dan ó rinden los soberbios cuellos.
Por todas partes gritos de victoria
De la lid en el campo ya resuenan;
El clamor sube hasta el sagrado Olimpo,
Y se alegran los seres inmortales
Del triunfo de la patria mas glorioso.

La Fama al punto por el aire vaga
Sus alas desplegando, á las naciones
Vuela á anunciar la memorable hazaña
Del fuerte San Martín. Sí, jefe invicto,
Ni leonidas al frente de los bravos
Que á Thermópilas lleva, ni Milciades
Al persa altivo en Marathon venciendo,
Tuvieron el valor, y genio ardiente
Que te inflamaba en la tremenda lucha.

Con tu égide has cubierto poderosa
La patria libertad; tú en adelante
Serás llamado Aníbal argentino
Que enseñaste la senda que conduce
De la inmortalidad al templo augusto:
En columnas de bronce, allá grabados
Los nombres se leerán de los guerreros
Que supiste llevar á la victoria
En los llanos del Maypo; siempre eterna
Será en el continente columbiano
De San Martín la gloria esclarecida.
  Y vosotras, ó sombras inmortales,
Que el fuerte heroico aliento habeis rendido
En el sangriento choque, mas gloriosas
Vais á vivir en los Eliseos campos
Entre los libres de la antigua Athenas:
Mirad de allá que del ejemplo vuestro
Mil y mil combatientes han nacido,
Que libertar la patria firmes juran,
O guerreando en sus ruinas sepultarse.

CANCIÓN *

PARA LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE MÚSICA
DE BUENOS AIRES
EN LAS FIESTAS MAYAS

CORO

De la patria el gran día, argentinos,
Con acentos festivos cantad,
Y creciendo en virtudes, hagamos
Su glorioso renombre inmortal.

Siempre en llanto la América toda
Por tres siglos gemía humillada,
Y en cadenas al carro ligada
Del ilustre ambicioso invasor;
Mas en Mayo el valiente argentino,
De su llanto y dolor penetrado,
Corrió al campo de Marte indignado
A salvarla ó morir con honor.

CORO

Buenos Aires, en Mayo, mil gritos
Levantando de guerra y venganza,
A los pueblos á firme alianza
Concitó con esfuerzo inmortal:

---

* Está en La Colección, pag. 29, firmada y fechada. No está en La Lira.

De su seno partiendo animosa
La falange de libres, aterra
Al tirano en el valle, en la sierra,
Que la espera con saña infernal.

CORO

Buenos Aires el rayo terrible
Fulminó contra el déspota fiero,
Por dos lustros blandiendo el acero
La vió el Sol combatir la opresión:
A su estruendo de guerra los montes
Del Perú ya después resonaron,
Y sus hijos ardientes clamaron:
Libertad, libertad, firme unión.

CORO

Llevó al templo del Sol sus banderas
El valiente guerrero argentino,
Llegó al mar, y cual númen divino,
A mil monstruos osó domeñar:
Y fué en vano que fuego y horrores
Vomitara en su daño el abismo,
Que logró por un nuevo heroísmo
De sus furias por siempre triunfar.

CORO

De cadenas América libre
Fué del mundo asombrado envidiada,
Y á la cumbre de gloria elevada
Del oriente al ocaso brilló:

Que sus hijos con sangre enemiga
Sus antiguas afrentas lavaron,
Y los altos destinos mostraron
Que el Eterno en su frente escribió.

CORO

Premio hallaron las arduas fatigas
De los hijos de América fieles,
Y á la sombra de hermosos laureles
Hoy disfrutan feliz libertad:
En su trono los reyes vacilan
A los cantos de gloria que entonan,
A las voces que al mundo pregonan
De los hombres la santa igualdad.

CORO

Mayo 25 de 1823.

ODA *

AL TRIUNFO DEL VICE-ALMIRANTE LORD COCHRANE SOBRE EL CALLAO, EL 6 DE DICIEMBRE DE 1820.

.... Terribil fos ti Qual tempesta, ó guerrier de flutti tuoi.

Ossian.

¿Qué varón, dime, ó musa, tan terrible,
Tan experto en las lides peligrosas,
Como el ilustre Cochrane, triunfar supo
En los mares de América y Europa
De la saña enemiga
Con vigilia inmortal y árdua fatiga?

¿Quién, como él, en el orbe fué inflamado
De un fuego tan heroico, tan sublime,
Cuando, previendo el porvenir dichoso,
Que el cielo al nuevo mundo preparaba,
Decide en su alta mente
Su esfuerzo unir al de la indiana gente?

Nadie jamás: al invencible Cochran
Enciende, agita, causa sacrosanta:
La libertad de mil generaciones,

* La Colección, pag 137. La Lira, pág. 320.

Que ya sus glorias á cantar empiezan,
Sobre los Kooks y Ansones
Que honor dieron y gloria á los bretones.

Un volcán es su pecho generoso
De virtudes guerreras; no le es dado
Más tiempo resistir, y despreciando
Los palacios y torres eminentes,
Que la Europa pregona,
Al furor de las ondas se abandona.

Luchando con los vientos borrascosos,
De la soberbia Albion, del patrio suelo
Con ánimo esforzado se retira
Para vengar a los hijos de Colombia
Del duro cautiverio,
Con que oprime la España su hemisferio.

Vuelta la faz al septentrión helado,
De las brillantes Osas se despide,
Y tendiendo al Antártico la diestra,
Como en acción de señalar las tumbas
Del Inca virtuoso,
A sus manes promete dar reposo.

¡Oh padre de los vientos, favorable
Encadena á los fieros aquilones,
Mientras navega por los altos mares
El ínclito Bretón, que ya traspasa
El Ecuador ardiente
En demanda del Indo continente!

Y vosotras, ¡oh estrellas refulgentes!
Acompañadle en su gloriosa empresa,
Que hoy más que nunca observa vuestro brillo
Hasta llegar al puerto suspirado;
Pues un fugaz momento
Un siglo vale para su alto intento.

Mas ¡oh ventura! ya á engolfarse empieza
En los mares del Sud, las altas cimas
De montes gigantescos descubriendo.
Fama es que los Tritones á su arribo
La nave circundaron,
Y á todas las riberas lo anunciaron.

El pueblo entonces del heroico Chile,
Que juró guerra eterna á los tiranos,
Al puerto corre, y entre alegres vivas
Liberal lo recibe; ya su nombre
A todo pecho inflama,
Y el genio su heroismo ya proclama.

Temblad, temblad, sangrientos opresores,
Que dominais en la opulenta Lima;
Temblad, temblad, de los terribles golpes,
Que ha de lanzaros la indomable diestra
De Cochran invencible;
Temblad, temblad en vuestro asiento horrible.

No lo quiero pintar cuando destroza,
Y hunde en los mares el bajel guerrero,
Con que el hispano su valor insulta:

No visitando intrépido las costas,
Que el Pacífico baña,
Con terror y vergüenza de la España.

No como en el Callao desde el alcázar
Fulmina nuevos aterrantes rayos, (1)
Rayos de las materias inflamadas
Que allá en su abismo encierran los volcanes,
Y son al enemigo
Un presagio fatal de su castigo.

Si me asistiera el magestuoso acento
De Píndaro sublime, si al Olimpo
Yo me elevase en vuelo arrebatado,
No bastara á pintar el nuevo arrojo,
Que ahora Cochran medita,
Y á riesgos mil y mil lo precipita.

Al medio de la noche, al sordo ruido
Con que baten las olas espumosas
El flanco de la nave, se dirije
A forzar en su puerto al enemigo,
Que no espera confiado
Ataque recibir tan denodado.

A los primeros golpes se resiste
La altiva nave (2) que combate Cochran;
Crece el clamor de la marina gente,

(1) Los cohetes incendiarios.
(2) La fragata de guerra Esmeralda.

El silencio terrible se interrumpe,
Y responden entonces
Del gran baluarte los tremendos bronces.

Retumba lejos en los hondos mares
El formidable estruendo; por momentos
Se ilumina la atmósfera y se inflama,
Cruzando con brillar interrumpido
Los globos de la muerte,
Que España arroja del castillo fuerte.

¡Oh teatro á un tiempo de pavor y gloria!
Igual era tu aspecto al que presenta
El Etna mugidor en noche obscura,
Cuando vomita un mar de ardiente lava,
Y al bramar de su seno,
El rayo siguen y espantoso trueno.

En medio Cochrane del horror y estrago
Ejemplo es del soldado y marinero,
Que ya claman ¡victoria!.. de un mosquete
El mortífero plomo despedido,
Silvando á herirlo viene;
Mas su glorioso triunfo no detiene.

Su sangre ve correr y al punto exclama,
Recibe, oh gran Colombia, este tributo,
Que á tu sagrada libertad consagro;
Y rinde en tanto la alterosa nave,
En que funda el hispano
Su naval fuerza con orgullo insano.

Tú entonces, jefe ilustre, allí la sombra
Terrible viste del invicto Nelson,
Que en el duro combate te animaba
Con su inmortal ejemplo; tú excediste
Las glorias de aquel día,
En que humilló de España la osadía.

Al frente del Callao la nueva aurora
Te vé mostrar el triunfo, que arrancaste
Del centro del poder á los tiranos:
La fama vuela hasta el visir de Lima,
Que en su dosel erguido
La santa humanidad tiene en olvido.

Se turba y oye, pálido el semblante,
La nueva que sus próceres le cuentan:
Es en vano el despecho y rabia ciega,
Con que invoca á las furias infernales;
Que el Dios del mar potente
Hoy á Cochrane ha dado su tridente.

Salve mil veces, célebre caudillo,
Que el Pacífico surcas, tremolando
En triunfo el pabellón que te confía
El estado chileno: tus hazañas
Dan hoy gloria y consuelo
Al peruano oprimido, al patrio suelo.

Tú á los altos designios consagrado
Del bravo O'Higgins y San Martín invicto
El mar del Sud dominas; tú aseguras

Un nuevo astro de paz á las naciones,
Y un templo á tu memoria,
Donde por siempre brillará tu gloria.

A LA LIBERTAD DE LIMA

POR LAS ARMAS DE LA PATRIA AL MANDO DEL GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTÍN

CANTO LÍRICO *

No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insanos,
A doquier el terror, el llanto, el duelo,
La viudez y horfandad: en vano el trono
Ven con ardiente celo
Guardar á los ministros de su furia;
En vano fieros desde el alto asiento
Desu injusto poder miran los males
De pueblos oprimidos y obedientes
Por largo espacio al ímpetu violento
De su cruel ambición; ya las señales
De su ruina y oprobio están presentes:
Llega por fin el dia, en que hasta el polvo
Su soberbia humillada
Será de las naciones execrada.

---

* La colección pag. 144.—La Lira pág. 381.

Así el poder de Jerjes orgulloso,
Así el dominio del feroz Atila,
Tan solo en la memoria
Duran hoy de los hombres, y es su gloria
Del orbe aborrecida: ya pasaron:
Cual plagas espantosas, y á la tierra
Solo largos recuerdos le dejaron
De incendios, muerte, asolación y guerra.

Asi, ó España, vimos
Caer aquel vasto y gótico edificio
Que á su infausta ambición, sobre las ruinas
De dos ricos imperios, levantaste
En el nuevo hemisferio: al torpe vicio,
Al sórdido interés abandonada,
Fuiste esclava á tu vez, también probaste
En justa pena de tu horrendo crimen
El duro yugo que la ardiente espada
De Napoleón te impuso. Entonces gimen
Tus hijos degradados, los que fieros
A Colombia destrozan y la oprimen.

Cuando allá de los altos Pirineos
Hasta el soberbio muro gaditano
Los brillantes trofeos
Las águilas francesas anunciaban
Del César más altivo, heroicos gritos
Por todo el nuevo mundo resonaban
Contra la antigua España y sus decretos,
Que del colono con la sangre escritos,
A eterna esclavitud lo condenaban.

Diez años á los hijos de Colombia
Sobre los montes y tendidos llanos
Vió el sol entre fatiga,
Y muerte y destrucción, la horrenda liga
Combatir de los bárbaros tiranos,
Invocar de la patria el santo nombre,
Y constantes y fieles
Su vida consagrarle y sus laureles.

Más súbito, al estruendo formidable
Y confuso clamor, alto silencio
Se sigue, comparable
Al que vemos reinar en el oceano,
Cuando ya cesa el aquilón furioso
De agitarlo y bramar; cuando sus aguas
Blandamente del céfiro movidas,
Calma dan y reposo
A las almas de espanto confundidas;
Silencio majestuoso,
Que á la opulenta Lima ya cercano,
San Martín interrumpe cuando clama,
¡ Independencia al suelo americano !

Oye el atroz tirano
Este augusto decreto del Eterno
Con profundo terror: el negro averno
Abierto vé á sus pies, cual otras veces
Al oír la voz del trueno retumbante
Que le acusa de crímenes horrendos,
¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante

A la gran capital, donde reinaba
El sangriento poder, la vil codicia,
Que á ejemplo de Pizarro, devoraba
Al visir orgulloso;
Aquí los fieros déspotas, viviendo
Tres siglos en deleite escandaloso,
La miserable suerte
Del colono un momento no aliviaron,
Y á servidumbre y muerte,
Gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la patria
Marcha la Libertad, hermosa brilla
Y augusta la Razón; glorioso dia!
Ya disipan sus rayos luminosos
La noche del error que antes cubría
Con un velo fatal los espantosos
Designios del tirano:
Ya en toda Lima el himno soberano
De Libertad resuena;
Ya rota la cadena
De amarga esclavitud, canta las glorias
Del grande Capitan; ya los clamores
De un pueblo agradecido las victorias
Publican de los libres:
¡Libertad! ¡Libertad! sublime acento
Que lleva el eco desde el hondo valle
A los montes mas altos y fragosos,
Y repiten los mares procelosos.

Oh ilustre pueblo! en el más fuerte asilo
De antiguos opresores, circundando
De bárbaros sayones,
Valorar la virtud aun no te es dado
Del fuerte de los fuertes, del gran genio,
Que al frente de guerreros escuadrones,
De audaces poderosos enemigos
Venció la rabia insana:
Tú, que á la dulce libertad hoy naces,
Aun no puedes saber de cuanto lustre
Ha colmado á la gente americana:
En tu dicha inefable y suspirada
Pregúntalo á los pueblos, que del yugo
Libertó de opresión su heroica espada;
Oye los claros hechos,
Que del héroe pregonan
Los pueblos libres en sagrada alianza,
Y une á los cantos, que á su gloria entonan
El debido tributo de alabanza.

San Martín animado
De celestial impulso, en el gran libro
Leyó de los destinos, que Colombia
Largo tiempo oprimida
Por la ambición mas bárbara y funesta,
Cobrando nueva vida,
Rompiendo sus prisiones,
Alzarse debe libre, independiente
De la soberbia España,
Y triunfadora de su cruda saña

Bella y rica mostrarse á las naciones.
El intrépido jefe los peligros
Contempla y las distancias,
Que ha de arrostrar en la gloriosa empresa:
Ora al tirano vé, que armado en muerte,
Un momento no cesa
De oprimir obstinado, y á la suerte
De la patria oponerse venturosa;
En el carro tremendo
Ora lo vé en la lucha sanguinosa,
Y entre el horror de muertes mil cayendo
Vé al generoso indiano: más es justa
La causa que al caudillo el pecho inflama;
Sí, de los cielos la justicia augusta
Ordena combatir; pronto la sangre
Se verterá á torrentes,
Y caudalosos rios por tributo
La llevarán al mar en sus corrientes.

El sagrado entusiasmo en tanto crece
Del fuerte San Martín, que se imagina
El cuadro portentoso
De las generaciones venturosas,
Que á tanto precio poblarán un dia
Comarcas numerosas
En el indiano suelo:
Rasgando el denso velo
Del árduo porvenir, al firmamento
Alza los ojos y al eterno implora
En favor de la patria, á quien su aliento

Generoso consagra. Arrebatado
De tan alto pensar, allá en la cima
De los Andes que el sol eterno dora,
Vé á Colombia sentada; ella lo anima
Con expresivo maternal acento
A ejecutar, como hijo denodado,
Los planes que medita:
Ella le muestra su fecundo seno
Herido y destrozado
Por el rayo y el trueno,
Por la sangrienta guerra que lo agita;
Ella el camino de la excelsa gloria,
La senda hermosa del honor señala
Al jefe ilustre, que vengarla debe
Con eterna victoria
De su tormento á que ninguno iguala.

Portento tal de San Martín inflama
El pecho fiel, su brazo fortifica:
En la diestra el acero fulminante
El bélico furor ya comunica
A la hueste que en Cuyo preparara
Al estruendo y estragos de la guerra.
Fué entonces débil muro
A la gigante empresa que formara,
La alta y nevada sierra:
En asilo seguro,
Al otro lado de la mole inmensa,
Se creyó largo tiempo el vil tirano,
Cuando repente con asombro escucha,

El sonoro clarín del bravo indiano,
Cuando con ojos aterrados mira,
Que San Martín á la tremenda lucha
Descendía con fuertes batallones,
De la fragosa altura al fértil llano,
De libertad alzando los pendones.

¿Quién podrá retratar los movimientos
De gloria y alto, honor, que lo agitaban,
Allá en la cumbre de soberbios montes
Del éter puro en la región sublime?
¿Quién logrará los altos pensamientos
Dignamente cantar, que lo elevaban
Sobre la esfera entonces
De las pasiones viles, que obscurecen
La mente del común de los mortales?
A designios tan nobles, tan augustos
Los acentos de Clío desfallecen;
Para ejemplo y asombro los anales
Del mundo lo dirán: no fué de Anibal
Tan heróico el aliento,
Cuando el consejo y fuerza del Romano
Allá sobre los Alpes contemplaba.
Y eterno monumento
En Cannas á su gloria levantaba.

Asi fué, que, cual rayō desprendido
Del alto cielo en tempestad sonora,
Destruyó en Chacabuco el yugo infame
Que al chileno oprimía;

Despues en Maipo en más tremendo dia,
A esfuerzos de valor y de constancia,
A la patria salvó, dobló la afrenta,
Y humilló la arrogancia
Del opresor sangriento, que tornaba
Mas fiero y confiado
En huestes numerosas que mandaba,
Entonces San Martín un nuevo Estado
Dió á la sagrada causa: en premio entonces
El vió cuanto brillaba
Su heroísmo á la faz de las naciones;
El oyó resonar su claro nombre
En las dulces canciones,
En los cantos heroicos, que los hijos
De Apolo consagraban inspirados
A sus grandes hazañas; todos vimos,
Que los dardos cntonces disparados
Por la rabiosa envidia contra el héroe,
En su escudo luciente, impenetrable
Volaban á romperse: así admirable
Respondió San Martín á la esperanza,
Que un dia en él fundaron
Buenos Aires y Chile,
Cuando sus uobles armas le confiaron.

Mas aun no era bastante
A su grande alma el español orgullo,
En Chile por dos veces humillado:
Aqui tan solo ejecutaba parte
De los planes profundos que en su mente

Continuo revolvía: nuevo Marte
Debe ser y llevar rápidamente,
Mas allá de los montes,
Mas allá de los mares
Las armas de la patria: consumada
Así la libertad, así la gloria
De Colombia verá; su fuerte espada
Aun debe fulminar, hasta que en Lima
Se vea entrar triunfante
El altar de la patria; aun es forzoso
El sólio derribar, que allí arrogante
En triste aciago dia
Por tres siglos alzó la tiranía.

El jefe ilustre del heróico Chile
De San Martín la empresa favorece;
¡Cuanto se inflama el atrevido genio!
¡Cual su entusiasmo crece,
Al llegar á las playas arenosas
Del Pacífico mar! Oír le parece,
Al ruido de las olas espumosas,
Las plegarias fervientes
Del Perú, de sus pueblos numerosos,
Que contra los tiranos inclementes,
Auxilio les demandan animosos:
Esperad, esperad, gente peruana;
Favorables los vientos
Impelen ya las naves atrevidas,
Que os llevarán la hueste americana
Ellas van conducidas

Por el nuevo argonauta, el grande Cochran,
Que triunfa de los fieros elementos,
Y en tus costas humilla
El pendón ominoso de Castilla.

¡Cuánto furor enciende á los tiranos
Al éco de la Fama, que publica,
Que á su imperio los hijos belicosos
Abordan de la patria! A los prestigios
Del fanatismo odiosos,
Y á las armas acuden: asombrados
Huyen sus ojos del profundo abismo
Donde caerán por siempre sepultados.

¡Cuanta sangre y sudor, cuanta fatiga
Os esperan, soldados de la patria,
Antes que en el Perú logréis dichosos
Arrancar el laurel de la victoria!
En medio de verdugos espantosos,
Aún el visir de Lima
Eterno cree su imperio,
Aún os condena á eterno cautiverio,
Aún los brazos armados por su furia,
Impele en vuestro daño á los combates;
Mas una vez y mil en vuestro aliento
Encuentra oprobio, ruina y escarmiento.
Tened vuestro furor, crueles tiranos;
Muchas veces la tierra
Se estremeció con el horror y espanto
De asoladora guerra

Que movisteis á pueblos, que del hombre
Los sagrados derechos invocaban;
Mas de vuestra crueldad ellos triunfaban,
Y sobre vuestras ruinas muerte ó gloria
A la *divina libertad* juraban.

Decid, oh Grecia, oh Roma,
Oh Helvecia, y tú, oh Boston, en la árdua empresa
De vuestra libertad, cuantos furores
Tuvísteis que arrostrar; decid las plagas,
Las muertes, los horrores,
Que en medio de vosotros arrojaron
Los déspotas feroces; mas con gloria
De tanto mal triunfaron
Vuestro valor y sin igual constancia.
Oh Colombia inocente,
También oponen pechos de diamante
Tus hijos esta vez al gran torrente
De la devastación: ¡felice día!
Hoy un muro de bronce han levantado
Entre ellos y la horrenda tiranía.

Vano es que en el Lima el oro con el fraude
Hoy prodigue la raza de tiranos
A mercenarios viles; los valientes
De la patria se acercan,
Y con rayos ardientes
Las falanges combaten y destrozan
Del bárbaro opresor; solo en la fuga
Busca ya su salud, abandonando

A la gran capital: más ¡ay! primero
Con despecho nefando
Sus fueros más sagrados atropella,
Le arranca sus tesoros, y cargado
De crímenes horrendos, á los montes
Corre precipitado
A ocultar su ignominia; ya el soldado,
Que desmaya infeliz en su carrera
Con saña nunca vista, la mas fiera,
Por el hispano jefe es inmolado!
Como la densa nube,
Que amaga destrucción, es impelida
Al remoto horizonte por el viento,
Así de espanto herida,
Para eterno escarmiento,
Huye la hueste sanguinosa, y deja
De su ambición el poderoso asiento.

¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres
Del orgullo europeo convertidas
En polvo caen, y el ídolo sangriento
Del fanatismo horrible: ya el palacio
Ocupa San Martín donde las leyes
De sangre se dictaron: largo espacio
Allí adoróse la soberbia imagen
De los hispanos reyes;
Más hora en Lima el pérfido tirano
No encuentra algún asilo á su vergüenza;
Hoy muere su esperanza,
Pues no puede surcar el Océano,

Y allá en Europa concitar la saña,
Cual en un tiempo, de la fiera España.

Salve, genios ilustres (1), que inflamados
A la luz de la gran filosofía,
Pudísteis anunciar del Nuevo Mundo
La libertad á todas las naciones:
Sale una vez y mil, sabios varones;
Ved ya, para consuelo, realizada
La teoría del bien, que al hombre un día
Le fué en vuestros escritos revelada.
Cuando la espesa nube del misterio
En larga noche, tenebrosa y fria
Los pueblos infelices conservaba;
Cuando la España con pesado cetro
De América los brillos eclipsaba,
Vuestro sagrado acento
Fué una luz celestial, fué luz divina,
Que al mísero colono dió el aliento,
Con que después rompiera
El yugo abominable, que tres siglos
En oprobio del hombre le oprimiera.
Vuestros nombres el mundo agradecido
Jamás olvidará. Ved ya destruído
Para siempre el contrato, (2)
Que en ruína de los incas celebraron

(1) Montesquieu. Raynal, Filangieri y otros filosofos amantes de la humanidad. También merece la mayor consideración á los americanos Mr. De Prad, por sus escritos en favor de su libertad.

(2) Francisco Pizarro, Diego de Almagro, y Fernando de Luque se asociaron para emprender la conquista del Perú.

La vil codicia y ambición sangrienta:
Aquel contrato horrendo,
Que selló el fanatismo (1), y aún lamenta
La triste humanidad: ella aún gimiendo
Nos recuerda, que un día fué insultado
El Dios de paz en sacrificio augusto
Por tres hombres feroces invocado.

Cese, pues, gran Colombia,
El compasivo llanto, que derramas
Sobre las tumbas de tus caros hijos,
Que vibrando su espada,
Del septentrión al sud por tí murieron;
Tus ojos, largo tiempo encadenada,
Harto llanto vertieron;
Hoy libre de opresión, en ellos brille,
La más dulce alegría;
Los himnos oye, con que te saludan
De un polo al otro polo tus guerreros
En tan dichoso día.
Ved como, vencedores del tirano,
Levantan á porfía
Altares á tu nombre soberano.
A tí, patria querida, han consagrado
El código sublime
De nuevas sabias leyes, que han formado:
Ellas fruto sagrado

---

(1) Luque consagró públicamente una hostia, consumió parte de ella, y el resto lo repartió entre sus asociados, jurando los tres por la sangre de Dios no perdonar, para enriquecerse la vida del hombre.

Son de virtud y sangre generosa,
Con que la faz de tu hemisferio hermosa
En lides mil y mil enrojecieron,
Cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
Crecerá majestuoso
De libertad el árbol sacrosanto;
Sobre los montes alzará su frente,
Y sus ramas pomposas
Cubrirán el más vasto continente.
Sí, que el día ha llegado,
En que el antiguo déspota humillado,
En su rabia inhumana,
Los hombres todos de diversos climas
Den aumento á la gente americana.

Ya tus altos destinos
Se pronuncian, oh patria, en los consejos
De tus sábios varones:
Tus fieles hijos todas las regiones
Pueden ya visitar; no, no está lejos
El día en que los libres de occidente
Que habitan en tu imperio,
Lleven al Indo y Ganges caudalosos,
Sus frutos y tesoros más preciosos.
Por más breve, más próspero camino
Sus naves llegarán al golfo indiano,
No como el lusitano, (1)

(1) Vasco de Gama fué el primero, que en demanda de las Indias Orientales dobló el cabo de las Tormentas, hoy llamado de Buena Esperanza.

Cuando en el Tormentorio navegaba,
Y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos,
Tanta dicha estorbar, que el cielo envía
A la angustiada tierra:
Ni la superstición, ni el fiero orgullo,
Que en vuestros pechos de crueldad se encierra
Renovarán nuestros pasados males.
¡¡Feliz posteridad!! De vuestros bienes
Hoy nos dá la razón claras señales;
¡Mi mente, al contemplaros, cual se agita
En un furor divino!
Yo veo del alcázar del destino
Súbito abrirse las ferradas puertas,
Y allí en letras de fuego escrita leo
Vuestra dicha futura.
No, no es grata ilusión, vano deseo;
Que fiel me lo asegura
La sagrada *opinión* que al Nuevo Mundo,
Al orbe, á todos clama:
Libertad, libertad, faera tiranos,
Que toda esclavitud al hombre infama.
¡¡¡Época memorable!!! Ya los pueblos,
Que tan altos acentos hoy escuchan,
Como las olas de la mar se agitan,
El carro de la guerra precipitan
Contra el cruel despotismo, y fieros luchan.

ndias
Espe-

Y tú, España, que largo tiempo esclava
Del poder más fanático y sangriento,
Con sangre y fanatismo esclavizaste
Al Nuevo Mundo, empieza ya á ser justa.
Si es verdad, que respiras hoy el aura
De libertad augusta,
De esta eterna deidad, que el Orbe adora,
No quieras por más tiempo ser señora,
De Colombia inocente;
Reconócela libre, independiente
Del trono de tus reyes.
Si hoy al fin olvidada
De tus sangrientas leyes
Aceptares la paz, que te ofrecemos,
Con fervor sacro, y en un mismo idioma
La libertad del mundo cantaremos,

¿Pero qué monumento, oh gran Colombia,
Consagrarte debemos,
Cuando á la faz de todas las naciones
Libre, joven y hermosa te presentas?
¿Donde el sublime artífice hallaremos,
Que en su obra muestre cuanto bella ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
De Egipto las pirámides enormes,
Los grandes obeliscos consagrados
Hasta ahora al fanatismo y al orgullo?
No, que tus fuertes hijos inflamados
Del entusiasmo ardiente,
Te alzarán al Olimpo,

De un modo más grandioso y permanente
Que el griego y el romano,
Cuando con mano experta y atrevida
A mármoles y bronces dieron vida.

Tu prole venturosa
Subirá á la alta cima
De los nevados Andes; allí el genio
Inflamará su audacia hasta que imprima
Gigante humana forma y asombrosa
Al mayor de los montes; en la estatua
De la divina libertad la tierra
Lo verá convertido;
Estatua que resista al gran torrente,
De los siglos, y triunfe del olvido;
Estatua colosal, nuevo portento,
Que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes,
Que osados dejan los paternos lares,
Así los fatigados caminantes,
Al ver de un horizonte más lejano,
Tan alto monumento,
Saludarán con alma reverente
A la deidad, al númen soberano,
Que por siempre será de gente en gente
Invocado en el mundo americano.

AL PUEBLO DE BUENOS AIRES *

ODA

Ya un día, para ejemplo
De los que intenten subyugar al hombre,
El grito heroico alzamos
De libertad; á tan sagrado nombre
Por dos lustros la espada fulminamos
Contra la usurpación y tiranía
De tres siglos de horror. ¿Quién de nosotros
No corrió á combatir, al fuerte acento
De la patria oprimida? ¿Quién la sangre
De ira y honor hirviendo no sentía,
Al ver flotando majestuoso al viento
El estandarte patrio? Entonces fueron
La humillación, y espanto, y agonía
Del bárbaro opresor; la gloria entonces
Los heroes patrios de su esfuerzo vieron
Entre el rayo y el trueno de los bronces,
En los rios de sangre que vertieron.
Largo tiempo Belona nuestros campos
Y en su carro Mavorte recorrieron,
Y de América el triunfo hasta los mares
Los llanos y los montes repitieron.

---

* La Abeja Argentina, núm. 10. La Colección pág. 185. La Lira pág. 434.

El sacro Dios del argentino rio,
Sus deliciosas grutas olvidando,
En la fértil orilla se mostraba,
Y con voz majestuosa
Los cantos de victoria acompañaba,
Que en coros numerosos
En tiempo tan heroicos entonamos,
Mas ¡ay! vino el momento
Fatal en que escuchamos
Los gritos engañosos
De la discordia horrible, y olvidamos
Tanta prez y alto honor; en nuestros pechos
Derramó su ponzoña el monstruo infando,
Y rotos y deshechos
Los vínculos sagrados
De unión y de amistad, abandonados
De todo númen tutelar nos vimos.
¡Oh Dios! La civil guerra
Yá yá la destrucción amenazaba
Del pueblo á quien no pudo
Ni una vez amedrar la antigua España
Con su cruel fanatismo y fiera saña.

Hoy que el génio del bien al fin triunfante
Arrojó al negro abismo
Al error ciego y ambición sangrienta;
Hoy que la Paz divina en nuestro oriente
La bienhechora oliva nos presenta,
Sobre las aguas la serena frente
Vuelve á mostrar el Paraná sagrado,

Y así nos habla en tono no escuchado,
Que el alma eleva y el corazón alienta:
¡Hijos de la victoria! ¡Prole hermosa!
Se verá en vuestro suelo un nuevo imperio
Muy más durable, de mayor grandeza,
Que el de Tiro y Cartago,
Si el lujo abandonais, que fatal mengua,
Y perdición y estrago
Fué de grandes ciudades,
Haciendo que su ruina
Pase en terrible ejemplo á las edades.
Huid de los altos y dorados techos
Donde el ocioso sibaríta rie;
Dó, cual pavon con su vistosa pluma,
Con su infausta opulencia así se engríe;
Del mundo y de sus leyes olvidado,
No escuchará jamás el triste acento
De la viuda infeliz que á sus umbrales
Le demande mil veces el sustento.

Cual funesto contagio,
Que en la mísera zona en que domina,
En veneno convierte
El aire puro y agua cristalina,
Cebándose la muerte
Bajo el influjo de maligna estrella;
En el niño, el anciano y la doncella,
Tal siempre los placeres,
Por el lujo abortados, destruyeron
A pueblos numerosos

En virtud y poder antes famosos:
Tal por el lujo corruptor fué presa
La antigua Roma del poder del godo,
La cuna de los Fabios y Camilos,
La que leyes dictaba al orbe todo.

La hermosa Buenos Aires, destinada
A dar un alto ejemplo
De justicia y poder, á abrir el templo
Del honor en su seno, atribulada
Se verá confundida, si sus hijos
El juramento olvidan,
Qne á la virtud hicieron
El dia en que emprendieron
Dar á la patria libertad y gloria;
Se olvidan que debieron
Al denuedo y trabajo la victoria.
Cierta será la ruina
De la gran capital, cuando adorada
Por la prole argentina
Llegue á verse la pompa del oriente;
Cuando en hora fatal abandonada
Al ócio muelle y femenil halago,
En engañosa paz duerma imprudente.
Empezará su estrago
El dia en que asaltare la codicia
Sus pechos generosos. ¡Ay! entonces
El trono ocuparán de la justicia
La doblez, el engaño y la malicia.

¡O fuertes argentinos!
Tanto mal evitad, abandonando
La ciudad populosa, dó mil plagas
Se están en vuestro daño preparando:
A los campos corred, que hasta hoy desiertos
Por la mano del hombre están clamando:
Volad desde las playas arenosas,
Que bañan mis corrientes,
Hasta dó marcha á sepultarse Febo;
Y ocupad en trabajos inocentes
El tiempo fugitivo, que insensible
De continuo os arrastra
Hacia la margen del sepulcro horrible,

Una fértil y vastísima llanura
Allá destina el cielo
A vuestro bien y sin igual ventura.
Como en los anchos mares,
Se espaciará por ella vuestra vista,
Y vuestros patrios lares
Un inmenso horizonte
Abarcarán hasta el lejano punto
En que se eleva el escarpado monte.
Con pasto saludable y abundoso
Vereis allí cual crece
La raza del caballo generoso,
Que libre pase por inmensos prados,
Y aunque al diestro ginete aun no obedece,
En ligereza y brio no cediera
A los que en Grecia un tiempo

Vencieron en la olímpica carrera:
Vereis la oveja que en tributo ofrece
Al pastor industrioso los vellones,
Que defienden al hombre
De los rigores del invierno helado;
Vereis en paz dichosa propagado
El útil animal, que de la tierra
Rompiendo el seno con el corvo arado,
Vuestro inocente afan deja premiado.

La benéfica Céres, siempre atenta
Del labrador honrado á las fatigas,
De doradas espigas,
Los campos cubrirá, que veis ahora
Del espinoso cardo solo llenos.
En dias envidiables y serenos
La sazonada mies, las esperanzas
A colmar bastará de nuevas gentes,
Robustas, inocentes
Darán pasmo á la tierra:
En libertad ilustres fundadores
Vais á ser de mil pueblos venturosos,
Mucho más numerosos,
Que los astros brillantes,
De que se ve sembrada
La esfera de los cielos dilatada.

No vereis en los campos la grandeza,
Y el brillo del ocioso cortesano,
Que por los atrios y las anchas plazas

Corre agitado de un furor insano:
No vereis las carrozas de oro y plata
Con exquisito gusto guarnecidas,
Y en ellas ostentando gentileza
La beldad, el orgullo y la pereza;
Ni á su correr violento
Sentireis cual retiembla el pavimento;
Ni en tanto ruido y vanos esplendores
Sentireis la algazara
De una plebe indigente y caprichosa,
Tras la sombra del bien corriendo avára.

Pero en cambio os espera,
Libres de odio, y rencor, en cada día
Una escena más grata y majestuosa,
Cuando dejando el perezoso lecho,
Tranquilos observeis la paz hermosa
Del sol, que se alza ya por el oriente;
Cuando oigais de las aves la armonía
Con que al astro naciente
Saludan con mil trinos á porfia,
Cuando aspireis gozosos
El aura matinal llena de vida,
Y la yerba mullida
Una alfombra os presenta de esmeralda
Con las perlas del alba enriquecida.

Esos feraces llanos,
Que el cielo os concedió, serán cubiertos
Después por vuestras manos

De mil bosques sombrios silenciosos.
Al par de vuestros hijos
Crecerán los frondosos
Arboles corpulentos,
Que con su sombra amiga
Suave frescor os dén, cuando sus rayos
Lanzando Febo, al orbe más fatiga.
¡Cuán misterioso asilo
En ellos hallarán vuestros amores!
¡Qué envidiable y tranquilo
Será vuestro vivir! ¡Cuán inocentes
Serán de vuestros pechos los ardores!
En ellos sentireis en dulce calma
Vuestro ser inundado, y elevarse
Al Dios de todo bien allí vuestra alma.
Tiempo vendrá que en ellos
Vuestros sabios filósofos contemplen
En silencio las leyes
De la naturaleza, ó de la Europa
El poder y el orgullo de sus leyes.

En los remotos climas
Del septentrion resonará la Fama
De todos vuestros bienes no gozados;
Y los míseros pueblos, que las aguas
Beben del Volga y del Danubio helados,
Se arrojarán al mar, buscando asilo
En vuestro patrio suelo,
Donde benigno el cielo,
La abundancia vertió con larga mano;
Donde por siempre rie

La gran naturaleza,
Poderosa venciendo
Del invierno zañudo la aspereza.

Dichosos no vereis vuestros ganados
Por el león rugiente y voraz lobo
Por el tigre alevoso devorados;
Ni será que la sierpe punzoñosa
Clave el agudo diente
Al labrador, cuando la mies sabrosa
Segando diligente,
En copioso sudor baña su frente;
El soldado cruel, acostumbrado
A llevar de los llanos á las sierras
Los estragos de Marte ensangrentado,
No asolará las tierras,
Que hubieren vuestras manos cultivado.
Sin temer de la guerra la inclemencia,
En paz las gozareis; y vuestros hijos
Las gozarán también en rica herencia.
Eternos vuestros bienes
Serán, como el imperio afortunado
De la razón divina,
Que hoy al hombre ilumina
Con lumbre bienhechora
Del septentrion al sud, desde occidente
A los floridos reinos de la aurora.

Los frutos abundantes,
Que os brindarán terrenos dilatados,

Serán luego cambiados
Por la industria de pueblos comerciantes,
El honrado alemán, el culto galo,
El britano, señor hoy de los mares,
Mayor actividad y movimiento
Darán á los telares,
De que pende el sustento
De la Europa aflijida,
Tras la guerra espantosa,
Por la plaga de fiebre contagiosa,
Y en tumba de sus hijos convertida.

Así la humanidad de gozo llena
Logrará ver, después de siglos tantos
De muertes y de llantos,
La grande y nueva escena
De mil pueblos distantes
Por el piélago inmenso divididos,
Trabajando constantes
Para su mútuo bien; verá el portento,
Sin que baste á impedirlo el mar profundo,
De un mundo unido en paz á un otro mundo.

Más en pós de los dones
Del activo europeo aun no es dado
Mis aguas traspasar, y el mar de Atlante
Surcar con pecho duro y arrojado.
Dejad para el avaro mercadante
El afrontar las ondas enemigas,
Y en mis riberas demandar los frutos

Que alcancen vuestras útiles fatigas.
Aun del tiempo presente
Está distante, aquel, en que la vida
Fieis á una frágil nave.
Por el terrible océano combatida.

Ante vuestro destino
Irrevocable os llama
A invocar en el campo los favores
De la fecunda Céres,
Y del sencillo Dios de los pastores.
Serán vuestros trabajos y placeres
Por largo tiempo visitar mis costas,
Y los undosos rios
Que á Jove plugo hacer mis tributarios;
Hacer que corran sus raudales frios,

Dando nuevo vigor al patrio suelo,
Por los anchos canales
Que abrir debeis con incansable anhelo,
Aquestos son los cultos agradables
Que rendirá á mi númen vuestro celo,
Aquestos son los que el sagrado cielo
Aceptará propicio,
Alzando á las estrellas
De vuestra libertad el edificio.
El honor y virtud las tristes huellas
Borrarán, que en el seno de la patria
Con impiedad abrieron
Sus antiguos tiranos,
Cuando á los pueblos libres combatieron,
Bañando en sangre las atroces manos

CANCIÓN FÚNEBRE

Á LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO

CORO

Ven, ó grande Belgrano,
Llega, ó sombra sublime,
Del luto nos redime,
Del llanto y del dolor.

¡Oh triste, infausta aurora!
¡Oh día! ¡Oh fiera muerte!
Al varón justo y fuerte
Lograste arrebatar.

La patria hoy triste llora
Al héroe denodado,
Al sol se ve eclipsado
Su llanto acompañar.

De Belgrano el aliento
Espanto dió al tirano,
Al suelo americano
Dió libertad y honor.

La Colección pág. 301. La Lira Argentina, pág. 315.

A su alto y noble acento
Mil héroes respondieron,
Y los días nacieron
De gloria y esplendor.

Las virtudes postradas
Sobre su tumba lloran,
Y los llantos imploran,
De los hijos del sud.

Sus glorias celebradas
Serán de gente en gente,
Ya el himno reverente
Se entona á su virtud.

Ven, ó grande Belgrano,
Llega ó sombra sublime,
Del luto nos redime,
Del llanto y del dolor.

A LA MUERTE *

DEL SEÑOR BRIGADIER DE LOS EJÉRCITOS DE LA PATRIA, Y GENERAL DE LOS EJÉRCITOS AUXILIARES DEL NORTE Y PERÚ, DON MANUEL BELGRANO.

Ya en la noche profunda del sepulcro
Hundió la parca al Capitán ilustre,
Al héroe que con ánimo esforzado
Sustentaba las aras vacilantes
De la patria aflijida; ya cumplidos
Los presagios están del llanto y luto,
Que tributamos hoy á la memoria
Del virtuoso Belgrano: anuncio horrible
Fué de su muerte la discordia impía. (1)
Cuando lanzada por el negro averno
En la gran capital, en rabia ciega
Inflamaba los pechos de sus hijos
Para eterno baldón; tremendo anuncio
Fué de su muerte el funeral semblante
De Buenos Aires, cuando envilecida
Pagaba á los rivales de su gloria
Tributo ignominioso; cuando vimos
Del hermano caer victima el hermano,
Del hijo el padre, y su infanda guerra

---

* La Colección pág. 314. La Lira Argentina, pág. 285.

(1) El general Belgrano en Buenos Aires, en medio de las agitaciones públicas del año 20.

Arder los ciudadanos... ¡Ay! entonces
La esperanza del bien todos perdimos:
Solo Belgrano en el dolor agudo,
De insanable dolencia imperturbado
Conservarla podía; en vano el ruido
De la plebe agitada, y sus clamores
Oyó desde su hogar; él la constancia
Contra el furor de la ambición funesta
Aconsejaba á los amigos fieles,
Que rodeaban su lecho; él de la patria
Se despidió tranqnilo; ella en su seno
Grata acogió los últimos suspiros
Del mejor de sus hijos. ¡Cuál entonces
Creyeron los malvados en sus triunfos
De horrenda iniquidad! ¡Cuán destructora
Se alzó con cien cabezas la anarquía,
Cuando el alma inmortal del gran Belgrano
Dejó el planeta donde habita el hombre!
¡Como en su trono de voraces llamas
Mas fiera dominó el nativo suelo,
Que el ínclito caudillo ya en la huesa
Defender no podía! ¡Oh triste patria!
Por el monstruo feroz y sus secuaces
Profanadas del héroe las cenizas,
Tu decoro ultrajado sin falanges,
Dolor, cual tu dolor en este día,
No vió jamás el mundo. Con la muerte
De tan grande varón, su fuerte escudo,
Del apoyo más firme de su gloria
Perdió entonces la hermosa Buenos Aires,

Y un mar la circundó de inmensa pena:
En ella, antes mansión de la justicia,
Habitó el homicidio; los consejos
Del inícuo vencieron, y sus calles
Quedaron ¡ay! desiertas lamentando
De los buenos la ausencia; el más terrible
Espiritu de vértigo agitaba
Todos los corazones, y aun los sabios
Erraron en sus obras. Aun mas plagas
Nos restan que sufrir, pues que no existe
Belgrano entre nosotros, y él la diestra
Desarmaba de Dios con sus virtudes,
Cuando iba á confundirnos, y del crimen,
La semilla estirpar con nuestra ruina,
Y universal estrago... Tormentoso
Ya del frígido polo se desprende
El áustro fiero, y con tremenda saña
Nos trae la tempestad; con negras nubes
Nos roba ya del claro firmamento
La lumbre bienhechora; todos temen
Siglos en noche eterna ser envueltos;
Ya hiere el rayo las mas altas cumbres;
El huracán con horroroso silvo
Embravece las aguas caudalosas
Del argentino río, (1) que bramando
Con sus hinchadas olas amenaza
Todo tragar al corrompido pueblo.

(1) Grande y extraordinaria creciente del Río de la Plata sucedida el año 20, al poco tiempo de la muerte del Sr. general Belgrano.

Y tragado lo hubiera en sus abismos,
A no ser que ya el héroe disfrutando
Cabe el trono de Dios palma gloriosa,
Cual númen tutelar intercedía
Por el suelo en que vió la luz primera.
Tantas y tan terribles las señales
Debieron ser de la funesta muerte
Del virtuoso patriota, del guerrero,
Que en nuestro idioma, y elocuente labio
Revelaba á los pueblos abatidos
De libertad los mas sagrados fueros;
Que nos condujo en la mas árdua empresa,
Que al hombre presentaron las edades;
Cual fué romper el yugo de ignominia
Con que España ambiciosa por tres siglos
Nos oprimió... Gran Dios!... sobre su tumba
Tendida veo la terrible espada
Antes en los combates victoriosa,
La espada, que sirvió á los juramentos
De vencer ó morir en la atroz guerra,
Con que fieros tiranos afligían
El suelo patrio. ¿Quién en adelante
Dará á la triste patria honor y gloria?
¿Quién ¡ay! puede animar el fuerte brazo
Que yace helado en el sepulcro?... ¡Oh día
El más funesto que los hombres vieron!!
Al duro golpe de la fiera Parca
Cayó Belgrano, cual robusto roble
Por el récio aquilón mil y mil veces

En ásperos inviernos combatido;
Cayó... y con él los altos pensamientos,
Que el genio de la patria le inspiraba,
Huyeron ¡ay! al reino impenetrable
De las terribles sombras. En un tiempo
Lo vimos perseguir á los tiranos,
Batallar y vencer: en las riberas
De ríos caudalosos, en la cima
De los mas altos montes colocaba
El estandarte patrio, que á los pueblos
Oprimidos llamaba á los combates.

En el augusto templo los pendones
De las vencidas huestes nos recuerdan
Que en Salta y Tucumán, siglos eternos
Dió de honor á la patria: allí ligado
El orgullo español con cien cadenas
Brama, viendo humilladas sus insignias;
Allí la envidia sus prisiones muerde
Con inútil furor, mientras la Fama
Con raudo vuelo por el orbe todo
Lleva los hechos y glorioso nombre
Del ilustre Belgrano, y acrecienta,
Y realiza las bellas esperanzas
Del hombre libre, que á la dulce patria
Consagró su vivir con alma heroica.
Grande siempre y sublime en sus empresas,
En el alto Perú, sobre los restos
Del arruinado imperio de los incas,
Consultaba á sus manes el origen,
Y sagrado carácter de sus leyes.

En su mente fatídica esculpida
La serie larga de ominosos tiempos,
Llanto de compasión sobre la sangre
Vertió de los colonos infelices
Sacrificados á la vil codicia
Del cruel conquistador... americanos,
Estatuas levantad á su memoria,
Vuélvanlo vuestros votos á la vida...
Mas ¡ay que el que una vez los ojos cierra
Al sueño sempiterno de la muerte,
No torna á ver la luz que le prestara
Benigno antes el sol! ¡Ay! para siempre,
Para siempre sin fin perdió la patria
Al gran Belgrano, cuando mas debía
De glorias coronarla, cuendo al sólio
Meditaba marchar, donde se eleva
El cruel visir de Lima, sorprenderle;
Y preguntarle sobre la injusticia
De sus guerras, y antiguo poderío.

El entonces formó nuevos campeones,
Que heredasen su honor, y que á la patria,
Salvaran en el día del peligro
¡Oh memorias amargas! ¡Quién pudiera
Atras volver los ya pasados tiempos!
Yo en mi angustia y dolor, espanto solo
En torno de mí veo... ¡ay Dios! en vano,
A mis amigos llamo y á mis deudos
Que consuelo me den; nadie me escucha,

Ninguno me responde... estéril yermo. (1)
De sangrientos cadáveres sembrado,
Imagen de los reinos de la muerte,
Me circunda sin fin... en vano ¡ay triste!
Mi vista horrorizada allí se tiende
En una horrenda inmensidad, buscando
A mis conciudadanos y á mi patria:
Mis ojos ¡ay! no ven mas que vestigios
De su gloria y poder; solo las huellas
Ven del gran capitán y sus guerreros,
De sus caballos y soberbios carros.

No es ilusión ¡oh Dios! cuanto descubro:
Estas las huestes son, estos los campos,
Donde un tiempo Belgrano infatigable
Al soldado ensayaba á nuevas lides,
Donde el clarín un tiempo resonando
Inspiraba en las almas noble aliento.

Todo despareció de entre nosotros
Desde el fatal instante en que las tropas
Sin freno de obediencia, sin caudillo,
Sirvieron á merced de impíos genios,
Que escándalo y horror serán al orbe.

¡Días llenos de gloria y de ventura,
Ya mas no tornareis para nosotros!
A Belgrano perdimos, al guerrero,

(1) Alude á las guerras civiles del año 1820.

Que con el brillo de su heroica espada
Amedrentó en su tromo á los tiranos,
Que con su aspecto de la gloria imagen,
Del valor y constancia reprimía
El violento huracán de las pasiones,
Que ora todo lo arrasan y destruyen.

Inmenso es nuestro mal, terrible el golpe,
Que causa nuestro llanto, que nos cubre
De luto universal... el cenotafio,
Los cantos de la iglesia lamentables,
Las fúnebres antorchas... todo anuncia
Que el héroe ya finó... Mas, á la Muerte
En su furia implacable no le es dado
Borrar de sus virtudes la memoria
Grabada en nuestros pechos: ellas deben
Formar el alma á nuevos ciudadanos,
Que den lustre á la patria y nombre eterno;
Ellas, para consuelo, nueva vida
A la patria darán, que hoy ultrajada
Es vana imagen, yerto simulacro;
Por ellas lucirán los bellos días
Que en medio del indiano continente
Levantemos el ara sacrosanta,
Dó de edad en edad todos sus hijos
Tributen en unión á la Concordia
De patriotismo cultos reverentes,
Y los hechos acuerden memorables
Y el ejemplo inmortal, que al nuevo mundo,
Dejó de patrio amor el jefe ilustre.

Justos son entre tanto los suspiros,
Que exhalamos piadosos y sensibles;
Justo es nuestro dolor, cuando á Colombia
Vemos, rodeàda de los patrios manes,
Llorar sobre el sepulcro de Belgrano
En lúgubre ropaje; cuando gime
En angustia profunda, y entre sombras
No brillan los destinos, que en su frente
Escribió, para bien de las naciones,
Con rasgos luminosos, indelebles
La mano poderosa del Eterno.

OCTAVAS*

No bastando á la parca inexorable
Los héroes que por siglos sepultaba
En su abismo profundo, impenetrable,
Un otro Fabio á su furor buscaba
Esforzado, prudente, infatigable;
Viólo en Belgrano al fin, vió cual brillaba,
Llega, lo hiere con aleve mano,
Y ès llanto, y luto el mundo americano.

Quien pátrio amor no sienta al ver la losa,
Que las cenizas cubre de Belgrano,
Quien no se inflame, y con la faz llorosa
No invoque su heroismo sobrehumano,

---

* La colección pg. 323.—La Lira Argentina pág. 293.

Hijo es de servidumbre vergonzosa,
Esclavo triste del poder tirano,
Que en medio de la rabia, y del espanto
Oye de libertad el himno santo.

Bravos guerreros, *hijos de la gloria,*
Llegad todos al túmulo elevado
De vuestro jefe ilustre á la memoria;
No os intimide el triunfo que ha logrado
La Parca atroz: si en vida á la victoria
El os llevó mil veces denodado,
Muerto aún os habla en este santo templo,
Con su noble virtud y heróico ejemplo.

Ved á la Patria en tan aciago dia
Triste, eclipsada la apacible frente,
Que antes con gloria y majestad lucía;
Vedla sobre el sepulcro, amargamente,
De Belgrano llorar sensible y pía;
Llorad todos, sentid, como ella siente,
Mientras admiran todas las naciones
Del héroe más virtuoso las acciones.

AL SEÑOR DON BERNARDINO RIVADAVIA *

MINISTRO DE GOBIERNO Y DE RELACIONES EXTERIORES, EN LA MUERTE DE SU HERMANO DON SANTIAGO RIVADAVIA.

Profunda pena conmovió tu pecho,
Y embargó tus sentidos, en la muerte
Temprana, injusta, de tu caro hermano.
¡Ay! ¡Cual entonces aprisionó tu lengua
El fúnebre silencio hasta que el llanto,
El llanto del dolor brotó en tus ojos,
Y abundante bañó sus restos fríos!
Hoy la patria lamenta inconsolable
La pérdida del hijo más amado,
Y gime la virtud; aun los varones
Mas fuertes hoy sollozan y vacilan,
Viendo cual fué al sepulcro arrebatado
Su compañero ilustre, el que invencible
Mil veces humilló al error impío,
Cuando más orgulloso amenazaba
Destruir de la verdad el justo imperio.
¡Oh! si ora el llanto de dolor pudiera
Darle vida, verías cómo el tuyo,
Y el que alimentan sus amigos fieles,

* La colección pág. 333. No está en La Lira.

Tanto bien alcanzaban; mas, no puede
Ninguno los estragos ominosos
Evitar de la reina de las sombras,
Eternamente atroz. Asi en su carro
Espantoso, ¡oh dolor! fué conducido
Al lugar solitario, do algún dia
En pompa funeral iremos todos
A dormir en silencio perdurable.
¿Quién te dijera, cuando el plan formabas
De esta triste mansión, que muy en breve
De tu hermano, el cadáver cubriría?
Su negra tierra lo cubrió por siempre,
Y yacerá sin fin: más de esta deuda,
Que todos pagaremos, tu has sabido
Formar para la patria un gran tesoro,
Alzando á la piedad un monumento.
Aqui del opulento el fiero orgullo,
Aqui el que piensa en ilusiones vanas
Que nació á ser señor del orbe entero,
Se humillarán al ver que un corto espacio
De tierra han de ocupar, como el más triste
Mendigo de la plebe numerosa.
Obra es tuya; medítala, y consuelo
En ella encontrarás, viendo los bienes
Que á la afligida humanidad produce.
¡Ah! no es posible: que tu blando pecho
Hoy negando al placer, las tiernas voces
De la naturaleza solo escuchas,
Que te manda llorar sobre la tumba,
Que allí se eleva, de tu caro hermano;

Tus tristes ojos ¡ay! en ella clavas,
Y el abismo descubres insondable,
Que de tí lo separa; más terrible,
Que las hondas cavernas de los Andes,
El ha tragado sus floridos días,
Y con ellos las dulces esperanzas
De la naciente patria; un pueblo entero
Gime en su muerte, y con razón; que él era
Su ilustre defensor, robusto atleta
De la sagrada libertad, su pecho
Muro fué de diamante en que las iras
Del fanático cruel, del ambicioso
Vinieron á estrellarse, y moribundas,
A buscar se arrastraron almas viles,
Que á su imperio funesto se rindiesen.
Un trueno era su voz, cuando aclamaba
Los derechos del pueblo en el santuario
Augusto de la ley (1) cuando su esfuerzo
Evitó que una ley austera, injusta,
La libertad de imprenta encadenase,
Y consiguió que el pueblo á la luz diera
En mil formas y en mil sus pensamientos;
Cuando calmado de la atroz discordia
El insano furor, que largos dias
A la patria angustió, pidió sensible
Tornasen los expulsos de su seno
A gozar de mil bienes, abrazando

(1) Don Santiago Rivadavia, diputado del pueblo de Morón en la campaña, se distinguió por su enérgico espíritu liberal en las discusiones de la Sala de Representantes, sobre las leyes de la libertad de imprenta, de olvido, y de reforma eclesiástica en el año 1822. (Nota de la composición).

A las esposas, y á los tiernos hijos,
Que en llanto y orfandad tristes gemían:
Un trueno era su voz, y el fuego santo
De la razón su espíritu inflamaba,
Cuando osado rasgando el denso velo
Que la superstición alzado había
Ante la religión sencilla y pura,
Mostró al pueblo el semblante luminoso
De paz y caridad que le dió el cielo;
Cuando enseñó con elocuente labio
La sublime moral que ella nos dicta
Libre del torpe rito y las ficciones
Que su divino origen ocultaron
A tímidos creyentes. A tan altas
Voces del orador se disiparon
Veinte siglos de error, y ya la patria
Hoy cultos rinde al Dios de nuestros padres
Como conviene á su bondad inmensa,
¿Y que premio, después de tanta lucha
Contra enemigos fuertes y obstinados,
Esperaba tu hermano? ,El que desea
El justo en su fatiga, el placer puro
De obrar el bien, sin esperar del hombre
Gratitud ni fortuna: jamás pudo
Deslumbrarse al mirarle en el asiento
Del poder colocado, y los destinos
Dirigir de la patria: noble y fiero
Solo á tí se acercaba, como á hermano
Del afecto cordial siempre movido
Con que te amó desde la tierna infancia,

Nunca humillóse á demandar favores
Del magistrado, detestó las artes
Del palaciego vil, que el alto puesto
Logra sobre la ruina del mas sabio
Y honrado ciudadano; en las labores
Inocentes del campo se ocupaba
Cual otro Cincinnato, y aunque en ellas
Fundaba su fortuna, el sacrificio
Hizo casi una vez de abandonarlas,
Porque la voz del pueblo irresistible
Lo llamó al templo de la ley augusto,
Donde su voluntad fiel expresara.
Esto y más fué... ¡Oh dolor! él ya no existe
Que la parca, queriendo inexorable
Una víctima ilustre que á la tierra
De horror colmase y desusado llanto,
Nos privó de su vida: por el pueblo,
Se esparció al punto la funesta nueva,
Y todos de dolor mudos quedaron.
!Oh! ¿Cual fué su constancia y fortaleza
En aquel trance amargo en que debemos
Con ronca voz al globo que habitamos
Dar el último vale? Imperturbable
Vió de la eternidad las anchas puertas
Abrirse con estruendo á recibirlo
Lejos allá en su espacio inmensurable,
Donde generaciones ya sin cuento
Entraron á servir á los destinos
De un todo inmenso. ¡Oh Dios! ¡Del aclamado
Por el pueblo varón de fortaleza

Se extinguió ya el aliento, y tronco yace!!
Asi cayó tu hermano, cual la encina,
Pompa, gala y honor del prado ameno,
Cuando es herida del ardiente rayo
Desprendido de nube tormentosa:
Los sencillos pastores que á su sombra,
Viviendo en paz dichosa, siempre hallaron
Suave frescor en los estivos meses,
Se horrorizan al verla ya en el suelo
Marchita y destrozada por la furia
Del meteoro terrible, inesperado;
Todos á una la pérdida lamentan
Del árbol bienhechor, y hasta los hijos
De sus hijos después, de lengua en lengua,
Durará la memoria del estrago,
Fija en la tuya está la infausta muerte,
De tu llorado hermano...¡Ay! Por la espada
Del dolor es tu pecho traspasado,
Hoy que mayor aliento necesitas,
Para salvar la nave del Estado
De continuo asaltada por las olas
Del irritado mar de las pasiones.
Serena ya tu mente, recordando
Que la fió á tu saber un pueblo libre,
Que, cual piloto experto y animoso
Debes llevarla al suspirado puerto,
Consulta tu razón, y larga tregua
Hallará tu penar; medita el orden
De este bajo planeta en que moramos,
Y él te dirá, que al más sereno dia

Una noche sucede borrascosa,
Y al céfiro suave en un momento
El furioso huracán que al suelo abate
Los cedros más añosos y elevados.
Gime entonce el mortal sin esperanza
De que torne la calma apetecida,
Mas el dulce momento no está lejos
De gozarla mayor, y á sus afanes
Acostumbrados vuelve y regocijos.
Asi en el mundo, pues, fueron por siempre.
Los bienes con los males alternados.
¿Tú lo sabes, y aun lloras? ¿Que? ¿No esperas
Consuelo á tu dolor? El tiempo solo,
El tiempo destructor de los imperios,
De penas y placeres, puede en breve
Cicatrizar la herida que en tu seno
La parca abrió, desde el fatal instante
Que en flor cegó la vida de tu hermano.
¡Mil veces yo feliz, si ora el acento
De mi musa, venciendo el largo plazo
Del tiempo y su rigor, darte pudiera,
Pronto alivio en el golpe lastimero!
¡Oh! ¡Si al menos, la musa de la historia
Mi númen inflamando, á las edades
Pudiese transmitir los nobles hechos
De tu querido hermano! Ellas dijeran,
Al contemplar mi cuadro verdadero:
El fué un amigo fiel, un hombre recto.
Un buen republicano, y allá en Roma
Fuera tribuno justo del gran pueblo.

Año de 1823.

JUAN RAMÓN ROJAS

A LA EXMA. JUNTA GUBERNATIVA *

DE LAS PROVINCIAS DEL RIO DE LA PLATA
EL CUARTEL NÚM. IX

Júpiter dijo á Venus: la bella Ilía
Vestal de regia sangre, los halagos
De Marte consintiendo, dos mellizos
A luz dará. Ya Rómulo adornado
Con la bermeja piel de aquella loba
Que alimento le dió, tomará el mando,
Y establecida la ciudad de Marte,
Formará de su nombre el de Romanos.
Soberanía inmensa les concedo,
Sin prescribirles límite, ni plazo.
Y aun la implacable Juno que hoy excita
En cielo, en mar y en tierra sobresaltos,
Con más prudente acuerdo, ha de ayudarme
A promover las dichas del togado
Pueblo de Roma, del señor del orbe.
Esta es mi voluntad. (1) Por largos años

---

* Está en La Lira Argentina, pág. 13, sin firma.
Está también en la Colección, en la pag. 39, sin firma, y fechada el año 11.

(1) Iriarte. En la traducción del Libro 10 de *La Eneida*.

Imperará feliz. Solo reservo
Para manifestar el sumo grado
De mi poder, hacer más poderosos
A los pueblos del suelo americano.
Estos países hasta hoy desconocidos,
De la soberbia Europa al fin hallados,
Provocarán de España la codicia.
Ella armará bajeles y soldados,
Y atravesando por buscar riquezas
La extensión formidable del oceano,
Arribará del Paraná á las costas.
Allí á plomo y cuchillo derramando
La sangre de sencillos moradores,
Arrancará de sus inermes manos
El natural dominio, y extendiendo
El suyo con las armas, á su mando
Sujetará dichosa dos imperios
Que el *Nuevo Mundo* llamará, no en vano.
Dará leyes en él, hará ciudades,
Y cerca de tres siglos dominando,
Gozará de riquezas cuantas puede
Solicitar el genio más avaro.
Pero entonces Europa conmovida
Abortará en la Córcega un tirano,
Que excediendo ambicioso á los guerreros
Que le habrán precedido, en luto y llanto
Volverá su fortuna, victorioso
Casi todos sus reinos conquistando,
Y haciendo de los reyes más temidos
Siervos humildes, míseros esclavos.

Rendida España por la enorme fuerza
Del déspota opresor, al duro carro
De sus sangrientos triunfos será uncida
Con sus reyes legítimos; mas cuando
Desde los altos Alpes ya sus miras
En la América ponga, el pueblo sabio,
Mi predilecto pueblo (á quien los hombres
Llamarán Buenos Aires), de las manos
De los ministros que venderla intenten,
Arrancará debidamente el mando.
Pondrálo á cargo de patriotas fieles;
Y estos dignos varones esforzados,
Modelos de valor y de prudencia,
Levantarán el edificio sacro
De la perpétua libertad augusta
Que á la América toda yo preparo.
En vano los satélites impíos
Del despotismo del gobierno hispano
Promoverán la división, á intento
De que sus propios hijos destinados
A la felicidad é independencia,
De España sigan el destino infausto;
Pues no habrá dado el luminoso Febo
Por la celeste esfera un giro anuo,
Cuando ya los ejércitos valientes
De mi elegido pueblo, colocados
Sobre los altos Andes harán verse,
Y á un mismo tiempo en los feraces campos
De la Banda Oriental de su distrito,
Invencibles rindiendo á sus contrarios,

Imponiendo terror á los rebeldes,
Y en libertad poniendo á sus hermanos.
Removidas serán por mí las causas,
Que opongan á mis fines los humanos;
Y tranquilo ya todo el continente,
Elegirá gobiernos justos, sabios.
No habrá en ellas jamás la tiranía,
Que Europa tantas veces ha llorado,
Ni déspotas crueles que atropellen
Los derechos del hombre más sagrados.
Buenos Aires, unido á sus provincias,
El primero será que combinando
Un sistema benéfico y virtuoso,
Su gobierno establezca. Los aplausos
En breve llevará del orbe entero,
Las ciencias y las artes desertando
De la afligida Europa, harán asiento
Entre aquellos dichosos ciudadanos,
Veráse entonces al comercio activo
Sus puertos y bahías frecuentando,
La agricultura haciendo que dependan
De sus frutos los reinos más lejanos,
Y la abundancia pródiga sus bienes
En aquel hemisferio derramando,
Hará que de la América los hijos
Se propaguen sin número. Los lauros
De Marte todos, ceñirán sus sienes;
Y en grandezas, poder, ciencias y fausto,
Excederán los tiempos más felices

De Atenienses, de Griegos y Romanos. (1)
Harán piadosos memorable el día
En que la dulce libertad hallando, (2)
A sus piés caigan rotas las cadenas (3)
Que atrás ligaban sus robustos brazos.
Y los nombres excelsos y gloriosos
De los varones próvidos y sabios
Que habrán de dirigir el templo augusto
De la felicidad del suelo patrio,
Esculpidos en mármoles y bronces,
Admirables serán y respetados
De las posteridades más remotas.
La Historia y la Poesía en prosa y cantos (4)
Perpetuarán sublimes su memoria;
Sus nietos con magnífico aparato
Honrarán sus cenizas ofreciendo
De gratitud sobre sus huesos llanto, (5)
Y ya concluidos sus heroicos hechos
Recibirán el premio de mi mano.
Estos son los arcanos del destino.
Dijo así el sumo Jove; y Venus dando
Humildemente un ósculo á su diestra,
En señal de respeto á sus mandatos,
Gozosa descendió del alto empíreo,
Y fuese á presenciar los holocaustos
Que en mil aras ofrecen cada día
Al ciego Dios, los débiles humanos.

Año 1811,

---

(1) De Atenienses, Fenicios y Romanos. La (Colección pag. 45).
(2) En que la dulce libertad hallaron. (La Colección pag. 43).
(3) A sus pies caerán rotas las cadenas. (La Colección).
(4) La Historia y Poesía en prosa y cantos. La Colección.
(5) De gratitud sobre sus héroes llanto. (La Colección).

CANCIÓN HERÓICA *

EN QUE SE DESCRIBE LA SITUACIÓN DE MONTEVIDEO Y LA RUINA QUE AGUARDA Á SU TIRANO POR EL VALOR DE LAS TROPAS DE BUENOS AIRES; POR UN OFICIAL DEL SITIO.

¡Hélo al déspota atroz, del ardor patrio (1)
Que al heroismo dominó, cual fiero
Conmina en vano ante sus puertas mismas
Al indo dulce, que ha excedido al griego!
¡Oh cual hoy azoradas sus legiones,
Expectadoras del marcial denuedo,
Su asombro ocultan en el débil muro!
¡Ni hay provocarlas á la lid temiendo! (2)

Bambolean sus murallas al embate (3)
Del plomo matador, y el fatal eco

---

* Se publicó en la Gaceta, el Jueves 10 de Agosto de 1811, pg. 862, con la siguiente carta en que el oficial Rojas la presenta al general Rondeau:

Señor general del ejército.

Tengo el honor de elevar á manos de V. E. ese pequeño rasgo poético en que me ha hecho prorrumpir el amor de mi patria, y el valor de las tropas qne militan á las órdenes de V. E.
Me llena la satisfacción de creer que el Superior Gobierno que nos rije no mirará con indiferencia el tributo de mi gratitud sincera y uno de los sentimientos que me animan en obseqüio de la causa.
Soy entretanto de V. S. con el mayor respeto.

Juan Ramón Rojas.

Al Sr. General Dn. José Rondeau.

Está en La Lira Argentina, en la pg. 10.
Está incluida en la Colección en la pg. 45, con algunas correcciones que la hacen ganar bastante y son las siguientes.

(1) ¡Hélo al déspota atroz, del ardor patrio
Domeñado bramó! Ved como fiero
Conmina en vano ante las puertas mismas
Al indo fuerte que ha excedido al griego!
(2) Ni has provocarlas á la lid de nuevo!
(3) Retiemblan sus murallas al embate

Que raudo gira la ciudad rebelde
Pavor infunde en sus cobardes siervos.
  Sus escuadras sutiles, las intrigas
De Salazar, de Ponce (1) y sus perversos,
Estallan ora, y de la hueste el paso
Fausto preside de la gloria el genio.
  ¡Prez inmortal ilustres vencedores
De San José y las Piedras! Tanto esfuerzo
A vuestros nombres reservó el destino!
Gozaos en la obra y este loor sea eterno.
  Los campos del oriente, dominados
Del eterno opresor, el monumento (2)
Serán de la constancia, del arrojo
Del argentino heróico, y de su fuego. (3)
  Ellos derramarán por todas partes
La abundancía y la vida, dando el feudo
Al auxiliar, que ya á su carro ha uncido
La guerra, la fortuna, el mundo, el tiempo.
  ¡Salud una y mil veces, campeones,
Y la patria del solio decendiendo, .
Y el néctar suave de su boca os dando,
Plegue que os diga: «¡Libertad! Los pueblos
Confiesan de hoy la independencia indiana, (4)
Vivid felices, que mi honor es vuestro!»
  En tanto que el patricio, del futuro (5)
Se abre á la emoción dulce, y goza el precio (6)

(1) El uno comandante de marina, y el otro mayor de plaza.
(2) Del tirano opresor, el monumento (pg. 46)
(3) Del argentino heróico y de su fuego.
(4) Comienzan de hoy la independencia indiana.
(5) En tanto que el patricio, en el dichoso
(6) Porvenir se complace alto y supremo

El último tirano que nos resta,
La copa apura que entronó el ibero.
  Acá grita atrevido gobernante;
Allá entre sus satélites protervos
Perpetuar trata su poder precario,
Y aquí fascina estrepitoso al pueblo.
  Vedlo ya en los horrores de una guerra, (1)
Su rostro hundido, doblegado el cuello, (2)
Ora gemir famélico á sus solas,
Ora fingir victorias y refuerzos.
  El corre... más, ¿qué veo? Héroes invictos
Que esgrimís bravos el cortante acero,
A la lid furibunda. Marte os guía
Y brio os infunde bonanzoso el cielo. (3)
  A la lid otra vez; ya sus espíritus (4)
Reviven á la paz, y al mónstruo horrendo
Entre sus brazos para ahogarlo corren, (5)
Y ya su sangre ha inficionado el suelo.
  Exánime, expirante, de su crimen
Dado á la imagen pavorosa, vedlo
Girar en torno su nublosa vista
Y prorrumpir por fin: ¡«Montevideo, (6)
Yo fuí tirano de los hombres libres;
  Tu opresión ya cesó: vencieron ellos!»

Año 11.

---

(1) Vedlo ya en los horrores de la guerra, (La Colección)
(2) Pálido el rostro, doblegado el cuello, » »
(3) Y os infunde valor propicio el cielo. » »
(4) A la lid otra vez... ya generosos » »
(5) Desgarran con sus brazos no cansados » »
(6) Y prorrumpir al fin: ¡«Montevideo», » »

Á LAS
PROVINCIAS DEL INTERIOR OPRIMIDAS *

PARA QUE NO DESMAYEN EN SUS ESFUERZOS CON LA MARCHA DEL EJÉRCITO DE BUENOS AIRES Á LA BANDA ORIENTAL, EN CUYOS TRIUNFOS SE CIFRA SU ABSOLUTA LIBERTAD.

SILVA

Pueblos del continente americano
Que aherroja aún el opresor furioso
En su orgullo impotente;
¡Ay no os arredre su amagar tirano!
Esos prestigios que abultó la mente,
Las tristes sombras que el error producen,
Del déspota el semblante
Artero y ominoso,
Fósforos son, que en un minuto lucen,
Exalación errante,
Que se evaporan, cual el humo, al viento.
Ved al mandón, en su entrañal encono
Asechando el momento
De echar al indo otra feroz cadena, (1)

---

* Esta poesía fué publicada por primera vez en *El Grito del Sud*, tom. 1, No. 3, pg. 21. del Martes 28 de Julio de 1812.
Está incluída en *La Lira Argentina* en la pg. 54 y en la Colección: pag. 53.

(1) De echar al Indo otra vez cadena (La Colección pg. 53).

Y perpetuar su servidumbre dura:
El falla el exterminio
Del mísero colono,
Con frente denodada,
Y hasta su extirpe á esclavitud condena.
  Empero se oye *libertad:* el trueno
Sonó de Dios, que con su diestra airada
Despide de su seno
Hácia la patria, en ademán de gloria;
Y la tiniebla de la noche oscura
Te hundió bajo su sombra,
Mónstruo afrentoso, y tu procaz dominio,
Y si tu ruína asombra,
De tu existencia ni quedó memoria.
  Buscad esos colosos altaneros,
Que vomitando saña
La India domeñan por trescientos años:
En su embriaguez ¡ay fieros
Cual se complacen en los tristes daños
De nuestra infausta suerte!
¡Cual insultaron nuestro amargo lloro! (1)
  ¡Bárbaros, crueles... ¿acorrer la queja
Debiérais de este modo? ¿Así la España...?
Mas, ya bajaron á la tumba umbría
De execración cargados; y su muerte,
Su llorar sempiterno, su desdoro,
El caer de su osadía,
Fué la obra augusta de tan solo un día. (2)

---

(1) Cual insultaron nuestro amargo lloro (Colec. pg. 54).
(2) Fué la obra grande de tan solo un día (Colec. pg. 54).

Allí aún la ruina humea
De su tragedia atroz; y en su circuito
Ni el ala bate el animal medroso;
No hay quien del caso dolorido sea, (1)
Ni quien disculpe su fatal delito.
Los profundos cimientos
Del despotismo odioso,
Sí; los mismos cimientos retemblaron
Al bambolear de la obra, cuando ardiente
El argentino prorrumpió en acentos
El hosanna placiente,
Y libertad y su esplendor cantaron.

De entonces tremolóse el estandarte
De nuestra independencia: el cielo santo
Se asombra conmovido
De la fuerza de juramento tanto.
Dá la señal de alarma á la venganza
La discordia ominosa
Que la tea enciende, y se rasgó el vestido, (2)
Y sacudiendo al norte y mediodía
Incita al patrio á la feroz matanza: (3)
Corre á la paŕ el furibundo Marte
El templo abriendo del biforme Jano:
Sacúdese la tierra
Del aldabón al estampido horrendo,
Que el eco vuelve, por la enhiesta sierra:

---

(1) Ni hay quien del caso dolorido sea (colec. pg. 54).
(2) La tea enciende, y se rasgó el vestido (colec. pg. 55).
(3) Incita al patrio á la feroz matanza (colec. pg. 55).

Retumba ya la selva silenciosa,
Y la caverna umbría
Solo repite: ¡guerra, americano!
¡Mónstruos, temblad! ¡Hijos del Inca, guerra!

Este grito del genio, entonces era
Quien guiaba á la victoria,
Cuando las huestes, el Perú pisaban
Dando en sus triunfos, á la patria gloria.
La espada que blandía
El ínclito guerrero
Al opresor de Potosí, despera,
Y los restantes déspotas acaban
¡Tanto la unión y el entusiasmo hacía!

Ved ora más que nunca
¡Cual la hueste argentina
Cubre las costas de la banda opuesta
Y el lauro lleva á su carroza atado!
Aquí se cifra de la patria el nombre.
Allí á la lid se apresta
Impávido el soldado,
Que en Tacuarí y las Piedras se ha ensayado;
Y el país, y la comarca convecina
No abarcan ya tanto auxiliar, tanto hombre.
Contemplad las naciones poderosas
Que al buscar nuestra alianza
Dejan á los rebeldes despechados,
Y al mónstruo de Arequipa vacilante.
En el oriente, en su feraz campaña,
Ha fijado su trono, la venganza;

Allí, allí es nuestro teatro: en adelante, (1)
Que á esta deidad se acalle con los dones
De víctimas: los cuerpos desangrados
A par de palpitantes corazones,
Tiñendo de la parca la guadaña
Que empapen nuestro suelo, y enrojezcan
Las villas, las comarcas deliciosas,
Sí; flotarán muy breve los pendones
Del ínclito argentino
Sobre ese muro vil. Montevideo,
Que tus tiranos pérfidos perezcan,
Y sellen el destino
Que allí nos preparaban, y los males
Cesarán para siempre. ¡Oh día, oh trofeo, (2)
Tú nos darás el último occidente!
Volemos á la empresa, que ya el muro
Conmovido se siente,
Ya cayó entre las ruínas... ¡Oh mortales!
Llegad y leed el lema que escribieron
Con sangre de los monstros, los indianos: (3)
« Aquí hizo gravitar su cetro duro
« La horrenda tiranía
« Sobre sus infelices moradores;
« Al soplo de la patria revivieron, (4)
« Y un golpe de energía
« Hundió cadenas, pueblo y opresores ».

---

(1) Aquel es nuestro teatro; en adelante. (Colec. pg. 56).

(2) Cesarán para siempre.—Oh grande día, (Colec. pg. 57). Oh sin igual trofeo.

(3) Con sangre de los mónstruos los indianos, (Colec. pg. 57).

(4) Que al soplo de la patria revivieron, (Colec. pg. 57).

EL ESTADO MAYOR GENERAL

DE LOS EJÉRCITOS DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA

AL TRIUNFO DE LAS ARMAS AMERICANAS

EN LAS LLANURAS DE MAYPO EL 5 DE ABRIL DE 1818

ODA *

Levanta al cielo tu virgínea frente
Muy más que Grecia y Roma,
Madre Columbia, que triunfante asoma
Bonaría y Chile, y su escuadrón valiente,
La patria embebecida,
La sien del héroe de laurel ceñida.

Y el grito á muerte de la horrenda guerra
Que ayer lanzara Marte,
Calle al hosanna que el placer reparte,
Que en rededor lo entonará la tierra,
La tierra que amagada
Postró al ibero, la cerviz domada.

Jove había escrito á nuestros votos tierno,
Que Chile á ser volviera,
Y que su lustre, y su renombre hiciera

---

* Está en La Lira, pág. 180, sin firma No está en la Colección.

De Arauco el hijo, el argentino eterno;
El decreto expedido,
En Chacabuco se miró cumplido.

El despotismo entre el bramar horrendo
A las furias convoca,
Pisa sus sierpes, y á otra lid provoca,
Matanza el monstruo, y deshonor diciendo;
El éco que corría,
La legión para, que arrollada huía.

¡Ay! que te miro en sempiterno lloro,
Mísero Talcahuano
Cediendo al golpe del feroz hispano,
Y en mengua vuelto tu primer decoro!
Veo sobre tu alto asiento,
Flotando ya su pabellón al viento.

Y en la obra misma que el recinto ciñe
Asentados sus reales:
¡Ay del día atroz! ¡Qué manantial de males!
¡Ay que la sangre el pavimento tiñe!
Y el Maule, el caso aciago
Y Talca llora, y lo lloró Santiago.

Más no gemirá más ... que el pesar frena
El Maipo que famoso,
Desde la sierra se despeña undoso,
Y los collados serpenteando, llena:
Aquí, aquí el teatro estaba,
Donde de Chile el tutelar moraba.

Audaz Osorio, de jactancia lleno
Que exitára un acaso,
Vence, y redobla de su hueste el paso,
Y grita, y manda, y avanzó sereno;
Y en Maipo aparece,
Y salva el vado que Longuen le ofrece.

Pero aquí parará, que la falanje
De los libres lo acecha;
Dirección cambia, y su distancia estrecha,
Y el bronce luce, y el fusil, y alfanje,
Los brutos relinchaban,
Tascan los fresnos, y corcobos daban.

Ejecutada esta feliz maniobra
Que á Santiago asegura,
Toma el ibero ventajosa altura,
Mil y mil bocas coronaban la obra,
Y el aparato ardiente
Podía barrer la posición del frente.

Ya se oyó la señal; y las legiones
Cual el aire oprimido
Que rompe suelto su elaterio, han ido
Unas contras otras, cual feroces leones;
Ya el bronce disparando,
Retiembla, y manda el proyectil matando.

Ya el granadero, como audaz jinete
Con la espada tendida,
Al potro lleva que cedió á la brida,

Y sabléa, y rompe, y repasó, y remete,
Y en guardia está, y cercado
Se rehace, y carga, y escapó cargado.

Ya entre la selva que la pica escuda,
Cerca el cañón tronante,
Fusil al brazo, se lanzó el infante,
Y el plomo cruza, y las hileras muda;
Y guía á la bayoneta,
La calacuerda, y la marcial trompeta.

La grita aquí, y el alarido triste,
Aquí el feroz avance,
Más acá cáe, cuanto se ve al alcance,
Allí otro solo despechado embiste;
Aquel en la matanza
Vence, y le roba su laurel la lanza.

¡Oh día de execración! el campo entero
Que la sangre enrojece,
Ni más que troncos sin aliento ofrece,
Ni más que miembros que trozó el acero,
Ni más que confundidos
Los muertos, los contusos, los heridos.

Ya había cinco horas, que el furor y encono
A éste y á aquél cegaba,
Aún indecisa la victoria estaba,
Aún pedía sangre de Fernando el trono,

Aun se veía la tropa,
Que en treinta acciones se batió en Europa (1)

El padre de la luz, que de su prole
Le afrenta golpe tanto,
Su faz esconde entre el purpúreo manto,
Y lanzó al mar su esplenderosa mole;
El Tártaro profundo
Monstruos ya enviaba á traer la noche al mundo

No.... que al Olimpo, oro en cambiantes cubre,
Y de genios cercada
Baja la nube al rededor bordada
De Maipo en torno, y una deidad descubre:
Las haces que la vieron
Su ardor frenaron, ni pelear pudieron.

«Basta de sangre, y de matanza, y ruina,
«Prorrumpió la matrona;
«Acción más brava no verá Belona,
«Ni defensa mayor... Jove destina
«Hoy la palma al indiano,
«Y á San Martín coronará mi mano».

Dijo: y besando al general famoso
En quien tu honor, Sud, tienes,
Ciñe de lauro sus lumbrosas sienes
Y entre sus héroes lo mostró glorioso;

---

(1) El regimiento de Burgos muy acreditado en la Europa por sus proezas en la última guerra de España contra los franceses. Han sobrevivido muy pocos. Era sin duda el cuerpo más bravo que tenia Fernando en América.

Y *victor* le decía,
Y *victor* la comarca repetía.

Hecho pedazos el protervo godo,
Sus caudillos rendidos,
Parque, tesoros, y su tren perdidos,
El resto muerto, prisionero y todo,
Se cantó la victoria
Que á España humilla, y es del Sud la gloria.

Prez á Maipo, y á sus soldados dignos,
Prez, general bizarro,
Que montar debes el triunfante carro,
Este cuerpo hoy te seguirá con himnos,
Y á el estro que lo inflama,
También su jefe sonará y su fama. (1)

Sonará sí, que en situación brillante
Desplegó su ardimiento,
Su vasto genio, el militar talento,
Que aquí mil ramos arregló constante;
Ni dar puede al olvido,
Cuanto emprendiste por tu patria, Guido. (2)

Y el dulce voto al consagrar ardiente
A su gobierno sabio,

---

(1) El señor Bier, D. Antonio González Balcarce, general en jefe sustituido del ejército de los Andes, es el jefe del estado mayor general.

(2) Don Tomás Guido, oficial mayor de la secretaria de estado en el departamento de guerra y marina y diputado de esta capital ante el director supremo de Chile, se ha hecho acreedor al reconocimiento público por su actividad, su conducta diplomática, y su vasto génio. Ha sido muy recomendado por el Excmo. señor Capitán General de los Andes en oficio del 11 de Abril.

No halla expresión que corresponda al labio,
Y en su silencio, sus transportes siente;
Este cuerpo no sabe
Volar tan alto, otro feliz lo alabe.

Urna preciosa, que los restos llevas
Del héroe que ha finado,
Un genio absorto se postró á tu lado
Cuando á la patria el monumento elevas;
¡Ay! ella les da loores,
Los baña en llanto, y les derrama flores.

A LA HEROICA VICTORIA DE LOS ANDES

EL 12 DE FEBRERO DE 1817 EN LA CUESTA DE CHACABUCO

ODA *

¿Será que al fin no asomará la mano
Que enjugue, patria mía,
Ese llorar que te brotó del día
Que en Rancagua halló tumba el araucano?
¿No habrá á Chile consuelo?
¿Oh al Sud sin culpa ha de aherrojar el cielo?

* La Lira Argentina pág. 137 firmada: Un soldado de la libertad. Está incluida en la colección en la pág. 58 allí aparece firmada por Juan Ramón Rojas.

¿La América verá de San Felipe
Otra serie de males?
¿Oh el Perú malhadado á sus umbrales
El azar aun tendrá de Sipe-sipe?
El anárquico bando
¡Del pueblo irá la majestad minando?

Mirad los hijos de Colombia cara
Cual mies que el fuego enciende.
¡Cómo los brazos el opreso tiende
Cerca el puñal que el español prepara!
!Ay! los veo divididos
Caer á la tumba, en deshonor sumidos.

Más no hay desesperar: que el genio mismo
Hoy suscita el guerrero (1)
Que de la patria el esplendor primero
Renovará sin fin. Su alto heroismo, (2)
Su tesón, su constancia,
Epoca harán, que imponga á la distancia.

En tres años de horrores repetidos
Que inundan nuestro suelo,
El héroe San Martín fija su anhelo
En educar soldados aguerridos;
Y á par que ve el estrago,
Medita solo en recobrar Santiago.

---

(1) Hoy exita al guerrero. Colección de Poesias Patriotas, pág. 58.
(2) Renovará sin fin su alto heroismo. (Colección pág. 58.)

Ni de los Andes destempló su aliento
La enhiesta cordillera;
Ni la hueste opresora que lo espera,
Ni la pobreza suma: á todo evento
Superior, lee en su suerte
El grande lema: *Libertad* ó *Muerte.*

¿Dónde te lleva ese furor sublime,
Caudillo denodado?
¿Las serias consecuencias has pesado
De tu empresa atrevida? ¿No te oprime
La idea de retirada?
¿La rigidez? ¿Y la distancia es nada?

Más todo está á tu alcance, y la alta mente
Obstáculos allana
Que sondeó tu saber.... Ea corre: ufana
Orne la palma tu lumbrosa frente;
Y esclavos á millares
Venguen, al caer, los ultrajados lares.

Vuelve á los climas de la opuesta sierra
Tu nombre y loor eterno:
La égida viste, que te dió el gobierno;
Que amigos cuentas los que el país encierra
Corre al ataque....¿Qué haces?
Hé allí la gloria y tus marciales haces.

La hora sonó....el general se mueve (1)
Que la alma patria guia.

(1) Sonó la hora...el general se mueve. (Colección pág. 60.)

Ya se avista la inmensa serranía;
Ya el pié deshace la escarchada nieve.
Los Andes que divisa,
Ya los domina; ya su falda pisa.

¡Héroe, salud! Muy más hoy te levantas
Que Anibal de Catargo
Cuando al trepar los Alpes, el estrago
Lleva marcado, do fijó las plantas:
La barrera salvaste:
Tuyo es el triunfo: el Rubicón pasaste.

Hélas, que al paso, las columnas fuertes
Te buscan del ibero:
Las miras, las provocas, y tu acero
Fundió sobre ellas cual el rayo. Inertes, (1)
Sin plan, de terror llenas,
La fuga emprenden, que las salva apenas.

Más Chacabuco al frente .... y de su cuesta
El opresor te incita
Que el contraste olvidó. Suena la grita;
Y en las maniobras que al subir apresta,
En su tropa y terreno
Triunfos se ofrece, de ventajas lleno.

Cada palmo, no obstante, nuestra gente
Gana y de sangre riega:
Ya se enciende la bárbara refriega;

---

(1) Cayó sobre ellas cual el rayo. Inertes, (Colección pág. 60.)

Ya el clamor retumbó del combatiente;
Y se confunden luego
El relincho, el clarín, la voz, el fuego.

Entrambos trozos en distintos puntos
Que eran uno dijeras:
Ora dóblase el fundo; las hileras
Ora deshechas son. Bátense juntos,
Y en la tendida sierra
Caen unos y otros, que en su seno entierra. (1)

El bizarro Leonidas que al indiano
Valor y orden encarga,
Sus falanges alínea; va á la carga;
Y desbarata, y unde sable en mano:
Los tiranos lo vieron,
Y los libres, *¡Oh triunfo!* repitieron. (2)

Cual Augereau y Napoleón mirando
De Lodi el feroz puente,
Dos aguilas empuñan; y la gente
Va á la inmortalidad, su ejemplo obrando;
Tal, hijo de la gloria,
San Martín por sí lleva á la victoria.

Héroes de Chacabuco, nombre eterno,
A la ínclita bravura
De esfuerzos tan gigantes: ya asegura

(1) Caen unos y otros, que su seno entierra. (Colección pág. 61.)
(2) Y los libres: ¡triunfos! repitieron. (Colección pág. 61.)

Chile su libertad; y en gozo tierno
Por sus bravos os canta:
¡Vivid, vivid autores de obra tanta!

¡Y vosotras, ó sombras inmortales!
Que en la arena quedasteis,
Y la victoria, el timbre asegurasteis
A la posteridad: en los anales
Sereis en metro ardiente
A Chacabuco unidos tiernamente.

Recibe loores, paternal gobierno,
Que así el plan protegiste.
Y tú, jóven virtuoso (1), que insististe
En tal empresa con tesón eterno,
La patria hoy elevada
Os bendice en tan ínclita jornada (2).

Y vosotros del pais prole querida,
Abrios á otra esperanza,
Que ya el genio del Maule se alabanza
Al cerro de Anconquija; y conmovida
Lima, el feraz Oriente
Se unen á la Nación independiente.

---

(1) Don Tomás Guido, oficial mayor de la secretaría del Estado en el Departamento de Guerra y Marina.

(2) Te bendice en tan inclita jornada. (Colección pág. 62.)

A DON JUAN BERNARDO VELEZ

CARTA SOBRE LA BENDICIÓN DE LAS BANDERAS *

Ya vuelvo á tí mi idolatrado amigo:
Ya derramo de nuevo entre tu seno
De la bondad dechado
Mis sentimientos: ya de gozo lleno
Ledo transmito á tí el dulzor que abrigo.
Oh! y qué divino estado
Qué época tan distante y diferente
De aquella en que apenado,
Mis tristes ansías, mi dolor ferviente
Lloraba, herencia del viváz Cupido,
Cuando mi lira ardiente
Mostró mi alma colmada de tristeza:
De mi tristeza atroz que modulaba
La inaudita crudeza
De mi dueño querido
Y mi pasión y mi penar pintaba
Hundiéronse; ay! en la caverna oscura
Del tiempo estos instantes,
Y suscitó en su cólera el Eterno

---

* Copiado de la colección formada por el Dr. D. Pedro J. Agrelo m. s. de D. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Sen. Nal.

Una aflicción mas dura
Que aquella infausta que dolióme en antes
El aterido invierno
De nuestra suerte triste
Al bretón orgulloso
Trajo á las playas que en tu patria viste;
Llorando el argentino
Su perdido reposo
Y el lúgubre esperar de su destino
En mi dolor absorto
Henchido de feroz melancolía
Y el ominoso vuelo me era corto
Para llorar del malhadado dia:
Y á la par que gemía
El triste cuento nuestro lamentaba
Con cítara armoniosa.
Deslizábase el tiempo y engañaba
A las horas fugaces,
Y el imán de la rima sonorosa
Al país de las ficciones conduciendo
Mis penas contumaces
Ya minoraba mi pesar horrendo.
Más tiremos el velo á aquella escena
Y un cuadro salpicado
De unas tan negras tintas detestemos,
Que espectáculo tal ¡ay! nos apena.
¿A qué angustiar queremos
De nuevo un pecho á los contentos dados?
Borremos unas líneas tan terribles
Y el pincel tire diestro.

Cansado el Hacedor de los mortales
De derramar la mísera amargura
De tan contínuos males
Sobre los pobres días
Sembrados en su tiempo de dulzura,
A las súplicas
Atiende, y olvidando los agravios
Una afable sonrisa
Hace vagar por sus eternos labios,
Que de su paz, alianza nos avisa
Suscita un héroe fuerte
Un caudillo inflexible y denodado
Que ya tropas levanta
Ya afanes sufre intrépido y osado,
Ya se espone á la muerte
Y junta gente tanta
Que al poco tiempo su victoria canta.
Déjame un rato abandonarme entero
A idea tan gustosa
Y repetir á par de mi entusiasmo:
« Buenos Aires famosa
« Tus hazañas heróicas son el pasmo
« Del orbe todo y pruebas de su esmero:
« Vive de hoy fortunada
« Muy más allá del tiempo, y reverente
« Te doble la rodilla
« La Gran Bretaña osada
« Y venza, y corra ya de gente en gente
« La gloria de la América y Castilla.
« Pura, felice patria, y rauda vuela

« En alas de la fama
« Y el muy noble argentino
« Que tus timbres anhela
« Llegue ferviente al inmortal destino
« Del terso honor que ama
Y que el ibero ufano
Mire grato al humilde americano.
  Más ¿do voy? dulce amigo
Yo me estravío al momento
Y estático me embebo y arrebato
Al repasar contento
Viva á la par contigo
Este noble ardimiento
Y muy gustoso sus quilates trazo
Yo, si de mi salido, me consuelo
Que á paso presuroso
Llega el feliz momento ¡ilusión grata!
A la que me abandono... ¡esplendoroso
Dia cuya aurora en el fulgente cielo (1)
De mi patria rayó! Más! ah insensata
¡Idea! Do vuelo? qué discurro? qué oigo? (2)
Si allá Bernardo es tu despierto ingenio
Penetras lo que pasa
En este pecho mío, si aquel genio
Tu discurso compara
Que alumbra y rige á tu extremado amigo,
Dispensa si me excedo,
Y los ratos que por mi patria siento,
Si tus ideas ofenden,

(1) Verso mal medido en el m. s.
(2) » » » » » »

Deséchalos, pero sabrás de cierto
Que nada mas pretenden
Que una fortuna que esperar no puedo
Y hablando siempre, compendioso quedo.
Cayó, si amigo, el pertenaz britano
Y de entonces rompióse el denso velo
Que antes, nos facinaba: el rudo hispano
El impávido galo, el argentino
Después de alzar la voz con noble celo
Proscribiendo al insigne, y repitiendo
Unánime continuo
No quiero: yo no quiero: esto pretendo...
Tratan de dirigir el voráz fuego
Que había prendido en el su heróico pecho,
Y en una misma pira
Ardiendo todos en igual derecho
Cualquiera de ellos conspira
A adiestrarse muy luego
En el bélico arte,
Y obsequio prestan al soñado Marte
Viva convocatoria
Aquel valor ingente
Ya brotando antes, relució más claro
Con resplandor fulgente:
Y al templo augusto de la invicta gloria
Corrimos sin reparo
Trepando con descaro
Por vías árduas dignas de memoria
Que mas encubran nuestra excelsa historia.
¡Oh mi amigo! si vieses

Un mil y un mil y miles de habitantes
Que hoy estrecha la madre patria amada
En su área afortunada
Amigos, y constantes
Respirando unos mismos sentimientos
Animando placenteros y contentos
Da una prueba alzada
De su fidelidad! no, no creyeses
Que era la capital la de otras veces
¡Oh! si mirando, bostezando al dia
En brazos de las horas aun pintando
Con sus dedos de rosas
El lindo emporio de la esfera hermosa
La refulgente aurora, y ya sonando
El clarín y atambor estrepitoso,
Y la alegre y confusa gritería
De nuestros habitantes
Yendo á fatigas! ay! que odiaban antes
Con paso presuroso!
Cual, Velez, te llenaras
De marcial entusiasmo! Cuánto fuego
Discurriría en tus ardientes venas!
Cuán grato te sería el desosiego
Cuando consideraras
Que ya rotas estaban las cadenas
Que aherrojó el despotismo... si escucharas
El bélico sonido
Del cañón relumbroso
Y si absorto miraras
La ondeada harmonía

De un batallón alegre y numeroso
Con los fuegos que envía
Haciendo noche con el humo unido
El esplendente día!
Desde el oscuro súbito saliendo
Otras luces recientes y mas vivas
Y el tun, tun, recorriendo
Del uno al otro extremo!
A emociones tan dulces y afectivos
Te darias todo, al autor supremo
Mil gracias demandaras
Y al jefe invicto y á su gente loaras
Si al decrépito anciano
A la virgen tiernecita, al jovencillo,
A todos, todos valentía brotando
Corriendo ansiosos á partir fervientes
El lauro con nosotros, soberano
Miraces!... ¡oh, mi amigo!... mas yo humillo
Tan relevante mérito, pintando
Con mi escaso caudal tal heroismo
Que orna la sien de estas muy nobles gentes
Y el verla solo estático me abisma.
Quien dirá que mi patria estancia quieta
No reinaba la paz, donde albergaba
Una suma inacción y confianza
Con posesión completa;
Confianza ¡ay! perniciosa, así saliera
Del letargo que toda la embargaba
Y su mansión el Dios Mavorte hiciera
En el asilo que antes detestaba?

Yo me extravío entre los laberintos
De mi razón metido,
Y una tal metamórfosis no explico.
Dejemos los misterios tan distintos
A otra pluma mejor; mientra abatido
Aunque de vena poética algo rico
Te cuento de un honor que hemos tenido.
  El nueve del corriente ya alistados
Los patricios en el manejo y modo
De las armas, quisieron
Dar auténticas pruebas esmeradas
De su valor, pericia y sobre todo
De leales al rey y Dios que le dieron:
Y pues tres son los nuestros batallones
Fueron á bendecirse sus pendones.
  Nuestras filas, compuestas y arregladas
En grupos diferentes
Con arrebatadora melodía
De una celestial música marcharon,
Y la orquesta divina presidía
Nuestras marchas pausadas
Convocando las gentes
Por tal espectáculo apiñadas
Desde el largo Retiro do empezaron
A andar, hasta la Catedral que entraron.
Las calles alfombradas de mil flores
La escena presentaban mas rumbosa
Y al compás de cromáticos sonoros
Y una á la par de esencias y de olores,
La atmósfera de vivas se poblaba

Que un pueblo inmenso, con su voz graciosa
En uniformes coros
Con alegría exausta modulaba
Y el alma dentro el pecho vuelos daba.
Las rosas y claveles que caían
De todos los balcones
Una nube odorífera fingían
Muy densa y apiñada,
Y nuestros aguerridos batallones
Que de ella se cubrían
Figuraban un genio, que de fiesta
Y de mansos favonios conducido
A visitar se apresta
Al mortal de su mal compadecido
Y vuelve y sube hasta el Olimpo erguido
Los invencibles cántabros propicios.
Con hermanal contento
A nuestra guardia entonces recibieron
Y el métrico concento
De viva nuestra patria, y los patricios,
«Con nobles montañeses»
Hacía aquí las veces
De los triunfos que en Roma se veían
Que al emporio del mundo ennoblecían.
¡Cual torrente de gloria nuestros pechos
Entonces inundaba! Cual gustoso
Nos era ver á un pueblo ya ilustrado
Que volvía á nuestra patria sus derechos
Que un vil había ultrajado
Fuimos á par de un pueblo numeroso

Hasta aquel lugar santo
Do el Dios y majestad grande preside
Llenando el alma de pavor y encanto
Un silencio y cristiano recogimiento
Y la deidad tremenda
Que tierra y cielo con un dedo mide
Le veía en los semblantes: á la ofrenda
Del holocausto incruento
Le unía los sacrificios
Que exhalaban ferviente los patricios.
Allí la opaca nube
Formada del incienso y—
Hasta los cielos sube,
Y cubre el trono augusto
De la alta majestad... ¿Mas hay quien saque
Copia bien imitada
De aquel divinal busto
De acción tan religiosa y sagrada?
Nuestras banderas, tres, luego subieron
Y por nuestro prelado bendecidas
A la plaza salieron
Y nosotros juramos dar las vidas
Por conservar depósito tan rico.
¡Cual amigo llenáraste de gozo
Si vieras que la plaza
Era un lugar muy chico
Una area muy escasa
Para encerrar tan dilatados trozos
De soldadesca armada!
Toda ella se notaba coronada

De las tropas guerreras,
Que el distintivo llevan de su anhelo
En catorce banderas
Pruebas de su lealtad y de su celo.
Este grandioso cuadro me arrebata
Y lleva mi entusiasmo hasta el extremo,
Y me avisa ¡oh que día! no dilata
El bonanzón instante
Que con ruego anhelante
Pido ferviente al Hacedor supremo.
El Cabildo se muéstra placentero
Y otro y otro día
El estandarte insigne custodiamos
Viendo igual alegría
En todo el pueblo entero;
Y solo deseamos
Dar mas pruebas del celo que encerramos
Yo, Bernardo, concluyo,
Disimula te ruego mi entusiasmo,
Pues pide tanto tanta grande gloria.
A la posteridad dará ella pasmo,
Al orbe inmenso servirá de ejemplo,
Para mayor prez suyo
Y segun yo contemplo
Ella eternizará nuestra memoria
Que es aurora de una gran victoria.
Esas huestes de Albión tan codiciosas
Trasládeme á este país guerrero
Que hallareis á millares Washingtones
Y el trofeo estas falanges victoriosas

Llevarían por entero
Banderas apresando y batallones
Del ambicioso rey Jorge tercero.
Mas ¿te canso? Ya basta. Adios, mi amigo
Mi amor siempre es y lo será contigo. (1)

---

(1) La composición tiene muchos versos mal medidos, pero la incluímos tal como está en el manuscrito á fin de no alterar su valor histórico.

EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL

CANCIÓN PATRIÓTICA *

CORO

Viva compatriotas
Nuestro patrio suelo
Y la heroica Junta
De nuestro Gobierno.

Heroicos patriotas
En unión cantemos
A la madre patria
Sonoros concentos.
Ella que os ofrece
Tesoros inmensos,
Unión fraternal
Solo os pide en premio.

---

* Apareció en la Gaceta el Jueves 25 de Octubre de 1810, núm. 21; página 335; con la siguiente Carta Dedicatoria:

Exmo. Sr. Presidente y Vocales de la Junta Gubernativa de estas Provincias.

Exmo. Señor.

El amor y el agradecimiento concurren á presentar á V. E. esta canción patriótica; aunque siendo el obsequio tan corto, es preciso deje al agradecimiento empeñado y al amor mal satisfecho. Tributo tan humilde, ni para el agradecimiento es recompensa, ni para el amor bizarría.
Mi amor á la Patria se mide por mi obligación, y la obligación es tan grande que solo puede satisfacer con el amor. No hay cariño más noble que aquel que nace del agradecimiento; ni agradecimiento más feliz que que aquel que solo puede pagar el cariño. Carga el hijo con la deuda del padre: pensión que impuso la ley natural á su ilustre cuna; y al fin, el agradecimiento queda desconsolado porque no puede corresponder de otro

CORO

Cantemos alegres
Himnos, pues tenemos
La aurora felice
En nuestro hemisferio.
Ya está en nuestra esfera
El brillante Febo,
Dejando en su ocaso
Los celajes negros.

CORO

Si ayer oprimido
De América el suelo,
Era de sus hijos
Duro cautiverio:

---

modo, y el amor triste porque, lo que es obligación no puede llamarlo fineza.
Yo, que estrechado con la obligación que adeudo á la patria mía, solo puedo corresponder con las demostraciones del cariño (entretanto que V. E. se digna proporcionarme el que contribuya con mis servicios personales,) le dedico este pequeño obsequio en honor de la justa causa que defiende la heroicidad de V. E.
El objeto de mi obra solo es el de estimular la juventud patriótica á la defensa de los sagrados derechos de la patria, y con tan loable fin espero quedar indultado en el juzgado de la censura de los yerros que ésta descubra en mi canción.
Todo el mérito de la ofrenda está cifrado en la voluntad con que la consagro; y si á esta la empobrece la pequeñez del autor, sobra para enriquecerla la magnanimidad de V. E. á quien suplico rendidamente se digne por un efecto de su benignidad admitir este pequeño tributo de mi humildad.
Dios guarde la importante vida de V. E. muchos años para felicidad de nuestra patria.

Exmo. Señor:

El más atento subdito y humilde servidor.
Q. B. L. M. de V. E.

EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL.

Hoy á todos llama
Con reclamos tiernos,
Para hacerles ver
Que libres nacieron.

CORO

No es la libertad
Que en Francia tuvieron
Crueles regicidas
Vasallos perversos;
Si aquellos regaron
De su patria el suelo
Con sangre, nosotros
Flores alfombremos.

CORO

La infamia y el vicio
Fué el blanco de aquellos;
Heroica virtud
Es el blanco nuestro.
Allá la anarquía
Extendió su imperio;
Lo que es en nosotros
Natural derecho.

CORO

Nuestro Rey Fernando
Tendrá en nuestros pechos
Su solio sagrado
Con amor eterno.

Por Rey lo juramos,
Lo que cumpliremos,
Con demostraciones
De vasallos tiernos.

CORO

Más si con perfidia
El Corso sangriento
A nuestro monarca
Le usurpare el cetro,
Muro inexpunable
En unión serenos,
Para no admitir
Su tirano imperio.

CORO

Si la dinastía
Del Borbón excelso.
Llega á recaer
En José primero,
Nosotros unidos
Con heroico esfuerzo
No hemos de adoptar
Su intruso gobierno.

CORO

La América tiene
El mismo derecho
Que tiene la España
De elegir gobierno.

Si aquella lo pierde
Por algún evento,
No hemos de seguir
La suerte de aquellos.

CORO

Todos los mandones
Crueles pretendieron
Vender nuestra sangre
A tan bajo precio;
Pero en esta feria
La venta perdieron
Porque ha superado
Nuestro patrio genio.

CORO

La infame doctrina
Del víl Maquiavelo
Esos egoistas
Tenaces siguieron;
Sin amor al Rey,
Ni á la patria menos,
Son de nuestra ruina
El cruel instrumento.

CORO

Nuestra desunión
Fué el primer proyecto
Que para destruirnos
Inventaron ellos.

Heroicos patriotas,
Ahora estais á tiempo
De hacer que se frustre
Un plan tan funesto.

CORO

Amor, paz y unión
Sean nuestro objeto,
Y la religión
Del Dios verdadero.
Con las bellas artes
Será nuestro suelo
Otra antigua Roma..
Paraiso ameno.

CORO

Guerras intestinas
Destruyen los reinos,
Pero con la unión
Se forman imperios.
Unión compatriotas,
Que así triunfaremos,
Sellando en los fastos
Futuros recuerdos.

CORO

Si hubo un Washington
En el Norte suelo,
Muchos Washingtones
En el Sud tenemos.

Si allí han prosperado
Artes y comercio,
Valor compatriotas,
Sigamos su ejemplo.

CORO

Nobles Peruanos,
Heroicos Limeños,
¿Hasta cuando dura
El letargo vuestro?
O sois insensibles,
O yo no os entiendo,
Pues no desplegais
Vuestros sentimientos.

CORO

La patria exclamando
Dice en sus acentos:
Hijos, despertad,
Levantad del suelo.
Y á tan tiernas voces
Hermanos ¿qué hacemos?
Vamos á vivir
Con honor eterno.

CORO

¿Y sereis omisos
Nobles compañeros,
Si la patria implora
El auxilio vuestro?

Pues ella os invoca,
Llegad que ya es tiempo
De hacer por la patria
El último esfuerzo.

CORO

Venid, no temais,
Nos está diciendo,
Que la causa justa
La protege el cielo.
Ya nuestros hermanos
Marchan placenteros
A erigir los bustos
De su mausoleo.

CORO

Sus yertas cenizas
Serán con el tiempo
Eterna memoria
De sus nobles hechos:
Las futuras gentes
Con sumo respeto
Al pie del sepulcro
Cantarán diciendo.

CORO

INDICE

Esteban de Luca:

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO II—LA REVOLUCIÓN

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

(TOMO III)

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO III — PAZ Y LIBERTAD

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

PAZ Y LIBERTAD

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR
JUAN CRUZ VARELA

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

DOCTOR JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

El doctor don Juan Crisóstomo Lafinur nació en las minas de la Carolina, en la provincia de San Luis, el 27 de Enero de 1797. (1)

Siendo todavía estudiante de la Universidad de Córdoba, abandonó las aulas y los libros para alistarse en las filas del ejército del Norte, cuando el general Belgrano se dirigía á ponerse á su frente y vengar el desastre de Huaquí con los lauros inmortales de Tucumán y de Salta.

Lafinur era un espíritu selecto que procuraba siempre realizar el impulso de sus nobles inspiraciones con el más perfecto dominio de los asuntos en que intervenía; y siguiendo esta norma de conducta, al dejar la toga por la espada, pasó de las clases de la Universidad á las de la Academia de Matemáticas, en donde el virtuoso general Belgrano instruía y disciplinaba, en medio de las marchas, á la juventud destinada á enseñar en cualquier momento al frente de sus soldados, que, verdaderamente: *dulce et decorum est pro pratria mori.*

---

(1) Don Juan M. Gutierrez dice que era cordobés.

Tanto más mérito debemos ver en esta actitud del joven estudiante cuanto que ella importaba romper con todas las consideraciones de familia, habiendo sido expulsado del hogar paterno á causa de sus entusiasmos revolucionarios.

Los datos biográficos que hemos podido consultar no nos permiten establecer el tiempo que Lafinur permaneció en el ejército, ni los grados militares que en él alcanzó. El señor M. A. Pelliza (1) admite que esta permanencia fuese hasta que el general San Martín se recibió del ejército de los Andes. Lo cierto es que, en 1819, se encontraba en Buenos Aires dedicado á sus estudios predilectos, que eran los filosóficos y literarios, pues ese año, obtuvo por oposición la cátedra de filosofía del colegio «Unión del Sud», empezando desde entonces á destacar su figuración en el mundo de las personalidades más sobresalientes.

Según referencias recogidas por don J. M. Gutierrez, Lafinur era un hombre de fisonomía muy expresiva y de mucha sensibilidad. Tenía pasión por la música y tocaba muy bien el piano, lo que le servió también como un recurso para ganarse la vida después que abandonó las filas del ejército, siendo maestro de música, profesor de filosofía y periodista.

Según noticias recogidas por el señor Gutiérrez, su afición por la música era tanta, que alguna vez se le vió gastar en piezas de música cuanto dinero tenía.

Cuentase también de él, que era sumamente distraído, al extremo de que muchas veces iba á alguna

(1) Revista Literaria núm. 7 de 1 de Agosto de 1875.

casa amiga de visita, y solía salirse olvidándose el sombrero y el bastón, que debía luego mandar á recojer.

Su avanzado volterianismo y sus tendencias liberales, lo obligaron á sostener acaloradas polémicas con los hombres más sazonados en el ambiente universitario de su época; pero de todas ellas resultó siempre airoso, ganando reputación con el prestigio de su gentileza, su ilustración y su talento.

Era muy elecuente é improvisaba con mucha facilidad.

En Buenos Aires escribía en «El Curioso», que redactaba con Camilo Enriquez.

En 1822 pasó á Mendoza, donde fundó un colejio y publicó un periódico titulado «Verdadero amigo del país». Pero sus ideas iban degenerando en volterianismo puro, y acosado por sus opositores, se vió obligado á salir del país, dirigiéndose á Chile. Al año siguiente se recibió de abogado en la Universidad de Santiago y se casó con una señorita de Valparaiso. Murió ese mismo año, cuando apenas contaba 30 años de edad.

En sus últimos momentos abjuró completamente sus errores y recibió los auxilios de la religión.

Las poesías que se conocen de Lafinur son muy pocas.

Su canto fúnebre *A la muerte del general Belgrano*, y su oda *A la oración fúnebre pronunciada en la Catedral de Buenos Aires* por el prebendado DON VALENTÍN GÓMEZ EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL BELGRANO, han sido siempre muy celebradas. Algunos han considerado á Lafinur como el poeta romántico de aquella época clásica, pero sus poesías no demuestran esa tendencia,

ni en el fondo, ni en la forma; por lo que creemos que tal opinión solo tenga por base el conocimiento de algunos hechos de la vida del hombre, que autorizarían á suponerlo poseído de esa inclinación peculiar de los temperamentos nerviosos, que los lleva á adoptar actitudes en dasarmonía con las de las demás personas, y que los hace aparecer como maniáticos geniales ó excéntricos raros.

Así, se dice (y el dato lo ha registrado don J. M. Gutierrez en sus apuntes), que: estando ya próximo á expirar, pidió Lafinur que viniera una orquesta á su cuarto y que estuviera ejecutando trozos de su repertorio predilecto, para poder él cerrar los ojos entre sus acordes.

Las poesías de Lafinur son muy desiguales, su estilo es muy desparejo y su entonación muy accidentada, lo cual no puede atribuirse á modalidades de escuela, sino á falta de seguridad en su estro.

Hasta en las ideas se nota esta incongruencia; pues buen chasco se lleva quien pretende encontrar en las poesías de Lafinur el volterianismo de que le acusaran sus contemporáneos. El espectáculo de la destrucción y de la muerte, hace olvidar á su snobismo filosófico todas las dudas alardeadas en la cátedra; y buscando en los auxilios de la moral el tesoro de los consuelos más inefables, empieza por preguntarse á sí mismo, porqué se conmueven los justos y porque pueden temblar las lozas desquiciadas de un sepulcro:

¿Porqué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas lozas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?

Le ha bastado al poeta poner los ojos sobre el cuadro que circundan los pálidos hachones, para que el nombre de Dios brotara de sus labios. No debía pues ser muy fuerte su alardeado escepticismo.

Lafinur es poeta mediocre. No tiene el entusiasmo de Luca, ni la galanura de Varela, ni la fogosidad de Rojas, ni la intención de Rodriguez.

Tiene, como Lopez, fecundidad de ideas, abundancia de razonamiento y de discurso; pero le falta virtuosidad, elegancia y donaire.

JUAN CRUZ VARELA

Juan de la Cruz Varela nació en Buenos Aires, el 24 de Noviembre del año 1794, y murió expatriado, en Montevideo, en 23 de Enero de 1839. Estudió humanidades en el Colegio de San Carlos, teniendo por maestro de latín al Dr. D. Víctor Achega, de filoso-

fía al Dr. D. Francisco José Planes, y por condiscípulos, entre otros, á los señores Juan Manuel de la Sota, Miguel Rivera, Ramón Díaz y Eugenio Necochea (1). Hizo sus estudios superiores en Córdoba, en cuya Universidad graduose en Teología y Cánones en 1816.

Fué Secretario del Congreso Nacional de Tucumán hasta la disolución de esa Asamblea.

Posteriormente, el año 1820, al recibirse del mando de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires el general D. Martín Rodríguez, fué nombrado oficial 1º de la Secretaría de Gobierno.

Amigo y colaborador entusiasta de Rivadavia, puso al servicio de los planes de organìzación y reforma de aquel gran estadista, su bien cortada pluma de escritor chispeante, crítico humorista y fustigador tenaz de todo despotismo, habiendo hecho célebres las columnas de «El Mensajero Argentino», «El Tiempo», «El Centinela», «El Porteño», y demás diarios que redactó en Buenos Aires; así como las de «El Patriota», en que escribió durante su expatriación, luciendo su erudición y su talento, en levantadas discusiones y controversias de economía, de política y de derecho.

Habiendo pasado en Córdoba los años más propicios al favor de las diosas del castalio coro, y habiendo

(1) De la Sota escribió la Historia antigua de la República Oriental.
Díaz fué magistrado y colaboró en la edición de la «Lira Argentina».
Rivera fué médico y completó sus estudios en Europa por cuenta del gobierno.
Necochea era militar, como su hermano D. Mariano; llamado el Aquiles argentino por el cantor de Junín.

sido dicha ciudad el escenario de su primer amor, fué también la cuna de sus primeros versos, escritos, según él mismo lo dice (en el prólogo de su colección, publicada muchos años después de su muerte, en 1879) á impulsos de una afición invencible á la poesía. Este prólogo, sonoro, dulce y melancólico, firmado en Montevideo el 15 de Noviembre de 1831, es realmente una autobiografía de Varela; y respetando la intención y el momento solemne en que lo escribiera, hacemos uso exclusivo de sus datos, renunciando á la fácil tarea de ampliarlos con los innumerables relatos que, perduran todavía, sobre el carácter y la vida de este poeta.

Así, sabemos por él mismo, que, mezclado desde muy temprano en la política, sin haber estado en su mano evitarlo, había actuado durante catorce años, viéndose envuelto en las agitaciones de la revolución y resultando una de sus víctimas.

Desterrado de Buenos Aires, desde el 12 de Agosto de 1829, y asilado en Montevideo, pudo dedicarse con más exclusividad á sus aficiones literarias; y como cultor eximio de la belleza de las ideas, de la gracia de las formas y la armonía de las expresiones, se puso á la obra magna de corregirse á sí mismo, revisando todas sus poesías, sin menosprecio de las que escribiera cuando solo tenía 17 años.

Con este motivo, dice: «A los 17 años de mi edad me pareció que yo era poeta; á los treinta y siete años, y después de un estudio constante de Virgilio, de Horacio y de las obras de los grandes ingenios

que en los siglos modernos han sabido apreciar el tesoro que nos dejó la antigüedad, ni me engaño á mí mismo, ni sé si mis poesías hallarán un censor más rígido que yo ».

El consideraba que sus versos, serían el único caudal que legaría á sus hijos; y puso en esta revisión tanto cuidado, que, algunas composiciones han resultado hechas casi de nuevo. Habiéndolas reunido por orden cronológico, vemos comprobado lo que él también nos dice: que en su juventud se dedicó casi exclusivamente al género erótico; pero que después lo abandonó y condenó al olvido la mayor parte de sus poesías amatorias, exceptuando solo á aquellas que podían, sin inconveniente, salir del círculo íntimo de sus amigos.

De cultura eminentemente clásica y de gusto refinado por el ambiente de exquisita sociabilidad en que actuara toda su vida, era un erudito de los poetas griegos y latinos, habiendo dejado traducidos los dos primeros libros de la *Eneida* (1) en forma tál, que obliga á decir á uno de sus censores más acervos: «el estilo es puro y agradable, la versificación corre fácil y sin tropiezos», si bien luego añade: «pero el uso frecuente de los pareados quita á esta versión dignidad clásica, y, por otra parte, el trabajo tiene visos de improvisación, y no siempre es fiel á la letra, ni menos al espíritu de Virgilio» (2), por más

(1) «Revista del Río de la Plata», Tom. 9, pag. 192.

(2) M. Menendez Pelayo. «Antología de poetas Hispano-Americanos», Tom. 4, pag. CXXXI.

que el mismo señor Menendez y Pelayo se haga eco del modo de pensar y de entender que respecto al papel del traductor tenía D. Juan de la Cruz, transcribiendo algunos párrafos de una carta de Varela á D. Bernardino Rivadavia, fechada el 29 de Abril de 1836 (1), los cuales prueban todo lo contrario á lo que sostiene.

Pero todavía prueban mucho más los siguientes, de la misma carta: « Desde luego hay poetas latinos, cuyo texto más oscuro que el del Mantuano, y cuya dicción, por decirlo así, más complicada, parece que deberán embarazar más al traductor. Juvenal el primero, y Horacio mismo, entran en este número. Mas yo creo que la simplicidad magestuosa, la claridad sublime, el estilo de Virgilio, siempre elevado, pero siempre fácil, hacen más espinosa la traducción de sus obras. Supuesta la instrucción necesaria, bastan para vencer las dificultades que presenta el texto de los otros, un conocimiento perfecto del idioma latino, y el trabajo de confrontar las varias lecciones y de consultar los mejores intérpretes. Pero no basta esto para traducir bien á Virgilio: el que vertiera sus *versos con claridad, pero con prosaismo; y el que dijera, en cualquiera de nuestras lenguas, lo mismo que él dijo en la suya, sin añadir ni quitar cosa alguna, pero que lo dijera en un estilo obscuro, en una poesía enigmática, y con frases complicadas, distarían igualmente de lo que es aquel modelo, y no darían de él una idea aproximada. Así que, yo*

(1) Rev. del Rio de la Plata, Tom. 3, pag. 403.

pienso que lo que debe sobre todo procurase traduciendo al Mantuano, es imitar su estilo y conservar sus bellos colores; y esto precisamente es lo que desespera al que pretende traducirle.

Un verso, por sonoro y elevado que sea, si no tiene la fluidez, la elegancia y melodía que distinguen á los de Virgilio, no se parecerá jamás á ellos. *Esto es lo que yo creo que no han comprendido bien los traductores de que yo tengo conocimiento; y esto es lo que me ha hecho siempre sentir, como quizá lo he significado á Vd. alguna vez, que Virgilio no haya sido traducido por* Racine. En cuanto yo conozco en poesía, nada encuentro más parecido á los versos del épico latino que los del trágico francés, á pesar de ser tan diverso uno y otro género. Y bien, pues; yo, que pienso así, y que estoy íntimamente convencido de que tal pensamiento no es errado, ¿habré conseguido, no digo ya imitar, pero dar siquiera una idea en mis pobres versos, de lo que son en sí mismos los de mi inimitable modelo? ¿Habré remedado de algún modo lo que Vd. llama, tan propiamente, el canto de Virgilio?»... «Otra cosa que no debe de perderse de vista un momento al traducir á los antiguos, es que, no son modernos. Vd. sabe bien lo que quiero decir con esto; y creo no aventurar nada en asegurar que muchos traductores de Virgilio, Delille muy especialmente, no se han fijado bien en la importancia de esta observación»...

«Para hacer una buena imitación de los versos de Virgilio, es necesario tener también un corazón muy

sensible, una fibra muy delicada. Virgilio es el poeta del corazón...

«Ahora diré á Vd. algo sobre el mérito de la concisión de las traducciones y sobre el número de versos de la mía. Desde luego, la precisión es un gran mérito en toda clase de escritos, y debe aspirarse á ella con empeño; pero yo no creo que para juzgar si una traducción de versos hexámetros latinos en endecasílabos castellanos carece ó no de aquel requisito, sea buena regla contar el número de versos del original y la versión. Tan no lo creo, que jamás he pensado en esto seriamente, y opino con Vd., que eso no solo no puede medirse, sinó que, hasta cierto punto, es indiferente. Pero dejémosnos de ideas generales, y contrayéndonos directamente á nuestro caso, es justo confesar que una traducción del latín al castellano es absolutamente imposible que tenga la misma extensión que el original. Por necesidad debe tener más; y las razones en que esta necesidad se funda nacen principalmente del genio y artificio de uno y otro idioma.»

«Cuando se trata de traducir del verso hexámetro latino al endecasílabo nuestro, existe una razón poderosa, incontestable, que hará forzosamente que esta clase de traducciones contengan siempre muchos más versos que el original. Digo que esa razón es incontestable, porque salta á la vista, por expresarme así. Los hexámetros latinos pueden tener desde 17 sílabas, el que más, hasta 13, el que menos. En el primer

caso, se halla todo hexámetro que conste de cinco piés dáctilos y de un solo espondeo, como este:

Quadrupedante putrem sonitu quasit ungula campum;

y en el segundo, el que conste de cinco espondeos y un solo dáctilo, como este:

Apparent rari nantes in gurgite vasto.

Yo creo que á esto no hay que replicar; y si se agrega esta razón á las otras que dejo indicadas, y que se fundan en la diversa estructura de los idiomas, vea Vd. cuanto debe aumentarse los versos de una traducción castellana sobre los de un original latino en hexámetros. Esto es tan cierto, que Iriarte, en el primer libro de su *Eneida,* ha hecho, con corta diferencia, el mismo número de versos que yo; y la traducción de Iriarte mirándola solo por lo textual y ceñida á la letra, puede llamarse perfecta: en lo demás no se parece á Virgilio.

Por lo demás, mi sistema de traducir á Virgilio no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y usar aún sus mismas palabras, en cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas, que cuando se traduce, presenta la versificación.»

Decir de un hombre que demuestra de este modo tener el más profundo conocimiento de la cuestión que quiere resolver, que su trabajo no es más que el fruto de un entretenimiento ocioso de expatriado, llevando la irritante injusticia hasta el extremo de hacer consistir la dignidad de la entonación y de la

forma clásica, en la mayor ó menor frecuencia con que se rimen versos pareados, para concluir, lanzando, sobre la erguida fantasma del insuperado émulo, la idiosa opinión de que «el trabajo tiene visos de improvisación» como lo hace el Sr. Menendez y Pelayo es tan ridículo, que no es preciso que se conteste, bastando recordar que el Sr. Menendez es también traductor del célebre poema.

Juan de la Cruz Varela, es el poeta de numen más lírico de su generación, el de formas más clásicas, de armonías más suaves, de visión más grande, colorido más bello, entonación más amplia, y lenguaje más puro.

Festivo, enamorado y galante con el bello sexo, su frase es siempre limpia, y agraciada, siendo sus anacreónticos verdaderos poemitas en miniatura.

Entre otros, los que incluimos: «Delia sobre todas», «El enojo» y «Mis recuerdos en la ausencia», son joyas en su género.

Maneja la octava con la soltura de los mejores épicos. Refiriéndose al poema «Elvira», dice D. Juan María Gutiérrez: «la siguiente estrofa es una de las bien hechas y mejor tallada que puede presentar el Parnaso castellano:

> «Tiemble la hermosa, cuando sola, al lado
> De su querido el corazón le lata:
> Que contra el ruego de un amante amado
> Es imposible que el rubor combata:
> El primer beso á la modestia hurtado,
> El primer nudo del pudor desata,

Y arrancada á la flor la primer hoja
Un hálito del aire la deshoja».

«Creemos oir el ruido de la lima sobre estos versos de oro, que tienen según la exigencia de Voltaire, valor intrínseco, brillo y sonido armonioso como las monedas de aquel metal». (1)

La poesía «A mi lira», escrita en 1831, con el ánimo entristecido por los sufrimientos de la patria y las amarguras del destierro, es de una suavidad incomparable; muestra la exquisita delicadeza de sentimientos de aquel corazón patriota, que sin necesidad de hacer uso de maldiciones ni denuestos, como otros poetas de su tiempo lo hicieron, condena y deplora la desolación sangrienta de su país, y busca en los encantos de los blandos sones de su lira, el consuelo de sus penas y el bálsamo de su dolor:

«Ven mi blanda lira
Mi solo tesoro,
Y tus cuerdas de oro
Den dulce sonido,
Que temple mi llanto,
Y acalle el gemido,
Y acompañe al canto,

Se olvida contigo
La negra perfidia,
Y en vano la Envidia
Aguza su diente,
Que envenena tanto;

(1) Rev. del Rio de la Plata, Tom. 1. pag. 39 y 43.

Pues nada se siente
Con tu dulce canto.

Hoy triunfa el delito,
Mas tú, lira mía,
Espera que un día
Venturoso torne,
Y á la Patria amada
La gloria retorne
Que le fué robada».

Es que, como observa muy bien su ilustrado biógrafo Dn. J. M. Gutiérrez, (en el concienzudo y competo estudio que hizo de la personalidad literaria de Varela,) (1) este era: «un hombre de su tiempo, formado en la literatura, en los modelos correspondientes á la época brillante de Luis XIV, y filósofo sensualista, amoldado al sentir de los pensadores que preparon la revolución social del siglo XVIII».

Pero donde el poeta descuella y muestra realmente todo el explendor de su numen, es cuando emplea la oda, para sus cantos. Sus canciones son rotundas, marciales, vibrantes, amplias y magníficas en el pensamiento, en el lenguaje y en la entonación. En este caso, y refiriéndose á la oda «Sobre la invención y libertad de imprenta», el implacable Sr. Menendez y Pelayo llega á dispensarle el favor de decir: «Quintana mismo, á quien el autor va siguiendo paso á paso, y á quien ensalza dignamente al principio de su canto, no hubiera desdeñado algunos versos de

(1) Revista del Rio de la Plata. Tom. 1 pag. 45.

esta composición» (1); pero como el crítico necesitaba *charquear*, la tacha de «discursiva, y poco férvida, aun en la expresión del sincero entusiasmo que el autor sentía por el progreso humano». (2)

No hay peor crítica que la que se hace por comparación, tratando de amoldar el convencionalismo propio de un criterio individual al de otro criterio, que puede haber intencionalmente eludido la semejanza

Es en estos casos, en que un tema ha sido ya explotado por otro poeta, cuando más se patentiza el numen del nuevo cantor; y su facultad de *invención* para descubrir bellezas no percibidas por el otro, le da mayor realce y no mayor desventaja. Pues si ver las mismas bellezas significa poseer iguales privilegios facultativos, ver otras más, es superar la capacidad del primero.

Criticar á una poesía sobre la invención y libertad de la imprenta, de ser discursiva, es lo mismo qne pretender que el poeta se limite á cantar á los tipos, los bancos, la prensa y el papel.

D. Manuel Milá y Fontanals, cuya opinión no ha de disgustar oír al Sr. Menendez y Pelayo, dice: «el artista ve los objetos con los ojos del hombre en general, sin mediar aparato ninguno científico, con los instintos nativos del genero humano, no al través de abstracciones ó de generalizaciones; nunca pierde de vista lò determinado, lo individual, la expresión sen-

---

(1) Antol. de poetas Hispano Americanos. Tom. 4, pag. CXXXIX.
(2) " " " " " " 4, " "

cible y animada. Los más sencillos accidentes de la naturaleza, el color de una hoja, el juego de dos sonidos, una facción fisonómica, una actitud, tienen para el arte suma importancia; cualesquiera que sean las ideas que éste exprese, las reviste de su lenguaje propio, y puede haber artistas que no sepan expresarlas por medio de otro lenguaje». (1)

Y esta es la forma característica de expresarse Varela, la peculiaridad más sobresaliente de sus pensamientos y de sus imágenes.

Prescindiendo pues de la terrible comparación de que habla el Sr. Menendez y Pelayo, podemos decir con completa seguridad, que la poesía que él critica, de Varela, puede figurar entre las mejores de su género; y que el discurso que á él le choca, muestra el esplendor de una imaginación creadora, que ha podido permitirse el lujo de enriquecer nuestra poesía, con lo que Quintana no vió ú olvidó cantar sobre la imprenta.

¿Cabe mayor verdad, síntesis, orden, propiedad y belleza de conceptos y de formas que los que se encuentran en los siguientes versos?

> El inventó la imprenta y del olvido
> Redimió grandes nombres;
> Que el invento atrevido
> Eternizó las obras de los hombres,
> Y ató todos los tiempos al presente.
> Todo cuanto la mente
> De algún mortal contemplador concibe

(3) M. Milá y Fontanals. «Tratados doctrinales de literatura», pág. 84.

O exaltada imagina
Si, libre inmensa, por do quier camina;
Cuanto precepto la razón prescribe;
Todo, todo estampado,
Y en copias mil y mil multiplicado,
Cruza la erguida sierra,
Cruza el ponto profundo
Que divide la tierra de la tierra,
Y atraviesa veloz el ancho mundo
Del Ecuador al polo,
Y del ocaso do la noche mora
Hasta el fúlgido reino de la aurora.

La critica española, ha encontrado vulgares las ideas vestidas por el cantor de Padilla con el manto real de su lenguaje poético, y asevera que, en la obra de Gutembeg, aquel no ha vitso más que la cuna de la libertad humana. (1)

En cambio, el poeta argentino ha volcado sobre el descubrimiento del famoso Hans Gensfleish el haz de rayos de su brillante imaginación, y contemplando á la humanidad á través de todas las edades, ha visto, en los tipos de la primera prensa, la redención del pensamiento y la libertad de los pueblos oprimidos:

Esas negras edades,
De ignorancia y maldades,
Y universal error, ya son pasados;
Y el hombre dueño de su pensamiento,
Libre como su hablar y sus miradas,
Libre como la luz y como el viento,

(1) P. F. Blanco García. «La literatura española en el siglo XIX». Tomo I. pág. 11.

En rasgos indelebles lo publica,
Su tesoro de ciencia comunica,
        O de temor seguro,
        Juzga al déspota duro,
Veraz y mesurado le condena,
Y sin violencia su furor refrena;
        Y de la hipocrecía
Los simulados crímenes delata,
Y á la impostura pérfida arrebata
El doloso disfraz que la cubría.

Pero no solamente ve y admira los beneficios obtenidos por la imprenta, sino que también recuerda los males que ha causado; y protestando de la *proterva condición del hombre* que así *abusa de las bondades* del cielo, utilizando mal sus dones, recuerda con el más delicado sentimiento que:

        Así llegó de la fecunda tierra
Al seno enjendrador su osada mano,
        Y el metal que se encierra
        En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebatára á la caverna oscura
Do plugo sepultarlo á la natura.
El rígido metal se convertía
        En surcador orado,
        Y el campo alborozado
Una mies abundosa prometía.
....
Así la selva sus robustos pinos
        A la mar vió lanzados,
Y, venciendo las ondas denodados,
        Hallar nuevos caminos

Que de un mundo conducen á otro mundo,
Y hermanan las naciones del Oriente
Con los pueblos lejanos de Occidente.

y, ¿es esto lo que se tilda de discursivo?

A fin de que pueda apreciarse el progreso realizado por nuestro más grande épico, de una á otra época de su vida, y también para que se vea el gran esmero que ponía en la corrección de sus poesías, siendo crítico de sí mismo, hemos señalado en la oda en elogio de los generales San Martín y Balcarce, que publicó el año 18, los versos que aparecen modificados en la colección de sus poesías, arreglada durante su expatriación en Montevideo, y las dos formas de la oda «Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo», la de La Lira y la de la edición corregida.

Ambas composiciones son del más remarcable corte clásico, al extremo de que llegan á perder en naturalidad lo que han podido ganar en semejanza con las de los grandes líricos del siglo de oro.

Pero la más festejada de sus poesías, ha sido la oda «El triunfo de Ituzaingo», dedicada al general D. Carlos Alvear, en homenaje por su célebre victoria sobre el ejército brasilero.

Este verdadero *canto lírico,* que es como el mismo Varela lo llama, es grandioso bajo todo punto de vista: magnífico en las ideas, solemne en la entonación, riquísimo y brillante en las imágenes, altisonante en su lenguaje, y en una palabra, propio y adecuado á su

objeto, á su género y á las circuntancias que lo inspiraron.

Criticar de hinchazón las estrofas en que un poeta canta las glorias de su patria, porque su estro ha condensado en esos versos todos los entusiasmos de su alma, equivale á suprimir el mejor de los géneros en la poesía, el épico, y á renegar de lo mejor de la literatura de todos los pueblos.

¿A qué quedaría reducida la epopeya, si se admitiese que son defectos la grandiosidad y el entusiasmo por lo heroico ó lo maravilloso?

Sin embargo, los críticos españoles nos hablan de una ráfaga de inspiración sublime, de una nueva musa que pone en los labios del duque de Frías la siguiente estrofa, que vivirá, según ellos, mientras viva la lengua castellana: (1)

¡Gentes que alzais incógnita bandera
Contra la madre patria! En vano el mundo
De Colón, de Cortés y de Pizarro
A España intenta arrebatar la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron
Entre oro y plata, y entre aroma y pluma,
Los pueblos de Atahualpa y Motezuma
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podreis: odio, venganza,
Nos jurareis cual pérfidos hermanos,
Y ya del indio esclavos ó señores,
Españoles sereis, no americanos.

---

(1) P. Blanco García. Tomo 1. pág. 109.

Pues, esta pretensión es, á nuestro juicio, mucho más utópica que la criticada á Varela por Menendez y Pelayo. (1)

El libertador Bolivar encomendó al poeta ecuatoriano D. José Joaquín de Olmedo, que cantara las glorias del ejército americano, y escribiéndole el insigne autor del canto á «la victoria de Junín» sobre el honroso encargo, le decía: «Aseguro á Vd. que todo lo que voy produciendo me parece malo y profundísimamente inferior al objeto»... «mi actual desaliento proviene de que me ha llegado á dominar la idea de que nada vulgar, nada mediano, nada mortal es digno de ese triunfo»...

Esta es la situación de ánimo con que los épicos del nuevo mundo han cantado á sus héroes, y no es extraño que cuando la inspiración ha lanzado sus rayos sobre el prisma del «mens divinior», su musa haya tendido sus alas, remontando el vuelo, desdeñado la tierra, salvado los montes, visitado el sol, abierto el cielo, y, si le ha placido, hasta se haya hundido en los infiernos un instante para suspender el lloro y los tormentos de los condenados. (2) Este es el único modo de subir al Pindo.

El Sr. Menendez y Pelayo dice que hay «hinchazón, satisfacción infantil y seudopatriótica, hipérbole desaforada y candorosa, como de pueblos recién nacidos» (3), en la introducción del canto de Varela,

(1) Antología. Tomo 4, pág. CXLI.

(2) Cit. por D. Manuel Cañete. «Escritores castellanos». Tomo 1. pág. 298.

(3) Antología de poetas hispano-americanos. Tomo 4, pág. CXLI.

sin duda porque, mirando á la altura á que se remonta el vate desde el abismo de derrotas que sufrieron los españoles, y desconociendo ahora todavía (después de un siglo de evidenciación, en que hemos incorporado á nuestro progreso los más grandes adelantos de todas las naciones) el nervio, el poder, el anhelo, y la fuerza de expansión de estos pueblos para los cuales hoy son aldeas las viejas capitales de la dominadora de entonces, no alcanza á ver que el *pueril vaticinio* empieza á tener los contornos de una hermosa realidad, en cuanto se refiere á que:

> .... mil naciones
> Con ellos perecieron,
> Y otras generaciones
> Y otros imperios á su vez nacieron;

y en cuanto á que:

> .... otra historia
> De admiración embarga al universo:
> Otros hechos sublimes, otros nombres
> Miro allí consignados
> En las líneas fatídicas del verso,
> Y en páginas eternas; y los hombres
> Los pronuncian de asombro penetrados,
> Con respeto profundo,
> Por los inmensos ámbitos del mundo.

Hace ya mucho tiempo que, en los oídos de la juventud argentina y, en general, americana:

> No suenan las Termópilas; los llanos
> De Maratón no suenan;

y que:

> Platea y Salamina
> Cual si no fueran son, y ya no llenan
> Leonidas y Temístocles el orbe;
> Que otra gloria perínclita domina,
> Y la atención del universo absorbe.

El último cañonazo de Ayacucho puso fin al rumor de aquellas célebres batallas, en cuanto ello podía significar como carácter de la instrucción del pueblo; y hoy su eco es voz de ultra-historia, que solo perciben los eruditos de biblioteca, pues todos los demás hombres de estudio, que viven afanosos del desenvolvimiento y progreso de la nación, calientan su alma con el recuerdo de los llanos de Maipo, en vez de los de Maratón, y prefieren estudiar los planes militares de los intrépidos sorpresores de Cavite, ó del siames Togo, que no las disposiciones de D. Juan de Austria en Lepanto. Con todo, es bueno advertir, que, la paternidad de esa observación no es del señor Menéndez y Pelayo, sino de Bello. (1)

Para ensalzar á Bolivar el vate de Guayas no trepidó en falsear la verdad de los hechos, agolpando sobre el escenario de Junín las jornadas de Ayacucho, á fin de darle ambiente y situación propicia á la evocación de la sombra del inca Huaina-Capac. La crítica española ha festejado este recurso, como un artificio ingenioso, para obtener el *simplex et unum* recomendado por Horacio (2); y el señor Menéndez y Pelayo

(1) «Obras completas». Tom, 7. pág. 298.
(2) Manuel Cañete. «Escritores Castellanos». Tom. 1 pág. 320.

considera que el hecho es de poca monta, y que podría subsanarse: ¡cambiándole el título á la composición! (1).

En cambio, el Tirteo argentino, que sabía distinguir las características del canto lírico de las de la oda, prefirió seguir la ilación de los sucesos relacionados con la célebre batalla que puso fin á la campaña del Brasil, convencido de que el asunto en sí bastaba para agotar la efervecencia del mejor numen épico; pero, en este caso, su poema ha sido criticado por la extensión, (3) que es mas ó menos la misma que la del canto de Olmedo.

Podrá juzgarse de la acritud y del espíritu de acometividad con que la crítica española ha mirado siempre á los escritores argentinos, por el siguiente detalle: El señor Menéndez Pelayo acusa de plagiario á Juan de la Cruz Varela, diciendo que: «Las bóvedas expléndidas del cielo» es un verso de Quintana; y que el verso «Pero tienen valor: son argentinos» no es mas que una sencilla y patriótica variante del *famoso* verso de Vaca de Guzmán en LAS NAVES DE CORTÉS: «Pero tienen valor: son españoles». (2)

Como idea poética, el primer verso es de una vulgaridad tan subida, que no puede ser mas cómica la pretensión de querer sentar derecho de propiedad sobre ese pensamiento. Pero no se critica lo vulgar, porque en esa falta también cayó Quintana; sino que

(1) Antol. Hisp. Amer. Tom. 3, pág. CXXXII.

(2) Ant. de poet. Hisp. Am. Tom. 4, pág. CXLII.

se le enrostra el plagio al que se atreva á ver una expléndida bóveda en el firmamento.

Dejando de lado otros cargos que le han sido hechas á nuestro insigne vate, concluimos con las siguientes palabras de D. J. M. Gutiérrez:

«La poesía elevada y erudita del Sr. Varela, que proporciona satisfacciones delicadas al lector que en ella saborea los recuerdos de sus estudios clásicos, no debió gozar de grande popularidad, y brilló y derramó su aroma, como nuestra flor del aire, en las altas regiones en donde le eran propicios el terreno, el clima y la atmósfera.

En cambio, como poeta humorístico, ha sido J. C. Varela el más festejado y popular, á pesar de existir muy pocas composiciones de este género que llevan su firma al pié.

Han bastado las crónicas de la época, para grangearle ese aplauso y adjudicarle ese título.

Dice D. J. M. Gutiérrez: «La parte en verso del periódico titulado «Granizo», se atribuye fundadamente al señor D. Juan Cruz.

El «Granizo» era una especie de galería de caricaturas burlonas, formada de los personajes más notables en el gobierno de la provincia, y de sus amigos y sostenedores. Cada uno de estos fué bautizado de nuevo, rotulado con un apodo, condenando á un ridículo inmerecido á buenos y respetables ciudadanos.

Las gracias del «Granizo» eran aceradas; á veces las puntas de sus alfilerazos causaban no solo leves punturas en el amor propio, sino heridas de estileto,

que penetraban más allá de la epidermis de las víctimas. Jamás la grosería, la palabra obscena, el cuento cínico, afearon las columnas del «Granizo»; y no es de esta clase de delitos contra la moral pública que pueda acusarse á la memoria de su ático redactor principal.»

Varela es también autor de dos piezas dramáticas. La primera, «Dido», es una adaptación á la escena del libro IV de la Eneida. Fué concluida en 1823, pero no sabemos que jamás se haya representado.

Aun cuando hemos limitado esta colección á la poesía lírica, incluimos la «Dido», y la «Argía» porque, más que piezas de teatro, son realmente paráfrasis dialogadas de la Eneida.

En ellas se encuentran los mejores versos de Varela, los mas dulces, armoniosos, y de verdadero *canto* virgiliano.

La Argia se publicó en 1824, precedida de un prólogo en que dice que la idea de esta pieza la debe á la lectura del *Poliniceo* y la *Antigona* de Alfieri, y explica el carácter de sus cuatro personajes: Adrastro, Argidia, y Eurimedon.

Al solo efecto de enunciar en esta breve reseña de los trabajos literarios de Varela, todo cuanto pueda servir para ilustrar el criterio de nuestra juventud sobre el papel que desempeña en la historia de las letras argentinas, recordaremos que, Varela y el señor don Ramón Diaz, son los que hicieron la primera colección de poesías argentinas que se publicó con el nombre de «La Lira Argentina.»

ANTOLOGÍA

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

HIMNO PATRIÓTICO *

QUE CANTÓ EL COLEGIO DE MENDOZA EN LA NOCHE DE SU FUNCIÓN DRAMÁTICA EN CELEBRIDAD DEL ANIVERSARIO DE MAYO DE 1822.

CORO

Viva el ilustre día,
Viva la hermosa ciudad,
Que trás la tiranía
Nos dió la «libertad».

La patria á las naciones
Muestra hoy el rostro hermoso
Y el genio poderoso
Le traza un mismo rol:
—«Sed libres»—las naciones,
Le dicen más remotas,
—«Tus cadenas son rotas
Ilustre hija del Sol».

---

* Está en la Colección, pág.26.
No está en La Lira.

CORO

Entre afanes y penas,
Dispuso la Fortuna,
Que tuviera su cuna
La libertad del Sud;
Por romper las cadenas
Sufrimos sus reveses;
Ella nos faltó á veces,
Mas nunca la virtud.

CORO

Cuando Chile oprimido
Sin libertad zozobra,
Cuyo prepara la obra
De su restauración;
Atenta á su gemido
No hay riesgos que sean grandes;
Que aun se abrirán los Andes
Al *ya es* de la legión.

CORO

Pero el caudillo al frente
De sus legiones fieles
Desprecia estos laureles
Buscando nuevo afan:
Revuelve en su alta mente
Los cuidados que anima:
Tus genios ¡Oh gran Lima!
Su sien coronarán.

CORO

A los héroes que fueron
¡O Lima! en tu venganza,
Cuyo les dió su lanza,
Y su inmortalidad:
Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna
En Cuyo ved la cuna
De tu felicidad.

CORO

Del saber la alta lumbre
Ilumina hoy al mundo,
Y un grito, el más profundo,
Se oye que dice así:
No haya más servidumbre;
Hombres son los colonos,
Dice: y mil altos tronos
Desplómanse por sí.

LA OBLIGACIÓN Y EL AMOR *

Es la tercera vez mi dulce amigo
(Cuanto este idioma me es ignominoso)
Que estas letras que ves grabar no quiso
El pulso inobediente y tumultuoso.
¡Qué fácil que era transportar el alma
A do tú estás! ¡Con qué placer y gozo
Mis inocentes *fiestas* y mis males
Dividía con vos: joven virtuoso,
Digno de una amistad menos funesta!
¿Cuál plan el cielo oculto y misterioso
Presentó á nuestras almas, cuando fuimos
Llamados á la vida? Fué forzoso

---

* De la Colección de Manuscritos de Dn. Juan María Gutiérrez.
Carta escrita por Don *Juan Crisóstomo Lafinur* á su amigo y condiscípulo Don *Agustín Delgado*, mendocino. El asunto por sí solo no puede manifestar el género de poema á que pertenece. El uso de las metáforas, la narración y el metro, lo califican de épico. Con todo si se hubiera escrito este poema para otros, se disculparia al autor de algunos vicios que pueden criticarle, especialmente la mucha narración precedente al asunto principal, con razones muy poderosas que tuvo para ello. Mas como no escribe sino para sí solo, y para algunos de cuya benevolencia está seguro, se ha ahorrado el trabajo de disculparse.

La cópia de donde se saca la presente está llena de errores y dc descuidos provenientes de la mano inexperta del copista. En la presente se ha corregido *algo* lo más notable.
El nombre de Lafinur, más que el mérito de este trabajo nos ha decidido á copiarlo y conservarlo como antecedente de que puede sacarse algún fruto ya para estudiar al autor, ya para comprender la marcha de esta, poesía patria.

Esta composición está dirigida á su paisano y compañero de infancia Agustin Delgado y á quien en el curso de ella llama *Teodoro*, (que significa *Don de Dios*).
El autor hizo una poesía de esta composición denominándola Elegías, sin duda en recuerdo de Ovidio. La 2 se contrae á la vida militar del autor, quien como se sabe estuvo en el ejército del general Belgrano.

(1) Corren muchas copias de esta elegía: yo he visto tres y poseo dos de ellas: circulan especialmente en las provincias interiores. La presente de mi puño está tomada de una que posee Don Damián Hudson. (Notas del Sr. Gutiérrez).

Un mismo sentimiento á entrambos pechos?
¿Una cuna, una edad, un mismo todo?
¿Te acuerdas de la infancia? ¡Ah! no te acuerdas
De ese tiempo feliz y venturoso
Que otro tiempo agotó cual avirumas
Acuérdate Teodoro que hubo un dia
Que ocupados los dos en nuestros ocios
Exentos de pasión, de infamia, puros,
Un eco de repente pavoroso
Al alma hablaba, y triste predecía
Un porvenir aciago. Un otro dia
Temblando nos mirábamos, no orando
Ni temer ni esperar de tal pronóstico.
Ay! cuántas veces en los sacros templos
De la divina Palas, cuando el reposo
Reina del alma inmaculada y fuera
Cuando con paso firme y valeroso
Volaba el génio y de la gran natura
Los secretos espiaba; cuando en coro
De las sagradas ninfas acorría
A templar nuestros pechos y nosotros
Con voz incierta alzábamos el canto.
Ah! ya entonces el pecho temeroso
Latía, cual las hojas del arbusto
Que ven venir el huracán furioso,
De amistad y de afectos inocentes.
Dañadas nuestras almas, era el gozo
Del arte encantador que ya ábsorvía
De nuestros pechos los ardientes votos.
Cuántas veces en la hora en que descansa

Naturaleza, alzábamos el tono;
Y cuántas veces vino á interrumpirle
El padre de la luz en carro de oro!
¿Qué era yo para vos, amigo entonces?
¿Qué nuestras almas? El alegre otoño
Sus verdores nos muestra tan risueños
En las plantas y flores, que ya el noto
Amenaza arrancar; oh recorramos
Esos sagrados claustros do el decoro
Un asilo buscara, aquellos sitios
Al silencio librados y al reposo,
De eterna arquitectura fabricados,
Colosal monumento y testimonio
De la activa virtud de nuestros padres.
Allí empezó á correrse el misterioso,
El oscuro telón que infausta suerte
Por mí encubriera, mas el ominoso
Pesar que me ocupara fué partido
Con vos, precioso joven; te es notorio
Que tus consejos despreciando entonces,
Ardiendo el pecho en fuego impetuoso,
Al amor me entregué de la que sabes;
Que me acogió la dicha, más al pronto
Pasó cual suele el remontado buitre
Por la región del aire vagoroso
Sin vestigio dejar de haber pasado;
Que pesares siguieron á mis gozos,
Y que el dia llegara en que tu amigo
De vos huyera y hasta de sí propio;
Que en furores el pecho enardecido

Lanzando horrores sin piedad ni enojos
Resolví abandonar los láres pátrios,
Y de tí me aparté siguiendo el polvo
Del carro de la Diosa sanguinaria.
Tú, si fijaste tus amigos ojos
Sobre el segundo de mis cantos tristes, (1)
Habrá tu corazón sentido como
Se hizo mi situación acerba y dura.
Oh! maldito por siempre el mentiroso
Que dijo era virtud la impía dureza,
Aras alzando al cruel y al ambicioso;
Que del amor lanzó al varón sencillo,
Dejando yermo el lecho del esposo;
Y á la triste horfandad y al lloro eterno
Condenó la mitad del orbe todo!
Yo combatí conmigo mismo, y cuando
Me estrechaste en tus brazos cariñosos,
Sé virtuoso, por siempre, me dijiste,
Bañando en llanto tu apacible rostro.
Yo te lo prometí cuando á apartarme
De vos me resolviera: presuroso
Hacia esta Capital guié mis pasos,
Oye lo que siguió mi buen Teodoro,
Oye y condena á tu infeliz amigo
Que la virtud abandonó, y hoy solo
Sin carácter, sin patria, sin él mismo,
Se ve librado al Boreas proceloso
De sus crímenes.... ¡Oh lenguaje nuevo,

---

(1) La segunda de las elegías del autor, en que describe el tiempo militar y las desastrosas campañas en que se halló.

Para tu corazón puro y virtuoso!
Oye Teodoro el deshonroso canto;
Oye y no me disculpes, yo os lo imploro.
  En este país emulador del griego
Do se despliega el inmortal tesoro
De la célebre Europa, en los umbrales
Que bañan los cristales abundosos
Del espumoso Plata, do natura
Con un sistema vario y prodigioso
Multiplica sus formas mejorando
Su pincel elegante y poderoso;
Donde amor y las gracias han formado
Un sistema esclusivo y voluptuoso,
Y el arte de rendir á los sensibles
Es propiedad del sexo delicioso.
Este es el caso que la Vénus bella...
Pero ¡con qué lenguaje!; ¡con qué modo!
Nuestra filosofía aquí claudica
Teodoro amado, y el sentido solo
Puede hacer ocasiones de prudencia.
  En una tarde que paseaba en torno
La inmensa población, y conducía
Mis fatigados pasos al hermoso,
Al delicioso sitio en que las aguas,
Compañeras de amantes cavilosos
Con blando murmurar ligeras marchan
Dando á la tierra un céfiro gustoso,
Una beldad Teodoro ¡oh! que es ahora,
La ocasión de mis penas y mis lloros,
Se presentó á mi vista. Mas pintarte

La expresión elocuente de sus ojos,
El albor de su tez, formada al cabo
De lirios y azucenas por sonrojos;
Los breves hemisferios, que señalan
La mansión del amor....no, no es dado.
Mi voz es débil, muy humilde el tono.
Yo osé hablarla, Teodoro, y no sabía
Ni de mí, ni de vos. Más venturoso,
Logré que una ocasión mi duelo oyera,
Y no sin compasión, que el amoroso
Furor que me abrazaba y que en conflicto
Ponía su candor y su decoro
Prometiera apagar: más hizo amigo,
Dejó escapar sobre el divino rostro
Lágrimas de ternura y protestóme
Que este era de su amor primer despojo.
Un mortal que sufriera los furores
De las olas del mar y victorioso
La tierra hollara de la muerte lejos,
No fuera tan alegre y venturoso,
Cual era yo, cogiendo las primicias
De este triunfo feliz. Era forzoso
Que la esperanza ardiendo en nueva llama
Me aprisionara más con lazo de oro
Al objeto precioso de mis ansias.
¡Que situación difícil y escabrosos
Los medios de lograrla! Ella temblaba
Al nombre solo del amor, y no oso
Burlar su sencillez inmaculada.
Mas qué valen preceptos rigorosos

De una moral austera que reprende
Los instintos del alma? ¿Mas, que apoyo
Preparan los hábitos violentos,
Que la ignorancia ciega, con desdoro
Del siglo de la luz, infunde al pecho,
Para librarlos del comun trastorno?
El corazón fracasa apenas piensa
Resistir al embate poderoso
De la naturaleza. Ay! yo la he visto
Enrojecer la nívea de su rostro
Cuando, un tierno suspiro, interrumpido
Por otro más amante é impetuoso
A mí me la entregaba; á mis furores,
Venció el amor ¿quién resistirse puede
A sus encantos? Bastaré yo solo
A publicar lo que es, que no en la Arcadia
Amor hiciera sòlo hombres dichosos.
Ella así lo entendió cuando entregada
A mi mortal deliquio, el labio hermoso
A los míos aplica, y la ambrosía
De Jove soberano sorbí al pronto.
Asida de mi cuello, el peso siento
De sus divinas formas y contornos,
Me toca ya la magia seductora
De su vientre ligero y voluptuoso.
¿Qué corría en mis venas? fuego puro,
Fuego del Etna, activo y ardoroso,
Que todo lo devora y purifica.
¿Qué es probar el encanto ponzoñoso
De sus besos amantes? ¿qué es sentirse

Empapado de lágrimas el rostro,
Que fabricaron las divinas gracias?
¿Cómo puede pintarse el cuadro hermoso
De dos amantes que natura uniera
Por simpática acción? ¿quién los coloquios
Inefables del alma copiaría?
¿Ese lenguaje de ayes y de lloros,
Esas palabras que el desorden forma,
De efectos vehementísimos, al modo
Que de una tempestad es el granizo,
El trueno, el rayo, el aire, el agua, todo,
El simple efecto de una causa sola?
No es desgraciado el hombre que el tesoro
De su felicidad quitar ánsia,
Pues si lo espera, él es más venturoso
Que lo era yo en el seno de los gustos,
Deseando más y más, como el hidrópico
A quien la sed fatiga y atormenta,
Que bebe por estar más anheloso.
¿Qué faltaba á mi dicha? Caro amigo,
¡Ser criminal é infeliz faltaba solo!
Allá cuando absorbido en mis transportes
Como un átomo el orbe era á mis ojos,
Oigo una voz que hundida entre suspiros
Me dice: « Hombre fatal si mi decoro
« Es el trofeo de tu ardiente llama,
« ¿A qué naciste? vuélveme el reposo
« Que injusto me robaste. ¡Ah bien lo entiendes,
« Ves la naturaleza en vuestro apoyo
« Dorarme el precipicio en que me abismas!

« Mas, ¿quién me ha de salvar? ha de ser otro
« Que el mismo que ha jurado amarme tanto?
« ¿Y si esto es cierto te será costoso
« Hacer el sacrificio que exigiera
« Mi estimación, mi fe, mi amor precioso?
« Te costaría, dime, en los altares
« Jurarme tu pasión con labio heroico,
« Y ser tú, desde hoy, ese ser raro
« Objeto de mi amor y eternos votos?
« Que ser así, bien mío: el noble pecho
« No ultraja á la que adora. Yo antepongo
« Tu amor á todo el resto de los hombres,
« Y si es cierto que el uno para el otro
« Ha nacido, cual dices, ya no temo
« Que tú te portes menos generoso.
« Bajo un techo amigable, y ocupados
« De los placeres dulces y sabrosos
« De amor y de amistad, llegará el día
« Que rodeados de amables y graciosos
« Frutos de nuestra unión, se satisfaga
« De natura el designio: no el pomposo
« Brillar de la fortuna ultraje tu alma
« Para amor y virtud nacida solo:
« Vos eres mi universo, y yo en tus brazos
« Ocupo de la vida el mejor trono.
« Asegúrame, pues, que así tu juzgas
« Y triunfarás de mí según tu antojo
« Afírmalo y cerrándome en tus brazos,
« Sabrás lo que es amor, ser venturoso. »
No permití cesara el hechicero

Discurso que ablandaban sus sollozos;
Con presteza mayor que la del rayo,
Corro temblando y á sus piés me postro:
« ¡Oh qué quieres de mí, clamé, bien mío,
« Que pueda á mi fineza ser costoso?
« Dudaré unirme en sempiterno lazo
« Al mejor de los seres? Yo te adoro,
« Yo te lo juro... No acabara el labio
Cuando me torna, oh Dios, el mas dichoso
De todos los mortales.... ¿ Quién pudiera
Explicar este instante prodigioso
Manantial de placeres inefables?
Cual si de un sueño largo y soporoso
Hubiera de otras regiones despertado
En donde se sintiera de otro modo,
En extásis miréla sumergida,
Y hasta la estoy viendo. Si Teodoro,
Que parecía un genio, un ángel puro
Que había humillado su esplendor glorioso
Por favor de un mortal. Aquí copiarte
Quisiera (pero, cómo, ni aun de Apolo
El divino entusiasmo, bastaría)
Los ojos fijos, lánguidos, llorosos
Doble el carmín de sus mejillas blancas,
El pecho palpitante y más hermoso,
Sus miembros caídos con inercia blanda,
El cabello librado á un abandono
Mas gracioso que el arte: finalmente
Todo fué tan celeste y prodigioso
Que el primer sentimiento de la vida

Y el último sin duda, fué allí todo
Empapado de amor y de deleite.
El Dios nos contemplaba que oficioso
Desciende de mil Gracias rodeado
Y derrama amapola en nuestros ojos.
Un sueño blando de que nunca ¡oh cielo!
Hubiera despertado, me hace al pronto
Un mortal de otra esfera; mil imágenes
Perpetúan mi dicha y presuroso
Cual relámpago corre el tiempo tardo.
Vuelvo de mi sopor y en tierno lloro
Veo á mi amor que redoblaba fina
El juramento de su amor precioso.
¡Ya el mío me pesára! Despedime,
Y á mi casa y al lecho luego torno;
Medito mi fortuna, me contemplo
Y me hallo un criminal impetuoso.
Soy un perjuro ¿lo creerás, amigo?
Yo ofrecí un sacrificio que cumplirlo
No está en mis manos y es forzoso falte
El desamor eterno, el abandono
De la que ayer tan venturoso me hizo.
¡Yo unirme para siempre en matrimonio!
¡Ofrecerme á mí mismo! ¡renunciarme!
¡Precipitarme al día tenebroso
En que embotado el gusto, imbécil sea
Mi tormento, la misma que hoy adoro!
¿Negarme á los hechizos de beldades
Que si por ahora afortunado ignoro,
Mañana á mi pesar sentirá el pecho?

Tú me conoces bien, caro Teodoro:
Sabes cuánto abomino el romancesco
Deliberar de los amantes locos
Que á una hora de placer ciegos se venden
Para aburrirse de la vida pronto.
Yo más quiero morir que desposarme,
Y perder el mejor, el más precioso
De los dones del hombre. No, no cumplo
Sacrificio tan crudo. De este modo
Angustiado en mi lecho meditaba,
Cuando el sueño cerró mis tristes ojos.
Agitada mi ardiente fantasía,
A la acción animal cedió el reposo,
Y una imagen tras otra, horrible estorbo
Me despertaba, cuando presuroso
Latía el corazón de miedo opreso.
De repente, arrastrado al almo sólio
De Temis soberana, me contemplo:
Su airado ceño adusto y enojoso
Me hizo temblar... reparo luego al punto
Que las vírgenes entran y á su turno
Colocadas le hacían reverencia.
Cuando el eco mortal y pavoroso
Sonó de una mujer que corrió al ara,
Descompuesto el vestir, lívido el rostro
En negro traje que infundía miedo:
« Oh diosa», exclama, «del virginio coro
« Tutelar de mis días, consagrados
« A tu honor y á tu templo, á vos imploro
« Vengues mi fé burlada y tus altares:

« Ved marchito por siempre el lirio hermoso
« Con que me ornaste vos, Virtud divina!
« Yo no os abandono. Allá en el fondo
« De mi alma penetrad: yo fuí engañada;
« Me sedujo su labio mentiroso;
« Tus favores perdí, me hice culpable,
« Hundí mis días en el hondo caos
« De la infamia de donde huir no puedo.
« Vengad ¡oh justa diosa! el tierno lloro
« De una sin par y desolada madre
« Digna de mejor hija; el cruel desdoro
« De una triste familia; desagravia
« Tu nombre escarnecido ». ¡Oh Dios! al pronto
Yo ví, Teodoro amado, no te engaño
Abrirse los infiernos, donde un negro
Pestífero vapor eterno reina;
Cadáveres de fuego unos sobre otros
Rayos lanzando y con feroz sonrisa
Exclamar desde allá de lo más hondo:
« Ven con nosotros criminal, perjuro,
« Goza de tus delitos con nosotros ».
Al latido mortal que el pecho diera
Despierto ¡oh Dios! me dudo... me conozco
Y el temor me persigue aun de mi sueño.
Ved, mi querido amigo, ved ya roto
El secreto gordiano, ved la fuente
De mis males sin fin. Ya yo soy otro
De aquel que otro tiempo en vos cargaba
Sus inocentes cuitas. El pasmoso
Inaudito secreto que os confío

Ténlo ignorado; mas si generoso
Quieres aun ser amigo, aconsejadme;
Mientras tanto á las penas me abandono
Y no sé si tu amigo he de llamarme.
Soy criminal y falso: el más odioso
Soy de los hombres, mas si vos me acorres
Cederá mi hado acerbo y ominoso;
Feliz mi adversidad será si logro
La compasión de un corazón virtuoso.

A UNA ROSA *

Señora de la selva, augusta rosa,
Orgullo de Setiembre, honor del prado,
Que no te despedace el cierzo osado,
Ni marchite la helada rigorosa.

Goza más; á las manos de mi hermosa
Pasa tu trono; y luego el agraciado
Cabello adorna, y el color rosado
Al ver su rostro aumenta vergonzosa.

Recógeme estas lágrimas que lloro
En tu nevado seno, y si te toca
A los labios llegar de la que adoro,

También mi llanto hacia su dulce boca
Correrá, probarálo, y dirá luego:
Esta rosa está abierta á puro fuego.

Buenos Aires 1820.

* Publicada por primera vez en la América Poética, ed. 1846, pag. 386

LAS FLORES *

ODA

Astros amables de la madre tierra
Luces del prado, espíritus del orbe,
Hijas del sol, hermanas de la aurora,
Sentid mis voces;
Ora la noche entre su horror sublime
Tanta beldad tirana descolore,
Ora del sol bebais las luces puras,
Oidme, flores:
Que suave canto vuestro dulce genio;
Embalsamado el céfiro transporte
Hoy mis acentos cual llevaba el eco
De mis amores;
Vos que me dais los besos de mi Lise
En cáliz de oro, recibid mis loores,
Que flores dice el labio cuando dice
De Lise el nombre.
Sois de la tierra el ornamento digno;
A su vejez prestais matiz y olores,
¡Oh cuanto os debe, que por vos es siempre
Virgen y joven!

---

* De la Colección de manuscritos y autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.
Copia sacada de un autógrafo que me facilitó don Luis Varela. Es otra de Lafinur y fué leída en una asociación de jóvenes formada en 1821 de la cual eran socios Alsina, Manuel Belgrano, Alcorta, Baldomero García, Portela, Francisco Pico. El señor Luis Varela posee las actas originales de otra sociedad cuyo objeto principal era difundir ideas liberales.
Se leían disertaciones y se hacían juicios críticos de las mismas.
(Nota de Dn. Juan María Gutiérrez.)

Ella no muda posición ni forma
Eternos son del monte los verdores,
Vos les varíais el rostro y cada día
Nuevo en su porte.
Sin vos ¡qué fuera su lozana pompa!
Cielo ni astros pareciera entonces,
Ni alzarán vanos su soberbia frente
Tristes los montes;
Ni deleitoso bañaría el río
Sus dulces playas, sus nativos robles,
¡Oh! si faltais, natura desfallece
Yerma é inmóvil.
Mudo el amor guardara sus misterios
Dentro el desierto, y en la negra noche
Asaltaría al alma ocasionando
Crudos dolores;
No lo aspirara el pecho enardecido
Dentro de aromas cuando el aura sorbe,
Ni vagaría del jazmin á Lise
De Lise al hombre.
Robad las flores de la tierra y presto
Tornará en luto su boato noble,
Robad las flores al alma y la huesa
Cubrirá al orbe.
¿Donde mi pan de mieles me escondisteis?
(Dirá la abeja) susurrando amores;
Donde mi dulce regalado nido
Donde está, donde?
Qué es *mi alegría?* sonaría el prado:
De *Lise el lecho* pediría el bosque:

Nuestra delicia, clamaría el eco
De los pastores.
No de arirumas cual el oro rubias
Fuera la alfombra do la planta pose
Al viento dando el canastillo leve
La hermosa Cloris.
Ni ya en sus pechos las violetas mueven,
Asperas hojas que su seno esconden;
Estas no sienten ni inspirar procuran
Dulces pasiones.
Oh cuan amable sois á los mortales
Divinas flores! Angeles inmóviles
Velais de día cual el sol la tierra,
Dormis de noche.
No es triste el campo do vivis; Natura
Dió su decreto: donde existen flores
Allí placeres y esperanzas, vida
Lleven al hombre.
De cieno inmundo un piélago corriendo
Triste el viajero registró en sus bordes
Que una azucena levantó su cáliz;
El vióla y rióse,
Tal en el pecho enamorado nace
Feliz riendo la esperanza noble;
Talvez se asienta la virtud hermosa
Sobre dolores.
Chupan el llanto de la noche triste,
Vuélvenlo al día en bálsamos y olores;
Así se ve que con su pena misma
Curan al orbe.

Volad amantes á los dulces sitios
Do primavera ostenta sus primores,
Llegad al alba antes que el astro queme
Los horizontes.
Qué cuadro augusto! El genio solitario
Aun no del todo abandonó los bosques,
Que en sus misterios todavía algunos
Troncos se esconden.
Mirad las rosas: Pálidas las madres
Ayer se vieron cuando el sol se pone
Y hoy tan lozanas!... quién, prodigio tanto
Ha obrado entonces?
El amor era: tálamo y esposo
Diólas ayer, robó sus arreboles
Mientras amaban. Ahí está la causa
Ved ahí la prole.
Pronto en la alcoba de mi Lise ufanas
Dentro cristales que su amor dispone
Cuna tendrán los tiernos infantitos
Que ella recoge.
Allí testigos de su dicha ó pena
Aspirarán suspiros y transportes,
Aspirarán el fuego, cual aspiran
La agua en el bosque.
Irán sus almas de mi Lise al lecho
Cuando ella duerme y con fineza doble
Oprimiránla, besaránla tiernas
Toda la uoche.
Unas al pecho y otras al oído
Dirán Fileno, doblarán las voces,

Serán presente á su adorada Lise
Fileno entonces.
¡Oh quien me diera ver á mi pastora
Cuando despierta de Fileno al nombre,
Cuando lo busca en su encantado lecho
Y él no responde!
Cuando azarosa de verdad tan dura
Vuelve á sus dulces plácidos errores,
Vuelve amor y anéganla de nuevo
Sus ilusiones.
¡Oh cuán lasciva el velo avaro arroja
Que de sus formas la beldad esconde!
Vénse en sus pechos de deleite hinchados
Nieve y pasiones.
Sus miembros tiende voluptuosa, imprime
A el vientre hermoso amor oscilaciones;
Dicen que el genio solitario vióla
Y enamoróse.
¿Viste desnuda á la que adoro? ¡Cielos
Tan venturoso vuestro amor miróse!
Sabed que es mío, flores, cuanto visteis
Y no os asombre.
Que ya me ha dado de su amante boca
Vuestro ámbar mismo. El lábio si probóle,
Y muchas veces... que por mí lo digan
Hombres y dioses.
Sabed cuitada que quien mas altiva
Hoy se le ofrece, prisionera y pobre,
La dará Lise á su pastor mañana
Sin dilaciones.

Mas no os dé pena, cuanto á Lise adoro,
Yo os amaré; si el sentimiento atroce
O el tiempo mismo os palidiza, os seca
Y os descompone.
Muertos aun habreis ventura, amigas;
Y Lise ireis cubriendo los renglones
Do leerá amor; ¡quizá mi fuego el suyo
La vida os tornen!!!
A do me arroja el entusiasmo ciego!
Perdonad flores mi cruel transporte;
Que ha blasfemado mi furor insano
De vuestro nombre.
Sois inmortales, vírgenes de Aonia
Primero falten al Olimpo soles
Que os marchiteis vosotras en las faldas
Del sacro monte.
Allí las nices de Hipocrene augusta
Cuando los prados de amaranto corre,
Bebais dichosas, y á mi sien bajando
Me deis amores.
Sea cubierto en pámpanos de azahares
El plecto amado en que canté pasiones
Que inspira Lise ¡ay Dios! que ni ella misma
Las reconoce!
Yo bajaré contento hasta mi tumba
Ni de la tierra esperaré otros dones
Que los de amor y de amistad
Divinas flores.
Lise llorosa os verterá en mi huesa
Su llanto hermosa y vuestra esencia me oblen
Los funerales; mausoleo haránme
Cielos y bosques,

ELLA EN EL BAÑO *

Ella sale del baño
más tersa que la nieve
pero mi pecho en breve
se ha sentido abrasar.
Yo ví para mi daño
la hermosura divina
más pura y cristalina
que se miró jamás.
Sacaba en la apariencia
La blancura del hielo
pero el fuego del cielo
ocultaba sagaz;
así como la aurora
mensajera del dia
la frescura que envía
al sol viene á anunciar.
Así fué presurosa
en su baño mi bella
de la ardiente centella
que me debió abrasar.
El negro de su pelo
encrespado y luciente
sombreaba de su frente
la dulce majestad:

---

* De la Colección de manuscritos autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

este rizado velo
á la ceja se estrecha,
á ese arco de la flecha
que amor despide audaz.
Oh Dios! llegué á sus ojos....
quién podrá retratarlos
si al punto de mirarlos
se roban el mirar?
Mil almas por despojos
cuentan sus niñas bellas,
que solo tienen ellas
alma para matar.
Ya centellando fuego
á los astros compiten
y al corazón derriten
con su llama inmortal.
Ya con desasosiego
ó en calma enternecidos,
ó se finjen dormidos
ó nos finjen amar.
Ellos de todos modos
el pecho se arrebatan,
y dulcemente matan
sin sentirse el puñal.
Cuando los ojos baja
para suavizar la herida
por su nariz pulida
desciende el dulce afan;
este perfil que ataja
la fuerza de los rayos

no impiden los desmayos
que ellos saben causar.
Su boca .... aquí enloquece
la mano en el retrato,
todo, el amor ingrato,
lo viene á perturbar.
Cuando ella habla, enmudece
la gran naturaleza,
que todo se embeleza
y se pone á escuchar.
Su labio candoroso
robó á la clavelina
la grana que destina
solo para inflamar.
Sus dientes vanidosos
allí las perlas tienen,
allí es adonde vienen
las gracias á jugar.
La rísa de la aurora
entre aljofar se asila
y al abrirse destila
lo dulce del panal.
En fin ella atesora
inefable embeleso
si á un angel diera un beso
lo volviera inmortal.
Ay! Yo siento entre tanto
en llamas convertirme
y en amor consumirme
sin poder acabar.

A vista de este encanto,
quién sabe de sí mismo?
Todo en ella me abisma,
ni atino á continuar.
Bajaremos la vista
al delgado tejido
que su pecho bruñido
se ha atrevido á ocultar.
Pueden hacer conjunto
de todos los imperios
esos dos hemisferios
que amor quizo tornear.
Un rubí delicioso
es el botón que asoma,
sobre una y otra poma,
de néctar celestial.
Del seno primoroso
se reparte á porfía
la exquisita ambrosía
que todo ha de bañar.
El delicado brazo,
la breve y blanca mano,
y cuanto al ojo humano
no es dado registrar.
De Venus el regazo
cómo podrá pintarse?
Más vale abandonarse
á un deliquio mortal.
De su fina cintura
circulada de amores

gracias, deseos, ardores
desprende sin cesar.
Por la noble estructura
de dos columnas bellas,
se deslizan las huellas
del centro del gozar.
Ellas, al fin terminan
en ese pié pulido
que del goce escondido
es la mejor señal.
Mis ansias desatinan
al solo imajinarle
si no puedo gozarle
será mejor callar.
¡Salve claro elemento
que has sido tan dichoso
lamiendo el cuerpo hermoso
de la mejor beldad!
¡Salve amable portento
que todo me enajenas;
si te duelen mis penas
déjate de bañar!
Pero, no, sigue el baño
que forma tus delicias,
y hazte allí mil caricias
al verte retratar.

Á LA GLORIOSA JORNADA DE MAIPO *

POR UN PATRIOTA.

ODA

Cantar el triunfo ilustre, la victoria
Que consiguió la patria en la jornada
Que hicieron sobre el Maipo sus soldados
Tanto como su gloria,
Es la obra grande, solamente dada
A la trompa de genios más osados;
Sus versos delicados
Sabrían perpetuar tan claros hechos
Más que en el jaspe, en nuestros tiernos pechos.
Yo lo quisiera, y á la misma vez,
Me intimida mi propia pequeñez.
Mi numen se resuelve, pero tarda,
Se anima á penas, cuando se acobarda.

Dócil al genio mi razón se mira
La ley del corazón á obedecer
Y seguir su transporte.... ¡Oh! ese mismo
Que anima los encantos de la lira,
Cuando á su son se canta un gran placer,
Ese mismo dedica al heroismo
Mi ardiente patriotismo,

---

* De la Colección de manuscritos y autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Al héroe, á quien la fama
En raudo vuelo por el sud le llama
El genio de la América, el Atlante
De los patrios derechos; y al instante
Amor responde con placer vehemente,
Dulce esperanza de la libre gente.

Hubo una noche ¡Oh noche! en que el horror,
Al suelo y los cuidados presidiendo,
Todo en negro nublado lo envolvía;
Nuestras huestes ocupan sin temor
El campo, que otra vez con alegría,
Y con gloria ocuparon .... El estruendo
Se escucha de repente.... más horrendo
Al coraje domina, y á su abrigo
Soberbiamente audaz el enemigo
Con oculta maniobra invade, y luego,
Envueltas nuestras tropas en el fuego ...
Por do quier la ala izquierda derramada ...
Si no es conflicto, ó muerte, nada han, nada.

¿Quién nos vió en tal estado? cruel pesar!
Sin Patria suspirar, y en tal quebranto
Era un furor del mal nuestra esperanza:
Quien ahogaba su mísero llanto
Podría ser un crimen su tardanza;
Acrece la confianza
De los ingratos, que la patria ampara,
Cada uno con el dedo nos repara;
El pueblo corre, puebla sus altares;

Alzanse al cielo votos á millares;
La madre llora, el viejo se acobarda,
El joven se resuelve, el pueblo aguarda.

Pero el varón, que hacerse victorioso
De los contrastes aprendió en la cuna,
Y á apreciar el laurel sin arrogancia,
Manda, provée, asegura, y su constancia
Reune los dispersos con fortuna;
En difíciles lances animoso
Su aliento poderoso,
Por do quier se derrama, á todo alcanza.
Desagravio, furor, cruel venganza,
Respiran sus legiones. El intento
No consiente una pausa al movimiento:
A Maipo las conduce, no se tarda,
Que el triunfo con mil palmas las aguarda.

De combatientes mil la tierra llena
Parados los guerreros á la muerte,
Ella llega temblando, y se coloca,
Ejecuta la seña, el bronce truena
Empieza la matanza, y no se advierte
A cual el plomo mata, el filo toca.
Más, y más se provoca
La lid sangrienta, que el coraje inflama,
La sangre por torrentes se derrama,
Y en el nublado que hasta el cielo oculta,
Y en el tronar, que hasta el abismo insulta,
Confundense en el humo, en la ceniza,
El que acaba, el que expira, el que agoniza.

La borda del tirano protejida,
Por posición más fuerte y ventajosa
Destina sus estragos con fiereza;
Metralla, hacia los nuestros, homicida;
Mil veces el cañon mandarla osa,
Pero arredrar no pudo la firmeza,
El ímpetu, y braveza
De los soldados, que la patria cuenta.
Sobre escombros de muerte se presenta
Nuestra fila sufriendo con tesón
Los estragos del fuego y el cañón;
Miro sus pechos, y registro entonces
Los bronces estrellarse con los bronces.

Estrechanse, acometen sin tardanza,
Las espadas se encuentran, se equilibra
De la homicida acción el golpe airado;
El tropel sigue con más cruel matanza
Por el acero que esforzado vibra
El campeón, que en caballo desbocado
Acorre denodado.
La victoria del cielo presta asiste,
Y si á ceder sus palmas se resiste,
Es por que quiere que este triunfo sea
El único, en el mundo, en que se vea
Vencer al héroe en tan feliz jornada,
Que si no es su vencer, no quede nada.

Así triunfamos: El afortunado
Maipo lo vió, lo vió el tirano aprisa,

Y el cielo nos lo dijo sin cesar,
El campo de cadáveres sembrado,
Do la muerte con plácida sonrisa
Sus despojos levanta... aquí humillar
El soberbio sus armas, doblegar
Los altivos pendones no avezados
A humillarse á los galos esforzados:
Millares de infelices, que el favor
Imploran del bizarro vencedor...
No escapa nada: Alla dó va el deseo
Encuentra de este triunfo algún trofeo.

Salve númen del sud, héroe glorioso
Castigo del tirano: Si tus dones
La trompa de la gloria los proclama,
Cuando el placer más dulce, y abundoso
Domina nuestros tiernos corazones;
Al son con que os conducen á la fama,
Os sigue aquel placer, que nos inflama,
Y lágrimas arranca si se anuncia
Tu gloria, ó si tu nombre se pronuncia;
Placer demente, afectos extremados
De tu inmortalidad dignos legados;
El libre vive, y si respira al fin
Sus alientos tributa á San Martín.

A vos genios ilustres y vos solo
A quienes la celeste, sacra llama
Enciende el pecho, el corazón domina;
Amadores de Clío, hijos de Apolo

A quienes con el estro, con que inflama
Da encantos al placer que os determina
Vuestra lira divina
¿No registra en el Maipo los titanes
En las tumbas, los manes?
¿En el templo, el incienso de la gloria
Que escapa al hacedor de la victoria?
Acorred á mi voz, mi canto es vuestro:
Por que hable el corazón, acallo el estro.

A LA ORACION FUNEBRE *

QUE EN LA IGLESIA CATEDRAL DE ESTA CIUDAD FUÉ PRONUNCIADA POR SU PREBENDADO DR. D. VALENTÍN GÓMEZ, EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO.

No tiene poco de héroe el que sabe alabar dignamente á los que lo son.—Un escritor americano.

ODA.

Era la hora: el coro majestuoso
Dió á la endecha una tregua; y el silencio,
Antiguo amigo de la tumba triste,
Sucedió á la armomía amarga, y dulce:
La urna solitaria presidia
La escena que canta hoy la musa mía.

* La Colección pág. 310. La Lira Argentina pag. 312.

Que las virtudes que en su torno andaban
Velando su tesoro, y dando al cielo
Su llanto, su esperanza, y sus amores,
Al púlpito volaron; sus acentos
Dulcísimos sonaron; los oyeron
Los hombres,... y de serlo se dolieron.

¡Cuándo más dulce la verdad fué oida!
¡Cuándo sus rayos más apetecidos!
Y ¡cuándo más acerba nuestra pena!
Y ¡cuándo nuestra pena menos dura!
Milagros tuyos ¡orador divino!
Del corazón tu lengua halló el camino.

El pueblo suspiraba hasta tu frente;
Un canal misterioso se veía
Desde tu boca hasta él. Avara el alma
Se guarda tus palabras, cual si fuesen
Las reliquias del héroe que encarecen.

Un cuadro de virtudes delineado,
Por quien sabe sentirlas; de virtudes
Por quienes Clío aún no ensayó su trompa,
Ni la historia sus páginas, fué dado
A tu expresión feliz, dechado entero
De lo bello, lo tierno y verdadero.

No á la mísera Safo retrataste
Herida de un ingrato; ni de Ariadna
Los suspiros; ni lágrimas de Dido
Tu pincel espumara regalado;

Si al mausoleo penetraste triste,
Con mejor causa que Artemisa fuiste.

Aquí á la patria en su desdicha hundida,
Mostraste, señalando la urna avara;
¿Y quién no fué el primero á apresurarse
Para tenderle el brazo?... El patriotismo
Dijo á la Fama: *un héroe se ha acabado,*
Y en su pérdida mil han asomado.

¡Momentos fugitivos! ¡oh que vuelva
El dolor que nos diste! torna á vernos
Envanecidos de glorioso llanto;
Heríate el dolor; tú nos herías,
Con su espada y la tuya; que fué entonces
Mengua de tu poder no herir los bronces.

Centellas que despide el entusiasmo,
Y que apaga el sollozo... reticencias,
Más elocuentes que la lengua misma...
Tiernas interjecciones, usurpadas
Del sentimiento á la dialecta grave;
Leyes son con que el arte triunfar sabe.

Mas te bastó tu causa; tus prodigios
El cielo solo los obró en tu boca;
Si la sombra del héroe fué presente
A tu dolor sublime ¡qué contento!
Diciendo á su silencio tornaría:
¡Os vivo aún querida Patria mía!

Pero el tiempo... ¡cruel! y ¡cuál te engaña
El hombre en su consuelo! Vuela el tiempo...
¡Nuestra dulce ilusión, nuestra esperanza,
Se han acabado ya! Despierta el alma
A su afán anterior, y se estremece,
Y la verdad apura que aborrece.

Tú nos dejaste al fin, pero dejando
En nuestras almas la virtud hermosa;
Así obscurece el Sol, porque á otros climas
Vaya el torrente de su lumbre pura;
Así la rosa, cuando dulce espira,
Descarga su fragancia en quien la mira.

Viva en nosotros tu oración sagrada
Como el fuego de Vesta; orgullo sea
De las divinas letras; pesadumbre
De los tiranos; ornamento digno
De la patria; que al héroe honra mil veces
Más que mármoles, bronces y cipreses.

À LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO *

CANTO FÚNEBRE

Obsuit audentem rerum gravitasque, nitorque
Nec potuit cœpti pondera ferre mei
Ovid. ex Pont.

¿A dónde alzaste fugitiva el vuelo,
Robandote al mortal infortunado,
Virtud, hija del cielo?
¿Quién ayermó tu templo inmaculado,
Y tu antorcha apagó? Dinos, ¿adónde
El voto te hallará del varón justo?
Un eco pavoroso ¡ay! nos responde:
Olvidó para siempre al mundo injusto:
Al túmulo volóse, allí se esconde.
Y el justo lo sintió; que en su alta mente
Vió las desgracias que la patria llora,
Y antes que ella lloró; vió de repente
Gemir los bronces, dó el buril pronuncia
Los nombres de los hijos de la gloria;
De luto el estandarte que ántes fuera
Prenda de la victoria;
Ronco el tambor glorioso
Que predicó el combate y las venganzas;
Y al héroe que animoso
Vió su sangre correr en mil matanzas,
Y violo en faz serena,
Hoy postrarse al dolor, darse á la pena.

* La Colección pág. 303. La Lira Argentina pág. 303.

Aún sintió más: en bárbara alegría
Los abismos hervir, y las pasiones
Del mundo apoderarse con fiereza;
De la guerra fatal la chispa impía
Avivar es su afán, y con presteza
La copa tiende el miedo á la venganza
Traidora é impotente;
Mientras que la ambición más insolente
Avanza hasta el terrible tabernáculo;
El velo despedaza, escupe el ara;
Truena la guerra, y mil desastres para,
Y mil sepulcros abre. La cuadriga,
En carro de serpientes arrastrada,
La densidad rompiendo
De una nube de crímenes preñada,
El paso se abre, y en los aires zumba
Un grito pavoroso á que responden
Los huecos de la tumba;
Grito fatal con que ella se recobra:
Murió Belgrano; consumada es la obra.

¿Es verdad? ¿El oráculo espantoso
Terminaría aquí? ¡Bárbara suerte!
¡Acabó la virtud! ¡Polvo y ceniza
Caen en el rostro que la misma muerte
No logró contubar! ¡La tumba triste
Por una ley precisa
Es el último carro de los héroes!
Sea: ¡y qué resta, Muerte, al triunfo impio,
Si el valor es difunto!
¡Que resta ya sinó cambiar al punto
En sepulcro la tierra, divorciando

Al tiempo y á la vida para siempre!
Sol, que ves nuestro luto; ilustre padre
De la patria y la luz; tú que reinando
En las regiones dó sus lindes puso
La inmensa creación, viste las glorias
Del héroe que á tu causa reservaste;
¿Testigo del contraste,
Que por amarga pérdida lloramos,
Serás? Mil veces para sus victorias
Fué escasa tu luz pura;
Hasta aquella región donde natura
Escondió sus tesoros, y algún día
Aras de oro se alzaron á tu frente,...
Hasta allá fué su espada; y su energía
Vengó tu templo, y redimió tu gente.
Pero ¡á qué describir sus altos triunfos!
¡A que rumiar laureles marchitados
De la tumba en el hielo!
Contemplemos por único consuelo
A Belgrano inmortal en nuestras almas,
Y su alma contemplemos.
Su religión ¡Oh Dios! ¿Quién como él supo
Rendir al ara el estandarte altivo
Y al Dios de los combates acatarse?
Su pecho compasivo,
Cuando estaba la gloria fermentando
Sus soberbias semillas,
Y en el furor del triunfo, él las ahogara
Por mejor heroismo,
Y á la hueste rendida le declara
La vida y libertad. Su patriotismo,
Su celo por el bien, su porte justo,

Su generosidad... Gritadlo á voces
Legiones que á la gloria condujera;
Vosotros que á su ejemplo fuisteis siempre
Pródigos de las almas;
La miseria espantosa, la hambre fiera,
La estación penetrante ¡ay! combatisteis
Con vuestro general: ¡Oh! vos sentisteis
De su pecho las tiernas emociones;
Vos le visteis mil veces
Primero que la luz, volar en torno
De vuestras pesadumbres. ¡Cuántas, veces
No os consoló su ejemplo poderoso!
Y cuando la fortuna en sus reveces
Falló ciega por vos, en sus abrazos
Cogisteis con usura,
El precio á tanta pena acerba y dura.
Rodead también el negro monumento,
Jóvenes tiernos que al santuario ilustre
De la hermosa virtud habreis llegado
A merced de su amor. Quería el hado
Perpetuar en vosotros sus caprichos,
Y ciegos á la luz, parar el día
En que fuerais esclavos:
Belgrano combatió su tiranía,
Y con piedad heroica y sin ejemplo,
De la alma educación os abrió el templo.
¡Qué más quiere la tierra! No, no es ella
Para quien tanto se hizo:
La virtud quiere su obra y se querella
Contra el tiempo y el crímen;
La eternidad á unirse con el hombre
anhela ávida y torva;

Y ella y la muerte con furor oprimen
La muralla de bronce que lo estorba:
¡Ay! que el dolor, la enfermedad acerba
Legados de la parca,
Desploman su existencia, y Esculapio
Jamás, jamás tan crudo
En sus altares lágrimas ver pudo,
Y lágrimas tan justas!!
Iba á rayar el día en que la patria
Recuerda de su cuna la hermosura;
Triste era esta alba, no cual la alba pura
En que el mundo la vió libre y señora:
El bronce en truenos su llegada anuncia,
Y Belgrano lo siente; en esta hora
Desasirse pretende de la muerte
Que lo ahoga y lo devora:
Cárdeno el lábio, trabajosa el habla
Al cielo alzando las deshechas manos,
Se rindió á un parasismo... Americanos,
Un cuadro tan terrible, y tan sublime
Os faltó ver; entonces clamaríais:
Nuestra patria no vuelve á los tiranos
Vuela el tiempo sus alas empapando
Del excelso vivir en las corrientes
Hasta secarlas todas;
Belgrano ya no alienta; ¡oh! ¡qué elocuentes
Son sus miradas lánguidas, sus formas
Escuálidas y tristes!
Así descansa el ave hermosa y pura
Sus plumas y matices recogiendo,
Pronta á volar á la suprema altura,
Y mostrarnos sus alas derramadas,

De oro y azul celeste salpicadas.
Héroes de nuestro suelo
Que habeis volado de la gloria al templo,
A la tierra dejando
Sangre, gloria, virtud, fama, y ejemplo
Ved vuestro general: corred el velo
A las doradas puertas, mientras tanto
Nosotros con desvelo,
Visitaremos la urna para darle
Tributo eterno de amargura y llanto.

Año 1820.

Á LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO *

CANTO ELEGIACO

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas lozas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo,
Al ángel entregado de la muerte,
Que á la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal á los tiranos; ni la hueste
Repite de la Patria el sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.

* La colección pág. 297. La Lira Argentina pág. 308.

Hoy, enlutando su pendón, y al éco
Del clarín angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible,
Que el llanto asoma só la faz del héroe! . . .
Y el lamento responde pavoroso
Murió Belgrano, ¡ó Dios! ¡asi sucede
La tumba al carro, el ay doliente al viva,
La pálida azucena á los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
¡La tierra fría cobra tus despojos,
Que abarcará por siempre; mas no puede,
Campeón ilustre, Atleta esclarecido,
La mano que te roba hollar las leyes,
Que el corazón conoce; el jaspe eterno (1)
Tu nombre mostrará á los descendientes (2)
De la generación que te lamenta.
La patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que le amaga
El anárquico horror: la ambición prende
En los ánimos grandes, y la copa
Dá la venganza al miedo diligente.
Aun de Temis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo: el inocente
El inocente pueblo, ilustre un dia,
A la angustia entregado: el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando
Escapa al atambor: el país se enciende

(1) Que el corazón conoce; envanecido (La Lira pág. 309).
(2) El jazpe os mostrará á los descendientes (La Lira pág. 309).

En guerra asoladora, que lo ayerma:
Asoma la miseria, pues que cede
La espiga al pie feróz que la quebranta,
Y ¿ora faltas, Belgrano?... ¡Así la muerte,
Y el crimen, y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
Y diez años de afan!...: ¡Todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un dia; marchitólas
La nieve del sepulcro. Asi os lamente
La legión que á la gloria condujiste:
Con tu templo inmortal probó el deleite,
La magia del honor, y con destreza
Amar le hicisteis el tesón perenne,
La hambre angustiadora, el frío agudo...
Suspende ¡Oh musa! y al dolor concede
Una mísera trégua. Yo lo he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo.
Ora rayo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza y triunfa y luego...
¿Qué mas hacer?...El desairar la suerte,
Y ser grande por si; esta no es gloria
Del comun de los héroes, él la ofrece
En pró de los rendidos, que perdona.
Ora el genio se presta, y lo engrandece:
Corre la juventud, y á la natura
La espía en sus arcanos, la sorprende,

Y en sus almas revienta de antemano
El gérmen de las glorias. (1) ¡Oh! ¿quien puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazón de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien? ¡Solo á tí es dado,
Historia de los hombres: á tí que eres
La maestra de los tiempos! La arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe,
En tí se deposita: recogedla,
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos ¡sombras preciosas de Balcarce,
De Oliver, Colet, Martínez, Velez!
Ved vuestro general; ya es con vosotros;
Abridle el templo, que os mostró valiente.
¡Tucumán! ¡Salta! ¡Pueblos generosos!
Al héroe del Febrero y del Septiembre
Alzad el postrer himno; mas vosotras,
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes
Coronasteis de flores, id á la urna,
Y deponed con ansía reverente
El apenado lirio; émulo hacedlo
De los mármoles, bronces y cipreces.

Año de 1820.

---

(1) La Academia de matemáticas establecida en Tucumán para la instrucción de los caballeros cadetes, y á la que el autor tiene el honor de haber pertenecido. A este propósito hubiera dicho mas en detalle algunos de los hechos que han marcado su vida con caractéres eternos de filantropía y humanidad; tal como el de la fundación de escuelas de primeras letras en varios pueblos á sus expensas; pero esto no ha sido posible atendida la brevedad del canto, y la premura del tiempo. (Nota de la Lira).

Á LA LIBERTAD DE LIMA

ODA *

Hasta allá donde llega el himno patrio
Quiere alzarse mi voz: ¡valedla cielos!
¡Dios del verso y de Delos!
¡Dios de la Patria! En tu fulgor divino,
Arda por siempre irrefrenable el alma;
Prenda en mi sien tu rayo, y el destino
Y las glorias diré del Mundo Nuevo.
¡Salud, hijos de Febo!
La virtud hoy las rosas amontona,
Do posará por siempre vuestra lira;
Que ya os señala el génio que os inspira
De laureles sin sangre una corona;
Cantad la patria, y la virtud amada,
Cantad la salvación, que ya aherrojada
En el Averno la crueldad se mira;
La libertad alzada
En tronos de oro, la virtud vengada
De tres siglos de oprobio ¡Oh ved cual frena
Sus estragos el bronce! cual resuena
El himno augusto de la paz querida;

---

* La Lira Argentina, pag. 400.
La Colección, pag. 174.
Se publicó en hoja suelta, y puede verse un ejemplar en la colección de don J. M. Gutierrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Que el heroismo aprisionó la guerra
Con candados de hierro, y para siempre
Tendió su brazo al hombre, y de la tierra
Se encargó la virtud: ved que la fama
Al romper su clarín omnipotente,
No hay más que un héroe solo
Gritando va de un polo al otro polo.
Y vos lo visteis cuando el genio dijo:
Fué la salud de Lima ¡que impotentes
Sus hebras dirigiera
La discordia tenaz! la vista fiera
Arrojó al rededor, miróse sola
Y llamó á la venganza, concitóla,
Hizo el postrer amago, y disipóse,
Y el abismo cubrióla.
La América su rostro lacrimoso
Al cielo alzando, registró en sus luces
Su destino glorioso;
Que en letreros de estrellas miró escrito
De San Martín el nombre; vió allí mismo
Su antiguo poderío, su heroismo,
Virtud, leyes, riqueza... todo viólo
En el augusto manto del Olimpo.
No fué esta una ilusión, sombra mentida
Que engañara su afán ¡héroes del mundo
Que sois soles del cielo,
Vos nos mirasteis dulces; fué este suelo
Bendecido por vos, por vos fecundo
De bienes y virtud. ¡Oh! sois los mismos
Que en Chacabuco y Maipo encadenasteis

La ambición orgullosa; en los abismos
Do muerde inútil sus pesados hierros,
De vos y San Martín los almos nombres
Escándalo serán—Parad guerreras,
Pueblo Araucano, las hermosas naves
De redención cargadas. ¡Cuan ligeras
Róbanse al puerto con felice planta!
La aura diólas favor en soplos suaves,
Y la hija de Neréo
Sus Ninfas convocando,
Vióse en el mar mil héroes sustentando.
Es vuestra salvación ¡oh venturoso
Pueblo Peruano! que las aguas llevan;
Venganza del afan ignominioso
Que os costó vuestra vida. ¡Oh, cual renuevan
Su gloria escarnecida vuestros lares!
¡Cual hierve humeante en el sepulcro ilustre,
La antigua tierra y sombras empapando,
La regia sangre! Cerros mil bramando,
Vomitando huracán se dan la nueva
Desde el gran Potosí á los Almancaes.
La tiranía atónita asomando
Desde su asilo la espantosa frente
Mil rayos que ya hieren vé asombrada,
Y se esconde impotente,
Y sus víboras pisa; ensangrentada
Por dentro de cadáveres se avanza
La guerra impía v su consejo oferta
Que es la última salud. ¡Oh! cual despierta
El rayo que dormía! ¡Ay! que se afila

La rencorosa espada con las hieles
Del despecho mortal!... Tened crueles,
¿Hasta donde el odioso poderío
Quereis llevar y la injusticia antigua?
¡Esclavos de un tirano! ¿El don impío
De servirle mostrais cuando á la suerte
La llave de dos mundos ha arrojado?
Iberia os lo persuade; ensangrentado
Os mostrará su trono_
De nuestra sangre y vuestra; una vez cedan
La ambición y el encono
Al clamor de la tierra, al *ay* vehemente
De la virtud hollada;
Paz os grita el Perú; dad á mi frente
De hermosuras hibléas coronada
La dulce oliva Pachacama os grita...
El despotismo convirtió á sí solo
Su torva vista, contemplóse atento;
Dió un silvo pavoroso y al momento
Que las furias juntó, la tierra abrióse;
Una mirada atroz al noble pueblo
Lanzó y precipitóse,
Y el cocito abarcólo para siempre.
Salud ínclita Heliópolis; el rostro
Gozosa alzad al héroe esclarecido
Que asoma en vuestras calles; noblecido
El laurel se le ofrece generoso;
Al escuadrón glorioso
Limeños contemplad; ved esos pechos
Usados al trabajo y ã la gloria,

Y en ellos hallareis el precio justo
De vuestra suerte venturosa y grande.
¡Oh fausto día de eternal memoria!
¡Oh júbilo inefable! «*Es acabado*,
Dijo el Rimac frenando su corriente,
Mi presagio feliz; no será dado
Mientras mis aguas dore el sol ardiente
Hollar á los tiranos mis arenas»
Y alzando sus espaldas, pudo apenas
Al héroe saludar y retiróse.
La fama entonces tras el astro hermoso
Que la nueva llevaba al Occidente
Voló, y fué más allá y resonoroso
Dió el grito: *es libre el Sud é Independiente.*

¡Cuanta mudanza! ¡Que universo nuevo
Llena mi fantasía! ¡Arrebatado
A una nación contemplo hermosa y grande
Que al rol de las antiguas se coloca;
Y ellas blandas la miran.
Sierras alzadas con el dedo toca
Y en oro se convierten; les señala
Países inmensos do natura había
Arcanos aún ignotos, desgarrada
La cortina eternal que los cubría.
¡Cuanta gente repasa infatigosa
La inhabitada tierra! ¡Cual resuenan
Los hondos valles que antes silenciosa
La augusta Céres visitar solía!
La industria es exaltada; al alto sólio

Presentes son sus nobles pensamientos;
Se reproduce el hombre
Bajo un clima feliz; sus sentimientos
La dulce religión, las sabias leyes
Reglar supieron elevando el alma;
Las luces se derraman y revienta
La virtud en los blandos corazones.
¡Cuantos Régulos! ¡Ah! cuantos Solones
Ilustres van creciendo!
Y á par de los Ulises cual asoman
Los Homeros divinos!
Vos lo sereis oh genios peregrinos (1)
Que con verso de luz, cítara de oro
Cantasteis de la patria los destinos.
Vivid, vivid; y mientras se amontonan
Los bronces que han de dar á la memoria
Los nombres imborrables
De los héroes del Sud, cantad su gloria;
Cantad su gloria que será la vuestra,
Cuando una misma estátua muestre al hombre
Que aun no nació, su nombre y vuestro nombre.

---

(1) Los señores D. Esteban Luca y Dr. D. Vicente López, ambos han cantado este asunto dignísimamente.

HIMNO PATRIÓTICO *

QUE CANTÓ EL COLEGIO DE MENDOZA EN LA NOCHE DE SU FUNCIÓN DRAMÁTICA EN CELEBRIDAD DEL ANIVERSARIO DE MAYO DE 1822.

CORO

Viva el ilustre dia
Viva la hermosa edad,
Que trás la tiranía
Nos dió la libertad.

La patria á las naciones
Muestra hoy el rostro hermoso
Y el genio poderoso
Le traza un mismo rol:
«Sed libre», las naciones
Le dicen más remotas,
«Tus cadenas son rotas
Ilustre hija del sol.»

CORO

Entre afanes y penas,
Dispuso la fortuna,
Que tuviera su cuna
La libertad del Sud:

* La colección de Poesías patrióticas, pág. 26.—No está en La Lira.

Por romper las cadenas
Sufrimos sus reveces;
Ella nos faltó á veces,
Mas nunca la virtud.

CORO

Cuando Chile oprimido
Sin libertad zozobra,
Cuyo prepara la obra
De su restauración;
Atenta á su gemido
No hay riesgos que sean grandes;
Que aun se abrirán los Andes
El ya es de la legión.

CORO

Pero el caudillo al frente
De sus legiones fieles
Desprecia estos laureles
Buscando nuevo afan;
Revuelve en su alta mente
Los cuidados que anima;
Tus genios ¡Oh gran Lima!
Su sien coronarán,

CORO

A los héroes que fueron
¡Oh Lima! en tu venganza,
Cuyo les dió su lanza,

Y su inmortalidad:
Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna,
En Cuyo ved la cuna
De tu felicidad.

CORO

Del saber la alta lumbre
Ilumina hoy al mundo,
Y un grito el mas profundo
Se oye que dice así:
No haya mas servidumbre;
Hombres son los colonos;
Dice, y mil altos tronos
Desplómanse por sí.

CORO

BRINDIS *

EN UN CONVITE PATRIÓTICO.

Cuatro constelaciones en el cielo
Hoy aparecen de figura estraña:
Al medio dia corre el astro hermoso,
Y por el norte se atraviesa el águila.

—

* Publicado por primera vez en la América Poética, pág. 386.

De fenómeno tal nadie adivina
Los efectos, los modos y las causas:
Se aturde el necio; el sabio es el que dice:
Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.

Santiago de Chile, Julio 9 de 1823.

BRINDIS

—

Como Amor se sentó en Amatonte
Prefiriéndolo á todo lugar;
En el ópimo y plácido Chile
Se asentó la feliz Libertad.

—

Fué natura quien le hizo su templo
Circundado de sierras y mar;
Derramaron semillas los Dioses,
Flora quiso su clima soplar.

—

Son alfombras los valles floridos,
Son los Andes el trono y altar,
Es la lámpara el sol; y el incienso
De sus hijos el voto inmortal.

JUAN CRUZ VARELA

LA ENEIDA *

TRADUCCIÓN DEL PRIMER LIBRO DE LA ENEIDA DE VIRGILIO, POR EL SEÑOR DOCTOR DON JUAN CRUZ VARELA.

Las armas canto y el varon guerrero,
Prófugo por la fuerza del Destino,
Que del suelo de Troya á Italia vino,
Y á las playas Lavínias el primero.
La voluntad del cielo, favorable
A la rabia de Juno infatigable,
Largos trabajos tolerar le hiciera
En la tierra, en el mar, en los combates,
Antes que una ciudad estableciera,
Dando entrada en el Lácio á sus Penátes:
Dél vienen los latinos, los albanos,
Y los altos alcázares Romanos.
Oh musa, que yo sepa de tu labio
De qué ofensa á su Numen, de qué agravio
La reina de los Dioses se quejaba,
Que del varon piadoso renovaba
Sin cesar los peligros y los males.

* Publicada por primera vez por Dn. Juan María Gutiérrez en la Revista del Río de la Plata, No. 34. Tom. 9; pág. 192.

¿Guardan tanto rencor los inmortales?
En frente de la Italia, y apartada,
De las bocas del Tíber, florecía
La célebre Cartago, levantada
Por colonos de Tiro tiempo había:
Opulenta ciudad y belicosa,
Por la que Juno á Samos posponía.
Allí estaban las armas de la Diosa,
Allí su carro estaba; y cuanto el Hado
Con sus votos ardientes se acordara.
Ella anhelaba que su pueblo amado
A todas las naciones dominara.
Oyera empero que esforzada prole
De una estirpe Troyana nacería,
Que de Catargo la soberbia mole
Y las tierras de Libia asolaria;
Y que esa descendencia al fin sería
El solo pueblo rey, grande, guerrero,
Claro dominador del orbe entero:
Así hilaban las parcas su destino.
Temiéndolo Satúrnia, de continuo.
Los pasados combates recordaba
En que armó contra Troya á sus Argivos
Ni sus resentimientos olvidaba,
Ni de su fiero encono los motivos.
Hondamente grabada está en su pecho
La sentencia de Páris, y el ultraje
A su beldad, por él menospreciada,
Y el alto honor á Ganimédes hecho
Y el odio inveterado á su linaje.

Con tan vivos recuerdos inflamada,
Apartaba de Italia á los Troyanos,
Reliquias de los Griegos inhumanos,
Y del furor de Aquíles inclemente;
Y, errantes largo tiempo, eran traídos
De un mar en otro mar, de gente en gente,
Por el Hado y la Diosa perseguidos.
¡Tan grande empresa, tan difícil era
Hacer que la alta Roma apareciera!

No bien toda la flota en alegría
La Sicilia de vista iba perdiendo,
Y la ferrada prora dividía
Las espumas del mar, cuando sintiendo
Nueva en el corazón su eterna herida,
« ¡Yo ceder! (dijo Juno): ¡yo vencida!
« ¡Que alejar de la Italia yo no pueda
« A un jefe de Troyanos fugitivos,
« Porque el Destino adverso me lo veda!
¿No pudo Pálas, una simple Diosa,
« Las naves incendiar de los Arjivos,
« Y hundir á tantos en la mar furiosa,
« Por la falta excusable de uno solo,
« Por el ciego furor de Ayax Oileo?
« Jove mismo, cediendo á su deseo,
« Con su rayo la armó; del alto polo
« Ella le vibra, y sirven sin tardanza
« El fuego, el mar, el viento á su venganza.
« Destruyó los bajeles, y el culpado
« Infeliz, que las llamas en que ardía

« Del fulminado pecho despedía,
« Fué por un torbellino arrebatado,
« Y en las rocas agudas enclavado.
« ¡Y yo, hermana y esposa del Tonante,
« Yo, reina de los Dioses, al Troyano
« Hago tan larga guerra, y la hago en vano!
« ¿Y quién ha de adorarme en adelante?
« ¿Qué mortal ha de haber, con este ejemplo,
« Que lleve sus ofrendas á mi templo?»

En su ulcerado pecho revolviendo
De este modo la Diosa sus dolores,
A la Eolia desciende, albergue horrendo
Y patria de los Austros bramadores.
Allí, en ancha caverna, Eolo enfrena
Las tempestades y sonoros vientos,
Y quebranta sus ímpetus violentos,
Y los ata imperioso á la cadena.
Ellos, luchando por romper sus hierros,
Rugen al rededor de sus encierros,
La montaña atronando. El Dios potente,
Sentado en la alta cumbre, los modera,
Y templa su furor: si no lo hiciera,
Tierras, mares, y cielo de repente
En su rápido vórtice arrollaran,
Y por el aire vago arrebataran.
Más Jove, porque tal no sucediese,
Los encerró en oscura y honda sima,
Y alta mole de montes puso encima;
Dándoles un monarca, que supiese,

Conforme á su mandato soberano,
Tal vez la rienda mantener tirante,
Y aflojarla tal vez con diestra mano.
La altiva Juno, entonces suplicante,
De este modo le habló: « pues ha dispuesto
« El rey de hombres y Dioses que pudieras
« Conmover ó calmar las ondas fieras,
« Eolo, una nación que yo detesto
« Va por el mar Tirreno navegando,
« Su Ilïon á la Italia transportando,
« Y sus vencidos Dioses: manda pronto
« Que tus vientos las olas enfurezcan,
« Y separa sus naves ó perezcan,
« Y siembra de cadáveres el ponto.
« Catorce Ninfas tengo, todas bellas,
« Y con la más gentil que campa entre ellas
« Premiaré tu servicio agradecida.
« Deyopeya será la digna esposa,
« Que, á tu destino para siempre unida,
« El padre te haga de una prole hermosa. »
« Tuyo, reina, es mandar: á mi tan solo
« Incumbe obedecer (responde Eolo):
« Si yo el favor de Jove he merecido,
« Y en sus mesas cubiertas de ambrosía
« Hago á los altos Dioses compañía;
« Si yo reino es por tí; y á tí he debido
« Que de los vientos el rebelde bando
« Respete mi poder, tema mi mando.»

La cúspide del cetro, así diciendo,

Volvió contra la cóncava montaña,
Y al lado opuesto la impelió pujante.
Halló salida el escuadrón tremendo,
Y arremetió en tropel: con furia extraña
Su negro torbellino en un instante
Envuelve la ancha tierra, á un tiempo mismo
El Euro, el Noto, el Afro proceloso
Revuelven desde el fondo de su abismo
El turbulento mar, y el mar furioso
Con vastas olas la ribera azota.
Alza un triste clamor toda la flota,
Y los vientos con hórrido silbido
Rechinan en las cuerdas. Escondido
El día entre nublados, desparece,
Y se tiende en el mar la noche densa:
El trueno las esferas estremece,
Arde del éter la extensión inmensa,
Y á doquier que se vuelve el navegante
Su inevitable muerte ve delante.
Embarga á Eneas repentino hielo;
Llora, y, las manos levantando al cielo,
« ¡Tres veces (dijo), y mas, afortunados
« Los que tanto del Hado merecieron,
« Que, al pie de nuestros muros elevados,
« A vista de sus padres perecieron!
« O Diomédes, de Griegos el más fuerte,
« ¿Por qué no plugo al cielo que pudieras
« En los campos de Troya darme muerte?
« Allí inmolado á tu furor me hubieras

« Donde de Aquiles la tremenda lanza
« Rompió de Héctor el pecho y la pujanza;
« Donde el gran Sarpedon cayó, y el Janto
« Vuelca espumoso adargas y morriones,
« Y cuerpos de fortísimos varones. »
  Así en vano exclamaba, y entretanto
Embiste el Aquilon, y despedaza
De su bajel las velas. Sublevado
El mar á las estrellas amenaza;
Rompiéronse los remos; y la prora,
Cediendo al duro embate, de costado
La ya indefensa nave al mar presenta.
Un monte de agua la levanta ahora,
Y luego en un abismo cae violenta;
Ya en lo alto el marinero está pendiente,
Ya, abriéndose las olas de repente,
Siente hervir las arenas en el fondo,
Y descubre la tierra en lo mas hondo.
Contra las rocas pérfidas, de altares
Con el nombre en Italia conocidas,
Que forman la ancha espalda de esos mares,
Y están en sus espumas escondidas,
Estrelló el duro Noto tres navíos;
Y otros tres, impelidos, arrojados
Por la furia del Euro á los bajíos,
Quedaron en las sirtes encallados.
Cae una mole de agua en la galera
Que á Oróntes y los Lícios conducía,
Y á su piloto, que el timón tenía,
A la vista de Eneas, la onda fiera

De la popa arrebata y precipita:
Luego en su remolino impetüoso
Tres veces al bajel en torno agita,
Y se lo traga el mar voraginoso.
Por do quiera se ve flotar perdidas
Armas, tablas, riquezas, confundidas,
Y nadando en el golfo inmensurable
Aparece uno ú otro miserable.
Ya la nave de Alétes el anciano,
La de Ilioneo, poderosa en vano,
La de Acátes el bravo y la de Abántes,
Abiertas del costado las junturas,
Dan del mar á las aguas espumantes
Entrada por las anchas hendeduras.
Del profundo, en sus senos alterado,
Por Neptuno entretanto fué sentida
La horrible tempestad, sin él movida,
Y oyó sonar los vientos: indignado,
Pero grave y sereno en sus enojos,
Alza la frente plácida, y sus ojos
Ven hundirse en el ponto ó separarse
De los Teucros las naves desgraciadas,
Y en su daño las olas conjuradas,
Y sobre ellos los cielos desplomarse:
Ni en tal desorden se ocultó á Neptuno
La rabia artera de su hermano Juno.
Al Zéfiro y al Euro á su presencia
Llama al punto y les habla de este modo:
«¿Pudo á tanto llegar vuestra insolencia,
«Que la tierra, y el mar, y el cielo, y todo

« Osárais confundir sin mi licencia?
« ¿Vuestra raza os inspira confianza
« Para alzar en el ponto este tumulto?
« Yo os haré ver... pero ántes la bonanza
« Debo volver al mar amotinado:
« Después castigaré tamaño insulto
« Con una pena igual al atentado.
« Idos pronto; y decid al que os gobierna
« Que no á él, sinó á mí, la suerte ha dado
« El imperio del mar y el gran tridente:
« Dueño de la vastísima caverna,
« Donde vosotros rebramais violentos,
« Que en tal palacio su poder ostente,
« Y reine en las mazmorras de los vientos. »

Dijo, y, más pronto que decirlo pudo,
Restituyó la calma al mar sañudo,
Y las nubes ahuyenta, y vuelve el día.
Triton y Cimotõe juntamente
Las naves que en un escollo retenía
Desencallan al fin: con su tridente
Otras levanta el Dios; les dá camino,
Las arenosas sirtes allanando,
Y sobre el mar, ya plano y cristalino,
Vá en su carro levísimo volando.

Como en un grande pueblo, si se mueve
Horrible sedición, enfurecidas
Las gentes más oscuras de la plebe
Lanzan piedras y teas encendidas,

Y el furor arma á todos: ven empero
Que algún hombre de un mérito eminente,
Y de rara virtud, se hace presente,
Y al punto callan, del varón severo
Atentos esperando las razones,
Y habla, y rige los ánimos; ablanda
De la turba feroz los corazones,
La paz persuade, y persuadiendo manda
Así de una mirada tranquiliza
  El piélago Neptuno, cuando, al vuelo
De sus caballos, y aclarado el cielo,
Sobre el agua en su carro se desliza.

  Anhelan en las costas más cercanas
Lasos los Teucros encontrar reposo,
Y guían á las playas Africanas.
  En un sitio apartado y silencioso
Hay un seno profundo, en cuya entrada,
Cual si fuese al intento colocada,
Forma una isla un puerto delicioso.
Son los estremos de ella dos rompientes
Que quebrantan las olas, y, partidas,
Entran al manso golfo ya dormidas.
Cierran dos promontorios eminentes
Por uno y otro lado aquel asilo:
Selvas coronan sus erguidas frentes,
A sus plantas el mar calla tranquilo,
La sombra de los árboles se avanza,
Y el Sol su ardiente rayo en vano lanza.
Una gruta entre rocas se ha formado

En el fondo del puerto, y la natura
Tersos asientos de la piedra dura
En su fresco recinto ha fabricado,
Y corren á raudales dulces linfas:
Aquel es el retrete de las Ninfas.
No es menester en rada tan serena
Que el retorcido cable ate la nave,
Ni echar al fondo el áncora que clave
Recorvo diente en la tenaz arena.

Siete bajeles, restos de su armada,
Allí conduce Eneas, y descienden
Los Teucros á la playa suspirada.
Besan la tierra hospitalaria, y tienden
En la grama sus miembros fatigados,
Y de la sal marina penetrados.
Hiriendo un pedernal en el momento,
Hace saltar Acátes la centella,
Y en hojas la recibe: en torno de ella
Nutre el fuego con árido alimento;
Levanta leve llama el leve viento,
Y apesar del cansancio, entonces vuelan
A sacar de sus naves los Troyanos
Húmedos frutos, corrompidos granos,
Que al fuego sequen, y en la piedra muelan.

Sube entretanto Eneas á una altura,
Por si á lo lejos descubrir pudiera
De Cápis ó de Anteo la galera
En el tendido mar, ó por ventura

Las armas de Caïco en la alta popa.
Nave ninguna vé; pero una tropa
De ciervos á su vista se presenta,
Que en los valles vecinos se alimenta.
Tres de los más gallardos van delante;
Vélos el héroe y para, y al instante
Toma el arco y los hierros voladores,
Que el siempre fiel Acátes le llevaba.
Desciende, y los esbeltos conductores,
Cuya arbórea cabeza más se alzaba,
Los tres primeros son que postra en tierra:
Huyen los otros á la selva umbrosa,
Y allí sin distinción hace la guerra
A la pávida turba, y no reposa
Hasta que tantos ciervos hubo muerto
Cuantas quedaron naves en el puerto.
  Entonces afanoso allí regresa,
Parte entre todos la reciente presa,
Y mandando sacar de anchos toneles
Un vino confortante y delicado,
Por el bondoso Acéstes regalado
Al salir de Sicilia los bajeles,
Así dijo con voz consoladora:
« ¡Animo mis amigos! No es de ahora
« Que á mayores desgracias han querido
« Enseñaros los Dioses inmortales;
« Y pues ellas su término han tenido
« También tendrán su término estos males.
« Mostrad aquel valor que os animaba
« Cerca de los escollos estruendosos

« De Escila, y de los montes cavernosos
« Que el truculento Cíclope atronaba.
« Desterrad la tristeza: que algún día
« Tal vez recordareis con alegría
« El actual infortunio. Si el destino
« Ha sembrado de riesgos el camino
« Que nos conduce á Italia, en ella el cielo
« Nos ofrece morada permanente,
« Y quiere que renazca en aquel suelo
« El imperio de Troya prepotente.
« Sufrid y conservaos, compañeros,
« Para los bellos días venideros. »

Su profundo dolor disimulando,
Así hablaba, pintado en su semblante
El gozo y la esperanza lisonjera;
Y, el futuro banquete acelerando,
Toda la comitiva en el instante
De la campestre caza se apodera.
Quien la divide en trozos, ya desnuda
Por otros de la piel que la cubría;
Quien clava, palpitantes todavia,
Carnes y entrañas en la vara aguda.
Unos la vianda en el metal preparan,
El fuego atizan otros con que hierva,
Y sus fuerzas al fin todos reparan,
Consumiendo, tendidos en la yerba,
La pingüe carne, y el añejo vino.
Del hambre la impaciencia mitigada,
Y la rústica mesa levantada,

Llaman á los amigos que el destino
Ingrato les robó, cediendo inciertos
Tan pronto á la esperanza de que vivan,
Como al triste temor de que, ya muertos,
Sus voces lastimeras no perciban.
Eneas sobre todos, ya la suerte
Llora del bravo Oróntes y de Amico,
Ya consagra sus lágrimas á Lico,
Y al fuerte Jïas y á Cloanto el fuerte.

Iba á esconder el Sol su clara lumbre,
Cuando Jove, del cielo en la árdua cumbre,
Contemplando la mar y la honda tierra,
Y de tan varios pueblos habitadas
Las regiones vastísimas que encierra,
Fija al fin en la Líbia sus miradas,
Y allá revuelve en su saber profundo
Del hombre los destinos y del mundo.
Vénus le dijo entonces, anublados
Con el llanto sus ojos esplendentes:

« Señor, cuyos decretos respetados
« En el Olimpo son, y que á las gentes
« Aterras fulminante, ¿en qué ha podido
« Tanto mi caro Eneas ofenderte;
« Los suyos cuál delito han cometido,
« Que, tras de tanto estrago y tanta muerte,
« Por vedarles de Italia la ribera,
« Se les veda también la tierra entera?
« Descendientes de Teucro los Troyanos,

« Al volver de los tiempos deberían
« A la Ausónia llegar, donde serían
« Los padres de los ínclitos Romanos,
« De cuanto alumbre el Sol dominadores.
« Si estas son tus promesas anteriores,
« ¿Tu voluntad, gran rey, será mudable?
« Yo con ellas tal vez me consolaba
« Del incendio de Troya lamentable,
« Y unos hados con otros compensaba:
« Pero ¡ay! que de los míos renovarse
« Miro los infortunios cada día!
« ¿Y no mandas que cesen todavía?
« Pudo Antenor sin riesgo libertarse
« De en medio de los griegos inclementes;
« Y el Ilirico golfo penetrando,
« Y toda la Libúrnia atravesando,
« Pasó el Timaro, que de nueve fuentes
« Brotando estrepitoso en las montañas,
« Cubre, cual mar sonante, las campañas.
« El fundó á Pádua, y ostentó en su muro
« Troyanas armas: su remoto asilo
« Con su nombre se honró: vivió seguro,
« Y hoy descansa en su túmulo tranquilo.
« ¡Y Eneas, prole tuya, en la lumbrosa
« Morada de los cielos esperado,
« Ve perecer su armada numerosa,
« Y lejos de la Italia es arrojado,
« Victima de las iras de una diosa!
« ¿Aqueste premio la piedad merece?
« Así nuestro poder se restablece?

Con el rostro sereno y placentero
Con que suele calmar las tempestades,
Dando á Vénus un ósculo ligero
El padre de los hombres y deidades,
Se sonríe, y sus voces desvanecen
Tan inquieto temor. « Mi amada hija,
« La suerte de los tuyos no te aflija:
« Sus hados inmutables permanecen:
« Tú verás por sus manos erigidos
« Los muros de Lavínia prometidos,
« Y en lo alto del alcázar estrellado
« Al magnánimo Eneas sublimado.
« No temas que se alteren mis decretos;
« Y quiero, para más tranquilizarte,
« Los varios y recónditos secretos
« Del eterno destino revelarte.
« El hijo tuyo en la italiana tierra
« Hará á pueblos feroces cruda guerra,
« Y les dará costumbres y ciudades;
« Y después de tres años de reinado,
« Y de haber á los Rútulos domado,
« Subirá á la mansión de las Deidades.
« Julio Ascánio, que Ilo se llamaba
« Cuando Iliön al Asia dominaba,
« Reinará después de él: verá en su mando
« Renacer treinta veces el estío;
« Y á los palacios de Alba trasladando
« De Lavínia su trono y poderío,
« Inespugnablee hará su nueva corte.
« Allí trescientos años la familia

« De Héctor dominará; y el Dios Mavorte,
« Al cabo de ellos, á la joven Ilia,
« Vestal de quien un rey ha de ser padre,
« De dos niños gemelos hará madre.
« Uno será el gran Rómulo: fiada
« Verás á su poder tu gente amada,
« Y engalanado con la piel rojiza,
« Despojo de una loba su nodriza,
« Una ciudad á Marte consagrada
« Fundará, y á los nuevos ciudadanos
«Ha de dar, por su nombre, el de Romanos.
« Será de ellos el orbe: plazo alguno,
« Ni límite á su imperio he señalado:
« Dominarán sin fin: la misma Juno,
« Que hoy persigue á los Teucros implacable,
« Y cielo, y mar, y tierra ha concitado,
« Será entonces á Roma favorable,
« Y por ella y por mí será amparada
« Reina del mundo la nación togada.
« Así está decretado. Vendrá día
« En que será de Grecia vencedora,
« Y de Argos, de Micenas, y de Ptia
« La progenie de Asáraco señora.
« Después llegarán tiempos en que veas
« Nacer á Julio César el Troyano,
« Llamado como el hijo de tu Eneas,
« Y de tan bello tronco ilustre rama.
« Mandará cuanto abraza el ocëano,
« En las estrellas sonará su fama,
« Y cuando le recibas en el cielo,

« Cargado de despojos del Oriente,
« Le invocará la tierra reverente.
« Convertiráse en gozo el largo duelo
« De largos siglos de funesta guerra;
« Y Vesta y la alma Fé, Remo y Quirino,
« Llegados estos tiempos del Destino,
« Serán los que den leyes á la tierra.
« Férreo cerrojo y trabazón de bronces
« Del triste templo del bifronte Jano
« La dura puerta cerrarán entonces;
« Y adentro el furor bélico inhumano
« Sobre armas en desorden hacinadas
« Sentado horrible, y una y otra mano
« Con cien cadenas á la espalda atadas,
« Las morderá sangriento y repetido
« Retumbará su horrísono rugido ».

Dice, y ordena que á Cartago vaya
El mensajero Dios hijo de Maya
Para hacer que á los Teucros desgraciados
Dido en su nueva patria recibiera;
No fuese que, ignorante de los hados,
Les vedase pisar en su ribera.
El alíjero Dios el aire hiende,
Y, volando más rápido que el viento,
A las arenas Lívicas desciende,
Y cumple el soberano mandamiento.
El altivo Fenicio se resigna
Al divino poder que al Teucro ampara,
Y Dido la primera se prepara
A hospedarle pacífica y benigna.

Mas, durante la noche, mil ideas
Revuelve en su ánimo el piadoso Eneas,
Y, apenas Febo en el oriente brilla,
Aquellos sitios explorar intenta,
Y decir á los suyos en que orilla
Arrojados se ven por la tormenta;
Porque no saben si esa tierra inculta
Es por hombres ó fieras habitada.
Bajo una roca cóncava su armada
Entre sombríos árboles oculta,
Y con el solo Acátes, y vibrando
Dos lanzas de ancho fierro, el puerto deja,
Y de la playa intrépido se aleja.
Iba una densa selva atravesando,
Y su divina madre en forma humana
Al encuentro le sale en la espesura,
Y en las armas, el traje y la figura
Semejante á una virgen Espartana:
O Harpálice de Fracia así sería,
Que á los prestos corceles, voladora,
Y al Euro rapidísimo vencía.
Porque llevaba Vénus cazadora
De los hombros pendiente un arco hermoso,
Suelta al viento la blonda cabellera,
Y sobre la rodilla un lazo airoso
Regazaba la túnica ligera.
Acercóse y les dijo: «¿No ha llegado
«A este sitio una joven compañera,
«Que en esta misma selva se ha extraviado?

« Lleva una piel de lince por vestido,
« A la espalda la aljaba resonante,
« Y flechado tal vez y perseguido
« Va huyendo de ella jabalí espumante.
« ¿La visteis por ventura? » — Vénus dijo,
« Y de Vénus así responde el hijo:
« No hemos visto ni oido á tal doncella:
« Pero ¿qué nombre, cazadora bella,
« Habré de darte á tí? ¡Ah! Tú eres Diosa:
« Ni tu rostro ni tu habla melodiosa
« Pueden ser de mortal. ¿Eres hermana
« De las Ninfas del bosque? ¿Eres Diana?
« Cualquier Deidad que seas, te rogamos
« Que alivies nuestros males y fatigas;
« Que escuches nuestros votos, y nos digas
« En que región del orbe nos hallamos,
« Lanzados por los vientos y los mares,
« Desvalidos errando y sin destino,
« No conocemos hombres ni lugares:
« Si nos ampara tu poder divino,
« Quemaremos incienso en tus altares ».
« No soy digna de honor tan elevado
« (La diosa replicó) del arco armarse,
« Y coturnos de púrpura calzarse,
« Es entre Tirias vírgenes usado.
« En las riberas de la Líbia te hallas,
« Y en el imperio Púnico, fundado
« Por hijos de Ajenor: ¿ves las murallas
« De su nueva ciudad? En la frontera
« Vaga una raza indómita y guerrera;

« Pero en esta comarca reina Dido,
« Que huyendo de su patria y de su hermano,
« La colonia de Tiro ha conducido;
« Y aunque es larga la historia del tirano,
« Y de la triste y prófuga princesa,
« Yo te diré lo solo que interesa.
« Su mismo padre, autor de un himeneo
« Confirmado por prósperos auspicios,
« Intacta virgen la entregó á Siqueo,
« Opulento entre todos los Fenicios.
« Tiernamente la mísera le amaba;
« Mas Pigmalion su hermano, el más perverso
« De los hombres que abriga el universo,
« En la soberbia Tiro dominaba.
« Entre Siqueo y él se enciende luego
« Un odio inapagable; y el malvado,
« De amor del oro arebatado y ciego,
« Y de Dido y los Dioses olvidado,
« Se arma, se oculta, y al incauto esposo
« Al pie de los altares asesina.
« Largo tiempo su crimen horroroso
« Astuto encubre, y á la triste hermana
« Con mentidas palabras alucina,
« Entreteniendo su esperanza vana.
« Hasta que en sueños se aparece á Dido
« La imagen de la víctima insepulta,
« Y pálida descubre el pecho herido,
« Y la maldad doméstica y oculta,
« Y el altar con su sangre enrojecido.
« — Huye, le dice, de tu patria impía;

« — Tu presta fuga facilite el oro: — »
« Y le muestra el lugar donde debía
« Hallar bajo la tierra un gran tesoro.
« Tales revelaciones la estremecen;
« Y, disponiendo al punto su partida,
« De todos los que temen ó aborrecen
« Al tirano feroz se ve seguida.
« Pronto estaba una flota en aquel puerto
« Y, apoderados de ella con presteza,
« La cargan del tesoro descubierto,
« Y se entregan al mar con la riqueza
« A que aspiraba el inclemente avaro:
« Autora una mujer del hecho claro.
« Llegaron al lugar en donde ahora
« De Cartago verás el muro ingente,
« Y encumbrarse el alcázar eminente.
« Para tan gran ciudad la fundadora
« No compró de terreno mayor trecho
« Que el que la piel de un toro circundara,
« Y el lugar en memoria de aquel hecho,
« Ha querido que *Birsa* se llamara.
« Mas ¿quienes sois vosotros? ¿Y de dónde
« Venís ó adonde vais? » Lanzando Eneas
« Un profundo suspiro, así responde:
« Si nuestra historia, que saber deseas,
« Te fuese por estenso relatada,
« Se escondería el sol en el ocaso
« Antes de que la oyeras acabada.
« Desde la antigua Troya (si es que acaso
« Sonó el nombre de Troya en tus oídos)

« Hemos sido hasta el África impelidos,
« Atravesando procelosos mares.
« Soy el piadoso Eneas; que conmigo
« Conduzco en mi bajel los patrios Lares
« Que arranqué del poder del enemigo,
« Y mi fama á los astros ha llegado.
« Del Hado los decretos superiores
« A buscar en Italia me han forzado
« La cuna de mis ínclitos mayores,
« Que descienden de Júpiter divino.
« Por la Diosa mi madre encaminado,
« Partí del mar de Fríjia á mi destino,
« Llevando veinte naves: siete apenas,
« Por las ondas y el Euro maltratadas,
«De Libia en las riberas apartadas
« He podido salvar, y en sus arenas
« Vago errante, infeliz, desconocido,
« De la Europa y del Asia repelido ».

Vénus mas quejas escuchar no pudo,
Y enternecida interrumpió á su Eneas:
« Pues llegas á Cartago, ya no dudo,
« Extranjero, cualquiera que tú seas,
« Que eres objeto del amor del cielo,
« Y que cuidan los Dioses de tu vida.
« Vé y preséntate á Dido sin recelo:
« Te anuncio que tu flota no es perdida,
« Y que, calmado el Aquilón insano,
« Ya están los tuyos en tranquila rada;
« Si á conocer pronósticos no en vano

« He sido por mis padres enseñada.
« ¿Ves esos doce cisnes, que, ya unidos,
« Hienden el aire con alegre vuelo,
« Y antes iban dispersos, perseguidos
« Por el ave de Jove, que del cielo
« Sobre ellos se lanzó devoradora?
« Como ves que ya posan en el suelo,
« O que á posarse van; y cómo ahora,
« Vueltos de su pavor y placenteros,
« Baten las alas, y en el aire todo
« Resuena su cantar; no de otro modo
« Tus naves y tus ledos compañeros
« O la áncora en el puerto están echando,
« O en él á toda vela van entrando.
« Sigue haste la ciudad: esta es la vía ».

Dijo; y, al retirarse, al róseo cuello
Con divino fulgor resplandecía,
Exhalando un nítido cabello
El olor celestial de la ambrosía,
Desplegóse hasta el pie la veste undosa
Y su marcha mostró que era una diosa.

Eneas la conoce, y, ya distante,
Prorrumpe en estas quejas resentidas:
« ¡Ah madre! ¿Tú también de un hijo amante
« Te burlas con imágenes fingidas?
« ¿Es posible cruël, que nunca quieras
« Que tu diestra y mi diestra estén unidas,
« Y yo escuche tus voces verdaderas? »

Así la increpa y se encamina al muro:
Pero á los dos viajeros Citerea
De una nube formada de aire oscuro
Con el velo densísimo rodea;
Para que nadie así pudiese verlos,
Ni la causa inquirir de su venida,
Ni dañarlos tal vez ó detenerlos.
Ella vuelve á su Páfos preferida,
Y visita contenta los lugares,
Donde el aire embalsaman los olores
Del incienso Sabéo y de las flores
Que perfuman su templo y sus altares.

Siguieron el sendero señalado,
Y llegaron por fin á la colina
Frontera á la ciudad, y que domina
Sus torres y su alcázar encumbrado.
Admira Eneas desde aquella altura
Esa fábrica inmensa, en el asiento
Que antes la choza mísera ocupaba;
Portadas de magnífica estructura,
Y calles de enlosado pavimento,
En que el ruidoso pueblo se agitaba.
Activando sus obras los Fenícios,
Unos al muro y ciudadela elevan
Enormes piedras, que rodando llevan;
Otros, para sus propios edificios,
Señalan el solar con el arado:
Cavan un puerto aquellos; nombran estos
De la majistratura y del senado

A los que han de ocupar los altos puestos:
Del tëatro la noble arquitectura
Se ve salir aquí de su cimiento,
Y allá se cortan de la roca dura
Columnas que le sirvan de ornamento.
  Lo mismo las abejas, trabajando
Por el verano en la pradera amena,
Ya los nuevos enjambres van sacando
Por la primera vez de la colmena,
Ya sus líquidas mieles condensando,
Y el dulce néctar los panales llena;
O alivian de la carga á las que suelen
Llegar del grave peso fatigadas,
O, á manera de ejército formadas,
Al perezoso zángano repelen:
Todo es ardor y afan, y á la distancia
Trasciende del tomillo la fragancia.

  «¡Oh pueblo mil de veces venturoso,
«El que sus propios muros ya levanta!»
Dijo el héroe pasmado de obra tanta;
Y, cercado del velo nebuloso,
Penetra sin ser visto ni sentido,
Y vaga entre la turba confundido.
  Había en la ciudad un bosque umbroso,
Cuyo plácido asilo fué el primero
Que en África los Tírios encontraron,
Después de atravesar el ponto fiero.
Cavando entre los árboles, hallaron

De un soberbio caballo la cabeza;
Señal por la que Juno prometía
La abundancia del suelo, y la grandeza
Que Cartago á la guerra debería;
Y á Juno, en lo interior del bosque sacro,
Un templo alzaba la Sidónia Dido,
Del Númen con el santo simulacro
Y con dádivas de oro enriquecido.
Anchas gradas de bronce se elevaban
Hasta el umbral del edificio ingente,
Las bóvedas en bronce descansaban,
Y las puertas de acero reluciente
En quiciales de bronce rechinaban.

Allí al héroe Troyano se presenta
Un objeto que en su ánimo indeciso
Calma las inquietudes de improviso,
Y de nueva esperanza le alimenta:
Pues mientras, en el templo de la Diosa,
Esperando á la reina, atento mira
Los primores de la obra portentosa,
Y el arte y los artífices admira,
Ve de repente de la Ilíaca guerra,
Ya divulgada por la inmensa tierra,
En coloridos lienzos los combates;
Y de Atrídas, de Priamo el anciano,
Y de Aquiles, con ambos inhumanos,
La imágen le conmueve. « Amado Acates,
« ¿ En qué región del orbe el Sol se muestra,

« En qué sitio (exclamó) que no esté lleno
« De las desgracias de la patria nuestra ?
« ¡ Mira á Príamo ! Amigo, el mal ageno
« También se llora aquí: también alcanza
« Su premio la virtud y su alabanza:
« No desmayes; seremos protegidos
« Donde son nuestros hechos aplaudidos. »

Así hablaba, y la inánime pintura
Su espíritu y su vista embebecía,
Lágrimas de dolor y de ternura
Corriendo hasta su seno. Ya veía
Como, en torno de Troya, al griego bando
Acosaban los Frijios batallando;
Ya como, en medio del combate fiero,
El penacho de Aquiles espantaba
Las Troyanas falanges, y el guerrero
En su carro tonante atropellaba.
A manos de Diomédes destruïdos
Vió de Reso los blancos pabellones,
De noche por un pérfido vendidos;
Y del príncipe muerto los bridones
Arrebatados, antes que probaran
La yerba de las márgenes del Janto,
Y la sed en sus aguas apagaran.
Desarmado y huyendo ve entretanto
A Troilo, infortunado adolescente,
Que osó medir sus fuerzas juveniles
En lucha desigual con las de Aquiles.
Afuera de su carro vá pendiente,

Y ya, ya, por caer, con débil mano
A sus caballos sofrenando en vano,
Despavoridos le arrebatan ellos,
Barren el negro polvo sus cabellos,
Y la lanza en el pecho atravesada
Vá surcando la tierra ensangrentada.
Suelta la cabellera, allá venían
Las Troyanas, vertiendo largo llanto,
E, hiriéndose los pechos, ofrecían
A la airada Minerva un rico manto;
Mas la Diosa los ojos enclavaba
En la tierra, y la ofrenda desdeñaba.
Mas allá, en otro lienzo, Aquiles duro
De Héctor tres veces arrastrado había
El cuerpo exángüe al rededor del muro,
Y á Príamo por oro le vendía.
Entonces fué cuando el varón Troyano
Lanzó un hondo gemido, al ver sus ojos
El cadáver, el carro, y los despojos
De su amigo infeliz, y al rey anciano
Tendiendo al matador la inerme mano.
Lidiando con los griegos campëones
Se conoció á sí mismo de repente,
Y distinguió las armas y escuadrones
Que el tostado Memnon trajo de Oriente.
Ve en fin á la pugnaz Pentesilea
Llevar sus Amazonas aguerridas,
De lunadas adargas defendidas,
Adonde es más sangrienta la pelea;
Y el no cortado pecho sujetando

Con una franja de oro, vá en las lides
La tremenda doncella batallando
Con los más beliciosos adalides.

Estaba del Dardánio enternecido
En los cuadros el alma embelesada,
Y al templo llega la elegante Dido,
De jóvenes gallardos escoltada.
Cual Dïana en la margen del Eurótas,
O del Cinto en la altura, dirijiendo
El coro de las Ninfas, se presenta;
Y de cumbres cercanas y remotas
Las festivas Oréades viniendo,
La Diosa en medio su beldad ostenta:
Con la aljaba en el hombro vá marchando;
Y, del triunfo de su hija satisfecho,
Al verla sobre todas descollando,
Palpita alegre de Latona el pecho.
Tal era Dido, tal aparecía
En medio de su pueblo y activaba
Las prodigiosas obras que algún dia
Ilustrasen el reino que fundaba.
Cercada de su guardia, al fin se sienta
En un trono, á las puertas del santuario,
Y bajo de la cúpula erigido:
Dicta sus leyes á la turba atenta,
Y equitativa impone al operario
Llevadera labor, ó decidido
Queda el duro trabajo por la suerte.
Gran gentío se agolpa mientras tanto,

Y entre él Eneas acercarse advierte
A Anteo, y á Serjesto, y á Cloanto,
Y á varios Teucros, que la mar había
Lanzado á otras orillas. La alegria
Y el ansia de abrazarlos estimulan
A los que densa nube protegía;
Mas, dudosos y absortos, disimulan,
Y entre el opaco velo se mantienen.
Quieren antes saber á qué ribera
Aportaron los suyos, y á qué vienen,
Y qué suerte en Cartago les espera;
Pues de cada bajel los principales,
De la reina implorando la clemencia,
Ya tocaban del templo los umbrales.

Admitidos al fin á su presencia,
Permíteles hablar la excelsa Dido,
Y el anciano Ilioneo, al pie del trono,
Dijo en modesto pero firme tono:
« O gran reina, á quien Jove ha concedido
« Un imperio fundar, y que trajeras
« Al yugo de la ley gentes tan fieras;
« De la nación Troyana maltratada
« En la tierra y el mar, escucha el ruego,
« Y no consientas que enemigo fuego
« Devore en tu ribera nuestra armada:
« Hágate tu poder la salvadora
« De la raza piadosa que te implora.
« No hemos venido á provocar tu enojo,
« Ni á devastar los Líbicos hogares,

« Para volver, cargados del despojo,
« En infames bajeles á los mares;
« Que nuestra alma detesta la violencia,
« Ni es propia de vencidos la insolencia,
« Hay una tierra fértil, floreciente,
« Que los Griegos Hespéria renombraron;
« Los antiguos Enotrios la habitaron,
« Y la hicieron en armas prepotente:
« Italo allí reinó, y ahora es fama
« Que, por Italo, Italia se le llama.
« Ibamos en su busca, y de repente
« El funesto Orïón la mar subleva.
« Y el Austro, arrebatando los navíos,
« Dispersos por el piélago nos lleva,
« Fluctüando entre escollos y bajíos:
« De su furia los pocos que salvamos
« Náufragos á tus costas arribamos.
« Mas ¿qué linaje de hombres las habita?
« ¿O dónde hay una ley que tal permita?
« No bien húmeda playa nos hospeda,
« Y el vacilante pie la arena toca,
« Hierro en mano la arena se nos veda,
« Y á una bárbara lid se nos provoca.
« Si este pueblo desprecia á los humanos,
« Ni las mortales armas le intimidan,
« Entienda que los Dioses soberanos
« De lo justo y lo injusto no se olvidan.
« Nuestro rey era Eneas; y si el Hado
« De un varón tan piadoso, recto y fuerte,
« El aliento conserva, y no ha bajado,

« A los lóbregos senos de la muerte,
« De habernos tu favor anticipado
« Nunca tendrás, oh reina, que dolerte.
« También es de la dárdana familia,
« Y domina ciudades populosas,
« Que son nuestras aliadas poderosas,
« El magnánimo Acertes en Sicilia.
« Deja que de las aguas retiremos
« La destrozada flota, y que en la selva
« Nos hagamos de mástiles y remos,
« Con que á las hondas reparada vuelva;
« Para volar á Italia placenteros,
« Si los Dioses propicios han querido
« Salvar á nuestro jefe y compañeros.
« Pero si tú en el ponto has perecido,
« Oh padre de tu pueblo, y no nos queda
« Ni la esperanza del amado Ascánio,
« Y á la tierra volver se nos conceda
« En donde Acéstes manda, y preparada
« Siempre hallarán los Frijios su morada. »

Terminado el discurso de Ilioneo,
En confuso rumor la Teucra gente
Mostró igual inquietud, igual deseo;
Mas, bajando los ojos indulgente,
« Dardánios, no temais (les dijo Dido):
« Dura es mi situación, mi imperio nuevo,
« Y de su costa, y límite estendido
« Solo á soldados la defensa debo
« Forzada confiar. Mas ¿quien ignora

« Los diez años de guerra asoladora,
« Y el nombre de Ilión? ¿la griega llama,
« El troyano valor y sacrificios,
« Y de Eneas los hechos y la fama?
« No somos tan incultos los fenícios,
« Ni tan lejos de mi y de mis vasallos
« Ata el Sol á su carro sus caballos.
« Si á los campos quereis de los latinos,
« Do Saturno reinó, volver la prora,
« O buscar en los fines Ericinos
« La tierra amiga donde Acéstes mora,
« Para cruzar el ponto los caminos
« Contad con mis auxilios desde ahora.
« Si preferís quedar en mis Estados,
« Esta ciudad es vuestra; en la ribera
« Descansen los bajeles maltratados;
« Que por Dido serán de igual manera
« El troyano y el tirio gobernados
« ¡Y ojalá á vuestro rey lanzado hubiera
« A estas orillas el furor del Noto!
« Pero al confin de Lívia mas remoto
« Irán mis mensajeros al instante,
« Por si en pueblos ó selvas anda errante.»

Con tan dulces palabras animados,
Eneas y su bravo compañero
La nube de que estaban rodeados
Anhelaban romper; y asi primero
Exhorta Acátes de la Diosa al hijo:
« ¿No ves á tus amigos? ¿Ya no sabes

« Que están, como tu madre lo predijo,
« Seguras en el puerto nuestras naves?
« Tan solamente falta el desgraciado
« A nuestra vista por el mar tragado.
« ¿Cual es tu mente ahora?»—Así decía,
« Y de pronto se rasga y desvanece
La oscura nube que á los dos cubría.
Eneas de improviso se aparece
Brillante en cuellos y hombros, y brillante,
Como es el de los Dioses, su semblante:
Porque Vénus con hálito divino
Le dió la lumbre de sus ojos bellos,
Y su color de rosa purpurino,
Y esplendor á su frente y sus cabellos.
En pulir el marfil asi se emplea
Experta mano; y con adorno vario
Asi el oro finísimo hermosea
La lámina de plata, el mármol Pário.
El, á la muchedumbre circunstante,
« Si buscabais á Eneas el troyano,
« No te ha tragado el piélago Africano:
« Miradle, dijo: le teneis delante;»
« Y luego, vuelto á Dido con blandura,
« ¡Oh tú, la sola que piadosa miras
« De Troya la inefable desventura?
« ¡Tú, que á víctimas tristes de las iras
« Del griego y de la mar, de tierra y cielo,
« Cuando más desvalidos nos hallamos,
« Das asilo y morada en este suelo!
« Ni los que ahora tu favor logramos,

« Ni todo cuanto Teucro está disperso
« En la vasta estensión del universo,
« A pagar tus bondades alcanzamos.
« Si es juez de las acciones la conciencia,
« Si hay justicia en los hombres, y benigno
« Recompensa algún númen la clemencia,
« Te espera, Dido, el galardón más digno.
« Dichoso el padre á quien el ser debiste!
« ¡Afortunado el siglo que naciste!
« Mientras que corran á la mar los rios,
« Sustente el cielo la sidérea lumbre,
« Y caiga larga sombra de alta cumbre,
« Do quier me lleven los destinos mios,
« Haré vivir en inmortal memoria
« Tu nombre, tus virtudes y tu gloria.»
Vuélvese á sus amigos, dicho aquesto,
Y sus amantes brazos abre al cabo
Al facundo Ilioneo y á Seresto,
Y al bravo Jias y á Clõanto el bravo.

Después que absorta la Sidónia Dido
Contempló de tal héroe la presencia,
« ¿De qué Númen, le dijo, la inclemencia
« De peligro en peligro te ha traído?
« ¿Quién, hijo de la Diosa, quien creyera
« Verte por los destinos impelido
« Del Africa á la bárbara ribera?
« ¿Con que eres el Eneas afamado,
« Que á la margen del Frijio Simoente

« Por el dardáneo Anquises engendrado,
« Nació del alma Vénus? Bien presente
« En la memoria tengo todavía
« Que cuando, á fuerzas de armas, á su mando.
« Belo la ópima Chípre sometía,
« Vino Teucro á Sidón; solicitando,
« Expulso de su patria Salamina,
« Con el auxilio de mi padre Belo,
« Otro imperio fundar en otro suelo.
« Desde entonces de Troya la ruina,
« Tus gloriosas hazañas y tu fama
« Supe, y los nombres que la Grecia aclama.
« Aunque de los troyanos enemigo,
« Teucro con gran loor los ensalzaba,
« Y de ser de su estirpe blasonaba.
« Ea, jóvenes, pues; venid conmigo,
« Y yo os daré hospedaje en mis mansiones.
« Antes que me trajese á estas regiones
« Una suerte á la vuestra semejante,
« También me he visto perseguida, errante,
« Y mi propia desgracia me ha enseñado
« A tener compasión del desgraciado.»

No bien de esta manera hablado había,
Conduce á Eneas al palacio regio,
Mandando que en los templos aquel dia
Se celebrara con honor egregio;
Y al mismo tiempo providente ordena
Que del héroe á los tristes compañeros,
Que estaban de las playas en la arena,

Se envíen cien ovejas, cien corderos,
Cien cuerpos de cerdosos animales,
Y alegre don de Baco, y veinte erales.
  Entretanto el espléndido convite
Con pompa en el palacio se prepara:
Brillan tapetes en que el arte rara
Con la soberbia púrpura compite;
Y en las mesas los vasos cincelados,
Donde en oro y en plata han esculpido
La serie de los hechos señalados
De los abuelos ínclitos de Dido.
  Inquieto empero por su tierno Ascánio,
Y cuidadoso él únicamente,
A las naves del príncipe Dardánio
Manda que vaya Acátes diligente,
Y con el hijo le conduzca luego
Preciadas galas que el troyano fuego
No alcanzó á devorar; un rico manto
Cubierto de pomposa argentería,
Y un velo en cuyas orlas estendía
Sus vástagos floridos el acanto:
Pasmoso don, que á la venusta Elena
Hizo su madre Leda, y que la ornaba
El triste dia en que á la Teucra arena
Y al adúltero tálamo llegaba.
A estos presentes agregar dispone
El magnífico cetro que Ilione,
Hija mayor de Príamo, ostentaba,
Y su collar de perlas primoroso,

Y la régia corona en que lucía
Doblado cerco de oro y pedrería.

Mientras á los bajeles presuroso
El fiel Acátes vá, con nueva idea
Forma nuevo designio Citerea,
Y astuta determina que Cupido
Transformado en Ascánio se presente,
Y las preseas ofreciendo á Dido,
La incendie toda con su llama ardiente;
Porque teme el doblez y la inconstancia
Del Fenício versátil y doloso,
Y de Juno la atroz perseverancia
En la noche perturba su reposo.
Llamó, pues al amor, y asi le dijo:
« O tú, mi sola fuerza, amado hijo,
« Yo imploro tu poder, y á ti me acojo,
« A quien no aterra el brazo fulminante,
« Que, armado de sus dardos, en su enojo
« Contra Tifeo levantó el tonante.
Ya has visto que de Juno el odio impío
Trae á tu hermano Eneas maltratado
De un mar en otro mar, y te ha causado
Muchas veces dolor el dolor mio.
« Hoy Dido en su palacio le ha hospedado,
« Al parecer benigna y obsequiosa;
« Pero me tiene inquieta y recelosa;
« Ver á tu hermano en la ciudad de Juno,
« Y temo que aproveche rencorosa
« Un tiempo de dañar tan oportuno.

« Conviene anticiparse en el instante,
« Y encender en la reina tanto fuego,
« Que ninguna potencia baste luego
« A poderle apagar, y en adelante
« Ame cual yo á mi Eneas: oye el modo
« De poder conseguir mi intento todo.
« Ascánio, de mi amor la prenda cara,
« Llamado de su padre, un don preciado,
« Por la llama y las ondas respetado,
« A llevar á Cartago se prepara.
« Yo en mi regazo le alzaré dormido,
« Y, sin turbar su plácido reposo,
« Volaré de la Italia al bosque umbroso,
« O le tendré en Citéres escondido;
« Para que nada sepa, nada tema,
« Y no pueda impedir mi estratagema.
« Niño eres tú, y él niño, tu semblante
« Cambia esta sola noche por el suyo;
« Y cuando, en medio del festín brillante,
« De Dido el dulce lábio toque el tuyo,
« Y te estreche en sus brazos cariñosa,
« Reclinándote á veces en su seno,
« Devórala con llama silenciosa,
« Y derrama en su pecho tu veneno. »

Alegre y dócil de su madre el ruego,
Entrambas alas el amor se quita,
Y anda, y en el andar á Julio imita,
Y á obedecer á Vénus parte luego.
Ella entonces un sueño regalado

Vierte en los miembros de su nieto amado,
Y al aire rapidísima se entrega:
Abrazada con él á Itália llega,
Y á la sombra le deja sosegado,
Respirando aromáticos olores
En un lecho de amáraco y de flores.
Por Acátes en tanto conducido
Y llevando las dádivas reales,
Obediente á su madre, iba Cupido,
Al llegar de la reina á los umbrales,
Ella, cubierta de oro ya ocupaba
Un sitial en el centro colocado.
De recamada tela entapizado,
Y que el dosel soberbio coronaba.

Eneas y los próceres troyanos
Sobre lechos de púrpura se sientan;
Y mientras unos pajes en sus manos
Vierten la linfa pura; otros presentan
En el trenzado mimbre el don de Céres,
Y despliegan tejidos de albo lino,
Cincuenta son las hábiles mujeres
Que en lo interior preparan los manjares,
E incienso queman, en honor divino,
Ante los simulacros de los Lares;
Y de viandas, de copas y de vino
Cubren la rica mesa cien doncellas,
Y cien ministros, jóvenes como ellas.
Al alegre palacio apresurados
Tambien los nobles Tirios se encaminan

Y, al pomposo banquete convidados,
En bordadas alfombras se reclinan.
Ya contemplan las dádivas de Eneas,
Ya del flagrante Ascánio la figura,
Y el razonar fingido y la hermosura;
Y se admiran del niño y las preseas,
Y del manto, y del velo guarnecido
De acanto con el vástago florido.
Pero la triste reina, destinada
De una pasión funesta á los horrores,
Sin cesar mira y arde: sus ardores
Del fraudulento Dios cada mirada
Redobla, y la conmueven igualmente
Cupido y el magnífico presente.
Despues que, asido al cuello, y abrazado
Con el supuesto padre el falso niño,
Lo dejó que agotara alucinado
En ósculos y halagos su cariño,
A la infeliz el pérfido se llega.
Ella con toda su alma la acaricia,
Abrazarle, mirarle es su delicia,
Y algunas veces, inocente y ciega,
Le reclina en su seno: ¡miserable!
Que no sabe que Dios tan formidable
Como un instante en su regazo juega!
El, de Vénus la trama recordando,
Las antiguas memorias de Siqueo
En Dido poco á poco fué borrando,
Y con nueva pasión, nuevo deseo,
Trastorna un pecho que tranquilo estaba,
Y desde largo tiempo ya no amaba.

De la mesa las viandas levantaron,
Y grandes copas de esquisito vino
Con guirnaldas de flores coronaron.
Del placer con el grito repentino
Resonaron los átrios y salones,
Y luminosas lámparas ardiendo
Penden de los dorados artesones,
Las tinieblas en día convirtiendo.
Un vaso de oro y perlas esplendentes,
Desde el antiguo Belo, usado habían
De la reina los claros ascendientes,
Cuando las libaciones ofrecían:
Dido llenarle manda; las sonoras
Voces que henchian el palacio todo
Cesan al punto, y habla de este modo:
« Jove, autor de las leyes protectoras
« De la hospitalidad, haz que este día.
« A Tirios y Troyanos fausto sea;
« Ni su memoria perecer se vea.
« Ven, oh Baco, dador de la alegría,
« Oh Juno, ven, y tu favor nos presta;
« Y vosotros, oh Tirios, á porfía
« Solemnizad tan memorable fiesta ».
Dice, y derrama del licor precioso
Una parte en la mesa. La debida
Libación á los Dioses ofrecida,
De la taza de néctar espumoso
El borde apenas con el labio toca;
Luego la alarga á Bicias, y á que beba

Ella misma festiva le provoca.
Con ambas manos á los labios lleva
El ancho vaso el prócer, y, sediento,
Hasta el fondo le apura en el momento.
Síguele la nobleza placentera;
Y entretanto repite en sus canciones
Iópas el de la larga cabellera,
Al son del arpa de oro, las lecciones
Que en otros tiempos enseñaba Atlante;
Los eclipses del sol, la luna errante,
Y el rayo y lluvias; de hombres y animales
El origen primero; las dos Osas,
Y el Arturo y los Híadas pluviosas:
Por qué causas los soles invernales
A bañarse en las ondas se apresuren,
Y las frígidas noches tanto duren.
Sus cantares los Tirios celebraron,
Y el aplauso los Teucros redoblaron.

También Dido, la noche entreteniendo,
Con Eneas incauta discurría,
Y largo amor la mísera bebía,
Mil preguntas sobre Héctor repitiendo,
Sobre Priamo mil. Ya deseaba
Saber de cuales armas revestido
El hijo de la aurora había venido,
Ya cuan tremendo Aquíles batallaba,
Ya el motivo fatal porque se hicieron
Famosos los caballos de Diomédes.
« Dime, huesped, en fin, todas las redes

« Que á los fuertes de Pérgano tendieron
« Los Griegos, tan fecundos en ardides:
« Cuenta el estrago de las Teucras lides,
« Y dí tus aventuras singulares;
« Pues desde que te lleva el Hado impío
« Vagando por las tierras y los mares,
« Ya ha vuelto siete veces el estío ».

A LOS GENERALES

DE LOS EJÉRCITOS UNIDOS DE CHILE Y DE LOS ANDES D. JOSÉ DE SAN MARTIN Y D. ANTONIO GONZÁLEZ BALCARCE.

CANTO *

Amados de Caliope, hijos de Febo,
Del Parnaso en las cimas educados;
Perdonad si los cantos elevados
De vuestra lira á interrumpir me atrevo.
Lo se, lo se; no debo (1)
Mover el labio osado. (2)

---

* Está incluído en la Colección, pág. 100—firmada.

Está en la Lira, pág. 142; sin firma.

En la edición de las Poesías de Dn. J. C. Varela, hecha el año 1879, está esta composición con el siguiente título: «En elogio de los señores generales D. José de San Martín y D. Antonio Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del río Maypo, el 5 de Abril de 1818» y está precedida de la siguiente nota: «En el canto que va á leerse tambien se hace mención de la célebre batalla de Chacabuco. Cuando el se escribió. por insinuación de personas inmediatas al Gobierno, ya todos los peetas de Buenos Aires habian celebrado, de un modo digno, la victoria de Maypo. Parece que la autoridad deseaba entonces ensalzar el mérito del Sr. Balcarce, que contribuyó no poco á este triunfo, y cuyo mérito habían olvidado nuestros poetas. De todos modos, esta composición, y la que la precede, son, á mi parecer, las que necesitan más indulgencia entre las mías.»

En este volumen, cuya publicación fué preparada por el mismo Sr. Varela, esta composición aparece bastante cambiada; y como en la advertencia con que lo prologa dice que solo reconocerá por suyas á las que allí se hállan, tal como están, hemos hecho llamada en cada caso sobre los versos de la composición primitiva para presentar de ese modo la obra poética completa.

Estas modificaciones son las siguientes:

(1) Sé que pulsar no debo

(2) La pobre lira mía;

Empero ¿á quién es dado (3)
El ardor refrenar que el pecho inflama?
Veo dos héroes; sus renombres solo (4)
Entusiasmo me dan, penden mi llama, (5)
Son mi genio, mi númen, y mi Apolo. (6)

San Martín y Balcarce; dos guerreros
Cuales la Fama no cantó hasta ahora, (7)
Cuales ni cantará su voz sonora (8)
En el voltear de siglos venideros (9)
Temblad, temblad iberos;
Vuestro fin se aproxima,
Que San Martín la cima
De montes, que su frente han escondido
En las regiones donde el trueno rueda,
Amenaza escalas, y confundido, (10)
Si lo ejecuta, vuestro orgullo queda (11)

Quedará vuestro orgullo. En movimiento (12)
Ya sus falanges van; la falda pisan, (13)
Y la altura también; de allí divisan
En Chacabuco un pabellón al viento. (14)

---

(3) ¿Más que podrá este día.
(4) Veo dos héroes, su renombre soló
(5) Del entusiasmo la sagrada llama
(6) Enciende, y siento que me inspira Apolo.
(7) A quienes justa nuestra edad aclama,
(8) Y cuyos hechos cantará la Fama
(9) En la serie de siglos venideros.
(10) Amenaza escalar, y destruido,
(11) Si lo ejecuta. vuestro imperio queda.
(12) Quedará vuestro imperio: en movimiento
(13) Ya las falanges van; la falda pisan
(14) En Chacabuco una bandera al viento.

«Del hispano sangriento (15)
« Es la bandera,» gritan: (16)
Sobre él se precipitan, (17)
Y rayos lanzan, y el cañón retumba; (18)
En el avance los alfanges vibran; (19)
En la cuesta el tirano halló su tumba,
Y á Chile triste las legiones libran.

El venerando Maypo, que, en la hondura
Por sus puros cristales retirado,
Por tres siglos lloraba inconsolado (20)
Del suelo que regó la suerte dura, (21)
De su mansión oscura
El ruído oyó de guerra, (22)
Y, cuando más se aterra, (23)
Siente el volar de la veloce Fama (24)
Que á San Martín cantaba sonorosa. (25)
Alegre entonces su Náyades llama, (26)
Y sobre el agua alzó su faz rugosa.

---

(15) Como huracán violento,
(16) Que brama en la alta sierra,
(17) Son hijos de la guerra
(18) Fieros se lanzan; el cañon retumba,
(19) Y ellos la espada fulminante vibran:
(20) Era un río sin fama, destinado
(21) A dar inútil riego á una llanura,
(22) Oyó el clamor guerrero,
(23) Y oyó el grito primero
(24) Que, al desplegar sus alas, dió la Fama,
(25) A San Martín cantando sonorosa
(26) Alegre entonces á sus Ninfas llama,

Las convocó, y les dijo: «Yo sabía (27)
«Que tras mucho tronar del tiempo alado (28)
«Era de haber un día, en que arruinado (29)
«Chile el imperio ibérico vería; (30)
«Y que al fin la energía (31)
«De un hijo de la guerra, (32)
«Desde la opuesta tierra
«Mole inmensa de montes traspasando,
«Vendría hacia nosotros, y en un día (33)
«Siglos y siglos de maldad vengando,
«Al cruel cetro de hierro fin daría. (34)

«Su nombre allá en el libro de los hados
«Con carácter de fuego escrito estaba; (35)
«Jove empero su nombre reservaba
«Y los días al triunfo señalados» (36)
—Cuando veais que encontrados (37)
(Dijo el Tonante un día)
—En la alta serranía
—Ejércitos batallen, sangre corra,
—Vague muerte sin fin, la Fama cante,

---

(27) Convocólas, y dijo: «Yo esperaba
(28) «Que era de haber un día en que este imperio
(29) «Al déspota feroz de otro hemisferio
(30) «*No soy tuyo* dijera. Escrito estaba
(31) «Que á esta región esclava
(32) «Un genio de la guerra,
(33) «Vendría victorioso; y en un día
(34) «El oprobioso yugo rompería.
(35) «En páginas de luz escrito estaba;
(36) «Y los tiempos al triunfo señalados.
(37) «Cuando sea que osados

—Llegó á Chile el momento en que socorra (38)
—Su aciago suelo el Argentino Atlante (39)

« Hoy en la cuesta yo sentí fragores;
« En Chacabuco las cavernas roncas
« Del monte retumbaron; voces broncas
« Cuales de muertes escuche, y horrores. (40)
« En después, los clamores (41)
« De la Fama se oyeron:
« San Martín, repitieron,
« *San Martín es el héroe: Chile vive:*
« Me alzo yo entonces; de la cuesta veo (42)
« Sangre correr que el llano la recibe, (43)
« Y del campeón en manos el trofeo. (44)

« Pero no se acabó: ¿Veis estos llanos
« Delicia un día de Araucana gente?
« ¿Los veis que yermos, del arado el diente (45)
« Sentido no han, ni laboriosas manos?
« Sepulcro de tiranos
« A ser vendrán un día;
« La ibera sangre impía
« Dará fertilidad á mis llanuras:
« Pasarán pocos soles, y otra escena, (46)

---

(38) Llegó el feliz momento en que socorra
(39) Al araucano el adalid triunfante.
(40) « Escuché de feroces contendores;
(41) « Y después los clamores
(42) « Me alzo yo entonces, y en la cumbre veo
(43) « Al capitán ilustre, que recibe
(44) « De manos de Mavorte el gran trofeo.
(45) « ¿Veis los que, yermos, del arado el diente
(46) « Un nuevo atleta pisará mi arena,

« Otro Marte mayor, lides más duras (47)
« Aquí, aquí ha de ver con faz serena. (48)

« El héroe San Martín á otro héroe llama, (49)
« A otro Dios de combates, animado (50)
« De venganza y honor; su pecho osado (51)
« Abriga de honradez inmensa llama: (52)
« Su corazón inflama (53)
« El amor de su suelo: (54)
« Y bien que el negro velo (55)
« De la envidia mordaz y roedora (56)
« Quiso un tiempo encubrir tanta nobleza, (57)
Balcarce en su alma la virtud adora, (58)
« Y á nadie cede, ni cedió en grandeza. (59)

« Balcarce llegará. ¡Presagio cierto! (60)
« Mas ¡presagio maléfico al tirano (61)
« Que aumentando su hueste en Talcahuano, (62)
« Ruinas medita de placer cubierto! (63)
« Sus naves en el puerto (64)
« Ejércitos vomitan, (65)
« Que á morir precipitan (66)

---

(47) « Y otro Marte mayor, lides más duras
(48) « Entonces he de ver con faz serena
(49 á 59) (Suprimidos)
(60) « Balcarce llegaba: mi vaticinio
(61) « Es funesto y cruel para el tirano,
(62) « Que ostenta su poder en Talcahuano,
(63) « Y ha jurado de Chile el exterminio.
(64) « En vano á su dominio
(65) « Ya sujetar intenta
(66) « A una nación que cuenta

« Jefes soberbios, en soberbia fiados. (67)
« San Martín y Balcarce en mi llanura (68)
« Guerrearán, vencerán mas esforzados, (69)
« Y patria entonces vivirá segura» (70)

Así predijo el venerando Río.
Luego á la capital su blanca frente
Revuelve, vé, y aumenta de repente (71)
Con llanto de placer su raudal frío.
Las Ninfas el impío (72)
Dolor de ver su suelo (73)
Al luto, al lloro, al duelo (74)
Tres siglos entregado, depusieron; (75)
Por la orilla un momento divagaron; (76)
Y del Dios á una seña se volvieron, (77)
Y con el dios al fondo se tornaron. (78)

En tanto el primer héroe, que gozosa
La madre patria en sus anales cuenta,
En Santiago, ya libre, se presenta,
Mas no en Santiago su valor reposa.

---

(67) « Con la ayuda de genios denodados
(68) « Los libres triunfarán; y en mi llanura
(69) « Los monumentos á su gloria alzados,
(70) Dirán sus triunfos á la edad futura»
(71) Vuelve, mira, y aumenta de repente
(72) Cesó el dolor impio
(73) De las Náyades bellas,
(74) Y en vez de sus querellas,
(75) Los écos sus cantares repetían.
(76) Por la orilla festivos divagaron,
(77) Y, á una seña del Dios que obedecían,
(78) Con el Dios á las ondas retornaron.

La legión animosa
De nuevo al campo guia,
Y raya al fin el día
En que el nuevo campeón se hace presente: (79)
Ambos ansiaban por mayor victoria, (80)
Y ambos conducen belicosa gente (81)
A do se cubra de más alta gloria.

El tirano también, que en su honda mente (82)
Horror solo, y horror, y horrores vuelve, (83)
Vengativo á la marcha se resuelve, (84)
Y la ejecuta en orden prontamente, (85)
A Talca diligente (86)
Conduce los soldados,
En Europa educados
En arrastrar el carro de Mavorte,
Y afrontar mil de veces mil de muertes;
Aquí esperanzas de su avara corte,
Como allá azote de los Galos fuertes.

A Talca llegan de soberbia henchidos, (87)
La planta fijan, y en furor aguardan (88)
A los guerreros que á su enojo tardan,

---

(79) En que se muestra el campeón ausente
(80) Ansiaban ambos la postrer victoria,
(81) Y ambos conducen la aguerrida gente
(82) El tirano también, que, rencoroso,
(83) De Chacabuco la pasada afrenta
(84) Lavar en sangre americana intenta,
(85) Y de nuevo imponer su yugo odioso,
(86) A Talca presuroso
(87) Con sus antiguos triunfos engreídos
(88) A Talca llegan, y en fursr aguardan

Y que ven ya en idea confundidos. (89)
Al fin los escogidos (90)
Por patria á su defensa (91)
Ven repente la inmensa (92)
Muchedumbre enemiga; ronco suena (93)
El clarín y atambor; el jefe manda; (94)
Se suspende el marchar, y en faz serena (95)
Se espera el día de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna
Ya avergonzada la borró del año. (96)
¡Noche de ruinas, y de espanto, y daño, (97)
Noche tremenda á Chile cual ninguna! (98)
De la traidora luna
Protegido el ibero
(Bien como tigre fiero. (99)
Que sin rugir se avanza hacia la presa) (100)
Se aproxima en silencio: nadie advierte; (101)
Y los patrios soldados en sorpresa
Circundados se ven de inmensa muerte.

---

(89) Y á quienes ven, sin pelear, vencidos.
(90) Los hijos escogidos
(91) De la patria entretanto
(92) Miraron sin espanto
(93) La muchedumbre inmensa: ronco suena
(94) El bélico clarín; el jefe manda,
(95) Las huestes paran, y con faz serena
(96) Avergonzada ya, borró del año;
(97) Noche de estragos y de horrible daño,
(98) Noche funesta á Chile cual ninguna,
(99) Cual suele tigre fiero
(100) De improviso caer sobre la presa
(101) Marcha en silencio, llega, nadie advierte,

No desmaya el valor; al arma corren (102)
Envueltos en asombro, pero en vano, (103)
Porque al plan meditado del tirano (104)
La imprevisión y el sobresalto acorren. (105)
Estos á aquel socorren (106)
Que es amigo juzgando; (107)
Y en confusión guerreando, (108)
Tal vez por los hispanos da la vida (109)
El que por acabarlos muerte busca; (110)
Esta ala vence, y á su vez vencida (111)
En sombra, en humo, en fuego más se ofusca. (112)

¡Héroes del canto mío! ¡Campeones
En quienes Chile su esperanza libra! (113)
¿Vuestro acero esta noche no se vibra? (114)
¿Impunemente morirán legiones?
Mañana los pendones
Del opresor de Lima,
El sol desde su cima (115)
¿Flamear verá, en afrenta de su prole, (116)
Sobre montones mil de cuerpos muertos?
¡Ah!, tanta vida en vano no se inmole;
Salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martín sereno (117)

(102 á 112—Suprimida)
(113) En quienes Chile tiene su esperanza!
(114) ¿No impedireis la bárbara matanza?
(115) Verá el sol de su cima
(116) Flamear, en afrenta de su prole,
(117) Y los salvaron. San Martín ajeno

En medio del horror y del espanto; (118)
Balcarce, en quien el alma puede tanto, (119)
Sueltan sin rienda á su valor el freno; (120)
  Mezclan su voz al trueno (121)
  Del cañón que aún se escucha, (122)
  Y en la terrible lucha (123)
De mil muertes por medio atravesando, (124)
La retirada ordenan al soldado,
Y su infortunio aquí y allí vengando, (125)
Dejan por fin el campo abandonado.

Al hispano lo dejan. Basta, Musa, (126)
De desastre y dolor: un día viene (127)
En el que Chile su destino tiene (128)
Para siempre fijado.—La difusa, (129)
  Tropa que aquí confusa, (130)
  Allá en pavor vagaba, (131)
  Ya sobre Maypo acaba (132)
De reunirse de nuevo á la pelea. (133)
Venganza solo, y más venganza gritan; (134)
Venganza solo su furor desea, (135)
Y á la venganza sus jefes la concitan. (136)

---

(118) De vil temor á la Fortuna instable,
(119) Y Balcarce, y Las Heras indomable,
(120) Cual nunca ostentan su valor sereno.
(121) Se oye su voz cual trueno,
(122) Y con la diestra fuerte
(123) Repartiendo la muerte,
(124) Y abriendo entre la turba anchos caminos
(125) Y, cediendo un momento á los destinos,
(126 á 136) (Suprimida)

Su triunfo oscuro al anemigo ciega,
Y su ilusión acrece y su confianza;
Hacia los libres con furor avanza, (137)
Y marcha, y corre, y hasta Maypo llega; (138)
    Su batalla desplega, (139)
    Y de la guerra al grito
    Desde el hondo Cocito
Muerte y discordia salen. De repente (140)
El silencio en clamor se ve mudado (141)
Uno al otro se mira el combatiente,
Y teme acaso y tiembla el más osado.

Mas dió el bronce la seña de matanza,
Y la patria legión en el momento (142)
Se desprende, cual rayo, de su asiento, (143)
Y al enemigo con furor avanza..... (144)
    No, Musa, no; no alcanza
    El entusiasmo á tanto.
    ¿Como podrá mi canto
Producir una imagen de aquel día
Por Jove á la venganza abandonado (145)
Y á los horrores de la guerra impía?
Cantelo, ó Musa, un genio más osado. (146)

---

(137) Hacia los libres denodado avanza,
(138) Y en el llano los ve que Maypo riega,
(139) Y marcha, y corre, y llega,
(140) Muerte y discordia acuden. De repente
(141) El clamor en silencio se ha mudado,
(142) Y las patrias legiones al momento
(143) Se desprenden cual rayo de su asiento,
(144) Que llegaron las horas de venganza.
(145) A la muerte por Jove abandonado,
(146) Cante otro genio lo que á mi no es dado.

El mío á los dos ínclitos varones (147)
San Martín y Balcarce se convierte: (148)
Pero ¡ay! que expuestos á tremenda muerte (149)
A la frente se ven de las legiones. (150)
No hay brillantes acciones, (151)
No hay rasgo de venganza, (152)
No hay ruina, no hay matanza (153)
A que ellos no presidan. Los iberos (154)
Los vieron con espanto batallando, (155)
Los primeros lanzarse á los aceros, (156)
Trofeos á trofeos aumentando.

Aquí mezclados con la hispana gente (157)
Sangre enemiga por doquier derraman; (158)
Allá se vuelven; y su voz se siente, (159)
Se siente apenas. y mil bronces braman. (160)
Aquí al soldado inflaman (161)
Que en la lucha se aterra; (162)
De la pequeña sierra (163)
Suben con sus falanges á la cumbre; (164)
Al llano lanzan al hispano impío; (165)
Y se distinguen de la muchedumbre (166)
Solo por mas valor, por mayor brío. (167)

---

(147) Mi voz á los dos ínclitos varones
(148) San Martín y Balcarce es consagrada:
(149) Ni yo diré la lucha encarnizada,
(150) Y el destrozo feroz de las legiones.
(151) Las brillantes acciones
(152) Y el estrago horroroso,
(153) Y el triunfo portentoso,
(154) Obra fué toda de ellos. Los iberos
(155) Los vieron con asombro, batallando,
(156) Cruzar por entre el plomo y los aceros
(157 á 167) (Suprimida)

Por tres veces la parca en la matanza,
De los dos héroes el morir decreta,
Y ya, ya al dar el golpe, los respeta (168)
Y dirige á otra parte su venganza.
Al cabo la balanza
Se inclinó de los hados:
Redoblan los soldados
El coraje, el furor, la justa saña; (169)
Sangre y más sangre por do quier se vierte;
Y, donde antes guerreros de la España,
Se ven miembros, y ruina, y nada, y muerte. (170)

Triunfamos: lo vió Febo, y afligiendo
Los brutos de su carro, al occidente
Baja; y al otro mundo hasta el oriente (171)
Va el triunfo de sus hijos repitiendo. (172)
El sacro Maypo, viendo
Su presagio acabado, (173)
El curso refrenado (174)
Soltó de nuevo su linfa pura:
Vivid héroes, envidia de guerreros,
Vivid siempre exclamó, que en mi llanura
Supisteis dar sepulcro á los iberos. (175)

---

(168) Y al descargar el golpe, los respeta,
(169) El bélico furor, la justa saña;
(170) Solo se ven despojos de la muerte.
(171) Bajar y al viejo mundo hasta el oriente
(172) El triunfo de sus hijos fué diciendo.
(173) Su presagio cumplido
(174) El curso reprimido
(175) « Disteis sepulcro á mis tiranos fieros. »

La América de allá de la alta sierra
Do un genio singular (1) la vió sentada,
Su faz de llanto en de placer mudada,
Se vió ya la Señora de la tierra.
¡Héroes! mi Musa cierra,
Cierra ya el labio osado.
La patria que ha logrado
Por vuestras manos la libertad y gloria, (177)
Sabrá premiar tan relevantes hechos, (178)
Sabrá inmortalizar vuestra memoria,
Mientras viviendo vais en nuestros pechos; (179)

Tú, digno jefe, tú que has consagrado
Al honor de la patria tu reposo,
Por cuyo influjo triunfo tan glorioso
Los héroes de mi canto han alcanzado;
Tú que eres del Estado
El poderoso Atlante,
Nunca será que cante
La Fama en las edades y naciones
Nuestro honor, nuestro triunfo, nuestra gloria
Sin que al sonar de sus aclamaciones
Del grande Pueyrredón no haga memoria.

---

(1) El autor del canto hecho á nombre de la Secretaría de Gobierno. «*Al vencedor de Maypo*», Dn. Estevan de Luca. (Nota del autor)

(176) Y la A[illegible] allá en la er[illegible] sierra

(177) P[illegible]r vuestro esfuerzo, libertad y gloria,

(1[illegible]) Y renombre y poder irresistible,

(179) En el marmol y bronce indestructible.

(180 á 190) (Suprimida)

ODA *

AL TRIUNFO DE NUESTRAS ARMAS EN MAIPO EL 5 DE ABRIL DE DE 1818

¿Era que Jove había
Nuestro baldón eterno sancionado,
Y que tornara un día
Para siempre á la patria malhadado?
¿O llanto y luto, asolación y muerte,
Iban á ser el fin de nuestra suerte?

¿Y tanta, y tanta gloria
En ocho años de afanes conseguida,
Debió ser transitoria,
Y gozada no bien, cuando perdida?
El sud, ya libre, volvería al cabo
Por la segunda vez á ser esclavo?

---

* La colección pg. 82. «La Lira» pág. 174. La forma en que aparece en La Lira es la siguiente:

¿Era que Jove había
Nuestro baldón eterno sancionado,
Y que tornara un día
Para siempre á la patria mal-hadado?
¿Oh llanto y luto, asolación y muerte
Debiera ser el fin de nuestra suerte?

Y tanta, y tanta gloria
En ocho años de afanes conseguida
¿Ser debió transitoria,
Y gozada no bien, cuando perdida?
El Sud ya libre ¿volvería al cabo
Por la segunda vez á ser esclavo?

Los que en Maipo acabaron
Una noche tremenda así creyeron; (1)
Noche en que no lograron
Sobre los bravos que vencer quisieron,
Sino aumentar el fuego de venganza,
Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido,
Nuestra hueste dispersa el hoste fiero
De sombras protegido,
Blandiendo impune el ominoso acero,
Y uno ú otro campeón dando á la muerte
Triunfamos, dijo, se fijó la suerte.

Como en Ilión el Griego
En noche infanda derramó su enojo,
Y en la sangre y el fuego

Los que en Maipo acabaron
Una noche tremenda si creyeron;
Noche en que no lograron
Sobre los bravos, que vencer quisieron,
Si no aumentar el fuego de venganza,
Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido;
Nuestra hueste dispersa; el hoste fiero
De sombras protegido
Blandiendo impune el ominoso acero,
Y uno ú otro campeón dando á la muerte:
"*Triunfamos*, dijo: *se fijó la suerte*"

Como en Illión el Griego
En noche infausta derramó su enojo,
Y la sangre y el fuego

(1) La noche del 19 de Marzo fué sorprendido y disperso por las tropas españolas en Cancha Rayada el mismo ejército que pocos días después en los llanos de Maipo consiguió sobre ellos la victoria más grande y decisiva.

Se hundió de Troya hasta el postrer despojo
Sin que exterminio tal venganza hubiera,
Así pensó triunfar la audacia ibera.

Pero el jefe invencible
A quien nunca abandona la victoria,
Y en lance más terrible,
A sus armas y á sí cubrió de gloria, (1)
Hurta el momento á la fortuna ingrata,
No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la luna al amparo
Con honor salva su dispersa gente:
Y cuando Febo claro
Se tornaba á esconder en occidente,
Ve las huestes en trozos divididas,
Por su jefe hácia Maipo conducidas.

Hundió de Troya hasta el postrer despojo,
Sin que exterminio tal venganza hubiera;
Así pensó triunfar la audacia ibera.

Pero el jefe invencible
A quien nunca abandona la victoria,
Y en lance más terrible
A sus armas y á sí cubrió de gloria,
Hurta el momento á la fortuna ingrata,
No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la luna al amparo
Con honor salva su dispersa gente;
Y cuando Febo claro
Se tornaba á esconder en occidente,
Ve las huestes, en trozos divididas,
Por su jefe hacia Maipo conducidas.

(1) En el paso de los Andes y batalla de la cuesta de Chacabuco el 12 de Febrero de 1817, que dió la libertad á Chile.

Llegó, llegaron ellas;
Y San Martín exorta, increpa, enciende
Las cubiertas centellas
Del fuego patrio, que do quier se extiende.
Muerte ó gloria el soldado le asegura,
Y lo torna á jurar, y otra vez jura.

Tales disposiciones
El camino á los triunfos preparaban;
Y cuando los campeones
En la idea de gloria se gozaban,
Hélo allí el enemigo se descubre
Y la llanura inmensa erguido cubre.

Lo ven los inmortales;
El grito todos de victoria alzaron,
Y los filos fatales,
Los aceros de muerte prepararon,

Llegó, llegaron ellas,
Y San Martín exorta, increpa, enciende
Las cubiertas centellas
Del fuego patrio que do quier se extiende,
Muerte ó gloria el soldado allí asegura,
Y lo vuelve á jurar, y otra vez jura.

Tales disposiciones
El camino á la gloria preparaban;
Y cuando los campeones
En la idea del triunfo se gozaban,
Helo allí el enemigo se descubre,
Y la llanura inmensa erguido cubre.

Lo ven los inmortales;
El grito todos de victoria alzaron,
Y los filos fatales
Los aceros de muerte prepararon.

El tirano los mira, se acobarda,
Y tras tres días otra noche aguarda. (1)

¿Pero quien el deseo
De venganza ó de muerte refrenaba?
Precipitarse veo,
(Cual torrente que un dique represaba,
Lo rompe y todo arrasa) á nuestra gente
Sobre la horda enemiga de repente.

A la altura montando,
Rayos de guerra los iberos lanzan;
Y bronces mil tronando,
Reparten muertes por do quier alcanzan
Pero el infante (2) en quien el Sud confía
Solo en la punta de su acero fía.

El tirano los mira, se acobarda,
Y tras tres dias otra noche aguarda.

¿Pero quien el deseo
De venganza ó de muerte refrenaba?
Precipitarse veo
(Cual torrente que un dique represaba,
Lo rompe y todo arrasa) á nuestra gente
Sobre la horda enemiga de repente.

A la altura montando
Rayos de guerras los iberos lanzan,
Y bronces mil tronando
Muertes reparten á do quier alcanzan:
Pero el Infante (3) en quien el Sud confía
Solo en la punta de su acero fía.

(1) El enemigo rehusó batirse tres días consecutivos, tal vez con la esperanza de lograr otra sorpresa, pero al cabo de ellos fué obligado á la acción por el pronto movimiento que hicieron sobre él nuestras fuerzas.

(2) Infante. En esta voz están comprendidos todos los cuerpos no montados.

(3) Están comprendidos en esta voz todos los cuerpos de infantería, artillería, y demás, no montados.

Huella cuerpos de amigos,
Que ¡venganza! al caer iban gritando:
Hácia los enemigos
Con más furia se acerca, y en llegando,
Mil arroyos de sangre de la altura
Hirviendo bajan hasta la llanura.

Bajan, y los hispanos,
Envueltos todos en desastre y muerte,
Procuran en los llanos
Algún recurso á su menguada suerte;
Y en los llanos su estrago los persigue,
Y muy más grande la matanza sigue.

No sigue, que allí empieza;
Porque el bruto á la guerra acostumbrado
Se lanza con braveza
Por el dragón invicto gobernado, (1)

Hollan cuerpos de amigos
Que, *venganza*, al caer iban gritando;
Hacia los enemigos
Con mas furia se acercan, y en llegando,
Mil arroyos de sangre de la altura
Hirviendo bajan hasta la llanura.

Bajan, y los hispanos
Envueltos todos en desastre y muerte,
Descienden á los llanos
A probar de sus armas nueva suerte;
Y en los llanos su estrago los persigue,
Y muy mas grande la matanza sigue.

No sigue; que allí empieza,
Porque el bruto á la guerra acostumbrado
Se lanza con braveza,
Por el dragón (2) invicto gobernado,

(1) Dragón. En esta voz están comprendidos todos los cuerpos montados.

(2) Están comprendidos en esta voz todos los cuerpos montados.

Y atropella, y derriba, y el guerrero
Lleva la muerte á do llevó el acero.

¡Iberia! tus caudillos
En la lid hasta entonces no domados,
Dejaron los cuchillos
De los libres del Sud ensangrentados:
Resistir no fué dado: allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.

San Martín los furores
De sus bravos gobierna y acrecenta;
Y él mismo los horrores
De la guerra desprecia, y los aumenta,
Si Marte mismo tal bravura viera,
En Marte mismo algún pavor cupiera.

Cinco horas el hispano
Disputa el campo y la tenaz victoria;

Y tropella y derriba; y el guerrero
Manda la muerte á do mandó el acero

¡Iberia! Tus caudillos
En la lid hasta entonces no domados,
Al cuello los cuchillos
De los libres del Sud vieron bajados:
Resistir no fué dado: allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.

San Martin los furores
De sus bravos gobierna y acrecenta;
El mismo los horrores
De la guerra desprecia, y los aumenta.
Si Marte mismo tal bravura viera,
En Marte mismo algún pavor cupiera.

Cinco horas el hispano
Disputa el campo, y la tenaz victoria;

Pero disputa en vano,
Pues Jove desde el solio de su gloria
Inclinó del destino la balanza
Al lado de la patria sin mudanza.

Triunfamos. Vuestros nombres,
Balcarce, Quintana, Heras, Alvarado, (1)
Repetirán los hombres
Con respeto y ternura; y á igual grado
Caminareis al templo de la fama,
Que ya por todo, vuestro honor proclama.

Y vosotros, que muertos,
Porque fuera la patria libertada,
Fuisteis de honor cubiertos,

Pero disputa en vano,
Pues Jove desde el solio de su gloria
Inclinó del destino la balanza
Al lado de la patria sin mudanza.

Triunfamos. Vuestros nombres
Balcarce, Quintana, Heras, Alvarado,
Repetirán los hombres
Con respeto y ternura; y á igual grado
Caminareis al templo de la Fama
Que ya por todo, vuestro honor proclama.

Tú, joven destinado
Para dictar empresas de momento,
Que tanto has cooperado
De la gloria de América al aumento;
Genio penetrador, ilustre Guido,
Te vive el suelo patrio agradecido.

Y vosotros, que muertos
Porque fuera la patria libertada,
Fuisteis de honor cubiertos,

(1) Jefes principales del ejército patrio.

Y vuestra sangre la dejó vengada,
Recibid en tributo nuestro llanto,
Y tan justo dolor suspenda el canto.

AL SR. CORONEL D. FEDERICO RAUCH

EN EL REGRESO DE SU CAMPAÑA Á LOS BÁRBAROS. *

Joven terrible, rayo de la guerra,
Espanto del desierto,
Cuando vuelves triunfante á nuestra tierra
Del negro polvo de la lid cubierto,
Te saluda la patria agradecida;
Y la campaña rica,
Que debe á tu valor su nueva vida,
Tus claros hechos y tu honor publica.

Gloria al valiente Rauch! Suelo extranjero
Su cuna vió mecer; del Rhin helado
Fueron las aguas que bebió primero;
Y amó la Libertad, y abandonado
Con noble intrepidez á su destino,
Vino por medio de la mar furiosa
A defender las aras de la Diosa
En la orilla feliz del Argentino.
Desde entonces la espada fulminante,

Y vuestra sangre la dejó vengada;
Recibid en tributo nuestro llanto,
Mientras, dado al pesar, suspendo el canto.

* En la edición de las poesías de J. C. Varela hecha en 1879, en la pág. 243 está esta composición con alteraciones y supresiones muy grandes.

En sostén de la patria que elegía,
Cual hijo de la patria el más amante,
El intrépido huesped se ceñía:
Y mientras tanto el bárbaro indomable,
El indio rudo, habitador del yermo,
Con estrago espantable
Por toda la comarca discurría,
Y su rencor antiguo, inaplacable,
De horfandad y miseria la cubría.

Tal como alguna vez de la montaña
Se lanza á la llanura de repente
Con estrépito horrísono el torrente,
Y retiembla á lo lejos la campaña,
Y arrebatan las ondas victoriosas
El pastor, el ganado, la cabaña,
Las mieses y las vides pampanosas;
O como suele con silbido horrendo
El huracán pasar, y donde pasa
Todo se precipita con estruendo,
Todo envuelve en su vortice y lo arrasa;
El salvaje feroz no de otro modo
En bandas tumultuosas se lanzaba
Del fondo del desierto,
Y nuestros ricos campos inundaba.
A la piedad y á la ternura muerto
Su corazón ferino, y abrazado
De la sed de rapiña y de matanza,
El brutal indio rudamente armado
Del fuego, de la flecha y de la lanza,

Volaba en el alípedo caballo,
Derramando á torrentes su venganza.
A la pálida luz de opaca luna,
Que vaga en la alta noche entre celajes,
Arremetían sin barrera alguna
Las sanguinarias hordas de salvajes;
Y el hórrido alarido,
La súbita algazara, interrumpían
El sueño fementido
En que confiados en la paz, yacían
Del campo los tranquilos moradores.
Ese era el sueño precursor de muerte:
¡Era el último sueño! Los amores
De la esposa tal vez y las caricias
Al lecho humilde de la humilde choza
Lo hicieron descender entre delicias.
¿Y despertará de él el miserable
Para caer en brazos de la esposa
Exánime, sangriento, moribundo,
Verla insultar por un salvaje inmundo
Con brutal osadía,
Y espirar en tan bárbara agonía?
Si; que ya el fuego estallador devora
Los apacibles lares;
Y el temblón viejo que abrigado mora
Allá en los más recónditos hogares,
Atravesado el descarnado pecho
De saeta homicida,
Lanzó el cansado aliento por la herida:
Mientras que arrebató del casto lecho

A la intacta doncella
Otro bárbaro atroz, y la destina
Para esclava de torpe concubina,
Sin apiadarse al llanto de la bella.

¿Y tan crueles horrores,
Sin levantar la diestra al escarmiento,
Impunemente cometer dejamos?
La riqueza adquirida con sudores,
La población del campo y su ornamento,
Se destruye, se roba, ¿y no vengamos
El repetido ultraje
Sobre la vida del feroz salvaje?
¡Que mengua! ¡Que vergüenza!—Rauch no pudo
Más tiempo tolerarla: concitando
Las huestes valerosas de su mando,
Juró humillar al bárbaro insolente,
Y descendió al desierto de repente.
Agil muy más que el indio, y atrevido
Como feroz aquel, pisa el soldado
El terreno hasta entonces oprimido
Solo de planta bárbara, y dejado
En inculta aridez—La turba impía,
Que arrebató en trofeo mil cautivas,
Entre alaridos, en lugar de vivas,
Entraba ya á la tosca toldería, (1)
Y de pingüé ganado rica presa
Entre sí dividía

(1) Este es el nombre que se da á las informes chozas de cuero en que habitan los salvajes. (Nota del autor)

Sin cuidado y temor. Mas la sorpresa
Fué mayor que el placer, cuando improviso
(Como en día sereno
Suele estallar tal vez el ronco trueno),
Sintieron á sus piés temblar la tierra
Al repetido golpe de la planta
Del cuadrúpedo, amigo de la guerra,
Que furioso sobre ellos se adelanta;
Y el jinete vibrando el limpio acero,
Y Rauch, de su legión á la cabeza,
Arremeten con ímpetu más fiero,
Con más estrago, con igual presteza,
Que cuando el rayo las esferas hiende,
Y cuanto encuentra su furor enciende.

¡Pudo llevarse al fin el escarmiento
A los inmensos llanos
Que habitan los salvajes inhumanos!
¡A tanto alcanza el bélico ardimiento!
Pudo llevarse al fin la vez primera;
Y de playa extranjera
Vino á las nuestras un guerrero experto,
A exterminar la raza abominable
De los tigres feroces del desierto.

Reliquias de la inmensa muchedumbre
Escapan del estrago formidable
Y escalan fugitivas la alta cumbre
De la erguida montaña,
Que domina soberbia la campaña.

En la fragosa altura
Recobrados un tanto
Del susto, del pavor y del espanto,
Creyeron su existencia ya segura;
É intentan la defensa nuevamente
En tosco ardid de inusitada guerra,
Cual el que allá, en la infancia de la tierra,
La natura tal vez al combatiente
Primero le enseñó: pero el valiente
Que conducía Rauch á la victoria,
Arredrarse no sabe,
Ni abandona las sendas de la gloria.
Con firme pié por la pendiente grave,
De la cuesta fragosa
La legión animosa
Con el rayo en la mano se aproxima;
Y mientras tanto desde la alta cima,
Con estruendo espantoso despeñadas
Ruedan moles inmensas por la sierra
Al empuje del bárbaro arrojadas.
Toda retumba en derredor la tierra
Al impetuoso golpe de la roca
Que en otra peña indestructible choca:
Pero el fuerte soldado
Entre la dura lluvia se avalanza,
Y venciendo el peligro denodado,
El plomo al cabo del mosquete lanza:
Y luego, luego, en la enemiga altura
Pone el pié vencedor, y largos bajan
Los arroyos de sangre á la llanura.

Gloria al valiente Rauch! ¡Gloria á los bravos
Que á tan heroica empresa lo siguieron!
¡Redención á los míseros esclavos,
Que tantos años en dolor gimieron!
Y paz á la campaña! Su riqueza
No será ya la presa
Del ávido salvaje que asolaba
Cuanto su furia bárbara encontraba!

—

¡Oh patria en que nací! Triunfos iguales
Te darán prontamente
Los que han ido á humillar al insolente
Que profanó los campos orientales.
Entonces se alzará tu claro nombre
Al cenit de la gloria,
Y cuanto dure el hombre,
Durará con respeto tu memoria.

Febrero 8-27.

LA VICTORIA COMPLETA

CONSEGUIDA POR EL GENERAL ORIENTAL DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA, SOBRE LOS USURPADORES BRASILEROS EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1825 EN EL LUGAR LLAMADO LA ORQUETA DEL SARANDI.

ODA *

¡Pueblos oid! ¡Escarmentad tiranos!
La venganza que toman las naciones
De los que insultan sus sagradas leyes,
Es la justicia que el Omnipotente
Hace de los delitos de los reyes.
La cadena de férreos eslabones
Con que está siempre atado el viejo mundo
Al pie de un insolente
En silencio profundo,
En una época horrible, y ya distante,
Se tendió más acá del mar de Atlante.
Un día se trozó; y el mismo día
Se vió en los Cielos, aunque tarde, justos,
Un letrero de lumbre que decía:
«Los decretos augustos
«Del único Señor de los humanos
«Hacen libre la América por siempre,.

* Está en la Colección de Poesías patrióticas, pág. 293. No está en La Lira, ni ha sido incluída en el tomo de las Poesías de J. de la C. Varela que se publicó en 1879, pero que él tenía preparado desde 1831.

«Y abandonan la Europa á los tiranos».
¿Y el Brasil? ¿El Brasil como consiente
Que en infame sitial, llamado trono,
Un déspota lo insulte,
Y en medio de la América se siente?
Más ¡cómo consentir! Ya el trueno rueda
En la cabeza del monarca intruso;
Y en la Banda Oriental del rico río
El rayo ya estalló! Bien corto queda,
Bien corto tiempo; y el presagio mío
Tendrá su cumplimiento.
¡Hombres opresos! Recobrad aliento,
Alzad, alzad las vengadoras manos;
¡Pueblos, oid! !Escarmentad, tiranos!
¡Dia de salvación y complemento!
Ya amaneciste en Sarandi! ¡Orientales!
¡Qué génio os inspiró ¿Qué genio vino
A escribir nuevamente los anales
Del hombre libre, y su feliz destino,
Con sangre de opresores?
¿Con sangre destinada á una vengenza,
Por vosotros, humanos, no deseada,
Por ellos, inhumanos, provocada?
Helos ya bajo el filo.—¡Usurpadores!
¿Dó está vuestro poder?—¿No era que un día,
Cuando recién el gérmen se movía
De abrasadora guerra,
En el silencio de domada tierra,
Vuestra faz altanera
De sonrisa insultante se cubriera?

Probad, probad ahora
Cuanto es de fulminante y vengadora
La espada que alza el oriental valiente;
Ved como sabe de laurel de triunfo
Ceñir la enhiesta frente,
Y vengarse con muertes á millares
De un solo insulto á sus paternos lares.
¡Abrete, historia, y muestra en que regiones,
En que época del mundo, que naciones
Presentaron jamás un grupo aislado,
Desvalido, indefenso,
De hombres que, atravesando un rio inmenso,
Hasta la orilla opuesta se lanzaron,
Y el fuerte grito de la guerra alzaron!
Era su patria, aquella era su patria
A esclavitud horrible condenada;
Y á los americanos
Ser patriotas les basta y ciudadanos,
¡Oh querer eficaz del hombre libre!
Ellos pisaron su natal orilla,
El suelo patrio con dolor besaron,
Y, al alzar la rodilla
Que del eterno ante la faz doblaron,
O pronta muerte, ó libertad juraron.

Todo el Oriente se inflamó al momento
En el fuego sagrado
Que libertad enciende.
No lleva tan veloz el raudo viento
En los estivos meses

La llama abrasadora, cuando prende
En los secos despojos de las mieses:
Y la lid empezó. ¿Pero, empezaba?
¿No la veis acabar? ¡Cuánto sepulcro
En Sarandí se ha abierto! ¡Un solo instante
Vió las terribles haces opresoras
Ufanas, engreídas,
Y el mismo instante las miró perdidas!
Así triunfaron los libres: al amago
No puede distinguirse del estrago.
¡Héroes! Si este renombre,
Siempre dado al guerrero,
Pero quizás no siempre verdadero,
Ha sido alguna vez digno del hombre,
Es hoy, cuando mi musa reverente
De adulación ajena,
Con él saluda, de entusiasmo llena,
A los ínclitos hijos del Oriente.

¡AMOR! *

FRAGMENTO DE UN POEMA

. . . .

De un suspiro de Dios en el vacío
Surgió el mundo brillante de esplendor;
Y al ronco mar y al aquilón sombrío
Al cielo, al aire, á la cascada, al rio,
A todo entonces animó el amor.

La tierra entre suspiros misteriosos
Gimió á los besos del ardiente sol,
Y anegándose en llantos voluptuosos
Prendió á sus pechos bosques milagrosos
Frutos eternos de su eterno amor.

Abrasadas las nubes se arrojaron
En los brazos del férvido huracán,
Y cuando ébrios de amor se entrelazaron,
El rayo y los relámpagos brotaron,
Y nació de ese amor la tempestad.

Las brisas fecundaron á las flores
Engendrando el aroma embriagador;
Y las perlas de pálidos colores
Se formaron de llantos quemadores
Que á las sirenas arrancó el amor.

---

* Apareció en Marzo 19 1865.

Suspiraron de amor los ruiseñores
La tierna abeja elaboró su miel,
Y es fama que flotando entre vapores
Vertiendo aromas y esparciendo flores
Apareció ante el mundo la mujer.

¡La mujer! ¡Animada poesía,
Misterioso poema de Jehová;
Melancólica y viva melodía,
Engendro de la luz y la armonía,
Sagrado fuego de ignorado altar!

¡La mujer! ¡Creatura deliciosa
Intermedio entre el ángel y la flor;
Bello ser cuya vida vaporosa
Se desliza fugaz y voluptuosa
Entre besos y lágrimas de amor!

¡Ah, que el amor es fuego sin segundo
Que tiene por altar la creación,
Y que si inflama el corazón del mundo
No estrañeis que al indómito Facundo
También le haya quemado el corazón!

. . . .

Buenos Aires, 1863.

EPÍGRAMAS

I

Díle un beso á mi adorada
Y me miró con sonrojos,
Díle dos; cerró los ojos
Y se cayó desmayada!
Corrí exclamando: ¡Jesús!
Cuando la misma enojada
Me gritó: — Calla Juan Cruz,
¿No ves la puerta cerrada?
O no entiendes avestruz
Lo que es estar desmayada!

II

Con setenta años Vicente
Ayer lo tentó el demonio,
Y contrajo matrimonio
Con una joven de veinte:
Y ya hoy en el espejo
Mira atenta su cabeza,
Pues siente algo que le pesa....
Pobre viejo! pobre viejo!

III

Eres un cohete, mujer!
Le dijo á Pepa fray Diego —
¿Sí? dijo esta... Señor lego,
Si soy cohete, ¿cómo ayer
Apesar de vuestro fuego
No me pudiste encender!

CANCIÓN *

PARA LAS ALUMNAS DE LA ACADEMIA DE MÚSICA Y CANTO 25 DE MAYO DE 1823

CORO

Venid, amadoras
De bella armonía
A cantar el día
De la libertad.

Hoy fué que cambiaron
A impulso divino
Su triste destino
Los hijos del Sud:
Y sesenta lustros
De horrores sin cuento
Un solo momento
Borró de virtud.

* Está en La Colección, pág. 32; firmada. No está en La Lira. En la edición de 1879: «Poesías» de J. C. Varela, en la pág. 191, ha sido incluida con bastantes alteraciones.

CORO

El luciente padre
De la luz y el verso
Por el universo
Tanto honor cantó:
Y la fama al punto,
Doblando su vuelo,
De la tierra al cielo
También lo llevó.

CORO

Entonces su garra
La fiera de España
En la heróica hazaña:
Volvió contra sí
Y del león sañudo
El feroz rugido
Fué do quier temido,
Despreciado aquí.

CORO

Del hermano, el padre,
El hijo, el esposo,
El brazo nervioso,
Entonces se armó:
Y el llano, y el cerro,
La arena, y la ola
La sangre española
Do quiera tiñó.

CORO

La madre en las filas
Abrazando al hijo,
No vuelvas, le dijo,
Sin gloria, y lloró.
Y la tierna esposa
Al joven guerrero
Le ciñó el acero,
Y un beso le dió.

CORO

Así libertada,
La domada tierra,
Calló de la guerra,
Al cabo el clarín.
Y el fuego, y el humo,
El rayo, el amago,
La sangre, el estrago
Cesaron al fin.

CORO

Hoy el sol saluda
Desde el alto cielo
A su amado suelo
Ya libre y en paz:
Que los duros tiempos,
En que era precisa
Sangrienta divisa,
No vuelvan jamás.

CORO

Venid, entonemos,
Virginales coros:
Mirad los tesoros,
Que nos da la paz:
Mirad como vienen
Por el mar profundo
Los libres del mundo
Al suelo feraz.

CORO

Venid y ciñamos
Nuestra sien de rosa;
No porque la hermosa
Nunca esté mejor,
Sí, porque llevemos,
En honor del día
Signos de alegría,
Coronas de flor.

CORO

Hoy nos vió la aurora
Al nacer cantando,
El sol en bajando
Nos mire también:
Pues ya de la patria
Todo mal se aleja,
Y el cielo nos deja
Gozar tanto bien.

Á LAFINUR *

O Lafinur, tú pierdes
Sensiblemente el tiempo,
Revolviendo los libros
De autores mil diversos,
Y en pos de inútil ciencia
Afanoso corriendo.
De la filosofía
Enseñando el sendero,
A la Verdad conduces
A tus jóvenes tiernos,
Y toda tu ventura
Consiste solo en eso.

Desengáñate: hubo
Para mí cierto tiempo,
En que también Minerva
Me introdujo en su templo,
Y subió en sus altares
El humo de mi incienso.
Entonces yo creía
Que solo aqueste empleo
Era digno del hombre,
Y me engañaba necio.

Porque, dime, querido,
¿Qué te importa en efecto

---

* Poesías de J. C. Varela, pág. 83. No está en la Lira, ni en La Colección.

Que el hombre solo piense
A fuer del sentimiento,
O que piense, movido
De principio diverso?
¿Qué te importa que, fijo
El Sol, en medio cielo,
Gire la Tierra en torno
Por el espacio inmenso;
O que, fija la Tierra,
Gire en contorno Febo?
¿Qué importan las distancias
Que hay de Mercurio á Vénus,
O de Marte á Saturno,
O de Saturno al centro?
Han de volar tus años,
Y cuando el cano tiempo
En tu cabeza blanca
Ponga el pesado dedo,
Dime ¿de tanta ciencia
Qué ha de quedarte luego?
Corta la Parca el hilo,
Vas al sombrío reino,
Y el que pasó la Estijia
No vuelve del Averno
A emplear de otro modo
Los perdidos momentos.

Haz tu deber, amigo;
Que si dió vida el cielo
Al mortal desgraciado

Para que muera luego,
El destino del hombre
En amar está puesto;
Y es instante vacío
Y de ningún provecho,
En el que no exhalamos
Algún suspiro tierno.
¿Conoces á mi Délia,
A mi adorado dueño?
Pues otra Délia busca,
Querido amigo, luego.
Como la mia nunca
La encontrarás, es cierto;
Pero Cupido sabe
Herir también los pechos,
Que, cuando están tocados
De su divino fuego
Toda querida es Diosa,
Todo lo amado es bello.

Mírame á mí, encerrado
Del gabinete en medio,
Cercano á los que rigen
La suerte de los pueblos,
A do vine arrastrado
Por un destino ciego;
Esto, á que llaman dicha
Los aspirantes necios,
¿Piensas que satisface
Ni aun el menor deseo,
Cuando no se ha nacido

Con corazón de fierro?
¡Ah, Lafinur! Te engañas;
Dejo el palacio, y vuelo
A los labios de Délia,
Que me esperan sedientos;
Y el sumo de las flores
Que, con prolijo aseo,
Las abejitas liban
Para su miel, es menos
Dulce que el dulce néctar
Que de su boca bebo.

Esto solo es fortuna;
Esto es vida ¡y si muero,
Y recoge mi Délia
Mi postrimer aliento,
Me quedaré en sus brazos
Como en un blando sueño!
Que si hay memorias tiernas
Allá en el hondo seno,
Adonde todos vamos,
De donde nadie ha vuelto,
Yo, habitador tranquilo
Del país de los muertos,
Me acordaré de Délia,
Y esperaré el momento
De su hado inevitable,
Para unirme de nuevo
A la que, sombra entonces,
No será amada menos.

Ea, querido amigo,
Aprovecha tu tiempo;
Que uno al otro los días
Se atropellan violentos,
Como si fuera largo
El plazo que tenemos

Á LA MUERTE DEL EXCMO. GENERAL D. MANUEL BELGRANO *

ACAECIDA EN BUENOS AIRES EN EL MES DE JUNIO DE 1820

Si á tu sed de destruir, muerte implacable,
Algún triunfo bastára,
Que colmase tu cólera insaciable
Y todos tus trofeos coronara,
¿Cuál otro esperaría
El crudo afan de tu dureza impía?

---

* La Colección pág. 325. La Lira Argentina, pág. 298.

Se publicó en hoja suelta, por la imprenta de la Independencia. En la Colec. de D. J. M. Gutiérrez existente en el Senado Nacional, hay un ejemplar. En las Poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 103, está esta composición, muy modificada, como sigue:

Si á tu poder fatal, muerte implacable,
Algún triunfo bastára,
Que llenase tu cólera insaciable,
Y todos sus trofeos coronára,
¿Cuál otro esperarías,
Y cuando mayor llanto causarías?

¿Con qué á Belgrano heriste y no temblaste?
¿O acaso, dí, olvidada
De su gloria y su mérito quedaste
Al levantar la diestra descarnada?
¿Cómo es que de tu mano
No cayó espedazado el hierro insano?

Pero ¡ay! Yo se que tú, menospreciada
Por el héroe te vias
Mil veces en la lid ensangrentada:
Entonces de respeto no lo herias,
Y vuelta á otro guerrero
Cebabas tu despique carnicero.

Por eso tu venganza habias jurado,
Y traidora esperaste
Verlo en el lecho del dolor postrado;
Y aun allí, cuando el crímen consumaste,

¿Con qué al fin á Belgrano nos robaste,
Y ciega y olvidada
De su gloria y su mérito quedaste,
Al levantar la diestra descarnada?
A una nación entera
Condena al llanto tu venganza fiera.

No heriste al adalid en tantos días
De mortandad horrible;
Al génio de la guerra en él veías
Que á respetarle te obligó invencible,
Y, vuelta á otro guerrero,
Cebabas tu desquite carnicero.

Para arrojarte al bárbaro atentado,
Alevosa esperaste
Verle en el lecho del dolor postrado;
Y aun allí, cuando el crimen consumaste,

Te azoró tu delito,
Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Así es que, puestos en igual balanza
El justo y el malvado,
Todos víctimas son de igual venganza;
Y, perdida una sombra, á nadie es dado
Con el llanto y gemido
Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas; y á la tierra
Que defendió tu espada,
Todo lo que en túmulo se encierra,
¿Quién podrá ya volver?—Abandonada
La patria al desconsuelo
La copa apura del furor del cielo.

Te azoró tu delito,
Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Pero ¡ay! que, puestos en igual balanza
El justo y el malvado,
Todos víctimas son de igual venganza;
Y, perdida una sombra, á nadie es dado
Con el llanto y gemido
Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas: ¿y á la tierra,
Que defendió tu espada,
Todo lo que en tu túmulo se encierra (1)
Quién podrá ya volver? (1) Abandonada
La patria al desconsuelo,
La copa apura del furor del cielo.

(1) Los dos versos aquí anotados son de Cien fuegos.

Y de furor sin fin. Al templo sacro
A la virtud alzado,
Ya no vá adorador. Su simulacro,
Por el crímen triunfante inacatado,
En trozo dividido
Cayó hasta el polvo en vilipendio hundido.

Quizá tu vida, como el éter pura,
A los días de duelo,
Y de luto, y de llanto, y de amargura
No es que debió llegar; y justo el cielo
Inmaturo te lleva
Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad. Pero entretanto
¿A quién sus ojos vuelve
La ya olvidada patria, entre el espanto

Y de furor sin fin. Al templo sacro,
A la virtud alzado,
Ya no vá adorador: su simulacro,
Por el crímen triunfante profanado,
En trozos dividido,
Cayó hasta el polvo, en vilipendio hundido (1)

Quizá tu vida, como el éter pura
A los días de duelo,
Y de desolación y de amargura,
No debiera llegar; y justo el cielo
Inmaturo te lleva
Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad; pero entretanto
¿A quien sus ojos vuelven
Los hijos de la patria, en el espanto

(1) No deberán extrañarse muchas expresiones y conceptos de esta composición, si se recuerda que el virtuoso General Belgrano murió en el período más crítico del desgraciado año 1820. Los mejores y más decididos patriotas desesperaban entonces de la salvación del país....

En que tu muerte y su aflicción la envuelve?
Héla ya desolada,
A enojosa viudez abandonada.

El valor, la virtud, ya sin modelo, (1)
No más serán seguidos,
Que el teson incansable, el noble celo
En llenar los deberes distinguidos,
Y en cubrirse de gloria, (2)
Ya no es más que un tributo á tu memoria. (3)

¿Dó está la hueste que tu voz oía,
Y en quien patria libraba
Su esperanza y su honor? ¿La que algún día
La hueste de virtuosos se llamaba,
Y cuyo solo amago
Fué tanta vez al enemigo estrago? (4)

---

(1) El valor, y la honradez, ya sin modelo (La Lira).
(2) Cubriéndose de gloria (La Lira).
(3) No es mas ya que un tributo á tu memoria (La Lira).
(4)—El reglado y virtuoso ejército del Perú; deteriorado, corrompido, y casi enteramente disuelto en el año 20. (Nota de la Colección)

En que tu muerte y su aflicción la envuelven?
Héla ya desolada,
Y á enojosa viudez abandonada.

La virtud, el valor, ya sin modelo,
No mas serán seguidos;
Que el tesón incansable, el noble celo
El llenar los deberes distinguidos,
No son más que memoria
Que han dejado tus hechos y tu gloria.

¿Do está la hueste que tu voz oía,
Y que á la patria daba
Seguridad y honor? ¿La que algún día
Hueste de virtuosos se llamaba,
Y cuyo solo amago
Fué tanta vez al enemigo estrago?

No ya tu dedo mostrará el camino
Por dó seguir debía;
Ni sus triunfantes sienes el destino
Coronará, cual coronó algun día,
Cuando fiel á tu mando,
Del laurel á la sombra iba marchando.

Entonces fué su vencedora planta
A hollar el cerro erguido,
Que en Potosí opulento se levanta
De plata á un tiempo, y de codicia henchido, (1)
Y do quiera pisaba
Más glorias á más glorias aumentaba.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno
La obediencia perdida,
No más escucha de la guerra el trueno;
Que, en pequeñas reliquias dividida,

---

(1) De oro, y riquezas, y codicia henchido; (La Lira)

No ya tu dedo mostrará el camino,
Por do seguir debía;
Ni sus triunfantes sienes el destino
Coronará, cual coronó algún día,
Cuando, fiel á tu mando,
Del laurel á la sombra iba marchando.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno,
La obediencia perdida,
No mas escucha de la guerra el trueno;
Que, en pequeñas reliquias dividida,
Y acá y allá vagando,
Las banderas infiel va abandonando.

Por esto llora la virtud; y hoy día,
Que campos y ciudades,
Por la furia brutal de la anarquía,
Son teatro de sangre y de maldades,

Aquí y allí vagando,
Sus banderas infiel va desertando.

Por esto llora la virtud, por esto
Llora tu muerte Marte,
Que mil de veces, el furor depuesto
Supo entre mil de muertes escudarte: (1)
Por esto sin consuelo
La Patria su dolor levanta al cielo.

Levanta su dolor: la vista tiende
A sus hijos queridos;
Y cuando en ellos encontrar pretende
Quien igualarte pueda, sus gemidos,
Quizá sin esperanza,
Otra vez y otra vez al cielo lanza.

Pero en vano: el camino de la Parca

---

(1) Supo en medio del riesgo respetarte; (La Lira)

La patria sin consuelo
Su doliente clamor levanta al cielo.

Pero envano: el camino de la parca
Nunca mas se atraviesa,
Y, si una sombra el Aqueronte abarca,
Nada es bastante á rescatar su presa:
Que al reino del espanto,
Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, genios, qae en la fuente pura,
Bebisteis de Hipocrene,
Y á quienes, al cantar vuestra amargura,
Acompaña llorosa Melpomene,
¿Os negareis al canto
En este día de común quebranto?

¿Será que nunca en metro doloroso

Nunca más se atraviesa;
Y, si una sombra el Aqueronte abarca,
Nada es bastante á rescatar su presa;
Que al reino del espanto
Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, génios, que en la fuente pura
Bebisteis de Hipocrene,
Y que, cuando cantais vuestra amargura,
Vuestro canto acompaña Melpomene,
¿Será que en frío labio,
No vengueis de la Parca el crudo agravio?

¿Será qué nunca, en metro doloroso,
Alceis á las estrellas
El nombre del varón grande y virtuoso,
Que nunca supo separar sus huellas (1)
De la senda olvidada,
Por la virtud y el mérito trazada? (2)

---

(1) Que nunca quiso separar sus huellas . (La Lira).

(2) Por el honor y el mérito trazada? (La Lira

Alzeis á las estrellas
El renombre del héroe virtuoso
Que nunca quiso abandonar las huellas,
Hoy de nadie trilladas,
Por la virtud el mérito estampadas?

No hagais que del honor triunfe el olvido.
Tomad mi pobre lira,
Vuestro dolor la temple, y su sonido
Será digno del númen que os inspira,
Y del héroe la gloria
Durará eternamente en la memoria.

¡Oh jefes de los pueblos! A la frente
No estais de sus destinos
Para hacerlos gemir bárbaramente.
Belgrano os ha mostrado los caminos
Que llevan á la fama;
Oid la voz que de su templo os llama.

No hagais que del honor triunfe el olvido, (1)
Tomad mi pobre lira,
Vuestro dolor la temple, y su sonido
Será digno del númen que os inspira,
Y del héroe la gloria
Hará durar eterna en la memoria.

¡Oh jefes de los pueblos, que á su frente
Arbitrais su destino!
¡Oh jefes de los pueblos! ved patente,
Marcado por Belgrano, el fiel camino
En que puesta la fama,
A que sigais hasta su ejemplo os llama.

Id á la tumba donde está encerrado (2)
El frígido esqueleto;
Llegad y el corazón sobresaltado
Sentireis de pavor y de respeto,
Cual si os dijera él mismo:
Evocad de mi tumba el heroismo (3)

Año de 1829.

---

(1) ¿No hareis que emulen su valor y gloria
Los que han sobrevivido?
¿No lo inmotalizais? ¿O su memoria
Hundireis en la noche del olvido,
Sin que á vuestros loores
Merezca su virtud imitadoras? (La Lira)

(2) Id á la huesa donde está encerrado (La Lira)

(3) «*Aquí yace conmigo el heroismo.*» (La Lira)

Id á la tumba donde está encerrado
El frígido esqueleto;
Llegad, y el corazón sobresaltado
Sentiréis de pavor y de respeto,
Cual si os dijera él mismo:
«Evocad de mi tumba el patriotismo.»

Á LA LIBERTAD DE LIMA *

POR EL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ, AL MANDO DEL EXMO. SEÑOR GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN, EL DIA 10 DE JULIO DE 1821.

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma
Hoy arrebatan? ¿y en la sangre mía
Por qué un hervor desconocido siento?
¿Quién, con alegre voz, la triste calma
Se atreve á perturbar, en que yacia,
Víctima inútil de un dolor violento?
¿Sois, vosotras, ó vírgenes del Pindo,
Las que agitais mi pecho? Perdonadme,
Si á vuestro imperio, dócil, no me rindo;
Y de una vez dejadme
Que, en lugar de mi canto,
Vierta sobre mi patria largo llanto.

¿Y como hé de cantar? Desde la orilla
Del plateado rio hasta las cumbres
De los montes que en Salta se levantan,
¿No veis, no veis que la mortal semilla
De discordia cundió? ¡Qué pesadumbres!
¡Qué asolación y lágrimas! Quebrantan
El freno las pasiones en un año:
¡Oh año veinte del siglo! Tú pasaste,

* La Lira Argentina, pag. 336. En la Colección pag. 164. En las *Poesías* de J. C. Varela, pag. 109.

Y contigo tu horror: empero el daño
    Que tras de tí dejaste,
    A la patria condena
A ignominiosa y duradera pena.

¿Más qué gozo hasta ahora no sentido
Mi corazón inunda de repente?
¿Que Dios es este que mi pecho inflama?
¿Será, será verdad que desmentido
Queda mi vaticínio eternamente,
Y que el llanto ya en vano se derrama?
Sí, vírgenes, corred; las victoriosas
Sienes de un héroe coronad festivas
De albo jazmín, y de laurel y rosas;
    Y, entre alabanza y vivas,
    A los Libertadores
El camino cubrid de palma y flores.

Oígo el eco veloz, que, atravesando
Del Pacífico mar la quieta hondura,
Resuena de los Andes en la cima.
Ya, ya llega á nosotros, proclamando
De San Martín el nombre, y la bravura
De los que dieron libertad á Lima,
¡Libertad! ¡Libertad! no más resuena
En todo el continente; y el ruido
Del último eslabón de la cadena,
    En trozos dividido,
    Amedrenta y aterra
A todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fué. Los batallones
Condujo San Martín, y circundaron,
De los Reyes las hórridas murallas, *
Do rujían de España los leones.
Los iberos atónitos temblaron,
Cual si vieran al Dios de las batallas;
Y pávidos contemplan desde el muro
Al adalid, que la soberbia frente
De los Andes holló con pie seguro,
Y á su escuadrón valiente,
Y el famoso estandarte,
Signo de libertad, honor de Marte.

Acudid, acudid con mano fuerte
Erguidos héroes de la erguida España;
Abrid las férreas puertas, y llevando
Las falanjes al campo de la muerte,
En el campo venced. La fiera saña
De vuestros duros pechos derramando
Sobre los libres que teneis al frente,
Vengaos en ellos: decidid ahora
Si el Perú debe ser independiente,
O si Lima, señora
De tan rica comarca,
Será siempre la esclava de un monarca.

Esos son, esos son los que dos veces,
En Chacabuco y Maipo, ya os mostraron

* Lima era llamada La Ciudad de los Reyes.

Que humillar saben el poder de Europa,
Y convertir sus lauros en cipreces.
El mismo rayo lanzan que lanzaron;
Vibran el mismo acero; esa es la tropa,
Y ese su general. La misma guerra
Con que el suelo de Arauco han redimido,
Conducen hoy á la domada tierra,
    Que el yugo aborrecido
    De vuestra tiranía
Sacudir sin su auxilio no podría.

¿Y abandonais de un golpe las venganzas
A vuestro amo insolente prometidas,
Y el enconoso y temerario empeño?
¡Oh! Dejad, si podeis, las esperanzas
De los libres del Sud desvanecidas;
El Perú conservad á vuestro dueño,
Y enseñadnos de nuevo á ser esclavos.
Pero ¡que! ¿No salis del doble muro
A llamar al combate á nuestros bravos?
    ¿Y su asilo seguro
    Pávido no abandona
Fiero español, que su valor pregona?

¿Más qué estrépito horrísono en las plazas
De la oprimida capital se siente?
¿Qué repentino movimiento lleva
Por doquier las falanjes? ¡Qué amenazas!
¡Qué clamor á la vez!—¿Se cree valiente
El ibero cruel, y así se ceba

Del pueblo inerme en el brutal saqueo?
¡Cobardes! ¿Ya perdida la esperanza,
Vuestro oprobio ha de ser vuestro trofeo?
¿Será que la venganza
Hasta la afrenta os lleve?
Pero ¡cuando un tirano no es aleve!

Más no osarán, ó San Martín terrible,
Arrostrar tus enojos. Hélos, hélos,
Que ya, la capital abandonando
A tu poder tremendo, irresistible,
De la encumbrada sierra por los hielos
Asilo á su vergüenza van buscando.
Donde la planta fijan allí imprimen
La huella del horror. ¡Empero á donde,
Cuando sus hados al malvado oprimen,
De su furor se esconde?
Sobre su cuello alzadas
Ya están de tus guerreros las espadas.

Entra, genio inmortal: anega tu alma
En el placer de libertar al suelo;
Entra en la gran ciudad, y los abrazos
Recibe de los libres, y la palma
Con que tu triunfo coronó tu anhelo
Has roto ya los apretados lazos,
Y el ferreo yugo del Perú oprimido:
Por do quier haya libres en el mundo,
Y resuene tu nombre, será oído
Con respeto profundo,

Y la fama sonora
Le cantará por cuanto Febo dora.

¡Cuál se goza la América, elevando
Cada vez más y más su digno trono
Sobre ruinas de ambición ibera!
Sus hijos, sus derechos recobrando,
El oprobioso nombre de colono
Para siempre borraron. Nueva era,
Nuevo tiempo se cuenta: la memoria
De nuestra antigua servidumbre hundida
En el olvido quede; y si en la historia
Debe ser repetida,
Que solamente sea
Porque nuestra justicia el mundo vea.

¡Preclaro General! Anníbal mismo
Envidiára tu nombre, si existiera,
Que en los Andes á Anníbal excediste.
¡Con qué placer su heroico patriotismo,
Reproducido en tí, Washington viera!
Su sombra ilustre por do quier te asiste,
Y suyas son tus obras. No, no acabes,
Sin que acabe el tirano en justa guerra;
Y, cuando el crímen de tres siglos laves,
Da la paz á la tierra;
Que de hoy para entonces
Tuyo es el mármol, tuyos son los bronces.

¡Provincias, que, en el Sud del nuevo mundo

Disteis de libertad el primer grito,
Y el primer estandarte levantásteis!
Sobre vosotras, sí, su aliento inmundo
La anarquía sopló; pero al Cocito
El monstruo horrible de una vez lanzásteis
El funesto año fué, y al negro olvido
Está ya su memoria encomendada,
Y á honor mayor volveis: tal, combatido
    Por la mar irritada,
    Vaga un bajel incierto,
Y escapa de la mar, y gana el puerto.

¿Más vosotros qué haceis, imitadores
De Píndaro inmortal, hijos amados
Del padre de la luz y la armonía?
Cantad á San Martín, y sus loores
Llevad en vuestros metros delicados
Desde do nace hasta do muere el día.
De todo triunfa el Tiempo; sin las Musas
Un héroe al fin no es héroe; que perdido
Debe quedar su nombre en las confusas
    Tinieblas del olvido,
    Si el sonoroso verso
No recuerda su gloria al universo.

Solo al sublime canto y á los Dioses
Dado es vencer al Tiempo. ¿Quien ahora
De Eneas las hazañas conociera?
¿Quien de Príamo triste los atroces
Dolores, y la llama asoladora

De su ciudad inmensa, si no fuera
La Musa de Marón? ¿Y sin Homero,
Qué sería de Aquiles? Los loores
Cantad, cantad del inmortal guerrero;
Y tributadle honores,
Que no puede mi lira,
Dignos dél y del Númen que os inspira.

EN ELOJIO DE MI AMIGO D. ESTEBAN DE LUCA *

POR SU CANTO LIRICO Á LA LIBERTAD DE LIMA, PUBLICADO EN BUENOS AIRES, EN OCTUBRE DE 1821

¿Es este el joven, que otro tiempo ha hecho,
Con encendido canto,
Envidiables las ansías de su pecho,
Su fogosa pasión, su dulce llanto,
Los ojuelos de Amelia,
Y el beso hibleo que le daba Célia?

¿Es este el joven, que la guerra infanda
Y sus negros horrores
Abominó sin fin? ¿Cuya alma blanda,
Ilustrada, sencilla, los clamores
No oyó del semejante,
Sin que el llanto bañara su semblante?

---

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879 pag. 118

Yo le ví, yo le ví, cuando pulsaba
Al son de amor su lira,
Y con versos de miel nos enseñaba
La primer ley que la natura inspira,
La ley del sentimiento,
De que mortal ninguno vive exento.

¿No era que Apolo le negó algún día
Que, en metros numerosos,
Cantar pudiera la fatiga impía
De alumnos de Belona sanguinosos,
Que con funesta guerra
Abruman fieros la angustiada tierra?

¿Como es que ahora denodado eleva
Muy mas soberbio vuelo
Y del héroe del Sud el nombre lleva
De la honda tierra al encumbrado cielo
¿Los bélicos furores
Canta también el que cantaba amores?

Si, si; pero su Musa no se goza
En la matanza horrenda,
Y en la rabia guerrera que destroza
La humanidad en bárbara contienda;
Ni en metros inhumanos
Héroes llamó jamás á los tiranos (1)

(1) Ni en metros inhumanos,
Héroes he de llamar á los tiranos... (Cadalso.)

Mas su Musa se goza, cuando advierte
Que genios bienhechores,
Venciendo mares, precipicios, muerte,
Llevan la libertad. y los clamores
Del oprimido acallan,
Y al opresor indómito avasallan.

La humanidad entonces le arrebata,
Y su misma blandura;
Besa la mano fuerte, que desata
Al Perú sus cadenas; la ventura
Canta de sus hermanos,
Y execra la maldad de los tiranos.

En su entusiasmo generoso sigue
La hueste protectora
Que al duro ibero en el Perú persigue;
Su genio le arrebata, le acalora,
Y, en feliz fantasía,
Vé cuanto en Lima San Martín hacía.

A su mente fatídica es muy corta
De este siglo la escena;
El divino poeta se transporta;
Vive en el porvenir, y á la cadena
De las generariones.
Anuncia celestiales bendiciones.

A sus ojos no mas está patente
el libro del Destino;
Sus páginas de fuego de repente

Manifiestas le son, y allí el camino
        Libre, feliz, glorioso,
Que el cielo nos prepara, lee gozoso.

Y canta el vate: á San Martín entonces
        Ver inmortal quisiera;
Empero no es el mármol ni los bronces
A quienes esto es dado. Duradera
        Del héroe sin segundo
Debe ser la memoria, como el mundo.

El cerro de los Andes, que mas lleve
        De las nubes al seno
Su frente indestructible, y que se eleve
A las regiones donde rueda el trueno,
        Cincelado, pulido,
Será en humana forma convertido.

Este es el monumento que eternice
        Del héroe la memoria,
Y en los futuros siglos divinice
Por todas las naciones esa gloria,
        Que ya el nuestro respeta;
Así lo canta el inmortal poeta.

Pero al humano esfuerzo está negado
        La obra que concebiste;
Esa mole asombrosa, inalterada
Desde el nacer del mundo, se resiste
        A que el mortal osado
Se eleve hasta donde ella se ha elevado.

Tú solo harás, Estévan, con tu canto
Tan brillantes proezas
Duraderas y vivas, hasta tanto
Que el universo entero hecho pavesas,
Informe destruido,
Caiga en el cáos de donde ha nacido.

De San Martín el nombre que se lea
En todas las regiones;
Que tu nombre también con él se vea,
Y el del que hizo callar á las naciones,
Cuando cantó exaltado
« Oid, mortales, el grito sagrado. » (1)

Entretanto, á los genios que aspiraren
A los premios del Pindo,
Y á celebrar las glorias que alcanzaren
Los libres de mi patria, yo les brindo
Tu grave canto, Estévan,
Por que bellezas, como en fuente, beban.

(1) Este es el primer verso de nuestra canción ó Himno Nacional, obra del poeta porteño doctor don Vicente López. (Nota del autor).

A DON JUAN C. VARELA

POR SU ELOGIO Á MI CANTO LÍRICO SOBRE LA LIBERTAD DE LIMA *

¿Es verdad, dulce Fábio, que mi musa,
Cuando las glorias atrevida canta
De San Martín en Lima,
Tu congojoso espíritu levanta
Del Pindo á la árdua cima?
¿Es verdad que ha podido
Su métrica armonía
Tu númen inflamar en este día?
¿Pudo ser que, en un tono no aprendido,
Digno solo del héroe que yo canto,
Loor me tributases,
Y, en tan grato loor, el hondo espanto
Y el terror del tirano redoblases?

* Visto por mi amigo D. Estéban de Luca el anterior elogio á su canto lírico á la libertad de Lima, me remitió en contestación, desde Buenos Aires á Córdoba, donde yo me hallaba entonces, en clase de diputado por mi provincia, la composición siguiente, que he creído deber insertar en esta colección de mis piezas. Esta oda de Luca guarda tanta analogía como la mía que antecede, que deben ir siempre juntas, como correspondencia de dos amigos. Sin embargo, me hubiese abstenido de copiar entre mis obritas los elogios que me hace aquel, sino creyera que redundan mas en su alabanza que en la mía y que este rasgo poético es una prueba mas de la justicia con que yo me determiné á encomiar las bellezas de su musa. Añadiré solamente que el sufragio de Luca me es muy lisonjero. La patria, las letras, y la amistad lamentarán siempre la prematura y desgraciada muerte de un jóven de tantas esperanzas.

Si, pudo ser: así me lo asegura
De Fabio la amistad sincera y pura;
Así el fuego sagrado y noble aliento
Que agitado respiro,
Cuando escucho su acento,
Cuando su verso numeroso admiro.
O dulce cante Fabio, ó heroico y grave,
Es siempre superior á mi deseo:
¿Mas como no ha de ser, si siempre sabe
Arrebatar, como el divino Orfeo?
Yo extático le escucho, yo me olvido;
Y, aunque el Dios invocado ora me inspira,
A pagarle no alcanzan sus elogios
Los débiles acentos de mi lira.

Yo inflamarle logré; yo de la pena
Pude tal vez librarle, con que aflije
La discordia fatal su pecho blando.
Yo le torno al placer, cuando ella truena
En medio de los pueblos arrojando
Las sierpes venenosas,
Que horribles los agitan,
Y al crímen y al furor los precipitan.
¿Qué mas premios, qué palmas venturosas
Pudiera desear, después que he sido
Gratamente acogido
Por tan insigne vate? Erato hermosa
Le inspira, cuando dulce canta amores
Caliope, cuando canta de la guerra
Los sangrientos furores,

Y amedranta y aterra
A todos los tiranos de la tierra.

¿Tú apruebas mi canto, querido Fabio?
Tú, que sabes de Apolo
Los dones conocer? ¿Tú, que de un polo
Al otro, con armónico concento,
Llevas el claro nombre
De pátrios campeones,
Que en su heroico ardimiento
Fueron por la victoria coronados?
Ya sus cantos oyeron las naciones
Con sorpresa y placer, sin que turbados
Fueran por los clamores de la Envidia,
Yo tu númen admiro, fiel le aprecio,
Y, si mi verso aplaudes, al profano,
Al insensato vulgo menosprecio;
Y me río de aquellos que, engreídos
Con las oscuras leyes que aprendieron,
La ley del sentimiento no entendieron;
Y si una vez el nombre pronunciaron
De las sagradas musas,
Sirenas peligrosas las llamaron.

Mas tú, á pesar del bárbaro destino,
Que á inútil padecer hoy te condena,
Cantas en faz serena,
Y con furor divino,
De San Martín el triunfo, que resuena
Por el inmenso indiano continente.

Al templo de la gloria arrebatados
Descubres á los héroes de repente;
Y, al verse por tu lira celebrados,
Se oyo que claman, desde el rubio oriente
        Hasta el opuesto ocaso:
« Diez años por la patria combatidos;
« Nuestra sangre por ella derramamos;
« Libres empero al fin, hoy conseguimos
« El premio mas glorioso á que aspiramos. »

Así otro tiempo Píndaro sublime,
Cuando el laud armónico pulsaba,
Como un Dios en la Grecia presidía.
La llama del honor en ella ardía,
Y osado el Espartano se arrojaba
Al combate, á la muerte, á la victoria.
        Aun dura la alta gloria
        Del divino poeta;
Ni el tiempo destructor en su carrera
Podrá jamás borrarla. Así tu númen,
Que se lanza, cual rápido cometa,
Por la brillante y anchurosa esfera
De la imaginación, eterno debe
        Ser encanto del hombre,
Cuando, siglos y siglos ya pasados,
Tu belísono acento les renueve
La virtud, el valor, y alto renombre
De los hijos del Sud siempre esforzados.

ODA *

Á LA PREOCUPACIÓN

¡Oh preocupación! tu nombre solo
Es una plaga á la aflijida tierra,
Más terrible mil veces,
Y más asoladora que la guerra.
La impostura es tu madre: nuevas creces
La sencillez te dá, y en el instante
El poder te fomenta,
Y sus aspiraciones alimenta.
En todo tiempo tu ominosa sombra
Bajo distinto velo,
Ha cubierto de crímenes el suelo,
Y tú les distes de virtud el nombre.
En todo tiempo el hombre
Superticioso, débil, engañado,
Oráculos falaces ha escuchado
Que la mentira por verdad vendieron,
Y en su interés al mundo le dijeron:
Oye, cree y enmudece;
El cielo te lo manda y obedece

La Colección de poesías patrióticas, pág- 197. La Lira, pág. 467.

Publicada por primera vez en el núm. 9 del Centinela Set. 22 de 1823 firmada "El Canario".

En la edición de 1879: *Poesías* de J. C. Varela, ha sido incluída esta composición con el título *La Superstición*, en la pag. 157. Ha sido hecha casi de nuevo.

Ciego y ciego el mortal obedecía:
Y contra el mismo corazón luchando,
Y contra su conciencia batallando,
Corazón y conciencia sujetaba
A la voz que le hablaba
En nombre de los cielos,
Y en nombre de los cielos le mentía.

Viérase entonces al rayar el día,
Engañado el egipcio,
Postrarse con sacrílego respecto
Ante el primer objeto
Que presentó á su paso
La fatalidad ciega del acaso.
Viérasele después correr al Nilo
Con afan presuroso
Y al feroz cocodrilo
Tributarle humildoso
La adoración debida
Al Ser que diera al universo vida.

Viérase como en Aulida Ifigenia,
Al mandato de Calcas,
Fué del beso materno arrebatada,
Y en áras homicidas
Con horrenda piedad sacrificada,
Consintiéndolo Atridas:
Y el ejército iluso, y tantos reyes,
Al sacerdote infame obedeciendo,
Y el fuego de las áras encendiendo,

Se imaginaban dioses
Como Calcas tiranos y feroces.

¡Oh preocupación, siempre funesta!
Pero funesta más, cuando en el cielo
Apoyas los errores
Que el miserable suelo
Con sombra de piedad cubren de horrores.
¡Religión! ¡Religión! Tu nombre santo
Do quiera se profana;
Y en vano la deidad manifestarse
Bondadosa ha querido
A la menguada inteligencia humana.
Los mismos que escucharla han pretendido,
Entre tinieblas densas
Y entre negra impostura
Han logrado ocultar su lumbre pura.

La religión es hoy el instrumento
Como siempre lo ha sido
De la astucia, la intriga; y confundido
El resplandor de la verdad divina,
Todo el orbe camina
En ciega obscuridad, lo mismo ahora
Que en los siglos de atrás; y el pueblo ignora
Lo que saber debiera
Si al gritar religión, no se mintiera.

Hay impostores, que á los pueblos llevan
Por la senda torcida

Que se abrió el interés de los llamados
Intérpretes del cielo;
Y por siempre ocupados
En condensar el velo
De la superstición y la ignorancia,
Nos engañan con pérfida arrogancia.

Tal vez no en vano por el ancho mundo,
Del sud al septentrión, y del oriente
Hasta el remoto ocaso,
El aire hiende y por el mar profundo
Atraviesa una voz, en dulces tonos
Gritando: ¡Libertad!, y extremeciendo
Desde el cimiento los soberbios tonos.
Al trozarse do quier los eslabones
Del crudo despotismo,
Se trozará tal vez esa cadena
Con que ató á la razón el fanatismo.
Este teme la luz, que ya se acerca;
Y, al sentirla llegar los impostores,
Entre el temor horrible que los cerca,
Redoblan sus engaños y furores.
¡Pueblos! No los oigais. El cielo mismo
No los oyó jamás. Ellos violaron
De la razón los fueros,
Al cielo y á los hombres insultaron,
Y su interés es siempre embruteceros.

EL INCENDIO DEL PUEBLO DE CANGALLO EN EL PERÚ *

EJECUTADO POR EL GENERAL ESPAÑOL CARRATALÀ, Y APROBADO POR EL VIRREY LA SERNA, EN DECRETO DE 11 DE ENERO DE 1822.

¡Venganza eterna! ¡Sin piedad, venganza!
Hijos del Sol, ¿qué haceis? Ahora, ahora
Renazca el odio y el rencor inmenso,
A que provoca la feroz matanza,
La sed de sangre que sin fin devora
A los tigres de Ibéria. El humo denso
Mirad cual forma impenetrable nube,
Y el éter todo en derredor ¡se inflama.
Oíd, mirad que la enemiga llama
Hasta los astros sube,
Y entre ardientes escombros y ceniza
Un pueblo de patriotas agoniza.

¿No sabeis? ¿No sabeis? El fiero hispano,
Estirpe atroz del execrado Atila,
En el Perú desesperado brama,
Y, en su última impotencia deshumano,
Con bárbaro furor quema, aniquila,
Y se goza el feroz en ver la llama.
¡Cangallo miserable! ¡Pueblo amigo!

---

* *Poesías* de J. C. Varela, ed, 1879, pag. 145. Esta en La Lira, sin título y sin firma, en la pag. 418. Las modificaciones son solo de dos ó tres palabras.

Destinado á llenar en nuestra historia
Las páginas de llanto! Tu memoria
No pereció contigo; (1)
Vengarte en esos bárbaros juramos.
Vengarte, sí, y á la venganza vamos.

LA GLORIA DE BUENOS AIRES

CANCIÓN *

CORO

Elevemos, ¡oh! patria, tu gloria
A los cielos en dulce cantar,
Y de ocaso á la aurora tu nombre,
Buenos Aires, se escuche sonar.

En la orilla del río argentino,
LIBERTAD levantó sus altares,
Y los libres del mundo á millares
Agolpados se ven acudir.
Incesante el incienso á los astros
Entre voces de júbilo sube,
Escuchando la diosa en la nube:
Libertad, libertad, repetir.

---

(1) El incendio del pueblo de Cangallo dió lugar á que el gobierno de Buenos Aires decretara, en 1822, que una de las principales calles de la capital llevara el nombre de aquel pueblo. (Nota del autor)

* La Colección de poesías patrióticas, pág. 22. En La Lira, pag. 464.

En la edición de poesías de J. C. Varela hecha en 1879, en la pag. 147.

Esta composición fué hecha para cantarse en la apertura de la Academia de Música y Canto, que se instaló en Buenos Aires el 1 de Octubre de 1822. Se publicó el mismo día.

CORO

Sobre olvido de oprobio pasado
Buenos Aires su nombre levanta,
Y la fama le admira y le canta
Por do Febo derrama su luz.
Que los días de luto volaron
De funesta y horrible memoria,
En que timbres, honores y gloria
Se envolvieron en negro capuz.

CORO

Desplegando su alas el genio
Que á los libres del mundo preside,
Por el mar que la tierra divide,
Atraviesa con curso veloz;
Y repite en el otro hemisferio
Que no siente pesar sus cadenas:
« Buenos Aires empaña de Atenas
« El remoto inmortal esplendor.

CORO

« Encontraron las leyes su abrigo,
« Encontró la justicia su templo:
« Buenos Aires presenta el ejemplo
« Que la tierra debiera imitar.
« Ha bajado, buscando un asilo,
« De los cielos Astréa divina,

« Y en la playa feliz argentina
« Se miró con placer adorar.

CORO

Esta voz en contorno retumba
Del ibérico bárbaro trono,
Y sus garras en hórrido encono
El león contra sí convirtió:
Y erizada la sórdida greña,
Y brotando la llama en sus ojos,
Un rujido mostró los enojos
De que el libre del sud se burló.

CORO

Pero España también restituye
El imperio sagrado á las leyes,
Y el poder absoluto en los reyes
Se averguenza por fin de sufrir.
A sus hijos, que en sangre tiñeron
Otra vez nuestro suelo inocente,
Nuestros ojos verán de repente
Al abrazo de paz acudir.

CORO

Entretanto á las otras naciones
El honor de la nuestra arrebata,
Y á los hijos del Río de Plata

Ya saludan en dulce amistad:
Y sus naves, surcando las olas
Del abismo salado y profundo,
Abandonan las playas de un mundo,
Por buscar en el otro igualdad.

CORO

Buenos Aires es patria de libres,
Y esta gloria le dieron sus hechos:
De los hombres que tienen derechos
Buenos Aires es patria comun;
Que los rotos pedazos de hierro
De la antigua pesada cadena,
Nuestro río revuelve en su arena,
Irritando sus olas aún.

CORO

Nuestro sol nos saluda festivo,
Al mostrarnos la faz en oriente,
Y, al hundir, en ocaso la frente,
Se despide festivo también;
Y la patria se goza en sus hijos,
Bendiciendo á los niños que crecen,
Que fervientes su voto le ofrecen,
Y que siempre serán su sostén.

EN HONOR DE BUENOS AIRES *

> Verum hœc tantum alias inter caput extulit urbes,
> Quantum lenta solent inter viburna cupressi.
>
> *Virg. Egl. 1a.*

Era la noche; y la ciudad, amada
    Por el Dios de los libres,
Tranquila en brazos de la paz dormia,
En profundo silencio sepultada.
La mole de sus torres parecía
    Antiguo monumento,
Allá en remoto siglo levantado,
Para grandioso y digno enseñamiento;
    Y ora mudo, olvidado,
Pero del crudo tiempo respetado.

De lumbreras menores rodeada
    La luna en medio cielo,
En su carroza de ébano sentada,
Con su luz melancólica y serena
    Bañaba el quieto suelo;
Y el grande río de la patria mía
De su orilla feliz la suelta arena
Suavemente en sus aguas revolvía;
A la luz de la luna así brillando,
    Cual una copia inmensa
De derretida plata brillaría,
Trémula, undante, en movimiento blando.

---

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 151.

Dejando el lado de mi dulce dueño,
Que, en esas horas mudas, misteriosas,
Ya descansaba el delicioso sueño
De las fatigas del amor preciosas,
Contento el corazón, suelta la mente,
    Me sentí de repente
    A la lira impulsado,
    Cual de poder divino,
    Y á cantar el destino
    Del suelo afortunado
En que la suerte plácida me diera
Abrir mis ojos á la luz primera.

¡Buenos Aires! ¡Mi patria! En algun día
    La maldición del cielo
Tu recinto inundó, y oscuro velo
Tus inmortales glorias encubría.
    En su carro de espanto
Rodando por tus calles la anarquía,
Tus calles anegaba en sangre y llanto,
Y en fratricida mano se agitaba
    De la discordia impía
El tizón infernal. Entonces era
Cuando ni el hijo al padre respetaba,
    Ni el hermano al hermano
Debida parte en su cariño diera.
De las leyes al solió soberano
    Subió el crimen triunfante,
Y el altar de la ley cayó al instante,
    En trozos dividido,

Por entre el polvo en vilipendio hundido.
Los Dioses tutelares nos miraron
Con ojos de piedad, y á su desgracia
La ciudad infelice abandonaron.

Ese tiempo voló, y en nuestra historia
No borrará el honor de tu memoria,
Inmortal Buenos Aires: hoy levantas
Sobre los otros pueblos tu grandeza,
        Cual alza su cabeza
A la nube el ciprés, entre las plantas
        Y arbustos pequeñuelos,
Que apenas se levantan de los suelos.

¡Gloria eterna á tu nombre! Por do quiera
        Presentas, patria mía,
Un motivo de asombro á las naciones.
Creyeron que el olvido te cubriera,
Y que tu noble fama moriría
Entre nuestras funestas disensiones;
Pero tú resplandeces mas glorioso,
        Después de disipados
        Los hórridos nublados
De la civil contienda borrascosa:
Bien como el alto sol en alto cielo
        Brilla mas refulgente,
Tras tempestad sombría, cuyo velo
Nos robaba la lumbre de su frente
Yo admiro tu esplendor y le contemplo
Y le admiro otra vez. Mi incierto paso

Se dirige hacia allá, y entro en el templo
Donde la ley se dícta en tono digno,
Sin que lo estorbe prepotente brazo,
Ni se oiga del poder ultraje indigno.
Con tal triunfo engreido el ciudadano,
Obedece gustoso
Las leyes que le mandan ser dichoso,
Y bendice la mano
Que firmó su fortuna,
Y la del hijo de su amor precioso,
A quien la libertad mece en la cuna.

Hacia acá vuelvo, y al poder encuentro
Noblemente ocupado
En proteger al débil, al malvado
Castigar, corregir, y hacer el centro
Del comercio y las luces protectoras
Al pueblo afortunado,
Que se puso en sus manos bienhechoras.
¡Tiranos ¡ah! los que afligis al hombre!
Sonará con horror eternamente
Vuestro execrando nombre;
Y vosotros, vosotros que á la frente
Estais de los destinos
De mi pueblo feliz, vuestros caminos
Los de la fama son; y cuando el bronce
Se pula en nuestro suelo, ¡cuánto entonces
Honrará nuestro artista la memoria
De los que dieron á su patria gloria!
¿Pero quién me transporta á los altares

Do Minerva se adora,
Y los dones celestes atesora,
Que prodiga sin fin y sin medida?
¡Juventud escogida
Del escogido pueblo! Yo á millares
Agolpada te veo
A la fuente correr, en que se bebe
La ciencia y la inmortal sabiduría;
Ni mi ardiente deseo
Mira distante el día
En que la patria debe
Fiarte su ventura,
Esperando le pagues con usura.

¡Esparta libre! ¡Aténas ilustrada!
¡Remotos nombres, que al remoto tiempo
Pasaréis con honor! Pues imitada
En Buenos Aires fué la inmensa gloria,
Que en edades de atras os dió renombre,
Y hace que vuestra historia
Hoy todavía al universo asombre;
Buenos Aires unida en adelante
Irá á vuestra memoria,
Y, cuando ella se cante
En los siglos que vengan, nuestros nietos
Tributarán iguales sus respetos
Al pueblo que ha imitado
Los modelos que al mundo habeis dejado.

Así cantaba yo; pero entretanto
Mostró la aurora su rosada frente,
De grana y oro se vistió el oriente,
Y, cansada la lira, cesó el canto.

AL BELLO SEXO ARGENTINO *

ODA

Tal como mira tras borrasca fiera
El triste navegante
Aparecer el Sol sobre la esfera,
Y al mugidor Oceano en un instante
Restituirle la calma placentera;
Tal, Argentinas bellas, os miramos
Derramando consuelos
Sobre los que, ya libres, habitamos
La tierra más amada de los cielos.

---

* La Colección de poesías patrióticas, pag. 207.

Publicada por primera vez en el núm. 11 del Centinela, en Octubre 6 de 1822; y firmada: «El centinela».

En la edición de 1879, esta incluida en la pag. 161, con el título: *Al bello sexo de Buenos Aires*, muy modificada; por lo que trascribo ambas formas:

Así cual mira, tras borrasca fiera,
El triste navegante
Aparecer el sol sobre la esfera,
Y á la mar bramadora en un instante
Restituir la calma placentera;
Así, Argentinas bellas, os miramos
Derramando consuelos
Sobre los que, ya libres, habitamos
La tierra más amada de los cielos.

El campeón patrio, que en feroz milicia
Pasó sus verdes años;
El ministro imparcial de la justicia;
El sabio que destruye los engaños,
Consagrados tal vez por la malicia;
El mercadante activo y afanoso,
Todos, todos, oh bellas,
A vuestro lado olvidan deleitoso
Penas á un tiempo y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,
Y, ciega, arrebatada,
Cae en los blandos amorosos lazos
En que se engríe de mirarse atada.
Os formó el mismo Amor; y los abrazos
De la Diosa sin par de la hermosura,
Con otras tan ingrata,
Colmaron de belleza y de ternura
A las hijas del Río de la Plata.

El pátrio campeón, que en la milicia
Pasó sus verdes años;
El ministro imparcial de la justicia;
El sabio que destruye los engaños;
Consagrados tal vez por la malicia,
El mercadante activo y afanoso;
Todos, todos, oh bellas,
A vuestro lado olvidan deleitoso
Penas á un tiempo, y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,
Y, ciega, arrebatada,
Cae en los blandos amorosos lazos
En que se engríe de mirarse atada
Os formó el mismo Amor; y los abrazos
De la Diosa sin par de la hermosura,
Con otras tan ingrata.
Colmaron de belleza y de ternura
A las hijas del Río de la Plata.

Cual camina la luna majestuosa,
Derramando fulgores,
Del mismo modo la Argentina hermosa
Marcha serena derramando ardores;
Pues le dieron con mano bondadosa
Venus sus ademanes expresivos,
Los amores su risa,
Las gracias sus picantes atractivos,
Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece
Con las hijas donosas
De su suelo feliz; y así parece
Cual rosal, lleno de galanas rosas,
Que en la estación primaveral florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
Que á la flor se adelanta,
Una entre mil á separar no acierta
Entre la pompa de la verde planta.

Mostrándose la luna majestuosa,
Vive y se alegra el cielo;
Y así gallarda la porteña hermosa
Da vida y alegría á nuestro suelo:
Pues le dieron con mano bondadosa
Vénus sus ademanes expresivos,
Los amores su risa,
Las Gracias su donaire y atractivos,
Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece
Con las hijas donosas
De su suelo feliz, y tal parece
Cual rosal, lleno de galanas rosas,
Que del amor en la estación florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
Que al rosal se adelanta,
Una entre mil á separar no acierta
Entre la pompa de la verde planta.

¿Cuál es el pecho, de metal formado,
Cuál corazón de peña,
Que al mirar expresivo y pasionado,
Al suavísimo hablar de una *Porteña,*
Puede permanecer desamorado?
¡Hijas del primer pueblo americano!
Ostentad vuestra gracia,
Y cesen ya de presumir en vano
Las bellezas de Géorgia y de Circasia.

¿Qué quereis?—¿Quereis templos en que vamos
A dar adoraciones
A vosotras ¡oh Diosas! que admiramos?
Vuestros altares son los corazones,
Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,
Nuestros votos amor. Y ¡cuantas veces
Serás afortunado
Mortal, que el pecho á la argentina ofreces,
Y la argentina te llamó su amado!

¿Cuál es el pecho de metal formado,
Cuál corazón de peña,
Que al mirar expresivo y delicado,
Al dulcísimo hablar de una porteña,
Puede permanecer desamorado?
¡Hijas del primer pueblo americano!
Ostentad vuestra gracia,
Y cesen ya de presumir en vano
Beldades de Georgia y de Circasia.

¿Qué quereis? ¿Quereis templos en que vamos
A dar adoraciones
A vosotras, oh Diosas que admiramos?
Vuestros altares son los corazones,
Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,
Nuestros votos amor; y, mil de veces
Mortal afortunado,
Que el corazón á la Argentina ofreces,
Y la Argentina te llamó su amado!

Mas no sola en vosotras la belleza,
Porteñas adorables,
Ha querido copiar naturaleza:
Porque, para formaros más amables,
Ha llenado vuestra alma de grandeza.
En vosotras, unida la hermosura,
Al sentimiento, al génio,
Domináis en nosotros por ternura,
Domináis en nosotros por ingenio.

Vuestra imaginación, cual vuestro rio,
Ensanchada, atrevida,
Corre con impetuoso señorío
Sin que pueda mirarse contenida.
Aumentad vuestro hermoso poderío
Con los adornos útiles del alma;
Y goce á vuestro lado
El tumulto de amor, la dulce calma,
A un tiempo el amador embelesado.

Mas no solo á vosotras la belleza,
Porteñas adorables,
Pródiga quiso dar naturaleza;
Porque, para formáros más amable,
Há llenado vuestra alma de grandeza;
Y en vosotras unida la hermosura
Al sentimiento, al genio,
Dominais en nosotros por ternura,
Dominais en nosotros por ingénio.

Vuestra imaginación, cual vuestro río,
Ensanchada, atrevida,
Corre con magestuoso señorío,
Sin que pueda mirarse contenida.
Aumentad vuestro hermoso poderío
Con los adornos útiles del alma;
Y goce á vuestro lado
El tumulto de amor, la dulce calma,
A un tiempo el amador embelesado.

Adios, hermosas de la patria mía.
¡Feliz, feliz mi verso
Si pudiera lograr que en algún día
Llenára vuestro nombre el universo!
Y si lo llenára.—La luz que envía
Al anchuroso mundo el sol benigno
Es de todos loada,
Aunque en lábio y en metro menos digno,
Llegue á ser por alguno celebrada.

SOBRE LA INVENCIÓN Y LIBERTAD DE LA IMPRENTA *

Amor, que sobre todas las deidades
Has recibido adoraciones mias,
Tu dulce poderio y tus bondades
Ya celebró mi canto
En lo florido de mis frescos dias,
Y regué tus altares con mi llanto,
Canté lo que sentí. Después mi rima,

Adios, hermosas de la patria mía,
¡Feliz, feliz mi verso,
Si pudiera lograr que en algún día
Llenase vuestro nombre el universo!
Y sí lo llenará. La luz que envía
Al anchuroso mundo el sol benigno,
Es en todos loada,
Aunque en labio y en metro ménos digno
Llegue á ser por alguno celebrada.

* Colección de poesías patrióticas pág. 217.—Poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 165.

Resonando entre gritos de victoria,
Hizo volar por cuanto Febo anima
Los nombres de los ínclitos varones
De perenne memoria,
Que las iberas huestes debelaron,
Y el suelo de mi patria libertaron

Canté lo que debí: y ora la mente,
De un entusiasmo nuevo arrebatada,
Trasportada se siente
Hasta el templo del Genio, donde mora
La invención creadora;
Templo en cuyos altares,
De la turba vulgar no frecuentados,
Seres privilegiados
Presentan sus ofrendas singulares,
Y á par de la deidad son adorados.

Extraño ardor me inflama;
Y, en mi rápido vuelo,
Allá me encuentro en el helado suelo
Do Guttemberg nació. Quintana solo
Supo ensalzar su nombre,
Quintana, el hijo del querer de Apolo,
Emulo de Tirteo en fuerte canto,
Y á quien solo se diera
Que de su lira al sonoroso encanto,
Digno de Guttemberg su verso fuera. (1)

(1) Guttemberg inventó la imprenta. El desgraciado poeta español, D. Manuel José Quintana, cantó aquella invención de un modo digna de ella. (Nota del autor).

Arrastrando los carros de la guerra,
Genios de destrucción al Rhin llevaron
La plaga asoladora de la tierra;
Y el renombre del Rhin eternizaron
    Solamente á los ojos
    De los hombres feroces,
Que, sedientos de sangre y de despojos,
La humanidad y sus derechos huellan,
    Y del cielo y natura
Las leyes sacrosantas atropellan.
¡Oh Rhin ensangrentado! No tu fama
Deberás al furor: el Dios del verso,
Los veraces anales de la historia,
    El genio, el universo,
    Celebrarán tu gloria,
No porque oíste el horroroso estruendo,
Sí porque viste á Guttemberg naciendo.

El inventó la imprenta, y del olvido
    Redimió grandes nombres;
    Que el invento atrevido
Eternizó las obras de los hombres,
Y ató todos los tiempos al presente.
    Todo cuanto la mente
De algún mortal contemplador concibe,
    O exaltada imagina,
Si libre, inmensa, por do quier camina;
Cuanto precepto la razón prescribe;
    Todo, todo estampado,
Y en copias mil y mil multiplicado,

Cruza la erguida sierra,
Cruza el ponto profundo,
Que divide la tierra de la tierra,
Y atraviesa veloz el ancho mundo
Del ecuador al polo,
Y del ocaso, do la noche mora,
Hasta el fúlgido reino de la aurora.
¡Tanto puede la imprenta! Ni esto solo
A su poder es dado;
Que los sabios del tiempo que ha pasado
Hoy con nosotros hablan;
Y, cuando el postrer siglo haya llegado,
Hablará el más lejano descendiente
Con ellos y nosotros igualmente. (1)
Así la ilustración, como la llama
Del sol inapagable,
Que enseñorea inmóvil la natura,
De un día en otro sin cesar renace
De un siglo en otro permanente dura.

¡Loor á Guttemberg! ¿Ni quien creyera
Que su invención benéfica, sublime
En algún tiempo fuera
Causadora de males,
Que empaparon en sangre los mortales?
El fanatismo y el poder, que siempre

(1) Las ideas á que se refiere esta nota, y muchas otras expresadas en esta composición, son también aplicables á la simple escritura; pero es indudable que pueden referirse con mayor exactitud y extensión al uso de la imprenta, por cuanto ella nos trasmite los escritos anteriores de un modo más general, más fácil y duradero. (Nota del autor).

En daño de los hombres se adunaron,
Del invento feliz se aprovecharon,
Y él sirvió á los horrores
Que al universo afligen,
Cuando aquellos despliegan sus furores,
Y con vara de fierro al mundo rigen.

La imprenta publicaba
Que al mas vil, al mas bárbaro tirano,
Si en un infame trono se sentaba,
Del mismo Dios la sacrosanta mano
Daba el cetro gravoso,
Que en yugo ignominioso
A los míseros pueblos abrumaba.

En vano, en vano la filosofía,
Siempre amiga del hombre,
Descubrir el engaño pretendía,
Disimulado con mentido nombren.
De la Verdad severa
La penetrante voz no bien se oyera,
Cuando atroz fanatismo,
Evocando las furias del abismo,
Soplaba airada la funesta hoguera,
Y la execranda llama consumía
Las páginas de luz, que se atrevía
Algún sabio á escribir con libre mano;
Que el desusado tono
Estremeció al tirano,
Y sintió bajo el pié temblando el trono.

Así quedó cegado
El canal que la imprenta en algún día,
Para dar curso á la sabiduría,
Benéfica mostró. Desde el momento
A nadie le fué dado
Disponer de su libre pensamiento,
Cual si le fuera por merced prestado.
Cuando un nuevo camino
A los hombres se muestra, y las deidades
Ofrecen nuevo don, ¿será destino
Ingratos abusar de sus bondades,
Y hacerlas instrumento
De crímenes sin cuento,
De opresión, de venganzas y maldades?
¡Ah! ¡Que proterva condición del hombre

Así llegó de la fecunda tierra
Al seno engendrador su osada mano,
Y el metal que se encierra
En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebatára á la caverna oscura
Do plugo sepultarlo á la natura.
El rígido metal se convertía
En surcador arado,
Y el campo alborozado
Una mies abundosa prometía.
Pero pronto sonó de guerra impía
La maldecida trompa,
Y el metal en espada convertido,

Y en dura lanza que los pechos rompa,
    Todo campo cubierto
    De cadáveres fuera,
Y la sangre humeando discurriera
Por entre el surco del arado abierto.

Así la selva sus robustos pinos
    A la mar vió lanzados,
Y, venciendo las ondas denodados,
    Hallar nuevos caminos
Que de un mundo conducen á otro mundo,
Y hermanas las naciones del Oriente
Con los pueblos lejanos de Occidente;
Mas también pronto por el mar profundo,
Preñados de furores y venganza,
Los armados bajeles navegaron,
Y en llanura de bárbara matanza
Los piélagos inmensos transformaron.

¿De qué no abusa el hombre? Así la imprenta,
    Un tiempo envilecida,
O brutales caprichos adulaba
    De la ambición sedienta,
O, al fanatismo pérfido vendida,
Mentia en cada letra, y blasfemaba
    Del mismo Dios excelso,
Cuyo nombre sacrílega estampaba.

Esas negras edades
    De ignorancia y maldades,

Y universal error, ya son pasadas;
Y el hombre, dueño de su pensamiento,
Libre como su hablar y sus miradas,
Libre como la luz y como el viento,
En rasgos indelebles lo publica.
Su tesoro de ciencia comunica,
    O, de temor seguro,
    Juzga al déspota duro,
Veraz y mensurado le condena,
Y sin violencia su furor refrena:
    Y de la hipocresía
Los simulados crímenes delata,
Y la impostura pérfida arrebata
El doloso disfraz que la cubría

    ¡Feliz, feliz el suelo
    Donde los hombres gozan
De tanta libertad! Los que destrozan,
    Allá bajo otro cielo,
La triste humanidad, y en los sudores
Y en el llanto infeliz del miserable
Se bañan con placer abominable,
¿Qué harían si la prensa sus furores
Al sometido pueblo revelara,
La amenaza llevase á sus oídos,
Y el odio de los buenos concitara,
Del opreso acallando los gemidos?
Temblad, tiranos, mientras libre sea
El ejercicio de escribir honroso:
Y siempre lo será; que el mundo ahora

No es ya cual lo desea
Vuestra ambición fatal y asoladora.

Mas yo me vuelvo á venerar al hombre
Que cultiva el saber, y que el tesoro
De su mente prodiga. Su renombre,
Con caracteres de oro
Escrito en los anales de la ciencia,
Irá á la más remota descendencia.
Es premio de su afán: no quiso avaro
Sus luces ocultar: pudo dejarlas
En resplandor universal y claro,
Y no debió en la tumba sepultarlas.
Libre escribió lo que en tenaz empeño
Arrancó á la recóndita natura,
Y de la lengua pura
De la Filosofía
Escuchó con anhelo en algún dia.
Aprendió y enseñó: tantas lecciones
Propagaron las prensas: las naciones
Perecerán después, y otros imperios
Se verán levantados
Sobre antiguos imperios derrocados:
Empero el sabio sin cesar renace,
Que así la imprenta sus prodigios hace.

Por esta noble libertad se llama
El siglo en que vivimos
El siglo de las luces, aunque brama
Sañudo el fanatismo, que quisiera

Muchos lustros al tiempo en su carrera
Hacer retrogradar porque tornara
Su poderio infausto abominable,
Antes por la ignorancia respetado,
Pero en dias felices, execrable
Al universo en fin desengañado.

¡Oh Patria en que nací, digna morada
De la alma libertad, en donde el genio
    Se remonta brillante!
    Si la imprenta afanada
Los frutos del saber y del ingenio
Multiplica y derrrama á cada instante,
Esa, mi amada patria, esa es tu gloria.
    Coronada tu frente
Mil veces del laurel de la victoria,
La libertad, la ciencia solamente
Te han sublimado á la envidiada altura,
    Donde el orbe te mira,
    Y á do en vano procura,
Encumbrarse en tu honor mi humilde lira.

A BUENOS AIRES *

CON MOTIVO DE LOS TRABAJOS HIDRÁULICOS ORDENADOS POR EL GOBIERNO

ODA.

Cual te admiro, ó natura, en los portentos
De tus inmensas obras!—Quien preside
Los trastornos del orbe y los modera,
El genio universal, que todo abarca,
Al inmortal Colón escoger quiso,
Y revelarle solo sus misterios
Que á las tres partes del antiguo mundo
La serie de los siglos ocultara.
Al resto de la tierra ignotos eran
Otra tierra, otro mar: el Dios de todo
Dijo COLÓN PAREZCA; el héroe nace,
En demanda de un mundo parte, lo halla,
Y de la creación se obstenta el lujo.
Estas regiones son donde la mano
Del Supremo Hacedor está marcada;
Ni saber al mortal le es permitido
Porque le plugo el esmerarse en ellas.

* La Colección pág. 227. Apareció en el Centinela; No. 22 Dbre de 1822.

A todos los países dió natura
Parte de sus tesoros, pero á todos
Algo les denegó, porque se hallara
Allá en lejano clima, y en el cambio
La sociedad del hombre se estrechase
Llamando los de aurora sus hermanos
A los hijos lejanos de occidente.—
El hombre todo corrompiólo un día.
¡Qué no corrompe la ambición y el oro!
Tornóse la hermandad en guerra infanda;
Y sed de humana sangre y de riqueza
Fué la sola pasión de los mortales,
Que en el delirio de adquirir robando
Todos los lazos de amistad rompieron.

Entonces fué cuando Colón se lanza
A mar no conocido, lo atraviesa,
Y, en premio del milagro, al fin descubre
Las playas de la paz, y la gran parte
Que se extrañaba en el inmenso todo. (1)
Entonces fué que la natura en pompa
Al universo atónito se muestra;
Y en el bóato de sus nuevas galas
La vió el habitador del viejo mundo,
Y él mismo allá se avergonzó de serlo.
La tierra de Colón era la tierra
De la naturaleza. En ella á un tiempo
Portentosa, terrible, al hombre infunde

---

(1) Inmenso todo. Esta expresión aquí alude á solo el globo terráqueo. En los poetas es muy usada para expresar toda la creación. (Nota del autor)

El miedo santo á las eternas causas;
Y á un tiempo en mano maternal le brinda
Todos los dones que en distintas plagas
De la tierra partió, prestando en unas
Lo que en las otras misteriosa niega.

Yo ví en los Andes la preñada nube
Mas baja que la cima, y en los cerros
Rodando el trueno, y aterrando el valle,
Que en torrentes las aguas recibía
Blancas de espuma y entre piedras rotas;
Yo ví los llanos de la patria mía
Anchos, inmensos, dó sin fin en torno
Cual la imaginación la vista vaga,
Y en la hermosa planicie nada encuentra
Mas que verde extensión; y el horizonte
Así parece cual si asiento fuera
Del vastísimo cóncavo del cielo.
Naturaleza allí clama por brazos
Que el seno virgen de la tierra rompan,
Y que llenen su voto, la simiente
Do quier echando en el fecundo suelo:
Do quier abriendo los canales anchos
Por dó corran las aguas; ó robadas
Para el riego fructífero el gran río
Que cantó Lavarden (1); ó desde el centro
Brindador de la tierra, dó se ocultan,
Por una mano hidráulica arrancadas.

(1) Alude á la Oda al Paraná del célebre porteño D. Manuel de Labarden. (Nota del autor).

¡Cuántos prodigios en la idea veo!
Y á mi patria felice ¡cuánta gloria
Fatídica la mente pronostica!
Veo brotando los raudales puros
De límpida corriente; y la llanura
Aquí tornada en selva populosa,
Dó el reforzado roble crezca y sea
Mudo testigo del morir de siglos,
Y el pino se alce á la suprema nube
En mole gigantea, y las raíces
A la honda entraña de la tierra lleve;
Allí el terreno nivelarse miro,
Y sustentar gimiendo el peso enorme
De la gran casería, dó la lana
En vistoso tejido convertida,
La fábrica extranjera no visite
Para volver en delicada tela,
A ser adorno de la linda virgen
Que las orillas argentinas pisa.

Vendrá la primavera precedida
De mansa lluvia, que fecunde el campo
Y el prado vista de florida alfombra,
El céfiro la mueva, y en la nube
Se temple el rayo pero no se apague
Del sol engendrador. En el estío,
A Ceres grata la campiña amena
Cúbrase toda de materna espiga,
Y ría el labrador mientras el viento
La blanda mies ondéa, y sus sudores

Los parvulitos y la tierna esposa
En dulces besos doblemente pagan,
Llegue el otoño, y entre parra verde
Su sien corone con las anchas hojas,
Y entre los mostos del lagar se bañe.

Corren las aguas en distinto rumbo
Y á par de ellas corriendo los raudales
De nacional riqueza, el orbe todo
Se agolpa á nuestras playas. Las familias
Del europeo, que en cansada guerra
Y en miseria vivió, su hogar odioso
En placer abandonan; y á las popas
De los bajeles que á la mar se fían,
Suben á despedirse de aquel suelo
Que les negara el pan, ingrato siempre.
Al argentino puerto le da arribo
Preñada de hombres de ligera nave;
Y el suelo besan que promete al cabo
Sustento á sus hijuelos, y reposo
Cuando la ancianidad sobre ellos venga,
Y el tiempo pese en la cabeza cana.
A la campaña corren, y entregados
Al trabajo rural y á los amores
Que nacen entre paz, se multiplican
Cual la simiente que en el suelo arrojan,
Y el genio de la Patria los bendice.
La población se aumenta: el campo entonces

No extraña brazos, ni desierto llora;
Y Ceres y Pomona y las deidades
Tutoras de las artes y la industria,
Se gozan presidiendo los trabajos,
Cual si tornaran las edades de oro.
El indio rudo, que rencor eterno
Heredó de sus padres, su venganza
Entonces depondrá, ó allá en las sierras
Dó, como él, es inculta la natura,
Pasará solo su salvage vida;
Ni, como ahora, en el veloz caballo
Discurrirá por la extensión inmensa,
Talando campos y sembrando muertes.

¡Oh poder de los hombres! Tú alcanzaste,
A medir á los astros su carrera,
A contar de la luna el presto paso,
Y del cometa la tardía marcha,
Las aguas fugitivas detuviste
En su curso veloz y deleznable,
Y, cual si fueran sólidas, tu mano
Sobre montañas elevarlas supo,
Precipitarlas al sediento valle
Por los caminos que más bien quisiste,
Y en nuevo lecho adormecerlas luego.
La hidraúlica á las ciencias, á las artes,
A la industria social, nuevos tesoros
Próvida muestra, y á la patria mía
Larga fortuna para siempre ofrece.

Ni solo al campo quedará ceñido
El beneficio de la diestra ciencia
Que á la natura en su trabajo ayuda.
Repente el noto al argentino encrespa,
Y, en bramadoras olas levantado,
La nave embiste, que el ferrado diente
Clavára envano en la tenáz arena.
Las indómitas aguas algún día
En más seguro puerto encarceladas,
No harán temblar al náutico infelice
Como tembló en Agosto, cuando el río
Los males aumentó del año infando. (1)

Aquí en la capital las anchas plazas
Se adornarán también, cuando las fuentes
El agua arrojen, que en cambiantes varios,
El rayo vuelva que despida Febo;
Y en su vistoso juego, detenidas
A las hermosas en su marcha tenga,
Mientras yo las alabo con mi verso,
Salpicada la frente en linfa pura,
¡Os vea yo correr, fuentes hermosas!
¡Os vea yo correr! y desde entonces
Para siempre jamás solo vosotras
Mi Aganípe seréis y mi Hipocréne.
Yo volaré á vosotras cuando el estro
Hierva en mi fantasía, y en la mente
Ardor de canto irresistible sienta.

---

(1) El año de 1820 fué el año de nuestras desgracias. El temporal de Agosto del mismo año es memorable también. (Nota del poeta).

Los hombres que á mi patria tantos bienes
Supieron prodigar, asunto digno
De mi verso serán, y á las estrellas
Llevaré en mis loóres su renombre;
Y de Colón los venerables manes
Se gozarán entre la tumba helada
Al ver al cabo que en la tierra suya
Hay un país que fortunado goza
De paz, de libertad, y de abundancia.

AL ANIVERSARIO DEL 25 DE MAYO DE 1822

SONETO *

¡Salud, dia de Mayo! ¡Primer dia
De la patria, salud! En el oriente
El sol asoma su lumbrosa frente,
Y es más bella la luz que nos envía,

Por que alumbra los libres, que á porfía
De la ara al pié, su libertad naciente
Juran, cantan en himno reverente,
Y tiembla el sólio de la Iberia impía.

¡Salve otra vez y mil, sol, que miraste
De infame yugo libertarse un mundo,
Cuando nuestras venganzas alumbraste!

¡Salve mil veces más! Y del profundo
Olvido de la edad exento seas,
Porque lo grande de tus obras veas.

* La Colección pág. 271.

EPÍGRAMAS

No acertando un buen casado
Con algún nombre bonito,
Que poner á un angelito
Que su mujer le había dado;
Ella le dijo: «querido,
Lo del nombre es poca cosa,
La empresa dificultosa
Es dar con el apellido.»

Un soldado bravo y fiel,
Cayendo de la metralla,
Exclamó: «mi coronel,
Digan en algún papel
Que yo he muerto en la batalla.»
«¿Quién ha de hablar de un soldado?
(Respondió el jefe altanero).
Yo sí seré celebrado,
Que una bala me ha pasado
Por las plumas del sombrero».

Todo, todo es corrupción,
(Dijo airado un litigante:)
El escribano es ladrón,
Mi abogado es un bribón,
Vendido á mi contrincante:

El juez enseña al testigo
Lo que ha de hablar: un cadalso
No basta para castigo.
¡Y yo no encuentro un amigo
Que quiera jurar en falso!

Blas en un corro decía:
« No hay mujer tan apegada,
Tan fiel, tan enamorada,
Tan tierna como la mía. »
Un su amigo que le oyó,
Me dijo: «más la alabara,
Si entre él y la tál pasara
Lo que pasa entre ella y yo.»

Hablando de una batalla,
En que cierto militar,
Furibundo en el hablar,
Se escondió como un canalla,
Un chusco le preguntó:
«¿Y en tan sangriento embolismo
Usted á cuantos mató?»
El guapetón respondió:
« Yo no me alabo á mi mismo. »

LA CORONA DE MAYO *

Deus nobis hæc otia fecit
Virg., Eclog. I.

Este es el sitio, ¡oh Dios!, este es el sitio
Del horror y la muerte. En algún dia,
    Por el cóncavo techo,
En roncos ayes resonar se oía
    El lúgubre gemido
De víctima infeliz, que al triste lecho
Atada con horrísona cadena,
    Al cielo endurecido
Decía en vano su cansada pena.
De este lugar hasta el cadalso horrible,
En el carro de muerte arrebatados,
Iban los infelices destinados
Al desagravio de la ley hollada,
Y de la sociedad menospreciada.

---

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 195.—En la colección de poesías patrióticas, pág. 250.

Dió motivo á esta composición, la función de música y canto, con que la sociedad filarmónica, que existía entónces en Buenos Aires, solemnizó el aniversario de Mayo, como por corona de las festividades de aquel año. Para evitar notas que interrumpirían la lectura de esta pieza, no está demás advertir que el salón de la predicha sociedad era uno de los edificios llamados antes la Cuna. En Buenos Aires se sabe con cuanta razón se había hecho odioso este nombre; y seguramente la autoridad hizo bien en vender aquella casa á un particular, quien la ha destinado á usos que harán olvidar su aborrecible memoria. Algunos nombres que se leen en esta pieza métrica son los de las personas que mas contribuyeron á la brillantez de la función. (Nota del autor).

Pero más todavía: más odiosa
Para los libres era
Esta estancia horrorosa,
Por las escenas bárbaras que viera
En las horas de luto, que cubrieron
El suelo en que algún dia
La libertad y la igualdad nacieron.
Los grandes héroes de la patria mía,
Los ilustres varones
Que el primer grito levantar osaron,
Y, con pasmo de todas las naciones,
Al merecido abismo
Despeñaron el fiero despotismo;
Esos patriotas de memoria eterna,
Encarcelados por ingrata mano,
Aquí en dolor gimieron,
Y víctima del odio deshumano
De los partidos y la envidia fueron.

Mil de veces al cielo demandamos
Un rayo vengador, que este edificio
En polvo convirtiera,
Y el cielo, á nuestros votos impropicio,
El rayo suspendió; pero ya era
Prometido otro tiempo venturoso,
En que libre gozara el Argentino
De la tranquila paz el don divino,
Ya luce esplendoroso
Ese dia feliz: el fiero Marte,
Y el carro en que atropella la anarquía,

Cuando sus sierpes y su horror reparte,
Gozosa solo en la nefanda guerra,
        Pasaron ya otro día
Para no más volver, y en nuestra tierra
        Ni la huella dejaron
Que señale el lugar por do rodaron.

Este Mayo lo vió: su bella aurora,
En el fúlgido oriente levantada,
Miró la tierra por el cielo amada,
Y miró paz y unión. En esa hora,
Se elevó nuestro canto al firmamento,
        Y el alígero viento
Desde el cielo á la tierra lo volvía,
Mientras la fama rápida volaba.
Y á todo el universo lo anunciaba.
        Mayo fué cual ninguno;
Y reservada su corona estaba
        Al Dios de la armonía,
Que invisible y gozoso presidía
        El coro de amadores
        De la música y canto;
El los colmó de todos sus favores,
        Y del mágico encanto
Que todas las pasiones adormece,
Y todos los sentidos embelece.

        Hoy es templo de Apolo
Este lugar de llanto y de tormento,
Y donde antes el eco del lamento

Se levantaba desoido y solo,
Al fin se siente un día
Todo el placer que causa la armonía.
¿Pero donde mi verso
Podrá empezar alabador, y donde
En esta nueva escena corresponde
Redoblar mi loor? Jóvenes bellas,
Que así como en el cielo las estrellas
En una noche hermosa,
Así en la concurrencia habeis lucido
De otra noche dichosa,
Que la corona ha sido
De la fiesta de Mayo mas pomposa;
Vosotras me direis á quien mi rima
Primero nombrará: solo vosotras,
Si mi verso menguado
De su objeto al nivel no se sublima,
Con elogio podreis mas delicado
Decir lo que allí visteis,
Decir, bellas, más bien, lo que sentisteis.

Sonó la canción patria: al escucharla
En la lid el soldado,
En todo tiempo el pecho denodado
Presentó al plomo ó á la punta fiera,
Y aquel canto le hiciera,
O vencer en la lucha,
O morir sin dolor, pues que lo escucha,
Pero nunca ha sonado
El himno de los libres

Como sonó esa noche. Transportado
El auditorio inmenso
Al templo de la gloria se sentía,
Y el corazón suspenso,
En fuego patrio, como nunca, ardía.

Impresión tan profunda, fuego tanto
¿Quién pudiera apagar, sin el hechizo
De otro más dulce y melodioso canto?
Micaëla cantó, y ella deshizo
De nuevo el corazón en tierno llanto.
En otro tiempo Circe, aquella maga,
Aquella encantadora·
Hija del astro que el oriente dora,
Su voz omnipotente levantaba,
Y al momento, á los socios infelices
Del afamado Ulises
Con su voz á su arbitrio transformaba.
Ella el hondo cimiento
Hizo temblar del globo, el firmamento
Oscureció mil veces,
Hizo volver la mar, y amedrentados
Ir á otras aguas los enormes peces.
Pero nunca, jamás, los corazones
Supo mover su voz, como conmueve
El dulcísimo acento
Que Micaëla plácida levanta,
Cuando su labio, lisongera mueve,
Cuando orgullosa de sus artes, canta.
Carmen cantó con ella: ¿y cuál ha sido

El corazón de bronce,
Cuál el pecho de acero defendido,
Que de placer no palpitara entonce?
¿Y qué fiereza habrá que no desarmen,
Trinando juntas, Micaëla y Carmen?
Esa noche las Gracias se ausentaron
Del templo de Citeres,
Y sola, sola, en el altar dejaron
A la madre de Amor y los placeres,
Por venir á llenar de un nuevo encanto
A las que sin su auxilio pueden tanto.

¡Oh poder sin igual de la armonía!
Cuando en nave traidora
El Lésbico Arïon el mar surcaba,
Tocó su arpa sonora,
Y el delfín, que en las ondas la escuchaba,
Al músico en su espalda recibiera,
Y á la orilla inofenso le trajera.
Un instrumento igual con igual arte
Escuché yo esta vez, pero tañido
Por diestra mano de argentina airosa.
Le escuché, y he creído
Que desde su caverna tenebrosa
Pudo el delfín salir; que el ponto pudo
Deponer su furor, y, quieto y mudo,
Conducir en la calma mas serena
Al músico de Lesbos á la arena.

Pero el genio se pierde: cierto es todo
Lo que dicen de Orfeo,

Cierto también lo que de Anfion se cuenta.
Con arte celestial hallaron modo
De conmover á la natura, atenta
Al armónico son; y á su deseo
Las encinas del bosque obedecían,
Las piedras de los montes se movían.
Todo, todo es verdad; que yo á Massoni
He visto cuando el arco
A la cuerda multísona aplicaba;
Y por un raro encanto,
Sentí que su instrumento remedaba
Del gilguerillo el armonioso canto,
O la flauta sonora
Con que Mercurio adormeció los ojos
Del Argos velador, en una hora
En que del grande Jove los enojos
Del todo rebosaron,
Y del Argos la muerte decretaron.
Massoni es el amado
Del dios de Delos y su hermoso coro,
Y dispensa á su agrado
De la armonía el celestial tesoro.

Tú, Esnäola, también debida parte
En mi verso tendrás; tu edad temprana,
Tu talento sublime y prematuro,
La perfección de tu arte,
Todo viene en tu honor; y estás seguro
De que tu sien alguna vez Apolo
Coronará con el laurel, quo solo

Suele adornar privilegiadas sienes.
¡Tanto derecho á sus favores tienes!

Mas, si mi labio la alabanza mueve,
Oh musa, ¿á quién no debe
Mi loor alcanzar? ¡Ah! perdonadme,
Vosotros, que á escena contribuisteis,
Vosotros que supisteis
Hacernos olvidar en un momento
El justo horror con que la planta hollaba.
El ancho pavimento
Que antes el llanto del dolor bañaba.

Sí, perdonadme; y permitid que pueda
En el débil estilo
Que á mi verso impotente se conceda,
Invocar á la patria y la memoria
Del bienhadado día,
Que la llenó de gloria,
Y sepultó en el sud la tiranía.
¡Oh Mayo venturoso!
Mes de los meses, pero más dichoso
Esta vez que jamás: *un Dios ha sido*
Quien la calma de la paz al fin nos diera.
Felices nos has visto: en su carrera
No se detiene el tiempo: cuando tornes.
En años venideros,
Más felices tal vez, más placenteros,
Tu sol nos hallará; y otro poëta
De Apolo más querido,

No con mal hado, como yo, nacido,
Celebrará ese sol, y su alabanza
Alcanzará á do su lumbre alcanza.

A LA PAZ *

CON MOTIVO DE LA CONVENCIÓN PRELIMINAR, CELEBRADA EN 1823, ENTRE EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES Y LOS COMISIONADOS ESPAÑOLES, CERCA DE ÉL.

Monarcas de la tierra,
¿La mísera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra.

Quint. Od. á la Paz.

Baja tu vista, ordenador del mundo,
Alza tu diestra valerosa, y hunde
En el seno profundo
De la abrumada tierra
Al monstruo horrible de la infanda guerra.
La luminosa página, gravada
En el eterno libro del destino,
Al siglo diez y nueve prometiera
La paz y libertad. ¿Cual asesino
Contrasta el hado, y en su saña fiera
Bebiendo sangre y empapando el suelo

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 202.—En la colección de poesías patrióticas, pág. 259.

En más sangre y más llanto,
Destruye al hombre, y menosprecia al cielo?
El malvado en su furia puede tanto,
¿Y tu brazo, gran Dios, no lo aniquila?
Pon término, Señor, á nuestros males,
Derrama tus enojos iracundo
Sobre el mortal que aflije á los mortales:
Baja tu vista, ordenador del mundo.

Allá do el sol se eleva, aquí do esconde
Su esplendorosa faz, horror y guerra,
Y nada más alumbra. ¿Dónde, donde
Está el asilo de la paz? ¿Qué mano
Derrocó sus altares en la tierra?
Al feroz otomano
Mirad allá embriagándose con sangre
Que de los descendientes de Leonidas
Se derrama á raudales,
Porque abrieron un día sus anales,
Y vilmente perdidas
Su independencia y libertad miraron,
Y de vergüenza y de dolor lloraron.
Esparta, Atenas, Salamina, todo
A su mente volvió; y el pecho griego,
Enardecido al cabo,
Se mostró griego, y convirtió en venganza,
El deshonor y timidez de esclavo.
Trozaron fieros la cadena, y luego,
Del mismo fierro que forjóla un día,
Instrumentos hicieron de matanza,
Y el grito ¡guerra! retumbó en Turquía.

Infelices, ¿do vais? En vano, en vano
Los tiempos revelaron á los hombres
Lo que es la humanidad y lo que valen
De patria y libertad los santos nombres.
Do quier hay un tirano,
Do quier hay viles que á su voz acuden;
El rayo lanzan, el acero esgrimen,
Las sierpes venenosas se sacuden,
Los parvulitos y las madres gimen,
Y á vuestra destrucción nada se opone:
Que hay bárbaros que ayuden
A que el crimen al crimen se amontone.

¿Y el nombre griego, y la valiente empresa,
Digna del nombre y de victoria y fama,
En nada quedarán? ¿Y el vilipendio
Y el escarnio del turco, será acaso
Debido premio á la ferviente llama,
Que en Grecia cunde, y se procura paso
De pecho en pecho, y á los héroes llama
A la muerte, á la gloria
Que no siempre consiste en la victoria?

Mas ellos triunfarán: las libertades
Triunfan en este siglo. Los delitos
De los tiranos que á la guerra incitan,
Y, sin oïr de humanidad los gritos,
De furor en furor se precipitan,
Nunca mayores fueron que en la era
En que, ociosa la espada,

Del moho y del orín se consumiera,
Si no hubiese asesinos,
Que, queriendo oponer á los destinos,
Luchan contra el torrente
En que va envuelto el mundo. En algun día,
No está lejos quizá, la tiranía
Será cual era jigantesca mole,
Que de Febo los rayos atajaba,
Y las anchas comarcas asombraba;
Y, al huracán cediendo de repente,
Desde la altiva frente
Hasta el hondo cimiento desquiciada,
Sus ruinas largamente se tendieron.
Muchos con ella, á su caër, cayeron,
Empero nunca más será agoviada
La tierra con su inmensa pesadumbre,
Y la que fué el escándalo algún tiempo
Del llano y de la cumbre,
Será del caminante
El escarnio y la mofa en adelante.

La Grecia lo verá; veralo luego
La malhadada Iberia,
Que celosa miraba como ardía
En la sencilla América ese fuego
En que ella misma hoy día
Consumiéndose está, porque despierta
Del profundo letargo,
En que ha yacido en cautiverio largo,
Se acuerda de su honor, y esta memoria

La impele al fin á recobrar su gloria.
¿No lo veis? ¿No lo veis? El galo astuto,
Trastornador del orbe, ha derramado,
    Desde el alto Pirene
Hasta el muro de Gades afamado,
Los rencores del trono. ¿Como viene
A hollar vuestros derechos? ¿Qué razones,
Españoles, habrá para oprimiros?
La guerra es la razón de los Borbones.

Acaso la justicia vengadora
Del árbitro y Señor de todo imperio,
    Sentir os hace ahora
Los horrores que en todo este hemisferio
Pesaron sin cesar, en tres centurias
De un poder ejercido por las Furias.
Nos cansamos al fin: vosotros mismos,
    Pusisteis en la mano
Del apaciable y blando americano,
    La espada fulminante
Que tanto en vuestra sangre se ha teñido,
    Mostrándose triunfante
Donde quier en trece años ha lucido.

¡Y, qué! ¿no basta ya? ¿Nuestros derechos
No son como los vuestros? ¿Qué muralla
Presentareis mejor que vuestros pechos
A la rabia implacable en que batalla
    En su hórrida agonía
La espirante y odiosa tiranía?

Libres seréis; nosotros
Lo somos ya, lo somos; no hay potencia
Que baste á contrastarnos,
Ni poder en la tierra que robarnos
Pueda ya libertad é independencia.
Desde los llanos que Argentino baña
Hasta las cumbres del Perú fragoso,
Desde el suelo fructífero de Chile
Hasta el istmo famoso,
Y hasta la tierra que codicia suma
En la sangre empapó de Montezuma,
Mil templos se han alzado
A la alma libertad, y eternamente
En la feliz América inocente
Su numen bienhechor será adorado.
¿Y, por que no envainan los aceros?
¿El sagrado motivo no ha cesado,
Que los hizo algún día
Con estrago lucir? Los campos yermos
Mirad, en que debía
La espiga levantarse, y abundosa
Crecer en medio de la paz, y henchirse
Del grano que da vida; y sonreirse
El labrador, cuando á su tierna esposa
Alegre el primer fruto presentara,
Y ella el sudor del rostro le enjugara.

Hora corre el sudor, pero mezclado
Con la sangre y el polvo de las lides,
Y todavía el bárbaro soldado

Pisa la miés naciente,
Quema feroz las enramadas vides,
Destruye y mata. ¿Y para qué? ¿No es dado
Vivir en brazos de la paz, siquiera
Cuando la ley severa
De la necesidad no nos obliga
A la crüel fatiga
De atropellar la humanidad y hollarla?
¿Viviremos sin paz pudiendo hallarla?
¡Oh jefes de la tierra!
¿La misera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
¡Poned, poned un término á la guerra!

Su término será. ¡Patria querida!
¡Inmortal Buenos Aires! De tu seno
Los primeros guerreros se lanzaron,
Que con paso sereno
El inmenso país atravesaron
Entre muerte y horrores,
Y donde quier al enemigo hallaron
Los miró el enemigo triunfadores.
De tu seno salieron; pero ahora
Ya tú misma preparas
Los bienes de la paz consoladora,
Y acudes á tus aras,
De todos tus rivales vencedora.
¡Oh jefes de los pueblos! Los oïdos
Abrid al cabo al grito penetrante
Del huérfano y la viuda desvalidos,

Y de la virgen que perdió á su amante,
Cercano el día de llamarse esposa.
La guerra lo robó: la tez de rosa,
Pálida ya y sin brillo, se ha empañado
Con el largo llorar. ¡Nefanda guerra!
El suelo está de crímenes preñado,
¿Y á tanto crimen como el suelo encierra,
Bárbaros todavia añadiremos
Los que vienen contigo,
Cuando en la furia del combate veremos
En lugar de un hermano á un enemigo?

¡Guerra! ¡Execrando nombre! ¡cuanto, cuanto
El suelo de la América ha sufrido
Por tan terrible azote, y ha corrido
Cuanto de sangre y llanto
En trece años de horrores! ¿Y esto llama
Timbre y honor la historia? ¿Y á la Fama
Se atreve á encomendar la poesía
Ese número inmenso de atentados
Que los anales de la guerra llenan,
Por la lira y el canto consagrados?
¿Para qué son los rayos? ¿Porque truenan
Los cielos sin objeto,
Pudiendo aniquilar al insensible,
Que de la humanidad huella el respeto,
Y, por no dar al hombre lo que debe,
A fiar á la guerra aborrecible
El interés de su ambición se atreve?

¡Paz, paz, Americanos! Ya la España
Sabe que toda vez que la justicia
Nos ha inspirado belicosa saña,
Sabemos combatir, y siempre fieles
A nuestro empeño y nuestro honor, cubrirnos
En medio de la muerte de laureles.
Pero basta de muertes y de horrores;
Dad olivo á mi sien, dadme que cante
La quietud de la paz en adelante,
Dadme que pueda en metro delicado,
Y no en un verso duro, ensangrentado,
Llevar de polo á polo
El nombre de los genios bienhechores
Que los primeros á la paz llamaron.
Si, yo los cantaré, y al mismo Apolo
Asistirá á mi canto.
¡De la paz la dulzura puede tanto!
Mirad los campos y los anchos ríos
En vital movimiento,
Y el comercio y la industria sus tesoros
En la tierra verter, y en vez de lloros,
Risas, placer, y universal contento.
Haced la paz, y todas las deidades,
Amigas de la paz, en nuestro suelo
Fijarán su morada;
Y cuando el génio de la guerra añada
Maldades á maldades,
Allá en el mundo que se llama antiguo,
Aquí en el nuevo, en hermandad dichosa,
Que nunca turbará la furia insana,
La madre patria mirará gozosa
Una sola familia americana.

AL TRIUNFO

DEL EJÉRCITO LIBERTADOR EN AYACUCHO EL 9 DE DICIEMBRE DE 1824.

ODA IMPROVISADA *

Hic vir, hic est, tibi quem
Promitti soepius acudis.

¡Sombras feroces de guerreros grandes!
Alzaos sobre la loza
Que eternizó vuestra memoria odiosa;
Alzaos sobre el nivel del pavimento
Que el pueblo humilde tembloroso pisa
Porque teme insultar vuestra ceniza.
¡Sombras, alzad, y responded ahora!:
¿Para qué os dió la espada
La mano ordenadora
Del árbitro y señor del vasto mundo?
¿Para destruir y reducir á nada,
Pueblos, imperios y hasta el mar profundo
Enrojecer con sangre de los hombres?
Ay! vuestra horrible historia
Consagra con escándalo los nombres
De los azotes de la especie humana,

* La Colección de poesías patrioticas pág. 272.

Que vanamente invoca
La hermandad y la paz—Adonde toca
La planta del guerrero, allí la parca
De una generación abre la tumba,
Y se extremece cuanto el orbe abarca,
Apenas siente que el cañón retumba.

Pero no se extremece cuando truena
Allá en las sierras del Perú fragoso,
Y el grito ¡guerra! aterrador resuena.
¡Triunfó la libertad, cayó el coloso!
Repite el eco en la soberbia cumbre,
La voz desciende á la profunda cima,
Y los últimos restos del destrozo
Arrastra en su corriente el Apurima, (1)
¡Bolívar! Sí, tu espada, tus campeones,
No son la plaga con que aflije el cielo
A la angustiada tierra,
Cuando sangre inocente tiñe el suelo
Y lo devasta asoladora guerra.
La fuerza es en tu mano,
Lo que es el rayo vengador. La nube
Opaca lo desprende,
Pero alta inteligencia lo dirije,
El fuego asolador el aire hiende,
El miedo marcha ante él, sigue el estrago,
Pero el justo lo mira y no padece:
Solo el malvado á su furor perece.

(1) Río del Perú, sobre el que ambos ejércitos practicaron muchos movimientos militares, antes de la acción. (Nota del autor)

¡Iberia! ¡Iberia! Desde largos años
Está el genio del mal, desde su trono,
En este suelo derramando daños;
Y su trono es el tuyo. Las legiones
Que lanzó tu ambición á este hemisferio,
Sobre muertos alzaron sus pendones,
Cuando nos sujetaron á tu imperio.
Con sangre están escritos
Dos fastos de la historia americana,
Y todos nuestros fastos son delitos,
Mientras duraba tu opresión tirana:
Delitos tuyos son. El Dios de todo
Hasta aquí, dijo: consentir me plugo,
Trastorne al orbe la razón un día;
No gima un mundo bajo infame yugo,
Y que llore á su vez la tiranía.

Habló así Dios. El libro del destino
De repente se abrió, y allí los nombres,
En luminosa página marcados,
Estaban de los hombres
Para tan grande empresa reservados.

¡Honor, honor á todos! Esa era
Ya se empezó á contar, desde el momento
En que dimos al viento
De Patria y Libertad la voz primera,
Discurriendo por todo el continente
El eco al punto por los aires zumba,
Del Istmo estrecho al borrascoso Cabo,

Desde el plateado río al val de Otumba,
Y en boca de la fama, en el instante,
Voló del mar del Sud al mar de Atlante.

Y comenzó la lid. ¡Oh! ¡Cual se vía,
Ya tinto en sangre de sus hijos fieles,
Ya tinto en sangre de opresores crueles,
El vasto suelo de la patria mía!
¿Y quince años de afán no son bastante?
¿No mirais, asesinos,
Que contra la razón alzais la espada,
Y luchais contra el hombre y sus destinos?
Mas, sea cual quereis: justa es la guerra,
Justa es la guerra, y su tremendo nombre
Es nombre de consuelo
Si es que, para ser hombre,
Está escrito en la ley de los tiranos
Que antes se empape con la sangre el suelo.
Dadme la trompa que á la lid convoca,
Dadme el aliento que á Mavorte anima,
Y en mi trémula boca
El beso del amor temblando muera;
Ya que no debe melodiosa rima
Cantar la paz, sino prender la llama
Que á pechos bravos en la lid inflama.

Bolívar lo sintió; de sus hogares
Los hijos de Colón tras él volaron;
Su génio los conduce y los enciende,
Y á su marcha los montes se allanaron.

El enemigo allí la tiranía,
Su esfuerzo redoblando,
Concentró su furor en su agonía;
Así, hostigada, carnicera tigre,
Más se enfurece cuanto más herida.

Se aproximan los fieros combatientes,
Tiembla el recinto en derredor, la parca,
Sus víctimas señala, de repente
Hace el bronce la seña de matanza,
Y un eco, á su sonido semejante,
Repitió por los aires al instante:
Hoy es el día de la gran venganza.

Y su luz la alumbró; toda la carga
De tres siglos enteros de atentados,
Y de opresión y servidumbre larga,
Gravitaba en los bárbaros soldados
Que aquel día juraron nuevamente,
Subyugar otra vez el continente,

¡Cenizas de Cangallo! ¡Heroica sangre
Allá en Colombia con honor vertida
En diez años de horror! Vuestra memoria
A los patrios campeones
Redobló su valor; y las legiones,
¡Muerte, gritaron, ó venganza y gloria!

Con gloria se vengaron. Sangre odiosa
Se mezcló hirviendo al rápido Apurima;

Sangre odiosa tiñó llanura inmensa,
Y odisa sangre la enriscada cima.
Allá en la nube densa,
Del polvo y humo de la lid terrible,
La sombra de los héroes divagaban,
Que con pecho invencible
Por su patria la muerte despreciaron,
Y en el Olimpo de laurel se ornaron.
Venid, decían, sucesores nuestros;
Mayor premio os espera;
Nosotros empezamos,
Vosotros consumasteis la carrera.

¡Píndaros de Colombia! Vuestra lira
Sucre resuene en adelante solo,
Mientras el nombre de Bolívar debe
Unicamente pronunciarlo Apolo.

Año 1825.

EN UN CONVITE DE AMIGOS *

CON MOTIVO DEL TRIUNFO DE AYACUCHO

¡La patria y la amistad! ¡Nombres sagrados,
Que, llenando de gozo nuestro pecho,
Con estro y entusiasmo pronunciados,
Llenais el ancho techo

* La Colección de poesías patrióticas, pág. 278. En las poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 213 bastante modificada.

Del soberbio salón! Henchid ahora
Mi corazón fogozo de alegría,
De fuego movedor y voz sonora,
De imágenes y ardor mi fantasía
Este es, este es el día
Por Apolo y las Musas preparado
Sueñe la lira, y el poeta cante;
Y, si un noble entusiasmo lo arrebata,
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

CORO

Suene la lira, y el poeta cante;
Y si un noble entusiasmo lo arrebata,
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

¡Cantar! Yo, amigos, con placer cantára,
Y, lanzando mis écos por el viento,
Si mi sencilla voz tanto alcanzara,
Se alzaría del cielo al firmamento.
Más ¿como he de cantar? Oid la guerra,
Mirá los campos dó creció la espiga,
Ved como los holló planta enemiga,
Y al punto en sangre se empapó la tierra
Ved los ancianos padres
Como el rostro del hijo en llanto mojan,
Y luego al campo de la lid lo arrojan,
Y muere la esperanza de las madres.
La virgen vuelve los dolientes ojos,
Y hasta los astros sube

De polvo y humo tenebrosa nube
Que no le deja ver su nuevo amante.
El entretanto entre guerreros marcha,
Llega el combate y combatiendo mueve;
La fama su catástrofe refiere,
Y, de la virgen en la tez de rosa,
Se ve marchita pálida azucena,
Cercano el día de llamarse esposa.
¡Guerra! ¡Execrando nombre! De mi verso
No llenas más las sílabas sangrientas;
Y, pues la paz del universo ahuyentas,
Como yo te aborrezca el universo.

CORO

¡Guerra! ¡Execrando nombre! De su verso
No llenes más las sílabas sangrientas;
Y, pues la paz del universo ahuyentas,
Que como él te aborrezca el universo.

Mas ya pasó el horror. Así el torrente
Sus diques rompe, inunda, todo arrasa,
Y arrebata en su rápida corriente
Cuanto oponerse intenta, pero pasa.
¡Bolívar! ¡Genio, cuyo nombre estaba
En páginas de fuego,
Y con buril divino,
Grabado allá en el libro del destino,
Desde que Dios los mundos arreglaba!
El genio de Washíngton te movía,
El valor de Leonidas te animaba,
Y la ceniza fría

De Tell y de otros héroes, se agitaba
En el seno profundo
De la callada tumba,
Por ver sin paz ni libertad el mundo.
Pero lució tu espada,
Y desde el Istmo á Lima,
El río, el valle, la enriscada cima,
La miraron triunfante; y no cansada
De escarmentar tiranos,
A Sucre la entregaste por tus manos,
Para que completara la venganza,
En el día de la última matanza.
Este día lució. Dad á mis sienes
La oliva de la paz; dadme que cante
Solo de la hermandad los dulces bienes,
Al sonar de mi lira en adelante.

CORO

Este dia lució. Dad á sus sienes
La oliva de la paz; dadle que cante
Solo de la hermandad los dulces bienes,
Al sonar de su lira en adelante.

El grito de victoria se desprende
Desde el campo terrible de Ayacucho,
Y más veloz que el viento, el aire hiende,
Alígera la Fama se apresura,
Y rápida atraviesa
Del Pacífico mar la quieta hondura,
De los nevados Andes la aspereza,

Y, clamando ¡victoria!,
En las orillas del plateado río
Repite el eco de: ¡venganza y gloria!
Ya el labrador no teme
Que el bárbaro soldado
Queme la vid naciente; en paz amiga
Crece en el campo la materna espiga;
Tranquilo el tardo buey lleva el arado;
Cae la cimiente en la fecunda tierra,
Y ella la cubre y abundancia encierra.
Sin miedo al cabo sus hijuelos besa
La madre cariñosa, y de su seno
De vida y néctar lleno,
Los ve pendiente sin pavor. Un día
Sostendrán su vejez, sin que la guerra
Los arrebate en flor de primavera,
Y viuda y sola desesperada muera.
La intacta virgen y la fresca esposa,
Al consorte, al amado,
Contra el pecho nevado
Estrecharán en paz: y, si rebosa,
Y dentro hierve el amoroso fuego,
En un beso de amor díranle luego:
Ya no irás á la guerra; combatamos
A ver cual de los dos más nos amamos.
Cantemos, pues, la paz. Ceñidme un día
De mirtos, y de pámpanos, y trigos,
Y dadme vino de la tierra mía,
Con que pueda brindar á mis amigos.

CORO

Cantemos, pues, la paz. Ceñidlo un dia
De mirtos, y de pámpanos, y trigos;
Y dadle vino de la tierra suya,
Con que pueda brindar á mis amigos.

Y allá en Europa, sobre el alto trono
De crímenes y sangre circundado,
¡Aun hay tirano que, con bronco tono,
Del hombre el exterminio ha decretado!
De nuestra patria en el altar juremos,
A vista de los héroes que miramos
Con respeto profundo,
Que nunca atravesar al Nuevo Mundo
El furor del antiguo dejaremos.
Un límite fijemos
En cuanto el ancho mar abarca inmenso,
Y este límite extenso,
Desde este día para siempre al cabo,
Divida al hombre libre del esclavo,
De la amigable paz la guerra impía,
Al bárbaro opresor del oprimido,
Y de la libertad la tiranía.

CORO

Divida al hombre libre del esclavo,
De la amigable paz la guerra impia,
Al bárbaro opresor del oprimido,
Y de la libertad la tiranía.

Bebamos pues amigos. Este día,
En el pecho y la copa,
Que todos los placeres se confundan,
Y cual los rayos de Titán inundan
De fulgorosa lumbre
La atmósfera y los mares,
Los valles y la cumbre,
Así este dia á nuestras almas traiga
Especies todas de placer unidas,
Y, cuando el vino á nuestros pechos caiga,
Destierre los cuidados homicidas.
Beba el amante por su dulce amada,
El tierno esposo por su esposa beba,
Mientras al labio de los padres lleva
La salud de sus hijos este vino.
Bebed por Sucre y su valiente tropa;
Celebrad nuestro próspero destino,
Y, amor y libertad, patria y amigos
Confundánse en el pecho y en la copa.

CORO

Bebed por Sucre y su valiente tropa,
Celebrad nuestro próspero destino,
Y amor y libertad, patria y amigos,
Confúndase en el pecho y en la copa.

Año de 1825.

AL GENERAL BROWN

EN UNA REUNIÓN DE AMIGOS *

En un pecho magnánimo la suerte
Poder ninguno tiene;
Superior á los hados y á la muerte,
El corazón del héroe se sostiene
Con su sola firmeza,
Y se estrella el destino en su entereza.

Verdad será que, caprichosa y ciega
La fortuna inconstante,
Con el linaje humano fácil juega,
Al volver de su rueda; y que, constante
Tan solo en las mudanzas,
Se burla de las grandes esperanzas;

Del génio no se burla; el heroismo
Favores no mendiga;
El siente que, bastándose á sí mismo,
La suerte al cabo á sus empresas liga,
Y que logra fijarla,
Porque tiene el poder de dominarla.

Sí, tiene tal poder; y Brown lo tuvo,
Cuando, en un año entero,
Contra el hado y la fuerza se mantuvo,
Siendo espanto y terror del brasilero,
Y arrancando con gloria
El laurel de la mano á la victoria.

(*) De la Colección del Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

A LA VICTORIA COMPLETA *

CONSEGUIDA POR EL GENERAL DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA SOBRE LOS USURPADORES BRASILEROS, EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1825 EN EL LUGAR LLAMADO LA ORQUETA DEL SARANDÍ.

ODA

¡Pueblos oid! ¡Escarmentad tiranos!
La venganza que toman las naciones
De los que insultan sus sagradas leyes,
Es la justicia que el Omnipotente
Hace de los delitos de los reyes.
La cadena de férreos eslabones
Con que está siempre atado el viejo mundo
Al pie de un insolente
En silencio profundo,
En una época horrible, y ya distante,
Se tendió mas acá del mar de Atlante.
Un dia se trozó; y el mismo dia
Se vió en los cielos, aunque tarde, justos,
Un letrero de lumbre que decía:
« Los decretos augustos
« Del único Señor de los humanos
« Hacen libre la América por siempre,
« Y abandonan la Europa á los tiranos.

* La Colección de poesías patrióticas pág. 293.

¿Y el Brasil?, ¿El Brasil, como consiente
Que en infame sitial, llamado trono,
Un déspota lo insulte,
Y en medio de la América se siente?
Mas ¡Cómo consentir! Ya el trueno rueda
En la cabeza del monarca intruso;
Y en la *Banda Oriental* del rico río
El rayo ya estalló! Bien corto queda,
Bien corto tiempo; y el presagio mío
Tendrá su cumplimiento.
¡Hombres opresos! Recobrad aliento,
Alzad, alzad las vengadoras manos;
¡Pueblos, oid! ¡Escarmentad, tiranos!

¡Dia de salvación y complemento!
Ya amaneciste en *Sarandí!* ¡Orientales!
¿Qué génio os inspiró? ¿Qué génio vino
A escribir nuevamente los anales
Del hombre libre, y su feliz destino,
Con sangre de opresores?
¿Con sangre destinada á una venganza,
Por vosotros, humanos, no deseada,
Por ellos, inhumanos, provocada?

¡Hélos ya bajo el filo! ¡Usurpadores!
¿Dó está vuestro poder? ¿No era que un dia,
Cuando recién el gérmen se movía
De abrasadora guerra,
En el silencio de domada tierra,
Vuestra faz altanera

De sonrisa insultante se cubriera?
Probad, probad ahora,
Cuanto es de fulminante y vengadora
La espada que alza el Oriental valiente:
Ved como sabe de laurel de triunfo
Ceñir la enhiesta frente,
Y vengarse con muertes á millares
De un solo insulto á sus paternos lares.

Abrete, Historia, y muestra en qué regiones,
En qué época del mundo, qué naciones
Presentaron jamás un grupo aislado,
Desvalido, indefenso,
De hombres, que, atravesando un rio inmenso,
Hasta la orilla opuesta se lanzaron,
Y el fuerte grito de la guerra alzaron?
Era su patria aquella: era su patria
A esclavitud horrible condenada;
Y á los americanos
Ser patriotas les basta y ciudadanos.
¡O querer eficaz del hombre libre!
Ellos pisaron su natal orilla,
El suelo patrio con dolor besaron,
Y al alzar la rodilla
Que del eterno ante la faz doblaron,
O pronta muerte ó libertad juraron.

Todo el oriente se inflamó al momento
En el fuego sagrado
Que libertad enciende.

No lleva tan veloz el raudo viento
En los estivos meses
La llama abrasadora cuando prende
En los sacros despojos de las mieses.

Y la lid empezó. Pero, empezada,
No la veis acabar ¡Cuanto sepulcro
En Sarandí se ha abierto! Un solo instante
Vió las terribles haces opresoras
Ufanas, engreídas,
Y el mismo instante las miró perdidas.
Asi triunfaron los libres: el amago
No puede distinguirse del estrago.

¡Héroes! Si este renombre,
Siempre dado al guerrero
Pero quizá, no siempre verdadero,
Ha sido alguna vez digno del hombre,
Es hoy, cuando mi musa reverente,
De adulación agena,
Con él saluda, de entusiasmo llena,
A los ínclitos hijos del oriente.

Año de 1825.

TRIUNFO DE ITUZAINGÓ

CAMPAÑA DEL EJÉRCITO REPUBLICANO AL BRASIL

CANTO LÍRICO *

Las barreras del tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, oscuro
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo:
Partióse al fin el diamantino muro,
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días!

Mil siglos ya volaron
Ante los ojos míos: mil naciones

---

* «Poesias» de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 249.

DEDICATORIA—Al señor General del ejército republicano, Brigadier D. Carlos Alvear.

Exmo. señor: Tengo el honor de presentar á V. E. el adjunto canto lírico. El no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodríguez y Rojas, genios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, ó si pulsara López su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serían cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acojer mi *Canto lírico* como un tributo humilde de mi respeto á su persona y á su mérito.

B. L. M. de V. E.—Señor:

J. C. V.

Buenos Aires, Mayo 22 de 1827.

Con ellos perecieron,
Y otras generaciones
Y otros imperios á su vez nacieron;
Empero á la República Argentina
Salvarse miro de la gran ruina.
¡Presente allá en las pósteras edades,
Veo que no ha quedado ni memoria
De griegos y romanos: otra historia
De admiración embarga al universo:
Otros hechos sublimes, otros nombres
Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso,
Y en páginas eternas; y los hombres
Los pronuncian de asombro penetrados,
Con respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo!

No suenan las Termópilas; los llanos
De Maraton no suenan;
Platéa y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe,
Que otra gloria perínclita domina,
Y la atención del universo absorve.
Esos nombres ilustres se eclipsaron;
Los de Alvear y Brown los remplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos,
Enseñan á los reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.

Descended hacia mí Númen del canto,
Mientras el genio de la Historia corta
La pluma de oro que á la tierra deje,
Cual yo la miro en el momento, absorta.
Mientras jaspes, y mármoles, y bronces
El buril no penetra,
Y á los siglos de entonces
Grabada pasa indestructible letra;
O mientras en estátuas colosales
El mundo no conoce todavía
Esos republicanos inmortales,
Blason eterno de la patria mía:
Descended hácia mí, Númen del canto;
Y si un mortal feliz pudiese tanto,
Mi verso irá por cuanto Febo dora,
Del Austro á los Triones,
Y leido en las playas de Occidente,
Llevado por la Fama voladora,
Admirará después á las naciones
Que reciben la lumbre refulgente
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba al nuevo mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitara
A la Ambición sedienta,
Y á la Ambición sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchara,

Usurpadora al llamamiento acude.
La Venganza sus crímenes prepara,
La Discordia sus víboras sacude,
Y atruenan sus rugidos el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
Las eternales puertas del infierno,
Con hórrido alarido al mundo espantan
        Y al Brasil se lanzaron,
Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,
        Que en el Brasil domina,
Tiende á los bellos campos del Oriente
Una mano alevosa y asesina;
Y con enojo horrible y bronco tono,
« No puede ser (clamó) que el argentino
Así se burle de la voz del trono,
Y tenga más poder que el del destino.
El mío es dominar un hemisferio,
        Que tuvo la osadía
De aspirar á ser libre en algún día;
Ni basta á mi ambición mi solo imperio. »

Así dijo el tirano; pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caracteres ígneos su delito,
Con caracteres ígneos su escarmiento.
Escrito estaba, y de la voz divina,
El fallo irrevocable, el cumplimiento
Confióse á la República Argentina.

Ella llamó á sus hijos, y sus hijos
El flamígero acero descolgaron,
Esos mismos aceros que algún día
Las falanges ibéricas segaron,
Cuando otro rey imbécil nos quería
Arrebatar la independencia cara,
Y que el baldón de América durara.

Ya tremolante veo
Aquel mismo estandarte,
Que en otro tiempo vió Montevideo,
Cuando sañudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones.
Ya las voces escucho
De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los iberos
En Tucumán, en Maypo, en Ayacucho;
Guerreros argentinos, que llevaron
Triunfantes sus banderas,
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones,
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada

Miró argentinos, y quedó asombrada;
Y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra.
Justo rencor á la nación conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra,
¿Y quién es el valiente que se atreve
A conducir los bravos á la guerra?
¿Quién es el General que en sí confía?
¿Cuál es más fuerte, si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fía?
¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?
Alvear se mostró: toda la hueste
Con víctores festivos le aclamaba:
¡Este es el vencedor, el genio es este!
Y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
        Las naos brasileras
Oprimen formidables y altaneras.
En marcial fuego y belicoso brio
Arda la capital, los campos ardan:
¿Mas como irán á la oriental ribera
Los fuertes adalides, que ya tardan,
Y de cuyo ardimiento solo espera
La libertad el oprimido Oriente?
        ¡Tardar! No lo consiente
El marino impertérrito, terrible,
Que sintiéndose intrépido, invencible,
Se decide á forzar á la Victoria
A que empiece á tejerle la corona,

Con que muy pronto en Uruguay las sienes
Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil
Pero no débil desde que él se alzara;
Y la espumante prora,
Que divide las ondas cristalinas,
Convierte al enemigo vencedora.
Le arroja de las aguas argentinas,
Y, en un combate y mil, al mundo enseña
Que el poder es ser bravo, y que Fortuna
Del sublime valor, que la desdeña,
No tiene en las hazañas parte alguna.
Mientrás que, vencedor por su destino,
Brown combatía la tremenda flota,
Quedaba libre el líquido camino,
Y á la playa remota
Volaban las legiones
Que al causador de tan inícua guerra
A mostrar iban ya nuestros pendones
Triunfantes en las aguas y en la tierra.

« ¡Salud, hijos de Oriente valerosos,
Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria!
No basta una victoria
Pára hnmillar tiranos orgullosos:
Ya la patria os saluda;
Sus hijos sois; y uniendo el occidente
Su esfuerzo á los esfuerzos del oriente,
Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.»

Así dijo Alvear, y en la ribera
Mandó plantar la bicolor bandera
De su nación preclara,
Insignia á la victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,
Oh Númenes del canto;
Pulsad mi lira con el plectro de oro,
O borrro el verso que no alcanza á tanto.
Oiga yo resonar.... Mas ¿qué interrumpe
El eco celestial de la armonía?
¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,
Y destruye su grata melodía?
¡Ay! que sonó la trompa,
La ronca trompa del feroz Mavorte,
Y en belicosa pompa
Se desprendió del campo la cohorte.
¡Oh madres argentinas! en el pecho
Estrechad, estrechad al tierno infante,
Que ya no tiene padre en adelante.
¡Esposas! empapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron,
Y la orfandad y la viudez amarga
La marcha del soldado precedieron,
Derramando tras sí miseria larga.
Pero no: presentad á vuestros hijos
El valor de sus padres por modelo,
Y dejad á las madres brasileras
Llanto sin fin, inacabable duelo;
Que sus hijos están en las hileras,

Al filo vengador de las espadas,
Y al altar de la muerte destinadas.

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos
Traspasaron el límite anchuroso,
Que divide la tierra de los libres
De la tierra infeliz de los esclavos.
Ahora es tiempo de que el rayo vibres
Con que nos amagabas jactancioso,
Cuando inmensas distancias separaban
Ejércitos y ejércitos, ni Marte
En tus campos plantaba su estandarte,
Ni nuestro sol tus águilas miraban.
¡Tirano del Brasil! ¿Adonde, adonde
Los ministros están de tu venganza?
¿O cual es el lugar en que se esconde,
Huyendo de la bárbara matanza,
Ese grupo venal, en cuya frente
Miró la marca del esclavo impresa,
Afrentando el valor del combatiente?
¡Déspota! Tú, que conservar pretendes
La posesión de una provincia ajena,
¿Tu mismo patrimonio no defiendes?
¿Y cual es el poder de que blasonas,
Si apenas nuestro intrépido soldado
El umbral del imperio ha traspasado,,
El suelo del imperio le abandonas?
¡Oh Dios! ¡Y un pueblo entero
Su honor, su suerte, su vivir te fía!
¿Quién lo defiende del furor guerrero?

¿Son las breñas de la alta serranía
La palestra en que esperan tus soldados
De glorioso laurel ser coronados?
Esas armas, que brillan en la cumbre
    Del escarpado monte,
Como la luna con aciaga lumbre,
Cuando pálida sube al horizonte;
    Esos brazos inertes,
    Con oro vil comprados,
Y solo á la cadena acostumbrados,
    ¿Son los que han elegido
Para vencer los adalides fuertes,
Que larga y cruda guerra ha endurecido?

Si; que yo veo la caverna oscura
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos á buscarlos
Al mismo pié de la dolosa altura.
    Así el astuto griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Solo esperó en la nécia confianza
Con que hasta el pié del pérfido caballo
El troyano imprudente correría,
Y, sin prever la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiría.
Pero así no será; porque el guerrero
En quien hoy la república confía
    Si es que aprendió de Marte
Frío valor en el combate fiero,

No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevé, dirije, determina,
Y el arma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvëar, tu renombre aumenta
La lista de los grandes generales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y á quienes glorifica en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia!
Fatal y necesario... Derramado
Por la extensión desierta,
Donde horroriza la natura muerte,
Nada es que el sol abrasador hostigue
Al escuadrón valiente,
Y no haya fresca linfa que mitigue
La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:
Su gloria es la fatiga,
Y la bóveda espléndida del cielo,
O de la húmeda noche el negro velo,
El solo techo que al guerrero abriga:
Marchar en su descanso,
Y áridos arenales sus caminos;
Pero tienen valor, son argentinos.

Abreme tus volúmenes, historia,
Y muéstrame aquel hombre,
Que fatigó á la tierra con su gloria,
Y fatiga tu pluma con su nombre.

Del Egipto en los vastos arenales
Le halla mi acalorada fantasía
Seguido de franceses inmortales;
Y se goza feliz la Musa mía
En ver que el mismo verso
Que esa campaña describir podría,
La de Alvear también describiría;
Y atónito observára el universo
Que del gran capitán el gran modelo
No en vano se ha grabado en la memoria,
Y que tenemos gloria
Parecida á la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable
Las huestes argentinas,
Y mostraron su frente deleitable
De Bayés las bellísimas colinas.
¡ Brasileros! Mirad los que pregonan
Su renombre y sus triunfos hazañosos:
Mirad esos soldados que blasonan
De que armaron sus brazos poderosos
Por defenderos hoy, como abandonan
Al furor militar del extranjero
Vuestro honor, vuestra vida. Y, ¿ qué sería
De vosotros, ó pueblos, este dia,
Si el argentino acero
Fuese instrumento vil en viles manos
De la ambición fatal de los tiranos?

¿Que haceis, que haceis, soldados,
Que ya no descendeis de la alta cumbre,

Y, por estas llanuras derramados,
Ostentais vuestra inmensa muchedumbre ?
¿ Todo el tesoro que Bayés encierra
Abandonais así? ¿ No sois testigos
De que recogen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿ Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y, á la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron,
En demanda de gloria y de laureles ?
¡ Que! ¿ No hay audacia en el feroz germano,
Y audacia no hay en el sicambro fiero,
        Para bajar al llano
        Con ímpetu guerrero,
Y que triunfe el valor y no la suerte
En los campos horribles de la muerte?
¡ Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: asi, acosada
Del veloz cazador, tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura
        Y aun su pavor conserva,
Ya del venablo y del lebrel segura.
Mirad, mirad la marcha triunfadora,
Con que avanza la hueste vencedora
Conquistando los pueblos del imperio.
Pero ¡ que conquistar! despedazando
Los grillos de oprobioso cautiverio,
Y por todo su tránsito sembrando
La semilla del árbol, que algún dia

Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
Del frío Septenfrión al Mediodia,
El suelo que Colón ha descubierto.
Pero Alvear, siguiendo á la victoria,
Quiere que el lauro de la lid le brinde,
Y en vano, en vano, San Gabriel se rinde,
Que un pueblo sin defensa es poca gloria

Como cuando retiembla el pavimento
Del fuego subterráneo conmovido,
Y el rio, en encontrado movimiento,
O retorna al lugar donde ha nacido,
        O en curso desusado
Baña los campos que no había bañado;
Así retiembla la campaña en torno
Bajo el pié del alípedo caballo,
Y así, en varias y opuestas direcciones,
Corren los formidables escuadrones
Y ya la falda de la sierra tocan
Que inexpugnable al enemigo abriga,
Y ya vuelven al llano y le provocan,
Sin perdonar trabajo ni fatiga.
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
        Os cubrirán de gloria,
Y harán que se conserve entre las gentes
Con respeto y honor vuestra memoria,
        Hoy se ven precisados
A simular pavor y retirarse,
Por probar si se atreven á lanzarse
De la sierra esos tímidos soldados:

Mas del castigo tiemblen espantoso,
Con que habrán de pagar en algún día
La torpe villanía
De obligar al ardid á un valeroso.
Asi dijo Alvear, y á las legiones
Que ansiaban el momento de venganza,
Ordenó que siguieran sus pendones
Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde
Ocultó en las montañas su pavura,
De tardío valor haciendo alarde,
Inunda con sus haces la llanura.
¡Infelices! Marchad; la muerte espera;
Para saciar su saña nunca es tarde,
Y ella os vá á sorprender en la carrera.

El sol sepulta en tanto
Su carro esplendoroso en occidente,
Y abandona el Olimpo refulgente
A la callada noche: el negro manto
Cubre la frente de la luna clara,
Y el trémulo brillar de los luceros,
El horror que en el campo se prepara,
Y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
Mil sombras pavorosas divagaban,
Cuyo lamento y míseros gemidos
Las huestes enemigas aquejaban,
Y, por lúgubres ecos repetidos,

Sangre, horrores y muerte presagiaban.
Pero al campo argentino
No así el pavor cubría
En tan terrible noche: de continuo
Alvear su recinto recorría,
Y ora dispone que escuadrón tremendo
Siga á Lavalle en su feroz avance,
Ora elige el lugar de donde lance
El tronador cañón su globo ardiendo.
Este es el sitio que el infante guarde,
Aquella el ala que primero parta,
Aquí la muerte una falange aguarde,
Allá la muerte otra legión reparta.
Diestro, sereno, activo, todo ordena
Para el trance cercano,
Y la enemiga fuerza de antemano
Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectación del dia
Hizo cesar el sol; y el brasilero,
Que en fuga vergonzosa nos creía,
Atónito, azorado,
Mira á su frente al enemigo fiero,
A espantable venganza preparado.
¡Oh día de prodigios y de horrores!
¡Día de luto, asolación y llanto!
No, no te puede celebrar mi canto;
Perdonadme, terribles vencedores
Que este asunto no es mío:
Toma tu trompa, ensalzadora Clio.

Antes que los mortales
La industria de matar adelantáran,
Y el rayo á las esferas celestiales
Atrevidos robáran,
Y en los hórridos bronces la encerráran,
Con no menos furor, con menos arte,
A los campos de Marte
Los feroces guerreros descendían
En silencio espantoso, y mas de cerca
Mas segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó silencio horrible
Reinaba en toda la extensión del campo,
Y con paso terrible,
Y con serena frente,
Se acercaba uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
De morir en la lid si no vencían,
Infundieron valor, dieron fiereza
A los mismos soldados,
Que en las breñas poco antes abrigados,
Parecían un grupo de indolentes,
Tímidos, pusilánimes, indignos,
De matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros teutones,
De agudas bayonetas erizadas,
Cercadas del cañón: sus batallones
Muros parecen que moviera el arte;
Inexpugnable muro; no hay guerrero

Tan formidable que contra él se estrelle,
Ni rayos suficientes á abrasarle,
Ni fogoso bridón que le atropelle,
Ni pujanza bastante á derribarle.
        Solo el patrio soldado,
Que vencer ó morir había jurado,
        La tremenda falange
Pudiera ver llegar, y no temblára;
Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
Desnudó con que pronto la segára.

Pero el bronce tronó; la muerte fiera
Subió en su carro á la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte,
        Que ya el audaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y, al ímpetu feroz con que arremete,
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago á la distancia
        No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea,
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mútuo furor se despedazan.
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces
Y el puñal fiero y el recorvo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,

Sirven mas al furor de la venganza,
Y el silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza,
Sin elección de muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningun bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre,
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas;
Brazo á brazo pelea el combatiente,
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
De Alvear los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena:
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
De en medio de la lid llamando á Brandzen,
« Allí (dijo) el combate es mas sangriento,
Y nuestra patria, amigo, este momento
Entre el honor y la ignominia lucha ».
No dijo mas: el héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso, de que así lo mande,

Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu desciende:
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado: tal un día
Allá á los campos de la antigua Troya
        Héctor descendería,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalara,
Y Brandzen espiró... ¡Golpe terrible!...
¡Oh brasileras huestes! Mas valiera
        Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahörá empezará. «¡Venganza!» grita
El intrépido Paz: «¡venganza!» clama,
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
Y «¡venganza!» Alvear también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente,
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasilero
Oponerse pretende al horroroso,

Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza,
Como torrente, el escuadrón furioso
Pcr sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja á su espalda el espantoso estrago,
Y en la sólida falange al fin se estrella.
La aguda bayoneta la defiende
        De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
        De su prisión de fuego;
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
Y del fogoso bruto el ancho pecho
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete,
Así las olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Retroceden, y vuelven, y furiosas
Con repetido empuje la combaten,
Hasta que se desploma á lo mas hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador: en la matanza

También algunos libres perecieron;
Mas, cayendo opresores á millares,
        Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.
La lid por todas partes entretanto
        Es, como aquí, sangrienta,
        Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañón: su fuego
        La árida yerba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora inextinguible llama, (1)
        Mientras el aire hienden
Globos ardiendo que también lo encienden.
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza;
Y el grito lamentable del herido,
La hórrida convulsión del que agoniza,
La sangre que en el campo corre hirviendo,
Los miembros de sus troncos separados,
Y á la llama de pábulo sirviendo
Muertos y moribundos hacinados;
Tal es el cuadro que la lid presenta.
¿Y ya no es tiempo, ¡oh Dios! de que se sienta
De la afligida humanidad el llanto?
Basta para triunfar. ¡Qué! ¿la victoria

(1) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio general del campo, en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto, demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos heridos perecieron abrasados, sin haber sido posible libertarlos de las llamas. (Nota del autor).

Vende tan caramente sus laureles?
¿Las palmas de la gloria valen tanto,
Que se compren con muertes tan crüeles?

¿Y, en medio del estrago,
Adonde está el guerrero,
Cuya presencia triunfa, cuyo amago
Pavor infunde al enemigo fiero,
Y cuyo brazo el genio de la guerra
Armara él mismo del fulmíneo acero,
Para que hiciera estremecer la tierra?
¿Lavalle dónde está? Cual raudo viento,
Que arrebata en furioso remolino
Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
Derribando no más, se abre camino;
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas voces arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y á los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y sobre escombros espumantes pasa;
Así Lavalle y su escuadrón valiente
Atropellan, derriban este día
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse insensatos á su frente.
Muy mas allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los acosan,
Los acaban en fin, y no reposan,
Y á la lid vuelven que pendiente se halla.
Llegaron, y al instante

Disipada la nube que ocultaba
La faz del sol, que su cenit tocaba,
Se mostró, mas que nunca, radïante.
  De lo mas elevado
De los aires desciende de repente
  Un trono refulgente,
De azul, y de oro, y resplandor cercado.
  Armoniosos cantares
Mil coros celestiales repetían,
Y las sombras de Brandzen y Besáres
El pedestal del trono sostenían.
Belgrano estaba en él: su frente orlaba
  El laurel de la gloria,
  Y en su mano brillaba
Las espada que nos daba la victoria
Cuando Belgrano fué. « Basta de sangre
« (El héroe prorrumpió); que este es el día
  « En que, en otro Febrero,
« Rendir vió Salta el pabellón ibero, (1)
» Y cubrirse de honor la patria mía.
« Este estrago terrible, este escarmiento
« Es sacrificio á mi memoria digno,
« Y digno de la patria el vencimiento.
« Argentinos, triunfad ». Dijo, y benigno
A la sien de Alvear en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba,
Y la visión despareció en el viento.

---

(1) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día del año 1813, el ejército patrio del Perú, al mando del general Belgrano obligó á rendirse en la ciudad de Salta, después de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, á todo el ejército español, con sus armas y bagajes, desde su general D. Pío Tristán hasta el último soldado. (Nota del autor).

En el medio del campo se entroniza
Entonces el terror; el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
A quien ganarle supo. El argentino
También vuelve y se asombra
De mirar á sus piés la horrible alfombra
Que le dejó la muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba;
Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre general! ¡Oh, si mi verso
Al del cisne de Mantúa se igualára!
¡Cómo entonces por todo el universo
Orgullosa mi musa te aclamára!
Y á la paz vuestro nombre ensalzaría,
Soler, Oribe, Paz, Olavarría,
Preclaros adalides,
Vencedores en estas y otras lides.
Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
Fuera por mi olvidado;
Tú al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos (1), que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
Educado se hubiesen,

(1) El regimiento de caballería de milicia, conocido generalmente por el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel D. José María Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla, como el mejor de los cuerpos veteranos. (Nota del autor).

Y á sus horrores avezados fuesen,
¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras
Que en el campo formais, son hoy la patria;
Solo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la victoria, ya de lejos
Os saluda la paz, y á los reflejos
De su lumbre divina,
Triunfante, y de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada
Ya brilla la República Argentina.

AL COMBATE NAVAL

DEL 11 DEL CORRIENTE, EN ELOGIO DEL SEÑOR GENERAL DON GUILLERMO BROWN, Y DE TODOS LOS VALIENTES DE SU MANDO.

ODA *

¿Era este el día atroz? De espanto llena
La población inmensa se agolpaba,
Hasta la suelta arena
Que el grande río con pavor bañaba.
El remoto horizonte iba cubriendo
Enmarañada selva
De enemigos bajeles;

* Mensajero Argentino.—Junio 1826.

Y la espumante proa altiva hendiendo
Las ondas cristalinas
Segura destrucción, estrago horrendo,
Amagaba á las naves argentinas.

Pero *Brown* está en ellas: «Pocos somos,
« Amigos, (exclamó); mas la bandera
« Que nunca al viento se tendió sin gloria,
« Hoy, como en otros días,
« La mano la clavó de la Victoria
« Aquí en el mástil de las naves mías ».

Dijo, y no hay tiempo á más: la turba inmensa
Estaba ya sobre él; y nuestra armada,
A la flota enemiga comparada,
Tal parecía cual en selva densa
Arbustos pequeñuelos
Al lado de los cedros que se elevan
A la bóveda excelsa de los cielos.

¿Mas BROWN cuando temió? Llegó el momento,
Y cada buque es un volcán; el fuego,
De aclamación y víctores seguido,
La muerte, el humo, circundólos luego;
Y, á la vista robados,
Solamente el horrísono estampido
Su existencia avisaba
Al pueblo, que, en silencio y confundido,
Tan espantosa escena presenciaba.

Disipóse por fin la nube umbría,
Y en medio el Sol de su eternal carrera,
Alumbró la ignominia brasilera,
Y el honor inmortal que á BROWN cubría.
¡Salud! ¡Salud!, valiente, cuyo ejemplo
Ha hecho que los valientes de tu mando,
Dignamente hasta el templo
De la inmortalidad vayan marchando!
¡Salud, otra y mil veces! y mi canto
Pueda al mundo llevar vuestra alabanza
Como vuestro valor lleva el espanto
Do quier que el Río de la Plata alcanza.

A LAS MUSAS *

Merced, ninfas sagradas,
Del Parnaso y del Pindo habitadoras,
Merced, Musas amadas,
Mis fieles bienhechoras,
Que en la desgracia no me sois traidoras.

No la faz importuna
De la desdicha os arredró, ni el vuelo
Seguis de la fortuna;
Y en extrajero suelo
Me dais, oh Musas, celestial consuelo.

* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pg. 273.

Cuando el aura süave
De la prosperidad la vela inflaba
De mi pequeña nave,
Mientras el mar tragaba
Grandes bajeles en tormenta brava,

Del Pindo con las flores
Vosotras coronabais mi barquilla;
Y, con vuestros favores,
A mi Délia sencilla
Canté, y al fuego que en sus ojos brilla.

Canté la inmensa gloria
Que á mi patria perínclita cubría,
Cuando de la victoria
Los frutos recogía,
Y con lauro inmortal su sien ceñía.

Sus leyes protectoras,
Que, obedecidas con respeto santo,
En mas felices horas
Le dieron lustre tanto,
Fueron asunto digno de mi canto.

Asunto digno fueron
Las ciencias y las artes, que, á porfía,
La cuna ennoblecieron
De un pueblo que nacía
Entre el estruendo de la guerra impía.

Y la paz, don del cielo,
No ménos fué en mi verso celebrado,

Cuando del patrio suelo
Huyó precipitada
La guerra por las madres detestada.

Y tu lúgubre acento,
Oh Melpómene trágica, me diste,
Y tu puñal sangriento,
Y resonar oiste
El gran teatro con mi verso triste;

Que son las duras leyes
De la desdicha iguales: ella oprime
A los excelsos reyes,
Y el magnate sublime
También hundido en la miseria gime.

Si mi pueblo algún día
Me escuchó con aplauso no pequeño,
Y la envidia veía
El favor halagüeño
Sesgos los ojos, iracundo el ceño;

Si me cupo la gloria
De ensalzar á los patrios adalides
De perenne memoria
Que, rivales de Alcídes,
Contaron los trofeos por las lides;

Y del río Argentino
Las ninfas mis cantares repitieron
Con su labio divino,

Y á mis cantares dieron
Este premio que nunca merecieron;

Vosotras sois las diosas
A quienes solamente lo he debido,
Piéridas hermosas,
Y vuestro don han sido
Los días venturosos que he vivido.

Perdonadme, si ahora
Lo vengo á confesar, cuando ha sonado
La inesperada hora
Del enojo del hado,
Y en otro tiempo ingrato lo he callado.

Así audaz marinero
De los dioses se olvida en la bonanza;
En el peligro empero
Los llama sin tardanza,
Y solo pone en ellos su esperanza.

Vosotras sois la mía;
Amparadme en el tiempo que me queda,
Y la fortuna impía
Verá que, en calma leda,
Me duermo al son de su estruendosa rueda.

Hoy mismo, que, arrojado
Léjos del seno de la patria hermosa,
Sin crimen castigado,
Sin hijas, sin esposa,
Arrastro una existencia fatigosa.

Alzo la voz del canto,
Y siento en mi desgracia algún consuelo,
Y el entusiasmo santo
Con que pedir al cielo
Que vengue los ultrajes de mi suelo.

Cuando Dios irritado
Decretó castigar la patria mía,
Por crimen reservado
A su sabiduría,
Dióla ese monstruo que la aflige hoy día.

Con mano sanguinaria
Robó, y abusa del poder robado;
Y la turba nefária,
Por quien se ve ensalzado,
Se empuja de atentado en atentado.

Su audacia sin ejemplo
Echa por tierra con brutal violencia
De Libertad el templo,
Y alza con insolencia
Escandaloso altar á la Licencia.

El aleve asesino
Recibe de la sangre derramada
El precio en que convino;
Y acción tan execrada
Es largamente ¡Oh Dios! recompensada.

La virtud desfallece,
El crimen triunfa, la inocencia gime,

Y la ley enmudece,
Cuando, en su nombre, esgrime
La espada el monstruo que, en su nombre, oprime.

Do el orador famoso
Alzaba, en medio del senado augusto,
El eco victorioso,
Y con tono robusto
Enseñaba las reglas de lo justo,

Hoy palaciego astroso
Repite la lección que le ha dictado
El déspota furioso
Que lo tiene comprado,
Y sanciona delitos el malvado.

Pisó el feroz salvaje
Con planta inmunda la ciudad insigne;
Y del horrendo ultraje
No hay pecho que se indigne,
Y que á la humanidad no se resigne;

Que, proscriptos los bravos,
Oprimidos los buenos, y en cadenas
Los que no son esclavos,
En tan negras escenas
El llanto femenil se sufre apénas.

Basta, Musas, de llanto.
En mi patria infeliz también proscrita
Está la voz del canto,

Y vuestro culto irrita:
Huid, huid de la región maldita.

La Ignorancia y Torpeza,
Que vuestro templo nítido escalaron,
Con bárbara rudeza
Vuestras aras hollaron,
Y en lo alto del altar se colocaron.

Volved cuando, irritado,
Alze la diestra el vengador tonante,
Y, de sufrir cansado
La iniquidad triunfante,
Con su justicia al universo espante.

Empero ya me abrume
Del infortunio la insufrible carga,
Y el tiempo, que consume
Nuestra existencia amarga,
Me dé una vida miserable y larga;

Ya en un punto mis penas
Cesen, y viva venturoso luego;
Siempre, dulces Camenas,
Que conserveis os ruego
Estro en mi mente, y en mi pecho fuego.

DIDO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

1823

ACTORES

DIDO—Viuda de Siquéo, y Reina de Cartago.

ANA—Hermana de Dido.

ENEAS—Rey elegido por los troyanos que escaparon del incendio de su patria.

NESTEO, SERGESTO—Dos de los jefes troyanos.

BARCENIA—Dama del palacio de Dido.

La escena es en Cartago, en un salón del palacio de la reina

DIDO *

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

ESCENA I.

NESTEO, SERGESTO

SERGESTO

Fuera mengua, en verdad, si hubiera Enéas
Formado tal designio; más, Nestéo,
¿No miras tus sospechas disiparse
Bien como el humo se disipa al viento?
El amor á la gloria y á la fama
Es superior á todo; y los inciensos
Que los héroes ofrecen, nunca suben
En honor de otro dios, ni en otro templo.
Dido es hermosa, es reina; nuestras naves
En paz amiga recibió en sus puertos;
Y desde aquella noche, en que, pendiente
De los labios de Enéas, el suceso
Oyó de Troya, y nuestros crudos males,

Al Sr. D. Bernardino Rivadavia ministro de gobierno y relaciones exteriores

Señor :

Es una época en que todo marcha en nuestro país rápidamente hacia la perfección, cada individuo particular se siente arrebatado del movimiento común, y sus ideas insensiblemente se elevan. Mi pobre musa también ha sido envuelta en esta revolución general; y olvidándose que, cuando más, solo puede serle permitido el tocar la lira, ha tenido la audacia de aspirar á mayor sublimidad, y se atreve á ofrecer á V. S., su primer ensayo en la tragedia.—He meditado tanto sobre este género de composiciones, y estoy tan penetrado de las dificultades que ellas presentan aún á los mejores poetas, que conozco que hay algo de temeridad en haber emprendido esta obra: pero dedicándola á V. S.

¿Quid Tentasse Nocebit?

La flecha del amor hirió su pecho.
Todo es verdad: pero jamás podría
Nuestro rey humillarse hasta el estremo
De olvidarse á si mismo, porque Dido
No se acuerda de sí. Nunca, Nestéo,
Me quise persuadir que el mismo Enéas
Manchase así la historia de sus hechos.
En fin, ya tú lo ves: nuestros bajeles
Las velas hoy ofrecerán al viento;
Y mañana la Aurora, al levantarse,
Nos verá en alta mar, lejos de un puerto
Do se respira un aire ponzoñoso
Destructor de la gloria, y en que el tiempo
En ócio muelle y femenil halago
Se pierde sin honor y sin provecho.
Enéas juntamente con nosotros
Se lanzará á la mar; él el primero
En paz serena afrontará el peligro,
Y á insultar á la muerte aprenderemos.

NESTÉO

Mi sospecha, Sergesto, si crecia,
Era porque crecia mi deseo
De abandonar cuanto antes unas playas
Que á los troyanos ha negado el cielo.
Los restos de Ilion son destinados
Para dar nueva forma al universo,
Y hacer que las edades venideras

La indulgencia con que V. S. ha mirado siempre mis composiciones en otro género, me ha inspirado esta confianza. Mi DIDO será feliz si, en algunos de los ratos que dejen á V. S. libres sus vastas atenciones, consigue excitarle este dulce placer que nace de saber sentir. Por lo demás, yo quisiera que mi temeridad sirviera de estímulo á algunos de nuestros jóvenes privilegiados por la naturaleza; y que ejercitarán sus talentos en el drama; que algún día una musa argentina llegue á merecer que se diga de ella;

«*Sola Sophocléo tua carmina digna cothurno*».

Tengo el honor de ser con el más profundo respeto

Señor: Atento servidor.

JUAN CRUZ VARELA.

Repitan con asombro nuestros hechos.
¿Qué debía yo creer, cuando miraba
Pasarse tantos soles, y con ellos
Enéas entregarse á los placeres
Que, de la reina en el delirio ciego,
Le ofrece este palacio? Es necesario
De bronce duro amurallarse el pecho
Contra el halago de mujer que adora,
Contra la astucia del amor artero.
Enéas lo hizo ya: cuando la noche
Cielos y tierra con oscuro velo
Cubra, y entregue los mortales todos
Al letargo pacífico del sueño,
Entonces nuestras naves silenciosas
Al mar se confiarán: tal es al menos
La orden que Enéas á Cloanto diera
Cuando á su estancia lo llamó en secreto.
Al rayar este dia, en que la gloria
A mostrársenos vuelve.—Yo Sergesto,
Reviví con la nueva; y de mi engaño
Yo solo sé con que placer he vuelto.
Otra vez en Enéas hallo al héroe
Que, de mi patria en el fatal incendio,
Me enseñó en una noche solamente
Como puede un mortal hacerse eterno.

SERGESTO

Siempre debiste hacer esa justicia
Al mérito de Enéas. Tantos hechos,
Tantas proezas, y un renombre claro
No se mancillan pronto, y mucho menos
Por el débil amor, cuyos placeres
Tan solo afectan mujeriles pechos.

NESTÉO

Cuando inundaron los troyanos campos
Las falanges inmensas de los griegos,
Tres lustros no contabas, y de entonces

Sonó en tu oído de la guerra el eco.
Diez años de un combate continuado
A la ruina de Troya precedieron,
Y, en tan largo periodo, el pecho tuyo
Solo en justa venganza estuvo hirviendo.
Gritos feroces, moribundos ayes,
Rios de sangre, asolación y muertos,
Tal era el cuadro de la patria nuestra
En tantos dias de furor inmenso;
Y tal escuela á conocer no enseña
El corazón del hombre. Yo, Sergesto,
Con pocos años más de los que cuentas,
Sé cuanto puede amor. Cuando los griegos
Vinieron sobre Troya, las troyanas
Solamente bastáran á vencerlos,
Si los griegos tuvieran corazones
Que no fueran de tigres ó de acero.
Cuando yo á Aquiles conocí, y á Ulises,
Y los dos hijos del soberbio Atréo,
Ya había conocido la violencia
Con que arde á veces del amor el fuego,
Y cuán dificil es ahogar su llama
A quien se goza con su mismo incendio.
Por esto, amigo, cuando ya seis lunas
Ha que pisamos de Cartago el suelo,
Sin que hasta hoy Enéas se acordase
De su honor y de Italia, en el silencio
Mi sospecha oculté: pero he temido
Que en el altar de amor quemára incienso,
Y que la gratitud de ser amado,
Amante lo tornára, posponiendo
Su antigua gloria, y la mayor que resta
Con llenar del destino los decretos.

SERGESTO

Pues de otro modo ha sido. El Sol ya brilla (1)

---

(1) Dice esto como en actitud de mirar afuera por alguna ventana del salon.

Sobre la cima de los altos cerros
Que á Cartago dominan: el instante
Es ya llegado en que cumplir debemos
Lo orden que, por medio de Cloánto,
Enéas nos ha dado. Con secreto.
De nuestra pronta fuga, y de la hora
En que es preciso concurrir al puerto,
Avisemos á todos los troyanos:
Y do el honor nos llama, allá volemos,
Y nunca Enéas sienta haber nombrado
Por uno de sus jefes á Sergesto.

NESTÉO

Vamos, amigo.—¡Malhadada reina! *(Aparte)*
¡Cuánto tu suerte y tu dolor lamento!

(Se van los dos)!

ESCENA II.

DIDO, ANA

DIDO

¡Ay, Ana! Tú lo sabes: la primera
Te abrí mi corazón; y mi secreto,
Hasta que el fondo te mostré del alma,
Tus ojos penetrantes no leyeron.
Mi ardor no es obra tuya: yo no imputo
Ni imputaré jamás á tus consejos
El repentino estrago de esta llama
Que ya en pavezas convirtió mi pecho.
Frenética era ya, cuando tu lengua
Aun no aprobara mi furor inmenso,
Ni tu cariño á la infelice Dido
Te hiciera toralebles sus excesos.
Esta insana pasión me llena toda,
Y todo abrasa cuanto en torno veo.

¡Será que tal volcán, Ana querida,
En mi daño los Dioses encendieron?
Perdona á mi dolor: deja que llore,
Y derrame mis ansias en tu seno...
Yo no sé, yo no sé que abismos hondos
Cavarse bajo de mi planta siento.

(Se inclina unos instantes en el seno de su hermana).

ANA

¿De cuándo acá, mi Dido, ese lenguaje
De desesperación? ¿esos afectos
De una inquietud ansiosa y afligente,
Contrarios hoy á los de ayer serenos?
Troya y Enéas en igual renombre
Sonaban en Cartago, y el incendio
De la ciudad más populosa de Asia
Ya llenaba de asombro el universo.
Tú admirabas al héroe que, entre llamas,
Penates, padre, esposa, el hijo á un tiempo
Supo salvar con valerosa mano,
Sin que de Atridas los soldados fieros,
Ni los horrores de la noche infanda
Pudieran contrastar su noble esfuerzo.
Tú lo admirabas; y en las nuevas salas
Sirven de adorno á tu palacio régio
Los animados lienzos, do trazaron
Tantas hazañas los pinceles diestros.
En ellos ¡Cuántas veces hemos visto
Entre escombros, y ruina, y humo, y fuego,
Vibrar de Enéas la tremenda espada,
Y circundar mil muertos á los griegos!
Allí se mira entre falange espesa
Las puntas despreciar de cien aceros,
Solo animar desperanzada hueste,
Solo triunfar del bárbaro Androgéo
Y vengar solo los airados manes
De los fuertes de Illion, que perecieron

En el largo periodo de diez años
Contra toda la Grecia combatiendo.
¡Dido! tú lo mirabas; y el destino
Todavía ocultaba entre sus velos
Del grande Enéas la futura suerte,
Y tu suerte también; ni al pensamiento
Pudo venir jamás que nuestras playas
Vieran de Troya los preciosos restos.
Ellos se fiaron á merced del ponto;
Y al ponto amotinaron tantos vientos
Cuantos de Juno á la inmortal venganza
Y al eterno rencor obedecieron.
Otro dios los salvó: las rotas naves
Arribaron por fin á nuestros puertos,
Y Eneas á tus ojos se presenta
Muy mayor que su fama. Cuando el cielo
Se ocupa de un mortal, y lo reserva
Para obrar sus prodigios ¿qué recelo
Puede inspirarte la pasión mas digna
Que abrigara jamás humano pecho?
¿Temes amar lo que los dioses aman?
¿O son que Dido las deidades menos?

DIDO

¡Ay hermana! perdona... no es mi llama,
Es mi destino cruel al que yo temo.
Yo le ví, tú le viste; y era Eneas,
Mas que un mortal, un Dios; hijo de Vénus,
Amable, tierno, cual su tierna madre,
Grande su nombre como el universo;
Me miró, me incendió; y el labio suyo,
Trémulo hablando del infausto fuego
Que devoró su patria, mas volcanes
Prendió con sus palabras aquí dentro,
Que en el silencio de traidora noche
Allá en su Troya los rencores griegos.
Amor y elevación eran sus ojos,
Elevación y amor era su acento;
Y, al mirar, y al hablarme, yo bebía,

Sedienta de agradarle, este veneno
En que ya está mi sangre convertida,
Y hará mi gloria ó mi infortunio eternos.
Al principio dudé si el pecho mío
Sería digno de su heroico pecho.
No he fijado, aunque reina, las miradas
De los moderadores de los cielos;
No soy mas que mortal; y yo creía
Ver brillar en Enéas un reflejo
De aquella lumbre celestial, que pasa
Del rostro de los dioses al de aquellos
Que su amor soberano arrebataron,
O de tan alto origen descendieron.
Mi temor era justo; pero pronto
No pudo más el alma obedecerlo,
Y cedió á su pasión: los ojos míos
Declararon por fin al extranjero
El ardor que en mis venas discurría,
Penetrando sútil hasta los huesos.
Su corazón, hermana, solo es duro
En frente de la muerte, cuando lleno
De coraje sañudo en los combates,
La venganza y furor hinchan su pecho:
Pero al lado de Dido, si es que pudo
Resistir al amor, no quiso al menos
Negar el paso á los ardores míos,
Y los dejó llegar hasta su seno.

Mil de veces pedíle en ruego blando
Que me quisiera referir de nuevo
Los hados de su patria, y mil de veces
Los escuché con rodoblado anhelo.
¡Astucias de mi amor! Mientras su labio
Pendiente me tenía, yo en los besos
Me gozaba de Ascánio, y en el hijo
Encontraba á su padre mi deseo.
Todo fué Enéas para mí de entonces;
Enéas, eran mis dichosos sueños,
Enéas, era mi vigilia ansiosa,

Y mi palacio, de su nombre lleno,
Y Cartago también, de mis furores
Testigo todos con asombro fueron.
Esta ciudad reciente, cuyos muros
Emprendí con afán, de su cimiento
No los ve ya subir; los torreones
Que elevar á las nubes se debieron,
Para defensa de Cartago un día,
Apenas se alzan del nivel del suelo;
E, interrumpidas ya las obras todas,
Mi sola ocupación es mi amor ciego.
Pero ayer... ¡ay hermana!... los destinos,
Los destinos de Dido la perdieron;
No nací para tanto... ¡Nunca, nunca,
Llegarán sus bajeles á mis puertos;
Y nunca, nunca tu infeliz hermana
Sufriera tan atroz remordimiento!
¡Ay, Ana! ¿Ya lo sabes? ¿Qué querías
De una flaca mujer, contra el incendio
Que, entre la sombra de callada selva,
La abrasaba en presencia de su objeto?
¡Día de perdición! ayer luciste.
¡Silencio de los bosques! ¡Oh silencio
Peligroso al pudor! Deja que oculte
Mi vergüenza, Ana mía, y mi secreto.

(En ademán de irse).

ANA *(Deteniéndola).*

¿Y así rehusas nuevamente abrirte
A la que sola te dará consuelos?
Ignoro tu pesar: pero ¿en que parte
Vas á encontrar alivio á tu tormento,
Si en mi seno amoroso y compasivo
No quieres descargar su enorme peso?
Cuanto mas delicada, es mas expuesta
Una intensa pasión á contratiempos,
Y cuanto mas incendio, mas temores

Tal vez circundan los amantes pechos.
Háblame, Dido; que quizá tu llanto
Discurre en vano por tu rostro bello;
Y quizá en vano se atormenta un alma
Que debiera nadar entre contentos.
Las veces de razón, querida hermana,
La amistad hace en los amantes ciegos,
Y la mía merece lo que anhela,
Porque no anhela más que tu sosiego.

DIDO

Ver no quiero, Ana mía, convertidos
Tu amistad y cariño en menosprecio.
Si desato mi lengua, y en su claro
Te pongo el corazón, todo tu afecto
Se cambia en odio á la infelice Dido,
Y todo, todo, hasta mi hermana pierdo.
Ya se vengaron los airados Dioses,
Y ya el castigo de mi culpa siento:
No aumentes mi dolor con la vergüenza
De confesar yo misma mis excesos.
No me creí culpable; pero anoche
Crimen y pena me ha mostrado un sueño,
Y estoy abandonada á la venganza,
A la justa venganza de los cielos.
No me aborrezcas, Ana, en mi desdicha,
Que bastante yo misma me aborrezco.

ANA

¡Ingrata! ¡ingrata! ¿Alguna vez por suerte
Te faltó mi amistad? ¿ó en largo tiempo
El dolor te amargó, sin que mi mano
Derramara dulzuras en tu seno?
¡Aborrecerte yo! ¿Pudiste, Dido,
Así ofenderme, cuando no te ofendo?
¿Este retorno á las finezas mías
Debiste prepararme, ó yo temerlo?
Si Enéas y su amor te ocupan toda,

Y si él solo te basta, por lo menos,
La amistad de tu hermana merecía
Un galardón mejor que tu desprecio.

DIDO

No insultes mi dolor, ni mas agravies
Un tierno corazón, en que reservo
La sola parte que á mi hermana toca
Sin entregarla al que prendió este fuego.

ANA

¿Y en qué te obstinas, ó por qué no admites
La sola mano que te dá el remedio?

DIDO

No hay remedio, querida; si mi labio
El misterio revela, no por eso
Esperes aliviar las ansias mías.

ANA

Te ayudaré á sentir, si mas no puedo,
Y ¡qué dulce es llorar, cuando se mezclan
Lágrimas de amistad al llanto nuestro!

DIDO

¿Lo quieres? Está bien. ¡Así quisiera
Mis ansiedades aquietar el cielo!
Oye la causa de mi mal, y mira
Si te sabré querer, cuando me atrevo
A descubrirte la vergüenza mía.
¡Oh! ¡si como es oculta al universo,
Así lo fuese á las Deidades todas
Cuya venganza desde anoche temo,
Y que en sueño espantoso me mostraron
Que fuí culpable, sin pensar en serlo!
Sal; ve si alguno el importuno paso
Hacia esta estancia mueve, y al momento

Hazlo retroceder, no siendo Enéas.
El solo escuchar puede los tormentos
Que desde anoche el corazón desgarran;
El solo puede, pues por él padezco.

(Ana se va).

ESCENA III

DIDO *(sola)*

DIDO

¿Qué la voy á decir? ¿Por do mi lengua
Primero empezará? Sino refiero
El crimen que me abruma, ni la causa
De mis terrores referirla puedo.
¡Crimen! Enéas es esposo mío:
Si decirlo á la faz del orbe entero
De mi estrella el rigor no me permite,
Testigo ha sido de mi unión el cielo.
En el fuego del rayo que cruzaba
Prendió su antorcha el plácido Himenéo;
Fué nuestro altar un álamo del bosque,
Y la selva frondosa nuestro templo.
¡Crimen! Mi corazón exento y libre
Quedó desde la muerte de Siquéo;
Y si no quise darlo al duro Yarbas,
Al blando Enéas entregarlo puedo...
Mas, Dido, tu deliras... te fascinan
Tu pasión miserable y tu deseo.
Si la culpa no es tuya ¿cómo anoche
¡Criminal! ¡criminal! te dijo el cielo?
¿Y cómo tu razón, cuando volviste
Del horrífico espanto de aquel sueño,
Te empezó á condenar, y te condena
Siempre que á la razón das un momento?
¡Dioses, que el fondo de mi pecho visteis,

Y las ansías mirais en que peléo!
¿Sois Dioses sin piedad?...¿y abandonada
Podré verme de Enéas?...¿será cierto
Lo que entre sombras ví? Vuelve, querida;
¡Ay, Ana! vuelve, y me darás consuelo.

Dice esto como llamando á su hermana; y en acabando de hablar quedará la escena en silencio por un breve rato, pasado el cual Ana se presentará en ella.

ESCENA IV

DIDO, ANA

ANA

Nadie se acerca, hermana: del palacio
Dicen que Enéas se ausentó, al momento
Que el primer rayo precursor del dia
Con oro el horizonte fué vistiendo.
Cloánto iba con él, y á poco rato
Nestéo, añaden, que salió, y Sergesto.

Mientras Ana está refiriendo esto, Dido mostrará su sorpresa y su inquietud.

Es rara esta conducta, yo á Barcénia
Encargué que indagára con secreto
El motivo que pueda ocasionarla,
Y que á informarnos regresará luego.
Mas no vendrá tan pronto que no puedas...
Pero, Dido ¡que estraño abatimiento!
Héme á tu lado nuevamente, amiga;
Deposita tus penas en mi pecho;
Que, si acaso aliviarte no me es dado,
Sabré contigo perecer al menos.

DIDO

¡Crüel! ¡Crüel! ¿Qué nueva me has traido?
¡Qué puñal, sin saberlo, hasta mi seno!...
¿Lo ves? ¿lo ves?...ya se cumplió...No había

La luz del sol esclarecido el cielo.
Cuando Enéas...¡oh Dios! ¿Y dónde ha ido?
¿A qué fin á la aurora, y en silencio,
Del palacio salir? ¡Qué nuevos pasos!
¡Que no debo temer de este misterio!
¿Ves como era verdad; verdad terrible,
La que anunciaba mi horroroso sueño?

ANA

Depon, querida, turbación tan grande.
¿Qué sueño es ese, que á tan duro estremo
De dolor te arrebata? Ya no es justo
Atormentarme mas con tu silencio.

DIDO

Pues oye, y tiembla, como yo he temblado,
Y vé si encuentras á mi mal remedio.
Desde que Enéas arribó á mis playas
No tuve mas afan que complacerlo,
Estudiar sus miradas, sus acciones,
Anticiparme á todos sus deseos,
Idolatrarlo, en fin. Diestro en la flecha,
Era la caza su mayor recreo;
Y tú me has visto las mañanas todas
Acompañarle por el bosque espeso,
Por la llanura de los verdes valles,
Y por la cumbre de los altos cerros.
Ayer sereno, como nunca, el dia
En oriente lució: los compañeros
De Enéas, los magnates de mi corte,
Y Ascánio mismo, con nosotros fueron.
Mas, no bien se esparciera por los campos
El venatorio bando, cuando el trueno
Empezó á retumbar y en negra nube
Cubrirse el sol, y encapotarse el cielo.
Ardiendo el rayo sin cesar cruzaba,
Y el aire todo convertido en fuego,
El miedo santo á las eternas causas,

El pavor inspiraba, y el respeto.
Toda la comitiva disipóse;
Y en las cabañas ó en los hondos senos
De las cavernas dó las fieras moran
Buscaron un asilo los dispersos.
A Enéas y á tu hermana un bosque amigo
Amparo les prestó y en su silencio
Solo la voz de amor fué triunfadora,
Y empezó á resonar dentro del pecho.
Ana, si Dido fué culpable, ha sido
Cómplice de su culpa el mismo cielo.
El suspendió sus rayos y sus iras
En el momento que en el bosque espeso
Penetró nuestra planta; cual si fuera
La tormenta terrible, de himeneo
La precursora pompa. Aquel instante
Estalló mi volcán, y. . .¿que te puedo
Decir yo con mi voz, que no te diga
Mejor que con mi voz con mi silencio?

Dirá esto cubriéndose el rostro, como avergonzada.

ANA

Prosigue, Dido: de tu blanda hermana
No esperes otra cosa que consuelos.

DIDO

Tal es mi culpa, si llamarse culpa
Puede el amor, y la pasión que debo
A un héroe que ya miro como esposo,
Y que sin duda lo es. . .pero yo tiemblo
Al recordar la noche que ha seguido
A un dia que empezó tan placentero.
Llegó la hora en que recibe á todos
En paz amiga el regalado sueño,
Y en que los miembros fatigados hallan
El plácido descanso en blando lecho.
No bien entré en el mío, y mis sentidos

Ocupaba el sopor, cuando del templo
Donde reposan en la yerta tumba
Las frígidas cenizas de Siquéo,
De repente las bóvedas temblaron;
Y, arrojando con furia el pavimento
Las lozas sepulcrales, fué mi esposo
Entre los descarnados esqueletos
El que primero conmoverse miro,
Y acercarse hácia mí con paso lento.
Su mirar era horrible, y en mi oído,
Sonó ronca su voz, cual suena el trueno,
Cuando, de monte en monte retumbando,
Lejos se escucha resonar el éco.
«¡Perjura!» (dijo), y al decirlo airado,
Me arrancó con violencia de mi lecho;
Y, llevándome al borde de su tumba,
« Este es (añade) tu debido premio.
« Has roto el juramento sacrosanto
« Que pronunciaste al espirar Siquéo,
« Y que oyeron los dioses infernales,
« Que presiden la muerte y el silencio:
« Ven á sufrir tormentos espantosos
« En la mansión callada de los muertos. »
Sus palabras horrísonas entonces
Los cadáveres todos repitieron,
Y ya lanzaban en la horrenda huesa
A tu hermana infeliz, cuando su acento
«¡Enéas! (exclamó), ven á librarme
« De los horrores que por ti padezco. »
A mi voz los espectros, silenciosos,
El mar me señalaron, y cubierto
De bajeles el mar, el mismo Enéas
Iba huyendo de Dido en uno de ellos.
Entonces desperté y, abandonada
Al furor de las sombras, aquel sueño
Hubiera puesto término á mi vida,
Si en fuerza del pavor no me despierto.
Un sudor frío, anunciador de muerte,
Bañaba todos mis cansados miembros,

Y la imaginación me presentaba
En cada nuevo instante horrores nuevos.
Al fin brilló la luz, que nunca, nunca
Ha tardado como hoy á mi deseo.
Ana, ya tú lo viste: el alba apenas
Apagaba su lumbre á los luceros,
Cuando volé á tu estancia; de la mía,
Y de mi lecho, y de mi misma huyendo;
Ya sabes mi delito y mis temores:
Si el primero no es tal ¡pluguiera al cielo
Que éstos no fuesen mas que sombra vana,
Y que volasen cual voló mi sueño!

ANA

¿Y asi, Dido, te entregas al prestigio
De una ilusión soñada? ¡Qué! ¿Los celos
Es tan fuerte pasión que sus furores
Lleve hasta las mansiones de los muertos?
A los que yacen en la tumba ¿piensas
Que ni tú, ni tu amor. . .

DIDO

Si; ya lo veo:
Mas, si nada hay común entre el que goza
La luz del dia, y el que fué; á lo menos
Es muy posible que un amante ingrato
A quien vive por él deje muriendo.

ANA

Mas ¿qué razón á tus temores hallas?
¿Qué mudanza ves tú que yo no veo?

DIDO

Esta es la hora, y este mismo el sitio
A que todos los dias el primero
Concurre Enéas, y de aqui á la caza

Conmigo sale. ¿Dónde está? Yo temo
Que la primera vez que falta Enéas
No sé que me prepara de funesto.

ANA

Tal vez no tardará: pero siquiera,
En tanto que el motivo no sabemos,
No anticipes tu mal. ¿A quién, hermana,
Para ser infeliz le falta tiempo?
Tú verás como Enéas...mas Barcénia
Hácia aquí viene ya: todo el misterio
De su labio sabrás; verás cual vuelves
A tu tranquilidad y tu sosiego.

ESCENA V

DIDO, ANA, BARCENIA

DIDO

¿Qué me dices, Barcénia?—¿Son fundados,
O no debo dar crédito á mis sueños?

BARCÉNIA

No os comprendo, señora; ni tampoco
De comprender acabo lo que vengo
De escuchar y de ver: de nuestras playas
Hoy los troyanos se despiden creo.
Unos á otros en secreto se hablan,
En confuso tropel bajan al puerto,
Y Enéas y Cloánto, y otros jefes,
Parecen ordenar un movimiento
Que debe hacer la armada. En tal conducta
Hay algo ciertamente de misterio:
Los tirios y troyanos ya no forman,
Como hasta el día de hoy, un solo pueblo;
Desconfían, se evitan, y parece

Mostrarse mútuamente algún recelo.
Se habla de un modo vario de la causa
Que ha producido tan extraño efecto:
Todos se encuentran, se preguntan todos,
Y nadie sabe responder lo cierto;
Pero yo temo que tal vez mañana...

DIDO

Prorrumpirá con ímpetu, y su agitación irá creciendo por grados hasta finalizar el acto.

Basta, Barcénia.—¿Y es posible, cielos,
Que así se burle, sin hallar castigo,
De una reina infeliz un extranjero?
¿Qué más he de saber?—¡Hermana! ¡amiga!
Vé, dí á ese monstruo que deseo verlo,
Verlo la última vez: tú sola puedes
Librarme en tantas ansias: el perverso
A tí sola se abría, y te confiaba
Su doble corazón y sus secretos.
Ana, él te amaba, y á tu hermana triste
Mostraba solo su mentido fuego.

ANA

No más insultes mi amistad, querida;
Que ya bastante en tu dolor padezco.
Buscaré á tu enemigo; mal he dicho:
No lo será tal vez... en fin, yo vuelo
A encontrarme con él: es imposible
Que quepa tal perfidia en tales pechos.

DIDO

Vé, vuela, llama al cruel: dile que Dido
Arde más en su amor cada momento;
Dile que se consumen mis entrañas
En destructor inapagable incendio,
Y que todo mi ser... no digas nada...
Deja que me abandone.—Yo ¿qué pierdo

Si he perdido mi paz, mi dulce calma,
Y quizá mi virtud, por un perverso?
La muerte nada más... tal vez la hora
Es esta ya, en que, tranquilo y quieto,
Se lanzará á la mar, y de mi pena
Se burlará con otros, convirtiendo
Hácia Cartago la insultante vista
Y gozando en mi mal... ¿Ves como el tiempo,
Ana mía se vá?—Vuela, querida;
Pide, ruega, importuna: yo no creo
Que tanto mienta el exterior de un hombre...
¡Tórnelo yo á mirar, y parta luego!
Pero no huya de mí sin que mi lengua
¡Ingrato! ¡Ingrato! la repita al menos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ENÉAS—NESTÉO

ENÉAS

Era mejor que el corazón, amigo,
Hecho de bronce ó de diamante fuera,
Y que nunca jamás, en él tuviesen
Algún poder las impresiones tiernas.
Mi trabajada vida ningún paso
Me ofreció tan difícil; y más cuesta
En la lucha de afectos encontrados
Hacer que al corazón la gloria venza,
Que insultar los peligros y la muerte
En el ardor feroz de la pelea,
Y arrollar con denuedo imperturbable
En negra noche las falanges griegas.

¿Quién creería que un pecho acostumbrado
Á los horrores de la cruda guerra,
Fuese pecho amador, blando, sensible,
Que á los encantos del amor cediera?
Ello es así.—De mi valor, Nestéo,
El esfuerzo mayor es esta ausencia.
Dido se quejará de su destino,
Pero nunca de mí. Por donde quiera
Lléveme el hado; mas la imágen suya
Estará siempre en mi memoria impresa;
Que el amor no degrada, y nunca puede
Ser generoso quien ingrato sea.

NESTÉO

La pasión de la reina es acreedora
A una pasión igual, y si no fueran
Las órdenes del cielo...

ENÉAS

No, Nesteo;
Es grande mi pasión, mas no me ciega;
Y yo estoy bien seguro de mi triunfo,
Pues mi primer deber lucha con ella.
La victoria es costosa, pero al cabo
Siempre fué necesaria: estas riberas
No son en las que un día los troyanos
Hallar su patria y su fortuna esperan.
Las reliquias de Troya, reservadas
Para formar una nación soberbia,
Deben solo fijarse en las regiones
Do el Tiber corre, y el latino reina.
El oráculo santo lo ha ordenado;
Y á nosotros, amigo, solo resta
Obedecer al cielo, y engreírnos
De ser los instrumentos que quisieran
Los dioses elegir, para que un día
Su voluntad suprema se cumpliera.
Mas, aunque las deidades sus designios

Hubieran ocultado, nunca Enéas
Pudiera permitir que tantos héroes
Como han sobrevivido á la funesta
Destrucción de su patria, peregrinos
En la extensión de la anchurosa tierra,
Mendigasen asilos extranjeros,
Y esclavos fuesen de una ley agena.
Atravesando mares, é insultando
La muerte, la desgracia, y la miseria,
Debiéramos buscar de cualquier modo
Entre nuevos peligros, glorias nuevas.
La historia de los héroes pocos días
Debe marcar oscuros, y la nuestra
Ha de servir de ejemplo á las edades
Por más que cueste al corazón violencia.

NESTÉO

Tal es mi parecer; y el labio mío
Jamás desmiente mi interior. Quisiera
Que, mudos los oráculos, dejaran
Á nuestra sola decisión la empresa
De conquistar la fama; y que la gloria
De un inmortal renombre la debieran
A sí mismos, no al cielo, los troyanos.
Mas, por mucho que el alma se poséa
De esta noble ambición, no puede menos
Que lamentar la suerte de una reina...

ENÉAS

Es justo, amigo: como tú lamento
Su desventura yo: ¿ni quien pudiera
Con más razón dolerse de sus males,
Que el mismo que los causa? la denuncia
De la pasión de Dido, sus transportes,
El fuego abrasador en que se incendia,
Estériles no han sido, y á mi pecho
Harto cuesta el sentirlos.—Era fuerza
Esperar en Cartago á que volviese

La estación mansa de la primavera,
Para lanzar á un mar desconocido
Nuestras pequeñas naves; y la reina
En todo este periodo ha fomentado
La infundada esperanza de que Enéas,
Prestándose por fin á un himeneo,
No saldría ya más de estas riberas.
Su amor pasó á mi pecho, pero nunca
Su ceguedad pasó; ni de mi lengua
El dictado de esposa escuchar pudo,
Por más que quiso que su esposo fuera.
Si yo no me debiese á los destinos,
Solo á Dido, Nestéo, me debiera;
Porque al cabo la amé; ni vendrá día
En que de haberla amado me arrepienta.

NESTÉO

¡Difícil posición! Y ¡cómo á veces
Los cuidados que el cielo nos dispensa,
Y el interés que en nuestra dicha toma
Suspiros mil al corazón le cuestan!
Mas por esto, señor, mejor sería,
Pues no hay otro remedio, que la ausencia
Fuese como la fuga, sin mostraros
Otra vez á la vista de la reina.
¿A qué fin exponeros á reproches
Que ciertamente la razón condena,
Pero que el corazón, por más que luche,
Encuentra justos, y en silencio aprueba?
Bien veis que á Dido ni el amor de gloria
Ni el destino arrebata: amante y ciega
Ni escucha más razón que su cariño,
Ni siente más que su pasión intensa.
O ¿quereis que, abatida, desolada,
Desperada después, vuestra presencia
Encone más la herida de su pecho,
Y se deje llevar... ¡Señor! es fuerza
Que huyamos de una vez: en su delirio

Una mujer amante todo atenta,
Y quien sabe si Dido... más, vos mismo,
Al rayar este día, con la idea
Estabais de partir sin ser notado.
¿Qué causa puede haber que así convierta...

ENÉAS

Es verdad, lo pensé; mas yo creía
Ocultar nuestra fuga de la reina,
Y que su desengaño le viniese
Cuando, lejos del puerto nuestras velas,
Ni yo viera su llanto, ni ella misma
Que yo insultaba su dolor creyera.
Se frustró mi designio, el movimiento
En que están los troyanos, la presteza
Con que acuden al puerto, mi salida
Temprano del palacio, y la sorpresa
Que ha causado á la reina el que este día
Faltase yo del sitio en que me espera
Para ir á la caza, han excitado
Su amarga duda, y su cruel sospecha.
Yo lo temí cuando en la playa misma
En medio del concurso ví á Barcenia,
Y la curiosidad que la agitaba;
Y sin embargo resistí esta prueba.
Mas la hermana de Dido de repente
Ansiosa entre el tumulto se me acerca,
Me aparta de Cloánto, de su hermana
Me pinta la aflicción... llora, me ruega,
Y yo entonces prometo... ¿Quién resiste
Consolar á su amante, cuando ella
No exije más consuelos que la vista
Del causador de sus amargas penas?
Le prometí volver; he vuelto, amigo,
Y ¡ojalá que mi pecho no sintiera
Lo terrible del lance! mas, al menos,
Yo puedo resistir...

NESTÉO

Podeis; pero ella
Ni sabrá, ni podrá: no son consuelos,
Son causas de furor las que la reina
En su delirio busca; la esperanza
Aun quizá la promete... ¿Quién consuela
A una mujer frenética? Es preciso
Que vuestra pronta fuga la convenza
Que ya no hay esperar: entonces puede
Que, por creeros ingrato...

ENÉAS

¿Y yo debiera
Darla motivo para que algún día
Me impute con razón nota tan fea,
Y recuerde mi nombre como el nombre
De un insensible, que el dolor desprecia?
No, Nestéo; he de verla: estoy seguro
De no olvidarme de quien soy: la reina
Sabrá que, si la dejo, en ningún tiempo
La dejaría, si no fuese Enéas.
Pronto debe venir hasta este sitio:
Retírate, Nesteo: en la ribera
Que todo se prepare, y vuelve al punto
En que deba mi nave dar la vela.

(Se va).

ESCENA II

DIDO — ENÉAS

Al empezar esta escena habrá algunos momentos de silencio, en los que Dido mirará á Eneas con cierto aire de indignación; y éste manifestará lo indeciso y difícil de su posición actual. Al cabo Dido prorrumpirá exaltado; y en toda la escena ambos actores variarán de voz, de expresión y de afecto, según lo que expresen los versos.

DIDO

¿Pudiste, pérfido, esperar; creíste
Que el disimulo tu maldad cubriera?

¿Y así, callado, entre ignominia y llanto
Dejarme abandonada?—¿Menosprecias
El hospedaje que te dí oficiosa,
Y que pude no darte? ¿la obsecuencia,
La amistad de los tirios? más que todo,
¿La pasión impetuosa de una reina?
¡Perjuro! ¿sabes lo que á mí me debes?
¿O el burlarte en mi mal crees que á tu nombre
Puede añadir honor?—¡Qué es esto, Enéas!
Mi amor, la mano que te dí de esposa,
Este fuego voraz, que por mis venas
Circula y cunde, y me consume toda,
Sin dejarme sentir más existencia
Que la que siento para amarte ¿nada,
Nada es bastante para hacer que vuelvas
A contemplar á Dido, y los horrores
En que la dejas para siempre envuelta?
Bien lo predijo mi espantoso sueño...
La tumba, nada más, la tumba yerta,
La venganza terrible de los manes,
Ese es el premio que mi amor espera.
Anoche yo te ví, te ví, perjuro,
Abandonar á Dido; y Dido, en presa
A los espectros, y á la horrenda muerte,
Conoció tarde lo que amarte cuesta.
Yo te llamaba, y te llamaba en vano,
Héme ya junto á tí: puedes siquiera
Librarme de tí mismo, de los males
Que, aun en idea, sin piedad me aterran.
¡Ingrato! ¡ingrato! tan siquiera aguarda
A que, más decidida, te prometa
Un viaje fácil la estación propicia.
Un día, nada más, un día espera.
Yo no pretendo que en Cartago siempre
Vivas, y reines, y á mi lado mueras:
¡Oh! ¡si pudiera ser! pero te ruego
Que un breve espacio, una pequeña tregua
Prestes á mi dolor, mientras mi pecho
A vivir muertes en la horrible ausencia

Se puede preparar; mientras la suerte
A saber ser tan infeliz me enseña.
¿Me lo podrás negar?—¿Tendrás acaso
De bronce el corazón?—Parta mi Enéas,
Parta á su Italia, y en remotos climas
Un bello reino y una amante bella
Busque en buenhora; pero deme al menos
Derramar mi dolor en su presencia;
Y esta inmensa pasión siquiera logre
Que quien la vió nacer, un día vea
Hasta donde llegó...¡Mísera Dido!
¡Oh Dioses! ¡Qué furor!...Y si tuvieras
Pecho de bronce, y corazón de roca,
¿Qué mas harías con tu amante? ¿Cierras
El labio mentidor? ¿Nada respondes?
¿Llegar pudiste hasta esperar mi afrenta
Para entonces, malvado, y solo entonces,
Abandonarme asi? ¡Oh luz funesta
La que ayer me alumbró! ¿Por que no vino
Una fiera del bosque...¡Oh Dios! Tu lengua
Hora calla, traidor? Mejor callára
Cuando á tu amante en su delirio oyeras.
¡Cruel! ¿Y no se asoma por tus ojos
Ni mentida, una lágrima siquiera?

ENÉAS

! Dido! ¡Mísera reina! Yo conozco
La razón de tu amor: jamás Enéas
Se olvidará de lo que á Dido debe,
Y de los males que por él la cercan.
Si yo solo de mi y de mis acciones,
Como tú de las tuyas, dispusiera,
Nunca tendrias que llamarme ingrato,
Por mas que fuese tu pasión violenta.
No es para mi la vida que los cielos
Con afan cuidadoso me dispensan:
Me debo á sus designios; y el Olimpo,
Cuando escoge á un mortal, marca la senda

Por dó debe marchar, ni le permite
Un solo paso separarse de ella.
No es una sombra vana, no es un sueño
Al que obedezco yo, ¿ ni quién pudiera
Asi curarse de ilusiones tales?
Un dios es, Dido, quien á mi me ordena
Buscar entre peligros y borrascas
Mas allá de los mares otra tierra.
Un dios, es, Dido, quien mis pasos mueve:
A la deidad, no á mi...

DIDO

¡Malvado! ¿Piensas
Que también no hay un dios que á Dido cuida,
Y del perjurio y la traición la venga?

ENÉAS

No soy perjuro ni traidor, querida:
Si asi te llama y te llamó mi lengua
Nunca, jamás, la desmintió mi pecho,
Donde tu imágen y tu amor se encierran.
Bastantes días ya, bastantes días
Me reclama la gloria, que debieran
Solamente en buscarla haberse empleado,
Si nunca ardido en tu querer hubiera.
Mis compañeros de infortunio, aquellos
Que quisieron ponerme á su cabeza,
Y llamarme su rey, desde el momento
En que, entre el fuego y la matanza griega,
Los libré del incendio de su patria,
Después que el cielo decretó perderla;
Esos han acusado con justicia
Mi estación en Cartago: ellos esperan,
Confiados en la fé de los óráculos,
Que Italia admire de la Troya nueva
El naciente esplendor: yo mismo, Dido,
A acusarme llegué; ni pudo Enéas
Esperar á que un Dios lo concitára,
Si no te hubiera amado con vehemencia.

DIDO

No insultes mas en mi presencia al cielo.
¿De cuando acá los Dioses aconsejan,
El perjúrio, el engaño; y autorizan
A que un mortal sacrílego se atreva
A cubrir con su nombre sacrosanto
Las abominaciones que detestan?

ENÉAS

Siempre el perjúrio y la traición me imputas,
Cuando mis sentimientos no se mezclan
Con crímenes tan feos. ¿En qué tiempo
Su juramento ha quebrantado Enéas?
Te juré que te amaba; y te amo, Dido,
Y te amaré, mientras la lumbre vea
Del sol vivificante, y esta vida
Me dispense el destino que me fuerza.
Yo debí obedecerle, y fué por eso
Que consentir no quise en que encendiera
Himeneo su antorcha, y nuestras almas
Por siempre uniese en ligadura eterna.
Nunca mi esposa te llamé, ni nunca
Se escapó de mi lábios una prenda
De tamaño valor: te alucinaste,
Y á los delirios de tu pasión ciega
Diste una realidad, que...

DIDO

Tú, tú mismo
Me hiciste concebir tan lisonjeras,
Tan dulces esperanzas. ¿Con que objeto
Fomentabas mi llama, y en mis venas
El veneno fatal á cada instante
Vertían tus palabras halagüeñas?
Pero yo ¿donde voy? ¿Como pretendo
Con llanto débil ablandar la peña
De que es formado el corazón de un mónstruo?
Mis lágrimas ¿que valen?...nada...aumentan

El triunfo del malvado, y, engreído,
Contempla mi dolor y lo desprecia.
¿Se le oye algún suspiro? ¿Algún sollozo
Interrumpe su hablar? Quiere que crea
Que lo violenta un dios; como si fuesen
Los dioses como Dido, que no piensa
En nada más que en él; como si un hombre,
Un hombre solo interesar pudiera
A los que en lo alto de su gloria miran
Como nada los cielos y la tierra.
¡Un dios! ¡Blasfemo! Parte; parte, inícuo;
La ambición es tu dios: te llama; vuela
Donde ella te arrebata, mientras Dido
Morirá de dolor: si: pero tiembla,
Tiembla cuando, en el mar, el rayo, el viento,
Y los escollos que mi costa cercan,
Y amotinadas las bramantes olas,
En venganza de Dido se conmuevan.
Me llamarás entonces, pero entonces
Morirás desoído. Cuando muera
Tu amante desolada, entre los brazos
De tierna hermana espirará siquiera,
Y sus reliquias posarán tranquilas,
Y bañadas de llanto en tumba régia;
Pero tú morirás, y tu cadáver,
Al volver de las ondas, será presa
De los marinos mónstruos: é, insepulto,
Ni en las mansiones de la muerte horrenda
Descansarán tus manes. Parte, ingrato,
No esperes en Italia recompensas
Hallar de tu traición: parte; que Dido
Entonce al menos estará contenta
Cuando allá á las regiones de las almas
De tu espantable fin llegue la nueva.

(Se vá con precipitación).

ESCENA III

ENÉAS (*solo*)

ENÉAS

¡Dido! ¡Dido infeliz! Ya no me escucha.
La triste se abandona á la violencia
De su pasión fatal; y yo, que la amo,
¿Qué puedo hacer por mitigar su pena?
Nada me es dado; nada: yo conmigo
Me llevo su dolor; pero esta ausencia
Se juzga ingratitud; y mi memoria,
Manchada de una nota que detesta
Mi corazón sincero, será odiada
De la mujer que adoro. Mas valiera,
Si, mas valiera que la suerte oscura
Me hubiese confundido entre la inmensa
Muchedumbre vulgar: mi nombre entonces
Cuando muriere yo, también muriera,
Sin emplearse la fama en trasmitirlo
De una edad á otra edad: empero, exenta,
Mi vida fuera mía, y mi cariño
No costára á mi amante lo que cuesta.
¡Oh cielos! El tormento que yo sufro
No debería ser la recompensa
Del sacrificio doloroso y grande
Que á nuestra voluntad consagra Enéas,
Perdonadme, deidades inmortales:
Pero, ya que me disteis resistencia
Para acallar los gritos de mi pecho,
Y no escuchar más voces que las vuestras,
Mirad á Dido con piedad un día:
Y llegue á persuadirse que su amante
Hasta un extremo tal supo quererla,
Que á una pasión tan dulce, nada, nada,
Que no fueran los dioses prefiriera.
Pero, Enéas: ¡qué es esto!—¿Tu cariño

Puede cegarte ya? Sigue la senda
Que la gloria te marca: los troyanos
Te eligieron su rey; toda la tierra
Está pendiente de un destino nuevo:
Las esperanzas de los tuyos llena,
Cual debieras hacerlo, aunque el Olimpo
No se dignara dirigir la empresa.
Mucho tarda Nestéo: nuestras naves
Pudieran ya partir; nada interesa
El esperar la noche, porque Dido
Ya penetró el misterio. ¡Que violentas
Son ya las horas que en Cartago pasan!
Mas ¿qué será? La hermana de la reina
Hacia esta estancia se dirige. ¡A mi alma
Nuevos combates por mi mal esperan!

ESCENA IV.

ANA, ENÉAS

ANA

En nueva vez os busco, para daros
Por mi infeliz hermana nuevas quejas.
¿Era posible que en el pecho vuestro
Se anidara, señor, una dureza
Que el exterior desmiente, y que parece
No poderse hermanar con vuestras prendas?
En mi no vereis llanto; y esto mismo
Me cierra la esperanza. Al que no mueva
Las lágrimas preciosas de su amante
¿Qué podrá ya mover? Pero, ¿no piensa
El héroe de Illion en la desgracia
De Cartago, los tirios, y la reina?
Cuando arribasteis vos á nuestros puertos
En hora afortunada, estas riberas
Recien dejaba el implacable Yarbas.
Bien lo sabeis, señor; en la demencia

De su pasión feroz, pidió de, Dido
El tálamo partir, y que la diestra
La entregara mi hermana, consintiendo
En un enlace que el amor detesta.
Dido se denegó, y él mismo entonces
Se presentó en Cartago. La fiereza
De un carácter atroz, unida al fuego
De un amor tan furioso como aquella,
Se dejó ver en Yarbas: Dido opuso
Mas tenaz y más justa resistencia
Al temerario empeño; y, desperado,
El amante feroz se ausenta de ella:
Pero, al partir, «Yo volveré (le dijo)
« No ya como á rogarte; ni la tea
« Qne mi mano traerá podrá agaparse
« Sin que en cenizas á Cartago vuelva.
« Tu sola escaparás de tal incendio;
« Pero no más que para ser la presa
« En que se cebe mi rencor. Armada
« A toda la Getúlia en mi defensa
« Pronto verás venir; y arrebatada
« De en medio de los tuyos, en mis tierras
« Serás esclava, pagará bien caro
« Tu orgullo, tus insultos, y mi afrenta;
« Y, si aqui á Yarbas conociste amante,
« Allá conocerás como se venga».
Dijo, y partió: y en los confines nuestros
Ya bramaban las furias de la guerra,
Cuando entraron, preñadas de troyanos,
A este puerto, señor, las naves vuestras.
Dido las recibió; y al ver un héroe
De cuyo nombre sus comarcas llenas
Estaban de antemano, y los soldados
Que pelearon diez años contra Grecia,
Ni ya temió de Yarbas los insulos,
Ni pensó en levantar las fortalezas
Que en el cimiento veis, y en que debían
Ampararse los tirios en la guerra.
La fama al punto discurrió, y de Yarbas

Llevó al oído la funesta nueva
De tan próspero arribo, y los amores
Que en el pecho encendisteis de la reina.
Lo supo; y, si, temiendo á los troyanos,
Contuvo sus furores la impotencia,
La sed de su venganza mas se enciende:
¿Y cual será su efecto cuando vea
Que, abandonada la infelice Dido
Del brazo que se alzaba en su defensa,
En presa queda á los rencores suyos?
¿Cómo será su rabia, cuando aumentan
Los celos su furor? ¡señor! al menos
Esperad unos mèses, mientras puedan
Levantarse los muros de Cartago,
Ya que nos falta quien su vez hiciera.
Esperad unos meses: el delirio
Calmará de la reina, y ya dispuesta
A miraros partir, no hará en su pecho
El estrago que temo vuestra ausencia.
¡Enéas! ¿No escuchais? Si en su infortunio
A mi hermana mirárais, no cupiera
Mas resistencia en vos: yo la he dejado
En poder de sus tristes compañeras
Abandonada á su dolor terrible,
A un dolor que la mata: ni su lengua
Pronuncia ya mas voz que la de *muerte*,
Ni ya mi esfúerzo á consolarla llega.

ENÉAS

Señora, vuestra hermana es la que causa
Que el favor que los cielos me dispensan
Tenga por infortunio; y que la gloria
Me parezca enfadosa, cuando vuelan
Todos mis compañeros en su busca,
Y ellos me llaman cual me llama aquella.
¿Y qué quereis de mí? Yo adoro á Dido;
Empero mas adoro la suprema

Voluntad de los dioses: ellos mismos
Abatirse se dignan hasta Enéas,
Lo futuro me enseñan, y me mandan
Que parta al punto de esta dulce tierra:
Y yo ¿qué puedo hacer?—Mi amante mismo
La misma Dido ¿en mi lugar qué hiciera?
¿Teme de Yarbas el rencor innoble?
Y antes que yo viniese ¿cual defensa,
Que no fueran los tirios, á la rabia
Del tirano vecino se opusiera?
Los tirios bastarán; estas murallas
Tienen tiempo de alzarse, antes que pueda
El duro Yarbas concitar su pueblo,
Reunirlo, armarlo, y emprender la guerra.
Además, el amor no dura mucho
En un pecho feroz; la llama tierna
Es extranjera en él, arde de paso,
Y luego lo abandona á su rudeza.
Así de Yarbas la pasión insana
Tal vez no existe ya, ni...

ANA

Si existiera
En vuestro pecho la que en otros dias
A mi hermana jurasteis, no pudiera
La ingratitud dictaros los efugios
Que vuestro mismo corazón condena.

ENÉAS

Ni yo ni nadie condenarme puede.
Entre las esperanzas lisonjeras
De que una nueva Troya allá en Italia
Emúle de la antigua la grandeza,
Y de ver á los míos presidiendo
Los grandes cambios que la tierra espera,
Solo Dido me aflige; solo Dido
Al hondo pecho los tormentos lleva
Que amargan mi ventura, y que me impiden

Ser feliz de una vez.—Jamás ausencia
Fué más justa en amante que la mía:
Jamás hubo ninguno que cediera
A una necesidad más imperiosa
Que la que á mi me arrastra. Si la reina
Piensa que solo en su ulcerado pecho
La hiel amarga del dolor se ceba,
Es porque todavía no ha acabado
De conocer el corazón de Enéas.
Pero Nestéo viene.

ANA

¡Oh Dios!

ENÉAS

¡Señora!
Quizá el momento de partir se acerca:
Volad á vuestra hermana, consoladla;
Si á mi me fuera dado, yo lo hiciera:
Vuélvanla la razón vuestros consejos,
Más no la aconsejais que me aborrezca.

ESCENA V.

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ENÉAS

¡Cuál tardaste, Nestéo! No tardaras
Si lo que siento yo también sintieras

NESTÉO

No de otro modo pudo ser: las naves
Estaban prontas ya, y sólo á Enéas
Esperaba el navio de Cloánto,
Para tender al viento nuestras velas.
Yo volaba á llamaros, cuando siento

El náutico clamor desde la tierra,
Y observo á los pilotos prepararse,
Cual para resistir fiera tormenta.
El lejano horizonte iba cubriendo
Caliginosa nube, y densa niebla
Nos ocultaba el mar, mientras brillaba
En el resto del cielo, más serena,
Del almo sol la esplendorosa lumbre...

ANA

¿No veis, no veis, señor, lo que os espera
Si á la merced del pérfido elemento
Exponeis otra vez vuestra existencia?

NESTÉO

No, señora; los cielos han hablado
Más que nunca esta vez. En la ribera
Conmigo estaba el sacerdote santo;
Y, humillando su faz hasta la tierra,
Invocó en alta voz á las deidades
Que al troyano protegen, y su lengua
Enmudeció después: sus actitudes,
Su mirar, sus acciones, todo muestra
Que lo agitaba un dios, y que á su vista
Los celestes arcanos se presentan.
Al cabo prorrumpió: « No pienses, (dijo)
« Troyana gente, que segura senda
« Nos abrirá la mar, mientras no tiña
« La sangre de las víctimas la arena,
« Y no presencie Enéas y sus jefes
« El sacrificio que Neptuno ordena.
« La conquista de Troya costó al griego
« Sacrificar en Aulida á Ifigenia,
« Y el mismo día se inmoló en las aras
« Del dios del mar una hecatombe entera.
« Sin sangre de una virgen al troyano
« El ponto se abre cuando á Italia vuela;
« Que, inmolados tres toros á Neptuno,

«El mar y el viento su favor nos presta.»
Dijo, y al punto el horizonte limpio
Quedó de nubes y de oscura niebla.
Yo dispuse al momento que Cloanto,
Sergesto, y los demás, que á la cabeza
Están de nuestra gente, se impusiesen
Del celestial portento; y, con presteza,
Las naves por un rato abandonando,
Saltasen nuevamente á la ribera.
Os aguardan, señor, y el sacerdote,
Para empezar el sacrificio, espera
Que concurrais también: cuando termine,
El bélico clarín hará la seña
Del reembarco de todo.

ENÉAS

¡Ana! Ahora,
Decid, ¿nos habla el cielo? ¿Puede Enéas
Ser acusado con razón de ingrato?
Vamos, Nestéo.

ANA

Sí; la triste reina
También es una víctima inocente
Que sacrifica Enéas, Ifigénia,
Al puerto de Calcas inmolada,
En Aulida espiró. Su misma tierra
Verá morir á Dido, porque quiso
Un bárbaro troyano que muriera.

ENÉAS

No más, señora, atormenteis mi pecho:
Si vuestro labio sin razón se niega
A consolar á Dido, y al contrario
Su desesperación tal vez aumenta,
Enéas hará más; vendrá de nuevo
A ver si alcanza mitigar la fuerza
Del dolor de su amante. Los momentos

Que, en concluyendo el sacrificio, pueda
Permanecer aquí, serán de Dido;
Y cuando los clarines den la seña
Del instante postrero, de su lado
Recién me apartaré; que la terneza
Del que llamasteis bárbaro, se extiende
A más de lo que creeis. ¡Pueda mi lengua
Persuadir á mi amante, y las deidades
Apartar de sus ojos esa venda
Que no la deja ver, y que su hermana
Se empeña en no rasgar, como debiera!

ACTO TERCERO

ESCENA I

DIDO — ANA

DIDO

¿Aun dura el sacrificio? ¿Y el malvado
El castigo no teme de su audacia?
Implora á las deidades que le ayuden
A faltar á su fé. ¿Cuál arrogancia
Es igual á la suya? ¿Piensa acaso
Que un sacrificio en las mentidas aras
Comprometa á los dioses, como á Dido
Comprometer pudieran sus palabras?
Pero ¡hermana! ¿se va? ¿se vá, querida?
¿Nada dice de mí? ¿Y abandonada
Así me deja á los furores mios,
Así me deja á la pasión de Yarbas,
Y á los horrores que en idea veo,
Y á la muerte infeliz que me amenaza?
¡Ana! ¿No volverá? Quizá mi llanto

Penetrará una vez en sus entrañas,
Y un pecho ablandará que no es de bronce;
Que al menos no lo fué. Dime, ¿lloraba
Cuando tú le pintaste mis dolores?
¿Dió un suspiro á tus quejas, ya que nada
A mis lágrimas dió? ¿nada te dijo?
¿Ni siquiera te dijo que me amaba?

ANA

Lo repitió, querida; pero el duro
Miente como mintió; ni hay esperanza
De vencerle jamás. Deja que vuele
A hallar la muerte en su anhelada Italia.
Tú, ya piensa en tí misma; y este llanto
Que sea el postrer llanto que derrama
Por un infame tu dolor terrible.
Llora, más con tus lágrimas apaga
Hasta el último resto del incendio
Que furioso en tu pecho se cebaba.
Llorar más de una vez por un ingrato
Es un delirio que quizá....

DIDO

Ya basta;
Basta traidora de rasgar mi pecho.
Cuando Dido indecisa batallaba
Entre la fé á Siquéo, y este fuego
En que de pronto ardió, ¿no fué mi hermana
No fueron sus consejos lisonjeros
Los que, adulando mi funesta llama,
Hicieron que, cediendo á su violencia,
Mi fé y mis juramentos olvidara?
Tuya es la culpa, tuya: ¿y como ahora
Pretendes que desame? ¿Piensas, falsa
Que hay poder en los cielos ni en la tierra
Capaz de hacer que de mi pecho salga
La imagen del perjuro que idolatro,
Y que en medio del alma está enclavada?

Sábelo si lo ignoras: este incendio
Que reduce á pavezas mis entrañas,
Y en vez de sangre por mis venas corre,
No es amor, no es pasión; es la venganza
De algún ser superior, es el enojo
De todas las deidades, conjuradas
En contra de esta triste; así llegaron,
Ya llegaron al colmo mis desgracias,
Y mi sufrir excede la medida
Que á un mortal la natura le señala.
¿Lo sabes?—Oye más,—Sí: tú, tú misma
En mis males horrendos empeñada,
Quieres abandonarme. ¿A que, perjura,
A que me aconsejastes que le amara,
Si era de haber un día en que tu labio
Así se desmintiera? ¿en que tu hermana,
Lejos de hallar consuelo en tu cariño,
Viera en tí á su enemiga? ¡Oh Dios! ¡Ingrata!
¿Quieres que deje que de mí se aparte?
¿Quieres que deje que se ausente á Italia,
Y otra mujer feliz, y otros amores,
Y mi abandono.... ¡Cielo! ¡Que! ¿Pensabas
Que hay vida para mí sin que conmigo
Viva el amante que idolatra el alma?
¿Qué puede hacerme dulce la existencia?
Ni tu amor, ni tu fé. ¡Qué fé! ya falta
De tu pecho también: ya te pusiste
Del bando del malvado, y...

ANA

¡Dido! ¡Amada!
Amada de mi vida, ¿que furores,
Qué poder invencible te arrebata,
Y de tal mado trastornarte puede,
Que aun contra mí tu corazón se alarma?
¡Cielos! ¡yo tu enemiga! ¡yo ponerme
Del bando del perverso! Me faltaba
Este género nuevo de tormento

Sobre el dolor que tu dolor me causa.
¡Yo engañarte, querida!—¡yo, que vivo
Para que vivas tú!

DIDO

Perdona, hermana;
Perdóname otra vez,—¿De mí qué esperas?
Mi pecho sabe amarte como me amas
Pero yo estoy en presa á mis furores,
Y esta pasión ... ¡oh Dios! Mi furia insana
¿Tal vez pudo ofenderte? Dulce amiga,
¿Me querrás perdonar?

ANA

Vuelva la calma,
Vuelva, mi Dido, á tu angustiado pecho.
¿No soy tu hermana yo? ¿No tienes tantas
Pruebas de mi amistad? El labio mío;
Si alguna vez te dijo que le amáras,
Fué porque nunca sospeché que Enéas....

DIDO

No me le nombres más; deja que parta
Do le llame el destino: ¿será cierto
Que le llama tal vez?—¡Siquiera, gratas
Las deidades que implora, fácil senda
Por entre el mar y los escollos le abran
Y, ¡ojalá que no en vano se derrame
La sangre de la víctima en las aras,
Y los fervientes votos que alza al cielo
No los disipe el viento en nuestras playas.
Yo curaré mi mal: también á Dido
La escuchará algún dios.—¿No miras, Ana,
Cual la tranquilidad vuelve á mi pecho,
Y la razón, triunfando de mi llama,
Ni grita en vano, ni el furor impide
Que la obedezca ya?

ANA

¡Ah! No burladas
Mis esperanzas queden.—¡Qué dichosas
Fuéramos ambas, si el amor dejara
Su sitio á mi amistad! ¡Cómo mi mano
Derramaría bálsamo en tus llagas!
Házmelo consentir.

DIDO

Ana; yo nunca
Mis sentimientos te oculté: las ansias
Te revelé de mi pasión furiosa:
¿Y podré reservarte la mudanza
Que han obrado los cielos en mi pecho,
Cuando menos mi pecho lo esperaba?

ANA

¡Ay, Dido!—¿Será cierto?—¡Oh Dios!—¡Qué nueva
Tan lisonjera y dulce para mi alma!
Bien: no lo veas más: llama á Barcénia,
Llámala de una vez: de aquí que vaya
Hasta el lugar del sacrificio, y diga
A tu enemigo que al momento parta;
Que no le quieres ver; que...

DIDO

No es posible.
¡Que no le quiero ver!—Ana, te engañas,
Y me engaño yo misma... No, no creas
Que le amo ya; mas antes de que salga
Para siempre de aquí... ¡Dios! ¡para siempre!
¡Que idea tan atroz!—¡Como desgarra
De nuevo el corazón!

ANA

¡Ah Dido! ¡Dido!
¡Como te burlas de tu triste hermana!

Modera tus transportes, y refrena
Esa pasión frenética...

DIDO

¡Inhumanas,
Más que inhumanas las deidades todas
Que el mortal reverencia!—Dido: basta,
Basta ya de sufrir: venga la muerte,
Y ahogue de una vez en mis entrañas
Este mal insanable, este veneno
Que me emponzoña toda.—¿Piensas, Ana,
Que hay vida para Dido, si se lleva
Enéas mi vivir?—Pero ¿qué aguarda
Mi furor que no tienta los socorros
Que pueden valer?—Si: que á las armas
Vuelen mis tírios, y con los troyanos
En la defensa de mi amor combatan;
Incendien sus bajeles, y destruyan
De la agua en las orillas esas aras
Que alzó la iniquidad, y en las que ahora
El incienso en mi daño se levanta.
Venguen los tírios á su reina, y luego...

ANA

¿Qué dices, Dido? ¿Bastarán las armas
De un puñado de hombres, que contigo
De la Fenicia huyeron, contra tantas
Legiones que obedecen al inícuo,
Y que arden todas por marchar á Italia?
Pon un freno, querida, á tus transportes,
Y deja que la mar vengue mañana
Sobre tu misma costa...

DIDO

No lo creas:
Enéas partirá; que nada basta
A poder detenerlo; y á Cartago
Verás venir al indomable Yarbas;

Verás destruir desde el cimiento mismo
Mi naciente ciudad; oirás la llama
Más que en Troya estallar; y yo, cautiva,
Después que de los míos la matanza
Y el exterminio vea, á los rencores
Seré de un rey feroz abandonada,
Enéas entre tanto...

ANA

¿Y desde ahora
Por qué no prevenimos las desgracias
Que acabas de pintar? ¿Por qué tus tirios
No seguirán alzando estas murallas,
Como antes que vinieran los troyanos
A sembrar el horror en tus comarcas!

DIDO

Déjame ya. Barcénia en los altares
No sé que puede hacer que tanto tarda.
Yo también á los dioses en mi templo
Quise rogar por mí: también prepara
Ya la sacerdotiza el sacrificio
Que aplaque á Vénus, y en la tumba helada
La sombra aplaque del esposo mío.
¿Ultimo efugio que me resta, hermana?
Si este me falta ¿encontraré por suerte
El que de tu amistad mi pecho aguarda?

ANA

¿Y lo podrás dudar?

DIDO

Dí, ¿me prometes
Servirme de una vez? y de las ansias
Que mi pecho devoran ¿será dado
Que por la ayuda de una mano cara
Libre me pueda ver?

ANA

Háblame, Dido:
Háblame por piedad. ¿Qué quieres que haga
Para verte tranquila? Yo ¿qué cosa
Te podré denegar?

DIDO

¡Querida! Nada.

ANA

Nada, querida; nada: si mi muerte
Puede librar tu vida...

DIDO

Bien; pues arma,
Arma tu mano de un puñal, y luego
Aquí, donde está el fuego, aquí, mi amada,
Húndele todo.

ANA

¡Oh Dios! ¡Qué horror! ¿Y Dido
Tal se atreve á esperar? ¡Ingrata! ¡ingrata!
¿Este es el premio de cariño tanto?
¿Así cual nunca, mi amistad agravias?
¿No te estremeces, Dido?

DIDO

No: la muerte
Por una mano tan querida dada
¡Qué dulce me sería! ¿Lo rehusas?
Puede ser que lo sientas.

ANA

¡Cielo! ¡Hermana!
Ten piedad de tí misma. ¡Oh Dios! Barcénia

(Aparte).

Se acerca; del horror viene agitada;
Y su rostro... ¿Será, será que á tantos
Otro motivo de furor se añada?

ESCENA II

DIDO—ANA—BARCÉNIA

Esta se presenta como horrorizada, y hasta en su modo de hablar indicará el espanto. Dido se poseerá cada vez más de los mismos sentimientos.

DIDO

¿Qué te agita; Barcénia? ¿Qué terrores
Aumentas á los míos? Habla; acaba
De matarme tal vez. ¿Pudiera el cielo...

BARCÉNIA

Señora; el cielo sin piedad aparta
Su bondad de nosotros. ¡Ah! Yo tiemblo
De repetir, señora, lo que pasa
En el templo.—¡Qué horror!

DIDO
(con una inquietud animosa y afligente).

Prosigue.

ANA *(con interés).*

Nada;
Nada será, querida: el miedo turba
Muy facilmente las vulgares almas.

BARCÉNIA

No enojes mas al cielo y á los dioses
Que presiden la muerte.—Yo la causa
De tal portento ignoro: pero nunca

modo de
más de

La deidad al mortal mostró tan clara
Su venganza terrible. De la reina
Obedecí el mandato, y á las aras
Con la sacerdotiza me conduje.
Recien las libaciones preparaba
Y los santos licores, que debían
Verterse por sus manos en la llama,
Cuando el incienso ardió; y oscuro, y denso,
El humo, lejos de subir, se baja,
Por invisible mano rechazado
Del aire y los altares. Azorada
La intérprete del cielo, los licores
Iba en el fuego á echar; pero apagada
La lumbre estaba ya, y el vino todo
En negra sangre convertido...

DIDO *(temblando)*

¡Hermana!

ANA

Con una emoción que procurará dominar al momento.

¡Dido! ¡Qué horror!

BARCÉNIA

La tumba de Siquéo
Tres veces se abre entonces, y otras tantas
Cerrada con estrépito horroroso,
Sus hondas cavidades retumbaban.
El espanto, señora, me ha apartado
Del ominoso templo; y, encargada
Por la sacerdotiza de que os llame,
Pude apenas llegar hasta esta estancia.
Solo os espera; porque sola, dice,
Que con la reina las deidades hablen.

ANA

No vayas, Dido, no: deja que aplaque
Semira á la deidad, si está irritada.

BARCÉNIA

No, señora; volad: Semira inmóvil
En la puerta del templo...

DIDO

Sí: mi planta
Apenas muevo ya; mas voy: los dioses
A la muerte, no al templo, á Dido llaman.
Ninguna de las dos mis pasos siga,
Ninguna de las dos.—Semira, aguarda

Dirá estos dos últimos versos con imperio, y con una serenidad como la de la desesperación. Se va.

ESCENA III

ANA — BARCÉNIA

ANA

¡Qué has hecho incauta! ¿No pudiste acaso
Moderar tu pavor? Mira: mi hermana
Ya sabes que ama á Enéas; mas no sabes
Cuantos horrores desde anoche á su alma
Un sueño trajo, en que Siquéo mismo
En vengadora voz la amenazaba:
No sabes la partida del troyano
El atentado que tal vez prepara:
Nada sabes, en fin: pero yo temo
Lo que debes temer; vuela, insensata;
No abandones á Dido ni un momento;
No la abandones á su furia insana.
Yo tardo unos instantes porque espero
Al que sus penas horrorosas causa,
Y conviene que le hable, antes que Dido
Pueda volver aquí: parte: ¡que tardas!
Un momento que pase es una furia
Que entra de nuevo á devorarla...

BARCÉNIA

¿Y Ana,
Y Dido misma á la infeliz Barcénia
No quisieron hacer una confianza,
Que era justa quizá, que cuando menos?...

ANA

No era preciso, amiga: yo bastaba,
O creía bastar: pero ha llegado
El instante en que tú... ¡Querida! ¿aguardas
A que otra vez mi lengua te repita,
Que Dido está en peligro?

BARCÉNIA

¡Oh Dios! ¡Y tanta
Amistad que mi pecho la profesa!
Voy, señora; ya voy donde me llama
Mas que todo, el cariño.

ANA

Si, mi amiga;
Obsérvala de cerca, y desalada
Vuela hacia mí en el punto en que... ¡Dios santo!

(Suena un clarín como á lo lejos. Se supone ser en la ribera).

¿Oyes la seña? Esa es. ¿Oyes? Mi hermana
La escuchará también: ya parte Enéas:
Fué mentida su vuelta: vamos; nada
Nos puede detener: vamos á Dido:
Volemos, dulce amiga á consolarla;
Que este instante decide para siempre
De su suerte Barcénia, y ya se pasa

(Se van con precipitación).

ESCENA IV

La escena estará un breve rato en una soledad y un silencio profundo; pasado este, se presentarán los dos actores.

ENÉAS — NESTÉO

NESTÉO

Qué insólito silencio! Este palacio
Que siempre resonó...

ENÉAS

Nestéo, calla.
Vengo á cumplir los últimos deberes
Que me impone el amor, y apenas basta
Á resistir mi corazón. Amigo;
Te lo debo decir, si así te llama
Mi pecho con verdad; voy á ausentarme
Para siempre de Dido; y estas playas
En jamás volverán á ver á Enéas,
Ni Enéas á su amante desolada.
Así lo quiere el cielo: mas mi vista
De mirarla, Nestéo, no se sácia:
El instante final es el mas fuerte
De todos los instantes: nunca estalla
Con mas furia el amor, que en el momento
En que es preciso abandonar su amada.
No me increpes, amigo: todo está hecho
Para la gloria ya: permite que haga
Algo por mis amores; y mi pecho
Que tanto ha suspirado en esta estancia,
Suspire en ella por la vez postrera,
Y oiga mi Dido mis postreras ansias.
Ya la seña se dió; nuestras legiones
Embarcándose están: mientras que tarda
La última seña, que á partir nos fuerza,
Y no permite espera, es justo salga
Amor y nada más, del pecho mio,

Amor, y nada más. ¿A bien que faltan
Muy menguados instantes? Pero Dido
¿Dónde se ocultará. ¿No habrá su hermana
Llegado á persuadirla que su amante
La adora mas que nunca la adoraba?
Nestéo, ¿dónde está? ¿Será que crea,
Que todavía crea que es ingrata
Una alma en que ella vive, y fuera suya,
Si fuese mía, como son las almas
De todos los felices?

NESTÉO

Es muy justo,
Es muy justo, señor, que se deshaga
Un rato el corazón entre suspiros
Que una noble pasión del pecho arranca.
Os dignasteis llamarme vuestro amigo:
Lo soy, señor, lo soy: vuestra confianza
Probadme en esta vez: no se repriman
Vuestros sollozos mas: nunca degrada
El querer con nobleza: un pecho grande
Sensible debe ser.

ENÉAS

Nestéo, basta.
Si el débil llanto de los ojos míos
Brotar pudiera alguna vez, brotára
Solo en esta ocasión. En ella al menos
Lo arrancaría la mas digna causa,
Y el secreto dichoso de tal llanto
En pecho como el tuyo se encerrára.
Mas el silencio del palacio crece,
Ni hay quien se acerque á estos lugares...

NESTÉO

Ana:
Parece dirigirse hácia este sitio.
¿No es ella? ¿No la veis?

ENÉAS

Si amigo. ¡Cuantas
Tristes ideas con su vista llenan
De sinsabor y de inquietud el alma!

ESCENA V

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ANA

Tal vez ya no hay remedio.—¡Oh Dios! ¡Que veo!
¿Que haceis aquí, señor?

ENÉAS

¿Y vuestra hermana?

ANA *(con cierto aire de ironía)*

Mi hermana sufre mas de lo que Enéas
Es capaz de gozar, cuando le llaman
Cielos y gloria á un tiempo, y cuando llegan
Las horas de partir. ¡Señor! el alma
De los grandes campeones no se vence
Con amor ni con llanto. ¡Que pensara
De un héroe el universo, si pudiera
Ceder el héroe á las pasiones blandas!
En buen hora partid: lo que ya importa
Es que Dido no tenga la desgracia
De volveros á ver; la herida suya
Está sangrando sin cesar, y es rara
Especie de crueldad venir vos mismo
Otra vez y otra vez á desgarrarla.

ENÉAS

¿Hasta cuando, señora, mis dolores

Han de ser descreidos? Esta llama
Que mentida pensais y que en mi pecho
Encendió la pasión de vuestra hermana,
Es una llama noble, duradera,
Que de un soplo improviso no se apaga,
Ni se complace en insultar los males
Del objeto adorado que la causa.

ANA

Que sea cual decis: nada interesa
A dios ser querido ó engañado
De vos en adelante: mas, si es cierto
Que os llega á lastimar su suerte infausta
Partid en el momento; mis esfuerzos
Bastarán, si es posible, á consolarla;
Y si no, lloraré, como ya lloro,
Los males que su amante la prepara.

ENÉAS

A prepararla vengo y á pedirla
De nuevo que me crea. Mis palabras
La podrán persuadir de mis amores,
Y de la obligación que me arrebata
Tan lejos de su lado. Nunca Dido
Llegue á juzgarme ingrato: entonces, Ana,
Me ausentaré forzado, pero al menos
Me ausentaré sin que padezca el alma
Con la idea feroz de que mi amante
Juzga mentida mi pasión tirana.

ANA

Del corazón en el primer desorden
¿Cómo os podrá escuchar? Vuestras miradas,
Vuestras voces, señor, serán puñales
Que en su pecho entrarán. Cuando la calma
La restituya su razón, entonces
Yo os prometo...lo haré...me obligo á hablarla,
Y á decirla tal vez cuanto vos mismo

La pudierais decir: ahora, parta,
Parta cuanto antes vuestra nave. Dido
No tardará en volver hasta esta estancia,
Sola en su templo con Semira queda;
Barcénia está esperándola que salga
Para no abandonarle un solo instante
A sus terrores y á su furia.

NESTÉO

De Ana
El consejo seguid: vuestra presencia
Funesta puede ser; y quien pensaba
Darla consuelos en su mal, acaso
Torne incurable la profunda llaga.

ANA

Si: sed piadoso en esta vez siquiera:
Si amais á Dido, por piedad dejadla,
Ya que no puede siempre á vuestro lado...

ENÉAS

A pesar de la fuerte repugnancia
Que siente el corazón, estoy resuelto.
Adios, señora, adios. ¡Puedan mis ansias
Ser creídas de Dido, y mi memoria
No ser jamás aborrecida!. Parta,
Parta sin verla yo: decis que, si amo
Lo debo hacer.

ANA *(viendo á Dido, y saliéndole al encuentro)*

Oh! Dios

ESCENA VI

DIDO, ANA, ENÉAS, NESTÉO, BARCÉNIA

Dido saldrá con toda precipitación, como horrorizada. Al encontrarse con su hermana, sin reparar en nadie, hará las exclamaciones con que empieza esta escena y permanecerá como en un delirio en los brazos de Ana, hasta que, vuelva á hablar Barcénia que la venía siguiendo.

DIDO

¡Piedad! ¡Hermana!

ANA

¿Que es esto, cielo santo? ¡Qué terrores!
Barcénia, tú la sigues. ¿De qué causa
Arranca este furor?

BARCÉNIA

Señora, tiemblo
De mirar á la reina. Cuando pasa.
Me amedrenta y me aterra. Un atentado
Revuelve allá en su mente, y nada alcanza
A poder refrenarla. En los umbrales
Del templo me dejasteis: azorada
De repente la reina sale, y entra
Furiosa en su aposento: mis pisadas
De cerca la seguían; y observando
Que la observaba yo, vi que llevaba
La mano hácia su seno: y sin hablarme,
Salió otra vez despavorida...

DIDO

Nada;
Nada es, amiga. ¡Cielos! ¿Todavía
¡Bárbaro! Todavía no se sácia.
Tu impiedad de afligirme? ¿Que haces? ¿Vienes
A mirar ya completa y consumada
Tu obra de iniquidad? ¡malvado! ¿Esperas....

ENÉAS

Espero; Dido consolarte.

DIDO

¡Cuanta,
Cuanta crueldad en ese pecho anidas!
¡Hijo de Vénus tú! La tigre hircana,
Cuya leche ferina fué, en naciendo,
Tu sustento primero, tus entrañas
A ser feroces enseñó—¿Pensaste
Que Dido acaso tu favor aguarda?
¿A qué vienes aquí? Parte, perverso,
¿A mí? lo ves? la tumba helada
Se me abre á cada paso.... allí Siquéo
Me espera: sí: ¿no ves como me llama
A jurarme de nuevo entre las sombras
Un amor eternal? ¡Cenizas caras
De mi primer objeto! confundidas
Con las mías seréis. ¿No miras, Ana,
No miras en contorno los sepulcros,
Y los espectros, y la muerte ...

ANA

¡Hermana!
¡Dido de mi alma! Por piedad te ruego....

DIDO

No hay piedad para mí: si la encontrára
Maldijera el hallarla: ni en los cielos
La quiero ya esperar. Parte á tu Italia:
¿Que aguardas yá? lo ruego, te lo mando:
Esa es, Enéas, tu dichosa patria,
Y no aquel suelo engendrador de sierpes,
Que sostuvo de Troya las murallas,
Y que algún día la justicia griega
Estéril hizo en vengadora llama.
Vuela, vuela de mí. Mis mismos dioses

Impiadosos me arrojan de sus aras.
Y cuanto toco se convierte en sangre,
Y cuanto miro en derredor me espanta,
Y las serpientes de las Furias moran
Aquí, aquí. ¿Las ves como desgarran

(Oprimiéndose con la mano el corazón).

El corazón sangriento y envenenan
Hasta el aliento que mi labio exhala?
¿Que haces aquí, malvado? ¿Ni á la tumba
Quieres que baje con placer?

ENÉAS

¡Amada!
¡Amada más que nunca! No tu pecho
Así abandones al furor....

(Suena como en la ribera la última seña del clarín).

DIDO

¿Te llaman,
Te llaman, Dido, las terribles voces
Que en los sepulcros retumbando vagan?
Ana, ¿no las escuchas?

ANA

¡Dios! ¡Enéas!
¡No pudiérais partir sin que sonara
Otra vez un clarín que anuncia muerte?
¡Esto hace, Enéas, quien á Dido amaba?

ENÉAS

Parte, Nestéo; que Cloánto espere
Un momento no más....

NESTÉO

¡Señor!

(Como increpándole su debilidad).

DIDO

No partas;
Deja que muera la infelice Dido,
A los que vuelan á buscar á Italia
Gloria y renombre ¿interesar pudiera
Una flaca mujer la débil llama
De un corazón indigno de los héroes?
No, Nestéo.... ¡Ah! Yo tiemblo... ¿Puedes Ana,
Rogar al Cielo.... pero ¡que!... Semira
A mi lado en el templo le rogaba,
Y el templo todo repitió mil voces
De *muerte*, y nada más.... *muerte* sonaban
Las espaciosas bóvedas, y *muerte*
Las tumbas respondían.

ANA

Basta, basta:
Vuelve en tu acuerdo: te lo ruego, Dido:
Yo soy quien te lo ruego.

DIDO

Sí, mi hermana:
Tranquila estoy, tranquila: también puedes
Tranquilizarte tú—Dido lo manda.

ESCENA VII

DIDO, ANA, ENÉAS, NESTÉO, SERGESTO, BARCÉNIA

SERGESTO

Ya se ha dado, señor, la última seña:
Ya se empieza á mover toda la armada;
Solo á vos y Nestéo en la ribera
Un corto resto de mi tropa aguarda.
El viento es favorable: apenas riza
La suma superficie de las aguas;

Y el sacerdote dice que los dioses
Ya os acusan, señor.

ENÉAS

Nestéo, ¿falta
Aun algo que añadir á mis dolores?
¿Por qué no me ausenté sin que llegara
A este sitio la reina? ¿Como puedo
En medio del furor abandonarla?

DIDO

Nada temas, Enéas.... parte.... ¡Dido!...
Ya voy, ya voy, Siquéo.... ¡Sombra airada,
No me persigas más!.... ¡Qué sudor frío
Discurre por mis miembros! ¡Dios! *Helada*
Una mitad de mí ya no la siento. (1)
¡Ana! ¡Barcénia! Pero ¡qué! ¿No basta
Mi mano á libertarme de mí misma?
Mira, traidor. y aprende.

(*Saca precipitadamente un puñal que habrá traído oculto, y se hiere*)

ENÉAS

¡Dido!!

ANA

¡Hermana!!

NESTÉO

¡Que horror!

SERGESTO

¡Señor! ¿Que haceis? ¿qué haceis? Huyamos
De este sitio espantoso.

---

(1) Helada,
Una mitad de mí ya no la siento—(Verso de Cienfuegos).

DIDO (*moribunda*)

¡Sombra amada!..
Perdóname.. te digo.. ¡Hermana!.. ¡Enéas!..
Yo te amaba.. ¡cruel! y tú me matas. *(muere)*

ENÉAS

Nestéo ¿que hago yó?

NESTÉO

Partir al punto.

ENÉAS

¡Que funesto presagio llevo á Italia!

ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

1827

ACTORES

CREÓN—Rey de Tébas.

ADRASTO—Rey de Argos.

ARGIA—Hija de Adrasto, viuda de Polinicio.

EURIMEDÓN—Favorito de Creón y general de sus fuerzas.

GUARDIAS DE CREÓN—SOLDADOS DE ADRASTO.

La escena es en Tébas, en el palacio de Creón.

ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ACTO PRIMERO

ESCENA I

CREÓN, ARGIA; y al fin de la escena GUARDIAS.

CREÓN

No con tanta imprudencia abrais el pecho
A una esperanza vana. El resultado
Puede seros, señora, mas terrible
De lo que habeis creído; y vuestro engaño
Quizá me compadece. Con el sitio
Que ha puesto á Tébas vuestro padre Adrasto,
¿Su venganza y la de Argia se consuman,
Y el trono de Creón se ha derrocado?
Os engañais, señora; el pueblo todo,

Al Sr. D. Joaquín Gónzalez Ledo.

Señor:

Ha sido demasiado pública mi desgracia, para que me retraiga de recordarla, cuando la gratitud me impulsa á hacer que sea conocido por todas partes un hombre generoso. A principios de Octubre del año pasado, me ví precisado á ocultarme en mi país; y mi conducta fué para mis paisanos, en aquella época, como un texto sobre el que cada cual hizo su glosa, por valerme de la expresión del célebre Boileau. Vd., como todos, creyó que yo había fugado de Buenos Aires; y estando Vd. próximo á regresar á su patria, me dirigió á la Colonia del Sacramento, donde suponía que yo me hallaba entonces la carta siguiente:

Señor:

No he tenido la fortuna de tratarlo; lo respetaba por sus talentos, lo lamento por su desgracia, y acuso la... con que he procedido. Soy extranjero aquí, y no puedo ofrecerle socorros; pero regreso á mi patria, donde tengo amigos, tengo una casa, y algunos medios de que puedo disponer. Sírvase Vd. de ellos, y cuente con todo, sí quiere transportarse allí.

Perdóneme Vd. si lo avergüenzo con esta carta, pero sepa que nadie está impuesto de su contenido. También yo fuí desgraciado; y fuera de eso, *Homo sum, et humanum nihil á me alienum puto.*

Soy, señor, su más seguro servidor.

J. G. LEDO.

Buenos Aires, 7 de Octubre de 1823.

Si no me ama, me teme; y mis soldados
No se dejan vencer por los que el lujo
Y la molicie de Argos enervaron.
Si estais en Tébas por el gusto vuestro,
¿Qué quiere Adrasto aquí?

ARGIA

¿Podreis dudarlo?
¡En Tébas yo gustosa! El hijo mío,
En una oscura cárcel encerrado,
¿Su balbuciente labio no despliega,
Llamando al cielo y á su madre en vano?
A eso viene mi padre; á libertarme
Del furor de los monstruos.

CREÓN

¡Libertaros!
¡Insentata!

ARGIA

¡Creón! El cetro en Tébas
Es puñal de sus reyes: alcanzarlo,

Si se considera, Señor, que Vd. dirigió esta carta á un hombre que no conocía personalmente; que Vd. debía suponerse que yo me hallaba en circunstancias de admitir sus ofertas; y que ponía Vd. á mi disposición su fortuna, sin otra relación ni interés que el de proteger á un desgraciado, no podrá extrañarse que yo manifieste del modo más público mi gratitud hacia un extranjero sensible, que se ha portado de un modo tan contrario al de aquellos de mis paisanos, que, en mi fortuna, se llamaban más mis amigos. También es indudable que á muchos de mis compatriotas tengo que vivir eternamente agradecido: pero las circunstancias que hacen la acción de Vd. más acreedora á mi reconocimiento, no me permiten perder la primera ocasión que se me presenta de hacer saber á todos que el nombre de Ledo debe aumentar la lista, harto diminuta, de los hombres verdaderamente generosos.

Este solo interés me ha decidido á poner el nombre de Vd. al frente de la primer composición mía que se ha publicado desde la época de su carta; y á satisfacer, dedicándosela, la deuda que me ha heeho contraer su bondad. Felizmente también es Vd. un hombre de letras; y, si su prudencia sabrá excusar los muchos defectos de la pieza que le dedico, su ilustración se dignará tal vez indicármelos, y darme asi otra prueba del afecto con que Vd. se ha servido distinguirme.

Soy, Señor, con la mayor consideración.—Atento servidor.

Juan C. Varela.

Buenos Aires, Junio 20 de 1824.

Pretenderlo no mas, es prepararse
El fin de Polinicio y de su hermano.
Vos empuñais tal cetro; y las deidades
Se cansan de los crímenes al cabo.
Eteócles y mi esposo, fratricidas,
En sangre uno del otro se bañaron;
Por ceder el primero á la violencia
De un odio injusto y de ambición de mando,
Y Polinício por derecho á un trono
Que le usurpaba su perjuro hermano.
¡Ay! Jocasta, Creón, era su madre;
Vuestros sobrinos eran; y acallando
Los gritos de la sangre en vuestro pecho,
Aquellos tres cadáveres formaron
La escala ignominiosa, que hasta el solio
Os pudo conducir. ¿Tanto atentado
Dejará impune por ventura el cielo?

CREÓN

Polinicio y Eteócles terminaron
Una vida de horrores; ni sus nombres
Me debeis repetir. En este estado
Hablad de vos, de vuestra propia suerte,
De la del hijo que llamais amado.

ARGIA

La suerte de los dos menos ingrata
Desde ayer me parece. Los soldados
Que condujo mi padre, y amenazan
Esta erguida ciudad desde su campo,
Son la esperanza de Argia.

CREÓN

¡Qué esperanza!
¿De qué, de qué viene á vengarse Adrasto?
¿Para qué consintió que allá en su reino
A Polinicio dierais esa mano,
Que no podía contener el golpe

Que ya le preparaba el cielo airado?
Todo esto es consecuencia de aquel yerro;
Yo no lo sé enmendar: de mi contrario
Sabré triunfar ó perecer; pero antes
Muchos perecerán.

ARGIA

Mi padre acaso
No hubiera vuelto en armas contra Tébas,
A no verse de nuevo provocado
Por vuestra extraña atrocidad. Reciente
De los hijos de Edipo el fin infausto,
Y aun humeando la sangre de Jocasta,
Ocupasteis el trono. Sepultado
El cadáver de Eteócles fué con pompa
En magnífica tumba, y aplacaron
Sus manes execrables los aromas
Que sobre su sepulcro se quemaron.
A Polinicio en tanto una orden vuestra
Le negó estos honores; y en el campo
Arrojado insepulto su cadáver,
De las bestias feroces fuera pasto,
Si de Antigona la piedad no hubiese
Vuestra inaudita ley atropellado.
Ella erigió la pira, y con mi hijo
Vine yo disfrazada desde Argos,
A buscar de mi esposo las cenizas,
Que su hermano guardaba. Llego y hallo
Que también Antigona con la muerte
Su oficiosa piedad había pagado.
¡Bárbaro! ¿Era delito haber rendido
Honores funerales á un hermano
Tan digno de su amor? ¿Era delito
No haber nacido, como vos, malvado?

CREÓN

Desprecio esos insultos y el motivo
De la esperanza vuestra. Mas ¿acaso

La muerte de Antigona es la que viene
Vuestro padre á vengar? En mis estados
Mi voluntad es ley, y á nadie debo
De nada responder. En vuestras manos
Puse yo mismo los helados restos
De Polinicio, para vos tan caros,
Y os ordené volver á vuestra patria
Con los despojos del que amasteis tanto.
¿Por qué no habeis partido?

ARGIA

¿Y yo podría
Llevar sus restos fríos, y dejando
Aquí la imagen viva de mi esposo,
Ir sin el fruto de mi amor infausto?
Me hubieseis vuelto mi hijo, y al instante
Me hubiera yo de Tébas ausentado.
¿Quién puede aquí vivir? ¿No ha sido siempre
La mansión del delito este palacio?
¡Hijo de mi dolor! Tú solo, solo
Me aprisionas aquí. ¡Creón! ¡Ah! ¡Cuánto
Ansío por verlo ya! ¿Por qué motivo
Lo niegan desde ayer á mis abrazos?

CREÓN

Acabad de una vez de conocerme,
Que todo el corazón voy á mostraros;
Y ved si temo á vos ni á vuestro padre,
Cuando así á mi enemiga me declaro.
Al interés de mi ambición, señora,
Todo se subordina. Los hermanos
Habían muerto ya; Jocasta quiso
Seguirlos á la tumba; y no quedando
De esa horrible familia entre los vivos
Mas que Antigona ya, fué necesario
Sacrificarla á mi quietud, pues siendo
Hermana de los dos, pudiera al cabo
Juzgarse con derecho á la corona,

Fingir un tiempo, y cuando yo, confiado,
Libre ya de enemigos me creyese,
Arrebatarme el cetro de las manos.
Ella debió morir; para los reyes
La sospecha que cause algun vasallo
Es sobrado delito: mas su muerte,
Sin visos de justicia, á mi reinado
Pudiera ser perjudicial. Por eso
Dicté la ley que os enfurece tanto
Y el cuerpo exangüe del esposo vuestro
De honores funerales fué privado.
Yo bien sabía que Antigona sola
Osaría oponerse á mi mandato,
Y que la pena impuesta al que rindiera
Los últimos honores á su hermano,
No podría arredrarla; porque siempre
Su amor á Polinicio fué extremado.
Cayó en las redes que tendió mi astucia,
Y todos mis designios se lograron.
Por lo demás, á mí ¿qué me importaba
Dar ó no sepultura...

ARGIA

¡Dios! ¿Y tantos
Respetos se atropellan? ¿Tanto puede
La ambición de mandar en un tirano?

CREÓN

Argia, voy á concluir, Por mis afanes
Acabó esa familia, que ha llenado
De escándalos la Grecia, y que yo ansiaba
Por ver exterminada y dar un paso
Desde vasallo á rey. Entre mis triunfos
Solamente me daba sobresaltos
Ese hijo vuestro, que, en edad tan tierna,
Solo á odiar á Creón está enseñado.
Crecer en él miraba un enemigo,
A quien un día el interés del mando,

Que lo creería suyo, y el deseo
De vengar á su padre infortunado,
Le harían mendigar por toda Grecia
El favor de mil reyes en mi daño;
Porque el de Adrasto es poco. Mi fortuna
Me puso en fin al niño entre las manos
Cuando, oculta con él, aquí llegasteis.
Y ya ¿qué debo hacer? ¿Habré de darlo
De nuevo á vuestro padre, y no teniendo
Ya nada que temer, un gran contrario
Me formaré yo mismo?—No señora.
Hasta aquí su cariño os ha obligado
A quedáros en Tébas: desde ahora,
Quedais por orden mía: este palacio
Será vuestra prisión, mientras decida
De la madre y del hijo el mismo Adrasto.

ARGIA

Está, señor, ya decidido: al punto
Mandadnos á los dos hasta su campo,
Y ciertamente ordenará mi padre
El sitio levantar.

CREÓN

¡Proyecto vano!
De mi poder vuestro hijo nunca sale:
Y... Señora... temblad.—O vuelve á Argos
Vuestro irritado padre, ó mi venganza
Será digna del nombre de atentado.
No hay medio: ó muero, ó mando: mas mi muerte,
Si es preciso que llegue....—No es del caso
Deciros más: á Eurimedon espero:
Debeis, hasta que os llame, retiraros.—
¡Soldados! Conducid hasta su estancia,

Dirá esta expresión acercándose al bastidor, y llamando á los guardias, que se presentarán al momento en la escena.

Y custodiad á esa mujer.

ARGIA

¡Malvado!
¿Será que todavía horrores nuevos
Meditareis furioso?—¡Hijo adorado!—
¡Haced, señor, siquiera que lo vea!—
¿Adonde, sin mi beso y mis abrazos,
Gemirá desde ayer? ¡Oh Dios!

CREÓN

Vinieron
Desde ayer vuestras tropas á sitiarnos.

ARGIA

Pero un niño, Creón, que apenas sabe
A quien debe la vida, ni...

CREÓN

Entretanto
Justo es que la altivez y la soberbia
Se vayan á rogar acostumbrando

ARGIA

¡Bárbaro! ¡Yo rogarte!, Argia te insulta;
Quien ruega es una madre: pero ¿cuando
Un corazón feroz ha distinguido....

CREÓN (*á los soldados*)

Llevadla; y que ninguno en mi palacio
Se atreva á hablarla sin una orden mía.

Las guardias conducen á Argía, que hará algunos esfuerzos por permanecer. En los momentos mismos en que Argia desocupa la escena, se presenta en ella Eurimedon.

ESCENA II

CREÓN, EURIMEDON

CREÓN

Eurimedon, ha tiempo que te aguardo.

EURIMEDON

Vuestro servicio é interés me tienen
Lejos de vos, Señor, tiempo más largo
Del que quisiera yo.—¿Argia irá presa?

Hará esta pregunta como quien habla consigo mismo; pero de modo que lo escuche Creón.

CREÓN

Lo sabrás. Dime ahora ¿has observado,
Desde que yo me retiré del muro,
Y la noche llegó, si los argianos
Han movido su campo?

EURIMEDON

Ya habeis visto
Que de los puestos que hoy han ocupado
No pueden ofendernos, ni es posible
Que alcancen nuestras flechas á dañarlos.
Señor, el enemigo no parece
Que en combatir se empeña: los soldados,
Enclavando sus lanzas en la tierra,
Descansaban inmóviles. Periandro,
A favor de las sombras de la noche,
Ha salido del muro con sus bravos,
Y al enemigo hasta que vuelva el día,
Celoso observará.

CREÓN

Tal vez tratados
Me querrán proponer. Yo nada temo,

Eurimedon, de los soldados de Argos:
Los míos son bastantes y atrevidos:
Pero el pueblo de Tébas, ya cansado
De horrores y de sangre, en esta guerra
Puede al fin revelarse contra su amo,
Y, sacudiendo sedicioso el yugo,
A los proyectos cooperar de Adrasto.

EURIMEDON

Señor, al pueblo se intimida: es hecho
Para temblar y obedecer callando.
Semejante á las fieras, sus furores
Contra el que lo domó nunca estallaron.
Siempre enemigo fué de quien le teme,
De quien sabe oprimirlo siempre esclavo.

CREÓN

Eurimedon, tú sólo en toda Tébas
Eres el hombre á quien mi amigo llamo
Y á quien lo creo tal. No me alucino:
El pueblo me aborrece; y si dejamos
Que, en el trastorno que la guerra causa,
Encuentre la ocasión de demostrarlo,
Puede perderse todo. El obedece,
Pero murmura en el silencio. ¡Cuanto
Me costó contenerlo, cuando puse
La red en que cayeron los hermanos
Polinicio y Etéocles! El primero
Era el amor del pueblo, en que mil bandos
Se armaban ya por él, á no haber sido
Que supe con mi astucia sujetarlo
Y alucinar á todos, encubriendo
Los planes que á tí solo se confiaron.
Ellos murieron; y al subir al trono
Fué necesario, y justo nuevos lazos
A Antigona tender, y el pueblo todo
Se anegó por su muerte en nuevo llanto.
Yo sé exponerme, pero no sin causa;

Y la que contra Tébas trae Adrasto
Es la de Polinicio. Ya he resuelto
Más bien que combatir, que los tratados
Nos vuelvan á la paz; como no exijan
Que entregue al hijo de Argia. En este caso,
Moriré, morirás, morirán ellos,
Todos perecerán; pero del mando
Descenderé á morir como he vivido,
Vengantivo, implacable; y arrastrando
Todos mis enemigos á mi tumba,
Contento entonces al sepulcro bajo.

EURIMEDON

Nada debeis temer.

CREÓN

Yo nada temo.
Quien hizo por el trono, hasta ocuparlo,
Lo que ha hecho Creón, por conservarse,
Todo atropellará si es necesario

EURIMEDON

Obedeceros es mi sola gloria.
Me llamais vuestro amigo, y soy soldado.
Os lo digo señor, porque es preciso
Combatir y vencer. Bien sé que Adrasto,
Si Argia y su hijo se le entregan, luego
Pondrá fin á la guerra que ha empezado:
Pero ni vos podreis volverle el nieto,
Ni Adrasto pasará por un tratado
Que no tenga por base aquesta entrega.
Lo repito; lidiemos y venzamos.

CREÓN

Si no hay remedio, correrá la sangre;
Pero yo, Eurimedon, he imaginado
Una astucia que puede conducirnos

A la paz y reposo, conservando
Ese niño que causa mis alarmas,
Y á Adrasto al mismo tiempo alucinado.

EURIMEDON

Siendo así, practicad el pensamiento:

CREÓN

Si: porque, aunque quisiera, guerreando,
Vengarme de ese rey, con todo, debo
No exponerme al furor de mis vasallos.
¡Ay amigo! No siempre son los reyes
Lo que quisieran ser.

EURIMEDON

Pero entretanto
¿Os puedo yo servir en el proyecto
Que meditais? ¿Cuál es?

CREÓN

Bastante extraño
¿Creerias que, en mi edad y en mi carácter
De un himeneo en el estrecho lazo
Pienso hallar mi salud, y hacer que sea
Mi aliado el sitiador?

EURIMEDON

¡Cómo! Explicaos
¿De quién quereis ser el esposo?

CREÓN

De Argia.

EURIMEDON

No os entiendo, Señor.

CREÓN

Escucha.—Adrasto
No tiene tanta fuerza, que confie
En ella sola para el resultado
Feliz de su campaña; y, si ha venido,
Es, menos por confianza en sus soldados,
Que por causar la sedición en Tébas.
Por otra parte, yo sé bien que basto
Con mi tropa á destruirlo; mas mi tropa,
Empleada en contener al populacho,
No debe distraerse, y exponerme,
Al menos á morir sin ser vengado.
En la pasada guerra la fortuna
Me arrebató mis hijos; pero al cabo
Me senté sobre el trono, y mi grandeza
No me dejó lugar para mi llanto.
Casándome con Argia hago heredero
A su hijo de este trono; y si á ocuparlo
Llega cuando yo muera, es porque quise,
Pero no porque nadie me ha forzado.
A bien que, muerto yo, muere conmigo
Esta frenética ambición de mando.

EURIMEDON

¿Y Argia, señor, consentirá? La altiva
Viuda de Polinicio, que vengado
Nunca creerá bastante el menosprecio
Que hicisteis del cadáver de su amado,
Ni las astucias vuestras, que lo hicieron
Descender á la tumba con su hermano.

CREÓN

Argia consentirá. La alternativa
Será la muerte, ó aceptar mi mano.
Además, ella sabe que su padre,
No está muy abundante de soldados,
Y educar para rey un hijo suyo
Es sobrada venganza de su agravio.

EURIMEDON

Y en el caso que Argia (porque es joven)
Os llegue á dar un hijo, ¿vos acaso
Consentiréis que reine el de otro padre,
Y de un padre, señor, que odiásteis tanto?

CREÓN

¡Ah! No, amigo: eso no. Si tal sucede,
Un veneno, un puñal bien disfrazado,
Una red que se tienda, el tiempo mismo
Nos dará la ocasión de libertarnos
De quien ya entonces heredar no debe.
El peligro es de hoy; y si el tratado
Cimenta la amistad y la confianza
Entre ambos reyes, el de Tebas y Argos,
Mañana seré fuerte; el pueblo mismo,
De quien recelo ahora, alucinado,
Justo me llamará; y humilde y ciego,
De quien yo nombre rey será el esclavo.
Este es mi plan, Eurimedon. ¿Qué dices?
Tan solo á consultarlo te he llamado.

EURIMEDON

Es muy digno de un rey: y sobre todo
¿Qué se pierde, señor, con intentarlo?
Si no surte el efecto...

CREÓN

Entonces Argia
Y su hijo morirán; y contra Adrasto,
Y contra el pueblo pelearemos todos,
Y, si yo muero, moriré vengado.
Viéndolos perecer, aunque perezca.

EURIMEDON

Ya os he dicho, señor, que soy soldado,
Que os amo, y que...

CREÓN

Lo sé. Argia está presa,
Porque no convenía en mi palacio
Dejarla libre, desde que han venido
De su padre las tropas á sitiarnos:
Pero libre estará, si entra en los planes
Que con mis intereses ha acordado.
Vuela á su estancia, empieza á prepararla,
Dile que mis enojos han cambiado,
Que he pensado en su suerte y en la mía,
Permítele de su hijo los abrazos,
Dile que amo la paz, mas mis recelos
Ten cuidado á su vista de ocultarlos;
Y que luego me espere en este sitio.
No le descubras todo el plan.

EURIMEDON

Ya parto.

ESCENA III

CREÓN *(solo)*

O consiente la altiva en este enlace,
O el venidero sol alumbra estragos
Que jamás alumbró.—Bajar del sólio
Es peor que morir.—Voy entretanto
A recorrer los muros.—Madre é hijo
En mi poder están: puedo acabarlos
En un instante, y el tomar á Tébas
No es obra de otro instante. ¡Argia! ¡Lisandro!
Muy pronto se decide vuestra suerte;
Y viviréis ó moriréis entrambos,
Según lo dicte el interés del trono,
Según yo quiera desplegar mi labio.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ARGIA *(sola)*

¡Qué extraña novedad! Apenas puedo
Volver de mi sorpresa!—¡Mitigada
La furia de Creón!—¿Será posible?
A nombre suyo Eurimedon me hablaba
De paz y de amistad; y el hijo mío...
¡Lisandro de mi amor! ¡Ah! ¡Cómo el alma
Se ha gozado en tus besos! y tu rostro
¡Cómo mi llanto maternal bañaba!
¿Qué benéfica mano de repente
Me ha dado este consuelo en mi desgracia?
Pero... ¿podré dudarlo? A los temores
De Creón es debida esta mudanza.
Las armas de mi padre habrán logrado
Sobre las suyas la primer ventaja;
Se acercará el peligro, y ¿qué tirano
A vista del peligro no desmaya?
El temor en Creón hace las veces
De justicia y piedad. Ya que no bastan
Su poder y su astucia á los designios
De su loca ambición y su venganza,
Quiere que le agradezcan por favores
Lo que es necesidad; pero se engaña;
Que él mismo me ha enseñado á que conozca,
Todas sus artes, y el doblez de su alma.
Pero yo me arrebato. No me trajo
A la execranda Tébas la esperanza
De alzar al hijo mío sobre un trono
De que el cielo jamás el rayo aparta.
De Antigóna al llamado vine oculta,
Para llevarme las cenizas caras

De su hermano y mi esposo, y conocerla,
Porque supo querer á quien yo amaba.
¡Ay! ¡Que no la abracé!—¡Ni pude en mi hijo
La imágen de su hermano presentarla!
Creón me descubrió: déjeme ahora
Salir de Tébas, y partir cargada
Del peso suave de la helada urna
Que los despojos de mi amado guarda:
Déjeme conducir el tierno fruto,
De mi infeliz amor, y nunca Argia
Le llamará tirano, nunca Adrasto
Ya contra Tébas volverá sus armas.
Sí, Creón, vive y reina; y mi Lisandro
Solo me ayuda en mi tranquila patria
A llorar á su padre. Si los cielos
Lo hicieron para rey, Argos lo aguarda
Con un trono de paz, después que aprenda
De Adrasto las virtudes del que manda.
¡En qué ansiedad estoy!—Nadie parece.

Mirando afuera como atemorizada.

No veo en todas partes mas que guardias.
Creón me hace esperarlo en este sitio;
Pero ya que no viene, y á la estancia
Puedo volver de mi hijo...—¡Qué silencio!
El palacio esta noche la morada
Parece de los muertos.—De repente
Yo no sé que temor mi pecho asalta;
Y el corazón...—¡Oh Dios!...—Alguno viene.

Se retirará sobresaltada al fondo del teatro.

ESCENA II

Creón dirá los cinco primeros versos de esta escena sin ver á Argia: hasta que reparando en ella, le dirige la palabra.

CREÓN—ARGIA

CREÓN

Cual si no hubiera guerra, todo calla.
No parece esta noche precursora

De los sucesos que la luz aguardan.
Siempre entre las tinieblas espantosas
Las catástrofes grandes se preparan.
  Demasiado tal vez en este sitio
Os hice Argia, esperar; pero la causa
Os es tan conocida como justa,
Y no lo extrañaréis.

ARGIA

Vuestra tardanza
No es lo que extraño ciertamente; veo
Los motivos que sobran á excusarla.

CREÓN

Si ellos no fueran tantos y tan fuertes,
Tiempo ha que á vuestro lado me encontrára,
Porque nunca he deseado como ahora,
Por su propio interés, hablar con Argia.

ARGIA

Argia no tiene otro interés que su hijo.

CREÓN

Pero en las circunstancias en que se halla,
Ese interés alguna cosa tiene
De común con Creón.

ARGIA

¿Es arrogancia,
O desprecio por mi lo que os induce
A recordar, Creón, la inícua causa
Que produjo el efecto de que tenga
Algo común con vos el hijo de Argia?

CREÓN

No es arrogancia ni desprecio. Acaso
Pensásteis que esta noche se os pasára

Sin gozar las caricias de Lisandro;
Y Eurimedón, por mi orden, á gozarlas,
Sin que vos lo esperárais, os condujo.
¿Nada os dice, señora, esta mudanza?
Que el efecto produzca tan siquiera
De que escucheis ahora mis palabras
Con menos prevención: que un breve rato
De los resentimientos olvidada,
Conozcais que la cólera no siempre
Mis otros sentimientos avasalla;
Que también la razón mis pasos guia,
Y la justicia en mis acciones manda.

ARGIA

Difícil es, Creón; pero tal triunfo
¿Quién podrá celebrarlo mas que Argia?

CREÓN

No lo extrañeis, señora. Un rey, que mira
Que otro rey una guerra le declara
Con precipitación, y que sus tropas,
Invadiendo de pronto sus comarcas,
Asédian su ciudad, cede por fuerza
Al impulso primero de su saña.
Mi conducta con vos ha sido efecto
De una causa tan grave

ARGIA

Aun se ignoraban
En Tébas los proyectos de mi padre.
Ni teniais temor de que sus armas
A amenazar viniesen vuestros muros,
De repente inundando las campañas,
Cuando vuestro rencor, no satisfecho
Con ejercer su bárbara venganza
Hasta en las sombras que á la Estigia fueron,
En un infante tierno se cebaba.
No es un sitio de ayer, no es esta guerra

La que hace en vuestro pecho hervir la rabia
Al contrario; esa rabia envejecida
Es de tan justa guerra infame causa.

CREÓN

¿Y porque me insultais? ¿Será, señora,
Que nunca deis oído á mis palabras,
Y prefirais el insultarme siempre
Al placer de que acaben las desgracias
Que pesan sobre vos y vuestro hijo?
¿Creón es inmutable? ¿Y sus entrañas
Ya no podrán á la piedad abrirse?

ARGIA

Vuestra alma está al delito acostumbrada,
Y la senda del crimen arraigado
No se abandona en un instante.

CREÓN

Basta:
Si es que no puedo, según vos, mudarme,
Seré lo que hasta aqui; sereis mi esclava,
Vuestro hijo gemirá mas que ha gemido,
Ni lo vereis ya más.

ARGIA

No me acobardan
Unos furores, que, en el caso vuestro,
La desesperación tal vez arranca,
Y ya tocan su fin.

CREÓN

Es excesiva,
Pero es bastante vana la confianza
Que teneis en Adrasto y en sus tropas.
Ya poco tiempo para el día falta,
Y no vendrá otra noche, sin que muera

Para siempre jamás esa esperanza.
Yo quería evitar á mis vasallos
El prodigar su sangre, á vuestra patria
Funerales sin fin, al hijo vuestro
La esclavitud en que al presente se halla,
Y, sobre todo, hacer que á vuestro lado
Siempre fuera feliz. ¿No quiere Argia
Mas que horrores y muertes? Bien! Que sea:
Pero no me atribuya sus desgracias.

ARGIA

¿Ociosas todavia en esta guerra,
No se han desenvainado las espadas?

CREÓN

No se han desenvainado; pero pronto
Se ha de ver en qué sangre están bañadas;
Y, derrotado Adrasto, tiemblen todos
Los que de Adrasto en mi palacio se hallan.

ARGIA

¿Y proponeis la paz?

CREÓN

No la propongo:
La recibo, la doy, cual más os plazca;
Porque tan solo en vuestra mano dejo
El que haya medio ó no de celebrarla.

ARGIA

Si me volveis mi hijo...

CREÓN

Mas os vuelvo,
Pues con un padre os lo presento.

ARGIA

¡Ay, Argia!
¡Con un padre! ¡Callad! ¡Oh, Polinicio!
¡Temprana sombra! ¿Dónde estás? La cara
Prenda de nuestro amor infortunado,
¿Qué otro padre que tú...¡Creón!... ya basta:
Despedazad mi corazón, y nunca,
Hablando de Lisandro, la palabra
De padre pronunciéis.

CREÓN

Con un amigo
Os lo vuelvo á lo menos, que lo haga
Saber amarme, y aun reinar un dia.

ARGIA

¡Amaros! ¡A Creón! ¡El hijo de Argia!

CREÓN

Si no me llega á amar, sabrá siquiera
Que, pudiendo haber hecho su desgracia
Larga como mi vida, generoso,
Aun hice más de lo que se deseaba:
Que su fortuna preferí y la vuestra
A la gloria tan fácil como vana
De vencer á quien vino á libertaros;
Y que lo hice feliz, cuando...

ARGIA

¿Se engañan
Mis oídos, Creón? ¿Que dios ha sido
Capaz de obrar en vos tanta mudanza?

CREÓN

Os pido, Argia, hasta os ruego, que tranquila
Me escucheis un momento.—Las alianzas

Que forma el himeneo entre los reyes,
Son efecto común de lo que llaman
Razón de estado, ó interés del trono;
Pero se forman, y una vez formadas,
Se cimienta la paz, y los esposos,
Conociéndose bien, al cabo se aman.
Lisandro en Tébas será rey un dia.
Creón lo jura por su vida, si Argia
El lazo forma con que al juramento
Mi voluntad por siempre quede atada.
Himeneo y la paz bajen á Tébas.
Señora...—esta es mi mano...—ó aceptadla,
O no me atribuyais...

ARGIA

Recién conozco,
Si, conozco recién que en algo iguala
Al bárbaro Creón esta infelice.
?A que es posible comparar la rabia
Que tu insultante audacia me ha causado,
Sinó á la que emponzoña tus entrañas?
¡Hombre de fierro!—¿ Quién te ha sugerido
Ese género nuevo de venganza?
Nunca me ví mas humillada...nunca
Mas insano furor...Dáme esa espada,
Verás como tu sangre de veneno
Por una mano débil se derrama.
Yo moriré después; porque la afrenta
De haber sido el objeto en que fijáras
Tu pensamiento infame...¡Oh Dios! ¿Cual furia,
De los hondos infiernos ha lanzado,
La crueldad inaudita te ha inspirado
De hablar asi conmigo? ¿Con que Argia
No te era conocida?

CREÓN

Pues por eso
Os quiero hacer mi esposa. No me engaña

Una altivez que no teneis. Conozco
Que á no ser por las vanas esperanzas
Que fundais en Adrasto, de mi lecho
El honor...

ARGIA

No prosigas: y si tu alma
En humillarme, bárbaro, se goza,
No lograrás tal triunfo.

Argia quiere partir con precipitación; Creón la detiene, y la fuerza á permanecer.

CREON

Esa arrogancia
Merecía humillarse ciertamente:
Pero Creón os honra, cuando baja
Su pensamiento á vos.

ARGIA

¿A quién podria
Honrar jamás Creón sino á quien mata?
Aquel que no sufrais sobre la tierra,
¿Que prueba de virtud dará mas clara?

CREON

Sabeis que la venganza está en mi mano,
Pero que contra vos no quiero usarla;
Por eso me insultais: sois la primera
Que impunemente á quien hablais agravia.
¿A que nombrar la muerte?—Yo, señora,
Hacer de Argos y Tébas esperaba
La mansión de la paz y de la vida.
En vuestra mano está. No hagais que parta
La primer flecha; volará y tras ella
Mil muertes volarán, y vuestra patria
Será una inmensa tumba, á la memoria
De los héroes de Argos levantada.

Pensadlo bien, señora: el himeneo
Trae la oliva en su mano

ARGIA

Las entrañas
De la tierra se abren, y el infierno
Es quien sus furias implacables manda
A presidir de Tébas los destinos.
Esa lengua, Creón, ¿como profana
El nombre de himeneo, que algún dia
De Polinicio el alma con mi alma
Unió enlazada tan estrecha y fuerte,
Que ni tus iras á romperla bastan?

CREON

Polinicio en las sombras de la muerte
Está tranquilo, ni se cura de Argia.

ARGIA

No manches su memoria con nombrar
¡Ah! ¿No temblais, Creón? En esta sala
Se consumó el horrendo fratricidio,
Preparado por vos: en esta sala
Me parece que miro de repente
Que el frígido esqueleto se levanta,
Y con ira que solo entre las sombras
Puede engendrarse tal, su hijo, y Argia.
¿No lo mirais, Creón. Vuestra perfidia,
Y no el valor de Eteócles la morada
De la muerte le abrió.

CREON

Siempre la muerte
En vuestro labio está. No quiero darla.
Y pareceis desear que yo consienta
En los campos de Ádrasto en derramarla.
Un esposo llorais; se acerca el dia;

Y, si no consentis en nuestra alianza
Un padre llorareis, porque ¿que espera
Sino la muerte en desigual batalla?

ARGIA

¡Quien! ¡Mi padre la muerte!—¡Dios! No escuches
El voto de un malvado. Desolada
Estoy bastante ya.

CREON

Pues al momento,
Señora, consentid, y tal alianza
Vuestro padre autorize. Algunas horas,
Con Lisandro en delicias anegada,
Habeis pasado en esta noche: muchas
Y nunca interrumpidas, os aguardan.
Si el furor deponeis, que igual al mío
Vos misma habeis llamado. Yo, sin causa
Tan justa como vos, olvido todo.
¿Será que nunca os olvideis de nada?

ARGIA

¿Y vos, que mereceis? ¡Traidor! ¡Impío!
Mientras á mi Lisandro acariciaba,
Tal vez sentí por vos menos desprecio:
Llenaba toda la existencia de Argia
El amor maternal, y aquel momento
Hasta odiar á Creón se me olvidaba.
¡Ay, hijo! ¿Quién creyera que el malvado
Hacer de tus caricias intentára,
Por un refinamiento de perfidia,
El inaudito precio de mi infamia?

CREON

Basta de insultos, me degrado
En toleraros más: mi lengua calla
Lo que os hará temblar quizá bien presto:

Mas mi furor es tal, que quiere pausas
Para cobrar mas fuerza, y prontamente
Con encono mayor volver al alma.
¡Agenor! Tus soldados.

Dirá esto, acercándose al bastidor, y llamando al oficial y guardias, que se presentarán inmediatamente en la escena. El teatro se empezará á iluminar como si rayara el día, y progresivamente se aumentará la luz, hasta que al fin del acto quede del todo claro.

ARGIA

Argia empieza
Recién á aborreceros.

CREÓN *(al oficial)*

En su estancia
Con el mayor rigor que quede presa;
Quítale el hijo, y cuida con tu guardia
De que jamás lo escuche ni lo vea.
Aprende á conocerme, temerária,
Y tiembla por tu hijo, y por...

ARGIA

Mi hijo
En mi prisión, Creón...

CREÓN *(á los soldados)*

Arrebatadla.

Los guardias arrebatan á Argia.

ESCENA III

CREÓN *(solo)*

La aurora ya se muestra en el oriente.
¡Oh tú, dia de horror que te levantas!

¿A quién serás funesto? Mas ¡que digo!
A mi solo jamás. Si los monarcas,
Como se dicen dueños de sus pueblos,
Lo fuesen en verdad, no hubiera de Argia
Sufrido tanto insulto, ni humillado
Se viera mi furor. ¡Oh! ¡Si mi espada
De cuantos sediciosos hay en Tébas
Pudiera el pecho atravesar! Sus tramas
Encubren los traidores: si me fuera
Posible en un momento destrozarlas,
¿Qué sería de Adrasto? ¿Qué sería
De esa mujer altiva y su esperanza?
¡Esperanza! ¿Cuál es?—A mi palacio
¿Qué pueblo puede entrar á libertarla,
Qué ejército que venga desde Argos,
Sin dejar un momento á mi venganza?
¡Y no reinaré más ¡Oh! Sí.—¡Quien sabe
Si son acaso mis sospechas vanas!

ESCENA IV

CREÓN—EURIMEDON

CREÓN

Eurimedon ¿qué dices?

EURIMEDON

En el cielo
El resplandor del sol recien rayaba,
Cuando del campo regresó Periandro.
El ejército de Argos no se avanza
A los muros aún: nuestras legiones
Los cubren y defienden, preparadas
A que ningún argiano las insulte,
Y ardiendo ya en la sed de la matanza
Pero sabréis bien pronto si á esta guerra
Ponen fin los tratados ó las armas.

CREON

¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

EURIMEDON

El mismo Adrasto,
Sin broquel, sin espada, sin sus guardias,
Y la oliva en la diestra levantando,
Hasta el pié se acercó de las murallas.
Desde allí pudo hablarme: en sus acciones,
En su rostro, y en todas sus palabras
El deseo de paz no más se muestra.

CREON

Entonces está débil.—Nuestras armas
¿No pudieran batirlo en el momento,
Y enseñarle á su costa á respetarlas?

EURIMEDON

Fácil fuera tal vez: pero... es preciso
Que os lo diga, señor.—La desconfianza
Que en el pueblo teneis, quizá es más justa
De lo que habeis creído.

CREON

¡El pueblo! Acaba.

EURIMEDON

Al rumor prontamente divulgado
De que el rey enemigo se acercaba
Con señales de paz, en nuestras calles,
En nuestros templos y en las anchas plazas
El pueblo se reunía, y muchas voces
De *paz,* de *libertad,* se levantaban.
Isménio con su gente los tumultos
Logró al fin disipar, y hacer que...

CREON

Basta.
Y qué!—¿Ese pueblo infame no ha sufrido
Los crímenes de todos sus monarcas?
¿Por qué condena mi justicia ahora?
¿O está sujeto al pueblo quien lo manda?
Habla: ¿Qué quiere Adrasto?

EURIMEDON

Para él solo
De Tébas pide que las puertas se abran;
Que anhela por hablaros; y ha jurado
Por la vida de Argia que sus armas,
Si se quiere escuchar á la justicia,
No habrán de derramar sangre tebana.

CREON

¿Por la vida de Argia?—Poco hace
Que, como nunca, conmovió mi rabia.

EURIMEDON

¡Qué!—¿Prefiere la muerte á vuestra mano
Esa mujer frenética, insensata?
Bien lo temía yo.

CREON

No me dió tiempo
Mi furor con la muerte á amenazarla.
¡Oh pueblo! ¡pueblo vil!—¿Con que tú solo,
A mi pesar refrenas mis venganzas?
¿Con que yo, que ni al cielo temería
Si no fuera por tí, hasta á la infamia,
Hasta la astucia baja he de humillarme,
Por evitar la guerra, de hacer que Argia
Me oíga ofrecer mi mano, y la desprecie?
¡Oh pueblo! ¡A lo que fuerzas á un monarca!
¡Oh ambición de mandar! ¡A lo que obligas
A quien no quiere vida, si no manda!

EURIMEDON

Nada debeis temer: vuestros soldados...

CREON

Antes que muera yo, matarán á Argia.
Por la puerta Emoloides que entre Adrasto;
Y que Periandro, con la fuerza armada
Que le obedece, sobre el pueblo vele.

ESCENA V

CREÓN *(solo)*

Voy á ver entre tanto si descansa
Mi espíritu un momento; mas mis iras
¡Oh furias infernales! aumentadlas.

ACTO TERCERO

ESCENA I

CREÓN *(solo)*

El valor de Periandro es conocido,
Y su lealtad también: no temo al pueblo,
Mientras que su legión incontrastable
Se ocupe solamente en contenerlo.
Mas, si en el caso de un combate, al muro
No va toda mi fuerza...¡Oh duda! ¡Oh cielo!

Si hicísteis á Creón tan ambicioso,
¿Por qué no permitís que sus deseos
Se cumplan sin obstáculo? A oponerse
Si llega el universo á mis proyectos,
¿Por qué no tiene para mi venganza
Una sola cabeza el universo?
¡Yo habré de recibir en mi palacio
A quien me insulta! ¡Oh furia!

ESCENA II

CREÓN—EURIMEDON

EURIMEDON

A Adrasto dejo
En el salón de los embajadores;
Allí os espera, y á anunciarlo vengo.

CREÓN

¿Solo ha venido ?

EURIMEDON

Solo.

CREÓN

¡Nuevo insulto!
¡Creón ya no es temible!—¿O habrá un medio
Que un rey estime vil, como lo vengue,
Y á quien quiera perder pueda perderlo?

EURIMEDON

¡Señor! Me atrevería á aconsejaros
Que lo escucheis tranquilo. Siempre hay tiempo
Para ejercer venganzas que son justas.

CREÓN

Bien. Ven con él aqui.

EURIMEDON

Ya os obedezco

ESCENA III

CREÓN *(solo)*

Siempre hay tiempo; es verdad. Mas que á mi furia
Cederé á mi interés este momento.
A Adrasto escucharé; pero si Adrasto
Librar piensa ese niño, que aborrezco,
De mi poder, no hay paz; y si los dioses
Me desamparan, llamaré al infierno. (1)
Creo nadar en sangre en mi palacio:
Mas la mía. ¡Que rabia! ¡Oh pueblo! ¡Oh pueblo!

ESCENA IV

CREÓN, ADRASTO, EURIMEDON

EURIMEDON

Os presento, señor, al rey de Argos.

CREÓN *(á Eurimedon)*

Retírate á los muros. El ejército
Es sobrado á cubrirlos: una parte
Que descanse, y la otra observe de ellos
El enemigo campo, y si sucede
Haber un movimiento, vuelve luego.

(1) Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo-Virg.

ESCENA V

CREÓN—ADRASTO

ADRASTO

Nada sucederá: no jura en vano
El rey de Argos jamás. Ese guerrero
Que acaba de partir en este instante,
Sabe ya cuales son mis sentimientos;
Y que, entre el aparato de las armas,
El deseo de paz reina en mi pecho.

CREÓN

¡El deseo de paz! ¿Con fuerza armada
Se solicitan paces?

ADRASTO

El acero
Que empuñan mis soldados, no se tiñe
Sino en sangre de injustos. El derecho
De la justicia y la razón se atiende,
Y no creais que la sangre inunde el suelo.

CREÓN

¿Y es injusto Creón? ¿Es necesario
Para que reconozca esos derechos,
Con la espada en la mano reclamarlos?
¿O venis á insultarme, aqui en el centro
De mi poder? ¿En medio de mis guardias?
¿En un palacio de que yo soy dueño,
Y en el que nadie, sin que tiemble, pisa?
Que su perjuro hermano le usurpaba,
Y del que era mas digno que el protervo
Yo vine á sostener de Polinicio
Los derechos hollados: quiso el cielo
Que él y Eteócles murieran; y mi patria

Me miró regresar de asombro lleno,
Pues Tébas en vergüenza de la Grecia,
Fué escándalo de todo el universo.
Desde entonces reinais.

CREÓN

Esa palabra,
Esa última palabra, que, queriendo
Acaso contenerla, os ha arrancado
La imperiosa vehemencia del deseo,
Justifican bastante la conducta
Que ha observado Creón con vuestro nieto.
Si; desde entonces reino; ni es Adrasto
Quien debe preguntar con que derecho.
Si es que lo tuve ó no cuando mi mano
Con sobrada justicia empuñó el cetro.
Ahora, que me siento sobre el trono,
¿Quién podrá disputármelo? Por eso
Á Lisandro detuve, cuando vino
Argia con él aqui. Si era heredero
Del trono que yo ocupo, los delitos
De su padre infeliz, que en él cayeron;
De todos sus derechos lo privaron.
Tébas detesta al hijo de un perverso,
Que trajo alguna vez contra su patria
Las armas de los reyes extranjeros.
Yo, por bien del estado, no he querido
Libertar á Lisandro; mas, supuesto
Que amais la paz y vuestras intenciones
Se conforman en esto á mis deseos;
Entrad por un tratado que yo mismo
Os iba á proponer: este secreto
Ya es conocido de Argia, y de otro modo
No será rey Lisandro en ningún tiempo.

ADRASTO

¿Qué secreto? ¿Que rey? Creón bien sabe
Que del trono que ocupa el heredero

Es Lisandro, y no más; y yo le juro
Que si en Tébas con crímenes tan feos
No se manchase el solio, mis soldados
Harían devolvérselo á su dueño.
Pero no es esto lo que Adrasto quiere;
Porque ama mucho á su inocente nieto,
Para sentarlo nunca bajo el filo
De un cuchillo invisible y justiciero.
En Argos reinará, y...

CREÓN

En vano Adrasto.
Por librarlo de mi, finge pretextos.

ADRASTO

Si como tiene fuerza, no tuviera,
No se humillara Adrasto al fingimiento.

CREÓN

El camino de Tébas por dos veces
Han conocido ya vuestros guerreros;
Y Creón es prudente.

ADRASTO

Pero nunca
Sabrá que yo he faltado á un juramento.

CREÓN

Los reyes juran hoy, pero mañana....

ADRASTO

¡Los reyes! No, Creón. ¿Con más respeto
No os tratáis á vos mismo?

CREÓN

Nunca puede
Responder un monarca de sucesos.

ADRASTO

No digo de Creón, del universo
Un monarca legítimo no tiembla.

CREÓN

¿Qué me quieres decir? Pero.... al momento
Explicaos. ¿Qué buscais?

ADRASTO

Bien conocidas
Os son mis pretensiones hace tiempo
Tres veces desde Argos han venido
Mis enviados á Tébas: si con ellos
Me hubieseis vuelto á mi hija y á Lisandro,
Sin llenarlos de insultos y desprecios,
No me hubierais forzado á que sitiasen
La mal segura Tébas mis guerreros.
Yo siempre amé la paz: quizá he sufrido
Más de lo que debí; pero yo aprecio
La vida de los hombres sobre el vano
Orgullo que se adquiere con el cetro;
Y aunque siempre están prontos mis vasallos
A ofrecerme su sangre, la respeto.
Pero, Creón, soy padre y soy monarca:
De títulos tan grandes, el primero
Es para mí muy santo, y reputado
Como el mayor favor que debo al cielo.
Mi dignidad de rey habeis hollado
En mis embajadores; y, sintiendo
Que ya no hay otro medio que la fuerza
Para hacer respetar tantos derechos,
Me valí de la fuerza. Argia y Lisandro
Salgan de su penoso cautiverio;
Vuelvan á mi poder, y mis legiones
El regresar en paz hasta mi reino
Preferirán á la ominosa gloria
De marchar vencedoras sobre muertos.

Esta es mi pretensión. Argia y su hijo
Que sean de la paz el digno precio.
A bien, Creón, que nada solicito
Que no me lo debáis; y olvido excesos
De que acaso pudiera, y aun debiera,
Tomar justa venganza, y no me vengo.
Ya sabeis todo: ó elegid las paces,
Que, á fuer de soberano, aquí os ofrezco,
O temed altamente los enojos
De un ofendido padre, á quien el cielo
Proteje en su justicia, y cuyas iras
Sabrán medirse por su amor paterno.

CREÓN

Esas iras, Adrasto, ni son justas,
Ni alarman á Creón. Ha mucho tiempo
Que Argia estuviera en Argos, si ella misma
No prefiriese Tébas á ese reino.
El objeto que trajo en su venida
Fué el de llevar los despreciables restos
De su bárbaro esposo, que la espada
Se atrevió á hundir en el fraterno pecho.
Yo se los entregué....

ADRASTO

No de ese modo
Debeis hablar conmigo. Bien sabemos
La causa de ese doble fratricidio,
Y quien lo preparó, con cual objeto.
¡Creón! Bastante os digo. Esas cenizas,
Que llamais despreciables, hasta el cielo
Piden venganza aún; y acaso, acaso
Hay en la tierra quien escuche el eco.

CREÓN

¡Sereis vos ciertamente!

ADRASTO

Tal vez sea;
Pero Creón, en este instante hablemos
Como de rey á rey; como lo exijen
La paz, mi dignidad, mi honor, y.... el vuestro.
Usad de este lenguaje; que sin duda
No sereis vos quien perdereis en ello.

CREÓN

¿Fundais tanta arrogancia en que no es esta
La primer vez que Tébas un asedio
Ha sufrido por vos? ¡Bastante caro
Le costó ese socorro á vuestro yerno!

ADRASTO

A todos les costó; que el justo á veces
En la ruina se envuelve del perverso.
No era hecho Polinicio para el crimen,
Ni fué crimen en él pedir un cetro
Que el tiempo y la política conducen;
Ni basta el juramento á detenerlos.

ADRASTO

El tiempo y la política son nada
Para un hombre de fé, para un rey menos.

CREÓN

Pero vos habeis dicho que á mi trono
Nadie con más razón tiene derecho
Que Lisandro.

ADRASTO

Y lo digo.

CREÓN

Y eso basta.
Para que nunca salga de mi reino.

Sobre todo, el tratado que propongo
Disipa desconfianzas, y el cimiento
Hechará de una paz firme y estable.
En vuestra mano está.

ADRASTO

Si no envilezco
Mi gloria; y de Argia y de Lisandro rompo
La pesada cadena, proponedlo.

CREÓN

No os envilecerá: veréis al cabo
Que, en el poder y rango que poséo,
Conozco que la paz es sobre todo.
¡Así llegáseis vos á conocerlo!
¡Agenor. Que venga Argia. No le digas

Se acercará al bastidor y llamar á Agenor, y este oficial se presentará en el momento en la escena.

Que está su padre aquí; que su contento
Quiero aumentar con la sorpresa.

Se va Agenor.

ADRASTO

¿A mi hija
Me permitís que vea? Lo agradezco
No lo solicité, por no exponerme
A vuestra desconfianza ó á un desprecio:
Pero el proyecto....

CREÓN

De su labio mismo
Lo podeis escuchar en el momento
Su inexperiencia, y su dolor acaso
Se lo hacen reprobar; pero, más cuerdo,
Pensad, Adrasto, que, sin él, no hay Argia
Ni paces para vos; que mis guerreros

Ya impacientes están, porque no buscan
Los vuestros en el muro su escarmiento;
Y que Creón será más formidable
Si se une á su ambición un menosprecio
Ahí la teneis.

ESCENA VI

CREÓN—ADRASTO—ARGIA

ARGIA

¿Tal vez para humillarme
De nuevo me llamaís?.... ¡Oh Dios! ¡Qué veo!
¡Vos en Tébas, mi padre!

Argia corre á abrazarse con su padre, y permanecen abrazados mientras Creón dice los dos primeros de los versos que siguen.

ADRASTO

Sí, hija mía.

CREÓN (*aparte*)

Si esta ocasión tan favorable pierdo,
¿Cual otra espera mi venganza? Adrasto,
Quedaos con ella; volverá bien presto.

ESCENA VII

ADRASTO—ARGIA

ARGIA

¿Dónde os hallais?—No sé si me abandone
Al temor ó al placer.—¿Cómo os encuentro
En la mansión del dolo y la venganza?
¿Sois víctima también?—Hablad—¿Qué es esto?

ADRASTO

Vuelve á mi brazos, Argia.—¡Hija querida!
Descarga tus temores en mi pecho
Tranquilízate.

ARGIA

Yo tranquilizarme,
Cuando aquí os miro solo é indefenso!
La perfidia y Creón reinan en Tébas;
¿No lo sabeis, señor?

ADRASTO

Por eso vengo
A libertar á mi hija y á Lisandro
De la perfidia y de Creón: al menos
El malvado esta vez no es un tirano
Pues me deja abrazarte.

ARGIA

¡Y qué! ¿No debo
Esperar mas abrazos de mi padre
Que los que me permita ese perverso?

ADRASTO

Sí; en Argos los tendrás. Ahora es fuerza,
Emplear de otra manera estos momentos,
Y á tu quietud sacrificar las ansias
De estrecharte mil veces en mi seno.

ARGIA

¡A mi quietud!—¡Ah! Si. Con vuestra vista
Puedo al fin mi furor lanzar del pecho.
Y en el vuestro señor, ¿no han rebosado
La indignación, las iras, y el deseo
De una venganza grande?—Habeis podido
La última infamia tolerar sereno?

Una madre, que tiembla por su hijo,
Está expuesta al indigno atrevimiento
Del inicuo que, á fuerza de atentados
Ahogó en su corazón los sentimientos:
Pero un padre, un monarca, un hombre ¿escucha
Tantos insultos sin vengarse luego?
Creón pensó que mi virtud, mi gloria;
Y mi amor maternal tuvieran precio,
Y los quiso comprar: ¿pero á vos mismo
Se ha atrevido, señor, á proponerlo?
¿Sois rey, y lo sufrís?—Soy vuestra hija,
¿Y asi me cubre un vil de vilipendio?
¡La paz! ¿Y qué es la paz siendo comprada
Con mi vergüenza y el oprobio vuestro?
¡Yo, esposa de Creón! ¡Ah! No es posible
Que mi padre consienta....

ADRASTO

No comprendo,
Argia, lo que me dices.

ARGIA

¡Qué! ¿El malvado
Os ha ocultado el criminal proyecto
Que se ha atrevido anoche á revelarme?

ADRASTO

Animado mi pecho del deseo
De ahorrar la sangre y evitar desgracias;
Dejé mi campo; y solo, sin mi acero,
Y sin otra defensa que la oliva,
Me he presentado en Tébas, prometiendo
A su bárbaro rey olvido y paces,
Como quiera entregarme en el momento
A Lisandro y á tí: mas mi designio
Se frusta ciertamente. Me convenzo
De que no hay con tiranos mas tratado

Que humillarse á su yugo como siervos,
O exterminarlos sin piedad. Tu padre
Va á libertar de un monstruo al universo;
El mismo es quien me obliga: no consiente
En que salgais de Tébas, ni yo puedo
Consentir en la paz sin libertaros,
¿Qué tratado propone? Su secreto
Dice que tú lo sabes, y has venido
A confiarme sus planes.

ARGIA

El perverso
Temió arrostrar vuestro furor, y quiere
Que mi labio repita lo que el miedo
En los suyos heló. Para insultaros
Le faltó el inaudito atrevimiento
Que ha tenido conmigo, al proponerme
Mi vergüenza y mi afrenta.

ADRASTO

¿Por qué medios
Piensa lograr la paz?—Habla

ARGIA

Ya he dicho
Cuanto puedo deciros.—¡Ah! ¡En mi lecho
El que causó la muerte de mi esposo!
¡El que hace padecer á mi hijo tierno!
¡El bárbaro Creón!

ADRASTO

¡Argia!

ARGIA

¡Lisandro!
¿Te arrancan de mis brazos porque tengo
Una virtud común? ¿Es heroismo

El mirar con horror este himeneo?
Al grande criminal, grandes virtudes
Lo deben irritar; mas mi desprecio
Es un deber muy fácil de cumplirse,
Ni debe enfurecer hasta el extremo
De mi hijo infeliz....¡Oh padre mío!
Viuda de Polinicio ¿Creeis que puedo
Ser esposa jamás....

ADRASTO

¡Hija! ¿Qué dices?
¿Qué ha intentado Creón?—Yo me averguenzo
¡Esposa tú! ¿De quién?

ARGIA

No quiere paces
El tirano de Tébas á otro precio

ADRASTO

¿Y tú pudiste oirlo? ¿Y tú venganza?
Pero ¿que me detiene, que no vuelo
A encontrar á este monstruo abominable,
Y en su sangre lavar mi vituperio?

ARGIA

Deteneos, señor: solo y sin armas,
De la crueldad y la perfidia en medio,
¿Qué pretendeis hacer?—Volved al campo
Huid de mis abrazos un momento
Por vuestro mismo honor, y con la espada
Entrad de nuevo á Tébas, conduciendo
Inevitable muerte á los malvados,
Y libertad para Argia y vuesto nieto.

ADRASTO

¿Y dónde está Lisandro?

ARGIA

De mis brazos
Lo han arrancado porque no consiento
En este enlace infame. ¡Ah! Libertadnos;
Libertad á Lisandro cuando menos.

ADRASTO

Si: lo juro por tí: jamás Adrasto
Ha faltado á tan grato juramento:
Será completa la venganza mía;
Y, porque sea tal, un breve tiempo
Sofocaré en mi pecho los enojos.

ARGIA

Pero no os expongais: de los guerreros
Dirigid el furor en la batalla,
Mas no lo precedais.—¡Oh dios! Si pierdo....
¡Ah! ¡quién os diera ahora los soldados
Que en ese mismo campo perecieron,
Sosteniendo la causa de mi esposo
Y vengarlo en su muerte no pudieron!

ADRASTO

Pocos me restan, pero son valientes;
Y yo soy padre de Argia.

ARGIA

¿Y habeis vuelto
Sobre la grande Tébas, sin la fuerza
Necesaria á domarla? Señor, tiemblo
Por vuestra suerte y la de mi hijo.—¿Acaso
Ha decretado en su furor el cielo
Que mi esposo, y mi padre, y mi Lisandro
De una misma venganza en corto tiempo
Víctimas han de ser? ¿Y yo infelice
Lo habré de ver, sin perecer primero?

ADRASTO

No temas, hija mía, no hay tirano
Que no se labre él mismo su escarmiento,
Y Creón ya ha llenado la medida
Que tiene la paciencia de los pueblos.
Los feroces ministros de sus crímenes
No bastan en el trono á sostenerlo;
Y....

ARGIA

¿Qué esperáis? En los primeros pasos
Está de su reinado, y todos ellos
Creón con el terror y con la sangre
Ha sabido marcar. Quizá en el pueblo
Ninguno lo ama, pero todos tiemblan.
Sus tropas han llegado hasta el extremo
De la licencia ya; y él les permite,
Como sean feroces, cuanto exceso
La rabia militar cometer puede
Contra los ciudadanos indefensos,
El soldado de Tébas es un tigre
Que no se harta de sangre

ADRASTO

Muchos de ellos
Destestan á Creón. De Periándro
Con la legión irresistible cuento;
Y con él combinados de antemano
Están todos mis planes. En mi reino
Sus cartas recibí por mis enviados;
Y anoche mismo, que cubrió los puestos
Avanzados del muro, fué á mi campo,
Y convino conmigo en cuales medios
Se debían emplear, sino pasaba
Creón por mis propuestas. Los proyectos
De Periándro se ignoran por los viles;
Y, como su valor es manifiesto,

Allí lo ocupan donde el riesgo es grande.
Su legión le obedece con respeto,
Tiene muchos parciales decididos,
Y es justamente amado por el pueblo.

ARGIA

¿Teneis, señor confianza?

ADRASTO

¿Has olvidado
Cuanto amó á Polinicio ese guerrero,
Y el tiempo que ha que cauteloso piensa
En librar á su patria de un perverso?

ARGIA

Bien lo recuerdo. Pero yo he temido
Que, viciado también con el ejemplo
Del cruel Eurimedon, y....

ADRASTO

Alguno viene.
¡Hija mía, firmeza! Este secreto
Ya sabes lo que vale. Mis fatigas
Al lado tuyo olvidaré bien presto.

ESCENA VIII

CREÓN—ADRASTO—ARGIA—EURIMEDON

CREÓN

Si las olvidaréis. La paz Adrasto,
Cuando la consolida el himeneo....

ADRASTO

Sí por mostrar confianza á quien debiera

No mostrar mas que ódios y recelos
No hubiera entrado desarmado en Tébas,
Ya hubiese contestado con mi acero.
Mas vuestro triunfo es corto; preparaos
Que otro sol ya no alumbra tanto exceso.

ARGIA

¡Padre mío! ¿Qué hacéis?

CREÓN (*A Adrasto*)

En este instante
Pudiera daros muerte, mas la dejo
Para cuando me sea mas gloriosa.

ADRASTO

Creón no tiene gloria: solo el miedo
Es capaz de impedirle los delitos.

CREÓN

Eurimedon, conduce en el momento
A este insultante rey fuera del muro,
Y vuelva su hija á su penoso encierro:
Entrégala á Agenor.

ADRASTO

Ella y el mundo
Se librarán de vos: yo lo prometo.

ESCENA IX

CREÓN (solo)

¿Y soy Creón, y sufro? ¿O es destino
Que, cuando en igual sed estoy ardiendo

De venganza y de mando, nunca, nunca
Pueda llegar á verme satisfecho?
La suerte me presenta en mi palacio
A mi enemigo, solo é indefenso;
Me insulta, me desprecia; y con su hija
Lo entretiene mi astucia, mientras vuelo
A mandarle una muerte inevitable,
¿Y destrozados mis designios veo?
Mi ambición pone freno á mi venganza.
Enrimedon, Periándro, el fuerte Isménio,
Mis mejores amigos, han salvado
A Adrasto de la muerte, y sus consejos
Mi implacable furor han retenido.
¿Con que es preciso ya? ¿debo vencerlo,
Si lo quiero perder, sin yo perderme?
Pero ¿por qué vencer? menos expuesto
Era inmolarlo aquí: para un contrario
Son el valor ó el dolo iguales medios.
¿Y quien me ha detenido. Los temores
De irritar más y más á todo el pueblo,
Y llenar mi venganza sin que el trono
Se pudiese afianzar al mismo tiempo.
Sí, Creón, ya la guerra es necesaria;
Y después de triunfar, ¡Oh! ¡Cuál me vengo
Del pueblo, de Argia, de su padre, y su hijo!
Correr mas ríos de la sangre veo
Debida á mi venganza, que de toda
Cuanta derramarán tantos guerreros!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

ESCENA I

CREÓN—EURIMEDON

CREÓN

¿Ha llegado á su campo?

EURIMEDON

Hasta muy cerca
Le acompañé yo mismo.

CREÓN

¿Y que te ha dicho?
¿Se prepara muy pronto á acometernos?
¿Sus soldados serán tan atrevidos,
Que vengan á estrellarse contra el muro,
Á hallar inevitable su exterminio?

EURIMEDON

Nada me ha hablado Adrasto: en su semblante
Se pintaba el furor: á recibirlo
Corto espacio sus jefes se avanzaron,
Y desde allí me despidió.

CREÓN

¿Destino
Has dado ya á mi tropa?

EURIMEDON

En las murallas,
En orden de defensa divididos,
Quedan los cuerpos todos, y Periándro
Por las calles y plazas repartidos

Tiene ya diestramente los soldados
Que sobre el pueblo velan.

CREÓN

¡Ay amigo!
¡Ojalá que Creón no se arrepienta
De haber una vez sola consentido
En no derramar sangre, y de las manos
Permitir escaparse á un enemigo!

EURIMEDON

Si Eurimedon en vos solo mirara
Al monarca de Tébas, á los filos
De mi espada cayeran sin examen
Las cabezas de todos los proscriptos
Que señalaseis vos; mas mi respeto
Es igual por mi rey á mi cariño.
Si amais ó aborreceis, amo, aborrezco,
Vuestros impulsos, como propios, sigo,
Y con que vos querais que corra sangre,
El hacerla correr es deber mío:
Pero también lo es corresponderos
Tantos favores de que usais conmigo,
Y pagar la amistad con que me honro,
Y de que habeis querido hallarme digno.

CREÓN

El que me favorezca mis venganzas
No me sabe querer.

EURIMEDON

Y el advertido
Que, por favorecerlas, las dilata,
Conciliando, señor, á un tiempo mismo
Vuestros justos furores, y el deseo
Mas justo, de afianzar vuestro dominio,
¿Ese no sabe amaros?

CREÓN

Me avergüenzo
De que otro sea quien me indique arbitrios
De conciliar mis intereses todos.
¿O crees tú que Creón aun no ha aprendido
El arte de reinar y de vengarse?
Para subir al trono me he valido
De todas sus lecciones, ¿y olvidarlas
Pudiera, cuando más las necesito?

EURIMEDON

Permitidme que os diga que los puestos
De vasallo y de rey son muy distintos.
El que obedece y á mandar aspira,
Su interés, sus recursos, sus peligros
Ve con sus propios ojos; y detiene
O apresura sus pasos á su arbitrio,
Según las circunstancias que le cercan
Y pesa y examina por sí mismo.
Pero, llegando al trono, ya no puede
Ni ver, ni oir, ni dar á sus designios
Un impulso feliz, sino por medio
De los leales que tenga á su servicio.
Al resplandor de la diadema brilla
La majestad no más; y desde el sitio
Elevado del solio, las miradas
De los reyes no bajan al abismo
De humillación y quejas, en que yace
El pueblo infame justamente hundido,
Y del que lucha por salir.

CREÓN

¿Y el pueblo
Es algo ante su rey? ¿O su destino
Ya no es callar y obedecer?

EURIMEDON

Del trono

Siempre fueron los pueblos enemigos
Su gloria es humillar á los monarcas.

CREÓN

¿Y su padre cuál es?

EURIMEDON

El que ha tenido
En todo tiempo el débil contra el fuerte;
El dolo, la traición, el artificio.
Con tal que tienda á destrozar el cetro,
A todo se dá el nombre de heroismo.
Estas armas, señor, no son temibles
Para el que sabe prevenir sus tiros;
Pero es preciso prevenirlos. Llega
De repente entre riesgos y conflictos
A vacilar el trono; ¿y sus columnas
No serán del monarca los amigos?
¿No amarán á su rey los que se atrevan
A mostrarle veraces el camino
Que es preciso seguir, y que no puede
Por sí solo, aunque quiera descubrirlo?
Os lo digo, señor, no porque intente
Ni pueda contrariar vuestros designios,
Ni porque me colmeis de más favores
Que los que mi esperanza han excedido:
Pero os quiero hacer ver en mis consejos
Vuestro bien solo, y nada más he visto;
Y que, si á darlos me atreví, os dignasteis
Vos mismo á vuestro súbdito pedirlos.
Adrasto, Argia, Lisandro una parte
De ese pueblo insolente y atrevido
Perecer deben, si los planes vuestros
Ciegos no abrazan: pero ya es preciso,
Si el primero resiste en un combate
Vencerlo, y, en el acto de vencido,
Sacrificarlo á una venganza justa;
Que todo es excusable ó permitido,

Y el furor de la guerra todo cubre.
Y, pereciendo Adrasto, Argia, su hijo
¿Donde van á encontrar libertadores?
¿Donde un apoyo el pueblo? ¿Sus gemidos
Habrá ya quien escuche? Los clamores
Que no puedan alzar, serán seguidos
Del seguro exterminio de rebeldes;
Y una sola sospecha, un leve indicio,
Que siempre para un rey debe ser crimen,
Se borrará con sangre.—Os lo repito;
No tendreis más que hablar, y en el momento
Mi sola espada os ahorrará suplicios.

CREÓN

Te escuché, Eurimedon.—Un rey á veces
Nada es menos que rey: su poderío
Es un nombre y no más, porque no alcanza
A do van sus deseos.—Mas ¿qué digo?
Si todo me abandona, yo me basto
Mientras hierva en furor el pecho mío.
¡Amigo! sí; tú lo eres. ¿Me respondes
Que triunfarás de Adrasto? ¿Serás digno
De ser vasallo de Creón un día?

EURIMEDON

Desde el tiempo de Eteócle y Polinicio
Adrasto me conoce, y bien le consta
Cuanto hice yo por vos. Por él vencido,
Mi cierto galardón será la muerte.
Triunfaré ó moriré.

CREÓN

Triunfar, amigo,
Triunfar, y nada más: ese es el medio
De mandar y vengarme: tú lo has dicho;
Y Creón sin venganza no es monarca,
Y sin el cetro no es Creón.

EURIMEDON

Yo mismo
Debí haber muerto á Adrasto en esta sala,
Cuando á insultaros indefenso vino;
Y dobló sus insultos, desechando
Tratados con que honrarlo habeis querido:
Pero, ya lo sabeis, su muerte entonces,
Si servía al furor, á un precipicio
El trono despeñaba. El pueblo á oleadas
Se agolpó á este palacio, y á impedirlo,
No bastaron las fuerzas de Periándro;
Bien que de la violencia usar no quiso;
Porque en la muchedumbre aun no se oian
De sedición los clamorosos gritos.
Mas no se disipó tanto tumulto
Hasta el instante en que salió conmigo
Adrasto de este sitio, llamó entonces
Periándro de su tropa los caudillos,
Y logró con astucia y con prudencia
Disolver las reuniones.—Este indicio,
Y otros que ha dado el insolente pueblo,
Os deben persuadir que no hay partido
Que se pueda tomar para acallarlo,
Fuera del de vencer al enemigo;
Y aun este debe emplearse cuando falten
Al Rey de Tébas los demás arbitrios.
El tiempo urge; señor; Adrasto puede,
Antes que el sol se ponga, combatirnos,
Y excitar los furores populares,
Que, mientras no hay alarma, están dormidos,
Y tal vez hay peligro en despertarlos.
Hay quien muera por vos, siendo preciso;
Mas si podemos evitar el choque,
Lo debemos hacer; y yo imagino
Que solo Argia á su padre quitar puede
Las armas de la mano; que á su hijo
Mejor querrá mirar á vuestro lado
Que no envuelto en su sangre; y que el rey mismo

Si sabe que los cuellos amenaza
De Lisandro y de Argia un solo filo,
Para el que un solo instante es suficiente,
Frenará sus furores vengativos.
Ofreced nuevamente vuestra mano
A esa flaca mujer, que ha resistido
Solo porque confía: amenazadla,
Quitarla la esperanza, y...

CREÓN *(como dudando)*

Argia... su hijo...—
Ya sé lo que he de hacer. Por precaverme
Y en un último lance que el destino
No me quite siquiera mi venganza,
Haz que sea Lisandro conducido
A la mazmorra oculta, donde han muerto
Mis anteriores víctimas.—¡Sigilo,
Y guardias escogidas! Que si llega
El trance necesario, un asesino
Del me responderá, sin que siquiera
Pueda escucharse su infantil gemido.—
Después vuela á los muros: yo con Argia
Estaré prontamente.

EURIMEDON

Y yo á serviros
Me preparo de modo, que este día
Conozcais lo que os amo.

CREÓN

Parte, amigo.

ESCENA II

CREÓN *(solo)*

¡Triste fatalidad! ¡Dioses supremos!
¿Qué corazón es este que ha cabido

A Creón por desgracia?—O sois injustos,
O debeis proteger unos designios
Que son necesidad de mi existencia,—
¿Por qué he nacido así? ¿Por qué respiro
Ambición y venganza, y nada sácia
Mi abrasadora sed? ¿Por qué no abrigo
Un corazón mas vil cuanto mas tierno?
Viviera humilde, mas quizá tranquilo.—
¡Y qué es esto! ¡Qué digo! ¿Tal deseo
Concebir un instante habré podido,
Sin que su sola idea me confunda,
Y sin avergonzarme de mi mismo?
¿Soy hecho yo para vivir humilde?
¿Soy hecho para amar?—¡Oh! su destino
Ningun mortal violenta: giman todos,
Y yo perezca, pero siga el mío.—
Mas ¿por qué perecer, si aun es posible
Triunfar sin exponerme?—Mis oídos
No escucharán de Argia más desprecios,
Porque tengo en mis manos el arbitrio
De reducirla al punto á ser mi esposa.—
¿Y el pueblo? ¿Adrasto?—¡Qué! ¿Por qué vacilo
Entre el temor y la esperanza?—Al cabo
En este horrible día he conocido
Que también tiembla un rey: pero ya es tarde
Para retrogradar en el camino
Que un génio de furor me ha señalado.
Un muro han levantado mis delitos
Que queda tras de mí; que se interpone
Entre Creón y la virtud—¡Delitos!
¡Virtudes!—¡Oh! ¿Qué son? Vanos fantasmas
Que á su arbitrio inventaron los caprichos
De los que no han podido hacerse grandes
Y arrastran viles un vivir mezquino.
Yo de otra esfera soy, y mis virtudes
Son las de todo rey, cuando ha aprendido
El arte indispensable al que se sienta
En el lugar que yo.—Mas ¿qué delirios
Ofuscan mi razón?—Siento, y extraño

Sentir estos temores repentinos.—
¡Qué! ¿Ya no soy Creón?—Argia, sí, Argia
Lo dijo anoche en este mismo sitio;
Ella lo dijo ¡oh dios! y allí la sombra,
Allí la sombra está de Polinicio,
Y brota negra sangre la honda llaga
Que le abrió de su hermano el cruel cuchillo.
¡Espectro rencoroso! No me culpes
Porque yo preparé tal fratricidio...—
El trono... tu moriste por el trono;
¿Y es culpa hacer morir por conseguirlo?
¡Oh! no me muestres los desechos miembros
De un cadáver horrible y corrompido
En medio de los campos sin sepulcro—
¿La venganza contigo á los abismos
De la tumba ha bajado?—¿Qué me quieres?
¿Que al silencio eternal baje contigo?—
Mas Creón, ¿donde estás? ¿y por qué tiemblas?
¿Tendrá en tí la ilusión el poderío
Que tiene sobre el débil? No. En tu acuerdo
Vuelve, Creón, y caiga en el olvido
Tu temor pasajero.—¿Y estoy solo?—
Sí, solo estoy.—Al fin nadie me ha visto
Temblar. Cual fuera la venganza mía
Si hubiera aquí de mi terror testigos.—
Voy á buscar á Argia, y ensañado
Cual nunca llevo el pecho.

ARGIA *(adentro)*

No, asesinos,
No podreis detenerme.

CREÓN

¿Argia es? ¿Qué es esto?
Dejadla entrar, soldados.

ESCENA III

CREÓN—ARGIA

ARGIA

Sale y se arroja precipitadamente á los pies de Creón.

Los oídos
Abrid, señor, al cabo á la plegaria
De una mísera madre: mis suspiros,
Mis lágrimas amargas, vuestro pecho
Por un instante tornarán benigno.
Yo lo espero, Creón.—A vuestras plantas
A Argia no mireis, mirad os pido
La desolada madre de Lisandro.
¿Qué habeis hecho señor? ¿Dónde está mi hijo?
Respondedme.—¿Callais? ¡Oh Dios! Yo misma
Arrebatar lo ví por los impíos,
Pasarlo por delante de mi estancia,
Al cielo alzar sus ayes doloridos,
Tender á mí las inocentes palmas,
Y ni valerlo ni valerme.—Un niño
¿Dónde por los soldados mas feroces
Entre horrenda algazara es conducido?
¿Vos lo habeis ordenado?—No es posible.—
¿Qué habeis hecho, señor? ¿Dónde está mi hijo?

CREÓN

Lo que no he ordenado es que atrevida
Vinierais hasta aquí sin mi permiso.
Habeis violado la prisión. ¿Qué guardia
Ha sido la capaz de consentirlo?

ARGIA

Levantándose del suelo.

Ninguna. Mis dolores, mis transportes,

Mi desesperación y mi cariño
En medio de las guardias me lanzaron,
Cuando ví que Lisandro...—¿Y es delito
Haberlas en su furia atropellado,
Y volar desolada hasta este sitio?
Sin darme pronta y dolorosa muerte
¿Qué soldados bastáran á impedirlo?
Una madre...

CREÓN

Una madre tanto exceso
No cometiera impugne: más la he visto
Arrojarse á mis pies, llorar, rogarme,
Y esta disculpa solamente admito.

ARGIA

Esta es la primer vez que mis rodillas
Ante el poder se doblan. Sin mi hijo
¿Quién lo viera jamás?—Pero ¿á qué parte,
Señor, lo arrebataron?—¿Está vivo?—
¿Hará falta también al poder vuestro
Escuchar de una madre los gemidos?

CREÓN

Con cierto aire de ironía feroz.

¿Y Adrastro? ¿Y el ejército que viene
Á librar á Lisandro, ya han perdido
El poder de atajar el llanto vuestro?
No llorabais anoche. El enemigo,
Señora, es poderoso; y ya mi trono
Bambolea en el borde de un abismo.
¿No lo habeis dicho vos? ¿Vuestra esperanza
Y vuestro orgullo quedan desmentidos
En un solo momento?—No,—¿Sois Argia,
Y podeis humillaros?—¿O habeis visto
Que, á pesar de Argos, y á pesar del mundo,
Os puedo hacer temblar? ¿Habeis sentido

Que, si al primer ensayo de mi furia,
Os hago estremecer por vuestro hijo,
Puedo en lo que me resta de este día
A tal punto llevar vuestro suplicio,
Que ni llorar podais?

ARGIA

¡Oh! Si: gozáos
Al ver mi confusión. Ya he conocido
Lo que podeis y lo que puedo Adrasto;
Ya no soy más que madre, y mi destino
Es llorar como tal.—Un solo instante
Basta para llenar vuestros designios,
Si son designios de venganza y muerte;
Y, aún cuando triunfe, no podrá impedirlo
El que no sabe el tiempo que le baste
Para pelear, vencer, y redimirnos.—
Si, Creón; lo confieso: de vos solo
Espera su salud el hijo mío:
De vos solo...—

CREÓN

El momento que se pierda
Para vos, nada más, será perdido.—
Aprovechad el tiempo; poco os falta;
En Lisandro pensad, y decidíos,
Antes que ataque Adrasto nuestros muros
Hasta el pié del altar venid conmigo;
Y aparentando que cedeis gustosa,
Y no como quien marcha á un sacrificio,
Entrad al templo, y aceptad mi mano.
Después al pueblo vuestro labio mismo
Dirá que vuestro hijo es heredero
Del trono de Creón; que habeis querido
De grado ser mi esposa; y que los dioses
Bendicen esta unión, y dan propicios
La paz á Tébas. Al instante á Adrasto
Escribireis también lo que yo mismo

Sabré dictar, y Eurimedon que parta
A llevar al rey de Argos vuestro aviso.
Esto es todo señora; no hay más tiempo
Que el que se vuela ya. Vuestros suspiros,
Vuestro llanto y dolor no son del caso.
El momento en que avance el enemigo
Es el momento en que este suelo tiña
La sangre de Lisandro. Prevenidlo:
Solo de vos depende: no hay más medio:
O salvad ó perded á vuestro hijo.

ARGIA

¡Oh Dios! ¡Creón! . . . —¡Oh Dios!—Tomad mi sangre:
Saciaos, señor, con ella: agradecido
Mi pecho quedará.

CREÓN

No. Vuestra sangre
Ha de correr también; pero es preciso
Que ella sea la última, y que llene
De mi venganza hasta el menor vacío.
Después que, á vuestra vista, entre mil ansias,
Y entre el horror de bárbaros suplicios,
Lisandro exale el postrimer aliento;
Después que de su madre los oidos
Sus muribundos ayes despedazen,
Y hagan que larga muerte en mil martirios
A pausas baje á las entrañas vuestras,
Entonces moriréis.

ARGIA

¡Hijo!!—Yo espiro.

Dira la expresión ¡hijo! con el grito penetrante del dolor, y diciendo yo espiro, caerá desmayada sobre un sofá.

CREÓN

Creón dirá lo que sigue contemplando á Argia, tocándola, y expresando los sentimientos que indican los versos, hasta que viendo que Eurimedon entra á la escena, le dirige la palabra.

¡Cuán vehemente en su pecho es el impulso
Del amor maternal! Este deliquio
La vino á sorprender sin decidirse.
El será pasajero,—De su hijo
Preferirá la vida, y á mis planes
Servirá en adelante.—¡Qué suplicio
En esta indecisión en que he quedado!
A nada me resuelvo. Mis designios
Se frustrarán sin duda, si es que puede
Solo el dolor matarla.—Pero vive
Siento latir su pecho, aún respira.
Volviendo del letargo el triunfo es mío.
Mírala, Eurimedon.

ESCENA IV

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON

EURIMEDON

¡Qué! ¿Está ya muerta?

CREÓN

No: pero apenas supo que los filos
De una espada, ya pronta á dar el golpe,
Amagan á Lisandro, si conmigo
No la liga himeneo, anonadada
Al peso del dolor no ha resistido,
Y está sin sentimiento.—¿No la miras?
¿Qué te dice su rostro?

EURIMEDON

Si ha podido
El solo amago tanto, no es posible
Que resista la prueba: prevenios
A ser esposo de Argia.

CREÓN

¿Y aún es tiempo?

EURIMEDON

Recién mueve su campo el enemigo.

CREÓN

Pues que muera Lisandro, y á la madre
El corazón traspásale ahora mismo.
Hunde mil veces tu puñal.—¿Qué tardas?
No: espera á que ella vuelva, y muera el hijo:
Parte á sacrificarlo; y, cuando tornes,
Que ya no es madre le diré yo mismo.
Mas no: trae á Lisandro: aquí perezca:
Llegó la hora de sangre; corre, amigo;
Y cuando venga Adrasto por su hija,
Respóndele que su hija ya ha vivido·

ARGIA

Mientras dice Creón los dos ó tres últimos versos anteriores. Argia irá volviendo pausadamente de su letargo; y hablará, después de haberse acercado á los otros actores.

¿Adrasto?. .¿Mi hijo?. .¿Qué decís?—¿Aún vive?

CREÓN

Argia, silencio y preparaos.

EURIMEDON

Vencidos
Aún no estamos, señor; venid al muro:
Recién está el combate prevenido:
Si Argia lo impide, vivirá dichosa:
Si de Adrasto triunfamos, él, cautivo
Con la hija suya, doblarán el triunfo;
Y si la suerte inclina sus caprichos

En favor de ese rey, Argia y Lisandro
Mueren en un momento.

CREÓN *(á Argia)*

¿Habeis oido?

EURIMEDON

Entre el palacio, ¿quién podrá librarlos?
Yo ya lo prometí, sabré cumplirlo.
Derramemos la sangre, pero en tiempo.
La sangre es un caudal, que, si es preciso
Al interés, se economiza; y luego
Llega la hora, y se derrama á ríos.
No disimuleis más: sepa la altiva
Que himeneo ó la muerte es el destino
Á que está reservada: ¡y cuales muertes!
El trono así lo exige

CREÓN *(A Argia)*

Hasta este sitio
Pronto viene Agenor: á vuestro encierro
Retornareis con él.

ARGIA

¿Y el hijo mio?

CREÓN

Consentid, ó muy pronto no sois madre:
Esta es la última vez que lo repito.
Vamos al muro.

ESCENA V.

ARGIA (*sola*)

¡Soberanos dioses!
¡Que poco poderoso es el auxilio
Que dais á la inocencia! ¡Cómo triunfan
Con vuestra tolerancia los delitos!
¿Para quien, dioses, reservais el rayo?
¡Para quien!—Para mí, para mi hijo.
¡Que! su vida ó su muerte está en mi mano,
Y siendo yo su madre ¿habré podido
Vacilar un momento?—Vuelve, monstruo,
Vuelve Creón y admite el sacrificio
Que hago ya á tu ambición y tus furores:
Seré tu esposa... ¡Dios! ¡Manes queridos
De Polinicio! ¿me escuchais?—No: nunca
La que supo adorarte cuando vivo,
Y la que, aun muerto, tu memoria adora,
Jamás, jamás tu Argia, esposo mío,
De tal infamia cubrirá tu llama,
Ni en negros humos ahogará su brillo.
¡Yo esposa de Creón!—Perdona, amado,
Perdóname otra vez: mas tú querido,
Tú adorado Lisandro ... ¿No te acuerdas,
Cuando de Argos partiste, al despedirnos,
Cuando me hablaste de él?—¡Cielo! ¿Y ahora
Soy yo que lo abandono á su suplicio?
¿Así guardo el tesoro que confiaste
En tu postrer abrazo á mi cariño?
¡Deidades del Olimpo, ó del Averno!
¿Cuáles me protegeis? ¿por qué camino
De mi dolor salir?—Argia, ¿no escuchas
Los moribundos ayes de tu hijo?

¡Madre!, si: ¡Madre!, en su agonia grita;
Y ya no hay madre para él.—¡Qué miro!

Se recostará á un bastidor abatidísima y como insensible. Mientras dura la larga pausa que debe haber, se presenta en la escena Agenor, se acerca á Argia, y ésta cuando lo siente, vuelve en sí, le dirige los dos primeros versos que siguen, al fin del acto parte con el.

Ya voy, ministro de furor y muerte.
¿A arrebatarme vienes? Ya te sigo,
Vuela á mi estancia, y con la helada urna,
Do los restos están de Polinicio,
Me abrazaré llorando. ¡Pueda en ella
De mi antigua esperanza hallar vestigios!
Y al consultar, esposo, tus cenizas,
Díle á tu Argia lo que hará por tu hijo.

ACTO QUINTO

ESCENA I.

CREÓN—AGENOR Y SUS GUARDIAS

CREÓN

No sé que aterrador presentimiento
Mi incontrastable corazón agita,
Desde que ví que Adrasto á las murallas
Presidiendo su tropa, se aproxima.
El cielo está pesando mi destino,
Y en muy pocos momentos ya se inclina
El inmutable fiel de la balanza
Al lado de mi gloria ó de mi ruina.
Aun no empieza el combate.—¡Oh! ¡si evitarlo
Pudiera yo!—¡Agenor! Haz que te siga
Argia hasta este lugar: parte; no tardes;

Nunca han valido mas que en este día
Los menores instantes.

Se vá Agenor. Las guardias quedan en la escena.

¡Oh! Argia, impide
Este combate horrible, ó de mis iras...
¡Cielo! ¡Yo despreciado! ¡Yo vencido!
¡Qué ansiedad! ¡Ah Creón! ¿Por qué á tu vista
De la honda eternidad se abre la puerta,
Y esta idea espantosa te horroriza?
¿Númenes implacables? ¿Cuál castigo...?
Pero no: yo no cedo. Que decida
De la guerra á su arbitrio la fortuna,
Pero nada trastorna el alma mía.

ESCENA II.

CREÓN—ARGIA—AGENOR Y SUS GUARDIAS.

CREÓN

Argia, ¿Habeis elegido?

ARGIA

Sí.

CREÓN

¿Mi mano?

ARGIA

Mi muerte.

CREÓN

Morireis. Más, precedida
Vuestra muerte será de la del hijo
Que no quereis salvar. No fuera digna
De Creón su venganza y se perdiera,
No muriendo Lisandro á vuestra vista,
Y no apurando vos hasta las heces

El cáliz de su bárbara agonía.
Ya os lo he dicho otra vez.

ARGIA

¿Pero mi sangre
No es bastante, Creón? ¿Y que diría
De un rey el universo, si supiera
Que un niño tierno conmovió sus iras,
Hasta el extremo de empapar las manos
En su sangre inculpada?

CREÓN

No se cuida
Creón de lo que diga el universo:
Todo su mundo es él.—¿Argia imagina
Evadirse del golpe que le espera,
O que mi alma, al ver lágrimas, vacila?
Perdeis llanto y palabras: una sola
Proferid, y con ella muerte ó vida.

ARGIA

Sí, muerte para mí.—¡Creón! No es furia
La que hay en vuestro pecho: es la justicia
Quien lo hace inexorable: mas yo sola
Al género de muerte mas impía
Debo ser destinada. Yo he venido
A Tébas á buscar unas cenizas
Que insepultas mandasteis que quedaran.
Yo, yo soy solamente quien motiva
Los furores de Adrasto: en esta guerra
Se ha empeñado no más que por su hija.
Yo, yo la viuda soy de Polinicio,
Y por él os desprecio: y este día
De sangre y mortandad, ¿quién lo ha traido?
¿Quién es la que se niega á verse unida
Al rey de Tébas con estrecho lazo?
¿Quien es la que se niega y desestima?
Yo sola soy, Creon, ¡Ah! ¡cuántas causas
Para que justamente á vuestras iras
Caiga la sola madre! Pero mi hijo,

Que ni ama ni aborrece todavía;
Que llora en su desgracia y no la siente;
Que no sabe si hay tronos, ni otras dichas
Es capaz de gozar que de su madre
Los besos, los abrazos, las caricias,
¿Ese niño inocente es bien que muera?
Si me dejais vivir, aprendería
Entonces de su madre á aborreceros:
Matadme y estorbadlo.

CREÓN

En este día
Perecereis los dos, y es corto el tiempo
De enseñar y aprender. ¡Qué! ¿Decidida
No creeis que está su suerte?—Yo conozco
Que despreciais la muerte, y atrevida
La insultareis sin duda; y es por eso
Que debeis lentamente recibirla
De Lisandro en persona. Vuestra sangre
Me vengará de Adrasto, cual me vengo
En Lisandro de vos. Si vuestra ruina
No me fuera por esto necesaria,
Os dejara vivir; porque la vida,
Sin gozar de vuestro hijo, más tormentos
Os causaría que la muerte misma.
No salvais á ese niño. ¿Qué le importa
La ternura de madre á una heroina
Que prefiere morir á dar su mano?
¡Oh! tanta gloria de una madre es digna.
Ciertamente mi mano os envilece.
Bien veis que os hago honor.

ARGIA

¿Más abatida,
Más humillada, bárbaro, me quieres?
Vuela, vuela, malvado, y asesina
Con tu execrada mano al niño tierno,
Que yo amo más porque tu rabia exita:

Bebe su sangre: arráncale del pecho
El débil corazón: mientras palpita
Gózate con mirarlo: en mil pedazos
Destrózalo...—¡Ay!...—¡Que más!—¡Cruel!—Perdida
Está ya mi razón!—Señor!

Se arroja á los pies de Creón.

La muerte...
¡Ay! ¡por piedad, la muerte! Aquí rendida
A vuestros pies la pido.

CREÓN

Sed mi esposa;
El himeneo la batalla impida,
Regresen los argianos á su patria,
Y vivireis los dos.

ARGIA

Levantándose del suelo.

¡Ah! Las cenizas
De Polinício, que bañó mi llanto,
¿Por qué no respondieron?—¡Sombra amiga!
Sal de los hondos senos de la muerte;
Llega, y en Tébas á tu esposa mira.
Dime ¿ por qué te amé?—¿ Por qué mi hiciste
La madre de Lisandro?—¡Arrepentida
Argia estará de serlo! No, mi esposo.
Mas, ¿no escuchas la voz de tu querida?
¿No vuelas, Polinicio, á mi socorro?
Un bárbaro asesino solicita,
Por interés de su ambición sin freno,
Lo que mi amor te dió. Lisandro espira
Si no se alza tu brazo descarnado,
Si el dolor de quien vive no da vida
A los que, sombras, en la Estigia vagan;
Si no vienes en fin.—¡Creón! ¿Soy hija
De Adrasto todavía? ¿Vive? ¿Acaso
La suerte de un combate?...—¡Qué agonías!
Hija y madre á la vez...

CREÓN

Ya no hay más tiempo.
¿ Consentis ?

ARGIA

¡ Ah ! Matadme.

CREÓN

Conducidla
Soldados, á la lóbrega mazmorra;
Suplan las teas á la luz del día,
Que en aquella prisión jamás penetra;
Alumbrad mi venganza; que á su vista
Muera cruelmente el hijo; y á este sitio,
Salpicada de sangre tan querida,
Arrastradla otra vez.

ARGIA

¡ Creón ! Dejadme
Que consulte de nuevo las cenizas
De mi perdido esposo. Permitidme
Que un momento no más...

CREÓN *(á los soldados)*

Esas reliquias
De la urna sacad en que reposan,
Y en el suelo furiosos esparcidlas,
A los pies del verdugo que á Lisandro
Debe arrancar la abominable vida.
Este es un sacrificio anticipado
A los manes de Argia. Si mis iras
No toleran igual entre los vivos,
¿ Valdrán más que Creón estas cenizas ?

ARGIA

Pero ni yo ni vos amar podemos
Este enlace sacrílego: si unida
Estuve á Polinicio...

CREÓN

¿Quién se acerca?

ARGIA

¡Deidades! Protegedme en este día.

CREÓN

¿Qué es esto, Eurimedon?

ESCENA III

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON—AGENOR Y SUS GUARDIAS.

EURIMEDON

Saldrá precipitado, furioso, y con la espada desnuda.

¡Señor! Salváos
Tan solamente pudo la perfidia
Lo que el valor de Adrasto no pudiera.
Periándro... ¡Ah! De Periándro la inaudita
Traición es sin ejemplo. Se ha vendido,
Y nos vendió. Las huestes enemigas
A la puerta Emoloides amagaban,
Y, viendo nuestra tropa prevenida,
Rehusaban acercarse. De repente
La legión de Periándro se aproxima
Al muro que cubríamos; el pueblo
Con ímpetu furioso lo seguía,
Y, armado ya por él desde antemano,
A un combate interior se precipita
Con los soldados nuestros. Entretanto
La legión del traidor carga, desquicia
Las principales puertas, y los muros
A los argianos en su seno abrigan.
Todo ha sido un momento.—Adrasto, el pueblo,
El pérfido Periándro, todavía

Vertiendo están la sangre de los fieles
Que al honor de su rey se sacrifican.
Pero el número vence. Ismenio apenas
Será posible que las avenidas
Del palacio defienda un breve rato:
En este empeño queda: decidida
Vuestra guardia á morir, se ha preparado
A que la entrada...—

CREÓN

Basta. ¿Y esa vida
Por qué no se ha perdido? ¿Así se guarda
Una fé tantas veces prometida?

EURIMEDON

Yo he volado hasta vos con este aviso...—

CREÓN

Bien. El pueblo....—Periándro...—

ARGIA

Al fin tranquila
Puede Argia respirar.

CREÓN *(á Eurimedon)*

¡Amigo! El mando
Espiró ya, pero comienza mi ira.—
Ahora mismo arrebátala: haz que mire
Que á pesar de su triunfo, el hijo espira
Y traedle aquí de nuevo. Ella no debe
Morir por otra mano que la mía.

ARGIA

No Creón.

CREÓN

Parte al punto: sácia tu alma

Con el placer de ver como palpita
Roto su corazón...—

ARGIA

No. Vuestra esposa
Seré más bien.

CREÓN

No es tiempo ya.—Daos prisa
A arrastrarla de aquí.

ARGIA *(á los soldados)*

¡Oh Dios! Dejadme.
Lisandro! ¡Ah, mi Lisandro! ¡Horrible día!

Una parte de las guardias arrebatan violentamente á Argia, y parten con Eurimedon. El resto de ellas queda con Agenor en la escena.

ESCENA IV

CREON—AGENOR GUARDIAS

CREÓN

Creón prorrumpirá después de una pausa regular, en la que manifestará el furor y la desesperación. Las pequeñas líneas que parten los versos indican las circunstancias en que este actor debe variar sus posiciones y su tono, hacer su pausa, mostrar la impetuosa contrariedad de afectos en que debe batallar.

Y Creón ya no es rey. El trono mío
Caer de otra manera no podía.
¡Traidores! ¡Oh! ¡Qué furia!—¡Cuánta sangre!
Un momento no más: y ya la mía
Ha de correr también.—Decid.

Hará estas preguntas á los mismos soldados de su guardia, como si no los conociera.

¿Vosotros
Sois soldados de Adrasto? ¡Qué! ¿Ya pisa

Mi palacio ese rey?—¡Qué rey! No sabe
Triunfar, si no triunfando la perfidia.
Y yo ¿cómo triunfé?—¿Remordimientos?
¡Oh no: jamás, Creón: no lo admitas.
Ya ha saltado la sangre de Lisandro.
Argia la ha visto ya, y Argia no expira
Porque el genio que manda en mis venganzas
Dilata por mi bien sus agonías.
Yo moriré después, sin que ella sepa
Cual es mi suerte, y esta idea misma
Doblará sus tormentos cuando muera.

Se oirá un ruido de armas y voces á lo lejos. Este, en intervalos más ó menos cortos, se irá sintiendo más cerca, hasta el principio de la escena sexta.

¡Qué rumor!, Agenor, Parte: ¿La grita
Y el tumulto no escuchas? Parte y dime
Si ya Adrasto á este sitio se encamina.

Se va solo Agenor, y no vuelve más á la escena.

¡Oh! ¡Qué fuera de mí si mi venganza
Me quitara también, como me quita
El poder de vengarme en adelante!
¡Oh! ¡Qué fuera de mí, si salva á su hija
Y si á Lisandro salva!—El ruido crece,
¡Qué momentos, Creón! ¡Cómo te agitan!
¡Cielos! ¿Quién entra aquí?

ESCENA V

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON—LOS GUARDIAS DE LA ESCENA ANTERIOR

ARGIA

Quien de tu rabia
Ha triunfado, Creón; quien todavía
Es madre, y lo será.

CREÓN

¿Qué es lo que dices?

EURIMEDON

La legión de Periándro, á mi salida,
Ya entraba en el palacio; y los soldados
Que á Lisandro guardaban, ó caían
A los golpes traidores, ó vencidos,
El peso de las armas deponían.
Al subterráneo penetró Periándro
Con planta vencedora y atrevida,
Y, al llegar á la torre, descubrimos
Que en sus brazos al niño conducía
Lejos de su prisión, y que volaba
Al encuentro de Adrasto.

CREÓN

Todavía
¡Oh furias infernales! si hay furores,
Traedlos á mi pecho.

EURIMEDON

La osadía.
De Isménio y Agenor y algunos bravos
Es lo solo que resta; pero expiran
Sin poderos valer. ¡Señor! salváos:
Ya se acercan: mirad por vuestra vida:
Si es posible, salváos.

CREÓN

¡Eh! ¿Qué dices?
¿Qué sirve ya el vivir?—¡Ah! ¿Mi desdicha
Sabes cual es, cobarde?—Es que tu mano
No supo responderme de una vida,
Y ha dejado incompleta mi venganza.
¿De una vida? ¡Qué digo! Si respira

Adrasto, á tí lo debe. ¿No te acuerdas?
¡Con que traidores todos!—Pero su hija...

ARGIA

¡La hija de Adrasto! Mi Lisandro vive;
No temo á nadie ya.

CREÓN

¡Altiva! ¿Miras
El triunfo de tu padre? ¿Ves mi tropa
Que, á fuerza de perfidia, está vencida?
Vélo, pero no esperes. ¿Por qué piensas
Que estos breves momentos aun respiras?
Es porque veas y que te atormentes
Con la idea feroz de que mi ruina
Y el triunfo de los tuyos no te salvan,
Vélos antes de morir: vive afligida
Este instante final... ¡Eh! ¡Quien!... ¿Que ruido

Es el tropel de los actores de la escena siguiente. Creón, al sentirlo, agarrará á Argia con una mano, y con la otra de desenvainará un puñal.

¿Qué es eso, Eurimedon?

EURIMEDON

Ya se aproximan,
Señor, los vencedores á este sitio.

ESCENA VI

Al presentarse los soldados argianos en la escena, los de Creón y Eurimedon harán con las armas un movimiento ligero, como de querer defenderse, pero á otro movimiento ignal de los soldados de Adrasto, se contendrán al instante.

CREON—ADRASTO—ARGIA—EURIMEDON
GUARDIAS DE CREON—SOLDADOS DE ADRASTO

ADRASTO

¡Monstruo! Entrégame á Argia.

CREÓN

Recibidla.

Hiere mortalmente á Argia.

ARGIA

¡Bárbaro!

ADRASTO

Correrá á abrazar á Argia, exclamando dolorosamente ¡hija!

¡Hija!

ARGIA

¡Padre!... En vuestros brazos...
Pues vive mi hijo... Moriré tranquila.

Muere en brazos de su padre.

ADRASTO

¡Soldados! A pedazos las entrañas
De esa fiera arrancad.

CREÓN

La mano mía,
Es quien sola penetra en mis entrañas.

Se hiere con el mismo puñal con que hirió á Argia.

Adrasto... muero yo... pero mis iras
Hasta el infirno bajarán conmigo...
Y en el infierno triunfarán de tu hija.

Cae sin que nadie lo sostenga, y expira abandonado.

FIN DEL QUINTO Y ÚLTIMO ACTO.

INDICE

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

(TOMO IV)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutiérrez.

TOMO IV—PATRIA Y HONOR

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

PATRIA Y HONOR

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ

DR. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

JUAN GUALBERTO GODOY

DR. D. BERNARDO VERA Y PINTADO

PRBRO. BARTOLOMÉ MUÑOZ

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

Pr
ed
fra
13
cu
me

á
na
pr
do
de

la
bi
m
F

he
m
se

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ

Nació el P. Rodríguez el año 1761, en San Pedro, Provincia de Buenos Aires. A los dieciseis años de edad tomó el hábito de novicio, en el convento de franciscanos de la capital del Vireinato, y profesó el 13 de Enero de 1778, siendo ordenado de sacerdote cuando aun no había cumplido la edad canónica, en mérito de sus talentos y virtudes.

Estudioso por inclinación, dedicóse especialmente á la enseñanza, yendo á destacarse con notoriedad nada común entre el grupo de hombres de mayor preparación que hacían célebre á la Universidad Cordobesa, donde dictó las clases de Filosofía y Teología, desde 1781 hasta 1790.

Habiendo regresado después á Buenos Aires, enseñó la Hermenéutica y la Física, conservándose aún, en la biblioteca del convento de San Francisco un volumen manuscrito que forma parte de un Tratado de Física, en tres tomos, que entonces escribiera.

Aquí se relacionó y vinculó estrechamente con los hombres de la revolución de Mayo, habiendo sido maestro de Moreno, y después, su mejor amigo y consejero.

A esto debió su nombramiento de primer conservador de la biblioteca nacional, fundada por iniciativa del ilustre secretario de la primera Junta Gubernativa.

En ese mismo año, 1810, una tramoya de cónclave lo llevó á ocupar el cargo de Provincial de su orden.

El P. Rodríguez fué hombre de actuación bien definida en los episodios de la emancipación nacional, á cuyo servicio puso el concurso valiosísimo de su talento, su posición social y su prestigio religioso. Alguna vez fué tildado de Saavedrista por la tenaz oposición que hizo á la designación de D. Martín Pueyrredón para substituir al Dr. Passo en la Presidencia del Triunvirato, en cuyas circunstancias se produjo la disolución de la Asamblea. Sin embargo, se ha probado que no fueron cuestiones de orden político las que determinaron aquella actitud del P. Rodríguez, sino cuestiones de orden religioso, levantadas por algunos de los proyectos que se atribuían al nuevo Gobernador, y que efectivamente, después se concretaron y fueron llevados á la practica.

En 1816 figuró el P. Rodríguez entre los diputados al Congreso de Tucumán, siendo el primero en auspiciar la idea de que cuanto antes se proyectara una constitución para el país, «para presentar con ella á los pueblos el bien que debe empeñarlos en la defensa y el vínculo que debe unirlos á una aspiración».

Míentras fué diputado tuvo á su cargo la redacción de «El Redactor de la Asamblea» y en las columnas

de este boletín oficial de aquel célebre Congreso hay muchas páginas muy interesantes debidas á su pluma, é inspiradas en el más alto patriotismo.

Republicano de corazón y enemigo acérrimo de todo absolutismo, militó siempre en el partido contrario á Alvear, y su actitud debió ser bastante agresiva y desenvuelta cuando vemos que, dirigiéndose al Dr. D. José Agustín Molina, de Tucumán, le dice: «Se ha creado una Junta de observación que ha trazado el plan para el nuevo Gobierno de esta provincia, cuyos vocales van firmados en esa proclama echada por ellos y están arreglando el descuaderno enorme que trajo la ambición y el despotismo. Ah! mi Agustín, qué robos tan enormes, qué injusticias! Qué corrupción de costumbres! Qué escándalos en los mismos gobernantes y en sus dependientes! ... En las cartas que me pillaron iba mucho de esto, porque ya me rebosaba. Yo no sé como no me han ahorcado».

Disuelta la Asamblea volvió el P. Rodríguez á Buenos Aires donde sostuvo las más animadas y azarosas polémicas contra las tendencias liberales que desencadenaron la reforma eclesiástica de 1822.

Periodista tan valiente como ilustrado sostuvo su credo y sus principios doctrinarios con encomiable ardor y entusiasmo, haciendo de las columnas del *Oficial del día* que redactaba con la ayuda de otro fraile tan sabio como él (pero de una mordacidad poco cristiana) cátedra de cultura, de ciencia y de gracia. Bien es cierto que tenían que contestar á *El*

Centinela, órgano de D. Bernardino Rivadavia, donde la pluma de Juan Cruz Varela destellaba sus más picantes réplicas humorísticas.

El P. Rodríguez es el representante mas inspirado del clero nacional entre los poetas de la revolución de Mayo, como Luca y Rojas son los representantes del ejército, López y Lafinur los de la Universidad y Azcuénaga y Varela los de la prensa.

El género, la entonación y el estilo de aquellos poetas-soldados, poetas-jurisconsultos ó poetas-periodistas, refleja nítidamente su profesión; y al que desee apreciar en sus versos los distintos grados de ilustración y cultura de las aulas, el foro, los salones y los cuarteles, puede hacerlo fácilmente porque los contrastes son grandes, y las diferencias muy notables.

Pero, vulgares ó eruditos, artistas ó desaliñados, poetas ó versificadores, sus poesías tienen todas el encanto de la verdad y del placer honesto, sus ideas relampaguean con el prestigio del pensamiento dominante de la época, y en su ritmo palpita el entusiasmo del movimiento revolucionario.

La patria es el tema que inspira sus mejores cantos; la libertad es el aura que acaricia todos sus ideales; la gloria es el nimbo de luz en que se vislumbran todos los héroes. Y á tal punto se armonizan y confunden todas sus poesías en este anhelo patriótico y en ese entusiasmo revolucionario, que el mismo P. Rodríguez llegó á decir, refiriéndose á ellos: *La patria es una nueva Musa que influye divinamente.*

¡Lástima grande es que nosotros no podamos decir otro tanto de las suyas!

Las poesías patrióticas del P. Rodríguez, son las menos y las peores. La composición «Al paso de los Andes y Victoria de Chacabuco», es muy pobre y vulgar, á pesar de la magnificencia y riqueza del tema; y tan poco expresiva en sus entusiasmos que, hablando de la libertad, solo sabe llamarla: *amable;* refiriéndose á los gloriosos hechos de armas y á las victorias alcanzadas por el ejército argentino del otro lado de los Andes, no se le ocurre más que esto:...

> « Los mas bellos y rápidos sucesos
> Colman luego los votos »
> ....

después de lo cual la fuerza del consonante lo compromete y lo obliga, á llamar: *devotos*, á los realistas.

El canto encomiástico, gratulatorio, al Gral. San Martín, es también de invención muy pobre. Algo mejorcita es la oda al Gral. Alvear, donde ya se encuentran pensamientos de más vuelo y figuras más poéticas que en las anteriores. El lenguaje es mejor y la entonación general más levantada. Con todo, esta poesía está muy lejos de poder competir con las que, sobre el mismo tema escribieron Juan de la Cruz y Florencio Varela.

Los historiadores argentinos en general; y D. Juan María Gutiérrez que es el historiador de los poetas argentinos, todos se han hecho eco de un torneo literario que parece haber sido celebrado por la Asamblea de 1813, con el propósito de elegir la canción nacional, del

cual resultó reconocida como tal, la poesía *Marcha Nacional*, compuesta por D. Vicente López y Planes. El otro competidor fué el P. Rodríguez, quien presentó con tal motivo la composición titulada *Himno á la patria* que empieza:

Salve patria dichosa,
Oh dulce patria, salve
Y por siglos eternos
Se cuenten tus edades.

Creemos que esta es la mejor de las poesías patrióticas del P. Rodríguez, pero que podría haber tenido mucho más realce sino la hubiera escrito en un metro tan pobre. Pero inferior en todo sentido á la del Dr. López, no es de extrañar que la Asamblea adoptara la de aquel para Himno Nacional.

Donde el P. Rodríguez demuestra mayor entusiasmo, espiritualidad y gracia es en la poesía amatoria, lo que no deja de ser una anomalía.

El soneto es su metro favorito, y lo maneja con mucho arte.

Parece que el hecho de verse obligado á formular el pensamiento que lo inspira con la precipitación que requiere la brevedad del metro, conviene á su carácter y se presta á la mejor utilización de sus dotes de controversista consumado, pues gradúa con tino admirable la sucesión de más efecto, y sabe desenvolver la composición viniendo á descorrer el velo de su intento cuando el lector ha terminado de leer el último verso.

El gracejo de las poesías del P. Rodríguez deja entrever el misticismo de su vida de convento, y su ironía

es todo un modelo de beatifica mordacidad. Si pudiéramos olvidarnos de su sotana tendríamos bastante que hablar á este respecto.

DR. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

(OBISPO DE CAMACO)

El Dr. D. José Agustín Molina nació en Tucumán el 2 de Setiembre de 1773 (1), siendo sus padres D. José Molina y Dª. Josefa Villafañe. Recibió su primera instrucción en las modestas escuelas de su ciudad natal, y sobre todo en su propio hogar, cuyo ambiente de virtud, dignidad y respeto, fortaleció sus sentimientos dando á su corazón tantas bondades como luces á su mente.

Pasó después á estudiar humanidades en Córdoba, ingresando al Colegio de Monserrat, verdadera antesala de la Universidad, (como que hasta se comunicaba por dentro con aquella); y allí, bajo la dirección de hombres tan ilustrados y severos como Fray Pedro N. Barrientos, Fray Pedro J. de Parras y Fray Pedro Guitian, terminó con brillo su bachillerato, vinculándose en las aulas con sus condiscípulos José Valentín Gó-

(1) En una monografía muy interesante, titulada «Fray Cayetano Rodríguez y el Obispo Molina» por Juan M. Garro, en la Rev. de Derecho, Historia y Letras, 1900, tomo VI, pg. 325; el Dr. Garro dice, que, nació á fines del mes de Julio: La información que yo tengo procede del expediente de órdenes que se siguió por el Vicario y Juez eclesiastico en 1796.

mez, Pedro Ruiz Huidobro y Pedro Suárez Ferreira, que después fueron también hombres de figuración nacional muy notoria.

Recibió el grado de maestro en Artes, en Diciembre de 1792, y en 1795 las borlas de Doctor en Teología; y llevándolo su vocación á abrazar la carrera eclesiástica, recibió las sagradas órdenes de manos del Obispo D. Angel Mariano Moscoso, á fines de 1796.

Los talentos del joven Presbítero Dr. Molina le hicieron descollar muy pronto entre lo más espectable del clero de su diócesis y de los hombres de su tiempo, por lo cual empezó muy pronto á desempeñar cargos muy importantes, entre otros, los de Vicario foráneo y Juez de diezmos. Fué comisario de Cruzada, y desempeñaba el cargo de canónigo de la nueva catedral de Salta, cuando fué sorprendido con el nombramiento de vicario apostólico de Salta, y la bula pontificia que lo nombraba obispo titular de Camaco, consagrándose tal el 7 de Mayo de 1837.

Pero el Dr. Molina no fué solamente un sacerdote virtuoso é ilustrado que hiciera honor al clero y á las letras argentinas, sino también un distinguido ciudadano, entusiasta defensor de la causa de la independencia y elemento de consejo en los comienzos de la organización nacional.

A este respecto dice su distinguido biógrafo: (1) «Ejerció también cargos de importancia en el orden político, tanto provinciales como nacionales. Entre

---

(1) Art. cit. de la Rev. de Der, Hist. y Letr., tomo 6, pg. 329.

los primeros, el de miembro de la Asamblea legislativa de la Provincia, en diversas épocas; y entre los segundos, el de prosecretario del histórico Congreso de Tucumán, en cuyo *Redactor* colaboró con fray Cayetano. En cuanto á su papel en aquellas, sábese que en su seno defendió siempre con decisión y elocuencia los intereses de la religión y de la patria. Su mencionado panegirista (1) recuerda como un timbre de su gloria el hecho de que, siendo presidente de la Sala plena, indújola con su persuación poderosa á declarar que la católica era la única religión de la provincia».

En el desempeño de sus elevadas funciones episcopales el joven obispo supo mantener cordiales relaciones con las autoridades civiles de las provincias de su diócesis, aun cuando sus gobiernos fuesen del tipo caracterizado por Ibarra en Santiago, y Heredia en Tucumán. Esto se debía á que el obispo Molina era tan respetable por su conducta como por su saber, y á que cumplía su misión evangélica sin otro propósito que el de lograr el mayor bien espiritual de las almas. De sí mismo, dice: «Yo soy obispo de la Providencia, de los tiempos apostólicos; pero he de cumplir con las disposiciones de la Santa Sede aunque sea comiendo tierra».

Ha trascendido á la historia nacional la estrecha amistad que vinculaba al obispo Molina con fray Cayetano Rodríguez. Esta afectuosa relación iniciada en los claustros de la Universidad cordobesa cuando

(1) Se refiere á fray Pantaleón García, que tuvo á su cargo la oración fúnebre del extinto en 1838.

el niño Molina era discípulo del joven P. Rodríguez, creció después en el ambiente de sus inclinaciones religiosas y se convirtió en verdadero vínculo fraternal, en el camino del Helicón, que frecuentemente ambos recorrían.

Más conocemos al Dr. Molina como poeta, por las referencias de fray Cayetano que por sus obras, pues son muy pocos los versos suyos que han llegado hasta nosotros. Los siguientes párrafos de cartas de fray Cayetano, demuestran el gran aprecio en que tenía á los versos del Dr. Molina: (1) «Si la pobre Calipso hubiera hecho asomar á sus labios tus expresiones, Telémaco hubiera sido sin duda despojo de su cariño, á pesar de los urgentes consejos y fuertes miradas de Minerva. Son dones de Dios y yo los venero donde tengo la fortuna de encontrarlos. ¡Dichoso Tucumán que te posee! No tiene que envidiar al Parnaso donde habitan las Musas. Estas fusiones se han realizado en tu persona. Lo que yo siento es que, ya que en Tucumán no hay Pegasos que estorben á los aficionados, hay por lo menos una muralla de tierra inmensa que hace larga la distancia y estorba comunicar con mi querido Ascuti».

Por su parte el Dr. Garro nos dice lo siguiente: (2) «Teniendo él, como su amigo, afición invencible á las musas, apenas se necesita decir que la poesía fué uno de sus más gratos pasatiempos. Compuso versos desde estudiante hasta los últimos años de su

(1) Rev. cit. pg. 335.
(2) Rev. cit. pg. 349.

vida, siendo la espontaneidad y la improvisación su característica en el género, razón por la cual el Dr. Avellaneda dice que podía apropiarse el *Et quidquid dicebam versus erat,* del desterrado del Ponto. Muchas de sus poesías, acaso la mayor parte, fueron de carácter familiar, pero también cantó á la religión y á la patria». Existe una colección impresa de versos escritos para ser cantados en Navidad, *frescos y risueños,* según el Dr. Avellaneda, y varias odas patrióticas, entre ellas una á los triunfos de Belgrano y otra á la jornada de Maipo, impresas ambas en Buenos Aires, en la imprenta de Niños Expósitos. (1)

El Dr. Molina murió en Tucumán, á los sesenta y cinco años de edad, el 1º. de Octubre de 1838.

DR. D. BERNARDO VERA Y PINTADO

Este ilustre santafecino de quien se ha dicho, que: «vivirá eternamente en los fastos de la revolución

---

(1) En la Biblioteca Nacional hay un ejemplar de estas poesías, cuya carátula es como sigue:

CANCIONES PIADOSAS que para exitar la devoción de unas almas inocentes, á rendir tiernos obsequios y adoración al *Hijo de Dios* hecho hombre en los días en que la Santa Iglesia celebra el devotísimo misterio de su nacimiento en el mundo, fueron compuestos por el Señor Doctor Don *José Agustín Molina*, últimamente *obispo de Camaco y vicario apostólico de Salta;* las que con el mismo fin da á luz un deudo suyo. (Segunda edición aumentada). Buenos Aires, Imprenta de la Independencia 1841.

—También hay un ejemplar de la Oda á la victoria de Maipo, cuya carátula dice:

LA JORNADA DE MAYPÚ por el Presbítero Dr. Don José Agustín Molina, residente en la ciudad de San Miguel del Tucumán. A expensas de un amigo del país. Buenos Aires, Imprenta de los Expósitos. 1818.

chilena, como pensador, como magistrado, como el Tirteo de los primeros himnos patrios», nació en la capital de la Provincia el 6 de Febrero de 1780. Descendiente de nobilísimo linaje (como lo atestiguaba el escudo de armas de su familia (1), cuya leyenda *Veritas vincit* recordaba la hazaña caballerezca del príncipe D. Ramiro de Aragón, que dió origen al apellido de los Vera) fueron sus padres: el alférez real D. José de Vera Mujica, y Dª. María Ventura López Pintado.

Por la particularidad de la observación, completamos estos datos sobre el origen de Vera, con el siguiente bosquejo de su persona hecho por el distinguido autor de *La crónica de 1810* D. Miguel Luis Amunátegui: «Así como se distinguía en lo físico por su color albino que llamaba la atención de cuantos le miraban, en una comarca donde tal color era desconocido, así se distinguía también por la excelencia y cultivo de su entendimiento».

El joven Vera hizo sus estudios preparatorios en Córdoba, y el año 1799 pasó á Chile con la familia de su tío político el mariscal don Joaquín del Pino, cuando éste fué á hacerce cargo del gobierno de aquel reino.

Vera se doctoró en la Universidad de San Felipe, y apenas egresado de sus aulas obtuvo allí mismo, por oposición, una cátedra de Jurisprudencia.

El joven abogado nutrió su espíritu con las ideas

---

(1) Componíase el escudo de armas de esa casa de tres órdenes de *veros de sable* (negro) en campo de plata, bordura de *gules* (rojo) con ocho *aspas* de oro; y por divisa, un aguila de *sable* que lleva en el pico una ancha cinta, con la leyenda: *Veritas vincit!*

de los filósofos que prepararon el movimiento revolucionario de la Francia, incorporándose desde el primer momento de su actuación en la vida pública al grupo de los hombres que, en secreto, vivían conspirando contra la dominación española. Su talento lo destacó muy pronto entre lo más conspícuo de la sociedad santiagueña, y, á pesar de su juventud, fué llamado á desempeñar funciones muy importantes.

Muy fuertes debían ser las vinculaciones contraidas por el joven argentino en Santiago, cuando rehusó aceptar el ofrecimiento que se le hizo y la ocasión excepcional que se le presentara de regresar á su patria, acompañando á su tío el mariscal D. Joaquín del Pino, promovido al sólio de los virreyes del río de la Plata.

El venticello revolucionario soplaba cada vez más intenso y sofocante, desparramando por toda la América el espíritu de rebelión de la lógia Lautaro. Ejercía entonces, provisionalmente, la presidencia del gobierno de Chile, el célebre D. Francisco Antonio García Carrasco, y las noticias cada vez más alarmantes que llegaban allí de Buenos Aires sobre la situación en que se encontraba España con la abdicación de Carlos IV, el advenimiento de Fernando VII y los amagos de invasión francesa, daban pábulo á los conflictos que originaba la poca habilidad del gobernante, y propiciaba el estallido del alzamiento separatista que se fraguaba.

Habiendo anulado arbitrariamente el decreto por el cual se establecía que doce vecinos de la primera

distinción del pueblo formaran parte del Cabildo, en calidad de regidores auxiliares, el inhábil gobernante se vió obligado á conjurar la situación de protesta y disgusto consintiendo en que se nombrara á dos personas, con prerrogativas de voz y voto, para que estudiaran las resoluciones de aquel alto cuerpo, y con ese motivo se eligió pera esos puestos á *D. Bernardo de Vera* y á D. Joaquín Fernández de Leiva.

Aquella situación de azarosa intranquilidad determinó en seguida medidas de represión muy rigorosas; y habiéndose denunciado al gobierno las reuniones que celebraban los patriotas en la casa de D. J. Antonio Rojas, y la influencia que en ellas ejercía el Dr. Vera, el mismo día que en Buenos Aires se daba el primer grito de libertad, en Chile se decretaba la prisión de aquel ilustre argentino, acusado de conspirador contra la dominación española.

Vera y sus compañeros Rojas, y Ovalle, fueron aprehendidos sin oponer resistencia y encerrados en la prisión de San Pablo. El Presidente convocó inmediatamente á la Audiencia, á fin de enterarla de aquella sonada medida; y habiendo ésta aprobado su conducta se resolvió sacar esa misma noche á los presos para Valparaiso, y embarcarlos allí para Lima, á las órdenes del virrey del Perú.

La policía no logró posesionarse de ningún documento que evidenciara que se conspiraba contra las autoridades, pero en cambio, entre los papeles de que se apoderó en casa del Dr. Vera, halló diversas poesías, que según dice Barros Arana, eran del mismo

Dr, Vera, cuyo sentido ambiguo y disimulado se prestaba á diversas interpretaciones, pero no daban á sus perseguidores el arma que necesitaban para esgrimirla en su contra.

El atentado no podía ser más brutal, y, al estupor del primer momento sucedió la protesta más estruendosa de la sociedad y del mismo Cabildo.

Recordando este hecho dice el Sr. Tocornal. (1): «Imperdonable habría sido el disimulo de tan inícuo atentado, tanto más injustificable cuanto que se encontraban en el mismo caso muchos otros individuos que habrían corrido la misma suerte. Si los hombres de más valer no repelían las ofensas del Presidente, calmaba la indignación popular y se robustecía el poder del gobierno, ganándole nuevos prosélitos la flaqueza de sus enemigos; pero decididos estos á llevar adelante la obra iniciada, aplaudieron la conducta del Cabildo en las reclamaciones que hizo en favor de los expatriados implorando la protección de la Audiencia, de cuya imparcialidad y rectitud se prometían un éxito favorable».

Por otra parte, el suegro del Dr. Vera, D. José Ignacio de la Cuadra, había presentado al Cabildo una solicitud firmada por cuarenta vecinos de lo más granado de la aristocracia santiagueña, (encabezada por la marquesa de Cañada Hermosa, y la respetable matrona Dª. Constanza Marín de Pobeda), en la que se le pedía: «reclamara el cumplimiento de las leyes alcan-

(1) Memoria sobre el primer gobierno nacional, por D. Manuel Antonio Tocornal, 1847. (Barros Arana. Obras completas. Vol. 7, pg. 140).

zando de la Audiencia y del Presidente, la reparación de la falta cometida» por este último.

Como el Cabildo acababa de discutir la actitud que debía observar en aquellas circunstancias, resolvió adherirse á aquella solicitud y elevarla á la Audiencia y el Presidente, ofreciendo su garantía sobre la conducta de los procesados, y prometiendo restablecer el sosiego público si se accedía á lo solicitado.

Comprendió el Presidente Carrasco la gravedad de la situación, y, como la Audiencia, que empezaba también á verse aislada, eludía los cargos que se le hacían diciendo que había sido sorprendida por el Presidente, le aconsejó que atendiera el pedido, y el decreto de las prisiones del 25 de Mayo fué derogado el 31 de ese mismo mes.

El pueblo empezaba á imponerse, el Cabildo triunfaba, la Audiencia estaba completamente desconceptuada y dividida, y, el Presidente que tan mal parado veía sus prestigios, intentó salir del paso, burlándose con una trastada de la credulidad de la población y de la buena fé de los oidores. Como los presos estaban en Valparaiso se dijo que su causa iba á abrirse en aquella ciudad, y en efecto, pocos días después, regresó de allí el Oidor encargado de este proceso, diciendo: que los reos habían quedado en libertad de comunicarse entre sí. La noticia no podía ser más satisfactoria, pues esa resolución importaba reconocer su inculpabilidad, por cuanto las leyes no concedían escarcelación en los delitos que merecieran pena corporal ó aflictiva, y por

lo tanto, dejarlos en libertad significaba reconocer su inocencia.

Así lo entendieron todos, y el cabildo, robustecido por el ambiente reparador de aquel momento y alentado por el éxito de su primera gestión, dió un paso más adelante, pidiendo al presidente de la Audiencia el retorno de los presos á Santiago. Viéndose sin salida, Carrasco prometió que ordenaría el regreso de los encausados, y, para hacerlo, envió á Valparaíso á un oficial que hasta el último momento de su partida repitió á todo el que quiso oirlo, que llevaba instrucciones concordantes con la voluntad y el anhelo de todos.

Se esperaba pues de un momento á otro el regreso del Dr. Vera, Rojas y Ovalle, por lo que podrá calcularse cual no sería el estupor y la rabia del pueblo al saber que había sido engañado; pues los dos últimos habían sido embarcados en un barco mercante que debía zarpar para el Callao, y el Dr. Vera se había salvado de esa iniquidad solo por hallarse enfermo.

El pueblo se amotinó, pidió al Cabildo que se reuniera y reclamase de la conducta arbitraria é ilegal de aquel mandatario, y la situación llegó á ser tan grave y comprometedora para Carrasco, que, á pesar de su terquedad, tuvo que ordenar la traslación de los presos á Santiago. Sin embargo, bien pudo firmar ese decreto en la seguridad de que sus efectos serían ilusorios, pues cuando llegó á Valparaíso el oficial encargado de cumplirlo, ya había zarpado el barco llevándose á Rojas y á Ovalle.

El Dr. Vera había quedado enfermo en cama, y permaneció dos meses en la prisión de Casas-Matas.

Defendiéndose ante los jueces del cargo de conspirador y enemigo de España, escribió numerosos artículos memoriales y notas, de una de las cuales entresacamos (1) el siguiente párrafo, porque contiene una relación de los diferentes trabajos de que hacía mérito el mismo Dr. Vera: «¿No me han visto el señor Carrasco y sus consejeros, á la edad de treinta años, dictar cátedras en esta Universidad, declarar en ellas las regalías de Fernando VII, execrar las traiciones de Napoleón, llevar en el Cabildo todo el peso de la secretaría en los tiempos más críticos, por nombramiento extraordinario del mismo señor Carrasco, presidir la Academia de Leyes, jubilar en este honroso destino, é infundir siempre en el pueblo aquel amor al rey que nace en el corazón?»

Con este motivo dice el ilustrado biógrafo que hemos citado: «Se *fernandeaba*, pues, en Buenos Aires como en Chile; y detrás de la imágen del Borbón, nada atrayente según su iconografía, aparecía bella y majestuosa la figura radiante de la libertad, extendiendo á América revolucionaria sus brazos maternales. Así es que, los patriotas chilenos *fernandeaban* en época en que la revolución estaba más que en los hechos en las ideas de los hombres, y se predicaba no en el sagrado nombre del verdadero sobe-

---

(1) Citado por el Dr, Ramón F. Lassaga, en un estudio muy interesante sobre el Dr. Vera, publicado en «La Opinión» de Santa Fé, (v. No. 1813 del 25 de Octubre de 1907).

rano, el pueblo, sino del rey *deseado*, del monarca prisionero, procurando demostrar aumentados sus sufrimientos en el cautiverio y pintando á Napoleón con sangrientos colores para exitar la compasión y aumentar el odio contra el usurpador.

No es entonces de extrañarse que el Dr. Vera, revolucionario entusiasta, casi todo un demagogo, un reformador convencido, demócrata por principios que se habían hecho carne en su espíritu, dándole la fuerza de las convicciones más arraigadas, recalcase sobre mentida fidelidad al cautivo de Bayona y la lealtad á la corona de España, que á través de las páginas de sus escritos se lee á las claras y así lo expresa el gran patriota que era su anhelo y encerraba su ideal la independencia absoluta, estuviese el *amado* monarca libre ó prisionero, sentado en el solio de los reyes españoles el hijo del débil Cárlos IV, ó prisionero del gran carnicero de su siglo.»

Entretanto la situación habiase vuelto cada vez más difícil para Carrasco, y tuvo al fin que renunciar. Las noticias que llegaban de Buenos Aires daban al pueblo chileno la buena nueva del pronunciamiento del 25 de Mayo, y, á pesar de que en aquellos momentos se hacía oir la voz de la madre patria (por boca de su más celebrado poeta) invitando á las colonias á mandar diputados á Cortes, diciéndoles con tal motivo. «Desde este momento os veis elevados á la dignidad de hombres libres. No sois ya los mismos que antes encorvados bajo un yugo tanto más duro, mientras más distantes estabais del centro del poder; mirados

con indiferencia, vejados por la codicia y destruídos por la ignorancia», la crisis se produjo, y el 18 de Setiembre marcó en los fastos de la historia de aquel pueblo la hora primera de su libertad.

La Junta provisional gubernativa que asumió el mando aquel fausto día, se abocó inmediatamente el conocimiento de la causa seguida contra Vera, Rojas y Ovalle, y la falló absolviendo á los procesados.

Amigo inseparable de Camilo Hanriquez desde el primer momento de la llegada á Santiago de éste célebre fraile, el Dr. Vera soportó con valentía el recio batallar de su osado compañero, escribiendo artículos de todo género en cuanto diario ó periódico se le presentaba. Así hizo célebre el pseudómino de *David Parra* y *Beronoten*, anagrama de su nombre, con que firmaba.

El gobierno de Buenos Aires lo nombró diputado ante el gobierno de Chile, en reemplazo de Alvarez Jonte, y en este carácter intervino con éxito en la gestión que hacía para obtener recursos para la revolución, logrando que las autoridades de ultra cordillera resolvieran mandar para Buenos Aires setenta quintales de pólvora, de que podía disponer.

«Las tareas en el foro y en el desempeño de la delicada misión que á su talento y patriotismo había confiado la Junta Gubernativa de Buenos Aires,—dice el Dr. Lassaga (1)—y á la que había consagrado toda su actividad, todo su celo, no le impedían buscar dulce so-

(1) «La Opinión» de Santa Fé Nº. 1830 del 4 de Noviembre de 1907.

laz y necesario descanso, en las horas de sosiego, entregándose de lleno al cultivo de la poesía, que ni aún en las horas del cautiverio dejó el poeta de pulsar las cuerdas de oro de su lira,»

«El, que en sus años juveniles, interrumpía la música y la danza en el sarao efectuado en la aristocrática casa de la nobleza chilena, deshojando las aromadas rosas de su fecundo ingenio á los pies de la hermosura, improvisando versos á las damas y cantando al amor como los antiguos trovadores en los castillos medioevales, había, entrado ya en la edad madura, consagrado su numen y su alma á una deidad querida: la libertad americana. Y, así se divulgaban (manuscritos ó confiados á la fidelidad de la memoria), sus versos desatinados pero entusiastas, expresión de sus patrióticos anhelos, manifestación elocuente de su innegable y bien demostrado espíritu patriótico.»

«Así se le oye cantar con entonación épica á Chile independiente en el primer glorioso aniversario del 18 de Setiembre. Las fiestas celebradas ese día han pasado á la historia como la consagración del movimiento que, un año antes, había puesto á Chile en posesión de sus destinos inmortales. Buscóse en ellas la forma que fuese más tocante para el pueblo, como la exteriorización de sus ideales, y recurrióse al Dr. Vera, el poeta favorito del pueblo, bien comprendido y aplaudido por este, para que alzara su canto en el que sabría concretar en la estrofa sonora y armoniosa, los anhelos populares.

Como número brillante de la fiesta, como nota la más simpática por ser la destinada á tocar todas las almas, se colocó en la fachada del palacio del congreso una ancha tela con la figura alegórica de un león vencido, despojado de la espada que esgrimiera fiero y pujante en la conquista de la América, y al pie de esa figura los versos entusiastas compuestos por el Dr. Vera á la libertad de Chile, y en que, quizás por primera vez se hablaba á la América revolucionada sin rememorar el nombre ni evocar la fidelidad mentida al César español.»

La causa de la libertad pasaba el año 14 por trances los más difíciles y amargos; la reacción realista amenazaba destruir muy pronto las ilusiones fundadas en el valor de los hijos del Plata, y la política europea aprovechaba la ocasión para entablar negociaciones de conveniencia recíproca con España, ayudándola á remachar los grillos rotos en los pies de los americanos sublevados.

El tratado de Lircay celebrado el 3 de Mayo de 1814, entre el comodoro inglés Hillyar y el gobernador chileno Lastra, tuvo para los patriotas chilenos el triste significado de una menguada deserción á la causa que tantos sacrificios les había impuesto, á pesar de que Camilo Henriquez y otros amigos personales del Dr. Vera, defendieron su conveniencia. Este se opuso enérgicamente á su celebración. El pueblo chileno estuvo con él, y la protesta se hizo tan general y tan extrema que, para exteriorizarla mejor, se ponía á la bandera española colgada de la horca, en

lo alto de los edificios de los patriotas. Para alentar al público en sus anhelos de libertad, el Dr. Vera escribió entonces dos opúsculos muy celebrados, en los que sostenía, que la aspiración de los chilenos *era la independencia absoluta*, y que esa era también *la única solución posible de la revolución.* Así, cuando los más entusiastas amigos de la emancipación del otro lado de los Andes, cedían al rigor de las circunstancias, nuestro compatriota, el indomable santafecino, mantenía en su alma el calor de los entusiasmos de los revolucionarios del Plata, y revivía en el espíritu de aquel pueblo hermano, su fé en el triunfo, y sus altiveces de pueblo libre y soberano.

Por eso, al inaugurarse el gobierno que surgió de la revolución del 23 de Julio, el Dr. Vera fué llamado á compartir sus tareas en la secretaría de Hacienda y de Gobierno; y en aquellos momentos aciagos, en que la vuelta al poder de los Carrera se tradujo en una serie de actos reprochables, en que se llevaron á cabo persecuciones las más arbitrarias y odiosas, es muy grato poder hacer constar que el Dr. Vera supo siempre conducirse en forma que más tarde mereciera el reconocimiento de los mismos adversarios, por su rectitud, su generosidad y su hidalguía.

Cuando, después de Rancagua, los patriotas chilenos tuvieron que buscar en la emigración el modo de salvarse de las venganzas del general triunfador, Osorio, el Dr. Vera acompañado de su esposa y de dos hijitas atravesó nuevamente la cordillera que cruzara 15 años antes, y volvió á pisar suelo argentino.

Pero aún en aquel mismo éxodo general del pueblo chileno su figura se destacaba entre las de todos los demás emigrados con las características de su alta representación y su infatigable energía. El Dr. Vera traía la representación del gobierno derrocado de los patriotas para gestionar del de Buenos Aires los recursos necesarios para la reconquista,

Volvió entonces el ilustre santafecino á visitar su ciudad natal, mitigando las amarguras de su espíritu con los halagos del terruño cuya apacible dulzura y patriarcal reposo parecíale destinado á realizar en el temple de las almas de los santafecinos el efecto de sedimentación de las lentas temperaturas en las entrañas de la tierra.

Ya en Buenos Aires, á objeto de realizar la gestión que le estaba encomendada, fué nombrado Asesor del gobierno por el director Alvear; y como debiera regresar á Mendoza para reunirse allí con su familia, fué designado para ocupar la Asesoria de guerra del ejército de los Andes. El General San Martín le sustituyó más tarde este nombramiento por el de Auditor de guerra.

Con el ejército de los Andes volvió á entrar el Dr. Vera en Santiago de Chile, después de haber visto al Gran Capitán destrozar las fuerzas de los realistas.

Iniciado entonces el gobierno del general D. Bernardo de O'Higgins, el Dr. Vera se hizo cargo de la dirección de la *Gaceta del supremo gobierno de Chile,* convirtiéndose de pionner de la libertad en adalid de la democracia y del progreso. Tanto trabajó en este

sentido, y tan sobresaliente era su mérito como escritor ilustrado y galano, que mereció el honor de que se le designara para redactar el acta de la independencia de Chile, que se firmó el 2 de Febrero de 1818.

Dice el Dr. Lassaga (1): «En medio de esta vida tan agitada en que puso á prueba su naturaleza, y desempeñando sus tareas con toda contracción y actividad, no olvidó por un momento el cultivo de la poesía que era para él, algo así, como un oásis para el viajero en el árido desierto.

Su espíritu necesitaba de él como la planta del agua para conservarse y vivir; que, para ciertas almas, el hacer versos, el cantar la belleza en la estrofa sonora y armoniosa, llega á adquirir los caracteres de una verdadera necesidad, y en él puede decirse que fué ella su característica más acentuada. Un publicista chileno ya muchas veces citado en esta monografía, el Sr. Luis Amunátegui, dice al respecto: «Pero lo que señaló á Vera un lugar aparte entre sus contemporáneos, fué su afición á la poesía y la persistencia con que la cultivó, cuando eran muy raros los que, en este país se dedicaban á ella.

«Era fecundísimo para hacer versos; pero como son pocos los que publicó en letras de molde, primero porque no había imprenta en que hacerlo, y en seguida, cuando la hubo, porque se daba la preferencia á otra clase de escritos, muchos de aquellos versos

(1) «La Opinion» de Santa Fé, núm. 1855 del 3 de Diciembre de 1907.

han sido trasmitidos de memoria especialmente por algunas damas de antaño».

El Sr. D. Marcelino Menendez y Pelayo en su antología de poetas hispano-americanos (1) da á D. Bernardo de Vera como chileno, y dice: «Los principales representantes de la poesía revolucionaria, en este período, son Camilo Henriquez y D. Bernardo de Vera y Pintado. Los versos de uno y otro no pertenecen en rigor al arte, pero si á la historia de las agitaciones políticas». Esta es también nuestra opinión.

Por decreto de fecha 19 de Julio de 1819 le fué encargada por el Director supremo una poesía que reflejara el sentimiento del pueblo, sus anhelos patrióticos y su amor á la libertad, y el Dr. Vera aceptó esa invitación componiendo la canción que, hasta no hace mucho, se cantaba oficialmente como himno nacional (2).

El Dr. Vera presentó al gobierno su composición dos meses después, y habiendo sido sometida á la aprobación del Senado, este prestó su conformidad en los siguientes términos: «Había visto con placer la canción que este le había acompañado, y que ella

---

(1) Tomo 4o. pág. L.

(2) El decreto respectivo dice: «Deseando su Excelencia que el aniversario del diez y ocho de Setiembre se solemnice con la gloria y decoro correspondiente, me manda encargar á Vd. como tengo el honor de hacerlo, la formación de una *Canción patriótica* análoga á la fiesta y que pueda cantarse en aquel día por distintos coros, confiando en su patriotismo y talento el pronto despacho de su encargo, para que haya tiempo de estudiarla.

Dios guarde á Vd. muchos años.

Joaquín de Echeverría.

Ministerio de Estado, Julio 19 de 1819.

merecía justamente el nombre de *Canción Nacional de Chile* con que el Senado la titulaba».

Refiriéndose á esta poesía, D. Juan García del Río escribía en el *Telégrafo,* lo siguiente: «La canción que ha compuesto el Dr. Bernardo de Vera y ha sido adoptada como nacional por el excelentísimo Senado y su excelencia el Supremo Director, hace honor á Chile. En la armonía y cadencia de sus versos, lejos de poner silencio á la razón humana, conserva la poesía el clarín verídico que ha de resonar en la extensión de los siglos, como que anuncia, por decirlo así, la voz de la posteridad; y la juventud formada por semejantes modelos y entusiasmada por lo sublime de semejantes pensamientos, tendrá ideas exactas de la verdadera grandeza y sabrá encaminarse con semblante animado y placentero, á la victoria ó al sepulcro, cuando lo exija la patria!»

El mismo D. Miguel Luis Amunátegui, que es tan mesurado en sus elogios, se expresa sobre ella en los siguientes términos: «Tiene el mérito peculiarísimo de haber sido escrita por uno de los principales actores de la independencia de Chile, á los pocos meses de la victoria de Maipo y de la toma de Valdivia, y de haberse asociado á ella los más gloriosos y placenteros recuerdos».

«La experiencia ha manifestado que no puede ser reemplazada por himnos más armoniosos y poéticos».

Esta canción se cantó por vez primera el 18 de Setiembre de 1819, con la música del himno nacional argentino; con cuyo motivo, el gobierno de Santiago

dirigió á su autor una nota de agradecimiento muy honrosa y encomiástica. (1)

El Dr. Vera fué también autor dramático. Su primera producción para el teatro se tituló *El triunfo de la naturaleza* y se representó el 20 de Agosto de 1819. (2) Al año siguiente, en el aniversario de la batalla de Chacabuco, se estrenó otra pieza dramática suya, *Introducción á la Tragedia de Guillermo Tell.*

Vinculado al movimiento intelectual y siguiendo las alternativas de la azarosa política de aquel país, el Dr. Vera pasó los últimos años de su vida con relativa tranquilidad, ocupando altos cargos públicos, entre otros, la presidencia de la Cámara de Diputados. Murió en Santiago, el 27 de Agosto de 1827, y el pueblo y el gobierno le hicieron una grandiosa manifestación de duelo en su sepelio.

El cuerpo docente y sus discípulos del Instituto Nacional de Santiago colocaron sobre su tumba una sencilla lápida de mármol, que dice:

AQUÍ YACE EL DOCTOR DON BERNARDO DE VERA
NACIÓ EN SANTA FÉ,
PROVINCIA ARGENTINA, EN 1780;
JURISCONSULTO; ORADOR Y POETA DISTINGUIDO;
PROMOTOR Y FUNDADOR
DE NUESTRA INDEPENDENCIA;
Y MURIÓ EL 27 DE AGOSTO DE 1827.

---

(1) La canción patriótica cuya composición encargó S. E. el Supremo Director á Vd. ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional de 10. de Setiembre, habiendo primero merecido el título de Canción Nacional por sanción de los poderes Legislativo y Ejecutivo.

S. E. tiene la mejor satisfaccion de que haya Vd. desempeñado su encargo, manifestando su entusiasmo y brillantez propias de su acendrado patriotismo y acreditado talento. De orden del Supremo tengo el honor de comunicarlo á Vd. para su satisfacción.

Dios guarde á Vd. muchos años.

Joaquín de Echeverría.

(2) «El Telégrafo» de Santiago, núm. 55 del 14 de Diciembre de 1819.

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

La primera vez que el infatigable don J. M. Gutiérrez publicó, en la Revista del Río de la Plata, una noticia referente á la personalidad de D. José Antonio Miralla (1), la puso por título: *Un forastero en su patria.* Esto solo basta para demostrar hasta que punto era aquí desconocido, un argentino, cuyo nombre había sido famoso en otros países del continente americano y cuya fama perduraba en las crónicas de los periódicos literarios de los Estados Unidos, de las Antillas, de Méjico, y sobre todo de Colombia.

Unas pocas líneas, publicadas también por él, algunos años antes, en un periódico de Chile (como contribución al estudio sobre la vida y trabajos literarios de Miralla) en las cuales hacía un llamado á la buena voluntad de los hombres que lo habían conocido, (á fin de obtener las mejores y más completas referencias, que le permitieran escribir con certeza su biografía, y juzgar de su mérito, como escritor y como poeta) fué inmediatamente contestada por un periódico de Bogotá, rectificando algunos de los datos del Sr. Gutiérrez, dando su actuación en Colombia, y, atestiguando

(1) Tomo 9, pág. 300

con la abundancia de detalles y el entusiasmo de los elogios, que nuestro compatriota había dejado honda huella de su vida en aquel lejano escenario de sus triunfos literarios y políticos.

Tan íntima debió ser su actuación en la sociedad colombiana y su influencia en los sucesos que distinguieron al período inicial de la independencia de América, que algunos escritores dan á Miralla como granadino y otros como cubano. El Dr. D. Florencio González, en sus «Recuerdos Sociales é Históricos de la época de la dominación española y guerra de la independencia en Colombia» (1), refiriéndose á un episodio de carácter social y religioso que escandalizó mucho á la sociedad de Bogotá, lo da como natural de las Antillas, haciendo de él grandes ponderaciones, en los siguientes términos: «Era este distinguido americano hombre de superior talento, versado en los clásicos latinos, poeta fácil y elegante, y dotado de una afluencia, gracia y habilidad para hablar, que siempre tenía encantada la sociedad que lo escuchaba» (2).

Y debemos creer que realmente era Miralla hombre de gran talento y de condiciones personales muy relevantes, porque desde la niñez aparece destacándose entre sus condiscípulos, en el Colegio de San Carlos (donde fué discípulo del Dr. D. Juan Fernández de Agüero), y porque á ello debió el granjearse

---

(1) Revista del Río de la Plata, Tomo 5, pag. 178.
(2) Revista del Río de la Plata, Tomo 5, pag. 179.

la protección extraña que facilitó su vida andariega, sacándolo del país y paseándolo á través del continente.

Refiere don J. M. Gutiérrez, en la noticia biográfica de que hemos hablado, que, poco tiempo después de las jornadas de la reconquista, allá por el año de 1809, llegó á Buenos Aires un habilísimo orfebre genovés, D. José Bogui (1), que exhibía una preciosa custodia en el templo de Santo Domingo, á donde, durante varios días, acudió gran número de visitantes para admirar la obra del artífice; y que con tal motivo, aparecieron escritos en los pilares del vetusto templo varios versos, recomendando compostura á la concurrencia y celebrando el fausto acontecimiento de que una tarde hasta hubieran concurrido dos obispos con el mismo objeto. Dichos versos eran de Miralla, y juzgando por ellos el artista que su joven autor era toda una esperanza para el futuro, tomólo desde entonces bajo su protección, y cuando, siguiendo el rastro de las empresas comerciales que lo atraían á estas tierras, decidió internarse en la región minera, en viaje al Perú, se lo llevó consigo.

Así dejó Miralla la República Argentina cuyo cielo no volvió á ver más.

El *venticello* revolucionario soplaba ya en los oídos del usurpador del Imperio de los Incas el rumor de su próximo estallido, y no es de extrañar que las aprensiones, la inquietud y el temor, entrasen á reempla-

(1) Carta particular de D. Benjamín Vicuña Mackena á Dn. J. M. Gutiérrez, fechada el 14 de Agosto de 1860, existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

zar en el ánimo del virrey Abascal la serenidad de su juicio. Buenos Aires acababa de lanzar su grito de independencia ó muerte; noticias propaladas por el entusiasmo de los patriotas daban á Lima como próxima á ser atacada por un ejército argentino encabezado por el fogoso Castelli; el miedo sobre la propia situación de la madre patria engendraba el misterio, la sospecha, la paralización general de los negocios, la desconfianza y la ruina. Y como si acontecimientos tan graves no fueran bastantes para perturbar el espíritu de las autoridades limeñas, los sangrientos asesinatos perpetrados en Quito el día 2 de Agosto de aquel mismo año, extremaron á tal punto las aprensiones y zozobras en que se vivía, que desencadenándose al fin la tempestad arremolinó la sociedad en grupos netamente definidos como leales ó insurgentes, y empezó la lucha con todo el ardor de los destinos expuestos en la contienda.

El Gobierno de Lima resolvió expulsar de su territorio á todos los sospechosos, y, entre los nombres de las primeras listas se encontraba la siguiente anotación: *El italiano Bogui y su hijo* (1).

¡Ese hijo de Bogui á que se hace referencia era Miralla!

Para escribir esta biografía hemos tenido á la vista los «Apuntes para la biografía de Miralla» publicados el año 1861 por el señor Gutiérrez en la Revista literaria y científica del Pacífico (2), las Memorias de

---

(1) Carta de D. Benjamín Vicuña Mackena á D. J. M, Gutiérrez de 14 de Agosto de 1860, existente en la Biblioteca del Senado.

(2) Tomo II, pag. 201.

D. Florentino González (1), el artículo biográfico del mismo señor don J. M. Gutiérrez: «Un forastero en su patria» (2), el artículo biográfico de D. José María Vergara y Vergara publicado en el periódico «La Caridad» de Bogotá (3), y las cartas de la señora Helena Miralla Zulueta de Vargas Reyes al señor Vergara y al señor Gutiérrez (4).

Hacemos esta advertencia, para excusar toda cuestión referente á los datos que apuntamos, pues, habiéndose pretendido contradecir la información de los unos con la de los otros nosotros hacemos solo reseña de aquello que está perfectamente establecido.

Don José Antonio Miralla nació en la ciudad de Córdoba, siendo sus padres Dª Elena Molina y don Francisco Miralla. El joven Miralla vino á estudiar á Buenos Aires protegido por su pariente el célebre Dean D. Gregorio Funes.

Después de lanzarse á correr el mundo, no está probado que se cumpliera con él la orden de expulsión del territorio Peruano, en que había sido comprendido su nuevo protector, pero sí que completó sus estudios de bachiller en la Universidad de San Marcos, ingresando después á la escuela de Medicina, donde el año 1812 seguía los cursos de anatomía, fisiología y zoología, que dictaba D. Juan Antonio Fernández, bachiller de medicina y maestro de fisiología, el que

---

(1) Rev. del Río de la Plata, Tomo 5, pag. 161.

(2) Rev. del Río de la Plata, Tomo 9, pag. 300.

(3) No 14 del día 10 de Diciembre de 1865.

(4) Archivo particular de Dn. J. M. Gutiérrez en la Bibl. del Senado Nacional.

después fué médico y profesor de la Escuela de medicina de Buenos Aires.

Miralla recibió una educación muy esmerada, y su cultura se revelaba haciendo gala de las brillantes facultades de ingenio y prendas de su bondadoso carácter. Hablaba el español, el francés, el italiano, el inglés y el portugués, y tenía conocimientos bastante extensos del griego y latín.

Estas relevantes condiciones le valieron la amistad de un gran personaje, D. José Baquijano y Carrillo, conde de Vista Florida, cuya alta figuración en la sociedad y negocios públicos del Perú le sirvió de gran apoyo para el comienzo de sus trabajos en la vida. Habiéndose propalado la noticia de que Fernando VII había al fin decidido establecer en la América española la forma de gobierno constitucional votada por las cortes, asegurándose que el Sr. Baquijano sería colocado al frente del Supremo Consejo de Estado que iba á crearse, hiciéronse grandes fiestas, y su crónica estuvo á cargo de Miralla, quien publicó un cuaderno de 40 páginas en 4º titulado: «Breve descripción de las fiestas celebradas en la capital de los reyes del Perú, con motivo de la promoción del Exmo. Sr. D. José Baquijano y Carrillo al Supremo Consejo de Estado, con una regular colección de algunas poesías relativas al mismo objeto».

El resultado de estas oficiosidades fué que el Conde de Vista Florida se llevara á Miralla con él, en calidad de *Secretario privado,* cuando se fué á España á hacerse cargo de su alto puesto.

Parece que las ideas políticas y filosóficas de Miralla lo pusieron pronto en el índice de los sospechosos de deslealtad hacia el gobierno español y como sus ideas religiosas despertaran también recelos de parte del Tribunal de la Inquisición, tuvo que abandonar la península en secreto y se trasladó á Inglaterra. Si en aquella ocasión viajó ó no por las principales naciones del continente es cosa que no está probada.

Según las informaciones del Sr. Vergara y Vergara, Miralla estaba en la Habana desde el año 1820, habiéndose relacionado allí con los hombres más notables de su tiempo, y principalmente con D. José Fernández Madrid, expresidente de las Provincias Unidas de nueva Granada, que redactaba «El Argos», periódico literario y político en cuya redacción entró á colaborar Miralla. El Sr. Vergara añade lo siguiente: «Entonces fué cuando acaeció la asonada popular del 15 de Abril de 1820 en las calles y plazas de la capital, asonada generosa, porque la inspiraba la libertad, pero imprudente porque se hacía entre las autoridades españolas que la hubieran sofocado con sangre en pocos momentos. Miralla se presentó, habló al pueblo, y el pueblo se contuvo. Madrid le dirigió entonces el soneto que se registra en la página 45 de sus poesías».

Ese soneto es el siguiente:

AL CIUDADANO MIRALLA *

CON MOTIVO DE HABER SOSEGADO EL FUROR DEL PUEBLO EL DIA 15 DE ABRIL DE 1820.

¿Visteis alguna vez del mar airado
Encresparse las olas agitadas,
Cuando de opuestos vientos contrastadas
Bramando sin piedad se han levantado?

Ya descienden de un cielo encapotado
Las centellas por Júpiter lanzadas;
Ya no atiende á las velas destrozadas
El marinero absorto y consternado;

Pero, armada la diestra del tridente,
Habla Neptuno, y calla el Oceano,
Que la voz reconoce omnipotente.

Imagen de ese mar fué el pueblo Habano,
Y de Neptuno el joven elocuente
Que aplacar supo su furor insano.

Sea porque Miralla fuese un hombre emprendedor y activo, que no desperdiciaba modo de acrecentar su fortuna; sea porque habiendo venido á menos su capital, necesitase trabajar, lo ciertoes que el año 1812 aparece inscripto en la guía de forasteros de la Ha-

* Poesías de D. José Fernández Madrid. Habana 1822.—Tomo 1, página 45.

bana como ¡comerciante!, con casa en la calle S. Ignacio N°. 6.

Como el poeta colombiano D. José Fernández Madrid es más conocido entre nosotros que nuestro compatriota Miralla, por la encumbrada posición que llegó á tener en su país, donde desempeñó los mas altos cargos de la magistratura y la diplomacia, y como las condiciones de intelectualidad y carácter que distinguen á Madrid y trascienden sus versos, armonizando, y simpatizando con las del poeta argentino, presentan nuestra consideración el agradable espectáculo de la solidaridad americana, exteriorizada en forma de vinculaciones fraternales, nos complacemos en transcribir siguiente paralelo entre ambos, debido á la pluma de nuestro insigne D. Juan María: «Es natural presumir que entre el argentino y el colombiano, que habían vaciado sus pensamientos y pasiones políticas en el molde de las columnas del *Argos*, existiese una especial analogía en el carácter y en las propensiones del espíritu, cultivado en ambos por la disciplina de la escuela y por la enseñanza práctica que proporcionan los viajes. Madrid era médico de profesión, y Miralla, como hemos visto, había frecuentado los anfiteatros de Lima: ambos amaban la poesía y más que á ésta á la patria y á la libertad.

Madrid publicó una colección completa de sus composiciones poéticas en Londres, el año 1828, y en ella se encuentran huellas bien visibles de su intimidad con Miralla, de las inclinaciones literarias de éste, y de la influencia que ejerció en la sociedad habanera

en cuyo seno pasaron ambos, juntos, algunos de sus mejores años. En esa colección se reprodujo el soneto que acaba de leerse.

Madrid ejercía la medicina, y su amigo colaborador de tareas periodísticas se ocupaba de comercio y de industria. La vida de ambos debía ser afanosa; y aunque la ocupación y el trabajo son los mayores enemigos del fastidio, sin embargo, en su calidad de expatriado experimentaba sin duda aquel desabrimiento del ánimo que se apodera del que está ausente del lugar en que nació, y que á veces toma el carácter de una enfermedad que aniquila las fuerzas físicas y con ellas el poder de la voluntad.

Pero aun este flanco por donde pudiera penetrar el aburrimiento, estaba defendido en aquellas dos almas activas, hermanadas por los santos vínculos del talento y de la común afición á las letras, por esas hadas benéficas que aligeran las horas perezosas de la desgracia y confortan el ánimo en los momentos de desmayo moral.

En las horas un que el atractivo de la hamaca, de la bañadera, ó de la indolente siesta, derramaban sueño y silencio sobre los vecinos de la Habana, herida de lleno por el sol del trópico, deponía el doctor su bastón de borlas, el comerciante cerraba su caja, y dando de mano á las tareas serias, inclusas las de la redacción del periódico político, evocaban las musas ligeras y se daban de todo corazón á la esgrima de las agudezas sazonadas con la rima y el consonante, los

cuales, cuando son fáciles y oportunos, levantan el relieve de las obras de la imaginación.

Miralla era la inspiración; Madrid, quien desenvolvía en versos suaves, naturales y expontáneos, como hebras de seda de un hermoso capullo que se devana, las ideas ideas sugeridas por el amigo. Bastaba el mas mínimo toque á aquellas dos cuerdas simpáticas, para que produjeran el mismo sonido y la misma armonía; y sobre tema cualquiera, al parecer trivial, elevaban un canto digno da conservarse entre las más selectas inspiraciones del ingenio sudamericano.

El poeta colombiano escribió, en una de las ocasiones que acabamos de señalar, una bellísima sátira en nobles tercetos, tomando por tema y epígrafe de ella los dos siguientes endecasílabos del literato argentino:

> Hay en el mundo dos felicidades:
> Una ser rico y otra ser soltero.

Esta sátira confirma accidentalmente, la índole del genio y del natural de Miralla, enteramente argentinos. Doce años de apartamiento de la patria no habían podido desvirtuar en este las amables dotes intelectuales, ni los arranques del carácter desenvuelto y comunicativo que distingue á los hijos de nuestro país, acarreándoles la crítica ó el elogio de los extraños. Así se infiere del pasaje siguiente de la mencionada composición de Madrid, dirigida á quien la había sugerido:

Porque sabes hablar eres pedante;
Porque entiendes de todo eres ligero;
Por ameno y jovial eres tunante;
Así te juzga el público habanero...

Pero esta situación feliz no duró mucho. La idea emancipadora había convertido al suelo sudamericano en un inmenso campo de batalla; la contienda de la libertad se había empeñado con el mayor entusiasmo en todas las naciones hermanas de la América española; el fragor de los cañonazos de Salta y Tucumán se unía al estampido de los disparos de Bárbula y Boyacá, y el patriotismo exigía, sin tregua ni reposo, nuevos sacrificios en la fortuna y vida de sus hijos.

Miralla estaba afiliado á una sociedad secreta formada en la Habana, con el objeto de influir por medio de la prensa en la opinión pública, en favor de la causa americana, allegándole prosélitos, desconceptuando el régimen del absolutismo de la madre patria, y, propiciando el auxilio extranjero por todos los medios á su alcance: confundiendo en una sola la causa de Riego con la de Liniers, San Martín y Bolivar. Habiendo llegado Miralla á hacerse sospechoso á las autoridades de la isla, tuvo que huir de allí, refugiándose en los Estados Unidos, de donde vino á Colombia el año 1823, en compañía de varios otros patriotas cubanos: D. Aniceto Iznaga, D. Fructuoso del Castillo, el Dr. D. Agustín Araujo y Betencourt y González, entre otros.

De esta rápida estadía de Miralla en los Estados Unidos ha quedado un recuerdo afectuoso en la me-

moria de los hombres que, por su figuración en la gran república de las letras, señalan á nuestro compatriota con el mérito indiscutible de sus virtudes descollantes.

El Sr. D. M. G. Ticknor, reputado historiador de la literatura española, dirigiéndose á D. J. M. Gutiérrez, desde Boston, en carta fechada el 15 de Octubre de 1867, le dice lo siguiente:

«Uno de sus bosquejos biográficos nos ha interesado mucho á mi y á uno de mis amigos. Me refiero al de D. José Antonio Miralla. Mi amigo el Sr. Cárlos F. Bradford, excelente juez en materia de literatura española, le conoció, y yo tambien lo conocí, cuando estuvo aquí en Boston, de 1822 á 1823.

Venía algunas veces á mi casa, y recuerdo bien que solía improvisar con extraordinaria facilidad y buen éxito».

Miralla tenía la idea de independizar á Cuba, y fué para buscar el apoyo necesario en los gobiernos de Méjico y Colombia que hizo este viaje, desembarcando en la Guaira en el mes de Setiembre de 1823, y pasando luego á Caracas, á donde llegaron el 1°. de Enero de 1824 en compañía del patriota general D. Antonio Valero, á quien habían nombrado jefe de la expedición.

Pero por más simpático que fuera este proyecto al gobierno de Colombia, juzgóse que el momento no era propicio para aquella empresa y, en consecuencia, que la idea debía aplazarse por algun tiempo, hasta

tanto se despejara la suerte general del continente, que se jugaba en Ayacucho.

El carácter expansivo de Miralla, su vasta ilustración y su cultura, le abrieron pronto las puertas de la mejor sociedad santafecina, y enseguida contó entre sus amigos á lo mas descollante en la política y las letras. El *Rey de la conversación*, como amistosamente se le llamaba, rindió su corazón á la virtud y hermosura de una joven santafereña, la Sta. Dª. Elvira Zuleta, con quien contrajo matrimonio; y, mientras recidió en Bogotá, fué profesor de lenguas vivas en el Colegio Nacional de San Bartolomé, y á pedido del Sr. D. Pedro Gual, que desempeñaba la Secretaría del Ministerio de Relaciones Exteriores, aceptó el puesto de oficial mayor de ese Departamento.

En cambio, sus amigos de Méjico deseaban no retardar más la campaña antillera, y á fin de decidir y arrancar á Miralla de la apacible vida de hogar en que Colombia le había adormecido, enviaron en su busca al S. D. J. Ignacio de Bazadre, quien llevaba encargo de ofrecerle un alto puesto en aquel país.

Miralla sacrificó todas sus comodidades, su bienestar y su reposo, y acompañado de su esposa y su hijita, casi recien nacida, se embarcó á bordo de una fragata inglesa que zarpaba para Alvarado, sin tocar en Jamaica, creyendo evitar así el peligro de las enfermedades propias de la insalubridad de la isla en la estación de las lluvias. Pero la fatalidad lo esperaba sobre la misma costa del golfo mejicano, y, al llegar á Jalope, se sintió contagiado de la terrible fiebre.

Esperando vencer el mal al ascender á terrenos más elevados, se dirijió hacia Veracruz, pero no pudo pasar de Puebla de los Angeles, donde cayó para no levantarse más, falleciendo, en medio de la desesperación de su joven esposa, en la madrugada del 4 de Octubre de 1825, á la edad de 35 años.

Completaremos estos datos biográficos de este esclarecido compatriota, con las siguientes apreciaciones, que hace á su respecto el distinguido literato D Juan Francisco Ortiz:

« Que había hecho buenos estudios, nadie podía negarlo, porque hablaba con mucha propiedad el inglés, el francés y el italiano.

Que entendía el latín, era indispensable, porque citaba de memoria y con asombrosa facilidad los clásicos latinos. Sabía las matemáticas, la jurisprudencia y hasta la teología y los cánones, como lo probó en una gran conferencia pública á que lo invitó el señor D. Francisco Margallo y Duquesne, de grata memoria, para demostrar el daño que causa á los fieles cristianos la lectura de la Biblia en lenguas vulgares. Los que concurrieron á aquella conferencia, aseguraban que Miralla había sostenido la tésis contraria con mucha erudición y elocuencia.

Tendría Miralla de treinta á treinta y cuatro años cuando le conocí. Era bien parecido, su color trigueño, su cabeza poblada de negros y enrisados cabellos, su mirada luminosa, su dentadura limpia como la plata cincelada. Usaba siempre sombrero de pelo, corbata blanca, levita de paño color de pasa, muy

bien cortada y abotonada hasta el cuello, calzado negro, botas, guantes y estoque. Los movimientos eran airosos y desembarazados.

A nadie he oído pronunciar la lengua castellana con tanta pureza y corrección.

Nunca confundía la *b* con la *v*, ni la *z* con la *s*.—Su acento era claro y sonoro, y tenía una imaginación tan rica y tan felices ocurrencias, que se quedaba uno lelo, embobado, oyéndole hablar. Improvisaba en el metro que se quisiese y sobre el tema que le indicaran, con asonante ó consonante, en endecasílabos ó en versos de arte menor, con pié libre ó forzado, en décimas, en letrillas, en octavas; para él era indiferente. ¡Era un prodigio! y los que tenían el gusto de oirle una vez, querían oirlo siempre.

Era el Adonis de las damas, el embeleso de las tertulias; era un cumplido caballero que se hacía querer por sus modales y por su chispa.

Cuentan que, habiendo salido de paseo con varios amigos, entraron al cementerio de Bogotá, y uno de ellos reparó que en una calavera abandonada encima de una tumba había brotado una amapola que se mecía con el viento de la tarde; y, mostrándola á Miralla, le pidió un verso, y que él improvisó éste:

«¡Bella flor! cuando naciste,
¡Oh, que triste fué tu suerte,
Que al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte!

Arrancarte es cosa triste;
No llevarte es lance fuerte;
Dejarte donde naciste
Es dejarte con la muerte.»

sin embargo, esta octava ha sido incluída entre las posías de una poeta guatemalteco.

La muerte de Miralla fué hondamente sentida por sus amigos políticos, y repercutió como una gran desgracia en el seno de las sociedades que había subyugado con su trato.

Como necesitamos rehacer el personaje á nuestros propios ojos, para apreciar su figuración en el escenario de la política y de las letras americanas, y de su actuación y su vida no sabemos más que lo que nos ha traído el éco de las crónicas, ó lo que ha podido insinuar su amante huérfana, como noticias adquiridas al dulce halago de las caricias maternas, copiamos á continuación varias poesías que le fueron dedicadas como homenaje póstumo á su memoria.

Los antecedentes biográficos que anteceden, harían suponer que la facundia de Miralla había legado al Parnaso argentino un buen número de joyas en sus composiciones, pero sucede todo lo contrario, y á penas si entre todas, hemos logrado una media docena.

Este pequeño caudal ha bastado para que la crítica lo considere como uno de los mejores poetas argentinos.

Refiriéndose á su traducción de la poesía de T. Gray dice el señor Menendez y Pelayo:

«La literalísima versión, casi improvisada, que en 1823 hizo de la elegía de Tomás Gray, *En el cementerio de una aldea*, hecha verso por verso, á pesar de la gran diferencia de concisión entre ambas len-

guas. Los demás intérpretes castellanos de esta elegía, entre los cuales se aventaja Dn. Enrique de Vedia, han tenido que acudir á la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo á cuerpo y si no puede decirse que saliese siempre victorioso, porque era empresa casi imposible, á lo menos superó enormes dificultades, y en algunas estrofas acertó á no perder nada del texto y á calcarle en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia. (1)»

Las poesías *La Libertad á Nice,* y *Palinodia á Nice*, son traducciones de las de Metastasio, que compiten ventajosamente con la de Menendez y la de Rossi.

Terminaremos esta ligera reseña con las siguientes palabras de D. J. M. Gutiérrez: «Fué poeta como Heredia, y vivió como éste la duración de un relámpago; como Melgar que pereció de una bala española en los primeros hechos de la independencia del Perú, á que había consagrado su alma; como su compatriota Lafinur, que desapareció en la fuerza de la juventud después de eternizar una existencia efímera empleándola noblemente, en los campamentos militares de Belgrano, cuyo doloroso fin cantó en bellísimas elegías, en las escuelas, dictando principios sanos de una filosofía adecuada á los nuevos destinos de la república, y en la prensa, sembrando la semilla de las instituciones libres.—Miralla y Lafinur, cuyos talentos tienen muchos puntos de contacto, fallecieron casi en un mismo año y casi de una misma edad.» (2)

---

(1) Antología de poetas Hisp. Amer. Tom. 4, pág. CXXV.

(2) Rev. del Rio de la Plata, Tom. 9. pág. 343.

LV

MUERTE DE MIRALLA

AL SEÑOR VICENTE ROCA-FUERTE

ELEJÍA

En esta triste carta que te envío,
Querido amigo, el pecho lacerado,
Recibe la expresión del dolor mío.

Si la queja es alivio al desgraciado,
El bálsamo derrame del consuelo
Sobre mi corazón atribulado.

El motivo es igual de nuestro duelo,
Y por el tuyo el mío considera:
Un mismo golpe nos ha dado el cielo.

¡Qué amigo nos robó la parca fiera!
¡Qué hilo cortó de vida tan preciosa,
Que estaba en la mitad de su carrera!

Flébil gemido de doliente esposa,
Lloro de hijuelo que con ella alterna,
La voz de padre dulce y amorosa,

Suspiros de amistad sensible y tierna,
El clamor de la patria, nada, nada,
Vuelve á Miralla de la noche eterna.

Despojo yace de la tumba helada,
Y por el frío soplo de la muerte
La llama de su genio fué apagada.

Mas no palpita ya su pecho fuerte,
Que era de libertad gloria y escudo;
¡Cuan mísera del mérito la suerte!

En lúgubre silencio quedó mudo
Aquel labio elocuente, persuasivo,
Que popular desorden calmar pudo;

Que con gracia sin par, tono festivo,
Fué de la sociedad alma y encanto,
Intérprete de ingenio claro y vivo.

¿Qué otro mortal, favorecido tanto
Del Dios de los poetas, producía
Tan de improviso el verso y dulce canto?

Lloren las musas de la patria mía
Este fracaso, y de ciprés y luto
La docta frente ciñan á porfía.

El epicedio no será sin fruto,
Que salvará del río del olvido
A quien dan de sus lágrimas tributo.

Tan piadoso deber será cumplido
Por un poeta amable á cuya lira
El don de eternizar fué concedido.

Versos, sin duda, la amistad inspira
Por el objeto que la mia deplora,
Al cantor de las rosas y de Amira.

¿Dónde estaba tu mano protectora,
Alumno de Esculapio, que impidiera
Del caro amigo la postrera hora?

LVII

En distante región, la suerte fiera
No te dejó salvarle; mas tu acento
Dele por vida fama duradera.

Anima al hombre el noble sentimiento
De la inmortalidad, su voz sagrada
Infunde al genio y la virtud aliento.

De horror al caos mi alma penetrada,
Al ver morir el ser inteligente,
No concibe su espíritu en la nada.

Sintiendo está mi corazón doliente
Otras crueles heridas, renovando
La pena antigua con el mal presente:

Veo á mis compañeros exhalando
En el cadalzo el último suspiro,
O en cruda lid su sangre derramando.

Para llorarlos ¡ay! solo respiro:
Calma empero la triste fantasía
Cuando su sombra en el ciëlo miro.

Cuando mas esperanza prometía,
Le sorprendió la muerte en su camino.
¡Bajó la noche en la mitad del día!

No otra vez le verás, Río Argentino,
Donde brilló á su ser la luz primera,
Fugaz cual tu corriente, su destino.

Ni el sol que alumbra la celeste esfera
De la patria del inca, en cuyo seno
De su vida pasó la primavera,

Ni de los zipas el país ameno,
Donde le hizo el amor padre y esposo,
País de triunfos y de glorias lleno,

Ni de Anahuac el campo deleitoso
Donde vino á morir, y donde en vano
Se prometía un porvenir dichoso.

La suerte del mortal es un arcano
Para sí mismo, á su saber profundo
Lo ha reservado el ente soberano;
Vayamos por la senda de este mundo.

José María Salazar.
Granadino.

TRIBUTO DEL CORAZÓN

¡Murió Miralla!... ¡Oh Parca inexorable!
¿No estás cansada de esterminio tanto?
¿Tú sola encontrarías un encanto,
Donde pérdida el hombre irreparable?

¿Con que al fin el carácter más amable,
¡La vasta condición! heroico canto,
Se acabaron?... El duelo mustio, el llanto
Cercan solos el resto venerable.

La amistad, las virtudes y el talento
Gimen en vano donde todo calla,
Mas siempre se oye el funeral acento.

¡Ay! ¡Mi hijo predilecto, donde se halla!
¿Donde está mi esperanza, mi contento?...
¡Ya no existe! ¡No existe ya Miralla!

PEDRO HERRERA ESPADA.
(Lidos).

EN LA MUERTE DE MIRALLA

Con su brazo veloz el tiempo airado
Las columnas de mármol derribaba
En que los grandes nombres encontraba
De Iglesias, de Melendez y de Hurtado.

—¡Ay! todo lo destruyes despiadado—
La amistad con sollozos exclamaba,
Y tierna de la losa se abrazaba
Do el nombre de un amigo está grabado.

—¡Perdona oh tiempo, muevante mis males!
¡No borres ese nombre!—proseguía,
—¡Deja ese honor siquiera á los mortales!

Por la primera vez su diestra impía
Apartó el tiempo de destrozos tales,
E indeleble, «Miralla» se leía.

FRANCISCO URQUINAONA (1)
Fanio.

(1) Autor de la Historia de la literatura de Nueva Granada.

A LA MUY TEMPRANA MUERTE DE JOSÉ ANTONIO MIRALLA

Ya de la mar el anchuroso seno,
De penas lleno, con su tierna Elvira
Y con su lira que doliente calla
Surca Miralla.

Ya del Anahuac las arenas toca,
Y de la roca que en la mar se avanza,
Miradas lanza de profundo duelo
Hacia este suelo.

Hacia este suelo donde tanto amigo,
Sea el testigo de su amor constante,
Sea el amante de su voz canora,
Su ausencia llora.

¡ Ay ! De la parca la cuchilla fiera
Allí le espera, y á su horrendo tiro
Postrer suspiro hacia Colombia envía
En su agonía.

¡ Que ! ¿ Tantas gracias, patriotismo tanto,
El dulce encanto del ameno plectro,
Al torvo espectro de la muerte armado
No han apiadado ?

No, que inflexible su rabiosa saña,
De la guadaña el fiero horror tremola,
E impía viola el lauro floreciente
Que orna su frente.

LXI

Cae marchito, y el amor llorando,
Alza temblando lívidos despojos;
Muerta en sus ojos la siderea llama
Que el mundo inflama.

Llora el amor, y con su llanto triste
Todo reviste doloroso luto;
Vano tributo que rindió natura
Al alma pura.

Al alma pura, de virtudes nido;
Al que atrevido, su vigor enhiesto,
Siempre al funesto temerario abuso
Constante opuso.

Mas ya del polvo á la mansión camina;
Su voz divina para siempre calla;
La lira estalla, y el postrer sonido
Es un gemido,

Que resonando por el aire vago,
El fiero estrago de la parca impía
Lejos envía, y con la triste nueva
El llanto lleva.

Lánzame el golpe de su acerbo filo;
Tiemblo, vacilo, y al amigo caro
Pido el amparo de la tumba donde
Yerto se esconde.

Ya del sepulcro la querida sombra
Se alza, y me nombra con doliente queja—
—¡Tu voz me deja sin tributo! —dice
¡Ay, infelice!

—No, dulce amigo, si mortal, profunda
Pena, me inunda con amargo llanto,
¿Cómo en el canto ejercitarse pudo
Mi labio mudo?

Lidos y Fanio, con divino acento,
Al sentimiento de tu muerte dura
En su amargura consagraron tiernos
Ecos eternos;

Mas yo callando sufriré mi duelo,
Y cuando el velo de la noche umbrosa
La humilde loza que tu resto encubre
Lóbrego cubre,

Iré gimiendo; ante el ciprés umbrío
El plectro mío depondré, lloroso,
Y silencioso escucharé las liras
Que ya no inspiras.

LUIS VARGAS TEJADA.

JUAN GUALBERTO GODOY

Nació en Mendoza el 12 de Julio de 1793 y murió en esa misma ciudad el 16 de Mayo de 1864.

Una de las personalidades mas sobresalientes de las provincias de Cuyo, don Domingo de Oro, dice de este comprovinciano: « El mismo que escribe estos renglo-

nes, amigo íntimo de Godoy, desde cerca de cuarenta años, no conoce sino incompletamente la historia de su vida, y con lo que conoce, habría lo bastante para honrar la ceniza mortal de muchos». (1)

No habiendo podido recibir mas que la muy deficiente educación que en aquel tiempo se daba en el *far west argentino,* los primeros años de don Juan Gualberto transcurrieron sin notoriedad, ayudando á sus padres en sus trabajos vitivinícolos.

En 1817 hizo su primer viaje á Buenos Aires, pero debieron ser asuntos puramente comerciales los que lo trajeron, pues su biógrafo, don Domingo F. Sarmiento (hijo) (2), dice á este respecto: «Ni este viaje, ni otro que hizo el año 22, le sirvieron para aumentar sus conocimientos. Sin embargo en el último, hizo relación con el Dr. Lafinur, quien le incitó por repetidas veces á publicar en el «Verdadero amigo del país», diario fundado bajo sus auspicios, algunas de sus composiciones». En él se publicaron las primeras poesías de D. Juan Gualberto.

Vuelto á Mendoza, se dirigió después á Chile, también por asuntos comerciales, y allí se quedó hasta el año 24, empleado como dependiente de una casa de comercio.

Cuando regresó de allí, continuó ocupado en el comercio, pero entonces ya no vendia solamente lienzos y comestibles, sino que también poesías, á los pai-

---

(1) «El Zonda», San Juan, Mayo 21 de 1864.

(2) Ensayo literario sobre Juan Gualberto Godoy. En el preámbulo de las poesías de este último. Editadas en Buenos Aires el año 1889.

sanos, payadores y copleros, que le pagaban á ínfimo precio sus versos para festejar natalicios en los aniversarios de personas amigas.

A las exigencias de esta última clientela se debe el que el poeta tuviera que dar preferencia al estilo que mas caracterizaba su tipo, su vida y su lenguaje, y comenzara á escribir versos gauchescos, en el metro de los payadores, los que se publicaron antes aún que apareciera el *diálogo patriótico entre Chano y Contreras*, de Hidalgo.

Su amor á las letras le llevó naturalmente al periodismo, y el mismo año 1824, en que regresó de Chile, fundó en Mendoza el *Eco de los Andes*, y dos años más tarde, el *Iris Argentino*, y *El Huracán* que era un periódico satírico escrito todo en verso.

Las picarescas alusiones de sus aceradas metonimias que elogiando ridiculizaban á los personajes que caían bajo el escalpelo de su crítica humorística, le atrajeron pronto las iras de los detentadores del poder público y de la fuerza. *El Huracán* fué suprimido, y su inspirador tuvo que salir huyendo para no caer bajo las iras de aquellos caudillos cuyos procedimientos eran siempre radicales, cuando se trataba de hacerse justicia por sí mismos.

Por esta razón vino nuevamente á Buenos Aires, y, durante algún tiempo, residió en Dolores y en el Azul.

Regresó á Mendoza en 1830 y nuevamente redactó otro periódico también satírico-humorista, que se llamaba *El Coracero,* lo cual le valió tener que salir otra

vez huyendo á Chile, donde residió expatriado por mas de 26 años.

Godoy era un hombre de acción, tan valiente para escribir como para el trabajo. El no tenía reparos para el trabajo honesto, y aprovechaba de sus talentos más vulgares para ganar el sustento de su hogar. En Chile fué maestro de escuela, oficial segundo de la secretaría de gobierno local de Santiago, maestro de caligrafía de la Academia Militar, y oficial de la secretaría del Cabildo hasta 1839.

Finalmente, en 1842, después de un breve ensayo de su competencia como director de un establecimiento minero, volvió á la administración pública ocupando el puesto de oficial auxiliador en la Intendencia de Santiago, de donde ese mismo año pasó á Lima, como oficial de la legación chilena.

Habiéndose visto obligado á regresar á Chile por que su salud empezaba ya á flaquear, volvió á su puesto de la Intendencia Municipal, de donde pasó á la dirección de la Escuela Normal de Preceptores.

Entretanto, el levantamiento cívico de los pueblos de su patria barría en Caceros los nubarrones de la tiranía, y el primer Congreso Argentino que se reunió después de la caída de Rosas hubiera contado á don Juan Godoy entre sus miembros, si él no hubiera renunciado á ese honor por estar comprometido al servicio de la república hermana.

El año 1856 regresó á su patria, buscando en las dulzuras y los halagos del terruño el mejor refugio para sus años y sus achaques. Allí desempeñó también

algunos cargos públicos, pero, su independencia de carácter y la soltura de su lenguaje, lo obligaron á aceptar el consulado chileno, para ponerse á cubierto de las amenazas de sus enemigos. Se ha publicado, en 1889, un tomo de 442 páginas con las poesías de Godoy, que él mismo dejara ordenadas, á su muerte, á su sobrino D. Roberto Berghmenes.

En la *América Poética,* ed. de 1846, está el canto *A la Cordillera de los Andes; La palma del desierto,* dedicada á don Carlos Bello; *A una dama que paseaba en su caleza; A una joven vestida de luto, y Malvina*, ninguna de las cuales incluímos aquí por ser á nuestro juicio inferiores á las que hemos elegido.

PRBRO. BARTOLOMÉ MUÑOZ

D. Bartolomé Muñoz era español de nacimiento, primo hermano del ilustre general Guido y uno de los seis únicos españoles que optaron por la patria americana (1). Hizo sus estudios preparatorios en el colegio San Carlos, cursando filosofía de 1877 á 1879

(1) Zinny. «Rev. de Buenos Aires», tom. XIII, pág. 139.

bajo la dirección del Dr. D. Carlos García Posse, dedicándose particularmente á las ciencias naturales, en las que llegó á distinguirse y sobresalir.

Graduóse de doctor en ambos derechos en la Universidad de Chuquisaca, y, una vez ordenado sacerdote, regresó al país, desempeñando por algún tiempo el curato de San Salvador, en el Espinillo (Banda Oriental del Uruguay).

Cuando las armas de la patria llevaron á Montevideo, último refugio del poder tambaleante de las autoridades españolas, el anatema lanzado en 1810 contra toda idea de vasallaje, el cura de San Sal vador se plegó á las fuerzas revolucionarias, y dando ejemplo de abnegación, de patriotismo y de valor, empezó por entregar al fondo de la revolución todos sus bienes, incorporándose después á las filas, donde prestó los valiosísimos servicios de su ciencia, haciendo las veces de médico, mecánico, ingeniero y artillero. (1)

El P. Muñoz trazó el plano de la línea del sitio y los cinco croquis de los reductos que se hicieron para colocar los cañones con que se batieron las fortalezas de la plaza.

---

(1) En el número 69 de la Gaceta, del 25 de Agosto de 1813, el general Rondeau da cuenta de que el Pbro. D. Bartolomé Muñoz puso en sus manos: 23 onzas y 4 pesos; para ayudar á los heridos en la batalla del 31 de Diciembre (combate del Cerrito).

—El autor del himno nacional recuerda este hecho, en una de las estrofas de la poesía que dedicara al P. Muñoz con motivo de su promoción al coro de la Catedral de Buenos Aires, diciendo:

Los bienes que en honrado desempeño
De tus santos deberes adquirieras,
Unos allí abandonas,
Al público otros generoso donas.

En 1813 fué nombrado Capellán del regimiento 6º., y, en 1815, Capellán mayor, vicario subdelegado del ejército (1). En agosto de este mismo año recibió el nombramiento de Vicario general del ejército del Alto Perú.

De regreso de aquella desgraciada campaña residió en Buenos Aires, donde publicó *El Dia. de Buenos Aires* (1816), *El Desengaño* (1816-1817), y el *Almanaque patrio* (1820-1829).

El P. Muñoz fué también el primer compilador de las leyes y decretos del gobierno argentino publicando el tomo 1º., que contiene las resoluciones dictadas de 1820 á1823.

Además de los donativos en dinero de que hemos hecho mención, este digno sacerdote realizó otros actos de desprendimiento, que evidencian su patriotismo y testifican su ilustración y su entusiasmo por el progreso de las instituciones nacientes de la patria.

Donó á la Biblioteca pública de Buenos Aires varias obras rarísimas de literatura é historia natural, los planos iconográficos de Madrid, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, y el de Montevideo con su perspectiva; el plano general de los ríos de la Plata, Paraná y Uruguay con sus confluencias y comarcas, que había sido delineado en 1811; el plano de la línea que sitiaba á Montevideo en 1814; una vista del salto del

(1) Véase el número 24 de la Gaceta, del 7 de Octubre de 1815.

Iguazú, y muchos otros planos más, muy interesantes. (1)

También donó al gobierno su colección de Historia Natural y sus instrumentos de estudio, para que fueran la base del museo público.

El 4 de Noviembre de 1815 fué elegido vocal de la Junta protectora de la libertad de imprenta. (2)

El P. Muñoz falleció en Montevideo, el 28 de Mayo de 1831.

---

(1) En el número 14 de la Gaceta del 11 de Junio de 1814 se lee lo siguiente: «Acéptase la oferta que hace el ciudadano Bartolomé Muñoz, detallada en la nota de referencia y siendo ella, así por su naturaleza como por los términos y circunstancias en que se hace, digno modelo de generosidad y desprendimiento patriótico, dénsele las más expresivas gracias por conducto del general Rondeau, publíquese en la Gaceta ministerial, avisándose al Director de la Biblioteca para que se haga cargo oportunamente de las especies donadas, y tómese razón en el Tribunal de Cuentas».

(2) Número 30 de la Gaceta, del 18 de Noviembre de 1815.

ANTOLOGÍA

(TOMO IV)

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRIGUEZ

VIDA DE DOÑA MARÍA SAN DIEGO OJEDA *

INVOCACIÓN Á LAS MUSAS

(INÉDITA)

INVOCACIÓN

Oh efluvio celestial, suave rocío!
Divino númen del castálio coro
En que envuelta se da fecunda Clío
Que brota perlas en cadencias de oro;
Cuyas aras venera el culto mío,
Cuya sacra expresión rendido adoro,
Espárcete abundante en modos sabios
Por el ácido campo de mis labios.

Que atrevimiento fuera, ninfa bella,
Pisar la cima del dorado monte
Donde habitas de asiento, hermosa estrella,
Y los rayos superas de Faetonte:
Donde bebes las luces que destella
Desde su alto cenit hasta horizonte,
Sin besar reverente el soberano
Campo de nieve de tu blanca mano.

---

* La composición está dedicada al M. R. P. señor José Tomás Ramirez, Lector jubilado, Ex-definidor, etc.. y firmada en Córdoba del Tucumán el 17 de Febrero de 1790.

Copiada de un autógrafo inédito de Fr. Cayetano Rodríguez, existente en un tomo titulado «Colección de poesias y versos impresos en Buenos Aires ó escritos por argentinos» coleccionados por don Juan María Gutiérrez, el cual forma ahora parte de la Biblioteca del Senado Nacional.

A tí pues, sola invoco, dulce, suave,
Objeto grato de mi fantasía:
A tí, sola, fugaz, canora ave,
Depósito inmortal de la ambrosía,
Rinde tributos en cadencia grave
Con épica expresión la musa mía,
Suplicándote apliques á ardor tanto
En sílabas de luz tu sabio encanto.

ASUNTO

Canto una historia (musa, mejor fuera
Llamarla trágico, lastimoso evento),
Que mejor que mi labio descubriera
La elocuente expresión del sentimiento:
Pues quizá no será la vez primera
Que usurpa al labio voces el tormento,
O que hablan expresivos de los ojos
Los mudos, tiernos, líquidos despojos.

Canto una historia, tristes aventuras
De inocente paloma en propio nido,
Que mil mares surcando de amarguras
Fué juguete del hado enfurecido;
Siendo su pecho en tantas desventuras
Animado bajel tan combatido,
Que en golfo tan destrecho y borrascoso
Ya se hunde infeliz, ya escapa airoso.

Canto una historia en fín, tan peregrina,
Que encadena sucesos tan extraños,

Que parece que el cielo la destina
Para pauta común de desengaños,
O bien para mostrar (¡bondad divina!)
Que labra bienes de los propios daños:
Pues de todo es capaz la providencia
Inclinada al amor y á la clemencia.

INTRODUCCIÓN

En Puerto Rico, pues, isla situada
A la entrada del golfo Mejicano
Al oriente de la isla celebrada
Que dió principio al mundo americano, (1)
Una ciudad se ostenta bien formada,
De aire nada templado, pero sano,
Donde vió la primera luz del día
Entre el llanto común Doña María. (2)

Describir de sus padres la nobleza
Fuera inútil empeño de la pluma,
Cuando arrastra con gages de grandeza
De honoríficos rasgos breve suma,
Brillando en los honores su limpieza
Mas que brilla la luz en blanca espuma,
Y más que en clara, cristalina fuente
Hace visos el sol sobre su oriente. (3)

---

(1) Puerto Rico ó San Juan de Puerto Rico, isla situada sobre el mar del Norte, hacia la América, á la entrada del golfo Mejicano, al oriente de la isla Española ó de Santo Domingo.

(2) Doña María San Diego Ojeda hija de D. Luis Ojeda, natural de Málaga, y doña Teresa Ramirez, natural de Cumaná, nació en Puerto Rico por los años de 1759.

(3) Su padre habiendo estudiado leyes y formándose letrado pasó de asesor del gobernador de Puerto Rico. Volvió después á España y fué provisto Corregidor de la provincia de Porco en el Perú.

Anticipadas luces patentizan
En la niña feliz entendimiento,
Vislumbres celestiales profetizan
Las que brillan después de su talento;
Y aunque ciertas señales claro avisan
En presentes indicios un portento,
Oculto queda bajo el blanco velo
Que de sus mismas luces forma el cielo.

Apenas cuenta de su edad florida
Siete años tiernos aunque no cabales,
Cual débil fortaleza acometida
De acampados ejércitos rivales,
Muy cerca estuvo de pagar su vida
El tributo común de los mortales;
Pero vive feliz, porque un portento
Dió á su muerta salud nuevo incremento (1)

Su padre en este tiempo determina
(¡Oh nunca hubiera tal determinado!)
Pasar á Porco, donde lo destina
Su suerte ingrata, su inconstante hado: (2)
A Ciudad de los Reyes se encamina
Sirviéndole de norte su cuidado,

---

(1) Acometiola un tabardillo tan fuerte que fué para ella enfermedad de muerte. Se hicieron los mayores esfuerzos por su salud; pero sin efecto favorable. Por último la encomendaron sus cristianos padres á un crucifijo llamado comunmente El Señor de la Salud, y se graduó por milagro de su bondad el haber mejorado instantáneamente.

(2) Estando su padre de Asesor del Gobernador de Puerto Rico, regresó á España, donde consiguió el correjimiento de Porco, y determinó pasar á él con su familia.

Y en pocos dias de inquietud prolija
A Curaçao arriba, con su hija. (1)

Desde aquí se dirige á Porto-Velo,
(Felice Puerto para mejor suerte)
En cuya dirección se explica el cielo
Con ceño airado, con rigor tan fuerte, (2)
Que en ellos viera su infeliz desvelo
Figurados anuncios de su muerte,
Si en el prólogo infausto de sus males
No encontrara el remedio en casos tales.

En el prólogo digo, sí; pues, cuando
Malicioso piloto el rumbo yerra. (3)
Por incógnitos mares navegando
Arribaron felices á una tierra
En cuyos habitantes nunca blando
Se admira el génio, porque siempre aterra; (4)
Y hubieran fallecido si un acaso
No prolongase de su vida el plazo. (5)

---

(1) Quiere emprender el viaje para Lima en prosecusión de su corregimiento, pero el Gobernador, á quien D. Luis era poco grato, prohibió al capitán del navío (que era del Rey), llevar á bordo suyo aquella familia. Compró entonces una balandra en Vera Cruz, y se embarcó con su mujer, sus hijas, esta niña y una tia suya llamada doña Juana Ramirez, y arribaron à Curaçao.

(2) A poca distancia les sobrevinieron copiosas lluvias, se rompieron las velas, se rindió el palo mayor y hubo de venirse sobre la embarcación, y se acabaron los víveres.

(3) Hízose de intento perdidiso el Piloto: ignora Da. María el motivo, ello es que los condujo por unos mares muy distantes de los que debian guiar á su destino.

(4) Arribaron casualmente á una isla llamada de los Indios Mosquitos; indios feroces y de mala condición.

(5) Hubieran sido despojo de su furor á no ser la casualidad de estar ocupados en la pesca de tortugas, en la parte opuesta de la isla.

Aquí nuevos reciben bastimentos,
Corto sufragio, provisión escasa. (1)
Y queriendo evadir los sentimientos,
Que intrépido furor les amenaza,
El reducir á efecto sus intentos
Su ardua ejecución les embaraza,
Pues se encuentran sin rumbo, sin camino,
Sin dirección, sin norte, sin destino.

En tan urgente apuro, providencia
Benigna siempre, siempre generosa,
Del seno oculto de la omnipotencia
Les facilita medios oficiosa.
En la acuosa región (confusa herencia
De inconstante Neptuno) recelosa
Ligera embarcación se les presenta. (2)
Con cuya vista su valor se alienta.

Hacia ella se dirigen presurosos
En las alas veloces del deseo
Por inconstantes piélagos undosos
Verdaderos retratos del Letheo.
Allí adquieren noticias deseosos
De seguir el destino de su empleo;

---

(1) En esta isla estuvieron ocho ó nueve dias. De ella no sacaron más de agua, leña y muchos cocos que traían en lanchadas, casi único alimento con que subvenian á su urgente necesidad.

(2) Estando indecisos sin saber el rumbo que guiaba á Porto-Velo, vieron una tarde un bulto en el mar, y conocieron que era un paquebot. Este apenas divisó la embarcación de D. Luis, procuró ocultarse en un islote, temiendo (como digeron después) que fuese algun corsario.

Y según las distancias que adivinan
De Porto-Velo al rumbo se encaminan. (1)

Aquí de repetido crüel pecado
Su padre toma regular venganza. (2)
Y en nueva casa portátil embarcado
Fija su vida, su cuidado afianza,
Dirigiéndose ardiente en mar helado
Hasta el puerto de Cruces, su esperanza,
A Chagres pasa, y en felice norte
A Panamá después con su consorte.

De Panamá por líquida corriente
A Paita se dirigen presurosos,
Sin que el seno del húmedo tridente
Vomite furias, soplos venenosos.
Sobre intrépido curso permanente
Arriban al Callao venturosos. (3)
Y en breves dias entre luces bellas
En Lima imprimen sus doradas huellas.

Pero Lima impropicia, Lima ingrata,
Avara siempre de lustrosa suerte,

---

(1) Mandó D. Luis que en la lancha se embarcase gente para reconocerle. Quiso el piloto lleno de malicia embarcarse para este efecto con solo sus aliados. Conoció D. Luis la maldad, y mandó con él algunos de su satisfacción, en particular al contramaestre que también hablaba inglés. Los del paquebot les dieron la dirección de sus operaciones que debían hacer y les regalaron dos tortugas. Con esto se alentaron, compusieron el barco y volvieron la proa á Porto-Velo.

(2) En Porto-Velo se querelló D. Luis ante el Gobernador contra el piloto por haber éste intentado perderlo dos ocasiones. Castigó el Gobernador su torcida intención remitiéndole á España bajo partida de Registro. Aquí vendió D. Luis su embarcación y hizo su derrota en una lancha.

(3) La madre de la niña que había enfermado en Paita, recayó gravemente en el Callao. Púsose en cura y no hallando mejoría determinaron pasar á Lima.

Trueca atrevida con pensión barata
La mejor vida por temprana muerte.
La vida de su madre se arrebata, (1)
¡Inopinado acaso! trance fuerte!
Y enriquece los dípticos que dora,
Con el nuevo tesoro que atesora.

Este impensado lance (consecuencia
De la mutabilidad de nuestra vida)
Les obliga á pensar de cierta ciencia
En prolongar más tiempo su partida, (2)
Entretanto que llora la inocencia
En un golfo de penas sumergida;
Que entre lágrimas nace cruel tormento
Lo que se ha concebido sentimiento.

Al fin mitiga tan acerba pena
El fugaz tiempo que sepulta todo,
Y el trágico principio de esta escena
Fenece luego por arcano modo:
Enjúganse las lágrimas, y ordena
Elegir la razón nuevo período:
El viaje emprenden, y veloces pisan
De Porco el suelo que feliz divisan. (3)

---

(1) A los catorce dias de haber llegado á Lima, murió su madre, sin haber podido librarla las precauciones que se tomaron para el fomento de su salud.

(2) Con ocasión de la muerte de su madre se detuvieron en Lima cerca de seis meses, como lo pedían las circunstancias de un lance tan impensado cuyas consecuencias llenaron de dolor al padre de la niña.

(3) De Lima salieron por tierra á Porco donde tomó posesión D. Luis de su Corregimiento, habiendo estado con la niña y demás hijos suyos, un poco tiempo antes en Potosí, esperando concluyera su tiempo el actual Corregidor.

En esta nueva tierra que acumula
Causas al dulce plácido sociego,
Donde el ócio dulcísimo estimula
A dar al alma más fecundo riego;
Con la viva enseñanza que pulula
Permanente instrucción en blando fuego,
Grabar en su hija el padre solicita
La doctrina más sabia y exquisita. (1)

Ya fecunda con sabias instrucciones
Su memoria tenaz, su entendimiento,
Ya modera fogosas propensiones
(Lúgubre efecto de dañado aliento),
Y la fuerte impresión de sus razones
Logra tan grave, tan feliz evento,
Que, en poco tiempo de tan noble lídia
El tiempo mismo su instrucción envidia. (2)

Pero Porco prosigue decisivo
La que en Lima empezó funesta escena,
Y olvidando cruel lo compasivo
A un gozo substituye duple pena;
Desnuda el vigoroso prescisivo
Inflexible puñal, y en ruda arena

---

(1) Como única hija entre cuatro hermanos varones, era el objeto del cariño de su padre, y éste como hombre instruido puso el mayor esmero en hacerla mujer, en cuanto cabe, adornada de las habilidades de que era capaz según su estado.

(2) De hecho la enseñó á leer y escribir, é hizo que la enseñasen á coser, bordar, curar y otras curiosidades, lo que hasta el día hace con perfección. Por últimó la puso á aprender gramática, de la que solo le ha quedado el leer perfectamente el latín.

La muerte renovando de su madre
Con pálida señal sepulta al padre. (1)

Sin vida llora al que le dió la vida,
Sin más padre que Dios.... ¡que mejor suerte!
Su sacra providencia la convida
Para fácil consuelo de tal muerte
Con un nuevo tutor, que fiel decida
En la impensada confusión que advierte. (2)
A Potosí la lleva, y muy gustosa
Con un sobrino suyo la desposa.

Cuatro hijos unen con un tierno abrazo
Sus nobles, fieles, dulces corazones. (3)
Y en el verde pensil de su regazo
Fuertes fija el amor sus impresiones:
De tan sagrada unión al primer paso
Por acordes de amor disposiciones
A Lipes parten luego en seguimiento
Del mismo, que le dan Corregimiento. (4)

¡Oh Lipes! teatro el más sangriento
Que pudieron mirar humanos ojos,
Donde la aguda pena, el sentimiento,

---

(1) Poco tiempo le duró á la niña la compañía de su padre. A los cuatro años de Corregidor murió sin hacer testamento, renovando su muerte la memoria de la de su madre.

(2) La justicia le nombró por tutor y curador á D. Pedro de la Revilla. Este se la trajo con un hermano á Potosí. Allí tuvo varios pretendientes para desposarse con ella; pero el tutor la casó con un sobrino suyo D. Francisco Diaz de la Revilla. Tenía ella catorce años de edad.

(3) De este matrimonio tuvo tres partos estando aun en Potosí, y ellos cuatro hijos porque uno fué de mellizos.

(4) El tutor, ya su tío, consiguió el Corregimiento de Lipes para su marido, y ella pasó á el en su compañía, llevando consigo á su tia Da. Juana Ramirez que la acompañó siempre.

Han sido del furor tristes despojos.
!Oh Lipes, Lipes! (cuyo amargo acento
Si acumula dolor patenta enojos)
¿Como hiciste verter con tanta pena
Lágrimas tristes sobre vana arena?

Es el caso que estando ya de asiento
En su Corregimiento ambos esposos
Disfrutando felices el contento
Hijo castizo de inocentes gozos,
Sopla violento repentino viento,
Cuyos hálitos fieros, venenosos,
De tanta paz infestan el sosiego,
Sembrando yelos que vomitan fuego. (1)

Fogosos movimientos intestinos
Inquietan al Perú, tan presurosos,
Que cerrando al remedio los caminos
(Para la perdición tan espaciosos),
Por modos, por ocultos peregrinos,
A males los abrió más espantosos.
Reina el furor y muere la inocencia,
A manos del rigor y la violencia. (2)

---

(1) Estando descansados en su Corregimiento disfrutando las delicias con que les convidaban el sosiego, la paz y el mútuo amor que se tenían, se tumultuó el Perú: se alzaron sus indios á influjos del revelde Tupac-Amarú entrando á sangre y fuego por las más de sus provincias, especialmente á los Corregidores, á quienes suponían principales agentes de su opresión. Se vió entonces representar la escena mas lastimosa y sangrienta en que después fueron reos los mismos actores de ella. Esparcían por todas partes la deslealtad y desamor al Soberano, siendo efectos de este atentado la revelión, la guerra y un derramamiento espantoso de sangre. Triste original de que hubo antes y habrá en lo sucesivo raras copias,

(2) Como en tragedia tan lastimosa solo reinaba el furor y la violencia, apoyados en el seno de la discordia, era consiguiente que el mal fuese común al inocente y al culpado. Así se vió descargar el golpe sobre lo más sagrado, sin que valiera para evitarlo su inmunidad.

Resuena en Lipes eco lastimoso
De tanto golpe, de desgracia tanta
Y al reflejo voraz de mal tan fiero
Su intrépido valor, aunque se espanta,
O bien rehusa creerlo verdadero
O seguro quizá victoria canta, (1)
Hasta que en Lipes se repara luego
Arder incendio lo que empieza fuego.

Ya llegó en fin, el triste, decisivo,
Trágico instante de su suerte impía;
Quisieron escapar, y ejecutivo,
Le sobreviene parto el mismo día:
Un acaso infeliz le quita esquivo
El único consuelo que tenía; (2)
Y á ser (¡que dolor!) se vió obligada
Madre y partera de su prole amada. (3)

La revelión se explica en este instante
Cerca de Lipes, teatro de esta escena: (4)
El confuso tropel sin semejante
Los campos cubre, los caminos llena;

---

(1) Aunque llegó á Lipes la noticia de esta rebelión, nunca pensó D. Francisco sentir sobre si los efectos de ella. Invitabale su mujer á que saliesen de la Provincia precaviendo cualquier insulto, pero sordo á sus ruegos le ocultaba las cartas de algunos sujetos que le aconsejaban su retiro, asegurándole que en ninguna parte estaban mas seguros que en Lipes. Estaba ella entonces en término de parir.

(2) Cede á los ruegos de su mujer D. Francisco, pero queriendo marchar le sobreviene instantáneamente el parto. Quiere su marido (único auxilio que tenía en aquel aprieto) favorecerla: pero un accidente repentino lo dejó inmoble en su presencia.

(3) En estas circunstancias se halló sola. Su marido medio muerto á sus pies. La criatura que nacía de pies se hallaba detenida por el pescuezo en el mismo nacedero. Entonces la afligida madre hizo consígo misma el oficio de partera, ayudada del valor que le infundió la misma necesidad.

(4) Todo esto pasó en las casas de su ingenio, algo retirado de Lipes.

El furor acomete ya triunfante,
Sordo á las voces de la amarga pena;
Derrama piedras y en cada una vierte
La que quiere inferir infausta muerte. (1)

Al duro golpe, ya mortal herida,
Semivivo su esposo titubea
Y el fomento mendiga de su vida
En el último aliento que escasea. (2)
En brazos de su esposa condolida
Agua le pide que beber desea,
Y ella le niega, sin querer negarle
Este postrer favor por no dejarle. (3)

Ah! invoca de Jesús ¡que dulce acento!
Con la expresión le alienta de su boca,
Y al compás de su acerbo sentimiento
Al dolor de sus culpas le provoca:
Pero apenas esfuerza de su aliento
Los moribundos ecos, y le invoca,
Entre sus mismos brazos con fiereza
De los hombros dividen su cabeza. (4)

---

(1) Al dia y medio siguiente llegaron los indios; acometieron á la casa y llovían las piedras de las hondas sobre sus inocentes habitadores.

(2) Diéronle al Corregidor D. Francisco con una piedra en la sien, con otras en un lado la cara, en la cabeza y en las piernas, con que cayó en tierra casi muerto. Pidió confesión y se la negaron.

(3) Doña María recien parida se levantó de la cama media desnuda á dar favor á su moribundo esposo. Este entre sus brazos le pide agua: teme dejarlo solo y no se atreve á traersela.

(4) En este estado llegaron los traidores é inhumanos indios y quitaronsele de sus brazos, á presencia suya, con la mayor crueldad lo degollaron, y arrojándole la cabeza á los pies de la media moribunda señora, la dejaron sin más consuelo que ver el trunco cadáver de su esposo sin cabeza, diciéndole el indio que la llevaba: «Esto es lo que yo quería».

Sin vida cae el alma de su vida,
Desangrase á sus piés su esposo muerto,
Resonando los ecos de su herida
En su fiel corazón ya casi yerto.
Observa pesarosa y afligida,
Que el alboroto crece sin concierto,
Esperando por horas ser despojo
Del ímpetu infernal de tanto enojo. (1)

Sobresaltada queda y temerosa
Expuesta al rigor y á la violencia;
Dos veces un puñal, arma alevosa
Desenvaina contra ella su inclemencia: (2)
Al resto de su vida lastimosa
Echando suertes, burlan su inocencia: (3)
Pero escapa milagrosamente
De riesgo tan fatal, tan inminente. (4).

---

(1) A la vista de tanta crueldad temió muchas veces doña María que la ejecutasen con ella. Creció el alboroto y se encendia mas el fuego. Pusieron los indios la cabeza de su Merced en una caja de plata, y allí la tuvieron ocho dias, y asegura la señora que luego que la separaron del cuerpo tenía los ojos cerrados, pero al sacarla de la caja los tenía abiertos y claros como cuando estaba vivo. Pasó á más la crueldad de los indios: Pusieron grillos á un hermano de los suyos, llamado Manuel, á quien quitaron la vida á los cinco dias después de la muerte de su marido. No querían que éste se enterrase en sagrado, y lo sepultaron al pié de una cruz en medio de la plaza del Pueblo, hasta que el Cura á muchas instancias que hizo á los indios consiguió darle decente sepultura. Todo esto aumentaba el dolor de Da. María que sobresaltada y temerosa esperaba por instantes acompañar en la tragedia á su difundo marido.

(2) Por dos veces entró un indio á matarla estando en la cama. La primera la acometió con un alfanje, y viéndose en aquel aprieto, no tuvo mas arbitrio que dejarse caer con su hijito del otro lado de la cama. La segunda la acometió con un puñal pero los golpes solo hirieron la colcha que la cubría.

(3) Dividiéronse en pareceres los indios acerca de su vida, sorteándola según sus ideas. Unos decían que había de morir, otros que no, Pero uno que era teniente de Gobernador y su Compañante la aseguró que la defendería. El Padre Cura que era un religioso mercenario llamado Fr. Justo Arguello, pidió á los indios que le dejasen llevar á su casa á la Corregidora, pero no se lo permitieron. Ella, por ver si se amainaba aquella furia, dejó su ropa y se vistió á usanza de los indios. Pero quedó tan asustada que á cada instante la acometía un furioso accidente y viéndose en este estado se daba terribles golpes de pecho, de que después padeció muchos dolores.

(4) Confiesa Da. María haber experimentado en todos estos pasajes milagros patentes del cielo.

Después de cinco lastimosos días
De tragedia tan triste y espantosa,
Circundada de guardias y de espías,
De morir á sus manos recelosa,
Por Punas tan penosas y tan frías,
A Lipes la encaminan presurosa,
Conducida de un indio, en cuyo viaje
Casi fenece á manos de un ultraje. (1).

En Lipes se discurre variamente
Sobre la ejecución de su destino: (2)
Un antojo ordinario é imprudente
Un raro casamiento le previno;
Queda frustrado porque no consiente,
Y se libra de un modo peregrino. (3)
La conducen en fin, á un pueblo en donde
De tanta confusión luego se esconde. (4)

---

(1) A los cinco dias después de la tragedia é inmediatamente después de la muerte de su hermano, cuando todavía se hallaba en cama de resultas de su parto y agravada de sus enfermedades y dolores, la hicieron montar á caballo, por fuerza, para llevarla al pueblo de Lipes que estaba algo distante de las casas de su ingenio. Un indio tiraba del cabresto, llevando ella su tierno hijito en los brazos, sin mas auxilio que el del cielo, y al bajar un derrumbadero de los muchos y peligrosos de que abundan los caminos de aquella provincia, se le fueron á la mula los lomillos ó aparejo al pescuezo, con tan aparente peligro de su vida que confiesa ella misma haberse librado por especial providencia de Dios. Y es menester persuadirse de esa verdad, prescindiendo de todas sus circunstancias, al ver los fines para que la ha destinado.

(2) Llegó á la casa de una india principal motora de todas estas bullas, y se enojó mucho porque no habían quitado la vida á su Corregidora; pero después mudó de semblante quizá por el buen servicio que experimentó con la nueva criada. Aquí estuvo cerca de un mes con nuevos sustos y peligros de la vida, sin resolverse los indios á darle fijo destino, quisieron llevarla á Potosí ó Chuquisaca para ponerla en un convento; ignora Da María el fin de esta determinación, pero ella se resistió temiendo la mandasen engañada para quitarle la vida los mismos que la llevasen, ó que otros indios del tránsito saliesen al camino y la matasen.

(3) En este tiempo le propuso la india, su ama, que para estar segura, el mejor medio era casarse con un indio. Resistióse ella resuelta primero á perder la vida. El cura para desuadir á la india, le expuso que, si se casaba, el indio perdería lo que le habían robado al difunto; y desistió al momento.

(4) Por último pasaron á Da. María al pueblo de San Cristobal.

Aqui parece que piadoso el cielo
De su bondad pretende hacer alarde;
Y aunque la sedición se quita el velo
Tanto fuego para ella ya no arde.
Al compasivo cuidadoso celo
(Reflexivo talvez, talvez cobarde) (1)
De algunos españoles, al fin debe
No ser despojo de traición aleve.

Después de varias suaves tentativas
Y artificiosos modos no logrados, (2)
Súplicas olvidando persuasivas,
A vengar tantos males esforzados,
Entre sangrientas competencias vivas, (3)
Á morir ó vencer determinados

---

(1) En el pueblo de San Cristobal en donde estuvo algún tiempo, se vió libre de las pasadas violencias aunque siempre temerosa. Algunos españoles, Cholos, se empeñaron en sacarla. En efecto llegaron disimulados, diciendo que huían de los españoles por que les obligaban á tomar las armas contra los indios. Los hospedaron, y sabiendo donde estaba la Corregidora, se fueron á ella con disimulo. Entraron á la cocina de la casa y una mujer (se cree fué su negra) dió aviso á Da. María, y aunque ésta se vió con ellos, no pudieron hablarla por que á la sazon había indios que la observasen. Otra ocasión quisieron también sacarla, pero no quiso salir sin su tia, su negra y el mulato que la acompañaba, temiendo que con su fuga quitasen la vida á estos tres miserables. Al fin por entonces, ó bien por cobardía ó por prudencia, omitieron el sacarla dejando para otra ocasión la ejecución de este designio.

(2) Nada consiguieron los españoles en las primeras entradas que hicieron para sacar á Da. Maria.

(3) Al fin aburridos de tanto sufrimiento, armaron gente para entrar en busca de la señora, y vengar sus agravios. Llegaron á un pueblo (Se ignora si fué S. Pablo, cuando estaba ella en San Cristobal ó al contrario). Allí vieron á un indio que iba del pueblo á donde estaba la Corregidora: Le corrieron y lo mataron, temiendo con mucha razón que si volviese al pueblo diese aviso, y con el se pusiese en nuevo riesgo la vida de Da. María. Llegaron por último los españoles al pueblo sin ser sentidos, cuando estaban los indios mas descuidados. A la vocería y algazara que estos armaron al alba á usanza de su país, quedó desmayada por mucho tiempo, pensando llegaba el último término de su vida. Cuando Dios quiso volvió en sí, y vió haber sido fortuna lo que el miedo le hizo creer desgracia. Hallarónla los españoles con vida, y en término de quince dias que allí estuvieron ahorcaron á muchos indios, castigando su insolencia.

La sacan libre (1), cuando solo goza
Obscura palidez la que era rosa.

Efecto fué sin duda lastimoso
De sus tragedias nunca interrumpidas,
Que cundiendo cual fuego vigoroso,
Fueron capaces de asolar mil vidas,
Consiguiente fatal rasgo penoso
Que firmaron con sangre sus heridas,
Y que llegaron á atenuarla tanto
Que daba compasión, causaba espanto. (2)

En este miserable triste estado,
Por rumbo desigual marcha precisa
En alas de su aliento su cuidado,
Corta el viento veloz, llega á Tupiza. (3)
Aqui de las reliquias del pasado
Duro invierno que á su suerte eriza,
Algo restablecida y reforzada,
Dirige á Buenos Aires su jornada.

Apenas hollan sus felices plantas
De esta ciudad ilustre las arenas,
Recopilando luego en breve, tantas

---

(1) Por último la libertaron de la esclavitud.

(2) Estaba tan desfigurada Da. María y tan atenuada, como lo prometían los soles, frios, sustos, tragedias, tiranías, ultrajes y enfermedades en una niña de veinte y un años, descalza en pié y pierna, como la encontraron los españoles. Llegó á tanto su debilidad, que á pocos dias de haber parido se le retiró la leche, y vió con dolor, perecer entre sus manos á su tiernecito hijo, por falta de alimento.

(3) Con la misma gente que la sacó se vino á Tupiza sin llegar á Potosí ni á Chuquisaca, desde donde, después de algunos meses se dispuso á pasar á Buenos Aires.

Como había padecido amargas penas,
Desata de sus labios fieles, cuantas
Le puso su dolor duras cadenas;
Y presentes las hace al Soberano
Ya que besar no puede su real mano. (1)

No fué vana su humilde confianza,
Y en la verificación de sus efectos
Halló feliz apoyo su esperanza,
Pasando los favores á preceptos.
Una pensión le asigna con que alcanza
Establecer de nuevo sus proyectos, (2)
Y á pasar se resuelve desde luego
Su vida en Buenos Aires con sociego. (3)

Aqui la voz de Dios se significa
En internos impulsos vigorosos,
A percibirla luego ella se aplica
Atenta, diligente y cuidadosa,
Y conoce en el modo que se explica
Que la elije (¡que dicha!) por esposa;
Y inundando su pecho de consuelo
Adora humilde la elección del cielo. (4)

---

(1) Llegó á Buenos Aires y determinó pasar á España á echarse á los pies del Rey, de quien obtuvo la licencia para este efecto, con prevención de que la llevasen de cuenta del Real Erario; pero viéndose sumamente enferma, suspendió su viaje, é informó al Soberano por medio del Excmo. señor Vertiz, virrey entonces en Buenos Aires.

(2) Condolido S. M. vino en concederle 600 reales anuales que se le daban por las Cajas de Buenos Aires tres plazos de 200 rs. cada uno.

(3) Determina acabar su vida en Buenos Aires.

(4) En este tiempo la llamó Dios para esposa suya en la religión del Cármen.

Pero no se resuelve, no, al instante
A seguir sus designios imprudente,
Conociendo que hay luz que aunque brillante
Ofuzca al corazón mas diligente.
En negocio tan arduo é interesante
A la oración recurre permanente,
Haciendo de su cuerpo un sacrificio
Al retiro, al ayuno y al cilicio. (1)

Al padre espiritual en fin recurre
Y éste le aprueba vocación tan clara, (2)
Y á pocos medios que el amor discurre
De Teresa el pensil se le prepara;
Se disipa uno ú otro que le ocurre
Inconveniente, que jamás pensára
Poder vencer, si en áspero camino
Su auxilio fuera menos que divino.

A Córdoba por último se escribe
Donde ardiente se mira de Teresa

---

(1) Procuró madurar su vocación sin participarla á persona alguna. Dióse al retiro en su casa, al silencio y abstracción de las gentes del siglo, á las mortificaciones penales, ayunos etc., hasta llegar al extremo de no tener cama en que dormir, ni usar camisa.

(2) Cuando ya pensó poner en práctica su vocación la consultó con su Padre Espiritual, que lo era entonces el R. M. P. Fr. José Tomás Ramírez del Orden de San Francisco, quien aprobó su resolución, después de ponderar maduramente todas sus circunstancias.

No tenía mucho que detenerse en pesar el espíritu de doña María quien la había dirigido tanto tiempo.

Sus manifiestas mortificaciones y extremado retiro deponían á su favor sin dejar lugar á la sospecha, además de que, desde su tierna edad dió indicios de esta vocación; porque habiéndola mandado su padre desde Porco á Potosí para que se criase con las monjas Teresas, no pudiendo lograrse el intento por ciertas circunstancias, se compuso ella secretamente con las monjas para entrarse al monasterio. En efecto, fué ella con sus hermanos ignorantes de su determinación; y abierta de intento la puerta por las monjas, se hubiera entrado, á no haberlo impedido sus hermanos, que con violencia y muchos esfuerzos tiraban de ella de la parte de afuera.

El animado espíritu, en que vive,
De su nuevo instituto la firmeza. (1)
Competencias venciendo, (2) al fin recibe
Aquel *si* tan dichoso en que interesa
No menos que el sosiego que asegura
En dulces ócios, su inmortal ventura.

Al instante su viaje determina (3)
Y á Córdoba dirige fiel sus pasos,
De Teresa al convento se encamina
Y sin que nuevos obsten embarazos,
Se une á su esposo, con tan peregrina
Dulcísima adhesión entre sus brazos,
Que hasta hoy la admira superior desvelo
Muerta á la tierra, cuando viva al cielo. (4)

---

(1) El padre espiritual y ella escribieron á la Prelada del monasterio de carmelitas de Córdoba del Tucumán, y llegaron tan á buena sazón las cartas, que estuvo despachada á los ocho días de escritas en Buenos Aires. Porque el día 16 de Abril de 1789 salió de Buenos Aires el correo, y llegó el 24 del mismo, día en que se efectuó el despacho.

(2) Ocurrió en él una circunstancia digna de más que regular reflexión. Este monasterio de Teresas (en quienes se admira todo el espíritu de su Sta. Reformadora) tiene número señalado de religiosas, que es el de veintiuno. Solo había una vacante, y para ella estaba presentada una niña natural de Córdoba, parienta de los fundadores del monasterio, desde el 26 de Enero del mismo año. El mismo día 24 estaba citado el Dean y Cabildo para darle á la cordobesa la licencia para completar el número. A este tiempo se presentaron las citadas cartas con memorial de la madre Priora del monasterio; y dispuso Dios mover los ánimos de los señores del Cabildo, para que se le diese el lugar vaco, no á la cordobesa presentada, sino á doña María, que de nuevo ocurría desde tan lejos.

(3) Apenas recibieron las cartas de la madre Priora en las que llamaba con instancia á doña María, salió de Buenos Aires con su confesor (que recién electo Visitador General de su Provincia, pasaba á visitar su convento de Córdoba) y su tía doña Juana Ramírez, el día 6 de Agosto, y llegó el 7 de Setiembre. Se hospedó en el mismo monasterio, donde tomó el hábito de manos de su Confesor, llena de aclamaciones, con edificación de todo el pueblo, el día 20 del mismo mes, siendo su padrino el señor Marqués de Sobremonte, gobernador Intendente de la Provincia.

(4) Persevera hasta el día de hoy dando el mayor ejemplo de religiosa observancia á sus mas antíguas hermanas.

Pluguiera á Dios que en tan seguro puerto
Se encuentre siempre firme su confianza,
Y que en premio feliz de tanto acierto
Logre constante plácida bonanza!
¡Oh! en el inculto lóbrego desierto
Del mundo, gire norte su esperanza,
Y obtenga en gajes tan cabal victoria
Corona inmarcesible allá en la gloria.

POEMA *

QUE UN AMANTE DE LA PATRIA CONSAGRA AL SOLEMNE SORTEO CELEBRADO EN LA PLAZA MAYOR DE BUENOS AIRES, PARA LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS QUE PELEARON EN SU DEFENSA.

Llegó el felice día,
Oh! pueblo á todas luces venturoso
En que la musa mia,
(Cediendo sus temores á su gozo)
Puede cantar tu triunfo, tu victoria,
Tu mas heróica acción, tu mayor gloria.

---

* Se publicó en hoja suelta el año 1807 por la Imprenta de los Niños Expósitos, sin firma de autor. Existe un original en la B. N. (Impreso No 3893) al pie del cual se ha escrito una nota que dice que: «se atribuye con fundamento á Fr. Cayetano.»

Don J. M. Gutierrez dice lo siguiente, en un ensayo titulado «Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta el año 1810 inclusive», que publicó en la Rev. de Bs. As. (ver Tom. 9 pág. 640):

«Este *poema* está escrito en estrofas regulares de á seis versos, y aunque

Para ceñir tus sienes
Esta piedra faltaba á tu corona.
!Oh pueblo! ya la tienes,
Y ella es sin duda la que mas te abona;
Pues al nombre de fiel y valeroso
El dictado te añade de piadoso.

Disfrutabas contento
De dulce paz, efecto de tu brazo,
Tu victorioso aliento
Te preparó morada en su regazo
Pero esta gloria fuera muy menguada,
Si tu piedad quedase desairada.

Tú, sin par generoso,
Por un rasgo de honor inimitable,

---

el autor quiso ocultar su nombre, dejóle traslucir en el estilo, en la tímida templanza de las imágenes, y en lo poco lleno del verso. Atribuíamos esta composición á Fr. Cayetano Rodriguez, antes de tener una prueba que da realidad á la sospecha.

Un testigo presencial de los hechos de aquella época en Buenos Aires, ha dejado una colección de impresos relativos á las invasiones inglesas, y en ella, al margen de un ejemplar de este poema, se lee la siguiente nota escrita de puño y letra del colector: «compuesto por Fray Cayetano Rodriguez.»

Este dignísimo varón, la flor del claustro, no se sintió inspirado por la victoria que costaba sangre, sino por la magnanimidad que desataba cadenas del pie del hombre esclavo. El negro devuelto á su dignidad y á la posesión de sí mismo, le conmovió como á cristiano y como á un amigo de la igualdad, y escondiéndose, como lo tuvo siempre de costumbre para obrar el bien, confortó la virtud pública, mostrando en sentidos versos toda la hermosura moral de que se vestía Buenos Aires rescatando á los desgraciados de la vergüenza de tener amos.

La aurora de la revolución baña ya con su luz azulada las estrofas del franciscano, como se nota en la siguiente del poema:

Jamás te ha amanecido
Buenos Aires feliz, más claro día,
Que aquel en que has sabido
Los llantos convertir en alegría,
A tantos redimiendo del pasado
Yugo de esclavitud que habían cargado.

Véase «Rev. del Río de la Plata» No 22. Tom. 6, donde se dá una biografía completa de Fr. Cayetano y se transcribe la composición «El sueño de Eulalia cantado á Flora.»

Realzando lo piadoso
Te prestas á favor del miserable,
Dejando de algún modo satisfechos
De libre condición justos derechos.

Mas humano que aquella
Antigua Roma, la ciudad del mundo,
Tu honor piedades sella
Que te hacen el primero sin segundo;
Pues si Roma forjó cadenas tantas,
Tú, vencedor, con gloria las quebrantas.

No dicta sabia Atenas
Dictámenes mas bellos. Tu has formado,
De amor y piedad llenas,
Leyes que al oprimido han sublevado,
Consagrando á su alivio y su consuelo,
Tu gratitud, tus bienes y tu celo.

El secreto has hallado
De aumentarte celosos defensores,
Pues también has pagado
De su inculto valor raros primores.
Ni saben cual es más al mejorarlos,
Si haberte libertado ó libertarlos.

No gima ya la triste
Humilde condición del miserable,
Pues que desde hoy ya viste
Librea nueva, de honor mas respetable.
A su heróico valor se lo ha debido,
Y á tu piedad, ¡oh pueblo agradecido!

Jamás te ha amanecido,
Buenos Aires feliz, mas claro día,
Que aquel en que has sabido
Los llantos convertir en alegría,
A tantos redimiendo del pesado
Yugo de esclavitud que habían cargado.

Esta acción te coloca
Al lado de Mentor, del sabio Minos:
Como á ellos dar te toca
De gobierno dictámenes divinos:
Pues es menos vencer, puesto en partido,
Que premios saber dar al que ha vencido.

Doquiera que el sol luce,
Y de esta noble acción se haga memoria,
Al punto se trasluce,
Tu fama, tu piedad, tu honor, tu gloria;
Y envueltas quedan en conceptos vagos
Las Espartas, las Romas, las Cartagos.

No ya solemnes vivas
Escuches de los pueblos mas lejanos,
Ni plácemes recibas,
Porque heróico venciste á los britanos:
Que más gloria te da lo generoso,
Que la nota de invicto ó victorioso.

En tu intrépido aliento
De Sagunto y Numancia copia fuiste,
Y quizá algún momento,

Tan valientes excesos excediste;
Mas, en premiar del pobre el heroismo,
Eres ejemplo, copia de tí mismo.

Aunque te son debidas,
Están demás columnas é inscripciones:
Que están bien esculpidas
En el alma de todos tus acciones;
Pero ésta solo erige un monumento,
Que por único y raro es un portento.

Si á la par de tu anhelo
Acreciera tu haber hasta lo inmenso,
Ejercicio tu celo
Hallará en tus piedades mas extenso.
¡Y qué fuera, si fuera tu tesoro
El encantado vellocino de oro!

Tanta piedad consuela
A quién el hado barajó la suerte,
Y fino se desvela
Por motivo mas noble en defenderte;
Reputando quizá yugo suave
El que antes soportó molesto y grave.

Esto hace tu decoro,
¡Oh pueblo fiel! y acción de tanto grado
Es la manzana de oro,
Que te hará en ambos mundos envidiado;
Ni será la discordia por ganarte,
Si, por tener la gloria de imitarte.

Del Argentino río
Las aguas publicaron tu victoria;
Pero á esta acción le fío
Que eternice en el globo tu memoria:
Asi resonará de polo á polo
Con crédito inmortal tu nombre solo.

¡Oh! quiera grato el cielo
Impartir premios con benigna mano,
Dando á tu heróico celo
Guirnalda eterna, premio soberano,
Porque una acción que en sí todas encierra,
Recompensa no tiene acá en la tierra.

Entretanto, recibe
El aplauso común, pues él te aclama:
Feliz, descansa y vive
En brazos del honor y de la fama,
Y sea tu nombre célebre y famoso,
El pueblo fiel, valiente y generoso.

SONETO *

(INÉDITO)

Á UN VIEJO CON MOTIVO DE UNA ERUPCIÓN ESPANTOSA EN LA CABEZA

¿En que consiste amigo, en que consiste
Lo fecundo y feraz de tu cabeza,
Que aunque anciana, con garbo y gentileza
Cual nueva vid de pámpanos se viste?

¿Dónde tan fértil jugo recibiste
Que en llenarte de frutos se interesa,
Y en tu calvicie estéril, allí expresa
Los verdores de antaño en que viviste?

De dónde brotes tales, tan extraños?
De dónde una erupción tan portentosa
En el seco período de tres años?

¡Válgame Dios! ¿Diré la cosi-cosa?
De que eres palma macho en primavera,
Que nunca frutos da sin compañera.

---

* Copiado del manuscrito autógrafo de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

(INÉDITO)

AL MISMO VIEJO, DESENGAÑÁNDOLO DE QUE NO ERA EL AUTOR DEL ANTERIOR SONETO EL QUE ÉL PENSABA

No mi amigo Rivera, no; te engañas
Cuando las culpas á fulano echaste;
Por esta vez en tu concepto erraste,
No tiene el pobre, no, tan malas mañas.

Es otro que te estudia las entrañas,
Y en el que tú sin duda no pensaste,
Con quien la pava alguna vez pelaste,
Que está en el pormenor de tus marañas.

¿Lo conoces ahora, lo conoces?
¿No lo divisas aún por estas señas?
¿Quieres que te lo grite y diga á voces?

Va una seña mortal, ya que te empeñas:
Es otra palma macho que quisiera
Hacer suya tu palma compañera.

* Copiado de un manuscrito autógrafo de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existentes en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Á UNA MOZA MUY HABLATIVA

Asombrado me tiene, Pancha mía,
Tu charlar eterno y portentoso,
Ese habladero cruel, tan afanoso
Que toca en los extremos de manía.

Hablas, mi Pancha, hablas noche y día,
Ora agitada estés, ora en reposo;
Así tu labio nunca está mohoso,
Y tu lengua jamás con perlesía.

¡Prodigioso charlar! Si la escultura
El busto de un locuaz hacer quisiera,
Que original mejor que tu figura?

Entonces, con asombro el mundo viera,
Que hasta el sólido mármol, ¡cosa rara!
Por ser tu copia, sin cesar charlara.

---

* Copiado de un manuscrito de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existentes en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Á LA DIGNA MEMORIA DEL DR. D. MARIANO MORENO

Arrebató la parca... (parca fiera,
Del joven más cabal vil homicida!)
Cortó el hilo dorado de una vida
Que su guadaña respetar debiera.

La negra envidia. Cielos quien pudiera
Una mano cortar tan fementida!
A la patria ha inferido horrenda herida
Que el rival más rival no la infiriera.

Oh tú! que amante de tu patria aspiras
A hacer faustos sus hados, rinde honores
Al joven héroe que ya el orbe aclama.

Si la espada le ha dado defensores,
Del cañón de su pluma (oh pluma!) admiras
Vivo fuego brotar que los inflama.

---

* Este soneto está en la Lira Argentina, pág. 33 sin firma. No está en la Colección de Poesías Patrióticas. En el tomito manuscrito de las poesías de Fr. Cayetano, recopiladas por D. J. M. Gutiérrez, se le ha incluído, pero tiene la siguiente nota : «Se atribuye esta poesía á Fr. Cayetano Rodríguez. Por temor de Saavedra no pudo imprimirse por entonces, mas después de la caida de éste, fué publicada con otras poesías dedicadas *á la memoria del Dr. D. Mariano Moreno*, y se hallan en la obra interesante titulada *Lira Argentina*. (1)

(1) Prefacio del Editor de la *Colección de arengas en el foro y escritos* del Dr. D. Mariano Moreno.

EL ANZUELO *

A las orillas del mar
Ví á Lice pescando un día,
Sin que ayudarla á pescar
Pudiera la suerte mía.
Yo, por cierto dudaría,
Según mis inclinaciones,
Si en las dulces variaciones
Conque el anzuelo arrojaba,
Acaso peces pescaba,
O pescaba corazones.

A UN SUSPIRO **

(INÉDITO)

(IMPROVISACIÓN)

¡Ay suspiro, solo vos,
Como que del alma sales,
Sabes los acerbos males
Que padecemos los dos!

---

* Copiada del tomito de poesías manuscrito por D. J. M. Guriérrez, titulado: «Algunas poesías del R. P. Fr. C. J. Rodríguez», núm. 58 del catálogo de sus obras existentes en la Biblioteca del Senado Nacional.

Tiene una nota que dice que fué publicado por primera vez en el periódico «La brisa» único número del 4 de Setiembre de 1852.

Fué reproducido despuésen «El Plata Científico y Literario» Tom. IV página 155.

En el tomo de «Opúsculos» 1807-1862 D. J. M. Gutiérrez menciona una nota puesta por D. Vicente F. López en un cuaderno de apuntes, de su puño y letra, que dice que: esta poesía fué escrita á instancia del célebre oficial real Casamayor, con destino á la Sra. Da María del Rosario Belgrano (entonces joven), que pescaba en el río, delante de la chacra de Medrano, en la costa.

** Copiado del manuscristo de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existente en la Biblioteca Nacional.

SONETO *

Á UNA JOVEN HÁBIL EN LA MÚSICA

(INÉDITO)

Tocas tan suavemente el forte-piano,
Bella Vicenta, por felice suerte,
Que deja el instrumento de ser fuerte
Cuando se pulsa por tu diestra mano.

Acreedora te has hecho muy temprano
A aquellos premios que has de merecerte,
Si por tu aplicación llegas á verte
En la cumbre del arte soberano.

Sigas, oh joven, en tan dulce empleo,
Para envidia mortal de quien te admíra
Y estímulo tenaz de su deseo.

Que si tu empeño tan dichoso gira
Que á ser maestra te eleva según creo,
Aufión colgará su dulce lira.

* Copiado del tomito m. s. de Dn. J. M. G. No. 58 del catálogo de sus obras existente en la Bibl. del Sen. Nac.

AL RIO DE LA PLATA *

Sagrado río, émulo glorioso
Del vasto mar en donde te sepultas,
Piélago dulce que soberbio insultas
Al piélago salobre y espumoso.

Argentino raudal, que presuroso
Derramando riquezas que en tí ocultas,
Giras en ondas que erizado abultas
Y nuestras playas bañas majestuoso.

Corre, no te detengas, y en llegando
Del hondo mar á la suprema altura,
A sus vivientes con murmurio blando

Cuenta mi mal, mi pena y desventura,
Y cuéntalo á sus aguas, protestando
Que más que su amargor, es mi amargura.

---

* Se publicó por primera vez en el periódico «La brisa» el año 1852. Lo copio del m. s. de D. J. M. G. «Poesías de Fr. C. J. Rodríguez», N.° 58 del catálogo de sus obras existentes en la Bibl. del Sen. Nac.

EL ESCARMIENTO *

(INÉDITO)

Amable soledad, ¡ay! suspirada
De un corazón de amor esclavizado,
Asilo fué de un pecho atribulado
Dulce descanso, áncora sagrada.

Anhela por tí un alma que cansada
De sufrir los reveses de su hado,
Arrepentida está de haber amado,
Como de haber amado escarmentada.

Y tú, tirano amor, basta, no intentes
Eternizar mi pena y mi quebranto:
Déjame respirar libre: no cuentes

Con quien por tí ¡infeliz! padece tanto,
Y no quieras que arroje en dos torrentes
Desleído el corazón en triste llanto.

* Lo copio del m. s. de Dn. J. M. G. «Poesías de Fr. C. J. Rodríguez» N.° 58 del cat. de sus obs. en la Bibl. del Sen. Nal.

CONSEJO Á LA MADRE ESPAÑA *

¡Nueva feliz! Península quejosa,
Nobles hijos del trueno, ¡feliz nueva!
Vuestra felicidad desde hoy se eleva
A una altura gigante y prodigiosa.

«La América, decís, es ominosa
A nuestra población: ella nos lleva
Nuestros hijos»..... Callad, nadie se mueva,
Vuestra generación ya en paz reposa.

Creced, multiplicad, llenad el suelo
Que en suerte os ha tocado. El gran Neptuno
Por mares nos divide. Quiera el cielo

Daros por su bondad ciento por uno;
Y que sea, en vuestro bien, tal vuestro celo,
Que no dejeis pasar aquí á ninguno.

---

* Lo copio del m. s. de Dn. J. M. G. cit.
El P. Fray P. Otero ha publicado este soneto formando parte de una composición de 5 sonetos que se supone hecha en 1810.

CONVITE UNIVERSAL *

(INÉDITO)

Oh de la libertad sabios amantes
Que anhelando vivis don tan precioso,
Venid del Sud al hemisfério hermoso
Do moran tus alumnos mas constantes.

No más correr el vasto globo errantes,
Fijad destino. Nunca más glorioso
Que en el bello país donde en reposo
Respiran libres ya sus habitantes.

Hoy el Sud os convida. El ha quebrado
El ominoso yugo que oprimía
El cuello americano. El ha jurado

Ser libre ó no existir en este día.
Venid todos, venid. Nada es vedado
A los que odian como él la tiranía.

---

* Copiado de M. S. cit. de Dn. J. M. G. Tiene una nota al pié, del mismo Sr. Gutiérrez, que dice que, probablemente este soneto fué escrito el año 1816, con motivo de la declaración de la independencia.

A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES *

Buenos Aires feliz fuiste algún día,
Mil laureles tus sienes coronaron,
Las naciones que absortas te miraron
Emularon tus glorias á porfía.

Viste nacer el sol. ¡Con qué alegría!
Sus luces tu valor preconizaron,
Y con puros destellos celebraron
La muerte de la atroz, cruel tiranía.

Mas ¡ay de tí, infelice! Se ha volcado
Para tu mal, el carro de tus glorias;
El sol antes risueño se ha enlutado.

Los viles sobre tí cantan victorias,
Y por despojos solo te han quedado
De tu antiguo esplendor tristes memorias.

---

* Cop. del tomo m. s. de Dn. J. M. G. quien lo copió del original autógrafo, y dice haber sido compuesto el año 1820.

AL PARTIR DE BUENOS AIRES Á TUCUMÁN *

La ausencia de mi amor, mi bien, mi encanto,
Apenas deja aliento al pecho mío,
Apenas deja acción á mi albedrío
Para poner represas á mi llanto.

Las sombras cubren con su negro manto
Mi mustio corazón pálido y frío,
Un humor melancólico y sombrio
En el país me coloca del espanto.

Huye de mí la paz, huye el consuelo,
Huye la dulce y apacible calma;
Todo es llanto, dolor, angustia y duelo.

Perdió al fin el amor (¡oh amor!) la palma,
¿Y, porqué tal contraste justo cielo?
Porque me voy, y se me queda el alma.

---

* Lo copio del vol. de poesías de Fr. Cayetano, m. s. del señor don J. M. Gutiérrez, No. 58 cit.

En la recopilación de las poesías del P. Rodríguez hecha por su hermano en religión, Fr. Pacífico Otero, se ha incluído también este soneto (pág. 120), pero se ha alterado el primero y el último verso. Como la fuente de donde Fr. P. Otero lo hubo, es la misma de donde nosotros lo tomamos, podemos asegurar que la variante es apócrifa.

AL PODER EXTRAORDINARIO DE UNA JOVEN *

(INÉDITO)

No se que don, Mauricia, en alto grado
Tienes de enamorar hacia lo lejos,
Y hacer reverdecer á los añejos
A quienes ya el vivir les es pesado.

Esto en buen castellano y bien parlado,
Se llama prender fuego en leños viejos,
Y con cuatro posturas y gracejos
Hacer que hierva el mar estando helado.

¡Estupendo poder! Pero lo tienes,
Mauricia, por virtud desconocida;
Y si á lo lejos tal volcan previenes

Que hasta á los viejos tu calor da vida,
¡Ay de aquel que se acerque! Me persuado
Que con tu vista morirá abrasado.

* Cop. del vol. m. s. de don J. M. G. No. 58 cit.

Á UN ATROZ MURMURANTE *

Moldes, joven procaz, desvanecido
Narciso, de tí mismo enamorado,
Joven mordaz, de labio envenenado,
Enemigo del hombre decidido.

Caco desvergonzado y atrevido,
Ladrón de famas, genio preparado
A tirar piedras á mejor tejado,
Siendo el tuyo de vidrio percudido.

Víbora de morder nunca cansada,
Sanguijuela de sangre humana henchida,
Espada para herir siempre afilada.

Sabe que una cuestión hay muy reñida,
(De tu alma negra claro testimonio):
¿Cuál de los dos es peor, tú ó el demonio?

* Cop. del tomo m. s. del señor J. M. G. cit.
En la recopilación del P. Fr. P. Otero, está incluído este soneto en la pág. 122, con el título «A Moldes», no dándose razón del cambio.

Á UNA ESCAPADA FELIZ *

(INÉDITO)

Al fin, Crisanta bella, al fin saliste
A la plaza de amor engalanada,
Y entre quiero y no quiero ser pillada,
Por un casual traspiés, casi lo fuiste.

Muy cerquita de tí ya al toro viste,
Que por un tris te pega una cornada;
Pero tú le jugaste una capeada
Y de sus embestidas te reiste.

Cantaste el triunfo ufana, sí, cantaste,
De un toro que otra vez batirte espera;
Pero si la primera le capeaste

La segunda será cual la primera:
Pues hacen ver los lances que jugaste,
Que naciste ¡qué horror! para torera.

---

* Cop. del vol. m. s. de don J. M. G. No. 58 cit. de la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

En llanto amargo América gemía
Bajo opresores grillos agobiada,
Sujeta, oh Dios, á venerar postrada
Los tiránicos golpes que sufría.

Su dolor al Olimpo enternecía,
Mas el ibero, con injusta espada,
La libertad le niega suspirada
Por sostener su orgullo y tiranía.

¡Oh duro estado! Mas, llegó el momento
Y día *Veinte y cinco* reservado,
En que cayó de un golpe aquel cimiento

Que al despotismo tuvo entronizado,
Y en que la Libertad subió á su asiento
Y á un trono por tres siglos usurpado.

---

* Está en la Lira Argentina, pág. 30. Con otro soneto más, que es inferior á este, y allí se dice que ambos se pusieron en dos grandes targetas al frente de la Recoba, el año 1812.

No está en la Colección.

El señor Reynal O'Connor en su obra «Los Poetas Argentinos» T. I. pág. 353, lo trae con algunas alteraciones.

SONETOS

AL QUE DESMAYA EN NUESTRO SISTEMA POR LOS CONTRASTES QUE HA PADECIDO *

I

¿Del gran sistema la contraria suerte
Tanto te sobrecoge y te intimida?
¿Más que la libertad amas la vida?
¿Eliges la cadena, y no la muerte?

El contraste no aflije al varón fuerte;
El á mayor peligro le convida:
Dijo perezca el cruel, y no trepida;
Y en león libio, en furia se convierte.

Su sangre á borbotones mancha el suelo:
El la mira, y el pecho se le inflama,
Y allí su atropellar, allí su anhelo.

Al espirar á sus amigos llama,
Y despreciando tan funesto duelo
Himnos entona que admiró la fama.

* Está en la Lira Argentina, pág. 67, sin firma.

II

¿Tú, lleno de pavor pasas el día
Los males de tu patria contemplando,
Y huyendo de un amigo al ruego blando
Buscas ansioso la melancolía?

¿Que hiciste, infeliz hombre, tu alegría,
Los grillos al romper? ¿á dó temblando
Llevas la planta con tu sombra hablando?
¡Infeliz patria si de tí confía!

Húndete miserable; á tus hermanos
Devuélveles tu mal ceñida espada,
No la profanen tus cobardes manos.

La augusta libertad con faz airada
Te apartará de sus americanos,
Y en su templo jamás tendrás entrada. (1)

---

(1) Está en la Lira Argentina, pág. 67, sin firma.

AL SEÑOR DON CARLOS MARÍA DE ALVEAR

POR SU JORNADA EN MONTEVIDEO

SONETO *

Lo arduo de la acción mas peligrosa
Que en el teatro de Marte se contiene,
El heróico ardimiento no detiene
Del general, ni su legión honrosa.

A conseguir la hazaña más gloriosa
Que en ambos mundos la memoria obtiene,
El la estimula. Decidida viene
A su voz, cual trueno poderosa.

Al uno, á la otra el heroismo anima,
Y el ardor de su pecho prevenido
A la plaza se avanzan con presteza.

A su presencia el enemigo erguido
Trepida, se confunde, desanima,
Y plaza, y todo, de la patria es presa.

* Está en la Lira Argentina, pág. 34, sin firma. No está en la Colección.

LLANTO DE PEZUELA *

Recostado en un sofá
Con la mano en la mejilla,
En acción de quien se humilla
O que ya humillado está,
Pezuela, viendo que ya,
Su gloria se va eclipsando,
Sentidos ayes lanzando,
Indices de su tormento,
Su apurado sentimiento
Así desahoga llorando:

Ay de mí! ya no puedo
Con mi suerte infelice,
Que en muda voz me dice:
Visir vas á espirar;
Es llegada tu hora,
Gime, suspira y llora.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Cruelmente atormentado
De tristes pensamientos,
Y de presentimientos,
De un mal que ha de llegar;

Cop. del tom. m. s. de D. J. M. G., existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Sí, lloro sin consuelo
Viendo contra mí el cielo:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Un nuevo teatro se abre
En que se representa
La tragedia violenta
Que yo debo esperar;
Para mí ya no hay gusto,
Todo es pesar y susto:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Los fundamentos todos
De mi imperio vacilan,
Mis fuerzas se aniquilan
Por tierra y por el mar.
Todo, en fin, se aparta
De una manera ingrata:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Sobre mí está pendiente
La americana espada,
Tiempo ha desenvainada
Y amagando cortar;
¡Ay! de mi vida el hilo
Está bajo su filo:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

A la raíz del árbol
La segur está puesta.
¡Pobre de mí! ¿qué resta?....
El golpe descargar.
¡Oh golpe duro y fiero!
Sin remedio lo espero:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Aquel marcial aliento
Que animaba mi pecho,
¡Cielos! á mi despecho
Me quiere abandonar.
Desfallezco mirando
Que el fin se va acercando:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Que trueque! me acongoja
La punzante memoria
De mi pasada gloria,
Con angustia y pesar.
Mi soberbia abatida
Acibara mi vida.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¿Quien á Pezuela pudo
Con su espada imponer?
¿Quien se pudo atrever
En su presencia á hablar?

Mas ¡ay! llegó el momento
En que esto experimento:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Quienes (dicen), nacieron
Para viles esclavos,
Ya atrevidos y bravos
Me atacan sin cesar.
Todo á su brazo cede,
Todo su valor puede:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

El argentino tiende
Redes, astuto y vivo,
Naturalmente activo
Y emprendedor sin par.
Sin duda soy la presa
Primera en que interesa:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Con astucia indecible,
Introduce en mi seno,
Un oculto veneno
Que me ha de emponzoñar.
Sus síntomas presiento
En mi cruel desaliento:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En la llama que activa
Su incesante desvelo
Justamente recelo
Que al fin me ha de abrasar.
Las aguas de mi llanto
No apagan fuego tanto:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh argentino! sufriste
El sarcasmo atrevido,
Que al mundo habias nacido
Tan solo á vegetar.
Ya el insulto castigas,
Y lo harás mientras vivas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Mas, no del argentino,
De tí Lima, incidiosa,
Me quejo, pues mañosa
Me intentas destronar.
En tu seno se abriga
La mas funesta liga:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Pensé fueses la egida
De mi tenaz defensa;
Pero ¡ay! del que en ti piensa
Su pecho abroquelar;

Presto será vendido
Como tiempo ha lo he sido:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Justo cielo! ¿á que trance
Tu rigor me destina?
¿Que cáliz me propina
Que yo debo apurar?
Sin duda injusto he sido,
Gran culpa he cometido:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh Fortuna voltaria!
Como has abandonado
A quien ha degollado
Víctimas en tu altar?
Insensibles á mi quejas
En el ahogo me dejas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En tu honor he cantado
Triunfos á la victoria:
¡Oh funesta memoria!
¡Oh lúgubre cantar!
Fué anuncio, dura pena,
De mi trágica escena:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Chacabuco . . . . ¡que nombre!
El eco me atormenta.
¡Oh pérdida sin cuenta
Que no he de reparar!
Fortuna, te aburriste
De dar favor á un triste;
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En Maipo mi esperanza
De un golpe feneció;
Ninguna me quedó
De volver á triunfar.
¡Llanos infortunados,
Para mi mal pisados!
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Así los elementos
Contra mí se conjuran,
Y por los dioses juran
Mi imperio aniquilar.
Decretan mi castigo
A par de mi enemigo:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Ayohuma, Vilcapugio,
¿No os acordais de mí?
Si gané, ya perdí
Para nunca ganar:

Ingrato y duro el hado
Mi ruina ha decretado.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

De allí volví triunfante,
De laurel coronado,
A Scipión comparado:
Que mas podía desear?
Todo fué encantamiento;
Prestigio de un momento;
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Hijo de la victoria
A una voz me aclamaron;
Lisonjeros gritaron:
El nos debe mandar.
Hoy gritan: muera, muera,
El que mandarnos quiera.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Muera pues, si no es otro
El signo de mi suerte;
Muera, si con mi muerte
La furia ha de calmar.
¡Oh Lima! así lo clamas;
A los rebeldes llamas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Que vengan y consumen
El sacrificio incruento
Que de mi sentimiento
Les quiero consagrar.
Venid que os es llegado
El momento deseado,
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Aunque anegado en llanto
Vuelvo mis tristes ojos
A los ricos despojos
Que voy á abandonar,
Su vista me atormenta
Y mi llanto se aumenta:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Lloraré sin consuelo,
Lloraré mi vergüenza,
Pues cuando España piensa
Por mis armas triunfar,
Ve que fueron fallidas
Mis astutas medidas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh Justicia! tu peso
Inclinó la balanza,
Que una injusta pujanza
No dejaba inclinar;

Vuelve con noble empeño
La América á su dueño:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Tiempo es de confesarlo:
Injusticias, violencias,
Forzadas obediencias
¿En qué habían de parar?
El cielo fiel testigo,
Al fin mandó el castigo.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Este inocente suelo
Tiranamente hollado
El término ha tocado
De tanto suspirar.
¿Había de ser eterno
Su duro, cruel invierno?
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh España! y aun persistes
En tu tenaz encono?
¿Aun intenta tu trono
El Sud avasallar?
¡Oh más que loco intento!
¡Oh estulto pensamiento!
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Ah! ¿la América acaso,
Aunque tres siglos cuenta,
Su conquista sangrienta
Ha podido olvidar?
Mira con duro ceño
A tan tirano dueño:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

No existirá primero
Que dejarte aunque quieras,
Tus altivas banderas
En el Sud tremolar.
Si es que al fin la dominas
Dominarás sus ruinas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Muy cara le has vendido
La fé que le trajiste
Pues tu logro quisiste
De su fé reportar.
Tan infernal codicia
Clama al cielo justicia.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Llegó pues el momento,
Se trocaron los hados,
Los que estaban hollados
Hoy aspirar á hollar.

Los amos obedezcan,
Humillense ó perezcan,
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Maldito sea mil veces
El español desgreño,
Y el malicioso empeño
De así tiranizar.
La patria escarnecida
Pagado ha su pecado:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En este agrio conflicto,
En este vil estado
Abatido y vejado,
¿Qué le resta? Llorar.
Pues llore inconsolable
Su mal irremediable.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Le acompaño en su llanto
Y á más la venia pido
A tantos que he inferido
El último pesar.
Pagaré con mi vida
Tan enorme partida.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En la losa que cubra
A mi cadáver frío,
Para deshonor mío
Con sangre han de grabar,
Este epitafio horrible,
Que me haga aborrecible,
Pues quien tanto mal hizo
Así debe pagar:

INSCRIPCIÓN SEPULCRAL

Bajo esta losa fría
En podre y gusanos se aposenta
Pezuela, á quien venía
Angosto el globo, y más, según su cuenta.
Si vive más, revienta
De un acceso de rabia acometido,
Porque al fin no ha podido,
Atar al carro de su gloria vana
A la noble nación Americana.
Hizo cuanto mal pudo, y más no hizo
Porque no pudo más, aunque más quiso.
Sus manos homicidas
Sacrificaron mil preciosas vidas;
Sanguinario por génio, regó el suelo
De sangre humana. Lo perdone el cielo,
O venga sobre su alma la inocente
Sangre que hizo verter impunemente:
Descanse en esta fosa
Y en el Sud sea su memoria odiosa.

EL SUEÑO DE EULADIA

CONTADO Á FLORA *

Amiga, ya no puedo, ni es posible
Calmar mis inquietudes,
Y será muy factible
Que si á mi corazón pronto no acudes,
El desfallezca, al fin, sobrecogido
De un pavoroso sueño que he tenido.

—Amiga, dime, ¿qué te ha sucedido?
—Sabe Flora, del alma,
Que cierta noche de un alegre día,
Cuando en la dulce calma
De un suave sueño plácida yacía,
De repente me ví, ¡más, con que susto!
Ante el solio real de Jove augusto.

Atónita quedé, pasmada, yerta,
Y perdido el aliento;
Por instantes pensé mi muerte cierta,
Y hasta ahora, amiga, siento
Un *no se qué*, que el alma me devora.
¡Ay! no quiero acordarme, amada Flora!

No me es dado el pintarte
El rostro airado de aquel dios severo,
Ni sabré ponderarte

---

* Fué publicado por primera vez por Dn. J. M. Gutiérrez, en la Revista del Río de la Plata. Vol. 6, pg. 175.

Sus miradas de horror, su ceño fiero;
Solo puedo decirte que sus ojos
Eran un Etna que vibraba enojos.

Lo miré, me miraba de hito en hito,
Y cuando pensé menos,
Dió un penetrante y majestuoso grito,
Que resonó en los senos
Profundos del abismo, y salió luego
Un otro que él, brotando vivo fuego.

Era el tal un testigo
De mis obras, palabras, pensamientos,
Y el mas crudo enemigo
De nuestros consabidos sentimientos.
Te acuerdas, Flora? ¡Oh mal haya sea!
¡Cuanto me amarga tan funesta idea!

He aquí, dijo Plutón, ¡Oh padre augusto
De los dioses! la sabia
(Y se precia de tal) que tiene el gusto
De desplegar su labia
En público atentando y en secreto
Contra tu liberal justo decreto.

Tú desde el alto cielo,
Tus ojos inclinaste compasivo
Al vespuciano suelo.
Sensible á su clamor doliente y vivo,
Dijiste en tono grave é imponente:
¡Libres, hijos del sol, eternamente!

Lo dijiste, y el dios que en paz domina
La extensión de los mares,
A tu voz elocuente determina,
A pesar de pesares,
Formar del golfo con su gran tridente
Muro de división de gente á gente.

El astro luminoso
Que con sus luces baña aqueste suelo,
Ve derramado el gozo
Sobre su hermosa faz. Un nuevo cielo
Cubre sus habitantes, y á porfía
Himnos te cantan, Jove, noche y día.

Solo el sexo bello..... ¡quien creyera!
Hay sirtes peligrosos
En que encalla la suerte lisonjera;
Hay genios escabrosos,
Hay corazones que resisten vanos
El bien que has dispensado á los humanos.

Hay astutas Pándoras
Que pérfidas derraman el veneno,
Y á la patria traidoras
Infestan con su aliento el propio seno.
Castiga ¡oh Jove! vibra un rayo activo
Que las hiera de muerte en lo más vivo.

Así dijo Plutón. No sé, mi Flora,
Si Júpiter airado
El rayo disparó, ni puedo ahora

Contar lo que ha pasado,
Apenas sé, ni sé, si es cosa cierta,
Que caí desmayada y casi muerta.

En este parasismo
Quedó despierto el interior sentido.
¡Ay mi amiga! en que abismo
De confusión y horrores sumergido
Sentí mi corazón. ¡Qué especies, Flora,
Ocurrieron al alma en aquella hora!

Cuantas (¡con qué placer!) conversaciones
Tuvimos, Flora mía,
En que con mil y mil y más razones
(De nuestra fantasía)
Burlamos el sistema,
Dándole el nombre de *locura* y *tema.*

Cuantas burlas y apodos,
Poseídas del furor más insolente,
Hicimos por mil modos,
Más de una vez á la patricia gente;
Llamándolos criollos, carniceros,
Indecentes, canallas, cuchilleros.

Cuantos, te acordarás, cuantos deseos
De ver entre *dos palos*,
A aquellos consabidos fariseos,
A aquellos hombres malos.....
Tú me entiendes. ¡Oh, que amarga historia!
Todo, amiga, me vino á la memoria.

Así estaba esperando
Entre crueles síntomas de muerte,
Mi último fallo, cuando
Atentó decir Plutón mi suerte:
Sepultémosla, dijo, en el Leteo
Donde perezcan ella y su deseo.

No, no, — repuso Jove, en tono grave.
— ¿Como ha de sepultarse
En olvido un delito que no cabe.....
Ni aún puede imaginarse?
Aquel que de su patria es enemigo
Dcbe sobrevivir á su castigo.

Pudiera con un rayo
Reducirla á ceniza en un momento;
Pero, válgale Mayo,
Válgale ser mujer, y que es mi intento
De tal modo aplicarle penitencia
Que sea víctima cruel de su conciencia.

Será pues, mi decreto irrevocable
Para eterno escarmiento,
Antes que castigarla á fuego ó sable,
Entregarla al momento
A los muchachos; ellos darán cuenta
De su bulto, de modo que lo sienta.

¡Muchachos, — dijo, ¡ay Flora!
Humillante invención, palabra impura!
¡Muchachos!..... Hasta ahora

No se ha impuesto á mujer pena más dura.
Pensé que el orbe todo se venía
Sobre mí y que el alma me oprimía.

Aunque exámine al golpe de la pena,
Volví á Jove los ojos:
(¡Ojalá hubiera sido en hora buena!)
Queriendo á sus enojos
Poner calma, ¡oh amiga! ¡Que esperanza!
En el fallo de Jove no hay mudanza.

—¡A los muchachos!—repitió imperioso
—Se entregue luego, luego:
Ellos pondrán al claro, sin rebozo,
El desenfreno ciego
Con que insultó á su patria. Cruel, ingrata,
A burlas muera quien á burlas mata.

—Mi Flora, no quisiera
Lo que siguió á esta escena referirte.
¡Cielos quien me dijera!
Mas, ¿cómo he de callar? No he de decirte
La historia de mi mal? Oye mi cuento,
Te servirá siquiera de escarmiento.

Habló imperioso Jove, y al instante
Una chusma atrevida
De muchachos se puso por delante:
Quedé despavorida,
Pues después de una lluvia que da el cielo
No tantas sabandijas brota el suelo.

¡Aquí de mis trabajos!
¡Aquí mis ansias y sudores fríos!
¡Ay de mí! ¿son tan bajos
(Para mí dije) los principios míos?
¿Tan poco por mi sangre se me debe,
Que me hacen el trompillo de esta plebe?

Así fué, Flora. ¿Quienes más bribones?
Me prenden, me rodean,
Me dan mil indiscretos empujones,
Me urgan, me manosean.....
O vergüenza, ó pudor, ó mi decoro!.....
La tragedia fué en sueño y aún la lloro.

En seguida una danza
Arman al rededor.... ¡danza maldita!
Cuanto su voz alcanza
Mueven el aire con inmensa grita,
Y repiten ¡oh Dios! á boca llena:
Muera la picarona sarracena.

En un papel de estraza despreciable,
Para hacer mi pudor más espectable,
Mi agravio más sensible,
Escribieron un rótulo indecente
Que luego lo fijaron en mi frente.

Decía: Alerta, alerta.
¡Bomba! Aquí va la gran criollaza
En europea injerta,
Que reniega impaciente de su raza

Y que quiere antes ser sucia gallega
Que criolla con honor, casa y talega.

Luego pusieron en mi diestra mano,
Una caña nudosa
Con un cuerno en la punta liso y llano.
¡Divisa vergonzosa!
Sufrí el insulto, ví la picardía.....
Sabes que no soy tonta, amiga mía.

No fué esto solamente:
Mi humillación subió mas alto punto,
Que no fué otro, no, según barrunto,
Que aquel... aquel.... amiga, no lo nombro;
Te ha de causar su atrevimiento asombro.

Se llegó á mí este vil, pillo, indecente,
Cuando más angustiada,
Y á la vista (oh pudor) de tante gente,
Como si no hiciera nada
Me alzó por la trasera la camisa,
Me hizo tres muecas y soltó la risa.

Contempla mi figura,
Amada Flora mía; con un lema
De expresión la más dura
Que adversa me publica al gran sistema,
Una caña y un cuerno por divisa,
¡Y por detrás alzada la camisa!

¿No es buena perspectiva? Así en volandas
Entre inmensa algazara,

Me llevan por las calles como en andas:
Santa con duple cara,
Una llena de angustia, llanto y pena;
Otra de infame desvergüenza llena.

En cada esquina..... ¡crueles!
Hacen alto, y allí más y más gentes;
Y á la decencia infieles,
Mil cantares y apodos insolentes
Me echan en rostro como está de moda:
¡Gallega; loca; sarracena; goda!

Al fin llegué con todos..... ¡Qué cansada!
A la erguida columna
De todos los patriotas celebrada;
Allí otra vez, á una, gritan: muera,
Muera la sarracena,
O eche un «¡Viva la patria!» aunque no quiera.

Esto es, tras de cornuda
Apaleada.... ¿Qué tal, amiga Flora?
— Malo, Eulalia, sí muda;
Y peor hablando. Oh maldita hora,
En que ocupé millares de momentos
En callar y en hablar mis sentimientos.

¡Qué tortura, que angustia y compromiso,
Verse el pecho obligado
A brotar expresiones que no quiso
Ni aún haber escuchado!

Me resistí por tanto en tono fiero
Y á voz en cuello respondí: «¡no quiero!»

No bien así entonada
Reproché la propuesta majadera,
Cuando una gran palmada
Me asentaron de lleno en la trasera,
Y fué tan recio el golpe, que al llevarlo,
Grité: ¡que viva! sin querer gritarlo.

¡Feliz palmada, amiga, santo grito!
A ruído tan ingente
Debió mi escena ver mi finiquito.
Desperté de repente,
Me ví sola, sin luz, y en el empeño
De juzgar realidad lo que era sueño,

¡Ay de mí! solté el llanto
Opreso el corazón, yerto el sentido.
¡Oh cuanto, cuesta, cuanto,
Un empeño tenaz mal dirigido!
Estoy tal, que rebusco á toda prisa
Y no encuentro el faldón de la camisa.

Quiero apartar de mí, pero no puedo,
Esta funesta idea;
Sobrecogida estoy de susto y miedo.
Muy bien que sueño sea;
Pero Eulalia, tu amiga hasta las aras,
No se mete en camisa de once varas.

Dejémonos de cuentos:
Hay jóvenes resueltos al castigo;
Hay Plutones á cientos,
Cada cual el que más nuestro enemigo,
Cañas á miles, cuernos en subasta
Y hay muchachos hasta decir basta.

Y pues sueño tan raro y tan extremo
Puede ser un anuncio,
Que nos sirva á las dos de desengaño:
¿No te place? Renuncio
Mi modo de pensar; quédate sola;
Como yo pase bien, corra la bola.

1812.

AL PASO DE LOS ANDES Y VICTORIA DE CHACABUCO *

ODA

¡Antiguo capitán, héroe famoso,
Admiración del mundo,
Bravo Africano, Anibal valeroso,
Hasta hoy con el respeto más profundo
En el orbe nombrado,
Y de edad en edad preconizado!

* La copio del tomo de poesías de Fr. C. J. Rodriguez, manuscrito de D. J. M. Gutiérrez citado.

¡Emulo fiel de Aníbal!... mal he dicho,
¡Vencedor de su gloria,
(Si bien víctima hoy día del capricho
De la suerte inconstante y transitoria);
Eterno honor de Marte,
Primer genio del mundo, Bonaparte!

Campeones inmortales, cuyo nombre
En las rocas grabado
De los Alpes, no hay alma que no asombre
Y la infunda un pavor como sagrado:
Ved aquí, heroes grandes,
Vuestra copia mejor sobre los Andes.

Magnánimo, animoso, imperturbable,
Lleno de odio al tirano,
Al tirano opresor de nuestra amable
Libertad, el Anibal colombiano,
El Napoleón moderno,
Salva escollos, imagen del averno.

San Martín, de su ejército á la frente,
Y en brazos sostenido
De su virtud, tramonta la eminente
Nevada cordillera, el más erguido
De los montes del mundo:
¡Grande hazaña, prodigio sin segundo!

La artillería, que jamás se mueve
Sin pena, aun en el llano,
Su región disputando al vapor leve,

A esfuerzos de este noble americano,
La vasta espalda oprime
De esa sierra asperísima y sublime.

¿Qué importa que al intrépido viajero
Talvez el paso ataje?
¿Qué importa que no admita su sendero
Acaso más de un hombre? El gran coraje
De San Martín, legiones
Llevará por allí, como cañones.

Parece que las nieves, que los mismos
Peñascos eminentes,
Que los profundos, hórridos abismos,
A su valor se muestran obedientes,
Y que las altas cumbres y cuchillas
Mientras él pasa, doblan las rodillas.

Domada, pues, así naturaleza,
Pisa el fértil, ameno
Chile, cuyo esplendor, cuya belleza,
Profanó con su planta el sarraceno:
Los ánimos se exaltan,
La esperanza renace, todos saltan.

Los más bellos y rápidos sucesos
Colman luego los votos:
¡Hijo del Sud, vengad ya los excesos
De esos falsos, cruelísimos devotos;
Esa sangre inocente
Que clama con la voz mas elocuente.

¡Musa, aquí sobre todo, aquí me inflama!...
El doce de Febrero
(Fausto mes ya otro tiempo), el bronce brama,
Se esgrime el vengador templado acero,
Se oyen gritos, gemidos
Ya del que vence, ya de los vencidos.

La gloria al fin, señala al campo bello
De Chacabuco ¡oh día,
Dulce luz, placidísimo destello,
Que has hecho revivir nuestra alegría!
Objeto de nuestra ansia
Tú vas á dar al Sur nueva importancia.

Centenares de muertos, prisioneros,
Armamentos, banderas,
Vestuarios, equipajes y dineros,
Municiones, la tierra toda entera
Han sido los trofeos
De un triunfo que ha llenado los deseos.

Su libertad recobra el bello Chile:
¡Quiera el cielo piadoso
Que á sus fieros tiranos aniquile,
Y sus derechos goce con reposo!
¡Que jure su exterminio,
Ya que ha probado su feroz dominio!

Entre tanto, una diosa que desciende
De la celeste esfera,
La sien del vencedor orna y defiende

De un cerco de laurel, y placentera
Dice: *Al invicto hijo de la gloria,*
Sobre el campo de Chile da victoria.

LAS MADRES CAPUCHINAS DE BUENOS AIRES AL GRAL. SAN MARTÍN *

CANTO ENCOMIÁSTICO GRATULATORIO.

Las que siguiendo impulso soberano
Y huyendo de este siglo, en él estamos,
Y hábito franciscano
Con vida anacoreta profesamos,
Poseídas del mas alto patriotismo,
Cantamos tu virtud, tu honor, tu heroismo.

No invocamos á Jove ni á Minerva,
Deidades falsas, títulos paganos,
Que la ilustre caterva
De cantores piadosos y cristianos
Invocan y predican en sus cantos,
Por no invocar los nombres sacrosantos.

Invocamos á Cristo, Dios y hombre,
Vencedor de la muerte, hijo del Padre,
Que encarnó y tuvo madre,

---

* Copiada del tomo de poesías de Fr. C. J. Rodríguez, manuscrito de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 de la Biblioteca del Senado Nacional

Para que todo racional se asombre
Al ver que solo El y solo ella,
Son el Marte sagrado y Palas bella.

No ha sido Marte, no, ni ese tonante
Júpiter, ni los dioses mentirosos;
Fueron nuestros sollozos
Los que al fin desarmaron al amante,
Dios, trino, omnipotente, justo, amable,
Que dió la fuerza al brazo, filo al sable.

San Martín, eres tú; eso te basta
Para servir á la patria, ese es tu encomio;
Y el jefe Macedonio
Que te hizo hijo de Dios, por no ser casta
De su padre Filipo, es documento
Que deberá servirte de escarmiento.

No imites á gentiles ni á paganos,
Ni quieras admitir comparaciones
De tus grandes acciones
Con las de griegos, godos y romanos;
San Martín eres tú, eres cristiano,
Sois un bravo y prudente americano.

Como bravo manejas bien la espada,
Como prudente debes humillarte,
Teniendo por baluarte
Tu esperanza y tu fé, muy cimentada
En el Dios que os dirige en la pelea,
Y todo á tu favor su brazo emplea.

Disperso te miraste en el momento
En que tragar á Osorio imaginaste.
¡Oh Dios, cómo quedaste
Burlado, en el mayor abatimiento!
¡Solo Dios y su brazo soberano
Revivir hizo al muerto americano!

Para siempre de Dios sea la gloria,
Tuya la confusión pura y sincera;
Ni tu soberbia quiera
Traer jamás este triunfo á la memoria,
Sino para besar con rendimiento
Del sacro templo el sacro pavimento.

Celebrar de otro modo las victorias
Es atribuirlo todo á nuestra hazaña,
A la moda de España;
Pero serían esas unas glorias
Tan percudidas, como las de Europa
En cuyas guerras la razón es poca.

A LA DIGNA MEMORIA DEL DOCTOR DON MARIANO MORENO *

Oh nobles compatriotas,
Cantemos á una voz

* **Está en La Lira Argentina pg. 31 sin firma. No está en la Colección. O'Connor ob. cda. pg. 358, la trae alterada y mutilada; y dice que fué puesta en música por el maestro Parera.**

Al héroe de la patria
La mas dulce canción.

Cantemos nuestra gloria,
Cantemos nuestro honor,
Pues que Grecia no tuvo,
Ni Roma otro mayor.

Su gloriosa memoria
Nos recuerda un blazón
Que él ennoblece solo
Al suelo en que nació.

Su talento, sus luces,
Su noble corazón,
Todo dice á la patria
El gran bien que perdió.

¡Oh suelo venturoso
Que tal héroe nos dió,
Infelice momento
En que se le ausentó!

Eujugue nuestro llanto
Saber que nos dejó
En su valiente pluma
Notas de su valor.

Su nombre reproduce
Los fastos del honor,
Asi jamás se escucha
Sin nueva admiración.

Envidia nuestra suerte
Toda culta nación,
Pues nos ve enriquecidos
Con tan precioso don.

Oh jóven siempre invicto
A quien nunca insultó
Con sus aleves tiros
La negra emulación.

Oh jóven generoso,
Imagen del valor,
Envidia del talento,
Norma de la razón.

Oh jóven nunca visto,
En cuyo corazón
El vergonzoso miedo
Jamás se aposentó.

Oh jóven ilustrado
Con numen superior,
Que aun hoy despide rayos
Su rara ilustración.

Tu sola sombra, oh jóven,
Con valiente primor,
Enérgicos empeños
Inspira con tesón.

Vivas, vivas eterno
Para inmortal blasón
De un pueblo que te ofrece
Primicias de su amor.

SONETO *

¡*Veinte y cinco* feliz! Hoy tu victoria
Derrocó la soberbia de un tirano,
Y levantó con triunfo soberano
A nuestra patria al colmo de la gloria.

La época empezaste de una historia
En que pudo el humilde americano
Desatar la cadena de su mano
Llenando de grandeza su memoria.

¡Oh día grande, heróico y memorable!
¡Oh día de virtud! ¡qué regocijo,
Al oir tan solo tu renombre amable

De la América siente el ínclito hijo!
Tú mereces loores cuanto es dable,
Pues que el Dios de la patria te bendijo.

---

* Está en La Lira Argentina, pg. 30, sin firma. No está en la Colección. También lo trae el Sr. Reynal O'Connor en su obra *Los poetas argentinos*, y también lo ha alterado.

CANCION PATRIÓTICA *

EN CELEBRACIÓN DEL 25 DE MAYO DE 1812

CORO

A las armas corramos, ciudadanos,
Escúchese el bronce y oígase el tambor,
Convocando á la lid generosa
A nuestros hermanos; en alegre unión.

Volvió otra vez el venturoso día,
En que libre la patria del tirano,
Nos produjo brillante la alegría:
Hoy á la sombra de un gobierno humano,
Renacerá la unión en nuestro suelo,
Y el despotismo abatirá su vuelo.

Emulos de atenienses y espartanos,
Nuestro nombre elevemos hasta el cielo,
Imitando el valor de los romanos:
Defendamos la causa con desvelo,
Sin duda lograremos la victoria
Siendo de Europa horror, del Perú gloria.

De pasadas hazañas no olvidados
Al Luso resistamos atrevidos;
Vuelva el fiero á su hogar escarmentado,

* Está en la Lira Arg. pg. 25, sin firma de autor, Dn. J. M. Gutiérrez lo incluye en su cuaderno de *poesías de Fray Cayetano.*

Todos para la empresa reunidos
Las órdenes sigamos del gobierno
Y el argentino nombre será eterno.

Tened pues el fusil, ceñid la espada,
Argentinos leales y valientes;
Quede la libertad asegurada:
Sed unidos, benignos y obedientes;
Acudid de la patria á la defensa,
Y mueran los que fueren en su ofensa.

Que aun entre las cenizas del sistema
Fénix la libertad se reproduzca;
Muera el tirano y su ruina tema,
Y al templo de la gloria nos conduzca
El sabio tribunal del Triunvirato,
Del honor y justicia fiel retrato.

CUENTO AL CASO *

Sabe, si no lo sabes
Oh mi querido Arquinto,
Que cierto noble güaso
De aquellos que el destino
Al suelo tucumano
Le dió por domicilio,
Montado en su caballo

* Está composición apareció por primera vez en «El Grito del Sud», Tom 1, núm. 21, pg. 161, del Martes 10 de Dic. de 1812.
Está incluida en la Lira Argentina en la pg. 47.

Que el macedonio mismo
Se lo hubiera envidiado
Por brioso y por lindo,
Sin otro ajuar ni adorno
Que un bozal repulido,
Un par de guardamontes,
Unos bastos estribos,
Una usada carona
Y un recado mezquino,
Mas orondo que el héroe
De la Mancha, y mas fijo
(Como buen tucumano)
Que aquel en el designio
De enderezar entuertos,
Que sufrieron tres siglos;
Mas tieso que aquel otro
Que, como un poeta dijo,
Almorzaba asadores
En lugar de pepinos;
Mas astuto que el zorro,
Humilde como el mismo;
Mas tenaz......pero, basta:
¿Lo conoces, Arquinto?
¡Y tanto lo conoces,
Que quizás es tu amigo!
A éste pues, que vagaba
Solo, consigo mismo,
Por uno de estos montes
(Insensibles testigos
Del denuedo y empeño

De tanto fiel patricio
Sucesores de Marte),
Se le hizo encontradizo
Con síntomas de guapo,
Un orgulloso esbirro,
Bostezando bravuras,
Y jurando exterminios,
Con el rey en el cuerpo,
La mano en el gatillo
De una armada pistola,
Y queriendo que al grito
De su ronca bocina
Quedase el güaso mio
Extático, pasmado,
Confuso y aturdido.
Y cuando asi lo juzga,
Con tono duro, altivo,
Le intima que se rinda
Víctima de su brío.
¡Oh que insulto! ¿Sufrieras
Otro tanto, mi Arquinto?
¿Sufrieras que entonado
Un humilde cerrillo
Al altivo Aconquija
Intimase atrevido,
Que rindiera su cima
Al despreciable risco?
¡Oh cielos! ¿No han bastado
Tantos años y siglos?
¿Aun se atreve el orgullo

A levantar el grito,
E intimar rendiciones
En su suelo nativo
(Violando sus derechos)
A los nobles patricios?
¿Aun Hesperia se atreve
Bajo el nombre fingido
De un rey que ella desprecia,
A dar en tono frío
La ley, que ella debiera
Recibir del destino?
¡Amargas reflecciones!
Arquinto, amado Arquinto.
Ellas parece, ocurren
Al corazón sencillo
Del insultado güaso;
Y dueño de sí mismo,
Dando vuelcos al alma
Y terror al sentido,
Al escuchar idiomas
Ahora desconocidos,
Con un *no* más redondo
Que un esférico ovillo,
Contesta al arrogante
Oficial presumido.
Este, guapo y fullero,
Herido en lo mas vivo
De lo que llama el mundo
Honor (y es el mas fino
Y refinado orgullo)

Del incauto patricio
Asesta luego el pecho,
Queriendo con un tiro
Dar pábulo á su saña,
Y á su rabia ejercicio.
Aquí de Dios. El güaso,
Que advierte su peligro,
A su valor é industria
Llama luego en auxilio.
Echa mano al cabresto
(Instrumento sencillo,
Pero que en mano diestra
Desempeña el oficio),
Y fijando sus ojos
En el casco vacío
(Así lo tienen todos)
Del insultado esbirro,
Le imprime los ramales
Con tan valiente estilo,
Que si le deja sesos
Le quita todo el juicio,
Divirtiendo mañoso
La dirección del tiro.
¡Víctor! ¡Que acción tan bella!
Quedó el hombre lucido.
Troncos, expectadores
De pasaje tan lindo,
No permitais se hunda
En el caos del olvido;
Quede en vuestras cortezas

Menudamente escrito
Paro escarmiento eterno
De tontos atrevidos.
Vosotros, si, vosotros
Fuisteis fieles testigos
Así de tanto orgullo
Como del valor frío
Con que supo humillarlo
Un resuelto patricio.
Visteis con nuevo asombro
Caer luego de improviso,
Aquel monte de carne
Despojo del invicto
Y mas heróico brazo.
Visteis que, compasivo
Al paso que valiente,
El vencedor no quiso
Usar de represalia
Con el pobre vencido.
Héroe, hasta en ser humano,
Venciéndose á sí mismo,
Le regaló una vida
Sujeta ya á su arbitrio.
¡Acción noble y bizarra!
¿Hubo, mi caro Arquinto,
Quien puesto en igual caso,
Cortase un retacito
Del manto majestuoso
De su incauto enemigo,
Para señal, que pudo

Y que no quiso herirlo?
Generoso igualmente
Aunque por otro estilo,
Nuestro valiente güaso
Reduce su castigo
A dejar para ejemplo
Al guapo presumido
Con solo la camisa
Que hubo recien nacido.
Cuando él, vuelto del susto,
Y vuelto en su sentido,
Se ve entre el cielo y tierra
Como Eva en el Paraíso,
De los cuatro elementos
Espectáculo indigno,
Juzgando ojos y lenguas
En los troncos vecinos,
Y que todos burlaban
Figurón tan supino:
¿ No te parece lance
Gracioso, Arquinto mio?
Asustadas las aves
De todo aquel recinto
(Asi me lo figuro),
Con notables chillidos
Extrañando un fantasma
Hasta entonces no visto,
Ya se acercan, ya huyen,
Ya acometen con vivos
Y clamorosos ecos,

Y aun afilan sus picos......
¡Qué escena para el guapo
Que se precia de lindo!
Si acaso (como creo)
Entre alegre y mohino,
El mas que astuto guaso
Se mantuvo escondido,
Observando de cerca
De tanto desatino
El fausto resultado......
Contémplalo. Yo mismo,
Suelto una carcajada,
Como él quizá lo hizo.
Pero entretanto, sabe
Oh mi querido Arquinto,
(Y esto cede en tu gloria),
Que los campos Eliseos
Son el teatro vistoso
De acto tan peregrino.

AL BRIGADIER
DON CARLOS MARÍA DE ALVEAR *

ODA

Gran capital del Sud, emporio, cuna
De valientes campeones,
Émulos de la gloria y la fortuna,
Que en ínclitas legiones,
Reunidos con industria, ciencia y arte,
Miedos dan al valor, celos á Marte.

Honores soberanos
A tí sean dados en el fausto día,
Que resueltos y ufanos,
Con denuedo sin par noble osadía,
Al rival de tu honor con fuerza alterna
Dieron golpe mortal, herida eterna.

No vuelves una vez sola tus ojos
Al luminoso oriente,
Que no adviertas festiva los despojos
Del vigor mas ingente,
De la acción militar mas atrevida,
Árbitra de la muerte y de la vida.

Para eterna memoria
Debe esculpirse en bronce perdurable

---

* Está en la Lira Argentina, pag. 37, sin firma. Dn. J. M. Gutiérrez la incluye entre las poesías de Fray Cayetano.

Un hecho que la historia
Contará sin ejemplo, inimitable.
¡Oh Buenos Aires! triunfo tan cumplido
Al mejor de tus hijos es debido.

De todos fué el valor, el ardimiento,
De todos el empeño;
De éste solo la táctica, el talento,
Con que al fin se hizo dueño
De la importante plaza respetable,
Mas que antigua Numancia inconquistable.

Sus murallas temblaron
Al oir el nombre del campeón guerrero,
Y luego se auguraron
Víctima noble de su ardor primero.
De ellas ha sido el lauro. Recibieron
Al héroe de la patria que temieron.

Augusta Jove para hacer sus glorias
Depositó en sus manos
Los rayos, los triunfos, las victorias:
(Premios americanos)
Ellos labran coronas á sus sienes;
Se deben al autor de tantos bienes.

El majestuoso río
Espectador ufano de su aliento,
De aquel arresto y brío,
Único, raro rasgo de un momento,

Al valeroso jefe mira, admira,
Mudamente saluda y se retira.

El astro hermoso que preside el día
Celebró al argentino
Joven, que emula luces á porfía;
Y obsequio peregrino
Le tributa quizá, por vez tercera,
Absorto suspendiendo su carrera.

En triunfos tan extraños
Ya vencidos conocen sus rivales
Que no es dado á los años
Formar los héroes, grandes generales;
El talento, el valor, el genio, el alma,
Tejen para los hombres esta palma.

El temor, el peligro, el susto, el miedo,
El apuro, el conflicto,
En que fracasa superior denuedo,
Lejos del héroe invicto.
El riesgo lo estimula á la victoria;
Da ejercicio al valor, canta la gloria.

Con ardor se abre paso
Al centro mismo de sus enemigos.
Vió el orgullo su ocaso;
Y ellos de su valor fueron testigos.
Un momento feliz de que fué dueño
Consuma la obra de mayor empeño.

Benigno, generoso é indulgente,
Dado á justo partido,
Abre su corazón á toda gente;
Y hundiendo en el olvido
Intrigas y caprichos de la guerra,
A unos franquea el mar, á otros la tierra.

Así en el seno mismo
Del odio y del furor ha dado asiento
Al bello patriotismo
De su táctica eterno monumento,
Dejando á las edades en proverbio:
La Patria libertó, rindió al soberbio.

¡Salve guerrero ilustre, sin segundo!
Tu nombre es tu divisa.
(Nombre expresivo, práctico, fecundo).
El sol te eterniza.
Do quiera que de Alvear se haga memoria
Ideas resultarán de triunfo y gloria.

Otros triunfos te llaman.
Los honores te buscan. La fortuna
Y el mérito te aclaman.
La ocasión se presenta, ¡qué oportuna!
Serás nuevo Alejandro en lides nuevas.
Si no su nombre, su carácter llevas.

Recordarán con gloria tus hazañas
Las futuras edades,
Para otros raras, para tí no extrañas:

Y al ver tus propiedades
Admirarán unidos en tí solo
Minerva, Marte, Júpiter y Apolo.

¡Oh tú, fecundo suelo,
Que brotas héroes de la patria dignos;
Héroes que son del cielo
Rico presente en lances peregrinos.
Uno por mil, valiente, cortesano....
En tu fecundidad gozate ufano!

HIMNO Á LA PATRIA *

CORO

Salve patria dichosa,
Oh dulce patria, salve,
Y por siglos eternos
Se cuenten tus edades.

Libre é independiente
De tiranos rivales
Al templo de la gloria
Te diriges constante.
¡Qué bellos son tus pasos!
¡Te los envidia Marte!

(*) Colección de Poesías Patrióticas pag, 11. La primera vez se publicó en hoja suelta. No está en la Lira.

CORO

Sin libertad cautiva
Hasta aquí suspirante,
Llegaron los momentos
Al fin, de tu rescate.
¡Hija del sol, sacude
Un yugo tan infame!

CORO

Si es que asoma la aurora,
Es ya para admirarte,
Que en la cima del riesgo
Naces libre y triunfante.
¡Oh natalicio hermoso!
¡Oh libertad amable!

CORO

El sol que en tu hemisferio
Se remonta brillante
No ya á viles esclavos
Su bella luz reparte:
Hombres libres saludan
Al astro cuando nace.

CORO

Grávese, no ya en cedro,
En bronce perdurable,
Epoca la más digna
Que vieron las edades.
¡Oh Sud, viste de gala,
Ya cesaron tus ayes!

CORO

No la triste memoria
De pasados contrastes
El contento perturbe
Que baña tu semblante.
No hollarán más tu suelo
Enemigas falanges.

CORO

Si intrépida Belona
Osa surcar tus mares,
No besará tus playas
Sin que tributo pague;
Con guirnalda y corona
Te rendirá homenaje.

CORO

Expectador ufano
De ruidosos combates,
A la patria laureles
Es justo le prepares,
Diademas á sus hijos,
Renuevos inmortales.

CORO

No más despida rayos
El Júpiter tonante,
Ni empuñe más la espada
El belígero Marte:
¡Oh patria, de tus hijos
Son las heroicidades!

CORO

La libertad fué siempre
Tu numen adorable;
El honor y la gloria
Tus genios tutelares:
Caerán en tu presencia
Rendidos tus rivales.

CORO

Roma, Cartago, Esparta,
Callen sus hechos, callen;
Emulas de tus glorias
Tus virtudes aclamen:
Si aquellas son heroicas,
Estas inimitables.

CORO

Si las naciones cultas
Miraron vacilantes
Tus nativos derechos,
Justos, incontestables,
Ya es tiempo te saluden:
¡Oh pueblo libre, Salve!

CORO

Las Gracias se reunan
Para felicitarte,
Y obsequiosas las musas
Compongan himnos suaves:
Pulse su lira Apolo,
Y Orfeo dulce cante.

CORO

Así con paso augusto
Entre dulces cantares
Del Olimpo á la cumbre
Trepando infatigable,
Señora de tí misma
Vivas eternidades.

HIMNO AL 25 DE MAYO *

CORO

Aplaudid la aurora
Del dia glorioso
Que al pueblo animoso
Dichas anunció.

Del celestial orbe
Bajó la victoria
Su nube de gloria
Las armas cubrió.
Sembró de laureles
Nuevos y triunfales

---

* Esta poesía se publicó por primera vez el Sabado 27 de Mayo de 1815 con el título: «Himno á las fiestas Mayas».
Está incluída en La Colección, en la pg. 16.
Está en La Lira, en la pg. 88. Sin firma.
Aun cuando se publicara el año 15, esta composición pertenece al año 13, pues en La Colección esta fechada el 27 de Mayo de 1813.

Las sendas marciales
De nuestro valor.

CORO

La sonora trompa
Sonó de tu fama,
Y su voz proclama
La nueva nación.
Al oirla, tiembla
La antigua malicia,
La ibera injusticia,
E ibero furor.

CORO

Más toda la tierra
Con rara alegría
Celebra el gran día
Que grillos rompió.
A hacer cosas árduas
Preparóse el genio,
Y previó el ingenio
Futuro esplendor.

CORO

Vió caer el muro
Porfiado y adverso,
Nido del perverso,
Y de obstinación;
Vió escenas brillantes
De valor y saña:

El miró á la España
Y se sonrió.

CORO

Al ver moribunda
Aquella potencia,
Sin fuerza, sin ciencia,
Riqueza ni honor,
Caer sin consejo,
De abismo, en abismo,
Por su fanatismo
Y ciega ambición.

CORO

Más, dejad que lance
Su furor insano,
Que al americano
Jamás se atrevió.
Si lo hizo opulento
La naturaleza,
Con igual franqueza
Constancia le dió.

CORO

Digno es su esfuerzo,
El formar naciones
Y á grandes pasiones
Poner sujeción.
Es la obra más grande
Hacer libre á un mundo

Que en sueño profundo
Tres siglos durmió.

CORO

Logró sorprenderlo
En débil infancia
Bárbara arrogancia
De un vil invasor.
Fué pequeña gloria
Así esclavizarlo,
Más es libertarlo
Y darle instrucción.

CORO

¡Oh que perspectiva
Tan grata y risueña,
Cuanto es halagüeña
Para el corazón!
Y pues es el día
Digno de memoria
En que á tanta gloria
La patria aspiró.

AL AUGUSTO DÍA DE LA PATRIA *

ODA

¡Veinte y cinco de Mayo, fausto día!
El alma se enajena
Al pronunciarlo. ¡Ah! de la alegría
La suave voz resuena,
Cuyos ecos cubriendo el continente
La hacen pasar veloz de gente en gente.

¡Veinte y cinco de Mayo!... dulce acento
Por quinta vez se escucha,
¡Con qué gozo y placer! Primer momento
De la constante lucha
En que el más inconcuso, fiel derecho,
Empeña al noble americano pecho.

¡Veinte y cinco de Mayo! sí, ¡gran día!
En que ve ¡con que pena!,
De su período el fin la tiranía.
¡Día de gloria! en que estrena
En nuevo, bello y prodigioso gusto,
La santa libertad su traje augusto.

No en marmóreas pirámides tus glorias
Esculpas; no, no intentes

---

* Está en la Lira Argentina pg. 58, sin firma. Dn. J. M. Gutiérrez la incluye entre las poesías de Fray Cayetano.

Eternizar en bronce tus memorias.
Para ser permanentes
Tu nombre es solo la inscripción más bella,
Que más que en bronce y piedra el tiempo sella.

Suspendase el tañido majestuoso
Que se desprende ufano
Del alto Capitolio. Más hermoso,
Más vivo y soberano,
Es el acento de tu nombre solo:
Lo entona Orfeo y lo repite Apolo.

Tú eres y serás siempre el respetable
Único patrio día
De América en los fastos memorable,
Contra la tiranía
Triaca eficaz, antídoto divino,
Que justo Jove quiso y le previno.

En tí todo tirano que deserte
De la causa sagrada,
Escollará y al fin verá su muerte.
A tierra, á polvo y nada,
Quedará reducido por un rayo
De tantos que fulmina el sol de Mayo

En una de tus horas, claro día,
Se oyó la vez primera
Aquella grata voz que repetía
En torno de la esfera,
En ecos dulces, tiernos, soberanos:
Libertad, libertad, americanos.

Desde aquellos momentos ya te miras
Por rara simpatía,
Cual genio superior, que hasta ahora inspiras
A la patria energía;
Cual animado numen, que en victorias
Formas el capital para tus glorias.

Cuando se acerca de tu luz la aurora,
Se aproximan las dichas;
Y apenas nuestro suelo Febo dora,
Resultan entredichas
Las sombras, las desgracias, la apatía.
¡Tan enérgico eres, oh gran día!

Los azares no sufren de la suerte
Varia, inconstante, impía:
No hay tan récio aquilón, austro tan fuerte,
Que no calme este día!
Una aura suave, blanda y placentera.
. . . . (1)

Que de ultramar el eco clamoroso
Retumbe en nuestro suelo:
Que atente perturbar nuestro reposo
El insaciable anhelo
De la injusta ambición: en este día
Se estrellará su necia, cruel porfía.

Que de la patria en el oculto seno
Nascan ingratos hijos,
Que abrigando mortífero veneno
Contra principios fijos

(1) Falta un verso en el texto de La Lira En algunas transcripciones han suplido esta deficiencia con el verso: *Nacida en nuestra abrupta cordillera*, que debe considerarse apócrifo.

Sus entrañas devoren. ¡Cruel intento!
Ellos tendrán en Mayo su escarmiento.

Que tienda allá entre sombras, sí, que tienda
Sus redes la malicia,
Arme sus lazos, pérfida sorprenda
O vuelque la justicia;
¡Oh! el mes de la patria en que ella fía
El denso velo alzó que los cubría.

¡Oh venturoso mes! ¡Oh día sagrado!
¡Oh de la patria digno
A sus triunfos y glorias consagrado!
Tú serás siempre el signo,
Tú la divisa, tú la ejecutoria,
Que alarme á la defensa y la victoria.

¡Yo te saludo, sí, oh día divino!
Saludo al astro bello
Que hoy fija con su luz nuestro destino.
¡Ah! su hermoso destello
Es muda voz que dice: Americanos,
No es este el día, nó, de los tiranos.

La pública fortuna, deidad pía,
Mereció le erigiese
Antigua Roma, aras este día;
Si ella cultos merece,
Eterno loor á tí, día soberano,
Nueva deidad del culto americano.

Los laureles, las palmas, las olivas,
La cívica corona
Tejen al Sud, que con alegres vivas,
Tu apoteosis pregona,
Y juran sostener la causa santa
En el templo de honor que hoy te levanta.

LA MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES

AL GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN

CANCIÓN ENCOMIÀSTICA *

Al ínclito, valiente americano,
Al argentino Marte, al invencible
Domador del hispano,
Impávido guerrero, al mas temible
Que la patria registra en sus anales,
Glorias, laureles, palmas inmortales,

Al vencedor de Chacabuco, al noble
General San Martín, bravo soldado,
Que con esfuerzo doble
Con árduo empeño, con valor osado
En Maypo se labró nueva corona,
Vivas y lauros, que el honor le abona.

* Está en la Lira, pág. 153, sin firma, fechada en 1818.
Está incluída en la Colección de poesías patrióticas en la pág. 63, y allí aparece firmada por Fr. Cayetano.

Nunca con brío tal, con tal denuedo
Vibró su espada el jefe Macedonio:
Jamás con menos miedo
Se ha dado del valor un testimonio.
A San Martín se dió por raro modo
Copiarlo en parte, superarlo en todo.

Sus bravos aguerridos enemigos
De su marcial furor tristes despojos,
Serán fieles testigos
De sus ardientes bélicos arrojos;
De aquella intrepidez inimitable
Con que sabe vencer á fuego y sable.

Harán honor de publicar rendidos,
Sus esfuerzos, sus armas, sus banderas,
Sus jefes distinguidos,
Sus esperanzas todas lisonjeras
Al valiente campeón, atleta invicto,
Superior á Alejandro en el conflicto.

Ellos le vieron recoger los restos
De unas huestes antes dispersadas,
Y con nuevos aprestos
Presentarlas con arte organizadas......
¡Acción gloriosa! digna de la historia,
Que sola vale toda la victoria.

Ellos le vieron con terror y espanto
Al frente de sus ínclitas legiones
Por un secreto encanto

Con un *Viva* alentar sus corazones,
Mostrándoles escrito en su semblante
El triunfo, que temieron vacilante.

Ellos le vieron ¡vista pavorosa!
Con valor frío, con sereno aliento,
Con marcha majestuosa,
Sin trepidar un punto, ni un momento,
Dirigirse á sus filas. Si...lo vieron...
Vieron que no temía, y le temieron.

Ellos vieron al fin un rayo activo,
A *San Martín*, al genio destinado
Para herir en lo vivo
Al visir orgulloso, que ha jurado
En los excesos de un furor insano
Borrar del Sud el nombre americano.

Un rayo, sí, un rayo disparado
Del seno del honor. Tal fué al momento,
Que en la acción empeñado,
Dando á su intrepidez nuevo incremento,
Descargó á su rival con brazo fuerte
Los trágicos horrores de la muerte.

En los llanos de Maypo, allí le vieron
Blandir la espada con feroz aliento.
A su impulso mordieron
Envueltos en su sangre el pavimento,
Los robustos de Hesperia, las terribles
Huestes de Burgos, huestes *invencibles*.

¡O parca! justa ahora, tú le diste
Tu afilada guadaña. Le obligaste,
Mejor diré, tú fuiste
Quien á su voz con furia la vibraste,
Para asi castigar un loco empeño,
Y darle un triunfo, de que ya era dueño.

Llanos de Maypo! vuestro nombre solo
En las páginas todas de la historia
Se oirá de polo á polo,
Sofocarán sus ecos la memoria
Del ejército grande, que en cruel guerra
Con sus victorias abrumó la tierra.

¡Llanos de Maypo! mapa delineado
Con la sangre de injustos. Campo hermoso,
Donde ha recuperado
Sus derechos la patria; donde el gozo
Ha sucedido al llanto, y donde todo
Tornó á su libre ser por raro modo.

Obra fué tuya, héroe sin segundo,
Y de tus bravas bélicas legiones.
Todo este Nuevo Mundo
Aclama tu valor. Tú das lecciones
Al mundo antiguo, que aunque siempre vano,
Ya te apellida: *Marte Americano.*

Marte mismo te observa, y queda absorto
Envidioso quizá de tal proeza,
Viendo en tí un raro aborto

De virtud, de valor, de gentileza;
Y que cuando vencer resuelto tratas
Sus vengativos rayos le arrebatas.

Negra envidia, furia del abismo,
No atentes contra el héroe. No despliegues
Tu fiero despotismo.
Tus máquinas suspende. No, no llegues
Del templo á los umbrales, donde en calma
Le coronan laurel, oliva y palma.

Deja por esta vez, deja, que todos
Los pueblos de la Unión con tierno acento
Canten por varios modos
Su triunfo en Maypo, su marcial aliento.
Pedid ¡oh pueblos! para tal empleo
Su lira á Apolo y su voz á Orféo.

¡O provincias del Sud! pueblos constantes
Del mérito y valor admiradores!
¡Oh de la patria amantes!
Quemad inciensos, tributad honores
Al héroe vencedor, un templo augusto,
Y por diestro cincel su noble busto.

Su diestra mano empuñará la espada,
En su siniestra tricolor bandera,
Su cabeza adornada
Con bélicos blasones: Una esfera,
En su área azul con cifras de oro un lema:
San Martín vive, todo injusto tema.

Dr. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

OBISPO DE CAMACO

LA JORNADA DE MAIPO *

Las armas de mi patria alegre canto,
Sus combates, sus triunfos, sus victorias,
Sus esfuerzos, su celo ardiente y santo,
Por romper las cadenas vejatorias,
Que le han ajado y oprimido tanto.
¡Oh!, quién para cantar sus bellas glorias,
Todo el astro tuviera que el Parnaso,
En Virgilio encendió, sopló en el Tasso!

Corría felizmente el año octavo,
En que el Sud en América aspiraba
De la afrenta salir de humilde esclavo,
Un congreso en su seno se elevaba,
Dos generales, uno y otro bravo,
La gente de armas y su faz miraba:
Chile por uno de ellos libertado,
Se erige en nuevo, independiente Estado.

Un miserable resto de vencidos,
Escapados por suerte en su derrota,
De Chacabuco existen guarecidos
En un punto, que el mar de un lado azota,
Y muros cercan de otro endurecidos.

---

* Impreso No. 31030 de la Biblioteca Nacional, año 1818. Está incluída en la Lira Argentina, en la pág. 211.

Incierto su temor mil veces flota,
Cuando se ven en su última trinchera,
Por la gente forzados más guerrera.

Manda socorro Lima.... su tirano
Aquel que aborrecido íntimamente,
Sin virtud, sin talentos, inhumano,
Imbécil, nulo, débil, impotente,
Esclavizar de nuevo piensa ufano,
Todo un inmenso, heróico continente:
¡Pensamiento insensato! Vil Pezuela,
¿Quien detendrá á la América, que vuela?

Reforzados se lanzan del asilo,
Que en Talcahuano halló su cobardía;
Como una inundación, no ya del Nilo,
Sí de un torrente asolador cubría,
Su hueste las campañas, que el tranquilo
Agrónomo labraba noche y día:
Marca de polvo un negro torbellino,
De sus pasos la huella y el camino.

Pasan el Maule, avanzan, siempre incierto
Su ánimo, en Talca busca nuevo abrigo;
Nada se teme más que el descubierto:
¡Despreciable, ridículo enemigo,
Indigno del laurel marcial por cierto!
De la patria un campeón era testigo
De su número, clase y movimientos, (1)
Tan tímidos y cautos, como lentos,

(1) El teniente coronel Freyre (Nota de La Lira).

Al rumor de su marcha, á los primeros
Avisos que se dan de su venida,
Se avanzan á su encuentro bravos, fieros,
El alma en ardor bélico encendida,
Del ejército patrio los guerreros;
San Martín á su frente, aliento y vida
De aquel robusto cuerpo, cuyos brazos
Van á hacer del contrario mil pedazos.

El arriba: su campo se establece
Junto al adverso, bajo de sus ojos:
Le aguarda en un refugio permanente,
Quince días en vano, sus enojos
Provoca y el combate se le ofrece:
Es que trama un ardid, que de sonrojos
Y confusión llenara á otros guerreros
Que no fueran los ínclitos iberos.

La negra noche lóbrega extendía
Sobre el mundo y los crímenes su manto,
Tercera de la vil alevosía,
Rival del proceder honesto y santo.
A su favor la floja cobardía
Flanqueando toda, lánguida de espanto,
Inspira á Osorio la afrentosa empresa
De emplear con su enemigo la sorpresa.

Temer la luz del sol, tan favorable
Al valor verdadero, solo es dado
Al español abyecto y miserable.

¿Qué militar, celoso de su grado,
No procura en la lid ser espectable?
¿Quién no se juzgaría deshonrado
De deber su ganancia ó vencimiento
A un golpe de traición, á un salteamiento?

Le sale bien, dispersa nuestra gente,
Mas la suerte, tal vez, sirve al intento,
Mejor que los consejos del prudente,
« Es verdad, dice el héroe, que un momento
De descuido, ó más bien un accidente,
Que prevenir no pudo el mas atento,
Ha dado una ventaja transitoria
Al tirano, mas nunca una victoria ».

Tranquilo, aunque afligido, da al soldado
A todos un ejemplo de firmeza.
¡Compatriotas! he aquí nuestro dechado,
Modelarse por él, mucho interesa.
¿Por que un suceso salga desgraciado,
Desesperarse debe de la empresa?
¿Seremos á la patria menos fieles
Si tal vez se marchitan sus laureles?

¿Al pájaro medroso imitaremos,
Que del árbol se vuela en el instante,
Que agitado, cual nave de los remos,
Al impulso del viento está flotante?
A extremo riesgo, espíritus extremos;
Digamos siempre en caso semejante:

Encorvado está el árbol solamente,
El volverá á erigirse nuevamente.

« No se ha perdido todo, remediada
« La principal desgracia está en gran parte,
« (Prosigue el jefe de la fuerza aliada),
« La capital es nuestra y, según arte,
« Prontamente será fortificada:
« Ella será nuestro último baluarte,
« Nuestro sepulcro mísero y glorioso,
« Si no lo fuere del tirano odioso ».

« Yo soy el que la guardo y la sostengo;
« Cerca de cuatro mil bravos conmigo
« Para hacer la defensa última tengo;
« Mas, sin dar nuevo ataque al enemigo,
« No volverán al punto que prevengo;
« De su marcial ardor soy fiel testigo;
« Corramos á las armas, ciudadanos,
« Escarmiente la patria á sus tiranos ».

Así habla en el contraste y mala suerte
El ínclito del Sud (¡raro coraje!);
Donde quiera, de un alma grande y fuerte
Tal es el noble, enérgico lenguaje,
Cuando amagada de la misma muerte,
A vista de los riesgos y el carnaje,
Se sostiene en los brazos de su audacia,
Y lucha varonil con la desgracia.

Engreído Osorio con el buen suceso
Del diez y nueve, carga á toda priesa.
¡Insensato!, no lleves al exeso
Una gloria fugaz que se desliza!
Te lisonjeó un instante el hado avieso;
Esta fué como la última sonrisa
Para tí de la pérfida fortuna:
Pronto lo probarás bien importuna.

¡Cinco de Abril! Tú viste finalmente,
Desplegarse en las márgenes ó llano,
Que fecunda el Maipú con su corriente,
El ejército patrio y el hispano.
El hierro de las armas reluciente
Disputa al sol su brillo soberano:
Con su son pavoroso los tambores,
Son de la muerte horribles precursores.

La fiereza, la cólera, el despecho,
La venganza, el orgullo en cada frente,
(Rebosando de lo íntimo del pecho),
Están pintados respectivamente.
El general patricio satisfecho
Ve el aparato bélico imponente
Por el momento, ansiando de un combate
De que pende de América el rescate.

Su corazón se aplaude muy contento
De encontrar en el campo de batalla
Rivales dignos de su heroico aliento:

Donde siempre los quiso, al fin los halla,
(¡Fruto feliz de su envanecimiento!)
Sin parapeto alguno, sin muralla,
Vuelto á los suyos que arden de coraje
Les dirige, en sustancia, este lenguaje:

« Ved ahí al enemigo, ved al godo,
« Que perpetuarse intenta en nuestra tierra;
« Es necesario hoy día, sobre todo,
« O vencer ó morir en esta guerra:
« De nuestra parte es santa en algún modo,
« Pues la defensa natural encierra:
« Soldados, nuestra patria, su esperanza,
« Su libertad vincula en vuestra lanza. »

Sobre un bruto veloz, más que los vientos,
Que fiero con su carga y vanidoso,
La tierra bate acaso en sus cimientos,
Desafiando los riesgos animoso,
Por sus bien ordenados regimientos,
Corre de fila en fila presuroso,
A su lado se ven esos guerreros,
De su gloria y laureles compañeros.

Los Balcarce, los Heras, Alvarados,
Los Quintana, y cada comandante,
Quienes, cerca del héroe colocados,
Aguardan la señal, y en su semblante
Descubrir, les parece, asegurados,
La esperanza y presagio consolante

De un triunfo cierto, grande, ventajoso,
Que de la patria el nombre hará glorioso.

Abatido entretanto Osorio inquieto,
La virtud en su pecho busca en vano:
No la hallará, sin duda, en el aprieto,
Que no en el patrimonio de un tirano.
Su corazón feroz tiembla en secreto,
No esperando que el cielo le de mano
Favorable á sus armas, y propicia,
Porque de ellas conoce la injusticia.

Al Dios de los combates invocando,
Nuestro caudillo, al fin, alarma grita:
Cada hueste, con paso igual marchando,
Sobre la otra á la vez se precipita;
Tiembla el suelo y de polvo levantando
Densa nube, su luz al cielo grita,
Alarmado el Maipú, todo medroso,
Atrás sus ondas torna presuroso.

Al ruido aterrador de los tambores,
De millares de voces al acento,
Al rodar de los carros sonadores,
Retumban hasta el mismo firmamento,
Los Andes, de la lid espectadores:
A este horrísono estrépito violento,
Del plomo destructor se une el silbido,
Que va en la sangre á ser humedecido.

Por todas parte vuela el fatal hierro,
La pólvora, este don funesto, horrible,
De las furias saliendo de su encierro,
Por mil bocas flamea inextinguible.
Su explosión que conmueve el bosque, el cerro,
Forma una nueva tempestad terrible
De balas que esparcidas á la suerte,
En toda dirección llevan la muerte.

Ya se ven los flotantes batallones
Romperse y apretarse en el instante,
Para cubrir, por sabias precauciones,
Los claros que abre el bronce fulminante:
El trueno cesa ya de los cañones;
La bayoneta, el sable centellante,
Suceden en su vez, que muy más duros,
De cerca lanzan golpes más seguros.

Sus gritos el dolor traga y sofoca,
La muerte es desde aquí feroz y muda,
El silencio en su obsequio allí coloca
Su imperio para hacer la lid mas cruda,
Nadie suspira, nadie abre la boca,
Por no causar á su rival sin duda,
La alegría de oir (extraña cosa)
Los ayes de una queja vergonzosa.

Una bravura igual hizo dudoso
El combate hasta entonces: la victoria,
Volando incierta sobre el ominoso,

Ensangrentado campo de la gloria,
De uno y otro partido valeroso,
Pesaba la constancia meritoria,
Y en la sangre que en ondas circulaba,
De ambos lados sus alas empapaba.

Angel que aquel combate presidías,
Genio exterminador que lo inflamaste,
¿De cual héroe, por fin, las valentías
Con el lauro del triunfo coronaste?
¿Cuya causa de lo alto protegías?
¿En que partido la justicia hallaste?
¿Hacia que lado, exenta de venganza,
Se inclinó de los cielos la balanza?

Largo tiempo, cinco horas, el patricio
Y el godo, defendiendo y atacando,
Se disputan el campo. Al fin propicio
Se declara el Eterno á nuestro bando.
Sobre un carro de luz, brillante indicio
De la beldad que en él viene triunfando,
Hiende los aires y á la tierra baja,
La que nos ha obtenido la ventaja.

Esta es la Reina de ángeles y de hombres,
Del universo entero la Señora,
Dulcísima y terrible (no te asombres),
Pues de hueste ordenada y bella aurora
La da divino espíritu los nombres:
Esta es de la nación la protectora

A quien Chile no solo con devotos
Afectos invocó, mas la hizo votos.

Es María ¡gran Madre! á Dios la gloria,
Pero de un corazón reconocido,
A vos hoy consagramos la memoria.
Si nuestro brazo fué fortalecido,
Si alcanzó su denuedo la victoria,
Obra de vuestro amparo todo ha sido.
Bendita seas, ¡oh Judit sagrada,
Por quien se vé la América salvada!

Ya el padre sol, que de sus hijos caros
La intrepidez, gozoso presenciaba,
Templando de su luz los rayos claros,
Del cenit á su ocaso declinaba,
Cuando el furor audaz de los avaros,
A quien la rica presa enajenaba,
Cansado de lidiar sucumbe, cede,
Ve que nuestro valor al suyo excede.

El espanto, el terror y aturdimiento,
De su tropa alarmada se apodera;
Pasa de fila en fila, en un momento
Se extiende á toda su falange entera.
Aquí arrojan el bélico armamento,
Allí abaten al suelo su bandera,
Corren, se chocan, jefes y soldados,
Atónitos, confusos, desolados.

Aquel no manda, este otro no obedece,
Al feliz vencedor todos rendidos,
Cual prisionero á discreción se ofrece,
Cual temblando los ojos abatidos,
Se arrodilla á sus plantas y las mece.
Cubren miles de muertos y de heridos,
El campo de Maipú, que no presenta
Mas que derrota, confusión y afrenta.

Osorio, el orgulloso, el fiero Osorio,
Que su gobierno intruso y usurpado,
Sobre aquel delicioso territorio,
Con sus violencias solo había marcado:
Este hombre, que en un crédito ilusorio
Venía vanamente esperanzado,
Viendo su altiva presunción domada,
Se abandona á una fuga apresurada.

El miedo no ya piés le da para ella,
Sino alas con que vuela más que una ave,
O con la rapidez de una centella,
A ocultar su vergüenza y pena grave,
Acusa á España, quéjase á su estrella.
¿Dónde hallará refugio? No lo sabe.
¡Osorio, Osorio, enseña á los tiranos
A respetar los pueblos soberanos!

El español ejército altanero,
De este modo inaudito sometido,
Deja en el campo del combate fiero,

Triunfante, airoso, del laurel ceñido,
Al valiente, fortísimo guerrero,
Al jefe de la patria esclarecido,
Quien desde el seno del honor y gloria,
Se apresura á anunciar tan gran victoria.

¡Salud, mi dulce patria, una y mil veces,
Salud por el mejor de tus sucesos!
¡Cuánto con él te afianzas y estableces!
¡Cuán rápidos serán de hoy tus progresos!
Del mundo el fallo á tu favor mereces,
Pues, no solo convictos, mas confesos,
Dejas á tus tiránicos rivales,
De las naciones en los tribunales.

Nuevo estado de Chile soberano,
Pueblo eminentemente valeroso,
Acaso superior al espartano,
En virtud, en heroismo generoso,
Tan noble y liberal como cristiano;
Tan bravo, como pío y religioso;
De los pueblos del Sud digno modelo,
¡Suba tu gloria á la región del cielo!

¡San Martín! A tu nombre se arrodilla
De respeto mi voz, calla de pasmo;
Su expresión es muy débil, muy sencilla,
Para tu napoleónico entusiasmo.
El Sud te aclama; el godo se te humilla,
En su boca no se oye ya el sarcasmo;

Ya no somos rebeldes é insurgentes,
Gracias á tus victorias eminentes.

¡Sombras de los Muñecas, los Lucenas, (1)
De los Díaz, Villegas y Beldones (2)
Que, con la sangre ilustre de sus venas,
Levaron nuestra era de blasones!
¡Sombras amadas! ¡Mil enhorabuenas!
En Chile han perecido los tiranos,
Vuestros laureles dieron ya su fruto:
Recibid de venganza este tributo.

Extásiense por fin los corazones
En toda la extensión de mediodía,
Sus pueblos todos, todas sus regiones
Resuenen con los gritos de alegría.,
Con mil vivas y mil aclamaciones:
Júntese la elocuencia á la poesía,
Y eternicen, de acuerdo con la historia,
De la mayor jornada la memoria.

---

(1) Muertos en la jornada del Desaguadero (Nota de La Lira),

(2) Muertos en la batalla de Vilcapujio, sobre las montañas del Perú. (Nota de La Lira).

AL VENCEDOR EN TUCUMÁN Y SALTA *

CANCIÓN.

Canto las grandes célebres victorias
Del Septiembre famoso y del Febrero:
El invencible acero,
La energía, el valor canto, y las glorias
Del almo Americano,
El ínclito, inmortal, bravo Belgrano.
Ninfas, que sois custodias de las fuentes
de *Aconquija* (1) feráz; nuevo Parnaso,
Cuyo raudal escaso
Laureles nutre y cedros eminentes,
Haced que sus cristales
Se truequen de Azanipe en los raudales.
Vuestro influjo celeste humilde imploro,
De laurel, pues, la cítara enramadme.
¡Ah! Ninfas emprestadme
Vuestros cabellos para cuerdas de oro:
Solo así dignamente
Podré cantar al héroe mas valiente.
La América del Sud por un acaso,
Mejor diré, por alta Providencia,
Hacia su independencia

---

* Se publicó en hoja suelta por la Imprenta de Niños Expósitos. La copio del ejemplar existente en la Biblioteca Nacional.

(1) Nombre del cerro de Tucumán.

Marchaba con veloz, próspero paso,
Libre en la mayor parte
De tiranos, plantaba su estandarte.
Un accidente triste (¡oh dura pena!).
En medio de sus dias mas hermosos,
Turbó sus puros gozos,
Y la hubo de volver á la cadena:
¡Fatal Desaguadero!,
Tu nos tragaste casi por entero.
Sin tropas, sin fusil, sin numerario,
Retogradó la patria inmensamente:
Vínose fácilmente
Mas acá de Suipacha el adversario:
Dueño de tanta tierra
De auxilios abundó para la guerra.
Más y más engrosado y póderoso,
Se pone hacia Jujuy en movimiento:
Aquí á su gran talento
Nuestro jefe recurre valeroso:
Calcula, reflexiona . . .
Se retira y dos pueblos le abandona.
Prefiere á Tucumán, en él se fija.
(Dejo yo al calculista reflexivo
La razón, ó el motivo:
Péselo todo, y el *por qué* colija).
Ello es, que la experiencia
Mostró el acierto de la preferencia.
Se fija en Tucumán, albergue, nido
Del valor mas subido,
Del patriótico amor mas generoso;

Madre de corazones,
Que del miedo no admiten impresiones.
  Una elocuente, varonil proclama,
Por bando en la ciudad luego publica,
Ruega en ella, suplica,
Persuade á la defensa, exhorta y llama:
¡Oh! si el transporte vieras,
Con que van á alistarse en sus banderas.
  De la campaña acuden con presteza
Cada cual en el bruto más brioso,
(Por ellos es famoso
Tucumán, que fomenta su nobleza),
Forman de cuero rudo
Nuevo linaje de broquel ó escudo.
  Unidos á los cuerpos militares,
Sin otras armas que la chuza y lanza,
Con tranquila confianza
Se ofrecen á la lid á centenares;
El discreto caudillo
Benigno acoje su valor sencillo.
  Ya el que ilumina al mundo y le rodea
Y en el Pindo preside el sacro coro,
Sobre su plaustro de oro
Se paseaba en los límites de Astréa;
Noche igualando y día,
Cuando el mejor nos trajo que podía.
  Amanece por fin el veinte y cuatro
De Septiembre, y las huestes enemigas,
Como enjambre de hormigas,
Se presentan de Marte en el teatro:

Tremolan las banderas
Sobre el campo inmortal de las Carreras.
  Al reflejo del sol las bayonetas,
Las erizadas picas y los sables,
Con brillos formidables
Deslumbran sin cesar á los atletas,
Formando tantos soles
Cuanto son sus radiantes arreboles.
  De sus filos cubierta la campaña
Estaba, como en tiempo de las mieses
Las espigas á veces
Cubren terrenos de extensión tamaña:
De caballos, de carros,
Llena estaba, y también de hombres bizarros.
  Ya una nube de polvo que se eleva,
De los ojos robando tierra y cielo
Vá con su denso velo:
La muerte sale ya de su honda cueva,
Abre su horrible boca,
Y en medio de las filas se coloca.
  Da orden de avanzar con tono grave
Nuestro intrépido jefe, ya soldado
Tan bravo y denodado,
Que aun más que con la voz, con obra sabe
Persuadir lo que ordena,
Así el primero descendió á la arena.
  Apenas el cañón á obrar empieza,
Cuando al cielo llevando ojos y manos,
Los votos mas cristianos
Con íntimos afectos endereza:

Interpela á María,
De quien la Iglesia celebraba el día.
Augusta madre de mi Dios, la dice,
Vos veis de nuestra causa la justicia,
Sedme, oh Virgen, propicia;
Que el despotismo más no tiranice
La región que habitamos,
De vos su redención hoy esperamos.
Vuestro Hijo Eterno con balanza en mano
Es quien regla la suerte en los combates,
Así no nos recates
Para con él tu influjo soberano:
Dadnos pues la victoria,
Vuestro será el honor, vuestra la gloria.
Dijo, y teniendo en una mano el sable,
Con la otra los diversos puntos muestra,
Que por la gente nuestra
Deben tomarse. Luego en voz afable
A ellos, oh bravos, clama:
¡Cuanto esta voz alienta, cuanto inflama!
Marte que iba á aplicar ya sus enojos,
La magestad mas fiera en su semblante
Puso en aquel instante,
Y de un fuego divino henchió sus ojos;
Su corazón ardía;
Todo el triunfo y victoria prometía.
Nada tiene su acción de atropellado,
Todo lo activa, en todo dá la traza,
Con nada se embaraza,
Semejante á una raudal, que aunque cargado

De material ingente,
Cual arista lo arrastra en su corriente.
Repite la señal, airase Marte,
Por un lado la horrenda artillería
Gemir el aire hacía,
Lo mismo que el fusil por otra parte:
El fuego, el viento, el humo,
La confusión y horror lleva á lo sumo.
Hasta el centro la tierra se estremece,
Batida del tenaz cuadrupedante
Impulso del galante
Bruto, que un rayo en lo veloz parece.
¡Oh equitante recluta!
Tu el laurel te mereces sin disputa.
Al bramido del bronce fulminante,
Que se va á desquiciar parece el monte.
Aquel que de Faetonte
Tocar presume la región brillante,
Aconquija que erguido,
Frío especta el combate mas reñido.
Se introduce el desorden y el espanto
En la tropa enemiga, huye medrosa
Cuadrilla numerosa;
¡Cuanto destroso, cuanto estrago, cuanto
Carnage no hace impía
La seca mano de la muerte fría!
Los hombres caen (¡oh infortunio eterno!)
Como caen las hojas del frondoso
Bosque, cuando un furioso
Aquilón lo sacude en el invierno,

Y con bramidos roncos
Hace gemir las ramas y los troncos.
No se oye sino el grito lastimero
Del moribundo aflicto y congojoso,
Y el ruido pavoroso
Del plomo destructor y del acero:
Sobre la verde grama
Corre á arroyos la sangre y se derrama.
Belona y Marte, con las infernales
Furias sus ojos ceban sanguinosos
En los crueles destrozos,
Y á fin de acrecentar tan duros males,
El odio y el despecho
Renuevan de continuo en cada pecho.
Estas fieras deidades de allí alejan
La piedad generosa, el noble agrado,
Al valor moderado,
La dulce humanidad, y solo dejan
El furor, la venganza,
Y por grados aumentan la matanza.
Sucumbe al fin Tristán, el cruel, injusto,
Y no Pío Tristán, autor de daño
Tan crecido y extraño;
Le abandona el valor, le ocupa el susto,
Tiembla en tanta manera,
Que si no fuga, no es por que no quiera.
La desesperación y la vergüenza,
No el coraje tranquilo y sosegado,
Un resto desdichado
Le dá de aliento en ruina tan inmensa;

Puede un tanto rehacerse,
Y los medios arbitra de substraerse.
  Cuando su imperio obscuro y tenebroso
En el mundo la noche introducía,
Y en sombra lo envolvía,
Se encomienda, á su abrigo, el orgulloso,
A una fuga cobarde,
Cobarde, aunque haga de ella tanto alarde.
  Ya la aurora rosando el horizonte
Abría las puertas del dorado oriente
Al sol resplandeciente;
Ya sus primeros rayos del gran monte
La cumbre coronaban,
Y un nuevo día al mundo presentaban;
  Cuando evacuando el campo enteramente
Y libre la ciudad de marcial ira
Se dilata, respira,
Y rinde gracias al Omnipotente.
Valeroso Belgrano:
Vé aquí la obra de tu genio y mano.
  Tú eres señor, el héroe verdadero
De nuestra edad brillante. Sí: tu espada
Libró la patria amada
De entre las garras del león ibero:
Tu conducta, tu heroismo,
Remedió su dolor, su parasismo.
  Cúbrase con sus alas la victoria,
Y de cuanto laurel cría sus faldas
Anconquija guirnaldas,
Te teja eternizando tu memoria:

Tu nombre inscriba Marte
Con su lanza en el bélico estandarte.
Rara vez en el campo de la guerra
Se cortan de laurel ramos deseados,
Que no están salpicados
Del carmín, que el humano cuerpo incierra;
Los nuestros estuvieron
Con el que algunas víctimas vertieron.
Recógense estos cuerpos inmortales,
Que la madre común hasta hoy lamenta,
Y entre sus héroes cuenta,
Para hacerles honores funerales.
Gozan de Dios sus almas,
Mientras aquí gozamos de sus palmas.
Las armas, equipajes, prisioneros,
Los muertos, los despojos que se aprehenden.
Son tantos que sorprenden;
Lo son no menos hechos verdaderos,
Proezas especiales
De paisanos, soldados, oficiales.
Número seis, morenos, cazadores,
Artilleros y cuerpos de á caballo
Panegéricos no hallo,
Que igualen vuestros bélicos primores:
Vuestras columnas fuertes
Lo han sido de la América en mil suertes.
Y vos heroicos jefes subalternos,
Que del primero los dos brazos fuisteis,
Por lo mucho que hicisteis,
Vuestros nombres serán sin duda eternos;

Claros Balcarce, Velez:
Vos fuerais Alejandros, si yo Apeles.
  Se organiza el ejército de nuevo,
Sujétase á incesante disciplina,
Reina el orden, domina
La quietud más tranquila.... aquí me atrevo
A desafiar al mundo,
Si vió en tropa concierto mas profundo.
  Entre tanto Tristán, de quien la gente
Se hallaba con exceso minorada,
Trata en su retirada
De reparar en Salta su frangente,
Con halagüeña idea
De sorprendernos aun en la pelea.
  A la manera que un león hambriento,
Que repelido del aprisco amado
Vuelve al bosque intrincado,
Entra en su cueva, afila el macilento
Diente y uña espantable,
Nuevo instante aguardando favorable.
  No es necesario que el trabajo tenga
De venir otra vez; ya en poso breve
Nuestra gente se mueve,
Sin que estación adversa la detenga:
Sus heroicos alientos
Atropellan los mismos elementos.
  Pisan ya los robustos batallones
De la oprimida Salta los umbrales,
Y ya los caníbales
Presienten palpitar sus corazones;
Los miedos, los cuidados

En sus rostros se miran retratados.
El fértil Castañares envidioso
Con émulo laudable de la gloria,
Que en la anterior victoria
Consiguió mejor campo, y mas famoso,
Anhela muy de veras
Segundo campo ser de las Carreras.
Bátense en él después que el rubio Febo
Veinte rayos de luz había vibrado
Al Febrero abrasado;
Se baten, digo, con impulso nuevo,
Los ejércitos que antes
Se batieron gallardos y arrogantes.
Triunfa el nuestro (¡oh celeste sacro influjo,
Segunda vez la musa aquí te implora!)
Pero, y pues precursora
De ésta fué la otra acción, (1) quien la produjo,
La preparó y previno,
Ceda su gloria á leyes del destino.
Pintar con extensión, dar el detalle
(Que aun nos falta) de triunfo tan plausible,
Impresa es imposible;
Daré mi númen pues, la musa encalle:
Tanta noticia abruma
El ligero desahogo de mi pluma.
Baste decir que en ella fué rendido.
Con su ejército entero el mismo jefe;
Que porque ir se les deje,

---

(1) La acción del Tucumán, sin la cual no habría tenido efecto la de Salta.

No ofendernos jurando han prometido,
Y, con cerviz sumisa,
Han devuelto á Jujuy, Salta y Tupiza:
  Que entregaron las armas sin reserva;
Que han oblado los públicos diversos;
Que nuestros prisioneros
Se obligan á volver mientras conserva
Los suyos nuestro estado:
Tal de la acción ha sido el resultado.
  Tal la ventaja grande, la ganancia,
Que acaba de obtener la patria en ella;
Tal la gloria, la estrella,
El mérito del nuestro, la constancia:
¡Oh! varon sin segundo,
Valiente en obras, en valor fecundo.
La nación, no lo dudes, con respeto
Pronuncia ya tu nombre, y con ternura:
¿Qué mucho? Tu bravura
La ha libertado del mayor aprieto,
La ha allanado el camino,
Y ha decidido en suma su destino.
  Tucumán en transportes de alegría
(Cada pueblo sin duda hará lo mismo)
Celebra tu heroismo,
Y hasta su ínfimo vulgo, noche y día,
En rústicas canciones
Te colma sin cesar de aclamaciones.
  Su carnaval de este año no ha tenido
Más asunto que loar nuestras hazañas
De las grandes campañas

Del Tucumán y Salta: los he oído
Cantarlas, una á una,
En verso, que formaban por fortuna.
  Mientras aceptas con semblante grato
Elogios tan sencillos y tan puros;
Mientras á los futuros
Siglos sirve tu busto, á tu retrato
(Colocado en el templo
De la gloria) de asombro, y más de ejemplo;
  Mientras las ninfas ván, del caudaloso,
Antiguo y patrio Paraná juntando
Perlas, y decorando
Nuestras guirnaldas con afán curioso,
Hoy las del Saly (1) escaso
Te ofrecen esta flor de su Parnaso.
  Cedros, mármoles, bronces, aunque noble
Materia, es incapaz de ser llevada
A la eterna morada:
Sobre su firme pedestal inmoble,
Para estatua muda,
Jamás camina sin agena ayuda;
  Mas la divina, la inmortal poesía
Con su armonioso, encantador acento,
Gira en alas del viento
Los luminosos círculos del día:
Vá en el carro de Apolo
(De quien es hija) del uno al otro polo.
  ¡Oh! plegue al cielo que su voz canora

---

(1) Saly, río del Tucumán.

Por el órgano tosco de mi pluma
De tus hechos la suma
Lleve por todo cuanto el Febo dora;
Y que vaya en mi verso
Perlustrando tu noble el universo.
  Canción, cuando llegares
Al pié de los altares
Del héroe, para quien se ofrece fina
Mi voluntad, incójito, é inclina
Humilde la cabeza,
Y el escabelo de su estatua besa.

Tucumán, Marzo 3 de 1813.

PARA EL DIA DE NAVIDAD *

CORO

Gloria á Dios en las alturas,
Angeles cantad
A Dios; y á los hombres
En la tierra, paz.

Hoy al mundo nace
La mayor beldad,
Lo mas santo y grande
Que en los cielos hay:

Jesús, hijo amado
Del Padre Eternal.

CORO

Hoy sale del seno
Puro y virginal
De la mejor madre
Que se vió jamás,
El Divino Verbo,
La Eterna Verdad.

CORO

Hoy la luz del día
Ve en carne mortal
El que, entre los brillos
De la santidad,
Antes del lucero
Fué enjendrado ya.

CORO

Dichosa mil veces
Belén de Judá!
Que la patria fuisteis
Del rey inmortal;
Oh! feliz pesebre!
Sagrado portal.

CORO

Oh. santos pañales,
Pajas, que el lugar

De cuna tuvisteis
Para un niño tal!
Nadie vuestra dicha
Competir podrá.

CORO

Y veo, reina Augusta,
Virgen singular,
Que á este honor el gozo
De madre pintais;
Nuestros homenajes
Gustosa aceptad.

CORO

José venturoso!
Que verle no osais
Por un santo exceso
De suma humildad;
Venid el primero,
Venidle á adorar.

CORO

Pastores y Magos,
Reyes de Sabá,
Que sois las primicias
De la cristiandad,
Vuestros ricos dones
Venidle á ofertar.

CORO

En fin, fieles todos
Que el gremio formais
De la Santa Iglesia,
Veníos á postrar
Ante el Dios que hoy nace
Lleno de bondad.

CORO

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISIÓN

Hoy, Dios niño, recibiste
De Jesús el dulce nombre,
Como que á salvar al hombre
Del cielo al mundo viniste.

Jesús, á tu nombre eterno,
Con homenaje profundo,
Doble la rodilla el mundo,
La tierra, el cielo, el infierno.

No hay salvación, no hay salud,
Jesús, de un polo á otro polo,
Si no es en tu nombre solo,
O por su fuerza y virtud.

A todo el que te invocare,
Tú, Jesús, lo salvarás:
Dichoso el que te buscare,
Y quien te halle, mucho más.

Al labio decir no es dado
Lo que es amar á Jesús:
Un pecho experimentado
Podrá tan solo dar luz.

Jesús, nada se pronuncia
Mas melodioso que vos:
¡Oh nombre!...¡Nombre de un Dios,
Que paz y salud anuncia!

Jesús, armonioso son,
Miel deliciosa en la boca,
Néctar en el corazón
Del que con amor te invoca.

No sabe amar otra cosa,
Divino Jesús, quien te ama;
Feliz el alma piadosa
Que arde en tu sagrada llama.

¡Oh, cuán rendido te adoro!
¡Cuanto en tu piedad confío!
Salvadme pues, Jesús mío,
Mi amor, mi bien, mi tesoro.

No me juzgues en tu enojo,
Jesús, mi amado Jesús:
A la sombra de tu cruz,
Para aplacarte me acojo.

Muera yo, Dios de bondad,
Muera á Jesús invocando
Para que lo viva amando
Por toda la eternidad.

Año de 1824.

PASTORELA

PARA EL DIA DE NAVIDAD

Criaturas de Dios oid,
Oid el himno angelical:
Gloria sea á Dios en el cielo,
Y al hombre en la tierra, paz.

El mesías prometido
A David, Jacob y Abraham,
El deseado y esperado
Siglos y siglos atras,
Hoy acaba de nacer
De Belén en el portal.

Gloria sea, etc.

Los pastores que guardaban
Sus rebaños por allá,
Corren á ver al hermoso
Hijo del Padre Eternal;
Le ven, le adoran, le alaban
A Dios en él sin cesar.

Gloria sea, etc.

Echadito en un pesebre,
Envuelto en pobre pañal,
María y José á su lado,
Así el niño hermoso está;
Así lo hallan los pastores,
Que un corderito le dan.

Gloria sea, etc.

Una mulita y un buey
Lo vienen á calentar,
Porque en el rigor del frío
Nació el niño celestial.
A su posesor conoce
Hasta el más bruto animal.

Gloria sea, etc.

Tras de los pastores vienen
Ciertos Reyes de Sabá.
Que ven la estrella del niño
En el oriente brillar;
Se postran ante él, le adoran
Con indecible humildad.

Gloria sea, etc.

Abren sus ricos tesoros,
Le ofrecen gran cantidad
De oro, de inciensos, de mirra,
Y alegres después se van.
Burlado dejan á Herodes,
Que quiere al niño matar.

Gloria sea, etc.

Criaturas de Dios inocentes,
Sus alabanzas cantad;
Adorad hoy día á un Dios
Que es de vuestra misma edad;
Y cual ángel bendecid
A Jesús en su natal.

Gloria sea, etc.

María y José que vieron
Prodigio tan celestial,
Lo adoraron los primeros.
Antes que ningún zagal.
Como ellos y los pastores
También venidle á adorar.

Gloria sea, etc.

El os ha dado la vida,
Por vos se hizo hombre mortal,
Y la gloria de su cielo
El también os ha de dar:
Criaturas de Dios! el himno
Del Dios que nace entonad.

Criaturas de Dios! oid,
Oid el himno angelical:
Gloria sea á Dios en el Cielo,
Y al hombre en la tierra paz.

Año 1825.

LETRILLA

CORO

Eterna alabanza,
Loor y gratitud
Sea al Padre dada,
En Cristo Jesús.

Nacida hemos visto,
Por nuestra salud,
Al que hizo los astros,
La aurora y la luz.

CORO

Angélicos coros,
En gran multitud,
Resonar han hecho
La bóveda azul.

CORO

Hoy goza la tierra
Profunda quietud
De oriente á poniente,
Del ártico al sur.

CORO

No se oye en toda ella
Bélico arcabuz,
Nadie esgrime hoy día
Sangrienta segur.

CORO

Hoy se hace Dios hombre
Para el bien común,
Y purgado el suelo
Triunfa la virtud.

CORO

Jesús ha nacido,
Jesús, mi Jesús,
El que por mí un día
Morirá en la cruz.

CORO

Pueblos de la tierra!
Tañed el laud;
Salvador del mundo!
Bendícenos tú.

CORO

Eterna alabanza,
Loor y gratitud
Sea al Padre dada,
En Cristo Jesús.

PARA EL DÍA DE NAVIDAD

CORO

Gloria al eterno Padre,
Gloria á Jesús, mi amor,
Mi Dios recién nacido,
Mi dulce Salvador.

Al fin, al fin los cielos
Vertieron su rocío,
Y al gran Salvador mío
Brotó la tierra al fin,
Sin recíprocos celos;
Justo es, pues, que hoy celebre
La gloria del pesebre
El hombre y Serafín.

CORO

Llegó en bien de la tierra
El día más sagrado,
El día suspirado
De paz y de salud,
El bosque, el valle y sierra,
La cristalina fuente,
Todo alegría siente,
Ternura y gratitud.

CORO

Jesús, que allá en lo eterno
Fué de padre sin madre,
Hoy de madre sin padre
Nace al mundo en Belén:
Infante niño tierno
Se vé envuelto en pañales
Entre dos animales,
Por mi amor y mi bien.

CORO

Su nacimiento augusto
Es á Dios muy glorioso,
Pues le da el más virtuoso
Y digno adorador:
Da al demonio un juez justo,
Al Angel un modelo
Un nuevo Rey al cielo
Y al hombre un Redentor.

CORO

Cuando en brazos le veo
De su madre amadora,
En brazos de la aurora
Juzgo mirar al sol.
¡Sol divino! en quien creo,
A quien adoro fino,
En mi incierto camino
Sed mi antorcha y farol.

CORO

Alábente y bendigan
La tierra, el mar y estrellas,
Plantas y flores bellas,
El bruto, el racional;
« Salve; ¡oh Jesús!, te digan,
¡Salve, Mesías, santo!
Que hoy enjugas el llanto
Del mundo criminal ».

CORO

¡« Salve, gran Dios que vienes
A dar salud al mundo,
Del vientre mas fecundo
Fruto á la vez y flor;
Mar de dichas y bienes!
Bien venido á él hoy seas,
Llena en él tus ideas
De redención y amor ».

CORO

« Y pues naciendo espías
De la tierra el delito,
Sea siempre bendito
Tu sagrado natal;
Borre las culpas mías,
Bórrelas de tal suerte,
Que nazca yo en mi muerte
A tu vida inmortal ».

CORO

Gloria al eterno Padre,
Gloria á Jesús, mi amor,
Mi Dios recién nacido,
Mi dulce Salvador.

Año 1827.

PASTORELA ESPIRITUAL

PARA NATIVIDAD

CORO

En Belén acaba
Jesús de nacer,
Vamos pastorcillas,
Vámosle allí á ver.

Jamás niño más hermoso
Nació debajo del cielo,
Jamás brilló sobre el suelo
Mas peregrina beldad.
Absorto el cielo y gozoso
Contempla su imagen bella,
Por medio de cierta estrella
De admirable caridad.

CORO

Rompiendo el aire á porfía,
Por ver tan divino infante,

Desciende escuadrón brillante
De la esfera celestial.
Con cántico de alegría
Saludan á esa hermosura,
Anet quien parece obscura
Su belleza angelical.

CORO

Esta es la flor de los campos,
Este el lirio de los valles
A quien por plazas y calles
Buscó un día amante fiel.
No igualan su tez los ampos
De la nieve, y el destello
De sus ojos, muy más bello
Es que el de los astros de él.

CORO

Cuanto hay noble y peregrino
En los angélicos coros,
Cuanto hay bello en sus tesoros,
Encierra el genio del bien;
Nada hay que al niño divino
Ser comparado merezca,
Nada que vil no parezca
Junto al dije de Belén.

CORO

Con todo, esta perla hermosa,
¡Donde y de que suerte nace!
En un vil establo yace,

Porque halla otro local.
Fáltale hasta humilde choza;
Y, siendo dueño del mundo,
No halla en él mas que un inmundo
Y abandonado portal.

CORO

El ilustre, el opulento
Del mundo encuentra acogida
En la ciudad conocida
Por la ciudad de David.
Jesús en su nacimiento,
A quien todo se avasalla,
Jesús, él solo no la halla:
¡Cielos! su ultraje sentid.

CORO

Mirad cual viene oficioso
Al pesebre el buey tardío,
Para mitigar el frío
Del niño soplándole.
¡Oh animal sin par dichoso!
Digno de inmortal memoria,
A quien tan preciosa gloria
Concedida entonces fué.

CORO

Oid como los pastores,
A quienes es anunciado
El gozo grande y sagrado,
Conversan de él entre si.

Disipados sus temores:
Vamos, se dicen, *corramos*
Hacia Belén, y veamos
Lo que ha sucedido allí.

CORO

Con pechos menos tranquilos
Echad una atenta ojeada
Sobre la rústica almohada
Que al niño sirve esta vez.
Es de pajas, cuyos filos
Hieren sus sienes divinas,
Preludiando las espinas
Que han de herírselas después.

CORO

Los besos multiplicados,
Que imprimen en su carita
Su dulce papá y mamita,
Con inexprimible amor.
Desquites anticipados
Son también del beso aleve,
Con que ha de venderlo en breve
Un vilísimo traidor.

CORO

Las perlas que de sus ojos
Vierte el Dios que á todos ama,
Las lágrimas que derrama
Apenas es dado á luz,
Presagian piélagos rojos

De esa sangre, que en un día
Hará correr saña impía,
Dándole muerte en la cruz.

CORO

En tanto, cuanto de augusto
En el empíreo se encierra,
Cuanto hay de grande en la tierra,
Angeles, globos de luz,
Monarcas... llenos de gusto,
(Muy más que de ricos dones),
Tributan adoraciones
Al tierno, al bello Jesús.

CORO

En tanto, collados, sotos,
Montes, de puro contento,
Por su feliz nacimiento
Destilan dulzura y miel.
Ya están colmados los votos
Del mundo, ya ha sido dado
A las gentes su deseado,
Y su esperanza á Israel.

CORO

Hermoso, henchido de encanto,
Rey pacífico, clemente,
Humilde, pobre, indigente,
Tal quiso al mundo venir.
Con dones tales y tantos

¿Quién no hambrea por mirarle?
Vamos, vamos á adorarle,
Vámosle el cielo á pedir.

CORO

¡Pastorcillas! vamos,
Vamos á Belén,
A ver al Dios niño
Nacido recién.

Año 1828.

PARA EL DIA DE NATIVIDAD

Los dos mas dichosos y entendidos animales del mundo. El buey y el asno del pesebre.

Cognovit Vos possessorem suum et asinus præsepe Domini sui. *Isaiæ cap. 1 y 5.*

El buey conoció á su dueño, y el asno el pesebre de su señor.

Cantar la dicha emprendo
De los dos mas felices animales
Que hubo, según entiendo,
Jamás en la mansión de los mortales:
Cantar su dicha emprendo y su talento,
Superior al humano entendimiento.

Gran luz de ete gran día,
Hombre-Dios que su instinto consagraste,
¡Sed, oh Jesús, mi guía!
Palabra eterna que hoy al mundo hablaste,
Y que á los brutos mismos haces sabios,
Frases dignas de tí pon en mis labios!

Dadme que á corazones,
Por el hálito impuro aun no manchados
De viciosas pasiones,
Instruya con acentos acordados:
Muchachuelas oidme, que ya empiezo
A decir de las bestias de más seso.

Por el campo vecino
A Belén, la ciudad del rey profeta,
Un buey con un pollino,
En unión amigable y paz completa,
Divagaban buscándose la vida,
El sustento, es decir, y la comida.

Hallarlo fácil no era,
Marchito el pasto por do quier estaba,
Pues la estación austera
De los hielos entonces dominaba,
Así es que, en tan adversa coyuntura,
Buscándolo iban solo á la ventura.

Para hacer tolerable
El natural fastidio de la marcha,
En tono lamentable,

Tentando sombras y rompiendo escarcha,
(Era tarde la noche juntamente)
Contábanse sus cuitas mutuamente.

Compañero querido,
Dijo el asno, ¡qué ser mas desdichado
Que yo jamás ha habido!
Como ningún viviente despreciado,
Cuanto más sirvo cuanto más trabajo,
Soy de todos la burla y estropajo.

Es verdad, pero advierte,
El buey le contestó mugiendo triste,
Que muy poco mi suerte
De la tuya discrepa. ¿No me viste
Bajo el yugo continuo forcejeando,
Y el arado á chuzazos arrastrando?

Mal comido y sediento
Muchas veces, y siempre al yugo uncido,
Tiro á cada momento,
Privado del reposo apetecido,
Acaso por distancias las mas largas,
Carros henchidos de pesadas cargas,

Mis lomos entretanto,
Mis infelices ancas y cuadriles
Reciben (¡cielo santo!)
Picanazos por cientos y aun por miles,
Que castigan mi falta de presteza,
Cual si no fuera en mi naturaleza.

Esto es, caro pollino,
Lo menos duro de mi suerte aciaga:
Lo cruel de mi destino
Es que después de tanto afán y plaga,
Vienen mis carnes á servir de plato
Al apetito de mi dueño ingrato.

Calló el buey y anegose
En torrentes de un llanto el mas amargo,
El asno enterneciose;
Si á un mísero (le dijo sin embargo)
Tal vez consuelan de otro las crujías,
Templa, hermano, tus penas con las mías.

Lo que se hace conmigo,
El trato atroz al cual vivo sujeto,
Calcúlalo mi amigo
Del terrible conflicto y grande aprieto
En que Balán á su jumenta puso,
Cuando ésta á la orden del señor se opuso.

Fué tan denso el nublado
De palos y de azotes que el mal hombre
En cólera montado,
Le descargó, que la hizo (no te asombre)
Hablar con voz de humana criatura,
Según lo dice claro la escritura.

Su crueldad le echó en cara,
Recordole su antiguo y buen servicio.
¡Oh buey! ¿Es cosa rara

Que al asno saquen de este modo el juicio?
En esto, amigo, cultos y patanes,
Cual más cual menos, todos son balanes.

Tristes penalizados
Hablando así seguían su camino,
Sin saberlo guiados
Por el impulso del poder divino.
En esto una gran luz ven de repente,
Que los deslumbra y turba vivamente.

No era este nó el destello
De las estrellas con que el cielo brilla,
Era otro muy más bello,
Muy más augusto, que del alma silla
Del trono del Altísimo emanaba:
Era el fulgor de Dios el que brillaba.

Aun él su vista hería;
Y ve aquí que resuena en sus oídos
Una tal melodía,
Cual jamás percibieron los sentidos;
Un canto superior en sus primores,
(Todo el cielo) á los dulces ruiseñores,

Del empireo bajaba;
Inmensa multitud de serafines
A mil voces cantaba,
Y el mundo hasta sus últimos confines,
Y las aves y fuentes y los prados
Saltaban de contento enagenados.

«Gloria á Dios en el cielo,
« Paz al hombre habitante de la tierra;
«No mas oprima al suelo
«El fiero azote de la cruda guerra:
«Goze al menos por ahora de un profundo
«Reposo universal el triste mundo.»

Nuestro buey y jumento
Rodeados de tan vivos resplandores
Y tan celeste acento,
Del sitio del pesebre sabedores,
Como que era de todos conocido,
Iban á él tras del heno apetecído.

Llegan por fin...¡oh musa!
¡Oh Jesús! numen solo que hoy imploro,
Mi indignidad escusa
En premio de la fe con que te adoro;
Escúsala, y en este tierno paso
Mi verso exceda al verso del Parnaso.

Asno y buey finalmente
Llegan, digo, al pesebre abandonado.
Mas ¿cuando? Puntualmente
En el mismo momento afortunado,
Que en el seno de mil penalidades
Nacía la beldad de las beldades;

Cuando cumplido el plazo
Del parto de María, en fin, al mundo
De su puro regazo

Sale el hombre segundo sin segundo,
El esplendor del padre, su hijo amado,
El Mesías, el Cristo suspirado.

Al verle sobre pajas,
Niño débil envuelto con pañales
Y pobrísimas pajas,
Pero lleno de encantos celestiales,
Pero enchido de gracias superiores
A todas las bellezas exteriores,

El buey al asno dice:
Compañero, querido compañero,
Ya no soy infelice,
Este hallazgo, este párvulo hechicero,
Borra de mi memoria con sus gracias
El recuerdo de todas mis desgracias.

Que inefable alegría
El corazón me ocupa en este espacio.
¿Es de noche, ó de día?
¿Gruta es esta, ó magnífico palacio?
¿Estamos en la tierra, ó en el cielo?
Tanta gloria á lo menos no es del suelo.

Donde está Dios es claro
Que allí está el cielo, le replica el burro.
Por un cambio el mas raro,
Que solo viene de él, según discurro,
También yo nado en golfos de placeres,
Y el más feliz me juzgo de los seres.

Cuando fué á la morada
De Isabel, el Señor, dentro del seno
De su madre preñada,
Menos feliz que yo fué el asno bueno
Que le llevó sin verle, como ahora
Viendo estoy yo su cara encantadora.

El otro en que montado
Entrará un día en la ciudad ingrata,
Con razón será honrado;
Mas servir á Jesús, cuando se trata
De darle muerte, es gloria de una clase
Inferior á servirlo cuanda nace.

De su preciosa vida
Yo cuido ahora, y dentro de muy breve
En su penosa huida
Para Egipto, cuando un tirano aleve
Quitársela querrá, cruel y ambicioso,
Llevaréle en mis hombros venturoso.

El parejuelo amable,
Penetrado del dulce sentimiento
Y la idea agradable
De su felicidad, con el aliento
Procura defender al Dios naciente
De la ingrata impresión del frío ambiente.

Remueven con la boca
El seco heno, mas no para engullirle,
(Pues ya no les provoca)

Sí para más y más con él cubrirle,
Doblando, en ademán de quien se humilla,
Cada cual ante el Niño la rodilla.

Así fué conocido,
Así adorado fué por las dos bestias
El Dios recién nacido,
Así fué consolado en sus molestias.
Con estas y otras mil demostraciones
Diéronle culto, honor y adoraciones.

¡Oh animales dichosos!
¡Oh irracionales de razón colmados!
¡Oh buey, ó asno preciosos,
De los seres los más privilegiados!
Al veros junto á un Dios infante tierno
Yo me humillo ante vos y me prosterno.

¡Mortales! aprendamos
Del asno y buey, sublime inteligencia;
Vamos anciosos, vamos
Al pesebre do yace á la inclemencia
Del invierno el creador de cielo y mundo,
Rindámosle el respeto más profundo.

Y vosotras, niñuelas,
Angeles bellos de Jesús queridas,
Aprestad las vihuelas,
Y con voces de lo íntimo salidas,
Con la tierna letrilla que os presento,
Cantad su angusto y dulce nacimiento.

Año de 1829.

NENIA Ó CANCIÓN LÚGUBRE

EN LA CUAL LA DIVINA NINFA BUENOS AIRES, RECLINADA Á LAS MÁRGENES DEL FAMOSO ARGENTINO, ELEVA SUS QUEJAS AL SUPREMO JÚPITER, LAMENTANDO LA DESUNIÓN, Y DESBASTACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE SUD AMÉRICA, OCASIONADA POR LA DISCORDIA; Y SE QUEJA DE LA INGRATITUD CON QUE LAS PROVINCIAS HAN DESCONOCIDO HABER SIDO PRINCIPALÍSIMO FUNDAMENTO DE SU LIBERTAD DICHOSA.

Del plateado Argentino caudaloso,
En la amena ribera, se presenta
Buenos Aires, cuyo aspecto hermoso,
Su ser divino y magestad ostenta:
Y en medio del dolor que riguroso
La afije, la devora y atormenta,
Que es hija verdadera no desmiente
Del que es de las deidades presidente.
Allí, en la verde grama reclinada
La hermosa ninfa, perlas del Oriente
Hilo á hilo derrama consternada,
Con que aumenta del río la corriente;
De funesto ciprés trae coronada
Por señal de dolor su augusta frente;

* Argentides llama el autor las ninfas del río Argentino: voz hasta aquí desconocida, que como de propia invención sujeta el autor al dictamen de los sabios. (Nota del poeta).

De allí despide, en alas de los vientos,
A las etéreas salas sus lamentos.
Oye el río su voz, su curso para;
Admirado, el asombro le detiene;
Pausa el murmurio, y la deidad repara,
Que magestuosa allí presente tiene;
Su aflicción nota, ve en su hermosa cara,
De perlas el raudal que le previene;
El lo recibe ufano, y reverente;
Torna el murmurio, y sigue su corriente.
Las argentides bellas, los clamores
De la deidad que adoran escuchando,
Con pálidos semblantes plañidores
Del río á las orillas van llegando.
Se acercan, y confusas entre horrores,
Están la aflicta ninfa contemplando.
Su pena crece al contemplarla, tanto,
Que á ser mar pasa el río, con su llanto.
Júpiter soberano ser supremo,
La ninfa esclama, con acento tierno,
A vos me quejo, cuando en este estremo
La confusión me cerca del averno.
Justo sois numen sacro, y ya no temo
Me dejeis sepultada en llanto eterno.
Oid mis quejas, y escuchad atento
La causa de mi pena y mi tormento.
Yo, hija vuestra en un tiempo tan amada,
Vuestra predilección feliz gozando,
Del olimpo á la cima fuí elevada,
Vuestro poder augusto manejando.

Mil fértiles provincias madre amada
Y soberana á un tiempo, me han llamado.
El antártico polo vió gozoso
Ceñir mi frente de laurel glorioso.
No es aura del poder, que al ambicioso
Halaga regalada, y blandamente;
No de señora el título pomposo
Que infatúa al soberbio é imprudente.
Nada es para mí, en fin, tan delicioso,
Nada tan dulce, amable y complaciente,
Y nada que á mi amor mejor le cuadre,
Que el tiernísimo título de madre.
Como madre solícita gemía
El ominoso y duro cautiverio,
Con que el soberbio íbero tenía
Nuestros cuellos sujetos á su imperio.
No así la esclavitud propia sentía,
Cuando al considerar, con juicio serio,
A mis amados hijos entre penas,
De esclavos arrastrando las cadenas.
El maternal amor mi pecho inflama,
Y de mis dulces hijos los gemidos,
El aire son que aumenta más la llama,
Pasando al corazón por los oídos.
Un Vesuvio es ya el pecho, airado brama,
Dando horrísonos, fuertes estallidos.
Las furias me devoran del Cocito,
Y de la libertad levanta el grito.
De las ninfas de América yo he sido
La primera que voz tan dulce ha dado;

Gloria inmortal, que justa he merecido,
Y que no borrará el rigor del hado,
La fama así en su templo lo ha esculpido,
Y en láminas de bronce lo ha grabado,
Para que á Buenos Aires, reverente,
Tribute honor la americana gente.
La libertad aclamo, y generosa,
Prodigo mis tesoros y caudales;
Para comprar la libertad dichosa,
De los que ingratos hoy son mis rivales,
Infatigable, activa y laboriosa,
Mis cuidados destaco principales
A auxiliar las provincias, á quien veo
Ser del fiero opresor triste trofeo.
De mis porteños hijos valerosos,
Que son del duro Marte un fiel traslado,
Escuadrones formando numerosos,
Hace marchar mi amor y mi cuidado.
A contrastar valientes van gozosos,
La furia y el rigor, del cruel hado;
Que en la dura opresión del godo bando,
Tiene á tantas ciudades suspirando.
Las guerreras escuadras, prevenidas,
Del sanguinario Marte á las funciones
Van abundantemente proveídas
De pertrechos de guerra, y municiones.
Fuertes espadas, finas y lucidas
Llevan, obuses, balas y cañones:
Que con bagajes, y demás apresto,
Un inmenso caudal se agota en ésto.

Las ciudades, al verse protejidas
Con socorro tan fuerte y poderoso,
Las humildes cervices abatidas,
Elevan con placer, contento y gozo.
A sacudir se arrojan, atrevidas,
De esclavitud el yugo ignominioso.
Con pecho fuerte y valerosa mano,
Triunfan, vencen y humillan al tirano.
De la vil servidumbre las cadenas
Quebrantan, y entre triunfos y victorias,
En desagravio de pasadas penas,
Laureles ciñen de inmortales glorias.
Del júbilo y placer se ostentan llenas,
Al ver que de sus nombres las memorias
Serán de polo á polo eternamente,
Oidas con asombro reverente.
¿Quién, pues, de tanta gloria la primera
Causa eficiente y fundamento ha sido?
¿Quién del olimpo altivo á la alta esfera
Las argentinas ninfas ha ascendido?
¿Quién arboló primero la bandera
Contra el usurpador cruel y temido?
¿No ha sido Buenos Aires? Sí, la fama,
En ambos hemiferios lo proclama.
Córdoba, Tucumán, Santiago y Salta,
Jujuy, Rïoja, Catamarca, y cuantas
Ciudades bellas, de los Andes la alta
Cordillera postradas ve á sus plantas,
Oigan si el esplendor que hoy las esmalta,
De libertad y de victorias tantas,

A mi amor maternal no la han debido,
Que en su auxilio y amparo siempre ha sido!
La sangre de mis hijos bermejando
Del Perú, Chile, y Lima, en las campañas,
Está en mudo lenguaje publicando
Que esa sangre vertieron mis entrañas;
Que se fué por las venas destilando,
De mis hijos, que son fieras sañas,
Heroicos se arrojaron á la muerte,
Por dar á las provincias mejor suerte.
De Atagualpa á los manes he ofrendado,
De los tiranos godos en las vidas,
Mil víctimas sangrientas, que han pasado
La Estigia de Aqueronte conducidas,
Al reino de Pluton, donde han hallado
De su crueldad las penas merecidas.
Allí de las arpias devorados
Serán por justo juicio atormentados.
¿Y cual, Júpiter santo, cual ha sido
El fruto de trabajos tan gloriosos?
¿Qué digna recompensa ha recibido
De aquellos que por mí fueron dichosos?
El fruto, es el dolor tan desmedido,
Que hoy á mi corazón divide en trozos
Al ver mis tiernas hijas tan amadas
Volver unas contra otras las espadas.
Mirar rota la unión, la unión sagrada,
Principal base y sólido cimiento
De nuestra libertad tan suspirada,
Y de nuestro esplendor y lucimiento:

La unión, en quien se mira vinculada
La gloria y el honor del vencimiento;
La unión, sin la cual somos delirantes,
Tristes aduares de árabes errantes.
La unión, sin cual nunca llegaremos
Al rango y esplendor que en las naciones
Nos de el lugar á que aspirar debemos,
De una nueva nación, entre blasones,
Gloria que conseguir jamás podremos
Divididos en bandos y fracciones.
Bien ser libres podemos, no nación,
Que esta se constituye por la unión.
¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y, envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta unión invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en esto las injustas?
¿Que rabia, ó que furor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el argentino estado
Venga á ser por sus manos destruído,
Y en su virtud y fuerzas sofocado
Quede, con nombre infame confundido?
No rompais la hermandad con torpes modos,
Pues miembros de su cuerpo somos todos.
Ea vosotros volved, no deis oído
De la discordia á embustes y marañas,

Pues ellas os conducen á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas.
En virtud de la unión habeis rompido
La ominosa opresión de las Españas;
Por la unión, sereis siempre venturosos,
Respetables, temidos y gloriosos.
Este es, Júpiter sacro, el cruel tormento
Con que más mis entrañas maternales
Hoy despedazan, con furor sangriento,
Las arpias, y furias infernales.
No así el mirar ingratas tanto siento,
Mis infatuadas hijas desleales,
Cuando al verlas, tan tristes divididas,
Y entre sus propias ruinas confundidas.
Siendo la ingratitud con que pregonan
Que usurparles avara he pretendido
La amable libertad de que blasonan,
Y en que la mayor parte yo he tenido,
Feo borrón con que se creen abonan,
El lamentable error que han cometido;
Creyendo que el ser libre consistía
En el funesto horror de la anarquía.
Siento que tanta vida prodigada
De mis nobles porteños, por salvarlas;
Tanta sangre preciosa derramada,
De dura esclavitud por libertarlas;
Tanto caudal y hacienda aniquilada
Con mano liberal por auxiliarlas,
Todo esto y más, por premio haya tenido
La ingratitud, la injuria y el olvido.

Esta pena me aflije; entre tormento
De tanta ingratitud me martiriza;
Mas no es la ingratitud lo que mas siento,
Que otra angustia mayor me tiraniza:
Angustia que ocasiona mi lamento,
Y que á quejarme á voces me precisa.
Lloro los males, la discordia lloro
Con que ultrajan mis hijas su decoro;
Lloro la destrucción, lloro la ruina
De provincias tan fértiles y amenas;
Lloro el furor insano que encamina
Mis hijas á arrastrar nuevas cadenas;
Lloro su deshonor y la intestina
Guerra, que me ocasiona tantas penas:
Guerra fatal, injusta y destructora,
Con que la vil discordia nos devora.
¡Oh labrador eterno cancervero!
¡Oh gran Pluton, rector del bajo infierno!
¡Oh cansado Aqueronte viejo barquero!
Y vos laguna Estigia, y lago Averno,
¡Oh Demogón! Tú pues que lo postrero
Habitas del Tartareo reino eterno,
Y las hirvientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito y Flegetonte.
Vosotras furias que con mil crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las ínferas deidades
Vuestras frentes de vívoras crinadas,
Y vosotras, Gorgóneas potestades,
Por mi llanto y palabras apremiadas,

Llevad á vuestro imperio la discordia,
Y entre nosotros reine la concordia.
Y vos, Júpiter sacro, padre amado,
Que mi angustia mirais y dolor fiero,
De mi lamento y quejas apiadado,
Mostraos vengador, y justiciero:
De ira, venganza y de furor armado,
Sed contra la discordia juez severo.
De ella me quejo á vos, pues ella ha sido
La que la unión dichosa ha destruído.
Restableced la unión, numen sagrado,
Que la discordia avara y envidiosa,
Junto con el honor, nos ha robado,
Causando nuestra ruina vergonzosa:
Piadoso, contemplad el triste estado
De esta parte de América preciosa:
Contemplad mi dolor, mirad mi llanto,
Mi angustia, mi pesar y mi quebranto.
Así exclamó la ninfa y desmayada,
A esfuerzos del dolor que la oprimía,
Quedó en la verde grama reclinada,
Tal, que un yerto cadaver parecía.
Al verla las Argéntides postrada,
Cada cual por su parte absorta huía;
Se altera el Argentino con su llanto,
Y yo, anegado en él, doy fin al canto.

1822.

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

ILUSION *

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del mas suntuoso trono me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.

Soñé que del ocaso hasta el oriente
Por muy sabio mi nombre discurria,
Y que del setentrión al mediodía
Mi poder se adoraba humildemente.

De triunfantes despojos revestido,
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido.

Despertóme un estruendo furibundo
Solté la risa, y dije en mi sentido:
¡Así pasan las glorias de este mundo!

---

* Los habaneros incluyen este soneto entre las poesías de Dn. Manuel Zegueira y Arango, y también entre las de Dn. Manuel Justo Rubalcara; pero el autor es Miralla, y fué compuesto sobre el pié forzado: «Así pasan las glorias de este mundo», que le dió su amigo, el poeta García del Río, después de un banquete celebrado en Boston.

Este mismo soneto, con algunas pequeñas variantes, ha sido incluído entre las poesías de Dn. Claudio Mamerto Cuenca (Tom. 3º., Pág. 81) por su editor, Dn. Heraclio C. Fajardo. El error hace suponer que puedan habex incluído otras poesías agenas entre las de este poeta.

EL CEMENTERIO DE ALDEA

POR TOMÁS GRAY

(Traducción del inglés)

La esquila toca el moribundo día,
La grey mujiendo hácia el redil se aleja,
A casa el labrador sus pasos guía,
Y el mundo á mi y á las tinieblas deja.

La debil luz va del pais faltando,
Y alto silencio en todo el aire veo,
Menos do gira el moscardón zumbando
Y allá, do al parque aduerme el cencerreo;

O en esa torre envuelta en yedra, en donde
El triste buho quéjase á la luna
Del que vagando por donde él se esconde
En su antiguo dominio le importuna.

Bajo esos tilos y olmos sombreados
Do el suelo en varios túmulos ondea,
Para siempre en sus nichos colocados
Duermen los rudos padres de la aldea.

Del alba fresca la incensada pompa,
La golondrina inquieta desde el techo,
Bronco clarín de gallo, eco de trompa,
No más los alzan del humilde lecho.

No arde el hogar para ellos, ni á la tarde
Se afana la mujer, ni á su regreso
Los hijos balbuciando hacen alarde
De trepar sus rodillas por un beso.

¡Cómo las mieses á su hoz cedían,
Y los duros terrones á su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!

No mofe la ambición caseros bienes
Y oscuras suertes de fatigas tales,
Ni la grandeza escuche con desdenes
Por humildes del pobre los anales.

El boato y el blason, mando envidiable,
Y cuando existe de opulento y pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria vá al sepulcro....

No les culpeis, soberbios, si en su tumba
La memoria trofeos no atesora;
Do en larga nave y bóveda retumba
Del alto loor la antífona sonora,

¿Volverá una urna inscrita, un busto airoso,
El fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿Cede á la adulación la sorda muerte?

¡Tal vez en este sitio abandonados
Hay pechos donde ardió celestial pira,

Manos capaces de regir estados,
O de extasiar con la animada lira!

Mas, su gran libro, donde el tiempo paga
Tributos, nunca les abrió la escuela;
Su noble ardor fría pobreza apaga,
Y el torrente genial de su alma hiela.

¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
Encierra el hondo mar en negra estancia
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa
En un desierto exhala su fragancia!...

Tal vez un Handel rústico aquí se halla
Que al tiranuelo del solar valiente
Resistió; un Milton que sin gloria calla;
De sangre patria un Cronwell inocente....

Oir su aplauso en el Senado atento,
Ruinas y penas echar de su memoria,
La tierra henchir de frutos y contento,
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,

Su suerte les vedó; más en su encono
Crímenes y virtudes dejó yertas;
Vedóles ir por la matanza al trono
Y á toda compasión cerrar las puertas;

Callar de la conciencia el fiel murmullo,
Apagar del pudor la ingenua llama,
O el ara henchir del lujo y del orgullo
Con el incienso que la musa inflama....

Léjos del vil furor del vulgo insano,
Nunca en vanos deseos se excedieron;
Y por el valle de un vivir lejano
Su fresca senda sin rumor siguieron.

Mas, protegiendo contra todo insulto
Estos huesos aquél túmulo escaso,
De rústica escultura en verso inculto
Pide el tributo de un suspiro al paso.

Nombre y edad por pobre musa puestos,
Vez de elegía y fama desempeñan;
Y esparcidos en torno, sacros textos,
Que á bien morir al rústico le enseñan.

¿ Pues, quién cedió jamás esta existencia
Inquieta y grata al sordo olvido eterno,
Y dejó de la luz el alma influencia
Sin mirar hácia atrás, lánguido y tierno?

Al irse el alma un caro pecho oprime,
Y llanto pio el ojo mustio aguarda:
Naturaleza aún en la tumba gime,
Y aún en cenizas nuestro fuego guarda.

Por tí, que al muerto abandonado honrando
Su triste historia haces que en verso fluya,
Si acaso solo, pensativo, errando,
Un genio igual pregunta por la tuya,

Tal vez un cano labrador le diga:
«Del alba le hemos visto á la vislumbre,

Sacudiendo el rocío en su fatiga,
Irá encontrar el sol en la alta cumbre.

Allá, al pié de aquel roble que ballesta
Y hondas raíces tuerce caprichoso,
Molesto se tendía por la siesta,
Viendo al vecino arroyo bullicioso.

Ya en ese bosque desdeñoso andaba,
Sus temas murmurando y sonrriendo;
Ya solitario y pálido vagaba,
Como de amor y penas falleciendo.

Faltóme un día en la colina usada,
Junto á su árbol querido, y en la dehesa
Al otro no le hallé, ni en la cascada,
Ni en la alta loma, ni en la selva espesa.

Con ceremonia lúgubre cargada
En el siguiente al cementerio vino,
Lee (pues sabes), lo que está grabado
En esa piedra, bajo aquel espino.»

EPITAFIO

Aquí el ragazo de la tierra oculta
Un joven sin renombre y sin riqueza;
Su humilde cuna vió la ciencia oculta
Y marcóle por suyo la tristeza.

Fué generoso y síncero y el cielo
Pagóle Dios cuanto tenía consigo:
Una lágrima al pobre por consuelo;
Tuvo de Dios cuanto pidió: un amigo.

Su flaqueza y virtud bajo esta losa
No más indagues de la tierra madre:
Con esperanza tímida reposa
Allá en el seno de su Dios y Padre...

A LA TEMPRANA MUERTE DE MR. WILLIAM WINSTON.

De admiración y de tristeza lleno
Te invoco, oh musa, en el lugar sombrío
Que iguala al rico, al pobre, al malo, al bueno.

Aquí, donde el piadoso y el impío
Notan de igual pavor sobrecogida
Su razón que enmudece y pierde el brío;

¡Aqui, observa lo que es la distinguida
Raza del hombre!... ¡polvo, que perdiera
El movimiento que le daba vida!

Vuelve en torno la vista por do quiera
Y dí, si en esta lóbrega morada
El mayor privilegio, no es quimera.

Mira á Winston; su máquina formada
Para vivir mil siglos parecía,
Y un leve soplo convirtióla en nada...

Más robusto que un Hércules tenía
El alto cuerpo, en todo incomparable,
De magestuosa y diestra simetría.

En seis lustros de edad inmarchitable,
El blanco rostro de carmín teñido
De salud era síntoma envidiable;

En virtudes y en ciencias distinguido,
Amable sin igual en sus modales,
Siempre en la sociedad fué preferido:

¡Destino de los míseros mortales!
¡Qué fuerza, ó virtud, ó ciencia, alcanza
Contra la ley que á todos hace iguales!

Dióle Temis, por justo, su balanza;
Marte, en el campo le salvó por fuerte;
¡Y Winston, dónde está con su esperanza!...

Va un criminal por sangre ó mejor suerte
Desde el polo á las tórridas regiones,
Y logra el fin sin encontrar la muerte;

Trae Winston humanas intenciones,
Deseo de saber, amistad pura...
Y el inocente espira entre aflicciones.

Llanto, desolación y desventura
Deja á su triste madre, á sus parientes
Y amigos que llenaban su ternura...

Mas, no lloreis desconsoladas gentes,
No penseis que muriera abandonado
A la merced de seres inclementes.

No; que en el clima abrasador ó helado
Es uno, el corazón americano,
Para sentir y para amar formado.

Winston murió: mas no le faltó mano
Que cerrara sus ojos compasiva,
Con el cariño de un sensible hermano:

Su muerte hizo impresión, y tan activa,
Que, yo ví más de un alma consternada
Y mustia como herida sensitiva.

¡Ay! quién sabe, si al fin de mi jornada,
Yo, que llanto por Winston he vertido,
Hallo quien sienta á mi postrer mirada,
O me condenan todos al olvido.

LA LIBERTAD

Á NICE

Gracias á tus engaños,
Al fin respiro, oh Nice,
Al fin de un infelice
Tuvo el amor piedad.
De trabas y sus daños
Libre está el alma mía:
No sueño cual solía,
No sueño libertad.

Cesaron, mis ardores:
Tan tranquilo he quedado,
Que en mí no haya ni enfado
Para disfraz amor:
No mudo ya colores
Con solo oir nombrarte;
Y el pecho ya al mirarte
No late de temor:

Sueño, mas no te veo
Siempre en mi sueño intenso.
Despierto, y ya no pienso
Al despertar en tí.
Lejos de tí paseo
Sin ver que estás ausente;
Y no causas presente
Pena ó placer en mí.

Hablo de tu hermosura,
Ni enternecerme siento;
Mis desvaríos cuento,
Y no me se enfadar;
Si te hallo, por ventura
No alteras mi desvío,
Y al mismo rival mío
De tí podría hablar;

Pónme el semblante airado,
Háblame en tono humano,
Ya tu desprecio es vano,
Es vano tu favor;
Que el mundo acostumbrado
Perdió ya el labio tuyo,
Tu vista, ni la suya
No ya me inspira ardor:

Que esté ó no con disgusto
O triste ó complacido,
Ya no es á tí debido,
Ya culpa tuya no es;
Pues sin tí me da gusto
La selva, el monte, el prado,
Y una mansión de enfado
Me enfada aunque allí estés.

De ingenuo he aquí una prenda,
Aun me pareces bella,
Mas ya no eres aquella
Nice sin parangón:

(La verdad no te enfade),
En tu gallardo cuerpo,
Ya noto algún defecto,
Que creí perfección.

Al romper las cadenas,
(Con rubor lo confieso),
Del dolor al exceso,
Me pareció morir:
Mas por salir de penas
Y de un tirano abismo,
Por volverse á sí mismo,
Todo es dado sufrir:

El jilguero con liga
Alguna vez cogido
Las plumas ha perdido
Lográndose escapar.
Pasada la fatiga
Presto plumas renueva
Y nadie con tal prueba
Le vuelve á aprisionar.

Sé que aún no crees extinto
En mí el antiguo fuego;
Porque hablo de él y luego
No puedo callar yo,
El natural instinto
A hablar Nice me alienta
Con que cualquiera cuenta
Los riesgos que pasó.

Refiere su ardimiento
En combate pasado,
Y muestra así el soldado
De un golpe la señal;
El esclavo contento
Porque salió de pena
Muestra así la cadena
Que arrastró por su mal.

Hablo, mas solo hablando
Mi recreo procuro;
Hablo, mas yo no juro
Si crédito me dás.
Hablo, mas no demando
Si apruebas mis razones,
Si cuando á hablar te pones
De mí tranquila estás.

Yo pierdo una inconstante,
Tú, un corazón sincero,
Yo no sé quien primero
Se deba consolar;
Se que un tan fiel amante,
No hallarás, Nice, ahora,
Y que otra engañadora
Es fácil encontrar.

Vuelve á mi pecho agitado
La paz, Nice, y tu favor,
Que cuanto canté irritado
Recantar quiero de amor.

Si Metastasio, agitado
Logró de Nice el favor;
A quien nunca te ha irritado
¿Negarás Malvina amor?

PALINODIA

Á NICE

Perdona mis engaños;
El amor, cara Nice,
De un amante infelice,
Es digno de piedad.
Estar libre de daños
Jactóse el alma mía;
Mas ya como solía
Ni aun sueña libertad.

Finge de mis ardores
Tranquilo haber quedado,
Para que asi el enfado
No descubriese amor:
Mas, mude ó no colores
Con solo oir nombrarte,
El pecho sin mirarte
Me late de temor.

Ya despierto y te veo
No solo en sueño intenso

Pues cuanto veo pienso
Que se transforma en tí,
Produce mi paseo
Pena, si estás ausente,
Placer si estás presente,
Y hasta delirio en mí.

Cuando de tu hermosura
No hablo, disgusto siento:
Sin ti placer no cuento,
Todo me hace enfadar:
Tengo por tal ventura
Enmendar mi desvío
Que al mismo rival mío
De tí le suelo hablar.

Ponme el semblante airado
Hablame en tono humano,
Yo me defiendo en vano
De tu ira ó tu favor:
Que en todo acostumbrado
Al dulce imperio tuyo
De toda idea huyo
Que no me inspire ardor.

Todo goce es disgusto
Si no te he complacido
Lo que no te he debido,
Contigo me da gusto
La selva, el monte, el prado,

Y todo me da enfado
Como tú allí no estás.

No solo cara prenda
Tu me pareces bella,
No solo eres aquella
Nice sin parangón,
Sino que (aún cuando ofenda),
En cualquier otro aspecto,
Es para mi un defecto
Lo que en ti perfección.

No rompí las cadenas,
Que en vano (lo confieso)
Intenté aquel exceso,
Pues me creí morir.
Ay! por salir de penas
Toqué, mayor abismo;
Ya ni intentar lo mismo
Podría yo sufrir.

El jilguero con liga
Alguna vez cogido
Las plumas ha perdido
Queriéndose escapar.
Más su inútil fatiga
Sus prisiones renueva,
Y cuanto más lo prueba
Más se hace aprisionar.

No, yo no quiero extinto
En mí el antiguo fuego,

Que aunque lo digo, luego
Ya no lo quiero yo.
Hablar locuaz instinto
A todo amante alienta,
Más mientras su amor cuenta
La liama no pasó.

De Marte el ardimiento
En la lid que ha pasado,
Detesta allí el soldado;
Mas vuelve á la señal
Por costumbre, contento,
El esclavo, y sin pena,
Vuelve así la cadena
Que antes creía un mal.

Hablo más siempre hablando
Hablar de tí procuro;
Yo nuevo amor no curo,
Solo si fé me das.
Hablo, y después demando
Piedad de mis razones,
Do quiera que te pones
Mandándome allí estás.

A quien no es inconstante,
Aun veo tan sincero,
¡Ay! á su amor primero,
¡Ay! vuelve á consolar
Arrepentido amante
Soy, bella Nice, ahora,

Y una alma engañadora
En mi no has de encontrar.

Vuelve á mi pecho agitado
La paz, Nice, y tu favor,
Que cuanto canté irritado
Recantar quiero de amor.
Si Metastasio, agitado
Logró de Nice el favor,
¿A quien nunca te ha irritado
Negarás Malvina amor?

LA PALOMILLA AUSENTE

Amable Citerea
Madre de los placeres,
Por quien todo respira
Y sin quien todo muere;
Que con mayor cariño
Amparas y proteges
Los seres más sensibles
Más tiernos y más fieles;
Que en tu carro de nacar
Sobre todo prefieres
Las mansas palomillas
Que ufanas te preceden;

«De un infeliz palomo
« Las penas compadece
« Y vueve á su nido
« Su palomilla ausente ».
Nacido entre las selvas
Arisco vivió siempre,
Por el sombrío bosque
Y por el prado verde,
Sin sujetarse á nadie,
Ni de amor á las leyes,
Triscaba entre las aves,
Como el céfiro leve
Lo hiciera entre las flores
Que jugueteando mece:
Alguna vez quedose
En los sitios alegres
Con varias palomillas
Gozando los placeres
Que en alternados trinos
Y en juegos inocentes
La sociedad amable
A todos nos ofrece;
Hasta que al fin, Cupido,
Cuyas flechas mil veces
Burlara aquel palomo,
Cogióle con sus redes.
Una hermosa paloma,
De improviso, el aleve,
Le presenta delante,
Que atónito le deja.

Los ojos son centellas
Con un juego celeste,
Cuyas modestas gracias
Animan, hablan, hieren.
Las plumas del contorno
Al oro en nada ceden;
El delicado pico
Ambar y rosas tiene;
El torneado cuello
Es más blanco que nieve,
Y á sus mismas rivales
En todo les parece
Más gallarda que Juno,
Más tierna que Citeres.

Perdona madre mía,
Si el numen encarece
Los dones de que abunda
La palomilla ausente,
Contemplala el palomo
Confuso, humilde, y teme,
Dirijirla un arrullo
De que tal vez se ofenda:

Pero astuto, Cupido,
Le instiga y compromete:
El palomo se aleja,
Da mil giros y vuelve,
Y suspira, y al cabo,
Con la esperanza crece

El animo, y temblando
Le dice que la quiere.

Ella recibe atenta
Obsequios que merece,
Más del amor la llama
En su pecho no prende.
Rendido aquel le jura
Y de nuevo promete,
Fidelidad, cariño,
Constancia hasta la muerte.

La paloma al principio
Las promesas no cree,
Mas casi persuadida...
¡Ay, cielos! de repente
La arrebata Cupido
Y las espaldas vuelve.
El infeliz palomo
Desconsolado hiere
El suelo con sus alas,
Y al contorno conmueve
Con sus tiernos gemidos
Que repiten mil veces:
«Volvedme, justos cielos,
Mi palomilla ausente.»

Ya se figura triste
Que jamás á ver vuelve
Su adorada paloma,

Y que ésta el aire hiende
Tirando de tu carro,
Oh diosa de Citeres,
Del palomo olvidada,
Entre el cortejo alegre.
« Amable Citerea.
« Madre de los placeres »
Si valen de un poeta
Las súplicas y preces,
De un poeta que es tuyo,
De un poeta que siente
El rigor de la ausencia
Pero que no se atreve
A pedirte le vuelvas
A su Malvina ausente,
Pues, aunque tu la mandes,
A tu culto rebelde,
Ninfa que no ha seguido,
Jamás tus dulces leyes,
A tus mismos preceptos
Sería indiferente;
Si valen, madre mía,
Mis súplicas y preces,
« Al infeliz palomo
« Que de pesar fallece,
« Vuélvele condolida
« Su palomilla ausente.

LA PRETENCION POR DESPEDIDA

SONETO

Hércules domador del monstruo fiero
Por Dejanira en puro amor ardia;
Y la ninfa cruel le respondía
« Ser no puedo sensible á un Dios viajero ».

—¡Ingrata! si tu amor fuera sincero,
¿Cómo negarme aquel placer podrías
Con que premia la noble simpatía
Las ansias de un amante verdadero?

—Dijo Alcides, y aun antes que la aurora,
Proseguir le obligara su camino,
Gozó el Dios de la ninfa encantadora;

¡Y yo porque me voy, fiero destino,
Cuando mi pecho á Tirsi bella adora!
¡No he de probar de aquel placer divino!

JUAN GUALBERTO GODOY

DELICIAS DE LA VIDA CAMPESTRE

Deja el mullido lecho,
Lisis graciosa y bella,
Que en el cielo una estrella
No centellea ya;
Tras de la onda azulada
Del mar del occidente,
De la luna fuljente,
El disco oculto está.

Orillas de esta fuente
Sonora y cristalina
La brisa matutina
Ven, Lisis, á aspirar:
Verás mis cabritillos
Triscar por las laderas,
Y mis mansas corderas
Alegres retozar.

De flor en flor vagando
Verás las mariposas,
Y entre aromas y rosas
La abeja voltejear;
Oirás entre el follaje
Blandamente mecido,
Del céfiro el gemido
Que allí viene á espirar.

Bajo los bosquecillos
Que guarnecen la entrada
Del valle, Lisi amada,
Allí te esperaré,
De lindas minituzas
Que esmaltan esta falda
Tejeré una guirnalda
Que á tu sien ceñiré.

Mi cabaña aunque pobre,
Siempre fresca y aseada,
Por árboles sombreada
Asilo te dará:
Do los rayos solares
A penetrar no alcancen
Do tus miembros descancen
Mientras el sol se vá.

Deja, Lisis, que el rico
Inerte se consuma
Sobre lecho de pluma
En su letal sopor.
Nosotros entre tanto
Gocemos la belleza
De la naturaleza
Con el primer albor.

De las grandes ciudades
El morador ignora
Cuan hermosa es la aurora,
Cuan bello el arrebol

Con que esmalta los campos
La luz de la mañana,
Ese fulgor de grana
Con que los dora el sol.

El no sabe cuan grato
Es sobre las colinas
Las brisas matutinas
Venir á respirar;
Ni conoce el aroma
Que el aire perfumado
Por las flores del prado
Derrama sin cesar.

¿Gustó una vez acaso
El agua de la fuente,
Que pura y trasparente
Lamiendo la raíz
De las variadas plantas
Entre algas se desliza,
Y su orilla matiza
De flores un tapiz?

No, Lisis: solo el campo
Ofrece tales goces;
Tú que no lo conoces
Ignoras su valor;
Ven, gusta estas delicias
Que en el alma no dejan,
Si alguna vez se alejan,
Austero sinsabor.

Solo el campo merece
Tenerte entre sus flores,
Para que á sus olores
Tu aliento aromas dé.
Tú que eres peregrina
Cual la flor del desierto,
¡Cuán místico concierto
Harás donde ella esté!

Los valles solitarios
Crióles Providencia
Para que á la inocencia
Seguro asilo den.
En ellos halla el hombre
Que tímido se aleja
Y el torbellino deja
Del mundo, un nuevo Eden.

El aire emponzoñado
Que exalan las ciudades,
No es en las soledades
Do se viene á esparcir:
Allí el grito doliente,
Allí el hondo gemido
Del mísero oprimido
No se dejan sentir.

Cuando ensañado brama
El toro en la alta sierra,
Y entre nubes de tierra

Envuelve su clamor,
El dolor no le arranca
Su mugido sonoro,
No es la espresión del lloro
La voz, es del amor.

Si gime en la espesura
La tórtola inocente,
No se queja doliente
De que haya el cazador
Con tiro inesperado,
Robádole á su nido
El consorte querido,
Objeto de su amor.

El lujo de los grandes
Que en las ciudades brilla
Aquí no nos humilla
Rompiendo la igualdad.
A la joven hermosa
La salud da colores,
Y el campo bellas flores
Que adornen su beldad.

Infame aquí no mancha
El labio la mentira;
Verdad solo respira
Pureza y sencillez;
Es solo en los salones
Do el cortesano mora

Do lengua engañadora
Hace uso del doblez.

La mano ensangrentada
De un tirano no asusta,
Ni sombría ni adusta
Levanta aqui su faz;
Aduladores no halla
Aquí la tiranía;
Ni vil con osadía
Para ser su secuaz.

Como el aire que suelto
Circula en la llanura
Rizando la verdura
Y meciendo al huir
El espeso follaje
Del bosque silencioso,
Y un éco misterioso
Recoge su gemir.

Asi es, Lisis, el hombre
Que en el campo reside:
Su libertad no mide
Ni la ley, ni el poder.
En medio del desierto,
O bajo su cabaña,
La libertad no extráña
Hoy, que gozaba ayer.

Deja el mullido lecho,
Lisis encantadora,
Que ya los prados dora
El rayo matinal.
El cielo y el desierto
Es la hora en que se anegan
En luz, y que despliegan
Grandeza sin igual.

Ven dulce y tierna amiga,
Ven cándida paloma
A henchir de grato aroma
Tu puro corazón;
Ven rosa solitaria
Del escondido valle,
A donde tu alma no halle
Ni engaño, ni ficción.

En las ciudades queden
Los que gustan de engaños,
Pasen alli sus años
Mendigando el favor
Del poderoso esquivo,
Del intrigante artero,
De adulador rastrero,
De dama sin pudor.

Lima, Enero 17 de 1843.

LAS LLANURAS
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

¡Que bello es en la llanura
El despertar de la aurora,
Cuando con su lumbre pura
Las sábanas de verdura
El sol refulgente dora!

Nada á la vista se ofrece
Que estorbe ver descubierto
El sol que por grados crece,
Y cual gigante aparece
Al extremo del desierto.

Aun no muestra en el oriente
El astro de la mañana
Su gran disco refulgente,
Cuando corona su frente
Una aureola de oro y grana.

Cambia este iris sus colores,
Poco á poco, y desde luego,
Se enrojecen los vapores,
Hasta que el sol sus fulgores
Ostenta en un mar de fuego.

Entonces sobre cada hoja
Del trébol y la gramilla,

El rocío que las moja
Al rayo que el astro arroja
Es un diamante que brilla.

Todo entonce en la llanura
Es magnífico y grandioso:
Mece el aire la verdura,
Todo es luz, todo hermosura,
Todo es bello y misterioso.

No es allí donde el oído
Regala el canto armonioso
Del ruiseñor que escondido
Saluda desde su nido
Al luminar majestuoso

En la sábana espaciosa
No hay un árbol verde ó seco,
En cuya rama frondosa
Gima tórtola amorosa
Y su voz repita el eco.

Pero se vé el cuerno erguido
Del toro que con su planta
Cava el suelo embravecido,
Y á la par de su bramido
Nubes de polvo levanta.

Mas allá se vé corriendo
El potro gallardo y bello,
Que las yeguas va siguiendo,

Y mil corvetas haciendo,
Arquea el crinado cuello.

Allí tropa numerosa
De gamos viene pastando,
Y por instinto medrosa,
La cabeza magestuosa
Levanta de cuando en cuando.

Y si en la inmensa pradera
Se siente leve ruido,
Huye con planta lijera,
Y en su rápida carrera
Marcha el escuadrón reunido.

Acá, cual alto plumero
Que reflexible ondea incierto
Sobre el casco de un guerrero,
Muestra el humo el paradero
Del monarca del desierto.

A su alrededor se miran
En distintas direcciones,
Ginetes que el lazo giran,
Que se acercan y retiran
En sus lijeros bridones.

Un escuadrón de repente
Se vé que formado avanza,
Que denodado y valiente
Con bizarro continente
Cada uno lleva su lanza.

El ojo se fija atento
Y entonce á atrever alcanza
Que este bélico armamento
Es de avestruces un ciento,
Y cada cuello una lanza.

Cuando todo en el oriente
Está calmado y sereno,
Negra nube al occidente
Arroja el rayo fulgente
Precursor de horrendo trueno.

El viento por grados crece
Y silva por la llanura
Que obstáculos no le ofrece,
Y el día cambiar parece
De improviso en noche oscura.

Entonce el cuadro grandioso
Toma un aspecto espantable:
Del luminar magestuoso
Cubre el disco luminoso
Negro velo impenetrable.

Cruzan en vuelo lijero
De patos pardas bandadas,
Del Chajá y el terutero
Se oye el grito plañidero
En voces desentonadas.

Brama el toro en modo extraño,
Da el potro extraños bufidos;

Mientras el manso rebaño
Anuncia inminente daño
En lastimosos balidos.

De un momento á otro momento
Brilla el rayo, y desde luego,
Parece que este elemento
Desciende del firmamento
En una lluvia de fuego.

A contemplar respetuosa
El alma se reconcentra
Esta escena portentosa,
Y la mano poderosa
Del Supremo ser encuentra.

Y entonces toda abismada
En religioso fervor,
Ya le bendice humillada,
O ya se eleva confiada
Hasta el trono del Criador.

La calma se restablece
A la par que el viento cesa,
El sol de nuevo aparece,
Y mas risueña se ofrece
Toda la naturaleza.

A lo lejos se divisa,
Del desierto en la ancha falda,
Un iris que el sol matiza,

Y con sus extremos pisa
Sobre un campo de esmeralda.

Rompe las nubes el viento
Do el iris brilló poco antes
Y en grupos de ciento en ciento,
Por la faz del firmamento,
Cruzan cual fieros gigantes.

Baja el sol al occidente
Y antes de haberse escondido
Cubre una nube su frente,
Cual cortinaje esplendente
Con franjas de oro guarnido.

¡Oh cuán bella es la llanura
De la amada patria mía!
¡Mas que sirve su hermosura
Cuando con su planta impura
La oprime la tiranía!

¡Oh cuánto más dulce fuera
Nacer en país menos bello,
Con tal que de él no tuviera
Que huir á tierra extranjera,
O llevar de esclavo el sello!

Mas ya que á esta alternativa
Me ha condenado el destino,
Conservaré mientras viva
Un alma fuerte y altiva
Digna del hombre argentino.

Santiago de Chile, Julio 19 de 1841.

PENSAMIENTOS SOBRE LA AMISTAD

DEDICADOS Á D. MAURICIO RUGENDAS

La vida es mar tempestuoso
De mil escollos cubierto,
En donde hay un solo puerto
Que ofrezca seguridad:
Es entrada la virtud
A ese puerto de salud,
Y este puerto es la amistad.

Más de una soberbia nave
Desafiar tormenta fiera
Ví, con desden altanera,
Este puerto despreciar;
Arreció su furia el Noto,
Y yo ví su casco roto
Hundirse en la onda del mar.

He visto débil barquilla
En el puerto, sin afan,
Más impetuoso huracan
Que esas naves resistir;
Y en más plácido momento,
Tender sus velas al viento
Y su derrota seguir.

Cuando la diosa inconstante
Nos prodiga sus favores,
Los más altivos señores
Disputan nuestra amistad:
Mas si la espalda nos vuelve,
Como el humo se disuelve
Esta mentida lealtad.

Tristes y errantes entonces,
Como el ave de pasaje,
Solitarios nuestro viaje
Tenemos que continuar.
Donde antes la patria fuera
Ahora es tierra extranjera,
Allí no está nuestro hogar.

Mas si en tan fiera borrasca
Vemos una mano amiga,
Que cuidados nos prodiga
Por calmar nuestra aflicción,
A este placer inefable,
No hay un punto comparable
En toda la creación.

La lágrima de un amigo
Cuando el mal nos martiriza,
Bálsamo es que cicatriza
La herida del corazón:
Sus palabras, el consuelo
Que un angel trae del cielo,
En las horas de aflicción.

Aquel seno cariñoso
En que tantas ocasiones
Sus angustias y aflicciones
Mi pecho fué á derramar:
Aquel corazón amigo
Que lloró junto conmigo,
¿Quién lo podrá reemplazar?

Feliz el mortal que alcanza
Que un amigo le dé el cielo,
Mientras que en rápido vuelo
Le arrastra el tiempo tras sí,
Y que las horas amargas
Para el infeliz tan largas,
Acelerar puede así.

Esas horas bulliciosas,
Horas sin repetición,
Horas que en el alma son
De dicha y prosperidad,
Se sienten multiplicarse
Y sabrosas dilatarse
Partidas con la amistad.

Pero si esas mismas horas
Busco y no encuentro al amigo
Que había de partir conmigo
Estas horas de embriaguez,
El tiempo que las acecha
En la eternidad las echa
Y no vuelven otra vez.

Esa mágica atracción
Cuya misteriosa influencia,
En toda nuestra existencia
Se siente con tal poder
Que nos arrastra consigo
A buscar un ser amigo
A quien unir nuestro ser;

Esa atmósfera risueña
En que el alma se duplica
Si á otra alma se identifica
Hasta formar la unidad
De dos almas, de tal modo,
Que entre ambas formen un todo,
Esta es solo la amistad.

Mísero aquel que engañado
Por un rastrero egoismo,
Juzga bastarse á sí mismo
Y desdeña la amistad.
De la fortuna enemiga
Un solo vuelco castiga
Su necia temeridad.

Los bienes que la fortuna
Nos prodiga á manos llenas
Pueden convertirse en penas
Quizás una hora después;
Mas si un amigo nos queda,
Bastante es para que pueda
Tal reves, no ser reves.

¡Triste aquel que de amargura
La profunda copa agota,
Y que el dolor gota á gota
Lacera su corazón
Sin que una lágrima vea,
Que signo expresivo sea
De la agena compasión!

Que si en su agonía busca
Quien sus suspiros reciba
Y con mano compasiva
Sus ojos venga á cerrar,
Solo se encuentra á sí mismo
En el borde de un abismo,
Que imposible es evitar!

Solo en vos grata amistad
Quisiera darnos el cielo
Uu asilo sobre el suelo,
Un puerto de salvación,
A do ningún mal alcance,
Y donde su paz afiance
Siempre, siempre, el corazón.

Santiago de Chile, Octubre 17 de 1841.

LA PALMA DEL DESIERTO *

Palma altiva y solitaria
Que en los bosque te presentas,
O en agreste falda ostentas
Tu gigante elevación,
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje,
¿Es, acaso, tu lenguaje,
Es tu idioma, es tu expresión?

Respondes, quizá, y no entiendo
Tu respuesta, palma bella,
Por mas que quisiera en ella
Lo que dices comprender.
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ay, no puedo, satisfecho,
Tus palabras entender!

---

* *Señor don Carlos Bello:*

Mi querido amigo.

Era muy joven cuando ví por primera vez una palma, y á pesar de haberme hecho la mas profunda impresión su vista, nunca se me había ocurrido cantarla. Ahora lo he hecho; no sé si al dejar correr mi imaginación he llenado mi objeto; pero sea como fuere, le ruego me permita dedicar estos recuerdos de mi primera edad, á la amistad con que Vd. tiene la bondad de honrarme; que aunque recién nacida no por eso deja de tener ya raíces muy profundas en el corazón de su afectísimo amigo.

Q. B. S. M.

JUAN GODOY.

De tus abanicos verdes
Por el céfiro movidos
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque, ¿que es la voz humana,
Si palabras articula,
Sinó el aire que modula
El hombre, con precisión?

Si él espresa en sus palabras
Ideas y pensamientos,
¿Quién sabe si tus acentos
Ideas no son también;
Ideas que tú, á tu modo,
Expresas en tu lenguaje,
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaiven?

Pero, sea lo que fuere,
Bástame á mi, para amarte,
Tan gallarda contemplarte,
Tan altiva y tan gentil;
Más sabiendo, que á las naves,
Do truena el bronce oradado,
Jamás una tabla has dado,
Ni á una lanza duro hastil.

Por tí ningún pueblo llora
Los males de la conquista;
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.

Al contrario, al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida
Es buscar una querida,
Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
De flores el campo inunda,
Tu cáliz no se fecunda
Si compañera no vés;
Pero si otra copa erguirse
Divisas á la distancia,
Racimos en abundancia
Se desgajan á tus pies.

Alzarse graciosa he visto
Más que el pino tu cabeza,
Y ostentar su gentileza
A orillas del Paraná;
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamás al pichón querido
Tu altura le ha sido infiel:
Cuando sus alas implumes
No puede tender al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

¡Ah! si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el cefirillo acaricia
Tu verde copa al pasar;
¡Cuán dulce, cuán delicioso
Es quedarme allí dormido,
Al son del blando gemido
Que repites sin cesar!

En tí la imagen admiro
Del angel que es mi tesoro,
De la bella que yo adoro
Tú me das la copia fiel
En ese tallo gallardo
Con que se engalana el valle,
De su delicado talle
La redondez veo en él.

La fragancia de tus flores
El aroma es de su aliento,
Que al acercarme á ella siento
Perfumar su alrededor,
Y embriagado al aspirarlo
Es tan dulce su incentivo,
Qne si entonces sé que vivo
Es porque muero de amor.

Cada ramo de tu copa
Que sombrea el tronco bello,
Un rizo es de su cabello
Que el cuello viene á sombrear,

Y los racimos do escondes
Linda palma, tu simiente,
El blanco pecho turgente
Me parecen diseñar.

¡Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa,
Ojalá que magestuosa
Tu tronco eleves galán;
Sin que roedor gusano
Haga de oradarlo ensayo,
Sin que lo consuma el rayo,
Ni lo quiebre el huracán!

Otra fortuna no envidio
Que descansar á tu sombra,
Bajo la olorosa alfombra
De trébol que hay á tu pie.
No importa que sepultura
En la bella patria mia
Me niegue la tiranía,
Con tal que á tu lado esté.

Lima, Mayo 25 de 1848.

SONETO

En los días floridos de mi vida
Mil sueños de placer y bienandanza.
Circundaban mi lecho, y mi esperanza
Verdades los tornaba, fementida.

Destruyeron los años, en seguida,
Mi juvenil y estúpida confianza;
Huyó con mis ensueños la bonanza,
Y mi esperanza los siguió en su huida.

Hoy todo es realidad, y ¿que ha quedado
De lo que en otro tiempo me halagaba?
Un cuerpo envejecido y descarnado;

Un fastidio mortal que no se acaba;
Un corazón marchito y ulcerado;
Un no más esperar lo que esperaba.

Santiago de Chile, Abril 15 de 1849.

Á UNA DESDEÑOSA

(IMITACIÓN DE FRAY LUIS DE LEÓN)

Ese cuello tan erguido
Que el yugo de amor desdeña
Lo he de ver que se domeña,
Y tira el carro á Cupido.
Sé ingrata cuanto quisieres,
Mas no esperes,
Negándome tu favor,
Burlar por eso al amor,
Aunque vayas donde fueres.

Cuando torne el tiempo aleve
Los negros rizos que hoy viste
Tu cabeza en campo triste
Cubierto de blanca nieve;
Cuando en la tersa mejilla,
Sin mancilla,
Tirante, mórbida y fresca
La fea arruga aparezca
Do ahora la rosa brilla;

Cuando el rayo penetrante
De tus ojos anublado
Cada pecho halle cerrado
Porque ya no es tan punzante;

Entonces verás, señora,
Que la hora
De tu poder ha pasado
Y que tu sol ha llegado
Al punto opuesto á su aurora.

Cuando en tu nevado pecho
Las esferas de alabastro
Dejen solo ver el rastro
Del estrago que el tiempo ha hecho,
Sentirás que pereció,
Y acabó,
Cual lluvia de primavera,
Esa hermosura altanera
Que á tantos tormento dió.

Cuando tu planta lijera
Pierda su garbo y soltura,
Y que errante y mal segura
Tropiezos halle do quiera;
En vano te empeñarás,
Más y más,
En buscar amante entonces,
Pues solo pechos de bronce
Triste Celia encontrarás;

Cuando el objeto que adores
Desprecie tu humilde ruego,
Y que de tu amor el fuego
No sienta, por más que llores,

Sabrás cuanto dolor cuesta
Y molesta,
Querer y no ser querido,
Y sentir lo que he sufrido
Por tí en situación como esta.

Por fin cuando cada año,
Cada hora, cada momento,
Te traiga un nuevo escarmiento
Tras un nuevo desengaño,
Entonces dirás, pluguiera
Que volviera
La belleza que he perdido,
O que en el tiempo que ha huído,
Como ahora, amor tuviera.

Mas ya que lloras, Celia mía,
Y me llamas tu enemigo,
Porque la verdad te digo
De lo que será algún día,
No hagas, Celia, algún desliz
Que en un triz
Está todo de ser nada,
Si es que de plata sellada
Te puedes dar un barniz.

Santiago, Mayo 19 de 1839.

EL SUICIDA Y SU PUÑAL

Puñal, ¿para que te quiero?
¿Qué haces ocioso en mi mano,
Si no puedo, todo entero,
Sepultar tu agudo acero
En el pecho del tirano?

¡Ah, si posible me fuera
Hacer que su pecho odiado,
De tu hoja el frio sintiera!
¡Oh puñal afortunado!
Por líneas te introdujera.

Cuando por tu hoja mi mano
Sintiese las convulsiones
De aquel corazón villano,
Y á tu contacto el tirano
Hiciera mil contorsiones:

Entonces, puñal querido,
Mi mano acariciaría
Tu pomo negro y bruñido,
Mientras el feroz bandido
Luchaba con la agonía.

Y cuando viese esparcida
La palidez de la muerte
Sobre su frente fruncida,

E incierta buscar la herida
Su mano torpe é inerte,

De su pecho te arrancara
Destilando sangre roja,
Y al pueblo te presentara
Para que leyese en tu hoja
Que hubo ya quien lo vengara.

¡Pero ay, mi lindo puñal,
Este es un vano delirio!
Mi patria sufrirá el mal,
Y su verdugo brutal
Se gozará en su martirio!

¿Y si mi desgracia es tal,
Que infelice, ya no espero
Ver al hijo de Belial
Dejar por tí de hacer mal,
Puñal, para que te quiero?

Mas ya que ordena el destino
Que no pueda por mi mano
Vengar al pueblo argentino,
Tiñendo tu acero fino
En la sangre del tirano:

Ya que mi patria querida
Debe ser el patrimonio
De su propio parricida,
Y gemir envilecida
A los piés de ese demonio:

Y ya, en fin, que he de arrastrar
La miserable existencia
Del proscrito, sin hallar
En ninguna parte hogar
Do fijar mi residencia:

Será, mi lindo puñal,
Tu delgada hoja de acero,
Ese remedio final,
Que sabe curar el mal
Mas insufrible y severo.

Así hablaba, una vez un argentino
En el silencio de la noche umbría,
Y un puñal en su mano relucía
De bien templado acero damasquino.

Calló el cuitado, y en seguida vino
Un estertor que el aire conducía,
A denunciar que la última agonía
Sellaba, en fin, su mísero destino.

Un silencio siguió, no más turbado;
Mostróse luego el sol en el Oriente
De mil grupos de púrpura cercado;

Su primer rayo reflejó en la frente
De un joven, cuya mano no ha soltado
El puñal que su pecho ya no siente.

Santiago, Enero 19 de 1851.

¡VILLANOS TEMBLAD!

!Pasaron, pasaron los tiempos de gloria,
Período sagrado de ilustre memoria;
Cual sombra pasaron sus héroes también!
La trompa sonora de Marte no suena,
El plomo no silva, el bronce no truena,
La patria en peligro sus hijos no ve.

Junín y Ayacucho, del león de la España
Ahogaron en sangre la furia y la saña,
La tierra del Inca vengada quedó,
Allí de guerreros la sangre vertida
De pueblos distintos, quedó confundida
Y el árbol sagrado unida regó.

Allí cada uno dejó con su espada
Escrito su nombre, su patria afianzada,
Patria que lidiando supiera ganar.
¡Entonce á ninguno le vino á las mientes
Llamar extranjeros aquellos valientes
Que patria, venciendo, supiéronles dar!

¡Empero esos tiempos tan bellos han huído!
¡Azañas y nombres sepulta el olvido;
Y en premio los héroes reciben baldón!
Un pueblo de ingratos los ha reemplazado,
Que, cierto, sin ellos yaciera arrojado,
Sumido en el fango de vil opresión,

Con grito insolente se llama extranjero,
Al bravo que supo blandiendo el acero,
El yugo afrentoso valiente romper!
Y aquellos que entonces hubieran temblado
Al ver el semblante de un hombre enojado
Cual perros rabiosos le quieren morder!

¿Do estabaís vosotros cuando ese guerrero
Cubierto de heridas, cayó prisionero,
Después de haber roto su lanza en Junín?
¡Vosotros! cantabais, tal vez, en la orgía;
Mientras que en peligro la patria ese día,
Lidiaba por ella aquel paladín.

¡Y ahora extranjero llamais al valiente,
Que entonces altivo ceñía su frente
De roble y de encina, de fresco laurel!
¡Vosotros que ahora esclavos, villanos,
Besarais la planta de vuestros tiranos,
Y siervos abyectos murieraís sin él!

¿Qué hazaña, qué nombre, qué proeza, qué gloria,
Miserables disteis, que cuente la historia?
Ninguno, ninguno la fama cantó.
Esclavos sumisos de España vivieron,
En tanto que aquellos que patria les dieron,
La sangre vertían que patria les dió.

Callad, miserables, callad que la envidia
Con todo su encono y artera perfidia
No puede en tal héroe echar un borrón,

Hondas cicatrices que el tiempo respeta
La fama aseguran del ínclito atleta,
Su timbre son ellas, su diploma son.

Callad, miserables, callad, insensatos,
No á mas de cobardes paseis por ingratos;
Guardad en secreto la envidia, el rencor;
No echeis en la frente del viejo guerrero
Inmunda saliva; mirad que su acero
Aun guarda sin mancha su antiguo esplendor.

Mirad que aun le ciñe el mismo soldado
De indómito pecho, de brazo esforzado,
Que el golpe primero dió siempre en la lid;
Temblad, si la injuria le inspira venganza,
Si brilla en su mano la fúlgida lanza,
Y cuenta os demanda el bravo adalid.

Lima, Agosto 17 de 1843.

LA BEATA

A mi no me engañas, Juana,
Porque á beata te has metido:
Pues de mujer tan liviana
Como yo te he conocido,
No se hace buena cristiana.

De Marias Magdalenas
Pasó el tiempo; ¡picarona!
Ni se hallan á manos llenas
Margaritas de Cortona,
Aunque hay beatas por centenas.

¿Y no he de estar admirado
Y muy sorprendido, Juana,
Al ver que te has embeatado
De la noche á la mañana,
Siendo de cuarto alquilado?

Pégala, si es lo que quieres,
A hombres de buenas creederas,
Persuadiéndoles que no eres
Lá que ha pocos días eras
Entre las malas mujeres.

Pero á mí, Juana, no intentes,
Con tu vida mojigata
Y modales penitentes
Persuadir te has hecho beata,
Por que te diré que mientes.

De iglesia en iglesia vas
En busca de confesores,
Porque acostumbrada estás
A variar de directores
Para poder pecar más.

¿Crees que ha de santificarte
Tan conitnuo confesar?

No tener de que acusarte
Es lo que debes cuidar,
Si deseas enmendarte.

Pero confesar ahora
Haber hecho algún pecado,
Y antes de pasar una hora
Del vicio que has confesado
Volver á ser pecadora....

Es hacer del Sacramento
Un rídiculo juguete;
O tener el torpe intento
De dar á Dios un moquete,
Y contentarlo al momento.

No solo es irreverencia,
Es sacrílego, mujer,
Hacer de la penitencia,
Una ropa de alquiler
Para la mala conciencia.

A muchos embaucarás,
Juana, con tu beatitud;
Mas no se la pegarás
A Dios, fingiendo virtud
Que no tienes ni tendrás.

¿Sabes? Quiero penetrar
Un secreto que no entiendo,
Tu lo puedes aclarar,

Mas según lo que comprendo,
Juana, te me has de negar.

Tú no tienes plata, Juana,
Hacienda, chacra, ni casas;
¿Cómo es que tan de mañana
Vas al templo y allí pasas
Hasta que te dá la gana?

Allí no vas á coser,
Hilar, ó tejer calcetas;
¿De dónde sacas, mujer,
Una, dos ó tres pesetas
Para vestir ó comer?

Con todo, vistes decente,
Y estás gorda y colorada,
Lo que indica bien que el diente
No pasa sin mascar nada,
Ni el tendero sin que cuente.

¿Dime, mujer del demonio,
Imajinas que harás creer
Al mas simplicio bolonio,
Que tú engordas sin comer
Cuál niño de San Antonio?

Asi pasas la mañana;
Mas luego que las tres dan
Ya estás en el templo, Juana,
Mucho antes que el sacristán
Lo abra ó toque la campana;

Sales de la iglesia fría
Cuando silvan los serenos;
Y luego en la portería
Pasas una hora, lo menos
Y así has completado el día;

Los que así te ven vivir,
Pagar cuarto, usar alhajas,
Razón tienen en decir
Que tú en la cama trabajas,
Y al templo vas á dormir.

Y para ello eres, Juana,
Caricatura de Roma
Viciosa cuando pagana,
Inmoral cuando cristiana,
Y no creas que esto es broma.

De broma entiendo yo jota,
Si crees que de eso se trata;
Te lo advierto, pero nota
Que pasar de p... á beata
Es colgarse en la picota.

Todavía es tiempo, Juana,
De que tal vida abandones:
Oye misa de mañana,
Vé el domingo á las funciones,
Y trabaja en la semana.

Así lograrás dos cosas:
Pasar por mujer honrada,

De costumbres laboriosas,
Y tener vida ajustada
A las reglas religiosas.

Pero estar repantigada
El día entero en la iglesia,
Y Dios sabe en que ocupada,
Vida es rídicula y necia
Para quien no tiene nada.

Bueno es que tengas presente,
Que Dios no le dijo á Adan:
Orarás continuamente,
Sinó, ganarás el pan
Con el sudor de tu frente.

Así quedó establecida
La moda de trabajar
Para ganar la comida,
Y prohibido el petardear,
Para mantener la vida.

No creas al monigote
O al ocioso monacillo
Que diga soy Hugonote,
Que hablo así, porque soy pillo,
Y escomulgado herejote;

No, Juana, la religión
Y la virtud cada día,
Marchan á su perfección:

La tuya es hipocresía
Que no tendrá remisión.

Y advierte que la sotana
Que tal vida te aconseje,
Igual razón tendrá Juana,
Para llamarme á mi hereje,
Como á tí buena cristiana.

Santiago, Setiembre 11 de 1852.

MI PROGRAMA *

Desde ahora quiero entrar
En cuentas conmigo mismo,
Por si llego á gobernar,
Y mi cuenta he de sacar
Aunque tachen de cinismo
Mi manera de contar.

Ea pues, manos á la obra,
No perdamos tiempo en vano,
Que al pobre y al soberano
Jamás el tiempo les sobra
Como al sud americano.

* «El Constitucional de Mendoza» núm. 330.

Entraré pues en materia,
Sin rodeos ni escapadas,
Porque andar con agachadas
Me parece una miseria,
Propia de almas mal templadas.

La política es en suma
El arte de gobernar;
Pues bien, la he de examinar,
He de meterle la pluma
Y ver lo que puede dar,

No en bambolla ni en honores,
Porque esa es paja picada,
Sino en moneda sellada
Y en efectivos valores,
Lo demás no vale nada.

Darame dinero y fama
Esta empresa singular,
Si á este examen puedo dar
El carácter del programa
Con que yo he de gobernar.

Yo al menos así lo espero,
Pero si, mi tal programa,
Tan solo me ha de dar fama
Y no me ha de dar dinero,
Llévese el diablo mi trama.

¿La política, qué importa
Cuando nos da de comer,
Casa, estancias y mujer,
Y á la larga ó á la corta
No nos viene á enriquecer?

Política que se vá,
Solo es para los simplones,
Que suplen los pantalones
Poniéndose chiripá,
Y jamás tienen calzones.

En los veinte años pasados
La cosa no anduvo así;
Que á muchos que conocí
Pelados y muy pelados,
Hechos chiche despues ví.

Y no es decir que robaron,
Según mi cuenta analítica;
Sinó que, de la política
Los tales se aprovecharon,
En lo que no cabe crítica.

Pues mucho más he de hacer
Que aquellos que hicieron más:
Los he de dejar atrás,
Y todo el mundo ha de ver
De lo que yo soy capaz.

A bien que si un ventarrón
De mi puesto me hace á un lado,
No habrá ningún desalmado
Que pida devolución,
Y lo apañado, apañado.

Que los pueblos sufrirán
Me lo enseña la experiencia,
Porque tanta es su paciencia,
Que si de azotes les dan,
Los toman por penitencia.

¿Qué ha sido antes, en sustancia,
La república Argentina?
Lo diré sin repugnancia:
Cada provincia una estancia,
Y cada estancia una mina.

Y si á mi me toca ser
Alguna vez estanciero
¿Por qué no he de ser minero,
Y por lerdo he de perder
La ocasión de hacer dinero?

Los que la echan de modestos,
De patriotas y de honrados,
Son unos diablos menguados,
Que subiendo á buenos puestos
Mandan y salen pelados.

Mas si el hombre de talento
Estos títeres maneja,
Estaca en pared no deja,
Ni piedra sobre su asiento;
Y á todos los empareja.

Elementos he de crearme
Para marchar á mi objeto
Con un éxito completo,
Sin que alguien pueda estorbarme
Llegar donde me prometo.

Los medios que yo emplearé
Para tener servidores
Y buenos sostenedores,
Serán, ser de buena fé,
Caporal de expoliadores.

Dejaré que cada empleado
Pueda esplotar su destino
Y desnudar al vecino,
Sin temer ser acusado
De ladrón, ni de asesino.

Los bobos me ganaré
Fundando fuertes y villas,
Y edificando capillas,
Cuidando que crean, que,
Se pagan á mis costillas.

Y aunque un centavo no emplee
De mis haberes en esto,
No es fácil que haya un molesto
En la sala, que desee
Se me exija presupuesto.

Así quedará cubierto
Todo el gasto que haya habido,
Y el mas leido y escribido
Cuanto es no sabrá de cierto,
Ni de que caja ha salido.

Haré que los ciudadanos
Entren todos á ejercicios
Para corregir los vicios,
Y que por bienes mundanos
Dejen de hacerse perjuicios.

Y mientras cada uno es santo,
Y se ocupa en obras pías,
Siquiera por quince días,
Nadie me estorbará, en tanto,
El hacer yo de las mias.

Así, al mismo tiempo que hago
Sin estorbos mi negocio
Y á la religion me asocio,
Guardo para echar un trago
Y comer bien en el ocio.

Yo formaré compañías,
Para introducir ganado:
El gasto lo hará el estado,
Las ganancias, serán mías,
Y hasta el capital empleado.

Caballos para el arreo,
Los vecinos los darán;
Algunos los cobrarán,
Pero, aunque parezca feo,
Otra vez no los verán.

Todo el pasto necesario
Para engordar esta hacienda,
No buscaré quien lo venda:
Lo pediré al vecindarío,
Y que la cuide y la atienda.

Si de mi familia alguno
Me propone cambalache,
No haya miedo que me empache,
Yo le daré tres por uno,
Y haré que se le despache.

Mas si otros me piden dos
Por un animal de grasa,
Diré, la hacienda está escasa;
Y aunque me clamen por Dios,
Le daré tres al de casa.

A estos arbitrios sencillos,
Que dan clientela y dinero,
Agregarles otros quiero,
Que me llenen los bolsillos,
Solo y sin un compañero.

Mantendré una guarnición
En los fuertes permanente,
Y yo haré la provisión
De vestuario y mantención,
Aunque la tropa reviente.

Y como á nadie le toca
Hacer este negocito,
A muchos, por lo bonito,
Se les hará agua la boca
Por hacerlo, pero, chito...

Y no hay que andar con bullangas,
La cosa ha de ser así,
Porque, yo, entre el y *mí* el *tí*,
Sea por faldas ó mangas,
Me decido por el *mí*.

Una partida de juego
Con carácter oficial,
Es un rico mineral
De plata, con que muy luego
Podré reunir un caudal.

Todo consiste en el modo
Con que la cosa maneje
Para que á salvo me deje
Meter el brazo hasta el codo,
Y que á todos empareje.

Si pierdo, debe jugarse
Hasta haberme desquitado;
Pero cuando haya ganado,
Podrán todos levantarse
Cuando me haya levantado.

Ya se podrá comprender,
Que con tal procedimiento,
Es de apostar uno á ciento
A que no puedo perder,
Y que es bueno el pensamiento.

¡¡Los diezmos!!... esa es manada,
Mistela con bizcochuelos;
Eso es chupar caramelos;
Hallar la breva pelada;
Eso es miel sobre buñuelos.

Siendo yo gobernador,
Y habiendo al remate entrado,
Estoy bien asegurado
De ser el rematador
Sin que nadie haya pujado.

No habrá malos pagadores,
Porque cada decurión
Hará la recaudación,
Para que los labradores
No intenten ocultación.

Siendo juez el que recaude
Y siendo yo su fiscal
Será el recaudo cabal;
Y cuidado que haya fraude
Siquiera de medio real.

En cuanto á la cuatropea,
La masa se contará,
Y el diezmo se sacará
De lo que la masa sea,
Y el fraude se evitará.

Por cualquiera triqui-traque,
¡Zás! una contribución,
Y la orden al decurion
Que sin remisión la saque,
Bajo de multa y prisión.

Y si de caballos es,
Deberán ser escogidos,
Gordos de talla y fornidos,
Sanos de lomos y piés,
Y además bien parecidos.

Llega el momento de enviarlos,
A los fuertes y cantones,
Y entonces por mancarrones
Se cambian, para librarlos
De pícaros y ladrones.

A más se logran dos cosas:
Tener las fuerzas montadas,
Y vender yo caballadas
Gordas, sanas y famosas,
Que serán muy bien pagadas.

Si una provincia pastora
Me tocare gobernar,
Entonces es otro cantar:
La situación se mejora
Y más se puede luchar.

Ya verán que no me empapo
En materia de adquirir;
A la Sala iré á pedir
Ocho mil leguas de campo,
Y las he de conseguir.

Porque, en esto de las Salas,
He llegado á colegir
Que, no sabiendo elegir,
Todas las Salas son malas,
Porque saben resistir.

Pero cuando la elección
Se hace con algún talento,
Es la Sala un instrumento
Que da la autorización
Para hacer de una hasta ciento.

¡Que agradable será andar
De estancia en estancia, meses,
Y vender á los ingleses,
Sin dejar de gobernar,
Los cueros de cien mil reses!

Y si llegare á faltar
Ganado para el completo,
Tirar al golpe un decreto
Prohibiendo á todos matar,
Hasta salir yo de aprieto.

Lo mismo es si saladero
Tuviere yo establecido,
Y estando comprometido,
Que baje el ganado quiero
Para no verme afligido.

Prohibo entonces trabajar
En todo otro saladero
Que el mío, y sacar un cuero,
Ni aun para hacer un hijar,
O carona un estanciero.

Como con tal prohibición
Ningún estanciero mata,
El que necesita plata
Viene á hacer proposición,
Y por lo que ofrezco trata.

Con solo estas arterías
Basta para enriquecer,
Porque así vienen á ser
Todas las estancias mías,
Sin tenerlas que atender.

Solo queda cierto punto
De la política usual
Sin tocar, y sin el cual,
De mi programa el conjunto
No quedaría cabal.

Este es el de mi familia,
Esa fuente de placer
En que el goce y el deber
Se confunde y se concilia
Entre el hombre y la mujer.

Y para que mis tareas
Tratadas con mano diestra
Puedan dar perfecta muestra
De los designios é ideas
Que he lanzado á la palestra

Y para que todos sepan
Como irán mis procederes
En materia de mujeres,
Y que dudas no les quepan,
Los reduzco á caracteres.

En materias femeniles
Echaré también el resto,
Sin tapujos, ni pretesto,
Puesto que en las varoniles
Dejo el pabellón bien puesto.

Imitaré á los romanos,
Sin detenerme en pamplinas,
Y todas las argentinas
Que pueda haber á las manos,
Serán, para mi, Sabinas.

El más ridiculo tuno
De cuantos me ha precedido,
Tres, cuatro, seis ha exhibido
En público, sin que alguno
Se diese por ofendido.

Y si á gritar llegaron,
Lo hicieron tan en secreto
Y de modo tan discreto,
Que ocasión no presentaron
De tocarles el coleto.

¡Y los pueblos recibieron
Este ejemplo, sin chistar
Los curas, ni predicar
Contra los que así supieron
Su grey escandalizar!

Esos mismos curas, antes,
Llenos de celo divino,
Proclamaron libertino
Al que tuvo en sus estantes
La biblia sin Belarmino.

¿Por qué toleró aquel mal
Sin resollar el pastor?
Por que era gobernador,
O era el Señor general
El escandalizador.

Pues menos no quiero ser,
Siendo también gobernante:
Tendré diez, si esto es bastante,
Y ciento si es menester,
Sin que ninguno se espante.

Así se puede vivir,
Así se puede mandar,
Y gozando, preparar
Un regular porvenir,
Exento de mendigar.

En fin, no por ganar fama
Doy en una obra didáctica,
Como en un manual de táctica,
La espresión en un programa
De mi política práctica.

Y si es que á mi diligencia
Ayuda un poco la suerte,
No me ha de cojer la muerte,
Sin poner en evidencia
Lo que mi programa advierte.

Entonces he de cantar
En un arpa bien templada
Y con voz muy entonada,
La copla que he de dejar
Al fin de estas consignada.

Aprended flores de mí
Lo que va de ayer á hoy:
Ayer era un tararí,
Ved hoy la altura en que estoy,
Y que maravilla soy:
Aprended flores de mí.

Mendoza, Enero 30 de 1853.

EPÍGRAMA

Dice Dolores que siente
Un muslo un poco achacoso,
Y que un médico famoso
Dice ser reuma inocente;
Mas su vecino asegura,
Que el dolor le ha resultado
De un caballo mal domado
Que le dió su tío el cura.

¿A quien debemos creer,
Al doctor, ó á la vecina?
Dice aquel que en medicina
Es profundo su saber;
Mas la vecina asegura,
Que del cuarto de Dolores
Ha visto en paños menores
Salir á deshora al cura.

EPÍGRAMAS

I

Decíale muy formal:
—Tengo que salir á viaje,
Acomoda mi equipaje—
A su esposa un federal;

Y en el tiempo que tardó
En ponerle piedra á un rifle,
La mujer le acomodó
Una baraja y un chifle,
Y con eso se marchó.

II

No hay mujer más hacendosa,
Dice don Zoilo, que Pepa,
Y es preciso que él lo sepa
Porque al fin Pepa es su esposa.
De sus cascos esta idea
Ni el demonio le levanta;
Ni de Pepa en la garganta
Los signos de su tarea.

III

Todo aquel que mira en vos,
A un tiempo, cara y cabeza,
Al punto á dudar empieza
Si son de un tiempo los dos.
Si en la cara puso Dios
Los signos de la vejez,
El peluquero, niñez
A la cabeza le ha dado,
Y desmentir ha logrado
Las arrugas de la tez.

IV

Se nos desmaya Mercedes
Cuando ve una lagartija

Asomar en una endija
De las que hay en las paredes;
Mas de esto lo que disgusta,
Es ver que en su propio cuarto
Abre su cueva un lagarto,
Y Mercedes no se asusta.

V

De cuarenta y cinco pasa
Doña Tomasa, y se irrita
Si en lugar de Tomasita
La llama alguno Tomasa;
Mas es un necio prurito
El que le roba el sosiego,
Cuando la fecha del pliego
La lleva en el sobre escrito.

VI

De su edad en los cincuenta
Toca ya doña Martina,
Pero con todo imagina
Poner solo quince en cuenta.
Si en público se presenta,
Es tomando la actitud
De la tierna juventud
Que los colegios frecuenta;
Pero aquel que toque ahora
El cráneo de don Miguel,
Señales hallará en él
De la edad de su señora.

SONETO CON ESTRAMBOTE

¿Quien al ver tu color aceitunado,
Que no fué por el sol ennegrecido,
Podrá creer que linaje esclarecido
Ha producido un ente tan tostado?

Predicarás en vano, entusiasmado
Por ilustrar tan solo tu apellido,
Que marqueses y condes han vivido
Que el renombre llevaron de *delgado.*

No probarás con eso no ser broza
Salida de indecentes muladares,
Aunque te empeñes en probar tal cosa.

De Leivas, de Manriquez y Aguiláres,
Ponces de León y Hurtados de Mendoza,
Conozco yo centenas de millares;

Pero quiero Mariano que repares,
Que los Leivas y Ponces que he contado,
Son de Leivas y Ponces los lunares,
Canalla de quien nadie se ha cuidado.

Á LA BANDERA ARGENTINA

SONETO

¡Argentinos! Mirad ese estandarte
Que nos abrió á la gloria ancho sendero;
Su vista supo hacer cada guerrero
Más intrépido y bravo que el dios Marte.

A su encuentro fué el león en cualquier parte
Convertido mil veces en cordero,
Y á su sombra forjó el cortante acero
Esta patria, de libres el baluarte.

Le visteis en los Andes tremolando,
Y allá en el Ecuador lleno de gloria
A nuestros enemigos aterrando.

Jurad, si le abandona la victoria,
Que la muerte será, por él lidiando,
El último renglón de vuestra historia.

Mayo de 1823

A LOS
VALIENTES VENCEDORES DE ANGACO

CORO

¡Día grande, de triunfo y de gloria,
De constancia, energía y valor!
Sea eterna tu heroica memoria
Para aquellos que tengan honor.

¿Donde están los feroces esclavos
Del tirano salvaje y sombrío?
¿Donde está su selvático brio,
Do sus huestes soberbias están?
Preguntad á los campos de Angaco
Qué se hicieron sus fuertes legiones,
Donde se hallan los rojos pendones
Signo infame de odioso sultán.

Y en letreros de sangre ese suelo
Y los écos del monte vecino
Os dirán, que el valor argentino
Allí el polvo los hizo morder.
Las pisadas del bruto fogoso
Entre miembros del tronco apartados
Y los huesos doquier hacinados
Del bravo Acha la huella harán ver.

Ya los visteis cual fieros caribes
Con el crimen sus huellas marcar,
Y los campos y aldeas talar
Que lograron sus hordas rendir.
Ya los visteis al hierro homicida
Del rendido entregar la garganta,
Y doquiera su bárbara planta
El espanto y la muerte esparcir.

Ya los visteis en pueblos inermes
Insultar con semblante inhumano,
Ya las canas del trémulo anciano,
Ya del niño inocente el candor.
Ya los visteis teñidos en sangre,
En sus viles y odiosas orgías,
De la virgen con manos impías
Mancillar la virtud y el pudor.

Pero el día llegó de venganza,
Y en Angaco un puñado de bravos
A dos mil y quinientos esclavos
Sus delitos hicieron pagar.
Que no hay nada invencible en la tierra
Para el hombre que empuña la espada,
Por vengar á su patria ultrajada,
O un tirano feroz castigar.

¡Sacro campo de Angaco, que fuiste
Noble teatro de justa venganza,
Do la fúlgida espada y la lanza
Tantos héroes hicieron brillar!

Si en la noche del tiempo futuro
Se escondiese algún día tu gloria,
Con sus rayos el Sol, tu memoria
Cada día sabrá señalar.

Pero aun quedan Oribe y Pacheco
Para oprobio del suelo argentino;
Queda Echagüe, á quien quiso el destino
Por capricho quizás conservar;
Queda Rosas, el bárbaro Rosas,
De las furias aborto funesto,
Todavía sentado en el puesto
De do debe al cadalso pasar.

No habrá patria, renombre, ni gloria,
Mientras monstruo tan bárbaro exista,
Mientras pueda contarse en la lista
De los hombres un solo servil.
En su cueva esos tigres busquemos
Y juremos segar su garganta:
¿A cual hombre su número espanta
Cuando vale cada uno por mil?

A las armas corred. Argentinos,
Que vagais en la tierra extranjera,
Ya tremola la heroica bandera
Que triunfante llegó al Ecuador;
Ya el azul de los cielos y el blanco
A que siempre siguió la victoria,
Nuevos campos señala de gloria
Nuevos días de triunfo y honor.

San Juan, 16 de Agosto de 1841

AL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1842

CORO

¡Loor eterno al gran día de Chile,
Hombres libres del mundo, entonad,
Este día que un pueblo oprimido
Proclamó libertad, libertad!

Con sus rayos el sol matutino
De los Andes las cumbres doraba
Este día, y su luz derramaba
Sobre el triste colono español,
Mas los hijos de Chile en sus horas
Las cadenas de afrenta quebraron,
Y en su ocaso este día alumbraron
Hombres libres los rayos del sol.

Desde entonces las madres no vieron
En el blando regazo dormido,
Un esclavo en el hijo querido
Heredero de eterno baldón.
Ciudadanos felices, en ellos,
Contemplaba cada una contenta,
De una patria feliz y opulenta,
De una grande y gloriosa nación.

No ya el hombre afanoso trabaja
Al arado y los bueyes siguiendo,
Ni la tierra fecunda rompiendo
Riega el surco de ardiente sudor,
Para dar oprobioso tributo
Adquirido con rudas fatigas,
En los haces de rubias espigas,
A insolente y avaro señor.

De las ciencias el templo sagrado
Que antes tuvo cerrada la puerta,
Los chilenos la vieron abierta
Este día de eterno blasón;
Y en el sólio do un tiempo tuvieron
Alto asiento ignorantes virreyes,
Un altar sacrosanto á las leyes
Por sus manos alzó la nación.

Sofocar los visires quisieron
En su cuna á este joven gigante
Que ya el cetro fornido y pujante
Del monarca amenaza romper;
Pero entonces la lanza y la espada
Como el rayo inflamado lucieron,
Y á las huestes de esclavos hicieron
En cien campos la espalda volver.

Concepción, Cuchacucha y el Roble,
Y San Carlos, Parral, Yerbas-Buenas,
Membrillar, y los muros y almenas
De Chillan do el chileno triunfó,

Anunciaron al mundo que no era
El mismo hombre que un tiempo la España
A su antojo con bárbara saña
Como á esclavo infeliz humilló.

La discordia el camino le abriera
Al íbero de Penco á Colchagua,
Y de allí descendiendo á Rancagua,
Impiadosa gran triunfo le dió;
Y hecho dueño de todo, en su encono,
Por doquiera cadalzos se alzaron,
Que al momento en altar se tornaron
Do el patriota la vida ofreció.

Mas un pueblo que libre era entonces
Escuchó del chileno oprimido
El acerbo y profundo gemido,
Y terrible vengarle juró.
Chacabuco y Putaendo le vieron
Descender de los Andes al llano,
Y de un golpe arrojar al tirano
Que al chileno su patria vejó.

Talcahuano, reducto postrero
Del tirano, en la tierra chilena,
Vió en las playas marinas la arena
Inundada de rojo coral;
La Isabel, la Esmeralda, el Callao,
Y de Maipo la heróica victoria,
Frutos fueron de honor y de gloria.

¡Oh gran día! en los fastos de Chile
Será eterna tu ilustre memoria,
Y en tus páginas de oro la historia
Te pondrá su indeleble señal;
Y de edad en edad recorriendo
De los siglos la noche futura,
Otros días de gloria y ventura
Te darán un renombre inmortal!

EL 25 DE MAYO 1849

Este gran día, que otro tiempo fuera
Día de regocijos y contento
Para el hombre nacido en las llanuras
Que ciñe el Plata con su brazo inmenso
Y los Andes gigantes con sus nieves
Soberbios cierran por el otro extremo,
Es hoy para nosotros solamente
Un día de esperanzas y recuerdos,
Un día de amistad, en que proscriptos,
Saludamos la patria desde lejos.

Pasan los años, cual las nubes pasan
Arrebatadas de impetuoso viento,
Dejando trás de sí por do pasaron
De negra oscuridad un denso velo;
Y los hechos ilustres y los hombres,

En este limbo de tiniebla envueltos,
Escondidos quedaran ignorados
O sepultados en olvido eterno.

Si días como el de hoy no los trajeran
Del pasado al presente, para aquellos
Que á la luz de la historia penetrando
En la noche sombría de los tiempos,
De los pocos que el bien ambicionaron
Conocen las tendencias y los hechos,
Y agradecidos, á su vez, entonces
A su virtud consagran un recuerdo.

Quédannos, por fortuna, todavía
Restos preciosos, que respetó el tiempo
Y el cañón enemigo en los combates
De la generación que á nuestro pueblo
En ochocientos diez, en este día,
Dió la primer lección de sus derechos.
Empero, entre aquel tiempo y el presente,
Un período de horror y vilipendio
Se interpone, ¡oh dolor! y de un tirano
La sombra adusta é infernal aliento
Interpuestos también, de aquellas glorias
Solo dejan llegar algún reflejo,
Que nos revela lo que entonces fuimos
Y nos recuerda lo que ser debemos.

Al pensar en la patria que adoramos,
¿Qué argentino no exclama con despecho:

¿Qué se hizo esa nación llena de vida,
Que lanzando doquiera sus guerreros
Orló su frente de inmortal aureola
Y dió la independencia á tantos pueblos?
¿Que es hoy para nosotros esa patria
Que produjo un Belgrano y un Moreno,
Un San Martín, un sabio Rivadavia,
Un Castelli, un Las Heras, un Agüero,
Un Balcarce y un bravo Necochea,
Un Peña, un Monteagudo y otros ciento?
El paraíso perdido es, que lloramos,
Mustia flor que al abrir desecó el hielo,
Y que marchita y encorvada yace;
Libro despedazado por el viento,
Cuyas hojas, dispersas por doquiera,
Lección terrible son para otros pueblos.

Ignorantes colonos de la España,
Respirando las brisas del desierto,
Capaces fuimos de ceñir la espada
Y de blandir la lanza con denuedo
Para triunfar lidiando en las batallas;
Una vez profanado no fué el suelo
De la patria durante la contienda,
Por las legiones del monarca ibero,
Sin que con rudos golpes recibieran
La profunda impresión del escarmiento;
Supimos conquistar la independencia,
Pero para ser libres, inespertos,
La libertad buscamos do no estaba,

Y un tirano salionos al encuentro.
¡De hondo lago de sangre se ha rodeado,
Y de la muerte su instrumento ha hecho!
Empero las ideas no se matan
Como puede matarse un pueblo entero;
Si en un punto, tal vez, la tiranía
A hollarlas llega con su pie de hierro,
En otros mil derriban los tiranos,
Y en repúblicas tornan los imperios.

Veinte años de barbarie se han echado
Sobre el pueblo argentino, mas por eso
No logrará el tirano que lo oprime
Sustraerlo para siempre al movimiento
Que han dado las ideas hoy al mundo:
Su marcha detendrá por algún tiempo,
Como detiene al río la montaña
Que se desploma sobre su sendero;
Mas después, arrastradas por las aguas,
Sus rocas mismas son el pavimento
Por do espumante é impetuoso corre,
Sin obstáculo alguno por su lecho.
El tirano argentino no es mas fuerte
Que los demas tiranos, ni ese pueblo
Es menos susceptible de ser libre
Que otros mil que reclaman sus derechos.

Cada día que el sol la tierra alumbra,
Echa sus rayos de oro desde el cielo
Sobre un pueblo que rompe sus cadenas,

O que conquista parte de los fueros
Que la mano de Dios le diera al hombre
Al formarlo á su imagen. Los perversos
¿Tienen poder acaso que contenga
Tan simultáneo y fuerte movimiento?
¡República! ¡República! es el grito
Que de un polo á otro reproduce el eco:
¿Y el argentino que á este grito santo,
En ochocientos diez, se hizo guerrero,
El único será que no lo escuche,
Y resignado encorve al yugo el cuello?
Si este el hado es que el cielo nos depara,
En tierra extraña queden nuestros huesos.
Pero no será así; y el sol de Mayo
Su luz derramará sobre aquel pueblo
En república grande constituido,
Donde la libertad tenga su asiento;
Y alguno de los que hoy lo saludamos,
Desde el suelo feliz del extranjero,
Bajo del cielo hermoso de la patria
Por muchos años lo saludaremos.
Allí el brazo fraternal reciba
Hasta el calmuco que su hogar paterno
Por nuestra patria deje y ciudadano
Al estampar su planta en aquel suelo,
Argentino se estime, porque goza
Del argentino todos los derechos.

Santiago de Chile, Mayo 23 de 1849.

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Recuerdos de mi patria que tan vivos
Me agitais este día,
Porque sois de los tiempos de su gloria,
Ojalá imperceptibles, fugitivos,
Como fué siempre la fortuna mía,
Pasaseis esta vez por mi memoria!...
Así yo no pudiera
Comparar el pasado y el presente,
Y mi dolor no fuera
Tan profundo, tan cruel y tan vehemente,
Al contemplar lo grande del pasado,
Del presente lo vil y lo menguado.
¿Quien verá sin rubor los descendientes
De aquellos que, colonos todavía,
A las huestes de Albión escarmentaron;
Y que después, valientes,
En este mismo día,
La heroica frente alzaron,
Y de la independencia
El primer estandarte enarbolaron?
¿Quien los verá, repito, sin vergüenza,
Rogar al más estúpido tirano
Que ejerza la funesta dictadura;
Y que besando la sangrienta mano
Que á sus hermanos degolló y sus padres,

Ante el monstruo doblando la rodilla,
Acaten el poder que los humilla?

Y al ver tanta abyección, tanta vileza,
¿Quien no quiere ¡gran Dios! que por su mente
Cual siniestro meteoro fugitivo
Se deslice la idea del presente;
Y con ella también, de la memoria,
Este período horrible de le historia?
¿Pero como borrar del pensamiento
Aquellos altos é ínclitos varones,
Que supieron ganar con sus acciones
De la inmortalidad el alto asiento?
¿Como no tributar á su memoria
A su heroico valor y bizarría
De que tan alto elogio hace la historia,
El debido homenaje en este día,
En que con esa fuerza irresistible
Que da la convicción de la justicia,
El poder derribaron
Que sus padres y abuelos acataron?
Poder que los monarcas castellanos
Desde Fernando el Grande, é Isabela,
Hasta Fernando el séptimo, tuvieron
En sus potentes manos?
No es posible olvidar tanta grandeza;
Si sus nobles esfuerzos se perdieron
Y una raza mas vil que la maleza
Que arranca de raíz el hortelano
Se prosterna y humilla
Hasta besar la planta del tirano

Que bárbaro la ultraja y la mancilla,
A los heroes de Mayo ha reemplazado;
Si al grito de victoria de los bravos,
Y con altivo aspecto el león de España
La crinada cerviz dobló aterrado,
El gemido siguió de los esclavos;
No por eso sería
Razón que en este día
Muda la lengua no arrojase un viva
A los atletas que nos precedieron
Y que haciendo rodar la tiranía
Bajo su planta con firmeza altiva
Entonaron el santo *¡ oid Mortales !*
Que la gloria será de sus anales.
¡Augustos héroes de la patria mía!
Que rompiendo valientes la cadena,
Que pesada y terrible la oprimia
A tan sublime altura la encumbrasteis:
Vosotros que en la arena
De intrépidos lidiasteis
Por darle libertad é independencia,
Con sangre pura de copiosa vena
Su independencia y libertad sellasteis.
De la mansión de paz y de ventura
Do moran los que aquí se han consagrado
A mejorar la condición humana,
De aquella lumbre pura,
De aquel fuego sagrado
Que fluye de la esencia soberana,

Pedid que un solo rayo se desprenda
Desde el trono de Dios y que descienda
A esa patria querida, porque tanto
Hicisteis en la vida
Para que libre fuese y venturosa
Se infunda en cada pecho el fuego santo,
Esa llama sublime que encendida
En vuestras almas se ostentó grandiosa.
Así esos hombres que hoy envilecidos
Por el terror y espanto,
Por la presencia odiosa
De un bandido rodeado de tiranos,
Sin rubor suplicaron,
Que en sus sangrientas manos
La suma del poder eterna sea,
Se acordarán que son los descendientes
De aquellos eminentes ciudadanos
Que este día juraron
Vivir independientes
Y libres para siempre de tiranos.
Entonces ese monstruo, ese demonio,
Bostezo inmundo de las negras furias,
Que ahogando el pensamiento
En la sangre que cruel ha derramado
De víctimas sin cuento,
Su ominoso poder ha cimentado,
El tremendo escarmiento
Que los malvados sufren
Devorará también, á su despecho,
Y la pena terrible aunque tardía

Que tanto provocó su tirania.
Entonces esos pueblos agobiados
Bajo su poder inícuo y desmedido,
Levantarán la frente,
Y cuenta pedirán á los malvados
Que los han humillado y oprimido.
Entonces no será la ley vigente
El sangriento puñal del asesino,
Ni el capricho de un gaucho de la pampa;
Y ese mismo argentino
Que solo de desprecio es digno ahora,
Engalanado con odiosa estampa
De su feroz verdugo,
Empuñará la espada vengadora
Que siempre hizo temblar á los tiranos,
Y haciendo trizas el ferrado yugo
Que veinte años llevó sobre su cuello,
Recobrará la dignidad del hombre
Y se hará digno de llevar tal nombre.

Santiago de Chile.

EL 25 DE MAYO DE 1857

Del rayo primero reflejan la lumbre
Las nieves que cubren del Andes la cumbre,
Su disco de fuego asoma ya el Sol,
De púrpura y oro se viste el espacio
Y grupos de grana, azul y topacio,
Al astro rodean de ondeante arrebol.

Repiten los ecos del valle lejano
El ronco estampido que viene del llano,
Do al astro saluda rugiendo el cañón.
La hermosa bandera al viento tendida
Brillante flamea del aire movida,
Salúdala el pueblo con grata emoción.

Alegres mil voces sonoras entonan
El *oid mortales*, y al mundo pregonan
Que el voto del pueblo siempre es libertad;
Y todos repitan aquel juramento,
De morir con gloria, si llega el momento
Que caiga del trono la noble igualdad.

¡Que grato es entonces oir que repite
El niño inocente las voces que emite
El pueblo que jura ser libre ó morir!
Los pechos se sienten henchidos de gozo,
Y el trémulo anciano y el joven fogoso
Confiados esperan un gran porvenir.

Mas pasa el momento de viva alegría
Que en todos despierta la luz de ese día,
Y sigue un silencio sombrío y glacial;
Silencio que anuncia que el pueblo padece,
Y jura en secreto que el mal que aborrece
Tendrá su medida, su instante final.

La plaza donde antes el pueblo solía
Festivo y contento reunirse este día
A ver los guerreros sus armas lucir,

Ahora á su vista tan solo presenta
De muerte y degüellos la escena sangrienta
En brutos inermes que se hacen morir.

Resagos funestos que el tiempo pasado,
De oprobio y afrenta en pos ha dejado,
Su influencia ominosa ejercen aún;
Y todos lo sienten y todos lamentan
Que los que el atraso y el mal representan
Estorben impunes la dicha común.

¡Aun hay insensato que ordene á la hueste
Quitar la divisa de blanco y celeste
Y el rojo sangriento de Rosas llevar!
¡Y nadie castiga tan vil osadia,
Ultraje insolente lanzado al gran día
Que todo argentino debiera vengar!

Cubriéndose el rostro, airados dirían
Aquellos que en Maipo las cienes ceñían
De frescos laureles, después de triunfar:
¿Son estos, los hijos que Mayo nos diera,
Los viles que cambian la noble bandera
Que el alto Pichincha miró tremolar?

¡Vergüenza y oprobio del nombre argentino!
¿Son esos menguados, que quiso el destino
De padres gigantes hacer descender?
¿Por qué degeneran asi los hermanos?
¿Por qué de los héroes descienden villanos,
Debiendo en sus venas su sangre correr?

¿Y el bravo soldado que guió sus guerreros
Valientes al triunfo grandioso en Caseros
Do hundió para siempre el rojo pendón,
Mirará impasible tan grave atentado,
Sufrirá en silencio que sea ultrajado
Con tal insolencia el de la Nación?

¡Oh, no; que indignado blandirá su lanza
Y en nombre del pueblo tomará venganza
Del vil que atrevido lo quiso ultrajar;
Y allí el escarmiento que sigue al castigo
Lección elocuente llevará consigo,
Que hará á los traidores de espanto temblar!

Una es la bandera, la patria una sola:
Su gloria recuerda, si aquella tremola,
Fesfeja sus triunfos, anuncia la unión.
Emblema de gloria son estos colores;
Recuerdo es el rojo de sangre y horrores,
De oprobio y afrenta, de infamia y baldón.

Pasiones horribles, mezquinos provechos
De tristes rencores hincharon los pechos,
Y el crimen su fruto funesto nos dió;
Las leyes callaron, surgió la discordia;
Ya no hubo justicia, ya no hubo concordia;
Y un pueblo de esclavos el mundo nos vió.

Los odios y enconos, la guerra entre hermanos,
Del bien nos alejan y engendran tiranos
Que hollando las leyes con risa infernal,

Feroces se gozan oyendo el gemido
Del pueblo aterrado que llora oprimido
Sujeto al capricho del genio del mal.

¡Oid argentinos! sonó ya la hora
De paz y progreso, de unión y mejora;
Los odios y celos llevad al altar
Del Dios de la patria, y allí en holocausto
En día tan grande, en día tan fausto,
Jurad para siempre hacerlos cesar.

HIMNO RELIGIOSO

EN EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE YUNGAY Y COLOCACIÓN DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL DE LA CAPILLA DEL ASILO DEL SALVADOR.

Cantemos al Señor de las alturas,
Ensalcemos su gloria;
Porque somos su pueblo y sus criaturas;
Porque nos dió este día la victoria
Y la paz bienhechora
Que nos colma de dones de hora en hora.

Bendigamos su nombre sacrosanto
Y el brazo poderoso,
Que derramó el terror, sembró el espanto

En las huestes del déspota orgulloso,
Que á su soberbia planta
Quiso hacer escabel nuestra garganta.

Si consintió paciente que, altanero,
Numerosas legiones
Condújese al combate, erguido y fiero,
Supo también cercar sus escuadrones
De pavor, y ahuyentados
A nuestros pies cayeron aterrados.

Así como después de la tormenta
Que amenazó tragarnos,
Mas plácida la cuna se presenta,
Así vino la paz á visitarnos
Mas bonancible y pura
Que la estrella polar en noche oscura.

Hoy que sus bienes sin temor gozamos,
Hoy que hacemos memoria
Del esplendido triunfo que alcanzamos,
Bendigamos al Dios de la victoria,
Su poder acatemos
Y un himno nuevo en su loor cantemos.

Solo á su omnipotencia era posible
Extinguir los furores
Y los estragos de una guerra horrible,
Con su cortejo inmenso de rencores;
Y que tras la batalla
La paz pusiese á los enconos valla.

Y lo hiciste, Señor, y nos salvaste,
Y tu amparo nos diste;
La calma en nuestros pechos derramastes;
Los corazones todos conmovistes;
Y todos se rindieron,
Y en tu nombre un asilo al pobre dieron.

Asi, Padre y Señor, son los arcanos
De tu mente insondable,
Que penetrar no es dado á los humanos:
A tu ley soberana é inmutable
Sujeto está el destino,
Y todo anuncia tu poder divino.

¡Bendícenos, Señor, y de las malas
Pasiones nos preserva
Bajo la grata sombra de tus alas!
A tu pueblo por siempre la conserva
La paz y la ventura,
Y con ella sus bienes le asegura.

Ilumina, gran Dios, nuestro camino,
Y dirija propicio
Nuestras acciones tu poder divino;
Aceptable le sea á tu servicio
El ara pura y santa,
Nuestro templo que el pueblo te levanta.

Bendícelo, Señor, para que sea
Digno de tu presencia,
Para que el pueblo en sus umbrales crea

Que allí mora, gran Dios, tu omnipotencia,
Tus ángeles envía
Que custodien sus puertas noche y día.

Allí tu nombre el huérfano y la viuda
Invocarán confiados;
Allí te pedirán, Señor, tu ayuda,
Para salvar de un mundo de pecados,
Y al pie de tus altares
Depondrán sus dolores y pesares.

Acuérdate, Señor, que de tu boca
El soplo recibieron;
En tí cada uno, su Criador, invoca;
Y que por ellos tus venas se rompieron
En la cruz do moriste
Cuando el género humano redimiste.

Santiago, Enero 17 de 1851.

AL TÚMULO DEL SANTÍSIMO PADRE PIO SÉPTIMO

SILVA FUNERAL

Cuando el triunfo cantaba
Con horrísono estruendo en todo el mundo,
La irreligión, y sollozaba
La Iglesia, con dolor profundo,
Cuando con fieras sañas
Rasgaban las entrañas
A la religión santa
Sus hijos descarriados,
Hollando el sacerdocio,
El silvo pastoral dió tu garganta,
Y desde el silencioso
Recinto del casino
Elevado á la tiara,
Lleno de santo celo,
Supiste con desvelo
Hacer de tus virtudes,
El bálsamo de vida,
Que á la grey perseguida y lastimada
Cicatrizase la profunda herida.
Esa piedad constante y esforzada
De que inundada rebosaba tu alma,
Difundiendo amoroso en tu rebaño
Le obligó á que te hiciese su modelo,

Volvístele á su calma,
Y en dulce desengaño
Le trasaste el camino para el cielo,
¡Moriste!... y él te llora,
Si el Sol está en su ocaso,
Hasta la aurora;
Si sube á su cenit y si declina,
A unirse con la estrella vespertina.

IDILIO PRIMERO

Rásgase el velo del santuario,
El Sol se enluta, se estremece el suelo;
Cuando el gran sacerdote en el Calvario,
Hizo la Paz del Mundo con el cielo.
La tierra dió un gemido doloroso,
Al ver morir un Dios tan amoroso.
Y si la Iglesia santa en vuestra muerte
Viste fúnebre luto
Por mostrar su dolor, y de esta suerte
Pagar á sus virtudes el tributo;
Y aunque sabe al cielo van tus pasos,
Su corazón se parte en dos pedazos;
Tu muerte lloran las jóvenes sencillas,
Las matronas, los hombres, los infantes,
Del viejo escanecido las mejillas
Son el antiguo cauce do abundantes
Lágrimas corren, al dolor vertidas,

De los ancianos ojos despedidas.
No así á su Héctor lloraron los Troyanos,
No tanto por Leonidas lloró Grecia,
Ni á su Scipión lloraron los Romanos
Cual llora por su Pío vuestra Iglesia;
Como tórtola viuda en el desierto,
La esposa llora por su esposo muerto.

IDILIO SEGUNDO

Peregrino pastor te vió la Francia,
Lleno de caridad y de amor tierno,
Atravesar la Italia lleno de ansia,
Expuesto á los rigores del invierno;
Al oir que tu rebaño da un balido,
Del león de los abismos perseguido,
En tu edad avanzada, más ligero
Que la aguila á quien le hurtan el polluelo,
Al oir el eco lastimero,
Correr precipitado en veloz vuelo
Tu caridad no supo detenerse,
Al ver á tus ovejas por perderse.
Llegaste y tu presencia dió el reposo
A la grey afligida y vacilante,
Al aprisco la llevas amoroso
Sin perder un instante,
Y al verle ya sin riesgo en este día
En llanto le demuestras tu alegría.

¡Que espectáculo tan digno del asombro,
Nos ofreciste, venerable anciano,
Poniendo sobre tu hombro,
La oveja descarriada, por tu mano!
¡Que prueba diste tan palpable,
De que eras un Pastor inimitable!

IDILIO TERCERO

¿Cual clima por remoto y escondido,
Se escapó á tu cuidado?
¿Cual país te fué desconocido,
Que fuese por cristianos habitado?
Tu corazón sublime supo el arte,
De velar como Dios en cualquier parte.
Desde la helada Escitia hasta los Andes
Se hizo sentir tu celo,
Las distancias más grandes
Nada son á tu anhelo.
Tu amor en todas partes vela,
El hace en todo el mundo centinela.
Dígalo Francia, la Italia, la Saboya,
La Alemania, la Prusia y por Toscana
Dígalo el mismo obispo de Pistoya,
Cual fué su celo por la fé cristiana.
Por fin, dígalo Chile, agradecido,
Y el mundo sabrá el Papa que ha perdido.
¿Por que muerte feroz, con cruda saña,

Traidora y homicida,
Esgrimiendo tu bárbara guadaña
Cortaste el hilo á tan preciosa vida?
¿En que te ofendieron los mortales
Que así el colmo pusiste tú á sus males?

SONETO PRIMERO

En el camino estrecho y espinoso
De esta vida infeliz, sabio corriste,
Porque prudente de la ley hiciste,
El Sol que guió tus pasos luminosos.

Jamás llegó á arredrarte los escabroso
Del alto ministerio que ejerciste,
Porque al verbo divino constituiste
Por luz, en el sendero peligroso.

Por esto tu virtud constantemente
Fué de la iglesia el báculo sagrado,
Y de la fé de Cristo astro esplendente;

Fué imán, que al corazón más extraviado
En el mar de pasiones, diligente
Condujo siempre á puerto afortunado.

SONETO SEGUNDO

A tus pies prohibiste aquella senda,
Que á hacer la iniquidad pudo llevarte;
Juraste por tu Dios sacrificarte,
Y toda tu alma le entregaste en prenda.

Jamás hombre ofreció más grata ofrenda,
Ni habrá jamás quien pueda aqui imitarte;
Supiste á cada instante consagrarte
Por víctima, que al cielo fué estupenda.

La palabra de Dios toda tu vida,
Fué el precioso tesoro que guardaste,
De que tu alma fué la urna inmaculada.

Con tus virtudes dejaste enriquecida
La iglesia que tan puro gobernaste,
Y la fé del cordero propagada.

SONETO TERCERO

A COSTA de trabajos y desvelo,
Sin perdonar afanes ni fatigas,
Los divinos mandatos investigas,
Con puro corazón y santo celo

En vano los soberbios con anhelo
Doblaron sobre ti tramas é intrigas,

Tu virtud opusiste, y les obligas
A abandonar el campo con recelo.

La hidra devoradora que afligía
La iglesia galicana largos años,
A tu presencia depuso su osadía;

Tu vista remedió todos los daños,
No solo en Francia que en Florencia un día,
De Ricci consiguió mil desengaños.

SONETO CUARTO

¿A donde encontrará su apoyo el afligido?
¿A donde, su remedio el lastimado?
¿Donde allará su guía el extraviado,
Si todos con su muerte le dan perdido?

El pobre se lamenta dolorido,
El huérfano solloza desolado,
El sacerdote gime contristado;
Y hasta el altar suspira enternecido.

Todo el mundo por fin, llora tu muerte:
Cada uno en tí ha perdido su consuelo,
Su padre pierden todos, con perderte.

¿Mas, qué mucho será que el triste suelo
No pueda por más tiempo en sí tenerte,
Si daba cuando os tuvo envidia al cielo?

EPITAFIO PRIMERO

SONETO QUINTO

Venid á ver en esta tumba fria,
¡Oh míseros mortales! al que ha sido
Espejo de virtud esclarecido,
Más ardiente que el Sol á medio día,

¡Esta flor, del casino la alegría,
Deshojarla la muerte así ha sabido!
¡En tierra su hermosura ha convertido,
Y en nada su bizarra lozanía!

Solo de sus virtudes la memoria
Jamás se borrará de entre los fieles;
El tiempo jamás tendrá la gloria

De consumir cual débiles papeles
Las páginas do escrita esté su historia
Que en oro grabarán doctos cinceles.

EPITAFIO SEGUNDO

SONETO SEXTO

Esa loza que ves sin admirarte,
No guarda aquel Aquiles de la Grecia,
No al grande Cárlos de la Suecia,
Ni al cuarto Enrique de la Francia Marte.

Tampoco es aquel grande Bonaparte.
El que encierra es aquel, que allá en Venecia,
Fué exaltado á cabeza de la iglesia,
Depósito mas digno de asombrarte.

Veinte y tres años brillaron sus virtudes
A par del mismo sol del firmamento
En el pontificado, pero quiso

Allá donde no hay visicitudes,
El cielo colocarle en alto asiento,
Y ciudadano de la gloria le hizo.

EPITAFIO TERCERO

SONETO SÉPTIMO

Bajo ese mármol frio, oh caminante,
Se encierra en poco polvo desatado,
Uno que fué de todos admirado,
Desde el remoto ocaso hasta el levante.

No lo oyes, no; no pases adelante,
No quieras perturbar su sueño osado;
Ni de tus plantas profanado,
Se vea este depósito brillante.

Necesario es que veas donde pisas,
Que aun que cubiertas de mármoles y tierra
Estén por algún tiempo esas cenizas

Del grande Pío son. Ahí se encierra.
Advierte que ese mármol que divisas,
Por respeto postrado se halla en tierra.

EPITAFIO CUARTO

SONETO OCTAVO

Esa urna te dirá si te llegares,
Que no es el gran Sesóstris lo que encierra,
Ni el rayo Macedonio de la guerra,
Ni al Persa, que contó sus militares

Por más de diez centenas de millares,
Con que quiso asolar toda la tierra.
No aquel cartaginés, que la alta sierra
De los Alpes pasó por mil lugares:

Lo que guarda su seno yerto y frio
Lo dirá Melpomene, en triste canto;
Tocándole el clarín la inmortal Clio,

Urania mezclará también su llanto,
Al pronunciar el nombre de aquel PÍO,
Que otro PÍO, pasó, de PÍO el Santo.

BERNARDO DE VERA Y PINTADO

EN UN CONVITE *

EL 11 DE MAYO DE 1813

Salve patria adorada,
Amable, encantadora;
El corazón te adora
Como á su gran deidad.
Salve, cuando tu nombre
El valor ha inspirado,
Con que se ha recobrado
La dulce libertad.
¡Salve!... que al invocarte,
La voz del rey se humilla,
Y solamente brilla
La luz de tu fanal.
De esa luz prodigiosa
Ha sido conducida
La legión aguerrida
Que te hace respetar.
Obedeció la noche
Al resplandor divino

---

* Memoria sobre el primer Gobierno Nacionalde Chile, por Don Manuel A. Tocornal, (citado por Don J. M. G.).
Allí se dice que este banquete fué presidido por el doctor Vera y por Camilo Henriquez, y que todos los comensales estaban cubiertos con el gorro de la libertad, cantando este himno al finalizar la comida.

Que enseñaba el camino
A la hueste inmortal.
  Por doquier que envestía
Llevaba la matanza,
Y sangre y fuego lanza
Al infame rival.
  ¡Viva la patria! claman
Sus dignos defensores.
—*¡Perdón!*—los agresores
Imploran sin cesar.
  Dejemos al cobarde
En el campo arrojado:
Los bravos se han cansado
Del estrago fatal.
  Ellos vuelven triunfantes
Y cubiertos de gloria,
Para que en su memoria
Podamos entonar:
  ¡Salve patria adorada,
Amable, encantadora;
El corazón te adora
Como á su gran deidad!

HIMNO

La patria nos convoca
Con noble y suave voz,
A rendir á las ciencias
El merecido honor.

La libertad amable
Derramó su luz pura,
Y augusta se apresura
A darnos esplendor.
Cesó el plan de barbarie
De la cruel tiranía;
De la sabiduría
La aurora amaneció.

La patria, etc.

No será la ignorancia
Nuestra triste divisa,
Todo el Sur se electriza
De un nuevo resplandor.
Mejor órden de cosas
Es su precioso fruto;
Nacional Instituto
Hará la educación.

---

* De la Memoria sobre el primer Gobierno Nacional de Chile, por Don M. A. Tocornal. Se cantó en la apertura solemne del Instituto Nacional de Chile el día 12 de Agosto de 1813.

La patria, etc.

Sacrosantos derechos,
Antes no conocidos,
Hoy se ven sostenidos
Del patriótico ardor;
Se aborrecen las leyes
De los viles tiranos,
Recursos inhumanos
Del infernal complot.

La patria, etc.

Las ciencias y las artes,
Con atractivo hermoso,
Del chileno animoso
Exitan el amor:
Ellas le harán sensible
Su gran beneficencia,
Su fuerte y grata influencia
Formará el corazón.

La patria, etc.

¿Cuando el vil despotismo
Tuvo tanta franqueza?
De la naturaleza
El grito sofocó:
Autorizó violencias;
Fué su ley la conquista;
Apartemos la vista
De tres siglos de horror.

La patria, etc.

Ya de la independencia
Se establece el imperio;
Ni en el nuevo hemisferio
Se escucha otro clamor.
Pasó el tiempo ominoso
Que el pueblo no gemía
Porque no conocía
Su fatal situación.

La patria, etc.

No hay libertad sin luces,
Al pueblo oscurecido
De sus grillos el ruido
Jamás le despertó.
La gran filosofía
Del error ha triunfado,
Y alegre ha levantado
Su augusto pabellón.

La patria, etc.

La patria generosa
Hoy las luces nos brinda.
¿Habrá quien no se rinda
A su tierna emoción?
¡Oh libertad, oh patria,
Oh época luminosa!
La juventud virtuosa
Os llama en su favor.

La patria, etc.

Oh Padre de los hombres
Que libres los formaste,
El bien que les donaste
No les usurpe el error.
Que de una vez acabe
Al último tirano
Esa divina mano
Que á Chile protejió.

La patria, etc.

Que la fama se encargue
De perpetuar su gloria;
La musa de la historia
Celebre su opinión;
Para que las edades
En gozo sempiterno,
Bendigan al gobierno
Que libres las dejó.

La patria, etc.

AL ANIVERSARIO DE LA INSTALACIÓN

DEL NUEVO GOBIERNO, EL 18 DE SETIEMBRE DE 1812. *

HIMNO

Ya de Chile los genios ilustres
Le preparan las sendas de honor,
Y resuena con noble entusiasmo
De la patria la intrépida voz.
Conociendo sus altos derechos
Los proclama con fuerza y valor,
Y al gran día de su independencia
Se adelanta con paso veloz.

¡Oh progenie de Arauco gloriosa
Respirad heredado valor,
Que el ocaso del vil despotismo
Es la aurora del mas bello sol!
De su vuelta tercera en memoria
El gran pueblo triunfos decretó,
Y en los fastos de sagrados ritos
De Setiembre el diez y ocho escribió.

* Memoria cit. de M. A. Tocornal.

HIMNO *

Que viva la patria
Musas entonad,
A la luz preciosa
De la libertad

¡Salve hermoso día
En que la unidad
Principió la gloria
Del reino feraz!
¡Que las sabias leyes
Le alcancen á dar
Con su independencia
La felicidad!

Que viva, etc.

El augusto día
Empezó á brillar,
En que los esclavos
Pueden respirar.
Yace en la tumba
El poder fatal,
Y duros designios
Del plan colonial.

* Memoria cit. de M. A. Tocornal.
Esta poesía se cantó en Santiago de Chile el 18 de Setiembre de 1812.

Que viva, etc,

Del poder infausto
La sombra estará
Rodeada del odio
Público y tenaz.
El hombre recobra
La gran majestad,
Que naturaleza
Le quiso donar.

Que viva, etc.

Las generaciones
Nos bendecirán,
Por que á nuestro esfuerzo
Libres se verán.
De padres á hijos
La voz pasará,
Y esta noble historia
¡Qué honor nos hará!

Que viva, etc.

CANCION NACIONAL DE CHILE *

CORO

Dulce patria, recibe los votos
Conque Chile en tus aras juró,
Que ó la tumba será de los libres
O el asilo contra la opresión,

Ciudadanos el amor sagrado
De la patria os convoca á la lid.
Libertad es el grito de alarma,
La divisa: triunfar ó morir.
El cadalso ó la antigua cadena
Os presenta el soberbio español...
Arrancad el puñal al tirano;
Quebrantad ese cuello feroz!

Habituarnos quisieron tres siglos
Del esclavo á la suerte infeliz;
Que al sonar de sus propias cadenas,
Mas aprende á cantar que á gemir.
Pero el fuerte clamor de la patria
Ese ruido espantoso acalló,
Y las voces de la independencia
Penetraron hasta el corazón.

* Se publicó por primera vez en la *Gaceta Ministerial de Chile* el 25 de Setiembre de 1819.

En sus ojos hermosos la patria
Nuevas luces empieza á sentir,
Y observando sus altos derechos
Que ha incendiado en ardor varonil,
De virtud y justicia rodeada,
A los pueblos del orbe anunció
Que con sangre de Arauco ha firmado
La gran carta de emancipación.

Los tiranos, en rabia encendidos,
Y tocando de cerca su fin,
Desplegaron la furia impotente
Que aunque en vano, se halaga en destruir.
Ciudadanos, mirad en el campo
El cadáver del vil invasor...
¡Que perezca ese cruel que sepulcro
Tan lejano á su cuna buscó!

Esos valles también ved, chilenos,
Que el Eterno quiso bendecir,
Y en que rie la naturaleza
Aunque ajada de un déspota vil.
Al amigo y al deudo mas caro
Sirven hoy de sepulcro y honor,
Mas la sangre del héroe es fecunda,
Y en cada hombre cuenta un vengador.

Del silencio profundo en que habitan
Esos mares ilustres, oid,
Que os reclaman venganza, chilenos,

Y en venganza á la guerra acudid.
De Lautaro, Colócolo y Rengo
Reanimad el nativo valor,
Y empeñad el coraje en las fieras
Que la España á extinguirnos mandó.

Esos monstruos que cargan consigo
El carácter infame y servil,
¿Como pueden jamás compararse
Con los héroes del cinco de Abril?
Ellos sirven al mismo tirano
Que su ley y su sangre robó;
Por la patria nosotros peleamos,
Damos vida, riquezas y honor.

Por el mar y la tierra amenazan
Los secuaces del déspota vil;
Pero toda la naturaleza
Los espera para combatir;
El Pacífico al sud y occidente,
Al oriente los Andes y el Sol,
Por el norte un inmenso desierto,
Y en el centro libertad y unión.

Ved la insignia con que en Chacabuco
Al intruso supisteis rendir,
Y el augusto tricolor que en Maypo
En un día de triunfo os dió mil;
Vedle ya señoreando el oceano
Y flameando sobre el fiero león;
Se estremece á su vista el ibero,
Nuestros pechos inflama el valor.

Ciudadanos, la gloria presida
De la patria el destino feliz,
Y podrán las edades futuras
A sus padres asi bendecir.
¡Venturosas mil veces las vidas
Con que Chile su dicha afianzó!
¡Si quedase un tirano, su sangre
De los héroes escriba el blasón!

CORO

BRINDIS *

ODA

Al astro que en las aguas argentinas
Refleja el rayo bello,
¡Patria de la libertad! y en su destello
Copia la hermosa luz con que caminas,
Y en las plantas divinas
Marca la senda de la independencia
Sembrada de valor, de honor, de ciencia
Y de grandeza augusta.
¡Oh Buenos Aires! tu fortuna asusta
A los que se recreaban

---

* Pronunciado en un banquete patriótico celebrado en conmemoración de la independencia de las provincias del Río de la Plata, el 8 de Julio de 1823.

Cuando humilde ó discorde te miraban
Esclava un tiempo, en otro fatigosa,
Con la lucha intestina y ominosa
Que enrojeció la cuna do nacías
De libertad á los preciosos dias
Que hoy tus hijos celebran generosos
En el país de Lautaro,
Es donde el monte faro
Sus copetes nevosos
Eleva altivo al cielo,
Mientras deja en el suelo
Del patriota argentino
Envidiable su próspero destino;
El destino magnífico y extenso
Que á las musas ofrece campo inmenso.

II

Puestos todos sus ramos en reforma,
Cambió la antigua forma
De códigos añejos,
Dió la sabiduría sus consejos
Y perdió su vigor el fanatismo.
Cedió á las leyes de un feliz civismo,
El crédito se cría, y se reanima,
Y la abundancia opima
Al pobre tiende manos bienhechoras;
Asegura del rico los caudales;
Abre á la industria nuevos manantiales;
Las artes aprovechan sus mejoras;

El comercio florece;
La agricultura ofrece
Mil altares á Ceres:
El sexo excitador de los placeres
Su piedad bien emplea;
Y su mérito sale á la pelea,
Con el mérito mismo del valiente
Que de laureles coronó su frente.
Cada cual en su línea se apresura,
A ser útil al país, esta es su gloria;
Y no es ya la hermosura
Del sexo amable la exclusiva historia.
El también acompaña los empeños
De los dignos costeños
Del argentino río,
Cuando llevan su brío
A convertir en bellas poblaciones
Lo que ocupan indómitas naciones,
Hasta hacer su frontera
De los Andes la eterna cordillera.
Vednos, unidos ya. Sea el año nono
De los triunfos que entono
El grato complemento;
Y el sol que mira desde el firmamento
La obra de afanes tantos,
También influya para nuevos cantos,
Virtud y dicha iguales
A la América entera,
Y ella también prospere cual prospera
Ese río de la Plata,

Donde el astro á que brindo se retrata.
Y nuestro caro reconocimiento,
Pueda en igual momento
Mostrarse vivamente agradecido
A un concurso tan grande y tan lucido.

CONGRATULACIÓN

AL DIRECTOR SUPREMO, GENERAL DON B. O'HIGGINS

¿Con que el golpe del último tirano,
Que va á consolidar la independencia,
Estaba reservada á Vuecelencia,
Al grande hijo del suelo americano?
¿Con que el gran San Martín, el ciudadano
A quien fortuna concedió su influencia,
De la patria ha ostentado la potencia
Para timbre inmortal del araucano?
Si la época feliz de tu gobierno
No contara otros triunfos en tu gloria,
Este solo bastara á hacerte eterno.
Sin duda lo serás en la memoria,
Desde el anciano grave al niño tierno,
¡Y este será el blasón de nuestra historia!

17 de Agosto de 1821.

BRINDIS *

EN UN BANQUETE CELEBRANDO EL DÍA ONOMÁSTICO DEL GENERAL O'HIGGINS

Darte, señor, los dias,
Cuando tu ilustre espada
A la patria adorada
Dió tantos de placer, tantos de gloria,
Es un empeño vano;
Que tu mérito, excelso y soberano,
Un lugar se ha ganado ya en la historia,
Que pasa de la vida.
Os es reconocida
Ya la posteridad;
Y si una pluma á tu elogiar faltara,
Su eterna voz seguramente alzara
La augusta libertad!

Agosto de 1822.

EN HONOR DE SAN MARTÍN Y O'HIGGINS.

Al héroe que sus dias
Une á los de la patria, ambos con gloria,
Y á quien las infelices musas mías
(Haced, señor, memoria)

* Pronunciado el 22 de Agosto de 1822 en un gran baile dado en casa del general O'Higgins.

Profetizaron que en Lurin este año
Se había de celebrar triunfo tamaño.
        Al héroe y los valientes
Que han llevado el esfuerzo y la victoria
        De los independientes;
Donde la tiranía proditoria
        Los pueblos oprimía
Que libres nos saludan este día.
        Al héroe que bizarro
Su talento y valor ha conducido
Hasta el mismo palacio de Pizarro,
        Donde el déspota erguido
Lanzaba muertes al americano
Que hoy pisa los tapetes del tirano,
        Alce Huascar la frente
Desde el silencio de la tumba fría,
Y, al mirar á su patria independiente,
        Salude el claro día
En que los hombres libres la salvaron
Y el tricolor chileno enarbolaron.
        Del Rimac la ribera
Resuena en himnos con que la hermosura
        Ardiente y placentera
Canta á vuestros chilenos su ventura,
Y con envidia al héroe felicita
Que goza de reunión tan exquisita.

BRINDIS *

¿Qué se puede decir á la belleza
Que á su carro triunfal los hombres ata?
¿Cuando es indiferente, cuando ingrata?
¿Es el desdén virtud de la fineza?

Y si hace algún favor, alguna fuerza
Al que de sus amores se arrebata,
El imperio feliz con que le trata
Realza sus gracias, dora su pureza.

Todo es en ellas noble, y apreciable
Todo á los hombres obligante y justo
Cual si ella fuese su alma invulnerable.
Y después de pasar por tanto susto
¿Aun hemos de brindar al sexo amable?
¡Séamos pues piquete de su gusto!

BRINDIS **

Gloria á los héroes que al Perú oprimido
Dieron su libertad é independencia;
Gloria al gran San Martín, cuya experiencia,
Valor é intrepidez le han distinguido.

* Pronunciado en la misma fiesta que el anterior.
** Pronunciado en la misma fiesta.

El para sí y la patria se ha adquirido
Un renombre de eterna permanencia,
Y no habrá un solo pueblo, una potencia,
Que le niegue ese honor tan merecido,

Gloria al jefe supremo que á la empresa
(Propia de su alma grande) enagenado
Todo supo vencer con su firmeza;
Gloria al virtuoso pueblo y al Senado
Por tantos sacrificios y entereza....
Todo en un solo día es bien logrado.

PALINODIA DEL CONSOLADOR

EN SATISFACCIÓN DEL FILÓSOFO RANCIO

El padre me acusa
De mi ociosidad;
Que nunca está ocioso
Su paternidad.

Consolador tonto,
Si vuelves á hablar,
Verás que te cantan
« El como te va ».

Insultas al cielo
Pobre teologuillo,
Y con la escritura
Te ves convencido.

Que si hechas su texto,
Sin haberlo visto,
Con mil toca el rancio
Su tamborilillo.

¿Que son los temblores?
Cosa natural;
La tierra es hereje
Y tú lo eres más.

También es hereje
Quien la hace temblar
Metiéndole azufre
Y otras cosas más.

Consolador tonto,
Si vuelves á hablar,
Verás que te cantan
«El como te va!»

¿No hace Dios milagros
Inflamado el nitro
Con otras materias
Que inflamables hizo?

Y no es un portento
Que á un tiempo precioso
El globo nos suene
Su tamborilillo,

Pues tu no penetras
La rabia inmortal

Del que no es rabioso
Y lo hacen rabiar.

Dirige tus ruegos
Al que al predicar
Las furias celestes
Sabe predicar.

Consolador tonto,
Si vuelves á hablar,
Verás que te cantan
« El como te va ».

¿ De las lavanderas
No temes el grito
Porque les quitastes
Su dulce sustillo?

Pues teme que cambien
Contra tí el palillo,
Y que te repiquen
El tamborililllo.

Pero ya te cortan
Tu tonada audaz,
Llamándote luego
A un grave llamar.

Dispense los versos
Su paternidad,
Que sin cogollito
Los debo acabar.

Porque el pueblo entero
Se quiso pintar
Y preguntan todos
« El como te va».

LA AUSENCIA

Me voy, pero vas conmigo,
Te llevo en el corazón,
Si quieres otro lugar,
No conoce otro el amor.

Terribles contradicciones
Componen nuestra existencia.
Una de ellas es la ausencia
Al lado de las pasiones.
Los amantes corazones
La miran como enemigo,
Mas mi pecho es un testigo
Del fenómeno mas raro,
Porque cuando me separo,
Me voy, pero vas conmigo

Este enigma portentoso,
Que causa tanto tormento,
Confunde el entendimiento
Y oprime un pecho amoroso;
¿Como es que no siento gozo

Si voy en tu posesión?
Porque hay cierta división
Entre tí y tu imagen bella,
Tú quedas, y yo con ella
Te llevo en el corazón.

Si, mi bien, el corazón,
El corazón que adora,
Es el centro donde mora
Tu beldad y mi pasión.
Es verdad que tu elección
Puede de asiento mudar,
Mas como no has de apagar
En mi pecho el dulce fuego,
Es lo único que te niego
Si quieres otro lugar.

Aqui está, mi bien, tu altar
Y tu holocausto incesante,
El oficio de tu amante
Ya no es más que idolatrar.
Si quisieres enseñar
De una pasión el valor,
Conduce el observador
De tu ara, mirela arder,
Y dirá: he aquí el taller,
No conoce otro el amor.

A MERCEDES

Por donde quiera que voy
Me parece que te veo,
Y es la sombra del deseo
En que delirante estoy.

Desde que mi corazón
Te adora, bien de mi vida,
Tengo en el alma reunida
Tu imagen y mi pasión;
A esta agradable ilusión
Todos los momentos doy;
Y como viéndote estoy
Siempre en el alma presente,
Te llevo aunque estés ausente,
Por donde quiera que voy.

Toda la naturaleza
A mis ojos se figura
Mendigando su hermosura
De tu sin igual belleza;
Y este primor que interesa
A mi amor, ó mi recreo,
Es un retrato, un trofeo
De las gracias que repartes;
Y por eso en todas partes
Me parece que te veo.

Me distraigo de repente
Para conversar contigo,
Y mil caricias te digo
Con la expresión más ardiente.
A veces tan vivamente
A vuestro lado me creo,
Que los sentidos empleo
En escuchar tu favor;
Pienso que todo mi amor,
Y es la sombra del deseo.

Llamó un sabio á la esperanza
Sueño del hombre despierto,
Mas yo ni durmiendo advierto
Ningún razgo de confianza;
Mi espíritu no descansa,
Solo sé que amante soy,
Y mientras mas vuelo doy
A esta locura de amor,
Mas terrible es el ardor
En que delirante estoy.

AL 18 DE SEPTIEMBRE

Hoy es el día que al astro luminoso
Grata saluda la Nación chilena,
Pues se hizo trizas la fatal cadena
De septiembre el diez y ocho venturoso.

El yugo por tres siglos ominoso,
Que nos cubrió de horror y acerba pena,
A eterno oprobio el pueblo lo condena
Y jura morir libre ó ser dichoso.

Después de catorce años de heroismo,
Por fin la independencia se ha logrado
Y lanzar de la patria el despotismo.

Mas ¡ay! que en su lugar nos ha quedado
El feroz é implacable fanatismo
Por quien está ¡ay Chile! esclavizado.

AL GENERAL D. RAMÓN FREYRE

Gloria inmortal, excelso americano,
Que siempre vencedor, nunca vencido,
El augusto Congreso ha reünido
Y proclamado al pueblo soberano.

Tú que triunfaste del poder hispano
Y libertar á Chile has conseguido,
Recibe el lauro solo á tí debido,
Pues solo derrocastes al tirano.

Acepta el mando dado á tu heroismo,
No la nación perezca en la anarquía
Y la aniquile el fiero despotismo.

Vuelve, corre veloz, y apuesta el día
De que destruyas ese fanatismo
Que eclipsa el brillo de la patria mía.

GLOSA *

El veneno con que mata
La ingrata que tanto quiero,
Por lo activo no intimida
Como aflije por lo lento.

Amor mal correspondido,
Aunque muy bien emplëado,
¿Qué has de hacer tan desairado
Sino buscar el olvido?
Bastante porfiado ha sido
Mi empeño y el de esa ingrata,
Que si alguna vez me trata
Con aparentes halagos,
Es por ir brindando á tragos
El veneno con que mata.

¿Olvidar? ¿Y el corazón
Entrará en tan arduo intento,
Cuando el solo pensamiento
Irrita más mi pasión?
El enemigo en la acción
Es donde se muestra fiero:
Así este fuego en que muero
Entonces se hace probar,
Cuando pretenda olvidar
La ingrata que tanto quiero.

---

* Se publicó en el No. 12 del «Mercurio» de Santiago de Chile, el 25 de Septiembre de 1822.

Invoco ancioso la muerte,
Y mi mayor mal consiste
En que hasta ella se resiste
A poner fin á mi suerte.
¡Ingrata! si he de perderte
Y no he de perder la vida,
Sabe que el ser homicida
Será piedad para mí;
Y que tu veneno así,
Por lo activo no intimida.

Pero eres un monstruo cuando
Tu pecho se saborea
En esa bárbara idea
De irme á pausas acabando.
¿Cual es mi crimen amando,
Para este raro tormento?
¡Ah inhumana! El instrumento
De tu desdén inclemente,
Por el rigor no se siente,
Como aflije por lo lento.

Prbro. BARTOLOMÉ MUÑOZ

A LOS QUE VIAN LA CUCARDA NACIONAL

SIN SER PATRIOTAS *

Vemos, señor Censor, impunemente
A muchos cometer un desacato,
Que á más de ser chocante es atrevido,
Y aun me huele á traición si no me engaño.
Por tal tengo cubrir con piel de ovejas
Su fiereza los lobos muy ufanos,
Y sin poder usar el distintivo
Del patriotismo más acrisolado,
Los irreconciliables enemigos
De su patria, con crimen duplicado,
Y con la más indisculpable nota
De ser injustos y de ser ingratos.
No se persuadan los desconocemos,
Porque su disimulo nunca es tanto
Que puedan ocultar sus sentimientos,
Ni la perfidia de su doble trato.
Aplicar se me antoja á su conducta
La fábula del asno disfrazado,
Y repetirla es bien aunque la sepan
Por refrenar con ella su descaro:

---

* Manuscrito de don J. M. Gutiérrez en la Biblioteca del Senado Nacional.

« Un asno disfrazado
« Con una grande piel de león andaba;
« Por su temible aspecto casi estaba
« Desierto el bosque, solitario el prado;
« Pero quiso el destino
« Que le llegase á ver desde el molino
« La punta de la oreja el molinero:
« Armado entonces de un garrote, fiero,
« Dale de palos, llévalo á su casa.
« Divúlgase en contorno lo que pasa;
« Llegan todos á ver en el instante
« Al que habían temido león reinante;
« Y haciendo mofa de su idea necia
« Quien más le respetó más le desprecia ».
Quítese la cucarda de la patria
Quien no sea patriota, porque al cabo,
Si se le ve la punta de la oreja,
Habrá de sucederle lo que al asno,
Y lo peor será si á los desprecios
Acompañan también algunos palos.

A MAIPO Y MAYO *

SONETO

Vos, patriota, la P quita advertido
De Maypo, porque pérdida le suena;
Y la Patria ni pérdida, ni pena,
Nunca jamás en mayo ha conocido.

Maypo sin P por anagrama ha sido
Un nuevo mayo, del placer escena;
En Maypo se deshizo la cadena
Que reforzaba el déspota atrevido.

Este año ha sido mayo duplicado,
Y las musas en coro rëunidas
Hacen las fiestas mayas más cabales.

Y todo en todos vemos mejorado,
Da cantando victorias adquiridas
Gozo al patriota, pasmo á sus rivales.

* M. S. de don J. M. G. en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Á LA MEMORABLE LIBERTAD DEL REINO DE CHILE POR LAS TROPAS DE BUENOS AIRES AL MANDO DEL EXMO. CAPITÁN GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN EL 9 DE FEBRERO DE 1817.

La Santa Providencia, que dispone.
De los sucesos con oculta mano,
Nos hace ver que se fatiga en vano
El que á lo justo y racional se opone.

De su orgullosa crueldad blasone
El injusto opresor con aire ufano,
Todos son enemigos del tirano
Y hasta destruirlo no hay quien no se encone.

Por verse libre con valor pelea
La América, oprimida injustamente;
No, no será ultrajada impunemente;

Sus hechos lo publican. Nadie crea
Esclavizar su hermoso continente:
¡Libre ha de ser, que es justo que lo sea!

---

* M. S. de don J. M. G. en la Biblioteca del Senado Nacional.

CANTO AL FUEGO *

Salve ser admirable,
Salve fiel compañero,
Salve amado de todos,
Salve benigno fuego.

—

Tú eres la viva imagen
Del luminar primero,
Tú alumbras y tú quemas,
Tú secas más que el viento.

—

De luz y de calor
Como él eres compuesto,
Por más que digan muchos
Que eres un elemento.

—

Derrites los metales,
Enrrojeces al fierro
Y en tí purificado
Se vuelve fino acero.

—

Sin tí el hombre no se halla,
Y en todo el Universo
De los seres precisos
Te cuentan el primero.

—

* Manuscrito de D. J. M. G. en la Biblioteca del Senado Nacional.

Como calor latente
Estás en todo cuerpo,
Así es que te descubre
El solo movimiento.

—

Tú recreas al triste
Solitario en el yermo,
Cuando de tí recibe
Luz, calor y embeleso.

—

Abrigas al desnudo
En el rígido invierno,
Y eres del miserable
El único consuelo.

—

Al pobre desdichado,
Si por suerte está preso,
No solo le acompañas
Sino le das contento.

—

Sazònas y enterneces
A nuestros alimentos,
Que en vez de darnos vida
Sin tí fueran enfermos.

—

Cuando los caminantes
Han perdido el sendero,
Si por dicha te miran
Siguen tu rumbo luego.

—

A las artes y ciencias
También auxilias, cierto,

Que si tú les faltaras
Nunca harían progresos.

—

Impulso das al aire,
Das acción á los cuerpos,
Y de tí aunque pesados
Reciben movimiento.

—

La química te debe
Sus adelantamientos,
Y el arte de la guerra
No debe contar menos.

—

En tí la maquinaria
Halló tales inventos
Que embelesan al mismo
Que los ha descubierto.

—

Lo publican las naves
De llibre Mundo Nuevo,
Que navegan sin velas
Solo á impulso del fuego.

—

La física, aerostática
Y el arte farmacéutico,
Yo no se sin tu auxilio
Que es lo que hubieran hecho.

—

A ley de agradecido,
Aunque sea en mal verso,
Como por homenaje
Canto lo que te debo.

INDICE

PÁGINAS

ANTOLOGÍA

Fray Cayetano José Rodríguez:

Dr. José Agustín Molina:

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutiérrez.

Tomo IV — PATRIA Y HONOR

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

Tomo IV — PATRIA Y HONOR

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO V)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

Tomo V—LA SOCIEDAD DE MAYO

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

LA SOCIEDAD DE MAYO

ESTEBAN ECHEVERRÍA
MARCO AVELLANEDA
FLORENCIO VARELA
FLORENCIO BALCARCE
LUIS L. DOMINGUEZ
JOSÉ MARÍA CANTILO

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

JOSÉ ESTEBAN ECHEVERRÍA

Don José Esteban Antonio Echeverría nació en Buenos Aires el 2 de Setiembre de 1805. Habiendo quedado huérfano siendo todavía muy niño, su juventud se resintió de la tolerancia maternal que saciaba en él las complacencias de todo su amor, pero los ligeros extravíos que él mismo condenó después, no impidieron que fuese alumno aventajado del Colegio de Ciencias Morales, y que su paso por las aulas que dirigían el respetable don Mariano Guerra y el célebre don Juan Manuel Fernández Agüero, quedase señalado con los mejores testimonios de aplicación y de exelencia, distinguiéndose entre sus demás condiscípulos por su talento y su aprovechamiento.

Causas ajenas á su voluntad frustraron su inclinación al estudio, y lo obligaron á emplearse en el comercio. Pero allí mismo, su espíritu bregaba por ascender á la cumbre de los conocimientos en que la humanidad debatía entonces sus ideales, y en medio de los tercios de yerba-mate del almacén donde trabajaba como despachante de aduana, entretenía sus ocios leyendo obras sobre historia y literatura, y aprendiendo el francés.

Su anhelo por ilustrarse determinó al fin la orientación de sus valientes energías, y rompiendo el grillete de la exigencia que lo encadenaba al mostrador, resolvió ir á Europa, para buscar, en el centro de irradiación del pensamiento revolucionario de la época, las luces con que después había de resplandecer su ingenio en el lóbrego escenario de su patria.

Después de cinco años de permanencia en el viejo mundo en que gustó el sabor de las doctrinas emancipadoras que proclamaban la libertad del pensamiento, y con ella la. libertad del arte, y admiró la forma de la poesía sin ritmo, pero inmensa y avasalladora, que trascendían los Saint Pierre, Lamennais, madame de Stael y Chateaubriand y la dulzura, la gracia y el ingenio que caracterizaba las estrofas de los grandes artífices del verso como Lamartine, Millevoye, Vigny y Victor Hugo, por escasez de recursos se vió obligado á regresar al país, antes de haber concluído los cursos de economía política y de legislación que seguía en la universidad de París, y cuando la situación política interna de la república se hallaba más perturbada por el choque de las dos tendencias en que se dividía la opinión: federales y unitarios.

El mismo Echeverria ha juzgado esa situación en uno de sus escritos, que parece ser una auto-biografía, diciendo: «el retroceso degradante en que hallé á mi país, mis esperanzas burladas, produjeron en mí una melancolía profunda. Me encerré en mi mismo, y de ahí nacieron infinitas producciones de las cuales no-

publiqué sino una mínima parte con el título de *Consuelos*.

Filósofo más que poeta, las elegantes vaguedades de las rapsodias socialistas que había escuchado á Lamennais, habían armonizado su cerebro para pensar en la gama de todas las reivindicaciones y en el tono de todas las protestas; y este estado de alma, agravado por la dolencia física que empezaba á preocuparlo, se reflejó desde el primer momento en todas sus composiciones, que, á los ojos de los viejos partidarios del seudoclasisismo literario, aparecieron con los caracteres de un pensamiento y de una forma nueva.

Sin embargo, la publicación de su poema «Elvira ó la Novia del Plata» no produjo toda la impresión que él esperaba en la opinión pública; y mortificado por la aparente indiferencia ó la velada crítica que se le hiciera, se ausentó de Buenos Aires, yendo por algun tiempo á restablecer su quebrantado organismo á la ciudad de Mercedes, en la República Oriental del Uruguay.

La soledad y el retiro fueron propicios para la mejor terminación de su segundo trabajo que tituló «Consuelos» y publicó en 1834. Estos fueron recibidos con unánime y general aplauso, y, desde aquel momento, nadie pudo disputar á Echeverría su puesto de avanzada en la reforma de las ideas estéticas y filosóficas de nuestra cultura literaria.

En aquella ocasión alzó Echeverría su bandera literaria, reformadora de la vieja escuela, diciendo al respecto lo siguiente: «La poesía entre nosotros aún no

ha llegado á adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas: preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea á la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Solo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará á ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca».

Por lo tanto: al intentar reflejar los colores de la naturaleza física, espiritualizando sus bellezas más características hasta darles vida y significación de símbolos; identificando el mundo exterior y sensible con la visión subjetiva del ideal increado, y teorizando en la esfera de lo abstracto para arreglar después sus conclusiones ó sus dogmas á las condiciones diferentes de la realidad, nuestro compatriota incurría en el mismo error filosófico que, á través del tiempo, solidariza al transformismo Hegeliano con la escuela Alejandrina; y resultaba siendo, en literatura, el primer representante del romanticismo en la república.

Dice don J. M. Gutiérrez: «Fué romántico de buena ley, y no aceptando del Medio día sino los instrumentos del arte, se inspiró, en el fondo, en las

escuelas serias y filosóficas del Norte, afiliándose bajo las inmediatas banderas de Goethe, de Schiller y de Byron, grandes hablistas á su vez, y artífices cuidadosos de la forma».

Pero Echeverría hizo más que representar á la escuela filosófica y literaria cuyas ideas compartía: pues, recordando la estrecha vinculación que han tenido siempre las letras con la civilización de los pueblos en la historia de la humanidad, concibió el proyecto de concurrir á la realización de los ideales políticos de su partido, dirigiendo el pensamiento de la juventud hacia los nuevos rumbos que iluminaba el genio de la Francia.

«Poeta en acción» le ha llamado don Félix Frías, y este es el título que mejor cuadra á Echeverría; porque sus concepciones responden siempre á una belleza ideal, inmediatamente perceptible, y en su realización agotó todos los recursos de su ingenio como artista, y colmó todas las aspiraciones de su alma como escritor.

El filósofo y el poeta, se presentan confundidos en los siguientes renglones que reasumen su credo ético y estético: (1)

«El espíritu del siglo lleva hoy á todas las naciones á emanciparse: á gozar la independencia, no solo política sino filosófica y literaria; á vincular su gloria no solo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades mo-

(1) Obras de Echeverría. Tomo 5, pg. XXI.

rales, y de consiguiente en la originalidad de sus artistas. Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo, y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido solo de rechazo el influjo del clasicismo. Quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto, en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos, antes de poner mano á la obra, saber á que atenernos en materia de doctrinas literarias, y profesar aquellas que sean más conforme á nuestra condición y estén á la altura de la ilustración del siglo, y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues en suma, como dice Hugo: el romanticismo no es más que el liberalismo en literatura»...

Echeverría se había propuesto realizar la emancipación del pensamiento sojuzgado por las trabas de arcaicos dogmatismos, con el objeto de apresurar el progreso de la ciudad constituída sobre este gran escenario, humeante todavía por las batallas de la independencia.

Trabajó en este propósito con verdadera fé en la eficacia del procedimiento. Pero como era pensador prudente y previsor, no quiso exponer el éxito á la suerte de una campaña desigual y precipitada, tan radical como novedosa para el criterio general de los hombres de estos países; y, sabiendo que tendría que contrariar las tendencias centralizadoras que empezaban á descubrirse en el gobierno, en franca deriva-

ción hacia el oprobioso despotismo en que cayó más tarde, y escandalizar necesariamente al optimismo religioso encastillado dentro de los muros que levantaron los artistas del siglo de oro, trató de oponer, á aquella corriente nefasta y á esta apatía vergonzante, el viril consorcio de la ilustración, la altivez y la nobleza de la juventud con el espíritu republicano, inspirador de la revolución de Mayo; y convirtiendo su causa en causa común y en causa de la patria, solidarizó en la misma idea á un grupo de hombres de lo más distinguido é ilustrado de Buenos Aires, vinculándolos en una agrupación en forma de logia, de carácter político y literario, que se llamó: *Asociación de Mayo.*

La sociedad se reunió por primera vez la noche del 23 de Junio de 1833, con más de 35 miembros, entre los cuales estaban: López, Thompson, Wright, Rivera Indarte, Mármol, Frías, Tejedor, Barros, Domínguez, Alberdi y D. J. M. Gutiérrez.

El 8 de Julio de aquel mismo año tuvo lugar la sesión de iniciación solemne, prestando juramento los asociados por una *fórmula* análoga á la de la «Joven Italia».

Recordando este hecho, en un notable artículo sobre la asociación y el dogma socialista de Echeverría, dice el Sr. Paul Groussac con toda verdad: «Jóvenes expépticos de hoy, no os sonriáis demasiado, por esa inocente francmasonería, esas emociones de patria, y el juramento de la *Joven Italia:* no es la crítica lo que transporta las montañas, sino la fé.

Tratábase de unirse, sea cual fuera la forma ó rito

de la unión. Puede discutirse después de la batalla si fuera mejor haberse formado en legión ó en falange, pero en la hora crítica lo que importaba era y fué la formación». (1)

Este mismo recuerdo arranca al Dr. D. Juan B. Alberdi las siguientes palabras:

«No hay hombre de aquel país, en efecto, que con apariencia más modesta haya obrado mayores resultados. El ha influido como los filósofos desde el silencio de su gabinete, sin aparecer en la escena practica. El adoctrinó la juventud, que más tarde impulsó á la sociedad á los hechos, lanzándose ella la primera.

Todas las novedades inteligentes ocurridas en el Plata y en más de un país vecino, desde 1830, tienen por principal agente y motor á Echeverría. El cambió allí la poesía, que hasta entonces había marchado bajo el yugo del sistema denominado vulgarmente *clásico;* introdujo en esa arte las reformas que este siglo había traído en Europa. Gutiérrez, Mármol, y cuantos jóvenes se han distinguido en el Plata como poetas, son discípulos más ó menos fieles de su escuela». (2)

La generación que recibió directamente el legado intelectual del promotor de la Asociación de Mayo, representada por uno de sus más inteligentes hombres de letras, que es también muy inspirado poeta,

---

(1) La Biblioteca. Vol. 4 pg. 264.
El *Dogma* de la «Asociación de Mayo» estaba dedicado á Avellaneda, Acha, Lavalle, Maza, Varela. Alvarez, Berón de Astrada, y «en su nombre, á todos los mártires de la patria».

(2) Noticia Necrológica. Valparaiso 1851. Obras completas de Echeverria. Tom. 5, pág. LXXXVII.

juzga al *Dogma Sscialista* con mucha menos benignidad que lo hicieron sus contemporáneos.

El Dr. D. Martín García Merou, (1) nos dice: «El *Dogma Socialista* no es un boletín de combate, sino un programa de regeneración moral y política. En este sentido, su título mismo, empieza por ser incompleto y erróneo, en cuanto puede extraviar el juicio de los que no lo estudien detenídamente, haciendolo figurar entre el innumerable catálogo de publicaciones consagradas á difundir ó á exponer las doctrinas de la escuela presidida por Babeuf, y representada más tarde por Fourier, por Karl Marx y por Lasalle.

El *Dogma Socialista* es, solamente, el Código ó digesto de principios adoptados por la juventud argentina, como fuente de honor, de lealtad, de justicia, para proceder á la rehabilitación de las doctrinas oscurecidas y degradadas por la guerra civil, y derrocadas por la dictadura, deseosa de asentar su dominio sobre masas sin criterio y sin sentido moral».

El Dr. D. José Manuel Estráda (2) encuentra oscuro é incoherente al famoso evangelio republicano liberal de Echeverría, «vagos sus conceptos, vacilante su lógica y tímidas sus aplicaciones prácticas»; y dice: «el Dogma fracasa en el terreno positivo, y aún en lo abstracto, cuando debe llevar á sus últimas consecuencias el principio que le sirve de base. Revela salud de corazón, pero el temperamento poético de su autor le

---

(1) *Martín García Merou.* «Ensayo sobre Echeverría» 1894 pg. 141.

(2) *J. M. Estrada.* La política liberal bajo la tiranía de Rosas, (1873

afecta: es más imaginación que pensamiento: conmueve, no enseña... Es, principalmente, sentimiento; pero sentimiento rico, influyente creador; el sentimiento argetino, principio virtual de todo lo que en este país lleva estampado un sello de grandeza; el amor de la libertad pleno, incondicional, asendrado como una vocación, exigente como uno de aquellos apostolados que no ceden ni en la labor ni en el martirio».

Muy poco tardó la nueva sociedad en hacerse sospechosa á los ojos del dictador, y la policía descubrió muy pronto el misterio de sus reuniones y el secreto de su credo ó dogma jurado, viéndose los miembros de la «Asociación de Mayo» obligados á ocultarse y aún á expatriarse, para evitar las persecuciones de los seides de D. Juan Manuel.

Echeverría no quiso emigrar porque, en su opinión, *emigrar era inutilizarse para el país.* Pero sabiendo cómo las gastaban los del gobierno, se refugió en la campaña; yéndose al lado de un hermano suyo, á la estancia «Los Talas», situada entre los partidos de Lujan y Giles, donde permaneció entregado á melancólicas abstracciones, cavilando siempre sobre sus proyectos, «fraguando sus poemas y dialogando con su corazón sobre cosas pasadas y misterio del porvenir» como dice su biógrafo D. J. M Gutiérrez, «hasta que la fatalidad vino á arrancarlo de aquel apacible retiro, complicándolo en el movimiento armado que dirigía *una espada sin cabeza* (1), y que pomposamente se llamó campaña libertadora.

(1) Así llamaba Echeverria al general Lavalle.

Nuestro poeta distaba mucho de ser partidario de estas tentativas aisladas, que solo servían para trastornar más gravemente la situación general del país, abrir abismos más hondos en la opinión pública, irritar más al opresor, provocar nuevos y mayores excesos contra los opositores, y dar á Rosas ocasiones fáciles de exhibirse triunfante, y por lo tanto, amedrentar más al pueblo por su fuerza y poderío.

Unitario ó *federal,* era alternativa obligada, en que debía jurar su credo político el que no quisiera poner su destino en el segundo término del bochornoso dilema, que era: *ó la muerte.*

La *Asociación de Mayo* había degenerado en conjura de jacobinos. Conspirando constantemente contra la dictadura, había urdido *complots*, como aquel al cual Rosas puso término con el asesinato del presidente de la Legislatura de Buenos Aires, dentro de su propio despacho; había comprado adhesiones tan valiosas como la de aquél cuyo brazo debía, de un golpe de puñal, quitar del medio al tirano; había buscado en el extranjero alianzas deprimentes para la soberanía nacional y oprobiosos para nuestro legítimo orgullo de pueblo vencedor de todos los pueblos que habían osado combatirnos; y la Legión libertadora, que encarnaba su espíritu, desplegaba su bandera y venía á imponer su programa, había ya dado á la historia de nuestras guerras civiles las fechas de: Yeruá, D. Cristóbal y Sauce Grande.

El bizarro general Lavalle se hallaba, al fin, camino de Buenos Aires, paseando el entusiasmo y valentía

de su tropa, con asombro de sus mismos adversarios, desde San Pedro hasta Merlo. Las armas libertadoras llegaron hasta «*Los Talas*»; y Echeverria tuvo que aceptar aquella situación de hecho, como una fatalidad ineludible, y decidirse á romper con su silencio y su retiro, para alzar también su grito de protesta y de guerra, contra el mandatario usurpador de todos los derechos y libertades.

Dice el señor Gutiérrez:

«El estanciero de *Los Talas* se resignó al deber con la abnegación de costumbre, y asociado á su amigo y vecino D. Juan Antonio Gutiérrez, labraron en el pueblo de Giles una *acta-protesta*, que tenemos á la vista, escrita de puño y letra de este último». (1)

Después de este acto de abierta rebelión contra Rosas, Echeverria no hubiera podido vivir sino en las filas del ejército unitario, pues tales actitudes se pagaban entonces con la vida, y la suya entraba desde aquel momento á ser codiciada por los seides del tirano. Pero su salud, cada vez más resentida, le hacía imposible la campaña; y en cuanto el ejército contramarchó, para ir al encuentro de las tropas federales que había destacado Rosas al mando del benemérito general Angel Pacheco, tuvo que huir, escapando á campo traviesa, sin llevar más que lo puesto. Habiendo logrado llegar hasta el GUAZÚ, se embarcó á bordo de una fragata francesa que casualmente pasaba por allí, logrando arribar sin más contratiem-

---

(1) Echeverría. «Obras Completas». Vida de Echeverría por D. J. M. Gutiérrez. Tom. 5, pág. LXX.

pos á la Colonia del Sacramento, en la vecina República.

Durante el tiempo que permaneció en la estancia «Los Talas», fué que compuso Echeverria su poema sobre la insurrección del Sur y la poesía á Juan de la Cruz Varela, muerto en la expatriación.

Los ecos de los desastres del Quebracho, Sancala, Angaco, Famailla y Rodeo del Medio, produjeron el más profundo desaliento en la colonia argentina asilada en el extranjero, pero aquella inmensa desgracia retempló, más bien que no abatió, los entusiasmos de Echeverria por su causa. Su pensamiento se afianzó, con más firmeza que nunca, en la idea de que la acción eficiente y reparadora de la letal situación de fuerza que ensangrentaba y desoiaba á la patria, debía tener los caracteres de las reformas más trascendentales y ser cuestión de apostolado y de doctrina, en vez de cuestión de caudillos y batallas. Y volviendo los ojos hacia la juventud con cuyo porvenir se ligaban los destinos de la nación, desde la playa hospitalaria, cantó con verdadero sentimienso al pensamiento de la revolución emancipadora, en las estrofas de la poesía *Al 25 de Mayo de 1841;* y, á los ideales del patriotismo, en su canto *á la Juventud Argentina*, verdaderamente inspirado por la musa del dolor y la esperanza.

Montevideo era el asilo de la mayor parte de los emigrados políticos de aquella época, y durante más de diez años, detrás de las trincheras alzadas contra la barbarie representada por Oribe, las inteligencias más

brillantes de la juventud argentina pelearon de todos modos, con la espada y con la pluma, por las libertades holladas por la tiranía.

La *Sociedad de Mayo* tenía entonces allí un brillante nucleo de escritores infatigables que asestaban sus tiros contra el déspota, y trataban por todos los medios de acabar con la tiranía: Juan de la Cruz y Florencio Varela, Echeverria, Mármol, Rivera Indarte, Domínguez, Mitre y Cané, volcaban sobre la prensa Montevideana el torrente de su erudición, su verba, su gracia y su cultura, y sostenían en las columnas de *El Comercio del Plata*, *El Nacional, La Revista, El Constitucional, Muera Rosas,* y el *Britania* (entre muchos otros periódicos), la campaña más árdua, más valiente y de más éxito contra la barbarie de Rosas.

De más éxito digo, porque, muchos años después de extinguido el eco de los cañones de Caceros, todavía se escuchaba el rumor de sus apasionadas diatribas, y el estruendo de sus tremendas execraciones. Y aun perdura, y no podrá extinguirse jamás, el entusiasmo por la realización de sus patrióticos vaticinios.

Echeverria no fué de los que tomaron una parte más activa en esa campaña que inmortalizó á los Varela, Mármol y Rivera Indarte, por que «en la lucha contra Rosas solo tenía fe en las grandes batallas y en los sistemas levantados sobre principios probados por la experimentación, capaces de producir por sus resortes vitales un cambio radical en la sociedad». (1) Su carácter, su educación y su escuela, lo alejaban de

---

(1) J. M. Gutiérrez. «Vida de Echeverria». Tom. 5, pág. LXXIX de las Obras de Echeverria.

aquel hervidero de intrigas, maquinaciones, insultos, denuestos y calumnias, para buscar, en la soledad, la meditación y el estudio de la situación general de la sociedad argentina, la causa de su desorganización y el remedio que pudiera restituirla á la salud de su ideal democrático.

Abismado en ese análisis escribió el «Dogma Socialista», estableciendo cuales debían ser á su juicio las bases del Gobierno federo-nacional; concluyó varios trabajos de interés histórico respecto á la actuación de algunos de nuestros principales hombres en la revolución de Mayo; bosquejó los lineamientos del sistema económico más ventajoso para el país, criticando con tino las necesidades é intereses á que debía responder; y dando ejemplo de laboriosidad, de constancia y de entusiasmo, sirvió los ideales de su causa: dirigiendo y vigilando la educación de la juventud Montevideana, escribiendo las inspiradas estrofas del *Angel Caido* y al mismo tiempo las sabias máximas de su *Manual de Enseñanza Moral*, que es el primer catecismo de Moral Cívica que se haya escrito en Sud América.

La crítica extranjera no ha escatimado elogios al numen de Echeverria, señalando, desde el principio, su mérito, su influencia y su representación en las letras argentinas.

Hablando de *La Cautiva,* Don J. M. Torres Caicedo, dice lo siguiente: (1) «En ese poemita el cantor ar-

(1) Ensayos biográficos. Tomo I, pg. 379.

gentino ha descrito la naturaleza de la inmensa y solemne *Pampa,* cuna de la salvaje independencia y metrópoli de la barbarie; ha pintado el carácter enérgico, brutal, altivo y sanguinario de sus pobladores, y al compás de una armonía poética que encanta, presenta uu carácter noble, elevado, una alma llena de abnegación y un corazón henchido de amor»....

....

«Se ha criticado á Echeverría el que hubiera olvidado que ya había hecho figurar la muerte del hijo de Brian en el ataque á la ciudad».

«No creemos que sea un olvido de Echeverría, quien habría quitado gran parte del mérito á su poema haciendo depender el desenlace de un incidente falso. No es un olvido: María, fuera de sí con el trágico fin de su marido, cansada por la marcha, anonadada por el sufrimiento, se hallaba en un estado de terrible exitación nerviosa. Su imaginación le representaba ya los horrores de la ciudad atacada, con las sangrientas escenas que tuvieron lugar en el campamento de los salvajes; luego las peripecias que precedieron y acompañaron á la muerte de su esposo.

La idea de la muerte era lo que más le preocupaba, y, el dolor y el deseo, la hacían perder la memoria del asesinato de su hijo. Al ver á los soldados de su marido, el sentimiento maternal, más vivo que el conyugal, le hace preguntar sin reflección, como sucede en los momentos de supremo dolor, por el ser que más se ama, aún cuando no ignoraba el fin que había tenido. La brusca respuesta del soldado le volvió á la

realidad, le reavivó sus impresiones, le presentó en todo su horror la serie de sangrientas escenas que había presenciado. El corazón no pudo resistir á tan intensa pena, las fuerzas la abandonaron, y el cuerpo hubo de sucumbir al fin. Tan fuertes sensaciones, obraron al mismo tiempo sobre el cerebro y el corazón».

—El Sr. Marcelino Menéndez y Pelayo lleva en este caso su deferencia hasta hablar de nuestro poeta por boca de uno de nuestros compatriotas más entusiastas, y según él, *el más argentino de los poetas que hoy viven,* D. Rafael Obligado. Haciendo suyas las palabras con que aquél le ha presentado dignamente, en los hermosos versos de su canto, *á Echeverría*, refiriéndose á *La Cautiva,* dice: (1)

«La Cautiva no era más que un bosquejo; pero, si la parte dramática valiese en ella lo que vale la parte descriptiva; si la influencia del sentimentalismo de Chateaubriand fuese menos visible; si las figuras de Brian y María tuviesen más realce, esta historia tierna y sencilla de dos amantes perdidos en el desierto, sería una de las mejores cosas de la literatura americana».

—En cambio D. Juan Valera (2) hace suyas las palabras de uno de nuestros hombres de letras más estudiosos y de mejor gusto literario, diciendo: « En cuanto á Echeverría, ¿como negar que malogró en parte sus no comunes prendas? No lo digo yo: lo dice su compatriota de Vd. D. Calixto Oyuela».

---

(1) Antología de poetas Hispano Americanos. Tomo 4, pg. CLXXI.

(2) *Juan Valera.* Cartas Americanas, 1889, pg. 68.

—La crítica nacional ha tenido para Echeverría apreciaciones muy distintas.

En opinión de D. Juan María Gutiérrez, y de todos sus contemporáneos: Echeverría es un reformador, un poeta filósofo, un iniciador del movimiento literario realizado al empezar nuestra marcha de pueblo libre é independiente.

Así dice: (1) «Echeverría señala una época nueva en el gusto poético del Río de la Plata. El mató la tradición clásico-latina, confundió los géneros, mezcló los ritmos, exageró y afeminó un tanto la armonía del período. Rasgó el velo que ocultaba al público las pasiones y los dolores individuales del poeta, salpicando con la atrevida palabra *yo,* casi todas sus producciones».

«Echeverría localizó la poesía, por decirlo así, y le quitó el cosmopolitismo descolorido que tenía antes de él».

«El fué entre nosotros quien primero se atrevió á dar movimiento dramático á las composiciones líricas, convirtiendo en poemas más ó menos extensos aquellos asuntos que no habrían inspirado á sus antecesores más que una oda ó una elegía. El creyó que la *poesía* y la *filosofía* no solo eran consonantes, sino hermanas, y trató de hacerlas andar á la par, poniendo en metro pensamientos é ideas que no habían salido antes de él de la sobria mesura de la prosa didáctica».

—D. Pedro Goyena (2) dice:

---

(1) Breves apuntamientos biográficos y críticos sobre D. Esteban Echeverría, «La Nación», número del 6 de Diciembre de 1862.

(2) Echeverría. Obras completas, edición de 1874. Tomo 5, pg. CIV.

«Escribió La Cautiva en humildes octosílabos, como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos á cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta.»

«Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia, y sondear pacientemente las profundidades del mundo interior, así como había estudiado las maravillas de la naturaleza.»

«Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigilias, y la invisible confidente bajó á su alma con la frecuencia y una amabilidad de que pocos pueden jactarse, á pesar de haberla invocado muchas veces. Rompió la tradición clásica á que habían estado sujetas las generaciones poéticas de la República Argentina, quitó á nuestra literatura el carácter de «Cosmopolitismo incoloro» que había tenido hasta entonces, inspirándose en las peculiaridades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, é introdujo en la poesía las audaces franquezas de la expresión, que muestran con sus verdaderos matices y en todo su vigor los fenómenos del alma humana. Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne magestad de la meditación y con los tiernos suspiros de la alegría».

—Los modernos han sido mucho menos entusiastas admiradores del numen poético de Echeverría que sus contemporáneos.

Ya hemos visto que el poeta D. Calixto Oyuela le presenta como fracasado, y que sus palabras han sido recogidas por el célebre autor de *Pepita Gimenez* para exteriorizar su poco entusiasmo por el *ruiseñor de los consuelos*.

Otro poeta y distinguido literato, D. Martín García Merou, (1), se expresa del siguiente modo:

«¡Cuantas tentativas infantiles, malogradas por una inconcebible pereza intelectual!

«¡Que abundancia de versos disonantes, flojos, cascados, sin timbre y sin elegancia, pululan en las páginas de *Elvira,* de *La Guitarra,* de *El ángel caído!* Por una estrofa valiente, rotunda y armoniosa, nos vemos obligados á soportar largas tiradas de prosa rimada, sin brillo y sin calor.

«La facilidad aparente de la versificación traiciona constantemente al poeta. Falta concentración en sus ideas, relieve y cinceladura en sus imágenes, pureza y nitidez en su lenguaje. Su forma es, á cada paso, floja y descuidada; y en poesía, como en todos los géneros literarios, solo son dignas de vivir las obras de estilo irreprochable. No busquemos una disculpa en la generalidad del mismo mal difundido en los contemporáneos de Echeverría. La mayoría de ellos han muerto más ó menos como poetas. Echeverría subsiste, porque á despecho de estas deficiencias lamentables, su inspiración, ingenua y nativa, lo salva, deteniéndolo, y alzándolo cuando roza el borde del abismo.

---

(1) *Martín García Merou.* Ensayo sobre Echeverría, 1894, pg. 174.

«Los versos, en general, son musicales, más por el ritmo, que por el dominio de una armonía sabia, variada é inefable. La verdad es que ignora los secretos del arte, las sutilezas y las proporciones del verso sencillo y al mismo tiempo infinitamente labrado, en que se unen la fortaleza y la gracia, en que la precisión de la imagen se completa con el tono grave de la reflección filosófica—maravillas de ejecución indispensables para dar su verdadero carácter á la poesía, que, despojada de estos atractivos, se reduce á un vago sonsonete de palabras destituidas del hondo prestigio, de la belleza de la forma, en su mayor grado de esplendor y de encanto».

—Echeverría murió en Montevideo en el mes de Enero de 1851, y de su obra en general puede con justicia decirse «que la enseñanza práctica de la proscripción no fué tan completa, sino merced á la iniciación teórica que acabamos de estudiar; y que, por fin, la cosecha verdaderamente magnífica que trajeron los años siguientes, con la vuelta á la patria de sus hijos mejores, fué solo posible porque Echeverría, quince años antes, había depositado la buena semilla en un suelo que nada deja perder! (1)

Las obras de Echeverría fueron editadas en 1870 por don Carlos Casavalle, bajo la dirección y consejo de D. Juan María Gutiérrez. Forman 5 volúmenes en 8°.

(1) P. Groussac. «La Biblioteca». Tomo IV. pg. 297.

DOCTOR MARCO M. DE AVELLANEDA

Don Marco Manuel de Avellaneda nació en Catamarca, el 18 de Junio de 1813. Se educó en Buenos Aires, concurriendo á las aulas que frecuentaban entonces Alberdi, López, Frias, Cané, Tejedor, y demás figuras de aquella generación notable; y, á los 21 años de edad, ya con las borlas de doctor en leyes, regresaba al lado de los suyos, que se habían trasladado á Tucumán.

Incorporado al movimiento político de aquella provincia, se hizo notar en seguida por su talento como periodista; luego, por su acción como legislador; y á los 24 años de edad, cuando otros hombres empiezan recien á diseñar las alzadas de sus miras, el joven Avellaneda ocupaba la presidencia de la Legislatura de aquel estado, y recibía el juramento de fidelidad á sus leyes con que iniciaba su segundo gobierno el general don Alejandro de Heredia.

Las siguientes palabras, con que empieza su alocución al nuevo mandatario, revelan el carácter de aquel repúblico casi imberbe: « Habeis sido elevado á la primera magistratura de la provincia. Se os confiere, por otra vez, una autoridad que sin dar derechos que ejercer, impone sí, grandes y difíciles obligaciones que cumplir.»

Desgraciadamente, la influencia de la política Rosista convirtió á aquel gobierno en cacicazgo de tiranuelo vulgar; y cuando el plomo y el puñal de una de sus víctimas abatieron, en *los Lules*, al soberbio mandatario, en medio de la incertidumbre y terror que el hecho produjo y de la crísis de hombres que se siguió, la figura del joven Avellaneda se destaca con contornos ya enteramente visibles, sobrepasando á todas las figuraciones de aquel momento; vinculando á todos con su actitud patriótica y desinteresada; sirviendo de garantía de tranquilidad al pueblo, por su valor y su entereza, y realizando con su infuencia la solución más conveniente: la elección de don Bernabé Piedrabuena.

Avellaneda fué nombrado su Ministro. Tenía entonces 26 años.

Su conducta siempre cumplida y correcta; su política siempre leal, y valiente; sus ideas de orden, de libertad y progreso; su independencia de carácter y su amor á las instituciones consignadas por las leyes, hicieron que se fijara sobre él la atención de Rosas, y que, chocado al principio por la desenvuelta actuación del joven, é irritado después por la eficacia de sus planes y proyectos, concluyera por ponerlo en el índice de sus enemigos más terribles, y tratara de sacarlo del medio, de todos modos.

Avellaneda representaba, para el tirano, la oposición de las provincias del Norte.

Por el gobierno de Tucumán pasaron Valladares y

Garmendia, y ambos reclamaron el concurso del joven Avellaneda, como Ministro.

Entretanto, el año 40 volcaba sobre la situación general del país la lobreguez de los desbordes de la tiranía. Rosas y sus seides husmeaban esta vida juvenil, como la de una presa codiciada.

Para tomarla indefensa, se preparó la misión que llevó á Tucumán al General Lamadrid. Pero sabido es el resultado contrario que se obtuvo.

En vez de desarmar á la provincia, el General aceptó ponerse al frente de las milicias tucumanas, organizolas para la defensa de sus instituciones y de su territorio.

Este fracaso de Rosas, tuvo por complemento el siguiente cartel de desafío, lanzado á la faz del terrible opresor del país por aquel joven asombroso:

LIBERTAD Ó MUERTE!

Tucumán sepulcro de los tiranos!

Sala de sesiones de Tucumán, Abril 7 de 1840.

Al poder ejecutivo de la provincia, la honorable Sala de Representantes:

Considerando: 1.° Que la existencia en el primer pueblo de la república de un gobierno investido con toda la suma de los poderes constitucionales, es un escándalo á los ojos de Sud América y del mundo, en lo que ninguno de los demás de la República puede consentir sin mengua de su honor y de sus intereses, puesto que así se aleja más y más la deseada

época en que se escriba y sancione la Constitución del pueblo argentino;

2.° Que el bloqueo que hoy sufre todo el litoral del río de la Plata no es más que una inmediata consecuencia de los atentados que manchan la historia de la vida pública del tirano de Buenos Aires;

3.° Que abusando de las facultades que le habían conferido para conservar las relaciones exteriores con los demás pueblos de la República, se ha servido de ellas para arrogarse el peligroso derecho de hacer la paz y declarar la guerra;

4.° Que desconoce y pretende disputar á los pueblos de la República el derecho sagrado é imprescindible que les asiste, para darse leyes y nombrar, conforme á ellas, los depositarios de su autoridad;

5.° Que con esta conducta ha causado y prepara inmensos males á todos los pueblos de la República, y especialmente á esta provincia de Tucumán;

Ha acordado y decreta:

Art. 1.° No se reconoce en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador Juan Manuel de Rosas.

Art. 2.° Se le retira la autorización que, por parte de esta provincia, se le había conferido para mantener las relaciones de amistad y buena armonía con las potencias extranjeras.

Art. 3.° No se entregarán al comisionado de Buenos Aires las armas que reclama mientras esta provincia sea presidida por don Juan Manuel de Rosas, y en su consecuencia queda concluida la misión del general don Gregorio Araos de Lamadrid.

Art. 4.° La H. Sala de Representantes publicará un manifiesto de los motivos que han impulsado al pueblo tucumano á pronunciar esta resolución, declarando que este no será un motivo para que se alteren nuestras relaciones con los gobiernos hermanos, muy principalmente los de Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy.

Art. 5.° Comuníquese, etc.

MARCO AVELLANEDA.

José F. del Cano.
Secretario.

Después de esto, la cabeza de Avellaneda holgaba sobre sus hombros. Por eso, *Pago Largo* y *Cagancha* debieron aparecer ante sus ojos como un funesto presagio de su destino.

La quimérica visión de *la Legión libertadora* que se mostró un momento triunfante en *Don Cristóbal*, se desvaneció en seguida entre las sombras de *Quebracho Herrado*. Y el cortejo de héroes que encabezaba la gallarda figura de Lavalle, se convirtió en desgreñada partida de desarrapados que vivía huyendo de sus sañudos perseguidores.

San Cala, *Machigasta* y *Sañogasta*, llevaron al último extremo la situación de los gobiernos aliados. El joven Avellaneda era entonces Gobernador de Tucumán: ¡tenía 27 años! Sus energías eran tan grandes como sus entusiasmos; y no contento con ser el alma del movimiento opositor, se trasladó al campamento del general Lamadrid, para dirigir sus encuentros con las fuerzas federales.

¡*Rodeo del Medio* puso punto final á la carrera de aquel valiente militar, y *Famailla* vió deshacerse y dispersarse las últimas fuerzas que acompañaran al héroe de *Don Cristóbal!*

Avellaneda que desde el campo de la acción se dirigía á Tucumán por senderos extraviados, fué encontrado por otra partida, también fugitiva, cuyo comandante cometió la villanía de entregarlo al vencedor para congraciarse con él. Era un traidor de los federales, que traicionaba también á los unitarios.

De la suerte del joven gobernador no podía dudarse. Fué degollado en *Metán* el 3 de Octubre de 1841, y el sanguinario general Oribe hizo colocar en medio de la plaza pública á su cabeza enclavada en lo alto de una pica.

—La brillante cuanto trágica actuación del joven gobernador de Tucumán, da intenso relieve á toda su personalidad, y presta interés á todo cuanto serelaciona con su vida; pero su inclusión en el Parnaso argentino, no se debe á los manes de su suerte ó su desgracia, sino á su musa, graciosa deidad del Pindo tucumano.

Los biógrafos más modernos del doctor Avellaneda, que han hecho mención de sus poesías, las juzgan como de escaso valor.

Sin embargo, por su fondo y su forma, son mejores que de las de muchos de sus contemporáneos que no han tenido más fama que la de poetas.

El estro juvenil y patriótico de Avellaneda, levanta

sus ideas en arranques de verdadera inspiración, y armonizando el sentimiento con la belleza de los conceptos, sabe encontrar en las galas del lenguaje las mejores formas de su expresión, y, en el verso, las armonías más suaves para el canto.

Su estilo es muy parecido al de don Juan Cruz Varela, y por el aliño y la prolijidad con que mantiene el parecido, deja entrever que la imitación ha sido conciente y voluntaria.

DR. DN. FLORENCIO VARELA

De la autobiografía que publicó Varela en Montevideo, en 1848, sacamos los siguientes datos: (1)

Nació en Buenos Aires el 23 de Febrero de 1807, á las 9 1/2 a. m. Cursó humanidades en el «Colegio de Ciencias Morales», habiendo hecho sus primeros estudios en el Colegio de la Unión del Sud.

(1) «Autobiografía de Dn. Florencio Varela, natural de Buenos Aires, redactor del *Comercio del Plata*, jurisconsulto, publicista, corresponsal del *Instituto Histórico de Francia* y del *Instituto Histórico Geográfico del Brasil*, etc., etc., acompañada del faccimil de su letra y de algunos apuntes sobre su persona.» Montevideo, 1848. Folleto de 64 pgs. en 4o.

Quedó huérfano á la edad de once años, á raíz de haber perdido su señor padre su fortuna, y mostrando siempre su amor al trabajo y su natural inclinación por el estudio, mientras iba haciendo su carrera ganaba honradamente su vida, empleado en la Secretaría del Ministerio de Gobierno.

Varela renunció este puesto, cuando se hizo cargo de la administración el coronel Dorrego, cuya política había él siempre combatido. Pero en 1828 volvió á emplearse en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Florencio Varela escribía entonces en el «Pampero», que era el órgano oficial de los unitarios, y lo redactaba su hermano Dn. Juan de la Cruz.

El Gobernador Dorrego inició su gobierno tomando medidas de rigor contra la prensa y adoptando el sistema de los exclusivismos y de las destituciones para dominar la situación y someter á los contrarios.

El resultado fué contraproducente y precipitó la revolución.

El ejército que volvía del Brasil, con los laureles de Ituzaingó, fué la base del movimiento; y el 1.° de Diciembre de 1829, el pueblo y el ejército proclamaban gobernador al Gral. Lavalle, obligando á Dorrego á huir de Buenos Aires. Estos sucesos terminaron con el drama de Navarro: la página más triste y estérilmente sangrienta de nuestras luchas intestinas.

El reguero de sangre de la lucha fratricida se extendió después sobre los campos de las *Palmitas* y *Vizcacheras,* consagrando en victorias campales el triunfo del ejército de línea alzado contra las institu-

ciones, hasta que el fracaso del *Puente de Marquez* restableció nuevamente el equilibrio de las opiniones.

Celebrose el convenio caudillesco de 24 de Junio de 1829, entre el *representante del gobierno de la ciudad* y *el del pueblo armado de la campaña,* lo que puso tregua á la lucha; y entre las sombras del odio, la ambición y la falsía, se preparó el gobierno de las *facultades extraordinarias,* y se inició la época siniestra que se llamó de la *restauración de las leyes.*

El 8 de Diciembre de aquel mismo año subió al poder Dn. Juan Manuel de Rozas.

La Legislatura que lo eligió gobernador, era la misma que acababa de declarar que eran libelos infamatorios los periódicos que habían sostenido la política del General Lavalle, como eran *El Pampero* y *El Tiempo;* y por resolución de la comisión encargada de este proceso á la libertad de la prensa, *y, en odio de semejantes piezas, como en justo desagravio de las personas en ellas injuriadas:* se hizo un auto de fe con todos sus números, bajo los arcos de la casa de justicia.

—¿Qué les esperaba á sus autores?

Entonces fué cuando emigraron á Montevideo la mayor parte de los literatos argentinos.

Florencio Varela se encontraba ya allí desde el 12 de Agosto, pero Rozas confirmó por decreto su ostracismo.

Varela se casó ese mismo año con la distinguida señorita argentina doña Justa Cané (1), debiendo ce-

---

(1) Dn. J. M. Torres Caicedo da á entender que esta Señorita era oriental, pero es un error de información suya. («Ensayos biográficos y de crítica literaria, Segunda serie, pág. 45.)

lebrarse el matrimonio por poder, á causa de la situación en que aquél se hallaba, yendo ésta después á compartir con su esposo los sinsabores de la expatriación.

Varela tuvo una actuación muy distinguida en Montevideo; y dando muestras del valor de sus energías y de su amor al estudio y al trabajo, volvió á rendir exámenes de derecho, doctorándose en aquella universidad el año 1835.

Florencio había sido hasta entonces un amante apasionado de las musas, y había publicado muchísimas composiciones que habían tenido la más simpática acogida, por la galanura de su lenguaje, el pensamiento trascendental de sus ideas, y la intencionada cultura de sus gracias; pero después de aquella fecha, su estudio de letrado y la política fueron ya sus únicas preocupaciones.

El pleito político argentino se había hecho cuestión política oriental, y estaba allí representado por las tendencias de los generales Oribe y Rivera.

En atención á su condición de extranjero, Varela se abstuvo de tomar parte en las cuestiones locales. Pero los expatriados argentinos residentes en Montevideo, que eran todos miembros de la *Asociación de Mayo,* habían constituído allí la *Comisión Argentina*, encargada de arbitrar medios y recursos para derrocar á Rozas. Y como Oribe representaba la política de Rozas en el Plata, y acababa de secundar la acción de Rozas, persiguiendo y batiendo á Lavalle en Famailla, al regresar á sus dominios y expulsar de su go-

bierno á su rival usurpador, á quien derrotó completamente con la ayuda de Rozas, extendió las represalías á los enemigos de su aliado, y obligó á salir del país á todos los unitarios, por suponerlos aliados de Rivera. Dice Dn. J. M. Torres Caicedo (1): «Desde que el general Lavalle se puso en campaña, hasta que el almirante Mackau celebró una transacción funesta con Rozas, Florencio Varela trabajó con inteligencia y sin tregua contra la dictadura del «Salvaje de las Pampas». Pero el digno hijo de la República Argentina no dejó pasar desapercibido ese acto de un almirante francés, que abandonaba á sus aliados y entraba en capitulaciones inexcusables con el más despreciable tiranuelo: escribió al efecto con nervio y con razón, y en sus escritos «sobre la convención de 20 de Octubre de 1840, desarrolló el desenlace de la cuestión francesa en el Río de la Plata con documentos dignos de un distinguido publicista.»

Varela estuvo en el Brasil, desde principios de 1841 hasta mediados de 1843. Allí trabajó empeñosamente, buscando en los archivos oficiales cuanto dato podía servirle para escribir la Historia de la República Argentina; y al regresar á Montevideo estaba tan pobre, que, según afirma su distinguido biógrafo Dn. Luis L. Dominguez: *no tenía con que cubrir la desnudez de sus hijos.*

¡Qué temple moral el de aquellos hombres! Expatriados y perseguidos, aún en el extranjero, ¡su pensamiento principal era la patria; sus afanes estaban

(1) Obra citada, Segunda serie, pág. 46.

siempre puestos en ella, y su trabajo buscaba en todas las cosas la gloria de servirla!

Cuando Varela llegó á Montevideo, la ciudad estaba sitiada por Oribe. Lloraba entonces la muerte de su hermano Rufino, sacrificado por la soldadesca de este jefe cuando acababa aquel de cumplir una acción caballeresca y gentil con un preso político de su partido, enseñándoles así á respetar al adversario; pero su ánimo no decaía, y su campaña contra Rozas era cada vez más intensa y apasionada.

El mismo escritor americano, antes citado, dice á este respecto (1): «En tan luctuosa época, Florencio Varela no abandonó la liza: obró como escritor; y como hombre de alta inteligencia y variados conocimientos, ayudó con sus consejos al gobierno del Uruguay.

Por aquel entonces, solo la Gran Bretaña parecía no estar contagiada con las ideas, falsas á todas luces, que habían hecho difundir los agentes asalariados de Rosas.

Era preciso enviar un comisionado á Europa, pero el gobierno Oriental carecía de fondos. Sin embargo, se resolvió nombrar ese comisionado; y Varela fué el elegido con carácter de agente confidencial, y recibiendo en pago una módica retribución. Aún cuando era pobre y cargado de familia, el patriota acalló los cálculos del padre y del hermano, y aceptó la difícil misión que se le confiaba.

Hacía mucho tiempo que la *Comisión Argentina* y

---

(1) Torres Caicedo, Obr. cit., pág. 48.

el gobierno de Montevideo trabajaban por conseguir la intervención de las potencias extranjeras para paralizar de ese modo á Rozas, cuyos ejércitos habían casi concluído con las fuerzas unitarias y se preparaban á caer sobre aquel baluarte de los conspiradores. Varela fué pues á defender la mala causa de ese pleito, ante los gabinetes de Londres y París, presididos por Lord Aberdeen y Guizot.

El resultado de su misión no fué claro en el primer momento, pero la intervención se realizó poco tiempo después de haber regresado Varela de Europa.

—Varela fundó el *Comercio del Plata,* el órgano más avanzado de los ataques á la tiranía, donde la diatriba alcanzaba las formas espeluznantes de su brillante mentalidad y vestía las galas de su lenguaje culto y galano.

Como consecuencia de este estado de cosas, la criminalidad adquirió proporciones nunca vistas, y llegó á ser tal el terror de los habitantes de Buenos Aires y Montevideo, que después de la oración (6 1/2 á 7 p. m.) las ciudades quedaban desiertas porque muy pocos se atrevían á salir á la calle.

Varela sabía que su vida era una de las más codiciadas por los seides del tirano; pero era al respecto muy despreocupado, por lo cual sus amigos se habían impuesto la obligación de que siempre lo acompañara alguno de ellos.

Dice Saldías (1): «Al caer la tarde del 20 de Marzo de 1848, y dejando á medio hacer su tarea para el *Co-*

---

(1) *Adolfo Saldías* «Hist. de la Confederación Argentina». Tom. 5 pg. 89.

mercio del Plata del día siguiente, salió de su casa á hacer una visita.

Una hora después regresó á su casa, pero, apenas hubo saludado á varios amigos que lo esperaban, volvió á salir acompañado de uno de ellos.

Pasadas las ocho de la noche, fué visto en la calle 25 de Mayo, frente á la sala de Residentes, hablando con un marino extranjero, y en la cuadra siguiente con el Ministro de Hacienda.

En seguida continuó solo por la misma calle, adonde había afluído la gente á ver pasar un batallón que se embarcaba. Varela dobló por la calle de Misiones que estaba solitaria, y golpeó en el núm. 90, que era el de su casa. Casi simultáneamente con el último golpe, sus amigos oyeron quejidos lastimeros. Corrieron á abrir y en la acera de enfrente encontraron el cadáver de Varela con una horrible herida de daga, que partiendo de la espalda le atravesó el pecho y terminaba en la parte inferior del cuello. A la clara luz de esa noche de luna, el asesino había desaparecido, y la familia y los amigos de Varela, desolados, apenas si podían darse cuenta de cómo el asesino había espiado momento por momento los pasos de este hombre distinguido, sin darle ni siquiera el segundo para mirarlo, como el pérfido Herennises con Cicerón.»

El mismo historiador, cuyas inclinaciones en favor de Rozas son bien conocidas, dice también lo siguiente (1):

---

(1) Ob. cit Tom. 5 pg. 96.

« Por lo demás, ni entonces se apartó ni hasta ahora ha podido borrarse la creencia general de que el doctor Varela fué asesinado de orden de Oribe. » (1)

Por tratarse de una opinión tan sindicada de reminicencias federales como es la del Dr. Saldías, tiene mucho valor el siguiente bosquejo sobre la personalidad de Varela que trae en su «*Historia de la Confederación Argentina*»: (2)

« Era el doctor Florencio Varela un hombre distinguido en toda la acepción de la palabra. Encuadrado en esa elegancia rígida de los hombres de la *Restauración* en Francia, cuyos ejemplares eran Chateaubriand y Lamartine, había realizado un voto de su espíritu figurando con brillo como literato de la escuela clásica que llegó á traducir á Horacio en limpio verso castellano.

Las corrientes de la política revolucionaria lo envolvieron cuando su mente acariciaba los ideales de bonanza que prometieron los progenitores de la patria; y en este campo de la acción sedujéronlo horizontes engañosos, que si bien popularizaron su nombre, nada añadieron á su reputación. En este terreno lució dotes poco comunes. Periodista que educaba y apasionaba á las veces, por la forma elegante y por la exposición metódica y calculada de la doctrina: político hábil, pero sometido al rigorismo formulista de la escuela de Rivadavia, que él y sus amigos interpretaban

---

(1) El asesino fué un tal Andrés Cabrera, natural de Canarias, y contrabandista de oficio.

(2) Ob. cit. Tom. 3 pg. 77.

con arreglo á las exigencias de la nueva época en que les tocaba actuar en primera línea: orador fácil, más persuasivo que brillante, pero siempre tranquilo y dueño de si, como que obedecía á las inclinaciones de su carácter manso; si bien transpiraba cierta vanidad por los méritos que no sin razón él mismo se atribuía, y sabía distanciarse convenientemente de las demás personas, encerrándose en una especie de frialdad severa, á las veces sobre un pedestal de superioridad desde el cual contemplaba con desdén los hombres y las cosas que no le tocaban muy de cerca, ó aunque le tocasen; el doctor Varela era en 1839 un ilustrado talento, fundido en el molde de los hombres de estado de 1826 en Buenos Aires; un político doctrinario, que así podía iluminar las cuestiones de gobierno en el seno del gabinete, como debatirlas con éxito en el parlamento y en la prensa. Bajo los triunviros de 1812 habría caído con éstos; bajo Pueyrredón habría pertenecido al partido de los *políticos;* bajo Rivadavia habría sido, á tener más edad, el alter ego de éste; bajo Rozas era unitario, y lo peor era que seguía siéndolo por convicción en Montevideo; y á haber sobrevivido al derrocamiento de Rozas habría sido lo que fué don Valentín Alsina, con quien tenía muchos puntos de contacto, además del *parecido de la escuela* que con tanta exactitud ha descrito Sarmiento en su *Facundo.*»

Florencio Varela no tiene la fama de poeta que lleva su hermano don Juan de la Cruz, pero su numen no es inferior al de aquel.

Esto se debe en gran parte á que don Florencio no

hizo nunca gala de sus excelentes disposiciones para la poética y el verso; y á que, siendo él de un gusto muy refinado y muy severo en sus juicios literarios, nunca quiso reunir ni corregir sus composiciones, ni presentar el ramillete de sus poesías para que el público gustase su delicadeza y su mérito.

Esta es también la razón por la cual nos ha sido muy difícil coleccionar los versos de este distinguido compatriota; porque estaban dispersos en los diarios de la época y en el extranjero.

Sin embargo, Florencio Varela ha sido uno de los amigos más sinceros y favorecedores más obsequiosos de la obra de los poetas argentinos: veneraba sus tradiciones literarias y se complacía en revelar las fuentes predilectas que más contribuirían á modificarla en el futuro; comprendía el anhelo que inspiraba sus estrofas; respetaba el afán que había tornasolado el mundo de sus sueños; sonreía sin temor al estruendo artificioso de sus destemplanzas más horribles; se extasiaba en la contemplación del porvenir bosquejado por las musas de aquellos sublimes visionarios de la grandeza de la patria, y se embriagaba con el perfume de sus virtudes morales, el patriotismo y la nobleza que exhalan sus versos, que bastan para embalsamar el ambiente de su existencia en los días más aciagos de su historia.

Por eso cuando D. Juan María Gutiérrez publicó en Valparaiso la primera antología de poetas americanos que se conoce, (1) Varela aplaudió su obra con el vivo

(1) *América poética*. «Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo» 1846. Valparaiso.

entusiasmo de su más sincera complacencia; y explicando la trascendental importancia del pensamiento que había guiado al distinguido hombre de letras, decía: (1)

«Conocer la literatura de un pueblo en una época, es conocer su estado de civilización en esa época. Entre nosotros casi toda la literatura, destinada á vivir más allá del día, está limitada á la poesía: en ella está nuestra historia, en ella nuestras costumbres, en ella nuestras creencias, ideas y esperanzas. Lo demás que ha producido el genio americano ha pasado como el humo de los combates que han constituído nuestra ocupación y aún nuestra existencia. De modo que, quien posea una colección de poetas americanos, tendrá casi todo lo que, en materia de letras, puede la América reclamar como propiedad suya».

Es que la modestia de la alta cultura intelectual de Varela lo hacía ser crítico implacable para consigo mismo; pero su temperamento de artista y su inclinación natural á la poesía se revelaba por encima de todos los anatemas con que desprestigiaba á sus versos.

«*Son los poetas, sacerdotes encargados de las festividades de la patria*» decía, en su informe como Juez del *primer certamen poético de Mayo*, que se celebró en Montevideo el año 1841 (2); y como aquel veredicto fué redactado por él y contiene el resúmen de sus ideas sobre poética y poesía americana, lo transcribo en lo pertinente, para que pueda juzgarse su gusto:

(1) «Comercio del Plata» número 142. del 24 de Marzo de 1846.

(2) J. B. Alberdi, «Obras completas». Tomo II, pg. 69.

«Colocada en la altura de que la crítica no puede descender, la Comisión ha mirado ante todo las piezas que examinaba, bajo el aspecto de su más ó menos armonía con el carácter presente de la poesía nacional, ó por mejor decir, americana. Ha creído que, aquel merecía más en este punto, que mejor hubiese comprendido las modificaciones, los decisivos cambios que la literatura recibe de la variación y progresos de las costumbres, de las creencias, de los elementos todos que constituyen la vida de los pueblos.

Ninguna literatura *americana* pudo haber mientras duró en estas regiones la dominación de la España. Jamás una colonia tuvo ni tendrá literatura propia; porque no es propia la existencia de que goza, y la literatura no es más que una de las muchas fórmulas porque se expresan las condiciones y elementos de la vida social.

El pensamiento del colono, lo mismo que sus brazos y su suelo, solo producen para la metrópoli, de quien recibe hábitos y leyes, preocupaciones y creencias.

Si alguna luz intelectual le alumbra, es apenas el reflejo (pálido por muy brillante que sea) del grande luminar á quien sirve de satélite.

¿Qué escuchábamos en las márgenes de nuestro Plata antes de 1810? Ecos desfallecidos de los cantos que se alzaban en las orillas del Manzanares. Las liras que llamábamos americanas solo se pulsaban para llorar *oficialmente* sobre la tumba del monarca que cerraba los ojos, ó para ensalzar en su coronación al que lo

sucedía sobre el trono. Los pueblos del Plata arrancaban al extranjero triunfos expléndidos en las calles y plazas de sus ciudades; adornaban la techumbre de sus templos con los pendones arrancados al vencido; y el genio apocado de los hijos de la lira no encontraba para tan altas hazañas motivo más noble que el amor de esos pueblos á Cárlos y María Luisa.

¡Mengua grande á la verdad, borrada después por días de gloria nacional! Alumbró la llama de la Libertad; alzóse el pueblo de la condición de colono á la de soberano; y en el gran sacudimiento nació también la poesía nacional, hermana gemela de la independencia.

Su carácter no podía ser otro que el de la época en que nacía. La inteligencia y los brazos del pueblo nuevo no tenían más ocupación que meditar empresas de guerra, ganar batallas y reparar los descalabros de las derrotas. Análoga debía ser la entonación de las liras americanas. Cantos de guerra, himnos de victoria, lamentos de dolor irocundo sobre la tumba del guerrero caído bajo la enseña del sol, maldiciones contra sus verdugos; esto y nada más podía pedirse á los que tenían fuego en la mente, patriotismo en el corazón. Y este, y ningún otro, es el acerado temple de nuestra primera poesía nacional.

Pero la lucha de la independencia terminó y con ella los odios que la guerra enciende.

Intérvalos de paz, — breves por desgracia, como el relámpago — dieron lugar al pensamiento para elevarse á la contemplación de las grandes verdades fi-

losóficas y morales; permitíeron mirar en derredor con ojos, que no anublaba la pólvora de las batallas: empezaron los pueblos á meditar en su destino, á buscar el fin porque habían derramado su sangre, á correr tras de las mejoras y el progreso social. Levantóse entonces una genaración que no había asistido á los combates de sus padres, pero que había aprendido los dogmas santos de Mayo. Imposible era que resonasen en sus liras ecos de una guerra que ya no ardía, ni clamor de venganza contra enemigos que habían vuelto á ser nuestros hermanos. La poesía empezó naturalmente á tomar un tinte más filosófico, más templado: se vistió por la primera vez, con las riquísimas galas de nuestro suelo que los poetas de la revolución no distinguieron entre el polvo y el estraendo de los combates; y reflejó, por fin, esa melancolía que imprime en el ánimo el espectáculo, continuado casi, de las guerras civiles y del hondo infortunio de la patria.

Tal es el carácter de nuestra poesía actual; y la Comisión ha creído deber buscar en las composiciones del concurso la expresión práctica de estas verdades, como un mérito de la más alta estima».

—Las poesías de Florencio Varela no son nada comunes, ni prosaicas, ni vulgares, como él las suponía, sino muy apreciables por la belleza de sus ideas, la galanura de su lenguaje, la elegancia de su estilo y la armonía de sus versos.

Diríase que en ellos, la elevación del pensamiento

apaga á veces el entusiasmo de la expresión, y la magestad del lenguaje olvida, otras, los atavíos de sus galas más indispensables; que la cadencia del ritmo reemplaza á la fuerza de entonación, cuando se echa ésta de menos; y que la espiritualidad y la gracia aligeran siempre el recargo de su tendencia conceptualista y razonadora.

D. Florencio es poeta de la misma escuela que su hermano D. Juan de la Cruz.

Sus primeras poesías: «*A los alumnos del Colegio de Ciencias Morales*», «*El 25 de Mayo de 1825*», «*En un comité de amigos*» y «*A la Hermandad de caridad*» están llenas de reminiscencias de Herrera, Rioja y Melendez Valdez; pero al caer en la servidumbre artística de aquellos poetas, su propio buen gusto lo ha hecho huir de aquella semejanza de la cual D. Fernando de Rivas decía:

> «Imitarás la suavidad sublime
> Y candorosa de León, más huye
> Tal vez, su tosco desaliño»...

Estos versos revelan los sentimientos cristianos de Varela y abonan su fe tanto como su ilustración, su cultura y su gusto artístico; siendo también en ellos donde mejor se ve la profunda repugnancia que siempre le inspiraron los tiranos.

En la época de la alianza de la gloria con la paz, de la grandeza con la prosperidad, del bienestar con la alegría, y del deber con el patriotismo y el ideal, el sol de la libertad se alzaba sin nube sobre el ho-

rizonte de la patria, y la pasión política no había aún clavado su odiosa garra en el alma del pueblo argentino. Sin embargo, mirando Varela hacia el pasado y escribiendo para el porvenir (representado por la juventud del colegio de ciencias morales), no se siente embriagado por el triunfo ya anunciado por los cañones de Ayacucho, ni canta á la gloria, ni admira la libertad, ni lo entusiasma el heroismo; sino que, alzándose todavía ante sus ojos el fantasma del despotismo español, lo excecra y anatematiza con el furor explicable después de los desastres de Ayohuma ó Cancha Rayada.

Sus composiciones posteriores no presentan ya, sino muy debilmente, esta aberración ó lugar poético tan explotado por los poetas de la guerra de los 15 años; y en cambio, dejan entrever con toda claridad sus inclinaciones personales y su acuerdo con las tendencias liberales de la época, así como sus vinculaciones políticas y su admiración por Rivadavia, á quien, á raíz del fracaso de su presidencia fugaz, saluda en los siguientes términos:

> «¡Gloria eterna á su nombre! El fué primero
> Quien del vértigo horrible en que envolvía
> A nuestra triste patria
> La implacable anarquía,
> La sacó al explendor; recto y severo,
> Por la senda del bien marchó constante;
>
> La ignorancia arrogante,
> El fanatismo audaz y sedicioso,
> De la columnia el soplo venenoso,
> Todo, todo á su paso se oponía,
> Y todo, todo á su poder cedía.»

Pero donde Varela ha mostrado realmente su numen, y donde resalta más el vuelo de su imaginación, es en su canto á la libertad de Grecia.

Este canto tiene para nosotros una importancia y significación muy grande. Representa el pensamiento del pueblo argentino, despreocupado de los prejucios de la dominación ibérica, en el momento en que abandona los viejos arquetipos, para fundir su propia literatura al calor de la libertad, en los moldes de la civilización moderna. Es el primer grito de vida que lanza al mundo un pueblo nuevo, que acababa de ser levantado por el heroismo á la faz de todas las soberanías de la tierra, al sentir en el horizonte de la vieja Europa el estruendo de los cañones de Navarino, que despiertan en su memoria el recuerdo de sus hazañas, su lucha de 15 años por la libertad, y refrescan en su ánimo los placeres del triunfo, poniéndolo de pie el hábito de escuchar las dianas de la victoria. Es un impulso espontáneo de los sentimientos preponderantes de la raza restituída al ambiente de sus conquistas más grandes en la historia de la humanidad, sin el reato de las instituciones caducas que fosilizaran su progreso: floración de las gallardias castellanas en el suelo ensangrentado de los incas y retoño de los alardes entusiastas que la pusieron al frente de todas las cruzadas redentoras. Por eso el canto de Florencio Varela es el broche de oro con que se cierra aquel primer período de la poesía americana, al que dió armonías la lira de bronce de De Luca, áureo reflejo la imaginación de Olmedo,

sentimiento la inspiración de Heredia y gracia y verdad la musa de D. Juan de la Cruz Varela.

Este canto de F. Varela es del más puro lirismo, y no se percibe en él ese tinte didáctico que tan marcado presentan sus otras poesías, pues aún cuando aquí también hace frecuente uso de elementos históricos ello es solo para lanzarse desde allí á los más atrevidos vuelos líricos de su imaginación creadora.

—El poeta empieza por recordar la actuación histórica del pueblo griego, sus glorias militares, sus sabios, sus poetas y sus artistas, que han sido paradigmas para el mundo entero, y dice:

> «Allí en Atenas y en Esparta el templo
> Miré do florecian
> Las ciencias y las artes, que de ejemplo
> Alguna vez al mundo servirían,
> Y de grandes modelos. ¡Gloria á Grecia!
> Clamó mi labio de entusiasmo lleno,
> ¡Gloria sin fin al ilustrado Heleno!»

Luego describe su caída bajo el poder de los turcos, con lenguaje vibrante de indignación, y frase tan expresiva como precisa y correcta, dejándose llevar con entusiasmo pindárico, en alas de su fantasía, por los regiones que resplandecen á la luz del *mens divinior* de que nos habla Horacio, para llorar la suerte de aquel gran pueblo y auspiciar su nuevo triunfo:

> ¡Ay! ¿que se hicieron
> Sus antiguas hazañas? ¿Como pudo
> Apagarse la antorcha luminosa

Que aun hoy, la senda del saber nos muestra;
La antorcha que, en otra época dichosa,
Hizo á la Grecia universal maestra?
Todo, todo pasó. ¿Mas, por ventura,
La sangre que heredaron
Los hijos de Milciades y Leonidas
Sin sublevarse de ira entre las venas
Consentirá la servidumbre dura?

—Describe luego la lucha entre ambos pueblos, pintando la ferocidad turca y realzando el heroísmo de los griegos; y rápidamente, prepara el desenlace, con la siguiente estrofa de la más clásica sobriedad:

Y mientras horrendo Marte
Siembra por todo el funeral estrago,
Y al flamear de mortífero estandarte
La ruina truena do se oyó el amago;
Mientras la humanidad despedazada
Alza el clamor á la celeste esfera,
Del eterno implorando la clemencia,
¿Será que Europa entera
Tolerará con fría indiferencia
La desastrosa ruina
De los hijos de Esparta y Salamina?

A nuestro juicio, esta oda de Varela basta para consagrar su numen.

FLORENCIO BALCARCE

Florencio Balcarce, hijo de don Antonio González Balcarce, el vencedor de Suipacha, nació en Buenos Aires á fines del año 1818, y murió en esta misma ciudad el día 16 de Mayo de 1839, cuando solo contaba 21 años de edad.

Habiéndose distinguido desde muy niño por su talento y carácter bondadoso, su laboriosidad y contracción al estudio le dieron puesto de preminencia entre sus condiscípulos de humanidades; pero habiendo contraído de pronto la atroz enfermedad que lo llevó á la tumba, en busca de salud decidió ir á Europa, embarcándose á bordo del «Philadelphe» en el mes Abril de 1837, con destino á Francia.

Allí vivió al lado del vencedor de Maipo y Chacabuco, del general San Martín, (gran amigo y compañero de su padre, de quién había sido el más invicto jefe), que de este modo se veía rodeado en su retiro por las vanguardias de la intelectualidad de la patria que su brazo había libertado.

Durante los dos años que el joven Balcarce estuvo en París continuó sus estudios de humanidades en la Sorbona, y puede juzgarse de su carácter observador así como de la seriedad de sus pensamientos y ocupaciones por los siguientes párrafos de una carta suya á su condiscípulo don Félix Frias, fechada el 29 de

Octubre de 1837, es decir, poco tiempo después de su arribo á la clásica ciudad de los placeres. «Querido Félix: Cuando reciba Vd. ésta habrá ya tenido el gusto de pasar su examen, y con su sobresaliente agregado á la media docena de antes, estará disfrutando de aquellas vacaciones que dejan tantos recuerdos y de que no puede gozar su amigo hace dos años.

Yo continúo, como siempre atacado por ciertas ideas que me persiguen ó me acompañan según la época y el lugar donde estoy; durante los dos meses de navegación estuve embebido en los sueños del provecho que sacaría de mi viaje: me subía á la gabía y señalaba en un pedazo de papel la marcha que iba á seguir en mis estudios como las planillas que hacíamos en la clase de filosofía. Un mes después empecé á echar menos á mis amigos, *cobré odio al francés, y por no hablarlo me pasé días enteros sin saludar á nadie y leyendo á gritos en español.* Cuando me fijé en París estuve otro mes aturdido sin saber á que dedicarme, intentando aprender á un tiempo todo, y conociendo que no aprendía nada. En fin, desde que empezó el mes de Octubre me ha entrado la manía con los exámenes de Buenos Aires. De día me envuelvo hasta los ojos en mi capotón y me paso horas enteras pensando en aquellas reuniones que teníamos para prepararnos en el año 35, en aquellas noches que nos pasábamos en vela en el 33, discutiendo sobre el nominativo de persona que hace y nominativo de persona que padece; en aquellos días que nos pasábamos oyendo al bueno de don Mariano Guerra que comentaba el texto

de *Sintáxis græce latina constructio.* De noche no me duermo hasta tarde con el mismo recuerdo, que unas veces me hace reir y otras me entristece, y siempre me distrae de todo otro pensamiento.

Hace algún tiempo que empezaron en la Sorbona los exámenes de los que aspiran al grado de bachiller en letras y tuve el gusto de asistir á ellos dos días seguidos. A primera vista nada corresponde allí á la grandeza de la idea que nosotros nos formamos de la Universidad de París. En la sala caben á penas cincuenta personas, y la mayor parte de éstas tienen que permanecer en pié, porque seis bancos de pino que hay están ocupados por los examinadores. La falta de ventilación hace imposible estar allí más de media hora, y los mismos examinadores se levantan así que hacen sus preguntas, y pasan á una habitación contigua. Yo creo que han calculado bien al cerrar los balcones: si el aire circulase todos los asistentes se dejarían estar hasta el fin de los exámenes; pero obligados á salir de media, en media hora, pueden entrar los que están en las escaleras, y por medio de esta renovación se suple á los inconvenientes de la falta de espacio, evitando al mismo tiempo los de una concurrencia numerosa. La sala es una habitación común en el segundo alto, sin más adorno que un estante con los libros necesarios, y una baranda de madera que la divide en dos partes: una destinada para el público, es decir, para cincuenta personas, y otra para los examinadores. Esta es una circunstancia que merece notarse, porque remedia un mal que entre nosotros casi no ha

fijado la atención. Allá el estudiante que no sabe puede deber á su oído una clasificación superior á su mérito: los estudiantes que saben tienen la ocasión de auxiliar á sus compañeros desde que el orden establecido les facilita los medios para ello; pero aquí no. En primer lugar, los examinadores no están allá en el fondo de una sala, escondidos en sillones de jacarandá, ni sobre una tarima que elevándolos los separa de los estudiantes; en segundo lugar, el que se examina está en medio del espacio desocupado, sentado contra la mesa, como en una conversación familiar con sus jueces. Así se le inspira confianza quitándole todos los medios de fraude. Cuanto mayor es el aparato con que se presenta el tribunal, menor es la confianza en el que va á ser juzgado, y un estudiante tiene ya en la importancia de un examen bastante motivo para turbarse sin necesidad de que la tarima y las sillas y la campanilla vengan á aumentar su confusión, aumentando la distancia que hay de él á los jueces. Además, los concurrentes agrupados sin orden, en la parte de la sala que tienen destinada, no dejan ni el recurso de poner un amigo en un lugar fijo para que hagan signos en los casos de apuro. Los examinadores lejos de mostrar empeño en hacer ver la ignorancia del joven que examinan, parecen más bien amigos interesados en hacerle salir con lucimiento. Aquí está la verdadera superioridad sobre nosotros. Vd. debe haber observado que tenemos examinador que cree comprometida su reputación si sus preguntas no presentan dificultades insuperables, y que goza como de haber

alcanzado un triunfo cuando consigue confundir á un estudiante. El grado de bachiller en letras es necesario para obtener matrícula en las aulas de derecho, así como el de bachiller en ciencias para las de medicina. De este modo se reduce el número de los abogados y médicos dando solo entrada á los que tienen los conocimientos elementales necesarios. Vea Vd. de cuanta utilidad sería entre nosotros un artículo semejante. Pero á nadie se le pasa por la imaginación preguntar si los estudios han sido hechos en la Universidad ó en la orilla del río: solo es necesario presentar certificados de haber seguido un curso de filosofía por un año en su casa ó en un colegio establecido, con el objeto de evitar las consecuencias de los estudios precipitados. Los jóvenes admitidos deben tener más de diesiseis años, artículo que unido con el del examen, hubiera impedido en Buenos Aires la admisión rídícula de U...en la clase de derecho. Las materias del examen son: traducción griega, entre veinte obras distintas; traducción latina, entre otras tantas; retórica, historia antigua, de la edad media, y moderna; geografía id; filosofía, matemáticas elementales, física, química y astronomía. Todas estas ciencias están divididas en tres séries de cuestiones, numeradas éstas desde uno hasta ciento. En el momento de presentarse un estudiante á examen, el secretario revuelve en una urna cincuenta bolitas con los mismos números, y saca una de ellas que indica todas las cuestiones á que debe responder el estudiante. Por ejemplo, el número 5º, indica la 5ª cuestión de retórica, la 5ª de his-

toria y la 5ª de la 3ª série, que comprende la filosofía, las matemáticas, etc. Hay un examinador para cada série, además del de latín y griego; pero todos pueden exigir explicaciones al estudiante sobre sus respuestas. Esto permite que un examinador se retire concluyendo sus preguntas, sin que su ausencia perjudique, porque su voto solo recae sobre un ramo. Aunque cada uno de ellos podría examinar sobre todas las materias exigidas, á mi modo de ver se prefiere con razón, que cada uno se limite á cuestionar sobre la ciencia á que se ha consagrado especialmente. Un individuo que posee á fondo un ramo de los conocimientos se expresa naturalmente con más claridad, abunda más en cuestiones, y las dirije á los puntos que la experiencia le ha señalado como más importantes. Vd. recordará á este respecto la diferencia que encontrábamos entre las preguntas de Masotti ó de Alcorta y de don Ignacio Ferros, entre las de Alsina y las del Rector, ó de Venegas. Todos los examinadores son aquí hombres distinguidos, nombrados *ad hoc* por el Ministro de Instrucción Pública. En cuanto á su integridad como jueces, Vd. juzgará por lo que voy á decirle. He presenciado los exámenes de quince estudiantes, entre los cuales uno solo ha sabido responder á todas las cuestiones, y uno á ninguna. En nuestra Universidad se hubiera satisfecho al reglamento poniendo al primero la clasificación de *sobresaliente* y reprobado al segundo. Clasificaciones que, anunciadas por escrito, habrían dado crédito al uno y hecho perder la vergüenza al otro. Este inconveniente es evitado aqui dando un

carácter entre privado y público, pero terrible, á la clasificación.

Los asistentes forman un auditorio reducido al número necesario para dar solemnidad al acto. El que respondió bien fué elogiado sucesivamente por los jueces, presentado como un ejemplo á los otros, é incitado á estudiar para no descender de la consideración á que en aquel momento se elevaba: el que no supo fué reprendido enérgicamente por haber osado presentarse ante un tribunal como aquel, sin estar preparado; se le pintó el porvenir de un ignorante en la sociedad actual; la influencia que el crédito adquirido en la edad temprana ejerce sobre el resto de la vida; y se le incitó á estudiar para borrar la mancha que aquel examen echaba sobre su reputación. Todos estos elogios y amonestaciones siguen inmediatamente á la respuesta del estudiante porque los jueces no tratan de encubrir su voto. Están convencidos de que, desde aquella mesa preparan el porvenir del país; son en cierto modo responsables de los errores y de las injusticias cometidas por los magistrados futuros; y deben además, por respeto al mérito presente, establecer una total separación entre el saber y la ignorancia. Pero dejemos á un lado la dignidad de los examinadores para que mi carta no degenere en plática. De los quince estudiantes de que iba hablando, seis fueron reprobados, ocho admitidos con una clasificación equivalente á nuestro *bueno*, y uno elogiado, que nosotros llamaríamos *sobresaliente*. El resultado de esta visita mía á la Universidad fué el proyecto

que formé y en que persisto, de dar mis exámenes para bachiller. Ya ve Vd. que tengo adelantada la charla para merecer el título. He tomado mi proyecto con tanto empeño que en veinte dias he estudiado la historia Antigua, á escepción de Roma; un largo período de la Edad Media, la astronomía elemental; una parte de la geografía descriptiva moderna, y estoy haciendo temas griegos como si dentro de algunos meses hubiera de ir á conversar con Homero y Platón. Afortunadamente yo tenía ideas anteriores sobre todo: el trabajo se ha reducido á metodizarlas, y si tuviera un maestro habría adelantado tres meses más. Este proyecto lleva ya trazas de duradero: yo conozco palpablemente lo que adelanto, y dentro de seis meses pienso hallarme en estado de pedir mi diploma de Bachiller. Las vacaciones me favorecen hasta ahora. Cuando la Universidad se habra, á mediados del entrante, tendré menos tiempo para consagrar á este trabajo. Como estoy incierto del tiempo que debo permanecer aquí, no quiero perder las lecciones de derecho de gentes y economía política que me servirán notablemente en Buenos Aires. Escribo á Vd. tan circunstanciadamente sobre la Universidad porque supongo que todo lo que tiene relación con ella le interesa tanto como á mí. Cuando los cursos empiecen le daré razón del régimen interior del establecimiento. Los medios que tienen aqui los estudiantes para instruirse son tantos, que llegan al exceso. Hay puentes alfombrados, en toda la parte que no huellan las carretas, de libros usados que compra uno por una

friolera, si no pone en cuenta el tiempo que emplea en revolverlos y buscar lo que necesita, porque el chalan nunca sabe las obras que tiene: hay además miles de librerias en que alquilan obras por tomo ó por mes: en todas las calles hay gabinetes de lectura, donde por cinco francos mensuales lee uno las gacetas francesas y muchas veces también las italianas y españolas ó inglesas: las obras recién publicadas y las clásicas todas. Hay gabinetes hasta de 30.0000 volúmenes, con su museo de anatomía, un laboratorio de física, etc. Hay además cinco grandes bibliotecas públicas entre las cuales están distribuídos dos millones de volúmenes impresos y cien mil manuscritos. En cuanto á las láminas para los que cultivan el dibujo, la biblioteca real, solamente, posée quince millones.

Hay además Museos, de medicina, de marina, de artillería, de escultura. de arquitectura, pintura, etc., etc. A propósito de pintura, se me olvidaba decirle que me he hecho concurrente infalible á los Museos del Louxembourgo y del Louvre, los domingos, que son los días de entrada pública. Antes me reía yo de la pintura como de la música: ahora me detengo un cuarto de hora delante de cada cuadro, porque descubro la relación más íntima entre la pintura y la poesía, en que, de paso, siempre meto mi cucharada. Pero la pintura no existe entre nosotros..... »

¿No parece que está hablando un hombre viejo en esta carta?

Balcarce publicó sus primeros versos en Montevi-

deo el año 1833, cuando todavía no era más que un niño; y sin embargo, su aparición en el escenario de las letras fué saludada y festejada con todos los alhagos de una consagración unánime.

Florencio Varela, otro espíritu brillante y poeta como él, batallador de las filas del periodismo contra la tiranía que desolaba á la patria, y por tal causa expatriado en la vecina república, en donde seguía escribiendo y combatiendo á la situación argentina desde las columnas del «Iniciador», saludó al novel favorito de las musas con las siguientes palabras: «Dn. Florencio Balcarce aparece ahora en la excena literaria para ocupar después un lugar muy distinguido entre los poetas argentinos. Cuenta pocos años, y sería una injusticia no reconocerle ya acreedor á aquel título tan difícil de merecer. En las dos únicas composiciones suyas que hemos tenido la fortuna de ver: «La partida» y «La Canción á las hijas del Plata», se descubren ya todas las dotes del verdadero poeta: corazón muy sensible, imaginación ardiente, inspiraciones elevadas, abundancia y propiedad de imágenes, colores naturales, animados, vivísimos, gala de dicción, pureza de lenguaje, y un estilo lleno de lozanía y de soltura, capaz de prestarse á todas las entonaciones.»

—A pesar de haber sido tan corta su vida, la obra literaria de Balcarce es bastante importante y considerable, para asegurarle imperecedero recuerdo en la historia de las letras argentinas.

Se citan con elogio: varios discursos filosóficos suyos; una traducción muy buena de la obra filosófica

de Larromiguiere; una novela sobre asunto de carácter nacional, y una elegante traducción de Catalina Howard.

En las poesías de Balcarce campea un espíritu nuevo, y revelan un carácter distinto y una cultura muy diferente á la de los poetas anteriores.

Primicia de una juventud bizarra, bañada en las auras de la gloria con que sus padres bajaron á la tumba, é iluminada en su camino por el sol de libertad que le dejaron alzado sobre el cielo de la patria: primer retoño de una civilización retardada por el largo proceso de la campaña emancipadora y luego, expuesta á los más desastrosos contrastes por las rachas de la anarquía: pero, fruto de amor de una raza inteligente y noble: soñadora por aspiración ingénita á todo lo grande: gentil por tradición, por hábito de no ceder sino ante la gracia de una dama ó la desgracia de un desdichado: apenas soltó la espada y volvió sobre sí misma la atención de sus desvelos, dedicándose á instruirse en las universidades y á trababajar su inmenso patrimonio, abandonando el dejo de la civilización colonial, se revela con todos los caracteres de su temperamento propio: y dejando de lado las famosas invocaciones mitológicas de que tanto uso hacían los poetas de entonces, nos habla de su Díos, de su patria, de su río y de sus hijas, sus gracias y sus amores.

Su entonación es más firme, su voz más fresca, su expresión más pura, y su estro tiene palpitaciones de numen puramente argentino; ideas de civilización ar-

gentinas; y entusiasmos y alegrías que son reflejos de la vida de un país, en donde; alienta sus esperanzas cantando la fé de sus mayores, como lo hace en la poesía á Victor Silva; festeja la belleza y donaire de sus compatriotas «Las hijas del Plata», ansiando sus amores; admira al criollo, al paisano, que es el hijo de las pampas, cantando sus proezas en las hermosas estrofas de «El cigarro»; y se goza en la celebración de tipos populares característicos, poniendo de relieve, con verdadero amor de poeta, la estrafalaria silueta de uno de los parroquianos más simpáticos de la naciente metrópoli: el lechero; y gime, noble, viril y altivo, bajo la pesadumbre de su fin, que comprende cercano, preguntándose á sí mismo, en medio de los entusiasmos de un ensueño en que aparece como feliz vidente del grandioso futuro de la repúlica:

> Y aquella corona que yace marchita,
> Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
> ¿A quien pertenece que el mundo no habita?
> A alguno que el cielo....¡La mía es talvez!

para exclamar, lleno de ansias que lo colocan al nivel de los que más hicieron por su progreso:

> ¡Oh Patria, si nada tu gloria me debe,
> Jamás tu destino del hombre pendió:
> Yo he sido una gota del agua que llueve,
> Perdida en la noche que el polvo bebió.

La crítica de dentro y fuera del país ha tenido siempre las más elogiosas frases para nuestro joven compatriota, incluyéndole con unánime aplauso entre sus mejores poetas.

Don José María Torres Caicedo dice, entre otras cosas lo siguiente, hablando de la poesía «Adios á la patria»: «El bardo se sentía enfermo, se alejaba de sus hogares, á los que solo debía volver para dejar de ser, y exhalaba triste y resignado su hermoso canto, como los últimos que es fama alza el cisne próximo á morir. Ese canto es triste, sí, como un suspiro, y sublime como una plegaria. Recordando el poeta que su patria estaba subyugada por un sanguinario tirano, entonaba valientes estrofas, que hacen noble contraste con las que le preceden y las que le siguen.

El más ilustre mantenedor del prestigio de las letras nacionales, nuestro gran crítico D. J. M. Gutiérrez ha salvado á las poesías de Balcarce del dédalo de las columnas de los periódicos en que aparecieron, legándolas al cariñoso aprecio de la patria en un tomito de 140 pgs., publicado en 1869, con una biografía hecha por él y recopilación de artículos necrológicos, de cuya edición hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional.

LUIS L. DOMÍNGUEZ

Don Luis L. Domínguez nació en Buenos Aires, en el mes de Febrero de 1819 (1). Como todos los hom-

(1) El Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, dá como fecha del nacimiento el año 1810.

Sin duda el error proviene de haberse tomado el dato de la obra de D. José María Torres Caicedo, sin reparar que el error es evidente, puesto que, si el señor Domínguez publicó sus primeros versos el año 1839, cuando solo contaba 20 años de edad, no ha podido nacer en 1810, sino en 1819.

bres de su generación y de su mérito que no doblaron la cerviz ni á los halagos ni á las persecuciones de la tiranía, Domínguez vivió expatriado en la vecina República del Uruguay, al lado de sus parientes y amigos carísimos D. Juan de la Cruz y D. Florencio Varela, colaborando desde muy joven en la redacción de *El Correo.*

Tenía 20 años cuando publicó su primera poesía «A Orillas del Dacá», allá por los primeros meses del año 1839; y en 1847, redactaba con los Varela el famoso diario *El Comercio del Plata* honor de las letras y terror del despotismo en las dos orillas del Plata.

Soportó el sitio de Montevideo combatiendo con la espada y con la pluma, ocupado algunas veces en el comercio, dedicado otras á estudios históricos y literarios que le han valido justo renombre, y escribiendo versos, muchos de los cuales han quedado sin conocerse, porque su modestia los negaba á la publicidad, siguiendo el precepto Horaciano de dejar que el tiempo modifique nuestro juicio sobre las producciones de nuestra propia inteligencia.

En aquella célebre epopeya que duró más de siete años, cuyos rasgos más hermosos y característicos no han sido todavía separados por el análisis histórico del block informe de la política, para tallar el brillante de la estructura social en cuyo medio ambiente se produjeron tan hondas perturbaciones; en aquella época en que una gran parte de la juventud, social é intelectualmente más representativa de este país, vivió asilada en el extranjero, peleando detrás de las barricadas

levantadas en las calles de la hospitalaria Montevideo, contra la barbarie representada por el sanguinario satélite de Rozas, el iracundo Oribe, y en que, á pesar de todas las fatigas y privasiones consiguientes á la situación que soportaban, vivieron haciendo gala de su talento y su cultura, siendo ellos el elemento principal de las tertulias sociales para las bellas uruguayas, los soldados más bravos en las filas avanzadas de la guerra, las plumas mejor cortadas de las polémicas de sus diarios, y los pechos más nobles y animosos en la mente y en el entusiasmo de su invicto jefe, el general argentino don José María Paz, aquellos hombres excepcionales encontraban todavía tiempo para solazar su espíritu en contínuos coloquios con las musas; y en medio de los combates, las zozobras y vigilias de los asaltos, celebran certámenes poéticos, dignos por su forma y sus circunstancias de haber sido ellos mismos, cantados por Homero.

En aquella célebre justa literaria celebrada en conmemoración del 25 de Mayo de 1841, el jurado daba su fallo con las siguientes palabras, adjudicando un premio *accessit:*

«Síguela de cerca, y casi le rivaliza en mérito la que lleva por divisa estas palabras del Abate La Mennais: «La libertad es la gloria de los pueblos», producción que pertenece al señor don Luis Dominguez, según la señal de reconocimiento que ha presentado. Si esta pieza no alcanzó á la majestad y altura de la que precede, no se le puede disputar una concepción

vasta y feliz, un plan acertadamente distribuido, fecundidad de ideas, entonación elevada, correctísima elocución y pasajes que revelan el genio del poeta. No es posible, hablando de ella, dejar de recordar las estancias que le dan principio, el anatema que fulmina contra los tronos que usurpan en la tierra la majestad del trono único y eterno que el poeta reconoce, y el tributo que paga á los grandes capitanes de la Revolución».

Elogios mucho mas entusiastas, han recibido las poesías del señor Dominguez de la crítica extranjera.

García del Río lo incluye en la galería de poetas, de su *Museo de Ambas Américas;* y dice de él, que, tiene todas las cualidades de un vate de primer orden.

Don José María Caicedo (1) dice: «A los amantes de las Musas se les puede decir, al hablar de las poesías de Dominguez:

Nocturna versate manu, versate diurna

Después de la caída de Rozas, Dominguez volvió á la patria y desempeñó varios altos cargos públicos. Varias veces fué electo miembro del Congreso Nacional y de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires; desempeñó la cartera de Hacienda, y representó después al país como Ministro acreditado ante varios estados de América y Europa.

En unión con el doctor don Félix Frías fundó «El Orden», que era uno de los diarios de más prestigio en su tiempo.

---

(1) «Ensayos Biográficos y de Crítica Literaria» 2a Serie, pág. 265.

El señor Dominguez es también muy celebrado como jurisconsulto y como historiador, habiendo desgraciadamenie dejado inconclusa su «Historia Argentina», editada por primera vez el año 1848, por las prensas del «*Comercio del Plata*».

JOSÉ MARÍA CANTILO

Nació en Buenos Aires, el 14 de Diciembre de 1816. Como poeta, ha sido incluído por el señor Gutiérrez en su «América poética», y en la nota biográfica con que lo precede nos dice solamente que, cultivaba desde niño un ramo importante de las ciencias naturales.

Cantilo era profesor de Farmacia. Sus vinculaciones con el mundo universitario lo hicieron sospechoso á los ojos de la mazorca; y para evitarse alguna *molestia*, de las que entonces se usaban para con los *unitarios*, el año 40 emigró á Montevideo.

Publicó numerosas poesías que solía no firmar, ó firmaba solamente con sus iniciales, algunas de las cuales figuran en el *Cancionero Argentino* y en los *Cantos á Mayo*. Falleció en Buenos Aires el año 1872.

ANTOLOGÍA

(TOMO V)

ESTEBAN ECHEVERRIA

ELVIRA Ó LA NOVIA DEL PLATA

AL DR. JOSÉ MARÍA FONSECA

> Ven, Himeneo, ven. Ven Himeneo,
> *Moratin.*
>
> This said that some have died for love.
> *Wordsworth.*

I

Belleza celestial y encantadora;
Inefable deidad que el mundo adora,
Que dominas el orbe y das consuelo,
Inspirando con pecho generoso
El sentimiento tierno y delicioso
Que prodigote el cielo

Ora te invoco: favorable inspira
El canto melancólico á mi lira,
De amor y de ternura,
Y un nuevo lauro á mi triunfal corona,
La beldad ciña númen de Helicona
De mirto y rosa pura.

Alza gozoso tú, casto Himeneo,
Y halagueño el semblante, que ya veo
        A tus humeantes aras
Con rubor acercarse, tierna y bella,
A consagrarse tímida doncella
        De amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones,
En tu altar sacrosanto nunca dones
        Más puros ofrecieron,
Para volver á tu deidad propicia,
Y del tálamo dulce la delicia
        Gozar que pretendieron.

II

La aureola celestial de virgen pura,
El juvenil frescor y la hermosura,
Los encantos de Elvira realzaban,
Dando á su amable rostro un poderío,
Que encadenaba luego el albedrío,
        De cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,
Y de su pecho solo se exhalaban
        Inocentes suspiros,
Hijos del puro y celestial contento,
Que de las dulces ansias vive exento
        Del amor y sus tiros.

Mas vió á Lisardo y palpitó su pecho
De extraña agitación, y satisfecho
Se gozó enardecido,
Cuando de amor, arder la viva llama
Que con dulce deleite nos inflama,
Sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,
Que en torno de ella regalado gira,
Nueva existencia siente,
Así Lisardo al ver de su querida
El amante cariño, nueva vida
Sintió en su pecho ardiente:

El noble orgullo dominó su alma
Del que adornado de triunfante palma
Se avanza entre despojos,
Y un mundo de risueñas ilusiones,
De esperanzas felices y ambiciones,
Se reveló á sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,
Y fácilmente con amor cautiva
La beldad inocente,
Cual céfiro apacible con su arrullo
Halagando á la rosa, en su capullo
Melíflua y dulcemente.

Así el amor el sentimiento inspira,
Y así Lisardo el corazón de Elvira
Poseyó satisfecho:

Amarónse, y creciendo su ternura
Apuraron delicias de ventura
Con inocente pecho.

Así pasaron en amantes juegos
Largo tiempo felices, y sus fuegos
Y su pasión crecieron.
Uno era su sentir, y cual hermanas,
Con inefable hechizo, soberanas
Sus dos almas se unieron.

III

Tu serás mia,
Tierno decía
Lisardo á Elvira;
Aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La pura llama
Que al sol inflama,
Antes, Elvira,
Que mi ternura
Se estinguirá.
Serás mi esposa,
Y el Himeneo
Nuestro deseo
Satisfará;
Que aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,

La llama pura
De mi tertura.
No estinguirá

IV

Así Lisardo de su dulce amiga
La esperanza halagüeña alimentaba,
Y con ardua fatiga
El campo de las ciencias exploraba,
Para volver al hado mas benigno,
Y arrancando un favor á la fortuna
Que contraria le fué desde la cuna,
De su mano y amor hacerse digno.
En tanto una mirada de sus ojos,
De su boca risueña un dulce beso
Hurtado á la inocencia entre sonrojos,
Aligeraban de su afán el peso,
Y llenaban su ardiente fantasía
Con la imágen feliz y encantadora
Del venturoso día
En que, triunfando su pasión constante
Del ingrato destino,
Apurase en el tálamo divino
Las caricias y halagos de su amante.

V.

Era de primavera un bello día,
Cuando el sol en la esfera
Mas rutilante y magestuoso impera,

Cuando el campo se viste de verdura,
Y risueña y brillante la natura,
Ostentando su fuerza y lozanía,
Nos convida al placer y la alegría.
En el jardín ameno
Que vió nacer sus plácidos amores,
Respirando el aroma de las flores,
Y á la sombra sentada
De una fresca enramada,
Elvira recorría en su memoria
La deliciosa historia
De sus amores, y la vez primera,
Día también de riente primavera,
En que á Lisardo vió y estremecida
Se sintió palpitante
Su corazón amante;
Y en tan dulces recuerdos embebida
De gozo suspiraba,
Y su angélico rostro se animaba,
Mostrándose mas bello
Con el fugaz destello
Del júbilo que en su alma rebosaba;
Mas vagó de repente
En su risueña mente
Como triste y fatal presentimiento;
Oscureció el pesar su alegre frente,
Y así cantó con melodioso acento:

VI

Creció acaso arbusto tierno,
A orillas de un manso río,

Y su ramaje sombrío
Muy ufano se extendió:
Mas, en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente,
Y en su túmida corriente
El tierno arbusto llevó.

Reflejando nieve y grana
Nació, garrida y pomposa,
En el desierto una rosa
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.

Así dura todo bien;
Así los dulces amores,
Como las lozanas flores,
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaiven
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza y el amor.

VII

Cuando el triste infortunio nos amaga,
Su imagen melancólica divaga
Cual sombrío fantasma ante los ojos,
Y como si temiera sus enojos,

A su pesar el corazón empieza
A presentir el mal en la tristeza.
Así pensó, Lisardo, que escuchaba
Con asombro y encanto
De Elvira el triste canto;
Y acongojado y con inciertos pasos
A consolar su pena se acercaba:
Mas violo Elvira y se arrojó en sus brazos,
Hechizadas sus bocas se encontraron,
De júbilo sus pechos palpitaron,
Y en deliquios de amor, dulces abrazos,
Mundo, pesar, temor, todo olvidaron.
¿Quién á mi lira, ó á mis versos diera
La fragancia amorosa y hechicera
Que en la mansión de amor se respiraba,
O á mi marchito corazón el fuego
Que en dias más felices lo animaba...?
Mas angélica nunca y rozagante,
Más amable, más tierna, más hermosa,
Más llena de atractivo y amorosa,
Se mostró Elvira á su feliz amante.
Angel, astro benigno, ó clara estrella,
Nunca resplandeció mas pura y bella
A los ojos del triste caminante.
El jazmin albo, y la purpurea rosa
Con su matiz brillante,
Disputaban el premio á los sonrojos
De realzar sus cándidas mejillas,
Y languidez amable de sus ojos
El fuego moderaba,

Y su dulce atractivo revelaba;
Mientras que de su sien por las orillas,
En madejas ondeantes,
Sus cabellos ardosos se estendían,
Y cual oro entre perlas relucían.
Un fuego devorante
Corría de Lisardo entre las venas
Al apurar de Elvira las caricias;
Y, nadando en delicias,
Palpitar se sentían sus dos pechos,
Sus ardientes suspiros se mezclaban,
Y sus trémulos labios se abrazaban
En mútuo fuego... ¡Celestial deleite,
Extasis del amor, dulces primicias
De la ternura fiel y encantadora,
Cuán gratos sois al corazón que adora!
Lisardo, rebosando
De júbilo y ternura,
Le dijo:—Amiga, compasivo el cielo
Al fin colma mis votos y mi anhelo:
La fortuna enemiga, que en su infancia,
Con envidia miró nuestros amores,
Ha cedido por fin á mi constancia,
Aunque con mano avara, sus favores;
Y tu feliz amante,
A par su mano, en holocausto digno
Puede ofrecerte un corazón constante.
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mio;
Que al amor yo consagro, pues benigno
Su activo fuego al corazón dió brío.

El me inflamó; su abrasadora llama,
Cuando miré tu perfección divina
Y consagré á su culto mi albedrio,
A mi existencia dió una nueva vida,
Y me inspiró á la par del sentimiento
El tierno y generoso pensamiento
De idolatrarte esposa,
De ser feliz y hacerte venturosa.
Unida á tu existencia está la mía
Por siempre, Elvira, desde aqueste día;
Este anillo nupcial ligue propicio
Con lazo indisoluble nuestros seres,
Hasta el día felíz en que Himeneo
Ante el ara sagrada
Consagre nuestra unión entre placeres.
Corra el tiempo veloz anonadando
Cuanto encuentre en su rápida carrera:
Yo nada temo su terrible mando,
Pues cuanto adoro y cuanto amé poseo.
Prodigue la fortuna sus favores
Al que anhele riquezas ó victorias,
Que Lisardo feliz ya nada espera:
De su vaivén, ni ambicionó más glorias
Que ser querido, idolatrar á Elvira,
Consagrarle su vida y sus amores.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos;
Huya de tu halagüena fantasía
La imagen del pesar; su saña impía
Ya no puede alcanzarnos, pues que unidas

Nuestras dos almas vivirán por siempre.
Durará nuestro amor; ya la esperanza
Nos sonríe halagüeña,
Y la senda florida nos enseña,
Por do á su fin declinen nuestras vidas
En calma siempre y próspera bonanza.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos,
Al júbilo, al placer y á la alegría.
Tuyo por siempre soy y tu eres mía,
Mas, ¿qué pesar recóndito y tirano
Acibara tu gozo, Elvira mía?
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos,
Esquivan mis miradas? ¿Porque vuelves
A otra parte su encanto soberano,
Y no secundas los transportes míos?»
—Mi corazón, mi vida, mi albedrío,
Toda yo, tuya soy, Lisardo amado;
Y aunque el destino airado
Separe acá en la tierra nuestra suerte
Anonadando nuestra gloria impío,
Tuya seré, triunfando de la muerte.
Mas no sé que fatal presentimiento
Acibara hoy mi dicha y mi contento,
Y en secreto me dice:—Tus amores
Finarán pronto, Elvira, y tu ventura.
Del tálamo halagüeño
El extasis de amor y de ternura
No gozarás en brazos de tu dueño,
Porque el amor y la esperanza es sueño,

Y cual la flor del campo solo dura.»
—Yo no se que fantasma nos rodea
De infortunio y pesar, y nuestras glorias
Amaga devorar en un momento.
Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro
Ante el ara de Dios, y el simulacro,
Va á unirme a tí con título de esposa,
Y vacila mi planta temerosa
Cuando anhelante el corazón desea.
Impresa aun en mi mente veo y siento
La imagen de fantasma tenebrosa
Que anoche vino á mi tranquilo lecho
A conturbar y acongojar mi pecho.

VIII

Yo ví en mi sueño
Dos corazones
De amor ufanos
Y juventud,
Que se buscaban
Como atraídos
Por un hechizo
De gran virtud.

El Himeneo
Iba á enlazarlos
Con el anillo
Del puro amor,
Y ellos ardientes
Se encaminaban

A la ara augusta
Del sacro Dios:
Mas, de repente,
El negro brazo
De un esqueleto
Que apareció,
Su mano en medio
De los dos pechos
Puso, y con furia
Los separó.

Unirse ansiosos
Buscaban ellos,
Ardiendo en fuego
Del puro amor;
Pero la mano
Los separaba,
Interrumpiendo
Su dulce unión.

Tocoles luego
Los corazones:
Se marchitaron
Como la flor,
Y en el semblante
Del negro espectro
Turbia sonrisa
Fugaz vagó.»

—Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvarío;

Huya de tu halagüeña fantasía
La sombra del pesar, Elvira mía,
Pues tu destino al mío,
Colmando nuestros votos y deseo,
Va unir por siempre plácido Himeneo.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
Al júbilo al placer, y á la alegría,
A los transportes del amor supremos:
¡Tuyo por siempre soy, y tú eres mía!

IX

Lisardo, solo, en su campestre albergue,
Los pasos melancólicos contaba
Del tiempo, siempre lentos
Para el que halaga la esperanza vana.
La noche era sombría, triste el cielo
Y cubierto de nubes anunciaba
La tempestad, y solo por momentos
La luna melancólica asomaba,
Como fúnebre antorcha sobre el mundo,
Su amortiguada faz, mientras profundo
El eco de los vientos resonaba,
Penetrando con lúgubre silbido
De Lisardo en la estancia, que transido
De congoja y terror se estremecía.
Mil imágenes triste revolvía
En su agitada mente,
Y en vez del rostro afable
De la esperanza riente,
Que otro tiempo en silencio lo halagaba,

Atónito y confuso solo vía
El de fantasma tétrica y sombría,
Que su pecho constante
Del de su Elvira amante
Con furor separaba,
Y con ojos de envidia devoraba
Su gloria, sus amores y ventura.
Vagando por los aires mustiamente,
Pareciόle que oía
Acento funeral que repetía:
—Como la flor del campo tierna y pura,
Así el amor y la esperanza dura.—
Y el eco de los vientos resonando,
Penetraba con fúnebre armonía
En su tranquila estancia, y poseído
Lisardo de terror, se estremecía.
El fatídico bronce sonó la hora
Fatal de los espíritus malignos:
Lisardo á su balcón salió impelido
Al parecer por astros no benignos,
A contemplar la tempestad sonora
Y buscar de sus ansias el olvido:
Cuando visión nocturna de repente,
Hirió sus ojos y absorvió su mente.

X

Del espeso bosque y prado,
De la tierra, el aire, el cielo,
Al fulgor de fátuas lumbres

Con gran murmullo salieron
Sierpes, grifos y demonios,
Partos del hórrido averno,
Vampiros, gnomos y larvas,
Trasgos, lívidos espectros,
Animas en pena, errantes,
Vanas sombras y esqueletos,
Que en la tenebrosa noche
Dejan sus sepulcros yertos,
Hadas, brujas, nigromantes
Cavalgando en chivos negros,
Hienas, sanguales y lamias
Que se alimentan de muertos,
Aves nocturnas y monstruos
Del profundo turbios sueños;
Precita raza que forma
De Lucifer el cortejo:
Todos, todos blasfemando
Con gran tumulto salieron.
De infernales alaridos
Llenando el espacio inmenso.

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía,
De Lisandro en la estancia, que miraba
Como pasmado la visión sombría.

Lucifer con cetro y tiara
Descollaba en medio de ellos,
Y los demonios cantaban

Salmos al rey del averno;
Mientras fantasmas y monstruos,
Formando un círculo inmenso,
Para el sabático baile
Se preparaban contentos.
Ya la orgía comenzaba...
Mas, de repente se vieron
Centelleando en las tinieblas,
Como serpientes de fuego
Que por el aire trazaban
Este emblema del infierno:
—El amor y la esperanza
No son sinó un vano sueño.—
Un espectro entre sus manos
Dos corazones sangrientos
Oprimía palpitantes,
Llenos de amoroso fuego,
Y con diabólica risa,
Deleitándose en poseerlos,
Los unía y separaba,
Su amor burlando y anhelo.

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía
De Lisardo en la estancia, que miraba
Como pasmado la visión sombría.

Entre la turba infernal
Reinó el silencio un momento...
Cuando de lumbres cercados

Dos fantasmas parecieron,
Una virgen bella y joven
Sobre sus hombros trayendo,
Con las galas adornada
Del venturoso Himeneo.
La aparición repentina
Todos miraron atentos,
Mientras los torvos fantasmas
Con huesosos largos dedos
La doncella despojaron
De sus nupciales arreos,
Y con la negra mortaja
Del sepulcro la vistieron.
Luego entre la turba inmensa
Todos tres se confundieron,
Continuaron los aullidos
Y los infernales juegos. .
Cantó el gallo en la alquería;
Y con murmullo tremendo,
La turba infernal de sombras
Se perdió cual humo al viento.

Y el eco de los vientos, aplacado,
Penetraba con fúnebre armonía
De Lisardo en la estancia, que pasmado
Vió disiparse la visión sombría.

XI

En su trono de fuego el Mediodía
Reinaba rutilante y majestuoso,

Y Lisardo infeliz, desde la aurora,
Sumergido yacía
En letargo profundo y silencioso.
Despertó al fin; la fiebre consumía
Su desolado pecho, y el delirio,
Monstruo infernal que la razón devora,
De espantosas imágenes llenaba
Su ardiente fantasía. Ya la noche
Se encaminaba en su enlutado coche
Por el opaco empíreo, y anunciaba
Encapotado el cielo,
A la tierra infeliz nuevas escenas
De tempestad y duelo,
Cuando molesto y grave
Bajó el sopor á adormecer sus penas.

Pero á atormentarlo entonces
Vino la turba de engendros
Y tenebrosas visiones
Que aborta en la noche el sueño.
Contemplaba ora pasmado
Bajo el nocturno velo
La precita muchedumbre,
A la orgía inferna acudiendo;
Ora por el aire vago
Como serpientes de fuego,
Trazando emblemas fatales
De desolación y duelo;
Ora entre sus secas manos
Un descarnado esqueleto

Oprimiendo palpitantes
Dos corazones sangrientos;
Ora dos negros fantasmas
Sobre sus hombros trayendo
Engalanado y vestido
De una doncella el espectro:
—Elvira, Elvira,—Lisardo
Agitándose en su lecho
Exclamó entonces, y «Elvira»
Repitió lánguido un eco.
—Dadme á mi esposa y mi vida,
Horrorosos esqueletos,
Dadme á mi Elvira—y «Elvira»
Por los aires repitieron.
Calló Lisardo: una antorcha
Brilló con fulgor incierto
En la puerta de su estancia.
Y vió al pálido reflejo
¡Oh terror! ¡oh encanto! á Elvira
Acercarse á pasos lentos,
De alba túnica vestida,
Suelto el dorado cabello.
—Elvira, Elvira, mi esposa,—
Exclamó entonces de nuevo,
Transportado de alegría,
¿Como es que á esta hora te veo?
Ven á mis brazos, querida,
Ven á mi amoroso seno,
Y disipa las angustias,
Que por tí sufre mi pecho.

¿Porqué tan lánguida te hallas,
Hermosa flor del desierto?
¿Es que el rigor has sufrido
De algún inflamado viento?
¿Porque tus ojos se fijan
Sobre mí mustios y yertos,
Del dulce encanto desnudos,
Y del amoroso fuego
Que hechizaba mis sentidos
Y mis potencias á un tiempo?
Algún pesar inhumano,
Algún cuidado secreto
Envidioso de tu dicha
Roe tu inocente pecho,
Mi Elvira, y sobre tu rostro
Vierte su infausto veneno.
Ven á olvidar tus congojas,
Ven á mi amoroso seno,
Ven, idolatrada amiga,
Que ya plácido Himeneo
Ante el ara sacrosanta
Consagró nuestros afectos.
Pero ¡oh placer, oh delicia!
Elvira mía, aun te veo
Con las galas adornada
Del venturoso Himeneo.
Deja esas joyas preciosas,
Deja ese rubor secreto
Que la inocencia te inspira
Ven á mi amoroso seno,

Ven, Elvira, y venturosos
A los transportes supremos
Del tierno amor nuestras almas
Sin temor abandonemos.
—De Lisardo á los trasportes,
Cuál si fuera mármol yerto
Yacía Elvira, guardando
Mudo y tétrico silencio.
—Muerta al placer es tu Elvira,
Lisardo, que el mismo fuego
Que corría en sus entrañas,
Ha devorado su pecho.
Una ley fatal, temprano
Ha congelado en mi cuerpo
La sangre que por tí ardía,
Pero no ha helado mi afecto;
Y esta misma ley, me obliga
A sofocar en el seno
Mi pasión y cuanto encierra
Por tí de amoroso y tierno.
Por el vigor inhumano
Yo he burlado de su imperio,
Y cual sombra de la noche,
A verte, Lisardo, vengo:
Mi alma á la tuya está unida,
A pesar del hado adverso,
Con los inefables lazos
Del amor y el Himeneo—
—Calló Elvira: misterioso
Reinó el silencio de nuevo,

Y suspiros amorosos
Interrumpidos se oyeron.
—Frío está, mi dulce amiga,
Como la nieve tu cuerpo;
Tendré el poder de animarlo
Con mis inflamados besos,
Aunque despojo insensible
Fuera del sepulcro yerto.

Corred torrentes
De amor ardientes,
¿Cómo me inflama
Toda la llama
De amor no sientes?»

El voluptuoso delirio
De amor lo transporta luego,
Y las caricias y halagos
Pábulo dan al incendio.
—¡Oh que delicia! ¡Oh que encanto!
¡Oh que deleite supremo,
Del objeto idolatrado
Sentir palpitar el pecho;
Beber amor de sus labios,
Bañarse en halagos tiernos!

Corred torrentes
De amor ardientes.
¿Cómo me inflama
Toda la llama
De amor no sientes?

Mas ¡oh terror! yo deliro...
Trémula, Elvira, te siento,
Insensible á mis halagos
Cuando yo todo me enciendo.
El casto rubor sin duda
Vierte en tu sangre su hielo.
Déjame ser venturoso.....
—Joven insano ¿qué has hecho?
Ya para tí se acabaron
Amor, esperanza y sueños
De felicidad y dicha:
Has abrazado á un espectro?—
Resonó fúnebre entonces
La hora fatal de los muertos,
Y de repente en la puerta
Del silencioso aposento
Clamó una voz imperiosa:
—Elvira, Elvira, ya es tiempo—
Despertó Lisardo al punto,
Y la visión de su sueño
Como fantástica sombra
Se disipara al momento.

XII

El luminar del día
Reclinaba su frente,
Sereno y majestuoso en Occidente,
Y fugaz el crepúsculo esparcía
Melancólico velo sobre el mundo.

Multitud silenciosa y pensativa
En rededor de un féretro marchaba,
Donde mortal despojo se veía
Cubierto con el cándido ropaje
De la inocencia, y en su sien, ceñidas
De azucenas y violas amorosas,
Corona virginal aun no marchitas.
Mas de repente en medio del concurso
Un joven se arrojó: tendió su vista
Sobre aquel ataud, y repitiendo
Con grito de dolor «Elvira, Elvira,»
Exámine cayó en el duro suelo,
Con pasmo de la triste comitiva.
Así se desvanece la esperanza
Que dió un instante á la existencia vida,
Y el encanto de amor y la hermosura
Como flor del desierto solo dura.

LA CAUTIVA

PRIMERA PARTE

EL DESIERTO

> **Ils vont, L'espace est grand.**
>
> ***Victor Hugo.***

> **En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos: ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.**
>
> ***Birón.***

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El desierto
Inconmensurable, abierto
Y misterioso á sus pies
Se estiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y, no encuentra
La vista en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
De ave y bruto guaridas,
Doquier cielo, y soledades
De Dios solo conocidas,
Que El solo puede sondar.

A veces la tribu errante,
Sobre el potro rozagante
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa, ó su toldería (1)
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuantas, cuantas maravillas
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí!—¡Cuanto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,

---

(1) **Toldería**: El conjunto de chozas ó el aduar del salvaje. (Nota del poeta).

La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Solo el genio, su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcia, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullía

Del campo, que parecía
Como un piélago ondear,
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Solo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz,
O las nubes contemplando,
Como extático gozoso,
El yajá (1), de cuando en cuando,
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,

---

(1) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice :

El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarin de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea...En su canto repiten estas voces, Yahá, Yahá, que significa en guaranì «Vamos, vamos», de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir yahá, yahá, como si dijeran: «vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas». Los que saben esta propiedad de el Yahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama Chajá ó Yajá insdistintamente.

Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego,
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió...y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando.
Veianse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando;
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Solo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oid! ya se acerca el bando
De salvajes, atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz;
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,

Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Donde va? ¿de donde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún su furor.

Asi el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía,
Y su rencor todavía
Mira, con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—«ya pagaron
Del cristiano, los caudillos,
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos (1) do vivieron,
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.

---

(1) **Ranchos**: cabañas pajizas de nuestros campos.

¿Donde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes,
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía, y bajo el callo
Del indómito caballo
Crugiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad;
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría magestad.

SEGUNDA PARTE

EL FESTÍN

...orribile favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira,
Voci alte e fioche, e suon di man con elle
Facevan un tumulto...

Dante.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra;
Parece haber apiñado

El genio de las tinieblas,
Para algún misterio inmundo,
La lobreguez del abismo
Don inalterable reina.
Solo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos
Con viva luz reverberan,
Vienen, van, brillan, se alejan;
Mientras el insecto chilla,
Y en fachinales (1) ó cuevas,
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.
La tribu aleve entretanto,
Allá en la pampa desierta
Donde el cristiano atrevido
Jamás estampa la huella,
Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera;
Y campo tiene fecundo
Al pié de una loma estensa,
Lugar hermoso do á veces
Sus tolderías asienta.
Feliz la maloca (2) ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató á los cristianos:—
Caballos, potros y yeguas,

(1) Llámanse así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza

(2) Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

Bienes que en su vida errante
Ella más que el oro aprecia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante yerba,
Y al lazo, algunos prendidos,
A la pica ó la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas,
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio
Sin esperanza lamentan,
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
Cuatro estendidas hogueras
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando colorean
El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo ó llama tuestan;

Aquel come, este destripa,
Más allá alguno degüella
Con afilado cuchillo
La yegua al lazo sujeta,
Y á la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella
Y á borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pié, trémula y convulsa,
Dos ó tres indios se pegan
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo mormullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
Y se desploma la yegua,
Con aplauso de las indias
Que á descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
Con viva luz las hogueras;
Sopla el viento de la pampa
Y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacías echan,

Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza
Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar
Que, bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algún indio medio ébrio,
Tenaz metiendo la lengua
Sigue en la preciosa fuente,
Y beber también no deja
A los que aguijan furiosos,
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra,
Y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, ríe, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se dá la tribu. Aquel ébrio
Se levanta, bambolea,
A plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca;
Este chilla, algunos lloran,
Y otros á beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea
Y hace andar en remolino
Sus delirantes cabezas.
Entonce empieza el bullicio
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.

Mientras sin alivio lloran
Las cautivas miserables
Y los ternezuelos niños,
Al ver llorar á sus madres.
Las hogueras entretanto
En la oscuridad flamean,
Y á los pintados semblantes
Y á las largas cabelleras
De aquellos indios beodos,
Da su vislumbre siniestra
Colorido tan extraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Precita, inmunda ralea,
Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta. (1)
Todos en silencio escuchan;
Una voz entona recia
Las heroicas alabanzas
Y los cantos de la guerra:

Guerra, guerra y esterminio
Al tiránico dominio
Del Huinca; (2) engañosa paz:
Devore el fuego sus ranchos;
Que en su vientre los caranchos

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos. (Nota del poeta).

(2) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ú hombre que no es de su raza.

Ceben el pico voraz.
Oyó gritos el caudillo,
Y en su fogoso tordillo
            Salió Brián;
Pocos eran y él delante
Venía, al bruto arrogante,
Dió una lanzada Quillán;
Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
            Se alzó Brián;
Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitúr y Callupán.
Echando espuma y herido,
Como toro enfurecido
            Se encaró,
Ceño torvo revolviendo
Y el acero sacudiendo.
Nadie acometerle osó.
Valichu (1) estaba en su brazo,
Pero al golpe de un bolazo (2)
            Cayó Brián,
Como potro en la llanura:
Sebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilán.

---

(1) Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner: Valichu, comunmente se dice Gualichu.
(2) Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo,
Pero el indio guapo nó.
Chañil murió como bravo,
Batallando en la refriega,
De una lanzada murió.

Salió Brián airado,
Blandiendo la lanza
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzudo,
Brián lo levantó.
Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.
¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio más fuerte
Que la pampa crió.

Quienes su pérdida lloran,
Quienes sus hazañas mentan.
Oyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros, cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan

Y un solo murmullo reina,
Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algún indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entonces,
Y atizando su fiereza,
Al rencor adormecido
Y á la venganza subleva:
En su mano los cuchillos,
A la luz de las hogueras
Llevando muerte relucen;
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan.
Y asombradas las cautivas,
La carnicería horrenda
Miran, y á Dios en silencio
Humildes preces elevan.
Sus mujeres entretanto,
Cuya vigilancia tierna
En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,
Acorren luego á calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras

De amor y eficacia llenas;
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan
Lanzando injuriosos gritos,
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
A la embriaguez y el cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos;
Las lastimosas endechas,
A la abundancia pasada,
A la presente miseria,
A las víctimas queridas
De aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
Hace á los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, ó quejas,
Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;—
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan,
Los gemidos infantiles
Del ñacurutú (1) se mezclan;

(1) Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda á la presa
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras,
Solo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

TERCERA PARTE

EL PUÑAL

Yo iba á morir es verdad
Entre bárbaros crueles,
Y allí el pesar me mataba
De morir, mi bien, sin verte.
A darme la vida tú
Saliste, hermosa, y valiente.

Calderón.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,

a al so-

Y ningún ruido perturba
Su sueño ó sopor mortal.
Varones y hembras mezclados,
Todos duermen sosegados.
Solo, en vano tal vez, velan
Los que libertase anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos que vagando
Libres despuntan la grama;
Y á la moribunda llama
De las hogueras se vé,
Se vé sola y taciturna,
Simil á sombra nocturna,
Moverse una forma humana
Como quien lucha y se afana
Y oprime algo bajo el pié.

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante murmullo
Semejante al del novillo
Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad,
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo á borbollones,
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio; ya el paso leve
Por entre la yerba mueve,
Como quien busca y no atina,
Y temeroso camina
De ser visto ó tropezar,
Una mujer; en la diestra
Un puñal sangrieto muestra,
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Ella va. Toda es oídos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando. Escucha; mira;
Se para; apenas respira;
Y vuelve de nuevo á andar.
Ella marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas
Mil espectros divisar.

Ella va; y aun de su sombra,
Como el criminal, se asombra;
Alza, inclina la cabeza;
Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal.
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve.... mas ella
Cobra espíritu y coraje,

Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira,
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con más tino
Arrostrando del destino
La rigorosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto generoso
La impele y guía segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría
Palpita. —Lo que quería,
Lo que buscaba con ansia
Su amorosa vigilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafín.

—Brián, dice, mi Brián querido,
Busca durmiendo el olvido;
Quizás ni soñando espera
Que yo entre esta gente fiera
Le venga á favorecer.

Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho
Descansa, como en su lecho,
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle mas amargo
De la muerte el pensamiento,
Deleitarse en su tormento,
Y más su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mía,
Guardaron, cuando triunfantes,
Hasta los tiernos infantes
Osaron despedazar.

Arrancándolos del seno
De sus madres—¡día lleno
De execración y amargura,
En que murió mi ventura,
Tu memoria me da horror!—
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente
Del sentimiento fecunda
Que el femenil pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazón alianza

Han hecho, y solo una idea
Tiene fija y saborea
Su ardiente imaginación.
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcan, y se explaya
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo, y ceñido
El cuerpo con duros lazos.
Abiertos en cruz los brazos,
Ligadas manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
Inmoble, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible;
De la pampa el león terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía,
Esperando con el día
Horrible muerte, está el hombre
Cuya fama, cuyo nombre,
Era al bárbaro traidor,
Más temible que el zumbido
Del hierro ó plomo encendido;
Más aciago y espantoso
Que el valichu rencoroso
A quien ataca su error.

Allí está;—silenciosa ella,
Como tímida doncella,
Besa su entreabierta boca,
Cual si dudara le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras,
Que sus carnes roen duras,
Corta, corta velozmente,
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre común.

Brián despierta,—su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco á poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino;—echan fuego
Sus ojos de ira; mas luego
Se siente libre, y se calma;
Y dice:—¿eres alguna alma
Que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,
Angel bueno, ó vacilante
Parto de mi fantasía?—
—Mi vulgar nombre es María,
Angel de tu guarda soy;
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,

En aquesta noche oscura,
Velando á tu lado estoy.

Nada tema tu congoja.—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le da mil besos y abrazos,
Repitiendo: Brián, mi Brián.
—La alma heroica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
Apura aliento de vida,
Y la estrecha cariñoso
Y en éxtasis amoroso
Ambos respiran así.
Mas, súbito él la separa,
Como si en su alma brotara
Horrible idea, y la dice:
—María, soy infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrá ajado la pureza
De tu honor, y mancillado
Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor;

Ya no me es dado quererte.—
Ella le responde:—advierte,
Que en este acero está escrito
Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,
Y saltará de contento
Tu corazon orgulloso;
Diómele amor poderoso,
Diómele para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente,
Para, á un tiempo, de mi padre,
De mi hijo tierno y mi madre
La injusta muerte vengar;

Y tu vida, mas preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
O contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus despojos
De Brián la querida ver,

Despues de haber mutilado
A su hijo tierno, anegado

En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Diole muerte este puñal.
Levanta, mi Brián, levanta,
Sigue, sigue mi ágil planta;
Huyamos de esta guarida
Donde la turba se anida
Más inhumana y fatal.—

—¿Pero adonde, adonde iremos?
¿Por fortuna encontraremos
En la pampa algún asilo
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
¿Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos,
Caminar á pie, ijadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?—

—Sí, el anchuroso desierto
Más de un abrigo encubierto
Ofrece, y la densa niebla,
Que el cielo y la tierra puebla,
Nuestra fuga ocultará.
Brián, cuando aparezca el día,
Palpitantes de alegría
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallaremos
Que el cielo al infeliz da.—

—Tú podrás, querida amiga,
Hacer rostro á la fatiga,
Mas yo llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja á Brián infortunado,
Solo, en tormentos morir.—

—No, no, tú vendrás conmigo,
O pereceré contigo
De la amada patria nuestra
Escudo fuerte es tu diestra,
¿Y, qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos. Propicio
El cielo este beneficio
Nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos:
Huyamos, mi Brián, huyamos;
Que en el áspero camino,
Mi brazo y poder divino
Te servirán de sostén.—
—Tu valor me infunde fuerza,
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria, ó agonía,

Participar con María
Yo quiero. Huyamos, ven; ven.—

Dice Brian y se levanta;
El dolor traba su planta,
Mas devora el sufrimiento,
Y ambos caminan á tiento
Por aquella oscuridad.
Tristes van; de cuando en cuando,
La vista al cielo llevando,
Que da esperanza al que gime:
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte ó la libertad.

—Y en esta noche sombría
¿Quién nos servirá de guía?—
—Brián ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella,
Cual benigno astro de amor
Pues esa es por Dios enviada,
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodigiosa;
Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor.

Ella del triste desierto
Nos llevará á feliz puerto.—
Ellos van. Solas, perdidas,
Como dos almas queridas
Que amor en la tierra unió,

Y en la misma forma de antes,
Andan por la noche errantes,
Con la memoria hechicera
Del bien que en su primavera
La desdicha les robó.

Ellos van. Vasto, profundo
Como el páramo del mundo
Misterioso es el que pisan.
Mil fantasmas se divisan,
Mil formas vanas hallí,
Que la sangre joven hielan:
Mas ellos vivir anhelan.
Brián desmaya caminando,
Y al cielo otra vez mirando,
Dice á su querida así:

—Mira: ¿no ves? la luz bella
De nuestra polar estrella
De nuevo se ha oscurecido;
Y el cielo más denegrido
Nos anuncia algo fatal.—
—Cuando contrario el destino
Nos cierre, Brián, el camino,
Antes de volver á manos
De esos indios inhumanos,
Nos queda algo: este puñal.—

CUARTA PARTE

LA ALBORADA

Ya de muertos la tierra está cubierta.
Y la vasta llanura toda es sangre.

Manzoni.

Todo estaba silencioso:
La brisa de la mañana
Recién la yerba lozana
Acariciaba, y la flor;
Y en el oriente nubloso,
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido:
Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y solo al ronco bufido
De algún potro que se azora,
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
So la techumbre del cielo,
Libre, agena de recelo
Dormía la tribu infiel;
Mas la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba crüel.

Súbito, al trote asomaron
Sobre la estendida loma,
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador.
Al pie de ella divisaron
La chusma quieta y dormida;
Y volviendo atrás la brida,
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadrón de lanceros
Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano;
Y en hileras dividido
Al indio, no apercibido,
En doble muro encerró.

Entonces, el grito: ¡cristiano, cristiano!
Resuena en el llano.
¡Cristiano! repite confuso clamor.

La turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada:
¡Cristiano nos cerca, cristiano traidor!

Niños y mujeres llenos de conflicto,
Levantan el grito.
Sus almas conturba la tribulación.
Los unos pasmados al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quien salta al caballo que encontró primero;
Quien toma el acero;
Quien corre su potro querido á buscar.
Mas ya la llanura cruzan, desbandadas,
Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
Blandiendo en su mano
La terrible lanza, que no da cuartel.
Los indios más bravos luchando resisten:
Cual fieras embisten;
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece; las armas agudas
Relucen desnudas,
Horrible la muerte se muestra doquier,
En lomos del bruto, la fuerza y coraje
Crece del salvaje;
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie en tierra poniendo, la fácil victoria
Que no le da gloria
Prosigue el cristiano lleno de rencor.
Caen luego caciques, soberbios caudillos,
Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Gemir del que implora
Puesto de rodillas en vano piedad;
Todo se confunde: del plomo el silbido,
Del hierro el crugido,
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel día;
Ni hembra, ni varón, ni cría
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso á la perfidia,
Y en no cara y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Viose la yerba teñida
De sangre hedionda, y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festín.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes holgaron,
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas de regocijo;
Una al esposo, otra al hijo
Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban,
Porque ni vivo ni muerto
Halló á Brián en el desierto,
Su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE

EL PAJONAL

.... y el ánimo cansado.
De esperanza feliz, nutre
y conforta.

Dante.

Así, huyendo á la ventura,
Ambos á pié divagaron
Por la lóbrega llanura,
Y al salir la luz del día,
A corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal. (1)
Brián debilitado, herido,
A la fatiga rendido,

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos á la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los Oasis de la pampa. (Nota del poema).

La planta apenas movía;
Su angustia era sin igual.
Como un ángel, su querida,
Siempre á su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heroica anidaba,
La infundía al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas
Que debieran ser eternas,
Y aquellas palabras tiernas,
O armonías misteriosas,
Que solo manan fecundas
Del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje,
Acogiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar,
Descansar allí un momento,
Y refrigerio y sustento
A la flaqueza buscar.
Era el adusto verano:
Ardiente el sol como fragua,
En cenagoso pantano
Convertido había el agua
Alli estancada, y los peces,
Los animales inmundos
Que aquel bañado habitaban,

Muertos, el aire infestaban,
O entre las impuras heces
Aparecían á veces
Boqueando moribundos,
Como del cielo implorando
Agua y aire. Aquí se vía
Al voraz cuervo, tragando
Lo más asqueroso y vil;
Allí la blanca cigüeña,
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algún reptil.
Más allá se ve al carancho,
Que jamás presa desdeña,
Con pico en forma de gancho,
De la espirante alimaña
Zajar la fétida entraña.
Y en aquel páramo yerto,
Donde á buscar como á puerto
Refrigerio, van errantes
Brián y María anhelantes,
Solo divisan sus ojos,
Feos, inmundos despojos
De la muerte. ¡Que destino
Como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino
La memoria perdurable
De la pasada ventura
A turbar su fantasía,
¡Cuan amarga les sería!
¡Cuan triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
En el lodo pegajoso
Penetraron, ya cayendo,
Ya levantando ó subiendo
El pie flaco y dolorido;
Y sobre un flotante nido
De yajá (columna bella,
Que entre la paja descuella,
Como edificio construido
Por mano hábil), se sentaron
A descansar ó morir.
Súbito allí desmayaron
Los espíritus vitales
De Brián á tanto sufrir;
Y en los brazos de María,
Que inmóvil permanecía,
Cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
Pintar al vivo podrán
El desaliento y angustias,
O las imágenes mustias
Que el alma atravesarán
De aquella infeliz mujer
Flor hermosa y delicada,
Perseguida y conculcada
Por cuantos males tiranos
Dió en herencia á los humanos
Inexorable poder!

Pero, á cada golpe injusto,

Retoñece más robusto
De su noble alma el valor;
Y otra vez, con paso fuerte,
Huella el fango, do la muerte
Disputa un resto de vida
A indefensos animales,
Y rompiendo enfurecida
Los espesos matorrales,
Camina á un sordo rumor
Que oye próximo, y mirando
El hondo cauce anchuroso
De un arroyo que copioso
Entre la paja corría,
Se volvió atrás, exclamando
Arrobada de alegría:
—¡Gracias te doy, Dios Supremo!
¡Brián se salva; nada temo!—

Pronto llega al alto nido
Donde yace su querido,
Sobre sus hombros le carga,
Y con vigor desmedido
Lleva, lleva, á paso lento,
Al puerto de salvamento,
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
El inmoble cuerpo posa,
Y los labios, frente y cara
En el agua fresca y clara

Le embebe. Su aliento aspira,
Por ver si vivo respira;
Trémula su pecho toca
Y otra vez sienes y boca
Le empapa. En sus ojos vivos
Y en su semblante animado,
Los matices fugitivos
De la apasionada guerra
Que su corazón encierra,
Se muestran. Brián recobrado
Se mueve, incorpora, alienta,
Y débil mirada lenta
Clava en la hermosa María,
Diciéndola: amada mía,
Pensé no volver á verte,
Y que este sueño sería
Como el sueño de la muerte.
Pero tú siempre velando,
Mi vivir sustentas, cuando
Yo en nada puedo valerte,
Sino doblar la amargura
De tu extraña desventura.
—Que vivas tan solo quiero;
Porque si mueres yo muero.
Brian mío: alienta, triunfamos;
En salvo y libres estamos;
No te aflijas. Bebe, bebe,
Esta agua cuyo frescor
El estenuado vigor
Volverá á tu cuerpo en breve,

Y esperemos con valor
De Dios el fin que imploramos.—
Dijo así y en la corriente
Recoje agua, y diligente,
De sus miembros con esmero
Se aplica á lavar primero
Las dolorosas heridas,
Las hondas llagas henchidas
De negra sangre cuajada,
Y á sus inflamados piés
El lodo impuro. Después,
Con su mano delicada
Las venda. Brián silencioso
Sufre el dolor con firmeza;
Pero siente á la flaqueza
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
Corre á buscar; y un momento,
Sin duda, el cielo piadoso
De aquellos finos amantes
Infortunados y errantes,
Quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE

LA ESPERA

¡ Que largas son las horas del deseo !
Moreto.

Triste, oscura, encapotada,
Llegó la noche esperada;
La noche que ser debiera
Su grata y fiel compañera.
Y en el vasto pajonal
Permanecen inactivos
Los amantes fugitivos.
Su astro, al parecer, declina,
Como la luz vespertina,
Entre sombra funeral.

Brián por el dolor vencido
Al margen yace tendido
Del arroyo. Probó en vano
El paso firme y lozano
De su querida seguir.
Sus plantas desfallecieron,
Y sus heridas vertieron
Sangre otra vez. Sintió entonces
Como una mano de bronce
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,
Con corazón agitado,
Que amanecerá otra aurora
Más bella y consoladora.
El amor la inspira fe
En destino mas propicio,
Y la oculta el precipicio
Cuya idea solo pasma:
El descarnado fantasma
De la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina;
Ciega pasión la fascina.
Mostrando á su alma el trofeo
De su impetuoso deseo
La dice: tú triunfarás.
Ella infunde á su flaqueza
Constancia allí y fortaleza.
Ella su hambre, su fatiga,
Y sus angustias mitiga
Para devorarlas más.

Sin el amor que en sí entraña,
¿Qué sería? Fragil caña
Que el más leve impulso quiebra;
Ser delicado, fina hebra,
Sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
Que pone á raya el destino;
Angel poderoso y tierno

A quien no haría el infierno
Vacilar, ni extremecer.

De su querido no advierte
El mortal abatimiento,
Ni cree se atreva la muerte
A sofocar el aliento
Que hace vivir á los dos:
Porque de su llama intensa
Es la vida tan inmensa,
Que á la muerte vencería,
Y en sí eficacia tendría
Para animar como Dios.

El amor es fe inspirada;
Es religión arraigada
En lo íntimo de la vida;
Fuente inagotable, henchida
De esperanza, su anhelar
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria:
Si se estrella en lo imposible,
Gozoso vuela á la gloria
Su heroica palma á buscar.

María no desespera,
Porque su ahinco procura
Para lo que ama, ventura;
Y al infortunio supera
Su imperiosa voluntad.

Mañana, el grito constante
De su corazón amante
La dice, mañana el cielo
Hará cesar tu desvelo;
La nueva luz esperad.

La noche cubierta en tanto
Camina en densa tiniebla,
Y en el abismo de espanto
Que aquellos páramos puebla,
Ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa,
Una faja luminosa
Forma horizonte no lejos:
Sus amarillos reflejos
En lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,
Y que con el viento crece,
Se encrespa, aviva y derrama
El resplandor y la llama
En el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,
En tinieblas engolfado,
Cuyo esplendor vaga horrendo,
Era trasunto estupendo
De la infernal terriblez.

Brián, recostado en la yerba,
Como ageno de sentido,

Nada ve. Ella un ruido
Oye, pero solo observa
La negra desolación,
O las sombrías visiones
Que engendran las turbaciones
De su espíritu. ¡Cuán larga
Aquella noche y amarga
Sería á su corazón!

Miró á su amante. Espantoso,
Un bramido cabernoso
La hizo temblar, resonando.
Era el tigre, que buscando
Pasto á su saña feroz
En los densos matorrales,
Nuevos presagios fatales
Al infortunio traía.
En silencio, echó María
Mano á su puñal, veloz.

SÉPTIMA PARTE

LA QUEMAZÓN

> Mirad ya en torrente se extiende la llama.
>
> *Lamartine.*

El aire estaba inflamado;
Turbia la región suprema;
Envuelto el campo en vapor,
Rojo el sol, y coronado
De parda oscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcía.
El bruto, y el pájaro huía;
Y, agua, la tierra pedía
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra, brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veían como montes,
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas
Como lenguas inflamadas
O melenas encrespadas
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas,
Por la esfera dilataban,
Como cuando hay tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y más y más aumentaban
El pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran, con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos:
Del día enlutado
La ceñuda faz.
El humilde llora;
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio
Fatal, estupendo,
Del día del juicio,
Del día tremendo
Que anunciado está.
Quien piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone á prueba ya.

Era la plaga que cría
La devorante sequía
Para estrago y confusión:
De la chispa de una hoguera
Que llevó el viento ligera,
Nació grande, cundió fiera,
La terrible quemazón.

Ardiendo sus ojos
Relucen, chispean;
En rubios manojos
Sus crines ondean,
Flameando también:
La tierra gimiendo,
Los brutos rugiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.

Sutil se difunde,
Camina, se mueve,
Penetra, se infunde;
Cuanto toca en breve,
Reduce á tizón.
Ella era; y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales,
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando
Venía de llama,

Que hirviendo, silbando,
Se enrosca y derrama
Con velocidad.
Sentada María
Con su Brián la vía:
—¡Dios mío! decía,
De nos ten piedad.—

Piedad María imploraba,
Y piedad necesitaba
De potencia celestial.
Brián caminar no podía,
Y la quemazón cundía
Por el vasto pajonal;

Allí pávulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y agitando desbocada
Su crin de fuego erizada,
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles,
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza.
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,

Con despavoridos ojos
Están, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hay como huir; no hay efugio,
Esperanza ni refugio;
¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brián yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.
Detrás, arroyo profundo,
Ancho se extiende; y delante,
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

—Huye presto, Brián decía
Con voz débil á María,
Déjame solo morir.
Este lugar es un horno:
Huye ¿no miras en torno
Vapor cárdeno subir?—

Ella calla, ó le responde:
—Dios largo tiempo no esconde
Su divina protección.
¿Crees tú nos haya olvidado?

Salvar tu vida ha jurado
O morir mi corazón.—

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio
No debían perecer;
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora;
De la pasión que atesora
El espíritu inmortal
Brota en su faz la belleza,
Estampando fortaleza
De criatura celestial.

No sujeta á ley humana;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,
Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor.
Semejante á Ondina bella,
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados,
Sueltos, reluciendo van;
Voga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
A flor, el cuerpo de Brián.

Aran la corriente unidos,
Como dos cisnes queridos
Que huyen de águila cruel,
Cuya garra siempre lista,
Desde la nube se alista
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
En perseguirlos. Ufana
En la orilla opuesta el pié
Pone María triunfante,
Y otra vez libre á su amante
De horrenda agonía ve.

¡Oh del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
Del corazón gota á gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable unción;
Sale en lágrimas deshecho
Su heroico amor satisfecho;
Y su formidable cresta
Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazón.

Calmó después el violento
Soplar del airado viento:
El fuego á paso más lento
Surcó por el pajonal,
Sin tocar ningún escollo;
Y á la orilla de un arroyo
A morir al cabo vino,
Dejando en su ancho camino,
Negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE

BRIAN

Los guerreros y aun los bridones de la batalla.
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.
Debo mi renombre á mi espada.

Antar (1).

Pasó aquel, llegó otro día,
Triste, ardiente, y todavía
Desamparados como antes,
A los míseros amantes
Encontró en el pajonal.
Brián, sobre pajizo lecho

(1) **Antar**: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje á Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Inmoble está, y en su pecho
Arde fuego inextinguible;
Brota en su rostro visible
Abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos,
Sus ojos como adormidos,
La luz esquivan, ó absortos
En los pálidos abortos
De la conciencia (legión
Que atribula al moribundo)
Verán formas de otro mundo,
Imágenes fugitivas,
O las claridades vivas
De fantástica región.

Triste á su lado María
Revuelve en la fantasía
Mil contrarios pensamientos,
Y horribles presentimientos
La vienen allí á asaltar;
Espectros que engendra el alma
Cuando el ciego desvarío
De las pasiones se calma,
Y perdida en el vacío
Se recoje á meditar.

Allí, frágil navecilla
En mar sin fondo ni orilla,
Do nunca ríe bonanza,

Se encuentra sin esperanza
De poder al fin surgir.
Allí ve su afán perdido,
Por salvar á su querido,
Y cuán lejano y nubloso
El horizonte radioso
Está de su porvenir.

¡Cuán largo é incierto camino
La desdicha le previno!
¡Cuán triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje
La yerta inmovilidad;
Allí ya del desaliento
Sufre el pausado tormento,
Y abrumada de tristeza,
Al cabo á sentir empieza
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
Y al aspecto de su amante
Desfallece su heroismo;
La vuelve, y hórrido abismo
Mira atónita detrás.
Allí apura la agonía
Del que vió cuando dormía
Paraiso de dicha eterno,
Y al despertar, un infierno
Que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado
Flamea el sol colorado,
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brián sigue inmoble; y María,
En formar se entretenía
De junco un denso tejido,
Que guardase á su querido
De la intemperie y calor,

Cuando oyó como el aliento
Que al levantarse ó moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral,
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió, con movimiento tardo
Y hacia ella encaminarse,
Lamiéndose, un tigre pardo,
Tinto en sangre;—¡atroz señal!

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo á Brián.
Llegó la fiera inclemente;
Clavó en ella vista ardiente,
Y á compasión ya movida,

O fascinada y herida
Por sus ojos y ademán,

Recta prosiguió el camino,
Y al arroyo cristalino
Se echó á nadar. ¡Oh amor tierno!
De lo más frágil y eterno
Se compaginó tu ser.
Siendo solo afecto humano,
Chispa fugaz, tu grandeza
Por impenetrable arcano,
Es celestial. Oh belleza!
No se anida tu poder

En tus lágrimas, ni enojos;
Sí, en los sinceros arrojos
De tu corazón amante.
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror,
Pero cayó sin sentido
A conmoción tan violenta.
Bella como ángel dormido
La infeliz estaba, exenta
De tanto afán y dolor.

Entonces ¡ah! parecía
Que marchitado no había
La aridez de la congoja,
Que á lo más bello despoja,
Su frescura juvenil.

¡Venturosa si más largo
Hubiera sido su sueño!
Brián despierta del letargo:
Brilla matiz más risueño
En su rostro varonil.

Se sienta; extático mira,
Como el que en vela delira;
Lleva la mano á su frente
Sudorífera y ardiente,
¿Qué cosas su alma verá?
La luz, noche le parece;
Tierra y cielo se oscurece;
Y rueda en un torbellino
De nubes.—Este camino
Lleno de espinas está:

Y la llanura, María
¿No vés cuán triste y sombría?
¿Dónde vamos? A la muerte.
Triunfó la enemiga suerte,—
Dice delirando Brián.
¡Cuán caro mi amor te cuesta!
¡Y mi confianza funesta,
Cuanta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán.—

Cobra María el sentido
Al oir de su querido

La voz, y en gozo nadando,
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.
—Pensé dormías, le dice,
Y despertarte no quise.
Fuera mejor que durmieras
Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

—¿Sabes?—sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracán pasó,
Desolación vomitando,
Su vigilante perfidia.
Obra es del inícuo bando.
¡Qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó,

De paz con ellos estaba,
Y en la villa descansaba.
Oye; no te fies; vela;
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener.
Mira donde me han traído;
Atado estoy y ceñido;
No me es dado levantarme,
Ni valerte, ni vengarme,
Ni batallar, ni vencer.

Venga, venga mi caballo;
Mi caballo por la vida.
Venga mi lanza fornida
Que yo basto á ese tropel.
Rodeado de picas me hallo:
Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel.
¿No mirais la polvareda
Que del llano se levanta?
No sentís lejos la planta.
De los brutos retumbar?
La tribu es; huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,
Y degollados, dormidos,
Nuestros hermanos queridos,
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla!
Venga mi lanza ligero;
Mi caballo parejero;
Daré alcance á ese tropel.

Se alzó Brián enajenado,
Y su bigote erizado
Se mueve; chispean, rojos
Como centellas sus ojos,

Que hace el entusiasmo arder;
El rostro y talante fiero,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza,
La majestad del guerrero
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfallece;
Ella atónita enmudece,
Ni halla voz su sentimiento;
En tan solemne momento
Flaquea su corazón.
El sol pálido declina;
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos;
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura legión,

De cadáveres avara,
Cual su merte presagiara.
Así la caterva estulta,
Vil al heroismo insulta,
Que triunfante veneró.
María tiembla. El alzando
La vista al cielo y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga, adoradas,
A su pecho las llevó.
Y con voz débil la dice:

—Oye; de Dios es arcano
Que más tarde ó más temprano
Todos debemos morir.
Insensato el que maldice
La ley que á todos iguala;
Hoy el término señala
A mi robusto vivir.

¡Resígnate! bien venida
Siempre, mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte,
Que á la patria y al honor
Joven consagró su vida.
¿Qué es ella? una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

La mía brilló un momento,
Pero á la patria sirviera;
También mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de tí me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

Otro premio merecía
Tu amor y espíritu brioso;
Y galardon más precioso
Te destinaba mi fe.

Pero ¡ay Dios! la suerte mía
De otro modo se eslabona;
Hoy me arrancan la corona
Qué insensato ambicioné;

¡Si al menos la azul bandera
Sombra á mi cabeza diese!
¡O antes por la patria fuese
Aclamado vencedor!
¡Oh destino! quien pudiera
Morír en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor.

Tal gloria no he conseguido;
Mis enemigos triunfaron;
Pero mi orgullo no ajaron
Los favores del poder.
¡Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!
¡Oh embriaguez de las victorias!
¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré á gozaros;
Joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno á mi todo calla....
¡Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue á su santuario!....
Aves de presa parecen....
Ya mis ojos se oscurecen....
Pero allí baja un condor....

Y huye el enjambre insolente ...
Adios, en vano te aflijo....
¡Vive! ¡vive para tu hijo!
Dios te impone ese deber.
¡Sigue; sigue, al occidente,
Tu trabajosa jornada....
Adios, en otra morada,
Nos volveremos á ver.

Calló Brián y en su querida
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella
Al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía
En el desierto luz mústia.
Del corazón de María,
El desaliento y angustia,
Solo el cielo penetró.

NOVENA PARTE

MARIA

La muerte parecía bella en su rostro bello.
Petrarca.

¿Qué hará María? En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá? Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasión,
Que para ella es infecundo
Todo consuelo del mundo,
Burla horrible su contento;
Su compasión un tormento;
Su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vana gloria,
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
En que límite del orbe,

El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra: lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el más fino amor.
Sobre ella hincada, María,
Muda como estátua fría,
Inclinada la cabeza,
Semejaba á la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,
Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente,
La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
Pero como ángel que implora
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez:

—Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien:

Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase,
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma
Tu seno regalado,
Del bienaventurado,
Reciba el galardón.
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha
Que busca en su desdicha
Mi viudo corazón.—

Dice. Un punto su sentido
Queda como sumergido.
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba callada
Donde toda su alma está.
Mirada llena de vida,
Pero lánguida, abatida,
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre,
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla,
Y tomando por la orilla
Del arroyo hacia el ocaso,
Con indiferente paso,
Se encamina al parecer.

Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira delante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo doquier.

¡Oh noche!, ¡oh fúlgida estrella,
Luna solitaria y bella:
Sed benignas! El indicio
De vuestro influjo propicio
Siquiera una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos
Preñados de temporales:
Apiadaos. Fieras fatales,
Su desdicha respetad.

Y tú, ¡oh Dios! en cuya manos
De los míseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz á su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla,
Que resignada se humilla,
No hagas la fe acrisolada.
Susténtala en su jornada;
No la dejes perecer.

¡Adios, pajonal funesto!
¡Adios, pajonal amigo!

Se va ella sola ¡cuan presto
De su júbilo, testigo,
Y su luto fuistes vos!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufanía;
Pero hoy tumba de un soldado
Eres, y asilo sagrado.
¡Pajonal glorioso, adios!

Gózate; ya no se anidan
En tí las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Solo á los brutos y fieras.
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En tí hallaron refrigerio:
De su infortunio el misterio
Tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores
De felices amadores,
Tu esquividad no turbaron
Sino voces que confiaron
A tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la legión ominosa,
Oirás ayes y gemidos:
¡Adios, triste pajonal!

De tí María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma. Agradecido,
El depósito querido
Guarda y conserva. Quizá,
Mano generosa y pía
Venga á pedírtelo un día;
Quizá, la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina;
Y la estrella matutina,
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir,
La ve. En su planta desnuda
Brota la sangre y chorrea;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta, en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.
Su garganta es viva fragua;
Un volcán su pensamiento;
Pero mar de hielo y agua
Refrigerio inútil es
Para el incendio que abriga.
Insensible á la fatiga;
A cuanto ve indiferente;

Como mísera demente
Mueve sus heridos pies.

Por el desierto. Adormida
Está su orgánica vida;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afán violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Ultimo efugio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsión
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un día
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fría
La sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿Adónde
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?
¿Está por ventura exhausto;
Más dolor en holocausto
Pide á una flaca mujer?

No; de la quieta llanura
Ya se remonta á la altura
Gritando el yajá. Camina;
Oye la voz peregrina
Que te viene á socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina sí, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal.
Tuyo es también del espacio
El trasparente palacio.
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,
El huracán y el tronido
Ella busca, y deleite halla
En los campos de batalla.
Pero tú, la tempestad,
Día y noche vigilante,
Anuncias al gaucho errante;
Tu grito es de buen presagio,
Al que asechanza ó naufragio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,

Oye, María, infelice:
Alerta, alerta, te dice;
Aquí está tu salvación.
¿No la ves como en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre á calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va á prisa.
El demonio con que lucha
La turba, impele y amaga.
Turbios, confusos y rojos
Se presentan á sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta insondable llanura
Donde sin brújula vaga.

Mas ¡ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca. ¿Serán infieles,
Enemigos? No, soldados
Son del desdichado Brián.
Llegan; su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálido fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitán.

¡Creíanla cautiva ó muerta!
Grande fué su regocijo.
Ella los mira, y despierta:
—¿No sabeis qué es de mi hijo?—
Con toda el alma exclamó.
Tristes mirando á María
Todos el labio sellaron.
Mas luego una voz impía:
— Los indios lo degollaron—
Roncamente articuló.

Y al oir tan crudo acento,
Como quiebra al seco tallo
El menor soplo de viento,
O como herida del rayo,
Cayó la infeliz allí.
Viéronla caer, turbados,
Los animosos soldados.
Una lágrima la dieron;
Y funerales la hicieron
Dignos de contarse aqui.

Aquella trama formada
De la hebra más delicada,
Cuyo espíritu robusto
Lo más acerbo é injusto
De la adversidad probó,
Un soplo débil deshizo.
Dios para amar, sin duda, hizo
Un corazón tan sensible;

Palpitar le fué imposible
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!
¡Cuál entraña te abortara!
Mover al tigre pudiera
Su vista sola, y no hallara
En ti alguna compasión,
Tanta miseria y conflicto,
Ni aquel su materno grito;
Y como flecha saliste;
Y en los más profundo heriste
Su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones
De un mar de tribulaciones
Ella arrostró; y la agonía
Saboreó su fantasía;
Y el punzante frenesí
De la esperanza insaciable,
Que en pos de un deseo vuela,
No alcanza el blanco inefable;
Se irrita en vano y desvela;
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,
Sus ilusiones volaron,
Y sus deseos con ellas.
Sola y triste la dejaron
Sufrir hasta enloquecer.

Quedaba á su desventura
Un amor, una esperanza,
Un astro en la noche oscura,
Un destello de bonanza,
Un corazón que querer.

Una voz cuya armonía
Adormecerla podría.
A su llorar un testigo;
A su miseria un abrigo;
A sus ojos que mirar.
Quedaba á su amor desnudo
Un hijo, un vástago tierno.
Encontrarlo aqui no pudo,
Y su alma al regazo eterno
Lo fué volando á buscar.

Murió; por siempre cerrados
Están sus ojos cansados
De errar por llanura y cielo;
De sufrir tanto desvelo;
De afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
De su mirar. Ya el desierto,
Su último asilo, los rastros
De tan hechiceros astros
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?

Sobre su cándida frente
Aparece nuevamente
Un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
Rosada entre nieve brilla,
Y revive en su semblante
La frescura rozagante
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
Y estampó en su rostro hermoso
Aquel inefable hechizo,
Inalterable reposo
Y sonrisa angelical,
Que destellan las facciones
De una virgen en su lecho,
Cuando las tristes pasiones
No han ajado de su pecho
La pura flor virginal.

Entonces el que la viera,
Dormida ¡Oh Dios! la creyera,
Deleitándose en el sueño
Con memorias de su dueño,
Llenas de felicidad;
Soñando en la alba lucida
Del banquete de la vida,
Que sonríe á su amor puro:
Mas ¡ay! que en el seno oscuro
Duerme de la eternidad.

EPÍLOGO

¿ Eres, plácida luz, el alma de ellos ?

Lamartine.

¡Oh María! Tu heroismo,
Tu varonil fortaleza,
Tu juventud y belleza,
Merecieran fin mejor.
Ciegos de amor el abismo
Fatal tus ojos no vieron,
Y sin vacilar se hundieron
En él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía
Salvar quisiste á tu amante,
Y lo viste delirante
En el desierto morir.
¡Cuál tu congoja sería!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
Que te ayudase á sentir.

Se malogró tu esperanza.
Y cuando sola te viste,
También mísera caiste,
Como árbol cuya raíz

En la tierra ya no afianza
Su pompa y florido ornato.
Nada supo el mundo ingrato
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde y, oculta
Como diamante en la mina;
La belleza peregrina
De tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta:
Tumba sublime y grandiosa,
Do el héroe también reposa
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
Fué amar; amor tu delirio;
Amor causó tu martirio;
Te dió sobrehumano ser;
Y amor, en edad florida,
Sofocó la pasión tierna,
Que, Omnipotencia, de eterna
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
De amor, ¡oh bella María!
Que la virgen poesía
Corona te forma ya
De ciprés, entretegido
Con flores que nunca mueren,
Y que admiren y veneren
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
Inhospitable morada
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz,
Descollando en una altura,
Entre agreste flor y yerba,
Hoy el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa extensa y tupida
De un ombú (1) donde se anida
La altiva águila real;
Y la varia muchedumbre
De aves, que cría el desierto,
Se pone en ella á cubierto
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno,
Ni quien á su sombra, el signo,
Puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca á aquellos lugares,
Recordando sus hogares,
Se postra á hacer oración.

---

(1) **Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre, pero sí fresca y regalada sombra en los ardores de estío. (Nota del poema)**

Fama es, que, la tribu errante,
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,
Al ver del ombú gigante
La verdosa cabellera,
Suelta al potro la carrera
Gritando:—¡allí está la cruz!

Y revuelve atrás la vista,
Como quien huye aterrado,
Creyendo se alza el airado,
Terrible espectro de Brián.
Pálido el, indio exorcista,
El fatídico árbol nombra;
Ni á hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado,
Cuenta que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos luces aparecer;
Que salen y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,
Juntas á su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aerio;
Quizá espíritus, ¡misterio!

Visiones del alma son.
Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía,
Forman como en la armonía
De la invisible creación.

LA HISTORIA

FRAGMENTO (1)

> No hay ya esperanza para las naciones. Recorred las páginas de los siglos ¿qué nos han enseñado sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las edades, y esa eterna repetición de acontecimientos? Nada ó muy poco.
>
> *Byron.*

Encantada y atónita mi mente
Registra los anales de los siglos
Que pregona la Fama más gloriosos,
Y del pasado tiempo y del futuro
El tenebroso velo
Quiere rasgar en su impaciente anhelo.

Monumentos, pirámides alzadas
Por el humano orgullo en su demencia,
Fatídicos emblemas esculpidos

(1) Dedicado en la primera edición á D. J. M. G. (Juan María Gutiérrez).

Por manos mercenarias y serviles,
    Que adulación respiran,
Y vergüenza y oprobio solo inspiran:

Todo interroga, y á la vez responden
Con dolorosos gritos que estremecen,
Los mármoles, los pueblos y los tiempos,
Que: ignorancia y miseria sempiterna,
    Inevitables males,
Son la herencia fatal de los mortales.

Con lívido semblante y torvo ceño,
Sus pasos gira en rededor del orbe
El tiempo inexorable, como fiera
Famélica, sedienta, enfurecida,
    Que sus hierros quebranta
Y mueve libre su sañuda planta.

Sin cesar marcha y donde quier imprime
Su gigantesca mole el pié tremendo;
Monumentos humildes y arrogantes
Tiemblan y caen y desparecen luego.
    Lo fértil y lozano
Se seca y muere entre su yerta mano.

Allí donde se muestra portentosa
La vanidad del hombre y la pujanza,
Acorre presuroso, sepultando,
Con baldón de su orgullo, en el abismo
    Profundo de la nada,
Dioses y templos y soberbia airada.

De asolación y llanto se alimenta:
Ni la acerba agonía, ni los ayes,
Del que cansado de esperar fenece,
Ni los férvidos ruegos que á herir suben
    Los dombos celestiales,
Nos libran de sus garras infernales.

Las ciencias y las artes más sublimes,
Los héroes y los génios que lograron
Legar vano renombre á un mundo vano,
Nuestros desvelos todos, nuestra vida,
    ¿Qué son? .... tristes despojos,
Consagrados en ara á sus enojos.

Míseras ruinas que otro tiempo alzasteis
Vuestra soberbia frente hasta las nubes,
En hombros del orgullo y la demencia,
Al cielo y á la tierra amenazando;
    Arbitras de memoria,
Respondedme: ¿qué fué de vuestra gloria?

Lisonjeros relámpagos de fama,
Prosperidad volubre y pasajera,
Gozaron las naciones un momento;
Mas voraces del bien las negras furias
    Del averno salieron,
Y en el olvido eterno lo sumieron.

¿Dónde está Egipto y el saber y nombre,
Que fueron maravilla á las edades,
Y con eco monótono la historia

Trasmite sin cesar de siglo á siglo?
    Un instante brillaron,
Y en el caos del tiempo se engolfaron.

¿Qué importa que pirámides tuviese,
Con el sudor de esclavos fabricadas;
Qué derramando el Nilo sus corrientes
Del limo fecundante enriquecidas,
    Sus comarcas bañase
Y próvida la tierra se mostrase?

Si el mísero habitante embrutecido
Por astutos, hipócritas, y sabios,
De religiosa máscara encubiertos,
Yace sumido en fanatismo astroso,
    Y siervo sin coraje,
Al ídolo bestial rinde homenaje.

Ante los muros de Pelusa un día
Las pérsicas falanges se extendieron,
De inmundos animales precedidas; (1)
El Egipcio los ve, se hinca á adorarlos,
    Y sus armas entrega,
Y su cerviz al opresor doblega.

En dias de esplendor el Asia tuvo
Imperios que á la tierra conturbaron,
Y allí encontró la adulación rastrera

---

(1) Habiendo puesto largo tiempo las murallas de Pelusa dique á las conquistas de Cambíses hizo colocar este rey de los persas al frente de sus legiones un enjambre de animales que adoraban los egipcios, quienes al ver que los dioses patrocinaban la empresa de aquel tirano, arrojaron las armas y prefirieron la esclavitud al sacrilegio. (Nota de la composición.)

En coronados asesinos, héroes;
Y allí templo el Romano,
Al renombre de un solo Soberano. (1)

¿Mas, qué fué de la fuerza y poderío
Que al universo atónito asombraron?
Todo entre pompa feneció y deleites;
Y aun el vigor del alma: allí ora esclavos
Y molicie contemplo
Entre las ruinas, para grande ejemplo.

La Grecia libre fué de los tiranos
El inclemente azote justiciero,
Y el foco de las luces y la gloria;
Mas también á su vez la devoraron,
La monstruosa anarquía
Y la nefanda, inícua tiranía.

Platea, Maraton y Salamina,
Fueron vanos y esteriles trofeos
A un ídolo sin culto consagrados, (2)
Por un pueblo ambicioso y corrompido,
Que, al oro de un protervo
Se vendió con baldón y se hizo siervo. (3)

Al ostracismo fulminó la envidia,
Y los brazos tremendos que en mil lides
Las pérsicas falanges deshicieron,

---

(1) Mitridates el grande, rey del Ponto.
(2) La Libertad.
(3) Filipo, rey de Macedonia.

Sin patria, sin asilo, fugitivos,
Inermes mancillaron
La gloria de la patria que salvaron.

Como huracán violento, que repente,
Se desata furioso en negra noche,
De la sirte volcánica rugiendo,
Y por el ancho espacio se dilata,
Doquier despedazando,
Y estrago y ruinas y terror sembrando;

Asi el águila audaz de los romanos,
Henchida de ambición y de pujanza,
Con alas de terror cubre la tierra,
Desolando, aterrando las naciones,
Que doblan la rodilla
Ante el fatal poder que las humilla.

Y altiva sobre ruinas asentando
En Asia, Africa, Europa, los cimientos
De un imperio que eterno juzgaría,
Con escarnio y baldón del universo
Vé, desde el capitolio,
Medio mundo rendido ante su solio.

Peró á la vez los pueblos, fatigados
De la inícua opresión é indigno yugo,
Sacuden la cerviz con fiero brío,
Y se derroca al suelo que abrumaba
El inmenso coloso,
Con estallido horrendo y espantoso.

Sobre su informe cuerpo los enjambres
De bárbaros se ceban, vengativos,
Como plagas de Dios que impele el soplo
De la muerte. Lo befan, lo despojan,
Y dan para escarmiento,
Hecha cenizas su corona al viento.

Ya víctores no suenan en el foro; (1)
Ni poderosos reyes, ni caudillos
En la sangrienta lid avasallados,
O con perfidia negra seducidos,
El triunfador bizarro
Arrastra en pos de su vistoso carro.

Do en otro tiempo el águila soberbia
Desplegaba sus alas sobre el mundo,
Do asentaba sus bases el Olimpo, (2)
Do triunfó Manlio del impío Galo, (3)
Ya la tiara se ostenta,
Y al universo oprime y amedrenta.

El fanatismo entonces, cual si averno
Lo forjara gigante en sus furores,
Más terrible, más cruel, más sanguinario,
Que cuanta plaga el mundo en sí encerrara,
Encendió las naciones
Que tremolan de Cristo los pendones.

---

(1) Alúdese á las fiestas del triunfo destinadas á ensalzar las victorias de los generales romanos.

(2) Tómase el Olimpo por el Capitolio, morada de los dioses.

(3) Manlio Capitolino que salvó á Roma de los galos.

Y su férvida lava derramando,
Como un Etna de Europa en las comarcas,
Por religioso celo aguijoneadas,
Las pasiones más bárbaras del hombre
        En tropel despertaron,
Y á los pueblos al crimen arrastraron.

En oriente desatan furibundas
Su saña, su ambición y fanatismo,
Las cristianas legiones por enjambres: (1)
El blasón de la cruz y omnipotencia,
        Aleves proclamando,
Y el inclemente acero fulminando.

De sangre se atosigan, sobre montes
De ruinas y cadáveres caminan
Sembrando como el ángel de la muerte,
Doquier desolación, y recogiendo
        Para homenage santo
Del Dios que vilipendian, sangre y llanto.

Los fieles del Islam vuelan, henchidos
De fanático ardor, á poner dique
Al torrente impetuoso que amenaza
Asolar de Mahoma el templo augusto;
        Y anhelando venganza,
Provocan al cristiano á la matanza.

---

(1) Alude á las Cruzadas.

Huye por fin el temerario bando,
Que arrastró el fanatismo á mil maldades,
Como fatal meteoro de la saña,
Huye del huracán, dejando solo,
En su huella sangrienta,
Padrones indelebles de su afrenta.

En tremendo luchar, por largos siglos,
Procuraron su ruina mutuamente
Fascinados los pueblos las naciones;
Y barbarie ominosa, sangre, muerte,
Y despotismo inmundo,
Inundaron los ámbitos del mundo.

Por largos siglos, fanatismo y fuerza,
La tierra avasallaron cual dos furias;
Y entre fango de males sumergida
Se encontró la razón, de donde fuera
El hombre descarriado,
En el volver del tiempo arrebatado.

En las fojas fatídicas del tiempo,
Con sanguinosas letras está escrito
De terrible poder aqueste fallo:
Inacabable mal, mal sempiterno
Pesará sobre el mundo
Y la precita raza del profundo.—

Sin que pueda valerle la soberbia,
Ni el doloroso llanto, ni los ayes,
Para acallar su pálida conciencia,

Al hombre que, azorado, del vil lodo
La cabeza levanta,
Y el inapeable abismo ve á su planta.

París, Agosto, 1827.

EL REGRESO

Still one great clime, in ful and free defiance.
Yet hears her crest, unconquer d'and sublime
Above the far Atlantic...!

Byron.

¡Oh patria, patria, nombre sacrosanto,
A pronunciarte vuelvo con encanto!
Tu halagüeño semblante
Ya rebuscan mis ojos cuidadosos
Por el vasto horizonte,
Y cual airosa cima de alto monte,
Ya lejos lo perciben, y mi seno
De júbilo rebosa palpitante.

Pasaron ya los días,
En que con grato anhelo,
Canté un adios á tu querido suelo;

Y pasaron también las ilusiones,
Que de mis dulces lares
Me llevaron gustoso á otras regiones,
Y á atravesar los procelosos mares.

Entonces ambicioso
De ver el ancho mundo,
Y de espaciar mi mente
Por los cielos y piélago profundo;
De sondar el saber de las naciones,
Y pesar los blasones
Que ostentan los imperios, las edades,
Abandoné sin pena mi reposo.
Mas ora satisfecho
Vuelvo á tu dulce seno,
Cual tierno esposo al suspirado lecho,
De gozo puro y de esperanza lleno.

¿Y cómo no, cuando tu solo aspecto
Me dice que soy libre, y que la tierra
Voy á ver de los libres, do mi planta,
Mi pensamiento altivo se levanta?
Cuando pronuncio tu sagrado nombre,
Oh libertad, de mi laud sonoro
Se estremecen las cuerdas resonando;
En mi boca rebosan las palabras,
Y con mil armonías,
En alabanza tuya voy cantando.
El viejo continente
Tan solo desengaños me ha mostrado:
Entre sus pueblos cultos he buscado

Tu imágen celestial, resplandeciente,
Y simulacros vanos he encontrado,
O con incienso impuro veneradas
Tus efigies sagradas.

Fueron los tiempos en que Europa libre
Diera ejemplo á la tierra suficiente;
Mas la fuerza triunfó, y el duro cetro
Cayó sobre los pueblos inclemente.
Desde entonces la cruda tiranía
Abate de los hombres la energía,
Que mansos doblan la cerviz paciente,
Y el supremo albedrío
De reyes ó tiranos,
A los pueblos conculca, cual gusanos,
Sin aliento ni brío.

La miserable España,
En vergonzosa nulidad apenas
Se mueve, y áun pretende
Que la América gima en sus cadenas;
Pero el león rampante,
Ya no brama arrogante,
Sino en baldón de su impotente saña.

Tan solo en las montañas de la Helvecia
La libertad respira,
Burlando á sus tiranos;
Y en el suelo glorioso de la Grecia,
Sin aliento ya espira
En las garras de tigres otomanos.

Confuso, por tu vasta superficie
Europa degradada, yo no he visto
Más que fausto y molicie,
Y poco que el espíritu sublime;
Al lujo y los placeres
Encubriendo con rosas,
Las marcas oprobiosas
Del hierro vil que á tu progenie oprime.

La libertad de Europa fugitiva,
Un asilo buscando,
Ha pasado al océano,
Su dignísimo trono levantando
Do se agitan los pechos á su nombre,
Y do con dignidad respira el hombre:
En el hermoso suelo americano.
Y en el tuyo también ¡oh patria mía!
Tus hijos, los primeros elevaron
A su imagen altares;
En su divino fuego se inflamaron,
Y con rara osadía,
El fanatismo y la opresión hollaron.
Tú el rayo fulminaste,
Que su terrible saña dilatando,
Rompió de un hemisferio
El largo y degradante cautiverio.

¡Gloria al pueblo argentino,
Terror de los tiranos
Que oprimían al Sud con férreas manos!
Gloria inmortal al pueblo peregrino!

Y tú, patria querida,
Muestra un ejemplo más á las naciones:
La maldad atrevida
Y las bajas pasiones,
Confesarán al fin avergonzadas,
Que no son nombres vanos
De libertad los fueros soberanos,
Sino para las almas degradadas.

Modera un tanto ¡oh Plata magestuoso!
Esas ondas altivas;
No á un hijo de tus márgenes recibas
Airado y tumultuoso;
Que con giro suave
Fluyan y den camino silenciosas
A los flancos estrechos de mi nave,
Que juega con tus crines espumosas.

Junio 13, 1830.

EN CELEBRIDAD DE MAYO

¡Libertad! ¡Libertad! no mas resuena.
Por todo el continente.
Varela.

Dadme la lira de oro
¡Oh musas! al ingenio reservada,
Y con plectro sonoro,
Y con trompa no usada,
Cantaré de mi patria
Los triunfos y la gloria celebrada.

Cantaré las cadenas
Y la oprobiosa y dura servidumbre,
Que con infandas penas
Rompió la muchedumbre
Hollada de tiranos,
Que la razón fuscaban y su lumbre.

De Mayo los portentos
Escuchen las naciones admiradas,
Y á los ledos acentos,
Y á las voces sagradas,
Libertad y derechos,
Treman del solio las soberbias gradas.

De Mayo el sol parece,
Y en el Plata sus rayos reflejando,
Los pechos enardece,
Súbito fecundando
Los gérmenes divinos,
Que al universo la natura ofrece,

Crecen y se derraman
Por todo el continente americano;
Y los pueblos se aclaman
Libres ya, y el indiano,
Sus cadenas rompiendo,
Se ostenta independiente y soberano.

Despareció del mundo
El oprobio del hombre amancillado;
El monstruo furibundo
Pereció conculcado,
Y de Mayo la lumbre
Ha déspotas y tronos derribado.

¿Mas do la musa mía,
Por entusiasmo patrio enagenada,
Vuela con osadía,
Y no oye la algarada
Que en el foro se enciende;
Cual acorre la turba presurada?

Derrocaos á mi anhelo,
Del espacio anchurosos valladares;

Cíñanse el vasto suelo
Y los profundos mares;
Que hasta la dulce patria
Mi vista enagenada extienda el vuelo.

¿Cómo cantar podría,
En medio de los tronos degradados,
Los himnos de alegría
En mi patria entonados,
Ni los sublimes votos
De seres libres al Olimpo alzados?

Sin vuestro puro aliento,
Libertad sacrosanta, se enmudece
La lira, y tremulento
El canto se obscurece,
Con las densas tinieblas,
Que el trono aciago al pensamiento ofrece.

Mas ya rasgóse el velo,
Que tu querido rostro me ocultaba
¡Oh patria! y desde el suelo
Que el tosco galo hollaba,
Tu gloria noble canto,
Y á tus sacros transportes me levanto.

¡Salud, oh sol, fecundo
En portentosos frutos!
¡Salud, padre del mundo,
Que el germen infecundo
Del fanatismo y la opresión rompiste,

Y á la América diste
Libertad y derechos,
Y con tu lumbre inmensa,
De una región extensa
La noche de ignorancia disipaste,
Y al argentino tu fulgor prestaste!

En Mayo venturoso
El argentino levantó radiosa
Su frente, y al instante,
Sublimóse del indio el pensamiento;
Y triunfante y gloriosa
La razón aparece,
Y la ominosa esclavitud perece.

Cantad, cantad ovantes
De Mayo el sol que asoma por la esfera;
Sus colores brillantes,
Anuncian á la tierra
De América el gran día,
Y del crudo tirano la agonía.

Sepúltase al abismo
El soberbio dosel del ambicioso;
Confuso el despotismo,
Y con mortal desmayo,
En los antros se oculta del reposo,
Cuando tu faz ostentas,
¡Oh hermoso sol de Mayo!
Enagenado acorre el argentino,

Y en tu rostro divino
Ve trazados, con letras inmortales,
De su triunfo y su gloria los anales.

A LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Independencia al suelo americano.
Luca.

Prestadme oh sacras musas
Vuestro divino aliento,
Prestadme aquel acento
Que resuena en los coros celestiales,
Y haré que el corazón de los mortales,
De entusiasmo arrobado,
Palpite como el mío en el instante,
Y que ensalzen los libres el gran día
En que la patria mía
Independiente al fin y soberana,
Llena de gloria respiró triunfante.

Ni el trueno aterrador que se desata
De los preñados senos de la nube,
Y retumbando fragoroso sube,
Y por el ancho espacio se dilata,
Al espíritu flaco aterra tanto;

Ni el mortífero rayo desprendido
Del bronce comprimido,
Que hiende por las filas y escuadrones,
Con zumbido terrible,
Es al débil soldado tan temible,
Como son á los crudos opresores
Los vivas y clamores
Que del foro argentino se levantan
Con tumultuoso grito y vehemencia,
Alegres, proclamando independencia;
Y nada es tan gozoso
A los hijos del Plata
Como el día de Julio venturoso.

Pudo en los siglos de ignorancia torpe,
En que el hombre adormido
Sus sagrados derechos olvidaba,
Con el salvaje bruto confundido,
Dominar arrogante el despotismo;
Más luego que la ciencia
Al espíritu humano iluminara,
Audaz se levantó la inteligencia,
Y el coloso infernal que la abrumara
Derrocóse, humillado, al hondo abismo.

Así doquier los simulacros viles
De la opresión cayeron;
Pues los humanos pechos, quebrantando
Los vínculos serviles
Que su elación divina comprimían,
En sacrosanto fuego se encendieron.

La libertad prendió en los corazones,
Y doquier las estúpidas pasiones
Al despotismo aciago entronizaron,
Los rayos refulgentes
De los pechos ardientes
Que de divino soplo eran movidos,
Al fiero despotismo destronaron.

Así fué en Grecia y Roma;
Y en las comarcas todas de la tierra,
En incesante guerra,
La libertad al despotismo doma,
Y doquier que asoma
Aquella victoriosa,
Las ciencias y las artes en las alas
Del genio prepotente se subliman,
Ostentando sus galas;
Y todo es gloria, paz, felicidades;
Y el genio de la guerra furibundo,
Su aterradora faz y sus maldades
Hunde allá en los abismos del profundo.

Solo entonce, inspirando
Las musas al poeta, lanzó el canto
Su profética voz por todo el orbe,
A los siglos atónitos marcando
Sus futuros destinos,
Y en versos peregrinos,
Los prodigios del genio eternizando.

Cantemos, pues, cantemos
La independencia de la patria amada,
Y con voz acordada,
A la aurora de Julio celebremos.

Cantemos el gran día
Que vió nuestra cadena quebrantada,
Y del león domada
La arrogante cerviz y valentía.
Cantemos la agonía
Del monstruo que oprimiera
La América inocente entre sus manos
Por tres centurias, y á la tierra diera
El ejemplo inaudito, en un instante,
Del instable poder de los tiranos.

Cantemos el momento
En que á la faz del mundo y de la patria,
Con encanto juramos
Vivir independientes,
O con la sacra libertad, valientes,
Exhalar antes el postrer aliento.

Así el condor ostenta su alegría
Cuando con libertad gira su vuelo
Por el inmenso cielo;
Así el león en bosques espaciosos,
Con hórrido bramido,
Y los seres que encierra el universo,
En su tosco lenguaje no aprendido,
Himnos entonan saludando el día
En que finó su largo cautiverio;
Así lo canta el hombre que el imperio
Sufrió de la opresión y tiranía;

Julio, 1831,

RUEGO

Inclina aurem tuam ad precem meam.
Ps. 87.

En tí, Señor, confío;
A tí, mi Dios, me entrego;
Mi humilde y triste ruego
Implora tu piedad;
No mires con desvío
Mi llanto y amargura,
Que, aunque mi alma está impura,
No abriga la impiedad.

Mi espíritu se humilla
A tu divina planta,
Y su dolor levanta
Esperanzado á tí;
Acoge la sencilla
Plegaria que te envía,
Señor, y tu faz pía
Vuelve un instante á mí.

Henchido de pasiones
Mi corazón demente,
Se abandonó al torrente
Del mundo seductor;

Mas ya, sus ilusiones
Falaces desdeñando,
Se vuelve á tí implorando
Consuelo en su dolor.

Si algún tiempo embriagado
De deleites mundanos
Los tuyos soberanos
Insensato olvidé,
Perdona á un descarriado
Que, buscando hoy ansioso
Tu bálsamo precioso,
Va en alas de la fe.

Soy pecador indigno:
Pero mi alma sincera,
Arrepentida espera
En tu inmensa bondad.
Contempla, pues, benigno,
Señor, y no indignado,
A quien atribulado.
Se acoge á tu piedad.

De dolor consumido,
De angustias y dolencia,
Tu divina asistencia
Necesito, Señor;
Levanta mi abatido
Corazón, vuelve á mi alma,
Vuelve la dulce calma
Que le roba el dolor.

Atiende á tu criatura
Que misera fenece;
Sus penas adormece;
Escucha su clamor;
Pues en mar de amargura
Se anega mi existencia:
Mírame con clemencia
Aunque soy pecador.

Noviembre 6, de 1831.

MI ESTADO

Il est chez les vivans comme une lamp éteinte.
Hugo.

Cual sombra vana mis lozanos días
Se han disipado, y ni vestigios quedan
De lo que fueron en su bella aurora
    Mis verdes años.

Nada ha quedado á mi existencia frágil
Más que la herida del pesar tirano;
Nada que pueda á mi infortunio triste
    Dar un consuelo.

Como fantasma tétrico y sombrío
Sin esperanza vago entre los hombres;
Ningún prestigio ó juvenil halago
 Brilla en mi frente.

Nada yo espero en el desierto mundo,
Nada que endulce mis amargas penas;
Y desolado, el corazón marchito,
 Ni aun amor siente.

¡Oh si sintiera cual sintió otro tiempo!
Amor, al menos, en el pecho triste,
Vierte halagando como sierpe astuta,
 Dulce veneno.

¡Solo el reposo de la tumba aguardo!
Pero la muerte de mis crudas ansias
Ríe inclemente, y á mi amargo lecho
 Lenta se acerca.

Cuento los días de aflicción cargados;
Cuento las horas de pesar exentas;
Y veo entonces que mejor sería
 No haber nacido.

Pronto despojo de la muerte fiera
Será mi cuerpo, que angustiado gime;
Dulce alimento á réptiles inmundos,
 Pasto á gusanos.

Y el fuego sacro que mi mente llena,
Ansia sublime, inspiración divina,

Don de las musas, como frágil humo
Va á disiparse.

Cuantas pasiones abrigó mi pecho,
Cuanto elevado sentimiento cupo
En mi alma noble, á convertirse vuelven
En polvo y nada.

Octubre 2 de 1831.

EL POETA ENFERMO

¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego,
Echaste el agua.

Jorge Manrique.

El sol fulgente de mis bellos días
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el cáliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace, moribunda y triste;
Y el sacro fuego, inspiración divina,
Devora mi alma.

¡Don ominoso! en juventud temprana
Yo me consumo sin que el canto exelso

Eco sublime de mi dulce lira,
Admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas musas
Me prometieron, y guirnalda bella
A la sien tierna de la patria mia
Yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta,
Con mano impía, los frondosos ramos:
¡Que el frío soplo de dolencia infausta
Hiela mi vida!

Un foco inmenso de divinos ecos
Mi alma era un tiempo, que el activo soplo
De las pasiones exhalaba ardiente,
Voces sublimes.

Cuanto tocaba en su celeste fuego
Ardía al punto; el universo un himno
Era para ella, de armonías puras
Coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;
Angel de muerte de mi lira en torno
Mueve sus alas, y suspira solo
Fúnebre canto.

Como la lumbre de meteoro errante,
Como el son dulce de armoniosa lira,
Asi la llama que mi vida alienta
Veo extinguirse.

Adios por siempre aspiraciones vanas,
Vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;
Adios del mundo lisongeras glorias,
Deleites vanos.

Adios, morada de tiniebla y llanto,
Tierra infeliz que la virtud repeles,
Y desconoces insensato al genio
Que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura
Se halló oprimida; peregrino ignoto,
Por ti he pasado, y sin pesar ninguno,
De ti me alejo.

Lira enlutada melodiosa entona
Funeral canto. Acompañadla gratas,
Musas divinas: mi postrer suspiro
Un himno sea.

Agosto 13 de 1831.

CONTESTACION

> **¡ Ah ! ya agostada**
> **Siento mi juventud, mi faz marchita,**
> **Y la profunda pena que me agita**
> **Ruga mi frente de dolor nublada.**
>
> *Heredia.*

Feliz tú que de bellas ilusiones
Sin cesar halagado, á las visiones
    Inefables del alma
Librar puedes tu ardiente fantasía,
Y de éxtasi embriagar y de armonía
    Tu corazón en calma.

Feliz tú que aspirando el aura pura
Del magestuoso Plata, la hermosura
    Contemplas de la luna
Que asoma melancólica su frente,
Como gentil beldad que de amor siente
    La congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,
Oyes solo el susurro misterioso
    De las olas serenas
Que al rayo de la luna resplandecen,
Y en cadencia armoniosa se adormecen
    Sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo,
Hasta el trono de Dios levanta el vuelo,
    Y olvidada del mundo,
Escucha la armonía soberana
Que de su eterna gloria eterna mana
    Cual venero fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente
En esa viva, inagotable fuente
    Que al universo anima;
Y con alas de fuego divagando,
El infinito abarca y remontando
    Más y más se sublima.

¡Quién como tú pudiera, el pecho lleno
De esperanza y de fe, por el ameno
    Camino de la vida
Esparcir sus miradas halagüeñas,
Y ver por todo imágenes risueñas,
    Como en la edad florida!

¡Quién en su lira, modular sonora
Dulce amor y amistad consoladora,
    Tesoros celestiales,
Y al son de la hechicera melodía,
Derramar esperanza y alegría
    En los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú que atrás dejando
Un pasado feliz, y contemplando
    El porvenir brillante,

Un mundo de esperanzas y delicias
Ante tus ojos ves, y no codicias
Nada al vulgo anhelante.

Mi juventud también tuvo visiones
De ambición y de gloria, y mil pasiones
Terribles la agitaron;
Amor fué su delirio y su ventura;
Y en brazos apuró de la hermosura,
Delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba
El feróz huracán de cumbre altiva,
Al impulso violento
De fogosas pasiones, abatida
Cayó mi juventud, que solo vida
Tiene para el tormento.

¡Oh si en himnos de excelsa poësía
Yo pudiera el torrente de armonía
Exalar de mi pecho,
O en tristes tonos modular, suaves,
De mi fiero dolor las ansias graves,
Las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mía
Al eco de la tuya se uniría
En soberano coro;
Y esos pechos de bronce, casi yertos,
Latirían oyendo los conciertos
De vuestra lira de oro.

Pero vano delirio; mi destino
Es batallar con el dolor contino,
Hasta que suene la hora,
Y consumirme en agonía lenta,
Como el ave inmortal que en sí alimenta
Fuego que la devora.

ESTANCIAS

Heureux ceux qui n'ont point vue la fumé des fétes de l'étranger, et qui ne se sont assis qu'aux festins de leurs péres!

Chateaubriand.

Feliz aquel que de su patrio suelo
Contempló solo el halagüeño cielo,
Y libre de pesares,
Vivió seguro del cariño amante
De la beldad que idolatró constante
En sus quietos hogares.

Nacen sus días sin cesar serenos,
De gozo puro y de esperanzas llenos,
Dulcemente halagados;
Y como en valle arroyo cristalino,
Corren sin agitarse á su destino
Por entre bellos prados.

El borrascoso mar de las pasiones
Su corazóu no mueve, ni ilusiones
De bien frágil y vano
Brindan á su serena fantasía
De fugases deleites la ambrosía,
Con fementida mano.

De la ambición se ríe prepotente
Que se engolfa con tino en la corriente
De la varia fortuna,
Ni acibaran funestos desengaños
La dulcífera copa de sus años
Con su hiel importuna.

¡Quién me diera los días venturosos
Que á mi anhelo ofrecían deliciosos
Placeres sin mudanza,
Cuando todo á mi vista era risueño,
Y mi existencia grata un largo sueño
De gloriosa esperanza!

¡Quién diera á mi agitado pensamiento
La dulce calma y el feliz contento
Que disfrutara un día!
¡Quién por lo bello, el entusiasmo ciego,
La pasión noble y el divino fuego
En que mi pecho ardía!

¡Quién sentir cual sentí, ó el llanto largo
Que embalsamaba el sentimiento amargo
Del corazón herido!

¡Quién, á mi juventud su lozanía
Marchita en flor, sin esperanza y fría!
¡Quién, el ser lo que he sido!

¡Si al menos á piedad movido el cielo
Con la angustia voraz diese el consuelo
Del olvido á la mente!
Mas por siempre la imagen ilusoria
Del bien perdido vaga en la memoria,
Cual si fuera presente.

El astro de mi vida se ha eclipsado
Y muerto á la esperanza, desolado;
El porvenir oscuro
Aparece á mi vista, cual desierto,
O borrascoso piélago sin puerto
Donde arribar seguro.

Mi corazón un tiempo palpitaba
Al mirar la hermosura, y adoraba
Su irresistible encanto;
Amó también, y en amorosos lazos
Se gozó insano, y apuró en sus brazos
Deleite sacrosanto.

Mas disipose todo y la amargura,
El recuerdo fatal tan solo dura
Y aviva el sentimiento
Del triste corazón, que aun inflamado,
De amar, sentir ó aborrecer privado,
No halla, no halla alimento.

Todo he perdido; en mi insensata mano
Las flores de la vida bien temprano
Todas se han deshojado,
Y confusos y atónitos mis ojos,
Solo contemplan míseros despojos
Del huracán pasado.

Ven á mis votos silenciosa muerte,
Y en reposo feliz la ansia convierte
Con que me aqueja el tiempo y el destino;
Ven, me arrebata donde no se siente.
Así cantaba de su patria ausente
Por consolarse un triste peregrino.

Junio, 1831.

RECUERDO

In vain, alas! in vain.
Campbell.

En vano busco la mujer hermosa,
Iman de mi alma que llenó mis días
De tiernas ansias, deliciosos sueños,
De amor y dichas.

La busco en vano, que doliente siempre,
Voz ominosa de la negra tumba
Burla mi anhelo, y me responde triste:
—Aquí se oculta.

—Se oculta sí.... ¿mas sempiterna noche
Cubrirá el lecho do mi amor descansa?
¿No verá un ángel que moró en la tierra
 La luz de otra alba?

¿Pero qué importa, si su imágen bella
Mientras yo aliente vivirá en mi pecho,
Do el aura aspira que á los serafines
 Destina el cielo,

Hasta que airada la insaciable muerte
Corte la trama de mi frágil vida,
Una mis restos á los suyos caros,
 Y todo estinga?

Enero 17, 1831.

AL CLAVEL DEL AIRE

A LUISA

Sweet scented flower
Kirke White.

Flor fragante y vistosa,
Que del seno de rosa
De mi amable hechicera
Vienes, fiel mensagera
De su pasión ardiente,
A disipar las sombras de mi mente,
Dime ¿do fué tu aurora?
¿Quién te dió esa fragancia
Eficaz, penetrante, encantadora,
Y la hermosa elegancia
Con que gentil descuellas
Entre las flores bellas
Que orna y matiza la divina Flora?
¿Quién esa candidez y esa pureza
Adorno celestial de la belleza,
Que mi pecho enamora?
¿Fué, por ventura, tú dichoso oriente
En la región ardiente
Donde naturaleza
Ostenta más vigor y gentileza?

¿O acaso la inconstante
Madre de los amores,
Menospreciada de su ingrato amante,
Le pidiera á la reina de las flores
Te llenase de encantos seductores,
Para que fueses poderoso hechizo
De aquel infiel que abandonarla quiso?
No, flor hermosa, no; que tú naciste
Para más alta gloria,
En la región que el Paraná famoso
Baña en curso grandioso.
Naciste de sus linfas,
Para grato recreo
Y halagüeño deseo
De sus hermosas ninfas,
Que al mirarte en tu cuna se gozaron,
Y su flor predilecta te nombraron.

Tu trono digno y tu morada hiciste
Del aire puro, y si las otras flores
Reciben de la tierra su alimento,
Tú del sereno viento,
Del céfiro apacible
Que divaga invisible,
Y del plácido aliento
Que los silfos exhalan voladores.

Con magestad sentada,
Ya en la verde enramada,
Ya en el frondoso esp ino,

Ya en las rocas soberbias y jardines,
Tu candor peregrino
Ostentas y te meces con donaire,
Embalsamando el aire
Con tu aroma divino.
El picaflor voltario

En su círculo vario,
Se deleita tan solo en halagarte,
Y no osa de tu seno
Libar el suco ameno
Que te dá vida, y tu vigor robarte.
No así la juventud; ella anhelante
Siempre gira inconstante;
De una flor á otra flor; todas codicia,
A todas acaricia,
Y al fin bebe, inexperta, entre sus hojas,
Saciedad y congojas.

Emula del jazmín en la blancura,
Lo eres también en la fragancia pura,
Que de tu seno exhalas,
Con que el cuerpo y espíritu regalas
De toda criatura.
Cuando ostenta sus galas,
Con magestad el sol en occidente,
Entonces el ambiente
Se llena de tu espíritu oloroso,
Y se engolfa amoroso
El corazón, al apurar tu aliento,
En un mar de delicias y contento.

Y cuando más feliz, alguna hermosa
Te arrebata con mano temerosa
De tu alcázar aereo,
Para darte en su seno dulce abrigo,
O en su negro cabello:
Brillas con el destello
De estrella rutilante,
Y dilatas fragante
Tu encantador imperio,
Y de las flores reina entonces eres,
Del amor, del deleite y los placeres.

¿Quién como tú en el aire
Morara, respirando aura de vida,
Y burlando el desaire
De la fortuna vil con frente erguida?
O trasformado en silfo ó en sílfida. (1)
¿Quién en tu cáliz albo
Encontrase guarida
Donde ponerse en salvo
Del rigor de la suerte y sus mudanzas,
Que siempre al infeliz tiende asechanzas?
Cuando feliz te miro,
Bella flor, me parece
Que veo de mi amada el albo seno
De encantadora magia todo lleno,
La nieve sin mancilla

---

(1) Silfos, espíritus aereos, que han ilustrado Pope, Hugo y otros. Creo no se estrañará esta alusión, pues los espíritus son cosmopolitas. (Nota del poeta.)

De su fresca mejilla,
Y el candor celestial de su semblante.
Y al aspirar tu espíritu fragante,
Me parece que aspiro
De su risueña boca
El delicioso aroma que provoca
Al deleite, al amor y la ventura;
Y rebosando en júbilo y ternura,
Mi corazón palpita, y se abandona
Olvidando su pena,
A la dulce ilusión que lo enajena.

Octubre 17, de 1831.

EL CEMENTERIO

Misterios de la vida y de la muerte.
Calderón.

Creation Sleeps.
Young.

Al resplandor sereno de la luna,
Yo andaba por los sitios solitarios
Que al vulgo atemorizan, pesaroso
Y en lúgubres ideas embebido;

Y mis inciertos pasos me llevaron
A la mansión sagrada de los muertos.
Religioso pavor cubriome al punto,
Y esclamé sofocando mis angustias:
—Silencio ¡oh corazón! he aquí el asilo
Donde reina la paz inalterable;
Do no alcanza el tumulto de los hombres;
Do se acaban las ansias y tormentos
De la altiva ambición y el infortunio;
Do se estrella el poder y la grandeza;
Do el amor y el deleite se anonadan;
Donde la gloria es humo y las pasiones
Que agitan al mortal. Aquí el esclavo
De sus hierros se olvida, y con el polvo
De la víctima suya á confundirse
Viene el fiero opresor. Aquí del crimen
Cesa el remordimiento, y los gemidos
De la virtud paciente se sepultan.
Aquí se abisman, sin cesar, los siglos,
Y mil generaciones y mil otras,
Con rapidez se agolpan, no dejando
Vestigio de su ser. Aquí su cetro
Levantan el misterio y el olvido,
Las esperanzas mueren, y en su aurora
El ingenio brillante se disipa.
Salud, tristes despojos, monumentos
Fúnebres del dolor: á visitaros
Viene una alma enlutada y borrascosa.
Si los profanos ecos de la tierra
Hasta vosotros llegan, respondedme:

¿Hay vida más allá?—¿Pero que veo?
Un espectro confuso se levanta
Y con faz melancólica me mira:
—Tú, quienquiera que seas, habitante
De esta mansión de luto misteriosa,
Responde hoy á las dudas de quien viene
A interrogar la muerte y los sepulcros,
Transido de dolor: ¿por qué tus ojos
Brotan lágrimas tristes, y en tu frente
Del funesto pesar vagan las sombras?
¿Hay dolor, por acaso, aun en la tumba?
¿Siente el polvo?—Silencio, reptil vano;
La mansión del misterio es el sepulcro—
Un eco moribundo respondiome;
Y, silencio, silencio, repitieron
Los cóncavos helados de las tumbas.
Se oscureció la luna de repente,
Y un pálido fulgor cubrió la tierra,
Semejante al de antorcha suspendida
En medio de un panteon; Y yo miraba,
Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento,
Cuando un eco, al de un ángel parecido,
Hechicero sonó: Ven, ven conmigo;
Ven, ven á descansar infeliz joven.
La tumba es el amor. Aquí las almas
En himeneo eterno, eternas viven.
¡Ay! ¡ay! por tí padezco hace diez años;
Ven, seremos felices, ven conmigo,
Esperándote estoy—Y yo miraba,

Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento:
Y ví de una mujer la vaga sombra,
De una mujer que conocí en la tierra
Y que profano labio nunca nombra.
Y otro acento de amor, voz inefable
Que aprendí á conocer desde la cuna
Oí que repitió: — Ven, hijo mío,
Ven, te consolaré. ¡Qué infeliz eres!
Tu alma no es de ese mundo, aquí es su centro
El lodo es del reptil. — Un grito entonces
Quise dar y no pude; y, madre, madre,
Articuló mi lengua. — Y yo miraba
Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento....
Quedó todo en silencio nuevamente;
Se disipó el fulgor como la llama
De un astro consumido; y las tinieblas,
La oscuridad fatal, se condensaron.
Todo era noche y noche. Uno por uno
Los astros de la esfera se extinguieron,
Como antorchas sin pábulo; y la tierra,
Y el cielo y el espacio, no formaron
Más que un lúgubre, denso, opaco abismo
De tinieblas palpables á mis ojos.
Me estremecí de horror. Formas confusas,
Fábricas gigantescas del orgullo,
Cadáveres inmensos de los siglos,
Pueblos, generaciones, seres, hombres....
Cual rápido torrente descendían

En la inapeable sima confundidos;
Y al caos daban ser... Un mortal hielo
Cubrió todo mi cuerpo. Mis potencias
Como de un largo sueño despertaron:
Miré: ví, con asombro, que la tierra,
Al resplandor sereno de la luna,
Mientras yo solitario cavilaba,
Como el callado asilo de los muertos
En silenciosa calma reposaba.

MELANCOLÍA

Profunda melancolía
En tu semblante se vé.
Calderón.

Cuando en mi frente marchita
La melancolía estienda
Su opaco velo, y mis ojos
Llenos de lágrimas veas,
Cuando los caros objetos,
Que en otra hora me recrean,
Y aun tus encantos divinos
Mire con indiferencia:
No hagas caso, mi querida,
Que el pesar que me atormenta
Sobre mi faz un instante
Esparce sus sombras negras;
Luego, á mi seno afligido,
Do sin cesar se apacentan
Los pensamientos sombríos,
Silencioso se repliega.

Julio 29, 1830.

PROFECIA DEL PLATA

Se conmueven del Inca las tumbas.
Lopez.

Cuando con garra impía,
El hispano león tan arrogante,
El nuevo mundo asía,
Y su fuerza pujante
Dominaba en los piélagos de Atlante;

Cuando sus naos, preñadas
De avaricia y furor, lanzaba España
A las tierras domadas
Y á las playas que baña
El raudo Plata á vomitar su saña;

El portentoso río,
Enfurecido al ver tanta osadía,
Terrífico y sombrío,
Su ceño mostró al día,
Por revelar aquesta profecía.

—Tiranos alevosos,
Gozaos, gozaos en la obra pasajera
De designios odiosos,
Que ya se acerca la era
A vuestro orgullo y suerte lastimera.

Gozaos si, que esta tierra,
De vuestro cetro duro fatigada,
Acudirá á la guerra,
Y será quebrantada
Vuestra arrogancia, y á su vez domada.

Ya la lumbre fulgente
Veo de Mayo alzáse por la esfera,
Y la turba insolente
Que vuestra ley venera,
Se aturde al verla cual si rayo fuera.

El argentino entonces
Tremola el estandarte victorioso,
Y los tremendos bronces
Y el acero filoso
Anima con su aliento poderoso.

Las cadenas quebranta
Que oprimen á la patria moribunda,
Y su cerviz levanta
Airada y tremebunda,
Que conturba la hueste furibunda.

Su voz truena potente,
Y á los pueblos concita á la venganza
De todo el continente,
Que acorrren sin tardanza
Al campo de la lid y la matanza.

Del Sud en las regiones
La libertad arbola su estandarte,

Y celestes blasones
A sus hijos reparte,
Marcial aliento les infunde y arte.

¿No mirais cómo el trueno
Que se enciende en mis márgenes de plata,
De muerte y poder lleno,
Por el sud se dilata,
Y vuestros sólios rompe y desbarata?

¿No escuchais cual retumba
En los Andes con hórrido estampido,
Y conmueve la tumba
Del inca que ofendido
Del polvo se alza de furor ceñido,

Y á sus hijos convoca
Y á su progenie toda á la venganza
Con su acento provoca,
Que ardida se abalanza
De uno á otro campo con espada y lanza?

¿No veis cual se encamina
Por el indiano suelo desprendiendo
Mil rayos que fulmina,
A polvo reduciendo
De vuestras armas el poder tremendo?

Temblad, temblad tiranos
Que oprimis á la América inocente
Con aceradas manos;

Temblad; que ya el torrente
De asolación desata mi corriente.

Cual rayo amenazante
Que de la parda nube se desprende,
Y ardiendo, fulminante,
Con ímpetu desciende,
Deslumbra, aterra, despedaza, hiende.

Así con saña airada
Desplomará su furia y vehemencia,
Y será desquiciada
Vuestra vana insolencia,
Caduco poderío, omnipotencia.

Y el vasto continente
De vuestro inícuo yugo libertado,
Gozará independiente
El venturoso hado.
A su heroismo y gloria reservado».

De Mayo el sol brillante
Se mostró al argentino, y confundidos
Huyeron al instante
Los bandos atrevidos,
Por sus valientes haces perseguidos.

Y como astutos lobos
Que bravos cazadores acecharon,
Devorando sus robos,
Al verlas se pasmaron,
Y la sangrienta presa abandonaron

Mayo, 1831.

EL PENSAMIENTO

O flor de alta fortuna,
Rioja.

Yo soy una flor oscura
De fragancia y hermosura
Despojada;
Flor sin ningún atractivo,
Que solo un instante vivo
Acongojada.

Nací bajo mala estrella,
Pero me miró una bella
Enamorada,
Y me llamó pensamiento,
Y fuí, desde aquel momento:
Flor preciada.

No descuello en los jardines
Como los albos jazmines
O las rosas;
Pero me buscan y admiran,
Me contemplan y suspiran
Las hermosas.

Si me mira algún ausente
Que de amor la pena siente,
Cobra vida;

Y es feliz imaginando
Que en él estará pensando
Su querida.

Yo soy grata mensagera,
Que bajo forma hechicera
Voy volando
A llevar nuevas de dicha
Al que vive en la desdicha
Suspirado.

Símbolo del pensamiento
Del amor y el sentimiento,
Mi destino
Es deleitar al que adora,
Y consolar al que llora
Peregrino.

Uruguay, Noviembre 1832.

EL DESAMOR *

CANCIÓN

Acongojada mi alma
Día y noche delira,
El corazón suspira
Por ilusorio bien;

* El Cancionero Argentino, pag. 13 del cuaderno 1º.—Fué puesta en música por el maestro don J. P. Esnaola.

Mas las horas fugaces
Pasan en raudo vuelo,
Sin que ningún consuelo
A mi congoja den.

Entre mis venas corre
Sutil, ardiente llama,
Que sin cesar me inflama
Y llena de dolor;
Pero una voz secreta
Me dice: ¡infortunada,
Vivirás condenada
A eterno desamor!

Como muere la antorcha
Escasa de alimento,
Así morir me siento
En mi temprano albor;
Ningún soplo benigno
Da vigor á mi vida,
Pues vivo sumergida
En triste desamor.

Como fatuo destello
Que brilla y se evapora,
Se disipó en su aurora
El astro de mi amor;
Fuese con él mi dicha,
Fuese con él mi calma,
Quedóle solo á mi alma
Perpetuo desamor.

1837.

LA DIAMELA *

CANCIÓN

Diome un día una bella porteña
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez.
Me la dió con sonrisa halagüeña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos
Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto tomela,
Como don misterioso del cielo
Que algún angel de amor y consuelo
Me viniese durmiendo, á ofrecer.
En mi seno inflamado guardela,
Con el suyo mezclando mi aliento;
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, doquiera que miro
Allí está la diamela olorosa,
Y á su lado una imagen hermosa

* El Cancionero Argentino, pag. 23 del cuad. 1º. Puesta en música por J. P. Esnaola.

Cuya frente respira candor.
Desde entonces, por ella suspiro;
Rindo el pecho inconstante á su halago;
Con su aroma inefable me embriago;
A ella sola consagro mi amor.

1837.

UN RECUERDO *

¡Tierra querida do mis tiernos padres
Vieron gozosos mi reir primero,
Mi alma te envía en su infortunio amargo,
Un pensamiento!

En este día de tan bella aurora
Que el tiempo cuenta en su incesante vuelo,
Un año cumple, que á mi patria enviara
Mi adios postrero.

¡Oh cuantas horas de amargura el alma
Sufrió en un año de fatal recuerdo!
¡Cuanto suspiro en mi abandono triste
Exhaló el pecho!

* M. S. de la Colección de don J. M. Gutiérrez, existente en el Senado Nacional.

Yo en los instantes de mi dulce infancia
Miraba siempre el porvenir risueño,
Contando ufano del vivir las horas
Por mis contentos.

Cual mira y ríe el caminante incauto,
Corto el camino y de viajeros lleno,
Y en él se lanza sin contar peligros
Que le den miedo;

Y en vez de flores que encontrar creía,
En vez de amigos que le den consuelos,
Hállase solo, abandonado y triste,
Con sus ensueños:

Así yo, en vano procuré á mi lado
Los gratos seres que dejé en mi suelo,
Que solo el viento se llevó en los aires
Mis tristes ecos.

Ni en mis oídos sonarán tampoco
Aquellas voces que escuché en un tiempo;
Voces queridas que en mi tierna infancia
Me adormecieron.

Que todo es solo, desabrido y triste;
La flor no es grata, ni es azul el cielo;
Y los cantares de las aves bellas
Ya no son tiernos.

nado

Vendrá la aurora sin su sol dorado,
Vendrá la noche con su velo denso,
Y no en la luna encontraré tampoco
Suaves reflejos.

¡Ah! que la noche al que sufriendo vive,
Sin un amigo y de su patria lejos,
Es un castigo que en su enojo enviara
Airado el cielo.

¿Qué sirve entonces la algazara y risa
De los que cerca de nosotros, vemos
Que alegres pasan las cansadas horas
Del cruel invierno?

¿Qué vale el canto de placer que entonan
Seres dichosos de ventura llenos,
Si son palabras que en idioma extraño
No conocemos?

¿Si no hay quien diga con acento suave:
¡Hijo querido! y al materno pecho
Del hijo amado la cabeza ardiente
Estreche luego?

¿Si no hay quien diga con sonrisa grata:
¡Amado mío! y con afán sincero,
Me busque ansioso, y en mi frente estampe
Un dulce beso?

Y en tanto el tiempo discurriendo siempre,
Va aumentando en su incansable vuelo
Unas tras otras, las amargas horas
Que yo no cuento;

Hasta que el soplo de mi vida mísera
En el silencio se evapore luego,
Como la nube que al venir el día
Disipa el viento.

¡Oh! patria entonces al morir cercano
Será tu nombre mi postrer aliento,
Y por tu dicha la plegaria mía
Alzaré al cielo.

A .... *

Ven, encanto de mi vida,
Ven, de mis penas consuelo,
Por piedad;
Que tu sonrisa querida
Rasgará este oscuro velo
De orfandad.

Vea yo tus bellos ojos
Lucir llenos de ternura
Y de amor:

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Vea los tiernos sonrojos
En tu faz serena y pura
Del candor.

Sienta yo el suave latido
Amoroso de tu seno
Virginal;
Y de tu voz el sonido
Llegue á mí, de encanto lleno
Celestial.

Yo me ví en tierra extranjera
Sin esperanza ni amparo,
Sin amar;
Como una nave se viera
Correr sin seguro faro
Por el mar.

Como planta en la llanura
De los vientos combatida,
Yo me ví;
Cual viajero en noche oscura
Por senda desconocida
Me perdí.

Así de mi ingrata vida
A la noche me acercaba
Con placer,
Como quien mira concluída
La vía en que solo hallaba
Padecer.

. . . .

Y tu en el mundo existías
Mujer pura á quien adoro;
Tu en esta tierra vivías,
Para mí, de bendición.
Como escondido tesoro
Tu vivir se disipaba;
Como el mío palpitaba
Huérfano tu corazón.

Te ví criatura hermosa,
Y te amé; que tu semblante
Y tu sonrisa graciosa
Me embriagó el alma de amor.
Yo te ví; ¡supremo instante,
Hora feliz la más bella,
En que mi pálida estrella
Se cubriera de fulgor!

Tu llenastes el vacío
De mi joven existencia,
Y humilde yo te confío
Mi infelice porvenir:
Quizás así la inclemencia
Cesará de mi destino;
Tu allanarás el camino
Que escabroso siempre ví.

. . . .

Ven encanto de mi vida,
Mi amor, luz apetecida,

De quien existe por tí;
Ven, que solitario velo,
Y derrama algún consuelo
En este pecho infeliz.

Tu eres el bien que yo aspiro;
Si estás ausente deliro
Y si te veo también;
Tu eres para mi nacida;
Sin tí no quiero la vida....
Angel de mi dicha, ven.

Que goce yo en tus caricias
Inocentes, las primicias
De tu prometida fe,
Y olvidaré lo pasado,
Iris de paz, y á tu lado
Solo amor alentaré.

LA AUSENCIA *

(CANCIÓN)

Fuese el hechizo
Del alma mía
Y mi alegría
Se fué también;

* El Cancionero Argentino, pág. 11, cuaderno 20.

En un instante
Todo he perdido:
¿Donde te has ido
Mi amado bien?

Cubriose todo
De oscuro velo,
El bello cielo
Que me alumbró;
Y el astro hermoso
De mi destino,
En su camino
Se oscureció.

Perdió su hechizo
La melodía
Que apetecía
Mi corazón;
Fúnebre canto
Solo serena
La esquiva pena
De mi pasión.

Doquiera llevo
Mis tristes ojos
Hallo despojos
Del dulce amor;
Doquier vestigios
De fugaz gloria
Cuya memoria
Me da dolor.

Vuelve á mis brazos
Querido dueño,
Sol halagüeño
Me alumbrará:
Vuelve tu vista,
Que todo alegra,
Mi noche negra
Disipará.

Año 1837

A BERRO

Era sin duda una esperanza bella,
Era una pura y misteriosa estrella
Que empezaba á brillar;
Era un árbol de vida, que en tributo,
Al suelo do naciera, rico fruto,
Prometió al germinar.

Era un genio tal vez meditabundo
Que llevaba en su cérebro de un mundo
La alta revelación;
Era un ser condenado á los martirios,
Los inefables raptos y delirios
De ideal concepción.

Era una audaz y noble inteligencia
Que en el oscuro libro de la ciencia
    Buscaba la verdad;
Y culto vivo al pensamiento daba,
O la omisión sublime ambicionaba
De apóstol de progreso y libertad.

Era un hijo de la musa,
Y en la tierra su destino
Tener un sueño divino
Y pasar tan solo fué,
Sin probar de sus deleites
La congojosa amargura,
Guardando en el alma pura
Flores de esperanza y fe.

Y pasó cual peregrino:
Pesares, amigo, lloro,
De memorias un tesoro
En pos llevando de si.
Y pasó, los ecos tristes,
Como de voz que suspira,
De su melodiosa lira
Dejándonos solo aquí.

Y melancólico y grave
Yo también pasar le viera,
Y simpatía sincera
Nació entre ambos de amistad;
Y no pensé que al saludo

De su lira pagaría
Con recuerdo ó melodía
Fúnebre y de eternidad.

¡Tan temprano, y una á una
Sus visiones ideales
Entre sombras funerales,
Ver ocultarse y morir!
¡Tan joven, y ya la noche
Divisar en su agonía
Donde engolfarse debía
Su ambición y porvenir!

Y esa noche era un abismo
Insondable y tremebundo,
Era el cadáver de un mundo
Que su espíritu engendró;
Era un helado sepulcro,
Fetidez, polvo, gusanos;
Eran los deseos vanos
Que en su vida alimentó.

Y entonces una blasfemia
Casi su labio murmura:
Farsa, irrisión, impostura,
La vida en el trance aquel
Le parece, y muerte y vida
Se confunden en su mente,
Pues anonadarse siente
Su pensamiento con él.

¿Para qué, diría, acaso
Me otorgó Dios la existencia,
Y el don de la inteligencia
Puso en frágil juventud?
¿Para qué pasiones tantas
En mi corazón hervían,
Y esos que morir debían,
Sueños de gloria y virtud?

Si cada ser que en la tierra
Se arrastra, vegeta ó mueve,
Seguir una senda debe,
Para un destino nació,
¿Por qué joven se aniquila
Con su concepción el hombre,
Sin dejar en su obra y nombre
La encarnación de su yó:

¡Pobre poeta! delira
Porque de un sueño despierta,
Y desnuda, horrible y yerta
Viendo está la realidad.
Delira porque el arcano
De la vida y de la muerte
No alcanza, y recién advierte
Que aquí todo es vanidad,
¡Vanidad vanidad! Pero sin duda,
Un perfume divino es para el hombre
Ese aplauso común que le saluda
Y hace en el tiempo resonar su nombre.

¿Qué importa que la muerte le sorprenda
Al conquistar el lauro que ambiciona,
Si ha hecho á su patria generosa ofrenda
O ceñido á su frente una corona!

Poeta! tu mansión fué transitoria
En este valle de tiniebla y luto;
Pero al pasar dejaste una memoria
Digna de llanto y singular tributo.

Montevideo, Octubre de 1841.

LA MADRESELVA

Tan humilde como bella,
Aunque á cercos destinada,
Es tu aroma delicada
Como el aliento de amor.
Tú mitigas los tormentos
Con que me abruma el destino,
Tú eres bálsamo divino
En mis ansias y dolor.

Tú me acuerdas los momentos
Mas felices de mi vida
Que con Elina querida
Bajo tu sombra pasé;

En ella un amor ardiente
Puro y santo nos juramos;
¡Cuan poco lo disfrutamos!
¡Veloz el tiempo pasó!

Buenos Aires, Octubre 5 de 1847.

ESTROFAS PARA CANTO

El viento de la pampa
Cruzando velozmente
Tiene para el proscripto
Magnético poder;
Que perfumado llega
Con el aliento puro
Del beso que á la patria
Diera al pasar ayer.

Envíale recuerdos
Si quieres oir su canto,
Simpática memoria
De lo que fué su amor.
Envíale esperanzas
En alas del pampero;
Heraldos que le anuncien
Algo consolador.

El cisne alegre canta
A orillas de su lago,
Donde bañarse puede
Nadando en libertad;
Canta cuando lo arulla
La brisa de los campos,
Do vuela libremente
Desde la tierna edad.

Pero ¡ah! pobre del cisne
Si de su hermoso lago
A la extranjera playa
Lo lleva el huracán:
El canto melodioso
Se ahoga en su garganta;
No encuentra ni gemidos
Para expresar su afán.

Los ecos de una lira
En horas de tristeza,
Te hablaron un idioma
Querido al corazón:
Y en la memoria tuya
Rusuena todavía,
Con hechicero halago,
Su tierna vibración.

¡Silencio! ya se han roto
Las cuerdas de esa lira;
En torno de ella suena

Murmullo aterrador.
¡Silencio! ya está muda;
No tiene una armonía,
Ni alientos de esperanza,
Ni cánticos de amor.

Recuerdos de la patria,
Venid, venid veloces,
En alas del pampero
A refrescar mi sien;
Venid, traedme esperanzas,
El hálito de vida,
De amor y gloria ensueño,
La inspiración del bien.

Montevideo, Octubre 3 de 1847.

MARCO AVELLANEDA

AL 25 DE MAYO DE 1839 *

—Mas allá de los mares se que existe
Opulento hemisferio,
Que es preciso domar, porque no basta
Asaciar mi ambición mi solo imperio.
La libertad proscripta de la Europa
Allí trono encontró y adoraciones;
Marchen allí triunfantes mis legiones,
Derroquen sus altares; y el oriente
A sus cadenas ate el Occidente—
Un déspota cruël así en España
Clamara un día, y al Eterno plugo,
Que el terrible decreto se cumpliera,
Y mi patria infeliz esclava fuera.
Y se humilló; y lo fué. Su vasto imperio
Tristes los Incas derrocarse vieron;
Y en cadenas gimieron,
Y en vil esclavitud. Fieros tiranos,
Con su planta insolente,
De América inocente
La virginal pureza mancillaron;
Y en su llanto y sus hierros se gozaron.
Su maldecida frente luego alzaron
La insaciable codicia, el fanatismo,

---

* Cop. del original autógrafo existente en el archivo de Dn. J. M. Gutiérrez, en la Bibl. del Senado Nacional.

Y la torpe ambición, el egoismo,
Y mil y mil delitos.... Y en mazmorra
De míseros esclavos
Trocóse.... ¡maldición!.... en un momento
El reino de los Incas opulento....
  Pero ¡ay! que nunca á los tiranos fieros
Su imperio eternizar les fuera dado.
Un día y otro día el cielo dora
El sol de esclavitud, y el pueblo gime,
Y en el silencio su infortunio llora.
Pero despierta al fin del triste sueño,
Que aterrado durmiera, y negro ceño
En su llorosa faz ostenta airado.
¡Ay entonces temblad! ¡temblad tiranos,
Que con ojos injustos
Le mirasteis gemir!...¡Temblad insanos!
Que el puñal vengador brilla en las manos
De nuevos Casios y de heróicos Brutos.
  Asi de los Tiberios y Nerones
Desparece el reinado. Asi de Atila
El poder ominoso se aniquila.
Y ved á Napoleón.... audaz gigante,
Colosal como Atlante,
Triunfa en Marengo, en Austerlitz, en Jena,
Allana las murallas
De la altiva Moscow. A Europa llena
De matanza y sangre; y ya no es ella
Mas que un inmenso campo de batallas...
¡Es el señor del mundo!
Y al mundo dicta de su solio leyes;

Ata á su carro los vencidos reyes;
Y soberbio adelanta en el camino
De la gloria engañosa.... A su destino
Se juzga superior.... Mas, desde el cielo
La diosa libertad sus rayos lanza,
Al hijo ingrato hiere,
Y en una roca encadenado muere....
¡Y mi patria también!.... Ya tres centurias
Al yugo férreo la cerviz doblaba
Y entre hierros gemia,
Y su existir infame deploraba,
Y su destino horrible maldecía.
¡Pero Mayo brilló! Su luz radiosa
En los concavos huecos de la tumba,
Donde el Inca reposa,
Penetra y alza la pesada loza.
Sus sombras indignadas
Por las ciegas tinieblas se derraman,
Y, *¡guerra eterna á los tiranos!* claman;
¡Sangre y venganza y exterminio! gritan;
Y furiosos se agitan,
Y á los esclavos tímidos alientan,
Y á los tiranos turban y amedrentan.
Sus gritos oye el argentino heroico,
Y de *venganza* y *guerra* el bronco tono
Repite aterrador. Tiembla espantado
El bárbaro opresor sobre su trono.
¡El día del destino ya ha llegado!
Y al mirarlo lucir, los nobles hijos
Del Plata celebrado,

Trozan sañudos los serviles grillos.
¡De sus gruesos anillos
Espadas vengadoras se formaron,
Y con ellas feroces batallaron,
Y en mil y mil combates vencedores,
La libertad de un mundo conquistaron!
El Plata undoso, la encumbrada cima
De los eternos Andes, Chile opímo,
Y hasta tus muros, orgullosa Lima,
Testigos fueron del heroico brio
Con que el brazo argentino
Supo vencer al déspota insolente,
Supo domar su bárbaro destino,
Y libertar al nuevo continente....
  Pero no les bastara.... Aún, todavía
Por defender la independencia cara,
En Colombia infeliz se batallara.
Hay esclavos aún; aún hay tiranos
Que es preciso vencer .... y los vencieron:
¡Y en Junin y Ayacucho
Nuevos laureles á la patria dieron!
  ¡Sol de Mayo, salud! Tu presenciaste
De tus heroicos hijos la victoria,
Y tu carro apuraste
Para anunciar al mundo su alta gloria....
¡Tornas hoy á lucir!....¿Por qué en silencio
La triste patria te contembla y mira?
¿Y tu radiante luz por qué no inspira
Patriótico ardimiento al argentino?
Ya no escucho entonar himno divino,

Ni el hueco bronce en derredor retumba
Para anunciar ¡oh Mayo! tu presencia....
¡Silencio y soledad como en la tumba!....
¿Qué es de mi patria ya?....¡Mi patria fué!
¡Y fueron ya sus glorias! Se acabaron
Su dichoso existir y sus laureles
¡Ay! para siempre ya se marchitaron.
¡Fieros tiranos, opresores crueles,
Al déspota de España reemplazaron!
Los monstruos, los feroces, invocando
De *ley y libertad* los dulces nombres,
Leyes y libertad asesinaron,
Y á la patria en su tumba sepultaron...
¡Patria argentina! ¡virgen inocente!
¿Qué es de tus timbres y adquirida gloria?
¡Ay! que borrar lo veo de la historia
Con mano cruel, sacrílega, inclemente,
A pérfidos traidores. Los feroces
Ligan tus manos á cadena dura,
Y marchitan la flor de tu hermosura,
Y se parten tranquilos los despojos
De tu pesada dicha....El despotismo
Con mas furia cien veces, con mas saña,
Que el de los monstruos que abortó la España,
Rasga tu seno virginal, en donde
Tanto tesoros encondió natura,
Para que eterna fuese tu ventura.
Ya el ídolo cayó del patriotismo,
Y en los altares donde fué incensado,
Ora miro ¡que horror! vil egoismo,

Infernal ambición, negro delito....
¡Doquier miserias, infortunio y hambre!
¡Doquier cadalzos, y matanza y sangre!...
¡Oh Dios inexorable! ¿estará escrito,
En el libro eternal de los destinos,
Por tu mano terrible, el triste lema:
«Esclavos morirán los argentinos»?
Tanta sangre vertida en la lid dura
Por defender la independencia cara
Y que el baldón de América acabara
¿Esteril nos será?—¿Son por ventura
Los destinos ¡gran Dios! que reservaste
Al argentino aquestos?—¡Tú acabaste
Con un déspota, y mil se han levantado!
¿Será que tu justicia lo ha ordenado?
¿O es el genio del mal el que ora rige
Los hados de mi patria; el que ha cegado
Las fuentes del vivir, y la condena
A arrastrar su existencia en vil cadena?....
¡Oh santo de Israel!—Alza tu diestra,
Y al despotismo y sus esclavos viles
En el polvo y la nada otra vez hunde,
Y á su soberbia fiera la confunde.
Asi otro día de Faraon altivo
La numerosa hueste anonadaste,
Y justiciero y grande en el profundo
Abismo de la mar la sepultaste,
Terror poniendo y escarmiento al mundo....

....

¡Oh Dios del argentino! ¡Sol de Mayo!

Escucha y cumple mi postrero ruego:
¡Nunca más brille de luz tu el rayo
Del soberbio Anconquija en la alta cumbre,
Hasta que el día de tu triunfo llegue,
Hasta que el día de venganza alumbre!

EL MONTE DE NARANJOS *

Manso arroyuelo, que corres
Por entre guijas saltando,
Y al naranjo fecundando,
Me embriagas con su azahar,
—¿A donde corres? ¡Detente!
Que tu caudal cristalino,
Quiere brutal su destino
En vil fango sepultar.
Tierno arbusto que hasta el cielo
Quieres cubrir orgulloso,
Para ofrecer pïadoso
Grata sombra al caminante,
—¡Te engañas!...mañana el rayo
Descenderá abrazador,
Y tu pompa y tu verdor
Nos robará en un instante.
Y tú, dádiva del cielo,
Bosque umbrío, delicioso,

* Cop. del original autógrafo existente en el archivo de Dn. J. M. Gutiérrez, en la Bibl. del Senado Nacional.

Do un templo misterioso
Tiene escondido el amor;
  Asilo sagrado en donde
Mi pecho siempre palpita,
Y á mi corazón agita
Melancólico dulzor.
  ¡Tan solo á tu sombra amiga
Mis tristes penas alejo!
¡Tan solo á tu sombra dejo
De gemir y padecer!
  El muro que me separa
De mi amada desparece,
Y un instante resplandece
Para mi fugaz placer.
  ¡Solo en tu seno no siento
De mi infortunio el rigor!
Solo en tu seno el dolor
Suspende mi cruel penar.
  Las sombras de los amantes
Que aqui encontraron su dicha,
Me cercan, y mi desdicha
Olvido á mi hado fatal.
  ¡Todo es fatídico aquí!
De hombres y aves el acento
Sus risas y su lamento,
Todo es aqui misterioso.
  En dulce paz aqui el alma
Deja alegre de sufrir,
Y sonrie el porvenir
Cual pensamiento amoroso.

Pero el día del destino
El huracán bramará,
Bosque amigo, y solo habrá
El sitio hermoso do fuiste.
Las avecillas en vano
Buscarán do fué su nido,
Y en su cantar dolorido
Dirán su infortunio triste.

. . . .

Si en su blanca cima el *Bayo*
Pardas nubes amontona:
Sentado el sol desmorona
Ya desde allí un nuevo día.
Este momento ya pasa,
Y con él las ilusiones,
Que del cielo á las regiones
Llevaron la mente mía.
¡Adios bosque delicioso;
Adios soñada mansión,
Do solo mi corazón
Goza paz, siente alegría!
En tiempos más venturosos,
Nuevo Eden, te he visitado
De la hermosa acompañado,
Que sola me comprendía.
Pero este tiempo ya fué;
Hoy proscripto, abandonado,
Lloro lejos, apartado
De la dulce patria mía.
¡Memoria! por tí el dolor

Vuelve mi alma á desgarrar,
Mi cruél y horrible penar,
Ay! de nuevo siento yo...
¡Venid amigos!... ¡cercadme!...
¡Ingratos!—¿me abandonan...?
¡Ay! ¡ven Manuel!... ¿no escuchais?
Responde el eco: *¡pasó!*...
Ven, acércate, no temas
Ven, devuélveme la calma,
Sola mujer, á quien mi alma
Sobre la tierra adoró.
¿Y tú también me abandonas
Mujer ingrata, y me dejas?
¿Mujer cruél y te alejas
Del hombre que más te amó?
....
¡Dios del cielo! solo os pido,
Que mi tránsito acorteis,
Y esta vida aniquileis,
Que solo dolor sintió!

A LA MUERTE DEL OBISPO DE CAMACO *

DR. D. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

....................Nací sensible.
Y sentir y llorar es mi destino.
Varela.

¿Porqué tiembla el sepulcro y por sus huecos
Hondo gemido vaga y lastimero?
¿Porqué la tierra gime? ¿y porqué el cielo
Airado truena, y su fulgor esconden
Las lucientes estrellas? Ni la luna
Palidece á la tierra con su lumbre
Que á meditar dulcísimo convida,
Y nuestra mente abisma contemplando
El portentoso enigma de otra vida...
Las nubes pavorosas se amontonan
Sobre la cima del nevado cerro,
Y fantasmas doquier mis ojos miran...
Y el carro del Señor se precipita...
Su espada justiciera,
Yo la miro brillar, bien como brilla
Flamígero el relámpago en la esfera,
Y truenan á su voz las tempestades,
Y aborta rayos la preñada nube,

* Publicóse en hoja suelta en Tucumán. Existe un ejemplar en el archivo de Dn. J. M. Gutiérrez, en la Biblioteca del Senado Nacional. v. «Colección de poesías americanas antiguas y modernas, impresas, manuscritas y autógrafas.»

Y un eco de pavor al cielo sube...
¡Ay! bramando ya viene el huracán,
Ya al laurel lo derriba,
Como á la encina altiva,
Y á los robles atierra,
Y con bramido horrible
Allá se estrella en la fragosa sierra.
Los ríos se embravecen
Y sus corrientes túmidas divierten;
Las campiñas hermosas desparecen
Y en fango se convierten;
Y putridos mïasmas despidiendo,
Y el aire que aspiramos corrompiendo,
Viene en su pos dolencia asoladora,
Y su pestífera ala sacudiendo
Con saña aterradora,
A cien generaciones
Un momento infeliz traga y devora...
  Su lluvia fecundante
A la tierra infeliz le niega el cielo,
Y brota llamas abrasando el suelo.
No el verde limonero,
Ni el naranjo florece,
Ni su dulce azahar embriaga el alma,
Y la hunde en suave, deliciosa calma;
Inconsolable el labrador ya mira
Marchitarse la mies que cultivaba,
Y en polvo convertirse
La abundante cosecha que esperaba:
Y el mísero infeliz ¡ay Dios! mañana

Maldecirá su suerte rigorosa,
Y hüirá á sus hijos y á su esposa,
Que de hambre devorados,
Con rostro macilento
Le pedirán sustento,
Y ¡pan!—le gritarán desesperados...
¡Y lo niegan, que horror, los poderosos!
¡Y no temen morir sin ser llorados!
  Ya la dulce quietud miro cambiada
En bélico aparato;
Ya el fogoso alazán bate la tierra
Con su cuádruple pie; y el hueco bronce
Ya truena en derredor el grito *¡guerra!*
Ya desnuda su acero
El terrible guerrero,
Que en Chacabuco y Maipo
Miedo pusiera al orgulloso ibero;
El colono pacífico ya cambia
El bienhechor arado por la lanza,
Y feroz se prepara á la matanza;
Ya la madre infelice, desolada,
Al hijo llora que á la lid partiera,
Que fiel imágen del perdido esposo
Y dulce apoyo y su esperanza fuera.
Riega la esposa con su llanto el lecho
Que yermo y sin amores le dejaran;
Ya la ambición maldice y los delitos
Que á enojosa viudez le condenaran;
Ya ronco suena el atambor, y la orden
De volar al combate ya se ha dado;

Y al agitar el viento los pendones,
Dos pueblos infelices, dos naciones
Que el cielo al levantar llamara hermanas,
A pasiones odiosas y tiranas
Cederán, lidiarán con faz osada,
Y hundiránse en el polvo y en la nada.
  Así doquiera que mis tristes ojos
Ora revuelvo, míseros despojos
Hallo y desolación, ruinas y espanto.
Así su triste y denegrido manto
Tiende el dolor doquier, y es la natura
Inacabable manantial de llanto...
¡Padece el mundo como el pecho mío!
Y las generaciones
De insensatas pasiones
¡Oh Dios inexorable! ¿porqué el dardo
Con que el dolor á nuestros pechos hiere
No se embota jamás? ¿y su ponzoña
Pestífera y cruel porqué no muere?
¡Naturaleza humana: infeliz raza:
Para el dolor naciste y para el llanto!
En vano al cielo compasión demandas:
¡Ay! nunca alcanza tu plegaria tanto.
Luce un día feliz y al punto se hunde
En el abismo que á los siglos traga.
Pero el dolor...¡oh Dios!... el es eterno,
Es inmenso, infinito y siempre amaga.
Si un rayo brilla de esperanza y vida,
En su pos, cual traidor, viene en cubierto,
Y más segura y cruel será la herida...

¡Ay! tiemble el infeliz al goce abierto!
Su momento fugáz de dicha y gloria,
¿No lo veis? ¿no lo veis?...¡está ya lejos!....
Y un martirio crüel ya es su memoria...
¿Y olvidas á tu grey pastor amado?
¡Tú en cuyo pecho la virtud se anida,
Que conservar supiste
Pura, sin mancha, tu preciosa vida;
Manso, benigno, humilde, bondadoso,
Llamas amigo, estrechas en tu seno
Lo mismo al infeliz que al poderoso,
Y cual padre amoroso,
Al mendigo le tiendes larga mano:
Tú junto al lecho del dolor sentado
Eres un angel á la tierra enviado!
« No es tu patria este mundo »
Dices al moribundo;
Le enseñas á romper la vil cadena
Que ata el ser al no ser; calmas su pena;
Y del bajo nivel do mira y siente,
Su pensamiento elevas á la altura
De su destino hermoso y refulgente.
Aunque libre de penas y sereno,
Tú aprendiste á llorar el mal ageno.
Yo de fieras borrascas combatido
Corrí á tu lado, te llamé mi amigo,
Y enjugaste mi llanto y mi gemido,
Y hallé en tu seno paternal abrigo.
Si la discordia brama, sus furores,
Miel y néctar tus labios destilando,

Consiguen aplacar; torna la calma.
La celestial unción de tus palabras
Bálsamo consolador vierte en el alma;
Y al percibir su aroma delicioso,
El porvenir sonríe
Cual pensamiento dulce y amoroso
  Al mundo engañador, por siempre hielo,
Tu ardorosa mirada
¡Ay! solo se dirige al Dios del cielo:
Al Dios que sus favores
Te prodigó al nacer,
Cuya diestra potente, soberana,
Abrió tus ojos á la luz del día,
Y envidia te hizo de la especie humana,
Y honor y orgullo de la patria mía...
De tu sublime caridad ardiente
¿Será que se ha extinguido el blando fuego?...
Ay! alza al cielo tu ferviente ruego,
¡Escogido de Dios! ¡Calma sus iras!...
¿A tu patria infeliz ora no miras
Envuelta en luto y en horror y espanto?
¿No veis cual brota de su dulce seno
Fuente fecunda de amargura y llanto?
¿Y no veis como yermo se tornara
El campo venturoso, el suelo ameno,
Que del mundo el Eden se apellidara?...
Tú eres su amparo solo y su consuelo;
¡Por tu grey piadosa,
Intercede, Molina, con el cielo.
El nunca despreciara

Tu súplica ardorosa.
¡A su amor infinito y su bondad,
Consuelo pide, y obtendrás piedad!...
¡Mas solo el buho á mi clamor responde!....
Negra nube de polvo se levanta,
Y al triste suelo con su luz no dora
El astro refulgente
Que el fanático persa humilde adora...
Ave siniestra en derredor vagando
Sus alas bate, y gime pavorosa,
Nuevas iras celestes presagiando...
¡Y el presagio fatal ¡ay! ya se cumple!
La enfermedad cruel ya va volando
En las alas del tiempo,
Como buitre voraz y carnicero...
¡Ay! ya se asienta en el querido lecho
Donde Molina yace, y ya en su pecho
Con horrible furor sus garras clava...
Se lanza un carro aterrador, y brota
De sus ruedas alígeras la lava.
De su carrera el ruido,
Cual del averno un hórrido gemido,
Derrama luto por doquier y espanto,
Y anuncia destrucción y nada y llanto.
A Molina se acerca...¡Allí la muerte
Ya alza ¡oh Dios! el descarnado brazo;
Ya su segur agita;
Ya le tiende su abrazo;
Ya en la tumba fatal lo precipita!...
¡Y hundiose ya en el piélago insondable

De la honda eternidad!...
Y, ¡ay del rebaño! dice
Eco triste de horror:
Que el celoso pastor
Volose ¡ingrato! hasta el lejano mundo
Do ni llega el clamor, ni el ¡ay! profundo.

EL TROVADOR *

A LA SEÑORITA DOÑA MARIA SILVA EN SUS DIAS

¡Oh cuanto vale
Más que el amor,
La amistad pura
Que el corazón
Blando, sin mancha,
De un trovador,
Te ofrece hoy día,
Y ese soy yo!
Tal vez los celos
De la pasión,
O de la ausencia
Sentido adios,
El dulce seno
Que el cielo os dió,

* Cop. de la colec. de m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Rasgara impío,
Sin compasión,
Si como amante
Te hablase yo.
  Es de mis deudos
Tierna mansión
Esta alma ardiente,
Que perfumó
Un ángel bello
Cual eres vos,
Cuando de un soplo
Me la infundió.
Vivo por ellos;
Y si el dolor
Mi cuerpo aflige,
O el corazón,
Pensando en ellos
Calma el dolor.
  Si duermo, sueño
Que en derredor
De mi entonan
Tierna canción;
O que en sus palmas
A la región
Del aire vago,
Del almo sol,
Raudo me llevan;
Creome un Dios.
  También en sueños
Pienso que son

Monarca el uno,
Conquistador
El otro, y todos,
Cuanto el amor
Más puro pide
Rendido á Dios,
Que dé al objeto
De su afección.
  A tí te he visto
¡Dulce ilusión!
En ancha copa
Que un Dios forjó,
Beber mil dichas,
Beber amor.
  Vi que al latirte
Del corazón,
Un Niño hermoso,
Cual lo es el sol,
Se adormecía
Sonriendo vos;
Vi que un esposo,
Lleno de ardor,
Besos te daba,
Besos de amor;
  Vi que tu madre,
La bendición
Trajo á su frente
De aquel Señor
Que al cielo llena
De resplandor;

Leí en los astros
Que Dios crió
Cuanto el destino
Te reservó,
Y eterna dicha
Solo leyó
Lleno de gozo
Tu trovador.

FLORENCIO VARELA

A LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO DE CIENCIAS MORALES *

CON MOTIVO DE LA REPARTICIÓN DE PREMIOS PRACTICADA POR EL EXCMO. GOBIERNO DE BUENOS AIRES, EN 22 DE ENERO DE 1824.

En vano fué que el hado,
Contrario en otro tiempo á los destinos
Que á la gran patria mía
De largo tiempo estaban reservados,
Quiso robar el día
Que en la mente de Dios marcado estaba
Para mostrar al mundo los caminos
Que llevan á la gloria,
Y eternizan del hombre la memoria.

Hubo un tiempo ¡oh recuerdo! en que mi patria,
Bajo el imperio vil del despotismo,
Gimió sin libertad. Airado el cielo
Vertió su cruda saña
Sobre el dichoso suelo
Que el grande río de la Plata baña,

* La Colección de Poesías Patrióticas pág. 244.

Y en su furia inclemente,
Humillaba á la América inocente
Bajo el poder de la orgullosa España.
La ilustración entonces
Oyó despavorida
El horrísono estruendo de los bronces
Que en toda la comarca retumbaba,
Y temiendo tal vez verse oprimida,
En la lejana Europa se ocultaba.

¿Qué fué entonces mi patria? ¿Qué es un pueblo
Do no hay ilustración, donde los hombres
Desconocen tal vez hasta los nombres
De ciencia y de virtud.? Nada. las Leyes
Impunes se atropellan;
Entran del hombre en lucha las pasiones;
Y todas sus acciones
Con el oprobio y la maldad se sellan.
Con el oprobio y la maldad se huellan
Los derechos más santos;
Y aquel es reputado más virtuoso,
Que es más bajo, más vil, más orgulloso,
Y que tiene la fuerza entre las manos.
¡La fuerza es la razón de los tiranos!

Esta época de horror, en algun día,
Por desgracia nos cupo:
Los grandes hombres de la patria mía
Agobiados de penas,
Mordiendo sus cadenas,

Lloraron de despecho,
Y creyeron tal vez, entre su pecho,
Ser de viles tiranos.
Esclavos sin honor eternamente,
Y entre prisiones duras,
Por siempre ver sus valedoras manos
Atadas con indignas ligaduras.

Pero no: la mudanza
Estaba decretada,
Y el cambio inmenso, que á la tierra entera
Debió dejar atónita, admirada.
El Ser eterno, velador del mundo
De su esfera de luz nuestra plegaria
Al cabo oyó benigno,
Y en su saber profundo,
Caiga, dijo, el hispano,
Trózese la cadena,
Y que nazca la paz en esa arena
Y que nazca el saber americano—
Dijo el Genio divino,
Y al decreto del cielo
Se alzó la LIBERTAD al argentino,
Se alzó la ILUSTRACIÓN en nuestro suelo.

¡La libertad! ¡La ilustración! ¡Oh nombres
Caros á nuestra patria! ¡Cuantos hombres,
Cambiándose el destino que regía,
Dais en su apoyo! El mundo al escucharos
Mira gozoso alzarse

Tras la noche de errores y de oprobio,
Del saber y la gloria el bello día.

Buenos Aires lo vió; vió congregada
Su juventud hermosa,
No ya como solía
En más aciago día,
En la época de guerra despiadada,
Ver sus hijos armados,
Defendiendo empeñados
En los campos de Marte
Las glorias de la patria y su estandarte:
Un motivo más noble, más sublime,
Los reune este día:
El empeño laudable, la porfía
De conseguir un premio
De todos esperado,
Empero no de todos alcanzado.

Yo los ví, yo los ví cuando orgullosos
De su saber y su moral luchaban
Con esfuerzos honrosos,
Y ante el público inmenso derramaban
El caudal de talentos
Que les donó natura en sus portentos.
Yo sus trabajos vi: yo vi pasmado
Que el tiempo á nuestra era había tornado
De Atenas y de Esparta;
Yo vi que, por sus Genios elevada
Mi patria hasta la cumbre de la gloria,

Borrará de la historia
El saber y moral de aquellos tiempos,
Y hará que solo en su lugar se lean
Los de sus caros hijos;
Y en los siglos que sean,
Al mirarse con ellos comparada,
La antigüedad remota
La mirará tal vez avergonzada.

Yo lo ví, lo admiré; y el pecho mio,
De placer inundado,
Exclamó enagenado,
¡Jóvenes! ¡quien me diera
Que todavía entre vosotros fuera!
Lo dije y lo sentí: ¿Quién no querría,
Alumnos apreciables,
Hallarse en vuestro centro en aquel día?

Mas los premios se dieron. ¡Oh vosotros
Que alcanzarlos supisteis! ¡Qué de gloria
Os cubre! ¡Qué de honores
Sobre vosotros caen! ¡Con cuanto gozo
Mirarán vuestros dignos preceptores
El fruto delicioso
Que produjo su afán! No han sido vanos,
Estériles no han sido
Los cuidados asíduos que han tenido
En educaros bien. No, que ellos miran
Con ese sufrimiento,
De gran satisfacción y de contento

Que vuestra gloria y vuestro honor inspiran,
Que del augusto templo
Do supieron llevaros empeñados,
Imitando su ejemplo,
Salís de ciencias y virtud cargados.

Seguid vuestra carrera
Con afanoso empeño. Nuestro suelo
En vosotros espera
En adelante descansar erguido.
Seguid, mientras la fama con su vuelo
Trasmite vuestros nombres
De una edad á otra edad. Doquier haya hombres
Sonará vuestra gloria. Nuestro río,
Al correr á perderse entre los mares,
Plácido revolviendo el raudal frío,
Y al son de su corriente, por el mundo
Os nombrará también; y el universo,
A la par de mi verso,
Admirará vuestro saber profundo.

AL VEINTICINCO DE MAYO DE 1825

ODA*

¡Temblad, temblad, monarcas,
Los que insolentes oprimis al mundo!
Ya el trono abominable,
Que tres siglos enteros fué el asiento
De la ambición y el crimen, derrocado
Cayó desde la base, y sus escombros
Son hoy el monumento
Que la justicia alzó por nuestras manos
En la tumba de todos los tiranos.
Allí su oprobio durará estampado;
Allí su infamia; como eterna seña
Del odio universal á los malvados,
Que siguen ciegos las inícuas leyes
Que la maldad enseña
En la escuela ominosa de los reyes.

¡Temblad! ¡Llegó la era
De nuestra gran venganza! El justo cielo
Os detuvo por fin en la carrera
De crímenes y horrores,
Con que pensasteis devastar el suelo

---

* La Colección de Poesías Patrióticas pág. 289.

Que ya rendido á la opresión gemía.
¡Quince años nos costó de guerra y duelo!
¡Quince años de penar! Pero de Mayo
Al fin, la luz divina,
Alumbró nuestra gloria y vuestra ruina.

¡Mayo, mes de la patria! Tú miraste
La primer vez armarse nuestras manos
Del vengador acero; tú escuchaste
Lanzar el primer grito
Que llevó al corazón de los tiranos
Confusión y pavor; y hoy, coronado
Como nunca de glorias,
Cuando ya quince Mayos han pasado
Alumbrando victorias,
Ves concluída la obra
De nuestra libertad, que en tí juramos,
Y á nuestro voto fieles,
En tí llenos de gloria consumamos,
Orlando á nuestra patria de laureles.

¡Mayo, mes de la patria! El mundo viejo
Desde hoy en más se cubrirá de duelo,
Cuando el primer reflejo
De tu divina luz alumbre el suelo;
Mientras la patria mía,
La inmortal Buenos Aires, entre gloria,
Recordará aquel día
En que lanzó los hijos de su seno
A los campos de Marte,

Y el lauro los cubrió de la victoria
Doquiera tremolaron su estandarte.

Chile cobró su libertad perdida
Apenas desnudaron los aceros;
De Chacabuco la soberbia cumbre,
Vió la sangre de iberos
A raudales vertida;
Y el venerado Maipo
Arrastró en su corriente cristalina
Los restos miserables de su ruina.
¡Ayacucho y Junín! vosotros visteis
En su última agonía
Al protervo español; vosotros fuisteis
El último sepulcro
De la despedazada tiranía:
¿Qué más patria querida, qué más quieres
Para tu eterna gloria? Ya la guerra
Desastrosa cesó: ya los tiranos
Abandonaron nuestra dulce tierra,
Y en su desecha flota
Van á ocultar su oprobio vergonzoso,
En el clima ominoso
Donde solo maldad la tierra brota.
Gózate, patria amada: todo junto,
El poder de los déspotas no alcanza
A robarte tu gloria. No hay tirano
Que te pueda imponer. En vano, en vano,
Allá en Europa en orgulloso amago
Su estandarte levanta

La infame alianza que se llama santa.
Goza tu libertad: este tesoro
Es la herencia opulenta
Que á tus hijos darás: ¡él se derrame
Por doquier haya humanos;
Y apenas sea sentido, el pecho inflame
En odio y en horror á los tiranos!
Tus hijos la amarán; y cada Mayo,
Henchidos de contento,
Renovarán el sacro juramento
De aniquilar los déspotas crueles
Que intenten dominarte; y tu alma frente
Ceñirán de laureles,
Viendo la España sumergida en duelo,
Viendo tus glorias levantarse al cielo.

Año de 1825.

Á LA HERMANDAD DE CARIDAD

¿Con qué es verdad que el vicio entronizado
Rige nuestros destinos; qué su aliento
Pestilente ha apagado
De la virtud la antorcha; derrocado
Con su mano el altar desde el cimiento,

Y que yace en el mundo
El germen de los bienes infecundo?
No, que en la excelsa cima,
Do el Eterno fijó su solio augusto,
Arde sin fin la llama, y ella anima
Con su sagrado fuego al hombre justo.
Al fin los ojos mios,
Que tanto tiempo con dolor vagaron,
Huyendo de espectáculos impíos,
Un objeto encontraron
En que fijarse sin horror, y mi alma,
Marchita, acongojada
Con tanto crimen como el suelo encierra,
Halla por fin do reposar en calma
La agitación pasada,
Y revive, al mirar que aun en la tierra
Se adora la virtud. Si, que hasta el cielo
Veo elevarse el grande monumento
Que, con noble desvelo,
Alzó la fraternal beneficencia,
Para ofrecer asilo y valimiento
Al mísero que gime en la indigencia.
A su vista, de gozo arrebatado
Late mi corazón; mi fantasía
Se inflama en el momento;
Un numen celestial mueve mi aliento;
Y á su impulso lanzado,
Entona ya con grata melodía
El canto de alabanza, que merece
La virtud que en silencio resplandece.

¿Ni cómo he de callar? ¿Pues qué, podría
Reservarse tan solo el don del verso
Para ensalzar al opulento erguido,
Que de escándalo sirve al universo,
Viviendo en el deleite sumergido,
Mientras una parte del linaje humano
Sin sustento perece? ¿O solamente
Es digno de cantarse el inhumano,
Cuyo orgullo insolente
El carro precipita de la guerra
En la azorada tierra,
Y furioso atropella
Al joven, al anciano,
Al niño á la doncella,
Y por doquier pasó la ronca rueda
Yermo el terreno y asolado queda?...
¡Esto, gran Dios, se canta! ¿Y se venera
El nombre del coloso, que algún día
Con su mano abarcó la Europa entera,
Cuando á su carro triunfador la uncía,
Y de su acero el formidable filo
Sañudo devastó cuanto se encierra
Desde el Rhin á Moscow, de Italia al Nilo,
En tanto que á la tierra
No hay quien enseñe los sagrados nombres
De los ilustres hombres,
Que en enjugar las lágrimas agenas
Hallan tan solo ocupación constante,
Ni viven más que de endulzar las penas
Con que ven oprimido al semejante?

Mas yo los cantaré....¿Qué importa ahora
Que el venenoso diente
Cebe en ellos la envidia roedora,
Y sus trabajos la maldad desdeñe?
¿Que importa que un demente
Con solo un soplo en apagar se empeñe
La lámpara del sol? El astro hermoso
Sigue su curso que ninguno ataja,
Y derrama su lumbre bondadoso
Sobre el mismo incensato que le ultraja.
Venid, venid vosotros los que erguidos
En ociosa opulencia,
En jamás escuchasteis los gemidos,
Ni el doliente clamor de la indigencia;
Los que á la compasión siempre negados,
Ignorais la amargura,
Y que la suerte dura
Condenó á tantos seres desgraciados.
Venid al rico suelo del oriente
Y contemplad el edificio hermoso (1)
Que alzó la Caridad pura y ardiente
De un hombre generoso
Que ya la oscura eternidad abarca,
Mas que dejó en el suelo,
Por vengar el ultraje de la parca,
Dignos imitadores de su celo.

---

(1) El Hospital de Montevideo, levantado al pie en que se halla, y sostenido por los Hermanos de la Caridad, es sin duda, uno de los mejores edificios de esta capital. A él está unida la casa de Expósitos, que también sostiene la Hermandad. Acaba de colocarse sobre la puerta principal del edificio tres estatuas de mármol blanco que representan LA MATERNIDAD, LA RELIGIÓN, Y LA CONSTANCIA. (Nota de la composición).

Mirad ese edificio: entre sus muros,
Ni brilla el oro, ni deslumbra el lujo,
Que con afanes duros,
De remotas regiones
El orgullo condujo
Para adornar espléndidos salones
Donde engaña la vida el poderoso
Con el bullicio del festin pomposo.
Modesta sencillez, silencio santo
En sus muros abriga, y solamente
Se interrumpe algún tanto
Con el clamor del mísero doliente,
Que desde el triste lecho,
Donde la caridad sus males cura,
Bendice entre su pecho
La mano que el alivio le procura.
Penetrad su recinto religioso,
Sus males recorred, y confundidos,
Resonar sentireis en los oídos,
Un eco misterioso
Que doquiera os dice:
Aprende á socorrer al infelice.
Y se aprende, es verdad. Las vastas salas
Pobladas vi de semejantes míos,
Que en dolores impíos
Hundió la enfermedad cuando sus alas
Sobre ellos desplegó; y en su morada,
Desvalida, indigente,
Esperaban la muerte lentamente,
Del hambre y la miseria acompañada;

Pero la caridad que siempre vela
En bien del desgraciado,
Asilo y protección allí le ofrece,
Y auxilia y le consuela;
Y con blando cuidado,
A la parca homicida
La víctima arrebata, y restablece
La fuente casi exhausta de la vida.
Yo lo ví por mi bien, y de mi pecho,
De placer y ternura conmovido,
El suspiro lanzose en el momento,
Que prolongaba el silencioso techo
Con eco repetido
Mientras mi llanto sin cesar bañaba
El santo pavimento
Que con respeto religioso hollaba.

Mas ¿qué nuevo espectáculo se ofrece
A mi alma enternecida? ¿Quién me llama
Con más grande interés, y más acrece
La grata admiración que ya me inflama?
¿Con qué en esta morada bienhechora
Tan solamente á la virtud se adora?
Sí, que en los mismos muros levantado
También se halla el benéfico instituto,
Donde se abriga el inocente fruto
De un amor desgraciado,
Por la moral severa condenado.
Instituto de bien; honor eterno
Del pueblo que le funda;

Prodigio de cordial beneficencia;
Fuente siempre fecunda
De todo sentimiento noble y tierno;
Obra inmortal que la virtud dirige,
Y ofrenda la más digna, en la presencia
Del Dios excelso que los mundos rige,

¡Ay! el amor que todo lo trastorna,
El frenético amor, asaltó el pecho
De una incauta mujer: cayó marchita
La gracia virginal que al sexo adorna,
Y en criminoso lecho
El fruto nace de la unión velada.
Desde el fondo del alma al punto grita
El austero pudor, y desolada
La madre miserable,
Apura del dolor la hiel amarga,
Mientras que á la opinión inexorable
Sus desagravios el pudor encarga.
Entonces la infeliz sufre la pena
A su culpa debida,
Cuando de angustia y de tormentos llena
A la voz del honor obedeciendo,
Lejos arroja al ser á quien dió vida,
Que el pecho maternal está pidiendo.
¿Y quién le abrigará? ¿solo y tendido
Sobre el helado suelo,
Ninguno oirá su llanto dolorido?
¿Será que la miseria le destruya,
Y pague el inocente pequeñuelo

Con la vida una culpa que no es suya?
No, no será: la caridad sublime
De los hombres benéficos que miran
En cada semejante un nuevo hermano
Y al bien de los hermanos solo aspiran,
Al huerfanillo que desnudo gime
Tienden alpunto la oficiosa mano.
Ellos allí le dan albergue y cuna;
Ellos educación, ellos fortuna.
¡Salud, hombres ilustres! Mientras brama
El implacable genio de la guerra
Bañando en sangre la preciada tierra
Que en otros siglos á Colón dió fama;
Mientras tantos millares de insensatos
Solo se ocupa en soplar la llama
De la discordia atroz, que entre el estruendo
Del campo y los guerreros aparatos
Una generación va consumiendo;
Vosotros, en silencio reunidos,
Empleais vuestras vigilias meditando
El modo de aliviar más desvalidos,
De hacer que sea el infortunio blando,
Y llevadera la miseria. El mundo
Hoy vuestras obras todavia ignora,
Por que el siglo de ahora,
En maldades fecundo,
Las más nobles acciones
Por medio ve del engañoso prisma
Que á los hombres presentan las pasiones,
Siempre que la moral es un sofisma,

Y un sueño la virtud. Mas vendrá día
En que alzada hasta el cielo
La voz de tantos hombres
Como deben la vida á vuestro celo,
Proclamará á porfia
Vuestros grandes trabajos, vuestros nombres,
Y el mundo agradecido
Sabrá pesarlos en más fiel balanza,
Y os pagará el tributo merecido
De dulce gratitud y de alabanza.
Seguid vuestra tarea, y entretanto,
Permitidme siquiera
Que mi menguado canto
A la luz saque, por la vez primera,
Tantas obras de bien. Si entre mi pecho,
Por mi mal, algún día
Desmaya la virtud, yo iré volando
A penetrar bajo el sagrado techo
De ese asilo feliz; el alma mía,
Entonces vuestro ejemplo contemplando,
Al sendero perdido
Conseguirá volver. Arrepentido,
La huella siguiré que me revela
El genio que bendice
A la ilustre Hermandad, y en esa escuela
Aprenderé á aliviar al infelice.

Año 1830.

A LA MUERTE DE D. JOSÉ MARÍA VARGAS

SÁFICOS ADÓNICOS

Vaga en la sombra de enlutada noche
Ave siniestra de fatal presagio,
Y en torno al lecho donde Vargas gime,
    Lúgubre grita.

Él batallando con dolencia amarga,
Mira á sus plantas el sepulcro abierto;
Mas no se abate, ni la noble frente
    Pávida muestra.

Al que inocente la virtud adora
Y vida lleva de delito pura,
No le atormenta en el terrible lance
    Duda sombría.

Tranquilo espera que su juez supremo
De sus acciones le demande cuenta,
Que no corrieron por su causa nunca
    Lágrimas tristes.

Así, en el lecho del dolor hundido,
Ves resignado que á romperse empieza
La frágil trama de inmatura vida,
 Vargas amado.

Solo te aflige, en el instante extremo,
De tierna madre el desolado lloro,
Y última vez en su mejilla imprimes
 Cárdeno labio.

A consolarte en tu agonía viene
La sombra cara de perdida esposa,
Que á unirte á ella, junto al trono augusto,
 Dulce te llama.

Ella cuidara tus hijuelos tiernos,
Por cuya dicha te afanaste tanto,
Y que la muerte que te amarga en torno
 Huérfanos deja.

Pero tu madre velará constante
En que practiquen la virtud que heredan,
En que conserven, como tú, la vida
 Cándida y pura.

Mas ya la hora maldecida suena,
Vaga en tus labios el adios postrero,
Y cruda parca sobre tí descarga
 Pérfido golpe.

¡Ay! que á ninguno revocar es dado
Del Dios inmenso los terribles juicios;
Jamás la muerte en su furor distingue
Víctima alguna.

El mismo día que al magnate se alza
Soberbia tumba con letreros de oro,
Se abre en silencio para el pobre humilde
Mísera huesa.

Cubre una loza la virtud y el crimen,
Y las exequias del anciano débil
Con las del joven juntamente alumbra
Pálida antorcha.

Llora á tu hijo desolada madre,
Que nunca, nunca volverás á verle,
Y es á tus penas el amargo llanto
Unico alivio;

Llora que en tanto la amistad doliente
Paga á sus manes funeral tributo;
Y sus virtudes hasta el cielo elevan
Fúnebre canto.

Esas virtudes que del justo forman
La dicha pura, y que el ingrato siglo
Que no las mira porque son modestas
Fácil olvida.

Muere el malvado y á la tumba baja
De execraciones y baldón cubierto,
Y sus exequias maldiciendo siguen
    Víctimas suyas;

Mas muere el justo cual murió tu hijo,
Y todos vierten en su tumba flores,
Y luto visten, y en tributo pagan
    Lágrimas tiernas.

Los infelices que alivió su mano
Y en él perdieron oficioso padre,
Su nombre ensalzan, y al Olimpo elevan
    Preces devotas.

Tiernos amigos, que en mejores días
Con él gozaron los placeres puros,
A su memoria monumento eterno
    Fieles consagran.

Este consuelo en tu dolor terrible
Te queda al menos, desgraciada madre:
Murió tu hijo, mas dejó en el mundo
    Nítida fama.

AL CIUDADANO

DON BERNARDINO RIVADAVIA

Hoy ya es libre mi voz. Cuando tu mano
Las riendas del Estado gobernaba,
Y en tu puesto elevado
El prestigio del mando te rodeaba,
Yo, libre ciudadano,
Respeté siempre al noble magistrado,
Que con virtuoso anhelo,
El lustre procuró de nuestro suelo;
Lo respeté y callé: fácil el vulgo
Acaso entonces confundido hubiera
La voz del patriotismo agradecido
Con el astuto y pérfido silbido
De vergonzosa adulación; mi nombre
Acaso entonces ultrajado viera
Con la infame sospecha
De prostituir mi dignidad á otro hombre.

Empero hoy no es así: ya de tu mano
Depender no ve el vulgo los favores
Que tientan al abyecto cortesano
Y sirven de pretexto á la calumnia
De malignos censores:
Ya en el nivel estás del ciudadano,

Y libre de temores,
Puedo el canto entonar de la alabanza
Al patriota eminente,
Que á despecho del odio maldiciente,
En su conciencia y su virtud descansa.

¡Gloria eterna á su nombre! El fué primero
Que del vértigo horrible en que envolvía
A nuestra triste patria
La implacable anarquía,
La sacó al esplendor..Recto y severo
Por la senda del bien marchó constante;
La ignorancia arrogante,
El fanatismo audaz y sedicioso,
De la calumnia el soplo venenoso,
Todo, todo, á su paso se oponía,
Y todo, todo, á su poder cedía.

Entonces fué que libre y magestuoso,
Alzó la frente el noble ciudadano,
El pueblo fué del pueblo soberano,
Y el santuario grandioso
Donde tiene la ley su nacimiento
Vimos fundar en eternal cimiento;
Entonces fué que en límites estrechos,
El poder se mirara contenido,
Ni con brazo atrevido
Usurpó ya del pueblo los derechos
Y el juez independiente
Administró justicia rectamente.

De tantos dones al celeste influjo
Osó la industria desplegar su vuelo,
Y en sus alas condujo
Benéfica abundancia á nuestro suelo.
El Comercio, en activo movimiento,
Abrió nuevos canales
Para los frutos que brindarnos quiso
Con mano liberal naturaleza,
Y en valioso retorno los raudales
Vimos correr de nacional riqueza,

La mano del Ministro infatigable
Alzó á la ilustración nuevos altares,
Do con ardor loable
Los jóvenes corrieron á millares,
Y su alta inteligencia
Penetró los misterios de la ciencia.
El sexo de las gracias, sepultado
Por tanto tiempo en abandono obscuro,
Se vió de pronto alzado
A nivel superior: nuevos caminos
Su genio halló por do marchar seguro
A los grandes destinos
A que el sexo en el mundo era llamado,
Y que el genio del mal le había usurpado.

¡Perspectiva halagüeña! ¡Cuanto gozo
Siente mi pecho, al traer á la memoria
El nombre del varón grande y virtuoso
Que dió á mi patria tan brillante gloria!

¡Inmortal Rivadavia! No es el mundo
La tierra de los héroes; no: sus nombres
Pertenecen al reino de la historia,
Cuyo espejo no empaña el soplo inmundo
De la envidia rastrera de los hombres.
Aquel es tu destino. El siglo ingrato
En que el mérito brilla, nunca sabe
El mérito apreciar: ciego en su daño,
Desdeña la fortuna que le cabe.
El error, las pasiones, el engaño,
El interés aleve,
Se amotinan furiosos y su boca
Emponzoñada á profanar se atreve
El genio y la virtud. En su habla loca
Es ambición el noble patriotismo,
La justicia favores,
Y la recta firmeza despotismo.
¡Infructuosa perfidia! Los vapores
De la frígida noche condensados
Intentan oponerse á la salida
Del astro grande que á la tierra dora:
Pero no bien sus rayos inflamados
Asoman á las puertas de la aurora,
Con su calor deshace los nublados,
Y recorriendo su anchuroso imperio,
Inunda con su luz un hemisferio.

¿Que teme el hombre cuyo pecho abriga
Las semillas del bien, y que inflamado
Del amor nacional, á ardua fatiga

Se condena por él? Recto y confiado,
Solo en su rectitud, ve con desprecio
La insultante algazara
Que levanta contra él el vulgo necio.
Así fué Rivadavia. ¿Quién bastara
Su firmeza á arredrar? La ley augusta,
El timón de la nave zozobrante
Depositó en su mano diestra y justa:
¡Cuál entonces le vimos! ¡Qué constante
Resistió la injusticia! En vano, en vano
La envidia y la calumnia lo oprimian
Amargando su vida. Incontrastable,
Doquier tendió su protectora mano,
Su celo infatigable
Los males todos á la vez sentía,
Y solícito á todos acudía.

Aquí, á su voz, alzóse de repente
El Ejército Grande á cuya marcha
Presidió la victoria,
Y que humillando al despota de oriente
Selló en Ituzaingó su eterna gloria.
Allí las ondas con que el Plata azota
Nuestra costa elevada,
Vieron de pronto la invencible armada
Que fué terror de la enemiga flota,
Cuando Pereira el pabellón osado
Al indomable Brown rindió humillado.

¡Dias de gloria y de esplendor aquellos!
Dias en que la patria agradecida,

De Rivadavia el nombre respetado
Unió á los nombres de sus seres bellos,
En himnos de alabanza merecida!
¡Dias de gloria y de esplendor aquellos!
¡Ah! Yo feliz al menos nací en ellos,
Yo pude en mi entusiasmo arrebatado
Mezclar mi voz al popular acento,
Que los hechos del grande Magistrado
Alzaba con placer al firmamento.

Y más los alzaré. Mientras la silla
Ocupó del poder, pura su fama
Fué, como es pura la celeste llama
Del sol engendrador; y sin mancilla
Su fama conservó, cuando, agobiado
Del rudo peso con que al bueno oprime
La injusticia cruel, ante el Senado
Vino, grande y sublime,
A deponer el mando por su mano,
Y al rango descender del ciudadano.
Esta acción era de él. ¡Hombre eminente!
Descansa en tu conciencia: aunque la envidia
En tí cebó su venenoso diente,
Y, llamando al engaño,
Pretende conjurar todo en tu daño,
La patria agradecida siempre te ama,
Respeta de tus hechos la memoria,
Y por tu nombre llama
La época más brillante de su historia.

¡Ay! de los miserables que pretenden
Dominar la opinión como señores!
La opinión á ninguno se esclaviza;
Confunde á los infames detractores,
Y al genio y la virtud inmortaliza.
Es loca presunción. Allá en la Grecia
Quiso Gerges un día
Con arrogancia necia
Ostentar su poder, encadenando
Al mar que á sus conquistas se oponía,
Mas sus ondas serenas
El Helesponto continuó paseando,
Y sepultó en su centro las cadenas.

A LA VICTORIA NAVAL

SOBRE LA ESCUADRILLA BRASILERA *

(BRINDIS IMPROVISADO)

El Dios que rige al universo entero
Se alzó un día en su trono,
Y decretó el oprobio brasilero,
Y la gloria argentina. En el momento
Se alza Brown en su nave triunfadora,

* Mensajero Argentino núm. 220.

Clavó sobre ellos la espumante prora,
Llegó, miró, venció.... ¡Bebed, amigos!
Que la Patria el contento nos inspira,
Pues ya el tirano mira
Humillar en sus naves altaneras
Las diecinueve estrellas brasileras

Viernes 1 de Junio de 1827.

EN ELOGIO DEL SEÑOR DON JOSÈ JOAQUÍN DE MORA *

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE SUS RIMAS EN CELEBRIDAD DE LAS FIESTAS MAYAS

De Dios es hijo el genio, mas sus dones
El genio no prodiga
Donde un tirano imbécil las naciones
A sus caprichos liga,
Y ley brutal el pensamiento enferma,
Y la razón á esclavitud condena.
Así la tierra clásica que el templo
De las ciencias fué un día,
Cuando de libertad daba el ejemplo,
El saber protegía,

* Mensajero Argentino núm. 146. Lunes 12 de Febrero de 1827.

Y el contrato social en sus lecciones
Los derechos fijó de las naciones;
  Hoy, bajo el cetro cruel del despotismo,
Vé al saber humillado,
La imprenta abandonada al fanatismo,
Que insolente y osado,
Esparce las tinieblas en la Francia,
Y la prepara á estúpida ignorancia.
  Así los hombres que ilustrar á España
Pudieron noblemente,
Temiendo de su déspota la saña,
Los dones de su mente,
En su patria proscriptos ocultaron,
O un asilo en el Támesis buscaron;
  Desde entonces Madrid miró desnuda
La nacional escena;
La lengua de Talía en ella muda,
No de gracias la llena;
Ni se oye ya el aplauso que se oía,
Cuando festivo Moratin reía.
  La poësía en abyección obscura
No vierte alli sus flores;
La invención, el valor y la hermosura,
Ya no alcanzan loores;
Que la crueldad y la ignorancia hispana
Destemplaron la lira de Quintana.
  Y también destemplaron algún día
La lira con que Mora
En buenos Aires ostentar debía
Los dones que atesora

En su mente riquísima y fecunda,
Bello modelo de instrucción profunda.
  Ya aquí su fama resonado había,
Cuando, oyendo el llamado
De la amistad, al mar su vida fía
El proscripto ilustrado,
Y llega al cabo al caudaloso Plata,
Y el placer de ser libre lo arrebata.
  Lo arrebata, y en verso rumoroso
Saluda entusiasmado
Al astro de los libres magestuoso;
Y el mes afortunado,
En que al golpe terrible del colono,
Retembló lejos el soberbio trono,
  Triste recuerda el tiempo en que oprimido
Por la atroz tiranía,
De esclavitud apenas el gemido
En sus labios se oía:
Más llegó al Paraná, su pompa admira,
¡Soy libre! exclama, y retempló la lira.
  La rica mente del insigne vate,
La barrera elevada,
Del tiempo que pasó fácil abate;
Su inspiración sagrada
La sombra de Colón le representa
Llorando de la América la afrenta.
  Pero á su vista rápida pasaron
Tres siglos oprobiosos;
Al ínclito argonauta entusiasmaron
Nuestros tiempos dichosos,

Oyó á Mora cantar nuestra grandeza,
Y volvió alegre á la callada huesa.
  Mientras el noble poeta arrebatado
En gratitud rebosa,
Y ora celebra en verso delicado
La institución honrosa
Que á nuestras bellas el saber revela,
Y al rango de los hombres la nivela;
  Ora al monstruo feróz de la anarquía
Con su voz amedrenta,
De sus secuaces la caterva impía
Al hondo Averno ahuyenta,
Y á nuestra patria en contemplar se goza
¡Organizada, libre y venturosa!
  Mas ya en su mente á contener no alcanza
Los dones que amontona;
Y en luminosos metros la alabanza
De las ciencias entona;
Y el poeta, en imágenes fecundo:
Se convierte en filósofo profundo:
  Y deleita y enseña. ¡Quien me diera,
Mora, en este momento
La lira tuya! Entonces yo pudiera
Con mi más digno acento
Imitar de tus obras la grandeza,
Celebrar de tu genio la riqueza.
  Pero mi patria da grata acogida
Al don que hoy le presentas,
Y en su huespeded se goza agradecida,
Pues su esplendor aumentas,
Y tu talento sólido asegura
Gloria á la nacional literatura.

A LA GLORIOSA VICTORIA DE ITUZAINGÓ *

SOBRE LAS FUERZAS IMPERIALES, POR EL EJÉRCITO REPUBLICANO AL MANDO DEL GENERAL D. CARLOS ALVEAR.

ODA

¿Con qué es verdad que al grande movimiento
A que el mundo obedece en este siglo
Nadie oponerse puede? Con que nunca
Caerá la libertad de su cimiento,
Ni con terrible mano
De un pueblo libre triunfará un tirano?
¿Y no era que creía
El déspota vecino
Que á contener él solo bastaría
El furor con que el ínclito Argentino
Al campo se lanzaba de la guerra,
Por vengar las afrentas de su tierra?
¡Tal era su soberbia y su insolencia!
El á la lid nos provocó atrevido,
Y á su suelo oprimido
Pobló de agena y mercenaria tropa,
Que al mirar su impotencia

* «Mensagero Argentino» número 190.—Viernes 16 de Marzo de 1827.

Fué á mendigar en la lejana Europa,
Y desde el Volga helado
La condujo al Brasil infortunado.
Pero la hueste en tanto de los libres
Ya sobre el suelo del Brasil avanza;
La sed de la venganza
Devora á los intrépidos guerreros,
Que entre inmensas fatigas,
Afilan los mortíferos aceros
Buscando las falanges enemigas.
¡Las hallaron por fin! Su jefe altivo,
Que nuestra marcha advierte derrepente
Y la rüina presiente,
Abandonando la oprimida tierra
Asilo busca en la fragosa sierra.
El intrépido Alvear, á quien inflama
La sed de combatir, allí lo asecha,
Lo fatiga, lo estrecha,
Y diestramente á combatir lo llama.
Lo llama á combatir; mientra, engañado,
El contrario no advierte
Que el día va á llegar de la matanza:
¡Día para el Brasil de oprobio y muerte!
¡Día para mi patria de venganza!
¡Y el día al fin llegó! Tal como suele
El mar embravecido
Estrellarse bramando en la alta roca
Que resiste su saña, hasta que al cabo
La erguida cima que las nubes toca
Se desploma al empuje repetido;

Así nuestras falanges aguerridas,
Al oir el eco del clarín guerrero,
Corren, blandiendo el formidable acero,
A estrellarse en las puntas homicidas,
Sin que el encuentro duro
Pueda romper el erizado muro.
Crece entonce el furor del combatiente,
Con el furor acrece la matanza.
Aquí el estruendo del cañón se siente;
Allá el ginete ardiendo se abalanza;
Y el infante atrevido
Mira el caliente acero enrojecido.
  Alvear, sereno, en medio del estrago,
El estrago preside. De su mano
El formidable rayo se desprende;
Con su presencia enciende
Nuevo brío en el pecho del guerrero;
El, con valiente planta,
La muerte lleva do llevó el acero,
Y allí donde el peligro mas acrece
Allí Alvear el primero se adelanta,
Y él el primero al enemigo embiste,
Que el nuevo encuentro con valor resiste
Con bárbaro valor... ¡Ay, que la muerte
A ninguno perdona!...
Y al arrancar una preciosa vida,
Cuanto más es querida,
Más de su triunfo con placer blasona.
¡Besares!... ¡Brandzen!... ¡Ay! de la victoria
Cuesta caro el laurel... La sangre vuestra,

Que vió correr Ituzaingó con gloria,
Esta vez lo compró... Ella dió vida
A la patria afligida;
Y aunque el Brasil con bárbara fiereza
Se goce en vuestro fin ensangrentado,
Dormid en paz en la callada huesa,
Que este tremendo día
Va á enseñar al Brasil escarmentado,
Que la sangre de Brandzen y Besares
Se vengará con muertes á millares.
Con muertes se vengó. Vuelve los ojos
Alvear, en medio del horrible estruendo,
A contemplar del campo los despojos,
¡Y se mira, asombrado,
Con la sangre de Brandzen salpicado!..
La suya entónces de furor hirviendo,
Su noble pecho de furor inflama:
¡La patria es quien lo llama á su defensa,
Y á la venganza la amistad lo llama!
Al frente de sus ínclitos campeones
Marcha el terrible jefe, y á su esfuerzo
Cede por fin la muchedumbre inmensa,
Y caen los arrollados batallones.
Pero cayendo, el enemigo osado
Su resistencia aumenta,
Y como nunca el triunfo es disputado,
Y la lid, como nunca, se ensangrienta.
Pero á tantos horrores, aun faltaban
Horrores que añadir. Abrasadora
Arde en el campo abrasadora llama

Y en las olas del viento que la lleva
Con saña asoladora
El campo todo en derredor se inflama,
Y más y más se ceba
En las secas espigas que devora.
¡Horrible espectación! Cual si el estruendo
Del combate feroz hasta las puertas
Del espantoso abismo conmoviendo,
Sus eternos quiciales contrastara,
Y con furor abiertas,
Ante el mundo el Averno revelara
Sus profundos horrores. Aquel día
La vista por el campo divagaba
Y en el vasto horizonte que ofrecía
Solamente encontraba
La inmensa mortandad que lo cubría,
Y llama asoladora
Que con estrago fiero
Abraza al triste que escapó al acero.
El trueno del cañón, que allá se siente,
Interrumpe tan solo
El silencio feroz del combatiente,
Que mirando doquier un nuevo abismo,
La muerte en torno mira, y aún él mismo
Que el estrago causaba,
Al mirar el estrago se asombraba.
Del estruendo espantoso al punto sube
Para ocultar los rayos esplendentes
Del rubio sol, impenetrable nube,
Que envuelve las falanges combatientes,

Y á la vista robados
En quien cebar no saben las espadas.
Mas la rabia no sufre la demora:
El soldado feroz se precipita
Entre el humo y el fuego,
Y la sangrienta sed que lo devora
El obstáculo nuevo más irrita,
Y en medio del espanto que lo ofusca,
Cual si faltaran muertos, muerte busca.
Seis horas crueles de más cruel matanza
No bastan á la saña del guerrero,
Que al audaz brasilero
Busca, ardiendo en la sed de la venganza,
Y en la horrible pelea
Exterminarlo con furor desea.
¿Hay más asolación?... ¿y todavía
No se apaga el rencor? Sí, que ya el cielo
Quiere poner un término este día
A la desvastación que yerma el suelo.
Basta de mortandad, bravos guerreros:
No vibren más vuestras terribles manos
Las espadas cruentas:
¡Basta, para que aprendan los tiranos
Como vengan los libres sus afrentas!
Ya el del Brasil lo sabe. El sol divino
Que aquel día alumbró, de eterna gloria,
Miró por fin al ínclito Argentino
Arrancar de la mano
El sangriento laurel de la victoria;
Y en el mismo lugar donde arrollados

Fueron los enemigos batallones,
Hoy se ven, enclavados,
Flamear los vencedores pabellones.
¡Heroes de mi patria! no mi lira
Es bastante á cantar vuestra alabanza,
Aunque el genio me inspira:
Pero la luz del sol á todo alcanza.
El alumbró vuestra feliz victoria,
Y al derramar su fúlgido torrente
Por el mar, la llanura y las montañas,
Llevará vuestra gloria,
Vuestras grandes hazañas
Del frío polo al Ecuador ardiente,
Del reino de la aurora al occidente.

Á LA LIBERTAD DE LA GRECIA *

ODA

Se abrió á mi vista la remota historia,
Y en sus ricos anales,
La ruina, los trastornos ó la gloria
De mil naciones admiré. Asombrado,
Ví brillar en sus páginas de fuego
El nombre y las hazañas inmortales
Con que ilustró su edad el noble griego:
Allí á Leonidas contener miraba
El torrente impetuoso
Con que el altivo Persa se avanzaba
A buscar en Termópilas su ruina;
Allí ví de Temístocles alzado
El brazo poderoso,
Y en Platea abatir y en Salamina
Al terrible coloso
Con que Gérges al mundo amenazaba.
¡Cómo mi mente en entusiasmo ardía
Al ver tantas hazañas! Pero, abierta
Otra página aún más luminosa
De Licurgo y Solon veneré el nombre,
De Homero y de Demosthemes, dictando

* Se publicó en «El Tiempo» núm. 47. Junio 28 de 1828.

Leyes que hicieran venturoso al hombre,
O en caudaloso verso celebrando
La gloria de la Grecia, ó los derechos
Del ciudadano, en el Senado augusto,
Con elocuencia varonil mostrando.
Allí en Atenas y en Esparta el templo
Miré, do florecian
Las ciencias y las artes que de ejemplo
Alguna vez al mundo servirían,
Y de grandes modelos. ¡Gloria á Grecia!
Clamó mi labio de entusiasmo lleno:
¡Gloria sin fin al ilustrado Heleno!
¿Mas, Grecia donde está? También la historia
Los progresos fatales
De la ignoracia vil y el fanatismo
Registra con dolor en sus anales,
Y consagra llorando en la memoria
La esclavitud de un pueblo generoso
Doblado bajo el yugo ignominoso.
Mirad ¡ay! á la Grecia: De repente,
Desde el inculto fondo del desierto,
Lánzase á Europa el árabe insolente,
Y en una mano el Alcorán abierto,
El hierro asolador con la otra esgrime,
Y en torrentes de sangre anuncia al hombre
La ley de Meca y de Mahoma el nombre.
Europa toda amedrentada gime
Bajo aquel yugo estúpido y sangriento;
La peste se propaga, y en el Asia
El novator feroz fija su asiento.

El turco vagabundo, en el instante,
Ciego se postra ante el audaz profeta,
Y con fe intolerante,
La nueva ley que idólatra respeta,
Con el hierro iracundo
También anuncia al azorado mundo.
La Grecia luego se ofreció á su vista,
Y á la Grecia voló. Con torpe insulto
Las leyes de conquista
Feroz le impuso, y profanó su culto.
¿Qué valió resistir? Como las olas
Del océano sañoso
Cuyo ímpetu la roca no quebranta,
Así lanzose el musulman furioso
Sobre el mísero griego:
Cegó la cimitarra su garganta,
Y su rica campaña asoló el fuego.
¡Y la Grecia es esclava! ¡Ay! ¿qué se hicieron
Sus antiguas hazañas? ¿Cómo pudo
Apagarse la antorcha luminosa
Que aun hoy la senda del saber nos muestra?
¡La antorcha que, en otra época dichosa,
Hizo á la Grecia universal maestra!
Todo, todo pasó. ¿Mas, por ventura,
La sangre que heredaron
Los hijos de Milciades y Leonidas,
Sin sublevarse de ira entre las venas,
Consentirá la servidumbre dura?
¿Arrastrará por siempre las cadenas
Una nación que, en perdurable gloria

Recuerda en cada sitio una victoria,
Y en cada tumba un héroe? No; bramando
De indignación Botzaris se levanta:
¡Fuera tiranos! grita; y á su acento,
Renace el valor griego en el momento,
Y la infame cadena se quebranta.
Y arde en furor el musulman entonces:
La Grecia inundan sus terribles haces;
Las campañas feraces
Retiemblan al estruendo de los bronces;
Y desastrosa guerra
Truena en los mares, cual tronó en la tierra.
¡Ay de la humanidad! La temblorosa
Ancianidad, el ternezuelo infante,
La inmaculada virgen y la esposa,
Envueltos caen al golpe fulminante
De la cuchilla idólatra: atronando
Pérfida mina estalla,
Y en escombros volando
La mísera ciudad, el turco mira
Allanarse del muro la ancha valla
Y del estrago con placer se admira.
¡Bárbara atrocidad! Pero si el hado
Puede de un pueblo decretar la ruina,
La humillación jamás; y el que con gloria
Entre escombros perece sepultado
Para nunca morir vive en la historia,
Y deja al mundo de su fama lleno.
Asi clamaba el desgraciado heleno,
Y ardiendo se lanzaba

Tras el pendón de libertad glorioso,
Que en sus manos Botzaris tremolaba.
Aquí se estrella en la feroz falange,
Y, si muere matando
Cae con placer bajo el filoso alfange.
Allí entre las murallas estrechado
Por el brutal Bajá, solo en la tierra,
Lucha contra las plagas de la guerra.
Gran tiempo el muro á su defensa sirve:
Pero, al golpe feroz y redoblado,
Sucumbe Missolonghi contrastado.
¿Qué importa? se estrellaron, se rompieron
Bramando las legiones otomanas;
Y si después la fuerza y la fortuna
El laurel, no la gloria les cedieran,
Sobre ruinas no más, á sangre y fuego,
Logró Obrahin plantar la media luna,
Pero no al yugo sujetar un griego.
¡Loor á Missolonghi! Los valientes
Que en sus gloriosas ruinas perecieron
Piden venganza aún. Pero no en vano
La griega sangre se virtió á torrentes
En tan tremenda lid; también mezclada
A raudales hirvientes
Corrió sangre otomana en cien batallas;
Y también desolada
La orgullosa y feroz Constantinopla
Clamor de muerte en torno á sus murallas
Oyó vagar mil veces; y los lutos
Que entonces sus murallas se vistieron

Digno holacauso para Grecia fueron.
  Y mientras horrendo Marte
Siembra por todo el funeral estrago,
Y al flamear de mortífero estandarte
La ruina truena dó se oyó el amago;
Mientras la humanidad despedazada
Alza el clamor á la celeste esfera,
Del eterno implorando la clemencia,
¿Será que Europa entera
Tolerará con fria indiferencia
La desastrosa ruina
De los hijos de Esparta y Salamina?
No es que el caudal honroso
De luces con que brilla el europeo,
Con empeño afanoso
Lo bebió de las fuentes del Liceo?
¿No es de Grecia su gloria? ¿En sus escritos
Los sabios no pagaron
De alabanza el tributo respetuoso
A la nación ilustre que imitaron?
¡Todo, todo es verdad! ¿y cómo ahora,
A la faz de la Europa, en voz doliente
Favor la Grecia encarnizada implora,
Y el escarnio de Grecia ella consiente?
  ¿Y siempre será así? No, que aun vivía,
Para honrar Inglaterra,
El hombre grande á quien el siglo llora,
Y llorarán los libres de la tierra;
El ministro ilustrado, en cuya mano
El poder fué consuelo al oprimido

Y freno al opresor. ¡Eterna gloria,
Llanto sin fin á Canning! Era digna,
Digna de su nombre esclarecido
La generosa empresa
De proteger al griego desvalido.
El en su mente la abrigó primero;
Y si al bajar á la callada huesa,
No la vió realizada
Y no dejó la humanidad vengada,
Tal vez á su llamado se formaba
Entonces ya la liga que algún día
El cielo en su justicia destinaba
A humillar de los turcos la osadía.
  Y este día lució: que al fin sintieron
Los monarcas de Europa en sus oídos
Del oprimido griego los gemidos,
Y un freno al opresor poner quisieron.
Su voz, alzada entonces, preparaba
Una tregua al furor: el crudo acero,
Tras tantos años de combate fiero,
La primer vez entonces se envainaba,
Y en la fé de la tregua reposando,
Crédulo el griego á descansar se daba.
¡Y era muerte el descanso! ¿Cuando, cuando
La fé se alberga en los feroces pechos?
¿Cuando de las naciones los derechos
Respetarán los bárbáros? Bramando
De furor, y sediento de matanza,
El idólatra aleve se abalanza
Sobre el tranquilo é indefenso griego;

El acero y el fuego
Propagan la cruel carnicería,
Y los monstruos con júbilo batiendo
Las manos todavía ensangrentadas,
Se aplauden de su infame alevosía.
  Al escándalo horrible conmovida
Estremecióse Europa, y al instante
Alzóse á la venganza apercibida.
Entonces vióse numerosa flota
Surcar el ancho mar que furibundo
De las tres partes del antiguo mundo
Las altas costas bramador azota:
Y sostenido el dios por sus Tritones,
Alzó la frente desde la honda arena,
Por ver flamear al viento los pendones
Del Ruso habitador del yermo helado,
Del hijo audaz del Sena,
Y el Bretón en los mares afamado.
¡Hélo al turco á su vez! Sombra terrible
Del marino de Albion! No se ha perdido
De tus heróicos hechos la memoria;
No se perdió el ejemplo de osadía
Que al mundo diste un día,
Al sucumbir en Trafalgar con gloria.
Aun tienes sucesores, y el destino
La suerte de la Grecia hoy ha confiado
Al jefe formidable
Que hará eterna su fama en Navarino
¡Día de destrucción! Rabia implacable
Las escuadras dirige: en un momento

Entre el humo y el fuego
Se envuelve todo en torbellino ciego:
La muerte por mil bocas arrojada
A ninguno respeta;
Abrese el mar al espantoso trueno,
Y sepulta las naves en su seno.
¡Allah! clamaba el hijo del Profeta;
¡Por los fieles, Allah! Pero era en vano,
Que el cielo no responde á sus blasfemias,
Y da victoria al pabellón cristiano.
  ¡Salud, nobles helenos! Esa liga
Que en medio de la Europa se levanta
Será el apoyo de la causa santa
Que sostuviste con tenaz fatiga.
¿Ni cómo abandonaros? ¿O en su boca
Suena de Dios el sacrosanto nombre
Solo para con él destruir al hombre,
Sin que brillen las armas en sus manos
Para librar del yugo de Mahoma
Una nación de mártires cristianos?
  ¡Ah! tal no puede ser: acaso en breve
Lucir veremos la feliz aurora
De nuestra libertad, y los desastres
Que la afligida humanidad hoy llora
Cesarán para siempre. Pero en tanto,
Sabed que hay, de este lado de los mares,
Una nación que os apellida hermanos,
Donde la libertad tiene su templo,
Y que sabrá, siguiendo vuestro ejemplo,
Sucumbir sin rendirse á los tiranos.

A LA PAZ ENTRE LA REPÚBLICA ARGENTINA Y EL IMPERIO DEL BRASIL *

ODA

¿Cual es el genio bárbaro que rige
Los destinos del hombre? Adonde quiera
Que revuelvo los ojos, mil altares
A la discordia la ambición erige,
Y veo por su mano carnicera
Víctimas inmoladas á millares,
El ara santa de la paz hollada,
La quietud de dos mundos trastornada,
¿Que es esto, Dios eterno? ¿Así consientes
Que tu prole entre sí se despedace?
¿No tienes ¡ay! mil hijos inocentes?
¿O la ruina del mundo te complace?
Vuelvo mi vista atónita á la Europa
Y de insólito horror mi pecho late:
Doquiera miro numerosa tropa
Apercibida al bárbaro combate,
El vital equilibrio encuentro roto,
La tierra se estremece, arden los mares,
Y el belígero acento que resuena

* Se publicó por primera vez en «El Tiempo» núm. 135.

Del mar del Norte al Bósforo remoto,
Del Tajo hasta el alcázar de los Zares,
De negro luto y de favor me llena.
  De la ambición el soplo venenoso
El fértil Portugal arde y se agita;
Su aliento inspira al Príncipe orgulloso,
Que, con brazo rebelde, á lo profundo
El código sagrado precipita,
Y hace á Lisboa escándalo del mundo.
Triunfa aquí la discordia; y al momento
Sacude allá la tea abrasadora,
Que otro triunfo más bárbaro pretende
Y en la sed de conquista asoladora
A Nicolás en Petersburgo enciende.
Ya se mueve el coloso prepotente
Que inclina de la Europa la balanza;
Audaz hacia el Danubio se abalanza;
Y el valladar salvó de su torrente.
La muerte va por donde el ruso pasa;
Todo cede á su esfuerzo, y amenaza
La ruina del imperio del Oriente.
¡Transtorno sin igual! Acaso en breve
Cambiar verá la Europa su destino,
El trono del autócrata terrible
Fijado en la ciudad de Constantino,
Y retorcido el Iureo fusilando
A la región do floreció Palmira,
Donde espirara el Salvador del mundo.
  A tanto el ruso en su soberbia aspira:
Pero tanta grandeza no tolera

El isleño, señor del Océáno,
Y á contener la rápida carrera
Del tremendo invasor tiende la mano.
Su discordia quizás al pueblo griego
Lágrimas va á costar. Ya el mar Tirreno
Marchar no mira en coalisión amiga
Las escuadras que envió la Triple Liga
En protección del desgraciado Heleno;
Y ya tal vez.... Mi vista horrorizada
No sufre el espectáculo inhumano....
¿ Do está el asilo de la paz sagrada?
Será el continente americano?
¡Ay no! Que en las regiones esplendentes
De la opulenta Méjico, vertida
La sangre fraternal corre á torrentes:
En sangre Guatemala está teñida;
Y desde Guayaquil á Cartagena,
Colombia ve su libertad perdida,
Y lamenta el baldón de que la llena
El que fué el primer genio americano,
Y ya no es más que un bárbaro tirano.
Su nombre un día á otra nación prestára;
Holló su dignidad, dándole leyes
Cuyo modelo su ambición buscára
En la escuela nefaria de los reyes:
Hasta que el pueblo del error saliendo,
En entusiasmo noble se arrebata,
El código opresor derriba al suelo,
Y su ultrajada dignidad rescata.
Pero ¡ay! que en tanto sobre el alto puesto

Quizá se sienta el inca decorado
De roja insignia, y á venganza apuesto;
Quizás los escuadrones colombianos
A su costa se acercan, anhelando
La sangre derramar de sus hermanos;
Mientras el puñal aleve y homicida
Otra facción esgrime, y el chileno
Compra con sangre su quietud perdida.
¡Y mi patria!.... ¿No ois el bronco trueno
Que desde el Plata al Yaguarón retumba?
No veis brillar el matador acero
Que á una generación abre la tumba,
Y á la que viene deja por herencia
El rencor, la horfandad y la indigencia?
No veís la hermosa capital, un día
Tipo en el nuevo mundo de grandeza,
Hoy desierta, esperando la agonía,
Y en las calles vagando la tristeza:
Mientras allá las madres brasileras,
En lúgubre ropaje y largo duelo,
Mil veces y otras mil piden al cielo
El hijo que espirara en las hileras?
No veís el suelo del feraz Oriente
Yermo extrañar la agricultora mano,
Y al débil niño ó al temblón anciano
Entregada la reja solamente?
¡Ay! La robusta juventud, vestida
Del militar arreo, ha abandonado
Los trabajos rurales, y dejado
Muerto en la tierra el gérmen de la vida:

O, si en la espiga alguna vez revienta
El grano, con la sangre fecundado,
Odio solo y rencores alimenta....
¡Dios de mis padres! ¿Y no habrá consuelo,
No habrá remedio á males tan tiranos?
Será que la discordia siempre oprima
A pueblos que, debiendo ser hermanos,
Como tigres feroces se devoran?
Una es su religión, uno su clima;
De América los dos, los adoran
La inefable deidad de los cristianos.
¿Y como entonces á devastar el suelo
Hoy se arrojan los dos? No habrá consuelo,
No habría remedios á males tan tiranos?...
Sí Buenos Aires: sí patria querida:
Enjuga al fin tu dolorido llanto,
Y viste, en vez del enlutado manto,
Las ricas galas de la paz; tu brazo
Arroje lejos la tremenda lanza,
Y enarbole desde hoy la dulce oliva.
Mira volver al paternal regazo
La flor de tu cariño y tu esperanza:
Mira marchar tus hijos, no á la arena
Donde la muerte ó la victoria aguarda,
Sino á la plaza deliciosa, amena,
Donde esperan la paz y los amores
A los hijos del Plata vencedores.
Mira esos respetables uniformes
Por la fatiga y la victoria usados,
Esos despedazados pabellones,

Esos guerreros pobres, mutilados,
Pero con los laureles agobiados.
Estos son patria mía tus blasones,
Ya llegan ¿no les ves? Abre tu seno,
Y recibe á tus hijos.... De la guerra
Ya no retumba el espantoso trueno;
Ya no vuelven al campo; en tu regazo
Gozarán siempre el maternal abrazo.
Ya cesó la miseria. Nuestro puerto,
Lugar un día de combates crueles,
Veo al comercio universal abierto,
Y agolparse á porfía los bajeles,
Que buscando riquezas con anhelo,
De riqúezas inundan nuestro suelo.
El altivo colono, á quien despide
De su seno la Europa turbulenta,
Un asilo pacífico nos pide,
Y con la suya nuestra industria aumenta,
Y en la inmensa comarca deliciosa
La población benéfica rebosa.
¡Salud día de paz! ¡Salud hermanos
Que habitais el Brasil. Enternecidos
De júbilo, nos damos hoy las manos.
Cesaron ya nuestros comunes males;
El águila y el sol marchan unidos
En la estención del delicioso Plata:
No empañe más la sangre sus cristales.
La sangre á ningun precio se rescata.
¡Paz, paz, ¡oh Brasileros! Largo el duelo,
Larga fué la miseria, que algún día

Al Brasil y á nosotros oprimía:
Pero es á tantos males un consuelo
Buscar nuestra hermandad, dando existencia
A una nueva nación en nuestro suelo.
Mirad la Libertad é Independencia
Fijar su asiento en el dichoso Oriente,
Como Diosa de Paz.... Venid, hermanos,
Ciñamos de guirnaldas nuestras frentes,
Y florezca la oliva en nuestras manos,
El día fortunado en que miramos
Que el bronco trueno de la guerra cesa,
Y el canto dulce de la paz empieza.

Octubre 14 de 1828.

AL SEÑOR DOCTOR D. PEDRO SOMELLERA

CATEDRÁTICO DE DERECHO CIVIL EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE NUESTRA JURISPRUDENCIA, POR SU DISCÍPULO FLORENCIO VARELA 1831.

Tú, mi digno mentor, que me enseñaste
Los caminos que llevan á la ciencia,
Y en sus sacros misterios me iniciaste.
Deja llegar mi verso á tu presencia;
Ni te cause extrañeza que las musas
Se pongan á tratar jurisprudencia.

Sobran á esta locura mil excusas,
Porque la discusión es permitida,
Al hablar de materias tan confusas.
Pero no me descubras por tu vida;
Pues algunos si saben quien te escribe,
Van acusar mi pluma de atrevida.
¿ « Cómo es que audacia tal no se prohibe? »
Exclamará un censor con espejuelos,
Que sepultado en mamotretos vive.
¿ De qué sirven del sabio los desvelos,
Si en las cosas más árduas y formales
Se han de mezclar también los muchachuelos?
¡ «Oh tiempos! ¡Oh costumbres!. ..Estos males
Son de la educación fruto funesto,
A esto llaman ideas liberales. »
Clamará asi mi crítico indigesto,
Y, echando con mí mil maldiciones,
Cerrará enfurecido su *Digesto.*
Yo no se contestar tales razones
Ni es justo que un mocoso se entremeta
A disputar con altos señorones.
Me zurrarán un mes en la *Gaceta;*
Me hartarán de improperios, que es la moda,
Y á buen librar me llamarán trompeta.
Eso es, si contra mi la Curia toda
Anatemas tremendos no fulmina,
Y vengo á ser el pavo de la boda.
Tú sabes que el que ahora se encamina
Al dédalo forense en que vivimos,
Fuerza es que siga su servil rutina.

Vano es buscar en la razón arrimos;
Nadie á oirnos se apresta; y somos cero
Los que diez lustros antes no nacimos.
Nada de ideas nuevas: tú el primero,
Por proclamarlas, calumniado fuiste;
Y á poco más te juzgan con Agüero (1)
Mas como nada á la opinión resiste,
Ella á tus detractores dió por premio
Escarnio, confusión, vergüenza triste.
Pero ahora, señor, que soy del gremio,
Y estoy bajo el poder de los doctores,
Temo de que me soplen un apremio.
Con que evitemos tantos sinsabores;
Y luego que concluyas su lectura,
Arroja en un fogón mis borradores.
¡Oh cuanta compasión, cuanta amargura
Mi corazón marchitan cuando veo
Los códigos de gótica estructura.
De antigua humillación negro trofeo,
Que afrentan á mi patria, sin que nada
Se haga para lavar borrón tan feo!
¿De qué ha servido la tutela odiada
De España sacudir si el ciudadano
No halla en la ley la protección deseada?
Por qué, mientras el pueblo americano
Consigue aniquilar el despotismo
Y ante el mundo mostrarse soberano.
Venera con imbécil fanatismo
Códigos opresores que abortaron
Las edades del torpe feudalismo?

Los siglos de tinieblas ya pasaron,
Y los siglos de luz que en pos vinieron
La condición del hombre mejoraron.
Nuevas costumbres á los pueblos dieron,
Otro culto, otros usos, y la esfera
De sus necesidades extendieron.
Rompió los grillos de la edad primera
La inteligencia humana; y atrevida
No halló en la tierra á su poder barrera:
A la naturaleza sorprendida
Arrancó sus tesoros, y con ellos
Multiplicó los goces de la vida.
La ciencia renació: sus rayos bellos
A la Europa primero iluminaron
Y de alli se esparcieron sus destellos.
Los frutos de la industria alimentaron
Los cambios mercantiles: las regiones
Mas remotas por ellos se estrecharon.
Asi, por progresivas variaciones,
Fué mejorándose el linaje humano,
Y se cambió la faz de las naciones.
¿Y cómo es que ante el código romano
Medio mundo se postra, y aun venera
A su legislador en Justiniano?
Trece siglos formaron la cadena
Que del tiempo presente le divide;
¿Es hoy el mundo lo que entónces era?
La negra edad á que el error preside,
Puede dar leyes á la edad luciente,
En que de todo la razón decide?

Cuando ya del imperio de occidente
Nos queda apenas la memoria oscura,
Cómo es, que en uno y otro continente,
Vemos que un resto deplorable dura
De su legislación, y que la ciencia
Se bebe en una fuente tan impura?
Aquí si que se acaba la paciencia
A mi áspero censor; y sus pulmones
Esfuerza, porque atajen mi insolencia.
« Impura aquella fuente...¡Las lecciones
De un Tribaniano fútiles reputa
Quien aun no sabe atarse los calzones!
« Y sin haber abierto la *Instituta,*
Con los que en ella estamos empapados
Se atreve este bribón á armar disputa!...
« Ya se vé! Los doctores ilustrados
A cualquiera dan burla, anillo y guante (2)
¡Y quieren que tengamos abogados!»

FLORENCIO BALCARCE

LA PARTIDA

Circumdederunt me dolores mortis
Dolores inferni circumdederunt me.

Psalm. XVII..

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina:
Adios Buenos Aires, amigos adios.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su caída anunciando continuo temblor,

Tal seca mi vida de muerte el aliento;
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento,
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel,
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel:

Allá tras los mares existe otro suelo,
Que oculta, me dice, tu antiguo verdor.
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo:
Adios Buenos Aires, amigos adios.

II

El ángel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aérea región;
Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la oscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos,
¡Oh Patria! tu nombre reluce á lo lejos,
Y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento;
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te dan mis amigos la paz y el contento,
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿A quien pertenece que el mundo no habita?
A alguno que el cielo... ¡La mía es tal vez!

Mas no, que el destino mi muerte aun no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó:
Su trémulo curso me arrastra hasta el Sena;
Adios Buenos Aires, amigos adios.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,
Veré solo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al destino
Llevar mis ofrendas ¡oh gloria! á tu altar.

Entonces, mil veces feliz me diría
Si viese la lumbre del sol que me crió;
Si el agua bebiese del río que un día,
El pié de mi cuna bramando lamió.

De inícuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta,
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera:
Adios Buenos Aires; amigos adios.

IV

Pero ¡ay! que á mis oidos el viento que zumba,
Es voz que me llama á la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un éco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la Patria, su oprobio me humilla,
Sus hijos dormidos su afrenta no ven:
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus piés.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás tu destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso;
No todos, no todos, se olviden de mí.

Adios dulce sombra del techo paterno;
Adios compañeros de infancia feliz:
Amigos queridos, mi adios es eterno,
Adios Buenos Aires, mil veces y mil.

A bordo del Philadelphe—1837.

LAS HIJAS DEL PLATA

CANCIÓN

Las tiernas hijas del Plata
Más frescas son que las flores;
Sus palabras son amores,
Dulce halago es su mirar.
¡Infeliz quien sus virtudes
Y quien sus gracias no admira!
¡Mas infeliz quien las mira
Y las tiene que dejar!

Ten las alas un momento,
No me robes el contento
Manso viento.

Cual la lumbre que de noche
La luna esparce en los cielos,
Nos vierten ellas consuelos
En las horas de amargor.
Y si risueño el destino
Placeres nos atesora,
Son como flor que en la aurora
Nos embriaga con su olor.

Ten las alas, etc.

Sus negros ojos alcanzan
De los amores la palma;
A través de ellos el alma
Se ve cándida brillar,
Como entre arena plateada
Refleja el nácar luciente,
A través de la corriente
Del augusto Paraná.

Ten las alas, etc.

Sus corazones abrigan
La pureza de su cielo,
La inocencia de su suelo,
Lo benigno de su Sol:
Al picaflor ellas vencen
En viveza y en donaire,
Y les da la flor del aire
Su fragancia y su frescor.

Ten las alas, etc.

¡Pobre de mí que ya nunca
Las veré en playa extrangera!
¡Pobre de mí cuando muera
Sin que me aliente su voz!
Si escribió suertes risueñas
Allá en su libro el Eterno,
También cual noche de invierno
Oscuras las escribió.

Ten las alas, etc.

¡Adios, estrellado cielo!
¡Adios, oh río argentino!
Donde me arrastre el destino
Serán tus hijas mi amor.
¿Cuál habrá entre ellas que un día
Mi oscuro nombre repita?...
¿Ningún corazón palpita
Cuando oye mi triste Adios?

Ten las alas, etc.

A bordo del Philadelphe, Abril 5 de 1837.

AL SEÑOR DON VÍCTOR SILVA *

RECIEN ORDENADO DE SACERDOTE

Humilla al polvo la elevada frente
Y á Dios entona ¡oh Víctor! alabanza,
Que El te extendió su mano omnipotente
Y con paterno anhelo
Alzarte quiso á celestial bonanza.
Un día allá desde el eterno cielo,
Cuando la mansa faz volvió clemente
A esta mansión de lágrimas y duelo,

* Apareció en el núm. 5 de «El Corsario» periódico de Montevideo, el 29 de Marzo de 1840.

Te vió benigno que en la pobre cuna
Lanzabas el fatídico gemido
Que la vida del hombre anuncia al suelo:
A tí inclinó el oído,
Bañó tu faz en celestial contento,
Y del destino en el profundo arcano
Escrito sobre el santo firmamento,
Borró su eterna mano
Los terrenos deleites y pesares
Que á tu vida mortal guardaba el mundo,
Y á quemar suave incienso en sus altares,
A ser de sus bondades santo nuncio,
A servir de consuelo al débil hombre,
Con sello eterno consagró tu nombre.

Humillate otra vez, Silva, pues santa
La misión es que el cielo te confía;
El Señor á otra esfera te levanta,
Y eres más que mortal desde este día.

Tus ojos ven allá sobre los cielos
Por la mano de Dios con fuego escritos
Nuevos deberes hoy, nuevos desvelos:
Persecución sin tregua á los delitos,
A la virtud apoyo
Y á la desgracia auxilios y consuelos.
Pronto herirá tu oído
En el pajizo albergue del cristiano
De la pobreza el lúgubre alarido,
Del infortunio el lamentar en vano....

Entonces tú le tenderás la mano,
Y del abismo de miseria y duelo
En que abatido el corazón yacía,
Con tu consejo sabio
Alzarle harás á la bondad del cielo,
Y bendecir al Hacedor del día.

Tu voz entonces sonará inflexible
Contra el mortal ceñido
De pompa vana y mundanal ruido:
Bajad al polvo, clamarás, la frente,
Simulacros de cieno,
Que Dios es todo, los mortales nada;
Y este mundo, esos astros y ese trueno,
Dejarán de existir eternamente
Al sonar de su voz omnipotente:
¡Adorad al Señor, ciegos mortales!....
¡Bajad al polvo la orgullosa frente!

Cual angel tutelar del débil hombre
Tu sostendrás la marcha vacilante
Con mano poderosa,
Desde que en pobre cuna es remecido
Hasta que es sepultado en yerta fosa.
Tu mano sacra lavará la mancha
En la frente del niño ternezuelo,
Cuando gimiendo asome
A arrastrar su existencia en este suelo.
Y tu sagrada voz sonará fuerte
Sobre el lecho de muerte,

En que se aleje tímido del mundo
El mortal penitente y moribundo.
  Humilde siempre, humano,
El refugio serás del desgraciado,
Y protector del huérfano inocente
Y sostén del virtuoso ciudadano.

  Pasaron ya los tenebrosos días
De lágrimas y horrores,
En que el mundo escuchó voces impías
De indignos sacerdotes
Tronar sobre la tierra ensangrentada,
A venganzas impuras
Incitando los pechos fraternales,
Y á clavarse los bárbaros puñales
En nombre del Señor de las alturas.
  Pasaron ya los tenebrosos días
En que el débil mortal empuñó ciego
El santo crucifijo y la cuchilla,
Y entre el horror y el fuego,
Respetuoso, doblando la rodilla,
Las cenizas, el humo, la venganza,
Los gemidos del mísero inocente
Y el vapor de la bárbara matanza,
Ofreció reverente
Como grato holocausto al Dios clemente.

En sangre tinta y destrucción envuelta
Asi gimió la América algun día:
Sobre escombros, cadáveres, ruinas,
La cruz enrojecida se erigía,
Y el sacerdote santo
Con el soldado impío confundido
De guerra alzaba el espantoso canto
Y empuñaba la mecha enfurecido.
Era Jesús entonces á sus ojos
Un Dios sañudo ansioso de venganza,
Que en fúnebres despojos,
En muerte y guerra impía
Al lado de Jehová se complacía.

Por la codicia el hombre enceguecido,
Un Dios como él, fanático anunciaba,
Y á criminal olvido
Sus sagrados preceptos relegaba.

Cuando Jesús del Golgota en la cima
A muerte ignominiosa se vió fijo:
«No saben lo que hacen,
Perdónalos, Señor, perdona», dijo.
Y cuando irreverentes
Nuestros brazos clavàronle la lanza,
Dijo, en vez de: Señor, toma venganza;
« Perdónales, Señor, son inocentes. »

Predica tú la paz: que nuestro suelo
No más en llanto humedecer se vea,

Y que la voz del cielo
Oyendo de tu boca el ciudadano,
Apague ya la destructora tea
Que arde voraz en su sangrienta mano.

Predica la clemencia: que la patria
No más se vea en sangre salpicada,
Y quede entre la vaina enmohecida
La justiciera espada....
¡La espada justiciera y fraticida!....
Píntale airado en tenebrosa nube
Nuestra soberbia frente amenazando:
El rayo pinta en su tremenda mano;
El huracan lejano
La destrucción del mundo murmurando,
Y entre el anuncio del estrago infando
De Sodoma y Gomorra escarnecidas
Las réprobas cabezas más erguidas.
Pero al soplar de Dios la ira en la tierra,
Pinta sueltos los vientos,
Los cielos conmovidos,
El mundo retemblante en sus cimientos,
La luz del sol rojiza,
Y los vanos mortales convertidos
En nube vil de polvo y de ceniza....

También yo, miserable, envanecido,
Aquí en mi seno un día
Ligero presté asilo
A la ambición de gloria y nombradía;

Mi ardiente fantasía
En sueños regalados
Mil de veces me alzó sobre la tierra
Y me mostró á mis plantas humillados
Los hombres y la fama y la riqueza
Que el universo con orgullo encierra;
Mil de veces soñé que se escondía
Allá sobre las nubes mi cabeza
Y que el Señor en vano á mi grandeza
Con mano airada el rayo lanzaría.

Pero tu voz interrumpió mi sueño,
¡Oh Dios omnipotente!
El dedo tuyo señaló mi frente,
Y un eco que retumba
Al rededor aún de mis oídos,
Mis sueños me mostró desvanecidos,
Y so mis piés abriéndose una tumba.

Mi paso vacilante,
Mis músculos ya yertos,
La mortal palidez de mi semblante,
A la mansión me llaman de los muertos;
Y en vano, en vano, detener la vida
Pienso corriendo procelosos mares,
Y la margen florida
Voy á buscar del bullicioso Sena;
En vano todo; que la muerte siento
Difundirse por mí, de vena en vena.
¡Adios, amigo!... Que tu esfuerzo santo

A nuestra patria mísera consuele;
Y pues ordena el venerando cielo
Que antes mi voz y corazón se hiele
Que escuche repetido por el mundo
Con respeto profundo
El nombre tuyo en premio de tu anhelo,
Yo sin gozar tan plácido momento
Débil tributo á tus virtudes dando,
En sueño extraño moriré contento....

¡Adios, adios! El Argentino río
No más, tal vez, escuchará mis ecos;
Y cuando torne el ardoroso estío,
Sin dejar de mi vida un solo rastro
Solo seré vil polvo amigo mío.

Buenos Aires, Enero 2 de 1837.

EL CIGARRO *

En la cresta de una loma,
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate si sopla el viento.

* Don J. M. Gutiérrez dice que esta composición fué escrita en Francia, en casa de San Martín, inspirada por éste.

Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansión pacífica, donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con labios casi yertos:
—¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!

Pueda, al fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.

Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro:
A quien lo toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.

No siempre movió en mi frente
El pampero fria cana;
El mirar mio fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana:

La fama en tierras agenas
Me aclamó noble y bizarro;

Pero ya, ¿qué soy? Apenas
La ceniza de un cigarro.

Por la patria fuí soldado
Y seguí nuestras banderas,
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras:

Aun mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro.
Pero ¿que es la gloria? Nada;
Es el humo de un cigarro.

¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores:

La patria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro,....
Como yo arrojo y olvido
El pucho de mi cigarro.

Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta:
No dobleis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.

No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa,
Y el hombre, como un cigarro.

A LA MUERTE DE JOSÉ C. CASCO

SÁFICOS

Siembras, Señor, el sauce en la llanura,
Y el aura pura que le da hoy la vida
En huracan mañana convertida
Quiébrale el tronco.

Ronco bramando de la pampa el viento,
Desde el cimiento arranca la cabaña,
Y ayer tranquilo, hoy vaga en la campaña
Trémulo anciano.

¡Vano es el mundo, la esperanza y todo!
Hiciste lodo al infeliz amigo
Que en tierna infancia jugueteó conmigo
Jóven apenas.

Llenas las horas de virtud vivía,
Y cada día que lució en Oriente
Nuevo vigor virtió sobre su frente
Cándida y pura.

— Dura va á ser la rama que he plantado,
Dijo, confiado el padre entre su pecho.
Pronto hallaré bajo su fresco techo
Báculo y sombra.

Nombra la nada quien repite vida;
De viento henchida, en viento se convierte;
Báculo, planta, sombra hizo la muerte,
Sueño ligero.

Pero, ¿porqué, buen Dios, recta la hiciste,
Porqué le diste pompa y lozanía,
Si apenas fuerte perecer debía,
Llanto dejando?

Cuando sereno el cielo más se ostenta
Negra tormenta siempre está cercana.
¿Es el vigor, cual fúnebre campana,
Nuncio de muerte?

¿Serte pudiera grato desde el cielo
Ver sin consuelo un viejo sollozando?
¿Burlas al hombre y te complaces, cuando
Miras que gime?

Dime, Señor, y excusa mi osadía:
¿Porqué si hería al mísero inocente,
La espada tuya perdonó la frente
Bárbara alzada?....

Nada se yo, mi lengua lo confiesa.
Reptil que besa mientras vive el suelo,
¿Cómo á tu trono levantar el vuelo
Nunca pudiera?

Fuera también de un soplo disipada
Mi desgraciada vida sobre el mundo,
Y este infeliz errante y moribundo
Diérale gracias

Grand-Bourg, Agosto 2 de 1837.

EL LECHERO

Por capricho
Soy soltero,
Que el lechero
Gozar debe libertad:
Y no tengo
Mas vestido
Que un bonete
Carcomido,
Y un rayado chiripá.

Pero el mundo
Todo es mío:
Yo en un río
Sé nadar,
Yo en el campo soy un viento,
Y en el pueblo me presento
Sin deseos
Mas constantes,
Que tener buenos marchantes
Que me vengan á comprar.

II

Cuando apenas
Canta el gallo
Mi caballo
Me levanto yo á ensillar:
Ningún otro
Va conmigo,
Ni conozco más amigo
Que me sepa acompañar.
Y al oirme,
De mañana
La ventana
Va á entornar
La que se había dormido
Sobre su lecho mullido,
Y con hambre
Se despierta,
Y me busca,
Mal cubierta,
Para tener que almorzar.

III

Si una bella
Por ventura,
Con dulzura,
En la calle me miró,
De la leche
Ya me olvido,
Y enamorado perdido,

De amor solo entiendo yo.
Mas si alguna
Desdeñosa,
Mostrarme osa
Desamor,
La digo claro que es fea,
Y me crea ó no me crea,
Yo me marcho
Dando gritos:
Buena leche;
Marchantitos
Buena leche vendo yo.

IV

En invierno
Y en verano
Siempre gano
Para jugar y comer,
Y si acaso
Pierdo un día,
Espero en Dios y en María
Que otro día me irá bien:
Pues no todo
Sale bueno:
Se oye el trueno
Alguna vez:
Y si hoy mi caballo rueda,
Llegará día en que pueda
Del alcalde

Y el teniente,
Hacer burla
Frente á frente
Cuando esté firme de pies.

V

Así paso
La semana,
Y en mañana
No se me ocurre pensar.
Si es domingo
Voy á misa,
Y no me mudo camisa
Si no la puedo encontrar.
Soy en guerra
Montonero;
Soy lechero
Cuando hay paz:
Solo necesito y quiero
Tener pronto un parejero,
En que pueda
Bien seguro,
Si se ofrece
Algún apuro,
No correr, sino volar.

EL ASESINATO DE QUIROGA

SONETO

Sombría nube encapotando el cielo
De Dios anuncia la eternal venganza;
Ansiando sangre y bárbara matanza
Quiroga insulta con su aliento el suelo.

Impune mira que en espanto y duelo
Sepulta al pueblo su traidora lanza:
No cree que el rayo vengador le alcanza,
Cree coronado su ambicioso anhelo.

Pero Dios truena y estremece el mundo,
Su rayo vibra con tremenda mano,
Baja Quiroga al báratro profundo,

Y alza la frente el libre ciudadano.
¡Ay del que intente esclavizar al mundo!
¡Que mire ¡oh Patria! y tiemble tu tirano!

EL CLAMOR ARGENTINO *

(INÉDITA)

ENDECHAS Á LA MEMORIA DEL CORONEL DORREGO

Del inmortal Dorrego
Quiero cantar la gloria,
Y á su triste memoria
Tributar el honor:
Mas ¡ay! que el alma gime
En tétrico lamento,
Y el mísero instrumento
Resuena con dolor!

Caro Dorrego
¿Quien parricida,
Pudo tu vida
Sacrificar?
¡Oh! si á mi acento
Tu revivieras!
Solo me vieras
Llorar, llorar.

Sobre la tumba fría
Que cubre tus despojos
Con lágrimas los ojos

---

* Cop. del manuscrito, autógrafo firmado por el autor, que está en el archivo de don J. M. Gutiérrez, existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Publiquen el dolor;
Tu memoria merezca
El más tierno holocausto,
Y tu verdugo infausto
Desprecio y deshonor.

Víctima ilustre,
Rayo de Marte,
Para vengarte
Vuelve á vivir.
Mi gusto fuera,
Sombra querida,
Por darte vida
Morir, morir.

Aunque triunfar supisteis
Por los campos de Marte,
Ignorabas el arte
De lidiar á traición:
Protegías ingratos
Con alma viperina;
Y fué tu infausta ruina
Tu noble corazón.

Cuando tu vida
Triste exalabas
Tu perdonabas,
Nosotros...¡no!
Y porque el odio
Nunca olvidemos,
Repetiremos:
¡Murió, murió!

Los campos de Navarro
Son triste monumento
Del fin cruel y sangriento
Del héroe federal,
Que del pueblo argentino
Aliviaba las penas,
Que rompió las cadenas
Del estado Oriental.

Su sangre al cielo
Venganza clama,
La patria os llama:
¡Libres, venid!
¡Primero muerte,
Muerte cual bravos,
Que como esclavos
Gemir, gemir!

Ni la ley ni la patria
Que atónita suspira
Ablandaron la ira
Del bárbaro visir:
Que tu sangre sediento,
Sangre beber quería,
Y tú con bizarría
Le enseñaste á morir.

Suena el estruendo
Caes traspasado,
Triunfa el malvado,
¡Que ingratitud!

¡Salud Dorrego,
Gloria argentina,
Sombra divina,
Salud, salud!

La mitad de su sangre
Por la patria ha vertido,
Y el resto la ha perdido
En suplicio cruel:
Para aplacar sus manes
La horda vil sucumba,
O allí sobre su tumba
Perezcamos por él.

Ellos tiranos
Dieron el grito;
¡Cuanto delito
Les sigue en pos!
Adios por siempre,
Paz y armonía;
Glorias de un día
Adios, adios.

¡Granadinos! La Pola no existe,
Por la patria su muerte llorad,
Por la patria á morir aprendamos,
O juremos su sangre vengar.

Por las calles y al pie del suplicio
Asesinos, gritaban, temblad;
Consumad vuestro horrible atentado,
Que vendrá quien lo sepa vengar.

Ni el temor ni halagüeñas promesas
Un momento me harán vacilar:
Por la patria gustoso yo muera
¡Oh! que dulce es por ella espirar!

Y volviéndose al pueblo le dice:
Pueblo ingrato yo voy á espirar,
Por salvar tus sagrados derechos:
¿Tal infamia podrás tolerar?

De mil modos sus manos feroces
Un tirano las pudo manchar
Con la sangre de mil inocentes,
Que las patria las supo vengar.

LUIS L. DOMÍNGUEZ

UNA TARDE EN EL DACÁ

«Aquí el genio se siente libre y se complace, porque aquí es dulce la medicación: si él agita ella calma.»

Mad. Stael.

I

De una ligera barquilla
La sutil y leve quilla
presta va
Deslizándose en la fina
Superficie cristalina
Del Dacá,
No arroyo de aguas serenas
Sino de sierpes amenas
de cristal,
Do se mira retratada
Su bóveda nacarada
Celestial;
Y en la barca navegando,
Con el alma palpitando
Vengo en él,
Derramando por el seno
De mi espíritu sereno
Dulce miel,

Y admirando la evidencia
Que se vé de la existencia
Del Señor,
En donde solo se apura
La sutil esencia pura
Del amor.

II

El sol como globo
De pálido fuego,
Destella suäve
Lejano fulgor;
Y esconde en topacios,
En perlas y oro,
Su casi apagado
Marchito color.

Sus débiles rayos
Que leves penetran
Cual finos encajes
Los bosques, se ven;
Y llegan al agua
Dorando su linfa,
Cual rubios cabellos
En pálida sien.

Y así que las luces
Se van apagando,
Parecen los campos

Matices manar;
Y al céfiro blando
Que aviva las tintas
Por premio le dejan
El ambar robar.

Las aves que pasan
Jugando, cantando,
Besando las flores
Se embriagan de olor,
Y en círculos varios
Se ven delirantes,
Juntando sus picos
En nido de amor.

¡Feliz quien pudiera
Cambiar su destino,
Del ídolo amado
Cambiarlo á la par:
Y en pos de esas aves
Volar á los bosques,
A solo en amores
La vida pasar

. . . .

Se ve todavía
Lucir en la esfera
El bello recuerdo
Del sol que se fué;
Y aquí de las altas,
Hojosas orillas,

Cubriendo las aguas
La sombra se ve.

Que Síbila Eritrea
Pudiera un instante
Venir, y los siglos
Que vienen pintar;
Contarme inspirada
Las cosas que vienen
Y de estas orillas
Profética hablar!

Pero ¡ah! me parece
Mirarlas un día
Con casas lujosas
Que el arte alzará;
Y á vírgenes bellas
Cogiendo las flores
De ricos jardines
Que baña el Dacá.

Y en hora cual ésta,
Ya ver me parece
Surcando el arroyo
Barquilla de amor,
Barquilla que lleva
Coqueta en su popa,
Pareja de humanos
Que apura dulzor,

Que acerca á la orilla
La barca ligera,
Que un joven arranca
Purpurea una flor,
Que luego en un seno
De nieve la pone,
Y un beso por premio
Le paga el amor.

Y estraños que pasan
Quizá por su lado,
En vez de culparlos
Con torpe vigor,
Sensibles los miran
Y dicen: Pasemos,
Que gocen felices, ...
La vida es amor.

Tal vez en un tiempo . . . .
¡Ah, quien lo gozara!
Feliz fantasía
Te tornes verdad:
Mas si hoy entre espinas
La vida se pasa,
Que gocen algunos
Siquiera esa edad.

III

Apenas luz pasagera
Del crepúsculo quedó;

Y el dorado de la esfera
Ya la sombra amarilló,
Sombra vaga y misteriosa
Que en su lánguido existir
Nos despierta religiosa
Los recuerdos del vivir.

A mi barca fugitiva
La detengo en su volar,
Para suave y pensativa
Quieta el alma suspirar,
Y á los mustios arrayanes,
Y á las aguas del Dacá,
Contemplar cual talismanes
En que Dios y amor está.

En que Dios ¡y que verdad!
¡En qué mente de criatura
No ha brillado su luz pura
Si vagó en la soledad!....
¡Si admiró por un instante
Algún prado, una colina,
A la luna peregrina,
O á la estrella tremulante!....

¿Y que pecho cual el mio
Joven, presa del dolor,
Contemplando un manso río
No ha pensado en el amor,....
No ha deseado que en su brazo-

Palpitase su querida,
Y olvidar en su regazo
Los tormentos de la vida? . . . .

—

¡Ay! alguno tal vez goce
Lo que apenas pienso yo . . . .
Que cual de ese sol que huyose
Ni un destello nos quedó,
Así he visto que volaba
Para siempre la perder,
La lazada que me ataba
Con el mundo y el placer.

EL RETRATO DE VARELA

POETA ARGENTINO

(Sobre el álbum de su hermano Florencio)

La muerte, es nada; el olvido, todo.
Young.

Si en la corona bella que á tu hermano
Nuestra patria, Florencio, ceñirá,
Una flor puede haber pobre aunque pura,
Mi mano, buen amigo, la pondrá.

Eran los días grandes de la patria,
Los días en que el mundo de Colón,
Sacudiendo su yugo en los combates
Con su sangre borrara su baldón.

Los días en que el sol, dios de los incas,
Reflejaba su rayo divinal,
Sobre el sol que adornaba la bandera
De Maipo, Chacabuco y Tucumán.

Los días en que América se alzaba
La frente coronada de laurel,
Con un regio estandarte por alfombra,
Y una joven bandera por docel.

Y ese lauro cortado con la espada
De Bolívar, Belgrano y San Martín,
Con sangre de cien héroes fecundado,
¿Marchito en el olvido va á morir?

No, que el cielo dió el trueno á las tormentas,
Huracanes furiosos á la mar,
Y á los héroes dió el canto de los vates,
Las glorias proclamar de tu nación.

Así, tu voz robusta,
Tu poderoso canto,
Tu ardiente corazón,
Ofreciste á la patria
Con entusiasmo santo,
En sincera oblación.

Y tu cantar sublime
Arrebató al olvido
Su veto sepulcral:
El nombre que tu hermano,
Poeta, haya esculpido,
Será siempre inmortal!

¡Por eso el varón ínclito
Que su estandarte en Lima
Y en Chile hizo flamear,
Y de los altos Andes
En la nevada cima
Su lanza fué á clavar;

Y el nombre de Cangallo
Que convirtió en hoguera
El bárbaro español,
Y de aquellos valientes
Que el Ituzaingo viera,
Vivirán como el sol!

No fuera, poeta, tu solo destino
Subir á las nubes cual sube el condor;
Del genio debías abrir el camino:
Lo abriste, y tu gloria tu sien coronó.

Tu canto era el eco de un himno del cielo,
La patria fué siempre tu musa, tu Dios,
Mas, ¡ay! que cortaron al águila el vuelo,
Al bardo, un tirano, sin patria dejó.

¡Proscripto! cuál crimen, cuál, fué tu pecado?
¡Incienso á la patria y aromas quemar!...
¡Ah el cielo de espinas la senda ha llenado
Que al templo conduce de gloria inmortal!

En tanto la muerte, velando á tu lado,
Infunde en tus venas veneno cruel;
Y expiras, poeta, de sueños rodeado
Más bellos que el cielo más dulces que miel.

Y tú que pasaste tu vida afanosa
Robando á la tumba su presa mejor,
Dejaste en el mundo memoria gloriosa,
Joyel de la patria de inmenso valor.

Y el mundo que admira, Varela, tu nombre,
Salvó del olvido tu imagen también:
¡Merezca un recuerdo la imagen del hombre;
La frente del vate merezca un laurel!

Julio 28 de 1840.

A MAYO

La libertad es la gloria de los pueblos.
La Mennais.

Hace tres siglos ahora,
El trono ibérico entonce
Sobre acero y sobre bronce
Cimentado había un rey,
Cuya espada vencedora
Humilló á los otros reyes;
Cuyos gestos fueron leyes;
Y medio mundo su grey.

A cuyo carro triunfante
Guiaba siempre la victoria,
Y sobre él iba la gloria
Coronando la ancha sién
Del monarca, del gigante,
Que si el mar le detenía,
Yo iré más lejos, decía:
Te venceré á ti también.

Y al punto un genio profundo
Inspirado por Dios mismo,
Se lanzó con heroismo
Al temible, ignoto mar,
A sacar un nuevo mundo

Que en su seno es escondía,
Y que su alta fantasía
Solo pudo adivinar.

¡Hace tres siglos ahora!
Y la América inocente
Tenía pura su frente
De todo infame borrón;
Y de si misma señora,
Ni soñó en futuras penas
Al mirar en sus arenas
Las banderas de Colón.

¡Vieja Europa corrompida!
Rebosaba en tí el veneno
Y quisiste echarlo al seno
De una tierra virginal;
Y agobiarla, enfurecida
Con tus bárbaras legiones
Que en la cruz de sus pendones
Escondían el puñal.

¡No bastaba á tu codicia
De los incas la corona;
El dosel de Moctezuma
No saciaba tu avidez.
Con satánica avaricia
Todo el mundo americano
En el hueco de tu mano
Pretendiste asir tal vez!

América ¡ay de ti! tu dócil cuello
Puso Dios en las mauos del verdugo;
Tocaron á degüello,
Unciéronte á vil yugo;
Y aquel sol que ocultó tu hermoso cielo,
La muerte oscureció con negro velo.

Y la sangre corrió formando lagos
Desde el monte escarpado á la llanura:
El inca apuró á tragos
La copa de amargura;
Y de cráneos alzóse una montaña,
Monumento de oprobio para España.

¡Oro, oro! aclamaba el extranjero;
Y á quien oro á montones le ofrecía
Con implacable acero
Su corazón partía;
Y á su vista ¡que horror! hacía pedazos
El hijo que lloraba entre sus brazos.

¡Cumple España tu suerte.... ó tu delirio
El crimen no es difícil: sangre, fuego;
Tu das hoy un martirio
Que el tuyo será luego;
Cuando América troze sus cadenas
También correrán lagos de tus venas!

II

¿No ois? rumor lejano
Se escucha allá hacia el Plata,

Y por la sierra y llano
Cual trueno se dilata,
Y va rodando al mar.
¿Acaso son las iras
Del dios de las tormentas?
No, no; la esclava ilustre
Cansada ya de afrentas,
Sus hierros va á trozar.

¡Sublime fué aquel día!
Mirad! un mundo entero
Sacude su apatía,
Empuña fuerte acero
Con ansia varonil;
Y ardiendo en fuego santo
El que era ayer esclavo,
Donde combate, vence;
Que el hombre libre, es bravo,
El siervo es un reptil.

Tan arduo fué su empeño
Como su fin grandioso.
Al despertar del sueño
El pueblo, perezoso
Sentía el corazón;
Pero su voz potente
Castelli alzó: y la llama
Que de sus labios sale
El gran Moreno inflama
Con sólida razón.

La juventud ardiente
Que á glorias solo aspira,
Se abalanzó de frente
A contrastar la ira
Del gótico león;
Y si de abismos hondos
Sembrada halló su senda,
También ganó laureles,
Que la más pura ofrenda
Para la patria son.

Tú, San Martín, trepaste
La gigantesca cima,
Y al español postraste
En Chacabuco, en Lima,
Y el inmortal Maipú.
¡A tí laurel eterno!
¡A tí por siempre gloria!
Libertador, te aclama
La justiciera historia
De Chile y el Perú.

Belgrano, tu alto nombre
Escrito está en dos templos;
Tus hechos ¡oh grande hombre!
Serán bellos ejemplos
Que nunca han de morir;
Sabrán los venideros
Que en Tucumán triunfaste,
Sabrán que al pueblo esclavo

La senda le mostraste
De un bello porvenir.

¡Balcarce! tú ceñiste
Tu frente la primera,
Que en Cotagaita fuiste
El que la azul bandera
Batió en pompa triunfal.
¡Pero mirad!... ¡silencio!
¡Más alto que los Andes
Se eleva entre laureles
El grande de los grandes,
Bolivar inmortal!

¡Y cuanta acción hermosa
Quedó en injusto olvido!
¡Cuanta alma generosa
Incógnita ha subido
Al trono del Señor!
¡Lloremos, que la historia
Con su buril severo,
No grabará sus nombres
Para que el mundo entero
De vivas en su honor!

III

Tal fueron de Mayo los días de gloria:
Marchando la patria de lucha en victoria,
A filo de espada sus grillos trozó;

Y el drama imponente que empieza en el Plata
La América joven el día desata
Que allá en Ayacucho su Dios alumbró.

Entonces del polvo la augusta matrona
Levanta la frente que un genio corona
Con nueve guirnaldas de palma y laurel;
Y aquellas guirnaldas, hermosa diadema
Del libre hemisferio, son fúlgido emblema
De nueve naciones brotadas en él.

Florido destino se extiende á su frente
Si en ellas germina la santa simiente
Regada con sangre más pura que el sol,
Si saben sus brazos arar esa tierra
Que en duras fatigas, en bárbara guerra,
Libraron sus padres del yugo español.

De hoy más, cuando miren surcando su río
Llegar á sus puertas ajeno navío,
Veránlo acercarse sin mudo pavor,
Que ya de la España no son los galeones
Que vienen á darles infames prisiones
Y el fruto á llevarse de tanto sudor.

El hombre de Europa traspasa los mares
Huyendo del aire que infesta sus lares,
Para almas altivas veneno mortal;
Y en aras del pueblo que supo, á balazos,
Librarse de reyes, ofrece sus brazos,
Sus altas ideas, su pingüe caudal.

¡Los reyes!... ¡Los reyes!... palabra maldita
Que en mengua del hombre con sangre está escrita
Sobre la honda tumba del tiempo que fué.
¡Los tronos!... ¡blasfemia! solo hay uno, eterno!
Los otros son furias que aborta el infierno,
De la ira del cielo son signos talvez.

¡Ser libre!... sin miedo decirse: soy dueño
Del lecho en que gozan mis hijos el sueño,
Del lienzo que visten, de un mísero pan;
Y horribles presagios no estar entre el pecho
Gritando sin tregua: ¡tus hijos sin lecho,
Sin pan y sin lienzo mañana estarán!

¡Ser libre! ¡ser hombre! grandioso programa
De Mayo solemne; magnética llama
Do fueron sus hijos la espada á templar.
¿Murieron algunos? ¡Felices!... Al menos,
Un templo en el pecho tendrán de los buenos,
Que ingrato el olvido no irá á profanar.

IV

Y de tan altos varones
Sobre la modesta losa,
Busque el vate inspiraciones
Y oiga el mundo sus canciones
Con atención religiosa.
Y las vírgenes en coro,
Con guirnaldas de ciprés,

Allí viertan tierno lloro,
Entonando en liras de oro
Cantos épicos después.

Y vosotros retoños de aquellos
Que trozaron las patrias cadenas,
Recordad que teneis en las venas
Una sangre de gran magestad.
No olvideis que al partir al combate
¡Libertad! vuestros padres clamaban;
No olvideis que en la cuna os cantaban:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

1841.

A RUFINO VARELA

MÁRTIR DE LA LIBERTAD

Yo colgué mi laúd en las ruinas,
Cuyo horror retraté, de un cementerio,
Y crecieron sobre él esas espinas
Que coronan del vate el ministerio.

Himnos de amor sus cuerdas entonaron,
Y entonaron también patricios cantos;
Pero ¡ay! los tonos del placer callaron;
Sus armonías hoy solo son llantos.

Cuando la patria arrastra vil cadena,
Cuando su cuello oprimen los tiranos,
En la lira del vate no resuena
Sino el grito infeliz de sus hermanos.

Entonces el poëta triste llora,
Y el nombre de los heroes diviniza
Que á la tumba bajaron en su aurora
Y el martirio sufrieron con sonrisa.

Y entonces su misión es un castigo,
Es una maldición que lanza el cielo,
Si entre esos nombres está el de un amigo
A quien la muerte sorprendió en su vuelo.

¡Triste cosa gran Dios venir al mundo
Entre llanto y dolor, y de la infancia
Pasar el tiempo estéril, infecundo,
Rompiendo su barrera á la ignorancia!

¡Llegar, en fin, á aquella edad florida
En que se sueña un porvenir tan bello,
Y en esperanzas rebosando y vida,
Dar á la muerte el arrogante cuello! ....

Morir... ¿Y qué es la muerte? desatarse
De los hierros pesados que arrastramos,
Y en espíritu puro levantarse
De este fétido lodo en que nadamos;

Acostarse en un lecho de dolores;
Dormirse, sin hallar leve consuelo,
Para ir á despertar entre las flores
Y los campos angélicos del cielo.

El hombre aquí en la tierra es peregrino
Que hacia un mundo mejor pasa de viaje;
Una vida penosa es su camino,
Una tumba allá al fin és su pasaje.

¡Mas, ay! ardientes lágrimas
Vienen á ahogar mi canto:
La sombra de la víctima
Que hace brotar mi llanto
Ante mis ojos húmedos
Ligera atravesó.

Envuelto en velo fúnebre
Pálido ví á Rufino
Mostrarme el pecho cárdeno,
Y allí, el ancho camino
Por donde su alma cándida
Al cielo se voló.

¿Le conocisteis joven,
Con incansable anhelo
Dar á la madre débil
En su vejez consuelo,
Siguiendo la difícil
Senda de la virtud;

Y de los sabios émulo,
Con sin igual paciencia,
Buscar verdades, ávido
De la profunda ciencia,
Y revolviendo códigos
Gastar su juventud?

¿Le conocisteis héroe
Gallardo y generoso,
Tirar la pluma inútil,
Cambiando su reposo
Por disciplina rígida,
Por sable, y por fusil;

Y la inocencia virgen,
Que idolatraba tanto,
No oir, que en tierna súplica
Cortada por el llanto,
Pide que ceda débil
Al ruego femenil?

¡Pobre Rufino! impróvido
De la enemiga suerte,
No oyó la voz fatídica
Del ángel de la muerte
Que, por su amante, tímida,
Le hablaba con disfraz.

Y al campo voló rápido
De la feroz batalla,
Y una corona espléndida

Ganó entre la metralla,
Que el tiempo ni la muerte
Marchitarán jamás.

¡Dejemos el canto; la lira no alcanza
Del mártir la altura, del alma el dolor!
Su nombre es eterno, ¡Varela! ¡descansa,
Que guarden tu tumba la paz y el amor!

Enero 14 de 1840.

EL OMBÚ

Á FÉLIX FRIAS, EN BOLIVIA

En el Ombú que ha brotado
Con el germen de mi mente,
Estas letras he grabado:
« A Félix, que no ha olvidado
Su patria: su amigo ausente:»

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su pampa grandiosa,
La pampa tiene el ombú.

Esa llanura estendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar,
Es la pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas,
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz,
El bibi, los macachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos,
Ni aves canoras en ellos;
Pero sí pájaros bellos

Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho;
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está;
Y meciéndose en las nubes,
Y el desierto dominando,
Las horas está contando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos;
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

¡El ombú! Ninguno sabe
En que tiempo, ni que mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan ñudoso,
Su corteza tan roida,

Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar como derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del *pampero,*
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor:
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pie.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza,
Y un enjambre, en su corteza,
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta,
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la pampa,
Sus dominios dividiendo,
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje, que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú. (1)

---

(1) Los pampas y casi todas nuestras tribus indígenas, envuelven el cuerpo en una manta de lana desde la cintura hasta las pantorrillas, que llaman *chamal*, vestido que han adoptado nuestros gauchos bajo el conocido nombre de *chiripá*. También han adoptado éstos las *bolas*, arma de caza y guerra, cuyo nombre indígena es: *laques*. Creo que el lenguaje poético debe preferir las palabras chamal y laques, lo mismo que la acentuación que he usado en la palabra que vulgarmente se pronuncia *gualichu* ó *valichu*. Véase: costumbres de los pegüenches, por Cruz Angelis, Tomo primero. (Nota de la composición).

¡Cuanta escena vió en silencio!
¡Cuantas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido:
A su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
¡Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!...

A su sombra melancólica,
En una noche serena,
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó,
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra,
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;

O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos
Pone paz á dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

Montevideo, Junio 8 de 1843.

Á MAYO *

EN MONTEVIDEO, EL AÑO 1844

> Aquí el fiero opresor de la patria
> Su cerviz orgullosa dobló.
>
> *Himno Argentino.*

I

No era el cañón guerrero el que tronaba
Cuando el sol de este día se elevaba;....
No era el cañón que guarda los umbrales
Del templo de las leyes orientales,
Y sugetó la furia del torrente
Que á tragarlas venía en su corriente;
Era el grito gigante con que expresa
Su libertad un pueblo y su grandeza;
Era el eco de bronce de la historia
Que pregona de América la gloria;
Era la voz tremenda que retumba
Para anunciar al déspota su tumba;
Era que el sol de Mayo se mostraba,
Y la América toda le adoraba.

¡Y otra vez, sol hermoso, yo te adoro!
Otra vez en tu honor la musa mía

---

* Cantos á Mayo, pág. 85.

Pulse las cuerdas de la lira de oro
Y en ofrenda te lleve su armonía.
A ese sol que los incas adoraron
Cuando suyo era el suelo que pisaban,
Cuando extranjeros gritos no turbaban
El aire que sus padres respiraron;
A ese sol que la sangre americana
Que el acero español vertió á torrentes,
Bebía con sus rayos más ardientes
Por que brotase un día más lozana;
A ese sol que que miró de sus alturas
Germinar y nacer el pensamiennto
Que dió á mi patria varonil aliento
Para rasgar sus viles ataduras:...
Dios de América, á tí, ¡oh sol de Mayo!
Otra vez cantará la musa mía,
Y al calor vigoroso de tu rayo
Los tonos templará de su armonía

II

Bien conoce el mundo entero
Tu historia, grandioso día,
De mis padres el acero,
En cien campos la escribió...
Y si no supieron leerla
Esos *sabios* de la Europa,
Vayan á España á saberla
Que á su pesar la aprendió. (1)

---

(1) El autor de estos versos, escribe con pena toda palabra que pudiera herir el pundonor de la *joven España*. Para que á esta parte de su composi-

Era un ser que se escondía
Entre los mares la América,
Que Colón cautivó un día
Para la grande Isabel.
Luego víctima inocente
De infernales ambiciones,
Dobló mísera la frente
Bajo el yugo mas cruel.

Mas al fin el pecho noble
Por la libertad latiendo,
Vigorosa como el roble
Sus cadenas destrozó;
Y aquel león castellano
Que á la América asolaba,
Fué arrojado en el oceano,
Y á su España se volvió.

Bien conoce el universo
A Bolivar, á Belgrano,
A San Martín; ni mi verso
Nombra el primero al Perú,
Dó nuestros padres cortaron
Los magníficos laureles
Que en las banderas colgaron
De Ayacucho y de Maipú.

---

ción no se quiera dar un sentido torcido, declara que solamente habla con la España en la época de opresión y atraso que se prolongó desde el reinado de Felipe II hasta el de Fernando VII. La España de hoy, es nuestra hermana. Los vínculos que nos unían han recibido consistencia perdurable, desde que los hijos de ambas regiones combatimos en las mismas filas bajo las banderas de la libertad.

Y conoce el mundo entero
Las hazañas prodigiosas,
El espíritu guerrero
Del continente del sur;
Y el genio audaz que guiaba
A Castelli y á Moreno,
Y que á Lopez inspiraba,
Y á Varela y Lafinur.

Y es sabido también, en todo el mundo,
El pensamiento colosal, profundo,
Que en el silencio y calma meditaron
Esos que en Mayo *¡libertad!* clamaron.
Derramando destellos refulgentes
De aquellos pensadores y altas frentes
Por el hermoso Americano suelo
Difundía una luz como del cielo;
Y á la voz *libertad y democracia,*
Con candor virginal, llena de gracia,
Comenzó á andar América la bella
Por su fácil y florida huella,
Que guiaba á encantado Paraíso
Donde todo era paz y dulce hechizo.
Mas una de sus hijas, la primera
Que el eslabón despótico rompiera, ...
En la marcha perdiendo el buen sendero,
Se encontró por su mal con un guerrero
Que un bosque de laureles al instante
La señaló, diciéndola; ¡adelante!
La ninfa, fascinada ó atrevida,
Al bosque penetró . . . . ¡quedó pérdida!

Allí todo fué caos y tinieblas;
De lágrimas y sangre había nieblas:
El suelo por que andaba á tropezones,
Era un erial do mil revoluciones,
Como horribles serpientes venenosas,
Rodaban enroscándose furiosas.
Los ayes del dolor más penetrante
Conturbaban el aire cada instante;
Y cuando ya cansada, en agonía,
Al borde del sepulcro parecía,
Del moribundo en la postrera rabia,
Pronunció en un quejido: ¡Rivadavia!....
Y cual cediendo á celestial prestigio,
En el caos terrible obró un prodigio,
Rasgose el tenebroso, espeso manto,
Y al través de las nubes de su llanto,
Divisó por los cielos como un rayo...
¡Era tu luz divina oh sol de Mayo!....
¡Era tu luz hermosa y primitiva,
Que en la cuna quedara ya cautiva,
Que el genio y la virtud salvan ahora
Porque otra vez te muestres en tu aurora!
Entonces, Buenos Aires, las naciones
Con respeto miraron tus pendones;
Entonces resonó por todo el mundo
El pensamiento colosal, profundo,
Que en el silencio y calma meditaron
Esos, que en Mayo, *libertad* clamaron,
Y demandaste á la severa historia
Lugar eterno de brillante gloria.

III

Más ¡ay! que en los pajonales
De la pampa solitaria
Está creciendo en maldades,
En sed de sangre feroz,
El tigre que aguza el diente
Para morderte, mi patria,
Y desgarrar inclemente
Tus miembros con furia atroz.

Y arrojar á sus cachorros
Tu bello cuerpo en pedazos,
Y de tu sangre en los chorros
Sus gargantas empapar;
Y así con rabia maldita
Ebrios de horror y ruïna,
Alzar furibunda grita
Y entre crímenes marchar.

Y salió al fin de la pampa
Bajo disfraz de cordero,
Para mejor á la trampa
A la víctima atraer;
Y mi patria desdichada,
En las garras asquerosas
Del tigre, del monstruo Rosas,
Incauta vino á caer.

Y cuando en mortal desmayo
La vió el hipócrita gaucho,

A la cincha del caballo
La arrastró sin compasión;
Y allá, en la pampa salvaje,
Con las uñas carniceras,
Tuvo el bárbaro coraje
De arrancarla el corazón.

Y alzándolo por los aires
En el sangriento cuchillo
Exclamaba: ¡Oh Buenos Aires!
¿En donde está tu pudor?
Y clavado en duros hierros,
A carcajadas riendo,
Lo mostró impío á los perros,
Zuzándolos á morder.

Y en la picota infamante
Escribió por mas escarnio:
Acércate caminante,
¡Aquí está la *Gran Ciudad!*
Y en la aurora del gran día,
Iba su chusma salvaje
A cantar en parodía:
¡Oid mortales: libertad!

Las banderas y trofeos,
Las ricas glorias del Plata,
Con los sarcasmos más feos
Intentaba deslucir;
Porque los que eran gusanos

Cuando otros eran condores,
Quieren con fango, villanos,
A los condores herir.

Y la fecunda simiente
Que nuestros padres sembraron,
Y á nosotros nos legaron
Para sus frutos coger,
El tigre con cruda saña,
Incapaz de anonadarla,
Sofocaba con zizaña
Donde empezaba á nacer.

Pero la semilla hermosa,
Bajo de tierra escondida,
Con el tiempo más nutrida,
En perfecta madurez;
Esperará un nuevo rayo
Del calor vivificante
Que tuviste, sol de Mayo,
El inmortal *año diez.*

Y tú, vestiglo, demonio,
Te volverás á tu infierno,
Y tú nombre será eterno
Recuerdo de odio y horror;
Y las viejas al nombrarte
Tomarán sus crucifijos,
Y con tu nombre, á sus hijos
Pondrán las madres pavor.

Esclava así la que nació señora,
Segunda vez sobre sus fierros llora,
Y llora con dolor la hija del Plata,
Porque el tirano que sus brazos ata,
Si no es de aquella raza de extranjeros
Que, mercaderes, frailes y guerreros,
Cargados de cadenas se venían
Y cargados de plata se volvían,
Que la ley predicaban del Dios hombre
Para mandar como amos en su nombre,
Es un hijo bastardo de su suelo
Que alma de fango, corazón de hielo
No recibió de Mayo la influencia,
Renegó, miserable, su creencia,
Y encarnó en él el último latido
Del despotismo ibérico vencido.
Por eso le miramos incesante
Ir socabando el pedestal gigante
De la revolución. Por eso todo
Cuanto en pié resistió, con sucio lodo
De sarcasmo y blasfemia ha deslustrado.
Por eso, ¡oh Buenos Aires!, te ha humillado.
Por eso tuvo la infernal audacia
De desdorar la santa democracia,
La plebe embrutecida levantando
Y sus torpes pasiones fomentando,
Para que hundida en asqueroso vicio
Se derrumbe al horrendo precipicio,
Mientras él, sin el freno de las leyes,
Remeda, imbécil, los feudales reyes.

Por eso es que confisca y que destierra;
Por eso vive en fratricida guerra,
Y por eso el cuchillo maszorquero
Degüella sin piedad al extranjero,
A la débil mujer, al ciudadano;
Y por eso su imagen de tirano
Al templo fué á pedir adoraciones;
Y por eso... sobre él... ¡mil maldiciones!....

IV

Ardiendo un día en fiebre de matanza,
Concibe ese tirano la esperanza
De oprimir con su pie la bella frente
De la joven República de Oriente,
Y uncida con su hermana al mismo yugo,
Continuar sus proezas de verdugo.

Vinieron sus ordas,
Los campos llenaron,
Con sangre marcaron
Su marcha triunfal.
Soberbios clavaban
Sus lanzas de guerra
Gritando: Esta tierra
Ya no es Oriental.

¿Do están los que intentan
Probar nuestros sables?
¿Querrán miserables

La suerte seguir
De Lavalle y de Acha,
Y de tantos otros
Que contra nosotros
Osaron venir?

¿Sabeis nuestra historia?...
Ved á nuestra espalda
Cual es la guirnalda
De nuestro valor.
Do quiera estuvimos
Cabezas rodaron,
Doncellas alzaron
Inútil clamor...

¿Quien oye y no tiembla,
Nuestra voz de guerra?
!Rendirse! Esta tierra
Ya no es Oriental...
Y así los salvajes
Gritando, corriendo,
Venían blandiendo
Su agudo puñal.

Montevideo ¿y tú, dócil el cuello
Entregarás al bárbaro degüello?
¿Tú, tan dichosa y rica y adorada,
Serás por esas hordas profanada?
¿No eres tú, por ventura, la barrera,
El único baluarte en quien espera

La libertad del Plata perseguida,
Guarecerse y salvar su hermosa vida?
¿Tu genio tutelar, tu angel de guarda
El incendio voraz dejará que arda,
Que devore y arruine tu belleza,
Y que á Rosas presenten tu cabeza?

¡No será, pese al tirano!
Que con el bélico arreo
Yo le ví, Montevideo,
A tu genio tutelar (1)
Salir bizarro á tu frente,
Blandir la pujante lanza
Y, *libertad y venganza*,
Con voz robusta exclamar.

Y le ví cruzar tus calles
El patriotismo encendiendo,
Y en las masas infundiendo
La conciencia del valor;
Y gritar: El que nace hombre
No ha nacido para esclavo,
Y el que es libre ha de ser bravo
Si á los grillos tiene horror.

Y al mirarse solo y débil,
Sin cañones, ni metralla,

(1) Este genio tutelar no es el símbolo de ninguna persona. ¡No! La resistencia de Montevideo, no es para el poeta la gloria exclusiva de ningún hombre. El *genio tutelar*, no es más que la expresión, pálida por cierto, del espíritu de este pueblo heroico. (Nota de la composición).

Sin baluarte, ni muralla,
Para poder resistir,
Las audaces creaciones
Ví del génio de esta tierra,
Para hacer gloriosa guerra
Hasta vencer ó morir.

A los ricos les decía:
¿Qué vale sin patria el oro?
A su altar vuestro tesoro
En holocausto llevad.
Cámbiense vuestros metales
Por las armas victoriosas
Que han de dar la muerte á Rosas
Y á la patria libertad;

Y decía á los que fueron
En otro tiempo cañones: (1)
Sacudid mudos leones
Tan vergonzosa quietud;
Vivid y bramad como antes;
Lanzad el rayo y el trueno;
Y al tronar de vuestro seno
Húndase la esclavitud.

Y decía á los extraños:
Al defender mis derechos

(1) **Para artillar las fortificaciones de esta plaza, que en los momentos de la invasión estaba desguarnecida de cañones, se arrancaron los que servían de postes en las calles de la ciudad, y con ellos se montaron más de cien piezas. (Nota de la composición).**

Salvaré todos los techos
Que mi egida cubrirá.
Y decid: ¿Si en medio al Plata
Alcanza á un barco el pampero,
Indolente el pasajero
La borrasca mirará?

Y á los suyos les decía,
Mostrándoles su bandera:
Eterna gloria os espera
Si la haceis, pura, batir.
El *pensamiento* de Mayo
Sosteneis con los aceros
Que de Mayo los guerrreros
Os legaron al morir.

Y si Dios dijo, allá arriba,
Montevideo sucumba;
Laureada baje á la tumba
Como Cangallo bajó.
Y al pasar frente á sus playas
Diga el nauta con asombro:
Bajo ese mísero escombro
Un pueblo heroico cayó:

Y así iniciado un grande juramento,
Con tremendo clamor atronó el viento
El grito colosal de un pueblo fuerte,
Que repetía: *¡ libertad ó muerte !*
Sol de Mayo, detente en el espacio,
Y mira de tu espléndido palacio

Que aún cultiva tu América querida
El que tu germinaste, árbol de vida.
Ven á ver el esfuerzo sobrehumano
De un pueblo que combate á su tirano,
Y rompe al fin la nube de escarlata
Que tu lumbre ha eclipsado sobre el Plata.
  Y tú, ninfa hechicera de este río,
De reyes y tiranos codiciada,
Nunca pudiste desceñir la espada
Que no debieras esgrimir jamás.
Roto una vez de servidumbre el yugo,
Para siempre envainar debió el acero
El pueblo que aspirase al verdadero
Lauro envidiable de progreso y paz.
  Mas la herencia fatal de sus abuelos
Agobiaba de América los hombros,
Y al quererla arrojar, en sus escombros
Debía á cada instante tropezar;
Y de ahí la anarquía y sus horrores,
Y de ahí la ambición y el egoísmo,
De ahí Montevideo, el negro abismo
Que encontraste á tus pies al despestar.
  Tú, tan rica otro tiempo y tan hermosa,
Una arena eres hoy de lidiadores,
Tu cintura de espumas y de flores
En otra de cañones se mudó;
Los labios de tus bellas que vertían
Dulcísimas palabras amorosas,
Hoy solo expresan su pavor á Rosas,
Su pena por el bravo que expiró.

¿Conoces al autor de tu desgracia?...
Mira, madre infeliz hacia el Cerrito
Do su tienda plantó tu hijo maldito
Infamado con marca de traidor,
Y verás las cadenas que te guarda
Al pie de la bandera degradante,
Que revela *la nada* del farsante,
De ese esclavo con aires de señor.

Incapaz de virtud, él no creía
En la heroica virtud de tus campeones,
Y al ruido no más de sus cañones,
Ya el imbécil rendida te creyó;
Mas el genio que guarda tus destinos
Calada la vicera, lanza en mano,
Al frente se lanzó de tu tirano,
Y con voz varonil: ¡atrás! gritó.

Y como si una mano irresistible
Enclavádole hubiera en el Cerrito,
Obedeciendo al formidable grito
Quince lunas le hallaron siempre igual:
Y tú le hallas también ¡oh sol de Mayo!,
El viejo despotismo sosteniendo,
Y á este pueblo de libres defendiendo
Tu pensamiento grande é inmortal.

Y encuentras que los hijos de la Europa
Combatiendo á la par de tus leales,
Fijaron un grande hecho en tus anales
Que inmensos resultados ha de dar;
Y que á América toda le repite:
No hay más rey, ni más trono que el eterno;

Como á furias que aborta el mismo infierno
A los reyes del mundo has de mirar. (1)
¿Qué los reyes de Europa no fueron
Los que á América hicieron rendir?
¿De esos reyes también no aprendieron
Los tiranos que hoy la hacen gemir?
¿Y no han sido sus únicas leyes
Las brutales, del sable y cañón?...
Pues entonces, tiranos y reyes,
Enemigos de América son.
A los hombres de Europa, en los brazos,
Como á hermanos debeis acoger;
A los reyes de Europa, á balazos,
Si su ley os quisieran poner.
Y si aun alza un tirano la frente,
Bella América, ejemplo tomad
De este pueblo de gloria esplendente
Que aun muriendo dirá: *¡libertad!*
De este pueblo que ve á su verdugo
Preparando el horrible dogal,
Que ve el hacha sangrienta y el yugo
En las manos de la horda brutal;
Y él, su lanza clavando gallardo,
Cuando el sol de este día alumbró,
Tomó el arpa solemne del bardo,
Y al gran día de Mayo cantó.

---

(1) La buena acogida que obtuvo esta idea de mi canto á Mayo premiado con el *accesit* en el memorable *Certamen poético* de 1841, me alienta á reproducirla aquí cuasi en los mismos términos que entonces. Ella y las siguientes estrofas, son sentidas expresiones de queja contra el abuso de la fuerza que hacen siempre en América los grandes poderes europeos que represento bajo el nombre algo inexacto de *reyes*.

JOSÉ MARÍA CANTILO

A LA CONVENCIÓN MACKAU

I

Salud, célebre *Amiral;*
Noble tratador, *bon jour,*
Digno en verdad *de l'amour*
De Rosas, *fier asassassin.*
¡Con que orgullo, *n'est ce pas vrai?*.
Te presentaras *en France,*
Dejando aqui *d'ignorance*
Palpable prueba *á la fin!*

2

Tus fusiles, *tes soldats*,
Tus navíos, *tes canons*,
Tus vapores, *ton charbon,*
¿De que sirven *aujourd'hui?*
A que viniste, *dis-moi*,
Con tanta grita *d'armée,*
A manchar *la rennomée*,
De los franceses, *ici?*

3

Tu firmabas *un traité*,
Y á ese tiempo, *en pleine rue,*
Degollaban *sous ta vue,*
A un francés: *a Varangot;*
Y él imploraba, *peut étre,*
A vuestro Rey *pour sa vie,*
A Francia, *sa chère patrie,*
Y callasteis, *conme un sot.*

4

¿Cuales son *les résultats*
De la inícua *convention*
Que á nombre *de la nation,*
Subscribiste, *sans rougir?*
Mirad el nombre *francais*,
Otro tiempo allí *sublime*
Es hoy vergüenza, *est un crime,*
Y de amargo *souvenir.*

5

Mirad sus vidas *toujour*
Tan expuestas *comme avant*,
Al capricho *d'un tyran*,
Sin humanidad, *sans loi.*
Y tu confiasteis *en lui,*
Noble *Amiral humilié,*
Y firmasteis *un traité*
Con hombre sin Dios, *sans foi.*

6

Mirad *déjá honnorés*
A costa de *ta nation*,
Los crímenes, *les actions,*
De su implacable *ennemi:*
Y reirás *en ce moment.*
¡Oh noble Barón! *peut étre,*
Tu reposas *en ton maître,*
¿Y en quien reposara, *lui?*

7

Bien, los hijos *de la France,*
¡Oh Almirante *le plus sage!*
Se vengarán *dans sa rage*,
De tu triste *convention:*
Y mil bocas *á la fois,*
Al designarte *Almiral,*
Dirán con grito *infernal*,
¡Oh! *sur lui* MALEDICTION.

Noviembre 17 de 1840.

AL GENERAL PAZ

EL PUEBLO CORRENTINO VENCEDOR *

I

¿Porque ronco se escucha que por los aires suena,
Retumbando paüsado el tronador cañón?
¿Porqué flamëaba hermoso en la elevada almena,
De los dos pueblos grandes el tricolor pendón?
¿Porqué corre afanosa la multitud do quiera
Llevando en el semblante señales de placer,
Cuando antes, en sus frentes, hondo el surco se viera,
De oculto sufrimiento, de acerbo padecer?
El alma no se lanza tras ilusión fingida,
Y con mil dudas crueles se la ve reluchar;
Pero llega hasta ella una voz siempre querida,
Y —¡viva el pueblo libre!—entiende pronunciar.
¡Oh Dios! será que al cabo tu brazo omnipotente,
Hirió la hidra funesta con golpe aterrador?
Será que tu mirada volviste ya clemente,
Al infelice pueblo tan digno de tu amor?
A ese pueblo que en tanto que con garra sangrienta
Altanero el tirano partió su corazón,
La fé en la excelsa mente que los orbes sustenta,
Era el único amparo de su desolación...?
Sí, porque ya en cantares de bélica armonía

* Se publicó en «El Nacional,» periódico de Montevideo.

Que entonan los valientes cuando al combate van,
Cantos que levantára entusiasmado un día,
El pueblo de los bravos con eco de huracán,

Anuncian la victoria con voces de contento,
Saludando en los aires el celeste pendón;
Y un pueblo es aclamado con esforzado aliento,
Triunfante en la batalla contra vil opresión.

¡Corrientes...! pueblo humilde, que el injusto egoísmo
Nulo te llamó un día con pérfido baldón,
Tú alzas la frente ahora y muestras en tí mismo
Cuanto pueden los pueblos cuando virtuosos son.

Tú alzas la frente ahora, de majestad brillando,
Adornando tus sienes victorioso laurel,
Y tus hechos heróicos que el mundo va admirando,
De pueblos venerados te ponen al nivel.

Quien viera ayer tus hijos muellemente adormidos
Al arrullo amoroso de la anhelada paz,
Creyéralos acaso en la molicie hundidos,
De cuyo impuro fango nunca alzaran la faz.

Pero al sentir tus venas las garras punzadoras,
Al ver gruesas cadenas prendidas á tus pies,
Te alzaste, cual se elevan en tempestuosas horas,
Las ondas de los mares de indómita altivez.

Y te alzaste tremendo, y al rostro del tirano
Escupiste en desprecio de su horrenda crueldad,
Y recogiste el guante que en su furor insano
Lanzó con mano impía sobre la humanidad

Tremendo fué su enojo, ¡oh pueblo de guerreros!
Mas la risa en los labios del tirano asomó,
Al mirar en tus manos blandiendo los aceros,

Y triunfos y matanzas impávido esperó.
  Matanzas que señalan su senda sanguinosa,
Cual nocturno cometa de presencia fatal,
Que destella á la tierra su luz triste y dudosa
Las épocas marcando cual lúgubre fanal.
  Y triunfos y exterminio como infernal flagelo
Doquier que se mostraba dichoso consiguió,
Y la tierra, otro tiempo bendecida del cielo,
Sin fuerzas, abatida, por el suelo yació.
  ¡No bastó á tu fortuna, Corrientes denodado,
Pugnar con tanto brío como pugnaste allí;
Faltábate la escuela feroce del soldado,
Y también el destino cebó su diente en tí.
  Viéronte tus hermanos al carro victorioso
Del vencedor felice, uncida á tí también,
Viéronte. . .mas opresos de igual yugo oprobioso,
Solo estériles votos hicieran por tu bien.

2

  Allí están de cráneos horrendos montones,
Que son todavía funesto padrón,
          Que son los blasones
Que ostenta ese monstruo, su oprobio y baldón.
  Allí están vagando las sombras queridas,
De padres, de hijos, de amigos también,
          Sus tempranas vidas
Fuěran de la Patria, ornatos y bien.
  Así, cada pueblo conserva de gloria
Un día, y sus hijos lo ven con amor,

Y es dulce memoria
Que guardan los tiempos en medio el dolor.
Pero hay de infortunio de oprobio y baldones
Un día, que dura con hondo pavor,
Las generaciones
Lo miran con ojos de espanto y horror.
Corrientes heroico, de espléndidos hechos,
Un día tuviera, funesto, fatal,
Y en él sus derechos
Hollara el malvado con risa infernal.
Empero de en medio se alzó de sus hijos,
Un hombre, sin duda bendito de Dios,
Y con pasos fijos
Al campo los guía de matanza atroz.
Mirad esos sitios (les dice), de mengua,
De huesos de hermanos, sembrados están;
No añade mi lengua
Nada que esos cráneos diciendo no van.
Ved si entre vosotros uno hay que no mire
Un deudo, un amigo y un padre quizá;
Uno que no aspire
Renombre que en alas de la fama vá.
Ved si entre vosotros alguno vacila
En ese sendero de gloria, de honor,
Y el arma no afila
Que vuelva á Corrientes su antiguo esplendor.

3

Les dice: y luego tremendo
Se oyó un eco repitiendo

Como explosión de volcán:
—Volemos á la batalla,
Que en medio de la metralla
Nuestras frentes se alzarán.
  Brille la espada desnuda,
Y el vil que cobarde duda
Entre libre ó siervo ser,
Lleve en su frente menguada
Esa mancha reservada
A oprobioso padecer.
  Volemos á los combates,
Pecho fuerte á sus embates
Opondremos sin temor.
Brindemos á nuestra historia
Otra página de gloria
Con mil hechos de valor.—
  Tiembla el suelo que dominan
Los Andes, cuando fulminan
Su aterradora explosión:
Así á las voces de *¡guerra!*
El prado, el bosque, la sierra,
Retiemblan de confusión.
  No bastó la cruél derrota;
Valientes la tierra brota
Que lucha por libertad,
Y valientes que, muriendo,
Vuelven al pueblo diciendo:
Esta es la senda, MARCHAD;
  Que prefieren los estragos
Del combatir, que no halagos

Dc deleites y de amor;
Y que la voz cariñosa,
De padre, de hijo, de esposa,
No mitiga su furor;
  Que en inauditas fatigas,
En las lanzas enemigas
Buscaban la libertad:
¡Patria! al batallar gritando,
¡Patria! cediendo ó triunfando,
Entre horrible mortandad.
  ¿Cómo no? de ellos delante,
Iba un fantasma aterrante,
Que los guiaba á combatir:
Que en Pago-Largo se alzara,
Y que el campo señalara
Donde vencer ó morir.
  Sombras de los que cayeron,
Pero que no se rindieron
Nunca, en la batalla atroz,
Cuyos últimos alientos,
Desparramaron los vientos
Como maldición feroz:
  Que al mostrarle los cañones
De enemigos escuadrones
Y la enseña del traidor,
—Ellos son—dijo, tremendo,
Con su voz estremeciendo
Los campos en derredor.
  —Ellos son, su sangre impura
Hoy correrá hasta la hartura,

Que bien la vuestra corrió.
No haya piedad; el castigo,
De tan sangriento enemigo,
Dios á vosotros confió.
 No haya piedad; cruda muerte
Descargad con brazo fuerte,
Matad sin tregua, matad;
Porque un día fuera escrito:
Quien mata á hierro, ¡maldito!
Muerte, muerte sin piedad.—
 Y al silvar el plomo ardiente
Que el reluchar inclemente
Señaló con cruel afán,
Como torrente bravío
De algún caudaloso río
Que desborda el huracán,
 Todo á su paso arrasando,
Solo en pos de sí dejando,
Restos de desolación:
Así al herir de los bravos
Desparecen los esclavos
Entre torpe maldición.
 ¿Donde está, donde está ahora,
Esa turba asoladora,
Y su insultante altivez?
Miradlos: por todas partes,
Cadáveres y estandartes,
Alfombras de nuestros pies.
 Ved sus huestes aguerridas,
Huyendo despavoridas,

Con miedo en el corazón,
Al ver de Mayo el emblema,
Sobre ellos como anatema,
De eterna condenación.
  Oíd los ayes que derraman,
Cuando á su socorro llaman
Quizá espíritu infernal,
Pero en vano que está escrito,
Quien mata á hierro, maldito,
Muere de agudo puñal
  Así Corrientes un día
Alzó la faz majestuosa,
Y ciñó diadema hermosa
De la victoria su sien:
Que si opaco astro lucía
En triste afan para ella,
Radiante, fúlgida estrella,
Brilló un día por su bien.
  Ella enrojeció la tierra
Con la sangre de sus venas,
Y sus colinas amenas
Viéronla triste caer;
Pero llevó horrenda guerra,
Por mil azares prolijos,
Y á centenares sus hijos
Se les viera perecer.
  Mas ¿qué importa? Juró un día,
So la sagrada bandera,
Que mil veces pereciera,
Que esclavitud tolerar;

Y en la hora de la porfía,
Al fuego de sus cañones,
Se le vió los eslabones
De sus cadenas trozar.
  Así los pueblos que luchan
Contra torpe tiranía
Son gigantes en un día
Si gigantes quieren ser:
Y arden, si el estruendo escuchan
De la horrísona pelea;
Y aunque la muerte ralea
Sus filas, saben vencer.
  Bastó un instante á tu anhelo
Para humillar al tirano;
Otro golpe de tu mano,
Y en el polvo se hundirá:
Fecundizarás tu suelo
Yermado por sus matanzas,
Con sangre que de tus lanzas
Abundante correrá.
  Vuelve otro instante los ojos,
Hácia los amargos días,
De horrendas carnicerías,
Que en tí ¡oh pueblo! consumó.
Y con feroces arrojos,
Haz correr su sangre impura,
Que la tuya, hasta la hartura,
El tirano derramó.
  No bastó la cruel derrota:
Valientes la tierra brota,

Que lucha por libertad;
Y valientes que muriendo,
Gritan al pueblo, diciendo:
Esta es la senda, marchad.

Montevideo, Diciembre 13 de 1841.

UNA VOZ

(EN UN ALBUM)

Di nuova pena mi ce vien far versi.
Dante-inferno.

Vuelve á cantar, yo padezco:
Cuando escucho tu canción
Débil siento el corazón,
Y á tus ecos desfallezco
De placer.

Vuelve á cantar: ¡si supieras
Cuantas soñadas quimeras,
Falaces y lisonjeras,
Me adormecen cuando cantas,
Oh mujer!

Si supieras que tu canto
Me lleva á un mundo fingido,
Donde no se oye gemido,
Donde no se escucha llanto
De dolor;

Donde la duda no impera,
Y siempre es azul la esfera,
Y donde no es altanera
La mujer á quien se jura
Tierno amor;

Donde el alma no está inquieta,
Y el corazón no suspira;
Donde preludia su lira,
Y es escuchado el poeta
Con placer.

A ese mundo ignorado
Que también habrás soñado,
Si alguna vez agobiado
Sentiste tu pecho débil
¡Oh mujer!

A ese mundo de rosas,
En cuyo aromoso ambiente
Solo amor el alma siente,
Pero sin trabas odiosas
Como aquí:

Allá va mi pensamiento,
Hermosa, cuando te siento
Que con amoroso acento
Entonas dulces canciones
Para mí.

Canta otra vez; ¡quien pudiera
Pintar lo que el alma siente
Cuando entonces, tristemente,
Como bella, te dijera
Mi placer!

Pero sabe que tu canto
Arranca á mis ojos llanto,
Y un irresistible encanto
Hay en tu voz que enamora,
Oh mujer.

II

¡Oh! si en las horas eternas
De la noche silenciosa,
Vibrando, oyera armoniosa
Tu canción,

En los momentos crueles
En que el pecho sin testigo
Busca en las sombras abrigo
Para ocultar su aflicción,

Yo también mi voz alzara,
En éxtasis de delirio,
Y quizás asi olvidara
Mi dolor;

Que tu canto es como un eco
Que á mis pesares responde,

A esos pesares que esconde
Un corazón sin amor.

Y entonces vienen á mi alma
Los recuerdos de la infancia,
Horas que trajo de calma
La niñez:

Esas horas que pasaron
Para no volver por cierto,
Dejando atrás un desierto,
Y adelante lobreguez.

Porque no hay igual martirio
Ni sinsabor más profundo,
Que vivir solo en el mundo
Sin amor;

Y pasar tan ignorado
Como el nocturno gemido
Que exala desde su nido
La calandria en su pesar.

Que es triste, en verdad muy triste,
Ver las horas deslizarse
Una en pos de otra y llevarse
Con la edad.

Cuantos sueños lisonjeros
Nos pintó la fantasía,
Sin que amanezca ese día
De ansiada felicidad.

Y sentir dentro del pecho
Un corazón que se agita,
Sentir la vida marchita
En su albor,

Sin hallar un blando seno
Donde reposar la frente,
Y adormirse dulcemente
Entre caricias de amor.

III

Por eso cuando escucho
De un piano la armonía,
Recuerdos bien amargos
Agitan la alma mía,
Y suspiros de pena
Exala el corazón:

Por eso á cada nota
Que viene á herir mi oido,
Late en acorde blando
Mi pecho conmovido,
Y sus fibras responden
Con dulce vibración.

Recuerdos bien amargos
De días que se fueron,
Y que dejaron solo
Señal de que existieron
En las penas que ocultas
Dentro de mi pecho van.

Pasaron esos días,
Pero no su memoria:
Dos años, una á una,
Las hojas de mi historia
Me muestran esas horas
Turbias como huracán.

Dos años...¡ah, si el tiempo
Menos veloz corriera,
Si el porvenir incierto
Marcado á mi carrera
Se rasgára un instante
Para leer en él!

Pero una voz secreta
Que en el alma murmura
Me dice: pasó el tiempo
De soñada ventura,
Pasaron ya dos años...
¡Recuerdo bien cruél!

Pasa sobre las flores
El aterido invierno,
Pero la primavera
Con su céfiro tierno
Les dá verdor y sombra
En la árida estación:

Y se mecen de nuevo
El árbol con sus hojas,
Las plantas con sus flores,

Pero ocultas congojas
Dejan el alma fría,
Marchito el corazón.

Pero, canta otra vez. Más no de amores
Eleves tu canción,
Que si son para tí sus bellas flores,
Yo se que agudas sus espinas son.

Agosto 11 de 1843.

EL ARROYO DE LAS PIEDRAS *

Claro arroyo cuyas ondas
Corren tranquilas y puras,
¡Cuan dulcemente murmuras
Por esas toscas redondas
Que carcomen, aunque duras!

Como enroscados cristales
Tus aguas corren aquí,
Y el fondo muestras, así
Como en ojos virginales
Traslucirse el pudor ví.

Y pues no tengo una hermosa
Cuya belleza admirar,
Déjame arroyo, cantar
Esa corriente sinuosa,
Y ese grato murmurar.

* Se publicó en «El Nacional» de Montevideo, Junio 17 de 1842.

Te ví por mi bien un día,
Cuando á impulsos del destino
Fué preciso en el camino
De infortunios que seguía
Marchar, sin norte y sin tino.

Y era la hora misteriosa
En que el aura sopla suave,
Que canta más tierna el ave,
Al reconocer dichosa
El nido que formar sabe.

En que el sol trémulo brilla
Próximo á desparecer,
Dibujando en la cuchilla
Al pálido anochecer,
Su luz débil y amarilla;

Y que sus últimos rayos
Caen vencidos de la sombra,
Y de verdi-negra alfombra
En vacilantes desmayos
Pintan el campo que asombra;

Y alza la tímida oveja
Su monótono valido,
Y muge el toro temido,
Como si el sol que se aleja
Les arrancara un gemido.

Todos son ricos colores
Cuando el sol anuncia el día,

Y todo es melancolía
Cuando en tibios resplandores
Cambia su usada ardentía.

Porque es pálida la luna,
Y pálidas las estrellas,
Y la luz que vierten ellas
Al corazón no importuna,
Pero le arranca querellas.

Y en ese arroyo, tranquila
Refleja después la aurora
Los colores que atesora,
Y las perlas que destila
Corren en su onda sonora.

También de los ojos míos
Una lágrima caía,
Que en silencio se perdía
En los graciosos desvíos
Que la corriente ofrecía.

Lágrima que era arrancada
De oculta melancolía,
Que sobre mi alma vertía
Esa natura callada
Con misteriosa armonía.

Que el alma no se resiste
Sin conmoverse, pensando,
Que el día que está acabando

Acaso ya no se viste
Del lujo que va dejando.

Y una dolencia, un pesar,
Combate al alma cristiana,
Esperando ese mañana,
Que duda si ha de llegar,
Y que en esperar se afana.

Lágrima dulce, tranquila,
Llena de resignación,
Que al verterla la pupila
Se alivia del corazón
El peso con que vacila.

Lágrima que nada tiene
De sinsabores mundanos,
Sino que mística viene,
Y el consuelo que contiene
Está sin tintes profanos.

Acaso así es que se llora
A impulsos de la piedad,
Acaso en la eternidad
Al son del arpa sonora
Es canto á la Magestad.

Y pues no tengo una hermosa
Cuya belleza admirar,
Déjame arroyo cantar
Esa corriente sinuosa
Y ese grato murmurar.

Si no bordan tus orillas
Las aromáticas flores,
Te cercan grandes cuchillas
Con silencio y majestad:
Y surca por tu corriente
Ave de pluma luciente,
De variada novedad.

Inmediato á tí se eleva
Un nuevo ombú cuya frente
Señal de los años lleva,
Y que de lejos se vé:
Cuantas raras tradiciones
Al calor de los fogones,
Bajo él con gusto escuché.

Está allí fijo, sombrío,
Para marcar las distancias;
Y da sombra en el estío,
Y abrigo en la tempestad.
Cruje sobre él la tormenta;
Pero pasa, y él ostenta
Más vigor, si más edad

Nada en rededor le iguala
En frondosidad y altura,
Y ombú de la *Mariscala*,
Es el nombre que le dan;
Y cuantos más son sus años,
Más raros y más extraños,
De él tantos cuentos serán.

Mil de veces saboreando
Del *mate* el líquido suave,
Tendí la vista mirando
Hácia la bella ciudad,
Y del cerro ví la altura,
Y del ombú la negrura,
En la inmensa soledad.

El cerro marca el escollo
Para el viajero en los mares;
Y el ombú, del dulce arroyo
Es á lo lejos señal.
Aquel del náufrago es faro;
Este es silencioso amparo
En la tormenta fatal.

Aquel me muestra altanero
Con su frente encallecida,
La ciudad que al extranjero
Da hospitalidad y amor:
Y acaso, cuando lo miro,
Mi pecho exhala un suspiro
De recuerdo de dolor.

Y éste, aunque mudo, me dice
Con su apariencia sombría,
Que en su tronco encontré un día
Quietud y grato solar:
Y si allí suspiró mi alma,
Era un suspiro de calma,
Era un suspiro de paz.

Claro arroyo, en tu corriente
Que desde lejos se siente
Deslizar,
Yo recibí inspiraciones,
Y emboté las sensaciones
Del pesar.

Yo ví desde la cuchilla
Que se eleva de la orilla,
Tu raudal:
Por eso templé mi lira
Al mirarte, que me inspira
Tu cristal.

Ví como en él nadaba
Un ave, que me admiraba
Su matiz;
Que hasta el fondo zambullía
Y nadando, sacudía
Su cerviz.

Y para mi lindo bayo
Que es lijero como el rayo,
Al llegar,
Por no enturbiar los raudales
De tus rizados cristales,
Al pasar.

Y nunca, arroyo, te miro
Sin exhalar un suspiro,
Contemplando

Que tu traes á mi memoria
Un recuerdo de mi historia
Dulce, blando.

Y aun cuando pasen los años,
Con sus dichas ó sus daños
Sobre mí,
Yo tendré en mi pensamiento
Un recuerdo de contento.
Para tí.

A UNA CALANDRIA *

¿Qué quieres ave canora,
Con venir siempre sonora
Sobre ese álamo á gemir?
¿Qué dices con ese canto,
Qué trinas cuando su manto
Viene la noche á esparcir?

¿Dónde, dí, pasas el día
Con envidiable alegría
Hasta que se pone el sol,
Que solo cuando oscurece
Con esa voz que enternece
Cantas su último arrebol?

* Se publicó en «El Nacional» de Montevideo, Septiembre 26 de 1842.

¿Qué es lo que lejos te llama
Cuando dejas esa rama
Aun antes de amanecer,
Para volver cuando el cielo
Desparece tras el velo
Del lúgubre anochecer?

De entre esas marchitas hojas
Trinas ave tus congojas
Columpiándote á la vez,
Sin saber que yo te miro
Desde mi humilde retiro
Y te oigo con embriaguez.

¿No tienes, dí, compañía
Que secunde la armonía
De tu melodiosa voz?
O acaso está tu querido
Calentando el débil nido
Donde reposen los dos?

Pues que, posible no fuera
Que otra ave tu canto oyera
Sin sentir amor por tí,
Porque cantar la aflicción
Sin inspirar compasión
Quédase ave para mí.

Dime, acaso tú venías
A llorar todos los días
Sobre ese álamo como hoy;

O solo se oye tu acento
Desde que en este aposento
Mis cuitas cantando estoy?

¿Venías antes sonora
A cantar la última hora
Del día que iba á expirar,
O tu nido no dejabas,
Y el arrullo disfrutabas
De hijos y amante á la par?

¿Y después sola quedaste,
Y en ese árbol acordaste
Llorar tu perdido amor,
Y de las más altas ramas
A la vez que tu bien llamas
Publicas tu cruel dolor?

¿Tuviste acaso un querido,
Que te hiciera blando nido
En algún espeso ombú,
Con quien los aires hendiendo
Penas y amor dividiendo
El te amara como tú;

Un querido que en estío
Te trajera agua del río
Por librarte del calor,
Y afanoso como tierno
Con sus alas en invierno
Te abrigara con ardor.

Que tu sueño te velara
De temor que no llegara
A tí el cazador audaz,
Y después en su embeleso
Te pidiera un dulce beso
De su sueño al despertar.

Un querido que si oía
Que sobre tí descendía
Carnicero el gavilán,
Por salvar la vida tuya
Diera con gusto la suya
Batallando con afán.

¿Un querido así tuviste,
Ave tierna, y le perdiste
Sin fallecer tu también?
¿Ignoras que es un castigo
La vida sin el amigo
Que formaba nuestro Eden?

¡Ay! habrá muchos ahora
Que con faz engañadora
Ofreceránte lealtad;
Para burlarte otro día
Y verter la hiel impía
De la inícua deslealtad.

Pero antes pídele al cielo
Que eche sobre tí ese velo
Del morir, para tu bien,

Con esa voz con que canta
Tu melodiosa garganta,
Y me hace llorar también.

¿O acaso es otra la pena
Que á gemir hoy te condena
Sin consuelo, ave infeliz?
¿Acaso lloras el daño
De un amargo desengaño,
Que doblegó tu cerviz?

Sí, quizá te falta ahora
La caricia seductora
De algún feliz amador,
A quien tierna te entregaras,
Y en su afecto confiaras
Para rendirte mejor.

De un feliz que te dijera,
Con voz que te enterneciera,
Para hacerte vacilar:
Alma mía, ven conmigo,
Que el cazador enemigo
Está acechando tu hogar.

En mi cuidado confía,
Que velaré noche y día;
Haré un nido para tí
En la selva más oscura,
Y de enemigos segura,
Reposarás junto á mí.

Ven, que en la ruda tormenta,
El grano que te sustenta
Para buscar volaré;
Y amándote sin segundo,
Tú serás mi bien, mi mundo,
Y á ninguna otra amaré.—

¡Ay! si oiste ese lenguaje
A la vez que tu plumaje
Rizaba el vil seductor,
¿Qué extraño es que embelesada
Te rindieras engañada
A la ilusión del amor?

¿Qué extraño es que ese cariño
Pintado con el aliño
De la cándida verdad,
Te arrastrara al precipicio
Si ocultaba su artificio
La negra profundidad?

Triste calandria, tu acento
Raudo lo disipa el viento,
Y nadie alivio te da:
Tu pena desconocida
Va carcomiendo tu vida,
Próxima á extinguirse ya.

Mas yo que escucho tu canto
Que arranca á mis ojos llanto,
Yo que miro tu gemir,

Ave hermosa, no querría
Que gozaras de alegría,
Pues te quiero siempre oir.

Que tu cantar me electriza,
Pues con mi alma se armoniza,
Que quizá feliz no soy,
Y sufro menos tormento
Desde que en este aposento
Tus trinos oyendo estoy.

A LA MAS BONITA *

Los ojos envidio
De una Dolorsita,
Y de Margarita
El garboso andar:
El rubio cabello
Admiro en Felisa,
De Carmen la risa,
De Luisa el mirar.

En Pastora el garbo,
La voz de Avelina,
Y de Carolina
El dulce cantar.

* «El Cancionero Argentino», 1837, pag. 54.

La torneada mano
De Eufemia me encanta,
Y de Cruz la planta,
De Inés el bailar.

¡Qué pie tan bonito
Tiene Mariquita!
¿Qué aire, Genarita,
Dulce y celestial!
Tiene Nicolasa
Muy linda boquita,
Y hallo en Manuelita
Algo que admirar.

Mas en Juana ¡Oh cielos!
Todo me seduce,
Todo en ella induce
E incita á amar:
¡Qué espalda! ¡qué talle!
¡Qué mórbido cuello!
Todo en ella es bello,
Todo singular.

LA VIOLETA *

Flor humilde, que la vida
Pasas tímida, ignorada,
Poco vives, y olvidada
Mueres en la soledad:
Tú eres la flor preferida
De la porteña que adoro:
Tú eres para mí el tesoro,
Que mitiga su crueldad.

Cuando en su cándido seno,
Emblema de la inocencia,
Te coloca, y con tu esencia
Mezcla su aliento de amor:
Entonces de ardores lleno,
Al ver tu dicha, suspiro,
Y tu posesión aspiro,
Como alivio á mi dolor.

Si alguna vez condolida,
De cuanto mi alma padece,
Con rostro afable me ofrece
Un ramito de esta flor,
Cual un bálsamo de vida
Que llena de gozo el alma,
Siento renacer la calma
Al disfrutar de su olor.

---

* «El Trovador» 1839, pg. 14. Fué puesta en música por D. Juan Bautista Alberdi.

LAS FLORES

Solo el que no es dichoso sufriendo oculta pena
Comprende cuanto vale una olorosa flor,
Cuando con dulce risa de mil encantos llena
La ofrece una belleza teñida de rubor.

Las flores son un bálsamo al alma acongojada,
Que al respirar su aroma se eleva á otra región,
A esa región sublime, en sueños figurada,
Donde todo es ventura, donde todo es pasión.

Cuando presa la mente de pensamiento impío
Olvida cuanto tiene el hombre en derredor,
Y no hay en torno suyo más que ese desden frío
Que marchita una á una las horas del amor,

Es dichoso si entonces, alguna amiga mano
La brinda cariñosa, con tímido mirar,
Una flor olorosa que su dolor tirano
Embota, y un momento suaviza su pesar.

Acaso, pues respiran aromas en el cielo:
Tiene algo de divino la esencia de una flor;
Y cuando yo he soñado con mi ángel de consuelo,
Una flor en el seno le ví de albo color.

ıan Bau-

¡Cuanto, cuanto se goza, si en la noche sombría,
Al reclinar cansada la calorosa sien,
Se desliza hasta el alma la célica ambrosía
De flores que una bella brindara sin desdén!

¡Tal vez en ese instante resbala silenciosa
Una lágrima ardiente que nadie enjugará!
¡Tal vez algun suspiro del alma congojosa
Se pierde entre sus hojas. . . y las marchitará!

1844.

LA NIÑA MARÍA

> Beaucoup, beaucoup d'enfans pauvres et nus, sans mère.
> Sans maison, n'ont jamais d'oreiller pour dormir;
> Ils ont toujour sommeil! o destinée amère!
> Mamann! douce mamann! cela me fait gémir.'
>
> *Mme. D. Valmore.*

Preciosa, las hermosas la llamaban,
Y la cándida frente le besaban,
Viéndola despertar;
Y en la falda la madre la mecía,
Y cantos inocentes la decía,
Al verla dormitar:

Duerme, niña preciosa;
Duerme paloma mía;
Opaco viene el día
Y el viento récio está:
Duerme; míentras la nieve
De Agosto se evapora;
Nublada está la aurora,
Y acaso lloverá.

Los árboles se doblan
A impulso de los vientos,
Soltando amarillentos
Sus ramos á volar;
Del mar las ondas braman;
¡Qué triste que está el día!
Duerme paloma mía,
Al son de mi cantar.

¡Si vieras como cruzan
Helados, abatidos,
Los pobres desvalidos,
Sin cama y sin hogar;
Si vieras otros niños,
El blanco pie desnudo,
Sufrir el frío rudo
Que los hace llorar!

¡Si vieras desgreñados
Sus dorados cabellos!
¡No hay perfume en ellos,
Ni rizados están:

Y del sol del invierno
El pálido desmayo
Aprovechan del rayo,
Para pedir el pan!

¡Si vieras esos niños,
Como tú tan preciosos,
Demandando llorosos
La pública piedad,
Y en abandono triste
Pasar el triste día,
Y la noche tan fría
En desnuda horfandad!

¡Si vieras, amor mío,
Dulce paloma mía,
Qué frío que está el día,
Que encrespada la mar;
Cual los arbustos crujen
Al impulso del viento,
Nublando el firmamento
Las nubes al pasar!

¡Oh! duerme y no despiertes,
Tierna paloma mía:
Opaco viene el día
Y el viento frio está;
Duerme, mientras la nieve
De Agosto se evapora;
Nublada está la aurora
Y acaso lloverá.

Y cuando te recuerdes,
En tu envidiado lecho,
Te alzaré hasta mi pecho
Para darte calor;
Y quizás al mirarte
Tan linda, tan tranquila,
Enturbie mi pupila
Por tí llanto de amor!

Así cantaba ufana
La madre de María,
Mientras dormir la hacía
De la cuna al vaivén;
Y en su blanca mejilla
Mil besos estampaba,
Y sus labios besaba,
Y su tranquila sien.

Donosa era María
Adormida en la cuna,
Como un rayo de luna
Que refleja en el mar;
Cuando ella la besaba
Sus labios entreabría,
Y sin saber reía
Después al despertar.

Pero esta vez acaso
En su sueño profundo,
Vió los males que el mundo
Guardaba á su niñez,

Y el canto de la madre
La niña entendería,
Y en el vivir vería
Soledad y aridez.

Y diez veces apenas en el cielo,
La luna, que es tan grata para el suelo
Mostró su redondez,
Y la niña que tanto acariciaban,
Al ver que los querubes la llaman,
Voló con rapidez.

Un año todavía no tenía,
Y la cuna mullida en que yacía
En tumba se trocó;
Y los que antes alegres la arrullaron,
Al mirar su cadáver la lloraron;
Pero la canto yo.

Los ángeles sus alas agitaron,
Y al trono del Eterno se llevaron
Un alma sin pecar;
Y esa noche mirando las estrellas,
Yo ví una exhalación en medio de ellas
Rutilante pasar.

Agosto, 1848.

RUFINO VARELA

El pueblo que viera nacer á Belgrano
Que supo esforzado gritar «libertad»,
Postrado, abatido, de impío tirano,
Callado sufría la cruel potestad.

Y el sol que sus glorias un tiempo alumbrára
Y que las banderas de libre lució;
Mil veces sus rayos de luz reflejára,
En viles cadenas que triste arrastró.

¡Oh Pueblo! tus hijos un tiempo llevaron
A climas lejanos la dulce igualdad:
Valientes, su sangre jamás esquivaron,
Corriendo á torrentes por la libertad.

Y, pueblos ingratos, postrado te vieron
Vencido, sufriendo cruél esclavitud;
Tus ayes de muerte también desoyeron,
Premiaron tu sangre con ingratitud.

Empero en tus hijos no estaba extinguido
De antiguos guerreros el fiero valor;
Y, oyeron ¡oh Patria! tu triste gemido,
Y muertes juraron al vil opresor.

En vano el tirano cadalzos aumenta,
En vano cabezas derriba brutal:

La muerte á los bravos jamás amedrenta,
Ni entibia en sus pechos el fuego marcial.

Y un día un soldado de nombre famoso
Que fué de la patria terrible adalid,
Alzó el estandarte que en tiempo glorioso,
Siguiera el guerrero marchando á la lid.

Entonces, ardiendo magnético fuego,
Llegó hasta las playas del pueblo infeliz,
Su afrenta miraron los libres, y luego,
Alzaron erguida su altiva cerviz.

Como olas que se alzan del mar proceloso
Que agita en sus furias feroz aquilón,
Los hijos valientes de Mayo grandioso,
Corrieron al eco de antiguo campeón.

No hay años, no hay fueros, son todos soldados
Que van combatiendo la patria á salvar;
Llenando animosos deberes sagrados,
Sabrán en el campo morir ó triunfar.

Fué entonces, Varela, que altivo tu pecho,
Al bélico estruendo también se inflamó;
Objetos queridos y mullido lecho
Dejaste, y tu mano el fusil empuñó.

Y luego á la vista de aquel estandarte,
Emblema de gloria que el tigre empañó,
De aquella que allá en el baluarte,
Del pueblo oprimido ondeante lució:

Dijistele al cielo, postrado de hinojos,
La diestra poniendo sobre el corazón,
De altivos guerreros el fuego en los ojos,
Y firme el acento de erguido campeón:

—¡Oh Dios de los libres, que humilde venero
Y á quien combatiendo Belgrano invocó,
Bendice benigno, te ruego, el acero
Que empuño, que el eco de guerra sonó.

Bendícelo, y sea mi mano quien hiera
El pecho maldito del hombre infernal;
Y luego ¡Dios mío! no importa que muera,
Morir por la Patria dá gloria inmortal.

Y tú de mis males consuelo en la tierra,
Mujer adorada, preciso es marchar:
Tu plácida imagen que llevo á la guerra
De ausencia las penas sabrá mitigar.

¡Adios! quiera el cielo volverme á tu lado
De gloria cubierto, mujer celestial;
Y admire de nuevo, de gozo embriagado,
Tus dulces miradas de amor manantial.

Dijiste: y veloce de ella te ausentaste,
El alma oprimida de angustia y dolor;
Y al punto, la nave ligera pisaste,
Que á un tiempo te aleja de amigos y amor.

Tú fuiste el primero que ardiendo en venganza
Hollaste orgulloso tu suelo natal;

Y donde más cruda se vió la matanza,
Más muerte sembraba tu plomo fatal.

Tu nombre al esclavo de espanto llenaba,
Y al mismo tirano le daba pavor;
Y en tí la falange patriota miraba,
Un ser valeroso de esfera mejor.

Mas ¡ay! tu destino ya estaba cumplido,
Y el cielo en su aurora su vida cortó:
Moriste peleando por ver abatido
El trono sangriento que América vió.

Moriste volviendo ya extinta mirada,
Al suelo do queda tu bella, tu amor:
Y al cielo por ella con voz apagada
Rogar parecías en medio el dolor.

Allá en el desierto de estensa llanura,
Pequeña eminencia rojiza se vé;
Esa es silenciosa feliz sepultura,
Del hombre virtuoso que soldado fué.

No hay loza dorada que luzca sobre ella,
Ni habrá por la noche piadosa una luz;
Tampoco llorosa veráse una bella,
Orando postrada al pié de una cruz.

Mas esto ¿qué importa? su patria querida,
De inmortal memoria recuerdos le hará:
Cuando ella levante su frente abatida,
Rufino Varela, tu nombre se oirá.

Enero 11 de 1841.

EL 25 DE MAYO *

EN MONTEVIDEO

Libertad ó con gloria morir.
(Himno Oriental)

Cantar de Mayo el pensamiento hermoso
Es de sus bardos la misión sagrada,
Ora se alce su sol esplendoroso,
Ora le anuble lid encarnizada.

Bien en el templo de la gloria sea,
O en medio de los campos de batalla,
Que ya pulsó la lira en la pelea
Sin temor de mortífera metralla.

Al lado del guerrero valeroso,
Templaba el poeta su inspirada lira,
Y como á aquel acero poderoso
Empuñar en las lides se le mira.

Nunca el poeta del glorioso Mayo
Ha desertado su mision sagrada,
Y do le halló al nacer su puro rayo,
Allí su voz le canta entusiasmada.

---

* *Cantos á Mayo,* Montevideo 1844. Imprenta del Nacional, pág. 157.

Y preconiza la envidiada gloria
De los que en otro Mayo se elevaron,
Y corona con lauro de victoria
La sién de los valientes que triunfaron;

O entona al cielo dolorida endecha
Pidiendo paz á Dios para el caído,
Que de la gloria por la senda estrecha
Por su destino se encontró vencido.

Sólo, no se oye cual se oyera un día,
Allá en la orilla del undoso Plata,
De Lafinur y López la armonía,
Que reverente el pensador acata.

Que los himnos que alzaron en su canto
Los que sus huellas férvidos siguieron,
Ahogáronse al gemir de acerbo llanto
De las víctimas ¡ay! que sucumbieron.

Y el que canta la gloria americana
Y consagra los ecos de su lira
A la alma libertad su soberana,
Libre ha de hallar el aire que respira.

Pierde el cielo su azul puro y hermoso
Cuando la tiranía alza su vuelo;
Pierden los campos su verdor frondoso;
Cúbrese todo de luctuoso velo.

¿Donde ha de hallar inspiración creadora
Y entonación sublime sus acentos,

Si negra noche y más siniestra aurora,
Traen á su oído míseros lamentos?

Sí, la lira del vate americano,
Si ha de vibrar con plácida armonía,
Huye de la mansión de vil tirano,
Que respirar allí la mataría:

Por eso tus bardos ¡oh pueblo argentino!
Huyeron, siguiendo de extraño destino
Sendero fatal;
Que allí fuera un crimen cantar las victorias
Que en tiempo te dieron expléndidas glorias,
Renombre inmortal.

Por eso dejaron la tierra querida
Do suave corriera la plácida vida,
La vida infantil;
Y en brazos se echaron de incierto destino,
Siguiendo el estrecho y obscuro camino
Donde hay penas mil.

Te dejân y buscan propicia otra tierra
Do nadie á los cantos de gloria se aterra,
Donde hay libertad.
Y es esa la tierra de Oriente famoso,
Que abriera de Mayo el templo glorioso
De gran Majestad.

¡Oh! duro destino fué, patria, dejarte,
Y sólo á lo lejos poder contemplarte
Postrada gemir;

Y ver de otro Mayo la plácida aurora
Y que ella no marca la última hora
De tanto sufrir!...

Por eso al cantar de Mayo
El glorioso pensamiento,
Lanza la lira un lamento,
El alma una imprecación;
Porque su vívido rayo
Se refleja en las cadenas
De ese pueblo cuyas penas
Escarnio de Mayo son.

Y cantar hoy las victorias
Que alcanzamos otro día,
Cuando alza la tiranía
Su sangriento trono allí,
Fueran galas irrisorias
Echadas sobre su llanto,
Fuera magnífico manto
De un orgullo baladí.

¿Cómo pulsar hoy la lira,
Cantando días pasados,
Cuando en el polvo arrojados
Nuestros laureles se ven;
Cuando sangriento respira
Un maldecido tirano,
Cuya sacrílega mano
Los arrojó con desdén;

Cuando en el pendón glorioso
De inmortales tradiciones,
Estampó sus maldiciones
E impío le profanó;
Y es hoy padrón vergonzoso
De humillación y de ultraje,
De oprovioso vasallaje,
Del pueblo que domeñó?

¡Cantar las glorias de Mayo
En entusiasmado coro,
Cuando silencioso lloro
El pueblo vierte por él....
Cuando en lánguido desmayo
Se levanta por la esfera,
A alumbrar en su carrera
Quizás un crimen cruel!....

¿No véis?... ya asoma del Plata
Por las hondas cristalinas,
Y á las playas argentinas
Su primer rayo llegó.
¿Dó está el pueblo que le acata
Palmas batiendo á millares?
¿Dó los cívicos cantares
Con que un día le esperó?

¿Oís?...silencio profundo
Sólo encuentra su venida;
Parece que allí la vida
Para siempre se extinguió!

Y ese es el pueblo que un mundo
Conmoviera con su aliento,
Desde el sólido cimiento
En que tres siglos durmió.

Ese es: hoy yace tendido,
Parece cuerpo sin vida,
Porque es profunda la herida
Que lleva en el corazón.
Si los pueblos que ha vencido
Contemplarle allí pudieran,
Lástima al verle tuvieran:
Sólo inspira compasión...

¿Y cómo con voz sonora
Cantar triunfos de otros días
Oyendo las agonías
Del pueblo que los logró?
No: lance el poeta ahora
Maldiciones al tirano
Que su corona profano
En el cieno le arrojó.

Guarde el bardo su instrumento
Trozando sus cuerdas hora,
Que se escucha tronadora,
Del combate la señal;
Que el sol de Mayo sangriento
Se levanta por el cielo,
Y á su luz rojiza el suelo
Muestra agonía mortal.

Guarda el poeta su lira,
Y audaz vuelva á la pelea,
Y en la sangre que allí humea
Beba excelsa inspiración:
¡Oh! como la muerte inspira
El silbo de la metralla,
El polvo de la batalla,
El estruendo del cañón.

¡Ver entre nubes de fuego
Desplegada la bandera
En medio á erizada hilera,
A compás de un atambor;
Y oir víctores que luego
Alza el soldado triunfante
Marchando siempre adelante
Con más denodado ardor!

Allí debe, sí, el poeta
Tomar sus inspiraciones,
Que hay hermosas vibraciones
Que no existen sino allí.
Es magnífica paleta
Que bella luz atesora,
Hoy que ha de cantar la aurora
Del grandioso Mayo aquí.

Aquí ¡oh tierra de Oriente!
Escollo de esos tiranos,
Que ultrajar quieren profanos
Tu sagrada majestad:

Afrontándolos valiente
Diste magnánimo ejemplo,
Y no mancharán el templo
Que alzaste á la libertad.

Que tu fuiste la escogida
En este vasto hemisferio,
Para afirmar el imperio
De la preciosa igualdad.
Tú nunca fuistes vencida,
Y hoy, en un combate á muerte,
Vas á decidir la suerte
De la opresa humanidad.

Tú que aun ostentas divinas
Las fajas de tu bandera,
Tan pura como antes era
De mi patria el pabellón;
Y tus hijas peregrinas,
Pueden lucir sus colores,
Que dan al guerrero ardores
Y al poeta inspiración...

:Mi patria!... junto con ella
Tus hijos sangre vertieron;
Los peligros dividieron
En victoria ó rota cruel;
Pero no fué igual la estrella
Que para los dos lucía,
Aunque ambas frentes un día
Ciñera un mismo laurel.

Por eso mil de sus hijos
A tu seno se acogieron,
Y su vida te ofrecieron
Contra el tirano común;
Miserias, males prolijos,
Ellos firmes arrostraron,
Pero así al mundo mostraron
Que no han desertado aún.

No, ¡vive Dios! no cejaron
Ante tu tirano impío,
De la empresa que su brío
Esforzado acometió;
Y quince años de esta lucha
Sin duda al mundo probaron
Que la joya que heredaron
Su brillantez no perdió.

Esa joya tan preciosa,
Que costó á nuestros mayores
Infortunios no menores,
Ni menos ingrato afán,
Que al recibirla sus hijos
En su seno la guardaron,
Y trasmitirla juraron
A los hombres que vendrán.

¡Gloria á los hombres valientes
Que su fe no apostataron
Y que otra vez se lanzaron
A salvar la humanidad!

¡Gloria á ellos! Si cayeran
En esa misión hermosa,
Nos mostrarán luminosa
Senda de inmortalidad.

¡Gloria á ellos! que en sus pechos
No marchitó la desgracia
De la santa democracia
La fructífera raíz,
Y aunque doblaron la frente
A destino impenetrable
No abatieron ante el sable
La belicosa cerviz.

II

Cuando nuestros mayores meditaron
De libertad el pensamiento hermoso,
Vieron de las Españas el coloso,
Y ante su gran poder no se arredraron.

Valientes y esforzados se creyeron
Que era santa la lid que provocaban,
Por eso los peligros no miraban
Cuando al campo de gloria descendieron.

Era la senda obscura y escabrosa,
Funestos los escollos del camino,
Pero con firme paso y alto tino
Su misión realizaron portentosa.

Empero allá en su mente conmovidos
Vieron el porvenir sin alegría,
Porque á mares la sangre correría
De los hijos de Mayo más queridos.

Vieron el huracán de las pasiones
Sacudir medio mundo en su cimiento,
Y feroz la anarquía alzar al viento
Sus odiosos maléficos pendones.

Elevarse del cieno los señores
Por criminales pérfidos caminos,
Para regir del pueblo los destinos,
Trocándose después en opresores.

Opresores de toda su creencia
Era mostrar un sable bien tajante,
Y sus plantas hollaron palpitante
Del buen patriota la modesta ciencia.

Y en su mente con pena traslucieron
Que nuevos pueblos por demás valientes,
Al arrojar sus amos insolentes,
Amos también del mundo se creyeron.

Vieron brotar de América á millares
Insolentes y pérfidos tiranos,
Que encadenaron con sangrientas manos
La misma libertad de sus altares.

Que ellos también las víctimas serían,
Los hombres de ese Mayo conocieron,

Que allá en el porvenir eso leyeron,
Y mártires á ser se disponían...

Nada les arredró, Dios inflamaba
Sus varoniles pechos con su aliento;
Destello con su luz fué el pensamiento
Que esa generación plantificaba,

Porque vieron también allá en su mente
De América en las póstreras edades,
Tras de mil procelosas tempestades
La libertad lucir eternamente.

Nada les arredró, porque creyeron
Que la tierra tan solo disponían,
Que los frutos para ellos no serían,
Y solo las espinas recogieron.

La humanidad nos pide, se dijeron,
Terrible por demás el sacrificio;
La humanidad recoja el beneficio;
Y con fe en el camino se pusieron.

Grande fué la misión, patria querida,
Que confió el alto ser á tu cabeza;
Grande y hermosa fué la santa empresa
Que iba tu fuerte brazo á consumar.

Pero fuiste por esa la escogida
Para llenar de Dios el pensamiento,
Y él tu senda alumbró en el firmamento,
Cuando te vió impertérrita marchar.

¡Oh, quién fuera nacido en aquel día,
Para gozar del fuego de ese Mayo!
¡Quién hubiera podido un solo rayo
Del sol de nuestras glorias alcanzar!

¡Quién hubiera escuchado la armonía
De los himnos triunfales y guerreros,
Que al bélico estridor de los aceros
Cantaban los valientes al marchar!

Grande fué tu misión, patria adorada,
Y cuando más los años dan su giro,
Más árdua y más gigante yo la miro
Y el recuerdo me admira de tu ardor.

Noble generación por Dios creada
Para cumplir magnífico destino;
Los escollos quo el hombre te previno
Con más brío ensalzaron tu valor.

Así el mundo miró los mismos hombres,
Que tres siglos durmieron cual esclavos,
Alzarse en un instante como bravos
Al asomar la aurora de este sol.

Y por eso acató los altos nombres
De los nuevos tribunos y guerreros,
Que midieron sus fúlgidos aceros
Con el bravo del mundo: el español.

¡Mas, ay, patria mía!
¿Dó están los varones

Que tantos blasones
Te dieron un día?
¿Dó están esos hombres
Que excelsa te hicieron?
¿Qué prez obtuvieron,
Si es crimen sus nombres
Pronunciar ahora?
Y luce de Mayo
El fúlgido rayo,
Que vívido dora
Tu alta catedral:
Ya brilla en la cima
De ese monumento, (1)
Que tu juramento
Publica inmortal;
Allí tu escribías
En tiempos mejores
Cantos y loores;
Allí tu venías
Con palmas triunfales
Cantando: ¡Mortales
Mis ecos oid!
Y ahora, ¡qué mengua,
Sangrientos letreros
Ven los extrangeros
Y exclaman decid:

---

(1) **En medio de la plaza Victoria en Buenos Aires, se eleva una modesta pirámide, levantada en recuerdo del inmortal día de Mayo. Sus cimientos se abrieron en la madrugada del 6 de Abril de 1811, y la obra quedó concluída para el 25 de Mayo de ese año.**

¿Es esta la tierra
Feliz de Belgrano?
¿Es esta la patria
Del gran San Martín?
¿Dó está la bandera
Que con fuerte brazo
Flamearon gloriosa
En Maipo y Junín?»
Así los extraños
Dirán, patria mía,
Y tú en agonía
Triste callarás.
Si vuela en la cumbre
De tu alto baluarte
Rojizo estandarte,
¿Qué más les dirás?
¿Dirás que es un hombre
Obscuro y sin nombre,
Que mofa sangriento
El gran pensamiento
Que Mayo engendró?
¿Dirás, Buenos Aires,
Que ese hombre es tu hijo,
Que astuto y prolijo
Medita en el fuero
Que en Mayo cayó?
No: calla y espera
Los postreros días,
Qus tus agonías
Cual nube en la esfera

Se disiparán;
Y dí á los extraños,
Que miren del Plata
La opuesta ribera,
Y allí la bandera
De Mayo verán.

Tras ella te dejan ¡oh patria! tus hijos,
Con llanto en los ojos, mas ¡ay! llevan fijos
Intentos de honor:
En vano la nave con prisa se aleja;
Do van allí oyen la mísera queja
Que das de dolor.

Adiós, te dijeran, ¡oh mísero suelo!
Tus hijos te dejan; por extraño cielo,
Errantes se van:
Adiós: duerme ahora mortal ese sueño,
Que corre en tus venas letal un beleño
Que impíos te dan.

Te dejan y buscan propicia otra tierra,
Do nadie á los cantos de gloria se aterra,
Donde hay libertad;
Y es esa la tierra de Oriente famoso,
Que ha abierto de Mayo el templo glorioso
De gran majestad.

Y aquí no es delito cantar, patria mía,
Tus hechos hermosos, tu gran nombradía,
Tu ardor varonil;

Tus hijos proscriptos á Mayo aqui admiran,
Aqui le saludan; que libres respiran
De un déspota vil.

III

Empero los acentos de la fama
Que los hechos magníficos aclama
De la oriental nación,
Despiertan al malvado, y de su silla
Mira del Plata hacia la opuesta orilla
Patricio pabellón.

Y vió sobrecogido de temores
Mostrar Montevideo los colores,
Signos de libertad;
Y oyó elevar á Mayo mil cantares,
Y en su templo soberbio los altares
Alzar de la igualdad.

Y envidia tuvo cuando así miraba,
Que en la tierra de Oriente germinaba
La civilización;
Que en ella se acataban esos nombres
De los valientes inmortales hombres
De la revolución.

Que el dogma «Libertad» no era delito;
Que en su código hermoso estaba escrito:
Aquí impera la ley.
Y lo que más al bárbaro irritaba,
Era ver el contraste que saltaba
Entre Oriente y su grey.

Entre Oriente, que libre y venturoso
De alto progreso en el sendero hermoso
Hacia la cumbre va;
Y el despoblado triste cementerio
Sometido al capricho y al imperio
De un obscuro bajá.

Entre Oriente, que sigue su camino,
A llenar democrático destino
Y en pro de la igualdad,
Y el pueblo que domina ese tirano,
Que de gigante le tornara enano
En la virilidad.

Entre Oriente, que exclama: ¡Gloria á Mayo!
Cuando en el Plata reluciente rayo
Refleja su alma sol,
Y el pueblo que en cadenas su luz mira,
Pues bajo el yugo de un mandón respira
Más cruel que el español.

Por eso con zozobra el gaucho astuto
Vió su sistema bárbaro, absoluto,
En triste parangón,
Y meditó de entonces en su mente
Uncir al rayo la altanera frente
De la oriental nación.

Y era su intento atroz, más no encontrara
Quien sus miras sumiso ejecutara
En la empresa fatal;

Cuando á un hombre cual gracia la pedía,
Y conducir las huestes ofrecía,
¡Y ese hombre era oriental!....

Y he aquí que con cañones
Y ejército de sayones,
Altanero por demás,
Como torrente de un río
Que se desborda con brío
Penetró ese hombre procaz.

Y llegó; y clavó maldito
En la cima del Cerrito
Ese rojizo pendón;
Do se ven horribles lemas,
Y terribles anatemas
De muerte y desolación.

Y batiéndolo en la diestra
A su patria audaz le muestra
Ese apóstata oriental,
Diciendo: Montevideo,
Hoy vas á hacer el trofeo
De la hueste *federal*.

Dobla el cuello á la coyunda,
Si no quieres que te hunda
El peso de mi poder;
Que á esclavizarte he venido,
Y ejército he traído
Para tu orgullo vencer.

Pero la tierra de Oriente
Juró ser independiente,
Y vivir libre ó morir,
Y empuñando aguda lanza
A la terrible matanza
Se la ve altiva salir.

Dos Mayos la han alumbrado
En este afan denodado,
Pero siempre fiel está;
Y tanta sangre ha vertido,
Que bastara á haber teñido
La ondas del Plata ya.

Dos Mayos ha que ella escucha
De la mortífera lucha
El continuado rumor;
Y así es que vencer espera,
Y así ostenta la bandera
Purísimo su color.

Y al verla comprometida
En esta lucha temida
Por salvar la humanidad,
Ved cual bajan á la arena
Los hijos del Pó y del Sena,
A la voz de: *¡Libertad!*

Ved como, doquier que lleva
El viento la hermosa nueva
De un triunfo que ella alcanzó,

La bate palmas el mundo,
Y con respeto profundo
¡Inmortal! la saludó.

Y tú, Buenos Aires, mira
Si esta lucha ardor te inspira,
Que despierta tu altivez,
Y sacudes las cadenas
Que trozando van tus venas
Con su enorme pesantez.

Tú sabes que cuesta tanto
Sostener el dogma santo,
De la preciosa igualdad;
Tú lo sabes, pero ahora
Una atmósfera opresora
Te envuelve en obscuridad.

Siempre fueron los tiranos
Pigmeos, cobardes, vanos,
Cuando cerca se les vió;
¿Y cómo olvidar que España
Fué impotente con su saña
Cuando América se alzó....?

Alza, pueblo, llegó Mayo,
Mira su fúlgido rayo
En el Plata reflejar,
Alza, sacude ese sueño,
Duerme tranquilo tu dueño....
No le dejes despertar....

IV

Duerme, tirano, sí, mientras terrible,
Rebrama el huracán de la venganza,
Que con paso gigante ya se avanza,
Tu trono deleznable á sacudir:
Cierra, muelle, los ojos insencibles,
Del pueblo que esclavizas al quebranto;
Envuélvete en los pliegues de tu manto
Y no verás su cólera lucir.

Duerme, duerme tirano; no está lejos
La hora felice de tu eterno sueño;
Al menos dormirás, y siempre dueño
Del pueblo que esclavizas te creeras:
¿Vés de ese sol los fulgidos reflejos?
¿Vés en las ondas su divino rayo?
Es el astro magnílico de Mayo;
Y es el último acaso que verás.

Duerme; y olvida en tu falaz demencia
Cuál es el pueblo que tu planta oprime,
Que en silencio tres lustros há que gime
Arrastrando su cuello yugo vil:
El en la aurora está de la existencia,
Y fecunda es la fuente de su vida;
Tú pasarás, tirano; y él erguida
Levantará la frente varonil.

Pasaron ya los tiempos tenebrosos
En que la humanidad se trasmitía,
Y tú al bajar hasta la tumba fría
Su maldición tremenda llevarás;
Y serán esos días tempestuosos
Lo que en el aire vaporosa nube,
Que cuando el sol al horizonte sube
En gotas se disipa por jamás.

INDICE

ANTOLOGÍA

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

Tomo V—LA SOCIEDAD DE MAYO

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910